

EL CONFLICTO
DE LOS SIGLOS
DURANTE LA ERA
CRISTIANA

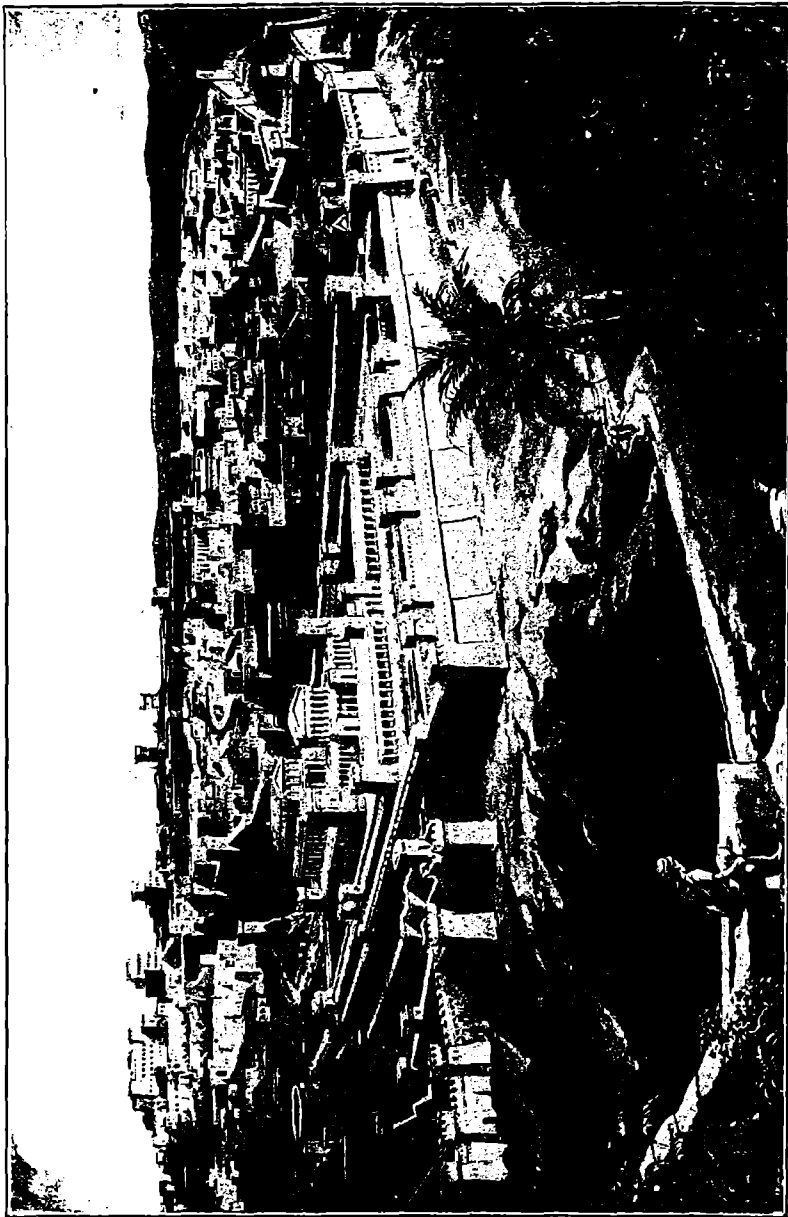
POR
E. G. WHITE

PACIFIC PRESS PUBLISHING ASSN.

MOUNTAIN VIEW, CALIFORNIA

Lima, Peru; Santiago, Chile; La Paz, Bolivia; Buenos Aires, Argentine;
Sao Paulo, Brazil; Havana, Cuba; Barcelona, Spain;
Manila, P. I.; Tacubaya, Mexico

Gt. Contro.—Spanish



JERUSALÉN DESDE EL MONTE DE LOS OLIVOS

"De hermosa perspectiva el gozo de toda
la tierra es el Monte de Sion."

COPYRIGHT 1913

by

Mrs. E. G. White



*Esta obra es propiedad exclusiva de la Autora,
que se reserva cuantos derechos le
corresponden conforme á la
ley de propiedad
literaria.*



ESTE libro, lector, no ha sido publicado para enseñarnos que existen el pecado, la desgracia y la miseria en este mundo. Harto lo sabemos ya.

Tampoco tiene por objeto darnos á conocer el antagonismo irreductible que existe entre las tinieblas y la luz, el pecado y la rectitud; la muerte y la vida, el mal y el bien. En lo más recóndito de nuestro corazón algo nos dice que así es, y que en este conflicto no dejamos de ser actores y protagonistas.

Pero en todos nosotros despiértase á veces el deseo de saber algo más tocante á la gran lucha. ¿Cómo empezó ésta? ¿Existió tal vez de toda eternidad? ¿Qué factores son los que intervienen en su tan complejo carácter? ¿Qué relación tengo yo con ella? ¿Qué responsabilidad? En este mundo me encuentro sin mi propia voluntad. ¿Envuelve esta circunstancia algo bueno ó malo para mí?

¿Cuáles son los grandes principios comprometidos en tal conflicto? ¿Por cuánto tiempo durará éste? ¿Cuál será su desenlace? ¿Se hundirá nuestra tierra, como algunos sabios nos lo aseguran, en las profundidades de una noche sin sol, helada y eterna ó le espera un mejor porvenir, radiante de vívida luz y reanimada por el calor del eterno amor de Dios?

Pero la cuestión reviste un carácter aun más personal: ¿Cómo ha de resolverse en mi propio corazón el conflicto entre el egoísmo cerrado y el amor rebotante, dando por resultado definitivo y final la victoria del bien? ¿Qué dice la Biblia? ¿Qué nos enseña Dios respecto á esta cuestión de eterna importancia para toda alma?

Preguntas como estas nos llegan de todas partes. Surgen á porfía de las profundidades de nuestro propio corazón. Piden una respuesta categórica.

Seguramente que Dios que puso en nosotros el anhelo por lo mejor, la aspiración á la verdad, no nos negará la respuesta á las preguntas que le hagamos; pues “Jehová el Señor no hará nada sin que revele su secreto á sus siervos los profetas.”

El objeto de este libro, lector, es el de ayudar á las almas confundidas á encontrar la verdadera solución de todos estos problemas. Fué escrito por alguien que hizo la prueba y vió que Dios es bueno, y que aprendió en comunión con Dios y en el estudio de su Palabra que el secreto del Señor está con aquellos que le temen, y que él les enseñará su pacto.

Para que comprendamos mejor los principios del importantísimo conflicto, en que está envuelta la vida de un universo, el autor nos lo ha presentado en grandes lecciones objetivas sacadas de los veinte últimos siglos.

El libro empieza con las dolorosas escenas finales de la historia de Jerusalén, la ciudad escogida por Dios, después de haber ella rechazado al Crucificado que vino para salvar á los hombres. Luego se interna en el camino real de las naciones, nos señala las persecuciones de los hijos de Dios en los primeros siglos; la gran apostasía que siguió en su iglesia; el despertamiento del mundo cuando la Reforma, en el cual quedan puestos en manifiesto algunos de los grandes principios del gran conflicto; la terrible lección del rechazo de los buenos principios por Francia; el reavivamiento y la exaltación de las Sagradas Escrituras, y su influencia benéfica y vivificadora; el despertamiento religioso de los postreros días; la apertura de la fuente viva de la Palabra de Dios, con sus maravillosas revelaciones de luz y conocimiento para contrarestar el fatal crecimiento de todo género de engaños tenebrosos.

El conflicto pendiente actual, con los principios vitales consiguientes y en el cual nadie puede permanecer imparcial, van expuestos de modo sencillo, lúcido y terminante. Al

fin de todo se nos habla de la victoria eterna y gloriosa del bien sobre el mal, del derecho sobre la injusticia, de la luz sobre las tinieblas, de la dicha sobre la tristeza, de la vida sobre la muerte, de la esperanza sobre el desaliento, de la gloria sobre la vergüenza, y del amor eterno y sufrido sobre el odio vengativo.

Otras ediciones de este libro en varios idiomas han llevado á muchas almas al verdadero Pastor; la oración de los editores es que la presente edición en castellano aumente los frutos de bien eterno entre los pueblos de España y de la América española.

LOS EDITORES.



ANTES que el pecado entrara en el mundo, Adán gozaba de libre trato con su Creador; pero desde que el hombre se separó de Dios por causa del pecado, aquel gran privilegio le ha sido negado á la raza humana. El plan de redención, sin embargo, ha abierto el camino para que los habitantes de la tierra puedan aún tener relaciones con el cielo. Dios ha comunicado con los hombres mediante su Espíritu, y, mediante revelaciones hechas á sus siervos escogidos, la luz divina se ha esparcido por el mundo. “Movidos por el Espíritu Santo, los hombres hablaron de parte de Dios.” 2 Pedro 1:21.

Durante los veinticinco primeros siglos de la historia humana no hubo revelación escrita. Los que habían sido enseñados por Dios comunicaban sus conocimientos á otros, siendo éstos legados así de padres á hijos al través de varias generaciones. La redacción de la palabra escrita empezó en tiempo de Moisés. Los conocimientos inspirados fueron entonces compilados en un libro inspirado. Esa labor continuó durante el largo período de diez y seis siglos, desde Moisés, el historiador de la creación y el legislador, hasta Juan, el narrador de las verdades más sublimes del evangelio.

La Biblia nos muestra á Dios como autor de ella; y sin embargo fué escrita por manos humanas, y la diversidad de estilo de sus diferentes libros muestra la individualidad de cada uno de sus escritores. Las verdades reveladas son todas inspiradas por Dios (2 Timoteo 3:16); y con todo están expresadas en palabras humanas. Y es que el Ser supremo é infinito ha iluminado con su Espíritu la inteligencia y el

corazón de sus siervos. Les ha dado sueños y visiones, les ha mostrado símbolos y figuras; y aquellos á quienes la verdad fuera así revelada, han revestido el pensamiento divino con palabras humanas.

Los diez mandamientos fueron enunciados por el mismo Dios y escritos con su propia mano. Su redacción es divina y no humana. Pero la Biblia, con sus verdades de origen divino expresadas en el idioma de los hombres, es una unión de lo divino y de lo humano. Esta unión existía en la naturaleza de Cristo, que era el Hijo de Dios y el Hijo del hombre. Se puede pues decir de la Biblia, lo que fué dicho de Cristo: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." S. Juan 1:14.

Escritos en épocas diferentes y por hombres que diferían notablemente en posición social y económica y en facultades intelectuales y espirituales, los libros de la Biblia presentan marcado contraste en el estilo, como también diversidad en la naturaleza de los asuntos desarrollados. Sus diversos escritores se valen de expresiones diferentes; á menudo la misma verdad está presentada por uno de ellos de modo más patente que por otro. Ahora bien, como varios de sus autores nos presentan el mismo asunto desde puntos de vista y aspectos diferentes, puede parecer al lector superficial, descuidado y prevenido, que hay divergencias ó contradicciones, allí donde el lector atento y respetuoso, discierne con mayor penetración, la armonía fundamental.

Presentada por diversas personalidades, la verdad aparece en sus variados aspectos. Un escritor percibe con más fuerza cierta parte del asunto; comprende los puntos que armonizan con su experiencia ó con sus facultades de percepción y apreciación; otro será más bien impresionado por otro aspecto del mismo asunto; y cada cual, bajo la dirección del Espíritu Santo, presenta lo que ha quedado inculcado con más fuerza en su propia mente. De aquí que encontremos en cada cual un aspecto diferente de la verdad, pero perfecta armonía entre todos ellos. Y las verdades así revela-

das se unen en perfecto conjunto, adecuado para satisfacer las necesidades de los hombres en todas las circunstancias de la vida.

Dios se ha dignado comunicar la verdad al mundo por medio del instrumento humano, y él mismo, por su Santo Espíritu, habilitó á hombres y los hizo capaces de realizar esta obra. Guió la inteligencia de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir. El tesoro fué confiado á vasos de barro, pero no por eso deja de ser del cielo. Aunque llevado á todo viento en el vehículo imperfecto del idioma humano, no por eso deja de ser el testimonio de Dios; y el hijo de Dios, obediente y creyente, contempla en ello la gloria de un poder divino, lleno de gracia y de verdad.

En su Palabra, Dios ha dado á los hombres el conocimiento necesario para la salvación. Las Santas Escrituras deben ser aceptadas como dotadas de autoridad absoluta y como revelación infalible de su voluntad. Constituyen la regla del carácter, nos revelan doctrinas, y son la piedra de toque de la experiencia religiosa. “Toda la Escritura es inspirada por Dios; y es útil para enseñanza, para reprensión, para corrección, para instrucción en justicia; á fin de que el hombre de Dios sea perfecto, estando cumplidamente instruído para toda obra buena.” 2 Timoteo 3:16, 17.

La circunstancia de haber revelado Dios su voluntad á los hombres por su Palabra, no ha dejado por eso sin valor para ellos la continua presencia y dirección del Espíritu Santo. Por el contrario, el Salvador prometió que el Espíritu facilitaría á sus siervos la inteligencia de la Palabra; que iluminaría y daría aplicación á sus enseñanzas. Y como es el Espíritu de Dios el que inspiró la Biblia, resulta imposible que las enseñanzas del Espíritu estén jamás en pugna con las de la Palabra.

El Espíritu no fué dado — ni puede jamás ser dado — para invalidar la Biblia; pues las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la cual toda enseñanza y toda manifestación religiosa debe ser some-

tida, á prueba. El apóstol Juan dice: “No creáis á todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido al mundo.” 1 Juan 4:1. É Isaiás declara: “¡Á la ley y al testimonio! si no hablaren conforme á esta palabra, son aquellos para quienes no ha amanecido.” Isaiás 8:20.

Muchos cargos se han levantado contra la obra del Espíritu Santo por los errores de una clase de personas que, pretendiendo ser iluminadas por éste, aseguran no tener más necesidad de ser guiadas por la Palabra de Dios. Es que en realidad están dominadas por impresiones que consideran como voz de Dios en el alma. Pero el espíritu que las dirige no es el Espíritu de Dios. El principio que induce á abandonarse á impresiones y á descuidar las Santas Escrituras, sólo puede conducir á la confusión, al engaño y á la ruina. Sólo sirve para fomentar los designios del maligno. Y como el ministerio del Espíritu Santo es de importancia vital para la iglesia de Cristo, una de las tretas de Satanás consiste precisamente en arrojar el desprecio sobre la obra del Espíritu, por medio de los errores de los extremistas y fanáticos, y en hacer que el pueblo de Dios desee esta fuente de fuerza que nuestro Señor nos ha asegurado.

Según la Palabra de Dios, el Espíritu Santo debía continuar su obra por todo el período de la dispensación cristiana. Durante las épocas en que las Escrituras tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento eran entregadas á la circulación, el Espíritu Santo no dejó de comunicar luz á individualidades aisladas, amén de las revelaciones que debían ser incorporadas en el Sagrado Canon. La Biblia misma da cuenta de cómo, por intermedio del Espíritu Santo, los hombres recibieron advertencias, censuras, consejos é instrucción que no se referían en nada á la concesión de las Escrituras. También habla de profetas que han vivido en diferentes épocas, pero sin hacer mención alguna de sus declaraciones. Del mismo modo, cerrado ya el canon de las Escrituras, el Espíritu Santo debía llevar edelante su obra de esclarecimiento, de amonestación y consuelo en bien de los hijos de los hombres.

Jesús prometió á sus discípulos “el Consolador, es decir, el Espíritu Santo, á quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo cuanto os he dicho.” “Cuando viniere aquel, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda verdad; . . . y os anunciará las cosas que han de venir.” S. Juan 14:26; 16:13. Las Sagradas Escrituras enseñan claramente que estas promesas, lejos de estar limitadas á los días apostólicos, se extienden á la iglesia de Cristo en todas las edades. El Salvador asegura á sus discípulos: “Estoy yo con vosotros siempre, hasta el fin del siglo.” S. Mateo 28:20. Y S. Pablo declara que los dones y manifestaciones del Espíritu fueron dados á la iglesia “para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo: hasta que todos lleguemos á la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, á la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.” Efesios 4:12, 13.

Para los creyentes en Éfeso el apóstol pidió á Dios: “Que el Dios de nuestro Señor Jesu-Cristo, el Padre de la gloria, os conceda *Espíritu de sabiduría y de revelación* en el conocimiento de él; *siendo iluminados los ojos de vuestro entendimiento*, para que conozcáis cuál sea la esperanza de vuestra vocación, . . . y cuál la *soberana* grandeza de su poder para con nosotros que creemos.” Efesios 1:17-19. El ministerio del Espíritu Santo que iluminara el entendimiento y despejara la mente para penetrar los arcanos de la Palabra de Dios, tal era la bendición que S. Pablo pedía para la iglesia de Éfeso.

Después de la maravillosa manifestación del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, S. Pedro exhortó al pueblo al arrepentimiento y á que se bautizara en el nombre de Cristo, para la remisión de sus pecados; y dijo: “Recibiréis el don del Espíritu Santo. Pues para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos de él, á cuantos llamare el Señor Dios nuestro.” Hechos 2:38, 39.

El Señor ha anunciado por boca del profeta Joel que una manifestación especial de su Espíritu se realizaría en el tiempo que vendría inmediatamente antes de las escenas del gran día de Dios. Joel 2:28. Esta profecía se cumplió parcialmente cuando el derramamiento del Espíritu Santo, el día de Pentecostés; pero alcanzará su cumplimiento completo en las manifestaciones de la gracia divina que han de acompañar la obra final del evangelio.

El gran conflicto entre el bien y el mal aumentará en intensidad hasta la consumación de los tiempos. En todas las edades la ira de Satanás ha se manifestado contra la iglesia de Cristo; y Dios ha derramado su gracia y su Espíritu sobre su pueblo para robustecerlo contra el poder del maligno. Cuando los apóstoles de Cristo estaban por llevar el evangelio por el mundo entero y consignarlo por escrito para provecho de todos los siglos venideros, fueron dotados especialmente con la luz del Espíritu. Pero al par que la iglesia se va acercando á su libertamiento final, Satanás obra con mayor poder. Él descenderá "teniendo grande ira, sabiendo que tiene ya muy poco tiempo." Apocalipsis 12:12. Obrará "con todo poder, y con señales, y con maravillas mentirosas." 2 Tesalonicenses 2:9. Por espacio de seis mil años esa inteligencia maestra, después de haber sido la más alta entre los ángeles de Dios, no ha servido más que para el engaño y la ruina. Y todos los recursos de la habilidad y sutileza satánicas adquiridas, toda la crueldad desarrollada en esas luchas seculares serán empleadas contra el pueblo de Dios en el conflicto final. Y durante este tiempo de peligro los discípulos de Cristo tienen que llevar al mundo la amonestación del segundo advenimiento del Señor; y un pueblo ha de ser preparado "sin mácula é irreprochable" para comparecer ante él á su venida. 2 Pedro 3:14. Entonces el derramamiento especial de la gracia y poder divinos no será menos necesario á la iglesia de lo que fué en los días apostólicos.

Mediante la iluminación del Espíritu Santo, las escenas de la lucha secular entre el bien y el mal le han sido revela-

das al autor de estas páginas. De vez en cuando se me ha permitido contemplar, al través de los siglos, las peripecias de la gran lucha entre Cristo, el Príncipe de la vida, el Autor de nuestra salvación, y Satanás, el príncipe del mal, el autor del pecado, el primer transgresor de la santa ley de Dios. La enemistad de Satanás contra Cristo se ha ensañado en los discípulos del Salvador. En toda la historia del pasado puede echarse de ver el mismo odio á los principios de la ley de Dios, la misma política de engaño, mediante la cual se hace aparecer el error como si fuese la verdad, se hace que las leyes humanas substituyan las leyes de Dios, y se induce á los hombres á adorar la criatura antes que al Creador. Los esfuerzos de Satanás para desfigurar el carácter de Dios, para dar á los hombres un concepto falso del Creador y hacer que lo consideren con temor y odio más bien que con amor; sus esfuerzos para suprimir la ley de Dios, y hacer creer al pueblo que es libre de las exigencias de ella; sus persecuciones dirigidas contra los que se atreven á resistir á sus engaños, han seguido con rigor implacable. Se pueden ver ya en la historia de los patriarcas, de los profetas y apóstoles, de los mártires y reformadores.

En el gran conflicto final, Satanás empleará la misma táctica, manifestará el mismo espíritu y trabajará con el mismo fin que en todas las edades pasadas. Lo que ha sido, volverá á ser, con la circunstancia agravante de que la lucha venidera será marcada por una intensidad terrible, tal cual el mundo no la vió jamás. Los desengaños de Satanás serán más sutiles, sus ataques más resueltos. Si posible le fuera, engañaría á los escogidos mismos. S. Marcos 13: 22.

Al haberme descubierto el Espíritu de Dios las grandes verdades de su Palabra, y las escenas del pasado y de lo por venir, se me ha mandado que dé á conocer á otros lo que me ha sido así revelado, y que trace un bosquejo de la historia de la lucha en las edades pasadas, y especialmente que la presente de tal modo que derrame luz sobre la lucha futura que se va acercando con tanta repidez. Con este fin,

he tratado de escoger y reunir acontecimientos de la historia de la iglesia de forma que quedara bosquejado el desenvolvimiento de las grandes verdades comprobantes que en diversas épocas han sido dadas al mundo, han excitado la ira de Satanás y la enemistad de la iglesia amiga del mundo, y han sido sostenidas por el testimonio de aquellos que "no amaron sus vidas exponiéndolas hasta la muerte."

En estos apuntes podemos ver un anticipo del conflicto ante nosotros. Considerándolos á la luz de la Palabra de Dios, y con la iluminación de su Espíritu, podemos ver descubiertos las estratagemas del maligno y los peligros de que deberán huir los que quieran ser hallados "sin mácula" ante el Señor á su venida.

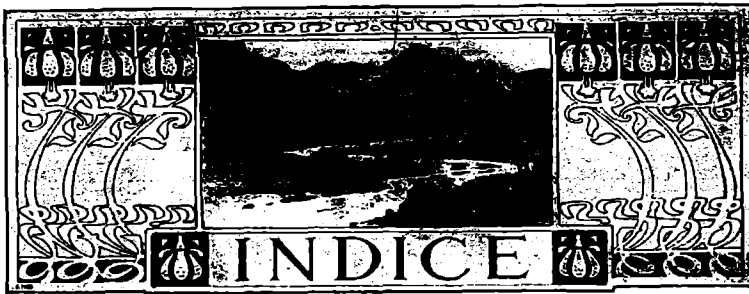
Los grandes acontecimientos que han marcado el progreso de la Reforma en siglos pasados, son asuntos de historia conocidos y universalmente aceptados por el mundo protestante; son hechos que nadie puede negar. Esa historia la he presentado brevemente, de acuerdo con el fin y objeto de este libro y con la concisión que necesariamente debe observarse, condensando los hechos en forma compatible con una clara inteligencia de las enseñanzas consiguientes. En algunos casos cuando he encontrado un historiador que ha reunido los hechos presentando en pocas líneas un claro conjunto del asunto, ó que ha agrupado los detalles en forma conveniente, he reproducido sus palabras; pero en algunos casos, los autores en cuestión no han sido nombrados, toda vez que no se les ha citado como autoridades, sino porque sus palabras contenían una descripción lista y eficaz del asunto. Al narrar la experiencia y manera de ver de los que persiguen la obra de reforma en nuestros días, se ha hecho uso semejante de sus escritos.

El objeto de este libro no es tanto el de presentar nuevas verdades relativas á las luchas de pasadas edades, como el de hacer resaltar hechos y principios que tienen relación con acontecimientos futuros. Sin embargo considerados como formando parte de la lucha empeñada entre las potencias de

la luz y las de las tinieblas, todos esos relatos del pasado resultan tener un nuevo significado; de ellos se desprende luz que proyecta rayos sobre el porvenir, alumbrando el sendero de los que, como los reformadores de los pasados siglos, serán llamados, con peligro mismo de todo bien terrenal, á testificar “de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesu-Cristo.”

Desarrollar las escenas de la gran lucha entre la verdad y el error; descubrir las tretas de Satanás y los medios de resistirle con éxito; presentar solución satisfactoria del gran problema del mal, derramando luz sobre el origen y el fin del pecado de suerte que la justicia y benevolencia de Dios en sus relaciones con sus criaturas queden plenamente manifiestas; y hacer patente el carácter sagrado é inmutable de su ley: tal es el objeto de esta obra. Que por su influencia muchas almas se libren del poder de las tinieblas, y sean hechas “idóneas para la participación de la herencia de los santos en la luz,” para alabanza de Aquel que nos amó y se ha dado por nosotros, tal es la ardiente oración de la autora.

E. G. W.



<i>Capítulo</i>		
I	DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN	21
II	LA PERSECUCIÓN EN LOS PRIMEROS SIGLOS	45
III	LA APOSTASÍA	56
IV	LOS VALDENSES	69
V	JUAN WICLEFF	88
VI	HUS Y JERÓNIMO	107
VII	LUTERO Y SU SEPARACIÓN DE ROMA	132
VIII	LUTERO ANTE LA DIETA	158
IX	EL REFORMADOR SUIZO	184
X	PROGRESO DE LA REFORMA EN ALEMANIA	198
XI	LA PROTESTA DE LOS PRÍNCIPES	211
XII	LA REFORMA FRANCESA	226
XIII	LA REFORMA EN ESPAÑA	254
XIV	EN LOS PAÍSES BAJOS Y ESCANDINAVIA	280
XV	REFORMADORES INGLESES POSTERIORES	289
XVI	LA BIBLIA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA	310
XVII	LOS PADRES PEREGRINOS	335
XVIII	HERALDOS MATUTINOS	346
XIX	UN REFORMADOR AMERICANO	365
XX	LUZ AL TRAVÉS DE LAS TINIEBLAS	392
XXI	UN GRAN DESPERTAMIENTO RELIGIOSO	405
XXII	UNA AMONESTACIÓN RECHAZADA	425
XXIII	PROFECÍAS CUMPLIDAS	442

XXIV	¿QUÉ ES EL SANTUARIO?	-	-	-	461
XXV	EN EL LUGAR SANTÍSIMO	-	-	-	475
XXVI	LA LEY DE DIOS ES INMUTABLE	-	-	-	485
XXVII	UNA OBRA DE REFORMA	-	-	-	503
XXVIII	DESPERTAMIENTOS RELIGIOSOS MODERNOS	-	-	-	514
XXIX	EL JUICIO INVESTIGADOR	-	-	-	533
XXX	EL ORIGEN DEL MAL	-	-	-	546
XXXI	ENEMISTAD ENTRE EL HOMBRE Y SATANÁS	-	-	-	559
XXXII	INTERVENCIÓN DE LOS MALOS ESPÍRITUS	-	-	-	565
XXXIII	LAS ASECHANZAS DE SATANÁS	-	-	-	572
XXXIV	EL PRIMER GRAN ENGAÑO	-	-	-	586
XXXV	EL ESPIRITISMO	-	-	-	607
XXXVI	LOS FINES DEL PAPADO	-	-	-	619
XXXVII	EL CONFLICTO INMINENTE	-	-	-	639
XXXVIII	LAS ESCRITURAS SON UNA SALVAGUARDIA	-	-	-	651
XXXIX	LA AMONESTACIÓN FINAL	-	-	-	661
XL	“EL TIEMPO DE ANGUSTIA”	-	-	-	671
XLI	LIBERACIÓN DEL PUEBLO DE DIOS	-	-	-	693
XLII	LA DESOLACIÓN DE LA TIERRA	-	-	-	711
XLIII	EL FIN DEL CONFLICTO	-	-	-	720
	APÉNDICE	-	-	-	739
	ÍNDICE BÍBLICO	-	-	-	751
	ÍNDICE GENERAL	-	-	-	757

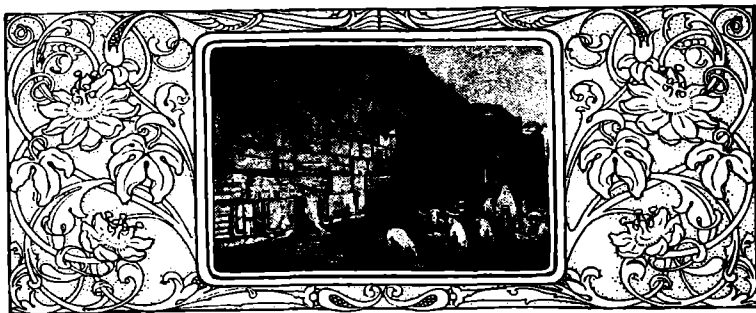


	FRONTISPICIO
JERUSALÉN DESDE EL MONTE DE LOS OLIVOS	29
EL TEMPLO Y SUS ATRIOS - - - - -	40
EL INCENDIO DEL TEMPLO - - - - -	45
MARTIRIO DE LOS CRISTIANOS PRIMITIVOS - - - - -	46
CUÍTO CRISTIANO EN LAS CATACUMBAS - - - - -	56
LA IGLESIA DE SAN PEDRO Y EL VATICANO - - - - -	65
PENITENCIA DE ENRIQUE IV EN CANOSA - - - - -	80
MISIONEROS VALDENSES - - - - -	97
WICLEFF Y LOS FRAILES - - - - -	118
IJUS EN LA CÁRCEL - - - - -	125
JERÓNIMO CONDUCTIDO AL MARTIRIO - - - - -	142
PROTESTA DE LUTERO CONTRA LAS INDULGENCIAS	170
LUTERO ANTE LA DIETA - - - - -	188
REFORMADORES SUIZOS PREDICANDO EN EL CAMPO	199
LUTERO EN EL CASTILLO DE WARTBURG - - - - -	218
LECTURA DE LA PROTESTA EN LA DIETA DE SPIRA	244
LA HUMILLACIÓN DE FRANCISCO I - - - - -	267
SEVILLA - - - - -	294
LA CASA DE KNOX - - - - -	311
EL PAPA PÍO VI LLEVADO PRESO EN 1798 - - - - -	317
LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ - - - - -	321
LA DIOSA LA RAZÓN - - - - -	328
ESCENA CALLEJERA EN PARÍS DURANTE LA REVOLUCIÓN	337
DESPEDIDA DEL PASTOR ROBINSON Á LOS PEREGRINOS	354
LAS SEÑALES DE LA VENIDA DE CRISTO - - - - -	376
DIAGRAMA DE LOS PERÍODOS PROFÉTICOS - - - - -	394
EL DESENGAÑO DE LOS DISCÍPULOS - - - - -	411
EL DR. WOLFF PREDICANDO Á LOS ÁRABES - - - - -	416
UN NIÑO PREDICADOR EN SUECIA - - - - -	436
UNA IGLESIA MODERNA - - - - -	449
LAS DIEZ VÍRGENES - - - - -	472
EL DÍA DE EXPIACIÓN - - - - -	493
FIRMANDO LA DECLARACIÓN DE LA INDEPENDENCIA	

CRISTO Y LOS FARISEOS - - - - -	550
CRISTO SANANDO AL ENDEMONIADO - - - - -	568
S. PEDRO PREDICANDO EN EL DÍA DE PENTECOSTÉS - - - - -	602
*PROCLAMACIÓN DEL DOGMA DE LA INFALIBILIDAD PAPAL - - - - -	620
INTERIOR DE UNA IGLESIA - - - - -	622
“TERREMOTOS POR DOQUIERA” - - - - -	647
EL GRAN TERREMOTO - - - - -	694
EL DOMINIO RESTAURADO - - - - -	734

GRABADOS PEQUEÑOS

EL MURO DE LOS LAMENTOS		MENSAJES DE LOS ÁNGELES -	405
DE LOS JUDÍOS - - - - -	21	CAÍDA ES BABILONIA - - - - -	425
UNA JOVEN MÁRTIR - - - - -	45	LA ÚLTIMA AMONESTACIÓN - - - - -	441
CRISTO Ó DIANA - - - - -	55	CENTINELA SOBRE EL MURO - - - - -	442
TRIBUNAL DE LA INQUISICIÓN	56	LAS ESCRITURAS UNA SALVA-	
IGLESIA VALDENSE, Y ESCU-		GUARDA - - - - -	460
ELA DE FÉLIX NEFF - - - - -	69	MUEBLAJE DEL SANTUARIO - - - - -	461
DESFILADERO DE PRA DEL TOR	87	EL LUGAR SANTÍSIMO - - - - -	475
ESTATUA DE WICLEFF - - - - -	88	LAS VÍRGENES INSENSATAS - - - - -	484
HUS Y JERÓNIMO - - - - -	107	LA LEY DE DIOS - - - - -	485
QUEMANDO LAS OBRAS DE		EL SELLO DE DIOS - - - - -	503
WICLEFF - - - - -	131	EL CENTINELA - - - - -	513
MARTÍN LUTERO - - - - -	132	CATEDRAL DE NUEVA YORK - - - - -	514
CATEDRAL DE WORMS - - - - -	158	ANGELES ANOTADORES - - - - -	533
ULRICO ZUINGLIO - - - - -	184	ESTATUA DE LUCIFER - - - - -	546
CASTILLO DE WARTBURG - - - - -	198	LA SERPIENTE — ENEMISTAD - - - - -	559
CATEDRAL DE SPIRA - - - - -	211	CRISTO Y LOS DEMONIACOS - - - - -	565
FAREL Y CALVÍN - - - - -	226	EL LAZO Y LA TRAMPA - - - - -	572
JUAN PEREZ Y BARTOLOMÉ		ORANDO - - - - -	585
DE CARRANZA - - - - -	254	EVA Y LA SERPIENTE - - - - -	586
ESPECTÁCULO EN LOS PIRI-		SEPULCROS ABIERTOS - - - - -	606
NEOS - - - - -	279	LA HECHICERA DE ENDOR - - - - -	607
GUILLERMO DE ORANGE Y		SAN PEDRO Y LOS JARDINES	
OLAF PETRI - - - - -	280	DEL VATICANO - - - - -	619
COLONIA - - - - -	288	CATEDRAL DE MONTEVIDEO - - - - -	638
TINDAL; WESLEY; KNOX - - - - -	289	EL JUEGO DE LA VIDA - - - - -	639
LOS DOS TESTIGOS - - - - -	310	UN MINISTRO EN SU ESTUDIO - - - - -	651
DESEMBARCO DE LOS PEREGRIN-		LA TIERRA ALUMBRADA CON	
NOS - - - - -	335	SU GLORIA - - - - -	661
SEÑALES DE LOS ÚLTIMOS DÍAS	346	DESTRUCCIÓN DE LA TIERRA - - - - -	671
EL LIBRO ABIERTO - - - - -	364	EL ARCO IRIS DE LA PROMESA - - - - -	693
GUILLERMO MILLER - - - - -	365	INCENDIO DE SAN FRANCISCO - - - - -	711
UN FARO - - - - -	392	EMBLEMAS DE VICTORIA - - - - -	720
EL VIAJE Á EMAÚS - - - - -	404		



DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN—I

“¡OH si hubieras conocido, tú también, al menos en éste tu día, las cosas que hacen á tu paz! ¡Mas ahora están encubiertas de tus ojos! ¡Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos echarán trincheras en derredor de ti, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán al suelo, y á tus hijos en medio de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación!”¹

Desde lo alto del Monte de los Olivos echó Jesús una mirada sobre Jerusalén, presentándose entonces ante su vista todo un cuadro de hermosura y de paz. Era tiempo de Pascua, y de todas las regiones del orbe los hijos de Jacob se habían reunido para celebrar la gran fiesta nacional. De entre viñedos y jardines como de entre las verdes praderas en donde se veían esparcidas las tiendas de los peregrinos, erguíanse airosos los palacios, las azoteas y los soberbios baluartes de la capital israelita. La hija de Sión parecía decir en su orgullo: “¡Estoy sentada reina, . . . y nunca veré el duelo!” porque siendo amada, como lo era, creía estar segura de merecer aún los favores del cielo como en los tiempos antiguos cuando el poeta rey cantaba: “De hermosa perspectiva, el gozo de toda la tierra es el Monte de Sión . . . la ciudad del gran Rey.”² Resaltaban á la vista las cons-

¹ S. Lucas 19:42-44.

² Salmo 48:2.

trucciones espléndidas del templo, cuyos muros de mármol blanco como la nieve estaban entonces iluminados por los últimos rayos del sol poniente que al hundirse en el ocaso hacía resplandecer la puerta de oro, la torre y el pináculo. Y así destacábase la gran ciudad, “perfección de la hermosura,” orgullo de la nación judaica. ¡Qué hijo de Israel podía permanecer ante semejante espectáculo sin sentirse conmovido de gozo y admiración! Pero, muy ajena á todo esto, la mente de Jesús hallábase sumida en otros pensamientos. “Cuando llegó cerca y vió la ciudad, lloró sobre ella.”³ En medio de los estallidos de regocijo que provocara su entrada triunfal, mientras que el gentío en inmenso alborozo agitaba palmas en sus manos, que alegres hosannás llenaban el aire y repercutían en los montes, y que mil voces le proclamaban Rey, el Redentor del mundo se sentía abrumado por súbita y misteriosa tristeza. Él, el Hijo de Dios, el Prometido de Israel, que había vencido á la muerte, arrebatándole á los cautivos, lloraba, no presa de común abatimiento, sino embargada su alma por intensa é irrepreensible agonía.

No lloraba por sí mismo, por más que supiera adonde iba. Getsemaní, lugar de su próxima y terrible agonía, extendíase ante su vista. La puerta de las ovejas divisábase también; por ella habían entrado durante siglos y siglos las víctimas para el sacrificio, y pronto iba á abrirse para él, al ser llevado “como cordero al matadero.”⁴ Poco más allá se destacaba el Calvario, lugar de la crucifixión. Sobre aquel sendero por donde el Cristo tendría que pasar iban á caer densas y horrosas tinieblas al entregar él su alma en expiación por el pecado. No era sin embargo la contemplación de aquellas vistas lo que arrojaba sombras sobre el Señor en aquella hora de gran regocijo, ni tampoco el sentimiento de su angustia sobrehumana lo que nublaba su alma generosa; Cristo lloraba por el fatal destino de los millares de Jerusalén, por la ceguedad y por la dureza de corazón de aquellos á quienes él viniera á bendecir y salvar.

³ S. Lucas 19:41.

⁴ Isaías 53:7.

La historia de más de mil años durante los cuales Dios extendiera su especial favor y sus tiernos cuidados en beneficio de su pueblo escogido, desarrollábase á las claras ante los ojos de Jesús. Allí estaba el Monte Moría, donde el hijo de la promesa, cual mansa víctima que se entrega sin resistencia, fué atado sobre el altar como emblema del sacrificio del Hijo de Dios.⁶ Allí fué donde le fueron confirmados al padre de los creyentes el pacto de bendición y la gloriosa promesa de un Mesías.⁶ Allí fué donde las llamas del sacrificio al ascender al cielo desde la era de Ornán, desviaron la espada del ángel exterminador;⁷ símbolo fiel y exacto del sacrificio de Cristo y de su mediación por los culpables. Jerusalén había sido honrada por Dios sobre toda la tierra. El Señor había “elegido á Sión; deseóla como habitación para sí.”⁸ Allí habían aparecido también los santos profetas para hacer oír su voz, predicando durante siglos y siglos mensajes de amonestación. Allí habían mecido los sacerdotes sus incensarios, subiendo hacia Dios el humo del incienso, mezclado con las plegarias de los adoradores. Allí había sido ofrecida día tras día la sangre de los corderos sacrificados, tipos vivos del Cordero de Dios que había de venir al mundo. Allí también había manifestado Jehová su presencia en la nube de gloria, sobre el propiciatorio. Allí descansó la base de la escala mística que unía el cielo con la tierra,⁹ aquella escala, que Jacob viera en sueños y por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban, mostrando así al mundo el camino que conduce al lugar santísimo. De haber conservado Israel como nación su alianza con el cielo, Jerusalén habría sido para siempre la elegida de Dios;¹⁰ pero la historia de aquel pueblo tan favorecido, es un simple relato que pone de manifiesto su apostasía y su rebelión. Aquel pueblo resistió la gracia del cielo, abusó de sus prerrogativas y menospreció todas sus oportunidades.

Á pesar de que los hijos de Israel “se mofaban de los mensajeros de Dios, y despreciaban las palabras de él, y hacían

⁶ Génesis 22:9.

⁶ Génesis 22:16-18.

⁷ 1 Crónicas 21.

⁸ Salmo 132:13.

⁹ Génesis 28:12; S. Juan 1:51.

¹⁰ Jeremías 17:21-25.

escarnio de sus profetas,"¹¹ el Señor seguía manifestándose á su pueblo como "Jehová Dios compasivo y elemente, lento en iras y grande en misericordia y en fidelidad"¹² y por más que le rechazaran, de continuo él seguía instándoles con bondad inalterable. Más grande que la amorosa compasión del padre por su hijo era el solícito cuidado con que Dios velaba por su pueblo enviándole "amonestaciones por mano de sus mensajeros, madrugando para enviárselas; porque tuvo compasión de su pueblo y de su morada."¹³ Al ver que no hacían caso de las amonestaciones, ni de las reprensiones, ni de las súplicas, les envió el mejor don del cielo, más aún, derramó todo el cielo en ese solo Don.

El Hijo de Dios fué enviado para exhortar á la ciudad rebelde. Fué Cristo quien sacara á Israel de Egipto como una viña hermosa.¹⁴ Con su propio brazo había arrojado á los gentiles de delante de ella; él mismo la había plantado "en una colina muy feraz;"¹⁵ la había cercado cuidadosamente de seto y había enviado á sus siervos ordenándoles que la cultivasen. "¿Qué más había de hacer por mi viña, que no haya hecho ya por ella?" decía. Empero á pesar de estos cuidados y por más que "esperó que diese uvas; y las dió silvestres,"¹⁶ no obstante el Señor compasivo esperó aún el fruto y él mismo vino en persona á su viña para librarla, si fuera posible, de la destrucción. La labró con todo cuidado, la podó á tiempo y la cercó para resguardarla. Fué incansable en sus esfuerzos para salvar aquella viña que él mismo había plantado.

Durante tres años el Señor de la luz y de la gloria estuvo yendo y viniendo en medio de su pueblo. "Andaba por todas partes, haciendo beneficios, y sanando á todos los oprimidos del diablo,"¹⁷ curando á los quebrantados de corazón, poniendo en libertad á los cautivos, dando vista á los ciegos, haciendo andar á los cojos y oír á los sordos, limpiando á los leprosos, resucitando á los muertos y predicando el evangelio á los pobres.¹⁸ El llamamiento de gracia era

¹¹ 2 Crónicas 36:15, 16.

¹² Éxodo 34:6.

¹³ Salmo 80:8.

¹⁴ Isaías 5:1.

¹⁵ Isaías 5:2-4.

¹⁶ Hechos 10:38; S. Lucas 4:18; S. Mateo 11:5.

dirigido sin excepción á todas las clases sociales: “¡Venid á mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso.””

Á pesar de recibir por recompensa el mal por el bien y el odio á cambio de su amor,” prosiguió con firmeza su misión de paz y misericordia. Jamás fué rechazado ninguno de los que se acercaron á él en busca de su gracia. Errante sin hogar, sufriendo burlas y maltratos á diario, sólo vivió para ayudar á los pobres, aliviar á los agobiados y persuadirlos á todos á que aceptasen el don de vida. Los effuvios de la misericordia divina eran rechazados por aquellos corazones endurecidos y rehacios para volver sobre ellos con más vigor, impulsados por la augusta compasión y por la fuerza del amor que sobrepuja á todo entendimiento. Israel empero se alejó de él, apartándose así de su mejor Amigo y de su único Auxiliador. Su amor fué despreciado, rechazados sus dulces consejos y ridiculizadas sus cariñosas amonestaciones.

Rápida pasaba la hora de esperanza y de perdón. La copa de la ira de Dios, por tanto tiempo contenida, estaba casi llena. La nube que había ido formándose al través de los tiempos de apostasía y rebelión, veíase ya negra, preñada de maldiciones, próxima á descargarse sobre un pueblo culpable; y Aquel que era el único que podía librarle de la suerte fatal que sobre él pendía, había sido menospreciado, escarnecido y rechazado, y, en breve, lo iban á crucificar. Cuando el Cristo estuviera clavado en la cruz del Calvario, ya habría transecurrido para Israel su día como nación favorecida y saciada de las bendiciones de Dios. La pérdida de una sola alma se considera como una calamidad infinitamente más grande que la de todas las ganancias y todos los tesoros de un mundo; pero cuando Jesús fijó su mirada en Jerusalén, ante él se presentó la ruina de toda una ciudad, de todo un pueblo; de aquella ciudad, y de aquel pueblo que habían sido elegidos de Dios,—su especial tesoro.

Los profetas habían llorado la apostasía de Israel y lamentado las terribles desolaciones con que fueron castigadas

” S. Mateo 11:28.

” Salmo 109:5.

sus culpas. Jeremías deseaba que sus ojos se volvieran inantiales de lágrimas para poder llorar día y noche por los muertos de la hija de su pueblo y por el rebaño del Señor que fué llevado cautivo." ¡Cuál no sería entonces la angustia de Aquel cuya profética mirada no investigaba los sucesos de pocos años sino los de muchos siglos! Y es que veía al ángel exterminador blandir su espada sobre la ciudad que por tanto tiempo fuera el tabernáculo de Jehová. Desde la cumbre del Monte de los Olivos, en el lugar mismo que más tarde iba á ser ocupado por Tito y sus soldados, miró al través del valle los patios y los pórticos sagrados, y con los ojos nublados por las lágrimas, vió en horroroso anticipo los muros de la ciudad circundados por tropas extranjeras; oyó el estrépito de las legiones que marchaban en son de guerra, y los tristes lamentos de las madres y de los niños que lloraban por pan en la ciudad sitiada. Vió el templo santo y hermoso, los palacios y las torres devorados por las llamas, dejando tan sólo en su lugar un montón de humeantes ruinas.

Mirando al través del porvenir vió al pueblo del pacto, disperso en toda la tierra, esparcido "como náufragos en una playa desierta." En la retribución temporal que estaba por caer sobre sus hijos, vió como el primer trago de la copa de la ira que en el juicio final aquel mismo pueblo deberá apurar hasta las heces. La compasión divina y el sublime amor de Cristo hallaron su expresión en estas lúgubres palabras: "¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas á los profetas, y apedreas á los que son enviados á ti, ¡cuántas veces quise recoger tus hijos, como la gallina recoge sus polluelos bajo sus alas, y no quisite!"²⁰ ¡Oh! ¡si tú, nación favorecida entre todas las demás, hubieras conocido el tiempo de tu visitación y las cosas que te hubieran dado paz! Yo detuve al ángel de justicia, te he llamado al arrepentimiento y todo ha sido en vano. No rechazaste tan sólo á los siervos ni despreciaste tan sólo á los enviados y profetas, sino al Santo de Israel, tu Redentor. Si eres destruída tú sola tienes la culpa. "No queréis venir á mí para que tengáis vida."²¹

²⁰ Jeremías 9:1; 13:17. ²¹ S. Mateo 23:37. ²² S. Juan 5:40.

Cristo vió en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y rebelión, y que corría presuroso á recibir el pago de la justicia de Dios. Los lamentos de una raza caída oprimían el alma del Señor, y esto fué lo que le hiciera prorrumper en expresiones de dolor sobre Jerusalén. Vió además las profundas huellas del pecado marcadas por la miseria humana con lágrimas y sangre; su tierno corazón se conmovía de compasión infinita por las víctimas de los padecimientos y aflicciones de la tierra; quiso salvarlos á todos, pero ya no le era dado á su mano poderosa apartar la corriente del dolor humano que del pecado dimanaba; pocos buscarían la única fuente de salud. Él estaba dispuesto á dar su misma alma hasta la muerte, y poner así la salvación al alcance de todos; pero muy pocos iban á querer venir hacia él para tener vida eterna.

¡Mirad al Rey del cielo derramando copioso llanto! ¡Ved al Hijo del infinito Dios turbado en espíritu y doblegado bajo el peso del dolor! Los cielos se llenaron de asombro al contemplar semejante escena que pone tan de manifiesto la culpabilidad enorme del pecado, y que nos enseña lo que le cuesta, aun al poder infinito, salvar al pecador de las consecuencias que le acarrea la transgresión de la ley de Dios. Dirigiendo Jesús sus miradas hasta la última generación vió al mundo envuelto en el engaño semejante al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos consistió en que rechazaron á Cristo; el gran pecado del mundo cristiano consistirá en rechazar la ley de Dios que es el fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. Los preceptos del Señor serán no sólo menospreciados sino desechados por completo. Millones de almas sujetas al pecado, esclavas de Satanás, condenadas á sufrir la segunda muerte, rehusarán escuchar las palabras de verdad en el día de su visitación. ¡Terrible ceguedad, extraña infatuación!

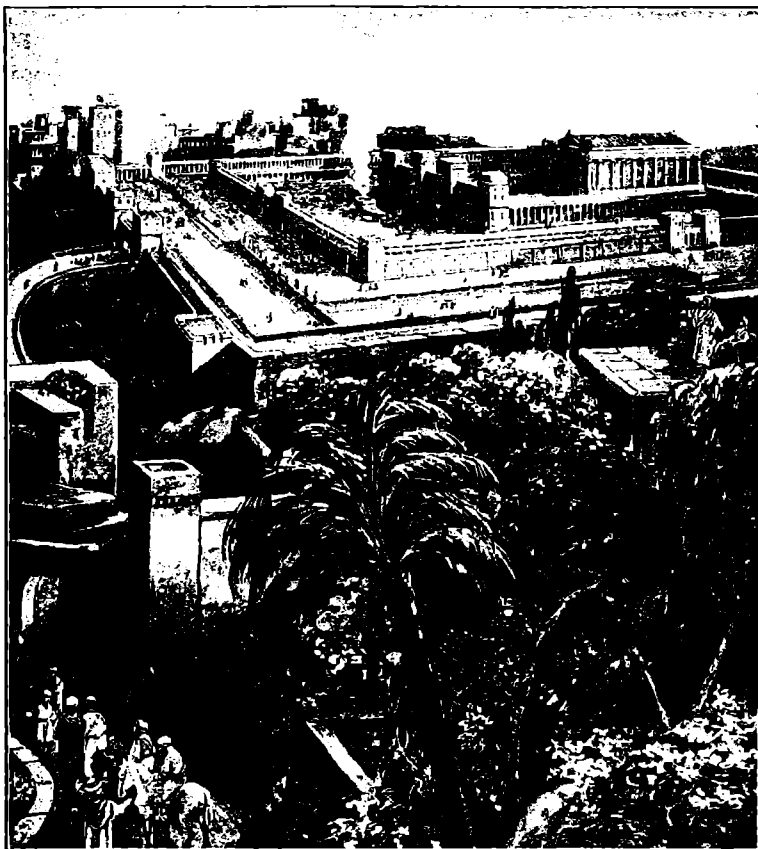
Dos días antes de la pascua, cuando Cristo se había despedido ya del templo por última vez, después de haber denunciado públicamente la hipocresía de los príncipes de Israel, volvió al Monte de los Olivos, acompañado de sus discípulos

y se sentó entre ellos en una ladera cubierta de blando césped, dominando con la vista la ciudad. Una vez más contempló sus muros, torres y palacios; admiró el templo y le pareció hermoso y esplendente como una diadema de hermosura que coronaba al sagrado monte.

Mil años antes el salmista había magnificado la bondad de Dios hacia Israel porque había escogido aquel templo como su morada. “En Salem también está su tabernáculo, y su morada en Sión.”²² “Escogió la tribu de Judá, al Monte de Sión, que él amó. Y edificó su santuario como alturas, como la tierra, la que cimentó para siempre.”²³ El primer templo había sido erigido durante la época de mayor prosperidad en la historia de Israel. Vastos almacenes fueron construídos para contener los tesoros que con dicho propósito acumulara el rey David, y los planos para la edificación del templo fueron hechos por inspiración divina.²⁴ Salomón, el más sabio de los monarcas de Israel completó la obra. Este templo ha resultado el edificio más soberbio que este mundo haya visto. No obstante, el Señor declaró por boca del profeta Aggeo, refiriéndose al segundo templo: “Mayor será la gloria postrera de esta casa que la gloria anterior.” “Sacudiré todas las naciones, y vendrá el Deseo de todas las naciones y llevaré esta Casa de gloria, dice Jehová de los ejércitos.”²⁵

Después de haber sido destruído por Nabucodonosor, el templo fué reconstruído unos cinco siglos antes del nacimiento de Cristo por un pueblo que tras largo cautiverio había vuelto á su país hallándolo decaído y casi desierto. Había entonces en Israel algunos hombres de avanzada edad que habían visto la gloria del templo de Salomón y que lloraban al ver el templo nuevo que parecía tan inferior al anterior. El sentimiento que dominaba entre el pueblo nos es fielmente descrito por el profeta cuando dice: “¿Quién ha quedado entre vosotros, que haya visto esta Casa en su gloria anterior? ¿y qué tal la veis ahora? ¿No es como una nada á vuestros ojos?”²⁶ Entonces fué dada la promesa de

²² Salmo 76:2.²³ Salmo 78:68, 69.²⁴ 1 Crónicas 28:12, 19.²⁵ Aggeo 2:9, 7.²⁶ Aggeo 2:3; Esdras 3:12.



EL TEMPLO Y SUS ATRIOS

“No hay probablemente edificio alguno del mundo antiguo que haya llamado tanto la atención desde la época de su destrucción, como el templo que Salomón edificara en Jerusalén y el que fué luego edificado en su lugar por Herodes. Sus despojos fueron considerados dignos de que sirviesen como modelo para uno de los más hermosos arcos triunfales de Roma, y la más encumbrada ambición arquitectónica de Justiniano consistía en aventajarlo. Durante toda la edad media influyó considerablemente el estilo arquitectónico de las iglesias cristianas. . . . Desde el despertamiento humanista del siglo XVI sus disposiciones han tenido ocupadas las plumas de un sinnúmero de sabios anticuarios, y arquitectos de todos los países han agotado sus conocimientos tratando de reproducir sus formas.”

“Cualquiera que haya sido el aspecto exacto de sus detalles, puede asegurarse sin temor alguno de contradicción que el triple templo de Jerusalén — el atrio bajo que se extendía sobre sus magníficos terraplenes; el atrio interior que se levantaba sobre su plataforma en el centro de aquél; y el templo propiamente dicho que se erguía en el centro coronando el conjunto — debe haber formado combinado con la belleza de su situación, una de las obras arquitectónicas más soberbias del mundo antiguo.” — Santiago Fergusson, F. R. S., en *el Diccionario Bíblico de Smith, art. Templo.*

que el segundo templo sería más grande en gloria que el primero.

Pero en realidad no fué así, pues ni el segundo igualó al primero en magnificencia ni fué santificado por las señales visibles de la presencia divina con que lo fuera el templo de Salomón, ni hubo tampoco manifestaciones de poder sobrenatural que dieran realce á su dedicación. Ninguna nube de gloria cubrió al santuario que acababa de ser erigido; no hubo fuego que descendiera del cielo para consumir el sacrificio sobre el altar. La manifestación divina no se encontraba ya entre los querubines en el lugar santísimo; ya no estaban allí el arca del testimonio, ni el propiciatorio, ni las tablas de la ley. No se oía tampoco ninguna voz del cielo que revelase al sacerdote oficiante la voluntad del Señor.

En vano se habían esforzado los judíos por varios siglos en probar cómo y en dónde se había cumplido la promesa de Dios dada por Aggeo; y sin embargo el orgullo y la incredulidad tenían cegadas sus mentes al verdadero significado de las palabras del profeta. Al segundo templo no le fué conferido el honor de ser cubierto con la nube de la gloria de Jehová, pero sí fué honrado con la presencia de Uno en quien habitaba corporalmente la plenitud de la Divinidad,—de Uno que era Dios mismo manifestado en carne. Cuando el Nazareno enseñó y realizó curaciones en los atrios sagrados se cumplió la profecía gloriosa: él era el “Deseo de todas las naciones” que entraba en su templo. Por la presencia de Cristo, y sólo por ella, la gloria del segundo templo superó la del primero; pero Israel tuvo en poco al anunciado don del cielo: y con el humilde Maestro que salió aquel día por la puerta de oro, la gloria había salido también del templo para siempre. Así se cumplieron las palabras del Señor, que dijo: “¡He aquí, vuestra casa os es dejada desierta!”²⁷

Los discípulos no sólo se maravillaron sino que hasta se sobrecogieron de temor al oír las predicciones de Cristo res-

²⁷ S. Mateo 23:38.

pecto de la destrucción del templo, y deseaban entender de un modo más completo el significado de sus palabras. La riqueza y el trabajo unidos con el arte arquitectónico habían servido por espacio de cuatro décadas para enaltecer los esplendores y la grandeza de aquel templo. Herodes el Grande y hasta el mismo emperador del mundo contribuyeron con los tesoros de los judíos y con las riquezas romanas á engrandecer la magnificencia del hermoso edificio. Con este objeto habíanse importado de Roma enormes bloques de preciado mármol, de tamaño casi fabuloso, sobre los cuales los discípulos llamaban la atención del Maestro, diciéndole: “¡Mira! ¡qué piedras, y qué edificios!”²⁸

Pero Jesús contestó con estas soleranas y sorprendentes palabras: “En verdad os digo, que no será dejada aquí una piedra sobre otra, que no sea derribada.”²⁹

Los discípulos creyeron que la destrucción de Jerusalén coincidiría con los sucesos de la venida personal de Cristo cual glorioso rey temporal que ocuparía el trono universal, que aplicaría á los judíos el castigo que merecían por sus culpas y que libertaría á la nación del pesado yugo de los romanos. Cristo les había anunciado que volvería, y por eso al anunciarles también los juicios que amenazaban á Jerusalén, ellos se figuraron que ambas cosas sucederían al mismo tiempo y, al encontrarse al rededor del Señor, en el Monte de los Olivos, le preguntaron: “¿Cuándo será esto? ¿y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?”³⁰

Lo porvenir les era misericordiosamente velado á los discípulos. De haber visto con toda claridad esos dos terribles acontecimientos de lo porvenir,—los sufrimientos del Redentor y su muerte, y la destrucción del templo y de la ciudad,—los discípulos hubieran sido abrumados por el miedo y el dolor. Cristo les dió un bosquejo de los sucesos más culminantes que habrían de desarrollarse antes de la consumación de los tiempos. Si bien es cierto que sus palabras no fueron entendidas en su plenitud, su significado tenía que hacerse más y más claro á medida que el pueblo cristiano

²⁸ S. Marcos 13:1.²⁹ S. Mateo 24:2.³⁰ S. Mateo 24:3.

necesitase de dicha instrucción. La profecía del Señor envolvía un doble significado: al par que anunciaba la ruina de Jerusalén presagiaba también los horrores del gran día final.

Jesús declaró á los discípulos los juicios que vendrían sobre el apóstata Israel y especialmente los merecidos castigos que debería sufrir por haber rechazado y crucificado al Mesías. Habían de realizarse señales inequívocas, precursoras del espantoso desenlace. La hora temible iba á venir veloz y repentina. Y el Salvador avisó á los que le escuchaban, diciéndoles: “Cuando viereis pues la abominación desoladora, de que habló Daniel el profeta, estar en el lugar santo, (el que lee, entienda), entonces los que están en Judea huyan á las montañas.”²¹ Tan pronto como los estandartes del ejército romano idólatra fuesen clavados en el suelo sagrado que se extendía varios estadios más allá de los muros, los creyentes en Cristo debían comprender que tenían que apelar á la fuga como único recurso de seguridad. Al ser vista la señal preventiva, todos los que quisieran escapar deberían hacerlo sin tardar. Tanto en tierra de Judea como en la propia ciudad de Jerusalén el aviso de la fuga debía ser aprovechado en el acto. Todo el que se hallase en aquel instante en el tejado de su casa no debería entrar en ella ni para tomar consigo los más valiosos tesoros; los trabajadores que se hallaran en el campo y en los viñedos no debían perder tiempo en volver por las túnicas que se hubiesen quitado para sobrellevar mejor el calor y la faena del día. Todos debían marcharse sin tardar si no querían verse envueltos en la ruina general.

Durante el reinado de Herodes la ciudad de Jerusalén no sólo había sido notablemente embellecida, sino también fortalecida. Se erigieron torres, muros y fortalezas que unidos á la ventajosa situación topográfica del lugar, la hacían aparentemente inexpugnable. Si alguien en aquellos días hubiese predicho públicamente la destrucción de la ciudad, sin duda habría sido considerado cual lo fuera Noé en su tiempo:

²¹ S. Mateo 24:15, 16; S. Lucas 21:20.

como alarmista insensato. Pero Cristo había dicho: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.”²² La ira del Señor era contra Jerusalén á causa de sus pecados, y su obstinada incredulidad hizo inevitable su condenación.

El Señor había declarado por boca del profeta Miqueas: “¡Oíd pues esto, cabezas de la casa de Jacob, y magistrados de la casa de Israel; los que tenéis en abominación el juicio justo, y pervertís toda forma de equidad: los que edificáis á Sión con derramada sangre, y á Jerusalén con iniquidad! Sus cabezas juzgan por premios, y sus sacerdotes enseñan por precio, y sus profetas adivinan por dinero; y con todo, se apoyan en Jehová, diciendo: ¿Acaso no está Jehová en medio de nosotros? ¡no vendrá pues sobre nosotros ningún mal!”²³

Estas palabras bastan para dar idea cabal de la corrupción y del grado de propia justicia de los moradores de Jerusalén. Á la vez que pretendían ser escrupulosos observadores de la ley de Dios, quebrantaban todos sus preceptos. La pureza de Cristo y su santidad hacían resaltar la iniquidad de ellos; por eso le aborrecían y le señalaban como el causante de todas las desgracias que les sobrevinieron como consecuencia de su maldad. Aunque harto sabían que Cristo no tenía pecado, declararon que su muerte era necesaria para el bienestar de la nación. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos decían: “Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar y nación.”²⁴ Pero una vez crucificado Cristo, pensaban ellos, les sería más fácil unirse y hacerse otra vez un pueblo grande y poderoso. Así discurrían ellos, y así convinieron con el sumo sacerdote de que era mejor que uno muriera y no que la nación entera se perdiese.

Así también es como los príncipes judíos habían edificado “á Sión con sangre, y á Jerusalén con iniquidad” y al paso que sentenciaban á muerte á su Salvador porque les echaba en cara sus iniquidades, daban pábulo á su necia arrogancia al punto de reputarse á sí mismos como el pueblo

²² S. Mateo 24:35.²³ Miqueas 3:9-11.²⁴ S. Juan 11:48.

favorecido de Dios, y esperaban que el Señor viniese á librarles de sus enemigos. “Por tanto,” sigue diciendo el profeta, “Sión, á causa de vosotros será arada como un campo, y Jerusalén vendrá á ser montón de ruinas, y el monte de la casa santa, como altos cubiertos de bosque.”³⁵

Dios aplazó sus juicios sobre la ciudad y la nación hasta cosa de cuarenta años después de que Cristo había anunciado el castigo de Jerusalén. Admirable fué la paciencia que tuvo Dios con los que rechazaran su evangelio y asesinaran á su Hijo. La parábola de la higuera estéril representa el trato bondadoso de Dios con el pueblo judaico. El mandamiento había sido dado ya: “¡Córtala! ¿por qué también inutiliza la tierra?”³⁶, pero la divina misericordia le preservó por algún tiempo. Había aún muchos judíos que ignoraban lo que fueran el carácter y la obra de Cristo; en consecuencia, los hijos no recibieron la luz ni disfrutaron las oportunidades que sus padres rechazaran. Por medio de la predicación de los apóstoles y de sus compañeros, Dios iba á hacer brillar la luz sobre aquel pueblo para que pudiese ver cómo se habían cumplido las profecías, no únicamente las que se referían al nacimiento y vida del Salvador sino también las que anunciaban su muerte y su gloriosa resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando conociendo ya plenamente la luz que fuera dada á sus padres rechazaron la luz adicional que á ellos mismos les fuera concedida, entonces se hicieron cómplices de las culpas de los padres y colmaron la medida de su iniquidad.

Cuanto más grande era la paciencia de Dios con Jerusalén, tanto más crecía también la rebeldía y la maldad de los judíos. Al hacerse crueles y llenarse de odio para con los discípulos de Jesús, no hacían más que rechazar la última oferta de misericordia. Entonces Dios les privó de su protección y dió rienda suelta á Satanás y á sus ángeles y la nación se entregó en brazos del caudillo que ella misma se había elegido. Sus hijos menospreciaron la gracia de

³⁵ Miqueas 3:12.

³⁶ S. Lucas 13:7.

Cristo, sin considerar que de este modo despreciaban la única fuerza capaz de destruir sus malos instintos; el resultado fué que los hombres, obedeciendo los impulsos de su corrompido corazón, cayeron en el abismo de las más viles pasiones fomentadas con todo el poder de Satanás. Los hombres no raciocinaban; ya se habían apartado de la razón,—estaban completamente dominados por sus impulsos y arrastrados por su ciega rabia. En su crueldad se volvieron satánicos. Tanto en la familia como en la nación, en las clases bajas como en las clases superiores del pueblo no reinaban más que la sospecha, la envidia, el odio, el altercado, la rebelión y el asesinato. No había seguridad en ninguna parte. Los amigos y parientes se hacían traición unos á otros. Los padres mataban á los hijos y éstos á sus padres. Los que gobernaban al pueblo no tenían poder para gobernarse á sí mismos: las pasiones más desordenadas los convertían en tiranos. Los judíos habían aceptado falsos testimonios para condenar al Hijo inocente de Dios; y ahora las acusaciones más falsas hacían inseguras sus propias vidas. Con sus hechos habían expresado desde hacía tiempo sus deseos: “¡Quitad de delante de nosotros al Santo de Israel!”³⁷, y ya dichos deseos se habían cumplido. El temor de Dios no les preocupaba ya más; Satanás se encontraba ahora al frente de la nación y las más altas autoridades civiles y religiosas estaban bajo su dominio.

Los jefes de los bandos opuestos hacían á veces causa común para despojar y torturar á sus desgraciadas víctimas, y otras veces esas mismas facciones peleaban unas con otras y se daban muerte sin misericordia: ni la santidad del templo fué parte para refrenar su ferocidad. Los fieles eran derribados á tierra al pie de los altares, y el santuario era envilecido por los cadáveres de aquellas carnicerías. Esto no obstante, en su necia y abominable presunción los sostenedores de la obra infernal declaraban públicamente que no temían que Jerusalén fuese destruída, pues era la propia ciudad de Dios; y, con el propósito de establecer de un modo permanente su satánico poder, sobornaban á falsos profetas para

³⁷ Isaías 30:11.

que proclamaran que el pueblo debía esperar la salvación de Dios, aunque ya el templo estaba sitiado por las legiones romanas. Hasta el fin las multitudes creyeron firmemente que el Todopoderoso intervendría en defensa de su pueblo contra sus adversarios. Pero como Israel había rechazado deliberadamente la protección de Dios, ya no había de hecho defensa alguna para él. ¡Desdichada Jerusalén! ¡arruinada por sus contiendas intestinas, la sangre de sus hijos derramada por sus propias manos teñía sus calles de carmesí, mientras que los ejércitos enemigos echaban á tierra las fortalezas y mataban á los guerreros!

Todas las predicciones de Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra; los judíos palparon la verdad de aquellas palabras de advertencia del Señor: "Con la medida que medís, se os medirá."³⁸

Aparecieron muchas señales y maravillas como síntomas precursores del desastre y de la condenación. Á la media noche una luz extraña brillaba sobre el templo y el altar. En las nubes, á la puesta del sol, se veían como carros y hombres de guerra que se reunían para la batalla. Los sacerdotes que ministraban de noche en el santuario eran aterrorizados por ruidos misteriosos; temblaba la tierra y se oían voces que gritaban: "¡Salgamos de aquí!" La gran puerta del oriente, que por su enorme peso era difícil de cerrar entre veinte hombres y que estaba asegurada con formidables barras de hierro afirmadas en el duro pavimento de piedras de gran tamaño, se abrió á la media noche de una manera misteriosa.³⁹

Durante siete años un hombre recorrió continuamente las calles de Jerusalén anunciando las calamidades que iban á venir sobre la ciudad. De día y de noche entonaba el lúgubre canto: "Voz del oriente, voz del occidente, voz de los cuatro vientos, voz contra Jerusalén y contra el templo, voz contra el esposo y la esposa, voz contra todo el pueblo." Este extraño personaje fué azotado y echado en la cárcel, donde sufrió sin quejarse todo cuanto le hacían sus verdugos. Á

³⁸ S. Mateo 7:2.

³⁹ Milman, "History of the Jews," libro 13.

los insultos que le dirigían y á las burlas que le hacían, no contestaba sino con estas palabras: “¡Ay de Jerusalén! ¡Ay, ay de sus moradores!” y sus tristes presagios no dejaron de oírse sino cuando encontró la muerte en el sitio que él había predicho.

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Cristo había prevenido á sus discípulos, y todos los que creyeron á sus palabras esperaron atentamente las señales prometidas. “Cuando viereis á Jerusalén cercada de ejércitos,” había dicho Jesús, “entonces sabed que su destrucción está cerca. Entonces los que estuvieren en Judea, huyan á las montañas, y los que estuvieren en medio de ella, salgan fuera.”⁴⁰ Después que los soldados romanos, al mando del general Cestio Galo, hubieron rodeado la ciudad, abandonaron de pronto el sitio de una manera inesperada y eso cuando todo parecía animarles para dar un asalto inmediato. Perdida ya la esperanza de poder resistir el ataque, los sitiados estaban á punto de rendirse, cuando el general romano retiró sus fuerzas sin motivo aparente para ello. Empero la previsora misericordia de Dios había dispuesto los acontecimientos para bien de los suyos. Ya estaba dada la señal á los cristianos que aguardaban el cumplimiento de las palabras de Jesús, y en aquel momento se les ofrecía una oportunidad que debían aprovechar para huir, conforme á las indicaciones dadas por el Maestro. Los sucesos se desarrollaron de modo tal que ni los judíos ni los romanos hubieran podido evitar la huída de los creyentes. Habiéndose retirado Cestio, los judíos hicieron una salida para perseguirle y entre tanto que ambas fuerzas se disponían para el combate, los cristianos pudieron salir de la ciudad, aprovechando la circunstancia de estar los alrededores totalmente despejados de enemigos que hubieran podido cerrarles el paso. En el momento mismo del sitio, los judíos habían acudido numerosos á Jerusalén para celebrar la fiesta de los tabernáculos y así fué como los cristianos esparcidos por todo el país pudieron escapar sin dificultad. Inmediatamente se

⁴⁰ S. Lucas 21:20, 21.

encaminaron hacia un lugar seguro,— la ciudad de Pella, en tierra de Perea, allende el Jordán.

Las fuerzas judaicas perseguían de cerca á Cestio y á su ejército y cayeron sobre la retaguardia con tal furia que amenazaban destruirla totalmente. Sólo á duras penas pudieron las huestes romanas operar su retirada. Los judíos no sufrieron más que pocas bajas, y con los despojos que hicieron volvieron en triunfo á Jerusalén. Pero este triunfo efímero no les acarrió sino perjuicios, pues despertó en ellos un espíritu de necia resistencia contra los romanos, que á su vez no tardó en traer males incalculables á la desdichada ciudad.

Espantosas fueron las calamidades que sufrió Jerusalén cuando el sitio fué nuevamente emprendido bajo el mando del general Tito. La ciudad fué sitiada en el momento de la pascua, cuando millones de judíos se hallaban reunidos dentro de sus muros. Los almacenes de provisiones, que de haber sido conservados, hubieran podido abastecer á toda la población por varios años, habían sido destruídos á consecuencia de la rivalidad y de las represalias de las facciones en lucha, y ya los vecinos de Jerusalén empezaban á sucumbir á los horrores del hambre. Una medida de trigo se vendía por un talento. Tantos eran los dolores que causaba el hambre, que los hombres llegaron al extremo de comer sus cintos de cuero, sus sandalias y las cubiertas de sus escudos. Muchos salían durante la noche para recoger las plantas silvestres que crecían fuera de los muros, á pesar de que muchos de ellos eran aprehendidos y condenados á crueles torturas que les causaban la muerte, y á menudo, los que lograban escapar eran despojados de aquello que habían conseguido aun con riesgo de la vida. Á veces los que estaban en el poder imponían los castigos más infamantes para obligar á los necesitados á entregar los últimos restos de provisiones que guardaban escondidos; y tamañas atrocidades eran perpetradas muchas veces por gente bien alimentada que sólo descaba almacenar para más tarde.

Millares murieron á consecuencia de los rigores del ham-

bre y de la peste. Los afectos naturales parecían haber desaparecido: los esposos se despojaban unos á otros arrebatándose los alimentos; los hijos quitaban á sus padres la comida que se llevaban á la boca, y la pregunta del profeta: “¿Se olvidará acaso la mujer de su niño mamante?”⁴¹ recibió respuesta en el interior de los muros de la desgraciada ciudad, tal como la diera la Santa Escritura: “¿Las misericordiosas manos de mujeres cuyen á sus mismos hijos! ¿éstos les sirven de comida en el quebranto de la hija de mi pueblo!”⁴²

Una vez más se cumplía la profecía pronunciada catorce siglos antes, y que dice: “La mujer tierna y delicada en medio de ti, que nunca probó á asentar en tierra la planta de su pie, de pura delicadeza y ternura, su ojo será avariento para con el marido de su seno, y para con su hijo y su hija, así respecto de su niño recién nacido como respecto de sus demás hijos que hubiere parido; porque ella sola los comerá ocultamente en la falta de todo, en la primura y en la estrechez con que te estrecharán tus enemigos dentro de tus ciudades.”⁴³

Los jefes romanos hicieron cuanto pudieron para aterrorizar á los judíos hasta lograr que se rindiesen. Los que resistían, al ser tomados presos, eran azotados y atormentados y los crucificaban frente á los muros de la ciudad. Centenares de ellos eran así ejecutados cada día en tal forma que á lo largo del valle de Josafat y hasta el Calvario se erigieron cruces en número tan crecido que apenas dejaban espacio para pasar entre ellas. Así fué castigada aquella tñmeraria imprecación que lanzara el pueblo ante el trono de justicia de Pilato, al exclamar: “¿Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!”⁴⁴

De buen grado hubiera Tito puesto fin á tan terrible escena ahorrando así á Jerusalén el cúnulo de sus desgracias. Hallábase horrorizado al contemplar los cadáveres arrojados en montones en los valles. Como en éxtasis contempló desde

⁴¹ Isaías 49:15.

⁴³ Deuteronomio 28:56, 57.

⁴² Lamentaciones 4:10.

⁴⁴ S. Mateo 27:25.

lo alto del Monte de los Olivos la magnificencia deslumbradora del templo y ordenó que no se tocase ni una de sus piedras; y antes de adelantarse á tomar posesión del lugar hizo un solemne llamamiento á los jefes de los judíos advirtiéndoles que no le forzasen á profanar con sangre el lugar sagrado. Si ellos hubieran consentido en salir á presentar batalla en cualquier otro sitio, ningún soldado romano habría violado la santidad del templo. Josefo, en un elocuentísimo discurso, les instaba á que se rindiesen para salvarse á sí mismos, á la ciudad y al templo; pero sus palabras fueron contestadas con horribles maldiciones y con dardos que le fueron arrojados á él que era su último mediador humano que alegaba con ellos. Los judíos habían rechazado las instancias del Hijo de Dios, y ahora cualquiera otra instancia ó amonestación no podía tener otro resultado que el de determinarlos á resistir hasta el fin. Inútiles fueron los esfuerzos que hizo Tito para salvar el templo: Uno mayor que él había declarado que no quedaría piedra sobre piedra que no fuese derribada.

Los jefes judíos con su ciega necedad y con los odiosos crímenes que dentro de la ciudad sitiada perpetraran, excitaron en gran manera el horror y la indignación de los romanos, y Tito finalmente dispuso tomar el templo por asalto; sin embargo, dió sus órdenes para evitar su destrucción en cuanto fuera posible. Pero dichas órdenes fueron desobedecidas. Apenas se había retirado de noche á su tienda á descansar, cuando los judíos, haciendo una salida repentina del templo, atacaron á las legiones romanas. En la confusión que produjo aquel violento ataque, un soldado romano arrojó al pórtico por una abertura un leño encendido, y el fuego entonces no tardó en propagarse por los aposentos enmaderados con cedro que rodeaban el edificio. Tito acudió inmediatamente, seguido por sus generales y sus soldados, y dió órdenes terminantes para que sofocasen las llamas. Sus palabras fueron nuevamente desoídas. Furiosos los soldados arrojaron tizones encendidos á las cámaras contiguas al santuario y con sus espadas degollaron á gran número de los

judíos que en él se habían refugiado. La sangre corría como agua por las escaleras del templo. Miles y miles de judíos perecieron. Más fuerte que el ruido de la batalla eran las voces que gritaban “¡Ichabod!”—la gloria se ha ido.

“Tito vió que era imposible contener el furor de los soldados enardecidos por la lucha y entonces entró con sus oficiales para contemplar el interior del sagrado edificio. Su esplendor les dejó maravillados, y como él notase que el fuego no había llegado aún al lugar santo, hizo el postrer esfuerzo para salvarlo saliendo precipitadamente y exhortando con energía á los soldados para que se empeñasen en contener la propagación del incendio. El centurión Liberalis hizo cuanto pudo con su insignia de mando para conseguir la obediencia de los soldados, pero ni siquiera el respeto al emperador bastaba ya para apaciguar la furia de la soldadesca contra los judíos y su ansia insaciable de saqueo. Todo lo que los soldados contemplaban en torno suyo eran objetos revestidos de oro que resplandecían de un modo maravilloso á la luz siniestra de las llamas, lo que les inducía á suponer que en el santuario habría tesoros de incalculable valor. Un soldado romano, sin ser visto, acercó un leño ardiendo á los postes de la puerta y en breves instantes todo el edificio era presa de las llamas. Los oficiales se vieron obligados á retroceder ante el fuego y el humo que les cegaba, y el noble edificio quedó entregado á su fatal destino.

“Aquel espectáculo llenaba de espanto á los romanos; ¿qué sería para los judíos? Toda la cumbre del monte en donde se levantaba la ciudad despedía fulgores como el cráter de un volcán en plena actividad. Los edificios iban cayendo á tierra uno tras otro, en medio de un estrépito tremendo y desaparecían en el abismo ardiente. Las techumbres de cedro brillaban como sábanas de fuego, los dorados capiteles de las columnas relucían como espigas de luz roja y los torreones inflamados despedían espesas columnas de humo y lenguas de fuego. Las colinas inmediatas estaban iluminadas y dejaban ver grupos de gentes que se agolpaban por todas partes siguiendo con la vista, en medio de horrible inquietud, el avance de la obra destructora; los

muros y las alturas de la ciudad estaban llenos de curiosos que ansiosos contemplaban la escena, algunos con rostros pálidos por hallarse presa de la más atroz desesperación, otros encendidos por la ira al ver su impotencia para vengarse. El tumulto de las legiones romanas que desbandadas corrían de acá para allá, y los agudos lamentos de los infelices judíos que morían entre las llamas, se mezclaban con el chisporroteo del incendio y con el estrépito de los derrumbes. En los montes repercutían los gritos de espanto y los ayes de la gente que se hallaba en las alturas; á lo largo de los muros se oían gritos y gemidos y aun los que morían de hambre hacían un supremo esfuerzo para lanzar un lamento de angustia y desesperación.

“Dentro de los muros la carnicería era aún más horrorosa que lo que podían imaginar los que sólo contemplaban el cuadro desde fuera; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, soldados y sacerdotes, los que peleaban y los que pedían misericordia, todos eran degollados en desordenada matanza. Superó el número de los asesinados al de los ascenos. Para seguir matando pisaban sobre montones de cadáveres.”⁴⁶

Destruído el templo, no tardó la ciudad entera en caer en poder de los romanos. Los caudillos judíos abandonaron las torres que consideraban inexpugnables y Tito las encontró vacías. Contemplólas asombrado y declaró que Dios mismo las había entregado en sus manos, pues ningún poder humano hubiera logrado hacerse dueño de tan formidables baluartes. La ciudad y el templo fueron arrasados hasta sus cimientos. El solar sobre el cual se irguiera el santuario fué arado “como un campo.”⁴⁶ En el sitio y en la mortandad que le siguió perecieron más de un millón de judíos; los que sobrevivieron fueron llevados cautivos, vendidos como esclavos, conducidos á Roma para enaltecer el triunfo del conquistador, arrojados á las fieras del circo ó desterrados y esparcidos por toda la tierra.

Así es como los judíos forjaron sus propias cadenas; ellos mismos llenaron en contra suya la copa de la venganza. En la completa destrucción de que fueron víctimas como nación

⁴⁶ Milman, “History of the Jews,” l. 16. ⁴⁶ Jeremías 26:18.

y en todas las desgracias que les persiguieron en la dispersión, no hacían sino cosechar lo que habían sembrado con sus propias manos. Dice el profeta: “¡Es tu destrucción, oh Israel, el que estés contra mí,” “porque has caído por tu iniquidad!”⁴ Los padecimientos de los judíos son muchas veces representados como castigo que cayó sobre ellos por decreto del Altísimo. Así es como el gran embaucador de las almas pretende disimular sus maquinaciones. Por la tenacidad con que ellos se manifestaron refractarios á la influencia divina del amor y de la misericordia, pusiéronse fuera del alcance de la protección de Dios, y Satanás pudo ejercer pleno dominio sobre ellos. Las horrorosas crueldades perpetradas durante la destrucción de Jerusalén demuestran el poder con que se ensaña Satanás sobre aquellos que ceden á su influencia.

No nos podemos dar cuenta de lo mucho que debemos á Cristo por la paz y la protección de que disfrutamos. Es el poder restrictivo de Dios el que impide que el hombre caiga completamente bajo el dominio de Satanás. Los hijos desobedientes é ingratos deberían hallar en esto un poderoso motivo para ser agradecidos á Dios porque en su misericordia y clemencia haya coartado el poder maléfico del diablo. Pero cuando el hombre traspasa los límites de la paciencia divina, ya no cuenta con aquella protección que le libraba del mal. Dios no asume nunca para con el pecador la actitud de un ejecutor que da curso á la sentencia contra la transgresión; lo que él hace es abandonar á su propia suerte á los que rechazan su misericordia, para que recojan los frutos de lo que sus propias manos han sembrado. Todo rayo de luz que se desprecia, toda admonición que se desoye y rechaza, toda pasión malsana que se abriga, toda transgresión á la ley de Dios, no son más que semillas que han de dar segura cosecha á los que las siembren. El Espíritu de Dios cuando se le resiste tenazmente, concluye por apartarse del pecador, quedando éste sin fuerza para sujetar las malas pasiones de su alma y sin protección alguna contra la malicia y perfidia de Satanás. La destrucción de Jerusalén es una advertencia

⁴Oseas 13:9; 14:1.

terrible y solemne para todos aquellos que menosprecian los dones de la gracia divina y que resisten á las instancias de la misericordia divina. Nunca fué dado á los hombres un testimonio que hablase más claramente del odio de Dios hacia el pecado y del inevitable castigo que sobre sí atraen los culpables.

La profecía del Salvador respecto al juicio que vendría sobre Jerusalén va á tener otro cumplimiento, y la terrible desolación del primero no fué más que pálida sombra de lo que será el segundo. En la desolación da la ciudad escogida podemos ver pronosticado el juicio de un mundo que rechazó la misericordia de Dios y pisoteó su ley. Lóbrega es la serie de acontecimientos que de la humana miseria ha presenciado el mundo: al contemplarlos el corazón desfallece y la mente se llena de estupor; horrendas han sido las consecuencias de haber rechazado la autoridad del cielo; pero una escena mucho más tenebrosa nos está revelada para lo porvenir. La historia de lo pasado,— la interminable serie de alborotos, conflictos y contiendas, “toda la armadura del guerrero en el tumulto de batalla, y los vestidos revolcados en sangre”¹⁸— ¿qué son y qué valen en comparación con los horrores de aquel día, cuando el Espíritu de Dios se aparte del todo de los malvados, dejándolos abandonados á sus fieras pasiones y á merced de la saña satánica? Entonces el mundo contemplará, como nunca lo contemplara, los resultados del gobierno de Satanás.

Pero en aquel día, lo mismo que en tiempo de la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será librado, porque serán salvos todos aquellos cuyos nombres estén “escritos entre los vivientes.” Jesu-Cristo anunció que vendría la segunda vez para llevarse consigo á los suyos: “Aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo; y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo, con poder y grande gloria. Y enviará sus ángeles con grande estruendo de trompeta, los cuales juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro.”¹⁹ Entonces los

¹⁸ Isaías 9:5.

¹⁹ S. Mateo 24:30, 31.

que no obedezcan el evangelio serán muertos con el aliento de su boca y destruidos con el resplandor de su venida.² Así como le sucedió antiguamente á Israel, los malvados se destruirán á sí mismos, y perecerán víctimas de su iniquidad. Debido á su vida pecaminosa los hombres se han apartado tanto del Señor y tanto ha degenerado su naturaleza con el mal, que la manifestación de la gloria del Señor es para ellos lo mismo que un fuego consumidor.

Deben guardarse los hombres de no menospreciar el aviso de Cristo respecto á su segunda venida; porque así como anunció á los discípulos la destrucción de Jerusalén y les dio una señal para cuando se acercara la ruina, así mismo ha prevenido al mundo del día de la destrucción final y nos ha dado señales de la proximidad de ésta para que todos los que quieran huyan de la ira que vendrá. Dice Jesús: “Y habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas; y sobre la tierra angustia de naciones.”³ Y “cuando viereis todas estas cosas, sabed que está cerca, á las puertas mismas.”⁴ “¡Velad pues!” es la amonestación del Señor. Los que presten atención á ella no serán dejados en tinieblas ni sorprendidos por aquel día.⁵ Pero los que no quieran velar, serán sorprendidos por “el día del Señor” que vendrá “como ladrón en la noche.”⁶

El mundo no está hoy día más dispuesto á dar crédito al mensaje dado para este tiempo de lo que estaba en los días de los judíos para recibir el aviso del Salvador respecto á la ruina de Jerusalén. Venga cuando venga, el día de Dios caerá repentinamente sobre los impíos desprevenidos. El día menos pensado, en medio del curso rutinario de la vida, aburridos los hombres en los placeres de la vida, en los negocios, en la caza al dinero, cuando los guías religiosos ensalcen el progreso y la ilustración del mundo, y que los moradores de la tierra se dejen arrullar por una falsa seguridad,—entonces, como ladrón que á media noche penetra en las habitaciones descuidadas, así caerá la inesperada destrucción sobre los desprevenidos “y no podrán escaparse.”⁷

² 2 Tesalonicenses 2:8. ³ S. Lucas 21:25; S. Mateo 24:29; S. Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17.

⁴ S. Mateo 24:33. ⁵ S. Marcos 13:35. ⁶ 1 Tesalonicenses 5:2-5.



LA PERSECUCIÓN EN LOS PRIMEROS SIGLOS — 2

CUANDO Jesús reveló á sus discípulos la suerte de Jerusalén y los acontecimientos de la segunda venida, predijo también lo que habría de experimentar su pueblo desde el momento en que él sería quitado de en medio de ellos, hasta el de su segunda venida en poder y gloria para libertarlos. Desde el Monte de los Olivos contemplaba el Salvador las tempestades que estaban por desatarse sobre la iglesia apostólica y, penetrando aún más en lo porvenir, su ojo vislumbró las fieras y desoladoras tormentas que se desatarían sobre sus discípulos en los tiempos de obscuridad y de persecución que habían de venir. En unas cuantas declaraciones breves, de terrible significado, predijo la medida de aflicción que los gobernantes del mundo acarrearían á la iglesia de Dios.¹ Los discípulos de Cristo habrían de recorrer la misma senda de humillación, de escarnio y de sufrimientos que él mismo iba á recorrer. La enemistad que contra el Redentor se despertara, habría de despertarse también contra todos los que creyesen en su nombre.

La historia de la iglesia primitiva dió razón á las palabras del Salvador. Los poderes de la tierra y del infierno se presentaron en orden de batalla para atacar á Cristo en la persona de sus discípulos. El paganismo previó que de triunfar el evangelio, derribaría sus templos y sus altares; en vista de esto, reunió sus fuerzas para destruir el cristianismo. Encendióse el fuego de la persecución. Los cristia-

¹ S. Mateo 24:9, 21, 22.

nos fueron despojados de sus posesiones y expulsados de sus hogares. Todos ellos sufrieron “grande conflicto de padecimientos.”² “Tuvieron prueba de escarnios y azotes, y también de prisiones y cárceles.”³ Muchos sellaron su testimonio con sangre. Nobles y esclavos, ricos y pobres, sabios é ignorantes, todos eran muertos sin misericordia.

Estas persecuciones que empezaron bajo el imperio de Nerón, cerca del tiempo del martirio de S. Pablo, continuaron con más ó menos furia por varios siglos. Los cristianos eran inculpados calumniosamente de los más espantosos crímenes y eran señalados como la causa de las mayores calamidades — el hambre, la peste y los terremotos. Como llegaron á ser objeto de los odios y sospechas del pueblo, los acusadores estaban listos, por aliciente del vil interés, para vender á los inocentes. Eran éstos condenados por rebeldes al imperio, como enemigos de la religión y como dañinos para la sociedad. Muchos eran arrojados á las fieras ó quemados vivos en los anfiteatros. Algunos eran crucificados; á otros los cubrían con pieles de animales salvajes y los echaban á la arena para ser despedazados por los perros. Estos suplicios constituían á menudo la principal diversión en las fiestas populares. Grandes muchedumbres solían reunirse para gozar de semejantes espectáculos donde acompañaban las agónias de los moribundos con risotadas y aplausos.

Á donde quiera que los discípulos de Cristo fuesen en busca de refugio, se les perseguía como á animales de rapiña. Así es como se vieron obligados á buscar un escondite en lugares desolados y solitarios. Anduvieron “destituídos, afligidos, maltratados (de los cuales no era digno el mundo), andando descaminados por los desiertos, y por las montañas, y abrigándose en las cuevas y en las cavernas de la tierra.”⁴ Las catacumbas ofrecieron refugio á millares de cristianos. Debajo de los cerros, en las afueras de la ciudad de Roma, se habían cavado grandes subterráneos á través de tierra y piedra; la obscura é intrincada red de galerías se extendía leguas más allá de los muros de la ciudad. En estos retiros

² Hebreos 10:32.³ Hebreos 11:36.⁴ Hebreos 11:37, 38.

los discípulos de Cristo sepultaban á sus muertos y tenían sus hogares, cuando se les tuvo sospecha y que fueron proscritos. Cuando el Dispensador de la vida despierte á los que han peleado la buena pelea, muchos mártires de la fe de Cristo se levantarán de entre aquellas cavernas tenebrosas.

En las persecuciones más encarnizadas, estos testigos de Jesús conservaban su fe sin mancha. Á pesar de verse desprovistos de toda comodidad y privados de la luz del sol, formando su hogar en el obscuro pero benigno seno de la tierra, no profirieron quejas. Con palabras de fe, de paciencia y de esperanza, se animaban unos á otros para soportar la privación y la desgracia. Las pérdidas de todas las bendiciones temporales no pudieron obligarlos á renunciar á su fe en Cristo. Las pruebas y la persecución no eran más que peldaños que los acercaban más al descanso y á la recompensa.

Como los siervos de Dios en los tiempos antiguos, muchos "fueron muertos á palos, no admitiendo la libertad, para alcanzar otra resurrección mejor."⁵ Esto les recordaba las palabras de su Maestro, de que cuando fuesen perseguidos por causa de Cristo, se regocijasen en gran manera, porque muy grande sería su galardón en los cielos; porque así fueron perseguidos los profetas antes que ellos. Se alegraban de que fueran hallados dignos de sufrir por la verdad, y entonaban cantos de triunfo en medio de las crepitantes hogueras. Mirando hacia adelante por la fe, vieron en lo alto á Cristo y á los ángeles que desde las almenas del cielo los observaban con el mayor interés y apreciaban y aprobaban su entereza. Una voz descendía del trono de Dios hasta ellos, que decía: "¡Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida!"⁶

Vanos eran los esfuerzos de Satanás para destruir la iglesia de Cristo por medio de la violencia. La gran lucha en que los discípulos de Jesús entregaron sus vidas, no cesó cuando estos fieles portaestandartes cayeron en sus puestos. Derrotados triunfaban. Los siervos de Dios eran sacrificados,

⁵ Hebreos 11:35.

⁶ Apocalipsis 2:10.

pero su obra seguía siempre adelante. El evangelio cundía más y más, y el número de sus adherentes iba en aumento. El evangelio alcanzó hasta las regiones inaccesibles para las águilas de Roma. Un cristiano reconviendo á los jefes paganos que atizaban la persecución, dijo: "Atormentadnos, condenadnos, desmenuzadnos, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia. . . . No medra vuestra crueldad." No era más que una instigación más poderosa para traer á otros á su fe. "Más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla."¹

Miles de cristianos fueron encarcelados y muertos, pero otros venían á ocupar los lugares que éstos dejaban vacíos. Y los que sufrían el martirio por su fe eran asegurados para Cristo y tenidos por él como conquistadores. Habían peleado la buena pelea é iban á recibir la corona de gloria cuando Cristo viniese. Los padecimientos unieron más á los cristianos unos con otros y con su Redentor. El ejemplo que daban en vida y el testimonio que daban en la hora de la muerte eran una constante atestación de la verdad: y, donde menos se esperaba, los esclavos de Satanás abandonaban su servicio y se alistaban bajo el estandarte de Cristo.

En vista de esto Satanás formó sus planes para oponerse con más éxito al gobierno de Dios y plantó su bandera en la misma iglesia cristiana. Si los discípulos de Cristo podían ser engañados é inducidos á ofender á Dios, entonces su resistencia, su fuerza y su estabilidad decaerían y ellos mismos vendrían á ser fácil presa.

El gran adversario se esforzaba entonces por obtener con artificios lo que no consiguiera por la violencia.

Cesó la persecución y vinieron á sustituirla las peligrosas seducciones de la prosperidad temporal y del honor mundano. Los idólatras fueron inducidos á aceptar parte de la fe cristiana, al par que rechazaban otras verdades esenciales. Profesaban aceptar á Jesús como el Hijo de Dios y creer en su muerte y en su resurrección, pero no tenían convicción de pecado ni sentían tampoco la necesidad del arrepentimiento

¹ Tertuliano, "Apología," cap. 50 (ed. de Madrid, 1889).

ni la de un cambio de corazón. Con algunas concesiones que ellos mismos hacían, pretendían que los cristianos hicieran las suyas para que todos pudiesen unirse en el terreno común de la fe en Cristo.

Esta situación era en extremo peligrosa para la iglesia. Comparados con ella la cárcel, las torturas, el fuego y la espada, eran meras bendiciones. Algunos cristianos permanecieron firmes, declarando que no podían entrar en compromisos. Otros se declararon dispuestos á hacer concesiones ó á modificar en algunos puntos su confesión de fe y á unirse con los que habían aceptado parte del cristianismo, insistiendo en que de este modo conseguirían la completa conversión de éstos. Era aquél un tiempo de profunda angustia para los verdaderos discípulos de Cristo. Bajo el manto de falso cristianismo, Satanás se introducía en la iglesia para corromper la fe de los creyentes y apartarlos de la Palabra de verdad.

La mayoría de los cristianos consintieron al fin en arriar su bandera, y así es como se realizó la unión del cristianismo con el paganismo. Por más que los adoradores de los ídolos profesaran haberse convertido y unido con la iglesia, aún estaban, sin embargo, sujetos á su idolatría, y no habían hecho más que cambiar los objetos de su culto por imágenes de Jesús y hasta de María y de los santos. La inmunda levadura de la idolatría, introducida de ese modo en la iglesia, prosiguió su funesta obra. Doctrinas falsas, ritos supersticiosos y ceremonias idolátricas se incorporaron en la fe y en el culto cristiano. Al unirse los discípulos de Cristo con los idólatras, la religión cristiana se corrompió y la iglesia perdió su pureza y su fuerza. Hubo sin embargo creyentes que no se dejaron extraviar por tamaños engaños y que se mantuvieron fieles al Autor de la verdad, adorando sólo á Dios.

Entre los que hacen profesión de cristianismo ha habido siempre dos categorías de personas: la de los que estudian la vida del Salvador y se afanan por corregir sus defectos y asemejarse al que es nuestro modelo; y la de aquellos que

huyen de las verdades sencillas y prácticas que ponen de manifiesto sus errores. Aun en sus mejores tiempos la iglesia no estaba formada exclusivamente de fieles verdaderos, puros y sinceros. Nuestro Salvador enseñó que aquellos que se abandonan voluntariamente al pecado no han de ser recibidos en la iglesia; no obstante, él unió consigo mismo á hombres de carácter defectuoso y les concedió el beneficio de sus enseñanzas y de su ejemplo, para que tuviesen oportunidad de ver sus faltas y enmendarlas. Entre los doce apóstoles hubo un traidor. Judas fué aceptado no á causa de los defectos de su carácter, sino á pesar de ellos. Fué unido con los discípulos para que, por la instrucción y el ejemplo de Cristo, aprendiese lo que constituye un carácter cristiano y así pudiese ver sus errores, arrepentirse y, con la ayuda de la gracia divina, purificar su alma obedeciendo "á la verdad." Pero Judas no anduvo en aquella luz que tan misericordiosamente le iluminó; antes bien, abandonándose al pecado buscaba las tentaciones de Satanás. Los malos rasgos de su carácter llegaron á predominar; entregó su alma al poder de las tinieblas; se disgustó cuando sus faltas fueron censuradas y así es como fué inducido á cometer el espantoso crimen de vender á su Maestro. Y otro tanto hacen todos aquellos que por acariciar el mal bajo una apariencia de santidad, aborrecen á los que les perturban la paz condenando su vida de pecado. En cuanto se les presente una oportunidad harán como Judas, venderán á los que para su bien les han amonestado.

Los apóstoles se opusieron á aquellos miembros de la iglesia que al par que profesaban ser santos, daban secretamente cabida á la iniquidad. Ananías y Safira nos son presentados como engañadores que pretendían hacer un sacrificio completo delante de Dios, cuando en realidad guardaban para sí con avaricia parte de la ofrenda. El Espíritu de verdad reveló á los apóstoles el carácter verdadero de aquellos engañadores, y el juicio de Dios libró á la iglesia de aquella inmunda mancha que empañaba su pureza. Esta señal evidente del discernimiento del Espíritu de Cristo en los asun-

tos de la iglesia, llenó de terror á los hipócritas y á los obradores de maldad. No podían éstos seguir unidos á aquellos que eran, en hábitos y en disposición, fieles representantes de Cristo; y como las pruebas y la persecución vinieron sobre éstos, resultó que sólo los que estaban resueltos á abandonarlo todo por amor á la verdad, desearon ser discípulos de Cristo. De este modo, mientras continuó la persecución, la iglesia permaneció relativamente pura; pero al cesar aquélla se adhirieron á ésta algunos convertidos menos sinceros y desprendidos y se abrió paso al dominio de Satanás.

Pero así como no hay unión entre el Príncipe de luz y el príncipe de las tinieblas, tampoco puede haberla entre los que siguen á uno y al otro. Cuando los cristianos consintieron en unirse con los que no estaban más que convertidos á medias del paganismo, entraron por una senda que les apartó más y más de la verdad. Satanás se alegró sobremanera de haber logrado engañar á tan crecido número de discípulos de Cristo; y entonces se esforzó en ejercer sobre ellos su poder induciéndolos á perseguir á los que permanecieron fieles á Dios. Nadie sabía tan bien hacer oposición á la verdadera fe cristiana como los que habían sido una vez sus defensores; y estos cristianos apóstatas, junto con sus compañeros semipaganos, dirigieron sus ataques contra los puntos más esenciales de las doctrinas de Cristo.

Fué necesario sostener una lucha desesperada por parte de los que deseaban ser fieles y firmes, contra los engaños y las abominaciones que, envueltos en las vestiduras sacerdotales, se introducían en la iglesia. La Biblia no fué aceptada como regla de fe. Á la doctrina de la libertad religiosa se la llamó herejía, y sus sostenedores fueron aborrecidos y proscritos.

Tras largo y tenaz conflicto, los pocos que permanecían fieles, resolvieron romper toda unión con la iglesia apóstata si ésta rehusaba aún desechar la falsedad y la idolatría. Y es que vieron que dicho rompimiento era de todo punto necesario si querían obedecer la Palabra de Dios. No se atrevían á tolerar errores fatales para sus propias almas y dar

así un ejemplo que ponía en peligro la fe de sus hijos y la de los hijos de sus hijos. Para asegurar la paz y la unidad estaban dispuestos á cualquiera concesión, siempre que no estuviese en desacuerdo con la fidelidad que le debían á Dios, y les parecía que sacrificar un principio por amor á la paz era por demás caro. Si no se podía asegurar la unidad sino comprometiendo la verdad y la justicia, más valía según ellos que siguiesen las diferencias y aún la guerra.

Bueno sería para la iglesia y para el mundo que los principios que aquellas almas vigorosas sostuvieron revivieran hoy en los corazones del pueblo que profesa ser de Dios. Nótese hoy día una alarmante indiferencia respecto de las doctrinas que son como las columnas de la fe cristiana. Está ganando más y más terreno la opinión de que, al fin y al cabo, dichas doctrinas no son de vital importancia. Semejante degeneración del pensamiento fortalece las manos de los agentes de Satanás, de modo que las falsas teorías y los fatales engaños que en otros tiempos eran rebatidos por los fieles que exponían sus vidas para resistirlos, encuentran hoy día aceptación por parte de miles y miles que declaran ser discípulos de Cristo.

No hay duda de que los cristianos primitivos fueron un pueblo peculiar. Su conducta intachable y su inquebrantable fe, constituían continuo reproche que turbaba la paz del pecador. Aunque pocos en número, escasos de bienes, sin posición y sin títulos de honor, aterrorizaban á los obradores de maldad donde quiera que fueran conocidos su carácter y sus doctrinas. Por eso los aborrecían tanto los impíos del mismo modo que Abel fué aborrecido por el impío Caín. Por el mismo motivo que tuvo Caín para matar á Abel, aquellos que procuraban arrojar lejos de sí la influencia refrenadora del Espíritu Santo, condenaron á muerte al pueblo de Dios. Y por ese mismo motivo los judíos rechazaron y crucificaron al Salvador, es á saber, porque la pureza y la santidad del carácter de éste constituían una reprensión siempre enfadosa para su egoísmo y corrupción. Desde los días de Cristo hasta hoy, sus verdaderos discípulos han des-

pertado el odio y la oposición de los que siguen con deleite los senderos del mal.

¿Cómo, pues, puede llamarse el evangelio un mensaje de paz? Cuando Isaías predijo el nacimiento del Mesías, confirió al Señor el título de "Príncipe de Paz." Cuando los ángeles anunciaron á los pastores que Cristo había nacido, cantaron sobre los valles de Betlehem: "¡Gloria en las alturas á Dios, y sobre la tierra paz, entre los hombres la buena voluntad!"* Hay contradicción aparente entre semejantes declaraciones proféticas y las palabras de Cristo: "No vine á traer paz, sino espada."** Pero bien entendidas se nota armonía perfecta entre ellas. El evangelio es un mensaje de paz. El cristianismo es un sistema que, de ser recibido y practicado, derramaría paz, armonía y dicha por toda la tierra. La religión de Cristo unirá en estrecha fraternidad á todos los que acepten sus enseñanzas. La misión de Jesús consistió en reconciliar á los hombres con Dios, y por eso mismo á los hombres con los hombres; pero el mundo en su mayoría se halla bajo el dominio de Satanás, el enemigo más encarnizado de Cristo. El evangelio presenta á los hombres principios de vida que contrastan por completo con sus hábitos y deseos, y de ahí que se rebelen contra él. Aborrecen la pureza que pone de manifiesto y condena sus pecados, y persiguen y dan muerte á los que quisieran someterlos á sus sagradas y justas exigencias. Por esto, es decir, por los odios y disensiones que despiertan las verdades que trae consigo el evangelio se llama una espada.

La providencia misteriosa que permite que los hombres rectos sufran persecución por parte de los malvados, ha sido causa de gran perplejidad para muchos que son débiles en la fe. Hasta los hay que son capaces de abandonar la confianza que tienen en Dios, porque él permite que los hombres más viles prosperen, mientras que los mejores y los más puros sean afligidos y atormentados por el cruel poderío de aquéllos. ¿Cómo es posible, dicen ellos, que Uno que es todo justicia y misericordia y cuyo poder es infinito tolere tanta

* S. Lucas 2:14.

** S. Mateo 10:34.

injusticia y opresión? — Nada tenemos nosotros que ver con esto. Dios nos ha dado suficientes evidencias de su amor, y no debemos dudar de su bondad sencillamente porque no entendemos los actos de su providencia. Al ver de antemano las dudas que asaltarían á sus discípulos en días de pruebas y obscuridad, el Salvador les dijo: “Acordaos de aquella palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si me han perseguido á mí, á vosotros también os perseguirán.”¹⁰ Jesús sufrió por nosotros más de lo que cualquiera de sus discípulos pueda sufrir al ser víctima de la crueldad de los malvados. Los que son llamados á sufrir la tortura y el martirio, no hacen más que seguir las huellas del amado Hijo de Dios.

“No es tardo el Señor respecto de su promesa.”¹¹ Él no se olvida de sus hijos ni los abandona, pero deja á los malvados que pongan de manifiesto su verdadero carácter para que ninguno de los que quieran hacer la voluntad de Dios sea engañado por ignorar lo que ellos son. Además de esto los rectos pasan por el horno de la aflicción para ser purificados y para que por su ejemplo otros sean convencidos de que la fe y la santidad son sendas realidades, y finalmente para que por su conducta intachable condenen á los impíos y á los incrédulos.

Dios permite que los malvados prosperen y manifiesten su enemistad contra él, para que cuando hayan llenado la medida de su iniquidad, puedan ver todos la justicia y la misericordia de Dios en la completa destrucción de aquéllos. Pronto llega el día de la venganza del Señor, en que todos los que hayan transgredido su ley y oprimido á su pueblo recibirán la justa recompensa de sus actos; día en que cada acto de crueldad ó de injusticia contra los fieles de Dios será castigado como si hubiera sido hecho contra Cristo mismo.

Otro asunto hay de más importancia aún, que debería llamar la atención de las iglesias en el día de hoy. El apóstol Pablo declara que “todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.”¹²

¹⁰ S. Juan 15:20.

¹¹ 2 Pedro 3:9.

¹² 2 Timoteo 3:12.

¿Por qué entonces, parece menguar notablemente la persecución en nuestros días? — La única razón de ello es porque la iglesia se ha conformado á las reglas del mundo y que, por lo tanto, no despierta oposición. La religión que se profesa en el día de hoy no tiene el carácter puro y santo que distinguiera á la fe cristiana en los días de Cristo y sus apóstoles. Es tan sólo por el espíritu de compromiso con el pecado, por lo que las grandes verdades de la Palabra de Dios son miradas con tanta indiferencia, es por la poca piedad vital que hay en la iglesia, por lo que el cristianismo es aparentemente tan popular en el mundo. Que revivan la fe y el poder de la iglesia primitiva, y el espíritu de persecución revivirá también y el fuego de la persecución volverá á encenderse.



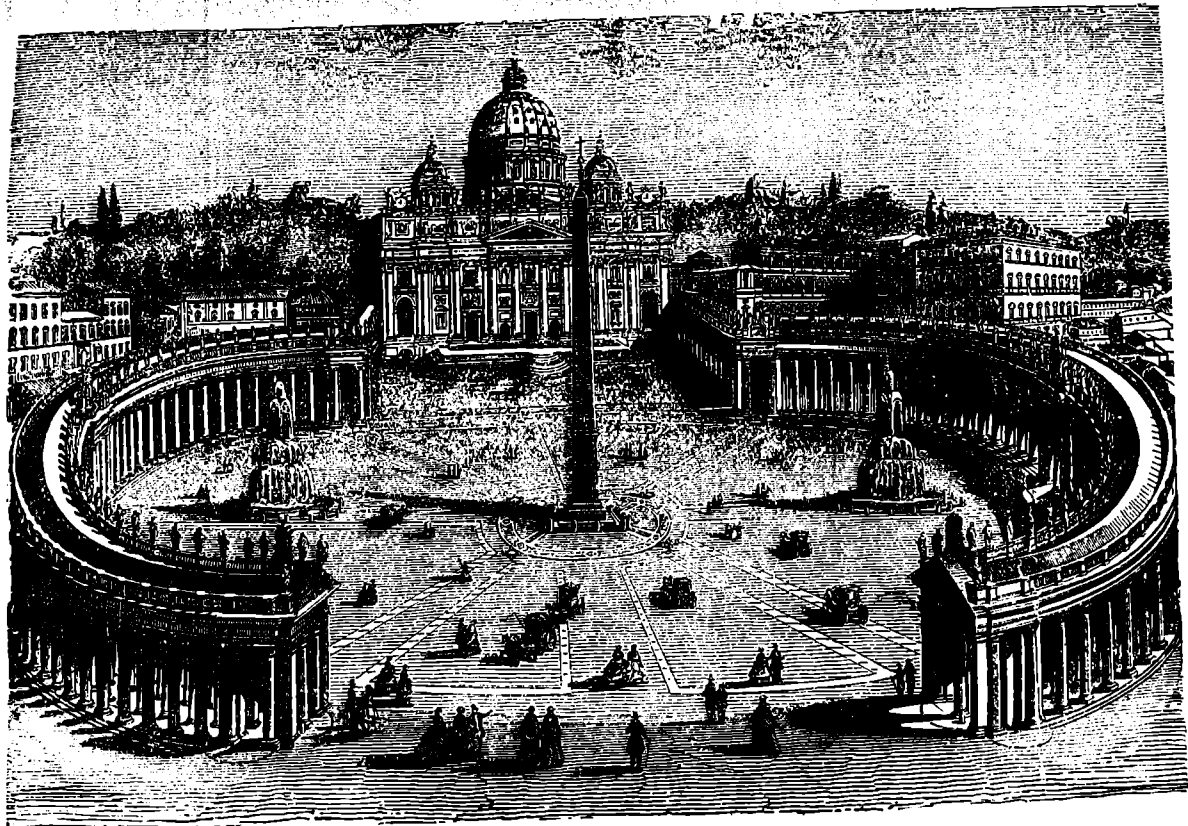


LA APOSTASÍA—3

EL apóstol Pablo, en su segunda carta á los Tesalonicenses, predijo la gran apostasía que había de resultar con el establecimiento del poder papal. Declaró respecto al día de Cristo que: “Ese día no puede venir sin que venga primero la apostasía, y sea revelado el hombre de pecado, el hijo de perdición; el cual se opone á Dios, y se ensalza sobre todo lo que se llama Dios, ó que es objeto de culto; de modo que se siente en el templo de Dios, ostentando que él es Dios.”¹ Y además el apóstol advierte á sus hermanos que “el misterio de iniquidad está ya obrando.”¹ Ya en aquella edad temprana había visto introducirse en la iglesia los errores que prepararían el camino para el desarrollo del papado.

Poco á poco, primero solapadamente y á hurtadillas, y después con más desembozo, conforme iba cobrando fuerza y dominio sobre los espíritus de los hombres, el misterio de la iniquidad avanzó en su obra engañosa y blasfema. De un modo casi imperceptible las costumbres del paganismo se abrieron paso en la iglesia cristiana. El espíritu de avencencia y de transacción fué coartado por algún tiempo por las terribles persecuciones que sufriera la iglesia bajo el régimen del paganismo. Mas habiendo cesado la persecución y habiendo penetrado el cristianismo en las cortes y palacios, la iglesia dejó á un lado la humilde sencillez de Cristo y de sus apóstoles por la pompa y el orgullo de los sacerdotes y gobernantes paganos, y substituyó las ordenanzas de

¹ 2 Tesalonicenses 2:3, 4, 7.



LA IGLESIA DE SAN PEDRO Y EL VATICANO

Dios por las teorías y tradiciones de los hombres. La conversión nominal de Constantino, á principios del siglo cuarto, causó gran regocijo; y el mundo, disfrazado con capa de rectitud, se introdujo en la iglesia. Desde entonces la obra de corrupción progresó rápidamente. El paganismo que parecía haber sido vencido, vino á ser el vencedor. Su espíritu dominó á la iglesia. Sus doctrinas, ceremonias y supersticiones se incorporaron á la fe y á la adoración de los que profesaban ser discípulos de Cristo.

Este convenio entre el paganismo y el cristianismo dió por resultado el desarrollo del "hombre de pecado" predicho en la profecía como oponiéndose á Dios y ensalzándose á sí mismo sobre Dios. Ese gigantesco sistema de falsa religión es obra maestra del poder de Satanás,—un monumento de sus esfuerzos para sentarse él en el trono y reinar sobre la tierra según su voluntad.

Ya una vez Satanás se había esforzado por hacer un convenio con Cristo. Vino á donde estaba el Hijo de Dios, en el desierto, para tentarle, y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, ofreció entregárselo todo con tal de que reconociera la supremacía del príncipe de las tinieblas. Cristo reprendió al presuntuoso tentador y le obligó á marcharse. Pero al presentar las mismas tentaciones á los hombres, Satanás consigue el éxito más completo. Por asegurarse honores y ganancias mundanas, la iglesia fué inducida á buscar el favor y el apoyo de los grandes de la tierra, y habiendo rechazado de esa manera á Cristo, tuvo que someterse al representante de Satanás,—el obispo de Roma.

Una de las principales doctrinas del romanismo es la de que el papa es cabeza visible de la iglesia universal de Cristo é investido de suprema autoridad sobre los obispos y los pastores de todas las partes del mundo. Aun más, al papa se le han dado los títulos propios de la divinidad. Se le ha titulado "Señor Dios el Papa,"² y se le ha declarado infalible. Exige que todos los hombres le rindan homenaje. La misma pretensión que sostuvo Satanás cuando la tentación

² Véase el Apéndice.

en el desierto, la sostiene aún por medio de la iglesia de Roma, y muchos y muchos son los que están por rendirle homenaje.

Empero los que temen y reverencian á Dios, resisten esa pretensión que es un reto al cielo, como resistió Cristo las instancias del astuto enemigo: “¡Al Señor tu Dios adorarás, y á él solo servirás!”³ Dios no ha hecho alusión alguna en su Palabra á que él haya elegido á un hombre para que sea la cabeza de la iglesia. La doctrina de la supremacía papal está en abierta oposición con las enseñanzas de las Santas Escrituras. El papa no puede tener autoridad sobre la iglesia de Cristo sino por usurpación.

Los romanistas se han empeñado en acusar á los protestantes de herejía y de haberse separado resueltamente de la verdadera iglesia. Pero estos cargos recaen más bien sobre ellos mismos. Ellos son los que arriaron la bandera de Cristo y se apartaron de “la fe que una vez fué entregada á los santos.”⁴

Bien sabía Satanás que las Sagradas Escrituras harían á los hombres capaces de discernir los engaños de él y de oponerse á su poder. Por medio de la Palabra fué como el mismo Salvador del mundo resistió los ataques del tentador. Á cada asalto suyo, Cristo presentaba el escudo de la verdad eterna, diciendo: “Escrito está.” Á cada sugestión del adversario oponía él la sabiduría y el poder de la Palabra. Para mantener su poder sobre los hombres y establecer la autoridad del usurpador papal, Satanás necesita que ellos ignoren las Santas Escrituras. La Biblia ensalza á Dios y coloca á los hombres, seres finitos, en su verdadero sitio; por consiguiente hay que esconder y aniquilar sus verdades sagradas. Esta fué la lógica que adoptó la iglesia romana. Por centenares de años fué prohibida la circulación de la Biblia. No se permitía á las gentes leerla ni que la tuviesen en sus casas. Sacerdotes y prelados sin principios eran los que interpretaban las enseñanzas de ella para sostener sus pretensiones. De este modo el papa vino á ser reconocido casi

³ S. Lucas 4:8.

⁴ S. Judas 3.

universalmente como el vicegerente de Dios en la tierra, dotado de autoridad sobre la iglesia y el estado.

Una vez suprimido lo que descubría el error, Satanás hizo lo que quiso. La profecía había declarado que el papado pensaría "mudar los tiempos y la ley."⁶ No tardó en darse comienzo á esta obra. Para dar á los convertidos del paganismo algo que equivaliera al culto de los ídolos que les había sido quitado y para animarles á que aceptaran siquiera nominalmente el cristianismo, se introdujo gradualmente en el culto cristiano la adoración de imágenes y de reliquias. Este sistema de idolatría fué definitivamente sancionado por decreto de un concilio general.⁶ Para remate de su sacrílega obra, Roma se atrevió á borrar de la ley de Dios el segundo mandamiento, que prohíbe la adoración de las imágenes y á dividir en dos el último mandamiento para conservar el número de éstos.

El espíritu de concesión al paganismo fomentó aún más si cabe, el desprecio de la autoridad del cielo. Satanás, obrando por medio de directores inconversos de la iglesia, hizo por escamotear también el cuarto mandamiento y trató de echar á un lado el antiguo Sábado, el día que Dios había bendecido y santificado,⁷ y de colocar en su lugar el día festivo observado por los paganos como "el venerable día del sol." Este intento no se hizo al principio abiertamente. En los primeros siglos el verdadero Sábado había sido guardado por todos los cristianos, los cuales siendo celosos de la honra de Dios y creyendo que su ley es inmutable, respetaban escrupulosamente la santidad de sus preceptos. Pero Satanás procedió con gran sutileza por medio de sus agentes para llegar al fin que se propusiera. Para llamar la atención de las gentes hacia el domingo, fué declarado día de fiesta en honor de la resurrección de Cristo. Se celebraban servicios religiosos en ese día; no obstante se le consideraba como día de recreo, y seguía guardándose piadosamente el Sábado.

Con el fin de preparar el camino para la realización de sus fines, Satanás indujo á los judíos, antes del advenimiento

⁶ Daniel 7:25.

⁶ Véase el Apéndice.

⁷ Génesis 2:2, 3.

de Cristo, á que recargasen el Sábado con las más rigurosas exacciones, haciendo que su observancia fuese para ellos una pesada carga. Aprovechándose entonces de la falsa luz bajo la cual lo había hecho considerar, hízolo despreciar como institución judaica. Al mismo tiempo que los cristianos seguían observando generalmente el domingo como día de fiesta alegre, el Diabolo los indujo á hacer del Sábado un día de ayuno, un día de tristeza y de abatimiento para hacer patente su odio al judaísmo.

Á principios del siglo IV el emperador Constantino expidió un decreto que hacía del domingo un día de fiesta público en todo el imperio romano.* El día del sol fué reverenciado por sus súbditos paganos y honrado por los cristianos; la política del emperador consistía en unir los intereses del paganismo y del cristianismo que se hallaban en conflicto. Los obispos de la iglesia inspirados por su ambición y su sed de dominio, le hicieron obrar así, pues comprendieron que si el mismo día era observado por cristianos y paganos, éstos llegarían á aceptar nominalmente el cristianismo, redundando esto así en beneficio del poder y de la gloria de la iglesia. Pero al par que muchos cristianos piadosos eran poco á poco inducidos á reconocer el domingo como día un tanto sagrado, ellos no dejaban de considerar el verdadero Sábado como el día santo del Señor y lo observaban en cumplimiento del cuarto mandamiento.

Pero no paró aquí la obra del jefe engañador. Resolvió también reunir al mundo cristiano bajo su bandera y ejercer su poder por medio de su vicario, el orgulloso pontífice, que pretendía ser el representante de Cristo. Realizó su propósito valiéndose de los paganos semiconvertidos, de prelados ambiciosos y de eclesiásticos amigos del mundo. Convocábanse de vez en cuando grandes concilios, en que se reunían los dignatarios de la iglesia de todas partes del mundo. Casi en cada concilio el Sábado que Dios había instituído fué deprimido cada vez más en tanto que el domingo era exaltado en igual proporción. Así es como la fiesta pagana vino

* Véase el Apéndice.

á ser honrada como institución divina, en tanto que el Sábado de la Biblia fué considerado como reliquia del judaísmo y su observancia declarada maldita.

El gran apóstata logró ensalzarse á sí mismo “sobre todo lo que se llama Dios, ó que es objeto de culto.”⁹ Se había atrevido á alterar el único precepto de la ley divina que señala de un modo infalible á toda la humanidad al Dios viviente y verdadero. En el cuarto mandamiento Dios es dado á conocer como el Creador de los cielos y de la tierra y distinto por lo tanto de todos los dioses falsos. Fué como para conmemorar la obra de la creación para lo que se santificó el día séptimo como día señalado de descanso para el hombre. Fué designado para que el Dios viviente estuviese siempre presente en la mente de los hombres como fuente de todo ser y objeto de reverencia y adoración. Satanás se esfuerza por disuadir á los hombres de que se sometan á Dios y obedezcan á su ley; por eso dirige sus golpes especialmente contra el mandamiento que presenta á Dios como al Creador.

Los protestantes alegan entonces que la resurrección de Cristo en el domingo convirtió á dicho día en el día del Señor. Pero las Santas Escrituras en nada confirman este modo de ver. Ni Cristo ni sus apóstoles confrieron semejante honor á este día. La observancia del domingo como institución cristiana tuvo su origen en aquel “misterio de iniquidad”¹⁰ que había empezado ya á entrar en acción en los días de S. Pablo. ¿Dónde y cuándo adoptó el Señor á este hijo del papado? ¿Qué razón válida puede darse en favor de un cambio que las Santas Escrituras no sancionan?

En el siglo sexto el papado concluyó por afirmarse. El asiento de su poder fué definitivamente fijado en la ciudad imperial, cuyo obispo fué proclamado cabeza de toda la iglesia. El paganismo había dejado el lugar al papado. El dragón dió á la bestia “su poder y su trono, y grande autoridad.”¹¹ Entonces empezaron á correr los 1260 años de

⁹ 2 Tesalonicenses 2:4.

¹⁰ 2 Tesalonicenses 2:7.

¹¹ Apocalipsis 13:2; véase el Apéndice.

la opresión papal predicha en las profecías de Daniel y en el Apocalipsis.¹² Los cristianos se vieron obligados á optar entre transigir en desmedro de la integridad de su profesión de fe y aceptar el culto y las ceremonias papales, ó pasar la vida encerrados en los calabozos ó morir en el tormento, en la hoguera ó bajo el hacha del verdugo. Entonces se cumplieron las palabras de Jesús: “Seréis entregados aun por padres y hermanos, y por parientes, y por amigos; y á algunos de vosotros os harán morir: y seréis odiados de todos, por causa de mi nombre.”¹³ La persecución se desencadenó sobre los fieles con furia jamás conocida hasta entonces, y el mundo vino á ser un vasto campo de batalla. Por centenares de años la iglesia de Cristo no halló más refugio que en la reclusión y en la obscuridad. Así lo dice el profeta: “Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la sustentasen mil doscientos y sesenta días.”¹⁴

El advenimiento de la iglesia romana al poder marcó el principio de la edad media. Á medida que crecía su poder, las tinieblas se hacían más densas. La fe pasó de Cristo, el verdadero fundamento, al papa de Roma. En vez de confiar en el Hijo de Dios para el perdón de los pecados y para la salvación eterna, las gentes acudieron al papa y á los sacerdotes y prelados, á quienes éste invistiera de autoridad. Se les enseñó que el papa era su mediador terrenal y que nadie podía acercarse á Dios sino por medio de él, y andando el tiempo se les enseñó también que el papa estaba para ellos en lugar de Dios y que por lo tanto debían obedecerle implícitamente. Con sólo desviarse de sus disposiciones se hacían acreedores á los más severos castigos, los cuales eran impuestos á los cuerpos y almas de los transgresores. Y así es como los espíritus de los hombres eran apartados de Dios y dirigidos hacia los hombres falibles y crueles, y aun más, hacia el mismo príncipe de las tinieblas que ejercía su poder por intermedio de ellos. El pecado se disfrazaba bajo túnica de santidad. Cuando las Santas Escrituras se su-

¹² Daniel 7:25; Apocalipsis 13:5-7.

¹³ S. Lucas 21:16, 17.

¹⁴ Apocalipsis 12:6.

primen y el hombre llega á considerarse como ente supremo ¿qué otra cosa puede esperarse sino el fraude, el engaño y la degradante iniquidad? Siempre que se han ensalzado las leyes y las tradiciones humanas ha venido á ponerse de manifiesto la corrupción que resulta siempre del menosprecio de la ley de Dios.

Días azarosos fueron aquellos para la iglesia de Cristo. Pocos, en verdad, fueron los sostenedores de la fe. Aun cuando la verdad no quedó sin testigos, á veces parecía que el error y la superstición concluirían por prevalecer completamente y que la verdadera religión iba á ser desarraigada de la tierra. El evangelio se desvanecía mientras que las formas de religión se multiplicaban, y la gente se veía abrumada bajo el peso de exacciones rigurosas.

No sólo se le enseñaba á ver en el papa á su mediador, sino aun á confiar en sus propias obras para la expiación del pecado. Largas peregrinaciones, obras de penitencia, la adoración de reliquias, la construcción de templos, relicarios y altares, la donación de grandes sumas á la iglesia,—todas estas cosas y muchas más parecidas les eran impuestas á los fieles para aplacar la ira de Dios ó para asegurarse su favor; ¡como si Dios, á semejanza de los hombres, se enojara por pequeneces, ó pudiera contentarse con regalos y penitencias!

Por más que los vicios prevalecieran aun entre los jefes de la iglesia romana, su influencia parecía ir siempre en aumento. Á fines del siglo IIX los papistas avanzaron la pretensión de que en los primeros tiempos de la iglesia tenían los obispos de Roma el mismo poder espiritual que á la fecha se arrogaban. Para sentar tal pretensión con visos de autoridad, había que valerse de algunos medios—que pronto fueron sugeridos por el padre de la mentira. Los monjes fráguraron viejos manuscritos. Se descubrieron decretos conciliares de los que nunca se había oído hablar hasta entonces y que establecían la supremaeía universal del papa desde los primeros tiempos. Y la iglesia que había rechazado la verdad, aceptó con avidéz estas imposturas.¹⁵

¹⁵ Véase el Apéndice.

Los pocos fieles que construyeron sobre el cimiento verdadero¹⁶ estaban perplejos y sin poder hacer nada, toda vez que los escombros de las falsas doctrinas entorpecían el trabajo. Como los constructores de los muros de Jerusalén en tiempo de Nehemías, algunos estaban por exclamar: “¡Desfallecen ya las fuerzas de los cargadores, y los escombros son muchos, de modo que nosotros no tenemos fuerzas para edificar el muro!”¹⁷ Debilitados por el constante esfuerzo que hacían contra la persecución, el engaño, la iniquidad y todos los demás obstáculos que Satanás inventara para detener su avance, algunos de los que habían sido fieles edificadores llegaron á desanimarse; y por amor á la paz y á la seguridad de sus propiedades y de sus vidas se apartaron del fundamento verdadero. Otros, sin dejarse desalentar por la oposición de sus enemigos, declararon sin temor: “¡No temáis á causa de ellos! ¡Acordaos del Señor, el grande y el terrible!”¹⁸, y cada uno de los que trabajaban tenía la espada ceñida al lomo.¹⁹

En todo tiempo el mismo espíritu de odio y de oposición á la verdad es el que ha inspirado á los enemigos de Dios, y la misma vigilancia y fidelidad ha sido necesaria á sus siervos. Las palabras de Cristo á sus primeros discípulos son de aplicación á todos sus discípulos hasta el fin de los tiempos: “Y lo que á vosotros digo, á todos lo digo: ¡Velad!”²⁰

Las tinieblas parecían hacerse más densas. La adoración de las imágenes vino á hacerse más general. Se les encendían velas y se les ofrecían oraciones. Llegaron á prevalecer las costumbres más absurdas y más supersticiosas. Los espíritus estaban tan completamente dominados por la superstición, que la razón misma parecía haber perdido su poder. Mientras los sacerdotes y los obispos sensuales y corrompidos se entregaban á los placeres, sólo podía esperarse del pueblo que acudía á ellos en busca de dirección, que siguiera sumido en la ignorancia y en los vicios.

Las pretensiones papales dieron otro paso más cuando

¹⁶ 1 Corintios 3:10, 11.
¹⁷ Efesios 6:17.

¹⁸ Nehemías 4:10. ¹⁹ Nehemías 4:14.
²⁰ S. Marcos 13:37.

en el siglo XI el papa Gregorio VII proclamó la perfección de la iglesia romana. Entre las proposiciones que él expuso había una que declaraba que la iglesia no había errado nunca ni podía errar, según las Santas Escrituras. Pero las pruebas de la Escritura faltaban para apoyar la tal declaración. El altivo pontífice reclamaba además para sí el derecho de deponer emperadores, y declaraba que ninguna sentencia pronunciada por él podía ser revocada por hombre alguno, pero que él tenía la prerrogativa de revocar las decisiones de todos los demás.²¹

El modo en que trató al emperador alemán Enrique IV nos pinta á lo vivo el carácter tiránico de este abogado de la infalibilidad papal. Por haber intentado desobedecer la autoridad papal, dicho monarca fué excomulgado y destronado. Aterrorizado ante la deserción de sus propios príncipes que por orden papal fueron instigados á rebelarse contra él, Enrique no tuvo más remedio que hacer las paces con Roma. Acompañado de su esposa y de un fiel sirviente, cruzó los Alpes en pleno invierno para humillarse ante el papa. Habiendo llegado al castillo á donde Gregorio se había retirado, fué conducido, despojado de sus guardas, á un patio exterior, y allí, en el crudo frío del invierno, con la cabeza descubierta, los pies descalzos y miserablemente vestido, esperó el permiso del papa para llegar á su presencia. Sólo después de haber pasado así tres días, ayunando y haciendo confesión, descendió el pontífice en perdonarle. Y aun entonces fué concedida esa gracia con la condición de que el emperador esperaba la venia del papa antes de reasumir las insignias reales ó de ejercer su poder. Y Gregorio envanecido con su triunfo se enorgullecía del deber que tenía de abatir la soberbia de los reyes.

¡Cuán notable es el contraste entre el despótico orgullo de un altivo pontífice y la mansedumbre y humildad de Cristo que se presenta á sí mismo como llamando á la puerta del corazón para ser admitido en él y traer perdón y paz, y que además enseñó á sus discípulos que: "El que quisiere ser el primero entre vosotros, sea vuestro siervo!"²²

²¹ Véase el Apéndice.

²² S. Mateo 20:27.

Los siglos que se sucedieron presenciaron un constante aumento del error en las doctrinas sostenidas por Roma. Aun antes del establecimiento del papado, habíanse tomado en consideración las enseñanzas de los filósofos paganos, las cuales ejercían influencia dentro de la iglesia. Muchos que profesaban ser convertidos se atenían aún á los dogmas de su filosofía pagana, y no sólo seguían estudiándolos ellos mismos sino que inducían á otros á que los estudiaran también á fin de extender su influencia entre los paganos. Graves errores se introdujeron de ese modo en la fe cristiana. Uno de los principales fué la creencia en la inmortalidad natural del hombre y en su estado consciente después de la muerte. Esta doctrina fué la base sobre la cual Roma estableció la invocación de los santos y la adoración de la virgen María. De aquí se derivó también la herejía del tormento eterno para los que mueren impenitentes, herejía que muy pronto figuró en el credo papal.

De este modo se preparó el camino para la introducción de otra invención del paganismo, la del purgatorio, como Roma la llama, y de la que se valió para aterrorizar á las muchedumbres crédulas y supersticiosas. Con esta herejía Roma afirma la existencia de un lugar de tormento, en el que las almas de los que no han merecido eterna condenación, han de ser castigadas por sus pecados, y de donde, una vez limpiadas de la impureza, son admitidas en el cielo.²³

Una impostura más necesitaba Roma para aprovecharse de los temores y de los vicios de sus adherentes. Fué ésta la doctrina de las indulgencias. A todos los que se alistasen en las guerras del pontífice emprendidas para extender su dominio temporal, castigar á sus enemigos ó exterminar á aquellos que se atreviesen á negar su supremacía espiritual, se concedía plena remisión de los pecados pasados, presentes y futuros, y la condonación de todas las penas y castigos merecidos. Se enseñó también al pueblo que por medio de pagos hechos á la iglesia podía librarse uno del pecado y librar también á las almas de sus amigos difuntos que pade-

²³ Véase el Apéndice.

cían las llamas del purgatorio. Con semejantes tretas Roma llenó sus arcas y sustentó la magnificencia, el lujo y los vicios de los que pretendían ser representantes de Aquel que no tuvo donde recostar su cabeza.²³

La institución bíblica de la Cena del Señor fué substituída por el sacrificio idolátrico de la misa. Los sacerdotes papistas pretendieron con su insulsa momería convertir el pan y el vino en "el cuerpo y sangre verdaderos de Cristo."²⁴ Con blasfemia presunción é indecible desenfado se arrogaron el poder de crear á Dios, al Creador de todas las cosas. Se les obligaba á los cristianos, so pena de muerte, á confesar su fe en esta horrible herejía que era toda una afrenta al cielo. Muchos y muchos que se negaron á ello fueron quemados vivos.²⁵

En el siglo XIII se estableció la más terrible de las maquinaciones del papado: la inquisición. El príncipe de las tinieblas obró de acuerdo con los jefes de la jerarquía papal. En sus concilios secretos Satanás y sus ángeles gobernaron los espíritus de los hombres perversos, mientras que invisible acampaba entre ellos un ángel de Dios que llevaba apunte de sus malvados decretos y escribía la historia de hechos por demás horrorosos para ser presentados á la vista de los hombres. "Babilonia la grande" fué "embriagada de la sangre de los santos." Las formas mutiladas de millones de mártires clamaban á Dios venganza contra aquel poder apóstata.

El papismo había llegado á hacerse el déspota del mundo. Los reyes y los emperadores acataban los decretos del pontífice romano. El destino de los hombres, en el tiempo y para la eternidad, parecía depender de su albedrío. Por centenares de años las doctrinas de Roma habían sido extensa é implícitamente recibidas, sus ritos desempeñados con reverencia y observadas sus fiestas por la generalidad. Su clero fué colmado de honores y sostenido con liberalidad. Nunca desde entonces ha alcanzado Roma tan grande dignidad, magnificencia, ni poder.

²³ Véase el Apéndice.

²⁴ Cardinal Wiseman, Conferencias sobre "The Real Presence," Confer. 8, sec. 3, pár. 26.

Mas “el apogeo del papado resultó ser la más profunda degeneración del mundo.”²⁵ Las Sagradas Escrituras eran casi desconocidas no sólo de las gentes sino de los mismos sacerdotes. Á semejanza de los fariseos de antaño los guías papistas aborrecían la luz que podía revelar sus pecados. Rechazada la ley de Dios, modelo de justicia, ejercieron poderío sin límites y practicaron desenfrenadamente los vicios. Prevalcieron el fraude, la avaricia y el libertinaje. Los hombres no retrocedieron ante ningún crimen con tal que de ese modo lograsen riquezas ó posición. Los palacios de los papas y de los prelados eran teatros de los más viles excesos. Algunos de los pontífices reinantes se hicieron reos de crímenes tan horrorosos que los gobernantes civiles tuvieron que procurar deponer á dichos dignatarios de la iglesia como monstruos demasiado viles para ser tolerados. Durante siglos Europa no progresó en las ciencias, ni en las artes, ni en la civilización. La cristiandad quedó moral é intelectualmente paralizada.

La condición en que el mundo se encontraba bajo el poder romano resultaba ser el cumplimiento espantoso é impresionante de las palabras del profeta Oseas: “Mi pueblo está destruído por falta de conocimiento. Por cuanto tú has rechazado con desprecio el conocimiento de Dios, yo también te rechazaré; . . . puesto que te has olvidado de la ley de tu Dios, me olvidaré yo también de tus hijos.” “No hay verdad, ni hay misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. ¡No hay más que perjurio, y mala fe, y homicidio, y hurto y adulterio! ¡rompen por todo; y un charco de sangre toca á otro!”²⁶ Tales fueron los resultados de haber desechado la Palabra de Dios.

²⁵ Wylie, “History of Protestantism,” l. 1, cap. 4.

²⁶ Oseas 4:6, 1, 2.



LOS VALDENSES — 4

AUNQUE sumida la tierra en tinieblas durante el largo período de la supremacía papal, la luz de la verdad no pudo apagarse por completo. En todas las edades hubo testigos de Dios,—hombres que consideraron su fe en Cristo como único mediador entre Dios y los hombres, la Biblia como única regla de su vida y que santificaban el verdadero Sábado. Nunca sabrá la posteridad cuánto debe el mundo á estos hombres. Se les marcaba como á herejes, los móviles que los inspiraban eran impugnados, su carácter difamado y sus escritos prohibidos, adulterados ó mutilados. Sin embargo permanecieron firmes, y al través de los siglos conservaron la fe en su pureza, como herencia sagrada para las generaciones futuras.

La historia del pueblo de Dios durante los siglos de obscuridad que siguieron á la supremacía de Roma, está escrita en el cielo, aunque ocupa escaso lugar en las crónicas de la humanidad. Pocas son las huellas que de su existencia pueden encontrarse fuera de las que se encuentran en las acusaciones de sus perseguidores. La política de Roma consistió en hacer desaparecer toda huella de oposición á sus doctrinas y decretos. Trató de destruir todo lo que era herético, bien se tratase de personas ó de escritos. Meras expresiones de duda ú objeciones acerca de la autoridad de los dogmas papales bastaban para costarle la vida al rico ó al pobre, al poderoso ó al humilde. De la misma manera se

esforzó Roma en destruir todo lo que denunciase su crueldad contra los disidentes. Los concilios papales decretaron que los libros ó escritos que hablasen sobre el particular fuesen quemados. Antes de la invención de la imprenta eran pocos los libros, y su forma no se prestaba para su conservación; por lo tanto pocos eran los obstáculos que encontraban los romanistas para llevar á cabo sus propósitos.

Ninguna iglesia dentro de los límites de la jurisdicción romana gozó mucho tiempo en paz de su libertad de conciencia. No bien se hubo hecho dueño del poder el papado, extendió sus brazos para aplastar á todo el que rehusara reconocer su gobierno; y las iglesias una tras otra, se sometieron á su dominio.

En Gran Bretaña el cristianismo primitivo había echado raíces desde muy temprano. El evangelio recibido por los habitantes de este país en los primeros siglos no se había corrompido con la apostasía de Roma. La persecución de los emperadores paganos, que se extendió aún hasta aquellas remotas playas, fué el único don que las primeras iglesias de Gran Bretaña recibieron de Roma. Muchos de los cristianos que huían de la persecución en Inglaterra hallaron refugio en Escocia; de allí la verdad fué llevada á Irlanda, y en todos estos países fué recibida con gozo.

Luego que los sajones invadieron á Gran Bretaña, el paganismo llegó á predominar. Los conquistadores desdeñaron ser instruidos por sus esclavos, y los cristianos tuvieron que refugiarse en los páramos. No obstante la luz escondida por algún tiempo siguió ardiendo. Un siglo más tarde brilló en Escocia con tal intensidad que se extendió á muy lejanas tierras. De Irlanda salieron el piadoso Colombán y sus colaboradores, los que reuniendo á su alrededor á los creyentes esparcidos en la solitaria isla de Iona, establecieron allí el centro de sus trabajos misioneros. Entre estos evangelistas había uno que observaba el Sábado bíblico, y así se introdujo esta verdad entre la gente. Se fundó en Iona una escuela de la que fueron enviados misioneros no sólo á Escocia é Inglaterra, sino á Alemania, Suiza y aun á Italia.

Roma empero había puesto los ojos en Gran Bretaña y resuelto someterla á su supremacía. Sus misioneros en el siglo VI emprendieron la conversión de los sajones paganos. Recibieron favorable acogida por parte de los altivos bárbaros á quienes indujeron por miles á profesar la fe romana. Á medida que progresó la obra los jefes papales y sus secuaces combatieron á los cristianos primitivos. Se dió entonces un contraste muy notable. Eran estos cristianos primitivos sencillos y humildes, cuyo carácter y cuyas doctrinas y costumbres eran ajustados á las Escrituras, mientras que los papistas ponían de manifiesto la superstición, la arrogancia y la pompa de Roma. El émisario de Roma exigió de estas iglesias cristianas que reconociesen la supremacía del soberano pontífice. Los habitantes de Gran Bretaña respondieron humildemente que ellos deseaban amar á todo el mundo, pero que el papa no tenía derecho de supremacía en la iglesia y que ellos no podían rendirle más que la sumisión que era debida á cualquier discípulo de Cristo. Varias tentativas se hicieron para conseguir que se sometiesen á Roma, pero estos humildes cristianos, espantados del orgullo que ostentaban los emisarios papales, respondieron con firmeza que ellos no reconocían á otro jefe que á Cristo. Entonces se reveló el verdadero espíritu del papado. El enviado católico romano les dijo: “Si no recibís á los hermanos que os traen paz, recibiréis á los enemigos que os traerán guerra; si no os unís con nosotros para mostrar á los sajones el camino de vida, recibiréis de ellos el golpe de muerte.”¹ No fueron vanas estas amenazas. La guerra, la intriga y el engaño se emplearon contra estos testigos que sostenían una fe bíblica, hasta que las iglesias de la primitiva Inglaterra fueron destruídas ú obligadas á someterse á la autoridad del papa.

En los países que estaban fuera de la jurisdicción de Roma existieron por muchos siglos grupos de cristianos que permanecieron casi enteramente libres de la corrupción papal.

¹ D'Aubigné, “Histoire de la Réformation du seizième siècle,” (París, 1835-53), l. 17, cap. 2, pp. 28, 29.

Envueltos en el paganismo, con el transcurso de los años fueron afectados por sus errores; no obstante siguieron considerando la Biblia como la única regla de fe y se atuvieron á muchas de sus verdades. Creían estos cristianos en el carácter perpetuo de la ley de Dios y observaban el Sábado del cuarto mandamiento. Existían en el África Central y entre los Armenios de Asia iglesias que mantuvieron esta fe y esta observancia.

Mas entre los que resistieron las intrusiones del poder papal, los valdenses fueron los que más sobresalieron. En el mismo país en donde el papado asentara sus reales fué donde encontraron mayor oposición la falsedad y corrupción de aquellas intrusiones. Las iglesias del Piamonte mantuvieron su independencia por algunos siglos, pero al fin llegó el tiempo en que Roma insistió en que se sometieran. Tras larga serie de luchas inútiles, los jefes de estas iglesias reconocieron aunque de mala gana la supremacía de aquel poder al que todo el mundo parecía rendir homenaje. Hubo sin embargo algunos que rehusaron sujetarse á la autoridad de papas ó prelados. Determinaron mantener su lealtad á Dios y conservar la pureza y sencillez de su fe. Se efectuó una separación. Los que permanecieron firmes en la antigua fe se retiraron; otros, abandonando sus tierras de los Alpes, alzaron el pendón de la verdad en países extraños; otros se refugiaron en los valles solitarios y en los baluartes peñascosos de las montañas, y allí conservaron su libertad para adorar á Dios.

La fe que por muchos siglos poseyeron y enseñaron los cristianos valdenses contrastaba notablemente con las doctrinas falsas de Roma. Fundaban su credo religioso en la Palabra de Dios escrita, ó sea en el verdadero documento del cristianismo. Pero esos humildes campesinos en sus oscuros retiros, alejados del mundo y sujetos á penosísimo trabajo diario entre sus rebaños y viñedos, no habían de por sí llegado al conocimiento de la verdad que se oponía á los dogmas y herejías de la iglesia apóstata. Su fe no era una fe nueva. Su creencia en materia de religión la habían here-

dado de sus padres. Luchaban en pro de la fe de la iglesia apostólica,—“la fe que una vez fué entregada á los santos.”² “La iglesia del desierto,” y no la soberbia jerarquía que ocupaba el trono de la gran capital, era la verdadera iglesia de Cristo, la depositaria de los tesoros de verdad que Dios confiara á su pueblo para ser dados al mundo.

Entre las causas principales que motivaron la separación entre la verdadera iglesia y Roma, se encontraba el odio de ésta hacia el Sábado bíblico. Como se había predicho en la profecía, el poder papal echó por tierra la verdad. La ley de Dios fué pisoteada mientras que las tradiciones y las costumbres de los hombres eran ensalzadas. Se obligó á las iglesias que estaban bajo el gobierno del papado á honrar el domingo como día santo. Entre los errores y la superstición que prevalecían, muchos de los del pueblo de Dios se encontraban tan confundidos, que á la vez que observaban el Sábado se abstendían de trabajar el domingo. Mas esto no daba completa satisfacción á los jefes papales. No sólo exigieron que se santificara el domingo sino que se profanara el Sábado; y acusaron en los términos más violentos á los que se atrevían á honrarle. Sólo huyendo del poder de Roma era posible obedecer á la ley de Dios en paz.

Los valdenses fueron entre los primeros de todos los pueblos de Europa que poseyeron una traducción de las Santas Escrituras.³ Centenares de años antes de la Reforma tenían ya la Biblia manuscrita en su propio idioma. Tenían pues la verdad sin adulteración y esto los hizo objeto especial del odio y de la persecución. Declararon que la iglesia de Roma era la Babilonia apóstata del Apocalipsis, y con peligro de sus vidas se levantaron para resistir su influencia y principios corruptores. Mientras que bajo la presión de una larga persecución, algunos comprometieron su fe haciendo poco á poco concesiones en sus principios distintivos, otros conservaron la verdad con firmeza. Durante siglos de obscuridad y apostasía, hubo valdenses que negaban la supremacía de Roma, que rechazaron como idolátrico el culto á las imágenes

² S. Judas 3.

³ Véase el Apéndice.

y que guardaron el verdadero Sábado. Conservaron su fe en medio de la más violenta y tempestuosa oposición. Aunque degollados por la espada de Saboya y quemados en la hoguera romanista, defendieron con firmeza la Palabra de Dios y su honor.

Tras los elevados baluartes de sus montañas,—refugio de los perseguidos y oprimidos en todas las edades,—hallaron los valdenses seguro escondite. Allí se mantuvo encendida la luz de la verdad en medio de la obscuridad de la Edad Media. Allí los testigos de la verdad conservaron por mil años la antigua fe.

Dios había provisto para su pueblo un santuario de terrible grandeza apropiado á las grandes verdades que se le confiaran. Para aquellos fieles desterrados las montañas fueron un emblema de la justicia inmutable de Jehová. Señalaban á sus hijos aquellas altas cumbres á manera de torres que se erguían en inalterable majestad y les hablaban de Aquel en el cual no hay mudanza ni sombra de variación, cuya palabra es tan firme como los collados de eterna duración. Dios había afirmado las montañas y las había ceñido de fortaleza; ningún brazo podía removerlas de su lugar, sino sólo el del Poder Infinito. De igual manera había establecido su ley, fundamento de su gobierno en el cielo y en la tierra. El brazo del hombre podía alcanzar á sus semejantes y quitarles la vida; pero ese brazo podía desarraigar las montañas de sus cimientos y arrojarlas al mar antes que modificar un precepto de la ley de Jehová, ó borrar una de sus promesas hechas á los que hacen su voluntad. En su fidelidad á la ley los siervos de Dios tenían que ser tan firmes como las inmutables montañas.

Los montes que circundaban sus hondos valles atestiguan constantemente el poder creador de Dios y constituían garantía de seguridad que él les deparaba. Aquellos peregrinos aprendieron á cobrar cariño á aquellos símbolos mudos de la presencia de Jehová. No eran dados á quejarse por las privaciones que sembraban su vida; no se sentían nunca solos en medio de la soledad de los montes. Daban gracias

á Dios por haberles provisto de un refugio donde librarse de la crueldad y de la ira de los hombres. Se regocijaban de poder adorarle libremente. Muchas veces, cuando eran perseguidos por sus enemigos, sus fortalezas naturales eran su segura defensa. En más de un encumbrado risco cantaron las alabanzas de Dios, y los ejércitos de Roma no podían acallar sus cantos de acción de gracias.

Pura, sencilla y ferviente fué la piedad de estos discípulos de Cristo. Apreciaban los principios de verdad más que las casas, las tierras, los amigos y parientes, más que la vida misma. Trataron ansiosamente de inculcar estos principios en los corazones de los jóvenes. Desde su más tierna edad se instruía á la juventud en las Sagradas Escrituras y se le enseñaba á apreciar y reverenciar las exigencias de la ley de Dios. Los ejemplares de la Biblia eran raros; por eso se aprendían de memoria sus preciosas palabras. Muchos podían recitar grandes porciones del Antiguo y del Nuevo Testamento. El pensamiento en Dios venía á asociarse con las escenas sublimes de la naturaleza y con las humildes bendiciones de la vida cotidiana. Los niños aprendían á ser agradecidos á Dios como al dispensador de todos los favores y de todos los consuelos.

Los padres tiernos y afectuosos como lo eran, amaban á sus hijos con demasiada inteligencia para acostumbrarlos á que se entregasen á sus propias pasiones. Tenían ante sí mismos una vida de pruebas y privaciones y tal vez el martirio. Desde niños se les acostumbraba á sufrir penurias, á ser sumisos y no obstante á que pensasen y obrasen por sí mismos. Desde temprano se les enseñaba á sentir sus responsabilidades, á hablar con recato y á apreciar el valor del silencio. Una palabra indiscreta llegada á oídos del enemigo, podía no sólo hacer peligrar la vida del que la profería, sino la de centenares de sus hermanos; porque así como los lobos acometen su presa, los enemigos de la verdad perseguían á los que se atrevían á abogar por la libertad de fe religiosa.

Los valdenses habían sacrificado su prosperidad mundana por causa de la verdad y trabajaban con incansable paciencia

para conseguirse el pan. Se aprovechaban cuidadosamente de todo pedazo de suelo cultivable entre las mantañas, y se les hacía producir fruto á los valles y á las faldas de los cerros más áridos. La economía y la abnegación más rigurosa formaban parte de la educación que recibían los niños como único legado. Se les enseñaba que Dios había determinado que la vida fuese una disciplina y que sus necesidades sólo podían ser satisfechas mediante el trabajo personal, la previsión, el cuidado y la fe. Este procedimiento era laborioso y cansado, pero saludable. Esto es precisamente lo que necesita el hombre en su estado de decaimiento: es la escuela provista por Dios para su educación y desarrollo. Mientras que se acostumbraba á los jóvenes al trabajo y á las privaciones, no se descuidaba por eso la cultura de su inteligencia. Se les enseñaba que todas sus facultades pertenecían á Dios y que todas debían ser aprovechadas y desarrolladas para su servicio.

Las iglesias valdenses, en su pureza y sencillez, se asemejaban á la iglesia de los tiempos apostólicos. Rechazaban la supremacía de papas y prelados, y tenían la Biblia como única autoridad suprema é infalible. Sus pastores en oposición con el modo de ser de los orgullosos sacerdotes de Roma, siguieron el ejemplo de su Maestro que “no vino para ser servido, sino para servir.” Apacentaban el rebaño del Señor conduciéndolo por verdes pastos y á las fuentes de agua de vida de su santa Palabra. Apartado de los monumentos, de la pompa y de la vanidad de los hombres el pueblo se reunía, no en soberbios templos ni en suntuosas catedrales, sino bajo la sombra de los montes, en los valles de los Alpes, ó en tiempo de peligro en sitios peñascosos semejantes á fortalezas, para escuchar las palabras de verdad de labios de los siervos de Cristo. Los pastores no sólo predicaban el evangelio sino que visitaban también á los enfermos, catequizaban á los niños, amonestaban á los que andaban extraviados y trabajaban por hacer las paces y promover la armonía y el amor fraternal. En tiempo de paz eran sostenidos por las ofrendas voluntarias del pueblo; pero á imitación de S. Pablo

que hacía tiendas, todos aprendían alguna industria ó profesión, con la cual, en caso necesario, proveían á su propio sostenimiento.

Los pastores impartían instrucción á los jóvenes. Á la vez que se atendían todos los ramos de la instrucción, la Biblia era para ellos el estudio principal. Aprendían de memoria los evangelios de S. Mateo y de S. Juan y muchas de las epístolas. Se ocupaban también en copiar las Santas Escrituras. Algunos manuscritos contenían la Biblia entera y otros solamente breves trozos escogidos, á los cuales se agregaban algunas sencillas explicaciones del texto por los que eran capaces de exponer el contenido de las Escrituras. De esta manera fueron sacados á luz los tesoros de la verdad que por tanto tiempo ocultaron aquellos que querían elevarse á sí mismos sobre Dios.

Trabajando con paciencia y tenacidad dentro de las profundas y oscuras cavernas de la tierra, alumbrándose con antorchas, escribían las Sagradas Escrituras, versículo por versículo, y capítulo por capítulo. De este modo se proseguía el trabajo y la Palabra revelada de Dios brillaba como oro puro; sólo los que estaban comprometidos en la obra podían darse cuenta de que aquélla brillaba más pura y más radiante y bella por las grandes pruebas que sufrían ellos. Ángeles del cielo rodeaban á tan fieles servidores.

Satanás había incitado á los sacerdotes del papa á que sepultaran la Palabra de verdad bajo los escombros del error, la herejía y la superstición; pero conservó ésta de un modo maravilloso su pureza á través de todas las edades tenebrosas. Llevaba impresa no la marca del hombre sino el sello de Dios. Incansables han sido los esfuerzos del hombre para oscurecer la sencillez y claridad de las Santas Escrituras y para hacerlas estar en pugna con su propio testimonio, pero á semejanza del arca que flotó sobre las olas agitadas y profundas, la Palabra de Dios sosiega las tempestades que amenazan destruirla. Así como las minas tienen ricas vetas de oro y plata ocultas bajo la superficie de la tierra, de manera que todo el que quiere hallar el precioso depósito debe for-

zosamente cavar para encontrarlo, así las Sagradas Escrituras tienen tesoros de verdad que no son revelados más que á aquellos que los buscan con sinceridad, humildad y abnegación. Dios se había propuesto hacer de la Biblia un libro de instrucción para toda la humanidad en la niñez, en la juventud y en la edad adulta, y que fuese estudiada en todo tiempo. Él dió su Palabra á los hombres como una revelación de él mismo. Cada verdad que vamos descubriendo es una nueva revelación del carácter de su Autor. El estudio de las Sagradas Escrituras es el medio divinamente instituido para poner á los hombres en comunión más estrecha con su Creador y para darles á conocer más claramente su voluntad. Es el medio de comunicación entre Dios y el hombre.

Á la vez que los valdenses consideraban el temor de Dios como el principio de la sabiduría, no dejaban de ver lo importante que es el contacto con el mundo, el conocimiento de los hombres y de la vida activa para el desarrollo de la inteligencia y para despertar las percepciones. De sus escuelas en las montañas enviaban algunos jóvenes á las instituciones de enseñanza de las ciudades de Francia é Italia, en donde encontraban un campo más vasto para estudiar, pensar y observar, que el que encontraban en los Alpes de su tierra. Los jóvenes que eran enviados estaban expuestos á las tentaciones, presenciaban de cerca los vicios y tropezaban con los astutos agentes de Satanás que les insinuaban las herejías más sutiles y los más peligrosos engaños. Pero en la niñez habían recibido una sólida educación que los preparaba convenientemente para hacer frente á todo esto.

En las escuelas á donde iban no debían intimar con nadie. Su ropa estaba confeccionada de tal modo que podía muy bien ocultar el más grande de los tesoros,—los preciosos manuscritos de las Sagradas Escrituras. Éstos, que eran el fruto de tantos meses y años de trabajo, los llevaban consigo, y, siempre que podían hacerlo sin despertar sospecha, ponían cautelosamente alguna porción de la Biblia al alcance de aquellos cuyos corazones parecían estar listos para recibir la verdad. La juventud valdense había sido educada con

tal objeto desde el regazo de la madre; comprendía su obra y la desempeñaba con fidelidad. En estas instituciones de enseñanza se ganaban convertidos á la verdadera fe, y con frecuencia se veía que sus principios habían penetrado toda la escuela; con todo, los jefes papistas no podían encontrar, ni aun apelando á minuciosa investigación, la fuente de lo que ellos llamaban herejía corruptora.

El espíritu de Cristo es un espíritu propagandista. El primer impulso del corazón regenerado es el de traer á otros también al Salvador. Tal era el espíritu de los cristianos valdenses. Comprendieron que Dios no requería de ellos tan sólo el que conservaran la verdad en su pureza en sus propias iglesias, sino que hicieran honor á la solemne responsabilidad de hacer que su luz iluminara á los que estaban en tinieblas. Procuraron con el gran poder de la Palabra de Dios destrozarse el yugo que les había sido impuesto. Los ministros valdenses eran educados como misioneros, y á todos los que pensaban dedicarse al ministerio se les exigía primero que adquiriesen experiencia como evangelistas. Todos debían servir tres años en algún campo de misión antes de encargarse de alguna iglesia en su tierra. Este servicio, que desde el principio requería abnegación y sacrificio, era adecuada preparación para la vida que los pastores llevaban en aquellos tiempos de prueba. Los jóvenes que eran ordenados para el sagrado ministerio no veían en perspectiva ni riquezas ni gloria terrenales, sino una vida de trabajo y de peligro y quizás el martirio. Los misioneros salían de dos en dos como Jesús se lo mandara á sus discípulos. Casi siempre se asociaba á un joven con un hombre de edad madura y de experiencia, que le servía de guía y de compañero y que se hacía responsable de su educación, exigiéndose del joven que fuera sumiso á la enseñanza. Ambos no siempre andaban juntos, pero con frecuencia se reunían para orar y conferenciar, y de este modo se fortalecían uno á otro en la fe.

Dar á conocer el objeto de su misión hubiera bastado para asegurar su fracaso. Así que ocultaban cuidadosamente su verdadero carácter. Cada ministro sabía algún oficio ó pro-

fesión, y los misioneros llevaban á cabo su trabajo ocultándose bajo las apariencias de una vocación secular. Generalmente escogían el oficio de comerciantes ó buhoneros. “Traticaban en sedas, joyas y en otros artículos que en aquellos tiempos no era fácil conseguir, á no ser en distantes emporios, y se les daba la bienvenida como comerciantes allí donde se les habría despachado á puntapiés como misioneros.”⁴ En semejantes circunstancias elevaban siempre su corazón á Dios pidiéndole sabiduría para poder exhibir á las gentes un tesoro más precioso que el oro y que las joyas que vendían. Llevaban siempre ocultos varios ejemplares de la Biblia entera, ó porciones de ella, y siempre que se presentaba la oportunidad llamaban la atención de sus parroquianos sobre dichos manuscritos. Con frecuencia despertaban así el interés por la lectura de la Palabra de Dios y con gusto dejaban algunas porciones de ella á los que deseaban tenerlas.

La obra de estos misioneros empezó al pie de sus montañas, en las llanuras y valles que los rodeaban, pero se extendió mucho más allá de estos límites. Descalzos y con ropa tosca y desgarrada por las asperezas del camino, como la de su Maestro, pasaban por grandes ciudades y se internaban en lejanas tierras. En todas partes esparcían la preciosa semilla. Se levantaban iglesias por donde quiera que ellos iban, y la sangre de los mártires daba testimonio de la verdad. El día de Dios pondrá de manifiesto una rica cosecha de almas segada por aquellos hombres tan fieles. A escondidas y en silencio la Palabra de Dios se abría paso por la cristiandad y encontraba buena acogida en los hogares y en los corazones de los hombres.

Para los valdenses las Sagradas Escrituras no eran una mera comprobación del trato que Dios tuvo con los hombres en lo pasado y una revelación de las responsabilidades y deberes de lo presente, sino una manifestación de los peligros y glorias de lo porvenir. Creían que no distaba mucho el fin de todas las cosas, y al estudiar la Biblia con oración y lágrimas, quedaban más impresionados con sus preciosas en-

⁴ Wylie, l. 1, cap. 7.



Copyrighted

MISIONEROS VALDENSES

"Llevaban siempre ocultos varios ejemplares de la Biblia entera, ó porciones de ella."

señanzas y con la obligación que tenían de dar á conocer á otros sus verdades. Veían claramente revelado en las páginas sagradas el plan de la salvación, y hallaban consuelo, esperanza y paz, creyendo en Jesús. Á medida que la luz iluminaba su entendimiento y alegraba á sus corazones, deseaban con ansia ver derramarse sus rayos sobre aquellos que se hallaban en la obscuridad del error papal.

Veían que las gentes guiadas por el papa y los sacerdotes, se esforzaban en vano por obtener el perdón mediante mortificaciones impuestas á sus cuerpos por el pecado de sus almas. Enseñados á confiar en sus buenas obras para su salvación, se fijaban siempre en sí mismos, pensando continuamente en lo pecaminoso de su condición, viéndose expuestos á la ira de Dios, afligiendo su cuerpo y su alma sin encontrar alivio. Así es como las doctrinas de Roma tenían sujetas á las almas concienzudas. Millares abandonaban amigos y parientes y pasaban la vida en las celdas de un convento. Millares trataban en vano de hallar la paz de sus conciencias con repetidos ayunos y crueles azotes y vigiliias, postrados por largas horas sobre las losas frías y húmedas de sus tristes habitaciones, con largas peregrinaciones, con sacrificios humillantes y con horribles torturas. Agobiados por el pecado y perseguidos por el temor de la ira vengadora de Dios, muchos se sometían á padecimientos hasta que la naturaleza exhausta concluía por sucumbir y bajaban al sepulcro sin un rayo de luz ó de esperanza.

Los valdenses ansiaban compartir el pan de vida con estas almas hambrientas, presentarles el mensaje de paz en las promesas de Dios y enseñarles á Cristo como á su única esperanza de salvación. Tenían por falsa la doctrina de que las buenas obras pueden expiar la transgresión de la ley de Dios. La confianza que se deposita en el mérito humano hace perder de vista el amor infinito de Cristo. Jesús murió en sacrificio por el hombre porque la raza caída no tiene en sí misma nada que pueda hacer valer ante Dios. Los méritos de un Saviador crucificado y resucitado son el fundamento de la fe del cristiano. El alma depende de Cristo de una ma-

nera tan real, y su unión con él debe ser tan estrecha como la de un miembro con el cuerpo ó como la de un pámpano con la vid.

Las enseñanzas de los papas y de los sacerdotes habían inducido á los hombres á considerar el carácter de Dios, y aun el de Cristo, como austero, tético y antipático. Se representaba al Salvador tan desprovisto de toda simpatía hacia los hombres caídos, que se enseñaba que era necesaria la mediación de los sacerdotes y la invocación de los santos. Aquellos cuyas inteligencias habían sido iluminadas por la Palabra de Dios, ansiaban mostrar á estas almas á Jesús como á su Salvador compasivo y amante, que con los brazos abiertos invita á que vayan á él todos los cargados de pecados, cuidados y cansancio. Tenían ansias de derribar los obstáculos que Satanás había ido amontonando para impedir á los hombres que viesen las promesas y fueran directamente á Dios confesando sus pecados y obteniendo perdón y paz.

Los misioneros valdenses se empeñaban en descubrir á los espíritus investigadores las verdades preciosas del evangelio, y con muchas precauciones les presentaban las porciones de las Santas Escrituras esmeradamente escritas. Su mayor gozo era infundir esperanza á las almas sinceras y agobiadas por el peso del pecado y que no podían ver en Dios más que un juez justiciero y vengativo. Con voz temblorosa y lágrimas en los ojos y muchas veces hincados de hinojos, presentaban á sus hermanos las preciosas promesas que revelaban la única esperanza del pecador. De este modo la luz de la verdad penetraba en muchas mentes oscurecidas, disipando las nubes de tristeza hasta que el sol de la justicia brillara en el corazón, impartiendo salud con sus rayos. Frecuentemente se leía una y otra vez alguna parte de las Sagradas Escrituras á petición del que escuchaba, que quería asegurarse de que había oído bien. Lo que más les gustaba oír repetir eran estas palabras: “La sangre de Jesús su Hijo, nos limpia de todo pecado.”⁵ “Y de la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así mismo es necesario que sea levan-

⁵ 1 Juan 1:7.

tado el Hijo del hombre; para que todo aquel que cree en él, tenga vida eterna.”*

Muchos alcanzaron á darse cuenta de las pretensiones de Roma. Comprendieron la nulidad de la mediación de hombres ó ángeles á favor del pecador. Cuando la aurora de la luz verdadera alumbraba sus entendimientos exclamaban con alborozo: “Cristo es mi Sacerdote, su sangre es mi sacrificio, su altar es mi confesonario.” Confiaban plenamente en los méritos de Jesús, repitiendo las palabras: “Sin fe es imposible agradarle.” “Porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado á los hombres, en el cual hayamos de salvarnos.”*

La seguridad del amor del Salvador era cosa que muchas de estas pobres almas agitadas por los vientos de la tempestad no podían concebir. Tan grande era el alivio que les traía, tan inmensa la profusión de luz que sobre ellos derramaba, que se creían arrebatados al cielo. Con plena confianza ponían sus manos en la de Cristo; sus pies estaban afirmados sobre la Roca de los Siglos. Todo temor de la muerte había sido desechado. Ya podían ambicionar la cárcel y la hoguera si de este modo podían honrar el nombre de su Redentor.

Así se sacaba la Palabra de Dios en lugares ocultos y era leída á veces á una sola alma, y en ocasiones á algún pequeño grupo que deseaba con ansias la luz y la verdad. Con frecuencia se pasaba toda la noche de esa manera. Tan grandes eran el asombro y la admiración de los que escuchaban, que el mensajero de la misericordia, con no poca frecuencia se veía obligado á suspender la lectura hasta que el entendimiento llegara á darse bien cuenta del mensaje de salvación. Á menudo se proferían palabras como éstas: “¿Pero será verdad que Dios aceptará *mi* ofrenda?” “¿*Me* mirará con ternura?” “¿*Me* perdonará?” La respuesta que se les leía era: “¡Venid á mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso.”*

La fe se agarraba de las promesas, y se oía esta alegre respuesta: “Ya no habrá que hacer más peregrinaciones, ni más viajes penosos á los santuarios. Puedo acudir á Jesús,

*S. Juan 3:14, 15. †Hebreos 11:6. *Hechos 4:12. *S. Mateo 11:28.

tal como soy, pecador é impío, seguro de que no desechará la oración de arrepentimiento. Perdonados te son tus pecados. ¡Los míos, sí, aun los míos pueden ser perdonados!”

Un raudal de santo gozo llenaba el corazón, y el nombre de Jesús era ensalzado con alabanza y acción de gracias. Aquellas almas felices volvían á sus hogares á derramar luz, para repetir á otros, lo mejor que podían, su nueva experiencia, de que habían encontrado el verdadero Camino. Había un poder extraño y solemne en las palabras de la Santa Escritura que hablaba directamente al corazón de aquellos que anhelaban la verdad. Era la voz de Dios que llevaba el convencimiento á los que oían.

El mensajero de la verdad proseguía su camino; pero su apariencia humilde, su sinceridad, su formalidad, y su fervor profundo se prestaban á frecuentes observaciones. En muchas ocasiones sus oyentes no le preguntaban de dónde venía ni á dónde iba. Tan embargados se hallaban al principio por la sorpresa y después por la gratitud y el gozo, que no se les ocurría hacerle preguntas. Cuando ellos insistían en que él los acompañara á sus casas, contestaba que debía primero ir á visitar las ovejas perdidas del rebaño. Entonces se preguntaban si sería un ángel del cielo.

En muchas ocasiones no se volvía á ver al mensajero de la verdad. Se había marchado á otras tierras, ó su vida se consumía en algún calabozo desconocido, ó quizá sus huesos blanqueaban en el sitio mismo donde había muerto dando testimonio á la verdad. Pero las palabras que había pronunciado no podían desvanecerse. Hacían su obra en el corazón de los hombres, y sus preciosos resultados no se conocerán debidamente más que en el día del juicio.

Los misioneros valdenses invadían el reino de Satanás incitando los poderes de las tinieblas á mayor vigilancia. Cada esfuerzo que se hacía para que la verdad avanzara era observado por el príncipe del mal, y éste atizaba los temores de sus agentes. Los jefes papistas vieron peligrar su causa debido á los trabajos de estos humildes viandantes. Si se le permitía á la luz de la verdad que brillara sin impedimento,

había de hacer desaparecer las densas nieblas del error que envolvía á la gente; había de guiar hacia Dios solo los espíritus de los hombres, y destruiría al fin la supremacía de Roma.

La sola existencia de estos creyentes que guardaban la fe de la primitiva iglesia, era un testimonio constante contra la apostasía de Roma, y esta circunstancia era lo que despertaba el odio y la persecución implacable. Era además una ofensa que Roma no podía tolerar el que se negasen á entregar las Sagradas Escrituras. Determinó raerlos de la superficie de la tierra. Entonces empezaron las más terribles cruzadas contra el pueblo de Dios en sus hogares de las montañas. Lanzáronse inquisidores sobre sus huellas, y entonces la escena del inocente Abel cayendo ante el asesino Caín repitióse con frecuencia.

Una y otra vez fueron desolados sus feraces campos, destruidas sus habitaciones y sus capillas; de modo que de lo que había sido campos florecientes y hogares de cristianos sencillos y hacendosos no quedaba más que un desierto. Como la fiera que se enfurece más y más al probar la sangre, así se enardecía la saña de los papistas con los sufrimientos de sus víctimas. Á muchos de estos testigos de la fe pura se les perseguía por las montañas y se les cazaba por los valles donde estaban escondidos, entre bosques espesos y cumbres roqueñas.

Ningún cargo se le podía hacer al carácter moral de esta gente proscrita. Sus mismos enemigos la tenían por gente pacífica, sosegada y piadosa. Su gran crimen consistía en que no querían adorar á Dios conforme á la voluntad del papa. Y por este crimen se les arrojaba toda clase de humillaciones, insultos y torturas que los hombres ó los diablos podían inventar.

Una vez que Roma resolvió exterminar la secta odiada, el papa expidió una bula en que los condenaba como herejes y los entregaba á la matanza.¹⁰ No se les acusaba de holgazanes, ni de deshonestos, ni de desordenados, pero se declaró

¹⁰ Véase el Apéndice.

que tenían una apariencia de piedad y santidad que seducía “á las ovejas del verdadero rebaño.” Por lo tanto el papa ordenó que si “la maligna y abominable secta de malvados,” rehusaba abjurar, “fuese aplastada como serpiente venenosa.”¹¹ ¿Esperaba este altivo potentado encontrarse otra vez con estas palabras? ¿Sabría que se hallaban archivadas en los libros del cielo para confundirle en el día del juicio? “En cuanto lo hicisteis á uno de los más pequeños de éstos mis hermanos,” dijo Jesús, “á mí lo hicisteis.”¹²

En esta bula se convocaba á todos los miembros de la iglesia en una cruzada contra los herejes. Como incentivo para persuadirlos á que tomaran parte en tan despiadada empresa, “absolvía de toda pena ó penalidad eclesiástica tanto general como particular á todos los que se unieran á la cruzada, quedando de hecho libres de cualquier juramento que hubieran prestado; declaraba legítimos sus títulos sobre cualquiera propiedad que hubieran adquirido ilegalmente, y prometía la remisión de todos sus pecados á aquellos que mataran á cualquier hereje. Anulaba todo contrato hecho á favor de los valdenses; ordenaba á los criados de éstos que los abandonasen; les prohibía á todos que les prestasen ayuda de cualquiera clase y los autorizaba para tomar posesión de sus propiedades.”¹³ Este documento muestra á las claras el espíritu satánico detrás del escenario; es el rugido del dragón, y no la voz de Cristo, lo que en él se dejaba oír.

Los jefes papistas no quisieron conformar sus caracteres con el gran modelo dado en la ley de Dios, sino que levantaron modelo á su gusto y determinaron obligar á todos á ajustarse á éste porque así lo había dispuesto Roma. Se perpetraron las más horribles tragedias. Los sacerdotes y papas corrompidos y blasfemos hacían la obra que Satanás les señalara. No había cabida para la misericordia en sus corazones. El mismo espíritu que crucificara á Cristo y que matara á los apóstoles, el mismo que impulsara al sanguinario

¹¹ Wylie, 1. 16, cap. 1.

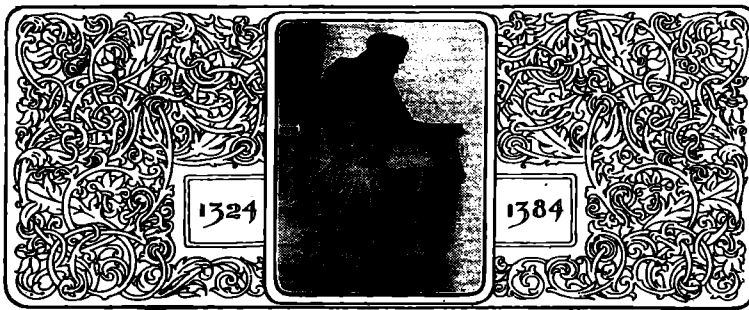
¹² S. Mateo 25:40.

Nerón contra los fieles de su tiempo, estaba empeñado en exterminar á aquellos que eran amados de Dios.

Las persecuciones que por muchos siglos cayeron sobre esta gente temerosa de Dios fué soportada por ella con una paciencia y constancia que honraban á su Redentor. No obstante la guerra que se les hizo y la inhumana matanza á que fueron entregados, siguieron enviando á sus misioneros á derramar la preciosa verdad. Se les cazaba hasta darles muerte; y con todo, su sangre regó la semilla sembrada, que no dejó de dar fruto. De esta manera fueron los valdenses testigos de Dios siglos antes del nacimiento de Lutero. Esparcidos por muchas tierras, arrojaron la semilla de la Reforma que brotó en tiempo de Wicleff, se desarrolló y echó raíces en días de Lutero, y que ha de seguir creciendo hasta el fin de los tiempos mediante el esfuerzo de todos cuantos estén listos para sufrirlo todo “á causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús.”¹⁸

¹⁸ Apocalipsis 1:9.





JUAN WICLEFF — 5

ANTES de la Reforma hubo tiempos en que no existieron sino muy pocos ejemplares de la Biblia; pero Dios no había permitido que su Palabra fuese completamente destruída. Sus verdades no habían de quedar ocultas para siempre. Con igual facilidad podía quitarles las cadenas á las palabras de vida como abrir las puertas de las cárceles y quitarles los cerrojos á las puertas de hierro para poner en libertad á sus siervos. En los diferentes países de Europa hubo hombres que se sintieron impulsados por el Espíritu de Dios á buscar la verdad como un tesoro escondido, y que, siendo guiados providencialmente hacia las Santas Escrituras, estudiaban las sagradas páginas con el más profundo interés. Deseaban adquirir la luz á cualquier costo. Aunque no lo veían todo á las claras podían sí echar de ver muchas verdades que hacía tiempo yacían sepultadas. Iban como mensajeros enviados del cielo, rompiendo las ligaduras del error y la superstición, y exhortando á los que por tanto tiempo habían permanecido esclavos, á que se levantaran y afirmaran su libertad.

Fuera de lo sucedido entre los valdenses, la Palabra de Dios había quedado confinada dentro de los límites de idiomas conocidos tan sólo por la gente instruída; pero llegó el tiempo en que las Sagradas Escrituras iban á ser traducidas y entregadas á gentes de diversas tierras en propio idioma. Había ya pasado la obscura media noche para el mundo; fenecían las horas de tinieblas, y en muchas partes aparecían señales del alba que estaba para rayar.

En el siglo XIV salió en Inglaterra "el lucero de la Reforma," Juan Wicleff, que fué el heraldo de la Reforma no sólo para Inglaterra sino para toda la cristiandad. La gran protesta que contra Roma le fué dado lanzar, no iba á ser nunca acallada, porque había despertado la lucha que iba á dar por resultado la emancipación de los individuos, de las iglesias y de las naciones. Había recibido Wicleff una educación liberal y para él el amor de Jehová era el principio de la sabiduría. Se distinguió en el colegio por su ferviente piedad, á la vez que por su talento notable y su profunda erudición. En su sed de saber trató de conocer todos los ramos de la ciencia. Fué educado en la filosofía escolástica, en los cánones de la iglesia y en la ley civil, especialmente en la de su país. En sus trabajos posteriores le fué muy provechosa esta temprana enseñanza. Debido á su completo conocimiento de la filosofía especulativa de su tiempo, pudo exponer los errores de ella, y el estudio de las leyes civiles y eclesiásticas le preparó para tomar parte en la gran lucha por la libertad civil y religiosa. Á la vez que podía manejar las armas que encontraba en la Palabra de Dios, había adquirido la disciplina intelectual de las escuelas, y comprendía la táctica de los hombres de escuela. El poder de su genio y sus conocimientos extensos y profundos le granjeaban el respeto, tanto de amigos como de enemigos. Sus partidarios veían con orgullo que su campeón sobresalía entre las inteligencias más notables de la nación; y sus enemigos se veían imposibilitados para arrojar el desdén sobre la causa de la Reforma, exponiendo si lo hubieran podido la ignorancia y debilidad de sus adherentes.

Estando Wicleff todavía en el colegio se dedicó al estudio de las Santas Escrituras. En aquellos remotos tiempos cuando la Biblia existía sólo en los idiomas primitivos, érales permitido sólo á los eruditos allegarse á la fuente de la verdad, que á las clases incultas les estaba vedada. De esta suerte quedaba preparado el camino para el trabajo futuro de Wicleff como reformador. Algunos hombres ilustrados habían estudiado la Palabra de Dios y habían encontrado la gran

verdad de su gracia gratuita, revelada en ella. En lo que enseñaban ponían de manifiesto esta verdad é inducían á otros á aceptar los oráculos divinos.

Cuando la atención de Wicleff fué dirigida á las Sagradas Escrituras, se consagró á escudriñarlas con el mismo empeño que había desplegado para adueñarse por completo de la instrucción que se impartía en los colegios. Hasta entonces había experimentado una necesidad que ni sus estudios escolares ni las enseñanzas de la iglesia habían podido satisfacer. Encontró en la Palabra de Dios lo que antes había buscado en vano. Halló en ella revelado el plan de la salvación, y vió á Cristo representado como el único abogado para el hombre. Se entregó al servicio de Cristo y determinó proclamar las verdades que había descubierto.

Á semejanza de los reformadores que se levantaron tras él, Wicleff en el comienzo de su obra no pudo prever hasta dónde ella le conduciría. Su actitud no fué de abierta oposición contra Roma, pero su devoción á la verdad no podía menos que ponerle en conflicto con el error. Conforme iba discerniendo con mayor claridad las falsedades del papado, presentaba con creciente ardor las enseñanzas de la Biblia. Vió que Roma había abandonado la Palabra de Dios cambiándola por las tradiciones humanas; acusó desembozadamente al clero de haber desterrado las Santas Escrituras y exigió que la Biblia fuese restituida al pueblo y que se estableciera de nuevo su autoridad dentro de la iglesia. Fué maestro entendido y abnegado y predicador elocuente; su vida cotidiana era una demostración de las verdades que predicaba. Sus conocimientos en las Sagradas Escrituras, la fuerza de sus argumentos, la pureza de su vida y su integridad y valor inquebrantables, le atraieron la estimación y la confianza de todos. Muchos de entre el pueblo estaban descontentos con su antiguo credo al ver las iniquidades que prevalecían en la iglesia de Roma, y con inmenso regocijo recibieron las verdades expuestas por Wicleff, pero los caudillos papistas se llenaron de ira al observar que el reformador estaba ganando una influencia superior á la de ellos.

Wicleff denunciaba los errores con mucha sagacidad y se opuso valientemente á los abusos que sancionaba la autoridad de Roma. Mientras que desempeñaba el cargo de capellán del rey, adoptó una actitud atrevida oponiéndose al pago de los tributos que exigía el papa del monarca inglés, y demostró que la pretensión del pontífice al asumir autoridad sobre los gobiernos seculares era contraria tanto á la razón como á la Biblia. Las exigencias del papa habían provocado profunda indignación y las enseñanzas de Wicleff ejercieron influencia sobre las inteligencias más prominentes de la nación. El rey y los nobles se unieron para negar el dominio temporal del papa y rehusar pagar el tributo. Fué éste un golpe certero asestado á la supremacía papal en Inglaterra.

Otro mal contra el cual el reformador sostuvo largo y reñido combate, fué la institución de las órdenes de los frailes mendicantes. Pululaban estos frailes en Inglaterra, comprometiendo en gran manera la prosperidad y la grandeza de la nación. Las industrias, la educación y la moral fueron afectadas directamente por la influencia enervante de dichos frailes. La vida de ociosidad de aquellos pordioseros era no sólo una sangría que agotaba los recursos del pueblo, sino que hacía que el trabajo fuera mirado con menosprecio. La juventud se desmoralizaba, cundiendo en ella la corrupción. Debido á la influencia de los frailes, muchos fueron inducidos á entrar en el claustro y consagrarse á la vida monástica, y esto no sólo sin contar con el consentimiento de los padres, sino aun sin que éstos lo supieran, ó en abierta oposición con su voluntad. Uno de los primitivos padres de la iglesia romana colocando las necesidades de la vida conventual por sobre las obligaciones y los lazos del amor á los padres, había hecho esta declaración: "Aunque tu padre se postrase en tierra ante tu puerta, llorando y lamentándose, y aunque tu madre te enseñase el seno en que te trajo y los pechos que te amamantaron, deberías hollarlos y seguir tu camino hacia Cristo sin vacilaciones." Con esta "monstruosa inhumanidad," como la llamó Lutero más tarde, "más propia de lobos ó de tiranos que de cristianos y del hombre,"

se endurecían los sentimientos de los niños para con sus padres.¹ De esta manera los caudillos papistas, á semejanza de los fariseos de antaño, hicieron nulo el mandamiento de Dios, trocándolo por las tradiciones de ellos, y los hogares eran desolados, viéndose privados los padres de la compañía de sus hijos é hijas.

Aun los mismos estudiantes de las universidades eran engañados por las falsas representaciones de los monjes é inducidos á incorporarse en sus órdenes. Muchos se arrepentían á poco de haber dado este paso, al echar de ver que perjudicaban sus propias vidas y que causaban congojas á sus padres; pero, una vez cogidos en la trampa, les era imposible recuperar la libertad. Muchos padres, temiendo la influencia de los monjes, rehusaban enviar á sus hijos á las universidades, advirtiéndose luego una notable disminución en el número de alumnos que asistían á los grandes centros de enseñanza; así decayeron estos planteles y prevaleció la ignorancia.

El papa había investido á estos monjes con el poder de oír confesiones y de otorgar absolución, lo que vino á convertirse en mal incalculable. Dispuestos como lo estaban á incrementar sus ganancias, estaban listos para conceder la absolución al culpable, y, de esta suerte, toda clase de criminales se acercaba á ellos, notándose, en consecuencia, un gran desarrollo en los vicios más perniciosos. Dejábase padecer á los enfermos y á los pobres, en tanto que los donativos que pudieran aliviar sus necesidades eran depositados á los pies de los monjes, quienes con amenazas exigían las limosnas del pueblo, denunciando la impiedad de los que las retenían. No obstante su voto de pobreza, la riqueza de los frailes iba en constante aumento, y sus magníficos edificios y sus mesas suntuosas hacían resaltar más la creciente pobreza de la nación. Y mientras que ellos pasaban el tiempo en el fausto y en los placeres, mandaban en su lugar á hombres ignorantes, que sólo podían relatar cuentos maravillosos, leyendas y chistes, para divertir al pueblo y hacerle víctima cada vez más

¹ Sears, Barnas, "Life of Luther," pp. 70, 69.

de los engaños de los monjes. Así siguieron estos conservando su dominio sobre las muchedumbres supersticiosas, haciéndolas creer que todos sus deberes religiosos se reducían á reconocer la supremacía del papa, adorar á los santos y hacer donativos á los monjes, y que esto era suficiente para asegurarles un lugar en el cielo.

Hubo hombres instruídos y piadosos que en vano habían trabajado por realizar una reforma en estas órdenes monásticas; pero Wicleff, que tenía más perspicacidad, descargó el golpe sobre la raíz del mal, declarando que de por sí el sistema era malo y que debería ser suprimido. La discusión y la investigación se despertaron luego. Cuando los monjes atravesaban el país vendiendo indulgencias del papa, muchos había que dudaban de la posibilidad de que el perdón se pudiera comprar con dinero, y se preguntaban si no sería más razonable buscar el perdón de Dios antes que el del pontífice de Roma.² No pocos se alarmaban al ver la rapacidad de los frailes que nunca parecía saciarse. “Los monjes y sacerdotes de Roma,” decían ellos, “nos están comiendo como el cáncer. Dios tiene que librarnos ó el pueblo perecerá.”³ Para disimular su avaricia estos monjes pedigüeños pretendían seguir el ejemplo del Salvador, y declaraban que Jesús y sus discípulos habían sido sostenidos por la caridad de las gentes. Esta pretensión resultó en perjuicio de su causa, porque indujo á muchos á investigar la verdad por sí mismos en la Biblia,—siendo esto lo que más temía Roma. Los hombres con su inteligencia acudían directamente á la Fuente de la verdad que aquélla trataba de ocultarles.

Wicleff empezó á publicar folletos contra los frailes, no tanto para provocarlos á discutir con él como para llamar la atención de la gente hacia las enseñanzas de la Biblia y hacia su Autor. Declaró que el poder de perdonar ó de excomulgar no le había sido otorgado al papa en grado mayor que á los simples sacerdotes, y que nadie podía ser verdaderamente excomulgado mientras no hubiese primero atraído sobre sí la condenación de Dios. Y en realidad hay que re-

² Véase el Apéndice. ³ D'Aubigné, l. 17, cap. 7, p. 91.

conocer que Wicleff no hubiera acertado mejor á dar en tierra con la mole aquella del dominio espiritual y temporal que el papa levantara y bajo el cual millones de hombres gemían cautivos en cuerpo y alma.

Wicleff fué nuevamente llamado á defender los derechos de la corona de Inglaterra contra las usurpaciones de Roma, y habiendo sido nombrado embajador del rey, pasó dos años en los Países Bajos conferenciando con los comisionados del papa. Allí estuvo en contacto con los eclesiásticos de Francia, Italia y España, y tuvo oportunidad de ver lo que había entre bastidores y de conocer muchas cosas que en Inglaterra no hubiera descubierto. Se enteró de muchas cosas que le sirvieron de argumento en sus trabajos posteriores. En estos representantes de la corte del papa leyó el verdadero carácter y las aspiraciones de la jerarquía. Volvió á Inglaterra para repetir sus anteriores enseñanzas con más valor y celo que nunca, declarando que la codicia, el orgullo y la imposición eran los dioses de Roma.

Hablando del papa y de sus recaudadores, decía en uno de sus folletos: "Ellos sacan de nuestra tierra el sustento de los pobres y miles de marcos al año del dinero del rey, á cambio de sacramentos y artículos espirituales, lo cual es maldita herejía simoniaca, y hacen que toda la cristiandad mantenga y afirme esta herejía. Y á la verdad, si en nuestro reino hubiera un cerro enorme de oro y no lo tocara jamás hombre alguno, sino solamente este recaudador del papa, orgulloso y mundano, en el curso del tiempo el cerro llegaría á gastarse todo entero, porque él se lleva cuanto dinero halla en nuestra tierra y no nos devuelve más que la maldición que Dios le manda para castigar su simonía."⁴

Poco después de su regreso á Inglaterra, Wicleff recibió del rey el nombramiento de rector de Lutterworth. Esto le contentó de que el monarca, cuando menos, no quedaba descontento con la franqueza con que había hablado. Su influencia se dejó sentir en las determinaciones de la corte tanto como en las opiniones religiosas de la nación.

⁴Lewis, Rev. Juan, "History of the Life and Sufferings of J. Wiclif," p. 37 (ed. 1820).

Pronto fueron lanzados contra Wicleff los rayos y las centellas papales. Tres bulas fueron enviadas á Inglaterra,— á la universidad, al rey y á los prelados,— ordenando todas que se tomaran inmediatamente medidas decisivas para obligar á guardar silencio al maetsro de herejía.⁶ Sin embargo, antes de que se recibieran las bulas, los obispos, inspirados por su celo, habían citado á Wicleff á que compareciera ante ellos para ser juzgado; pero dos de los más poderosos príncipes del reino le acompañaron al tribunal, y el gentío que rodeaba el edificio y que se agolpó dentro de él dejó á los jueces tan cohibidos, que se suspendió el proceso y se le permitió á Wicleff que se retirará en paz. Poco después Eduardo III, á quien ya entrado en años procuraban indisponer los prelados contra el reformador, murió, y el antiguo protector de Wicleff vino á ser el regente del reino.

Empero la llegada de las bulas pontificales traían para toda Inglaterra orden urgente de arresto y prisión del hereje. Esto equivalía á una condenación á la hoguera. Ya parecía pues Wicleff destinado á ser pronto víctima de las venganzas de Roma. Pero Aquel que había dicho á un ilustre patriarca: “No temas; yo soy tu escudo,”⁷ volvió á extender su mano para proteger á su siervo, así que el que murió, no fué el reformador, sino Gregorio XI, el pontífice que había decretado su muerte, y los eclesiásticos que se habían reunido para verificar el juicio de Wicleff se dispersaron.

La providencia de Dios dirigió los acontecimientos de tal manera que ayudaron al desarrollo de la Reforma. Muerto Gregorio, eligiéronse dos papas rivales. Dos poderes en conflicto, cada cual pretendiéndose infalible, reclamaban la obediencia de los creyentes.⁸ Cada cual pedía el auxilio de los fieles para hacerle la guerra al otro, su rival, acompañando sus exigencias con terribles anatemas contra los adversarios y con promesas celestiales para sus partidarios. Esto debilitó notablemente el poder papal. Harto tenían que hacer ambos partidos rivales en pelear uno con otro, de modo que

⁶ Véase el Apéndice. Neander, “History of the Christian Religion and Church,” periodo 6, sec. 2, parte 1, pár. 8.

⁷ Génesis 15:1.

⁸ Véase el Apéndice.

Wicleff pudo descansar por algún tiempo. Anatemas y re-
criminales volaban de un papa al otro, y ríos de sangre
corrían en la contienda de tan encontrados intereses. La
iglesia rebosaba de crímenes y escándalos. Entre tanto el
reformador vivía tranquilo retirado en su parroquia de Lut-
terworth, trabajando diligentemente por hacer que los hom-
bres apartaran la atención de los papas en guerra uno con
otro, y que la fijaran en Jesús, el Príncipe de Paz.

El cisma, con la contienda y corrupción que produjo,
preparó el camino para la Reforma, pues de ese modo se
dió á conocer el papado tal cual era. En un folleto que
publicó Wicleff sobre "El cisma de los papas," exhortó al
pueblo á que se fijara en que ambos sacerdotes decían la ver-
dad al condenarse uno á otro como anticristos. "Dios," decía
él, "no quiso que el enemigo siguiera reinando tan sólo en
uno de esos sacerdotes, sino que . . . puso enemistad entre
ambos, para que los hombres, en el nombre de Cristo, puedan
vencer á ambos con mayor facilidad."⁶

Á semejanza de su Maestro, predicaba Wicleff el evangelio
á los pobres. No dándose por satisfecho con hacer que la luz
brillara únicamente en aquellos humildes hogares de su pro-
pia parroquia de Lutterworth, determinó hacerla extensiva
por todos los ámbitos de Inglaterra. Con este fin organizó
un cuerpo de predicadores, todos ellos hombres sencillos y pia-
dosos, que amaban la verdad y no ambicionaban otra cosa que
extenderla por todas partes. Para darla á conocer enseñaban
en los mercados, en las calles de las grandes ciudades y en los
sitios apartados; visitaban á los ancianos, á los pobres y á
los enfermos impartiendo las buenas nuevas de la gracia
de Dios.

- Siendo profesor de teología en Oxford, predicaba Wicleff
la Palabra de Dios en las aulas de la universidad. Presentó
la verdad á los estudiantes con tanta fidelidad, que mereció
el título de "Doctor evangélico." Pero la obra más grande
de su vida había de ser la traducción de la Biblia en el

⁶ Vaughan, R., "Life and Opinions of John de Wycliffe,"
Vol. II, p. 6 (ed. 1831).



Copyrighted

WICLEFF Y LOS FRAILES

idioma inglés. En una obra sobre "La verdad y el significado de las Escrituras" dió á conocer su intención de traducir la Biblia para que todo hombre en Inglaterra pudiera leer en su propia lengua y conocer por sí mismo las obras maravillosas de Dios.

Pero de pronto tuvo que suspender su trabajo. Aunque no tenía aún sesenta años de edad, sus ocupaciones continuas, el estudio, y los ataques de sus enemigos, lo habían debilitado y envejecido prematuramente. Le sobrevino una peligrosa enfermedad que al llegar á oídos de los frailes los llenó de alegría. Pensaron éstos que en tal trance lamentaría Wicleff amargamente el mal que había causado á la iglesia. En consecuencia se apresuraron á ir á su vivienda para oír su confesión. Dándolo ya por agonizante se reunieron en derredor de él los representantes de las cuatro órdenes religiosas, acompañados por cuatro oficiales civiles, y le dijeron: "Tienes el sello de la muerte en tus labios, conmuévete por la memoria de tus faltas y retráctate delante de nosotros de todo cuanto has dicho para perjudicarnos." El reformador escuchó en silencio; en seguida ordenó á su criado que le ayudara á incorporarse en su cama, y mirándolos con fijeza mientras permanecían puestos en pie esperando oír su retractación, les habló con aquella voz firme y robusta que tantas veces les había hecho temblar, y les dijo: "No voy á morir, viviré sí para volver á denunciar las maquinaciones de los frailes." Sorprendidos y corridos los monjes se apresuraron á salir del aposento.

Estas palabras de Wicleff tuvieron exacto cumplimiento. Vivió lo bastante para poder dejar en manos de sus connacionales el arma más poderosa contra Roma: la Biblia, el agente enviado del cielo para libertar, alumbrar y evangelizar al pueblo. Muchos y grandes fueron los obstáculos que tuvo que vencer para llevar á cabo esta obra. Wicleff se vió cargado de achaques; sabía que sólo le quedaban unos pocos años que dedicar á sus trabajos, y se dió cuenta de la oposición que le esperaba, pero animado con las promesas de la

* D'Aubigné, l. 17, cap. 7, pp. 104, 105.

Palabra de Dios, siguió adelante sin que nada le intimidara. Gozando de la plenitud de sus fuerzas intelectuales, y contando con mucha experiencia, la providencia especial de Dios lo había conservado y preparado para esta la más grande de sus obras; y, cuando toda la cristiandad se hallaba envuelta en el tumulto, el reformador, en su rectoría de Lutterworth, sin hacer caso de la tempestad que rugía fuera, se dedicaba á la tarea que había escogido.

Por fin dió cima á la obra: acabó la primera traducción de la Biblia en inglés, cosa que jamás se había hecho. El Libro de Dios quedaba abierto para Inglaterra. El reformador ya no temía la prisión ni la muerte. Había puesto en manos del pueblo inglés una luz que jamás se extinguiría. Al darles la Biblia á sus connacionales había hecho más para romper las cadenas de la ignorancia y del vicio, y pára liberar y engrandecer á su nación que todo lo que jamás se consiguiere con las victorias más brillantes en los campos de batalla.

Como todavía la imprenta no era conocida, los ejemplares de la Biblia no se multiplicaban sino mediante un trabajo lento y enojoso. Tan grande fué el empeño de poseer el libro, que muchos se ofrecían voluntariamente á copiarlo; sin embargo, mucho les costaba á los copistas satisfacer los pedidos. Algunos de los compradores más ricos deseaban la Biblia entera. Otros compraban solamente una porción. En muchos casos se unían varias familias para comprar un ejemplar. De este modo la Biblia de Wicleff no tardó en abrirse paso en los hogares del pueblo.

Como el sagrado libro apelaba á la razón, logró despertar á los hombres de su pasiva sumisión á los dogmas papales. Wicleff enseñaba en lugar de éstos las doctrinas distintivas del protestantismo: la salvación por medio de la fe en Cristo y la infalibilidad única de las Sagradas Escrituras. Los predicadores que él enviaba ponían en circulación la Biblia junto con los escritos del reformador, y con tan buen éxito, que la nueva fe fué aceptada por casi la mitad del pueblo inglés.

La aparición de las Santas Escrituras llenó de profundo

desaliento á las autoridades de la iglesia. Tenían aquéllas contra ésta un agente más poderoso que Wicleff: una fuerza contra la cual todas las armas servirían de poco. No había ley en aquel tiempo que prohibiese en Inglaterra la circulación de la Biblia, porque jamás se había hecho una versión en el idioma del pueblo. Tales leyes se dictaron poco después y fueron puestas en vigor del modo más riguroso; pero, entretanto, y á pesar de los esfuerzos del clero, hubo oportunidad para que la Palabra de Dios circulara por algún tiempo.

Volvieron los caudillos papistas á imponer silencio al reformador. Lo citaron á la presencia de tres tribunales que se reunieron uno tras otro para juzgarlo, pero sin resultado alguno. Primerq un sínodo de obispos declaró que sus escritos eran heréticos, y logrando atraer á sus miras al joven rey Ricardo II, obtuvo un decreto real que condenaba á prisión á todos los que sostuviesen las doctrinas condenadas.

Wicleff apeló de esa sentencia del sínodo al parlamento; sin temor alguno demandó al clero ante el concilio nacional y exigió que se reformaran los enormes abusos sancionados por la iglesia. Con notable don de persuasión exhibió las usurpaciones y las corrupciones de la sede papal, y sus enemigos quedaron confundidos. Los amigos y partidarios de Wicleff se habían visto obligados á rendirse, y se esperaba confiadamente que el mismo reformador al llegar á la vejez y verse solo y sin amigos, prestaría obediencia á la autoridad combinada de la corona y de la mitra. Mas en vez de esto, los papistas se vieron derrotados. Entusiasmado por las elocuentes interpelaciones de Wicleff el parlamento revocó el edicto de persecución y el reformador fué puesto nuevamente en libertad.

Por tercera vez le citaron para formarle juicio, y esta vez ante el más alto tribunal eclesiástico del reino. En esta corte suprema no podía haber favoritismo para la herejía; en ella debía asegurarse el triunfo para Roma y ponerse fin á la obra del reformador. Este era el pensamiento de los papistas. Si lograban su intento Wicleff se vería obligado á

abjurar sus doctrinas ó de lo contrario sólo saldría de la corte para ser quemado.

Empero Wicleff no se retractó, ni quiso disimular nada. Sostuvo sus enseñanzas sin temor y rechazó los cargos de sus perseguidores. Olvidándose de sí mismo, de su posición y de la oportunidad, emplazó á sus oyentes ante el tribunal divino y pesó los sofismas y las imposturas de los papistas en la balanza de la verdad eterna. El poder del Espíritu Santo se dejó sentir en la sala del concilio. Los circunstantes notaron allí la presencia de Dios y se sintieron detenidos sin poderlo remediar, no hallándose con fuerzas suficientes para apartarse de aquel lugar. Las palabras del reformador eran como flechas de la aljaba de Dios, que penetraban y herían sus corazones. El cargo de herejía que pesaba sobre él, Wicleff lo lanzó contra ellos con poder irresistible. Les interpelló por el atrevimiento con que extendían sus errores y los denunció como traficantes que por amor al lucro comerciaban con la gracia de Dios.

“¿Contra quién pensáis que estáis conteniendo?” dijo al concluir. “¿Con un anciano que está ya á la orilla del sepulcro? — ¡No! ¡contra la Verdad,— la Verdad que es más fuerte que vosotros y que os vencerá!”¹⁰ Y diciendo esto se retiró de la asamblea sin que ninguno de los adversarios intentara detenerlo.

La obra de Wicleff quedaba casi concluída. El estandarte de la verdad que él había sostenido por tanto tiempo iba pronto á caer de sus manos; pero era necesario que diese él un testimonio más en favor del evangelio. La verdad debía ser proclamada desde la misma fortaleza del imperio del error. Fué citado Wicleff para presentarse ante el tribunal papal de Roma, aquel tribunal que había derramado tantas veces la sangre de los santos. Por cierto que no dejaba de darse cuenta del gran peligro que le amenazaba, y sin embargo, hubiera asistido á la cita á no haber sido impedido por un ataque de parálisis que le dejó imposibilitado para hacer el viaje. Pero si su voz no fué oída en Roma, podía hablar por carta,

¹⁰ Wylie, l. 2, cap. 13.

y así determinó hacerlo. Desde su rectoría el reformador escribió al papa una epístola, la cual aunque de estilo respetuoso y espíritu cristiano, era toda una violenta censura contra la pompa y el orgullo de la sede papal.

“En verdad me regocijo,” decía, “en hacer notoria y afirmar delante de todos los hombres la fe que poseo, y especialmente ante el obispo de Roma, quien, como supongo que ha de ser persona honrada y de buena fe, no se negará á confirmar gustoso esta mi fe, ó la corregirá si acaso la encuentra errada.

“En primer término, supongo que el evangelio de Cristo es toda la substancia de la ley de Dios. . . . Declaro y sostengo que de ser el obispo de Roma el vicario de Cristo aquí en la tierra, está sujeto más que nadie á la ley del evangelio. Porque la grandeza entre los discípulos de Cristo no consistía en dignidades ó valer mundanos, sino en seguir de cerca á Cristo é imitar fielmente su vida y sus costumbres. . . . Cristo en el tiempo de su peregrinación en la tierra fué un hombre muy pobre, que despreciaba y desechaba todo poder y todo honor terreno. . . .

“Ningún hombre de buena fe debería imitar á ningún santo ni aún al papa, sino en aquello que ellos hicieron siguiendo el ejemplo del Señor Jesu-Cristo, pues S. Pedro y los hijos de Zebedeo, al desear honores del mundo, lo cual no es seguir las pisadas de Cristo, pecaron y, por tanto, no deben ser imitados en sus errores. . . .

“El papa debería dejar al poder secular todo dominio y gobierno temporal y con tal fin exhortar y persuadir eficazmente á todo el clero á hacer otro tanto, pues así lo hizo Cristo y especialmente sus apóstoles. Por consiguiente, si me he equivocado en cualquiera de estos puntos, estoy dispuesto á someterme á la corrección y aun á morir, si es necesario. Si pudiera yo obrar conforme á mi voluntad y deseo, siendo dueño de mí mismo, de seguro que me presentaría ante el obispo de Roma; pero el Señor se ha dignado visitarme para que se haga lo contrario y me ha enseñado á obedecer á Dios antes que á los hombres.”

Al concluir decía: "Oremos á Dios para que de tal modo toque el corazón de nuestro papa Urbano VI, que él y su clero sigan al Señor Jesu-Cristo en su vida y costumbres, y así se lo enseñen al pueblo, siendo ellos el dechado para que todos los fieles los imiten con toda fidelidad."¹¹

Así es como enseñaba Wicleff al papa y á sus cardenales la mansedumbre y humildad de Cristo, haciéndoles ver no sólo á ellos sino á toda la cristiandad el contraste que había entre ellos y el Maestro de quien profesaban ser representantes.

Wicleff veía de antemano que tendría que dar su vida en pago de su fidelidad. El rey, el papa y los obispos se unieron para llevar á cabo su ruina, y parecía seguro que en pocos meses á más tardar le llevarían á la hoguera. Á pesar de todo su valor no disminuyó. "¿Por qué habláis de buscar la corona de mártir desde lejos?" decía él. "Predicad el evangelio de Cristo á arrogantes prelados, y el martirio no se hará esperar. ¡Qué! ¿Viviría yo para quedarme callado? . . . ¡Nunca! ¡Que venga el golpe! Esperándolo estoy."¹²

No obstante, la providencia de Dios velaba aún por su siervo, y el hombre que durante toda su vida había defendido con arrojo la causa de la verdad, exponiéndose diariamente al peligro, no había de caer víctima del odio de sus enemigos. Wicleff nunca miró por sí mismo, pero el Señor había sido su protector y ahora que estaban seguros sus enemigos de su presa, Dios le puso fuera del alcance de ellos. En su iglesia de Lutterworth, en el momento en que iba á dar la comunión, cayó herido de parálisis muriendo al poco tiempo.

Dios le había señalado á Wicleff su obra. Puso en su boca la palabra de verdad y colocó un guardián en derredor suyo para que esa misma verdad llegase á oídos del pueblo. Su vida fué protegida y su obra continuada hasta ser echados los cimientos para la grandiosa obra de la Reforma.

Wicleff surgió de entre las tinieblas de los tiempos de igno-

¹¹ Foxe, "Acts and Monuments," Vol. III, pp. 49, 50.

¹² D'Aubigné, l. 17, cap. 8, p. 118.

rancia y superstición. Antes de él nadie había trabajado en esta causa para dejar tras sí un molde á que Wicleff hubiera podido atenerse. Guiado como Juan el Bautista para efectuar una misión especial, fué el heraldo de una nueva era. Con esto, en el sistema de verdad que presentó hubo tal unidad y perfección que no pudieron aventajarle los reformadores que le siguieron ni aun cien años más tarde. Los cimientos fueron echados tan hondos y con tal amplitud, y el plan expuesto con tal firmeza y verdad que no necesitó ser modificado por los que le sucedieron en la causa.

El gran movimiento inaugurado por Wicleff para libertar las conciencias y el espíritu, y para emancipar las naciones que por tanto tiempo habían estado sujetas al carro triunfal de Roma, tenía su origen en la Biblia. Era ella el manantial de donde corrían las bendiciones que como el agua de la vida han brotado al través de las generaciones desde el siglo XIV. Wicleff aceptó las Santas Escrituras con entera fe como la revelación inspirada de la voluntad de Dios, como suficiente regla de fe y norma de vida. Se le había enseñado á considerar la iglesia de Roma como la autoridad divina é infalible y á aceptar con reverencia incuestionable las enseñanzas y costumbres establecidas desde hacía mil años; pero de todo esto se apartó para dar oídos á la Palabra Santa de Dios. Esta era la autoridad que él exigía que el pueblo reconociese. En vez de que la iglesia hablara por medio del papa, declaraba él que la única autoridad verdadera era la voz de Dios escrita en su Palabra; y enseñó que la Biblia es no sólo una revelación perfecta de la voluntad de Dios, sino que el Espíritu Santo es su único intérprete, y que cada hombre debería por el estudio de sus enseñanzas conocer por sí mismo sus deberes. De este modo logró que se fijaran los hombres en la Palabra de Dios dejando á un lado al papa y á la iglesia de Roma.

Wicleff fué uno de los más grandes reformadores. Pocos hubo, entre los que se levantaron tras él, que le igualaran en su grande inteligencia, en su pensamiento despejado, en su firmeza para mantener la fe y en su intrepidez para defen-

derla. Caracterizaban al primero de los reformadores su pureza de vida, su actividad incansable en el estudio y el trabajo, su integridad intachable, su fidelidad en el ministerio y sus nobles sentimientos que eran los mismos sentimientos que se notaron en Cristo Jesús. Y esto, no obstante la obscuridad intelectual y la corrupción moral de la época en que vivió.

El carácter de Wicleff es una prueba del poder educador y transformador de las Santas Escrituras. A la Biblia le debía todo lo que era. El esfuerzo que se hace para penetrar las grandes verdades de la Revelación imparte vigor á todas las facultades y las fortalece; ensancha el entendimiento, aguza las percepciones y madura el juicio. El estudio de la Biblia ennoblecerá el pensamiento, los sentimientos y las aspiraciones, cosa que no hace ningún otro estudio; da constancia en los propósitos, paciencia, valor y perseverancia; refina el carácter y santifica el alma. Un estudio serio y reverente de las Santas Escrituras — que pone la mente del que escudriña las sagradas páginas en contacto directo con la mente del Todopoderoso — daría al mundo hombres de inteligencias más grandes y más activas, como también de más nobles principios, que los que pueden resultar de la más hábil enseñanza de la filosofía humana. “La entrada de tus palabras,” dice el salmista, “alumbrá; á los simples les da inteligencia.”¹²

Las doctrinas que enseñó Wicleff siguieron cundiendo por algún tiempo; sus partidarios, conocidos por wicleffistas y lolardos, no sólo cruzaron á Inglaterra sino que se esparcieron por otras partes, llevando á otros países el conocimiento del evangelio. Cuando su jefe salió de este mundo, los predicadores trabajaron con más celo aun que antes, y las multitudes acudían á escuchar sus enseñanzas. Algunos miembros de la nobleza y la misma esposa del rey contábanse en el número de los convertidos, y en muchos lugares se notaba en las costumbres del pueblo un cambio notable y ausentes de las iglesias los símbolos idólatras del romanismo. Pero

¹² Salmo 119:130.

pronto la tempestad de la desapiadada persecución se desató sobre aquellos que se atrevían á aceptar la Biblia como guía. Los monarcas ingleses, ansiosos de confirmar su poder con el apoyo de Roma, no vacilaron en sacrificar á los reformadores. Por primera vez en la historia de Inglaterra fué decretado el uso de la hoguera para castigar á los propagadores del evangelio. Los martirios seguían á los martirios. Los que abogaban por la verdad eran desterrados ó atormentados y sólo formulaban sus quejas al oído del Dios de Sabaoth. Se les perseguía como á enemigos de la iglesia y traidores del reino, y ellos seguían predicando en lugares secretos, buscando refugio lo mejor que podían en las humildes casas de los pobres y escondiéndose muchas veces en cuevas y en subterráneos.

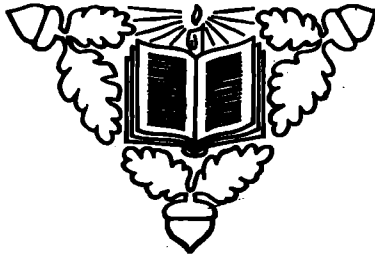
Á pesar de la ira de los perseguidores, continuó serena, firme y paciente por muchos siglos la protesta que los siervos de Dios sostuvieron contra la perversión predominante de las enseñanzas religiosas. Los cristianos de aquellos tiempos primitivos no tenían más que un conocimiento parcial de la verdad, pero habían aprendido á amar la Palabra de Dios y á obedecerla, y por ella sufrían con paciencia. Como los discípulos en los tiempos apostólicos, muchos sacrificaban sus propiedades terrenales por la causa de Cristo. Aquellos á quienes se permitía habitar en sus hogares, daban asilo con gusto á sus hermanos perseguidos, y cuando á ellos también se les expulsaba de sus casas, aceptaban alegremente la suerte de los desterrados. Ciertamente es que miles de ellos aterrizados por la furia de los perseguidores, compraron su libertad haciendo el sacrificio de su fe, y salieron de las cárceles llevando el hábito de los arrepentidos para hacer pública retractación; pero no fué escaso el número — contándose entre ellos nobles y ricos, así como pobres y humildes — de los que sin miedo alguno daban testimonio de la verdad en los calabozos, en las "torres lolardas", gozosos en medio de los tormentos y las llamas, de ser tenidos por dignos de participar de "la comunión de sus padecimientos."

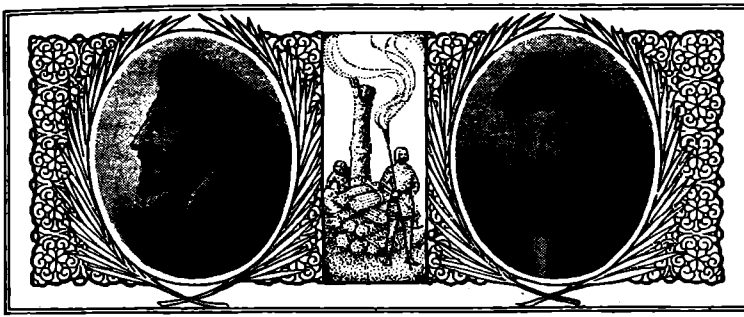
Los papistas fracasaron en su intento de perjudicar á Wi-

cleff durante su vida, y su odio no podía aplacarse mientras que los restos del reformador siguieran descansando dulcemente en el sepulcro. Por un decreto del concilio de Constanza, más de cuarenta años después de la muerte de Wicleff, sus huesos fueron exhumados y quemados públicamente, y las cenizas arrojadas á un arroyo cercano. "Ese arroyo," dice un antiguo escritor, "llevó las cenizas al río Avón, el Avón al Severna, el Severna á los mares y éstos al océano; y así es como las cenizas de Wicleff son emblema de sus doctrinas, las cuales se hallan esparcidas hoy día por el mundo entero." " ¡Cuán poco alcanzaron á comprender sus enemigos el significado de su acto tan perverso!

Por medio de los escritos de Wicleff, Juan Hus, de Bohemia, fué inducido á renunciar á muchos de los errores de Roma y á asociarse á la obra de la Reforma. Y de este modo, en aquellos dos países, tan distantes uno de otro, fué sembrada la semilla de la verdad. De Bohemia se extendió la causa hasta otros países; la mente de los hombres fué encaminada hacia la Palabra de Dios que por tan largo tiempo había sido relegada al olvido. La mano divina estaba así preparando el camino á la Gran Reforma.

" Fuller, T., "Church History of Britain," l. 4, sec. 2, pág. 54.





HUS Y JERÓNIMO—6

La semilla del evangelio había sido sembrada en Bohemia desde el siglo noveno; la Biblia había sido traducida, y el culto público celebrábase en el idioma del pueblo; pero conforme iba aumentando el poder papal, obscurecíase también la Palabra de Dios. Gregorio VII que se había propuesto humillar el orgullo de los reyes, no estaba menos resuelto á esclavizar al pueblo, y con tal fin expidió una bula prohibiendo que se celebrasen cultos públicos en lengua bohemia. El papa declaró que “Dios se complacía en que se le rindiese culto en lengua desconocida y que el haber desatendido esta disposición había sido causa de muchos males y herejías.”¹ Así es como Roma llegó á decretar que la luz de la Palabra de Dios fuera extinguida y que el pueblo quedara encerrado en las tinieblas; pero el cielo había provisto otros agentes para la preservación de la iglesia. Muchos de los valdenses y albigenses que habían sido expulsados de sus hogares por la persecución, habían salido de Francia é Italia y habían ido á establecerse en Bohemia. Aunque no se atrevían á enseñar abiertamente, no obstante trabajaban celosamente en secreto, y así fué como se mantuvo la fe de siglo en siglo.

Antes de los días de Hus hubo hombres en Bohemia que se levantaron para condenar abiertamente la corrupción de la iglesia y el libertinaje de las masas. Sus trabajos despertaron el interés general y á la vez también los temores del clero, el cual inició contra aquellos discípulos del evangelio

¹ Wylie, l. 3, cap. 1.

una encarnizada persecución. Obligados á celebrar el culto en los bosques y en las montañas, los soldados los cazaban y mataron á muchos de ellos. Poco después se expidió decreto de que todos los que abandonasen el romanismo morirían en la hoguera. Pero al par que los cristianos sacrificaban sus vidas veían de antemano el triunfo de su causa. Uno de los que "enseñaban que la salvación se alcanzaba sólo por la fe en el Salvador crucificado," pronunció al morir estas palabras: "El furor de los enemigos de la verdad prevalece ahora contra nosotros, pero esto no será siempre así, pues de entre el pueblo ha de levantarse uno, sin espada ni signo de autoridad, contra el cual ellos nada podrán hacer."² Lejos estaba aún el tiempo de Lutero; pero ya empezaba á darse á conocer un hombre cuyo testimonio contra Roma conmovía al mundo entero.

Juan Hus era de humilde cuna y había perdido á su padre en temprana edad. Su piadosa madre, considerando la educación y el temor de Dios como la más valiosa hacienda, procuró asegurársela á su hijo. Hus estudió en la escuela de la provincia y pasó después á la universidad de Praga donde fué admitido por caridad. En su viaje á la ciudad de Praga fué acompañado por su madre, que, siendo viuda y pobre, no pudo dotar á su hijo con bienes materiales, pero cuando llegaron á las inmediaciones de la gran ciudad se arrodilló al lado de su hijo y pidió para él la bendición de su Padre celestial. Muy poco se figuraba aquella madre de qué modo iba á ser atendida su plegaria.

En la universidad se distinguió Hus por su aplicación, su constancia en el estudio y sus rápidos progresos, al par que su conducta intachable y sus afables y simpáticos modales le grangearon general estimación. Era un sincero creyente de la iglesia romana y deseaba ardientemente recibir las bendiciones espirituales que aquélla pretende poder conceder. Con motivo de un jubileo, fué él á confesarse, pagó á la iglesia con las pocas monedas que llevaba y se unió á las procesiones para poder participar de la absolución prometida.

² Wylie, 1. 3, cap. 1.

Terminado su curso de estudios, ingresó en el sacerdocio, y como lograra en poco tiempo darse á conocer, no tardó en ser elegido para prestar sus servicios en la corte del rey. Fué también nombrado catedrático y posteriormente rector de la universidad donde recibiera su educación. En pocos años el humilde estudiante que fuera admitido por caridad en las aulas llegó á ser el orgullo de su país y á adquirir fama en toda Europa.

Mas otro fué el campo en donde Hus principió á trabajar en pro de la Reforma. Algunos años después de haber recibido las órdenes sacerdotales, fué elegido predicador de la capilla de Betlehem. El fundador de ésta había abogado, por considerarlo asunto de gran importancia, por la predicación de las Santas Escrituras en el idioma del pueblo. No obstante la oposición de Roma, esta práctica no había desaparecido del todo de Bohemia; sin embargo, era mucha la ignorancia respecto á la Biblia, y los peores vicios reinaban en todas las clases de la sociedad. Hus denunció sin reparo estos males apelando á la Palabra de Dios para reforzar los principios de verdad y de pureza que procuraba inculcar.

Un vecino de Praga, Jerónimo, que tan íntimamente iba á asociarse posteriormente con Hus, trajo consigo, al regresar de Inglaterra, los escritos de Wicleff. La reina de Inglaterra que se había convertido á las enseñanzas de éste, era una princesa bohemia, y por medio de su influencia las obras del reformador consiguieron gran circulación en su tierra natal. Hus leía estas obras con interés; tuvo á su autor por cristiano sincero y se sintió movido á mirar con simpatía las reformas que él proclamaba. Aunque sin darse cuenta, Hus había entrado ya en un sendero que había de conducirle muy lejos de Roma.

Por aquel entonces llegaron á Praga dos extranjeros procedentes de Inglaterra, hombres instruídos que habían recibido la luz y venían á esparcirla en aquellas apartadas regiones. Comenzaron por atacar públicamente la supremacía del papa, pero pronto las autoridades les obligaron á guardar silencio; no obstante, como no quisieran abandonar su pro-

pósito, echaron mano de otros medios para realizarlo. Eran artistas á la vez que predicadores y pusieron en juego sus habilidades. En una plaza pública dibujaron dos cuadros que representaban, uno la entrada de Cristo en Jerusalén, "manso y sentado sobre un asno,"³ y seguido por sus discípulos vestidos con túnicas ajadas por las asperezas del camino y descalzos; el otro representaba una procesión pontifical, el papa adornado con sus ricas vestiduras y con su triple corona, montado en un caballo magníficamente enjaezado, precedido por clarines y seguido por cardenales y prelados que ostentaban deslumbrantes galas.

Encerraban estos cuadros todo un sermón que cautivaba la atención de todas las clases sociales. Las multitudes acudían á mirarlos. Ninguno dejaba de sacar la moraleja y muchos quedaban hondamente impresionados por el contraste que resultaba entre la mansedumbre de Cristo, el Maestro, y el orgullo y la arrogancia del papa, su pretendido servidor. Praga sintióse profundamente conmovida, y los extranjeros después de algún tiempo, se vieron precisados á marcharse para ponerse en salvo. Pero la lección que habían dado no dejó de ser aprovechada. Los cuadros hicieron impresión en Hus y le indujeron á estudiar con más empeño la Biblia y los escritos de Wicleff. Aunque todavía no estaba convenientemente preparado para aceptar todas las reformas proclamadas por Wicleff, alcanzó á darse mejor cuenta del verdadero carácter del papado y con el mayor celo denunció el orgullo, la ambición y la corrupción del clero.

De Bohemia extendióse la luz hasta Alemania. Algunos disturbios en la universidad de Praga dieron por resultado la separación de centenares de estudiantes alemanes, muchos de los cuales habían recibido de Hus los primeros conocimientos en la Biblia, y, á su regreso, esparcieron el evangelio en la tierra de sus padres.

Las noticias de la obra en Praga llegaron á Roma y pronto fué citado Hus á comparecer ante el papa. De haber obedecido se hubiera expuesto Hus á una muerte segura. En-

³ S. Mateo 21:5.

tonces el rey y la reina de Bohemia, la universidad, miembros de la nobleza y altos dignatarios dirigieron una solicitud general al pontífice para que le fuera permitido á Hus permanecer en Praga y para que desde dicha ciudad contestara á Roma por medio de una diputación. En lugar de acceder á la súplica, el papa procedió al juicio y á la condenación de Hus y declaró á la ciudad de Praga en entredicho.

En aquellos tiempos siempre que se pronunciaba tal sentencia, la alarma era general. Las ceremonias que la acompañaban estaban bien calculadas para producir terror entre el pueblo, que veía en el papa el representante de Dios mismo, y el que tenía las llaves del cielo y del infierno y el poder para invocar juicios temporales lo mismo que espirituales. Creían que las puertas del cielo se cerraban contra los lugares condenados por el entredicho y que entretanto que el papa no se dignaba levantar la excomunión, los difuntos no podían entrar en la mansión de los bienaventurados. En señal de tan terrible calamidad se suspendían todos los servicios religiosos, las iglesias eran clausuradas, las ceremonias del matrimonio se verificaban en los cementerios; á los muertos se les negaba sepultura en los camposantos, siendo enterrados sin ceremonia alguna en las zanjas ó en el campo. Así pues, valiéndose de medios que influían en la imaginación, pretendía dominar Roma en la conciencia de los hombres.

La ciudad de Praga se amotinó. Muchos opinaron que Hus tenía la culpa de todas estas calamidades y exigieron que fuese entregado á la vindicta de Roma. Para que se calmara la tempestad, el reformador se retiró por algún tiempo en su pueblo natal. Escribiendo á sus amigos que había dejado en Praga, les decía: "Si me he retirado de entre vosotros es para seguir los preceptos y el ejemplo de Jesu-Cristo, esto es para no dar lugar á que los mal intencionados se expongan á su propia condenación eterna y para no ser causa de que se moleste y persiga á los piadosos. Me he retirado además por temor de que los impíos sacerdotes sigan por más tiempo prohibiendo la predicación de la Palabra de Dios entre vosotros; mas no os he dejado para negar

la verdad divina por la cual, con la ayuda de Dios, estoy pronto á morir.”⁴ Hus no cesó de trabajar; viajó por los países vecinos predicando á las muchedumbres que le escuchaban con ansia. De modo que las medidas de que se valiera el papa para suprimir el evangelio, hicieron que se extendiera en más amplia esfera. “Nada podemos hacer contra la verdad, sino á favor de la verdad.”⁵

“El espíritu de Hus parece haber sido en aquella época de su vida nada menos que el escenario de un doloroso conflicto. Aunque la iglesia trataba de aniquilarle lanzando sus rayos contra él, él no desconocía la autoridad de ella, sino que seguía considerando á la iglesia católica romana como á la esposa de Cristo y al papa como al representante y vicario de Dios. Contra lo que Hus se rebelaba era contra el abuso de autoridad y no contra la autoridad misma. Esto determinó un terrible conflicto que puso las convicciones más íntimas de su corazón en pugna con los dictados de su conciencia. Si la autoridad era justa é infalible como él la creía, ¿por qué pues se sentía obligado á desobedecerla? Acatarla, era pecar; pero, ¿por qué se sentía obligado á pecar si prestaba obediencia á una iglesia infalible? Este era el problema que Hus no podía resolver y la duda que le torturaba hora tras hora. La solución que por entonces le parecía más justa, según él, era que había vuelto á suceder lo mismo que había sucedido en los días del Salvador, esto es, que los sacerdotes de la iglesia se habían convertido en unos malvados que usaban de su autoridad legal con fines impíos. Esto le decidió á adoptar para su propio gobierno y para el de aquellos á quien siguiera predicando, la máxima aquella de que los preceptos de la Santas Escrituras transmitidos por el entendimiento han de dirigir la conciencia, ó en otras palabras, que Dios hablando en la Biblia, y no la iglesia hablando por medio de los sacerdotes, era el único guía infalible.”⁶

Cuando transcurrido algún tiempo se hubo calmado la excitación en Praga, volvió Hus á su capilla de Betlehem para

⁴ Bonnechose, E. de, “*Les Réformateurs avant la Réforme*,” l. 1, pp. 94, 95 (París, 1845).

⁵ 2 Corintios 13:8.

⁶ Wylie, l. 3, cap. 2.

reanudar, con mayor valor y celo, la tarea de la predicación de la Palabra de Dios. Sus enemigos eran activos y poderosos, pero la reina y muchos de los nobles eran amigos suyos y gran parte del pueblo estaba de su lado. Comparando sus enseñanzas puras y elevadas y la santidad de su vida con los dogmas degradantes que predicaban los romanistas y con la avaricia y el libertinaje en que vivían, muchos consideraban que era un honor pertenecer al partido del reformador.

Hasta aquí Hus había estado solo en sus labores, pero entonces Jerónimo, que durante su estadía en Inglaterra había hecho suyas las doctrinas enseñadas por Wicleff, se unió con él en la obra de la Reforma. Desde aquel momento ambos anduvieron juntos y ni la muerte había de separarlos.

Jerónimo poseía en muy alto grado la lucidez del genio, la elocuencia y la ilustración,—dones que le ganaron el favor popular,—pero en las cualidades que constituyen una verdadera fuerza de carácter, sobresalía Hus. Éste, debido á la calma con que juzgaba todas las cosas, restringía el espíritu impulsivo de Jerónimo, el cual reconocía con verdadera humildad el valer de su compañero y aceptaba sus consejos. Mediante los esfuerzos unidos de ambos la causa de la Reforma progresó con mayor rapidez.

Si bien es verdad que Dios se dignó iluminar á estos sus siervos derramando sobre ellos raudales de luz que les revelaran muchos de los errores de Roma, también lo es que estos mismos siervos no recibieron toda la luz que más tarde debía alumbrar al mundo. Por medio de estos hombres, Dios guiaba á su pueblo, sacándole de las tinieblas del romanismo, pero permitiendo que encontrara muchos y muy grandes obstáculos, llevándolo él por la mano paso á paso según lo permitían las fuerzas de este mismo pueblo. No estaba preparada la humanidad para recibir de pronto la luz en su plenitud. Su condición era la de aquellos que habiéndose acostumbrado á vivir en la obscuridad, retrocederían con la vista herida, desiguiente Dios concedió la luz á los guías del pueblo poco á poco, para que el pueblo también la recibiese así. De siglo

en siglo otros fieles obreros seguirían conduciendo á las masas y avanzando más cada vez en el camino de la Reforma.

El cisma sin embargo seguía asolando la iglesia. Tres papas se disputaban la supremacía, y esta contienda cubría los dominios de la cristiandad de crímenes y motines. No satisfechos con arrojarse recíprocamente violentos anatemas, echaron mano de las armas temporales. Cada uno se propuso hacer acopio de armamentos y reclutar soldados. Por supuesto que necesitaban dinero, y para proporcionárselo, todos los dones, oficios y bendiciones de la iglesia fueron puestos en venta.¹ Asimismo los sacerdotes, imitando á sus superiores, apelaron á la simonía y á la guerra para humillar á sus rivales y para aumentar su poderío. Con una intrepidez que iba cada día en aumento, protestó Hus enérgicamente contra las abominaciones que se toleraban en nombre de la religión, y el pueblo acusó abiertamente á los jefes papales de ser causantes de las miserias que oprimían á la cristiandad.

La ciudad de Praga se vió nuevamente amenazada por un conflicto sangriento. Como en los tiempos antiguos el siervo de Dios fué acusado de ser el "perturbador de Israel."² La ciudad fué puesta por segunda vez en entredicho, y Hus se retiró á su pueblo natal. Terminó el testimonio que había dado él tan fielmente en su querida capilla de Betlehem, y ahora iba á hablar al mundo cristiano desde un escenario más extenso antes de rendir su vida como último homenaje á la verdad.

Con el propósito de contener los males que asolaban á Europa, fué convocado un concilio general que debía celebrarse en Constanza. Esta cita fué preparada, á solicitud del emperador Segismundo, por Juan XXIII, uno de los tres papas rivales. El deseo de reunir un concilio distaba mucho de ser del agrado del papa Juan, cuyo carácter y política poco se inclinaban á la investigación aun cuando ésta fuera hecha por prelados de tan escasa moralidad como lo eran los eclesiásticos de aquellos tiempos. Pero no pudo, sin embargo, oponerse á la voluntad de Segismundo.¹

¹ Véase el Apéndice.

² 1 Reyes 18:17.

Los asuntos principales que iban á ser sometidos á la consideración del concilio, era, el cómo poner fin al cisma de la iglesia y arrancar de raíz la herejía. En consecuencia los dos antipapas fueron citados á comparecer ante la asamblea, y con ellos Juan Hus, el principal propagador de las nuevas ideas. Los dos primeros considerando que había peligro en presentarse, no lo hicieron, sino que mandaron sus delegados. El papa Juan, aun cuando era él quien ostensiblemente había convocado el concilio, asistió con mucho recelo, sospechando la intención secreta del emperador de destituirle, y temiendo ser llamado á cuentas por los vicios con que había desprestigiado la tiara y por los crímenes de que se había valido para apoderarse de ella. Sin embargo, hizo su entrada en la ciudad de Constanza con gran pompa, acompañado de los eclesiásticos de más alta categoría y de un séquito de cortesanos. El clero y los dignatarios de la ciudad con un gentío inmenso, salieron á recibirle. Llevaba encima de la cabeza un dosel de oro sostenido por cuatro de los principales magistrados. La hostia iba delante de él, y las ricas vestiduras de los cardenales daban un aspecto imponente á la procesión.

Entre tanto, otro viajero se acercaba de Constanza. Hus se daba cuenta del riesgo que corría. Se había despedido de sus amigos como si ya no pensara volverlos á ver, y había emprendido el viaje presintiendo que remataría en la hoguera. Á pesar de haber obtenido un salvoconducto del rey de Bohemia, y á pesar de otro que recibió estando ya en camino y que le fué mandado por el emperador Segismundo, arregló bien todos sus asuntos en previsión de muerte probable.

En una carta dirigida á sus amigos de Praga, les decía: "Hermanos míos . . . me voy llevando un salvo-conducto del rey para hacer frente á mis numerosos y mortales enemigos. . . . Me encomiendo de todo corazón al Dios todopoderoso, mi Salvador; confío en que él escuchará vuestras ardientes súplicas; que pondrá su prudencia y su sabiduría en mi boca para que yo pueda resistir á los adversarios, y que me asistirá el Espíritu Santo para confirmarme en la verdad,

á fin de poder arrostrar con valor las tentaciones, la cárcel y si fuese necesario, una muerte cruel. Jesu-Cristo sufrió por sus muy amados, y, por tanto ¡habremos de extrañar que nos haya dejado su ejemplo á fin de que suframos con paciencia todas las cosas para nuestra propia salvación? Él es Dios y nosotros somos sus criaturas; él es el Señor y nosotros sus siervos; él es el Maestro del mundo y nosotros somos viles mortales:— ¡y sin embargo sufrió! ¡Por qué, entonces, no hemos de padecer nosotros también, y más cuando sabemos que la tribulación purifica? Por lo tanto, amados míos, si mi muerte ha de contribuir á su gloria, orad para que ella venga pronto y para que él me dé fuerzas para soportar con serenidad todas las calamidades que me esperan. Empero, si es mejor que yo regrese para vivir otra vez entre vosotros, oremos á Dios para que yo vuelva sin mancha, es decir, que no suprima un tilde de la verdad del evangelio, para poder dejar á mis hermanos un buen ejemplo que imitar. Es muy probable que nunca más volváis á ver mi cara en Praga; pero, si fuese la voluntad de Dios todopoderoso traerme de nuevo á vosotros, avanzaremos con un corazón más firme en el conocimiento y en el amor de su ley.”^o

En otra carta que escribió á un sacerdote que se había convertido al evangelio, Hus habló con profunda humildad de sus propios errores, acusándose “de haber sido afecto á llevar hermosos trajes y de haber perdido mucho tiempo en cosas frívolas.” Añadía después estas conmovedoras amonestaciones: “Que tu espíritu se preocupe de la gloria de Dios y de la salvación de las almas y no de las comodidades y bienes temporales. Cuida de no adornar tu casa más que tu alma; y sobre todo cuida del edificio espiritual. Sé humilde y piadoso con los pobres; no gastes tu hacienda en banquetes; si no te perfeccionas y no te abstienes de superfluidades temo que seas severamente castigado, como yo lo soy. . . . Conoces mi doctrina porque de ella te he instruído desde que eras niño; es inútil, pues, que te escriba más. Pero te ruego encarecidamente, por la misericordia de nuestro Señor, que

^o Bonnehose, l. 2, pp. 162, 163.

no me imites en ninguna de las vanidades en que me has visto caer." En la cubierta de la carta, añadió: "Te ruego mucho, amigo mío, que no rompas este sello sino cuando tengas la seguridad de que yo haya muerto."²⁰

En el curso de su viaje vió Hus por todas partes señales de la propagación de sus doctrinas y de la buena acogida de que gozaba su causa. Las gentes se agolpaban para ir á su encuentro, y en algunos pueblos le acompañaban los magistrados por las calles.

Al llegar á Constanza, Hus fué dejado en completa libertad. Además del salvoconducto del emperador se le dió una garantía personal asegurándole la protección del papa. Pero esas solemnes y repetidas promesas de seguridad fueron violadas, y pronto fué arrestado el reformador por orden del pontífice y de los cardenales, y lo confinaron en un inmundo calabozo. Más tarde fué transferido á un castillo impugnable, al otro lado del Rin, donde se le tuvo preso. El papa, á pesar de todo, sacó poco provecho de su perfidia, pues fué luego encerrado en la misma cárcel.²⁰ Se le probó ante el concilio que era culpable de los delitos más viles y además de homicidios, simonía y adulterio: "pecados que no se pueden mencionar." Así declaró el mismo concilio y finalmente se le despojó de la tiara y se le arrojó en un calabozo. Los antipapas fueron destituidos también y un nuevo pontífice fué elegido.

Aunque el mismo papa se había hecho culpable de crímenes mayores que aquellos de que Hus había acusado á los sacerdotes, y por los cuales exigía que se hiciese una reforma, con todo, el mismo concilio que degradara al pontífice, procedió á concluir con el reformador. El encarcelamiento de Hus despertó grande indignación en Bohemia. Algunos nobles poderosos se dirigieron al concilio protestando contra tamaño ultraje. El emperador que consintiera en que se violase su salvoconducto se opuso á que se procediera contra él. Pero los enemigos del reformador eran malévolos y resueltos. Apelaron á las preocupaciones del emperador, á sus temores y á su celo por la iglesia. Le presentaron argumentos

²⁰ Bonnechose, l. 2, pp. 163, 164, 269.

muy poderosos para convencerle de que “no había que guardar la palabra empeñada con herejes, ni con personas sospechosas de herejía, aun cuando estuvieran provistas de salvoconductos del emperador y de reyes.”¹¹ De ese modo se salieron con la suya.

Debilitado por la enfermedad y por el encierro — pues el aire húmedo y sucio del calabozo le había ocasionado una fiebre que estuvo á punto de llevarle al sepulcro — Hus fué al fin llevado ante el concilio. Cargado de cadenas se presentó ante el emperador que empeñara su honor y buena fe en protegerle. Durante todo el largo proceso sostuvo Hus la verdad con firmeza, y en presencia de los dignatarios de la iglesia y del estado allí reunidos pronunció enérgica y solemne protesta contra la corrupción del clero. Cuando se le exigió que escogiese entre retractarse ó sufrir la muerte, él eligió correr la suerte de los mártires.

El Señor le sostuvo con su gracia. Durante las semanas de padecimientos que sufrió antes de su muerte, la paz del cielo inundó su alma. “Escribo esta carta,” decía á sus amigos, “en la cárcel, y con mi mano encadenada, esperando que se cumpla mañana mi sentencia de muerte . . . En el día aquél en que por la gracia del Señor nos encontremos otra vez gozando de la paz deliciosa de ultratumba, sabrás cómo mi Dios ha sido misericordioso conmigo y de qué modo tan admirable me ha sostenido en medio de mis pruebas y tentaciones.”¹²

En la obscuridad de su calabozo previó el triunfo de la fe verdadera. Volviendo en sueños á su capilla de Praga donde había predicado el evangelio, vió al papa y á sus obispos borrando los cuadros de Cristo que él había pintado en sus paredes. “Este sueño le aflige; pero el día siguiente ve muchos pintores ocupados en restablecer las imágenes en más número y con más brillantéz. Concluído este trabajo, los pintores, rodeados de un gentío inmenso, exclaman: ‘¡Que vengan ahora papas y obispos! ya no las borrarán jamás.’”

¹¹ Lenfant, “Histoire du Concile de Constance,” tomo I, l. 4, p. 493 (Amsterdam, 1727).

¹² Bonnechose, l. 3, p. 74.

Al referir el reformador su sueño añadió: "Tengo por cierto, que la imagen de Cristo no será borrada jamás. Ellos han querido destruirla; pero ella será nuevamente pintada en los corazones, por unos predicadores que valdrán más que yo."¹³

Por última vez fué llevado Hus ante el concilio. Era esta una asamblea numerosa y deslumbradora: el emperador, los príncipes del imperio, los delegados reales, los cardenales, los obispos y los sacerdotes, y una inmensa multitud de personas que habían acudido á presenciar los acontecimientos del día. De todas partes de la cristiandad se habían reunido los testigos de este gran sacrificio, el primero de la larga lista que se necesitaba para asegurar la libertad de conciencia.

Instado Hus para que manifestara su decisión final, declaró que se negaba á abjurar, y fijando su penetrante mirada en el monarca que tan vergonzosamente violara la palabra empeñada, dijo: "Resolví, de mi propia y espontánea libertad, comparecer ante este concilio, bajo la fe y la protección pública del emperador aquí presente."¹⁴ El bochorno se le subió á la cara al monarca Segismundo al fijarse en él las miradas de todos los circunstantes.

Habiendo sido pronunciada la sentencia se dió principio á la ceremonia de la degradación. Los obispos vistieron á su prisionero el hábito sacerdotal, y al tomar éste la vestidura dijo: "Á nuestro Señor Jesu-Cristo se le vistió con una túnica blanca con el fin de insultarle, cuando Herodes lo envió á Pilatos."¹⁵ Habiéndosele exhortado otra vez á que se retractara, replicó mirando al pueblo: "Y entonces, ¿con qué cara me presentaría en el cielo? ¿cómo miraría á las multitudes de hombres á quienes he predicado el evangelio puro? No; estimo su salvación más que este pobre cuerpo destinado ya á morir." Las vestiduras le fueron quitadas una por una, pronunciando cada obispo una maldición cuando le tocaba tomar parte en la ceremonia. Por último, "colocaron sobre su cabeza una gorra ó mitra de papel en forma de pirámide, en la que estaban pintadas horribles figuras de demonios, y que ostentaba

¹³ D'Aubigné, "Historia de la Reformation del siglo décimosexto,"

l. 1, cap. 7.

¹⁴ Bonnechose, l. 3, p. 94. ¹⁵ *Idem*, l. 3, pp. 95, 96.

por delante esta inscripción: 'El archiereje.' 'Con más gozo,' dijo Hus, 'llevaré esta corona de vergüenza por causa tuya, oh Jesús que llevaste por mí una de espinas.' "

Acto continuo, "los preladados dijeron: 'Ahora dedicamos tu alma al diablo.' 'Y yo,' dijo Hus, levantando sus ojos al cielo, 'en tus manos encomiendo mi espíritu, oh Señor Jesús, porque tú me redimiste.' "

Fué luego entregado á las autoridades seculares y conducido al lugar de la ejecución. Iba seguido por inmensa procesión formada por centenares de hombres armados, sacerdotes y obispos que lucían sus ricas vestiduras, y por el pueblo de Constanza. Cuando lo sujetaron á la estaca y que todo estaba dispuesto para encender la hoguera, el mártir fué instado una vez más para que se salvara retractándose de sus errores. "¿Cuáles errores," dijo Hus, "debo renunciar? No me encuentro culpable de ninguno. Tomo á Dios por testigo de que todo lo que he escrito y predicado ha sido con el fin de rescatar á las almas del pecado y de la perdición; y, por consiguiente, con el mayor gozo confirmaré con mi sangre aquella verdad que he anunciado por escrito y de viva voz." " Cuando las llamas comenzaron á arder en torno suyo, él principió á cantar: "Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí," continuando el cántico hasta que su voz enmudeciera para siempre.

Los mismos enemigos suyos quedaron conmovidos ante aquellas demostraciones de valor heroico. Un celoso papista, al referir el martirio de Hus y de Jerónimo que murió poco después, dijo: "Ambos se portaron como valientes al aproximarse su última hora. Se prepararon para ir á la hoguera como se hubieran preparado para ir á una boda; no lanzaron gritos; cuando subieron las llamas, entonaron himnos y apenas podía la vehemencia del fuego acallar sus cantos." "

Cuando el cuerpo de Hus fué consumido por completo, recogieron sus cenizas, las mezclaron con las basuras donde yacían y las arrojaron al Rin, siendo así llevadas hasta el océano. Sus perseguidores se figuraban en su insensatez que

¹⁰ Wylie, l. 3, cap. 7.

habían arrancado de raíz las verdades que predicara. No se dieron cuenta de que las cenizas que echaban al mar eran como semilla esparcida en todos los países de la tierra, y que en lugares aun desconocidos darían mucho fruto en testimonio por la verdad. La voz que había hablado en la sala aquella donde se verificara el concilio de Constanza había despertado ecos que resonarían al través de las edades futuras. Hus ya no existía, pero las verdades por las cuales había muerto no podían perecer jamás. Su ejemplo de fe y perseverancia iba á animar á las muchedumbres á salir por la verdad ante las amenazas del tormento y de la muerte. Su ejecución puso de manifiesto ante el mundo entero la pÉrfida crueldad de Roma. Los enemigos de la verdad, aunque sin saberlo, no hacían más que fomentar la causa que en vano procuraban aniquilar.

Una estaca más iba á levantarse en Constanza. La sangre de otro mártir debía correr en testimonio de la misma verdad. Jerónimo al decir adiós á Hus, cuando éste partiera para el concilio, le exhortó á ser valiente y firme, declarándole que si caía en algún peligro él mismo volaría en su auxilio. Al saber que el reformador se hallaba encarcelado, el fiel discípulo se dispuso inmediatamente á cumplir con su promesa. Salió para Constanza con un solo compañero y sin proveerse de salvoconducto. Á su llegada á la ciudad se convenció de que sólo se había expuesto al peligro, sin que le fuera posible hacer nada para libertar á Hus. Huyó entonces de la ciudad, pero fué arrestado en el camino y devuelto á la ciudad cargado con cadenas, bajo la custodia de una compañía de soldados. En su primera comparecencia ante el concilio, sus esfuerzos para contestar los cargos que le arrojaban se malograban entre los gritos: “¡Á la hoguera con él! ¡Á las llamas!”²⁷ Fué arrojado en un calabozo, lo encadenaron en una postura muy penosa y lo tuvieron á pan y agua. Después de algunos meses, las crueldades de su prisión causaron á Jerónimo una enfermedad que puso en peligro su vida, y sus enemigos, temiendo que se les escapase, lo trataron con

²⁷ Bonnechose, l. 2, p. 256.

menos severidad aunque dejándole aún en la cárcel por un año.

La muerte de Hus no tuvo el resultado que esperaban los papistas. La violación del salvoconducto que le había sido dado al reformador, levantó una tempestad de indignación, y como medio más seguro, determinó el concilio que en vez de quemar á Jerónimo lo obligarían, si posible fuese, á retractarse. Fué llevado ante el concilio y se le instó para que escogiera entre la retractación ó la muerte en la hoguera. La muerte al principio de su encarcelamiento hubiera sido un acto de misericordia en comparación con los terribles sufrimientos á que lo sometieron; pero después de esto, debilitado por su enfermedad y por los rigores de su prisión, detenido en aquellas mazmorras y sufriendo torturas y angustias, separado de sus amigos y herido en el alma por la muerte de Hus, el ánimo de Jerónimo decayó y consintió someterse al concilio. Se comprometió á adherirse á la fe católica y aceptó el auto de la asamblea que condenaba las doctrinas de Wicleff y de Hus, exceptuando sin embargo, las "santas verdades" que ellos enseñaron.²⁸

Por medio de semejante expediente Jerónimo trató de acallar la voz de su conciencia y librarse de la condena; pero, vuelto al calabozo, á solas consigo mismo realizó la magnitud de su acto. Comparó el valor y la fidelidad de Hus con su propia retractación. Pensó en el divino Maestro á quien él se había propuesto servir y que por causa suya sufrió la muerte en la cruz. Antes de su retractación había hallado consuelo en medio de sus sufrimientos, seguro del favor de Dios; pero ahora, el remordimiento y la duda torturaban su alma. Harto sabía que tenía aún que hacer otras retractaciones para hacer la paz con Roma. El sendero que empezaba á recorrer le llevaría infaliblemente á una completa apostasía. Finalmente resolvió no volver á negar al Señor por librarse de un corto período de sufrimientos.

Pronto fué llevado otra vez ante el concilio, pues sus declaraciones no habían dejado satisfechos á los jueces. La

²⁸ Véase Bonnechose, l. 3, p. 156.

sed de sangre de que estos ardían al recordar la muerte de Hus, reclamaba nuevas víctimas. Sólo y sólo la completa abjuración podía salvar de la muerte al reformador. Pero había éste resuelto confesar su fe y seguir hasta la hoguera á su hermano mártir.

Desvirtuó su anterior retractación, y á punto de morir, exigió que se le diera oportunidad para defenderse. Temiendo los prelados el efecto de sus palabras insistieron en que él afirmara ó negara, nada más, lo bien fundado de los cargos que se le hacían. Jerónimo protestó contra tamaña crueldad é injusticia. “Me habéis tenido encerrado, dijo, durante trescientos cuarenta días, en una prisión horrible, en medio de inmundicias, en un sitio malsano y pestilente, y falto de todo en absoluto. Me traéis hoy ante vuestra presencia y tras de haber prestado oídos á mis acérrimos enemigos, os negáis á oírme. . . . Si en verdad sois sabios, y si sois la luz del mundo, cuidaos de pecar contra la justicia. En cuanto á mí, no soy más que un débil mortal; mi vida es de poca importancia, y cuando os exhorto á no dar una sentencia injusta, hablo más por vosotros que por mí.”¹⁹

Al fin le concedieron á Jerónimo lo que pedía. Se arrojó en presencia de sus jueces y pidió que el Espíritu divino guiara sus pensamientos y le diese palabras para que nada de lo que iba á decir fuese contrario á la verdad é indigno de su Maestro. En aquel día se cumplió en su favor la promesa que hiciera Dios á sus primeros discípulos cuando les dijo: “Seréis llevados ante gobernadores y reyes por mi causa. . . . Cuando os entregaren, no os afanáis sobre cómo ó qué habéis de decir; porque en aquella misma hora os será dado lo que habéis de decir; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.”²⁰

Las palabras de Jerónimo produjeron sorpresa y admiración aun por parte de sus enemigos. Por espacio de todo un año había sido confinado en un calabozo, sin poder leer ni ver la luz siquiera, sufriendo físicamente á la vez que dominado por terrible ansiedad mental; y no obstante, supo presen-

¹⁹ Bonnechose, l. 3, pp. 162, 163.

²⁰ S. Mateo 10:18-20.

tar sus argumentos con tanta claridad y con tanta fuerza como si nunca hubiera dejado el trabajo intelectual. Llamó la atención de sus oyentes sobre la larga lista de santos varones que habían sido condenados por injustos jueces. En casi todas las generaciones hubo hombres que por más que procuraban levantar el nivel moral del pueblo de su época, eran despreciados y rechazados, pero que en tiempos ulteriores fueron reconocidos dignos de recibir honor. Cristo mismo fué condenado como malhechor, por un tribunal inicuo.

Al retractarse Jerónimo había declarado justa la sentencia condenatoria que el concilio lanzara contra Hus; pero esta vez se arrepintió de ello y dió un valiente testimonio á la inocencia y santidad del mártir. Expresóse en estos términos: “Conocí á Juan Hus desde su niñez. Era el hombre más excelente, justo y santo; pero no por eso dejó de ser condenado. . . . Y ahora yo también estoy listo para morir. No retrocederé ante los tormentos que hayan preparado para mí mis enemigos, los testigos falsos, los cuales tendrán que ser llamados un día á cuentas por sus imposturas, ante el gran Dios, á quien nadie puede engañar.”²¹

Al censurarse á sí mismo por haber negado la verdad, dijo Jerónimo: “De todos los pecados que he cometido desde mi juventud, ninguno pesa tanto sobre mí ni me causa tan acerbos remordimientos, como el que cometí en este funesto lugar, cuando aprobé la inicua sentencia pronunciada contra Wicleff y contra el santo mártir, Juan Hus, maestro y amigo mío. Sí, lo confieso de todo corazón, y declaro con verdadero horror que desgraciadamente me turbé cuando, por temor á la muerte, condené las doctrinas de ellos. Por tanto, ruego . . . al Dios todopoderoso se digne perdonarme mis pecados y éste en particular, que es el más monstruoso de todos.” Señalando á los jueces, dijo con entereza: “Vosotros condenasteis á Wicleff y á Juan Hus no porque hubieran invalidado las doctrinas de la iglesia, sino sencillamente por haber denunciado los escándalos provenientes del clero — su pompa, su orgullo y todos los vicios de los prelados y sacerdotes. Las cosas que

²¹ Bonnechose, I. 3, p. 167.



Copyrighted 1907.

JERONIMO CONDUCTIDO AL MARTIRIO

"Fijó en Cristo su mirada y la muerte va
no le infundía miedo alguno."

aquéllos afirmaron y que son irrefutables, yo también las creo y las proclamo.”

Sus palabras fueron interrumpidas. Los preladados, temblando de ira, exclamaron: “¡Qué necesidad hay de mayores pruebas? ¡Contemplamos con nuestros propios ojos al más obstinado de los herejes!”

Sin conmovirse ante la tempestad, repuso Jerónimo: “¡Qué! ¡imagináis que tengo miedo de morir? Por un año me habéis tenido encadenado, encerrado en un calabozo horrible más espantoso que la misma muerte. Me habéis tratado con más crueldad que á un turco, judío ó pagano, y mis carnes se han resecado hasta dejar los huesos descubiertos; pero no me quejo, porque las lamentaciones sientan mal en un hombre de corazón y de carácter; pero no puedo menos que expresar mi asombro ante tamaña barbarie con que habéis tratado á un cristiano.”²²

Volvió con esto á estallar la tempestad de rabia y Jerónimo fué devuelto en el acto á su calabozo. Á pesar de todo, hubo en la asamblea algunos que quedaron impresionados por sus palabras y que desearon salvarle la vida. Fué visitado por algunos dignatarios de la iglesia que le instaban á que se sometiera al concilio. Se le hicieron las más brillantes promesas si renunciaba á su oposición contra Roma. Pero, á semejanza de su Maestro, cuando le ofrecieron la gloria del mundo, Jerónimo se mantuvo firme.

“Probadme con las Santas Escrituras que estoy en error, dijo él, y abjuraré de ellas.”

“¡Las Santas Escrituras!” exclamó uno de sus tentadores, “¡todo debe ser juzgado por ellas? ¡Quién puede comprenderlas si la iglesia no las interpreta?”

“¡Son las tradiciones de los hombres más dignas de fe que el evangelio de nuestro Salvador!” replicó Jerónimo.

“Pablo no exhortó á aquellos á quienes escribía á que escuchasen las tradiciones de los hombres, sino que les dijo: ‘Escudriñad las Escrituras.’”

“Hereje,” fué la respuesta, “me arrepiento de haber es-

²² Bonnechose, l. 3, pp. 168, 169.

tado alegando contigo tanto tiempo. Veo que es el diablo el que te impulsa.”²²

En breve se falló sentencia de muerte contra él. Lo condujeron en seguida al mismo lugar donde Hus había dado su vida. Fué al suplicio cantando, iluminado el rostro de gozo y de paz. Fijó en Cristo su mirada y la muerte ya no le infundía miedo alguno. Cuando el verdugo á punto de prender la hoguera se puso detrás de él, el mártir exclamó: “Ven por delante, sin vacilar. Prende la hoguera en mi presencia. Si yo hubiera tenido miedo, no estaría aquí.”

Las últimas palabras que pronunció cuando las llamas le envolvían fueron una oración. Dijo: “Señor, Padre todopoderoso, ten piedad de mí y perdóname mis pecados, porque tú sabes que siempre he amado tu verdad.”²³ Su voz dejó de oírse, pero sus labios siguieron murmurando la oración. Cuando el fuego hubo terminado su obra, las cenizas del mártir fueron recogidas juntamente con la tierra donde estaban esparcidas y como las de Hus, fueron arrojadas al Rin.

Así murieron los fieles siervos que derramaron la luz de Dios. Pero la luz de las verdades que proclamaron — la luz de su heroico ejemplo — no pudo extinguirse. Más bien podían los hombres intentar hacer retroceder al sol en su carrera que apagar el alba de aquel día que vertía ya sus fulgores sobre el mundo.

La ejecución de Hus levantó protestas de indignación y horror en Bohemia. La nación entera se conmovió al reconocer que él había caído víctima de la malicia de los sacerdotes y de la traición del emperador. Todos reconocieron también que Hus había enseñado fielmente la verdad, y el concilio que decretó su muerte fué culpado del delito de asesinato. Como consecuencia de esto las doctrinas del reformador llamaron más que nunca la atención. Los edictos del papa condenaron los escritos de Wicleff á las llamas, pero las obras que habían escapado á dicha sentencia fueron sacadas de donde habían sido escondidas y eran estudiadas á la luz de la Biblia ó de porciones de ella que el pueblo podía

²² Wylie, l. 3, cap. 10.

²³ Bonnechose, l. 3, pp. 185, 186.

conseguir, y muchos fueron así guiados á aceptar la fe reformada.

Los asesinos de Hus no permanecieron impasibles al ser testigos del triunfo de la causa de aquél. El papa y el emperador se unieron para sofocar el movimiento, y los ejércitos de Segismundo fueron despachados contra Bohemia.

Pero surgió un libertador. Ziska, que luego después de empezada la guerra quedó enteramente ciego, y que fué no obstante uno de los más hábiles generales de su tiempo, era el que guiaba á los bohemios. Confiando en la ayuda de Dios y en la justicia de su causa, aquel pueblo resistió á los más poderosos ejércitos que fueron movilizados contra él. El emperador mandó ejércitos y ejércitos á Bohemia para sólo ser vergonzosamente derrotados. Los husitas no le tenían miedo á la muerte y nada les podía resistir. Á los pocos años de empeñada la lucha, murió el valiente Ziska; pero su lugar fué tomado por Procopio, que era un general igualmente arrojado y perito, y en varios respectos un jefe más capaz.

Los enemigos de los bohemios sabiendo que había fallecido el guerrero ciego, creyeron llegada una oportunidad favorable para recuperar lo que habían perdido. El papa proclamó entonces una cruzada contra ños husitas, y una vez más se arrojó contra Bohemia una fuerza inmensa, pero sólo para sufrir terrible descalabro. Proclamóse otra cruzada. En todas las naciones de Europa que estaban sujetas al papa se reunió dinero, se hizo acopio de armamento y se reclutaron hombres. Muchedumbres se reunieron bajo el estandarte del papa con la seguridad de que al fin acabarían con los herejes husitas. Confiando en la victoria, un inmenso número de soldados invadió á Bohemia. El pueblo se reunió para defenderse. Los dos ejércitos se aproximaron uno al otro, quedando separados tan sólo por un río que corría entre ellos. "Los aliados eran muy superiores en número, pero en vez de arrojarse á cruzar el río y librar batalla con los husitas á quienes habían venido á atacar desde tan lejos, permanecieron absortos y en silencio mirando á aquellos guerreros."²⁸ Re-

²⁸ Wylie, l. 3, cap. 17.

pentinamente un terror misterioso se apoderó de ellos. Sin recibir ni un solo golpe, esa fuerza irresistible se desbandó y se dispersó como por un poder invisible. Las tropas husitas persiguieron á los fugitivos y mataron á gran número de ellos, y un rico botín quedó en manos de los vencedores, de modo que la guerra en lugar de empobrecer á los bohemios, los enriqueció.

Pocos años después, bajo un nuevo papa, se preparó otra cruzada. Como ya anteriormente, se volvió á reclutar gente y á allegar medios de entre los países papales de Europa. Se hicieron los más halagüeños ofrecimientos á los que quisiesen tomar parte en esta peligrosa empresa. Se daba indulgencia plenaria á los cruzados aunque hubiesen cometido los más monstruosos crímenes. Á los que muriesen en la guerra se les aseguraba hermosa recompensa en los cielos, y los que sobreviviesen recibirían honor y riquezas en el campo de batalla. De este modo se logró reunir un inmenso ejército que cruzó la frontera y penetró en Bohemia. Las fuerzas husitas hicieron la retirada ante el enemigo y atrajeron así á los invasores dentro del país, dejándolos creer que ya habían ganado la victoria. Finalmente, el ejército de Procopio se detuvo y dando frente al enemigo se adelantó al combate. Los cruzados descubrieron entonces su error y esperaron el ataque en sus reales. Al oír el ejército que se aproximaba contra ellos y aun antes de que vieran á los husitas, el pánico volvió á apoderarse de los cruzados. Los príncipes, los generales y los soldados rasos, arrojando sus armas, huyeron en todas direcciones. En vano el legado papal que guiaba la invasión se esforzó en reunir aquellas fuerzas aterrorizadas y dispersas. Á pesar de su decididísimo empeño él mismo se vió precisado á huir entre los fugitivos. La derrota fué completa y otra vez un inmenso botín cayó en manos de los vencedores.

De esta manera por segunda vez un gran ejército despachado por las más poderosas naciones de Europa, un cuerpo de valientes guerreros, disciplinados y bien pertrechados, huyó sin recibir ni un solo golpe, ante los defensores de una na-

ción pequeña y débil. Eso era una manifestación del poder divino. Los invasores fueron heridos por un terror sobrenatural. El que anonadó los ejércitos de Faraón en el Mar Rojo, é hizo huir á los ejércitos de Madián ante Gedeón y los trescientos, y en una noche abatió las fuerzas de los orgullosos asirios, extendió una vez más su mano para destruir el poder del opresor. “¡Allí temblaron de espanto: para sí no hay motivo de espanto; porque Dios dispersó los huesos de aquel que asentó campamento contra ti! ¡Tú los avergonzaste, por cuanto Dios los ha desechado!”²⁸

Los caudillos papistas desesperaron de conseguir nada por la fuerza y se resolvieron á usar de diplomacia. Se firmó un contrato en el que aparentando conceder á los bohemios libertad de conciencia, se los entregaba al poder de Roma. Los bohemios habían especificado cuatro puntos como condición para hacer la paz con Roma, á saber: La predicación libre de la Biblia: el derecho de toda la iglesia de participar de los elementos del pan y vino en la comunión, y el uso de su idioma nativo en el culto divino; la exclusión del clero de los cargos y autoridad seculares; y en casos de crímenes, su sumisión á la jurisdicción de las cortes civiles que tendrían acción sobre clérigos y laicos. Las autoridades papales al fin “conviniere en aceptar los cuatro artículos de los husitas estipulando, sin embargo, que el derecho de explicarlos, es decir, de determinar su exacto significado, pertenecía al concilio ó en otras palabras, al papa y al emperador.”²⁹ Sobre estas bases se ajustó el tratado y Roma ganó por medio de disimulos y fraudes lo que no había podido ganar en los campos de batalla; porque, imponiendo su propia interpretación sobre los artículos de los husitas y sobre la Biblia, podía adular su significado acomodándolo á sus propias miras.

Muchos en Bohemia al ver así defraudada la libertad que ya disfrutaban no aceptaron el convenio. Surgieron disensiones y divisiones; y al fin llegaron á suscitarse motines y vías de hecho entre ellos mismos. En esta lucha sucumbió el noble Procopio y con él sucumbieron también las libertades de Bohemia.

²⁸ Salmo 53:5, 6.

²⁹ Wylie, l. 3, cap. 18.

Por aquel tiempo Segismundo, el traidor de Hus y de Jerónimo, llegó á ocupar el trono de Bohemia, y á pesar de su juramento de respetar los derechos de los bohemios, procedió á imponer el papismo sobre éstos. Pero muy poco sacó con haberse puesto al servicio de Roma. Por espacio de veinte años su vida no fué más que un cúmulo de trabajos y peligros. Sus ejércitos se desvanecieron y sus tesoros se agotaron en larga é infructuosa contienda; y ahora, después de un año de reinado murió dejando el reino en vísperas de la guerra civil y á la posteridad un nombre sellado con la infamia.

Sucedieron las riñas, las contiendas y toda clase de crímenes. De nuevo los ejércitos extranjeros invadieron á Bohemia y las luchas intestinas debilitaron y arruinaron á la nación. Los que permanecieron fieles al evangelio fueron objeto de encarnizada persecución.

Como anteriormente sus hermanos, ellos también entraron en arreglos con Roma y aceptaron sus errores; los que se adhirieron á la antigua fe se organizaron en iglesia distinta, con el nombre de "Los hermanos unidos." Esta circunstancia atrajo sobre ellos toda clase de maldiciones; pero su firmeza era inquebrantable. Obligados á refugiarse en los bosques y en las cuevas, reuníanse aún para leer la palabra de Dios y para celebrar el culto.

Valiéndose de mensajeros secretos que mandaron á varios puntos, llegaron á saber que había diseminados en varias partes "algunos sostenedores de la verdad, unos en ésta, otros en aquella ciudad, siendo como ellos, objeto de encarnizada persecución; supieron también que entre las montañas de los Alpes había una iglesia antigua que descansaba en las Sagradas Escrituras, y que protestaba contra la idólatra corrupción de Roma."²² Estos datos fueron recibidos con gran regocijo empezando desde entonces á comunicarse por correspondencia con los cristianos valdenses.

Así es como permaneciendo firmes en el evangelio, los bohemios, al través de las tinieblas de la persecución y de la

²² Wylie, l. 3, cap. 19.

más densa obscuridad volvían la vista hacia el horizonte como quien espera el rayar del alba. “Su parte les fué dada en los días malos, pero . . . recordaban las palabras pronunciadas por Hus y repetidas por Jerónimo, de que pasaría un siglo antes de que se viera despuntar la aurora.” Estas palabras eran para los husitas lo que para las tribus esclavas en la tierra de servidumbre aquellas palabras de José: “Yo me muero, mas Dios de seguro os visitará, y os hará subir de esta tierra.” “La última parte del siglo XV fué testigo del crecimiento lento pero seguro de las iglesias de los Hermanos. Aunque distaban mucho de no ser molestados, gozaron sin embargo de relativa tranquilidad. Á principios del siglo XVI se contaban doscientas de sus iglesias en Bohemia y en Moravia.”²⁹ “Tan numeroso era el residuo que sobrevivió á la furia destructora del fuego y de la espada y que pudo ver la aurora de aquel día que Hus había predicho.”³⁰

²⁹ Gillett, “Life and Times of John Huss,” Vol. II, p. 570.

³⁰ Wylie, I. 3, cap. 19.





LUTERO Y SU SEPARACIÓN DE ROMA—7

EL más distinguido de todos los que fueron llamados á guiar á la iglesia, de las tinieblas del papado á la luz de una fe más pura, fué Martín Lutero. Celoso, ardiente y abnegado, sin más temor que el temor de Dios y sin reconocer otro fundamento de la fe religiosa que el de las Santas Escrituras, fué Lutero el hombre de su época. Por medio de él realizó Dios una gran obra para la reforma de la iglesia y la iluminación del mundo.

A semejanza de los primeros heraldos del evangelio, Lutero surgió del seno de la pobreza. Sus primeros años transcurrieron en el humilde hogar de un aldeano de Alemania, que con su oficio de minero ganaba el sustento de la familia y los medios necesarios para la educación del niño. Quería el padre que su hijo fuese abogado, pero Dios lo había escogido para constructor del gran templo que venía levantándose tan despacio en el transcurso de los siglos. Las contrariedades, las privaciones y una disciplina severa constituyeron la escuela donde la Infinita Sabiduría preparara á Lutero para la importante misión que iba á desempeñar.

El padre de Lutero fué hombre de robusta y activa inteligencia y de gran fuerza de carácter; era honrado, resuelto y franco. Fué fiel á las convicciones que le señalaban el camino del deber, sin cuidarse de las consecuencias. Su propio sentido común le hacía ver con desconfianza el sistema monástico. Le disgustó mucho ver que Lutero, sin su consentimiento, entrara en un monasterio, y pasaron dos

años antes que el padre se reconciliara con el hijo, y aun así, su opinión siguió siendo la misma.

Los padres de Lutero velaban con gran esmero por la educación y el gobierno de sus hijos. Procuraron instruirlos en el conocimiento de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. Muchas veces oía el hijo las oraciones que su padre dirigía al cielo por él y en las que pedía que Martín tuviera siempre presente el nombre del Señor y que llegase á ser un día un propagador de la verdad. Los padres no desperdiciaban los medios que su trabajo podía proporcionarles, para dedicarse á la cultura moral é intelectual. Hacían esfuerzos sinceros y perseverantes para preparar á sus hijos para una vida piadosa y útil. Siendo siempre firmes y fieles en sus propósitos y obrando á impulsos de su sólido carácter, eran á veces demasiado severos; pero el reformador mismo si bien reconocía que varias veces se equivocaban, no dejó de encontrar en su disciplina más cosas dignas de aprobación que de censura.

En la escuela donde lo pusieron en su tierna edad, Lutero fué tratado con aspereza y hasta con dureza. Tanta era la pobreza de sus padres que al salir de su casa para la escuela de un pueblo cercano, se vió obligado por algún tiempo á ganar su sustento cantando de puerta en puerta y padeciendo hambre con mucha frecuencia. Las ideas oscuras y supersticiosas que prevalecían en su tiempo le llenaban de pavor. Á veces se iba á acostar con el corazón angustiado, viendo con temor las lobregueces de lo porvenir y pensaba siempre con terror en que Dios era duro é inflexible juez, y cruel tirano más bien que bondadoso Padre celestial.

Mas á pesar de tantos motivos de desaliento, Lutero siguió resueltamente adelante, puesta la vista en un dechado elevado de moral y de cultura intelectual que le cautivaba el alma. Tenía sed de saber, y el carácter serio y práctico de su genio lo llevaba en pos de lo sólido y de lo provechoso más bien que de lo vistoso y de lo superficial.

Quando á la edad de dieciocho años ingresó en la universidad de Erfurt, su situación era más favorable y abrigaba

algunos proyectos más brillantes que los que había abrigado en los años anteriores. Sus padres podían entonces mantenerle más desahogadamente merced á la pequeña hacienda que habían logrado constituir con su industria y sus economías. La influencia de varios amigos suyos, hombres de juicio, borró un tanto el tinte de tristeza que se notaba en su carácter á consecuencia de su primera educación. Se dedicó á estudiar los mejores autores, atesorando con diligencia sus maduras reflexiones y haciendo suyo el tesoro de conocimientos de los sabios. Desde que estuvo bajo la dura disciplina de sus antiguos maestros, dió señales de distinción; y ahora, rodeado de influencias más favorables vió desarrollarse rápidamente su talento. Por su buena memoria, su activa imaginación, su poder intelectual y su incansable consagración al estudio vino á quedar pronto al frente de sus compañeros en las luchas del saber. La disciplina del raciocinio maduró su entendimiento y despertó en él una imaginación activa y una aguda percepción que le prepararon convenientemente para los conflictos de la vida.

El temor del Señor se encontraba en el corazón de Lutero y fué el que le habilitó para mantenerse firme en sus determinaciones así como para ser siempre humilde ante Dios. Poseía una íntima convicción de que dependía del auxilio divino, y no dejaba pasar un día sin comenzarlo con oración, elevando constantemente su corazón á Dios y pidiendo su dirección y su auxilio. “Orar bien,” decía él con frecuencia, “es la mejor mitad del estudio.”¹

Estando un día examinando unos libros en la biblioteca de la universidad, descubrió Lutero una Biblia latina. Jamás había visto aquel libro. Y aun ignoraba que existiese. Había oído porciones de los evangelios y de las epístolas que se leían en el culto público y suponía que eso era todo lo que contenía la Biblia. Ahora veía, por primera vez, la Palabra de Dios completa. Con reverencia mezclada de admiración hojeó las sagradas páginas; con pulso tembloroso y corazón turbado leyó con atención las palabras de vida, deteniéndose á veces

¹ D'Aubigné, “Historia de la Reformación del siglo décimosexto,” l. 2, cap. 2.

para exclamar: "¡Ah! si Dios quisiese darme para mí otro libro como éste!"¹ Los ángeles del cielo estaban á su lado y rayos de luz del trono de Dios revelaron á su entendimiento los tesoros de la verdad. Siempre había tenido temor de ofender á Dios, pero ahora se sentía poseído de la más firme convicción de que era un pobre pecador, como nunca antes lo había experimentado.

Un sincero deseo de librarse del pecado y de reconciliarse con Dios le guió al fin á entrar en un claustro y consagrarse á la vida monástica. Aquí se le obligó á desempeñar los trabajos más humillantes y á pedir limosnas de casa en casa. Se hallaba en la edad en que nada parece tan apetecido como el aprecio y el respeto de todos, y por consiguiente, aquellas viles ocupaciones le mortificaban y ofendían sus sentimientos naturales, pero todo lo sobrellevaba con paciencia, creyendo que lo necesitaba por causa de sus pecados.

Dedicaba al estudio todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones de cada día y aun robaba al sueño y á las comidas el tiempo que hubiera tenido que darles. Sobre todas las cosas su mayor deleite era el estudio de la Palabra de Dios. Encontró una Biblia encadenada en el muro del convento, y allá iba con frecuencia á escudriñarla. Á medida que se iba convenciendo más y más de su pecado procuraba por medio de sus obras obtener perdón y paz. Observó una vida llena de mortificaciones, procurando dominar por medio de ayunos y vigiliass y de castigos corporales sus inclinaciones naturales de las cuales la vida monástica no pudo librarle. No perdonó sacrificio alguno con tal de llegar á poseer un corazón limpio para poder ganar la aprobación de Dios. "Verdaderamente," decía él más tarde, "yo he sido un fraile piadoso y he seguido con más severidad que puedo decirlo, las reglas de mi orden. . . . Si algún fraile hubiera podido entrar en el cielo por sus frailerías (obras monacales), no hay duda que yo hubiera entrado. Si hubiera durado mucho tiempo aquella rigidez, yo me hubiera martirizado hasta morir á fuerza de austeridades."² Á consecuencia de esta dolorosa disciplina perdió sus fuerzas y sufrió convulsiones

¹ D'Aubigné, l. 2, cap. 2.

² *Idem*, l. 2, cap. 3.

y desmayos de los que jamás pudo enteramente reponerse. Pero á pesar de todos sus esfuerzos su alma agobiada no halló alivio. Por fin fué casi arrastrado á la desesperación.

Cuando Lutero pensó en que todo estaba perdido, Dios le deparó un amigo y una ayuda. El piadoso Staupitz expuso á Lutero la Palabra de Dios y lo guió á mirar más allá de sí mismo; le persuadió á que dejara de contemplar el castigo y la ira venidera é infinita por haber violado la ley de Dios, y á que acudiera á Jesús, el Salvador que le perdonaba sus pecados. “En lugar de martirizarte por tus faltas, échate en los brazos del Redentor. Confía en él, en la justicia de su vida, en la expiación de su muerte. . . . Escucha al Hijo de Dios; el se ha hecho hombre por darte la seguridad de su divino favor.” “¡Ama á quien primero te amó!”⁴ Así se expresaba este mensajero de la misericordia. Sus palabras hicieron honda impresión en el ánimo de Lutero. Después de larga lucha contra los errores que por tanto tiempo acariciara, pudo asirse de la verdad y la paz reinó en su alma atormentada.

Lutero fué ordenado sacerdote y se le llamó del claustro para que desempeñara una cátedra en la universidad de Wittenberg. Allí se dedicó al estudio de las Santas Escrituras en las lenguas originales. Comenzó á dar conferencias sobre la Biblia, y de este modo, el libro de los salmos, los evangelios y las epístolas fueron abiertos al entendimiento de multitudes de oyentes que escuchaban aquellas enseñanzas con verdadero deleite. Staupitz, su amigo y superior, le instó para que ocupara el púlpito y predicase la Palabra de Dios. Lutero vaciló, sintiéndose indigno de hablar al pueblo en lugar de Cristo. Sólo después de larga lucha que sostuvo consigo mismo se rindió á las súplicas de sus amigos. En aquel entonces era ya poderoso en las Sagradas Escrituras y la gracia del Señor descansaba sobre él. Su elocuencia cautivaba á los oyentes, la claridad y poder con que presentaba la verdad los persuadía á todos y su fervor conmovía los corazones.

⁴ D'Aubigné, l. 2, cap. 4.

Lutero seguía siendo aún hijo sumiso de la iglesia papal y no pensaba que jamás dejaría de serlo. La providencia de Dios lo llevó á hacer una visita á Roma. Emprendió el viaje á pie, hospedándose en los conventos que hallaba en su camino. En uno de ellos, en Italia, quedó maravillado de la magnificencia, la riqueza y el lujo que se presentaron á su vista. Dotados de bienes propios de príncipes, vivían los monjes en espléndidas mansiones, se ataviaban con los trajes más ricos y preciosos y se regalaban en suntuosa mesa. Consideró Lutero todo aquello que tanto contrastaba con la vida de abnegación y de privaciones que él llevaba, y no podía coonestar tan grandes desórdenes. Su índole era distinta de la de aquellos monjes. Estaba perplejo.

Finalmente vislumbró en lontananza la ciudad de las siete colinas. Con profunda emoción cayó de rodillas y, levantando las manos hacia el cielo, exclamó: “¡Salve Roma santa!”⁶ Entró en la ciudad, visitó las iglesias, prestó oídos á las maravillosas narraciones de los sacerdotes y de los monjes y cumplió con todas las ceremonias de ordenanza. Por todas partes veía escenas que le llenaban de extrañeza y horror. Notó que la iniquidad se echaba de ver entre todos los miembros del clero. Oyó á los sacerdotes contar chistes indecentes y se escandalizó de la espantosa profanación de que hacían gala los prelados aun en el acto de decir misa. Al mezclarse con los monjes y con el pueblo descubrió en ellos una vida de disipación y lascivia. Á donde quiera que volvía la cara tropezaba con libertinaje y corrupción allí donde esperaba hallar la santidad. “Sin ver,” escribía él, “no se podría creer que en Roma se cometan pecados y acciones infames, y por lo mismo acostumbran decir: ‘Si hay un infierno, no puede estar en otra parte que debajo de Roma; y de este abismo salen todos los pecados.’”⁶

Por decreto expedido poco antes prometía el papa indulgencia á todo aquel que subiese de rodillas la “escalera de Pilatos” que se decía ser la misma que había pisado nuestro Salvador al bajar del tribunal romano, asegurándose así mismo que dicha escalera había sido llevada de Jerusalén á

⁶ D'Aubigné, l. 2, cap. 6.

Roma de un modo milagroso. Un día que estaba Lutero subiéndose devotamente aquellas gradas recordó de pronto aquellas palabras que como trueno repercutieran en su corazón: "El justo vivirá por la fe." Púsose de pronto de pie y huyó de aquel lugar sintiendo vergüenza y horror. El texto aquel no dejó nunca de ejercer poderosa influencia en su alma. Desde entonces vió con más claridad que nunca el engaño que había para el hombre en confiar en sus obras para su salvación y la necesidad de tener fe firme en los méritos de Cristo. Sus ojos se abrieron y ya no se cerrarían jamás para dar crédito á los engaños del papado. Al apartarse de Roma sus miradas, su corazón se apartó también, y desde entonces la separación se hizo más marcada hasta que Lutero concluyó por cortar todas sus relaciones con la iglesia de los papas.

Después de su regreso de Roma, recibió Lutero en la universidad de Wittenberg el grado de doctor en teología. Estaba pues en libertad para consagrarse, más que antes, al estudio de las Santas Escrituras, que tanto le gustaba. Había formado la resolución de estudiar cuidadosamente y de predicar con toda fidelidad y por toda la vida la Palabra de Dios, y no los dichos y las doctrinas de los papas. Ya no sería en lo sucesivo un mero monje, ó profesor, sino el heraldo autorizado de la Biblia. Había sido llamado como pastor para apacentar el rebaño de Dios que estaba hambriento y sediento de la verdad. Declaró firmemente que los cristianos no deberían admitir más doctrinas que las que tuviesen apoyo en la autoridad de las Sagradas Escrituras. Estas palabras conmovieron los cimientos en que descansaba la supremacía papal. Contenían en sí los principios vitales de la Reforma.

Lutero advirtió que era peligroso ensalzar las doctrinas de los hombres en lugar de ensalzar la Palabra de Dios. Atacó resueltamente la infidelidad especulativa de los escolásticos y combatió la filosofía y la teología que por tanto tiempo ejercieran su influencia dominadora sobre el pueblo. Denunció el estudio de aquellas disciplinas no sólo como in-

* Romanos 1:17.

digno sino como pernicioso, y trató de apartar la mente de sus oyentes de las sofisterías de los filósofos y de los teólogos y de hacer que se fijasen más bien en las eternas verdades expuestas por los profetas y los apóstoles.

Era muy precioso el mensaje que Lutero llevaba á las ansiosas muchedumbres que pendían de sus palabras. Nunca antes habían oído tan hermosas enseñanzas. Las buenas nuevas de un amante Salvador, la seguridad del perdón y de la paz por medio de su sangre expiatoria, regocijaban los corazones é inspiraban en todos una esperanza de vida inmortal. Encendióse así en Wittenberg una luz cuyos rayos iban á esparcirse por todas partes del mundo y que aumentarían en esplendor hasta el fin de los tiempos.

Pero la luz y las tinieblas no pueden conciliarse. Entre el error y la verdad media un conflicto inevitable. Sostener y defender uno de ellos es atacar y vencer al otro. Nuestro Salvador mismo ya lo había declarado: "No vine á traer paz, sino espada." Y el mismo Lutero dijo pocos años después de principiada la Reforma: "No me conducía Dios, sino que me impelía y me obligaba; yo no era dueño de mí mismo; quería permanecer tranquilo, y me veía lanzado en medio de tumultos y revoluciones." En aquella época de su vida estaba á punto de verse obligado á entrar en la contienda.

La iglesia romana hacía comercio con la gracia de Dios. Las mesas de los cambistas⁹ habían sido colocadas junto á los altares y el aire se llenaba con la gritería de los que compraban y vendían. Con el pretexto de reunir fondos para la erección de la iglesia de San Pedro en Roma, se ofrecían en venta pública con la autorización del papa, indulgencias por el pecado. Con el precio del crimen se iba á construir un templo para el culto divino: la piedra angular se echaba sobre los cimientos de la iniquidad. Empero los mismos medios que adoptara Roma para engrandecerse fueron los que dieron el golpe mortal que destruyó su poder y su soberbia. Aquellos medios fueron lo que exasperó al más abnegado y afortunado de los enemigos del papado, y lo que le condujo á la lucha que

⁹ S. Mateo 10:34.

¹⁰ D'Aubigné, l. 5, cap. 2.

¹¹ S. Mateo 21:12.

hizo estremecerse el trono de los papas y conmoverse la triple corona en la cabeza del pontífice.

El encargado de la venta de indulgencias en Alemania — llamado Tetzel — era reconocido como culpable de haber cometido las más viles ofensas contra la sociedad y contra la ley de Dios; pero habiendo escapado del castigo que merecieran sus crímenes, recibió el encargo de propagar los planes mercantiles y nada escrupulosos del papa. Con atroz cinismo divulgaba las mentiras más desvergonzadas y contaba leyendas maravillosas para engañar al pueblo ignorante, crédulo y supersticioso. Si hubiese tenido éste la Biblia no se habría dejado engañar. Pero para poderlo sujetar bajo el dominio del papado, y para acrecentar el poderío y los tesoros de los ambiciosos jefes de la iglesia, se le había rehusado la Biblia.¹⁰

Cuando entraba Tetzel en una ciudad, iba delante de él un mensajero gritando: “La gracia de Dios y la del padre santo están á las puertas de la ciudad.”¹¹ Y el pueblo recibía al blasfemo usurpador como si hubiera sido el mismo Dios que hubiera descendido del cielo. El infame tráfico se introdujo en la iglesia, y Tetzel ponderaba las indulgencias desde el púlpito como si hubiesen sido el más precioso don de Dios. Declaraba que en virtud de los certificados de perdón que obraban en su poder, quedábanle perdonados al que comprara las indulgencias aun aquellos pecados que desease cometer después, y que “ni aun el arrepentimiento era necesario.”¹² Y más todavía, aseguraba á sus oyentes que las indulgencias tenían poder para salvar no sólo á los vivos sino también á los muertos, y que en el instante en que las monedas resonaran al caer en el fondo de su alcancía, el alma por la cual se hacía el pago, escaparía del purgatorio y emprendería camino hacia el cielo.¹³

Cuando Simón el Mago intentó comprar á los apóstoles el poder de hacer milagros, Pedro le respondió: “¡Perezca contigo tu dinero; por cuanto has creído que con dinero se al-

¹⁰ Véase Gieseler, “*Ecclesiastical History*,” Período IV, sec. 1, párr. 5.

¹¹ D’Aubigné, I. 3, cap. 1.

¹² Véase Hagenbach, “*History of the Reformation*,” Vol. I, p. 96.

canza el don de Dios!"¹³ Pero las ofertas de Tetzal eran acogidas por millares de ansiosos creyentes. El oro y la plata llenaban sus arcas. Una salvación que podía comprarse con dinero era de más fácil consecución que la que requería arrepentimiento, fe y un diligente esfuerzo para resistir y vencer el mal.¹⁴

La doctrina de las indulgencias había encontrado opositores entre hombres instruídos y piadosos del seno mismo de la iglesia de Roma, y había muchos que no tenían fe en tales pretensiones tan contrarias á la razón y á la Biblia. Ningún prelado se atrevía á levantar la voz para condenar el inicuo tráfico, pero los hombres empezaban á turbarse y á sentirse incomodados, y había muchos que con ansia deseaban saber si Dios no obraría por medio de alguno de sus siervos para purificar su iglesia.

Lutero, aunque seguía siendo papista de los más estrictos, estaba horrorizado por las blasfemas pretensiones de los traficantes en indulgencias. Muchos de su misma iglesia habían comprado certificados de perdón y no tardaron en venir á ver á su pastor para confesar sus pecados esperando de él la absolución, no porque fueran penitentes ni que desearan cambiar de vida, sino apelando al mérito de las indulgencias. Lutero les negó la absolución y les advirtió que como no se arrepintiesen y no reformasen su vida morirían en sus pecados. Llenos de perplejidad acudieron á Tetzal con la queja de que su confesor no aceptaba los certificados; y hubo algunos que con toda energía le pedían que les devolviese su dinero. El fraile se llenó de ira. Lanzó las más terribles maldiciones, hizo encender hogueras en las plazas públicas, y declaró que "había recibido del papa la orden de quemar á los herejes que osaren levantarse contra sus santísimas indulgencias."¹⁵

Lutero se entregó entonces resueltamente á su obra como campeón de la verdad. Su voz resonaba desde el púlpito en solemne exhortación. Expuso ante el pueblo el carácter ofensivo del pecado y enseñóle que le es imposible al hombre

¹³ Hechos 8:20. ¹⁴ Véase el Apéndice. ¹⁵ D'Aubigné, l. 3, cap. 4.

disminuir en nada su culpabilidad, ó evitar el castigo, valiéndose de sus propias obras. Sólo el arrepentimiento ante Dios y la fe en Cristo podían salvar al pecador. La gracia de Cristo no podía comprarse; era un don gratuito. Aconsejaba á sus oyentes que no comprasen indulgencias, sino que tuviesen fe en el Redentor crucificado. Refería su dolorosa experiencia personal, diciéndoles que en vano había intentado por medio de la humillación y de las mortificaciones del cuerpo asegurar su salvación, y afirmaba á sus oyentes que desde que había dejado de mirarse á sí mismo y había confiado en Cristo, había alcanzado paz y gozo para su corazón.

Viendo que Tetzel seguía con su tráfico y con sus impías pretensiones, determinó Lutero hacer una protesta más enérgica contra semejantes abusos. Pronto ofreciósele excelente oportunidad. La iglesia del castillo de Wittenberg era dueña de muchas reliquias que se exhibían al pueblo en ciertos días festivos, siendo concedida plena remisión de pecados á los que en dichos días visitasen la iglesia é hiciesen confesión de sus culpas. De acuerdo con esto, el pueblo acudía en masa á aquel lugar. Una de tales oportunidades, y de las más importantes por cierto, se acercaba,— la fiesta de “*todos los santos.*” En la víspera, Lutero, congregadas las muchedumbres que estaban listas para hacer su visita á la iglesia, fijó en las puertas del templo un papel que contenía noventa y cinco proposiciones contra la doctrina de las indulgencias. Declaraba, además que estaba listo para defender aquellas tesis al día siguiente en la universidad, contra cualquiera que quisiera rebatirlas.

Estas proposiciones atrajeron la atención general. Fueron leídas y vueltas á leer y se repetían por todas partes. Fué muy intensa la excitación que produjeron en la universidad y en todo el pueblo. Por esas tesis quedaba demostrado que el poder de perdonar los pecados y de remitir el castigo consiguiente jamás le había sido concedido al papa ni á hombre alguno. Todo ello no era sino grosera farsa — un artificio para ganar dinero, explotando las supersticiones del pueblo — un invento de Satanás para destruir las almas de



Copyrighted

PROTESTA DE LUTERO CONTRA LAS INDULGENCIAS

"Las tesis de Lutero desafiaban á discutir;
pero nadie osó aceptar el reto."

todos los que confiasen en tan necias pretensiones. Se probaba además con toda evidencia que el evangelio de Cristo es el tesoro más valioso de la iglesia, y que la gracia de Dios, revelada en él, les es concedida de balde á los que la buscan por medio del arrepentimiento y de la fe.

Las tesis de Lutero desafiaban á discutir; pero nadie osó aceptar el reto. Los argumentos que él propuso se esparcieron luego por toda Alemania y en pocas semanas se extendieron por todos los dominios de la cristiandad. Muchos devotos romanistas de los que se habían lamentado por las terribles iniquidades que prevalecían en la iglesia, pero que no sabían qué hacer para detener su desarrollo, leyeron las proposiciones de Lutero con profundo regocijo, reconociendo en ellas la voz de Dios. Sintieron que el Señor extendía su mano misericordiosa para detener el rápido avance de la marejada de corrupción que procedía de la sede de Roma. Los príncipes y los magistrados se alegraron secretamente de que iba á ponerse un dique al arrogante poder que negaba el derecho de apelar de sus decisiones.

Pero las multitudes supersticiosas y dadas al pecado se aterrorizaron cuando vieron desvanecerse las sofisterías que amortiguaban sus temores. Los astutos eclesiásticos al ser detenidos en su obra que sancionaba el crimen, y viendo que peligraban sus ganancias, se airaron y se unieron para sostener sus pretensiones. El reformador tenía que hacer frente á implacables acusadores. Algunos de éstos lo culpaban de ser violento y ligero para apreciar las cosas. Otros le acusaban de presuntuoso, declarando que él no era guiado por Dios, sino que obraba á impulso del orgullo y de la audacia. “¿Quién no sabe,” respondía él, “que rara vez se proclama una idea nueva sin ser tildado de orgulloso, y sin ser acusado de buscar disputas? . . . ¿Por qué fueron inmolados Jesu-Cristo y todos los mártires? Porque parecieron orgullosos, menospreciadores de la sabiduría mundana, y porque anunciaron otra nueva, sin haber consultado previa y humildemente á los órganos de la opinión contraria.”

Y añadía: "No debo consultar la prudencia humana, sino el consejo de Dios. Si la obra es de Dios, ¿quién la contendrá? Si no lo es ¿quién la adelantará? ¿Ni mi voluntad, ni la de ellos, ni la nuestra, sino la tuya, ¡oh Padre santo, que estás en el cielo!"³⁰

A pesar de ser movido Lutero por el Espíritu de Dios para comenzar la obra, no había de llevarla á cabo, sino á costa de duros conflictos. Las censuras de sus enemigos, la disposición de éstos para torcer el significado de las palabras y de los propósitos de Lutero, y la mala fe con que juzgaban desfavorable é injustamente el carácter y los móviles del reformador, se le vinieron encima como ola que todo lo sumerge; y no de balde. Lutero había abrigado la confianza de que los caudillos del pueblo, tanto en la iglesia como en las escuelas se unirían con él de buen grado para colaborar en la obra de la reforma. Varias palabras de estímulo que le habían sido dirigidas por algunos personajes de elevada categoría le llenaron de gozo y de esperanza. Ya veía despuntar el alba de un día mejor para la iglesia; pero el estímulo se tornó en censura y en condenación. Muchos dignatarios de la iglesia y del estado estaban plenamente convencidos de la verdad de las tesis; pero pronto vieron que la aceptación de estas verdades envolvía grandes trastornos. Dar luz al pueblo y realizar una reforma equivalía á minar la autoridad de Roma y detener en el acto miles de corrientes que ahora iban á parar á las arcas del tesoro, lo que daría por resultado hacer disminuir la magnificencia y el fausto de los eclesiásticos. Además, enseñar al pueblo á pensar y á obrar como seres responsables, mirando sólo á Cristo para obtener la salvación, equivalía á derribar el trono pontificio y destruir por ende la autoridad de ellos. Por estos motivos rehusaron aceptar el conocimiento que Dios había puesto á su alcance y se opusieron á Cristo y á la verdad, toda vez que se oponían al hombre que él había enviado para que les iluminase.

Lutero temblaba cuando se veía á sí mismo solo frente á los más opulentos y poderosos de la tierra. Dudaba á veces, preguntándose si en verdad Dios le impulsaba á levantarse

³⁰ D'Aubigné, l. 3, cap. 6.

y sacudir la autoridad de la iglesia. “¿Quién soy yo,” escribía, “para oponerme á la majestad del papa, á cuya presencia temblaban . . . los reyes de la tierra? . . . Nadie puede saber lo que sufrió mi corazón en los dos primeros años, y en qué abatimiento, en qué desesperación caí muchas veces.”” Pero no fué dejado solo en brazos del desaliento. Cuando más le faltaba la ayuda de los hombres, acudía á Dios solo, aprendiendo de este modo á confiar sin reserva alguna todas las cosas en su brazo todopoderoso.

Á un amigo de la Reforma le escribió Lutero las siguientes palabras: “No se puede llegar á comprender las Escrituras, ni con el estudio, ni con la inteligencia; vuestro primer deber es pues empezar por la oración: pedid al Señor que se digne, por su gran misericordia, concederos el verdadero conocimiento de su Palabra: no hay otro intérprete de la Palabra de Dios, que el mismo Autor de esta Palabra, según lo que ha dicho: ‘Todos serán enseñados de Dios;’ nada esperéis de vuestros estudios ni de vuestra inteligencia; confíaos únicamente en Dios y en la influencia de su Espíritu: creed á un hombre que ha hecho experiencia de ello.””²⁸ Aquí tienen una lección de vital importancia los que sienten que Dios les ha llamado para presentar á otros en estos tiempos las verdades grandiosas de su Palabra. Estas verdades aniquilarán el poder del diablo y de los hombres que tienen en mucha estimación las fábulas inventadas por él. En la lucha contra las potencias del mal hay que contar con algo más que con nuestro propio intelecto y la sabiduría de los hombres.

Mientras que los enemigos apelaban á las costumbres y á la tradición, ó á los testimonios y á la autoridad del papa, Lutero les atacaba con la Biblia y sólo con la Biblia. En ella había argumentos que ellos no podían rebatir; en consecuencia, los esclavos del formalismo y de la superstición pedían á gritos la sangre de Lutero, de la misma manera que los judíos pidieran la sangre de Cristo. “Es un hereje,” decían los fanáticos romanistas. “¿Es un crimen de alta traición contra la iglesia, dejar vivir, una hora más, tan horrible hereje: que preparen al punto un cadalso para él!””²⁹ Pero

²⁸ D'Aubigné, l. 3, cap. 6. ²⁹ *Idem*, l. 3, cap. 7. ³⁰ *Idem*, l. 3, cap. 9.

no cayó Lutero víctima del furor de ellos. Dios le tenía reservada una tarea; mandó pues á los ángeles del cielo para que lo protegiesen. Muchos, sin embargo, que recibieron de él la preciosa luz, se hicieron blanco de la ira del demonio, y por causa de la verdad sufrieron valientemente el tormento y la muerte.

Las enseñanzas de Lutero despertaron por toda Alemania la atención de los hombres pensadores. Sus sermones y demás escritos arrojaban rayos de luz que alumbraban y despertaban á miles y miles de personas. La fe viva fué ocupando el lugar del formalismo muerto en que había estado viviendo la iglesia por tanto tiempo. El pueblo iba perdiendo cada día la confianza que había depositado en las supersticiones de Roma. Las vallas levantadas por las preocupaciones fueron desapareciendo poco á poco. La Palabra de Dios, por medio de la cual probaba Lutero cada doctrina y cada aserto, era como una espada de dos filos que penetraba en los corazones del pueblo. En todas partes se notaba un gran deseo de adelanto espiritual. En todas partes había tanta hambre y sed de justicia, como no se habían visto jamás en todos los siglos. Los ojos del pueblo acostumbrados por tanto tiempo á mirar los ritos humanos y á los medianeros terrenales, se apartaban de éstos y se fijaban, con arrepentimiento y fe, en Cristo y Cristo crucificado.

Este interés general contribuyó á despertar más los recelos de las autoridades papales. Lutero fué citado á Roma para que contestara el cargo de herejía que pesaba sobre él. Este mandato llenó de espanto á sus amigos. Ellos sabían bien el riesgo que correría en aquella ciudad corrompida y embriagada con la sangre de los mártires de Jesús. De modo que protestaron contra su viaje á Roma y pidieron que fuese examinado en Alemania.

Así se convino al fin y se eligió al delegado papal que debería entender en el asunto. En las instrucciones que á éste le fueron comunicadas por el pontífice, se hacía constar que Lutero había sido declarado ya hereje. El legado llevaba pues por encargo el procesarle y constreñirle "sin tardanza."

En caso de que persistiera firme, y que el legado fracasara en el intento de apoderarse de su persona, tenía poder de “proscribirle de todos los puntos de Alemania, de desterrar, maldecir, y excomulgar á todos sus adherentes.”²⁰ Además, para arrancar de raíz la pestilente herejía, el papa dió órdenes á su legado de que excomulgara á todos los que se descuidaran de prender á Lutero y á sus correligionarios y de entregarlos á la venganza de Roma, cualquiera que fuera su categoría en la iglesia ó en el estado, con excepción del emperador.

Aquí es donde se ve desplegarse el verdadero espíritu del papado. Ni un sólo rasgo de principio cristiano, nada de la justicia más elemental en el proceder de Roma. Lutero se hallaba á gran distancia de Roma; no había tenido oportunidad para dar explicaciones de ninguna clase, ni para defender sus opiniones; y no obstante, antes de que su caso fuese investigado, se le declaró sumariamente como hereje, y en el mismo día fué exhortado, acusado, juzgado y sentenciado; ¡y todo esto por el que se llama á sí mismo padre santo, única autoridad suprema é infalible de la iglesia y del estado!

En aquel momento, cuando Lutero necesitaba tanto la simpatía y el consejo de un amigo verdadero, Dios en su providencia mandó á Melanchton á Wittenberg. Joven aún, modesto y reservado, tenía Melanchton un sano criterio, extensos conocimientos y elocuencia persuasiva, rasgos todos que combinados con la pureza y rectitud de su carácter le grangearon general cariño y admiración. Su brillante talento no era más notable que su mansedumbre. Muy pronto vino á ser sincero discípulo del evangelio á la vez que el amigo de más confianza de Lutero y su más valioso cooperador; su dulzura, su discreción y su formalidad servían de contrapeso al valor y á la energía de Lutero. La unión de estos dos hombres en la obra vigorizó la Reforma y estimuló mucho á Lutero.

Augsburgo era el punto señalado para la verificación del juicio, y allá se dirigió á pie el reformador. Sus amigos sintieron despertarse en sus ánimos serios temores por él. Se

²⁰ D'Aubigné, l. 4, cap. 2.

habían proferido amenazas sin embozo de que lo secuestrarían y lo matarían en el camino, y sus amigos le rogaban que no arriesgara el peligro. Hasta llegaron á aconsejarle que saliera de Wittenberg por una temporada y que se refugiara en casa de alguno de tantos que se alegrarían en protegerle. Pero él no quería dejar por nada el lugar en donde Dios mismo lo había puesto. Debía seguir fielmente sosteniendo la verdad á pesar de las tempestades que se cernían sobre él. Sus palabras eran estas: "Yo soy como Jeremías, el hombre de las disputas y de las discordias; pero cuanto más aumentan sus amenazas, más acrecientan mi alegría. . . . Han destrozado ya mi honor y mi reputación: una sola cosa me queda, y es mi miserable cuerpo; que lo tomen; abreviarán así mi vida de algunas horas: en cuanto á mi alma ellos no me la tomarán. El que quiere propagar la Palabra de Cristo en el mundo, debe esperar la muerte á cada instante."²¹

Las noticias de la llegada de Lutero á Augsburgo dieron gran satisfacción al legado del papa. El enojoso hereje que había despertado la atención del mundo entero parecía hallarse ya en poder de Roma, y el legado estaba determinado á no dejarlo escapar. El reformador no se había cuidado de obtener un salvoconducto. Sus amigos le instaron á que no se presentase sin él y ellos mismos se prestaron á recabarlo del emperador. El legado quería obligar á Lutero á retractarse, ó si no lo lograba, á hacer que lo llevaran á Roma para que participara de la suerte que habían corrido Hus y Jerónimo. Así pues, por medio de sus agentes se esforzó en inducir á Lutero á que compareciese sin salvoconducto, confiando sólo en el arbitrio del legado. El reformador se negó á ello resueltamente. No fué sino después de recibido el documento que le garantizaba la protección del emperador, cuando se presentó ante el embajador papal.

Pensaron los romanistas ser buena diplomacia ganarse la voluntad de Lutero por medio de una apariencia de bondad. El legado, en sus entrevistas con él, fingió gran amistad, pero le exigía que se sometiera implícitamente á la autoridad de

²¹ D'Aubigné, l. 4, cap. 4.

la iglesia y que cediera á todo sin reserva alguna y sin alegar. En realidad no había sabido aquilatar el valor del carácter del hombre con quien tenía que habérselas. Lutero, en debida respuesta, manifestó su veneración por la iglesia, su deseo de conocer la verdad, su disposición para contestar las objeciones que se hicieron á lo que él había enseñado, y que sometería sus doctrinas al fallo de ciertas universidades de las principales. Pero, á la vez, protestaba contra la actitud del cardenal que le exigía se retractara sin probarle primero que se hallaba en error.

La única respuesta que se le daba era: “¡Retráctate! ¡retráctate!” El reformador adujo que su actitud era apoyada por las Santas Escrituras, y declaró con entereza que él no podía renunciar á la verdad. El legado, no pudiendo refutar los argumentos de Lutero, le abrumó con un cúmulo de censuras, burlas y embustes, intercalando citas de las tradiciones y dichos de los padres de la iglesia, sin dejar al reformador oportunidad para hablar. Viendo Lutero que la conferencia, de haber seguido así, hubiera resultado sin ningún provecho, obtuvo al fin que se le diera, si bien de mala gana, permiso para presentar su respuesta por escrito.

“De esta manera,” decía él, escribiendo á un amigo suyo, “la persona abrumada alcanza doble ganancia: primero, que lo escrito podía someterse al juicio de terceros; y segundo, que había más oportunidad para apelar al temor, ya que no á la conciencia, de un déspota arrogante y charlatán que de otro modo se sobrepondría con su imperioso lenguaje.”²²

En la subsiguiente entrevista, Lutero presentó una clara, concisa y rotunda exposición de sus opiniones, bien apoyada con muchas citas bíblicas. Este escrito, después de haber sido leído en alta voz, lo puso en manos del cardenal, quien lo arrojó desdeñosamente á un lado, declarando que era una mezcla de palabras tontas y de desatinadas citas. Lutero se levantó con toda dignidad y atacó al orgulloso prelado en su mismo terreno — el de las tradiciones y enseñanzas de la iglesia — refutando completamente todas sus aseveraciones.

Cuando vió el prelado que aquellos razonamientos de

²² Martyn, “The Life and Times of Luther,” pp. 271, 272.

Lutero eran incontrovertibles, perdió el dominio sobre sí mismo y en un arrebato de ira exclamó: “¡Retracta! y si no lo haces, te envío á Roma, para que comparezcas ante los jueces encargados de examinar tu caso. Te excomulgo á ti, á todos tus secuaces, y á todos los que te son ó fueren favorables, y los expulso de la iglesia.” Y en tono soberbio y airado dijo al fin: “Retrátate ó no vuelvas.”²²

El reformador se retiró luego junto con sus amigos, demostrando así á las claras que no debería esperarse de él ninguna retractación. Pero esto no era lo que el cardenal se había propuesto. Ya había acariciado la idea de que por la violencia obligaría á Lutero á someterse. Entonces, dejado solo con sus partidarios, miró de uno á otro lleno de despecho ante el inesperado fracaso de sus planes.

Esta vez los esfuerzos de Lutero no quedaron sin buenos resultados. El vasto concurso reunido allí tuvo oportunidad para comparar á ambos hombres, y para juzgar por sí mismo el espíritu que habían manifestado, así como la fuerza y veracidad de sus pretensiones. ¡Cuán grande era el contraste! El reformador, sencillo, humilde, firme, se apoyaba en la fuerza de Dios, teniendo de su parte á la verdad; el representante del papa, dándose importancia, imponiéndose, hinchado de orgullo, falto de juicio, no tenía un solo argumento de las Santas Escrituras, y sólo gritaba con impaciencia: “Si no te retractas, serás despachado á Roma para que te castiguen.”

No obstante de tener Lutero un salvoconducto, los romanistas intentaban aprehenderlo y hacerlo preso. Sus amigos le hicieron ver que como ya era inútil su presencia allí por más tiempo, debía volver á Wittenberg sin demora y que era menester ocultar sus propósitos con el mayor sigilo. Conforme con esto salió de Augsburgo antes del alba, á caballo, y acompañado solamente por un guía que le proporcionara el magistrado. Con mucho cuidado cruzó las desiertas y óscuras calles de la ciudad. Los enemigos, siempre alerta y crueles, complotaban su muerte. ¡Lograría burlar las redes que le tendían? Momentos de ansiedad y

²² D'Aubigné, l. 4, cap. 8.

de solemne oración eran aquéllos. Llegó á una pequeña puerta, practicada en el muro de la ciudad; le fué abierta y pasó con su guía sin impedimento alguno. Viéndose ya seguros fuera de la ciudad, los fugitivos apresuraron su huida y antes que el legado se enterara de la partida de Lutero, ya se hallaba éste fuera del alcance de sus perseguidores. Satanás y sus emisarios salieron corridos. El hombre á quien pensaban tener en su poder se había ido, escapado como un pájaro de la red del cazador.

Al saber que Lutero se había ido, el legado quedó anonadado por la sorpresa y el furor. Ya había pensado recibir grandes honores por su sabiduría y aplomo al tratar con el perturbador de la iglesia, y ahora quedaban fallidas sus esperanzas. Entonces no ocultó su enojo en una carta que dirigió á Federico, elector de Sajonia, quejándose amargamente de Lutero, y exigiendo que Federico enviase á Roma al reformador ó que lo desterrase de Sajonia.

En su defensa había exigido Lutero que el delegado ó el papa le demostrara sus errores por las Santas Escrituras, y ofrecía del modo más formal renunciar á sus doctrinas, si le probaban que estaban en contradicción con la Palabra de Dios. También expresaba su gratitud al Señor por haberle tenido por digno de sufrir por tan sagrada causa.

El elector tenía escasos conocimientos de las doctrinas reformadas, pero le impresionaron profundamente el candor, la fuerza y la claridad de las palabras de Lutero; y, mientras no le demostrasen que el reformador estaba en error, Federico mismo se ofreció á ser su protector. Contestando las peticiones del prelado, dijo: “ ‘Supuesto que el doctor Martín Lutero ha comparecido á vuestra presencia en Augsburgo, debéis estar satisfecho. No esperábamos que, sin haberlo convencido, pretendieseis obligarlo á retractarse. Ninguno de los sabios que se hallan en nuestros principados, nos ha dicho que la doctrina de Martín fuese impía, anticristiana y herética.’ El príncipe rehusa, en seguida, enviar á Lutero á Roma y arrojarle de sus estados.”²²

El elector notaba un decaimiento general en el estado

²² D'Aubigné, l. 4, cap. 10.

moral de la sociedad. Se necesitaba una grande obra de reforma. Las disposiciones tan complicadas y costosas requeridas para refrenar y castigar el crimen, estarían de más si los hombres reconocieran y acataran los mandatos de Dios y los dictados de una conciencia iluminada. Vió que los trabajos de Lutero tendían á este fin y se regocijó secretamente de que una influencia mejor se hiciese sentir en la iglesia.

Vió asimismo que Lutero como profesor de la universidad tenía éxito notable. Sólo había transcurrido un año desde que el reformador fijara sus tesis en la iglesia del castillo, y ya se notaba una disminución muy grande en el número de peregrinos que concurrían allí en la fiesta de todos los santos. Roma estaba perdiendo adoradores y ofrendas; pero al mismo tiempo había otros que se encaminaban á Wittenberg — no como peregrinos que iban á adorar reliquias, sino como estudiantes que invadían las escuelas para instruirse. Los escritos de Lutero habían despertado en todas partes nuevo interés por el conocimiento de las Sagradas Escrituras, y no sólo de todas partes de Alemania sino que hasta de otros países acudían estudiantes á las aulas de la universidad. Los jóvenes, al ver á Wittenberg por vez primera, “levantaban . . . sus manos al cielo, y alababan á Dios, porque hacía brillar en aquella ciudad, como en otro tiempo en Sión, la luz de la verdad, y la enviaba hasta á los países más remotos.”²⁸

Lutero no estaba aún convertido del todo de los errores del romanismo. Pero cuando comparaba los Sagrados Oráculos con los decretos y las constituciones papales, quedó maravillado. “Leo,” escribió, “los decretos de los pontífices, y . . . yo ignoro si el papa es el mismo Anticristo ó su apóstol, de tal manera está Cristo desfigurado y crucificado en ellos.”²⁹ Á pesar de esto, Lutero seguía siendo un sostenedor de la iglesia romana y aún no había pensado en separarse jamás de la comunión de ella.

Los escritos del reformador y sus doctrinas se estaban extendiendo por todas las naciones de la cristiandad. La obra penetró en Suiza y Holanda. Algunos ejemplares de sus escritos fueron á Francia y España. En Inglaterra fueron

²⁸ D'Aubigné, l. 4, cap. 10.

²⁹ *Idem*, l. 5, cap. 1.

recibidas sus enseñanzas como la palabra de vida. La verdad se dió á conocer también en Bélgica é Italia. Millares de creyentes despertaban de su mortal letargo y recibían el gozo y la esperanza de una vida de fe.

Roma se exasperaba más y más con los ataques de Lutero, y hubo algunos de entre los más encarnizados enemigos de éste y aun de entre los doctores de las universidades católicas, que declararon que no se imputaría pecado alguno al que matase al rebelde monje. Cierta día, un desconocido se acercó al reformador con una pistola escondida debajo de su manto y le preguntó por qué se hallaba tan solo. “Estoy en manos de Dios,” contestó Lutero; “él es mi fuerza y mi amparo. ¿Qué puede hacerme el hombre mortal?”²⁷ Al oír estas palabras el hombre se demudó y huyó como si se hubiera hallado en presencia de los ángeles del cielo.

Roma estaba resuelta á aniquilar á Lutero, pero Dios era su defensa. Sus doctrinas se oían por doquier —“en las cabañas, en los conventos, . . . en los palacios de los nobles, en las academias, y en la corte de los reyes;” y aun hubo hidalgos que se levantaron por todas partes para sostener los esfuerzos del reformador.²⁸

Por aquel tiempo fué cuando Lutero, al leer las obras de Hus, halló la gran verdad de la justificación por la fe, que él mismo enseñaba y sostenía, y que había sido expuesta por el reformador bohemio. “¡Todos hemos sido husitas,” dijo Lutero, “aunque sin saberlo; Pablo, Agustín y yo mismo!” Y añadía: “¡Dios pedirá cuentas al mundo, porque la verdad fué predicada hace ya un siglo, y la quemaron!”²⁹

En un llamamiento que dirigió Lutero al emperador y á la nobleza de Alemania en pro de la reforma del cristianismo, decía refiriéndose al papa: “Es una cosa horrible contemplar al que se titula vicario de Jesu-Cristo, con una magnificencia superior á la de los emperadores. ¿Es esto parecerse al pobre Jesús ó al humilde San Pedro? ¡Él es, dicen, el Señor del mundo! Mas Cristo, del cual se jacta ser el vicario, dijo: ‘Mi reino no es de este mundo.’ El reino de un vicario ¿se extendería más allá que el de su Señor?”³⁰

²⁷ D'Aubigné, l. 6, cap. 2.

²⁸ Wylie, l. 6, cap. 1.

²⁹ D'Aubigné, l. 6, cap. 3.

Hablando de las universidades, decía: “Temo mucho que las universidades sean unas anchas puertas del infierno, si no se aplican cuidadosamente á explicar la Escritura Santa y grabarla en el corazón de la juventud. Yo no aconsejaré á nadie que coloque á su hijo donde no reina la Escritura Santa. Todo instituto en el que no se ocupan de la palabra de Dios, debe corromperse infaliblemente.”⁸⁰

Este llamamiento circuló con rapidez por toda Alemania influyendo poderosamente en el ánimo del pueblo. La nación entera se sentía conmovida y las gentes se apresuraban á alistarse bajo el estandarte de la Reforma. Los opositores de Lutero que se consumían en deseos de venganza, exigían que el papa tomara medidas decisivas contra él. Se decretó que sus doctrinas fueran condenadas inmediatamente. Se le concedió un plazo de sesenta días al reformador y á sus correligionarios, al cabo de los cuales, si no se retractaban, serían todos excomulgados.

Fué este un tiempo de crisis terrible para la Reforma. Por siglos y siglos la sentencia de excomunión pronunciada por Roma había sumido en el terror á los monarcas más poderosos, y había llenado los más soberbios imperios con desgracias y desolaciones. Aquellos sobre quienes caía la condenación eran mirados con espanto y horror; se les guardaba incomunicados con todo el mundo y se les trataba como á bandidos á quienes se debía perseguir hasta exterminarlos. Lutero no ignoraba la tempestad que estaba á punto de desencadenarse sobre él; pero se mantuvo firme, confiando en que Cristo era su escudo y fortaleza. Con la fe y el valor de un mártir, escribía: “¿Qué va á suceder? Yo lo ignoro, sin embargo no me empeño en saberlo. . . . Sea donde sea que estalle el rayo, permanezco sin temor; ni una hoja del árbol cae sin el beneplácito de nuestro Padre celestial; ¡cuánto menos nosotros! Es poca cosa morir por el Verbo, pues que este Verbo se hizo carne y murió por nosotros; con él resucitaremos, si con él morimos; y pasando por donde pasó, llegaremos á donde llegó, y moraremos con él durante la eternidad.”⁸¹

Quando tuvo conocimiento de la bula papal, dijo: “Yo

⁸⁰ D'Aubigné, l. 6, cap. 3.

⁸¹ *Idem*, l. 6, cap. 9.

la menosprecio y la ataco como impía, mentirosa. . . . El mismo Cristo es quien está condenado en ella. . . . Me regocijo de tener que sobrellevar algunos males por la más justa de las causas. Me siento ya más libre en mi corazón; pues sé finalmente que el papa es el Anticristo, y que su silla es la del mismo Satanás.”²²

Sin embargo el decreto de Roma no quedó sin efecto. La cárcel, el tormento y la espada fueron armas poderosas para imponer la obediencia. Los débiles y los supersticiosos temblaron ante el decreto del papa, y si bien había simpatías generales hacia Lutero, muchos consideraron que la vida era demasiado cara para arriesgarla en la causa de la Reforma. Todo parecía indicar que la obra del reformador iba á terminar.

Pero nada temía Lutero. Roma había lanzado sus anatemas contra él, y el mundo pensaba que moriría ó se daría por vencido. Pero con irresistible fuerza echó Lutero sobre la iglesia la sentencia de condenación, y declaró públicamente que había determinado separarse de aquélla para siempre. En presencia de gran número de estudiantes, doctores y personas de todas las clases de la sociedad, quemó Lutero la bula del papa con las leyes canónicas, las decretales y otros escritos que abogaban por el poder papal. “Mis enemigos,” dijo él, “al quemar mis libros, han podido causar mengua á la verdad en el ánimo de la plebe y echar á perder algunas almas; por esto yo también he destruído sus libros á mi vez. Se ha principiado una lucha reñida; hasta aquí yo no he hecho sino chancear con el papa; principié esta obra en nombre de Dios, y ella se acabará sin mí y por su poder.”²³

A las censuras de sus enemigos que se burlaban de él alegando la debilidad de su causa, contestaba Lutero: “¿Quién puede decir, que no sea Dios el que me ha elegido y llamado; y que ellos no tengan razón de temer, menospreciándome, menospreciar al mismo Dios? Moisés iba solo á la salida de Egipto; Elías estaba solo, en los días del rey Acab; Isaías solo en Jerusalén; Ezequiel solo en Babilonia. Dios no ha escogido jamás por profeta, ni al sumo sacerdote, ni á otro personaje distinguido, sino que ha escogido generalmente

²² D'Aubigné, l. 6, cap. 9.

²³ *Idem*, l. 6, cap. 10.

á hombres humildes y menospreciados, y en cierta ocasión á un pastor, Amós. En todo tiempo los santos han debido reprender á los grandes, á los reyes, á los príncipes, á los sacerdotes y á los sabios, con peligro de sus vidas. . . . Yo no digo que soy un profeta, pero digo que deben temer precisamente porque yo soy solo, y porque ellos son muchos. De lo que yo estoy cierto es de que la palabra de Dios está en mí y no en ellos.”²⁴

No fué sino después de haber sostenido una terrible lucha en su propio corazón, cuando se decidió finalmente Lutero á separarse de la iglesia. En aquella época de su vida, escribió lo siguiente: “Cada día comprendo más y más lo difícil que es para uno desprenderse de los escrúpulos que le fueron imbuídos en la niñez. ¡Oh! ¡cuánto no me ha costado, á pesar de que me sostiene la Santa Escritura, convencerme de que es mi obligación encararme yo solo con el papa y presentarlo como el Anticristo! ¡Cuántas no han sido las tribulaciones de mi corazón! ¡Cuántas veces no me he hecho á mí mismo con amargura la misma pregunta que he oído frecuentemente de labios de los papistas! ‘¿Tú sólo eres sabio? ¿Todos los demás están errados? ¿Qué sucederá si al fin de todo eres tú el que estás en error y envuelves en el engaño á tantas almas que serán condenadas por toda la eternidad?’ Así luché yo contra mí mismo y contra Satanás, hasta que Cristo, por su palabra infalible fortaleció mi corazón contra estas dudas.”²⁵

El papa había amenazado á Lutero con la excomunión en caso de que no se retractara, y la amenaza se había cumplido ya. Una nueva bula fué expedida en la que se publicaba la decisiva separación de Lutero de la iglesia romana, y en la que se le señalaba como á un hombre maldecido por el cielo, incluyendo en la misma condenación á todos los que recibiesen sus doctrinas. La gran lucha estaba ya empeñada y se hallaba en toda su fuerza.

La oposición es la suerte de todos aquellos á quienes emplea Dios para que prediquen verdades aplicables especialmente á su época. Había una verdad presente ó de actualidad

²⁴ D'Aubigné, l. 6, cap. 10.

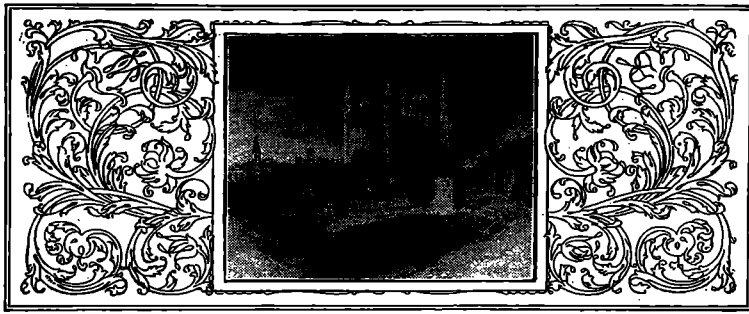
²⁵ Martyn, “Life and Times of Luther,” pp. 372, 373.

en los días de Lutero — una verdad que en aquel tiempo revestía especial importancia; y así hay ahora una verdad de actualidad para la iglesia en nuestros días. El Señor que hace todas las cosas de acuerdo con su voluntad, ha querido colocar á sus siervos en diversas condiciones, dándoles deberes particulares, propios del tiempo en que viven y según las circunstancias de que estén rodeados. Si ellos tuviesen en mucho la luz que les ha sido dada, ante ellos se abriría una más amplia percepción de la verdad. Pero la verdad no es más deseada hoy día por la mayoría que lo que era por los papistas enemigos de Lutero. Existe hoy la misma disposición para aceptar más bien las teorías y tradiciones de los hombres que las palabras de Dios, como existía en los tiempos de antaño. Y los que esparcen hoy este conocimiento de la verdad no deben esperar encontrar más aceptación que la que tuvieron los primeros reformadores. El gran conflicto entre la verdad y la mentira, entre Cristo y Satanás, irá aumentando en intensidad á medida que se acerque el fin de la historia de este mundo.

Jesús había dicho á sus discípulos: “Si fueseis del mundo, el mundo os amaría como á cosa suya: mas por cuanto no sois del mundo sino que yo os he escogido del mundo, por esto os odia el mundo. Acordaos de aquella palabra que os dije: El siervo no es mayor que su señor. Si me han perseguido á mí, á vosotros también os perseguirán; si han guardado mi palabra, guardarán también la vuestra.”²⁶ Y en otra ocasión había dicho abiertamente: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablaren bien de vosotros! pues que del mismo modo hacían los padres de ellos con los falsos profetas.”²⁷ En nuestros días el espíritu del mundo no está más en armonía con el espíritu de Cristo que lo que estaba en tiempos antiguos; y aquellos que predicán la Palabra de Dios en toda su pureza no encontrarán mejor acogida ahora que entonces. Las formas de oposición á la verdad pueden cambiar, la enemistad puede ser menos aparente en sus ataques porque es más sutil; pero existe el mismo antagonismo que seguirá manifestándose hasta el fin de los siglos.

²⁶ S. Juan 15:19, 20.

²⁷ S. Lucas 6:26.



LUTERO ANTE LA DIETA— 8

EL nuevo emperador, Carlos V, había ascendido al trono de Alemania, y los emisarios de Roma se apresuraron á presentarle sus plácemes, y procuraron que el monarca emplease su poder contra la Reforma. Por otra parte, el elector de Sajonia, de quien Carlos estaba profundamente agradecido por deberle su exaltación al trono, le daba instrucciones para que no tomase medida alguna contra Lutero, sin haber hablado antes con él, y haberle oído. De este modo, el emperador se hallaba en embarazosa situación que le dejaba perplejo. Los papistas no se darían por contentos sino con un edicto imperial que sentenciase á muerte á Lutero. El elector había declarado terminantemente “que ni su majestad imperial, ni otro ninguno le había mostrado que los escritos de Lutero hubiesen sido refutados;” y por este motivo, “pedía que el doctor Lutero, provisto de un salvoconducto, pudiese comparecer ante unos jueces sabios, piadosos é imparciales.”¹

La atención general se fijó en la reunión de los estados alemanes convocada en Worms á poco de haber sido elevado Carlos al trono. Había varios importantes asuntos políticos y otros de no escaso interés que tenían que ventilarse en dicha dieta, en que por primera vez los príncipes de Alemania iban á ver á su joven monarca presidir una asamblea deliberativa. De todas partes del imperio acudieron los altos dignatarios de la iglesia del estado. Nobles hidalgos, señores de ele-

¹ D'Aubigné, l. 6, cap. 11.

vada gerarquía, poderosos y celosos de sus derechos hereditarios; representantes del alto clero que ostentaban su categoría y superioridad; palaciegos seguidos de sus guardas armados, y embajadores de tierras extrañas y lejanas — todos se juntaron en Worms. Con todo, el asunto que despertó el mayor interés en aquella vasta asamblea, fué la causa del reformador sajón.

Carlos había encargado ya de antemano al elector que trajese á Lutero ante la dieta, asegurándole protección, y prometiendo disponer una discusión libre con gente competente para debatir los asuntos de disidencia. Lutero por su parte ansiaba comparecer ante el monarca. Su salud por entonces no estaba muy buena; no obstante, escribió al elector: “Si no puedo ir á Worms bueno y sano, me haré llevar enfermo allá. Pues si el emperador me llama, no puedo dudar que sea un llamamiento del mismo Dios. Si quieren usar de la violencia contra mí, lo cual parece probable, (bien seguro que no es para instruirse por lo que me hacen comparecer), lo confío todo en manos del Señor. Aun vive y reina el que conservó ilesos á los mancebos en la hornaza. Si no me quiere salvar, poco vale mi vida. Impidamos solamente que el evangelio sea expuesto al vilipendio de los impíos, y derramemos nuestra sangre por él, para que no triunfen. ¿Será acaso mi vida ó mi muerte la que más contribuirá á la salud de todos? . . . Esperadlo todo de mí, menos la fuga y la retractación. Huir, no puedo; y retractarme, mucho menos.”²

La noticia de que Lutero comparecería ante la dieta, circuló en Worms, despertando general agitación. Alejandro á quien, como legado del papa, se le había confiado el asunto de una manera especial, estaba alarmado y enfurecido. Previó que el resultado sería desastroso para la causa del papado. Hacer investigaciones en un caso sobre el cual el papa había dictado ya sentencia condenatoria, era tanto como discutir la autoridad del soberano pontífice. Además de esto, temía que los elocuentes y poderosos argumentos de este hombre retrajeran á muchos de los príncipes de sus relaciones con el papado. En consecuencia, insistió mucho cerca de Carlos en

² D'Aubigné, I. 7, cap. 1.

que Lutero no compareciese en Worms. Por este mismo tiempo fué publicada la bula de excomunión contra Lutero, lo que, unido á las gestiones del legado, hizo ceder al emperador. Entonces escribió al elector diciéndole que si Lutero no había de retractarse de sus escritos, que se quedara en Wittenberg.

No bastaba este triunfo para Aleandro, el cual siguió intrigando para conseguir también la condenación de Lutero. Con una tenacidad digna de mejor causa, insistía en presentar al reformador á los príncipes, á los prelados y á varios miembros de la dieta, “como sedicioso, rebelde, impío y blasfemo.” Pero la vehemencia y la pasión de que daba pruebas el legado revelaban á las claras el espíritu de que estaba animado. “Es la ira y el deseo de venganza lo que le excita,” decían, “y no el celo y la piedad.”³ La mayoría de los miembros de la dieta estaban más dispuestos que nunca á ver con benevolencia la causa del reformador y á inclinarse en su favor.

Con redoblado celo insistió Aleandro cerca del emperador para que cumpliese con el deber de ejecutar los edictos papales. Esto empero, según las leyes de Alemania, no podía hacerse sin el consentimiento de los príncipes, y Carlos V, no pudiendo resistir á las instancias del nuncio, le concedió que llevara el caso ante la dieta. “Fué éste un día de orgullo para el legado. La asamblea era grande y el negocio era aún mayor. Aleandro iba á alegar en favor de Roma, . . . madre y señora de todas las iglesias.” Iba á defender al primado de San Pedro ante los principados reunidos allí en representación de la cristiandad. “Tenía el don de la elocuencia, y esta vez se elevó á la altura de la situación. Quiso la providencia que ante el tribunal más augusto Roma fuese defendida por el más hábil de sus oradores, antes de ser condenada.”⁴ Los que amparaban la causa de Lutero prevenían de antemano, no sin recelo, el efecto que produciría el discurso del legado. El elector de Sajonia no se hallaba presente, pero por indicación suya habían concurrido algunos de sus canchilleres para tomar nota del discurso de Aleandro.

³ D'Aubigné, l. 7, cap. 1.

⁴ Wylie, l. 6, cap. 4.

Con todo el poder de la instrucción y la elocuencia se propuso Aleandro trastornar la verdad. Arrojó sobre Lutero cargo sobre cargo acusándolo de ser enemigo de la iglesia y del estado, de los vivos y de los muertos, de los clérigos y de los laicos, de los concilios y de los cristianos en particular. “Hay,” dijo, “en los errores de Lutero causa bastante para quemar á cien mil herejes.”

En conclusión se esforzó en hacer que se despreciase á los adherentes de la fe reformada, diciendo: “¿Qué son todos estos luteranos? Un puñado de gramáticos insolentes, de sacerdotes viciados, de frailes desarreglados, abogados ignorantes, nobles degradados y populacho pervertido y seducido. ¡Cuánto más numeroso, más hábil, más poderoso es el partido católico! Un decreto unánime de esta ilustre asamblea iluminará á los sencillos, advertirá á los incautos, decidirá á los que dudan, fortalecerá á los débiles.”⁵

Estas son las armas que en todo tiempo han esgrimido los enemigos de la verdad. Estos son los mismos argumentos que presentan hoy los que sostienen el error, para combatir á los que propagan las enseñanzas de la Palabra de Dios. “¿Quiénes son estos predicadores de nuevas doctrinas?” exclaman los que abogan por la religión popular. “Son indoctos, escasos en número, y los más pobres de la sociedad. Y, con todo, pretenden tener la verdad y ser el pueblo escogido de Dios. Son ignorantes que se han dejado engañar. ¡Cuán superior es en número y en influencia nuestra iglesia! ¡Cuántos hombres grandes é ilustrados hay entre nosotros! ¡Cuánto más grande es el poder que está de nuestra parte!” Estos son los argumentos que más sacan á relucir y que parecen tener influencia en el mundo, pero que no son ahora de más peso que lo eran en los días del gran reformador.

La Reforma no terminó, como muchos lo creen, al concluir la vida de Lutero. Tiene aún que seguir hasta el fin del mundo. Lutero tuvo una gran obra que hacer — la de dar á conocer á otros la luz que Dios hiciera brillar en su corazón; pero él no recibió toda la luz que iba á ser dada al mundo. Desde aquel tiempo hasta hoy día y sin interrupción,

⁵ D'Aubigné, l. 7, cap. 3.

nuevas luces han brillado sobre las Escrituras y nuevas verdades han sido dadas á conocer.

Honda fué la impresión que produjo en la asamblea el discurso del legado. Lutero no estuvo presente para refutar los cargos del campeón papal con las verdades convincentes y sencillas de la Palabra de Dios. Ningún esfuerzo se hizo para defender al reformador. Bien se echó de ver una disposición general no sólo para condenarlo junto con las doctrinas que enseñaba, sino para arrancar de raíz la herejía. Roma había disfrutado de la oportunidad más favorable para defender su causa; todo cuanto hubiera podido decirse en defensa suya había sido dicho. Pero aquella victoria aparente no fué sino la señal de la derrota. Desde aquel día el contraste entre la verdad y el error iba á resaltar más y más, porque la lucha entre ambos quedaba resueltamente empeñada. Nunca desde aquel momento iba á quedar Roma tan segura como antes lo estuviera.

En tanto que la mayoría de los miembros de la dieta no hubieran vacilado en entregar á Lutero á la venganza de Roma, no eran pocos los que echaban de ver con dolor la corrupción que prevalecía en la iglesia, y que deseaban que se concluyera con los abusos que sufría el pueblo alemán á consecuencia de la degradación é inmoralidad del clero. El legado había presentado al gobierno del papa del modo más favorable. Pero entonces el Señor movió á uno de los miembros de la dieta á que hiciese una verdadera exposición de los efectos de la tiranía papal. Con noble firmeza el duque Jorge de Sajonia se levantó ante aquella asamblea de príncipes y expuso con aterradora exactitud los engaños y las abominaciones del papado y sus fatales consecuencias. En conclusión añadió: “He aquí indicados algunos de los abusos de que acusan á Roma. Han echado á un lado la vergüenza, y no se aplican más que á una cosa — ¡al dinero! ¡todavía más dinero! — de modo que los predicadores que debieran enseñar la verdad, no predicán sino la mentira; y no solamente son tolerados, sino también recompensados, porque cuanto más mientan, tanto más ganan. De esta fuente cena-

gosa es de donde dimanaban todas esas aguas corrompidas. El desarreglo conduce á la avaricia. . . . ¡Ah! es un escándalo que da el clero, precipitando así tantas almas á una condenación eterna. Se debe efectuar una reforma universal.”⁶

Lutero mismo no hubiera podido hablar con tanta maestría y con tanta fuerza contra los abusos de Roma; y la circunstancia de ser el orador un declarado enemigo del reformador daba más valor á sus palabras.

De haber estado abiertos los ojos de los circunstantes, habrían visto allí á los ángeles de Dios arrojando rayos de luz para disipar las tinieblas del error y abriendo las mentes y los corazones de todos, para que recibiesen la verdad. Era el poder del Dios de verdad y de sabiduría el que dominaba á los mismos adversarios de la Reforma, preparando así el camino para la gran obra que iba á realizarse. Martín Lutero no estaba presente, pero la voz de Uno más grande que Lutero se había dejado oír en la asamblea.

La dieta nombró una comisión encargada de sacar una lista de todas las opresiones papales que agobiaban al pueblo alemán. Esta lista, que contenía ciento una especificaciones, fué presentada al emperador, acompañada de una solicitud en que se le pedía que tomase medidas encaminadas á reprimir estos abusos. “¡Cuántas almas cristianas se pierden!” decían los solicitantes, “¡cuántas rapiñas! ¡cuántas exacciones exorbitantes! ¡y de cuantos escándalós está rodeado el jefe de la cristiandad! Es menester precaver la ruina y el vilipendio de nuestro pueblo. Por esto unánimemente os suplicamos sumisos, pero con las más vivas instancias, que ordenéis una reforma general, que la emprendáis, y la acabéis.”⁶

El concilio pidió entonces que compareciese ante él el reformador. Á pesar de las intrigas, protestas y amenazas de Alejandro, el emperador consintió al fin, y Lutero fué citado á comparecer ante la dieta. Con la notificación se expidió también un salvoconducto que garantizaba al reformador su regreso á un lugar seguro. Ambos documentos le fueron entregados por un heraldo que recibió el encargo de conducir á Lutero de Wittenberg á Worms.

⁶ D'Aubigné, 1. 7, cap. 4.

Los amigos de Lutero estaban espantados y desesperados. Sabedores del prejuicio y de la enemistad que contra él reinaban, pensaban que ni aun el salvoconducto sería respetado, y le aconsejaban que no expusiese su vida al peligro. Pero él replicó: “Los papistas . . . no deseaban que yo fuese á Worms, pero sí, mi condenación y mi muerte. ¡No importa! rogad, no por mí, sino por la Palabra de Dios. . . . Cristo me dará su Espíritu para vencer á estos ministros de error. Yo los desprecio durante mi vida, y triunfaré de ellos con mi muerte. En Worms se agitan para hacer que me retracte. He aquí cuál será mi retractación. En otra ocasión dije, que el papa era el vicario de Cristo; ahora digo que es el adversario del Señor, y el apóstol del diablo.”¹

Lutero no iba á emprender solo su peligroso viaje. Además del mensajero imperial, se decidieron á acompañarle tres de sus más fieles amigos. Melancton deseaba ardientemente unirse con ellos. Su corazón estaba unido con el de Lutero y se desvivía por seguirle, aun hasta la prisión ó la muerte. Pero sus ruegos fueron inútiles. Si sucumbía Lutero, las esperanzas de la Reforma quedarían cifradas en los esfuerzos de su joven colaborador. Al despedirse de él, díjole el reformador: “Si yo no vuelvo, caro hermano, y mis enemigos me matan, no ceses de enseñar la verdad y permanecer firme en ella. . . . Trabaja tú mismo en mi lugar. Si tú vives, poco importa que yo perezca.”² Los estudiantes y los vecinos que se habían reunido para ver partir á Lutero estaban hondamente conmovidos. Una multitud de personas cuyos corazones habían sido tocados por el evangelio, le dieron la despedida en medio del llanto y de la aflicción. Así salieron de Wittenberg el reformador y sus acompañantes.

En el camino notaron que siniestros presentimientos embargaban los corazones de cuantos hallaban al paso. En algunos puntos no les mostraron atención alguna. En uno de ellos donde pernoctaron, un cariñoso sacerdote manifestó sus temores al reformador, enseñándole el retrato de un reformador italiano que había padecido el martirio. Á la mañana siguiente se supo que los escritos de Lutero habían sido con-

¹ D'Aubigné, l. 7, cap. 6.

² *Idem*, l. 7, cap. 7.

denados en Worms. Los pregoneros del emperador publicaban su decreto y obligaban al pueblo á que entregase á los magistrados las obras del reformador. Asustado el heraldo, temiendo por la seguridad de Lutero en la dieta y creyendo que ya empezaba á cejar en su propósito de acudir á la dieta, le preguntó si estaba aún resuelto á seguir adelante. Lutero contestó: “¡Aunque se me ha puesto entredicho en todas las ciudades, continuaré!”*

En Erfurt, Lutero fué recibido con honra. Rodeado por multitudes que lo admiraban, cruzó aquellas mismas calles que antes recorriera tan á menudo con su bolsa de limosnero. Visitó la celda de su convento y meditó en las luchas mediante las cuales la luz que ahora invadía á la Alemania había penetrado en su alma. Deseaban oírle predicar. Esto le era prohibido, pero el heraldo dió su consentimiento y el mismo que había sido mozo de aquella iglesia, ocupó ahora el púlpito.

Habló á la vasta concurrencia de las palabras de Cristo: “La paz sea con vosotros.” “Todos los filósofos,” decía, “los doctores y los escritores han intentado demostrar cómo puede el hombre alcanzar la vida eterna, y no lo han conseguido. Yo quiero explicaros el cómo. . . . Dios resucitó á un Hombre, á Jesu-Cristo nuestro Señor, por quien, anonada la muerte, destruye el pecado y cierra las puertas del infierno. He aquí la obra saludable. . . . ¡Jesu-Cristo ha vencido! ¡he aquí la grata nueva! y somos salvos por su obra, y no por las nuestras. . . . Nuestro Señor Jesu-Cristo dice: ‘¡La paz sea con vosotros! mirad mis manos;’ es decir: Mira, ¡oh hombre! yo soy, yo solo soy quien he borrado tus pecados y te he rescatado. ¡Por esto tienes ahora la paz! dice el Señor.”

Y siguió explicando cómo la verdadera fe se manifiesta en una vida santa: “Puesto que Dios nos ha salvado,” dijo, “obremos de un modo digno de su aprobación. ¿Eres rico? — ¡que tus bienes sirvan á los pobres! ¿Eres pobre? — ¡que tu labor sirva á los ricos! Si tu trabajo no es útil más que para ti mismo, el servicio que pretendes hacer á Dios no es más que mentira.”*

* D'Aubigné, l. 7, cap. 7.

El pueblo escuchaba embelesado. El pan de vida fué repartido á aquellas almas hambrientas. Cristo fué ensalzado ante ellas por encima de papas, legados, emperadores y reyes. No dijo ni una palabra tocante á su peligrosa situación. No pretendía hacerse á sí mismo objeto de los pensamientos y de las simpatías. En la contemplación de Cristo se perdía de vista á sí mismo. Se ponía detrás del Hombre del Calvario, procurando sólo presentar á Jesús como Redentor de los pecadores.

El reformador prosiguió su viaje siendo agasajado en todas partes y considerado con grande interés. Las gentes salían presurosas á su encuentro, y algunos amigos le ponían en guardia contra el propósito hostil que respecto de él acariciaban los romanistas. “Os echarán en una hoguera,” le decían, “y os reducirán á cenizas como lo hicieron con Juan Hus.” Él contestaba: “Aun cuando encendiesen un fuego que se extendiera desde Worms hasta Wittenberg, y que se elevara hasta el cielo, lo atravesaría en nombre del Señor; compareceré ante ellos, entraré en la boca de ese Behemoth, romperé sus dientes, y confesaré á nuestro Señor Jesu-Cristo.”¹⁰

Al tener noticias de que se aproximaba á Worms, el pueblo se conmovió. Sus amigos temblaron recelando por su seguridad; los enemigos temblaron porque desconfiaban del éxito de su causa. Se hicieron los últimos esfuerzos para disuadir á Lutero de entrar en la ciudad. Por instigación de los papistas se le obligó á hospedarse en el castillo de un caballero amigo, en donde, se aseguraba, todas las dificultades podían arreglarse pacíficamente. Los amigos se esforzaron en aumentarle el miedo describiéndole los peligros que le amenazaban. Todos sus esfuerzos fracasaron. Lutero sin inmutarse, dijo: “Aunque haya tantos diablos en Worms cuantas tejas hay en los techos, yo entraré allí.”¹⁰

Al llegar á Worms una enorme muchedumbre se agolpó á las puertas de la ciudad para darle la bienvenida. No se había reunido un concurso tan grande para saludar la llegada del emperador mismo. La agitación era intensa, y de en

¹⁰ D'Aubigné, 1. 7, cap. 7.

medio del gentío salió una voz fúnebre y lastimera que celebraba el oficio de difuntos, como tratando de avisar á Lutero de la suerte que le estaba reservada. “Dios será mi defensa,” dijo él, al apearse de su carro.

Los papistas no creían que Lutero se atrevería á comparecer en Worms, y su llegado á la ciudad fué para ellos motivo de profunda consternación. El emperador citó inmediatamente á sus consejeros para acordar lo que debería hacerse. Uno de los obispos, fanático papista, dijo: “Mucho tiempo hace que nos hemos consultado sobre este asunto. Que vuestra majestad imperial se deshaga pronto de ese hombre. Segismundo, ¿no hizo quemar á Juan Hus? Nadie está obligado á conceder ni á respetar un salvoconducto dado á un hereje.” “No,” dijo el emperador; “lo que uno ha prometido es menester cumplirlo.”¹¹ Se convino entonces en que el reformador sería oído.

Todos ansiaban ver á aquel hombre tan notable, y en inmenso número se agolparon junto á la casa en donde se hospedaba. Hacía poco que Lutero se había repuesto de la enfermedad que poco antes le aquejara; estaba debilitado por el viaje que había durado dos semanas enteras; debía prepararse para los animados acontecimientos del día siguiente y necesitaba quietud y reposo. Era tan grande la curiosidad que tenían todos por verlo, que no bien había descansado unas pocas horas cuando llegaron á la posada de Lutero condes, barones, caballeros, hidalgos, eclesiásticos y ciudadanos que ansiaban ser recibidos por él. Entre estos visitantes se contaban algunos de aquellos nobles que con tanta bizarría pidieran al emperador que emprendiera una reforma de los abusos de la iglesia, y que, decía Lutero, “habían sido liberados por mi evangelio.”¹² Todos, amigos como enemigos, venían á ver al atrevido monje que los recibía con inalterable serenidad y que á todos contestaba con saber y dignidad. Su ademán era distinguido y resuelto. Su rostro delicado y pálido ostentaba huellas de cansancio y de enfermedad, á la vez que expresaba mezcla de bondad y gozo. Sus palabras, que

¹¹ D'Aubigné, I. 7, cap. 8.

¹² Martyn, “Life and Times of Luther,” p. 393.

llevaban impreso el sello de profunda gravedad, le daban tanto prestigio que sus mismos enemigos no podían resistirle. Amigos y enemigos estaban maravillados. Algunos estaban convencidos de que le asistía una fuerza divina; otros decían de él lo que los fariseos decían de Cristo: "que tenía demonio."

Al día siguiente de su llegada Lutero fué citado á comparecer ante la dieta. Se nombró á un dignatario imperial para que lo condujese á la sala de audiencias, á la que llegaron no sin dificultad. Todas las calles estaban obstruidas por el gentío que se agolpaba en todas partes, curioso de conocer al monje que se había atrevido á resistir la autoridad del papa.

En el momento en que entraba en la presencia de sus jueces, un viejo general, héroe de muchas batallas, le dijo en tono bondadoso: "¡Pequeño fraile! ¡pequeño fraile! tienes en tu presencia una empresa tan ardua, que ni yo ni otros capitanes hemos visto jamás tal en nuestros más sangrientos combates! Sin embargo, si tu causa es justa, y si estás convencido de ello, ¡avanza en nombre de Dios, y nada temas! ¡Dios no te abandonará!"²⁸

Abriéronse por fin ante él las puertas del concilio. El emperador ocupaba el trono, viéndose rodeado de los más ilustres personajes del imperio. Ningún hombre compareció jamás ante una asamblea tan imponente como aquella ante la cual compareció Martín Lutero para dar cuenta de su fe. "Esta comparecencia es ya un manifiesto triunfo conseguido sobre el papismo. El papa había condenado á este hombre; y este hombre se hallaba ante un tribunal que se colocaba así sobre el papa. El papa le ha suspendido y expulsado de toda sociedad humana, y él se ve convocado con términos honrosos, é introducido ante la más augusta asamblea del universo. El papa le ha impuesto silencio; él iba á hablar delante de miles de oyentes reunidos de los países remotos de la cristiandad. Una revolución sin límites se había de este modo cumplido por medio de Lutero. Roma baja ya de su trono, y es la palabra de un fraile la que la hace descender."²⁹

Al verse ante tan augusta asamblea el reformador de hu-

²⁸ D'Aubigné, l. 7, cap. 8.

milde extracción parecía sentirse cohibido. Algunos de los príncipes, observando su emoción, se acercaron á él y uno de ellos le dijo al oído: “No temáis á aquellos que no pueden matar más que el cuerpo y que nada pueden contra el alma.” Otro añadió también: “Cuando os entregaren ante los reyes y los gobernadores, no penséis cómo ó qué habéis de hablar; el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros.” Así es como las palabras de Cristo fueron recordadas por los grandes de la tierra para fortalecer al siervo fiel en la hora de la prueba.

Lutero fué colocado al frente mismo del trono del emperador. Un profundo silencio reinó en la numerosa audiencia. En seguida un alto dignatario se puso en pie y señalando una colección de los escritos de Lutero, exigió que el reformador contestase las dos preguntas siguientes:— si reconocía aquellas obras como suyas, y si estaba dispuesto á retractar el contenido de ellas. Habiendo sido leídos los títulos de los libros, Lutero dijo que sí los reconocía como suyos. “Tocante á la segunda,” añadió, “atendido que esta es una pregunta que concierne á la fe y á la salvación de las almas, en la que se halla interesada la Palabra de Dios, á saber el más grande y precioso tesoro que existe en los cielos y en la tierra, obraría yo imprudentemente si respondiera sin reflexión. Yo pudiera afirmar menos de lo que se me pide, ó más de lo que exige la verdad, y hacerme así culpable contra esta palabra de Cristo: El que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos. Por esta razón, suplico á su majestad imperial, con toda sumisión, se digne concederme tiempo, para que pueda yo responder sin manchar la Palabra de Dios.”¹⁴

Lutero obró discretamente al hacer esta súplica. Sus palabras convencieron á la asamblea de que él no hablaba movido por pasión ni arrebato. Esta reserva, esta calma tan sorprendente en semejante hombre, centuplica su fuerza, y le prepara para contestar más tarde con una sabiduría, una firmeza y una dignidad que frustrarán las esperanzas de sus adversarios y confundirán su malicia y su orgullo.

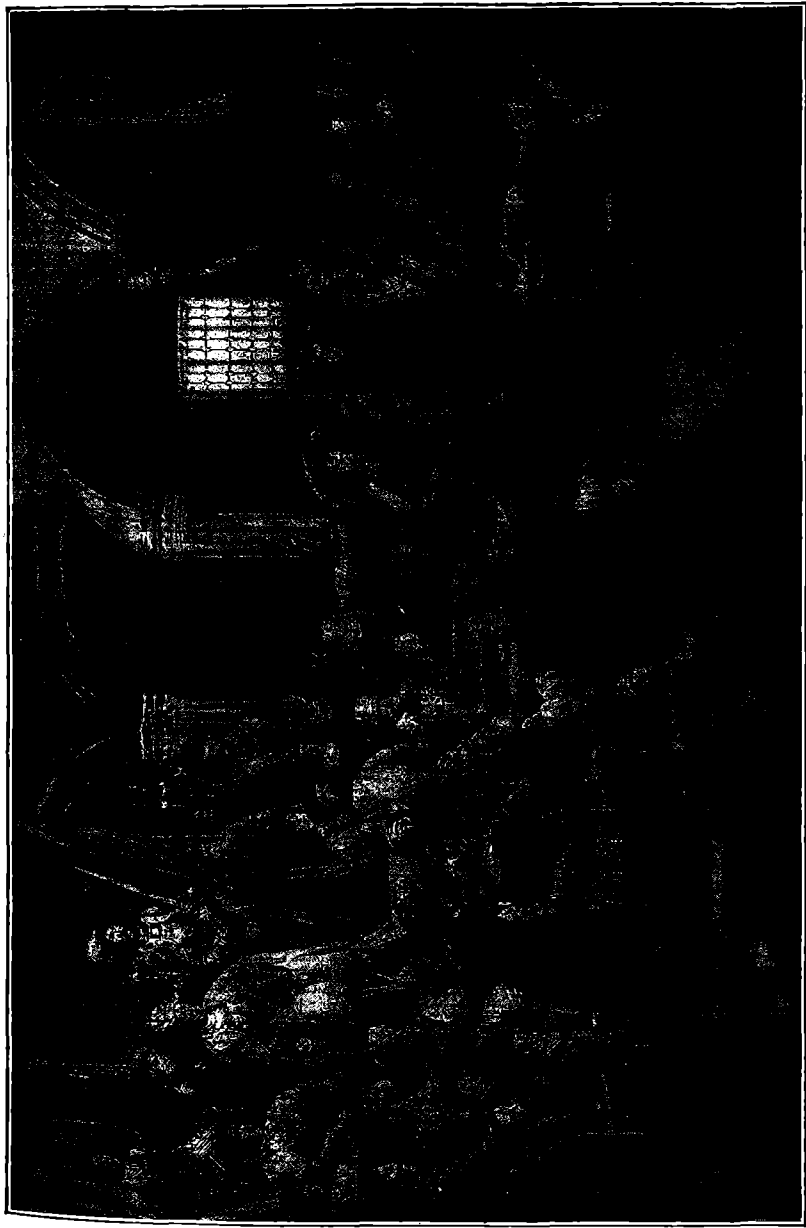
¹⁴ D'Aubigné, l. 7, cap. 8.

Al día siguiente debía comparecer de nuevo para dar su respuesta final. Por unos momentos latía el corazón al verse en presencia de tantas fuerzas que hacían causa común contra la verdad. Flaqueaba su fe; sintióse presa del temor y horror. Parecíale que los peligros se multiplicaban ante su vista y que sus enemigos estaban cercanos al triunfo, y creyó ver que los poderes de las tinieblas prevalecían. Las nubes se amontonaron sobre su cabeza y le ocultaron la faz de Dios. Deseaba con ansia estar seguro de que el Señor de los ejércitos le ayudaría. Con el ánimo angustiado se postró en el suelo, y con gritos entrecortados que no se podrían comprender si no se representase uno la angustia del corazón de donde se exhalaban para elevarse á Dios, exclamó:

“¡Dios todopoderoso! ¡Dios eterno! ¡cuán terrible es el mundo! ¡cómo abre la boca para tragarme! ¡y qué débil es la confianza que tengo en ti! . . . Si debo confiar en lo que es poderoso según el mundo, ¡estoy perdido! ¡Está tomada la última resolución, y está pronunciada la sentencia! . . . ¡Oh Dios mío! ¡Asísteme contra toda la sabiduría del mundo! Hazlo . . . tú solo . . . porque no es obra mía sino tuya. ¡Nada tengo que hacer aquí, nada tengo que combatir contra estos grandes del mundo! . . . ¡Mas es tuya la causa, y ella es justa y eterna! ¡Oh Señor! ¡sé mi ayuda! ¡Dios fiel, Dios inmutable! ¡No confío en ningún hombre, pues sería en vano! por cuanto todo lo que procede del hombre fallece. . . . Me elegiste para esta empresa. . . . Permanece á mi lado en nombre de tu Hijo muy amado, Jesu-Cristo, el cual es mi defensa, mi escudo y mi fortaleza.”¹⁵

Una sabia providencia permitió á Lutero apreciar debidamente el peligro que le amenazaba, para que no confiase en su propia fuerza y se arrojase al peligro con temeridad y presunción. Sin embargo no era el temor del dolor corporal, ni de las terribles torturas que le amenazaban, ni la misma muerte que parecía tan cercana, lo que le abrumaba y le llenaba de terror. Y es que había llegado al momento crítico y no se sentía capaz de resistencia alguna. Temía que por su debilidad la causa de la verdad se malograra. No ale-

¹⁵ D'Aubigné, l. 7, cap. 8.



LUTERO ANTE LA DIETA.

"Serenó y manso, . . . presentóse como testigo de Dios entre los poderosos de la tierra."

gaba con Dios por su propia seguridad, sino por el triunfo del evangelio. La angustia que sintiera Israel en aquella lucha nocturna que sostuviera á orillas del arroyo solitario, era la que él sentía en su alma. Y lo mismo que Israel, Lutero prevaleció con Dios. En su desamparo su fe se cifró en Cristo el poderoso libertador. Sintióse fortalecido con la plena seguridad de que no comparecería solo ante el concilio. La paz volvió á su alma é inundóse de gozo su corazón al pensar que iba á ensalzar á Cristo ante los gobernantes de la nación.

Con el ánimo puesto en Dios dispúsose Lutero á hacer frente á la lucha que le aguardaba. Meditó un plan de defensa, examinó pasajes de sus propios escritos y sacó pruebas de las Santas Escrituras para sustentar sus proposiciones.* En seguida, colocando su mano izquierda sobre la Biblia, levantó la diestra hacia el cielo y juró “permanecer fiel al evangelio, y confesar libremente su fe, aunque tuviese que sellar su confesión con su sangre.”¹⁶

Al ser introducido nuevamente ante la dieta, no revelaba su semblante sombra alguna de temor ni de cortedad. Sereno y manso, á la vez que valiente y digno, presentóse como testigo de Dios entre los poderosos de la tierra. El canciller le exigió que dijese si se retractaba de sus doctrinas. Lutero respondió del modo más sumiso y humilde, sin violencia ni apasionamiento. Su porte era correcto y respetuoso si bien revelaba en sus modales una confianza y un gozo que llenaban de sorpresa á la asamblea.

“Serenísimo emperador! ¡ilustres príncipes, benignísimos señores!” dijo Lutero. “Comparezco humildemente hoy ante vos, según la orden que se me comunicó ayer, suplicando por la misericordia de Dios, á vuestra majestad y á sus augustas altezas, se dignen escuchar bondadosamente la defensa de una causa de que tengo convicción que es justa y verdadera. Si faltó por ignorancia á los usos y propiedad de las cortes, perdonádmelo; pues no he sido educado en los palacios de los reyes, sino en la obscuridad del claustro.”¹⁶

Entrando luego en el asunto pendiente, hizo constar que

¹⁶ D'Aubigné, I. 7, cap. 8.

los escritos suyos no eran todos del mismo carácter. En algunos había tratado de la fe y de las buenas obras y aun sus enemigos los declaraban no sólo inofensivos, sino hasta provechosos. Retractarme de ellos, decía, sería condenar verdades que todo el mundo se gozaba en confesar. En otros escritos exponía los abusos y la corrupción del papado. Revocar lo que había dicho sobre el particular equivaldría á infundir nuevas fuerzas á la tiranía de Roma y á abrir á tan grandes impiedades una puerta aun más ancha. Finalmente había una tercera categoría de escritos en que atacaba á simples particulares que querían defender los males reinantes. En cuanto á esto confesó francamente que los había atacado con más acritud de lo debido. No se declaró inocente, pero tampoco podía retractar dichos libros, sin envalentonar á los enemigos de la verdad, dándoles ocasión para despedazar con mayor crueldad al pueblo de Dios.

“Sin embargo,” añadió, “soy un simple hombre, y no Dios; por consiguiente me defenderé como lo hizo Jesu-Cristo, que decía: ‘Si he hablado mal, dadme testimonio del mal’ . . . Os conjuro por el Dios de las misericordias, á vos, serenísimo emperador y á vosotros, ilustres príncipes, y á todos los demás, de alta ó baja graduación, á que me probéis, por los escritos de los profetas y de los apóstoles, que he errado. Así que me hayáis convencido, retractaré todos mis errores y seré el primero en echar mano de mis escritos para arrojarlos á las llamas.

“Lo que acabo de decir muestra claramente, que he considerado y pesado bien los peligros á que me expongo; pero lejos de acobardarme, es para mí motivo de gozo ver que el evangelio es hoy día lo que antes, una causa de disturbio y de discordia. Este es el carácter y el destino de la Palabra de Dios. ‘No vine á traeros paz, sino guerra’ dijo Jesu-Cristo. Dios es admirable y terrible en sus juicios; temamos que al pretender reprimir las discordias, persigamos la Palabra de Dios, y hagamos llover sobre nosotros un diluvio de irresistibles peligros, desastres presentes y desolaciones eternas. . . . Yo pudiera citar ejemplos sacados de la Sagrada Escritura; pudiera hablaros de Faraón, de los reyes de Babilonia y de los

de Israel, quienes jamás trabajaron con más eficacia á su ruina, que cuando por consejos en apariencia muy sabios, pensaban consolidar su imperio. Dios 'remueve las montañas y las derriba antes que lo perciban.' ” ”

Lutero había hablado en alemán; se le suplicó que repitiera su discurso en latín. Y aunque ya rendido por el primer esfuerzo, hizo una pausa, tomó de nuevo la palabra y repitió su discurso en latín, con la misma energía y claridad que la primera vez. La providencia de Dios le dirigía en este asunto. La mente de muchos de los príncipes estaba tan cegada por el error y la superstición que la primera vez no apreciaron la fuerza de los argumentos de Lutero; pero al repetirlos el orador pudieron darse mejor cuenta de los puntos desarrollados por él.

Aquellos que cerraban obstinadamente los ojos para no ver la luz, resueltos ya á no aceptar la verdad, estaban llenos de rabia al oír las poderosas palabras de Lutero. Tan luego como hubo dejado de hablar, el que tenía que contestar en nombre de la dieta le dijo con indignación: “No habéis respondido á la pregunta que se os ha hecho. . . . Se exige de vos una respuesta clara y precisa. ¿Queréis retractaros, sí ó no?”

El reformador contestó: “Ya que su serenísima majestad y sus altezas exigen de mí una respuesta sencilla, clara y precisa, voy á darla, y es ésta: Yo no puedo someter mi fe ni al papa ni á los concilios, porque es tan claro como la luz del día que ellos han caído muchas veces en el error, y al mismo tiempo en muchas contradicciones consigo mismos. Por lo cual, si no se me convence con testimonios bíblicos, ó con razones evidentes, y si no se me persuade con los mismos textos que yo he citado, y si no convierten con esto mi conciencia sujeta á la Palabra de Dios, *yo no puedo ni quiero retractar nada*, por no ser digno de un cristiano hablar contra su conciencia. Heme aquí; no me es dable hacerlo de otro modo. ¡Que Dios me ayude! ¡Amén!” ”

Así es como se sostuvo este hombre recto en el firme fundamento de la Palabra de Dios. La luz del cielo iluminó su rostro. La grandeza y pureza de su carácter, el gozo y la

” D'Aubigné, l. 7, cap. 8.

paz de su corazón eran manifiestos á todos los que le oían dar su testimonio contra el error, y vieron en él esa fe que vence al mundo.

La asamblea quedó un rato muda y asombrada. La primera vez había hablado Lutero en tono respetuoso, en voz baja y en actitud sumisa. Los romanistas habían interpretado estos rasgos como prueba evidente de que su valor empezaba á faltarle. Se habían figurado que el pedir un plazo para dar su contestación equivalía á una señal precursora de su retractación. Carlos mismo, al notar no sin desprecio el hábito raído del fraile, su actitud tan llana, la sencillez de su oración, había exclamado: "Por cierto no será jamás este hombre el que me convierta en hereje." Empero el valor y la energía que esta vez desplegara, así como la fuerza y la claridad de sus argumentaciones, los dejaron á todos sorprendidos. El emperador, lleno de admiración, exclamó entonces: "El fraile habla con un corazón intrépido y con inmutable valor." Muchos de los príncipes alemanes veían con orgullo y satisfacción á este representante de su raza.

Los partidarios de Roma estaban anonadados; veían su causa bajo un aspecto muy desfavorable. Procuraron conservar su poderío, no por medio de las Escrituras, sino apelando á las amenazas, como lo hace siempre Roma en semejantes casos. El orador de la dieta dijo: "Si no te retractas, el emperador y los estados del imperio verán lo que debe hacerse con un hereje obstinado."

Los amigos de Lutero, que habían oído su noble defensa, poseídos de sincero regocijo, temblaron al oír las palabras del orador oficial; pero el doctor mismo, con toda calma, repuso: "¡Dios me ayude! porque de nada puedo retractarme."¹⁸

Obligaron á Lutero á que se retirase mientras los príncipes deliberaban. Todos se daban cuenta de que se pasaba por una gran crisis. La persistente negativa de Lutero á someterse debía afectar la historia de la iglesia por muchos siglos. Se acordó darle otra oportunidad para retractarse. Por última vez le hicieron entrar de nuevo en la sala. Se le volvió á preguntar si renunciaba sus doctrinas. Él contestó: "Yo no tengo otra respuesta que dar, que la que he dado." Era ya

¹⁸ D'Aubigné, l. 7, cap. 8.

bien claro y evidente que no podían inducirle á ceder, ni de grado ni por fuerza, á las exigencias de Roma.

Los caudillos papistas estaban acongojados porque su poder que hacía temblar á los reyes y á los nobles, era así despreciado por un pobre monje, y se propusieron hacerle sentir su ira, entregándole al tormento. Pero Lutero habiendo advertido este peligro habló á todos con dignidad y serenidad cristiana. Sus palabras no revelaban orgullo, pasión ni falsedad. Se había perdido de vista á sí mismo y á los grandes hombres que le rodeaban, y sólo sentía que se hallaba en presencia de Uno que era infinitamente superior á los papas, á los prelados, á los reyes y á los emperadores. Cristo mismo había hablado por medio del testimonio de Lutero con tal poder y grandeza, que tanto en los amigos como en los adversarios despertó espanto y asombro. El Espíritu de Dios había estado presente en aquel concilio impresionando vivamente los corazones de los jefes del imperio. Varios príncipes reconocieron sin embargo la justicia de la causa del reformador. Muchos se convencieron de la verdad, pero otros no perseveraron fieles á ella por no haberles durado la primera impresión que al ser expuesta les causara. Había otros que en aquel momento no manifestaron sus convicciones, pero que, habiendo estudiado las Escrituras poco después, vinieron á ser intrépidos sostenedores de la Reforma.

El elector Federico esperó con ansiedad la comparecencia de Lutero ante la dieta y escuchó su discurso con profunda emoción. Experimentó regocijo y orgullo al presenciar el valor del fraile, su firmeza y el modo en que se mostraba dueño de sí mismo, y se propuso adherirse más estrechamente á él, trabajando por su defensa. Comparó entre sí á ambas partes contendientes, y de la comparación sacó en limpio que la sabiduría de los papas, de los reyes y de los prelados es absolutamente nula ante el poder de la verdad. El papado había sufrido una derrota que iba á dejarse sentir en todas las naciones al través de los siglos.

Al notar el legado el efecto que produjeran las palabras de Lutero, temió, como nunca había temido, por la seguridad del poder papal, y resolvió echar mano de todos los medios que

estuviesen á su alcance para dar buena cuenta del reformador. Con toda la elocuencia y la habilidad diplomática que le eran propias y le daban algún prestigio, le pintó al joven emperador la insensatez y el peligro de sacrificar, en favor de un insignificante fraile, la amistad y el sostén de la poderosa sede de Roma.

Sus palabras no fueron inútiles. El día después de la respuesta de Lutero, Carlos mandó á la dieta un mensaje en que manifestaba su determinación de seguir la política de sus antecesores de sostener y proteger la religión romana. Ya que Lutero se negaba á renunciar sus errores, se tomarían contra él las medidas más enérgicas y asimismo contra las herejías que enseñaba. “Un solo fraile, extraviado por su propia locura, se levanta contra la fe de la cristiandad. Sacrificaré mis reinos, mi poder, mis amigos, mis tesoros, mi cuerpo, mi sangre, mi espíritu y mi vida para contener esta impiedad. Voy á despedir al agustino Lutero, prohibiéndole causar el más leve tumulto entre el pueblo; en seguida procederé contra él y sus secuaces, como contra herejes declarados, por medio de la excomunión, de la suspensión y por todos los medios convenientes para destruirlos. Pido á los miembros de los estados que se conduzcan como fieles cristianos.”¹⁹ No obstante el emperador declaró que el salvoconducto de Lutero debía ser respetado y que antes de que se tolerase que procediesen contra él, debía dejársele llegar á su casa sano y salvo.

Eran dos opiniones encontradas las que dividían á los miembros de la dieta. Los emisarios y representantes del papa solicitaban que el salvoconducto del reformador fuera violado. “El Rin,” decían, “debe recibir sus cenizas, como recibió hace un siglo, las de Juan Hus.”²⁰ Pero los príncipes alemanes, si bien papistas y enemigos jurados de Lutero, se opusieron contra tal deshonor de la fe pública, alegando que aquello sería un baldón en el honor de la nación. Recordaron las calamidades que habían sobrevenido por la muerte de Juan Hus y declararon que ellos no se atrevían á acarrearlas á Alemania ni á su joven emperador.

¹⁹ D'Aubigné, l. 7, cap. 9.

Carlos mismo, cuando le proponían que procediera contra Lutero, dijo: "Aun cuando la buena fe y la fidelidad fuesen desterradas del universo, deberían hallar cabida en el corazón de los príncipes."²⁰ Pero el enemigo más encarnizado de Lutero siguió hostigando al monarca para que hiciera con el reformador lo que Segismundo hiciera con Hus — abandonarle á la misericordia de la iglesia; pero Carlos V recordando la escena en que Hus, señalando las cadenas que le aherrojaban, le recordó al monarca su palabra que había sido quebrantada, contestó: "Yo no quiero sonrojarme como Segismundo."²¹

Carlos empero había rechazado deliberadamente las verdades expuestas por Lutero. "Estoy firmemente resuelto á seguir el ejemplo de mis antepasados,"²⁰ había escrito el emperador. Estaba decidido á no salirse del sendero de la costumbre, ni siquiera para ir por el camino de la verdad y de la rectitud. Por la razón de que sus padres lo habían hecho, él también sostendría al papado y toda su crueldad y corrupción. De modo que se dispuso á no aceptar más luz que la que habían recibido sus padres y á no hacer cosa que ellos no hubiesen hecho.

Hay muchos que en la actualidad dependen de las costumbres y de las tradiciones de sus padres. Cuando el Señor les dispensa alguna nueva luz se niegan á aceptarla porque no les fué concedida á sus padres, ó porque ellos tampoco la recibieron. Nosotros no estamos en la misma situación que ellos, y por consiguiente, nuestros deberes y responsabilidades no son los mismos tampoco. No nos aprobará Dios si miramos al ejemplo de nuestros padres para tomar una determinación respecto de nuestro deber, en vez de escudriñar la Biblia por nosotros mismos. Nuestra responsabilidad es más grande que la de nuestros antepasados. Somos deudores por la luz que recibieron ellos y que nos entregaron como herencia, y deudores por la mayor luz que nos alumbró hoy procedente de la Palabra de Dios.

Cristo dijo á los incrédulos judíos: "Si yo no hubiera venido, y les hubiera hablado, no hubieran tenido pecado;

²⁰ D'Aubigné, l. 7, cap. 9. ²¹ Véase Lenfant, "Histoire du Concile de Constance," tomo I, l. 3, p. 404 (Amsterdam, 1727).

mas ahora no tienen excusa por su pecado.”²² El mismo poder divino habló por boca de Lutero al emperador y á los príncipes de Alemania. Y como la luz resplandeció procedente de la Palabra de Dios, su Espíritu alegó por última vez con muchos de los que se hallaban en aquella asamblea. Así como Pilatos, siglos antes, permitiera que el orgullo y la popularidad le cerraran el corazón para que no recibiera al Redentor del mundo; y así como el cobarde de Félix rechazara el mensaje de verdad, diciendo: “¡Por ahora véte; cuando tuviere un tiempo conveniente, te enviaré á llamar!”²³ y así como el orgulloso Agripa confesara: “¡Con poca persuasión quisieras hacerme cristiano!”²⁴ desechando el mensaje que le era enviado del cielo — así también Carlos V, cediendo á las instancias del orgullo y de la política del mundo, se resolvió á rechazar la verdad.

Corrían por todas partes muchos rumores de los proyectos hostiles á Lutero, despertando gran agitación en la ciudad. Lutero se había conquistado muchos amigos que, sabiendo lo que era la traidora crueldad de Roma para con los que se atrevían á sacar á luz sus corrupciones, resolvieron evitar á todo trance que él fuese sacrificado. Centenares de nobles se presentaron para protegerlo. No pocos denunciaban públicamente el mensaje imperial como prueba evidente de humillante sumisión al poder de Roma. Se fijaron pasquines en las puertas de las casas y en las plazas públicas, unos contra Lutero y otros en favor de él. En uno de ellos se leían sencillamente estas enérgicas palabras del sabio: “¡Ay de ti, oh tierra, cuyo rey es un niño!”²⁵ El entusiasmo del pueblo en favor de Lutero en todas partes del imperio, dió á conocer á Carlos y á la dieta que si se cometía una imprudencia bien podrían quedar comprometidas la paz de la nación y la estabilidad del trono.

Federico de Sajonia observó una bien estudiada reserva, ocultando cuidadosamente sus verdaderos sentimientos para con el reformador, y al mismo tiempo lo custodiaba con incansable vigilancia, observando todos sus movimientos y los de sus adversarios. Pero había muchos que no se cuidaban

²² S. Juan 15:22.²³ Hechos 24:25.²⁴ Hechos 26:28.²⁵ Eclesiastés 10:16.

de ocultar su simpatía hacia Lutero. Era éste visitado por príncipes, condes, barones y otras personas de distinción, clérigos y laicos. “El pequeño cuarto del doctor, escribía Spalatín, no podía contener á todos los que acudían á verle.”²⁶ El pueblo también lo miraba como si fuese algo más que humano. Y aun los que no creían en sus enseñanzas, no podían menos que admirar en él aquella sublime integridad, por la cual desafiara la muerte con tanto valor antes que violar los dictados de su conciencia.

Se hicieron esfuerzos supremos para conseguir que Lutero consintiera en entrar en algún compromiso con Roma. Príncipes y nobles le manifestaron que si persistía en sostener sus opiniones contra la iglesia y los concilios, pronto se le haría desaparecer del suelo del imperio y que nadie le defendería. A esto respondió el reformador: “El evangelio de Cristo no puede ser predicado sin escándalo. ¿Cómo es posible que este temor á la aprensión de los peligros me desprenda del Señor y de su Palabra divina, que es la única verdad? ¡No; antes daré mi cuerpo, mi sangre y mi vida!”²⁷

Se le instó nuevamente á someterse al juicio del emperador, pues entonces no tendría nada que temer. “Consiento de veras,” dijo, “en que el emperador, los príncipes y aun los más humildes cristianos, examinen y juzguen mis libros; pero bajo la condición de que tomarán por norma la Sagrada Escritura. Los hombres no tienen más que someterse á ella. Mi conciencia depende de ella, y soy esclavo de su observancia.”²⁸

En repuesta á otra instancia, dijo: “Consiento en renunciar al salvoconducto. Abandono mi persona y mi vida entre las manos del emperador, pero la Palabra de Dios, ¡nunca!”²⁹ Expresó que estaba dispuesto á someterse al fallo de un concilio general, pero con la condición expresa de que el concilio juzgara según las Escrituras. “En lo que se refiere á la Palabra de Dios y á la fe,” añadió, “cada cristiano es tan buen juez como el mismo papa secundado por un millón de concilios.”²⁸ Finalmente los amigos y los enemigos

²⁶ Martyn, Vol. I, p. 404. ²⁷ D'Aubigné, l. 7, cap. 10.

²⁸ Martyn, Vol. I, p. 410.

de Lutero se convencieron de que todo esfuerzo encaminado á una reconciliación sería inútil.

Si el reformador hubiera cedido en un solo punto, Satanás y sus ejércitos habrían ganado la victoria. Pero su inquebrantable firmeza era el medio de emancipar á la iglesia y de iniciar una era nueva y mejor. La influencia de este solo hombre que se atrevió á pensar y á obrar por sí mismo en materia de religión, iba á afectar á la iglesia y al mundo, no sólo en aquellos días sino en todas las generaciones futuras. Su fidelidad y su firmeza fortalecerían la resolución de todos aquellos que, al través de los tiempos, pasaran por experiencia semejante. El poder y la majestad de Dios prevalecieron sobre los consejos de los hombres y sobre el gran poder de Satanás. Pronto le fué comunicada á Lutero la orden del emperador de que volviese al lugar de su residencia, y él comprendió que aquel era un síntoma precursor de su condenación. Nubes amenazantes se cernían sobre su camino, pero, al salir de Worms, su corazón rebosaba de alegría y de alabanza. "El mismo diablo," dijo él, "custodiaba la ciudadela del papa; mas Cristo la derribó y Satanás vencido se vió precisado á confesar que el Señor es más poderoso que él."²⁰

Después de su partida, deseoso aún de manifestar que su firmeza no había que tomarla por rebelión, escribió Lutero al emperador, diciendo entre otras cosas: "Dios, que es el que lee en el interior de los corazones, me es testigo de que estoy pronto á obedecer con diligencia á vuestra majestad, así en lo próspero como en lo adverso; ya por la vida, ya por la muerte; exceptuando sólo la Palabra de Dios por la que el hombre existe. En todas las cosas relativas al tiempo presente, mi fidelidad será perenne, puesto que en la tierra ganar ó perder son cosas indiferentes á la salvación. Pero Dios prohíbe que en las cosas concernientes á los bienes eternos, el hombre se someta al hombre. La sumisión al mundo espiritual es un culto verdadero y que no debe rendirse sino al Creador."²⁰

En su viaje de regreso fué recibido en los pueblos del tránsito con más agasajos que los que se le tributaran al ir á Worms. Príncipes de la iglesia daban la bienvenida al ex-

²⁰ D'Aubigné, l. 7, cap. 11.

comulgado monje, y gobernantes y empleados civiles tributaban honores al hombre á quien el monarca había despreciado. Se le instó á que predicase, y á despecho de la prohibición imperial volvió á ocupar el púlpito. “Nunca he procurado yo que la Palabra de Dios sea encadenada, y nunca lo haré,” decía Lutero.⁸⁰

No hacía mucho aún que el reformador dejara á Worms, cuando los papistas consiguieron del emperador que se expidiera un edicto contra él. En este decreto se denunciaba á Lutero como “el mismo Satanás bajo la figura humana y envuelto con la capilla de fraile.”⁸¹ Se ordenaba que tan pronto como dejara de ser valedero su salvoconducto, se tomaran medidas para detenerle en su obra. Se prohibía guarecerle, suministrarle alimento, bebida ó socorro alguno, con obras ó palabras, en público ó en privado. Debería ser aprehendido, en cualquier parte en donde fuera hallado, y entregado á las autoridades. Sus secuaces tenían que ser aprehendidos también y sus bienes confiscados. Los escritos todos de Lutero debían ser aniquilados, y finalmente, cualquiera que osara obrar en contradicción con el decreto, sería considerado como incluído en las condenaciones del mismo. El elector de Sajonia y los príncipes más adictos á Lutero habían salido ya de Worms, y el decreto del emperador recibió la sanción de la dieta. Los romanistas no cabían de gozo. Consideraban que la suerte de la Reforma estaba ya sellada.

Dios había sin embargo provisto un medio de escape para su siervo en aquella hora de peligro. Un ojo vigilante había seguido los movimientos de Lutero y un corazón sincero y noble se había resuelto á ponerle á salvo. Fácil era echar de ver que Roma no había de quedar satisfecha sino con la muerte del reformador; y sólo ocultándose podía éste burlar las garras del león. Dios dió sabiduría á Federico de Sajonia para idear un plan para salvar la vida de Lutero. Ayudado por varios amigos verdaderos se llevó á cabo el propósito del elector, y Lutero fué efectivamente sustraído á la vista de amigos y enemigos. Al regresar á su residencia, se vió repentinamente envuelto, separado de sus acompañantes y

⁸⁰ Martyn, Vol. I, p. 420.

⁸¹ D'Aubigné, l. 7, cap. 11.

llevado por fuerza al través de los bosques al castillo de la Wartburg, fortaleza que se alzaba sobre una montaña aislada. Tanto su secuestro como su escondite fueron rodeados de tanto misterio, que Federico mismo por mucho tiempo no supo dónde se hallaba el reformador. Esta ignorancia envolvía un propósito: el de que por todo el tiempo que el elector no conociera las condiciones en que se hallaba el reformador, no pudiera revelar nada. Él mismo quedaba satisfecho con saber que Lutero estaba en sitio seguro.

Pasaron así la primavera, el verano y el otoño, y llegó el invierno, y Lutero seguía aún secuestrado. Ya exultaban Aleandro y sus partidarios al considerar casi apagada la luz del evangelio. Pero, en vez de ser esto así, el reformador estaba llenando su lámpara en los almacenes de la verdad y su luz iba á brillar con deslumbrantes fulgores.

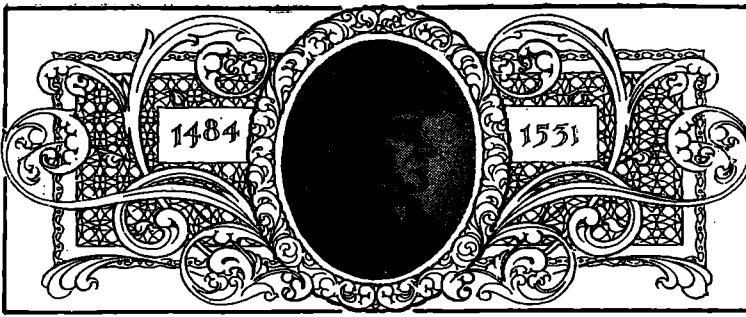
En la amigable seguridad que disfrutaba en la Wartburg, congratulábase Lutero por haber sido sustraído por algún tiempo al calor y al alboroto del combate. Pero no podía encontrar satisfacción en prolongado descanso. Acostumbrado á la vida activa y al rudo combate, no podía quedar mucho tiempo ocioso. En aquellos días de soledad, tenía siempre presente la situación de la iglesia, y exclamaba desesperado: “¡Ay! ¡y que no haya nadie en este último día de su ira, que quede en pie delante del Señor como un muro, para salvar á Israel!”²² Y de nuevo volvían sus pensamientos sobre sí mismo y tenía miedo de ser tachado de cobardía por haber huído de la lucha. Se hacía también cargos á sí mismo por su indolencia y por la indulgencia con que se trataba á sí mismo. Y no obstante esto, estaba haciendo diariamente más de lo que hubiera podido hacer un hombre solo. Su pluma no permanecía nunca ociosa. En el momento en que sus enemigos se congratulaban por el silencio que él guardaba, el asombro caía sobre ellos al comprobar las señales de vida que daba el reformador. Un sinnúmero de tratados, debidos á su pluma, circulaban por toda la Alemania. También alcanzó en aquel mismo tiempo pres-

²² D'Aubigné, “Histoire de la Réformation du seizième siècle,” (Paris, 1835-53), l. 9, cap. 2, p. 14.

tar valioso servicio á sus compatriotas, con la traducción que hizo al alemán del Nuevo Testamento. Desde su Patmos perdido entre riscos siguió todo un año proclamando el evangelio y censurando los pecados y los errores de su tiempo.

Pero no fué únicamente para preservar á Lutero de la ira de sus enemigos, ni para darle un tiempo de descanso en el que pudiese hacer estos importantes trabajos, para lo que Dios separó á su siervo del escenario de la vida pública. Había otros resultados más preciosos que alcanzar. En el descanso y en la obscuridad de su montaña solitaria, quedó Lutero sin auxilio humano y fuera de alcance de las alabanzas y de la admiración de los hombres. Así fué salvado del orgullo y de la confianza en sí mismo, que á menudo son frutos del éxito. Por medio del sufrimiento y de la humillación fué preparado para andar con firmeza en las vertiginosas alturas adonde había sido llevado de repente.

Á la vez que los hombres se regocijan en la libertad que les da el conocimiento de la verdad, se sienten inclinados á ensalzar á aquellos de quienes Dios se ha valido para romper las cadenas de la superstición y del error. Satanás procura distraer de Dios los pensamientos y los afectos de los hombres y hacer que se fijen en los agentes humanos; induce á los hombres á dar honra al mero instrumento, ocultándole la Mano que dirige todos los actos de la providencia. Sucede así con mucha frecuencia que los maestros religiosos así alabados y reverenciados, pierden de vista su dependencia de Dios y sin sentirlo empiezan á confiar en sí mismos. Resulta entonces que quieren gobernar el espíritu y la conciencia del pueblo, el cual está dispuesto á considerarlos á ellos guías en vez de mirar á la Palabra de Dios. La obra de la Reforma sufre así un detenimiento en su marcha, debido al espíritu de indulgencia propia, que domina á los que la sostienen. Dios quiso que este peligro no amenazara á la Reforma. Quiso que aquella obra recibiese no la marca de los hombres, sino la impresión de Dios. Los ojos de los hombres estaban fijos en Lutero como en el expositor de la verdad; pero él fué arrebatado de en medio de ellos para que todas las miradas se dirigieran al eterno Autor de la verdad.



EL REFORMADOR SUIZO—9

En la elección de los instrumentos que sirvieron para reformar la iglesia se nota el mismo plan seguido en su fundación. El Maestro celestial no se fijó en los grandes de la tierra, en los hombres que gozaban de reputación y de riquezas, acostumbrados á las alabanzas y á los homenajes, para hacer de ellos caudillos del pueblo. Eran tan orgullosos y tenían tanta confianza en su ostensible superioridad, que no hubieran podido amoldarse á simpatizar con sus semejantes ni convertirse en colaboradores del humilde nazareno. Fué á los indoctos y rudos pescadores de Galilea á quienes fué dirigido el llamamiento: “¡Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres!”¹ Estos sí que eran humildes y dóciles. Cuanto menos habían sentido la influencia de las falsas doctrinas de su tiempo, tanto mayor para Cristo la facilidad en instruirlos y educarlos para su servicio. Otro tanto sucedió cuando la Reforma. Los principales reformadores eran hombres de humilde condición y ajenos más que sus coetáneos á todo sentimiento de orgullo de casta y libres de todo fanatismo y astucia clericales. El plan de Dios es valerse de instrumentos humildes para la realización de grandes fines. De esta manera la gloria no va á los hombres, sino á Aquel que obra por medio de ellos el querer y el hacer según su buena voluntad.

Pocas semanas después del nacimiento de Lutero en la cabaña de un minero de Sajonia, nació Ulrico Zuinglio, en la choza de un pastor de los Alpes. Las circunstancias de que

¹ S. Mateo 4:19.

Zuinglio se vió rodeado en su niñez y en su primera educación fueron eficaces para prepararlo para su futura misión. Criado entre bellezas naturales imponentes, su mente desde los primeros años fué impresionada por el sentimiento de la inmensidad, del poder y de la majestad de Dios. La historia de las valientes hazañas que tuvieran por teatro sus montes natales inflamó las aspiraciones de su juventud. Junto á su piadosa abuela oyó algunas de las relaciones bíblicas que ella seleccionara de entre las leyendas y tradiciones de la iglesia. Con verdadero interés oía él hablar de los grandes hechos de los patriarcas y de los profetas, de los pastores que velaban sobre sus ganados en los cerros de Palestina donde los ángeles les hablaran del Niño de Betlehem y del Hombre del Calvario.

Lo mismo que Juan Lutero, el padre de Zuinglio deseaba dar educación á su hijo, para cuyo efecto dejó éste su valle natal en temprana edad. Su espíritu se desarrolló pronto, planteándose al poco tiempo la cuestión de saber dónde podrían hallarle profesores competentes. Á los trece años fué llevado á Berna cuya escuela era entonces la mejor de Suiza. Sin embargo, surgió un peligro que amenazaba dar en tierra con lo que de él se esperaba. Los frailes hicieron repetidos esfuerzos para seducirlo á que entrara en un convento. Los monjes franciscanos y los domínicos rivalizaban por ganarse el favor del pueblo, y al efecto se esmeraban á porfía en el adorno de los templos, en la pompa de las ceremonias y en lo atractivo de las reliquias y de las imágenes milagrosas. Los dominicanos de Berna notaron que si podían ganar á un joven de tanto talento asegurarían para sí al mismo tiempo ganancia y honra. Su tierna juventud, sus dotes de orador y escritor, y su genio musical y poético, serían de más efecto que la pompa y el fausto desplegado en los servicios, para atraer al pueblo y aumentar las rentas de su orden. Valiéndose de engaños y lisonjas intentaron inducir á Zuinglio á que entrara en su convento. Cuando Lutero empezaba apenas á estudiar se encerró voluntariamente en las paredes de una celda perdiéndose enteramente para el mundo si la providencia de

Dios no lo hubiera evitado devolviéndolo á la libertad. Zuinglio no tuvo por qué correr el mismo riesgo. Supo providencialmente su padre cuáles eran los designios de los frailes respecto de su hijo, y como no tenía la intención de que siguiera la vida indigna y holgazana de los monjes, vió que su utilidad para el porvenir estaba en inminente peligro, y le ordenó que regresara á su casa sin demora.

El mandato fué obedecido; pero el joven no podía sentirse contento por mucho tiempo en su valle natal, y pronto volvió á sus estudios, yéndose á establecer después de algún tiempo en Basilea. En esta ciudad fué donde Zuinglio oyó por primera vez el evangelio de la gracia de Dios. Wittenbach, profesor, á la sazón, de idiomas antiguos, había sido llevado, en su estudio del griego y del hebreo, al conocimiento de las Sagradas Escrituras, y por este medio, la luz divina esparcía sus rayos en las mentes de los estudiantes que recibían de él enseñanza. Declaraba el catedrático que había una verdad más antigua y de valor infinitamente más grande que las teorías enseñadas por los filósofos y los escolásticos. Esta antigua verdad era que la muerte de Cristo era el único rescate del pecador. Estas palabras fueron para Zuinglio como el primer rayo de luz que alumbra al amanecer.

Pronto fué llamado Zuinglio de Basilea, para entrar en la que iba á ser la obra de su vida. Su primer campo de acción lo fué una parroquia alpina no muy distante de su valle natal. Habiendo recibido las órdenes sacerdotales, “se aplicó con ardor á investigar la verdad divina; porque estaba bien enterado,” dice un reformador de su tiempo, “de cuanto deben saber aquellos á quienes les está confiado el cuidado del rebaño del Señor.”² Á medida que escudriñaba las Escrituras, resaltaba más el contraste entre las verdades en ellas encerradas y las herejías de Roma. Él mismo se sometió á la Biblia, reconociéndola como la Palabra de Dios y única regla suficiente é infalible. Comprobó que ella se interpretaba á sí misma. No se atrevió á tratar de explicar las Sagradas Escrituras para sostener una teoría ó doctrina preconcebida, sino que consideró ser su deber aprender lo que

² Wylie, l. 8, cap. 5.

ellas enseñan directamente y de un modo evidente. Procuró prescindir de auxiliares para el estudio de la Biblia, porque deseaba sacar un conocimiento correcto y pleno de sus enseñanzas, é invocaba al Espíritu Santo, de quien estaba seguro que revelaría la verdad á todos los que la investigasen con sinceridad y en oración.

“Las Escrituras,” decía Zuinglio, “vienen de Dios, no del hombre. Y ese mismo Dios que brilla en ellas te dará á entender las palabras que son de Dios. La Palabra de Dios . . . no puede errar. Es brillante, se explica á sí misma, se descubre, ilumina el alma con toda salvación y toda gracia, la consuela en Dios, y la humilla hasta que se anonada, se niega á sí misma, y se acoge á Dios.”² Zuinglio mismo había experimentado la verdad de estas palabras. Hablando de su testimonio personal, escribió lo siguiente: “Cuando . . . comencé á consagrarme enteramente á las Sagradas Escrituras, la filosofía y la teología (escolástica) me suscitaron objeciones sin número, y al fin resolví dejar á un lado todas estas quimeras y aprender las enseñanzas de Dios en toda su pureza, tomándolas de su preciosa Palabra. Desde entonces pedí á Dios luz y las Escrituras llegaron á ser mucho más claras para mí.”³

Zuinglio no había recibido de Lutero la doctrina que predicaba. Era la doctrina de Cristo. “Si Lutero predica á Jesu-Cristo,” decía el reformador suizo, “él hace lo que yo hago. Los que por su medio han llegado al conocimiento de Jesu-Cristo son en mayor número que los llegados por conducto mío. Pero no importa. Yo no quiero llevar otro nombre que el de Jesu-Cristo, de quien soy soldado, y no reconozco otro jefe. Ni siquiera una sola sílaba ha sido escrita por mí para Lutero, ni por Lutero para mí, á fin de manifestar á todos de qué modo el Espíritu de Dios está de acuerdo consigo mismo, puesto que, sin habernos nunca oído, enseñamos con tanta conformidad la doctrina de Jesu-Cristo.”⁴

En el año 1516 fué llamado Zuinglio para predicador del

² Wylie, l. 8, cap. 6.

⁴ D'Aubigné, “Historia de la Reformation del siglo décimosexto,” l. 8, cap. 9.

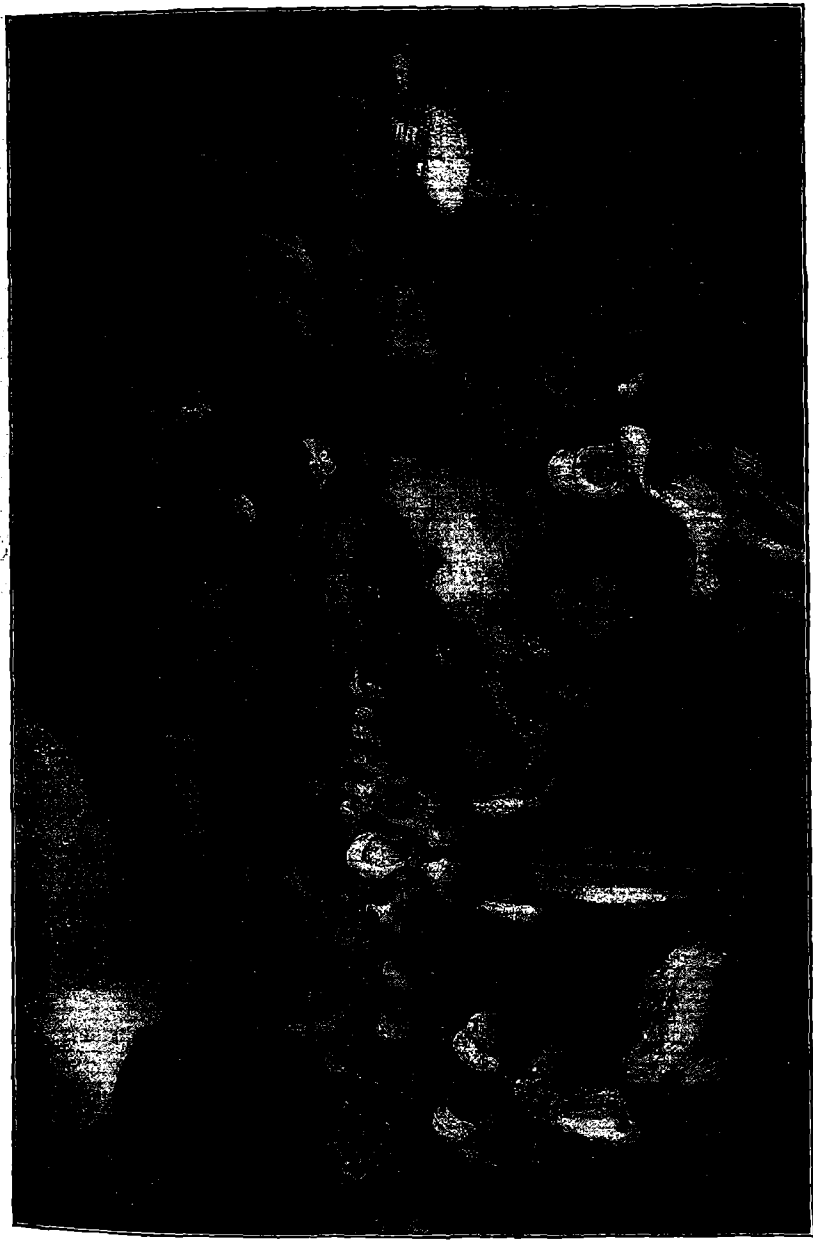
convento de Einsiedeln, en donde iba á ver más de cerca las corrupciones de Roma y donde iba á ejercer como reformador una influencia que se dejaría sentir más allá de sus Alpes natales. Entre los principales atractivos de Einsiedeln había una virgen de la que se decía que estaba dotada del poder de hacer milagros. Sobre la puerta de la abadía estaba grabada esta inscripción: "Aquí se consigue una plena remisión de todos los pecados."⁵ De todas partes acudían peregrinos á visitar el santuario de la virgen, pero en el día de la gran fiesta anual las multitudes acudían de toda Suiza y hasta de Francia y Alemania. Zuinglio se affigía al ver estas cosas, y esperaba la oportunidad para predicarles libertad por medio del evangelio á aquellas almas esclavizadas, sujetas á la superstición.

"No penséis," decía, "que Dios esté en este templo de un modo más especial que en cualquier otro lugar de la creación. Sea la que fuere la comarca que vosotros habitáis, Dios os rodea y os oye . . . ¿Será acaso con obras muertas, largas peregrinaciones, ofrendas, imágenes, la invocación de la virgen ó de los santos, con lo que alcanzaréis la gracia de Dios? ¿De qué sirve el conjunto de palabras de que formamos nuestras oraciones? ¿Á qué fin la rica capucha del fraile, la cabeza rapada, hábito largo y bien ajustado, y los mulcs enjaezados de oro? ¿Al corazón es á lo que Dios mira, y nuestro corazón está lejos de Dios!" "Cristo," añadía, "que se ofreció una vez en la cruz, es la hostia y la víctima que satisface eternamente á Dios por los pecados de todos los fieles."⁵

Muchos de los que le oían recibían con desagrado estas enseñanzas. Era para ellos un amargo desengaño saber que su penoso viaje era absolutamente inútil. No podían comprender el perdón que se les ofrecía de gracia por medio de Cristo. Estaban conformes con el antiguo camino del cielo que Roma les había marcado. Estaban indecisos y perplejos al pensar que convendría buscar un camino mejor. Era más fácil confiar la salvación de sus almas á los sacerdotes y al papa que buscar la pureza de corazón.

Otros, en cambio, recibieron con entusiasmo las nuevas

⁵ D'Aubigné, I. 8, cap. 5.



REFORMADORES SUIZOS PREDICANDO EN EL CAMPO

"El plan de Dios es valerse de instrumentos humildes para la realización de grandes fines."

de la redención consumada por Cristo. Las observancias establecidas por Roma habían fracasado en el propósito de dar paz al alma y, llenos de fe, aceptaron la sangre del Salvador en propiciación por sus pecados. Estos regresaron á sus hogares para revelar á otros la luz preciosa que habían recibido. Así fué llevada la verdad de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, y el número de peregrinos que iban al santuario de la virgen, disminuyó notablemente. Menguaron las ofrendas, y en consecuencia la prebenda de Zuinglio menguó también, porque de aquéllas sacaba su subsistencia. Pero sentíase feliz al ver quebrantarse el poder del fanatismo y de la superstición.

Las autoridades de la iglesia no ignoraban la obra que Zuinglio estaba realizando, pero en aquel momento no pensaron intervenir. Como abrigaban la esperanza de ganarlo á la causa del papado, se esforzaron en conseguirlo por medio de agasajos; y entre tanto la verdad ganaba terreno extendiéndose en los corazones del pueblo.

Los trabajos de Zuinglio en Einsiedeln le prepararon para una esfera de acción más amplia en la cual pronto iba á entrar. Pasados tres años fué llamado á desempeñar el cargo de predicador en la catedral de Zurich. Era esta ciudad en aquel entonces, la más importante de la confederación suiza, y la influencia que el predicador pudiera ejercer en ella debía tener un radio más extenso. Los eclesiásticos que le habían llamado para asumir el puesto de predicador en Zurich, temiendo que él intentase desplegar allí sus ideas reformistas, procedieron á darle instrucciones acerca de los deberes de su ministerio.

“Pondréis todo vuestro cuidado,” le dijeron, “en recaudar todas las rentas del cabildo, sin descuidar la más mínima. Exhortaréis á los fieles, ya desde el púlpito, ya en el confesonario, á que paguen los censos y los diezmos, y á que muestren con sus ofrendas cuánto aman á la iglesia. Procuraréis multiplicar las rentas procedentes de los enfermos, de las misas, y en general de todo acto eclesiástico.” “Respecto á la administración de los sacramentos, á la predicación y á

la vigilancia requerida para apacentar la grey, son también deberes del cura-párroco. No obstante, vos podéis descargaros de esta última parte de vuestro ministerio tomando un vicario substituto, sobre todo para la predicación. Vos no debéis administrar los sacramentos sino á los más notables, y sólo después que os lo hayan pedido; os está prohibido administrarlos sin distinción de personas.”⁶

Zuinglio oyó en silencio estas explicaciones, y en contestación, después de haber expresado su gratitud por el honor que le habían conferido al haberle llamado á tan importante puesto, procedió á explicar el plan de trabajos que se había propuesto adoptar. “La vida de Jesús,” dijo, “ha estado demasiado tiempo oculta al pueblo. Me propongo predicar en particular sobre el evangelio según San Mateo, . . . ciñéndome únicamente á la fuente de la Sagrada Escritura, escudriñándola y comparándola con ella misma, buscando su inteligencia por medio de ardientes y constantes oraciones. Á la gloria de Dios, á la alabanza de su único Hijo, á la pura salvación de las almas, y á su instrucción á la verdadera fe, es á lo que consagraré mi ministerio.”⁶ Aunque algunos de los eclesiásticos desaprobaban este plan y se esforzaron en disuadirle de adoptarlo, Zuinglio se mantuvo firme. Declaró que no iba á introducir un método nuevo, sino el antiguo método empleado por la iglesia en lo pasado, en tiempos de mayor pureza religiosa.

Ya se había despertado el interés de los que escuchaban las verdades que él enseñaba, y el pueblo se reunía en gran número á oír la predicación. Muchos que desde hacía tiempo habían dejado de asistir á los oficios, se hallaban ahora entre sus oyentes. Empezó Zuinglio su ministerio abriendo los evangelios y leyendo y explicando á sus oyentes la inspirada narración de la vida, doctrina y muerte de Cristo. En Zurich, como en Einsiedeln, presentó la Palabra de Dios como la única autoridad infalible, y expuso la muerte de Cristo como el solo sacrificio completo. “Es á Jesu-Cristo,” dijo, “á quien deseo conducir; á Jesu-Cristo, verdadero manantial de salud.”⁶ En torno del predicador se reunían multitudes de

⁶ D'Aubigné, l. 8, cap. 6.

personas de todas las clases sociales, desde los estadistas y los estudiantes, hasta los artesanos y los campesinos. Escuchaban sus palabras con el más profundo interés. Él no proclamaba tan sólo la oferta de una salvación gratuita, sino que denunciaba sin temor los males y las corrupciones de la época. Muchos regresaban de la catedral dando alabanzas á Dios. “¡Este, decían, es un predicador de verdad! él será nuestro Moisés, para sacarnos de las tinieblas de Egipto.”¹

Pero, por más que al principio fuera su obra acogida con entusiasmo, vino al fin la oposición. Los frailes se propusieron estorbar su obra y condenar sus enseñanzas. Muchos le atacaron con burlas y sátiras; otros le lanzaron insolencias y amenazas. Empero Zuinglio todo lo soportaba con paciencia, diciendo: “Si queremos convertir á Jesu-Cristo á los malos, es menester cerrar los ojos á muchas cosas.”²

Por aquel tiempo un nuevo agente vino á dar impulso á la obra de la Reforma. Un amigo de ésta mandó á Zurich á un tal Luciano que llevaba consigo varios de los escritos de Lutero. Este amigo, residente en Basilea, había pensado que la venta de estos libros sería un poderoso auxiliar para la difusión de la luz. “Examinad,” dijo á Zuinglio en una carta, “si Luciano posee bastante prudencia y habilidad; si así es, mandadle de villa en villa, de lugar en lugar, y aun de casa en casa entre los suizos, con los escritos de Lutero, y en particular con la exposición de la oración dominical escrita para los seglares. Cuanto más conocido sea, tantos más compradores hallará.”³ De este modo se esparcieron los rayos de luz.

Cuando Dios se dispone á quebrantar las cadenas de la ignorancia y de la superstición, es cuando Satanás trabaja con mayor esfuerzo para sujetar á los hombres en las tinieblas, y para apretar aun más las ataduras que los tienen sujetos á su dominio. Luego que los hombres se levantaban en diferentes partes del país presentando al pueblo el perdón y la justificación por medio de la sangre de Cristo, Roma procedía con nueva energía á abrir su comercio por toda la cristiandad, ofreciendo el perdón á cambio de dinero.

¹ D'Aubigné, l. 8, cap. 6.

Cada pecado tenía su precio, y se otorgaba á los hombres licencia para cometer crímenes, con tal que no faltasen monedas en la tesorería de la iglesia. Y así es como seguían adelante dos movimientos,— uno que ofrecía el perdón de los pecados por dinero, y el otro que lo ofrecía por medio de Cristo,— Roma que daba licencia para pecar, haciendo de esto un recurso para acrecentar sus rentas, y los reformadores que condenaban el pecado y señalaban á Cristo como propiciación y Redentor.

En Alemania la venta de indulgencias había sido encomendada á los dominicos y era dirigida por el infame Tetzl. En Suiza el tráfico fué puesto en manos de los franciscanos, bajo el cuidado de un fraile italiano, llamado Samsón. Había éste prestado ya buenos servicios á la iglesia, habiendo asegurado grandes cantidades para el tesoro del papa, reunidas en Suiza y Alemania. Ahora cruzaba á Suiza, atrayendo á grandes multitudes, despojando á los pobres campesinos de sus escasas ganancias y ganando ricas ofrendas entre los ricos. Empero la influencia de la Reforma había logrado hacer disminuir, ya que no detener del todo, el tráfico de las indulgencias. Aun estaba Zuinglio en Einsiedeln cuando Samsón se presentó con su mercadería en una población vecina. Enterándose de su misión, el reformador trató inmediatamente de oponérsele. No se encontraron frente á frente, pero fué tan completo el éxito de Zuinglio al exponer las pretensiones del fraile, que éste se vió obligado á dejar aquel lugar y tomar otro rumbo.

En Zurich predicaba Zuinglio con ardor contra estos monjes traficantes en perdón, y cuando Samsón se acercó á dicha ciudad le salió al encuentro un mensajero enviado por el concejo, ordenándole que no entrara. Al fin, no obstante, logró introducirse, valiéndose de una estratagemas, pero á poco le despidieron sin que hubiese vendido ni un solo perdón y más tarde lo desterraron de Suiza.

Un fuerte impulso recibió la Reforma con la aparición de la plaga, ó la "gran mortandad," que barrió á Suiza en el año 1519. Viéndose los hombres cara á cara con la muerte, se convencieron de lo débil y miserable que eran los perdones

que habían comprado poco antes, y ansiaban tener un fundamento más seguro sobre el cual hacer descansar su fe. Zuínglio tomó el contagio en Zurich y se agravó de tal modo que quedó perdida toda esperanza de salvarle, circulando por todas partes el rumor de que había muerto. En aquella hora de prueba su valor y su esperanza no se inmutaron. Miraba con los ojos de la fe hacia la cruz del Calvario, confiando en Aquel que es del todo suficiente para hacer propiciación por los pecados. Cuando volvió á la vida después de haberse visto á las puertas del sepulcro, se dispuso á predicar el evangelio con más fervor que nunca antes, y sus palabras iban revestidas de nuevo poder. El pueblo dió la bienvenida con regocijo á su amado pastor que volvía de los umbrales de la muerte. Ellos mismos venían de atender á los enfermos y á los moribundos, y sintieron como jamás lo habían sentido el valor del evangelio.

Zuínglio había alcanzado ya un conocimiento más claro del contenido de éste y experimentaba mejor en sí mismo su poder regenerador. La caída del hombre y el plan de redención eran los asuntos de su constante meditación. “En Adán,” decía él, “todos somos muertos, hundidos en corrupción y en condenación.”^a Pero “Jesu-Cristo . . . nos ha dado una redención que no tiene fin. . . . Su muerte aplaca continuamente la justicia divina en favor de todos aquellos que se acogen á aquel sacrificio con fe firme y permanente.” Y explicaba que el hombre no podía disfrutar de la gracia de Cristo, si seguía en el pecado. “Donde se cree en Dios, allí está Dios; y donde está Dios, allí está el celo que induce á obrar bien.”^b

Creció tanto el interés en oír las predicaciones de Zuínglio, que la catedral se llenaba materialmente con las multitudes de oyentes que acudían á los servicios. Poco á poco, conforme á sus fuerzas, el predicador les exponía la verdad. Cuidaba de no introducir, desde el principio, puntos que les confundiesen y creasen en ellos prejuicios. Lo primero que procuró fué ganar sus corazones á las enseñanzas de Cristo para ablandarlos con su amor y hacerles tener siempre pre-

^a Wylie, l. 8, cap. 9.

^b D'Aubigné, l. 8, cap. 9.

sente su ejemplo; y tan pronto como hubieran recibido los principios del evangelio, sus creencias y sus prácticas supersticiosas se extinguirían indefectiblemente.

Paso á paso avanzaba la Reforma en Zurich. Alarmados los enemigos se levantaron en activa oposición. Un año antes el fraile de Wittenberg había lanzado su "No" al papa y al emperador en Worms, y ahora según todas las apariencias iba á suceder otro tanto en Zurich respecto á las exigencias del papa. Fueron dirigidos repetidos ataques contra Zuinglio. En los cantones papistas, de vez en cuando algunos discípulos del evangelio fueron entregados á la hoguera, pero esto no bastaba; el maestro de herejía debía ser amordazado. De acuerdo con el obispo de Constanza, tres diputados fueron mandados al concejo de Zurich, para acusar á Zuinglio de enseñar al pueblo á violar las leyes de la iglesia, trastornando de esta manera la paz y el buen orden de la sociedad. Añadían que si se menospreciaba la suprema autoridad de la iglesia, vendría como consecuencia una anarquía general. Zuinglio replicó que por cuatro años había estado predicando el evangelio en Zurich, "y que la ciudad estaba más tranquila que cualquiera otra ciudad de la confederación." "¿No es, por tanto, el cristianismo la mejor salvaguardia para la seguridad general?"¹⁰

Los disputados habían exhortado á los concejeros á que no abandonaran la iglesia, porque, fuera de ella, decían, no hay salvación. Zuinglio replicó: "¿Que esta acusación no os conmueva! El fundamento de la iglesia es aquella piedra de Jesu-Cristo, cuyo nombre dió á Pedro por haberle confesado fielmente. En toda nación el que cree de corazón en el Señor Jesús se salva. Fuera de esta iglesia, y no de la de Roma, es donde nadie puede salvarse."¹¹ Como resultado de la conferencia uno de los diputados del obispo se convirtió á la fe reformada.

El concejo se abstuvo de proceder contra Zuinglio, y Roma se preparó para un nuevo ataque. Cuando el reformador se vió amenazado por los planes de sus enemigos, exclamó: "¿Que vengan contra mí! Yo los temo lo mismo que un

¹⁰ Wylie, l. 8, cap. 11.

¹¹ D'Aubigné, l. 8, cap. 11.

peñasco escarpado teme las olas que se estrellan á sus pies.”¹² Los esfuerzos de los eclesiásticos sólo sirvieron para adelantar la causa que querían aniquilar. La verdad seguía cundiendo. En Alemania los adherentes que se hallaban debilitados por la desaparición inexplicable de Lutero, se animaron de nuevo al notar los progresos que alcanzaba el evangelio en Suiza.

Tan pronto como la Reforma quedó establecida definitivamente en Zurich, se vieron más claramente sus frutos en la supresión del vicio y en el dominio del orden y de la armonía. “La paz tiene su habitación en nuestro pueblo,” escribía Zuinglio; “no hay disputas, ni hipocresías, ni envidias, ni escándalos. ¿De dónde puede venir tal unión sino del Señor y de la doctrina que enseñamos, la cual nos colma de los frutos de la piedad y de la paz?”¹³

Las victorias obtenidas por la Reforma decidieron á los romanistas á hacer nuevos esfuerzos para dominarla. Viendo cuán poco habían logrado en la persecución al intentar el exterminio de la obra de Lutero en Alemania, determinaron atacar á la Reforma con sus mismas armas. Sostendrían una discusión con Zuinglio y conviniendo en el asunto del debate, ellos asegurarían por su parte el triunfo eligiendo no sólo el lugar en que se llevaría á efecto el acto, sino también los jueces que decidirían de parte de quién estaba la verdad. Y si lograban por una vez tener á Zuinglio entre sus manos, tendrían mucho cuidado de no soltarle. Una vez caído el jefe, todo el movimiento quedaría detenido. Este plan, por supuesto, se guardó oculto del modo más completo.

El punto señalado para el debate fué Baden, pero Zuinglio no concurrió. El concejo de Zurich, sospechando los designios de los papistas, y advertidos del peligro por las terribles piras que habían sido encendidas ya en los cantones papistas para los confesores del evangelio, no permitió que su pastor se expusiera al peligro. En Zurich estaba siempre listo para recibir á todos los partidarios de Roma que ésta pudiera enviar; pero, ir á Baden en donde hacía poco se había derramado la sangre de los mártires que daban así testimonio de la verdad, era lo mismo que exponerse á

¹² Wylie, l. 8, cap. 11.

¹³ *Idem*, l. 8, cap. 15.

una muerte segura. Ecolampadio y Haller fueron elegidos para representar á los reformadores, en tanto que el famoso doctor Eck, sostenido por un ejército de instruídos doctores y prelados, era el campeón de Roma.

Aunque no estaba presente Zuinglio en aquella conferencia, su influencia no dejó de sentirse en ella. Los secretarios todos fueron elegidos por los papistas, y á todos los demás se les prohibió que sacasen apuntes de la discusión, so pena de muerte. Á pesar de esto, Zuinglio recibía noticias cada día de todo cuanto se decía en Baden. Un estudiante que asistía al debate, sacaba en limpio sus apuntes todas las tardes, consignando cuantos argumentos habían sido presentados, y otros dos estudiantes se encargaban de llevar á Zuinglio estos papeles juntos con cartas de Ecolampadio. El reformador contestaba dando consejos y proponiendo ideas. Él mismo escribía sus cartas de noche y los estudiantes regresaban con ellas á Baden, por la mañana. Para burlar la vigilancia del guarda que estaba estacionado á las puertas de la ciudad, estos mensajeros llevaban en la cabeza sendos canastos con aves de corral, de modo que se les dejaba entrar sin inconveniente alguno.

De este modo sostuvo Zuinglio la batalla contra sus porfiados antagonistas: "Ha trabajado más," decía Miconius, "meditando y desvelándose, y transmitiendo sus opiniones á Baden, de lo que hubiera hecho disputando en medio de sus enemigos." "

Los romanistas, engreídos con el triunfo anticipado, habían llegado á Baden luciendo sus más ricas vestiduras y llevando sus brillantes joyas. Se regalaban á cuerpo de rey, cubrían sus mesas con las viandas más preciadas y delicadas y con los vinos más selectos. La carga de sus obligaciones eclesiásticas se la hacían más llevadera con los banquetes y con el fausto. En marcado contraste figuraban los reformadores, que les parecían al pueblo poco menos que una compañía de pordioseros, y cuyas comidas frugales les detenían poco tiempo á la mesa. El mesonero de Ecolampadio, que tenía ocasión de espiarlo en su habitación, lo veía siempre

¹⁴ D'Aubigné, "Histoire de la Réformation du seizième siècle,"
l. 11, cap. 13, pp. 444-449.

ocupado en el estudio ó en la oración y declaró muy admirado que el hereje era cuando menos “muy piadoso.”

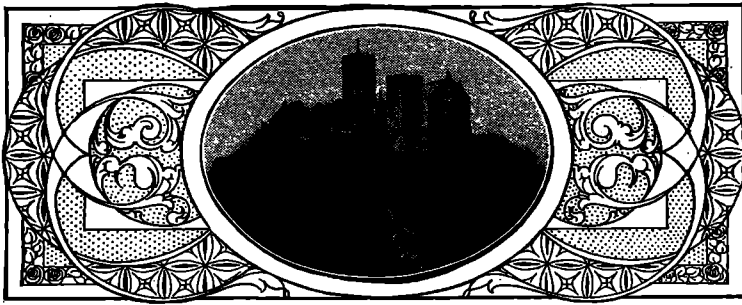
En la conferencia, “Eck subía orgullosamente á un púlpito soberbiamente decorado, en tanto que el humilde Ecolampadio, pobremente vestido, fué obligado á sentarse frente á su adversario en tosca plataforma.”¹⁵ La voz estentórea de aquél y la seguridad de que se sentía poseído, nunca le abandonaron. Su celo era estimulado tanto por la esperanza del oro como por la de la fama; por ser defensor de la fe iba á ser recompensado de seguro con una hermosa cantidad. Á falta de mejores argumentos, echaba mano de insultos y aun de blasfemias.

Ecolampadio, modesto y desconfiado de sí mismo, hizo acto de propia abnegación, entrando en la lid con esta solemne declaración: “No reconozco otra regla de juicio que la Palabra de Dios.”¹⁶ Si bien de carácter manso y de modales corteses no dejaba por eso de dar pruebas de pericia y de entereza de ánimo. En tanto que los romanistas, según su costumbre, apelaban como autoridad á las tradiciones de la iglesia, el reformador se adhería firmemente á las Escrituras. “En nuestra Suiza,” dijo, “las tradiciones carecen de fuerza á no ser que estén de acuerdo con la constitución; y, en asunto de fe, la Biblia es nuestra única constitución.”¹⁸

El contraste entre ambos contendientes no dejó de tener su efecto. La calma y la inteligente argumentación del reformador, el cual se expresaba con tan noble mansedumbre y modestia, impresionó á aquella gente que veía con disgusto las orgullosas pretensiones de Eck.

El debate se prolongó durante dieciocho días. Al terminarlo los papistas cantaron victoria con gran confianza, y la dieta declaró vencidos á los reformadores y merecedores todos ellos, con Zuinglio, su jefe, de ser separados de la iglesia. Pero los resultados de esta conferencia revelaron de qué parte estuvo el triunfo. El debate tuvo por consecuencia un gran impulso de la causa protestante, y no mucho después las importantes ciudades de Berna y Basilea se declararon en favor de la Reforma.

¹⁵ D'Aubigné, “Histoire de la Réformation du seizième siècle,”
l. 11, cap. 13, pp. 444-449.



PROGRESO DE LA REFORMA EN ALEMANIA — 10

LA misteriosa desaparición de Lutero llevó la consternación por Alemania entera, y por todas partes se hacían comentarios sobre su paradero. Circularon los más funestos rumores y muchos creían que había sido asesinado. Oíanse lamentos, no sólo por entre sus partidarios declarados, sino también entre millares de personas que aun no se determinaban resueltamente á declararse por la Reforma. Muchos se comprometían solemnemente á vengar su muerte.

Los principales jefes del romanismo vieron aterrorizados á qué grado había llegado á levantarse la animosidad contra ellos, y aunque al principio triunfaron con la supuesta muerte de Lutero, pronto desearon huir de la ira del pueblo. Los enemigos del reformador no sufrieron tanto con los atrevidos actos de éste cuando estaba entre ellos, como desde que se ocultara á su vista. Aquellos que en su rabia intentaran hacer desaparecer al arrojado reformador, estaban llenos de miedo ahora que él no era más que un indefenso cautivo. “El único medio de salir de este enredo,” dijo uno, “es encender nuestras antorchas é ir á buscar á Lutero por toda la tierra, hasta que podamos devolverle á la nación que desea tenerlo.”¹ El edicto del emperador parecía completamente ineficaz. Los legados del papa se llenaron de indignación al advertir que el edicto llamaba menos la atención que la suerte de Lutero.

Las noticias de que él estaba en salvo, aunque en calidad de preso, calmaron los temores del pueblo, si bien sirvieron

¹ D'Aubigné, l. 9, cap. 1, p. 7.



LUTERO EN EL CASTILLO DE WARTBURG

"Las noticias de que él estaba en salvo, aunque en calidad de preso, calmaron los temores del pueblo."

también para acrecentar el entusiasmo en su favor. Sus escritos eran leídos con más ansiedad que antes. Un número siempre creciente de amigos se unía á la causa del héroe que de un modo tan intrépido defendía la Palabra de Dios. La Reforma ganaba más y más fuerza. La semilla que Lutero había sembrado brotaba en todas partes. Su ausencia realizó una obra cual no la hubiera realizado su misma presencia. Hubo otros obreros que sintieron una nueva responsabilidad durante el tiempo en que su jefe les fuera quitado. Con nueva fe y ardor se propusieron fomentar aquella obra comenzada con tanta nobleza, y no permitir que nadie entorpeciera su marcha.

Satanás empero no estaba ocioso. Intentó hacer lo que ya había intentado en otros movimientos análogos de reforma, es decir, engañar y perjudicar al pueblo presentándole una falsificación en lugar de la obra verdadera. Así como hubo falsos cristianos en el primer siglo de la iglesia cristiana, así también se levantaron falsos profetas en el siglo XVI.

Unos cuantos hombres, afectados íntimamente por la agitación religiosa, se imaginaron haber recibido revelaciones especiales del cielo, y se dieron por designados divinamente para llevar adelante y á feliz término la obra de la Reforma, la cual, según ellos, había sido tan débilmente iniciada por Lutero. En realidad, lo que ellos hacían era echar á perder la obra que el reformador había realizado. Rechazaron el gran principio que era la única base de la Reforma, es á saber, que la Palabra de Dios es la regla perfecta de fe y práctica; y en lugar de tan infalible guía establecieron el deleznable é inseguro apoyo de sus propios sentimientos é impresiones. Y así, por haber despreciado al único y seguro destructor del engaño y de la falsedad, se le abrió camino á Satanás para que á su antojo dominase aquellos espíritus.

Uno de estos profetas pretendía haber sido instruído por el ángel Gabriel. Un estudiante que se le unió abandonó de allí á poco los estudios, declarando que él estaba investido de poder por Dios mismo para hacer exposiciones de su Palabra. Otros que estaban naturalmente inclinados al fa-

natismo se unieron con ellos. Los procederes de estos iluminados dieron lugar á no poca excitación. La predicación de Lutero había hecho sentir al pueblo en todas partes la necesidad de una reforma, y fué entonces cuando algunas personas de buena fe se dejaron extraviar por las pretensiones de los nuevos profetas.

Los cabecillas de este movimiento fueron á Wittenberg y expusieron sus exigencias á Melanchton y á sus colaboradores. Decían: "Somos enviados por Dios para enseñar al pueblo. Hemos conversado familiarmente con Dios, y por lo tanto, sabemos lo que ha de acontecer. Para decirlo en una palabra: somos apóstoles y profetas y apelamos al doctor Lutero."²

Los reformadores estaban atónitos y perplejos. Era éste un factor con que nunca habían tenido que habérselas y se hallaban sin saber qué partido tomar. Melanchton dijo: "Hay en verdad espíritus extraordinarios en estos hombres; pero ¿qué espíritus serán? . . . Por una parte debemos precavernos de contristar el Espíritu de Dios, y por otra, de ser seducidos por el espíritu de Satanás."²

Pronto se dió á conocer el fruto de toda esta enseñanza. El pueblo fué inducido á descuidar la Biblia ó á rechazarla del todo. Las escuelas se llenaron de confusión. Los estudiantes, despreciando todas las sujeciones, abandonaron sus estudios y se separaron de la universidad. Los hombres que se tuvieron á sí mismos por competentes para reavivar y dirigir la obra de la Reforma, lograron sólo arrastrarla á los dominios de la ruina. Los romanistas recuperaron entonces la confianza en sí mismos y exclamaban alegres: "Un esfuerzo más, y todo será nuestro."²

Al saber Lutero en la Wartburg lo que ocurría, dijo, con profunda consternación: "Siempre esperaba yo que Satanás nos mandara esta plaga."² Se dió cuenta del verdadero carácter de estos fementidos profetas y vió el peligro que amenazaba á la causa de la verdad. La oposición del papa y del emperador mismo no le habían sumido en la perplejidad y

² D'Aubigné, l. 9, cap. 7, pp. 70, 73, 76.

congoja que ahora experimentaba. De entre los mismos amigos declarados de la Reforma se habían levantado sus peores enemigos. Las mismas verdades que le habían producido tan profundo regocijo y consuelo eran para ellos medios para despertar pleitos y confusión en la iglesia.

En la obra de la Reforma, Lutero había sido impulsado por el Espíritu de Dios y llevado más allá de lo que pensara. No había tenido el propósito de tomar tales resoluciones ni de efectuar cambios tan radicales. Había sido solamente instrumento en manos del poder infinito. Decía en cierta ocasión: “Si yo supiera que mi doctrina hubiera dañado á un ser viviente por pobre y oscuro que hubiera sido,—lo que es imposible, pues ella es el mismo evangelio,—hubiera preferido mejor morir diez veces que negarme á retractarme.”^a

Y ahora hasta el mismo Wittenberg, el verdadero centro de la Reforma, caía rápidamente bajo el poder del fanatismo y de los desórdenes. Esta terrible situación no era efecto de las enseñanzas de Lutero; pero no obstante por toda Alemania sus enemigos se la achacaban á él. Con el ánimo deprimido preguntábase á veces á sí mismo: “¿Será posible que así remate la gran obra de la Reforma?”^a Y tan pronto como hubo debatido el asunto con Dios en la oración, volvió la paz á su alma. “La obra no es mía sino tuya,” decía él, “y no consentirás que se malogre por causa de la superstición ó del fanatismo.” El solo pensamiento de quedar apartado del conflicto en la hora suprema de la crisis, le era insoportable; de modo que determinó volver á Wittenberg.

Sin más tardar arriesgó el viaje. Se hallaba proscrito en todo el imperio. Sus enemigos tenían libertad para quitarle la vida, y los amigos tenían prohibición de protegerle. El gobierno imperial aplicaba las medidas más rigurosas contra sus adherentes, pero vió que peligraba la obra del evangelio, y en el nombre del Señor se adelantó sin miedo á combatir por la verdad.

En una carta que dirigió al elector, después de manifestar el propósito que alentaba de salir de la Wartburg, decía:

^a D’Aubigné, l. 9, cap. 7, p. 77.

“Sepa su alteza que me dirijo á Wittenberg bajo una protección más valiosa que la de príncipes y electores. No he pensado solicitar la ayuda de su alteza; y tan lejos estoy de impetrar vuestra protección, que yo mismo abrigo más bien la esperanza de protegeros á vos. Si supiese yo que su alteza querría ó podría tomar mi defensa, no iría á Wittenberg. Ninguna espada material puede adelantar esta causa. Dios debe hacerlo todo sin la ayuda ó la cooperación del hombre. El que tenga más fe será el que podrá presentar mejor defensa.”*

En una segunda carta que escribió, camino de Wittenberg, añadía Lutero: “Héme aquí, dispuesto á sufrir la reprobación de su alteza y el enojo del mundo entero. ¿No son los vecinos de Wittenberg mi propia grey? ¿No los encomendó Dios á mi cuidado? y ¿no deberé, si es necesario, dar mi vida por amor de ellos? Además, temo ver una terrible revuelta en Alemania, que ha de acarrear á nuestro país el castigo de Dios.”*

Con exquisita precaución y humildad, pero á la vez con decisión y firmeza, volvió Lutero á su trabajo. “Con la Biblia,” dijo, “debemos rebatir y echar fuera lo que logró imponerse por medio de la fuerza. Yo no deseo que se valgan de la violencia contra los supersticiosos y los incrédulos. . . . No hay que constreñir á nadie. La libertad es la esencia misma de la fe.”*

Pronto se supo por todo Wittenberg que Lutero había vuelto y que iba á predicar. El pueblo acudió de todas partes, al punto que no podía caber en la iglesia. Subiendo al púlpito, instruyó el reformador á sus oyentes; con notable sabiduría y mansedumbre los exhortó y los amonestó. Refiriéndose en su sermón á las medidas violentas de que alguien había echado mano para abolir la misa, dijo:

“La misa es una cosa mala. Dios se opone á ella. Debería abolirse, y yo desearía que en su lugar se estableciese en todas partes la santa cena del evangelio. Pero no apartéis de ella á nadie por la fuerza. Debemos dejar el asunto en manos de Dios. No somos nosotros los que hemos de obrar,

* D'Aubigné, l. 9, cap. 8, pp. 91, 93, 95.

sino su Palabra. Y ¿por qué? me preguntaréis. Porque los corazones de los hombres no están en mis manos como el barro en las del alfarero. Tenemos derecho de hablar, pero *no* tenemos derecho de obligar á nadie. Prediquemos, confiemos lo demás á Dios. Si me resuelvo á hacer uso de la fuerza, ¿qué conseguiré? Fingimientos, formalismo, ordenanzas humanas, hipocresía. . . . Pero en todo esto no se hallará sinceridad de corazón, ni fe, ni amor. Y donde falte esto, todo falta, y yo no daría ni una paja por celebrar una victoria de esta índole. . . . Dios puede hacer más mediante el mero poder de su Palabra que vosotros y yo y el mundo entero con nuestros esfuerzos unidos. Dios sujeta el corazón, y una vez sujeto, todo está ganado. . . .

“Estoy listo para predicar, alegar y escribir; pero á nadie constreñiré, porque la fe es un acto voluntario. Recordad todo lo que ya he hecho. Me encaré con el papa, combatí las indulgencias y á los papistas; pero sin violencia, sin tumultos. Expuse con claridad la Palabra de Dios; prediqué y escribí — esto es todo lo que hice. Y en tanto que yo me echo á dormir, . . . la Palabra que yo he predicado derriba al suelo el poderío del papa, de tal modo que ningún príncipe ni emperador le dió jamás tan tremendo golpe. Y sin embargo nada hice; la Palabra sola lo hizo todo. Si hubiese yo apelado á la fuerza, el suelo de Alemania habría sido tal vez inundado con sangre. ¿Pero cuál hubiera sido el resultado? La ruina y la destrucción del alma y del cuerpo. En consecuencia, me quedo quieto, y dejo que la Palabra se extienda á lo largo y á lo ancho de la tierra.”⁶

Por siete días consecutivos predicó Lutero á las ansiosas muchedumbres. La Palabra de Dios quebrantó la esclavitud del fanatismo. El poder del evangelio hizo volver á la antigua senda al pueblo que se había descarriado del camino de la verdad.

Lutero no deseaba verse con los fanáticos cuyas enseñanzas habían causado tan grave perjuicio. Harto los conocía por hombres de escaso juicio y de pasiones desordenadas, y que, pretendiendo ser iluminados directamente por el cielo,

⁶ D'Aubigné, l. 9, cap. 8, pp. 98-100.

no admitirían la más pequeña contradicción ni atenderían á un solo consejo ni á un solo cariñoso reproche. Arrogándose para sí mismos la suprema autoridad, exigían de todos que sin la menor resistencia, reconociesen los derechos de ellos. Pero como ellos solicitasen una entrevista con él, consintió en recibirlos; y denunció sus pretensiones con tanto éxito que los impostores se alejaron en el acto de Wittenberg.

El fanatismo quedó esta vez exterminado; pero pocos años después resucitó con mayores bríos y logró más desastrosos efectos. Respecto á los principales directores de este movimiento, dijo Lutero: “Para ellos las Sagradas Escrituras son letra muerta; todos gritan: ‘¡El Espíritu! ¡El Espíritu!’ Pero de seguro yo no quisiera ir á donde su espíritu los guía. ¡Plegue á Dios en su misericordia guardarme de pertenecer yo á una iglesia en la cual sólo se hallen santos! Deseo estar en comunión con los humildes, los débiles, los enfermos, todos los cuales conocen y sienten su pecado y suspiran y claman de continuo á Dios desde el fondo de sus corazones para que él los consuele y los sostenga.”^o

Tomás Munzer, el más activo de los fanáticos, era hombre de notable habilidad que de haber sido bien guiada, habría podido hacer mucho bien; pero desconocía aun los principios más rudimentarios de la verdadera religión. “Deseaba vehementemente reformar el mundo, olvidando, como otros muchos iluminados, que la reforma debía comenzar por él mismo.”^o Ambicionaba la posición y las influencias, y no quería ocupar un lugar bajo ni el del mismo Lutero. Declaraba que los reformadores al colocar la autoridad de la Escritura en substitución de la del papa, no hacían más que establecer una nueva forma de papado. Y él mismo pretendía estar divinamente comisionado para llevar á efecto la verdadera reforma. “El que tiene este espíritu,” decía Munzer, “posee la verdadera fe, aunque ni por una sola vez en su vida haya visto las Sagradas Escrituras.”^o

Los maestros del fanatismo se abandonaban al influjo de sus impresiones, considerando cada pensamiento y cada im-

^o D'Aubigné, l. 10, cap. 10, pp. 262, 263.

pulso como voz de Dios; en consecuencia, se fueron á los extremos. Algunos llegaron hasta quemar sus Biblias, exclamando: "La letra mata, el Espíritu es el que da vida." Las enseñanzas de Munzer apelaban á la afición del hombre á lo maravilloso, y de paso daban rienda suelta á su orgullo colocando en realidad las ideas y las opiniones de los hombres por encima de la Palabra de Dios. Millares de personas aceptaban sus doctrinas. Condenó el orden en el culto público y declaró que obedecer á los príncipes era querer servir á Dios y á Belial.

El pueblo que comenzaba á emanciparse del yugo del papado, tascaba el freno bajo las restricciones de la autoridad civil. Las enseñanzas revolucionarias de Munzer, con su pretendida divina aprobación, los condujo á sublevarse contra toda sujeción, abandonándose á sus prejuicios y á sus pasiones. Siguiéronse las más terribles escenas de sedición y escándalo, y los campos de Alemania se tiñeron en sangre.

La angustia de corazón que Lutero había experimentado hacía tanto tiempo en Erfurt, se apoderó de él nuevamente con redoblada fuerza al ver que los resultados del fanatismo eran considerados como efecto de la Reforma. Los príncipes papistas declaraban — y muchos estaban dispuestos á confirmar lo que decían — que la rebelión era fruto legítimo de las doctrinas de Lutero. Á pesar de que estos cargos carecían del más leve fundamento, no pudieron menos que causar honda pena al reformador. Parecíale por demás insoportable la idea de que se achacara tal desgracia á la causa de la verdad culpándola de tan grosero fanatismo. Por otra parte, los jefes de la revuelta odiaban á Lutero no sólo porque se había opuesto á sus doctrinas y porque les negaba la autorización divina, como lo pretendían, sino por haberlos presentado como rebeldes ante las autoridades civiles. En venganza ellos lo presentaron á él como un miserable lleno de pretensiones. Á él le parecía haberse atraído la enemistad tanto de los príncipes como del pueblo.

Los romanistas considerándose triunfantes, esperaban ser testigos de la ruina de la Reforma. y culpaban á Lutero de

los mismos errores que él mismo se afanara tanto en corregir. El partido de los fanáticos, haciéndose pasar por víctimas de injusticias, logró ganar la voluntad de una mayoría del pueblo, y, como sucede con frecuencia con los que se inclinan del lado del error, fueron pronto aquellos considerados como mártires. De esta manera los que desplegaran toda su energía en hacer oposición á la Reforma fueron considerados y admirados como víctimas de la crueldad y de la opresión. Tal era la obra del diablo, impulsada por el mismo espíritu de rebelión manifestado una primera vez en los cielos.

Satanás procura constantemente engañar á los hombres y les hace llamar pecado á lo que es bueno, y bueno á lo que es pecado. ¡Cuán afortunada no fué su obra! ¡Cuántas veces no se critica y se censura á menudo á los siervos fieles de Dios porque permanecen firmes en defensa de la verdad! Los hombres que no son más que agentes de Satanás reciben alabanzas y lisonjas y hasta pasan por mártires, en tanto que los otros que deberían ser considerados y sostenidos por su fidelidad á Dios, son abandonados y objeto de sospecha y de desconfianza.

La falsa piedad y la falsa santificación siguen haciendo su obra de engaño. Bajo diversas formas deja ver el mismo espíritu que la caracterizara en días de Lutero, apartando á las mentes de las Escrituras, é induciendo á los hombres á seguir sus propios sentimientos é impresiones más bien que á rendir obediencia á la ley de Dios. Este es uno de los más infalibles inventos de Satanás para desprestigiar la pureza y la verdad.

Denodadamente defendió Lutero el evangelio de los ataques que se le dirigían por todas partes. La Palabra de Dios probó ser una arma poderosa en cada conflicto. Con esa Palabra combatió él contra la usurpada autoridad del papa y contra la filosofía racionalista de los escolásticos, á la vez que se mantenía firme como una roca contra el fanatismo que pretendía aliarse con la Reforma.

Cada uno de estos elementos de oposición se encontraba en su propio camino al dejar á un lado las Sagradas Escri-

turas y exaltar la sabiduría humana como el gran recurso para el conocimiento de la verdad religiosa. El racionalismo hace un ídolo de la razón, y la constituye como criterio religioso. El romanismo, al pretender que su soberano pontífice dispone de una inspiración que se remonta hasta los apóstoles en línea recta, y que permanece infalible al través de los tiempos, da amplia oportunidad para toda clase de extravagancias y de adulteraciones que se ocultan bajo la santidad del mandato apostólico. La inspiración á que pretenden Munzer y sus colegas no procedía sino de los caprichos de su imaginación y no de otra fuente, y su influencia era rehacia á toda autoridad, humana ó divina. El cristianismo recibe la Palabra de Dios como el gran depósito del tesoro de la verdad inspirada y la prueba de toda inspiración.

Á su regreso de la Wartburg, terminó Lutero su traducción del Nuevo Testamento y no tardó el evangelio en ser ofrecido al pueblo de Alemania en su propia lengua. Esta versión fué recibida con agrado por todos los amigos de la verdad, pero fué vilmente desechada por los que preferían dejarse guiar por las tradiciones y los mandamientos de los hombres.

Se alarmaron los sacerdotes al pensar que el vulgo iba á ser capaz de discutir con ellos los preceptos de la Palabra de Dios y que la ignorancia de ellos mismos iba á quedar á la vista de todos. Las armas carnales de su raciocinio eran impotentes contra la espada del Espíritu. Roma puso en juego toda su autoridad para impedir la circulación de las Santas Escrituras, pero los decretos, los anatemas y el mismo tormento eran inútiles. Cuanto más se condenaba y prohibía la Biblia, mayor era el afán del pueblo por conocer lo que ella enseñaba. Todos los que sabían leer deseaban con ansia estudiar la Palabra de Dios por sí mismos. La llevaban consigo, la leían y releían, y no estaban satisfechos sino hasta que se sabían grandes trozos de ella de memoria. Viendo la buena voluntad con que acogieron el Nuevo Testamento, Lutero dió comienzo á la traducción del Antiguo, publicándola por partes conforme las iba terminando.

Sus escritos tenían aceptación en la ciudad y en las aldeas. “Lo que Lutero y sus amigos escribían, otros se encargaban de esparcirlo por todas partes. Los monjes que habían sido guiados á reconocer el carácter ilegítimo de las obligaciones monacales, deseosos de cambiar su vida de indolencia por una de actividad, pero sintiéndose á la vez muy incapaces de proclamar por sí mismos la Palabra de Dios, cruzaban las provincias, vendiendo los escritos de Lutero y de sus colegas. Al poco tiempo Alemania pululaba con estos intrépidos colportores.”⁷

Estos escritos eran estudiados con profundo interés por ricos y pobres, por letrados é ignorantes. De noche, los maestros de las escuelas rurales los leían en alta voz á pequeños grupos que se reunían al amor de la lumbre. Cada esfuerzo que en este sentido se hacía era recompensado con la ganancia de una alma á la verdad y con la seguridad de que esta alma comunicaría á su vez las buenas nuevas á otras.

Así se cumplieron las palabras inspiradas: “La entrada de tus palabras alumbrá; á los simples les da inteligencia.”⁸ El estudio de las Sagradas Escrituras estaba operando un cambio notable en las mentes y en los corazones del pueblo. El dominio papal les había impuesto un yugo férreo que les mantenía en la ignorancia y en la degradación. Conservaban una observancia escrupulosa de fórmulas, pero en todos los servicios religiosos la mente y el corazón tomaban parte muy pequeña. La predicación de Lutero, al exponer las sencillas verdades de la Palabra de Dios, y la Palabra misma, al ser puesta en manos del pueblo, despertaron sus facultades aletargadas, no solamente purificando y ennobleciendo la naturaleza espiritual, sino dando nuevas fuerzas y vigor á la inteligencia.

Veíanse á personas de todas las clases sociales defender, con la Biblia en la mano, las doctrinas de la Reforma. Los papistas que habían abandonado el estudio de las Sagradas Escrituras á los sacerdotes y á los monjes, los llamaron para que viniesen en su auxilio á refutar las nuevas enseñanzas.

⁷ D'Aubigné, l. 9, cap. 11, p. 152.

⁸ Salmo 119:130.

Empero, ignorantes de las Escrituras y del poder de Dios, monjes y sacerdotes fueron completamente derrotados por los mismos que ellos tachaban de herejes y de indoctos. “Desgraciadamente,” decía un escritor católico, “Lutero ha persuadido á sus correligionarios de que su fe debe fundarse solamente en la Santa Escritura.”^o Las multitudes se congregaban para escuchar la verdad que defendían estos hombres de poca ilustración y que se atrevían á discutir con teólogos instruídos y elocuentes. La vergonzosa ignorancia de estos grandes hombres salió á relucir tan luego como sus argumentos se desvanecieron ante las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios. Los hombres de trabajo, los soldados y hasta los niños, estaban más familiarizados con las enseñanzas de la Biblia que los sacerdotes y los sabios doctores.

El contraste entre los discípulos del evangelio y los secuaces de las supersticiones papistas no era menos marcado entre los estudiantes que entre las masas populares. “En oposición á los antiguos sostenedores del clero enemigo del estudio de los idiomas y de la literatura, . . . levantábanse jóvenes de mente privilegiada, muchos de los cuales se consagraron al estudio de las Escrituras, y se familiarizaron con los tesoros de la literatura antigua. Dotados de rápida percepción, de almas elevadas y de corazones intrépidos, pronto llegaron á alcanzar estos jóvenes tanta competencia, que durante mucho tiempo nadie se atrevía á hacerles frente. . . . De manera que en concursos públicos en que estos jóvenes campeones de la Reforma se encontraban con doctores papistas, los atacaban con tanta facilidad y confianza que ponían de manifiesto la estupidez de éstos y los exponían al desprecio de todos.”^o

Cuando el clero se dió cuenta de que iba menguando el número de los congregantes, invocó la ayuda de los magistrados, y por todos los medios á su alcance procuró atraer nuevamente á sus oyentes. Empero el pueblo había hallado en las nuevas enseñanzas lo que daba satisfacción á las necesidades de sus almas, y se había apartado para siempre de

^o D'Aubigné, l. 9, cap. 11, pp. 149, 150.

aquellos que por tanto tiempo le alimentaran con las cáscaras vacías de los ritos supersticiosos y de las tradiciones de los hombres.

Cuando la persecución ardía contra los predicadores de la verdad, ponían éstos en práctica las palabras de Cristo: "Cuando pues os persiguieren en una ciudad, huid á otra."¹⁰ La luz penetraba en todas partes. Los fugitivos hallaban por doquier puertas hospitalarias que les eran abiertas, y allí donde vivían, predicaban á Cristo, á veces en la iglesia, ó, si se les negaba ese privilegio, en casas particulares ó al aire libre. Cualquier sitio en que hallaban un oyente se convertía en templo. La verdad, proclamada con tanta energía y fidelidad, se extendió con irresistible poder.

En vano se mancomunaban las autoridades civiles y eclesiásticas para detener el avance de la herejía. Inútilmente apelaron á la cárcel, al tormento, al fuego y á la espada. Millares de creyentes sellaban su fe con su sangre, y la obra seguía su camino. La persecución no sirvió sino para hacer cundir la verdad, y el fanatismo con que Satanás intentara unirla, sirvió para hacer resaltar aun más el contraste entre la obra de Satanás y la de Dios.

¹⁰ S. Mateo 10:23.





LA PROTESTA DE LOS PRÍNCIPES—11

UNO de los testimonios más nobles dados en pro de la Reforma, fué la protesta presentada por los príncipes cristianos de Alemania, ante la dieta de Spira, el año 1529. El valor, la fe y la entereza de aquellos hombres de Dios, aseguraron para las edades futuras la libertad de pensamiento y la libertad de conciencia. Esta protesta dió á la iglesia reformada el nombre de protestante, siendo sus principios “la verdadera esencia del protestantismo.”¹

Había llegado para la causa de la Reforma un período obscuro y amenazante. Á despecho del edicto de Worms, que colocaba á Lutero fuera de la ley, y que prohibía la enseñanza y la profesión de sus doctrinas, la tolerancia religiosa había prevalecido en el imperio. La providencia de Dios contuvo las fuerzas que se opusieran á la verdad. Esforzábbase Carlos V por aniquilar la Reforma, pero muchas veces, al intentar dañarla, se veía obligado á desviar el golpe. Cada vez se hacía más inminente el peligro de inmediata destrucción que amenazaba á los que se atrevían á oponerse á Roma; pero, al llegar el momento más crítico, aparecían los ejércitos de Turquía en las fronteras del oriente, ó bien el rey de Francia ó el papa mismo, celoso de la grandeza del emperador, le hacían la guerra; y de esta manera, entre el tumulto y la riña de las naciones se dejó á la causa de la Reforma extenderse y tomar fuerza.

Por último, los soberanos papistas pusieron tregua á sus contiendas para hacer causa común contra los reformadores.

¹ D'Aubigné, l. 13, cap. 6, p. 92

La dieta de Spira en 1526 concedía á cada estado plena libertad en los asuntos religiosos, hasta tanto que se reuniese un concilio general; pero no bien habían desaparecido los peligros que aseguraban esta concesión, cuando el emperador convocó una segunda dieta en Spira, en 1529, con el fin de aplastar la herejía. Tenía el propósito de inducir á los príncipes, en cuanto fuera posible, valiéndose de medios pacíficos, á que se declararan contra la Reforma, pero si esto no se conseguía por tales medios, Carlos estaba dispuesto á echar mano de la espada.

Los papistas se consideraban triunfantes. Se presentaron en gran número en Spira y manifestaron abiertamente sus sentimientos hostiles para con los reformadores y para con todos los que les favorecían. Decía Melancton: "Nosotros somos la escoria y la basura del mundo, mas Dios proveerá por sus pobres hijos y cuidará de ellos."² Á los príncipes evangélicos que asistieron á la dieta se les prohibió que se predicara el evangelio en sus residencias, pero la gente de Spira estaba sedienta de la Palabra de Dios y, no obstante dicha prohibición, muchos acudían á los cultos que se celebraban en la capilla del elector de Sajonia.

Esto precipitó la crisis. Una comunicación imperial anunció á la dieta que habiendo originado graves desórdenes la autorización que concedía la libertad de conciencia, el emperador mandaba que fuese suprimida. Este acto arbitrario excitó la indignación y la alarma de los cristianos evangélicos. Uno de ellos dijo: "Cristo ha caído de nuevo en manos de Caifás y de Pilato." Los romanistas se volvieron más intransigentes. Un hipócrita papista dijo: "Los turcos son mejores que los luteranos; porque los turcos observan los días de fiesta y los luteranos los profanan. Si hemos de escoger entre las Sagradas Escrituras de Dios y los antiguos errores de la iglesia, tenemos que rechazar aquéllas." Melancton decía: "Cada día, Faber, en plena asamblea, arroja una piedra más contra los evangélicos."²

La tolerancia religiosa había sido implantada legalmente, y los estados evangélicos resolvieron oponerse á que sus de-

² D'Aubigné, l. 13, cap. 5, pp. 80, 81.

rechos fueran pisoteados. Á Lutero que se hallaba todavía bajo los efectos de la pena que le fuera impuesta por el edicto de Worms, no le fué permitido presentarse en Spira, pero fué representado por sus colaboradores y los príncipes que Dios había suscitado en defensa de su causa en aquel trance. El ilustre Federico de Sajonia, antiguo protector de Lutero, había sido arrebatado por la muerte, pero el duque Juan, su hermano y sucesor, había saludado la Reforma con gran gozo, y con ser hombre de paz no dejó de desplegar gran energía y celo en todo lo que se relacionaba con los intereses de la fe.

Los sacerdotes pidieron que los estados que habían aceptado la Reforma se sometieran implícitamente á la jurisdicción de Roma. Por su parte, los reformadores exigían la libertad que previamente se les había otorgado. No podían consentir en que Roma volviera á tener bajo su dominio aquellos estados que habían recibido con tanto regocijo la Palabra de Dios.

Finalmente se llegó al convenio de que en los lugares en donde la Reforma no había sido establecida, el edicto de Worms fuera reforzado con todo rigor, y de que “en los lugares en que el pueblo se había apartado de él y donde no podían conformarse á él sin peligro de levantamiento, no se introduciría por lo menos ninguna nueva reforma, ni se predicaría sobre puntos que se prestasen á disputas, ni se haría oposición á la celebración de la misa, ni se permitiría que los católicos romanos abrazaran las doctrinas de Lutero.”³ La dieta aprobó esta medida con gran satisfacción por parte de los sacerdotes y prelados del papa.

De haber dado fuerza á este edicto, “la Reforma no hubiera podido extenderse . . . en los puntos á donde no había llegado todavía, ni podía siquiera afirmarse . . . en los países en que se había extendido.”³ Quedaba suprimida la libertad de hablar en público y de realizar conversiones. Y á estas restricciones y prohibiciones los amigos de la Reforma eran requeridos de someterse. Las esperanzas del mundo parecían estar á punto de ser extinguidas. “El res-

³ D'Aubigné, I. 13, cap. 5, pp. 82, 83.

tablecimiento de la jerarquía papal . . . volvería á despertar inevitablemente los antiguos abusos," y pronto se presentaría oportunidad para "acabar con una obra que ya había sido atacada tan violentamente" por el fanatismo y la disensión.*

Cuando el partido evangélico se reunió para conferenciar, los miembros se miraban unos á otros con manifiesto desaliento. Todos se preguntaban unos á otros: "¿Qué hacer?" Grandes consecuencias para el porvenir del mundo hallábanse en tela de juicio. "¿Deberían someterse los jefes de la Reforma y acatar el edicto? ¿Cuán fácil hubiera sido para los reformadores de aquella hora, angustiada en extremo, tomar por un sendero errado! ¿Cuántos excelentes pretextos y hermosas razones no hubieran podido alegar para presentar como necesaria la sumisión! Á los príncipes luteranos se les garantizaba el libre ejercicio de su culto. El mismo favor se hacía extensivo á sus súbditos que con anterioridad al edicto, hubiesen abrazado la fe reformada. ¿No podían contentarse con esto? ¿De cuántos peligros no les hubiera librado su sumisión! ¿Á cuántos sinsabores y conflictos no les iba á exponer su oposición! ¿Quién sabía qué oportunidades no les traería el porvenir? Abracemos la paz; aceptemos el ramo de olivo que nos brinda Roma, y restañemos las heridas de Alemania. Con argumentos como éstos hubieran podido los reformadores cohonestar su sumisión y entrar en el sendero que infaliblemente y en tiempo no lejano, hubiera dado al traste con la Reforma.

"Felizmente para ellos que descubrieron el principio sobre el cual estaba basado el acuerdo, y que obraron por fe. ¿Cuál era ese principio? Era el derecho de Roma de coartar la libertad de conciencia y prohibir la libre investigación. Pero ¿no había quedado estipulado que ellos y sus súbditos protestantes gozarían libertad religiosa? — Sí, pero como un favor, consignado en el acuerdo, pero no como un derecho. En cuanto á los demás á quienes afectaba la disposición, el gran principio de autoridad era la ley de la iglesia; la conciencia no podía apelar, Roma era el juez infalible á quien habría que obedecer. La aceptación de semejante convenio hubiera equi-

* D'Aubigné, l. 13, cap. 5, p. 83.

valido á la mera aceptación de que la libertad religiosa debía ser limitada á la Sajonia reformada, pero para el resto de la cristiandad la libre investigación y la profesión de la fe reformada iban á ser consideradas como crímenes que deberían purgarse en el calabozo ó en el patíbulo. ¿Se resignarían ellos á ver así localizada la libertad religiosa? ¿Declararían con esto que la Reforma había hecho ya su último convertido y conquistado su última pulgada de terreno? ¿Se conformarían con que en las regiones donde Roma dominaba entonces debería perpetuarse su dominio? ¿Podrían confesar los reformadores que eran inocentes de la sangre de aquellos centenares y miles de luchadores que, perseguidos por semejante edicto, tendrían que sucumbir en los países dominados por el papa? Esto hubiera bastado para hacer traición en aquella hora suprema á la causa del evangelio y á las libertades de la cristiandad.”⁶ Más bien “lo sacrificarían ellos todo, hasta sus posesiones, sus títulos y sus propias vidas.”⁶

“Rechacemos este decreto,” dijeron los príncipes. “En asuntos de conciencia no es la mayoría la que puede más.” Declararon los diputados: “Es al decreto de 1526 al que debemos la paz de que disfruta el imperio: su abolición llenaría á Alemania de molestias y facciones. Es incompetente la dieta para hacer más que conservar la libertad religiosa hasta tanto que se reúna un concilio general.”⁶ Protejer la libertad de conciencia es un deber del estado, y este es el límite de su autoridad en materia de religión. Todo gobierno secular que comete el atentado de imponer leyes á un culto ó de introducir en él modificaciones por medio de la autoridad civil, sacrifica precisamente el principio por el cual combaten tan noblemente los cristianos evangélicos.

Los papistas determinaron concluir con lo que llamaban ellos una “atrevida obstinación.” Empezaron por empeñarse en sembrar disensiones entre los que sostenían la causa de la Reforma, y por intimidar á aquellos que todavía no se habían declarado abiertamente por ella. Los representantes de las ciudades libres fueron citados á comparecer ante la dieta y

⁶ Wylie, l. 9, cap. 15.

⁶ D'Aubigné, l. 13, cap. 5, p. 84.

se les exigió que declarasen si accederían á las condiciones del edicto. Contestaron ellos pidiendo que se les diera tiempo para contestar, lo que no les fué concedido. Al llegar el momento en que cada cual debía dar su opinión personal, casi la mitad de los circunstantes se declararon por los reformadores. Los que así se negaron á sacrificar la libertad de conciencia y el derecho de hacer uso del juicio individual, harto sabían que su actitud les acarrearía las críticas, la condenación y la persecución. Uno de los delegados dijo: “Debemos elegir una de estas dos cosas: negar la Palabra de Dios ó — ser quemados.”¹

El rey Fernando, representante del emperador ante la dieta, vió que el decreto causaría serios disturbios, de no ser acatado y defendido por los príncipes. En vista de esto, apeló al arte de la persuasión, conociendo bien que emplear la fuerza contra semejantes hombres no tendría más resultado que confirmarlos más en sus determinaciones. “Suplicó á los príncipes que aceptasen el decreto, asegurándoles que este acto llenaría de regocijo al emperador.” Pero estos hombres tan leales reconocían una autoridad superior á todos los gobernantes de la tierra, y contestaron con toda calma: “Nosotros obedeceremos al emperador en todo aquello que contribuya á mantener la paz y la gloria de Dios.”²

Finalmente manifestó el rey al elector y á sus amigos en presencia de la dieta que el edicto “iba á ser promulgado como decreto imperial,” y que “lo único que les quedaba era someterse á la decisión de la mayoría.” Después de haberse expresado de este modo, salió de la asamblea, sin dar oportunidad á los reformadores para discutir ó replicar. “En vano éstos le mandaron mensajeros instándole á que volviera.” Á las remonstraciones de ellos, sólo contestó: “Es asunto concluído; no queda más que la sumisión.”³

El partido imperial estaba convencido de que los príncipes cristianos se apegarían á las Santas Escrituras como á algo superior á las doctrinas y á los mandatos de los hombres; sabían también que allí donde se adoptara esta actitud, el

¹ D'Aubigné, l. 13, cap. 5, pp. 85, 86, 87.

papado sería finalmente derribado. Pero, como millares desde entonces que sólo miran “las cosas que se ven,” se lisonjearon de que la causa del emperador y del papa quedaba firme, y muy débil la de los reformadores. Si éstos hubieran dependido solamente de agentes humanos, habrían resultado tan impotentes como los suponían los papistas. Pero aunque débiles en número, y en desacuerdo con Roma, tenían fuerza propia. Apelaban “de las decisiones de la dieta á la Palabra de Dios, y del emperador Carlos á Jesu-Cristo, Rey de reyes y Señor de señores.”*

Como Fernando se negara á dar importancia á las convicciones de los príncipes, decidieron éstos no hacer caso de su ausencia, sino presentar sin demora su protesta ante el concilio nacional. Formulóse en consecuencia la siguiente declaración que fué presentada á la dieta:

“Protestamos por medio de este manifiesto, ante Dios, nuestro único Creador, Conservador, Redentor y Salvador, y que un día será nuestro Juez, como también ante todos los hombres y todas las criaturas, y hacemos presente, que nosotros, en nuestro nombre, y por nuestro pueblo, no daremos nuestro consentimiento ni nuestra adhesión de manera alguna al propuesto decreto, en todo aquello que sea contrario á Dios, á su santa Palabra, á los derechos de nuestra conciencia, ó á la salvación de nuestras almas.”

“¡Cómo! ¿Ratificar nosotros este edicto? No podemos admitir que cuando el Dios todopoderoso llame á un hombre á su conocimiento, no se le permita abrazar este conocimiento divino.” “No hay doctrina verdadera sino la que esté conforme con la Palabra de Dios. . . . El Señor prohíbe la enseñanza de cualquiera otra doctrina. . . . Las Santas Escrituras deberían explicarse con otros textos más claros; . . . este santo Libro es en todo cuanto es necesario al cristiano, de fácil interpretación, y propio para suministrar luces. Estamos resueltos, por la gracia divina, á mantener la predicación pura y exclusiva de la Palabra de Dios sola, tal como la contienen los libros bíblicos del Antiguo y Nuevo Testamento,

* D'Aubigné, l. 13, cap. 6, p. 87.

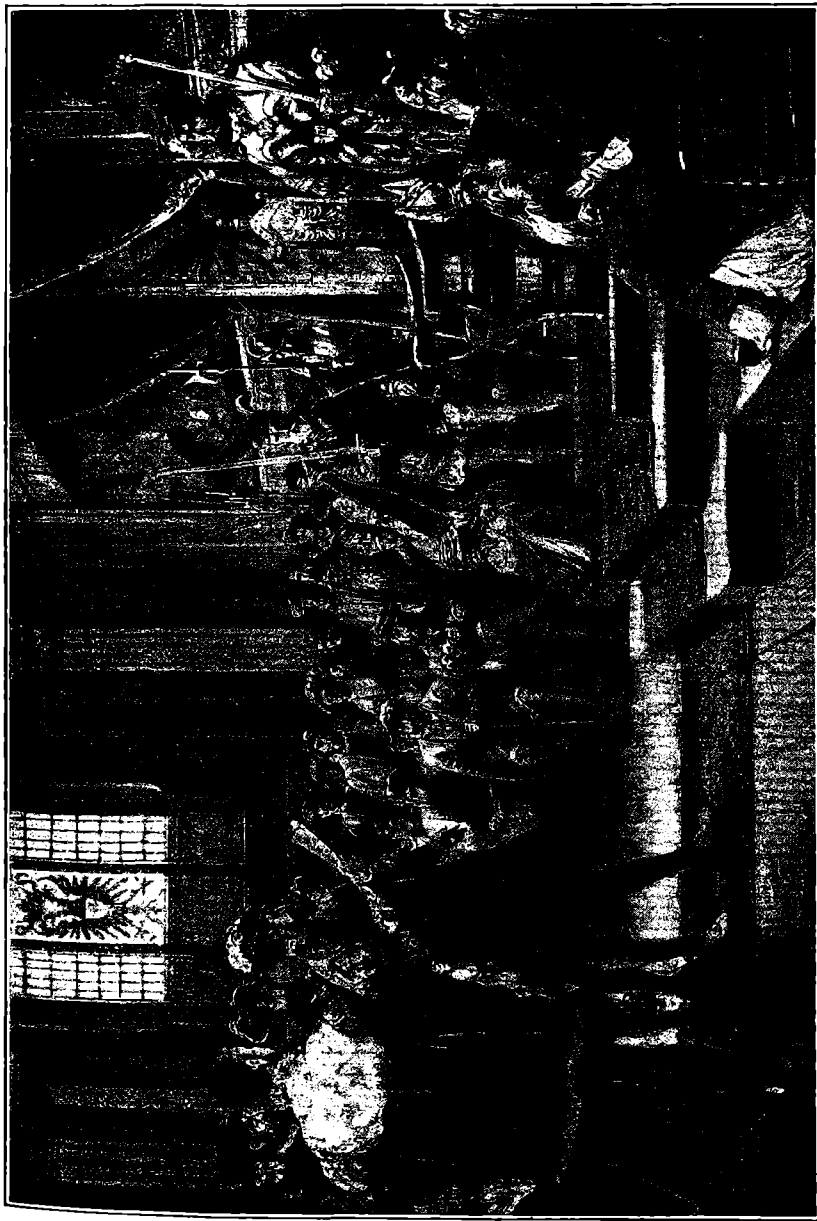
sin alteraciones de ninguna especie. Esta Palabra es la única verdad; es la regla segura de nuestra doctrina y de nuestra vida, y no puede faltar ni engañarnos. El que edifica sobre este fundamento estará firme contra todos los poderes del infierno, mientras que todas las vanidades con que pretendan detenerlo caerán ante la presencia de Dios.”

“Por tanto, rechazamos el yugo que se nos impone.” “Al mismo tiempo esperamos que su majestad imperial se portará con nosotros como príncipe cristiano que ama á Dios sobre todas las cosas, y declaramos que estamos dispuestos á prestarle á él lo mismo que á vos, graciosos y dignísimos señores, todo el afecto y la obediencia que creemos deberos en justicia.”⁹

Este acto produjo honda impresión en el ánimo de la dieta. La mayoría de ella se vió sorprendida y alarmada ante el arrojó de los que suscribían semejante protesta. El porvenir se presentaba incierto y proceloso. Las disensiones, el combate y el derramamiento de sangre parecían inevitables. Pero los reformadores, firmes en la justicia de su causa, y entregándose en brazos del Omnipotente, se sentían “fuertes y animosos.”

“Los principios contenidos en esta célebre protesta . . . constituyen la esencia misma del protestantismo. Ahora bien, esta protesta se opone á dos abusos del hombre en materias de fe: el primero es la intervención del magistrado civil, y el segundo la autoridad arbitraria de la iglesia. En lugar de estos dos abusos, el protestantismo sobrepone la autoridad de la conciencia á la del magistrado, y la de la Palabra de Dios á la de la iglesia visible. En el primer punto niega la competencia del poder civil en asuntos de religión y dice con los profetas y apóstoles: ‘*Debemos abedecer á Dios antes que á los hombres.*’ Á la corona de Carlos V sobrepone la de Jesu-Cristo. Es más: sienta el principio de que toda enseñanza humana debe subordinarse á los oráculos de Dios.”⁹ Los protestantes afirmaron además el derecho que les asistía para expresar libremente sus convicciones tocante á la verdad. Anhelaban no solamente creer y obedecer, sino también en-

⁹ D'Aubigné, l. 13, cap. 6, pp. 90-92, 93.



Copyrighted

LECTURA DE LA PROTESTA EN LA DIETA DE SPIRA

"No hay doctrina verdadera sino la que esté conforme con la palabra de Dios."

señar lo que contienen las Santas Escrituras, y negaban el derecho del sacerdote ó del magistrado para intervenir en asuntos de conciencia. La protesta de Spira era un solemne testimonio contra la intolerancia religiosa y una declaración en favor del derecho que asiste á todos los hombres para adorar á Dios según el dictado de sus propias conciencias.

El acto estaba consumado. Grabado quedaba en la memoria de millares de hombres y consignado en las crónicas del cielo, de donde ningún esfuerzo humano podía arrancarla. Toda la Alemania evangélica hizo suya la protesta como expresión de su fe. Por todas partes la consideraban como prenda de una era nueva y más halagüeña. Uno de los príncipes expresó así ante los protestantes de Spira: “Que el Todopoderoso, que os ha concedido la gracia para que le confeséis enérgicamente, con libertad y denuedo, se digne conservaros en esta firmeza cristiana hasta el día de la eternidad.”¹⁰

Si la Reforma, después de alcanzado tan notable éxito, hubiese contemporizado con el mundo para contar con su favor, habría engañado á Dios y se habría engañado á sí misma, y hubiera asegurado su propia ruina. La experiencia de aquellos nobles reformadores encierra una lección para todas las edades de lo porvenir. No ha cambiado en nada el modo en que trabaja Satanás contra Dios y contra su Palabra; hoy día como en el siglo XVI su oposición á las Escrituras reconocidas como guía de la vida es la misma. En la actualidad mucho se han apartado los hombres de sus doctrinas y preceptos, haciéndose muy necesario volver al gran principio protestante — la Biblia, únicamente la Biblia, como regla de la fe y del deber. Satanás no deja de valerse de todos los medios para borrar la libertad religiosa. El mismo poder anticristiano que rechazaron los protestantes de Spira procura ahora, con redoblado esfuerzo, restablecer su perdida supremacía. La misma adhesión incondicional á la Palabra de Dios tal cual se hizo notoria en los días tan críticos de la Reforma del siglo XVI, es la única esperanza de una reforma en nuestros días.

¹⁰ D'Aubigné, l. 13, cap. 6, p. 96.

Aparecieron señales precursoras de peligros para los protestantes, juntamente con otras que indicaban que la mano divina se aprestaba para proteger á los fieles. Por aquel entonces fué cuando "Melanchton llevó como á escape á su amigo Simón Gryneo por las calles de Spira, rumbo al Rin, y le instó á que cruzase el río sin demora. Admirado Gryneo, deseaba saber el motivo de tan repentina fuga. Contestóle Melanchton: 'Un anciano de aspecto augusto y venerable, pero que me es desconocido, se me apareció y me dió la noticia de que en un minuto los agentes de la justicia iban á ser despachados por Fernando para arrestar á Gryneo.'"

Durante el día, Gryneo se había escandalizado al oír un sermón de Faber, prominente doctor papista, terminado el cual le reconvinó por haber defendido "ciertos errores detestables." Faber disimuló su enojo, pero inmediatamente se dirigió al rey y obtuvo de él una orden de arresto contra el importuno profesor de Heidelberg. Á Melanchton no le cabía duda de que Dios había salvado á su amigo enviando á uno de sus santos ángeles para avisarle del peligro.

"Melanchton permaneció en la ribera del río hasta que las aguas mediaran entre su amado amigo y aquellos que le buscaban para quitarle la vida. Así que le vió en salvo, en la ribera opuesta, exclamó: 'Ya está fuera del alcance de las garras de los que tienen sed de su sangre inocente.' De regreso en su casa, se le dijo á Melanchton que unos emisarios habían estado buscando á Gryneo registrándolo todo de arriba abajo." "

La Reforma iba á ser llevada á mayor prominencia ante los poderosos de la tierra. El rey Fernando se había negado á oír á los príncipes evangélicos, pero se les iba á conceder á estos la oportunidad de llevar su causa ante el emperador y ante los dignatarios congregados del estado y de la iglesia. Para quitar las disensiones que perturbaban al imperio, Carlos V, un año después de la protesta de Spira, convocó una dieta en Augsburgo, manifestando que él mismo la presidiría en persona. Y á ella fueron convocados los jefes de la causa protestante

" D'Aubigné, l. 13, cap. 6, pp. 101, 102.

Grandes peligros amenazaron á la Reforma; pero los que la defendían confiaron su causa al cuidado de Dios, y propusieron todos ellos permanecer firmes y fieles al evangelio. Los consejeros del elector de Sajonia le instaron á que no compareciera ante la dieta. Decían ellos que el emperador no deseaba la presencia de los príncipes sino para hacerlos caer en la trampa. “¿No era arriesgarlo todo, el encerrarse dentro de los muros de una ciudad, á merced de un poderoso enemigo?” Otros en cambio decían: “Si los príncipes se portan con valor, la causa de Dios está salvada.” “Fiel es Dios y nunca nos abandonará,”²² decía Lutero. El elector y su comitiva se encaminaron á Augsburgo. Todos conocían el peligro que le amenazaba, y muchos seguían adelante con triste semblante y corazón turbado. Pero Lutero, que los había acompañado hasta Coburgo, reanimó su débil fe cantando el himno escrito en el curso de aquel viaje: “Castillo fuerte es nuestro Dios.” Muchos lúgubres presentimientos se desvanecieron y muchos corazones apesadumbrados sintieron alivio, al oír tan inspiradas estrofas.

Los príncipes reformados habían resuelto redactar una exposición sistemática de sus opiniones tal como podía desprenderse de las Santas Escrituras, y presentarla á la dieta, tarea que fué encomendada á Lutero, Melancton y los compañeros de ambos. Esta confesión fué aceptada por los protestantes como expresión genuina de su fe, reuniéndose éstos para firmar tan importante documento. Fué ésta una ocasión solemne y decisiva. Estaban muy deseosos los reformadores de que su causa no viniera á enredarse con asuntos políticos, y creían que la Reforma no debería ejercer otra influencia que la que procede de la Palabra de Dios. Cuando los príncipes cristianos se adelantaron á firmar la confesión, Melancton se interpuso, diciendo: “Á los teólogos y á los ministros es á quienes corresponde ventilar estos asuntos, otros son los que incumben á los que están revestidos de autoridad terrenal.” “No permita Dios,” replicó Juan de Sajonia, “que sea yo excluído. Estoy resuelto á cumplir con mi deber, sin preocuparme de mi corona. Deseo confesar

²² D'Aubigné, l. 14, cap. 2, pp. 176, 177.

al Señor. Mi birrete y mi toga de elector no me son tan preciosos como la cruz de Cristo.” Habiendo dicho esto, firmó. Otro de los príncipes, al tomar la pluma para firmar, dijo: “Si la honra de mi Señor Jesu-Cristo lo requiere, estoy listo . . . para sacrificar mis bienes y mi vida.” “Más bien dejaría á mis súbditos y mis estados, más bien dejaría la tierra de mis padres, y me iría bordón en mano,” prosiguió diciendo, “que recibir otra doctrina que la contenida en esta confesión.”¹³ Tal era la fe y el arrojo de aquellos hombres de Dios.

Llegó el momento señalado para comparecer ante el emperador. Carlos V, sentado en su trono, rodeado de los electores y los príncipes, dió audiencia á los reformadores protestantes. Dióse lectura á la confesión de fe de éstos. Fueron presentadas con toda claridad las verdades del evangelio ante la augusta asamblea, y señalados los errores de la iglesia papista. Con razón fué llamado aquel día “el día más grande de la Reforma y uno de los más gloriosos en la historia del cristianismo y de la humanidad.”¹⁴

Hacía apenas unos cuantos años que el monje de Wittenberg se presentara solo en Worms ante el concilio nacional; y ahora, en vez de él veíanse los más nobles y poderosos príncipes del imperio. Á Lutero no se le había permitido que se presentase en Augsburgo, pero estaba presente por sus palabras y por sus oraciones. “Me lleno de gozo,” escribía, “por haber llegado hasta esta hora en que Cristo ha sido ensalzado públicamente por tan ilustres confesores y en tan gloriosa asamblea.”¹⁴ Así se cumplió lo que dicen las Sagradas Escrituras: “Hablaré también de tus testimonios delante de reyes.”¹⁵

En tiempo de Pablo, el evangelio, por el cual fué preso, fué de este modo presentado á los príncipes y nobles de la ciudad imperial. Y así es como lo que el emperador había prohibido que se predicase desde el púlpito, se proclamaba en el palacio. Lo que había sido estimado aun indigno de ser aceptado por esclavos, era escuchado con admiración por los

¹³ D'Aubigné, l. 14, cap. 6, pp. 241, 242.

¹⁴ *Idem*, l. 14, cap. 7, pp. 256, 274.

¹⁵ Salmo 119:46.

grandes y los señores del imperio. El auditorio se componía de reyes y de nobles, los predicadores lo eran príncipes coronados, y el sermón era la verdad real de Dios. “Desde los tiempos apostólicos,” dice un escritor, “no hubo obra tan grandiosa, ni tan inmejorable confesión.”¹⁶

“Cuanto ha sido dicho por los luteranos, es cierto, y no lo podemos negar,” declaraba un obispo papista. “¿Podéis en buena razón refutar la confesión hecha por el elector y sus aliados?” preguntaba otro obispo al doctor Eck. “Sí, lo puedo,” respondía, “pero no con los escritos de los apóstoles y los profetas, sino con los concilios y con los escritos de los padres.” “Comprendo,” repuso el que hacía la pregunta, “que los luteranos están basados en las Escrituras, en tanto que nosotros estamos fuera de ellas.”¹⁷

Varios príncipes alemanes fueron convertidos á la fe reformada, y el mismo emperador declaró que los artículos protestantes contenían la verdad. La confesión fué traducida á muchos idiomas y circuló por toda Europa, siendo aceptada en las generaciones subsiguientes como expresión de su fe.

Los fieles siervos de Dios no trabajaban solos. Mientras que los principados y potestades y los espíritus de maldad en los aires se ligaban contra ellos, el Señor no desamparaba á su pueblo. Si hubieran abierto sus ojos habrían tenido clara evidencia de la presencia y auxilio divinos, que les fueron concedidos como á los profetas en la antigüedad. Cuando el siervo de Eliseo mostraba á su amo las huestes enemigas que los rodeaban sin dejarles como escapar, el profeta oró: “¡Jehová, ruégote le abras los ojos, para que pueda ver!”¹⁸ Y he aquí el monte estaba lleno de carros y caballos de fuego: el ejército celestial protegía al varón de Dios. Del mismo modo había ángeles que cuidaban á los que trabajaban en la causa de la Reforma.

Uno de los principios que sostenía Lutero con más firmeza, era que no se debía acudir al poder secular para apoyar la Reforma, ni apelar á las armas para defenderla. Se alegraba de la circunstancia de que los príncipes del imperio confesa-

¹⁶ D'Aubigné, l. 14, cap. 7, p. 275.

¹⁷ *Idem*, l. 14, cap. 8, p. 276.

¹⁸ 2 Reyes 6:17.

ran el evangelio; pero cuando estos mismos príncipes intentaron unirse para defender la causa, declaró que “la doctrina del evangelio debía ser defendida solamente por Dios. . . . Mientras menos parte tomaren los hombres en esta obra, más notable sería la intervención de Dios en su favor. Todas las precauciones políticas propuestas, eran, según su modo de ver, hijas de un temor indigno y de una desconfianza pecaminosa.”¹⁹

Cuando enemigos poderosos se unían para destruir la fe reformada y que millares de espadas parecían desenvainarse para combatirla, Lutero escribió: “Satanás está rabioso; sacerdotes impíos se reúnen para deliberar, y nos amenaza la guerra. Exhortad al pueblo á que luche con fervor ante el trono de Dios, en fe y ruegos, para que nuestros adversarios, vencidos por el Espíritu de Dios, se vean obligados á ser pacíficos. Nuestra más ingente necesidad — la primera cosa que debemos hacer, es orar; haced saber al pueblo que en esta hora él mismo se halla expuesto al filo de la espada y á la furia del diablo; haced que ore.”²⁰

En otra ocasión, con fecha posterior, refiriéndose á la liga que trataron de organizar los príncipes reformados, Lutero declaró que la única arma que debería emplearse en esta causa era “la espada del Espíritu.” Escribía al elector de Sajonia: “No podemos en conciencia aprobar la alianza propuesta. Nuestro Señor Jesu-Cristo es bastante poderoso y puede encontrar el modo y los medios de librarnos del peligro y de convertir en nada los pensamientos de los príncipes impíos. . . . Cristo no nos prueba más que para ver si obedecemos su Palabra ó no, y si la aceptamos como verdad segura ó no. Preferiríamos morir diez veces antes que el evangelio fuese causa de derramamiento de sangre, ó de perjuicio por causa nuestra. Suframos antes con paciencia, y como dice el salmista, seamos tenidos como ovejas del matadero, y antes que vengarnos ó defendernos, demos lugar á la ira de Dios.” “La cruz de Cristo hay que llevarla. No tema su alteza. Más podemos nosotros con nuestras oraciones

¹⁹D'Aubigné, l. 10, cap. 14.

²⁰Idem, l. 10, cap. 14, p. 314.

que todos nuestros enemigos con sus jactancias. Más que nada evitad que se manchen vuestras manos con la sangre de vuestros hermanos. Si el emperador exige que seamos llevados ante sus tribunales, estemos listos á comparecer. No podéis defender la fe: cada cual debe creer á costa suya.”²¹

Desde el lugar secreto de las oraciones fué de donde vino el poder que hizo estremecerse al mundo en los días de la gran Reforma. Allí era donde con santa calma se mantenían firmes los siervos de Dios sobre la roca de sus promesas. Durante la agitación de Augsburg, Lutero “no dejó de dedicar tres horas al día á la oración; y este tiempo lo tomaba de las horas del día más propicias al estudio.” En lo secreto de su vivienda se le oía derramar su alma ante Dios con palabras de adoración, de temor y de esperanza, como si hablara con un amigo: “Sé que eres nuestro Padre y nuestro Dios,” decía, “y que has de desbaratar á los que persiguen á tus hijos, porque tú también estás envuelto en el mismo peligro que nosotros. Todo este asunto es tuyo y si en él estamos también interesados nosotros es porque á ello nos constreñiste. Defiéndencs pues ¡oh Padre!”²²

Á Melanchton que se hallaba agobiado bajo el peso de la ansiedad y del temor, le escribía: “¡Gracia y paz en Jesu-Cristo! — ¡en Cristo, lo digo, y no en el mundo! ¡Amén! Aborrezco de todo corazón esos cuidados exagerados que os consumen. Si la causa es injusta, abandonadla, y si es justa, ¿por qué hacer mentir la promesa de Aquel que nos manda dormir y descansar sin temor? . . . Jesu-Cristo no faltará en la obra de justicia y de verdad. Él vive, él reina, ¿qué, pues, temeremos?”²³ Dios oyó el llanto de sus hijos. Infundió gracia y valor á los príncipes y ministros para que sostuvieran la verdad contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo. Dice el Señor: “¡He aquí que yo pongo en Sión la piedra principal del ángulo, escogida, preciosa; y aquel que creyere en ella no quedará avergonzado!”²⁴ Los reformadores protestantes estaban fundados en Cristo y las puertas del infierno no podían prevalecer contra ellos.

²¹ D'Aubigné, l. 14, cap. 1, p. 167.

²² *Idem*, l. 14, cap. 6, pp. 251, 254.

²³ 1 Pedro 2:6.



LA REFORMA FRANCESA — 12

Á la protesta de Spira y á la confesión de Augsburgo, que marcaron el triunfo de la Reforma en Alemania, siguieron varios años de conflicto y obscuridad. El protestantismo, debilitado por las divisiones sembradas entre los que lo sostenían, y atacado por enemigos poderosos, parecía destinado á ser totalmente destruído. Millares sellaron su testimonio con su sangre. Estalló la guerra civil; la causa protestante fué vendida por uno de sus principales adherentes; los más nobles de los príncipes reformados cayeron en manos del emperador y fueron llevados cautivos de pueblo en pueblo. Pero en el momento de su aparente triunfo, el monarca fué castigado por la derrota. Vió que la presa se le escapaba de las manos y se vió en la necesidad de conceder tolerancia á las doctrinas cuyo completo aniquilamiento constituyera el gran anhelo de su vida. Había comprometido su reino, sus tesoros, y hasta su misma vida, en la persecución de la herejía, y ahora veía sus tropas diezmadas; agotados sus tesoros; sus muchos reinos amenazados por las revueltas, y entre tanto seguía cundiendo por todas partes la fe que en vano se había esforzado en suprimir. Carlos V estaba combatiendo contra un poder omnipotente. Dios había dicho: "Haya luz," pero el emperador había procurado impedir que se desvaneciesen las tinieblas. Sus propósitos fallaron, y, en prematura vejez, sintiéndose agotado por tan larga lucha, abdicó el trono, y se encerró en un claustro.

En Suiza, lo mismo que en Alemania, vinieron días tenebrosos para la Reforma. En tanto que muchos cantones aceptaban la fe reformada, otros se asían al credo de Roma con obstinada obcecación. Las persecuciones dirigidas contra los que aceptaban la verdad, originaron finalmente la guerra civil. Zuinglio y muchos de los que se habían unido con él en la Reforma, sucumbieron en el sangriento campo de Cappel. Ecolampadio, abrumado por estos terribles desastres, murió pronto. Roma parecía triunfar y recuperar en muchos lugares lo que había perdido. Pero Aquel cuyos consejos son desde el siglo y hasta el siglo, no había abandonado la causa de su pueblo. Su mano le iba á dar libertad. Había levantado en otros países obreros que impulsasen la Reforma.

En Francia, mucho antes que el nombre de Lutero fuese conocido como el de un reformador, el día había empezado ya á brillar. Uno de los primeros en recibir la luz fué el anciano Lefevre, hombre de extensos conocimientos, catedrático de la universidad de París, y sincero y fiel papista. En las investigaciones que hizo en la literatura antigua fué despertada su atención por la Biblia y él introdujo el estudio de ella entre sus estudiantes.

Lefevre era entusiasta adorador de los santos y se había consagrado á preparar una historia de éstos y de los mártires tal como se refiere en las leyendas de la iglesia. Era ésta una obra magna, que requería mucho trabajo; pero ya estaba muy adelante en ella, cuando se decidió á estudiar la Biblia con el propósito de sacar partido de ella, para la formación de su libro. En el sagrado libro halló santos, es verdad, pero no tales como los que figuran en el calendario romano. Un raudal de luz divina penetró en su mente. Perplejo y disgustado abandonó el trabajo que él mismo se había impuesto, y se consagró á la Palabra de Dios. Pronto comenzó á enseñar las preciosas verdades que encontraba en ella.

En 1512, antes que Lutero y Zuinglio empezaran la obra de la Reforma, escribía Lefevre: "Dios es el que da, por la fe, la justicia, que por gracia nos justifica para la vida

eterna.”¹ Refiriéndose á los misterios de la redención, exclamaba: “¡Oh grandeza indecible de este cambio: el Inocente es condenado, y el culpable queda libre; el que bendice carga con la maldición, y la maldición se vuelve bendición; la Vida muere, y los muertos viven; la Gloria es envuelta en tinieblas, y el que no conocía más que confusión del rostro, es revestido de gloria!”²

Y al declarar que la gloria de la salvación pertenece sólo á Dios, declaraba también que el deber de obedecer le toca al hombre.

Decía: “Si eres miembro de la iglesia de Cristo, eres miembro de su cuerpo, y en tal virtud, estás lleno de la naturaleza divina. . . . ¡Oh! si los hombres pudiesen penetrar en este conocimiento, y darse cuenta de este privilegio ¡cuán pura, casta y santa no sería su vida y cuán despreciable no les parecería toda la gloria de este mundo si la comparasen con la que está dentro de ellos y que el ojo carnal no puede ver!”³

Hubo algunos, entre los discípulos de Lefevre, que escuchaban con ansia sus palabras, y que mucho después que fuese acallada la voz de su Maestro, iban á seguir predicando la verdad. Uno de ellos fué Guillermo Farel. Hijo de padres piadosos y enseñado á aceptar con entera fe las enseñanzas de la iglesia, hubiera podido, á semejanza de Pablo, decir de sí mismo: “Según la más estrecha secta de nuestra religión, yo vivía fariseo.”⁴ Como devoto romanista se desvelaba por concluir con todos los que se atrevían á oponerse á la iglesia. “Rechinaba los dientes,” decía él más tarde, “como un lobó furioso, cuando oía que alguno hablaba contra el papa.”⁴ Había sido incansable en la adoración de los santos, en compañía de Lefevre, haciendo juntos el jubileo circular de las iglesias de París, adorando en sus altares y adornando con ofrendas los santos relicarios. Pero estas observancias no podían traer paz á su alma. Todos los actos de penitencia que practicaba no podían borrar la profunda convicción del

¹ Wylie, l. 13, cap. 1.

² D'Aubigné, l. 12, cap. 2, pp. 485, 486.

³ Hechos 26:5.

⁴ Wylie, l. 13, cap. 2.

pecado que pesaba sobre él. Prestó oídos como á una voz del cielo á las palabras del reformador: “La salvación es por gracia.” “El Inocente es condenado, y el culpable queda libre.” “Es sólo la cruz de Cristo la que abre las puertas del cielo, y la que cierra las del infierno.”⁵

Farel aceptó gozoso la verdad. Por medio de una conversión parecida á la de Pablo, salió de la esclavitud de la tradición y llegó á la libertad de los hijos de Dios. “En vez del sanguinario corazón de lobo hambriento,” tenía, al convertirse, dice él, “la mansedumbre de un humilde é inofensivo cordero, libre ya mi corazón de toda influencia papista, y entregado á Jesu-Cristo.”⁶

Entre tanto que Lefevre continuaba esparciendo entre los estudiantes la luz divina, Farel, tan celoso en la causa de Cristo como lo había sido en la del papa, se dispuso á predicar la verdad en público. Un dignatario de la iglesia, el obispo de Meaux, no tardó en unirse con ellos. Otros maestros que descollaban por su capacidad y talento, se adhirieron á su propaganda del evangelio, lo que dió por resultado que fueran ganados á la causa miembros de todas las clases sociales, desde los humildes hogares de los artesanos y campesinos hasta el mismo palacio del rey. La hermana de Francisco I que era entonces el monarca reinante, abrazó la fe reformada. El mismo rey y la reina madre parecieron por algún tiempo mirarla con simpatía, y los reformadores miraban con esperanza hacia lo porvenir y veían ya á Francia ganada para el evangelio.

Pero sus esperanzas no iban á realizarse. Pruebas y persecuciones aguardaban á los discípulos de Cristo, pero esto les era oculto por disposición de la misericordia divina. Vino entonces un período de paz muy oportuno para permitirles acopiar fuerzas para hacer frente á las tempestades; y la Reforma se extendió con rapidez. El obispo de Meaux trabajó con empeño en su propia diócesis para instruir tanto á los sacerdotes como al pueblo. Los curas inmorales é ignorantes fueron removidos de sus puestos, y en cuanto fué po-

⁵ Wylie, l. 13, cap. 2.

⁶ D'Aubigné, l. 12, cap. 3, p. 489.

sible, reemplazados por hombres instruidos y piadosos. El obispo se afanaba porque su pueblo tuviera libre acceso á la Palabra de Dios y esto pronto se verificó. Lefevre se encargó de traducir el Nuevo Testamento y al mismo tiempo que la Biblia alemana de Lutero salía de la imprenta en Wittenberg, el Nuevo Testamento francés se publicaba en Meaux. El obispo no omitió esfuerzo ni gasto alguno para hacerlo circular entre sus feligreses, y muy pronto el pueblo de Meaux se vió en posesión de las Santas Escrituras.

Así como los viajeros que son atormentados por la sed se regocijan al llegar á un manantial de agua pura, así recibieron estas almas el mensaje del cielo. Los trabajadores del campo y los artesanos en el taller, amenizaban sus trabajos de cada día hablando de las preciosas verdades de la Biblia. De noche, en lugar de reunirse en los despachos de vinos, se congregaban unos en casas de otros para leer la Palabra de Dios y unir sus oraciones y alabanzas. Pronto se notó un cambio muy notable en todas estas comunidades. Aunque formadas de gente de la clase humilde, dedicada al rudo trabajo y falta de instrucción, se veía en ellas el poder de la Reforma, y en la vida de todos se notaba el efecto de la gracia divina que dignifica y eleva. Mansos, amantes y fieles, resultaban ser como un testimonio vivo de lo que el evangelio puede efectuar en aquellos que lo reciben con sinceridad de corazón.

La luz derramada en Meaux iba á extenderse más lejos. Cada día aumentaba el número de los convertidos. El rey contuvo por algún tiempo la ira del clero, porque despreciaba la refinada santurronería de los frailes; pero al fin, los jefes papistas lograron prevalecer. Erigiéronse las estacas del tormento. Al obispo de Meaux le obligaron á elegir entre la hoguera y la retractación, optando por lo más suave; pero á pesar de su caída, el rebaño de este débil pastor se mantuvo firme. Muchos dieron testimonio de la verdad entre las llamas. Con su valor y fidelidad en el patíbulo, estos humildes cristianos hablaron á millares de personas que en los días de paz no hubieran oído jamás el testimonio de ellos.

No eran solamente los pobres y los humildes, los que en medio del padecimiento y del escarnio se atrevían á ser testigos del Señor. En las casas señoriles, en el castillo, en el palacio, había almas reales para quienes la verdad valía más que los tesoros, las categorías sociales y aun que la misma vida. La armadura real encerraba un espíritu más noble y elevado que la mitra y las vestiduras episcopales. Luis de Berquin era de noble alcurnia. Cortés y bravo caballero, dedicado al estudio, de elegantes modales y de intachable moralidad, "era," dice un escritor, "fiel partidario de las instituciones del papa y celoso oyente de misas y sermones, . . . y coronaba todas estas virtudes aborreciendo de todo corazón el luteranismo." Empero, como á otros muchos, la providencia lo condujo á la Biblia, y quedó maravillado de hallar en ella, "no las doctrinas de Roma, sino las doctrinas de Lutero." Desde entonces se entregó con entera devoción á la causa del evangelio.

"Siendo el más instruído entre todos los nobles de Francia" su genio y elocuencia y su valor indómito y su celo heroico, tanto como su privanza en la corte — por ser favorito del rey — lo hicieron considerar por muchos como el que estaba destinado á ser el reformador de su país. Beza dijo: "Berquin hubiera sido un segundo Lutero, de haber hallado en Francisco I un segundo Elector." Los papistas decían: "Es peor que Lutero." Y efectivamente, era más temido que Lutero por los romanistas de Francia. Lo echaron en la cárcel por hereje, pero el rey mandó soltarle. La lucha duró varios años. Francisco fluctuaba entre Roma y la Reforma, tolerando y restringiendo alternadamente el celo bravío de los frailes. Tres veces fué aprisionado Berquin por las autoridades papistas, para ser librado otras tantas por el monarca, quien, admirando su genio y la nobleza de su carácter, se negó á sacrificarlo á la malicia del clero.

Berquin fué avisado repetidas veces del peligro que le amenazaba en Francia é instado para que siguiera el ejemplo de aquellos que habían hallado seguridad en un destierro voluntario. El tímido y contemporizador Erasmo — que con

¹ Wylie, 1. 13, cap. 9.

todo el esplendor de su erudición carecía sin embargo de la grandeza moral que mantiene la vida y el honor subordinados á la verdad — escribió á Berquin: “Solicita que te manden de embajador al extranjero; ve y viaja por Alemania. Conoces lo que es Beda — un monstruo de mil cabezas, que destila ponzoña por todas partes. Tus enemigos son legión. Aunque fuera tu causa mejor que la de Cristo, no te dejarán en paz hasta que hayan acabado miserablemente contigo. No te fíes mucho de la protección del rey. Y sobre todas las cosas, te encarezco que *no me comprometas* con la facultad de teología.”^a

Pero cuanto más cuerpo iban tomando los peligros, más se afirmaba el fervor de Berquin. De este modo, lejos de aceptar la política y el egoísmo que Erasmo le aconsejara, determinó emplear medios más enérgicos y eficaces. No quería ya tan sólo seguir siendo defensor de la verdad, sino que iba á intentar atacar el error. El cargo de herejía que los romanistas procuraban echarle encima, él iba á echárselo á ellos. Los más activos y acerbos de sus opositores eran los sabios doctores y frailes de la facultad de teología de la universidad de París, una de las más altas autoridades eclesiásticas de la capital y de la nación. De los escritos de estos doctores entresacó Berquin doce proposiciones, que declaró públicamente “contrarias á la Biblia, y por lo tanto heréticas;” y apeló al rey para que actuara de juez en la controversia.

El monarca, no descontento de poner frente á frente el poder y la inteligencia de ambos contendientes, y de tener la oportunidad de humillar la soberbia de los altivos frailes, ordenó á los romanistas que defendiesen su causa con la Biblia. Bien sabían éstos que semejante arma de poco les serviría; la cárcel, el tormento y la hoguera eran las armas que mejor sabían manejar. Cambiadas estaban las suertes y ellos se vieron á punto de caer en la sima á que habían querido echar á Berquin. Puestos así en aprieto no buscaban más que un modo de escapar.

“Por aquel tiempo, una imagen de la virgen, que estaba colocada en la esquina de una calle, amaneció mutilada.”

^a Wylie, l. 13, cap. 9.

Esto produjo gran agitación on la ciudad. Multitud de gente acudió al lugar dando señales de duelo y de indignación. El mismo rey fué hondamente conmovido. Aquí vieron los monjes una coyuntura para ellos favorable, que se apresuraron en aprovechar. “Estos son los frutos de las doctrinas de Berquin,” exclamaban. “Todo va á ser echado por tierra — la religión, las leyes, el trono mismo — por esta conspiración luterana.”⁹

Berquin fué aprehendido de nuevo. El rey salió de París y los frailes pudieron darse gusto á sus anchas. Pusieron al reformador en el potro y le condenaron á muerte, y para que Francisco no pudiese interponer su influencia para librarle, la sentencia se ejecutó el mismo día en que fué pronunciada. Al medio día fué conducido Berquin al lugar de su muerte. Un inmenso gentío se reunió para presenciar el auto, y muchos notaron con turbación y espanto que la víctima había sido escogida de entre las mejores y más valientes familias nobles de Francia. La estupefacción, la indignación, el escarnio y el odio, se pintaban en los semblantes de aquella inquieta muchedumbre, pero había un rostro que no se dejaba demudar por ninguna de aquellas sombras: los pensamientos del mártir estaban muy lejos de la escena del tumulto; lo único que realizaba era la presencia de su Señor.

La miserable carreta en que lo llevaban, las miradas de enojo que le echaban sus perseguidores, la muerte espantosa que le esperaba — nada de esto le importaba; el que vivía y que después murió y que ahora vive para siempre, y que tiene las llaves de la muerte y del infierno, estaba á su lado. El semblante de Berquin estaba radiante de luz y paz del cielo. Vestía lujosa ropa, y llevaba “capa de terciopelo, justillo de raso y de damasco, calzas de oro.”¹⁰ Iba á dar testimonio de su fe en presencia del Rey de reyes y ante todo el universo, y ninguna señal de duelo empañaba su alegría.

Como la procesión desfilaba despacio por las calles atestadas de gente, el pueblo notaba maravillado la paz inalterable y el gozo triunfante que se pintaban en el rostro y el conti-

⁹ Wylie, I. 13, cap. 9. ¹⁰ D'Aubigné, “Histoire de la Réformation au temps de Calvin,” I. 2, cap. 16, p. 60 (París, 1863-78).

nente del mártir. “Parece,” decían, “como si estuviera sentado en el templo meditando en cosas santas.”¹¹

Ya atado á la estaca, quiso Berquin dirigir unas cuantas palabras al pueblo, pero los monjes temiendo las consecuencias empezaron á dar gritos, chocando los soldados sus armas, y con esto ahogaron la voz del mártir. Así es como en 1529, la autoridad eclesiástica y literaria más notable de la culta París, “dió al populacho de 1793 el vil ejemplo de sofocar en la estaca las sagradas palabras de los moribundos.”¹²

Berquin fué estrangulado y su cuerpo entregado á las llamas. La noticia de su muerte entristeció á los amigos de la Reforma en todas partes de Francia. Pero su ejemplo no quedó sin provecho. “También nosotros estamos listos,” decían los testigos de la verdad, “á recibir la muerte con gozo, poniendo nuestros ojos en la vida venidera.”¹³

Durante la persecución en Meaux, se prohibió á los predicadores de la Reforma que siguieran en su obra de propaganda, por lo cual fueron á establecerse en otros campos de acción. Lefevre, al cabo de algún tiempo, se dirigió á Alemania, y Farel volvió á su pueblo natal, en el este de Francia, para esparcir la luz en la tierra de su niñez. Ya se había sabido lo que estaba ocurriendo en Meaux, y por consiguiente la verdad que él enseñaba sin temor, encontró adeptos. Muy pronto las autoridades le impusieron silencio y le echaron de la ciudad. Ya que no podía trabajar en público, cruzó los valles y los pueblos, enseñando en casas particulares y en apartados campos, hallando abrigo en los bosques y en las cuevas de las peñas de él conocidos desde que los recorría en los años de su infancia. Dios le preparaba para mayores pruebas. “Las penas, la persecución y todas las asechanzas del diablo, con las que se me amenaza, no me han escáseado,” decía él, “siendo mucho más de lo que yo con mis propias fuerzas hubiera podido sobrellevar; empero Dios es mi Padre; él me ha suministrado y seguirá suministrándome las fuerzas que necesite.”¹⁴

¹¹ Wylie, l. 13, cap. 9. ¹² D'Aubigné, “Histoire de la Réformation au temps de Calvin,” l. 2, cap. 16, p. 65. ¹³ D'Aubigné, l. 12, cap. 9, p. 569.

Como en los tiempos apostólicos, la persecución había más bien redundado en bien del adelanto del evangelio.¹⁴ Expulsados de París y Meaux, “los que fueron dispersados, andaban por todas partes, predicando la Palabra.”¹⁵ Y de esta manera la verdad se abrió paso en muchas de las remotas provincias de Francia.

Dios estaba preparando aun más obreros para extender su causa. En una de las escuelas de París hallábase un joven formal, de ánimo tranquilo, y que daba muestras evidentes de poseer una mente poderosa y perspicaz, siendo también no menos notable por la pureza de su vida, que por su actividad intelectual y su devoción religiosa. Su talento y aplicación hicieron pronto de él motivo de orgullo para el colegio, sustrándose entre los estudiantes que Juan Calvino sería un día uno de los más capaces y más ilustres defensores de la iglesia. Pero un rayo de luz divina penetró aun dentro de los muros del escolasticismo y de la superstición que encerraban á Calvino. Estremeciéndose al oír las nuevas doctrinas sin dudar nunca que los herejes merecieran el fuego al que eran entregados. Y no obstante, sin saber cómo, tuvo que habérselas con la herejía y se vió obligado á poner á prueba el poder de la teología romanista, para rebatir la doctrina protestante.

Hallábase en París un primo hermano de Calvino, que se había unido con los reformadores. Ambos parientes se reunían con frecuencia para discutir las cuestiones que perturbaban á la cristiandad. “No hay más que dos religiones en el mundo,” decía Olivetan, el protestante. “Una, que los hombres han inventado, y según la cual pueden salvarse los hombres por medio de ceremonias y buenas obras; la otra es la que está revelada en la Biblia y que enseña á los hombres á no esperar su salvación sino de la gracia soberana de Dios.”

“No quiero tener nada que ver con ninguna de vuestras nuevas doctrinas,” respondía Calvino, “¿creéis que he vivido en el error todos los días de mi vida?”¹⁶

Pero habíanse despertado en su mente pensamientos que

¹⁴ Filipenses 1:12.

¹⁵ Hechos 8:4.

¹⁶ Wylie, l. 13, cap. 7.

ya no podía desterrar de ella. Á solas en su aposento meditaba en las palabras de su primo. El sentimiento del pecado se había apoderado de su corazón; se veía sin intercesor en presencia de un Juez santo y justo. La mediación de los santos, las buenas obras, las ceremonias de la iglesia, todo ello le parecía ineficaz para expiar el pecado. Ya no veía ante sí mismo sino la lobreguez de una eterna desesperación. En vano se esforzaban los doctores de la iglesia por aliviarle de su pena. En vano recurría á la confesión y á la penitencia; estas cosas no pueden reconciliar al alma con Dios.

Aun estaba Calvino empeñado en tan infructuosas luchas cuando un día en que por casualidad pasaba por una plaza pública, presenció la muerte de un hereje en la hoguera. Se llenó de admiración al ver la expresión de paz que se pintaba en el rostro del mártir. En medio de las torturas de una muerte espantosa, y bajo la terrible condenación de la iglesia, daba el mártir pruebas de una fe y de un valor que el joven estudiante comparaba con dolor con su propia desesperación y con las tinieblas en que vivía á pesar de su estricta obediencia á los mandamientos de la iglesia. Sabía que los herejes fundaban su fe en la Biblia; por lo tanto se decidió á estudiarla para descubrir, si posible fuera, el secreto del gozo del mártir.

En la Biblia encontró á Cristo. “¡Oh! Padre,” exclamó, “su sacrificio ha calmado tu ira; su sangre ha lavado mis manchas; su cruz ha llevado mi maldición; su muerte ha hecho expiación por mí. Nosotros habíamos inventado muchas locuras inútiles, pero tú has puesto delante de mí tu Palabra como una antorcha y has conmovido mi corazón para que tenga por abominables todos los méritos que no sean los de Jesús.”¹⁷

Calvino había sido educado para el sacerdocio. Contaba apenas doce años de edad cuando fué nombrado capellán de una pequeña iglesia y el obispo le tonsuró la cabeza para cumplir con el canon eclesiástico. No fué consagrado ni desempeñó los deberes del sacerdote, pero sí fué hecho miembro del clero, se le dió el título de su oficio y recibió la renta correspondiente.

¹⁷ Martyn, Vol. III, cap. 13.

Viendo entonces que ya no podría jamás llegar á ser cura, se dedicó por un tiempo á la jurisprudencia, y por último determinó abandonar este estudio y consagrarse al evangelio. Pero no podía resolverse á dedicarse á la enseñanza. Era tímido por naturaleza, le abrumaba el peso de la responsabilidad de su posición, y deseaba seguir dedicándose aún al estudio. Las reiteradas súplicas de sus amigos lograron por fin convencerle. “Cuán maravilloso es,” decía, “que un hombre de tan bajo origen llegue á ser elevado hasta tan alta dignidad.”¹⁸

Calvino empezó su obra con ánimo tranquilo y sus palabras eran como el rocío que refresca la tierra. Se había alejado de París y ahora se encontraba en un pueblo de provincia bajo la protección de la princesa Margarita, la cual, amante como lo era del evangelio, extendía su protección á los que lo profesaban. Calvino era joven aún, de continente discreto, y sin pretensiones. Comenzó su trabajo visitando á los lugareños en sus propias casas. Allí, rodeado de los miembros de la familia, leía la Biblia y exponía las verdades de la salvación. Los que oían el mensaje, llevaban las buenas nuevas á otros, y pronto el maestro fué más allá, á otros lugares, predicando en los pueblos y villorrios. Se le abrían las puertas de los castillos y de las chozas, y avanzaba en su obra colocando los cimientos de iglesias de donde iban á salir más tarde los valientes testigos de la verdad.

Á los pocos meses estaba de vuelta en París. Reinaba gran agitación en el círculo de literatos y estudiantes. El estudio de los idiomas antiguos había sido causa de que muchos fijaran su atención en la Biblia, y no pocos, cuyos corazones no habían sido conmovidos por las verdades de aquélla, las discutían con interés y aun se atrevían á desafiar á los campeones del romanismo. Calvino, si bien muy capaz para luchar en el campo de la controversia religiosa, tenía una misión más importante que desempeñar, que la de aquellos bulliciosos estudiantes. Los ánimos se sentían confundidos, y había llegado momento oportuno de enseñarles la verdad. Entre-

¹⁸ Wylie, l. 13, cap. 9.

tanto que las aulas de la universidad repercutían de la gritería de las disputas de los teólogos, Calvino se abrió paso yendo de casa en casa, leyendo la Biblia al pueblo y hablándole de Cristo y de éste crucificado.

Por la providencia de Dios, París iba á recibir otra invitación para aceptar el evangelio. El llamamiento de Lefevre y Farel había sido rechazado, pero el mensaje iba á hacerse oír otra vez en aquella gran capital por todas las clases de la sociedad. Llevado por consideraciones políticas el rey no estaba enteramente al lado de Roma contra la Reforma. Margarita abrigaba aún la esperanza de que el protestantismo triunfaría en Francia. Resolvió que la fe reformada fuera predicada en París. Ordenó durante la ausencia del rey que un ministro protestante predicase en las iglesias de la ciudad. Pero habiéndose opuesto á esto los dignatarios papales, la princesa abrió entonces las puertas de palacio. Dispúsose uno de los salones para que sirviera de capilla y se dió aviso que cada día, á una hora señalada, se predicaría un sermón, al que podían acudir las personas de todo rango y posición. Muchedumbres asistían á las predicaciones. No sólo se llenaba la capilla sino que las antesalas y los corredores eran invadidos por el gentío. Millares se congregaban diariamente,—nobles, magistrados, abogados, comerciantes y artesanos. El rey, en vez de prohibir estas reuniones, dispuso que dos de las iglesias de París fuesen afectadas á este servicio. Antes de esto la ciudad no había sido nunca conmovida de modo semejante por la Palabra de Dios. El Espíritu de vida que descendía del cielo parecía soplar sobre el pueblo. La templanza, la pureza, el orden y el trabajo iban sustituyendo á la embriaguez, al libertinaje, á la contienda y á la pereza.

Pero el clero no descansaba. Como el rey se negase á hacer cesar las predicaciones, él entonces apeló al populacho. No perdonó medio alguno para despertar los temores, los prejuicios y el fanatismo de las multitudes ignorantes y supersticiosas. Siguiendo ciegamente á sus falsos maestros, París, como en otro tiempo Jerusalén, no conoció el tiempo de su visitación ni las cosas que pertenecían á su paz. Durante

•

dos años fué predicada la Palabra de Dios en la capital; pero á la vez que muchas personas aceptaban el evangelio, la mayoría del pueblo lo rechazaba. Francisco había dado pruebas de tolerancia por mera conveniencia personal, y los papistas lograron al fin recuperar su privanza. De nuevo fueron clausuradas las iglesias y se levantó la estaca.

Calvino permanecía aún en París, preparándose por medio del estudio, la oración y la meditación, para sus trabajos futuros, y siguiendo derramando luz. Pero, al fin, se hizo sospechoso. Las autoridades acordaron entregarlo á las llamas. Creyéndose seguro en su retiro no pensaba en el peligro, cuando sus amigos llegaron apresurados á su estancia para darle aviso de que llegaban emisarios para aprehenderle. En aquel instante se oyó que llamaban con fuerza en el zaguán. No había pues ni un momento que perder. Algunos de sus amigos detuvieron á los emisarios en la puerta, mientras que otros le ayudaron á descolgarse por una ventana, huyendo luego éste precipitadamente hacia las afueras de la ciudad. Encontrando refugio en la choza de un labriego, amigo de la Reforma, se disfrazó con la ropa de él, y llevando al hombro un azadón, emprendió el viaje. Caminando hacia el sur volvió á hallar refugio en los dominios de Margarita.¹⁹

Allí permaneció varios meses, seguro bajo la protección de sus amigos poderosos, y ocupado como anteriormente en el estudio. Empero su corazón estaba empeñado en evangelizar á Francia y no podía por más tiempo permanecer inactivo. Tan pronto como escampó la tempestad, buscó un nuevo campo de trabajos en Poitiers, donde había una universidad y donde las nuevas ideas habían encontrado aceptación. Personas de todas las clases sociales oían con gusto el evangelio. No había predicación pública, pero en casa del magistrado principal, en su propio aposento, y á veces en un jardín público, explicaba Calvino las palabras de vida eterna á aquellos que deseaban oírlas. Después de algún tiempo, como creciese el número de oyentes, se pensó que sería más seguro reunirse en las afueras de la ciudad. Se escogió como

¹⁹ Véase D'Aubigné, "Histoire de la Réformation au temps de Calvin," l. 2, cap. 30.

lugar de culto una cueva que se encontraba en la falda de una profunda quebrada donde los árboles y las rocas cubrían el sitio, haciendo más completa la reclusión. En pequeños grupos, y saliendo de la ciudad por diferentes partes, se congregaban allí. En este retiro se leía y explicaba la Biblia. Por primera vez celebraron allí la Cena del Señor los protestantes de Francia. De esta pequeña iglesia fueron enviados á otros lugares varios fieles evangelistas.

Calvino volvió á París. No podía abandonar la esperanza de que Francia como nación aceptase la Reforma. Pero halló cerradas casi todas las puertas. Predicar el evangelio era ir directamente á la hoguera, y determinó finalmente partir para Alemania. Apenas había salido de Francia cuando estalló un movimiento contra los protestantes que de seguro le hubiera envuelto en la ruina general, si se hubiese quedado.

Los reformadores franceses deseosos de ver á su país marchar de consuno con Suiza y Alemania, se propusieron dar á las supersticiones de Roma un golpe audaz que hiciera levantarse á toda la nación. Con este fin en una misma noche y en toda Francia se fijaron carteles, atacando la misa. En lugar de ayudar á la Reforma este movimiento inspirado por el celo más que por el buen juicio, reportó un fracaso no sólo para los propagadores sino también para los amigos de la fe reformada por todo el país. Esto dió á los romanistas lo que tanto habían deseado: — una coyuntura de la cual sacar partido para pedir que se concluyera por completo con los herejes á quienes se tachaba de perturbadores peligrosos para la estabilidad del trono y la paz de la nación.

Una mano secreta — ya la de algún amigo indiscreto, ó la de algún astuto enemigo, pues nunca quedó aclarado el asunto — fijó uno de los carteles en la puerta de la cámara particular del rey. El monarca se llenó de indignación. En ese papel se atacaban con acritud las supersticiones que por tantos siglos habían sido veneradas. La ira del rey se encendió por el atrevimiento sin igual de los que introdujeron hasta su real presencia aquellos escritos tan claros y precisos. En su asombro quedó el rey por algún tiempo tembloroso y sin poder articular palabra alguna. Pero después

dió rienda suelta á su enojo con estas terribles palabras: "Que se prendan á todos los sospechosos de herejía luterana. . . . Quiero exterminarlos á todos."²⁰ La suerte estaba echada. El rey determinó ponerse enteramente al lado de Roma.

Se tomaron desde luego medidas convenientes para arrestar á todos los luteranos que se hallasen en París. Un pobre artesano, adherente á la fe reformada, que tenía por costumbre convocar á los creyentes para que se reuniesen en sus asambleas secretas, fué apresado é intimidándolo con la amenaza de llevarlo inmediatamente á la hoguera, se le ordenó que condujese á los emisarios papistas á la casa de todos los protestantes que hubiera en la ciudad. Se estremeció de horror al oír la vil proposición que se le hacía; pero, al fin, vencido por el temor de las llamas, consintió en convertirse en traidor de sus hermanos. Precedido por la hostia, y rodeado de una compañía de sacerdotes, monaguillos, frailes y soldados, Morin, el policía secreto del rey, junto con el traidor recorrían despacio y sigilosamente las calles de la ciudad. Era aquello una ostensible demostración en honor del "santo sacramento" en desagravio por el insulto que los protestantes lanzaran contra la misa. Aquel espectáculo, sin embargo, no servía más que para disfrazar sus aviesos fines. Al pasar frente á la casa de un luterano, el traidor hacía una señal, pero no pronunciaba palabra alguna. La procesión se detenía, entraban en la casa, sacaban á la familia y la encadenaban, siguiendo después adelante la terrible compañía en busca de nuevas víctimas. "No perdonaron casa, grande ni chica, ni los departamentos de la universidad de París. . . . Morin hizo temblar la ciudad. . . . Era el reinado del terror."²¹

Las víctimas sucumbían en medio de terribles tormentos, habiéndose ordenado á los verdugos que las quemasen á fuego lento para que se prolongara su agonía. Pero morían como conquistadores. No menguaba su fe, ni desmayaba su confianza. Los perseguidores, viendo que no podían conmover la firmeza de aquellos fieles, se sentían derrotados. "Se

²⁰ D'Aubigné, "Histoire de la Réformation au temps de Calvin," l. 4, cap. 10, p. 140.

²¹ *Idem*, l. 4, cap. 10, pp. 144, 147.

erigieron cadalsos en todos los barrios de la ciudad de París y se quemaban herejes todos los días con el fin de sembrar el terror entre los partidarios de las doctrinas heréticas, multiplicando las ejecuciones. Después de todo, la ventaja fué para el evangelio. Todo París pudo ver qué clase de hombres eran los que abrigaban en su corazón las nuevas enseñanzas. No hay mejor púlpito que la hoguera de los mártires. El gozo sereno que iluminaba los rostros de aquellos hombres cuando . . . se les conducía al lugar de la ejecución, su heroísmo cuando eran envueltos por las llamas, su mansedumbre para perdonar las injurias, cambiaba no pocas veces, el enojo en lástima, el odio en amor, y hablaba con irresistible elocuencia en pro del evangelio.”²²

Los sacerdotes, con el fin de atizar aun más la furia del pueblo, hicieron circular las más terribles calumnias contra los protestantes. Los culpaban de querer asesinar á los católicos, derribar al gobierno y matar al rey. Ni sombra de evidencia podían presentar en apoyo de tales asertos. Sin embargo estas que podían pasar por siniestras profecías iban á tener su cumplimiento, pero en circunstancias diferentes y por muy diversas causas. Las crueldades que los católicos infligieron á los inocentes protestantes acumulaban en su contra la debida retribución, y en siglos posteriores se verificó el juicio que habían predicho que sobrevendría sobre el rey, sobre los súbditos y sobre el gobierno; pero dicho juicio se debió á los incrédulos y á los mismos papistas. No fué por el establecimiento, sino por la supresión del protestantismo por lo que tres siglos más tarde, habían de venir sobre Francia tan espantosas calamidades.

Todas las clases sociales se encontraban ahora presa de la sospecha, la desconfianza y el terror. En medio de la confusión general se notaba cuán profundamente se habían arraigado las enseñanzas luteranas en las mentes de los hombres que se distinguían por su más brillante educación, su influencia y la superioridad de su carácter. Los puestos más honrosos y de más confianza quedaron pronto vacíos. Los artesanos, los impresores, los literatos, los catedráticos de las

²² Wylie, l. 13, cap. 20.

universidades, los autores, y hasta los cortesanos, desaparecieron. A centenares salían huyendo de París, desterrándose voluntariamente de su propio país, dando así en muchos casos la primera indicación de que estaban á favor de la Reforma. Los papistas se admiraban al ver tantos herejes de los que no se sospechaba y que habían sido tolerados entre ellos. Su rabia se descargó sobre la multitud de humildes víctimas que tenían bajo su poder. Las cárceles quedaron atestadas y el aire parecía obscurecerse con el humo de tantas hogueras en que se hacía morir á los que profesaban el evangelio.

Francisco I se vanagloriaba de ser uno de los principales en el movimiento de reavivamiento de las letras que marcó los comienzos del siglo dieciséis. Tenía especial deleite en reunir en su corte á literatos de todos los países. Á su empeño de saber, y al desprecio que le inspiraba la ignorancia y la superstición de los frailes se debía, siquiera en parte, el grado de tolerancia que había concedido á los reformadores. Pero, en su celo por aniquilar la herejía, este fomentador del saber expidió un edicto declarando abolida la imprenta en toda Francia. Francisco I ofrece uno de los muchos ejemplos que se registran para demostrar que la cultura intelectual no es una salvaguardia contra la persecución y la intolerancia religiosa.

Francia, por medio de una ceremonia pública y solemne, iba á comprometerse formalmente en la destrucción del protestantismo. Los sacerdotes exigían que el insulto lanzado al cielo en la condenación de la misa, fuese expiado con sangre, y que el rey, en nombre del pueblo, sancionara la espantosa tarea.

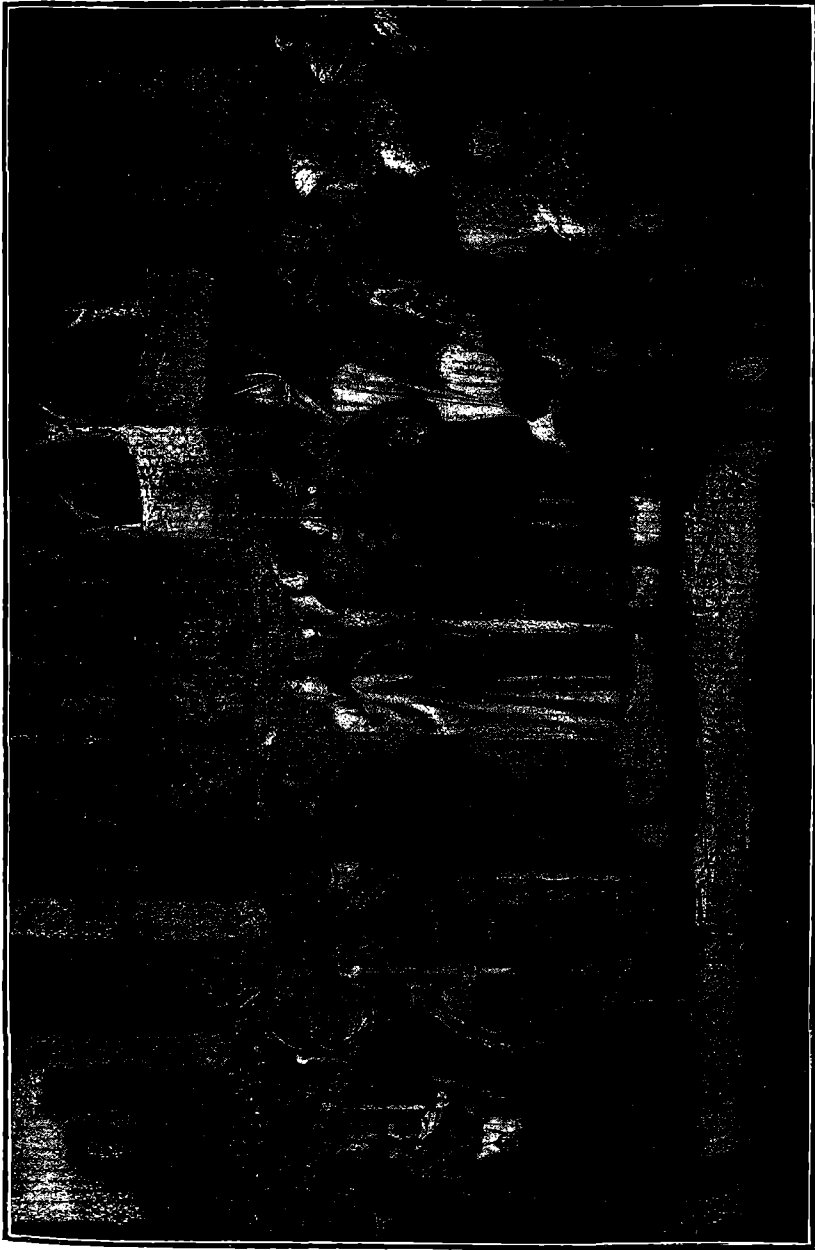
Se señaló el 21 de enero de 1535, para efectuar la terrible ceremonia. Se atizaron el odio hipócrita y los temores supersticiosos de toda la nación. París estaba repleto de visitantes que habían acudido de los alrededores y que invadían sus calles. Tenía que empezar el día con el desfile de una larga é imponente procesión. “Las casas por delante de las cuales debía pasar, estaban enlutadas. Se habían levantado altares, de trecho en trecho.” Frente á todas las puertas

había una luz encendida en honor del "santo sacramento." Desde el amanecer se formó la procesión en palacio. "Iban delante las cruces y los pendones de las parroquias, y después, seguían los particulares de dos en dos, y llevando teas encendidas." Á continuación seguían las cuatro órdenes de frailes, luciendo cada una sus vestiduras particulares. Á éstas seguía una gran colección de famosas reliquias. Iban tras ella, en sus carrozas, los altos dignatarios eclesiásticos, ostentando sus vestiduras moradas y de escarlata adornadas con pedrerías, formando todo aquello un conjunto espléndido y deslumbrador.

"La hostia era llevada bajo vistoso dosel . . . por cuatro príncipes de los de más alta categoría. . . . Tras ellos iba el monarca . . . Francisco I. Andaba en esa ocasión despojado de su corona y de su manto real." Con "la cabeza descubierta y la vista hacia el suelo, llevando en su mano un cirio encendido," el rey de Francia se presentaba en público, "como un penitente."²⁸ Se inclinaba ante cada altar, humillándose, no por los pecados que manchaban su alma, ni por la sangre inocente que habían derramado sus manos, sino por el pecado mortal de sus súbditos que se habían atrevido á condenar la misa. Cerraban la marcha la reina y los dignatarios del estado, que iban también de dos en dos llevando en sus manos antorchas encendidas.

Como parte del programa de aquel día, el monarca mismo dirigió un discurso á los dignatarios del reino en la vasta sala del palacio episcopal. Se presentó ante ellos con aspecto triste, y con conmovedora elocuencia, lamentó el "crimen, la blasfemia, y el día de luto y de desgracia" que había venido sobre toda la nación. Instaba á todos sus leales súbditos á que cooperasen en la obra de la extirpación de la herejía que amenazaba arruinar á Francia. "Tan cierto, señores, como que soy vuestro rey," decía, "si yo supiese que uno de mis miembros estuviese contaminado por esta asquerosa podredumbre, os lo entregaría para que fuese cortado por vosotros. . . . Y aun más, si viera á uno de mis hijos corrompido por ella,

²⁸ Wylie, l. 13, cap. 21.



Copyrighted

LA HUMILLACION DE FRANCISCO I

“El rev de Francia se presentaba en público como un penitente.”

no lo toleraría, sino que lo entregaría yo mismo y lo sacrificaría á Dios." Las lágrimas le ahogaron la voz y la asamblea entera lloró, exclamando unánimemente: "¡Viviremos y moriremos en la religión católica!"²⁴

Terribles eran las tinieblas de la nación que había rechazado la luz de la verdad. "La gracia que trae salvación" se había manifestado; pero Francia, después de haber comprobado su poder y su santidad, después de que millares de sus hijos hubieron sido alumbrados por su belleza, después que su radiante luz se hubo esparcido por ciudades y pueblos, volvió atrás, escogiendo las tinieblas mejor que la luz. Habían rehusado los franceses el don celestial cuando les fuera ofrecido. Habían llamado á lo malo bueno, y á lo bueno malo, hasta llegar á ser víctimas de su propio engaño. Y ahora, aunque creyeran de todo corazón que servían á Dios persiguiendo á su pueblo, su sinceridad no les dejaba sin culpa. Habían rechazado precisamente aquella luz que los hubiera salvado del engaño, escapando sus almas del pecado de derramar la sangre.

Se juró solemnemente en la gran catedral de extirpar la herejía, y en aquel mismo lugar, tres siglos más tarde iba á ser entronizada la "diosa razón" por un pueblo que se había olvidado del Dios viviente. Volvióse á formar la procesión y los representantes de Francia se marcharon dispuestos á dar principio á la obra que habían jurado llevar á cabo. "De trecho en trecho, á lo largo del camino de regreso, se habían preparado varias hogueras para quemar vivos á ciertos cristianos protestantes, y las cosas estaban arregladas de modo que se encendieran aquéllas al acercarse el rey, debiendo detenerse la procesión para presenciar la ejecución."²⁵ Los detalles de los tormentos que sufrieron estos confesores de Cristo, no son para descritos; pero nada de desfallecimiento en las víctimas. Al ser instado uno de ellos para que se retractase, dijo: "Yo sólo creo en lo que los profetas y apóstoles predicaron en los tiempos antiguos, y en lo que la comunión de los

²⁴ D'Aubigné, "Histoire de la Réformation au temps de Calvin,"
l. 4, cap. 12, pp. 175, 176. ²⁵ Wylie, l. 13, cap. 21.

santos ha creído. Mi fe está cifrada en Dios y de tal manera que puedo resistir hasta los poderes del infierno.”²⁶

La procesión se detenía cada vez frente á los sitios de tormento. Al volver al lugar de donde habían partido, el palacio real, se dispersó la muchedumbre y se retiraron el rey y los prelados, satisfechos de los autos de aquel día y congratulándose entre sí porque la obra así comenzada se proseguiría hasta lograrse la completa destrucción de los herejes.

El evangelio de paz que Francia había rechazado iba á ser también arrancado de raíz, lo que acarrearía terribles consecuencias. El 21 de enero de 1793, es decir, á los doscientos cincuenta y ocho años cabales, contados desde aquel día en que Francia entera se comprometiera á perseguir á los reformadores, otra procesión, organizada con un fin muy diferente, atravesaba las calles de París. “El rey era también entonces la figura prominente; otra vez veíase el mismo tumulto y oíase la misma gritería; pedíanse de nuevo más víctimas; volviéronse á erigir los negros patíbulos, y repitiéronse las mismas escenas, cerrándose el programa del día con espantosas ejecuciones; Luis XVI fué arrastrado á la guillotina, forcejeando con sus carceleros y verdugos que lo sujetaron fuertemente en la temible máquina hasta que cayó sobre su cuello la cuchilla separando de sus hombros la cabeza que rodó sobre los tablones del cadalso.”²⁷ Y no fué él la única víctima; allí cerca del mismo sitio perecieron decapitados por la guillotina dos mil ochocientos seres humanos, durante los días del reinado del terror.

La Reforma había presentado al mundo una Biblia abierta, desatando los sellos de los preceptos de Dios, é invitando al pueblo á cumplir con sus mandatos. El amor infinito había presentado á los hombres con toda claridad los principios y los estatutos del cielo. Dios había dicho: “Los guardaréis pues para cumplirlos; porque en esto consistirá vuestra sabiduría y vuestra inteligencia á la vista de las naciones;

²⁶ D'Aubigné, “Histoire de la Réformation au temps de Calvin,” l. 4, cap. 12, pp. 179, 180. ²⁷ Wylie, l. 13, cap. 21.

las cuales oirán hablar de todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido es esta gran nación.”²⁶ Francia misma, al rechazar el don celestial, sembró la semilla del anarquismo y de la ruina; y la acción consecutiva é inevitable de la causa y del efecto resultó en la Revolución y el reinado del terror.

Mucho antes de aquella persecución despertada por los carteles, el osado y ardiente Farel se había visto obligado á huir de la tierra de sus padres. Se refugió en Suiza, y mediante los esfuerzos con que secundó la obra de Zuinglio, ayudó á inclinar el platillo de la balanza en favor de la Reforma. Iba á pasar en Suiza sus últimos años, pero no obstante siguió ejerciendo poderosa influencia en la Reforma en Francia. Durante el primer año de su destierro dirigió todos sus esfuerzos especialmente á extender en su propio país el conocimiento del evangelio. Dedicó gran parte de su tiempo en predicar á sus paisanos cerca de las fronteras, desde donde seguía la suerte del conflicto con infatigable constancia, y los animaba con sus palabras de estímulo y sus consejos. Con la ayuda de otros desterrados, tradujo al francés los escritos del reformador alemán, y éstos y la Biblia vertida á la misma lengua popular, fueron vendidos por los colportores, que los propagaron por toda Francia, haciéndose numerosas ediciones con el mismo fin. Los colportores conseguían estos libros por bajo precio y con el producto de la venta avanzaban más y más en el trabajo, yendo por todas partes.

Farel dió comienzo á sus trabajos en Suiza bajo el humilde aspecto de maestro de escuela. Se retiró á una parroquia apartada y se consagró á la enseñanza de los niños. Además de las clases usuales requeridas por el plan de estudios, introdujo con mucha prudencia las verdades de la Biblia, esperando por medio de los niños, alcanzar á los padres. Algunos creyeron, pero los sacerdotes se apresuraron á detener la obra, y los supersticiosos campesinos fueron incitados á oponerse á ella. “Ese no puede ser el evangelio de Cristo,” decían con insistencia los sacerdotes, “puesto que su predicación no

²⁶ Deuteronomio 4:6.

trae paz sino guerra.”²⁹ Y á semejanza de los primeros discípulos, cuando se le perseguía en una ciudad se iba para otra. Andaba de aldea en aldea, y de pueblo en pueblo, á pie, sufriendo hambres, frío, fatigas, y exponiendo su vida en todas partes. Predicaba en las plazas, en las iglesias y á veces en los púlpitos de las catedrales. En ocasiones se reunía poca gente á oírle; en otras, interrumpían su predicación con burlas y gritería, y le echaban abajo del púlpito. Más de una vez cayó en manos de la canalla, que le dió de golpes hasta dejarlo medio muerto. Sin embargo seguía firme en su propósito. Aunque lo rechazaban á menudo, volvía á la carga con incansable obstinación, logrando ver al fin que unas tras otras, las ciudades que habían sido los baluartes del papismo, abrían sus puertas al evangelio. Fué aceptada la fe reformada en aquella pequeña parroquia donde había trabajado primero. Las ciudades de Morat y de Neuchatel renunciaron también á los ritos romanos y quitaron de sus templos las imágenes de idolatría.

Farel había deseado mucho plantar en Ginebra el estandarte de la Reforma protestante. Si esta ciudad podía ser ganada á la causa se convertiría en centro de la Reforma para Francia, Suiza é Italia. Para conseguirlo prosiguió su obra hasta que los pueblos y las aldeas de alrededor quedaron conquistados por el evangelio. En seguida entró en Ginebra con un solo compañero. Pero no le permitieron que predicara sino dos sermones. Habiéndose empeñado en vano los sacerdotes en conseguir de las autoridades civiles que lo condenaran, lo citaron á un concejo eclesiástico, yendo ellos con armas que llevaban bajo sus capas y estando resueltos á asesinarle. Fuera de la sala, una furiosa turba, con palos y espadas, se agolpó para estar segura de matarle en caso de que lograrse escaparse del concejo. La presencia de los magistrados y de una fuerza armada le salvaron de la muerte. Al día siguiente, muy temprano, lo condujeron con su compañero á la ribera opuesta del lago y lo dejaron fuera de peligro. Tal fué el resultado de su primer esfuerzo para evangelizar á Ginebra.

²⁹ Wylie, l. 14, cap. 3.

Para la siguiente tentativa se eligió un instrumento más pequeño — un joven de tan humilde apariencia que era tratado con frialdad hasta por los que profesaban ser amigos de la Reforma. ¿Qué podría uno como él allí donde Farel había sido rechazado? ¿Cómo podría un hombre de tan poco valor y tan escasa experiencia, resistir la tempestad ante la cual había huído el más fuerte y el más bravo? “¡No por esfuerzo, ni con poder, sino por mi Espíritu! dice Jehová de los ejércitos.”⁸⁰ “Ha escogido Dios las cosas insensatas del mundo, para confundir á los sabios.” “Porque lo insensato de Dios, es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.”⁸¹

Fromento principió su obra como maestro de escuela. Las verdades que inculcaba á los niños en la escuela, ellos las repetían en sus hogares. No tardaron los padres en acudir á escuchar la explicación de la Biblia, hasta que la sala de la escuela se llenó de atentos oyentes. Se distribuyeron gratis tratados y Nuevos Testamentos que alcanzaron á muchos que no se atrevían á venir públicamente á oír las nuevas doctrinas. Después de algún tiempo este obrero tuvo también que huir; pero las verdades que había propagado quedaban grabadas en la mente del pueblo. Habíase establecido allí la Reforma la cual iba á desarrollarse y fortalecerse. Volvieron los predicadores, y merced á sus trabajos, el culto protestante se arraigó finalmente en Ginebra.

La ciudad se había declarado ya partidaria de la Reforma, cuando Calvino, después de varios trabajos y vicisitudes penetró en ella. Volvía de su última visita á su tierra natal y dirigíase á Basilea, cuando halló el camino invadido por las tropas de Carlos V, teniendo que hacer un rodeo pasando por Ginebra.

En esta visita reconoció Farel la mano de Dios. Aunque Ginebra había aceptado ya la fe reformada, quedaba aún una gran obra por hacer. Los hombres son convertidos á Dios por individuos y no por comunidades; la obra de regeneración debe verificarse en el corazón y en la conciencia por el poder del Espíritu Santo, y no por decretos de concilios. Si bien es

⁸⁰ Zacarías 4:6.

⁸¹ 1 Corintios 1:27, 25.

cierto que el pueblo ginebrino había echado á un lado el yugo de Roma, no por eso estaba dispuesto á renunciar también á los vicios que florecieran en su seno bajo el dominio de aquélla. Y no era obra de poca monta la de implantar entre aquel pueblo los principios puros del evangelio, y prepararlo para que ocupara dignamente el puesto á que la Providencia parecía llamarle.

Farel estaba seguro de haber hallado en Calvino á uno que podría unírsele en esta empresa. En el nombre de Dios se dirigió al joven evangelista rogándole que se quedase allí á trabajar. Calvino retrocedió alarmado. Era tímido y amigo de la paz, y evitaba el contacto con el espíritu atrevido, independiente y hasta violento de los ginebrinos. La debilidad de su salud, por otra parte, y su afición al estudio, le inclinaban al retraimiento. Creyendo que con su pluma prestaría mejor servicio á la causa de la Reforma, deseaba encontrar un sitio tranquilo donde poder dedicarse al estudio, y desde allí, por medio de la prensa, instruir y edificar á las iglesias. Pero la solemne amonestación de Farel le pareció un llamamiento del cielo, y no se atrevió á oponerse á él. Le pareció, decía, “como si la mano de Dios se hubiera extendido desde el cielo y le sujetase para detenerle precisamente en aquel lugar que con tanta impaciencia quería dejar.”²²

Por aquel tiempo la causa protestante se veía rodeada de grandes peligros. Los anatemas del papa tronaban contra Ginebra, y poderosas naciones amenazaban destruirla. ¿Cómo iba tan pequeña ciudad á resistir al poder del clero acostumbrado á someter bajo su dominio á reyes y emperadores? ¿Cómo podría prevalecer contra los ejércitos de los grandes capitanes del siglo?

Por todas partes se veía amenazado el protestantismo por formidables enemigos. Pasados los primeros triunfos de la Reforma, Roma reunió nuevas fuerzas con la esperanza de acabar con ella. Entonces fué cuando nació la orden de los jesuítas, que iba á ser el más cruel, el menos escrupuloso y el más formidable de todos los campeones del papado. Libre de

²² D'Aubigné, “Histoire de la Réformation au temps de Calvin,”

l. 9, cap. 17, p. 589.

todo lazo terrenal y de toda preocupación por los intereses de la humanidad, insensible á la voz del afecto natural, sorda á los argumentos de la razón y á la voz de la conciencia, no reconocía más ley, ni más sujeción que las de su institución, y no tenía más preocupación que la de extender su poderío.³³ El evangelio de Cristo había hecho capaces á sus adherentes para arrostrar los peligros y soportar los padecimientos, sin desmayar por el frío, el hambre, el trabajo ó la miseria, y para sostener con desnudo el estandarte de la verdad frente al petro, al calabozo y á la hoguera. Para combatir contra estas fuerzas, el jesuitismo inspiraba á sus adeptos un fanatismo tal, que los habilitaba para soportar los peligros y oponer al poder de la verdad, los dardos del engaño. Para ellos ningún crimen era demasiado grande, ninguna mentira demasiado baja, ningún disfraz demasiado difícil de llevar con tal de que sirviera para sus fines. Ligados por votos de pobreza y de humildad, estudiaban el arte de adueñarse de la riqueza y del poder para consagrarlos á la destrucción del protestantismo y al restablecimiento de la supremacía papal.

Al darse á conocer como miembros de la orden, se presentaban con cierto aire de santidad, visitando las cárceles, atendiendo á los enfermos y á los pobres, haciendo profesión de haber renunciado al mundo, y llevando el sagrado nombre de Jesús, de Aquel que anduvo haciendo el bien. Pero bajo esta fingida mansedumbre, ocultaban á menudo propósitos criminales y mortíferos. Era un principio fundamental de la orden, que el fin justificaba los medios. Según dicho principio, la mentira, el robo, el perjurio y el asesinato, no sólo eran perdonables, sino dignos de ser recomendados, siempre que sirvieran los intereses de la iglesia. Con muy diversos disfraces se introducían los jesuítas en los puestos del estado, elevándose hasta la categoría de consejeros de los reyes, y dirigiendo la política de las naciones. Se hacían criados para convertirse en espías de sus señores. Establecían colegios para los hijos de príncipes y nobles, y escuelas para los del pueblo; y los hijos de padres protestantes eran obligados á observar los ritos romanistas. Toda la pompa exterior des-

³³ Véase el Apéndice.

plegada en el culto de la iglesia de Roma no tenía otro objeto que el de confundir la mente y ofuscar y embaucar la imaginación, y de esta manera, los hijos hacían traición á aquella libertad por la cual sus padres habían trabajado y derramado su sangre. Los jesuítas se esparcieron rápidamente por toda Europa y, adondequiera que iban, lograban reavivar el papismo.

Para otorgarles más poder, se expidió una bula que restablecía la inquisición.* No obstante el odio general que inspiraba, aun en los países católicos, este terrible tribunal fué restablecido por las autoridades papistas, y muchas atrocidades demasiado terribles para cometerse á la luz del día, se perpetraban en los secretos y oscuros calabozos. En muchos países, miles y miles de representantes de la flor y nata de la nación, de los más puros y nobles, de los más inteligentes y cultos, de los pastores más piadosos y abnegados, de los ciudadanos más patriotas é industriosos, de los más brillantes literatos, de los artistas de más talento y de los artesanos más expertos, fueron asesinados ó se vieron obligados á huir á otras tierras.

Estos eran los medios de que se valía Roma para apagar la luz de la Reforma, para apartar la Biblia de los hombres, y restaurar la ignorancia y la superstición de la edad media. Empero, debido á la bendición de Dios y al esfuerzo de aquellos nobles hombres que él había suscitado para suceder á Lutero, el protestantismo no fué vencido. Esto no se debió al favor ni á las armas de los príncipes. Los países más pequeños, las naciones más humildes é insignificantes, fueron sus baluartes. Era la pequeña Ginebra, á la que rodeaban poderosos enemigos que tramaban su destrucción; era Holanda en sus bancos de arena del Mar del Norte, que luchaba contra la tiranía de España, el más grande y el más opulento de los reinos de aquel tiempo; y era la glacial y estéril Suecia, las que ganaron victorias para la Reforma.

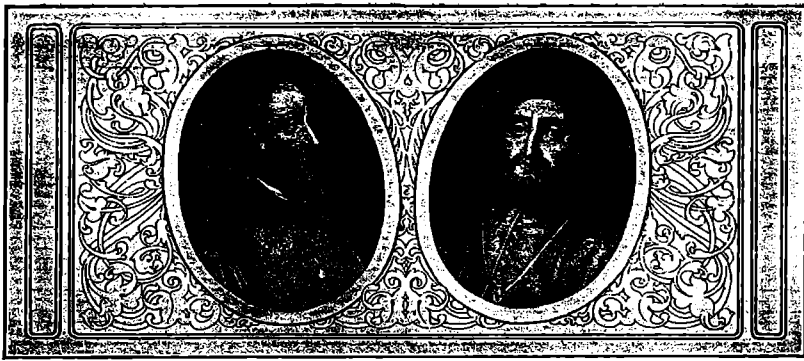
Calvino trabajó en Ginebra por cerca de treinta años; primero para establecer una iglesia que se adhiriese á la morali-

* Véase el Apéndice.

dad de la Biblia, y después para fomentar el movimiento de la Reforma por toda Europa. Su carrera como caudillo público no fué inmaculada, ni sus doctrinas estuvieron exentas de error. Pero así y todo fué el instrumento que sirvió para dar á conocer verdades especialmente importantes en su época, y para mantener los principios del protestantismo, defendiéndolos contra la ola creciente del papismo, así como para instituir en las iglesias reformadas la sencillez y la pureza de vida, que sucedían al orgullo y á la corrupción con que habían sido nutridas mediante las enseñanzas del romanismo.

De Ginebra salieron las publicaciones y los maestros que esparcieron las doctrinas reformadas. Y á ella concurrían los prófugos que de todas partes acudían en busca de instrucción, de consejo y de aliento. La ciudad de Calvino se convirtió en refugio para los reformadores de toda la Europa occidental perseguidos como venado. Huyendo de las tremendas tempestades que siguieron desencadenándose por varios siglos, los fugitivos llegaban á las puertas de Ginebra. Pereciendo de hambre, heridos, expulsados de sus hogares, separados de los suyos, eran recibidos con amor y se les cuidaba con ternura; y hallando allí un hogar, eran una bendición para aquella su ciudad adoptiva, por su talento, su sabiduría y su piedad. Muchos de los que se refugiaron allí regresaron á sus propias tierras para combatir la tiranía de Roma. Juan Knox, el valiente reformador de Escocia, no pocos de los puritanos ingleses, los protestantes de Holanda y de España y los hugonotes de Francia, llevaban de Ginebra la antorcha de la verdad con que desvanecer las tinieblas en sus propios países.





LA REFORMA EN ESPAÑA — 13

Colaboración *

Los principios del siglo XVI coinciden con “el período heroico de la historia de España, el período de la victoria final sobre los moros, y de la romántica conquista de un nuevo mundo, período en que el entusiasmo religioso y militar elevó el carácter nacional de un modo tan extraordinario. Tanto en la guerra, como en la diplomacia y en el arte de gobernar se reconocía y temía la preeminencia de los españoles.” A fines del siglo XV Colón había descubierto y reunido á la corona de España “territorios dilatadísima y fabulosamente ricos.” En los primeros años del siglo XVI fué cuando el primer europeo vió el Océano Pacífico; y mientras se colocaba en Aquisgrán la corona de Carlomagno y Barbarroja sobre la cabeza de Carlos Quinto, “Magallanes llevaba á cabo el gran viaje que había de tener por resultado la circunnavegación del globo, y Cortés hallábase empeñado en la ardua conquista de México.” Veinte años después “Pizarro había llevado á feliz término la conquista del Perú.”¹

Carlos Quinto ascendió al trono como soberano de España y Nápoles, de los Países Bajos, de Alemania y Austria “en tiempo en que Alemania se encontraba en un estado de agitación sin precedente.”² Con la invención de la imprenta

* Este capítulo fué compilado por los Sres. C. C. Crisler y H. H. Hall, y se ha insertado en esta obra con la aprobación del autor de ella.

¹ “Encyclopædia Britannica,” novena ed., art. “Carlos Quinto.”

² “The New International Encyclopædia,” art. “Carlos Quinto.”

propagóse la Biblia por los hogares del pueblo, y como muchos aprendieran á leer para sí la palabra de Dios, la luz de la verdad disipó las tinieblas de la superstición como por obra de una nueva revelación. Era evidente que había habido un alejamiento de las enseñanzas de los fundadores de la iglesia primitiva, tal cual se hallaban relatadas en el Nuevo Testamento.³ Entre las órdenes monásticas “la vida conventual habíase corrompido al extremo de que los monjes más virtuosos no podían ya soportarla.”⁴ Otras muchas personas relacionadas con la iglesia se asemejaban muy poco á Jesús y á sus apóstoles. Los católicos sinceros, que amaban y honraban la antigua religión, se horrorizaban ante el espectáculo que se les ofrecía por doquiera. Entre todas las clases sociales se notaba “una viva percepción de las corrupciones” que se habían introducido en la iglesia, y “un profundo y general anhelo por la reforma.”⁵

“Deseosos de respirar un ambiente más sano, surgieron por todas partes evangelistas inspirados por una doctrina más pura.”⁶ Muchos católicos cristianos, nobles y serios, entre los que se contaban no pocos del clero español é italiano, uniéronse á dicho movimiento, que rápidamente iba extendiéndose por Alemania y Francia. Como lo declaró el sabio arzobispo de Toledo, Bartolomé de Carranza, en sus “Comentarios del Catecismo,” aquellos piadosos prelados querían ver “revivir en su sencillez y pureza el antiguo espíritu de nuestros antepasados y de la iglesia primitiva.”⁷

El clero de España era competente para tomar parte directiva en este retorno al cristianismo primitivo. Siempre amante de la libertad, el pueblo español durante los primeros siglos de la era cristiana se había negado resueltamente á reconocer la supremacía de los obispos de Roma; y sólo después de transeurridos ocho siglos le reconocieron al fin á Roma

³ Motley, “Histoire de la fondation de la République des Provinces Unies,” Introducción, XII, párs. 7, 12.

⁴ Kurtz, “Kirchengeschichte,” sec. 125, párs. 2.

⁵ *Idem*, sec. 122, párs. 1.

⁶ *Idem*, sec. 125, párs. 2.

⁷ Bartolmeo Carranza y Miranda, “Comentarios sobre el catecismo cristiano,” Amberes, 1558, p. 233; citado por Kurtz, sec. 139, párs. 21.

el derecho de entremeterse con autoridad en sus asuntos internos. Fué precisamente con el fin de aniquilar ese espíritu de libertad, característico del pueblo español hasta en los siglos posteriores en que había reconocido ya la supremacía papal, con el que, en 1483, Fernando é Isabel, en hora fatal para España, permitieron el establecimiento de la Inquisición como tribunal permanente en Castilla y su restablecimiento en Aragón, con Tomás de Torquemada como inquisidor general.

Durante el reinado de Carlos Quinto "la represión de las libertades del pueblo, que ya había ido tan lejos en tiempo de su abuelo, y que su hijo iba á reducir á sistema, siguió desenfundadamente, . . . no obstante las apelaciones de las Cortes. Todas las artes de su famoso ministro, el cardenal Jiménez, fueron requeridas para impedir un rompimiento manifiesto. Al principio del reinado del monarca (1520) las ciudades de Castilla se vieron impulsadas á sublevarse para conservar sus antiguas libertades. Sólo á duras penas logró sofocarse la insurrección (1521)."⁸ La política de este soberano consistía, como había consistido la de su abuelo Fernando, en oponerse al espíritu de toda una época, considerando tanto las almas como los cuerpos de las muchedumbres como propiedad personal de un individuo.⁹ Como lo ha dicho un historiador: "El soberbio imperio de Carlos Quinto levantóse sobre la tumba de la libertad."¹⁰

A pesar de tan extraordinarios esfuerzos para despojar á los hombres de sus libertades civiles y religiosas, y hasta de la del pensamiento, "el ardor del entusiasmo religioso, unido al instinto profundo de la libertad civil,"¹¹ indujo á muchos hombres y mujeres piadosos á atenerse tenazmente á las enseñanzas de la Biblia y á sostener el derecho que tenían de adorar á Dios según los dictados de su conciencia. De aquí que por España se propagase un movimiento análogo al de la revolución religiosa que se desarrollaba en otros países. Al

⁸ "The New International Encyclopædia," ed. de 1904, art.

"Carlos Quinto."

⁹ Motley, Obra citada, Introducción, X, pár. 1.

¹⁰ *Idem*, Prefacio, pár. 1.

¹¹ *Idem*, XI, pár. 10.

paso que los descubrimientos en un mundo nuevo prometían al soldado y al mercader territorios sin límites y riquezas fabulosas, muchos miembros de entre las familias más nobles fijaron resueltamente sus miradas en las más vastas conquistas y en las más duraderas riquezas del evangelio. Las enseñanzas de las Sagradas Escrituras estaban abriéndose paso silenciosamente en los corazones de hombres como el erudito Alfonso de Valdés, secretario de Carlos Quinto; su hermano, Juan de Valdés, secretario del virrey de Nápoles; y el elocuente Constantino Ponce de la Fuente, capellán y confesor de Carlos Quinto, de quien Felipe II dijo ser “muy gran filósofo y profundo teólogo y de los más señalados hombres en el púlpito y elocuencia que ha habido de tiempos acá.”¹² Más allá aún fué la influencia de las Sagradas Escrituras, penetrando en el rico monasterio de San Isidro del Campo, donde casi todos los monjes recibieron gozosos la palabra de Dios cual antorcha á sus pies y luz á su camino. Hasta el arzobispo Carranza, después de haber sido elevado á la primacía, se vió obligado durante cerca de veinte años á batallar en defensa de su vida entre los muros de la Inquisición, porque abogaba por las doctrinas de la Biblia.¹³

Ya en 1519 empezaron á aparecer, en forma de pequeños folletos en latín, los escritos de los reformadores de otros

¹² J. Cristóbal Calvete de Estrella, “El felicísimo viaje del príncipe D. Felipe . . . desde España á sus tierras de la Baja Alemania,” obra citada por M’Crie, en “The Reformation in Spain,” cap. 7, pág. 19 (ed. de 1856, Edimburgo).

¹³ Por mandato de Felipe II, el arzobispo Carranza pasó “muchos años leyendo libros heréticos,” con el objeto de refutarlos. A esta influencia atribuyen los historiadores el que de implacable enemigo del protestantismo, se convirtiera en secreto sostenedor de él. Acusado de herejía fué encarcelado por la Inquisición en España; mas, como primado, hizo “recusación de todos los arzobispos y obispos de” España “para sus jueces.” Como apelara al papa, fué transferido á Roma, donde, después de haber sido encarcelado durante muchos años, se le sentenció finalmente á un nuevo término de encarcelamiento en un convento de los dominicos, por haber “bebido prava doctrina de muchos herejes condenados, como de Martín Lutero, Juan Oecolampadio, Felipe Melancton y otros.” (De Castro y Rossi, “Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II,” pp. 223, 231.) Véase una relación detallada de las enseñanzas y del largo juicio de Carranza, en la obra de C. A. Wilkens titulada *Spanish Protestants in the Sixteenth Century*, cap. 15.

países, á los que siguieron, meses después, obras de mayor aliento, escritas casi todas en castellano. En ellas se ponderaba la Biblia como piedra de toque que debía servir para probar cualquier doctrina, se exponía sabiamente la necesidad que había de reformas, y se explicaban con claridad las grandes verdades relativas á la justificación por la fe y á la libertad mediante el evangelio.

“La primera, la más noble, la más sublime de todas las obras,” enseñaban los reformadores, “es la fe en Jesu-Cristo. De esta obra deben proceder todas las obras.” “Un cristiano que tiene fe en Dios, lo hace todo con libertad y con gozo; mientras que el hombre que no está con Dios vive lleno de cuidados y sujeto siempre á servidumbre. Este se pregunta á sí mismo con angustia, cuántas obras buenas tendrá que hacer; corre acá y acullá; pregunta á éste y á aquél; no encuentra la paz en parte alguna, y todo lo ejecuta con disgusto y con temor.” “La fe viene únicamente de Jesu-Cristo, prometida y dada gratuitamente. ¡Oh hombre! representate á Cristo, y considera cómo Dios te muestra en él su misericordia, sin ningún mérito de tu parte. Saca de esta imagen de su gracia la fe y la certidumbre de que todos tus pecados te están perdonados: esto no lo pueden producir las obras. De la sangre, de las llagas, de la misma muerte de Cristo es de donde mana esa fe que brota en el corazón.”“

En uno de los tratados se explicaba del siguiente modo la diferencia que media entre la excelencia de la fe y las obras humanas:

“Dios dijo: ‘Quien creyere y fuere bautizado, será salvo.’ Esta promesa de Dios debe ser preferida á toda la ostentación de las obras, á todos los votos, á todas las satisfacciones,

“D’Aubigné, “Historia de la Reforma del siglo XVI,” 1. 6, cap. 2. Este lenguaje es muy semejante al que empleó el arzobispo Carranza, quien dijo en su “Catecismo cristiano” que “la fe sin las obras es muerta, puesto que las obras son una indicación segura de la existencia de la fe;” que “nuestras buenas obras tienen valor solamente cuando son ejecutadas por amor de Cristo, y que, si prescindimos de él, no valen nada;” que “los sufrimientos de Cristo son del todo suficientes para salvar de todo pecado;” y que “él carga con nuestros pecados y nosotros quedamos libres.” *Spanish Protestants in the Sixteenth Century*, por C. A. Wilkens, cap. 15, pág. 5.

á todas las indulgencias, y á cuanto ha inventado el hombre; porque de esta promesa, si la recibimos con fe, depende toda nuestra felicidad. Si creemos, nuestro corazón se fortalece con la promesa divina; y aunque el fiel quedase despojado de todo, esta promesa en que cree, le sostendría. Con ella resistiría al adversario que se lanzara contra su alma; con ella podrá responder á la desapiadada muerte, y ante el mismo juicio de Dios. Su consuelo en todas sus adversidades consistirá en decir: Yo recibí ya las primicias de ella en el bautismo; si Dios es conmigo, ¿quién será contra mí? ¡Oh! ¡qué rico es el cristiano y el bautizado! nada puede perderle á no ser que se niegue á creer.”

“Si el cristiano encuentra su salud eterna en la renovación de su bautismo por la fe,” preguntaba el autor de este tratado, “¿qué necesidad tiene de las prescripciones de Roma? Declaro pues,” decía, “que ni el papa, ni el obispo, ni cualquier hombre que sea, tiene derecho de imponer lo más mínimo á un cristiano sino con su consentimiento. Todo lo que no se hace así, se hace tiránicamente. Somos libres con respecto á todos. . . . Dios aprecia todas las cosas según la fe, y acontece á menudo que el simple trabajo de un criado ó de una criada es más grato á Dios que los ayunos y obras de un fraile, por faltarle á éste la fe. El pueblo cristiano es el verdadero pueblo de Dios.”²⁵

En otro tratado se enseñaba que el verdadero cristiano, al ejercer la libertad que da la fe, tiene buen cuidado también en respetar los poderes establecidos. El amor á sus semejantes le induce á portarse de un modo circunspecto y á ser leal á los que gobiernan el país. “Aunque el cristiano . . . (sea) libre, se hace voluntariamente siervo, para obrar con sus hermanos, así como Dios obró con él mismo por Jesu-Cristo.” “Yo quiero,” dice el autor, “servir libre, gozosa y desinteresadamente, á un padre que me ha dado toda la abundancia de sus bienes; quiero obrar hacia mis hermanos, así como Cristo obró hacia mí.” “De la fe,” prosigue el autor,

²⁵ D'Aubigné, “Historia de la Reforma del siglo XVI,” l. 6, cap. 6.

“dimana una vida llena de libertad, de caridad y de alegría. ¡Oh! ¡cuán elevada y noble es la vida del cristiano! . . . Por la fe se eleva el cristiano hasta Dios; por el amor, desciende hasta al hombre; y no obstante permanece siempre en Dios. He aquí la verdadera libertad; libertad que sobrepuja á toda otra libertad, tanto como los cielos distan de la tierra.”¹⁶

Estas exposiciones de la libertad del evangelio no podían dejar de llamar la atención en un país donde el amor á la libertad era tan arraigado. Los tratados y folletos pasaron de mano en mano. Los amigos del movimiento evangélico en Suiza, Alemania y los Países Bajos seguían mandando á España gran número de publicaciones. No era tarea fácil para los comerciantes burlar la vigilancia de los esbirros de la Inquisición, que hacían cuanto podían para acabar con las doctrinas reformadas, contrarrestando la ola de literatura que iba inundando al país.¹⁷

No obstante, los amigos de la causa perseveraron, hasta que muchos miles de tratados y de libritos fueron introducidos de contrabando, burlando la vigilancia de los agentes apostados en los principales puertos del Mediterráneo y á lo largo de los puertos del Pirineo. A veces se metían estas publicaciones dentro de fardos de heno ó de yute (cáñamo de las Indias), ó en barriles de vino de Borgoña ó de Champagne.¹⁸; á veces iban empaquetadas en un barril interior impermeable dentro de otro barril más grande lleno de vino. Año tras año, durante la mayor parte del siglo décimo sexto, hicieron esfuerzos constantes para abastecer al pueblo con Testamentos y Biblias en castellano y con los escritos de los reformadores. Era una época en que “la Palabra impresa

¹⁶ D'Aubigné, “Historia de la Reforma del siglo XVI,” l. 6, cap. 7.

¹⁷ El finado Dr. Ed. Boehme, de la universidad de Estrasburgo, y miembro correspondiente de la Real Academia Española, hace un curioso relato de este comercio en libros protestantes entre Alemania y España, en su obra inglesa “Spanish Reformers of Two Centuries from 1520,” vol. 2, pp. 64, 65. Dicho relato, basado en documentos de la época, denota un comercio muy activo llevado á cabo secretamente con amigos de la causa protestante en España.

¹⁸ Lea, H. C., “Chapters from the Religious History of Spain,” p. 28.

había tomado un vuelo que la llevaba, como el viento lleva las semillas, hasta los países más remotos.”¹⁰

Entretanto, la Inquisición trataba de impedir con redoblada vigilancia que dichos libros llegasen á manos del pueblo. “Los dueños de librerías tuvieron que entregarle tantos libros, que casi se arruinaban.”²⁰ Ediciones enteras fueron confiscadas, y no obstante ejemplares de obras importantes, inclusive muchos Nuevos Testamentos y porciones del Antiguo llegaban á los hogares del pueblo, merced á los esfuerzos de los comerciantes y colportores. Esto sucedía así especialmente en las provincias del norte, en Cataluña, Aragón y Castilla la Vieja, donde los valdenses habían sembrado pacientemente la semilla que empezaba á brotar y que prometía abundante cosecha.²¹

Uno de los colportores más empeñados y más afortunados en la empresa fué Julián Hernández, un enano, que disfrazado á menudo de buhonero ó de arriero, hizo muchos viajes á España, ya cruzando los Pirineos, ya entrando por alguno de los puertos del sur de España. Según testimonio del escritor jesuíta, fray Santiáñez, era Julián un español que “salió de Alemania con designio de infernar toda España y corrió gran parte de ella, repartiendo muchos libros de perversa doctrina por varias partes y sembrando las herejías de Lutero en hombres y mujeres; y especialmente en Sevilla. Era sobremanera astuto y mañoso, (condición propia de herejes). Hizo gran daño en toda Castilla y Andalucía. Entraba

¹⁰ D'Aubigné, Obra citada, l. 1, cap. 9.

²⁰ Fisher, Dr. J. P., “Historia de la Reformación,” p. 359.

²¹ Para un relato de las primitivas colonias de cristianos valdenses en el norte de España, véase Perrin “Histoire des Vaudois,” l. 3, cap. 7; l. 4, cap. 2; l. 5, cap. 8. Según ella muchos de los valdenses, huyendo de la persecución se establecieron “en Cataluña y en el reino de Aragón. Es lo que hace notar Mateo París, al decir que en tiempo del papa Gregorio IX había gran número de valdenses en España, y por el año de 1214, en tiempo del papa Alejandro IV, el cual se quejó en una de sus bulas, de que se les había dejado arraigarse tanto, y de que no se les hubiese molestado para multiplicarse como lo habían hecho. Efectivamente en tiempo de Gregorio IX crecieron tanto en número y crédito, que establecieron obispos sobre sus rebaños para que les predicasen sus doctrinas: sabedores de lo cual los otros obispos fué causa de atroz persecución.” (Cap. 18, pp. 245, 246.)

y salía por todas partes con mucha seguridad con sus trazas y embustes, pegando fuego en donde ponía los pies.”²²

Mientras la difusión de impresos daba á conocer en España las doctrinas reformadas, “debido á la extensión del gobierno de Carlos Quinto sobre Alemania y los Países Bajos, se estrechaban más las relaciones de España con estos países, proporcionando á los españoles tanto seculares como eclesiásticos, una buena oportunidad para informarse acerca de las doctrinas protestantes, y no pocos les dieron favorable acogida.”²³ Entre ellos se encontraban algunos que, como Alfonso y Juan de Valdés, hijos de Don Fernando de Valdés, corregidor de la antigua ciudad de Cuenca, desempeñaban altos puestos públicos.

Alfonso de Valdés que, como secretario imperial, acompañó á Carlos Quinto con motivo de su coronación, en 1520, y á la dieta de Worms, en 1521, aprovechó su viaje á Alemania y á los Países Bajos para informarse bien respecto al origen y á la propagación del movimiento evangélico, y escribió dos cartas á sus amigos de España haciendo un relato completo de cuanto había oído, incluso un informe detallado de la comparecencia de Lutero ante la dieta.²⁴ Unos diez años después estuvo con Carlos Quinto en la dieta de Augsburgo, donde tuvo oportunidad para conversar libremente con Melanchton, á quien aseguró que “su influencia había contribuído á librar el ánimo del emperador de . . . falsas impresiones; y que en una entrevista posterior se le había encargado dijera á Melanchton que su majestad deseaba que éste escribiera un compendio claro de las opiniones de los luteranos, poniéndolas en oposición, artículo por artículo, con las de sus adversarios. El reformador accedió gustoso al pedido, y el resultado de su labor fué comunicado por Valdés a Campegio, legado del papa. Este acto no se le escapó al ojo vigilante de la Inquisición.

²² MS. “Historia de la Compañía de Jesús en esta provincia de Andalucía,” citada por De Castro, “Historia de los protestantes españoles,” nota (1), p. 250. (El MS. original se encuentra en la biblioteca “Columbina,” Wáshington.)

²³ Fisher, “Historia de la Reforma,” p. 360.

²⁴ “Hay razón para creer que la primera de estas cartas se publicó en aquel entonces.”—*M'Críe, cap. 4, pár. 3, nota.*

Luego que Valdés regresó á su país natal, se le acusó ante el '*Santo Oficio*' y fué condenado como sospechoso de luteranismo." ²⁵

El poder del Espíritu Santo que asistió á los reformadores en la tarea de presentar las verdades de la palabra de Dios, durante las grandes dietas convocadas de vez en cuando por Carlos Quinto, hizo gran impresión en el ánimo de los nobles y de los dignatarios de la iglesia que de España acudieron á aquéllas. Por más que á algunos de éstos, como al arzobispo Carranza, se les contase durante muchos años entre los más decididos partidarios del catolicismo romano, con todo no pocos cedieron al fin á la convicción de que era verdaderamente Dios quien dirigía y enseñaba á aquellos intrépidos defensores de la verdad, que Biblia en mano, abogaban por el retorno al cristianismo primitivo y á la libertad asegurada por el evangelio.

Entre los primeros reformadores españoles que se valieron de la imprenta para esparcir el conocimiento de la verdad bíblica, hay que mencionar á Juan de Valdés, hermano de Alfonso, sabio juriscónsul y secretario del virrey español de Nápoles. Sus obras se caracterizaban por un "amor á la libertad, digno del más alto encarecimiento." ²⁶ Escritas "con gran maestría y agudeza, en estilo ameno y con pensamientos muy originales" contribuyeron grandemente á echar los cimientos del protestantismo en España.

"En Sevilla y Valladolid los protestantes llegaron á contar con el mayor número de adeptos." Pero como "los que adoptaron la interpretación reformada del evangelio, se contentaron por regla general con su promulgación, sin atacar abiertamente la teología ó la iglesia católica," ²⁷ sólo á duras penas podían los creyentes reconocerse unos á otros, pues temían revelar sus verdaderos sentimientos á los que no les parecían ser dignos de confianza. En la providencia de Dios,

²⁵ M'Crie, cap. 4, párs. 10, 11.

²⁶ De Castro, "Historia de los protestantes españoles," pp. 99-102. En una nota (pp. 104, 105) De Castro publica una lista de las obras de este reformador.

²⁷ Fisher, "Historia de la Reformación," p. 361.

fué un golpe dado por la misma Inquisición el que rompió en Valladolid aquella valla de retraimiento, y el que les hizo posible á los creyentes el reconocerse y hablar unos con otros.

Francisco San Román, natural de Burgos, é hijo del alcaide mayor de Bribiesca, en el curso de sus viajes comerciales tuvo oportunidad de visitar á Bremen, donde oyó predicar las doctrinas evangélicas. De regreso á Amberes fué encarcelado durante ocho meses, pasados los cuales se le permitió proseguir su viaje á España, donde se creía que guardaría silencio. Pero, cual aconteciera con los apóstoles de antaño, no pudo “dejar de hablar las cosas que había visto y oído” debido á lo cual no tardó en ser “entregado á la Inquisición en Valladolid.”

“Corto fué su proceso . . . Confesó abiertamente su fe en las principales doctrinas de la Reforma, es á saber que nadie se salva por sus propias obras, méritos ó fuerzas, sino únicamente debido á la gracia de Dios, mediante el sacrificio de un solo Medianero.” Ni con súplicas ni con torturas pudo inducirsele á que se retractara; se le sentenció, pues, á la hoguera, y sufrió el martirio en un notable auto de fe, en 1544.

Hacia cerca de un cuarto de siglo que la doctrina reformada había llegado por primera vez á Valladolid, empero durante dicho período “sus discípulos se habían contentado con guardarla en sus corazones ó hablar de ella con la mayor cautela á sus amigos de confianza. El estudio y la meditación, avivados por el martirio de San Román, pusieron fin á tal retraimiento. Expresiones de simpatía por su suerte, ó de admiración por sus opiniones, dieron lugar á conversaciones, en cuyo curso los que favorecían la nueva fe, como se la llamaba, pudieron fácilmente reconocerse unos á otros. El celo y hasta magnanimidad de que dió prueba el mártir al arrostrar el odio general y al sufrir tan horrible muerte por causa de la verdad, provocó la emulación hasta de los más tímidos de aquéllos; de suerte que, pocos años después de aquel auto, se organizaron formando una iglesia que se reunía con regularidad, en privado, para la instrucción y el culto religioso.”²⁸

²⁸ M'Crie, cap. 4, párs. 35, 36.

Esta iglesia, cuyo desarrollo fué fomentado por los esfuerzos de la Inquisición, tuvo por primer pastor á Domingo de Rojas. “Su padre fué Don Juan, primer marqués de Poza; su madre fué hija del conde de Salinas, y descendía de la familia del marqués de la Mota. . . . Además de los libros de los reformadores alemanes, con los que estaba familiarizado, propagó ciertos escritos suyos, y particularmente un tratado con el título de ‘Explicación de los artículos de fe,’ que contenía una corta exposición y defensa de las nuevas opiniones.” “Rechazaba como contraria á las Escrituras la doctrina del purgatorio, la misa y otros artículos de la fe establecida.” “Merced á sus exhortaciones llenas de celo, muchos fueron inducidos á unirse á la iglesia reformada de Valladolid, entre los que se contaban varios miembros de la familia del mismo Rojas, como también de la del marqués de Alcañices y de otras familias nobles de Castilla.”²⁹ Después de algunos años de servicio en la buena causa, Rojas sufrió el martirio de la hoguera. Camino del sitio del suplicio, pasó frente al palco real, y preguntó al rey: “¿Cómo podéis, señor, presenciar así los tormentos de vuestros inocentes súbditos? Salvadnos de muerte tan cruel.” “No,” replicó Felipe, “yo mismo llevaría la leña para quemar á mi propio hijo si fuese un miserable como tú.”³⁰

El Dr. Don Agustín Cazalla, compañero y sucesor de Rojas, “era hijo de Pedro Cazalla, oficial mayor del tesoro real” y se le consideraba como “á uno de los principales oradores sagrados de España.” En 1545 fué nombrado capellán del emperador “á quien acompañó el año siguiente á Alemania,” y ante quien predicó ocasionalmente años después, cuando Carlos Quinto se hubo retirado al convento de San Yuste. De 1555 á 1559 tuvo Cazalla oportunidad para pasar larga temporada en Valladolid, del cual era natural su madre, en cuya casa solía reunirse secretamente para el culto de la iglesia protestante. “No pudo resistir á las repetidas súplicas con que se le instó para que se hiciera cargo de los intereses espirituales de ésta; la cual, favorecida con el talento y la

²⁹ M'Crie, cap. 6, pág. 12.

³⁰ *Idem*, cap. 7, pág. 42

nombradía del nuevo pastor, creció á diario en número y respetabilidad.”⁸¹

En Valladolid “la doctrina reformada penetró hasta en los monasterios. Fué abrazada por gran número de las monjas de Sta. Clara, y de la orden cisterciense de San Belén, y contaba con personas convertidas entre la clase de mujeres devotas, llamadas beatas, que . . . se dedicaban á obras de caridad.”

“Las doctrinas protestantes se esparcieron por todas partes alrededor de Valladolid, habiendo convertidos en casi todas las ciudades y en muchos de los pueblos del antiguo reino de León. En la ciudad de Toro fueron aceptadas las nuevas doctrinas por . . . Antonio Herrezuelo, abogado de gran talento, y por miembros de las familias de los marqueses de la Mota y de Alcañices. En la ciudad de Zamora, Don Cristóbal de Padilla era cabeza de los protestantes.” De éstos los había también en Castilla la Vieja, en Logroño, en la raya de Navarra, en Toledo y en las provincias de Granada, Murcia, Valencia y Aragón. “Formaron agrupaciones en Zaragoza, Huesca, Barbastro y en otras muchas ciudades.”⁸²

Respecto al carácter y posición social de los que se unieron al movimiento reformador en España, se expresa así un historiador: “Tal vez no hubo nunca en país alguno tan gran proporción de personas ilustres por su cuna ó por su saber, entre los convertidos á una religión nueva y proscrita. Esta circunstancia ayuda á explicar el hecho singular de que un grupo de disidentes que no bajaría de dos mil personas, diseminadas en tan vasto país, y débilmente relacionadas unas con otras, hubiese logrado comunicar sus ideas y tener sus reuniones privadas durante cierto número de años, sin ser descubierto por un tribunal tan celoso como lo fué el de la Inquisición.”⁸³

Al paso que la Reforma se propagaba por todo el norte de España, con Valladolid por centro, una obra de igual importancia, centralizada en Sevilla, llevábase á cabo en el

⁸¹ M'Crie, cap. 6, pág. 15.

⁸² *Idem*, cap. 6, párs. 16-19.

⁸³ *Idem*, cap. 6, pág. 20.

sur. Merced á una serie de circunstancias providenciales, Rodrigo de Valer, joven acaudalado, fué inducido á apartarse de los deleites y pasatiempos de los ricos ociosos y á hacerse heraldo del evangelio de Cristo. Hízose de un ejemplar de la Vulgata, y aprovechaba todas las oportunidades para aprender el latín, en que estaba escrita su Biblia. “A fuerza de estudio, día y noche,” pronto logró familiarizarse con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras. El ideal sostenido por las Escrituras estaba tan á la vista y era tan diferente del del clero, que Valer se sintió obligado á hacerle ver á éste la defección general que, del cristianismo primitivo, se había hecho en el seno de todas las clases sociales, tanto en cuanto á la fe como en cuanto á las costumbres; la corrupción de su propia orden, que había contribuído á inficionar toda la comunidad cristiana; y el sagrado deber que le incumbía á la orden de aplicar inmediato y radical remedio antes que el mal se volviera del todo incurable. Estas representaciones iban siempre acompañadas de una apelación á las Sagradas Escrituras como autoridad suprema en materia de religión, y de una exposición de las principales doctrinas que aquéllas enseñan.”³⁴ “Y esto lo decía,” escribe Cipriano de Valera, “no por rincones, sino en medio de las plazas y calles, y en las gradas de Sevilla.”³⁵

El más distinguido entre los conversos, de Rodrigo de Valer fué el Dr. Egido (Juan Gil), canónigo mayor de la corte eclesiástica de Sevilla,³⁶ quien, no obstante su extraordinario saber, no logró por muchos años alcanzar popularidad como predicador. Valer, reconociendo la causa del fracaso del Dr. Egido, le aconsejó “estudiara día y noche los preceptos y doctrinas de la Biblia; y la frialdad impotente con que había solido predicar fué substituída con poderosos llamamientos á la consciencia y tiernas pláticas dirigidas á los corazones de sus oyentes. Despertóse la atención de éstos, que llegaron á la íntima convicción de la necesidad y ventaja de aquella

³⁴ M'Crie, cap. 4, pár. 22.

³⁵ Cipriano de Valera, “Dos tratados del papa, y de la misa,” ed. de Madrid, 1851, pp. 242-246.

³⁶ De Castro, p. 109.

salvación revelada por el evangelio; de este modo los oyentes fueron preparados para recibir las nuevas doctrinas de la verdad que les presentara el predicador, tales cuales á él mismo le eran reveladas, y con la precaución que parecía aconsejar y requerir tanto la debilidad del pueblo como la peligrosa situación del predicador.”

“De este modo y debido á un celo . . . atemperado con prudencia, . . . cúpole la honra no sólo de ganar convertidos á Cristo, sino de educar mártires para la verdad. ‘Entre los demás dotes celestiales de aquel santo varón,’ decía uno de sus discípulos,³⁷ ‘era verdaderamente de admirar el que á todos aquellos cuya instrucción religiosa tomaba sobre sí, parecía que en su misma doctrina, les aplicaba al alma una tea de un fuego santo, inflamándolos con ella para todos los ejercicios piadosos, así internos como externos, y encendiéndolos particularmente para sufrir y aun amar la cruz que les amenazaba: en esto sólo, en los iluminados con la luz divina, daba á conocer que le asistía Cristo en su ministerio, puesto que, en virtud de su Espíritu grababa en los corazones de los suyos las mismas palabras que él con su boca pronunciaba.’ ”³⁸

El Dr. Egidio contaba entre sus convertidos al Dr. Vargas, como también al Dr. Constantino Ponce de la Fuente, hombre de talento poco común, que había predicado durante muchos años en la catedral de Sevilla, y á quien en 1539, con motivo de la muerte de la emperatriz, se lo había elegido para pronunciar la oración fúnebre. En 1548 el Dr. Constantino acompañó, por mandato real, al príncipe Felipe á los Países Bajos “para hacer ver á los flamencos que no le faltaban á España sabios y oradores corteses;”³⁹ y de regreso á Sevilla predicaba regularmente en la catedral cada dos domingos. “Cuando él tenía que predicar (y predicaba por lo común á las ocho), era tanta la concurrencia del pueblo, que á las cuatro, muchas

³⁷ Reinaldo Gonzales de Montes (Reginaldo Montano), “Artes de la inquisición española,” ed. castellana, Madrid, 1851, pp. 252, 253, 281-285, 292-303; ed. latinas, Heidelberg, 1567, y Madrid, 1857, pp. 231, 256-259, 265-274.

³⁸ M’Crie, cap. 4, pár. 24.

³⁹ Geddes, “Miscellaneous Tracts,” vol. 1, p. 556.

veces aun á las tres de la madrugada, apenas se encontraba en el templo sitio cómodo para oírle.”⁴⁰

Era, en verdad, una grandísima bendición para los creyentes protestantes de Sevilla, tener como guías espirituales á hombres como los Dres. Egido y Vargas, y el elocuente Constantino que cooperó con tanto ánimo y de un modo incansable para el adelanto de la causa que tanto amaban. “Asiduamente ocupados en el desempeño de sus deberes profesionales durante el día, se reunían de noche con los amigos de la doctrina reformada, unas veces en una casa particular, otras veces en otra; el pequeño grupo de Sevilla creció insensiblemente, y llegó á ser el tronco principal del que se tomaron ramas para plantarlas en la campiña vecina.”⁴¹

Durante su ministerio, “Constantino, á la par que instruía al pueblo de Sevilla desde el púlpito, se ocupaba en propagar el conocimiento religioso por el país por medio de la prensa. El carácter de sus escritos nos muestra con plena claridad lo excelente de su corazón. Eran aquéllos adecuados á las necesidades espirituales de sus paisanos, pero no calculados para lucir sus talentos, ó para ganar fama entre los sabios. Fueron escritos en su idioma patrio, en estilo al alcance de las inteligencias menos desarrolladas. Las especulaciones abstractas y los adornos retóricos, en los que por naturaleza y educación podía sobresalir, sacrificólos sin vacilar, persiguiendo el único fin de que todos lo entendieran, resultando útil á todos.”⁴² Es un hecho histórico singular y por demás significativo que cuando Carlos Quinto, cansado de la lucha contra la propagación del protestantismo, lucha en que había pasado casi toda su vida, había abdicado el trono y se había retirado á un convento en busca de descanso, fué uno de los libros del Dr. Constantino, su “Suma de doctrina cristiana,” la que el rey escogió como una de las treinta obras favoritas que constituían aproximadamente toda su biblioteca.⁴³

⁴⁰ R. Gonzales Montano (ed. 1567, p. 278), citado en la “Exposición del primer salmo, por Constantino Ponce de la Fuente.” Bonn, 3a. ed. 1881, apéndice del editor (Ed. Böhmer), p. 236.

⁴¹ M’Crie, cap. 4, pár. 25.

⁴² *Idem*, cap. 6, pár. 4.

⁴³ Véase Stirling, “The Cloister Life of the Emperor Charles the Fifth,” p. 266.

Teniendo en cuenta el carácter y la alta categoría de los caudillos del protestantismo en Sevilla, nada tiene de extraño que la luz del evangelio brillase allí con claridad bastante para iluminar no sólo muchos hogares del bajo pueblo, sino también los palacios de príncipes, nobles y prelados. La luz brilló con tanta claridad que, como sucedió en Valladolid, penetró hasta en algunos de los monasterios, que á su vez volviéronse centros de luz y bendición. “El capellán del monasterio dominicano de S. Pablo propagaba con celo” las doctrinas reformadas. Se contaban discípulos en el convento de Sta. Elisabet y en otras instituciones religiosas de Sevilla y sus alrededores.

Empero fué en “el convento jeronimiano de San Isidro del Campo, uno de los más célebres monasterios de España,” situado á unos dos kilómetros de Sevilla, donde la luz de la verdad divina brilló con más fulgor. Uno de los monjes, García de Arias, llamado vulgarmente Dr. Blanco, enseñaba precavidamente á sus hermanos “que el recitar en los coros de los conventos, de día y de noche, las sagradas preces, ya rezando ya cantando, no era rogar á Dios; que los ejercicios de la verdadera religión eran otros que los que pensaba el vulgo religioso; que debían leerse y meditarse con suma atención las Sagradas Escrituras, y que sólo de ellas se podía sacar el verdadero conocimiento de Dios y de su voluntad.”⁴⁴ Esta enseñanza púsola hábilmente en realce otro monje, Casiodoro de Reyna, “que se hizo célebre posteriormente traduciendo la Biblia en el idioma de su país.” La instrucción dada por tan notables personalidades preparó el camino para “el cambio radical” que, en 1557, fué introducido “en los asuntos internos de aquel monasterio.” “Habiendo recibido un buen surtido de ejemplares de las Escrituras y de libros protestantes, en castellano, los frailes los leyeron con gran avidez, habiendo contribuído esta circunstancia á confirmar desde luego á cuantos habían sido instruídos, y á librar á otros de las preocupaciones de que eran esclavos. Debido á esto el prior y otras personas de carácter oficial, de acuerdo con la cofradía, resolvieron reformar su institución religiosa. Las horas,

⁴⁴ R. Gonzales de Montes, pp. 258-272; (237-247).

llamadas de rezo, que habían solido pasar en solemnes mome-
rías, fueron dedicadas á oír conferencias sobre las Escrituras;
los rezos por los difuntos fueron suprimidos ó substituídos
con enseñanzas para los vivos; se suprimieron por completo las
indulgencias y las dispensas papales, que constituyeran lucra-
tivo monopolio; se dejaron subsistir las imágenes, pero ya no
se las reverenciaba; la temperancia habitual substituyó á
los ayunos supersticiosos; y á los novicios se les instruía en
los principios de la verdadera piedad, en lugar de iniciarlos
en los hábitos ociosos y degradantes del monaquismo. Del
sistema antiguo no quedaba más que el hábito monacal y la
ceremonia exterior de la misa, que no podían abandonar
sin exponerse á inevitable é inminente peligro.

“Los buenos efectos de semejante cambio no tardaron en
dejarse sentir fuera del monasterio de San Isidro del Campo.
Por medio de sus pláticas y de la circulación de libros, aque-
llos diligentes monjes difundieron el conocimiento de la ver-
dad por las comarcas vecinas y la dieron á conocer á muchos
que vivían en ciudades bastante distantes de Sevilla.”⁴⁵

Por deseable que fuese “la reforma introducida por los
monjes de San Isidro en su convento, . . . no obstante ella
los puso en situación delicada á la par que dolorosa. No
podían deshacerse del todo de las formas monásticas sin ex-
ponerse al furor de sus enemigos; no podían tampoco con-
servarlas sin incurrir en culpable inconsecuencia.”

Todo bien pensado, resolvieron que no sería cuerdo tratar
de fugarse del convento, y que lo único que podían hacer era
“quedarse donde estaban y encomendarse á lo que dispusiera
una Providencia omnipotente y bondadosa.” Acontecimien-
tos subsiguientes les hicieron reconsiderar el asunto, llegando
al acuerdo de dejar á cada cual libre de hacer, según las
circunstancias, lo que mejor y más prudente le pare-
ciera. “Consecuentemente, doce de entre ellos abando-
naron el monasterio y, por diferentes caminos, lograron
ponerse á salvo fuera de España, y á los doce meses se re-
unieron en Ginebra.”⁴⁶

⁴⁵ M'Grie, cap. 6, párs. 10, 11.

⁴⁶ *Idem*, cap. 6, pár. 22.

Hacia unos cuarenta años que las primeras publicaciones que contenían las doctrinas reformadas habían penetrado en España. Los esfuerzos combinados de la iglesia católica romana no habían logrado contrarrestar el avance secreto del movimiento, y, año tras año la causa del protestantismo se había robustecido, hasta contarse por miles los adherentes á la nueva fe. De cuando en cuando se iban algunos á otros países para gozar de la libertad religiosa. Otros salían de su tierra para colaborar en la obra de crear toda una literatura especialmente adecuada para fomentar la causa que amaban más que la misma vida. Otros aún, cual los monjes que abandonaron el monasterio de San Isidro, se sentían impelidos á salir debido á las circunstancias peculiares en que se hallaban.

La desaparición de estos creyentes, muchos de los cuales habían sido prominentes en la vida política y religiosa, había despertado, desde hacía mucho tiempo, las sospechas de la Inquisición, y andando el tiempo, algunos de los ausentes fueron descubiertos en el extranjero, desde donde se afanaban por fomentar la causa protestante en España. Esto indujo á creer que había muchos protestantes en España. Empero los creyentes habían sido tan discretos, que ninguno de los familiares de la Inquisición podía ni siquiera fijar el paradero de ellos.

Fué entonces cuando una serie de circunstancias llevó al descubrimiento de los centros del movimiento en España, y de muchos creyentes. En 1556 Juan Pérez, que vivía á la sazón en Ginebra, terminó su versión castellana del Nuevo Testamento. Esta edición, junto con ejemplares del catecismo español que preparó el año siguiente y con una traducción de los Salmos, deseaba mandarla á España, pero durante algún tiempo fué imposible encontrar á nadie que estuviese dispuesto á acometer tan arriesgada empresa. Finalmente, Julián Hernández, el fiel colportor, se ofreció á hacer la prueba. Colocando los libros dentro de dos grandes barriles, logró burlar los esbirros de la Inquisición y llegó á Sevilla, desde donde se distribuyeron rápidamente los preciosos volúmenes. Esta edición del Nuevo Testamento fué la primera

versión protestante que alcanzara circulación bastante grande en España.”

“Durante su viaje, Hernández había dado un ejemplar del Nuevo Testamento á un herrero en Flandes. El herrero enseñó el libro á un cura que obtuvo del donante una descripción de la persona que se lo había dado á él, y la transmitió inmediatamente á los inquisidores de España. Merced á estas señales, los esbirros inquisitoriales “le acecharon á su regreso y lo prendieron cerca de la ciudad de Palma.” Lo volvieron á conducir á Sevilla, y lo encerraron entre los muros de la Inquisición, donde durante más de dos años se hizo cuanto fué posible para inducirle á que delatara á sus amigos, pero sin resultado alguno. Fiel hasta el fin, sufrió valientemente el martirio de la hoguera, gozoso de haber sido honrado con el privilegio de “introducir la luz de la verdad divina en su descarriado país,” y seguro de que el día del juicio final, cuando apareciera ante su Hacedor, oiría las palabras de aprobación divina que le permitirían vivir para siempre con su Señor.

No obstante, aunque desafortunados en sus esfuerzos para conseguir de Hernández datos que llevaran al descubrimiento de los amigos de éste, “al fin llegaron los inquisidores á conocer el secreto que tanto deseaban saber.”⁴⁸ Por aquel mismo entonces, uno de sus agentes secretos consiguió informes análogos referentes á la iglesia de Valladolid.

Inmediatamente los que estaban á cargo de la Inquisición en España “despacharon mensajeros á los diferentes tribunales inquisitoriales del reino, ordenándoles que hicieran investigaciones con el mayor sigilo en sus respectivas jurisdicciones, y que estuvieran listos para proceder en común tan

⁴⁷ La versión castellana de Francisco de Encinas, publicada en Amberes en 1543, sólo tuvo limitada circulación, pues gran parte de la edición fué confiscada. En cuanto á Encinas, fué encerrado en una cárcel en Bruselas por haberse atrevido á proporcionar á sus compatriotas ejemplares del Nuevo Testamento en su propio idioma. “Después de haber estado encerrado quince meses, un día se encontró con las puertas de su prisión abiertas; y saliendo, sin que nadie se opusiera á ello en lo más mínimo, escapó de Bruselas y llegó sano y salvo á Wittenberg.” (M’Crie, cap. 5, párs. 8-11.)

⁴⁸ M’Crie, cap. 7, pág. 3.

pronto como recibieran nuevas instrucciones.”⁴⁰ Así, silenciosamente y con presteza, se consiguieron los nombres de centenares de creyentes, y al tiempo señalado y sin previo aviso, fueron éstos capturados simultáneamente y encarcelados. Los miembros nobles de las prósperas iglesias de Valladolid y de Sevilla, los monjes que permanecieron en el monasterio de San Isidro del Campo, los fieles creyentes que vivían lejos en el norte, al pie de los Pirineos, y otros más en Toledo, Granada, Murcia y Valencia, todos se vieron de pronto emparedados entre los muros de la Inquisición, para sellar allí su testimonio con su sangre.

“Las personas convictas de luteranismo . . . eran tan numerosas que alcanzaron á abastecer con víctimas cuatro grandes y tetricos autos de fe en el curso de los dos años subsiguientes. . . . Dos se celebraron en Valladolid, en 1559; uno en Sevilla, el mismo año, y otro el 22 de diciembre de 1560.”⁴¹

Entre los primeros que fueron apresados en Sevilla figuraba el Dr. Constantino Ponce de la Fuente, que había trabajado tanto tiempo sin despertar sospechas. “Cuando se le dió la noticia á Carlos Quinto, el cual se encontraba entonces en el monasterio de San Yuste, de que se había encarcelado á su capellán favorito, exclamó: ‘¡Si Constantino es hereje, gran hereje es!’ y cuando más tarde un inquisidor le aseguró que había sido declarado reo, replicó suspirando: ‘¡No podéis condenar á otro mayor!’”⁴²

No obstante no fué fácil probar la culpabilidad de Constantino. En efecto, parecían ser incapaces los inquisidores de probar los cargos levantados contra él, cuando por casualidad “encontraron, entre otros muchos, un gran libro, escrito todo de puño y letra del mismo Constantino, en el cual, abiertamente y como si escribiese para sí mismo, trataba en particular de estos capítulos, (según los mismos inquisi-

⁴⁰ M’Crie, cap. 7, pág. 4.

⁴¹ Wiffen, B. B., Nota, por vía de prólogo, en su reimpresión de la “Epístola consolatoria” de Juan Pérez. Londres, ed. de 1871, p. 17.

⁴² Sandoval, “Historia del Emperador Carlos Quinto,” tomo 2, p. 829; citado por M’Crie, cap. 7, pág. 15.

dores declararon en su sentencia, publicada después en el cadalso): á saber: del estado de la iglesia; de la verdadera iglesia y de la iglesia del papa, á quien llamaba anticristo; del sacramento de la eucaristía y del invento de la misa: acerca de todo lo cual, afirmaba él, estar el mundo fascinado á causa de la ignorancia de las Sagradas Escrituras; de la justificación del hombre; del purgatorio, al que llamaba cabeza de lobo é invento de los frailes en pro de su gula; de las bulas é indulgencias papales; de los méritos de los hombres; de la confesión. . . .” Al enseñársele el volumen á Constantino, éste dijo: “Reconozco mi letra, y así confieso haber escrito todo esto, y declaro ingenuamente ser todo verdad. Ni tenéis ya que cansaros en buscar contra mí otros testimonios: tenéis aquí ya una confesión clara y espícita de mi creencia: obrad pues, y haced de mí lo que queráis.”⁶²

Debido á los rigores de su encierro, Constantino no llegó á vivir dos años desde que entró en la cárcel. Hasta sus últimos momentos se mantuvo fiel á la fe protestante y conservó su serena confianza en Dios. Providencialmente fué encerrado en el mismo calabozo de Constantino uno de los jóvenes monjes del monasterio de San Isidro del Campo, al cual le cupo el privilegio de atenderle durante su última enfermedad y de cerrarle los ojos en paz.⁶³

El Dr. Constantino no fué el único amigo y capellán del emperador que sufriera á causa de sus relaciones con la causa protestante. El Dr. Agustín Cazalla, tenido durante muchos años por uno de los mejores oradores sagrados de España, y que había oficiado á menudo ante la familia real, se encontraba entre los que habían sido apresados y encarcelados en Valladolid. En el momento de su ejecución pública tornóse hacia la princesa Juana, ante quien había predicado muchas veces, y señalando á su hermana que había sido también condenada, dijo: “Os suplico, Alteza, tengáis compasión de esa mujer inocente que tiene trece hijos huérfanos.” No obstante no se la absolvió, si bien su suerte es desconocida. Pero se

⁶² R. Gonzales de Montes, pp. 320-322; (pp. 289, 290).

⁶³ M'Crie, cap. 7, párs. 17, 18.

sabe que los esbirros de la Inquisición, en su insensata ferocidad, no estando contentos aún con haber condenado á los vivos, entablaron juicio contra la madre de aquélla, Doña Leonor de Vivero, que había muerto años antes, acusándola de que su casa había servido de “templo á los luteranos.” “Se falló que había muerto en estado de herejía, que su memoria era digna de difamación y que se confiscaba su hacienda, y se mandaron exhumar sus huesos y quemarlos públicamente junto con su efigie; ítem más que se arrasara su casa, que se esparramara sal sobre el solar y que se erigiera allí mismo una columna con una inscripción que explicara el motivo de la demolición. Todo lo cual fué hecho,” y el monumento ha permanecido en pie durante cerca de tres siglos.⁶⁴

Fué durante ese auto cuando la fe sublime y la constancia inquebrantable de los protestantes quedaron realzadas en el comportamiento de “Antonio Herrezuelo, jurisconsulto sapientísimo, y de doña Leonor de Cisneros, su mujer, dama de veinticuatro años, discreta y virtuosa á maravilla y de una hermosura tal que parecía fingida por el deseo.”

“Herrezuelo era hombre de una condición altiva y de una firmeza en sus pareceres, superior á los tormentos del ‘Santo’ Oficio. En todas las audiencias que tuvo con sus jueces, . . . se manifestó desde luego protestante, y no sólo protestante, sino dogmatizador de su secta en la ciudad de Toro, donde hasta entonces había morado. Exigiéronle los jueces de la Inquisición que declarase uno á uno los nombres de aquellas personas llevadas por él á las nuevas doctrinas; pero ni las promesas, ni los ruegos, ni las amenazas

⁶⁴ Durante una visita hecha á Valladolid en 1826, el Sr. B. B. Wiffen sacó copia exacta de esta inscripción que reza como sigue:

“*Presidiendo la Igl. Roma. Paulo IV. y Reinando en Espa. Phelip. II.— El Santo Oficio de la Inquisicion condeno a derrocar e asolar estas Casas de Pedro de Cazalla y Da. Leonor de Vivero su Muger porque los hereges Luteranos se juntaban a acer conciliabulos contra nra Sta. fee chaa. é igla. Roma. Ano de MDLIX. en XXI de Mayo.*”

La casa donde se reunían los protestantes de Sevilla tuvo fin análogo: se roció la tierra con sal, y se erigió un pilar monumental parecido. (Wiffen, B. B., Nota, por vía de prólogo, en su reimpression de la “Epistola consolatoria,” de Juan Pérez. Londres, ed. de 1871, p. 16.)

bastaron á alterar el propósito de Herrezuelo en no descubrir á sus amigos y parciales. ¡Y qué más? ni aun los tormentos pudieron quebrantar su constancia, más firme que envejecido roble ó que soberbia peña nacida en el seno de los mares.

“Su esposa . . . presa también en los calabozos de la Inquisición, al fin⁶⁵ débil como joven de veinticuatro años, cediendo al espanto de verse reducida á la estrechez de los negros paredones que formaban su cárcel, tratada como delincuente, lejos de su marido á quien amaba aun más que á su propia vida, . . . y temiendo todas las iras de los inquisidores, declaró haber dado franca entrada en su pecho á los errores de los herejes, manifestando al propio tiempo con dulces lágrimas en los ojos su arrepentimiento. . . .

“Llegado el día en que se celebraba el auto de fe con la pompa conveniente al orgullo de los inquisidores, salieron los reos al cadalso y desde él escucharon la lectura de sus sentencias. Herrezuelo iba á ser reducido á cenizas en la voracidad de una hoguera: y su esposa doña Leonor á adjurar las doctrinas luteranas, que hasta aquel punto había albergado en su alma, y á vivir, á voluntad del ‘Santo’ Oficio, en las casas de reclusión que para tales delincuentes estaban preparadas. En ellas, con penitencias y sambenito recibiría el castigo de sus errores y una enseñanza para en lo venidero desviarse del camino de su perdición y ruina.”⁶⁶

Al ir Herrezuelo al cadalso “lo único que le conmovió fué el ver á su esposa en ropas de penitenta; y la mirada que echó (pues no podía hablar) al pasar cerca de ella, camino del lugar de la ejecución, parecía decir: ‘¡*Esto* sí que es difícil soportarlo!’ Escuchó sin inmutarse á los frailes que le hostigaban con sus importunas exhortaciones para que se retratase, mientras le conducían á la hoguera. ‘El bachiller Herrezuelo,’ dice Gonzalo de Illescas en su “Historia pontifical,” ‘se dejó quemar vivo con valor sin igual. Estaba yo tan cerca de él que podía verlo por completo y observar todos sus movimientos y expresiones. No podía hablar, pues estaba amor-

⁶⁵ Después de cerca de dos años de encarcelamiento.

⁶⁶ De Castro, pp. 167, 168.

dazado: . . . pero todo su continente revelaba que era una persona de extraordinaria resolución y fortaleza, que antes que someterse á creer con sus compañeros lo que se les exigiera, resolvió morir en las llamas. Por mucho que lo observara, no pude notar ni el más mínimo síntoma de temor ó de dolor; eso sí, se reflejaba en su semblante una tristeza cual nunca había yo visto.' ”⁵⁷

Su esposa no olvidó jamás su mirada de despedida. “La idea,” dice el historiador, “de que había causado dolor á su corazón durante el terrible conflicto por el que tuvo que pasar, avivó la llama del afecto que hacia la religión reformada ardía secretamente en su pecho; y habiendo resuelto, confiada en el poder que se perfecciona en la flaqueza,” seguir el ejemplo de constancia dado por el mártir, “interrumpió resueltamente el curso de penitencia á que había dado principio.” En el acto fué arrojada en la cárcel, donde durante ocho años resistió á todos los esfuerzos hechos por los inquisidores para que se retractara, y por fin murió ella también en la hoguera como había muerto su marido. Quién no será del mismo parecer que su paisano, De Castro, cuando exclama: “¡Infelices esposos, iguales en el amor, iguales en las doctrinas é iguales en la muerte! ¿Quién negará una lágrima á vuestra memoria y un sentimiento de horror y de desprecio á unos jueces que, en vez de encadenar los entendimientos con la dulzura de la palabra divina, usaron como armas del raciocinio, los potros y las hogueras?”⁵⁸

Tal fué la suerte que corrieron muchos que en España se habían identificado íntimamente con la Reforma protestante en el siglo XVI, pero de esto “no debemos sacar la conclusión de que los mártires españoles sacrificaran sus vidas y derramaran su sangre en vano. Ofrecieron á Dios sacrificios de olores gratos. Dejaron su testimonio en pro de la verdad, el cual no se ha perdido del todo.”⁵⁹

Al través de los siglos este testimonio ha hecho resaltar la

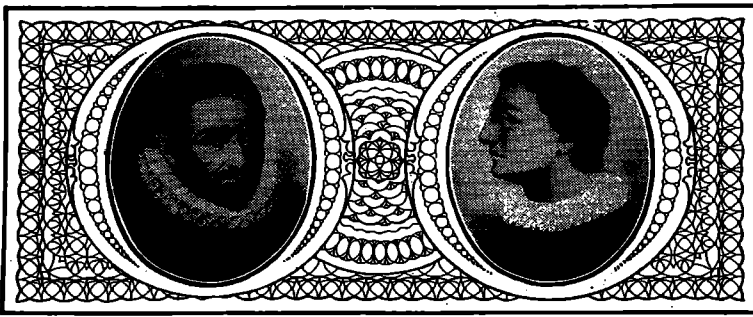
⁵⁷ M'Críe, cap. 7, párs. 35, 36.

⁵⁸ De Castro, p. 171.

⁵⁹ M'Críe, Prefacio.

constancia de los que prefirieron obedecer á Dios antes que á los hombres ; y esto subsiste hoy día como toda una inspiración para aquellos que prefieren mantenerse firmes, en la hora de prueba, en defensa de las verdades de la palabra de Dios, y que con su constancia y fe inquebrantable son testimonios vivos del poder transformador de la gracia redentora.





EN LOS PAÍSES BAJOS Y ESCANDINAVIA—14

EN los Países Bajos se levantó en hora temprana una enérgica protesta contra la tiranía papal. Setecientos años antes de los tiempos de Lutero, dos obispos que habían sido enviados en delegación á Roma, al darse cuenta del verdadero carácter de la “santa sede,” dirigieron sin temor al pontífice romano las siguientes acusaciones: Dios “ha hecho reina y esposa suya á la iglesia, y la ha provisto con bienes abundantes para sus hijos, dotándola con una herencia perenne é incorruptible, entregándole el cetro y la corona eternos; . . . pero estos favores vos los habéis usurpado como un ladrón. Os introducís en el templo del Señor y en él os eleváis como Dios; en vez de pastor sois el lobo de las ovejas, . . . y pretendéis hacernos creer que sois el obispo supremo cuando no sois más que un tirano. . . . Lejos de ser el siervo de los siervos, como á vos mismo os llamáis, sois un intrigante que desea hacerse señor de los señores. . . . Hacéis caer en el desprécio los mandamientos de Dios. . . . El Espíritu Santo es el edificador de las iglesias en todos los ámbitos del mundo. . . . La ciudad de nuestro Dios, de la que somos ciudadanos abarca todas las partes del cielo, y es mayor que la que los santos profetas llamaron Babilonia y que pretendía ser divina, igualándose al cielo y envaneciéndose de poseer ciencia inmortal, y que finalmente aspiraba aunque sin razón, á la infalibilidad en lo pasado y en lo porvenir.”¹

¹ Brandt, “History of the Reformation in and about the Low Countries,” l. 1, p. 6.

Otros hombres se levantaron siglo tras siglo para hacer eco con esta protesta. Y aquellos primitivos maestros que atravesando diferentes países y conocidos con diferentes nombres, poseían el carácter de los misioneros valdenses y esparcían por todas partes el conocimiento del evangelio, penetraron en los Países Bajos. Sus doctrinas cundieron con rapidez. Tradujeron la Biblia valdense en verso al holandés. “En ella hay,” decían, “muchas ventajas; no tiene chanzas, ni fábulas, ni cuentos, ni engaños; sólo tiene palabras de verdad. Bien puede tener por aquí, por allí alguna que otra corteza dura, pero aun en estos trozos no es difícil descubrir la médula y lo dulce de lo bueno y lo santo.”² Esto es lo que escribían en el siglo XII los amigos de la antigua fe.

Pero entonces empezaron las persecuciones de Roma, y no obstante en medio de hogueras y tormentos seguían multiplicándose los creyentes que declaraban con firmeza que la Biblia es la única autoridad infalible en materia de religión, y que “ningún hombre debe ser obligado á creer, sino que debe ser persuadido por la predicación.”³

Las enseñanzas de Lutero hallaron muy propicio terreno en los Países Bajos, y levantáronse hombres fieles y sinceros á predicar el evangelio. De una de las provincias de Holanda vino Menón Simonis. Educado católico romano, y ordenado para el sacerdocio, desconocía por completo la Biblia, y no quería leerla por temor de ser convencido de herejía. En cierta ocasión que le asaltó una duda con respecto á la doctrina de la transustanciación, la consideró como una tentación de Satanás, y por medio de las oraciones y de la confesión trató pero en vano de librarse de ella. Trató asimismo de acallar la voz acusadora de la conciencia por medio de la distracción y de las disipaciones, pero de balde. Después de algún tiempo fué guiado al estudio del Nuevo Testamento, y esto unido á los escritos de Lutero, le hizo abrazar la fe reformada. Poco después fué testigo en un pueblo vecino de la decapitación de un hombre que así ejecutaron, por el delito de haberse vuelto á bautizar. Esto le indujo á estudiar las

² Brandt, l. 1, p. 14.

³ Martyn, Vol. II, p. 87.

Escrituras para investigar el asunto del bautismo de los niños. No pudo encontrar evidencia alguna al respecto, y sí vió que el arrepentimiento y la fe es lo que se requiere en todos los pasajes como condición para recibir las aguas bautismales.

Menón abandonó la iglesia romana y consagró su vida á enseñar las verdades que había recibido. Se había levantado en Alemania y en los Países Bajos cierta clase de fanáticos que defendían doctrinas sediciosas y absurdas, contrarias al orden y á la decencia, y originando agitaciones y tumultos. Menón previó las funestas consecuencias á que llevarían estos movimientos y se opuso con energía á las erróneas doctrinas y á los feroces designios de los fanáticos. Hubo muchos que habiendo sido engañados por aquellos perturbadores, volvieron sobre sus pasos renunciando sus perniciosas doctrinas; y quedaban también muchos descendientes de los antiguos cristianos, fruto de las enseñanzas de los valdenses. Entre ambas clases de personas trabajó Menón con gran empeño y con mucho éxito.

Viajó durante veinticinco años, con su esposa y sus hijos, y exponiendo muchas veces su vida. Atravesó los Países Bajos y el norte de Alemania trabajando principalmente entre las clases humildes, pero ejercía dilatada influencia. Dotado de natural elocuencia, si bien de escasa cultura, era hombre de firme integridad, de espíritu humilde, de hermosos modales, de piedad sincera y profunda, siendo su vida un ejemplo de la doctrina que enseñaba, y ganándose la confianza del pueblo. Sus partidarios eran dispersados y oprimidos. Sufrieron mucho porque se les confundía con los fanáticos de Munster. Y, á pesar de todo, era muy grande el número de los que eran convertidos por su ministerio.

En ninguna parte fueron recibidas las doctrinas reformadas de un modo tan general como en los Países Bajos. Y en pocos países sufrieron sus adherentes tan espantosas persecuciones. En Alemania Carlos V había publicado edictos contra la Reforma, y de buena gana hubiera llevado á la hoguera todos sus partidarios; pero allí estaban los príncipes para oponerse á su tiranía como barrera infranqueable. En

los Países Bajos su poder era mayor, y los bandos de persecución se seguían unos á otros en rápida sucesión. Leer la Biblia, oír la leer, predicarla, ó aun referirse á ella en la conversación, era incurrir en la pena de muerte por la hoguera. Orar á Dios en secreto, ó abstenerse de hacer inclinaciones ante las imágenes, ó cantar un salmo, eran otros tantos hechos castigados también con la muerte. Y aun los que abjuraban de sus errores eran condenados, si eran hombres, á ser degollados, y si eran mujeres, á ser enterradas vivas. Millares perecieron bajo el reinado de Carlos y de Felipe II.

En cierta ocasión llevaron ante los inquisidores á toda una familia acusada de no oír misa y de practicar el culto en su hogar. Interrogado el hijo menor respecto de las prácticas de la familia, contestó: “Nos hincamos de rodillas y pedimos á Dios que ilumine nuestra mente y nos perdone nuestros pecados. Rogamos también por nuestro soberano, porque su reino sea próspero y su vida feliz. Pedimos también á Dios que guarde á nuestros magistrados.”⁴ Algunos de los jueces quedaron hondamente conmovidos, pero, no obstante, el padre y uno de los hijos fueron condenados á la hoguera.

La rabia de los perseguidores corría parejas con la fe de los mártires. Y no solamente los hombres sino aun delicadas señoras y doncellas desplegaron un valor inquebrantable. “Las esposas se colocaban al lado de sus maridos en la hoguera y mientras éstos eran envueltos en las llamas, ellas los animaban con palabras de consuelo, ó cantándoles” salmos. “Las doncellas, al ser enterradas vivas, se acostaban en sus tumbas con la tranquilidad con que hubieran entrado en sus aposentos ó subían á la hoguera y se entregaban á las llamas, vestidas con sus mejores galas, lo mismo que si fueran á sus bodas.”⁴

Del mismo modo que en los tiempos en que el paganismo perseguía al evangelio, la sangre de los cristianos era siemiente.⁵ La persecución no servía más que para aumentar el número de los adeptos de la verdad. Año tras año, loco de rabia el monarca al comprobar su impotencia para doblegar

⁴ Wylie, l. 18, cap. 6.

⁵ Véase Tertuliano, “Apología,” pár. 50.

la determinación del pueblo, se ensañaba más y más en su obra de exterminio, pero de balde. Finalmente, fué la revolución acaudillada por el noble Guillermo de Orange, la que trajo á Holanda la libertad de adorar á Dios.

En las montañas del Piamonte, en las llanuras de Francia, y en las costas de Holanda, el progreso del evangelio fué sellado con la sangre de sus discípulos. Pero en los países del Norte halló pacífica entrada. Estudiantes de Wittenberg al regresar á sus hogares introdujeron la fe reformada en la península escandinava. La publicación de los escritos de Lutero ayudó á esparcir la luz. El pueblo rudo y sencillo del Norte, se alejó de la corrupción, de la pompa y de las supersticiones de Roma, para aceptar la pureza, la sencillez y las verdades vivificadoras de la Biblia.

Tausen, “el reformador de Dinamarca,” era hijo de un campesino. Desde su temprana edad dió pruebas de poseer una inteligencia vigorosa; tenía sed de instruirse; la que no pudo satisfacer, debido á las circunstancias de sus padres, entrando entonces en un claustro. Allí la pureza de su vida junto con su diligencia y su lealtad, le granjearon la buena voluntad de su superior. En los exámenes demostró tener talento y prometer prestar buenos servicios á la iglesia. Sus superiores determinaron darle una educación más completa en una universidad de Alemania ó de los Países Bajos. Se le concedió libertad para elegir él mismo el establecimiento á donde desease ir, siempre que no fuera el de Wittenberg. No convenía exponer al educando á la ponzoña de la herejía. Así pensaban los frailes.

Tausen fué á Colonia, que era en aquella época uno de los baluartes del romanismo. No tardó en sentir desvío para con el misticismo de los maestros de la escuela. Por aquel mismo tiempo llegaron á sus manos los escritos de Lutero, los cuales leyó maravillado y deleitado á la vez, quedando con ardientes deseos de recibir instrucción del mismo reformador. Pero este deseo no lo podría realizar sin ofender á su superior, el prior del convento, y sin perder su sostén. Finalmente tomó

pronta resolución, y al poco tiempo se matriculó en la universidad de Wittenberg.

Cuando volvió á Dinamarca reintegró su convento. Nadie lo sospechaba contagiado con el luteranismo, pero tampoco reveló su secreto, sino que se esforzó, sin despertar los prejuicios de sus compañeros, en conducirles á una fe más pura y á una vida más santa. Abrió las Sagradas Escrituras y explicó el verdadera significado de sus doctrinas, y finalmente les predicó á Cristo presentándole como la justicia de los pecadores, y su única esperanza de salvación. Grande fué la ira del prior, que había abrigado firmes esperanzas de que Tausen llegase á ser valiente defensor de Roma. Inmediatamente lo cambiaron á otro monasterio, y lo confinaron en su celda, bajo estricta vigilancia.

Con terror para sus nuevos guardianes no tardaron algunos de los mónjes en declararse ganados al protestantismo. Al través de las barras de su encierro, Tausen había comunicado á sus compañeros el conocimiento de la verdad. De haber sabido aquellos padres dinamarqueses cómo habérselas con la herejía con arreglo al plan de la iglesia, la voz de Tausen no hubiera vuelto á oírse jamás, pero, en vez de confinarlo para siempre en el silencio sepulcral de algún calabozo subterráneo, lo expulsaron del monasterio, y entonces quedaron reducidos á la impotencia. En aquellos días se promulgó un edicto real ofreciendo protección á los propagadores de la nueva doctrina. Tausen principió luego á predicar. Las iglesias le fueron abiertas y el pueblo acudía en masa á oírle. Había también otros que predicaban la Palabra de Dios. El Nuevo Testamento fué traducido en el idioma dinamarqués y circuló con profusión. Los esfuerzos que hacían los papistas para detener la obra sólo servían para esparcirla más y más, y al poco tiempo Dinamarca declaró que aceptaba la fe reformada.

En Suecia también, jóvenes que habían bebido en las fuentes de Wittenberg, llevaron á sus compatriotas el agua de la vida. Dos de los caudillos de la Reforma de Suecia, Olaf y Laurencio Petri, hijos de un herrero de Orebro, estudiaron

bajo la dirección de Lutero y de Melanchton, y las mismas verdades en que fueron instruídos ellos las enseñaron con diligencia. Á semejanza del gran reformador, Olaf, con su fervor y su elocuencia, despertaba y levantaba al pueblo, mientras que Laurencio, como Melanchton, era sabio, juicioso, y de ánimo tranquilo. Ambos eran hombres de piedad ardiente, de profundos conocimientos teológicos y de un valor á toda prueba al luchar por el avance de la verdad. La oposición de los papistas no se hizo esperar. Los sacerdotes católicos pusieron en movimiento á las multitudes ignorantes y supersticiosas. La turba asaltó repetidas veces á Olaf Petri, más de una vez el reformador no pudo más que á duras penas escapar con vida. Estos reformadores, sin embargo, eran favorecidos y protegidos por el rey.

Bajo el dominio de la iglesia romana el pueblo quedaba sumido en la miseria y deprimido por la opresión. Carecía de las Escrituras, y como tenía una religión de puro formalismo y de ceremonias, que no daba luz al espíritu, estaban volviendo á las creencias supersticiosas y á las prácticas paganas de sus antepasados. La nación estaba dividida en facciones que contendían unas con otras, lo que agravaba la miseria general del pueblo. El rey determinó reformar la iglesia y el estado y dió una cordial acogida á aquellos reformadores en los que veía ayuda eficaz en su lucha contra Roma.

En presencia del monarca y de los principales de Suecia, Olaf Petri defendió con mucha habilidad las doctrinas de la fe reformada, contra los campeones del romanismo. Manifestó que las doctrinas de los padres de la iglesia no debían aceptarse sino cuando concordasen con lo que dice la Sagrada Escritura, y que las doctrinas esenciales de la fe están expresadas en la Biblia de un modo claro y sencillo, que todos pueden entender. Cristo dijo: “Mi enseñanza no es mía, sino de Aquel que me envió;”⁶ y Pablo declaraba que si predicara él otro evangelio que el que había recibido, sería anatemá. “Y entonces,” dijo el reformador, “¿pueden otros pretender formular dogmas á su antojo é imponerlos como cosas necesarias para la salvación?”⁷ Probó que los decretos

⁶ S. Juan 7:16.⁷ Gálatas 1:8.⁸ Wylie, l. 10, cap. 4.

de la iglesia no tienen ninguna autoridad cuando están en pugna con los mandamientos de Dios, y sostuvo el gran principio protestante de que “la Biblia y la Biblia sola” es la regla de fe y práctica.

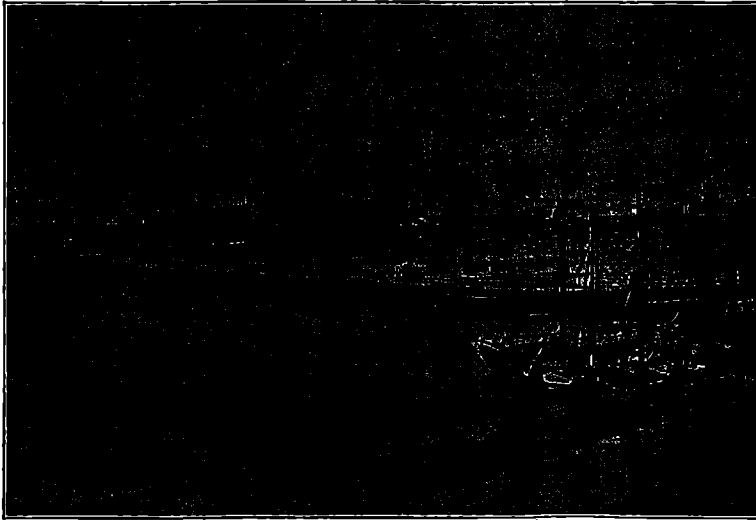
Esta lucha, si bien se desarrolló en un escenario comparativamente obscuro, sirve “para dar á conocer la clase de hombres que formaron la oficialidad y la tropa del ejército de los reformadores. No eran controversistas ruidosos, sectarios é indoctos — lejos de esto; eran hombres que habían estudiado la Palabra de Dios, diestros en el manejo de las armas de que se habían provisto en la armería de la Biblia. Cuando nos fijamos en los brillantes centros de Wittenberg y Zurich, y en los ilustres nombres de Lutero y Melancton, de Zuínglio y de Ecolampadio, nos inclinamos á creer que éstos fueron los jefes del movimiento de la Reforma, pero que los subalternos no eran como ellos. Pues bien, si echamos una mirada sobre el obscuro teatro de la Suecia y nos fijamos en los humildes nombres de Olaf y de Laurencio Petri — yendo de los maestros á los discípulos — ¿qué encontramos? . . . Maestros y teólogos; hombres que entienden á fondo todo el sistema de la verdad bíblica, y que ganaron fáciles victorias sobre los sofistas de las escuelas y sobre los dignatarios de Roma.”⁹

Como consecuencia de estas discusiones, el rey de Suecia aceptó la fe protestante, y poco después la asamblea nacional se declaró también en favor de ella. El Nuevo Testamento había sido traducido en el idioma sueco por Olaf Petri, y á deseo del rey ambos hermanos emprendieron la traducción de la Biblia entera. De esta manera, el pueblo sueco recibió por primera vez la Palabra de Dios en su propio idioma. La dieta dispuso que los ministros explicasen las Escrituras por todo el reino, y que se enseñase á los niños en las escuelas á leer la Biblia.

Así es como fueron desvaneciéndose de un modo constante y seguro las tinieblas de la superstición y de la ignorancia, á la luz bendita del evangelio. Libre ya de la opresión de Roma alcanzó la nación una fuerza y una grandeza que jamás

⁹ Wylie, l. 10, cap. 4.

conociera hasta entonces. Suecia vino á ser uno de los baluartes del protestantismo. Un siglo más tarde, en tiempo de peligro inminente, esta pequeña y hasta entonces débil nación — la única en Europa que se atrevió á prestar su ayuda — intervino en auxilio de Alemania en el terrible conflicto de la guerra de treinta años. Toda la Europa del Norte parecía que iba á caer otra vez bajo la tiranía de Roma. Fueron los ejércitos de Suecia los que habilitaron á Alemania para rechazar la ola romanista y para asegurar tolerancia para los protestantes,— calvinistas y luteranos,— y para restaurar la libertad de conciencia para los pueblos que habían aceptado la Reforma.





REFORMADORES INGLESES POSTERIORES — 15

AL mismo tiempo que Lutero abría al pueblo de Alemania la Biblia que hasta entonces le había quedado cerrada, Tyndale era impulsado por el Espíritu de Dios á hacer otro tanto para Inglaterra. La Biblia de Wicleff había sido traducida del texto latino que contenía muchos errores. Éste no había sido nunca impreso, y el costo de las copias manuscritas era tan crecido que, fuera de los ricos y de los nobles, pocos eran los que podían proporcionárselos, sin contar que la iglesia los proscribía terminantemente, teniendo por esto una circulación muy escasa. En el año 1516, ó sea un año antes de que aparecieran las tesis de Lutero, había publicado Erasmo su versión greco-latina del Nuevo Testamento. Era ésta la primera vez que la Palabra de Dios era impresa en el idioma original. En esta obra muchos de los errores de que adolecían las versiones más antiguas, fueron corregidos, y el sentido de la Escritura era expresado con más claridad. Muchos de las clases educadas fueron guiados por ella á un conocimiento mejor de la verdad, y ella fué la que dió poderoso impulso á la obra de la Reforma. Pero el vulgo permanecía aún apartado en su gran mayoría de la Palabra de Dios. Fué Tyndale quien completó la obra de Wicleff dando á sus compatriotas la Biblia en su propio idioma.

Dado al estudio y sincero investigador de la verdad, había recibido el evangelio por medio del Testamento griego de Erasmo. Expuso sus convicciones sin temor alguno insis-

tiendo en que todas las doctrinas tienen que ser probadas por las Santas Escrituras. Á la pretensión papista de que la iglesia había dado la Biblia y de que sólo la iglesia podía explicarla, contestaba Tyndale: “¿Sabéis quién enseñó á las águilas á buscarse su presa? Ese mismo Dios es el que enseña á sus hijos hambrientos á encontrar á su Padre en su Palabra. Lejos de habernos dado vosotros las Santas Escrituras, nos las habéis escondido de nuestra vista, y sois vosotros los que quemáis á los que las escudriñan; y, si pudierais, quemaríais también las mismas Escrituras.”¹

La predicación de Tyndale despertó mucho interés y numerosas personas aceptaron la verdad. Pero los sacerdotes andaban alerta y no bien se hubo alejado del campo de sus trabajos cuando ellos, valiéndose de amenazas y de engaños, se esforzaron en destruir su obra, y con éxito muchas veces. “¡Ay!” decía él, “¿qué hacer? Mientras que yo siembro en un punto, el enemigo destruye el campo que dejé sembrado en otro. No me es posible estar á la vez en todas partes.” “¡Oh! si los cristianos poseyesen la Biblia en su propio idioma serían capaces de resistir á estos sofistas. Sin las Santas Escrituras es imposible confirmar á los legos en la verdad.”¹

Un nuevo propósito surgió entonces en su mente. “Era en la lengua de Israel,” decía, “en que se cantaban los salmos en el templo de Jehová; y ¿no resonará el evangelio entre nosotros en la lengua de Inglaterra? . . . ¿Será posible que la iglesia tenga menos luz á medio día que al alba? . . . Los cristianos deben leer el Nuevo Testamento en su lengua materna.” Los doctores y padres de la iglesia están en continuo desacuerdo. Solamente por la Biblia pueden los hombres llegar á la verdad. “Uno sostiene á este doctor, otro á aquél . . . y cada escritor contradice á los demás. . . . ¿De qué manera puede uno saber quién dice la verdad y quién enseña el error? . . . ¿Cómo? . . . En verdad solamente por la Palabra de Dios.”¹

Fué poco después cuando un sabio doctor papista que sostenía con él una acalorada controversia, exclamó: “Mejor

¹ D'Aubigné, l. 18, cap. 4, pp. 222, 226, 227.

sería para nosotros estar sin la ley de Dios que sin la del papa.” Tyndale repuso: “Yo desafío al papa y todas sus leyes; y si Dios me guarda con vida, no pasarán muchos años sin que haga yo que un muchacho que trabaja en el arado sepa de las Santas Escrituras más que vos.”²

El propósito que acariciara, de dar á su pueblo el Nuevo Testamento en su propia lengua, se confirmó entonces más, é inmediatamente Tyndale puso manos á la obra. Echado fuera de su hogar por la persecución fuése á Londres y allí, por algún tiempo, prosiguió sus labores sin interrupción. Pero al fin la saña de los papistas le obligó á huir. Toda Inglaterra parecía cerrársele y resolvió buscar refugio en Alemania. Aquí dió principio á la publicación del Nuevo Testamento en inglés. Dos veces su trabajo fué suspendido; pero cuando le prohibían imprimirlo en una ciudad, se iba á otra. Finalmente se dirigió á Worms, donde unos cuantos años antes, Lutero había defendido el evangelio ante la dieta. En aquella antigua ciudad había muchos amigos de la Reforma, y allí prosiguió Tyndale sus trabajos sin más obstáculos. Pronto salieron de la imprenta tres mil ejemplares del Nuevo Testamento, y en el mismo año se hizo otra edición.

Con gran concentración de espíritu y perseverancia prosiguió sus trabajos. Á pesar de la vigilancia con que las autoridades de Inglaterra guardaban los puertos, la Palabra de Dios llegó de varios modos á Londres y de allí circuló por todo el país. Los papistas trataron de suprimir la verdad, pero en vano. El obispo de Durham compró de una sola vez á un librero amigo de Tyndale todo el surtido de Biblias que tenía, para destruirlas, suponiendo que de esta manera estorbaría en algo la circulación de las Escrituras; pero, por el contrario, el dinero así conseguido, fué suficiente para hacer una nueva y más elegante edición, que de otro modo no hubiera podido publicarse. Cuando Tyndale fué aprehendido posteriormente, le ofrecieron la libertad á condición de que revelase los nombres de los que le habían ayudado á sufragar los gastos de impresión de sus Biblias. Él con-

² Anderson, “Annals of the English Bible,” p. 19.

testó que el obispo de Durham le había ayudado más que ninguna otra persona, porque habiendo pagado una crecida cantidad por las Biblias que habían quedado en existencia, le había ayudado eficazmente para seguir adelante con valor.

Tyndale fué vendido y entregado á sus enemigos, y quedó preso por mucho meses. Finalmente dió testimonio de su fe muriendo mártir, pero las armas que él había preparado sirvieron para ayudar á los soldados que se levantaron tras él á seguir batallando por siglos hasta el día de hoy.

Látimer sostuvo desde el púlpito que la Biblia debía ser leída en el lenguaje popular. El Autor de las Santas Escrituras, decía él, “es Dios mismo,” y ellas participan del poder y de la eternidad de su Autor. “No hay rey, ni emperador, ni magistrado, ni gobernador . . . que no esté obligado á obedecer . . . su santa Palabra.” Cuidémonos de las sendas laterales y sigamos el camino recto de la Palabra de Dios. No andemos como andaban . . . nuestros padres, ni tratemos de saber lo que hicieron sino lo que hubieran debido hacer.”^a

Barnes y Frith, los fieles amigos de Tyndale, se levantaron en defensa de la verdad. Siguiéron después Cranmer y los Ridley. Estos caudillos de la Reforma inglesa eran hombres instruídos, y casi todos habían sido muy estimados por su fervor y su piedad cuando estuvieron en la comunión de la iglesia romana. Su oposición al papado fué resultado del conocimiento que tuvieron de los errores de la “santa sede.” Familiarizados como lo estaban con los misterios de Babilonia tuvieron más poder para alegar contra ella.

“Ahora voy á hacer una pregunta peregrina,” decía Látimer, “¿sabéis cuál es el obispo y prelado más diligente de toda Inglaterra? . . . Veo que escucháis y que deseáis conocerle. . . . Pues, os diré quién es. Es el diablo . . . Nunca está fuera de su diócesis; . . . id á verle cuando queráis, siempre está en casa; . . . siempre está con la mano en el arado. . . . Os aseguro que nunca lo encontraréis ocioso. En donde el diablo vive, . . . abajo los libros, vivan las velas de cera; mueran las Biblias y vivan los rosarios; abajo la luz del evan-

^a Latimer, “First Sermon Preached before King Edward VI.”

gelio y viva la de los cirios, aun á medio día; . . . afuera con la cruz de Cristo y vivan los rateros del purgatorio; . . . nada de vestir á los desnudos, á los pobres, á los desamparados, y vamos adornando imágenes, y ataviando alegremente piedras y palos; arriba las tradiciones y leyes humanas, abajo Dios y su santísima Palabra. . . . ¡Mal haya que no sean nuestros prelados tan diligentes en sembrar buenas doctrinas como Satanás lo es para sembrar abrojos y cizaña!”⁴

El gran principio que sostenían estos reformadores — el mismo que sustentaron los valdenses, Wicleff, Juan Hus, Lutero, Zuinglio y los que estaban de parte de ellos — era la infalible autoridad de las Santas Escrituras como regla de fe y práctica. Negaban todo derecho á los papas, á los concilios, á los padres y á los reyes para intervenir en las conciencias en asuntos de religión. La Biblia era su autoridad y por las enseñanzas de ella juzgaban ellos las doctrinas y pretensiones. La fe en Dios y en su Palabra era la que sostenía á estos santos varones cuando entregaban sus vidas á las llamas. “Ten buen ánimo,” decía Látimer á su compañero de martirio cuando las llamas estaban á punto de acallar sus voces, “que en este día encenderemos una luz tal en Inglaterra, que, confío en la gracia de Dios, jamás se apagará.”⁵

En Escocia la semilla de la verdad esparcida por Columba y sus colaboradores no se había malogrado nunca por completo. Centenares de años después que las iglesias de Inglaterra se hubieron sometido al papa, las de Escocia conservaban aún su libertad. En el siglo XII, sin embargo, se estableció en ella el romanismo, y en ningún otro país ejerció un dominio tan absoluto. En ninguna parte fueron más densas las tinieblas. Con todo rayos de luz penetraron la obscuridad, trayendo consigo la promesa de un día por venir. Los lolardos, que vinieron de Inglaterra con la Biblia y las enseñanzas de Wicleff, hicieron mucho por conservar el conocimiento del evangelio, y cada siglo tuvo sus confesores y sus mártires.

Con la iniciación de la gran Reforma vinieron los escritos

⁴ Latimer, “Sermon of the Plough.”

⁵ “Works of Hugh Latimer,” Vol. I, p. xiii.

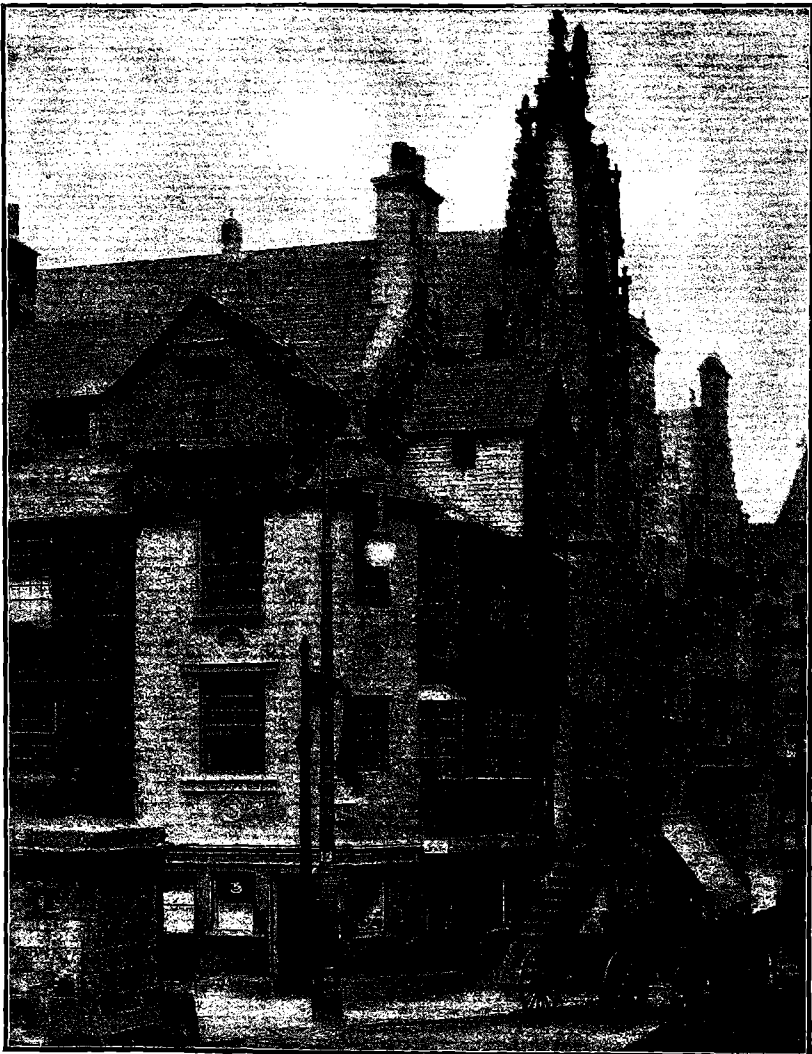
de Lutero y en seguida el Nuevo Testamento inglés de Tyn-dale. Sin llamar la atención del clero, aquellos silenciosos mensajeros cruzaban montañas y valles, reanimando la antorcha de la verdad que parecía estar á punto de extinguirse en Escocia, y deshaciendo la obra que Roma realizara en los cuatro siglos de opresión que ejerció en el país.

Entonces la sangre de los mártires dió nuevo impulso al movimiento de la Reforma. Los caudillos papistas despertaron repentinamente ante la inminencia del peligro que amenazaba á su causa, y llevaron á la hoguera á algunos de los más nobles y más honorables hijos de Escocia. Pero con esto no consiguieron más que cambiar la estaca en púlpito, desde el cual las palabras de estos mártires moribundos resonaban por toda la tierra escocesa haciendo estremecerse las almas del pueblo bajo el propósito bien decidido de libertarse de los grillos de Roma.

Hamilton y Wishart príncipes por su carácter y por su nacimiento, y con ellos un largo séquito de más humildes discípulos, entregaron sus vidas en la hoguera. Empero, de la ardiente pira de Wishart volvió uno á quien las llamas no iban á consumir — uno que bajo la dirección de Dios iba á hacer oír el toque de difuntos por el papado en Escocia.

Juan Knox se había vuelto de las tradiciones y de los misticismos de la iglesia para nutrirse de las verdades de la Palabra de Dios, y las enseñanzas de Wishart le confirmaron en la determinación de abandonar la comunión de Roma y unirse con los perseguidos reformadores.

Solicitado por sus compañeros para que desempeñase el cargo de predicador no se atrevió, temblando al pensar en la responsabilidad que en ello le venía, y sólo después de unos días de meditación y lucha consigo mismo consintió. Pero una vez aceptado el puesto siguió adelante con inquebrantable resolución y con un valor á toda prueba por toda la vida. Este sincero reformador no tuvo jamás miedo de los hombres. El resplandor de las hogueras no hizo más que dar á su fervor mayor intensidad. Con el hacha del tirano pendiente sobre su cabeza y amenazándole de muerte, permanecía firme en su



Copyright 1910 by Underwood & Underwood

LA CASA DE KNOX

puesto, repartiendo sendos bofetones á diestra y á siniestra demoliendo la idolatría.

Cuando lo llevaron ante la reina de Escocia, en cuya presencia flaqueara el valor de más de un caudillo protestante, permaneció Juan Knox firme y denodado dando testimonio de la verdad. No podían ganarlo con halagos, ni podían intimidarlo con amenazas. La reina le culpó de herejía. Había enseñado al pueblo una religión que estaba prohibida por el estado y de este modo, añadía ella, transgresaba el mandamiento de Dios que ordena á los súbditos obedecer á sus gobernantes. Knox respondió con firmeza:

“Como la verdadera religión no recibió su origen ni su autoridad de mano de los gobernantes, sino sólo del eterno Dios, así tampoco los súbditos no pueden amoldar su religión al gusto de sus reyes. Porque muy á menudo son los príncipes los más ignorantes de la religión verdadera. . . . Si toda la simiente de Abraham hubiera sido de la religión del Faraón del cual fueron súbditos por largo tiempo, os lo pregunto, señora, ¿qué religión habría hoy en el mundo? Y si en los días de los apóstoles todos hubieran sido de la religión de los emperadores de Roma, decidme, señora, ¿qué religión habría hoy en el mundo? . . . De esta suerte, señora, podéis comprender que los súbditos no están obligados á sujetarse á la religión de sus príncipes si bien les está ordenado obedecerles.”

María respondió: “Vos interpretáis las Escrituras de un modo, y ellos (los maestros romanistas) las interpretan de otro, ¿á quién creeré y quién será juez en este asunto?”

“Debéis creer en Dios, que habla con sencillez en su Palabra,” contestó el reformador, “y más de lo que ella os diga no debéis creerlo ni de unos ni de otros. La Palabra de Dios es clara y si hay obscuridad en algún pasaje, el Espíritu Santo que nunca se contradice á sí mismo, en otros pasajes se explicará con más claridad, de modo que no queda lugar á duda sino para el ignorante obstinado.”^a

Tales fueron las palabras que el intrépido reformador,

^a Laing, “Works of John Knox,” Vol. II, pp. 281, 284 (ed. 1895).

con peligro de su vida, habló en los oídos de la reina. Con igual abnegación sostuvo sus planes orando y combatiendo como fiel soldado del Señor, hasta que Escocia se vió libre del papado.

En Inglaterra el establecimiento del protestantismo como religión nacional, hizo menguar la persecución, pero no la hizo cesar por completo. Mientras que muchas de las doctrinas de Roma quedaron suprimidas, no lo fueron así muchas de sus formas. La supremacía del papa fué rechazada, pero en su lugar fué puesto el monarca como cabeza de la iglesia. Mucho distaban aún los servicios de la iglesia de la pureza y sencillez del evangelio. El gran principio de la libertad religiosa no era aún entendido. Si bien es verdad que poco apelaron los gobernantes protestantes á las horribles crueldades de que se valía Roma contra los herejes, no obstante, no era aún reconocido el derecho de todo hombre de adorar á Dios según el dictado de su conciencia. Se exigía de todos que aceptaran las doctrinas y observaran las formas del culto prescritas por la iglesia establecida. Aún se siguió persiguiendo á los disidentes por centenares de años con más ó menos encarnizamiento.

En el siglo XVII millares de pastores fueron depuestos de sus cargos. Se le prohibió al pueblo so pena de fuertes multas, prisión y destierro, que asistiera á otras reuniones religiosas que no fueran las sancionadas por la iglesia. Los que no pudieron dejar de reunirse para adorar á Dios, tuvieron que hacerlo en obscuras calles de árboles y guardillas, y en ocasiones, en los bosques á media noche. En la protectora espesura de la floresta, á guisa de templo hecho por Dios mismo, aquellos esparcidos y perseguidos hijos del Señor, se reunían para derramar sus almas en plegarias y alabanzas. Pero á despecho de todas estas precauciones muchos sufrieron por su fe. Las cárceles rebosaban. Las familias eran desunidas. Muchos fueron desterrados á tierras extrañas. Empero Dios estaba con su pueblo y la persecución no era capaz de acallar su testimonio. Muchos cruzaron el océano y se establecieron en Norte América, donde echaron los cimien-

tos de la libertad civil y religiosa que fueron baluarte y gloria de los Estados Unidos.

Otra vez como en los tiempos apostólicos, la persecución contribuyó al adelanto de la propagación del evangelio. En una asquerosa mazmorra atestada de reos y libertinos, Juan Bunyan respiró el verdadero ambiente del cielo y escribió su maravillosa alegoría del viaje del peregrino de la ciudad de destrucción á la ciudad celestial. Por más de doscientos años aquella voz habló desde la cárcel de Bedford con poder penetrante á los corazones de los hombres. El "Viador" y "La gracia abundante para el mayor de los pecadores" han guiado á muchos por el sendero de la vida eterna.

Baxter, Flavel, Alleine y otros hombres de talento, de educación y de profunda experiencia cristiana, se mantuvieron firmes defendiendo valientemente la fe que en otro tiempo fuera entregada á los santos. La obra que ellos hicieron y que fué proscrita y anatematizada por los reyes de este mundo, nunca puede perecer. "La fuente de la vida" y "El método de la gracia" de Flavel han enseñado á millares el modo de conservar sus almas fieles al Señor. "El pastor reformado" de Baxter, ha sido una verdadera bendición para muchos que deseaban un avivamiento de la obra de Dios, y su "Descanso eterno de los santos" ha cumplido su misión llevando almas "al descanso que queda para el pueblo de Dios."

Cien años más tarde, en tiempos de obscuridad espiritual, aparecieron Whitefield y los Wesley portadores de la luz de Dios. Bajo el régimen de la iglesia establecida, el pueblo de Inglaterra había llegado á un estado tal de decadencia, que apenas podía distinguirse del paganismo. La religión natural era el estudio favorito del clero y en él iba incluida casi toda su teología. La aristocracia hacía escarnio de la piedad y se jactaba de estar por sobre lo que llamaba su fanatismo, en tanto que el pueblo bajo era ignorante y lleno de vicios, y que la iglesia no tenía valor ni fe para seguir sosteniendo la causa de la verdad ya decaída.

La gran doctrina de la justificación por la fe, tan clara-

mente enseñada por Lutero, había sido casi totalmente perdida de vista, y los principios del romanismo de confiar en las buenas obras para obtener la salvación ocupaban su lugar. Whitefield y los Wesley, miembros de la iglesia establecida, buscaban con sinceridad el favor de Dios, y lo que se les había enseñado era que esto se conseguía por medio de una vida virtuosa y por la observancia de las ordenanzas religiosas.

En cierta ocasión en que Carlos Wesley cayó enfermo y pensaba que estaba próximo su fin, le preguntaron en qué fundaba su esperanza de la vida eterna. Su respuesta fué: "He hecho cuanto he podido por servir á Dios." Pero como el amigo que le dirigiera la pregunta manifestara no haber quedado satisfecho con la contestación, Wesley pensó: "¡Qué! ¿No son suficientes mis esfuerzos para fundar mi esperanza? ¿Me robaría éste mis esfuerzos? No me queda ninguna otra cosa en que confiar." Tales eran las tinieblas que habían caído sobre la iglesia y que ocultaban la expiación, robaban á Cristo su gloria, desviando la mente de los hombres de su única esperanza de salvación — la sangre del Redentor crucificado.

Wesley y sus compañeros fueron guiados á reconocer que la verdadera religión tiene su asiento en el corazón y que la ley de Dios abarca los pensamientos lo mismo que las palabras y las obras. Convencidos de la necesidad de la santidad de corazón, así como de la de un buen comportamiento, decidieron seriamente empezar vida nueva. Por medio de esfuerzos diligentes acompañados de fervientes oraciones se empeñaron en vencer las malas inclinaciones del corazón natural. Llevaron una vida de abnegación, de amor y de humillación, observando rigurosamente todo aquello que pensaban que podría ayudarles á alcanzar lo que ellos más deseaban — aquella santidad por medio de la cual tendrían asegurado el favor de Dios. Pero no lograron por este medio lo que buscaban. Vanos eran sus esfuerzos para librarse de la condenación del pecado y para quebrantar su poder. Era la misma lucha que había tenido que sostener Lutero en su celda en el convento de Erfurt. Era la misma pregunta que le

¹ Whitehead, Juan, "Life of the Rev. Charles Wesley," p. 102.

había atormentado el alma : “¿Cómo puede el hombre ser justo para con Dios?”^a

El fuego de la verdad divina que se había extinguido casi por completo en los altares del protestantismo, iba á prender de nuevo al contacto de la antorcha antigua que al través de los siglos había quedado firme en manos de los cristianos de Bohemia. Después de la Reforma, el protestantismo había sido pisoteado en Bohemia por las hordas de Roma. Los que no quisieron renunciar á la verdad tuvieron que huir. Algunos de ellos que se refugiaron en Sajonia guardaron allí la antigua fe, y de los descendientes de estos cristianos vino la luz que iluminó á Wesley y á sus compañeros.

Juan y Carlos Wesley después de haber sido ordenados para el ministerio fueron enviados de misioneros á América. Iba también á bordo un grupo de moravos. Durante el viaje se desencadenaron violentas tempestades, y Juan Wesley vió la muerte cara á cara, sintiéndose sin seguridad de tener paz con Dios. Los alemanes por el contrario mostraron una calma y una confianza que él no conocía.

“Ya mucho antes,” dice él, “había notado yo la gran formalidad de aquella gente. De su humildad había dado pruebas manifiestas, al prestarse á desempeñar tareas tan serviles que ninguno de los ingleses hubiera querido hacer; y por estos servicios no pedían ni hubieran recibido paga alguna, declarando que era esto un beneficio para sus altivos corazones y que su amante Salvador había hecho más por ellos. Y día tras día manifestaban una humildad que ninguna injuria podía alterar; al ser empujados, golpeados ó derribados se ponían en pie y se marchaban á otro lugar; pero sin quejarse. Ahora se presentaba una oportunidad en que probar si se habían despojado de todo temor como habían mostrado estarlo del orgullo, de la ira y de la venganza. Cuando iban á la mitad del salmo que estaban entonando al comenzar su culto, el mar embravecido se levantó y desgarró la vela mayor, anegó la embarcación, y penetró de tal modo por la cubierta que parecía que las tremendas profundidades nos habían tragado ya. Los ingleses se pusieron á gritar desafortadamente.

^a Job 9:2.

Los alemanes siguieron cantando con serenidad. Pasado el susto le pregunté á uno de ellos: '¿No tuvisteis miedo?' Y me dijo: 'No; gracias á Dios.' Volví á preguntarle: '¿No tenían temor las mujeres y los niños?' Y me contestó con calma: 'No; nuestras mujeres y nuestros niños no tienen miedo de morir.' ” ”

Al arribar á Savannah vivió Wesley algún tiempo con los moravos quedando muy impresionado con su comportamiento cristiano. Refiriéndose á uno de sus servicios religiosos que contrastaba notablemente con el formalismo sin vida de la iglesia de Inglaterra, dijo: "La gran sencillez y solemnidad del acto entero casi me hicieron olvidar el curso de los diecisiete siglos, y me parecía hallarme en una de las asambleas donde no había fórmulas ni jerarquía sino donde presidía Pablo el tejedor de tiendas ó Pedro el pescador, y donde se manifestaba el poder del Espíritu." ”

Al regresar á Inglaterra, Wesley, bajo la dirección de un predicador moravo llegó á una inteligencia más clara de la fe bíblica. Llegó al convencimiento de que debía renunciar por completo á depender de sus propias obras para la salvación, y abandonarse enteramente al "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo." En una reunión de la sociedad morava verificada en Londres, se leyó una declaración de Lutero que describía el cambio que opera el Espíritu de Dios en el corazón del creyente. Al escucharlo Wesley, la fe prendió en su alma. "Sentí," dice, "calentarse mi corazón de un modo extraño." "Sentía entrar en mí la confianza en Cristo y en Cristo sólo, para mi salvación; y fuéme dada plena seguridad de que había borrado *mis* pecados, sí, los *míos*, y de que *me* había librado á *mí* de la ley del pecado y de la muerte." ”

Tras largos años de arduo y enojoso trabajo,— años de rigurosa abnegación, de censuras y de humillación,— Wesley se había sostenido firme en su propósito de buscar á Dios. Al fin le encontró y comprobó que la gracia que se había empeñado en ganar por medio de oraciones y ayunos, de limosnas y sacrificios, era un don "sin dinero y sin precio."

⁹ Whitehead, "Life of the Rev. John Wesley," p. 10.

¹⁰ *Idem*, pp. 11, 12.

¹¹ *Idem*, p. 52.

Una vez afirmado en la fe de Cristo, ardió su alma del deseo de esparcir por todas partes el conocimiento del glorioso evangelio de la libre gracia de Dios. “Considero el mundo entero como mi parroquia,” decía él, “y donde quiera que esté, encuentro oportuno, justo y de mi deber declarar á todos los que quieran oírlas, las alegres nuevas de la salvación.”¹²

Siguió llevando una vida de abnegación y rigor, ya no como *base* sino como *resultado* de la fe; no como *raíz* sino como *fruto* de la santidad. La gracia de Dios en Cristo es el fundamento de la esperanza del cristiano, y dicha gracia debe manifestarse en la obediencia. Wesley consagró su vida á predicar las grandes verdades que había recibido él,—la justificación por medio de la fe en la sangre expiatoria de Cristo, y el poder regenerador del Espíritu Santo en el corazón, que lleva fruto en una vida conforme al ejemplo de Cristo.

Whitefield y los Wesley habían sido preparados para su obra por medio de un profundo sentimiento de su propia perdición; y para poder sobrellevar duras pruebas como buenos soldados de Jesu-Cristo, se habían visto sometidos á larga serie de escarnios, burlas y persecución, tanto en la universidad, como al entrar en el ministerio. Ellos y otros pocos que simpatizaban con ellos eran conocidos con el apodo de “metodistas” entre sus condiscípulos incrédulos,—apodo que en la actualidad es considerado como honroso por una de las más grandes denominaciones de Inglaterra y América.

Como miembros de la iglesia de Inglaterra estaban muy apegados á sus formas de culto, pero el Señor les había señalado en su Palabra un modelo más perfecto. El Espíritu Santo les constreñía á predicar á Cristo y á éste crucificado. El poder del Altísimo les guiaba en sus trabajos. Millares fueron convencidos y verdaderamente convertidos. Había que proteger á estas ovejas de los lobos rapaces. Wesley no había pensado formar una nueva denominación, pero organizó á los convertidos en lo que se llamó en aquel entonces la Unión metodista.

¹² Whitehead, “Life of John Wesley,” p. 74.

Misteriosa y ruda fué la oposición que estos predicadores encontraron por parte de la iglesia establecida; y sin embargo, Dios, en su sabiduría, dirigía todos los actos que debían hacer que la reforma empezara dentro de la misma iglesia. Si hubiera venido toda ella de fuera, no habría podido penetrar allí donde tanto se necesitaba. Pero como los predicadores revivalistas eran eclesiásticos, y que trabajaban dentro del gremio de la iglesia donde quiera que encontraban oportunidad para ello, la verdad entró allá donde las puertas hubieran de otro modo quedado cerradas. Algunos de los clérigos despertaron de su sopor y se convirtieron en predicadores activos de sus parroquias. Varias iglesias que habían sido petrificadas por el formalismo fueron de pronto devueltas á la vida.

En los tiempos de Wesley, como en todas las épocas de la historia de la iglesia, hubo hombres dotados de diferentes dones que hicieron cada uno la obra que les fuera señalada. No estuvieron de acuerdo en todos los puntos de doctrina, pero todos fueron guiados por el Espíritu de Dios y unidos en el absorbente propósito de ganar almas para Cristo. Las diferencias que mediaron entre Whitefield y los Wesley amenazaron en cierta ocasión degenerar en mala inteligencia; pero habiendo aprendido á ser mansos en la escuela de Cristo, la tolerancia y el amor fraternal los reconcilió. No tenían tiempo para disputas cuando á su derredor abundaban el mal y la iniquidad y los pecadores caminaban á su ruina.

Los siervos de Dios tuvieron que recorrer un camino duro. Hombres de saber y de talento empleaban su influencia contra ellos. Al cabo de algún tiempo muchos de los eclesiásticos manifestaron marcada hostilidad, y las puertas de la iglesia se cerraron á la fe pura y á los que la proclamaban. La actitud adoptada por los clérigos de denunciarlos desde el púlpito despertó los elementos de obscuridad, de ignorancia y de iniquidad. Una y otra vez, Wesley escapó á la muerte debido á un milagro de la misericordia de Dios. Cuando la rabia de las turbas rugía contra él y que parecía no haber ya modo de escapar, un ángel en forma de hombre se le ponía

al lado, el pueblo amotinado retrocedía, y el siervo de Cristo salía salvo del lugar peligroso.

Hablando él de su salvación de uno de estos lances decía: “Muchos trataron de arrojarme mientras descendíamos de una montaña por una senda resbalosa que conducía á la ciudad, porque suponían, y con razón, que una vez cayendo allí me hubiera sido muy difícil levantarme. Pero no tropecé ni una vez, ni resbalé en la pendiente senda, hasta lograr ponerme fuera de sus manos. . . . Muchos quisieron sujetarme por el cuello ó tirarme de los faldones para hacerme caer, pero no lo pudieron, si bien hubo uno que alcanzó á sujetarme de uno de los faldones del chaleco, el cual le quedó en la mano, mientras que el otro faldón en cuyo bolsillo guardaba yo un billete del banco no fué más que desgarrado á medias. . . . Un sujeto fornido que venía detrás de mí me dió de golpes con un garrote de encina. Si hubiera logrado pegarme una sola vez en la nuca, se hubiera ahorrado el trabajo de seguir golpeándome. Pero siempre se desviaba el golpe sin poderme explicar el por qué, pues no podía yo mover las manos para defenderme. . . . Otro que venía corriendo por entre el tumulto con el brazo levantado para descargar el golpe sobre mí, se detuvo de pronto y sólo me dió en la cabeza, diciendo: ‘¡Qué cabello tan suave tiene!’ . . . Los primeros que se convirtieron fueron los héroes del pueblo, los que capitanean á la canalla, uno de los cuales había ganado un premio peleando en el patio de los osos. . . .

“¡Cuán suave y gradualmente nos prepara Dios para hacer su voluntad! Dos años ha pasó rozándome el hombro un pedazo de ladrillo. Un año después recibí una pedrada en la frente. Hace un mes que me dieron una bofetada y hoy por la tarde, dos; una antes de que entrara en el pueblo y otra después de haber salido de él; pero fué como si no me hubieran hecho nada; pues si bien un desconocido me dió un golpe en el pecho con todas sus fuerzas y el otro en la boca con tanta furia que la sangre brotó inmediatamente, no sentí más dolor que si me hubieran dado con una paja.”¹⁸

¹⁸ Wesley's Works, Vol. III, pp. 297, 298 (ed. 1831).

Los metodistas de aquellos días — tanto el pueblo como los predicadores — sufrieron escarnios y persecuciones, tanto por parte de los miembros de la iglesia establecida como de gente irreligiosa excitada por sus prejuicios contra ellos. Se les arrastraba ante los tribunales de justicia, que lo eran sólo de nombre — pues la justicia en aquellos días era rara en las cortes. Con frecuencia eran atacados por sus perseguidores. La turba iba de casa en casa y les destruía los muebles y lo que encontraban, llevándose lo que les parecía y abusando de un modo brutal de los hombres, de las mujeres y de los niños. En ocasiones se fijaban avisos en las calles convocando á los que quisiesen ayudar á quebrar ventanas y saquear las casas de los metodistas, dándoles cita en lugar y hora señalados. Estos atropellos de las leyes divinas y humanas se dejaban pasar sin castigo. Se organizó una persecución en forma contra gente cuya única falta era la de conducir á los pecadores por la senda de santidad, apartándolos del camino de la perdición.

Refiriéndose Juan Wesley á los cargos que le fueron imputados á él y á sus compañeros, decía: “Algunos sostienen que las doctrinas de estos hombres son falsas, erróneas é hijas del entusiasmo; que son recientes y que jamás se había oído hablar de ellas hasta hacía poco; que son cuakerismo, fanatismo ó romanismo. Todas estas pretensiones han sido cortadas de raíz habiendo quedado bien probado que cada una de dichas doctrinas es pura doctrina de las Escrituras, interpretada por nuestra propia iglesia. De consiguiente no pueden ser falsas ni erróneas si es que la Escritura es verdadera.” “Otros sostienen que las doctrinas son demasiado estrictas; que hacen muy estrecho el camino del cielo, y ésta es en realidad la objeción fundamental, (toda vez que fué casi la única por algún tiempo,) y la que se encuentra implícitamente á la base de otras miles más que se presentan en varias formas. Empero, este camino del cielo ¿no lo hicieron aun más estrecho el Señor y sus apóstoles? ¿Son nuestras doctrinas más estrictas que las de la Biblia? Considerad sólo unos cuantos textos: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu

alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y á tu prójimo como á ti mismo.' 'De toda palabra ociosa que hablaben los hombres, darán cuenta en el día del juicio.' 'Ora que comáis, ora que bebáis, ó cualquiera cosa que hicieris, hacedlo todo para gloria de Dios.'

"Si su doctrina es más estricta, son dignos de censura; pero en conciencia bien sabéis que no lo es. Y ¿quién puede quitar un tilde de la Palabra de Dios á fin de hacerla menos estricta, sin corromperla? ¿Podría algún mayordomo de los misterios de Dios ser declarado fiel si alterase parte siquiera de tan sagrado depósito?—No; nada puede quitar; nada puede suavizar; antes está en la obligación de manifestar á todos, que no puede rebajar las Escrituras á vuestro gusto. Tenéis que elevaros vosotros mismos hasta ellas ó morir para siempre. El grito general es: '¡Qué faltos de caridad son estos hombres!' ¿Que no tienen caridad? ¿En qué respecto? ¿No dan de comer al hambriento y no visten al desnudo? No; no es éste el asunto, que en esto no faltan; es que donde les falta caridad es en su modo de juzgar pues creen que ninguno puede ser salvo á no ser que siga el camino de ellos.'" 14

El decaimiento espiritual que se había dejado sentir en Inglaterra poco antes del tiempo de Wesley, era debido en gran parte á la enseñanza del antinomianismo. Muchos afirmaban que Cristo había abolido la ley moral y que por lo mismo los cristianos no tenían obligación de observarla; que el creyente está libre de la "esclavitud de las buenas obras." Otros si bien admitían el carácter perenne de la ley, declaraban que no había necesidad de que los ministros exhortaran al pueblo á la obediencia de los preceptos de ella, desde que los que habían sido elegidos por Dios para ser salvos serían "llevados por el impulso irresistible de la gracia divina, á practicar la piedad y la virtud," mientras que aquellos que estaban sentenciados á eterna reprobación, "no podían de por sí mismos obedecer la ley divina."

Otros, que también sostenían que "los elegidos no pueden ser destituidos de la gracia ni faltar al favor divino" llegaban á la conclusión aun más horrenda de que "sus malas acciones

¹⁴ Wesley's Works, Vol. III, pp. 152, 153.

no son en realidad pecaminosas ni pueden ser consideradas como casos de violación de la ley divina, y que en consecuencia los tales no tienen por qué confesar sus pecados ni romper con ellos por medio del arrepentimiento.”¹⁶ Por lo tanto, declaraban que aun uno de los pecados más viles “considerado universalmente como desmesurada violación de la ley divina, no es pecado á los ojos de Dios” siempre que lo hubiera cometido uno de los elegidos “porque es característico distintivo de éstos que no pueden hacer nada que desagrade á Dios ni que sea contrario á la ley.”

Estas monstruosas doctrinas son esencialmente lo mismo que la enseñanza posterior de los educacionistas y teólogos populares, que dicen que no existe ley divina como norma inmutable de lo que es recto, y que más bien la norma de la moralidad es indicada por la sociedad y que ha estado siempre sujeta á cambios. Todas estas ideas son inspiradas por el mismo espíritu-maestro: por aquel que, hasta entre los seres impecables de los cielos, comenzó su obra de procurar suprimir las justas restricciones de la ley de Dios.

La doctrina de los decretos divinos que fija de una manera inalterable el carácter de los hombres, había inducido á muchos á rechazar virtualmente la ley de Dios. Wesley se opuso tenazmente á los errores de los maestros del antinomianismo probando que son contrarios á las Escrituras. “Porque ha sido manifestada la gracia de Dios, la cual trae salvación á *todos los hombres*.” “Esto es bueno y acepto delante de Dios nuestro Salvador; el cual quiere que *todos los hombres* sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Pues que para todos hay un solo Dios, y un solo Medianero entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús; el cual se dió á sí mismo en rescate por *toños*.”¹⁷ El Espíritu de Dios es concedido gratuitamente para que todos puedan echar mano de los medios de salvación. Y de este modo, Cristo “la Luz verdadera,” “alumbra á todo hombre, que viene á este mundo.”¹⁸ Los hombres se privan de la salvación porque rehusan voluntariamente la dádiva de vida.

¹⁶ McClintock and Strong's Cyclopædia, art. Antinomians (ed. 1871).

¹⁷ Tito 2:11; 1 Timoteo 2:3-6. ¹⁸ S. Juan 1:9 (V. Valera de la S. B. A.).

En contestación á la pretensión de que á la muerte de Cristo quedaban abolidos los preceptos del decálogo como también los de la ley ceremonial, decía Wesley: “La ley moral contenida en los diez mandamientos y sancionada por los profetas, Cristo no la abolió. No era su intención al venir al mundo la de suprimir ninguna de sus partes. Esta es una ley que jamás puede ser abolida, pues permanece firme como fiel testigo en los cielos. . . . Esta era desde el principio del mundo, habiendo sido escrita no en tablas de piedra sino en el corazón de todos los hijos de los hombres al salir de manos del Creador. Y no obstante estar ahora borradas en gran manera por el pecado las letras tiempo atrás escritas por el dedo de Dios, no pueden serlo del todo mientras tengamos conciencia alguna del bien y del mal. Cada uno de los elementos de que consiste esta ley, tiene que regir á toda la humanidad y por todos los siglos; por no depender de ninguna consideración de tiempo ni de lugar ni de ninguna otra sujeta á alteración, sino por depender de la naturaleza de Dios mismo y de la del hombre y de la invariable relación que existe entre uno y otro.

“No he venido para invalidar sino para cumplir.’ . . . Sin duda quiere el Cristo dar á entender en este pasaje—según se colige por el contexto—que vino á establecerla en su plenitud á despecho de como puedan interpretarla los hombres; que vino á poner en plena claridad y á la vista de todos lo que en ella pudiera haber de obscuro; vino para poner de manifiesto la verdad y la importancia de cada una de sus partes; para demostrar su longitud y su anchura, y la medida exacta de cada mandamiento que la ley contiene y al mismo tiempo la altura y la profundidad, la inapreciable pureza y la espiritualidad de ella en todas sus secciones.”²⁸

Wesley demostró la perfecta armonía que existe entre la ley y el evangelio. “Hay pues una íntima relación que bien puede concebirse entre la ley y el evangelio. Por una parte, la ley nos abre continuamente paso hacia el evangelio y nos lo señala; y por otra, el evangelio nos lleva constantemente á

²⁸ Wesley's Works, Sermón 25.

un cumplimiento exacto de la ley. La ley, por ejemplo, nos exige que amemos á Dios y á nuestro prójimo, y que seamos mansos, humildes y santos. Nos sentimos incapaces de estas cosas y aun más, conocemos que 'á los hombres esto es imposible;' pero vemos una promesa de Dios de darnos ese amor y de hacernos humildes, mansos y santos; nos acogemos á este evangelio y á estas alegres nuevas; se nos da conforme á nuestra fe; y 'la justicia de la ley se cumple en nosotros' por medio de la fe que es en Cristo Jesús. . . .

"Entre los más acérrimos enemigos del evangelio de Cristo," dijo Wesley, "se encuentran aquellos que 'juzgan la ley' misma abiertamente y explícitamente y 'hablan mal de ella;' que enseñan á los hombres á quebrantar — á disolver, á perder, á deshacerse de la obligación — no sólo uno, ya el menor ó el mayor, sino todos los mandamientos de la ley de una vez. . . . La más sorprendente de todas las circunstancias que acompañan á este terrible engaño, es la de que los que se entregan á él creen que realmente honran á Cristo cuando echan á un lado su ley y que están ensalzando su carácter mientras que lo que hacen es destruir su doctrina. Sí, es cierto que le honran lo mismo que Judas cuando le dijo: '¡Salud, Maestro! y le besó.' Y él podría decir también á cada uno de ellos: '¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?' No es otra cosa que entregarle con un beso hablar de su sangre y despojarle al mismo tiempo de su corona; echar luz sobre parte de sus preceptos, con el pretexto de hacer adelantar su evangelio. Y en verdad nadie puede eludir el cargo, al predicar la fe de cierta manera que directa ó indirectamente haga caso omiso de algún elemento de la obediencia: al predicar á Cristo de un modo que anule, ó debilite de alguna manera, el más pequeño de los mandamientos de Dios."¹⁹

Y á los que insistían en que "la predicación del evangelio satisface todas las exigencias de la ley," Wesley replicaba: "Lo negamos rotundamente. No satisface ni siquiera el primer fin de la ley que es convencer á los hombres de su pecado, despertar á aquellos que duermen aún al borde del in-

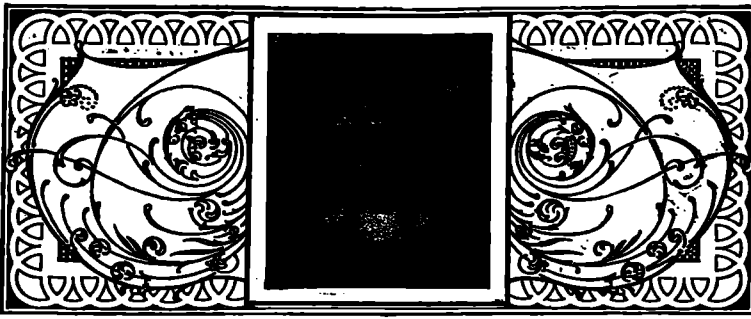
¹⁹ Wesley's Works, Sermón 25.

fierno.” El apóstol Pablo dice que “por medio de la ley es el conocimiento del pecado,” y mientras no esté el hombre completamente convencido de sus pecados, no puede sentir verdaderamente la necesidad de la sangre expiatoria de Cristo. “Como lo dijo nuestro Señor, ‘los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos.’ Es por lo tanto absurdo ofrecerle médico al que está sano ó que cuando menos cree estarlo. Primeramente tenéis que convencerle de que está enfermo; de otro modo no os agradecerá la molestia que por él os dais. Es igualmente absurdo ofrecer á Cristo á aquellos cuyo corazón está sano, por no habersele partido todavía.”²⁰

Así es como, al predicar el evangelio de la gracia de Dios, Wesley, á semejanza de su Maestro, procuraba “engrandecer” la ley y hacerla “honorable.” Cumplió fielmente con la obra que Dios le encomendara y gloriosos fueron los resultados que le fué dado contemplar. Hacia el fin de su larga vida de más de ochenta años — de los cuales consagró más de medio siglo en su ministerio itinerante.— sus fieles adherentes llegaban al número de medio millón de almas. Pero las multitudes que por medio de sus trabajos fueron rescatadas de la ruina y de la degradación del pecado y elevadas á un nivel más alto de pureza y santidad, y el número de los que por medio de sus enseñanzas han alcanzado una experiencia más profunda y más rica, nunca se conocerán hasta que toda la familia de los redimidos sea reunida en el reino de Dios. La vida de Wesley encierra una lección de incalculable valor para cada cristiano. ¡Ojalá que la fe y la humildad, el celo incansable, la abnegación y el desprendimiento de este siervo de Cristo se reflejen en las iglesias de hoy!

²⁰ Wesley's Works, Sermón 35.





LA BIBLIA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA—16

EN el siglo XVI la Reforma se empeñó en penetrar en todos los países de Europa, presentando á los pueblos la Biblia abierta. Algunas naciones le dieron la bienvenida como á mensajera del cielo. En otros países el papado consiguió hasta cierto punto cerrarle la entrada; y la luz del conocimiento de la Biblia, con sus influencias ennoblecedoras, quedó excluída casi por completo. Sucedió en un pueblo que aunque la luz logró penetrar, eran tan densas las tinieblas que no pudo ser apreciada. Por varios siglos lucharon la verdad y el error disputándose el predominio. Triunfó al fin el mal y la verdad divina fué desechada. “Esta es la condenación, que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz.”¹ Aquella nación tenía que cosechar los resultados del mal que ella misma se había escogido. El freno del Espíritu de Dios le fué quitado á aquel pueblo que había despreciado el don de su gracia. Se dejó al mal que llegase á su madurez, y todo el mundo pudo palpar las consecuencias de este rechazo voluntario de la luz.

La guerra que se hizo contra la Biblia, llevada adelante por tantos siglos en Francia, llegó á su mayor grado en los días de la Revolución. Esa terrible insurrección del pueblo no fué sino resultado natural de la supresión que Roma había hecho de las Sagradas Escrituras.² Era la ilustración más elocuente que jamás presenciara el mundo, de las maquinaciones de la política papal,—una ilustración de los re-

¹ S. Juan 3:19.

² Véase el Apéndice.

sultados que Roma, por medio de sus enseñanzas, había estado persiguiendo en el transcurso de más de mil años.

La supresión de las Sagradas Escrituras durante el período de la supremacía papal había sido predicha por los profetas; y el Revelador había señalado también los terribles resultados que iban á sobrevenir especialmente sobre Francia y cuya causa era el dominio “del hombre de pecado.”

Dijo el ángel del Señor: “Hollarán la Santa Ciudad, cuarenta y dos meses. Y daré autoridad á mis dos testigos, los cuales profetizarán mil doscientos sesenta días, vestidos de sacos. . . . Y cuando hayan acabado de dar su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y prevalecerá contra ellos. Y sus cadáveres yacen en la plaza de la gran ciudad, que se llama simbólicamente Sodoma y Egipto, en donde también el Señor de ellos fué crucificado. . . . Y los que habitan sobre la tierra se regocijan sobre ellos, y hacen fiesta; y envían dones los unos á los otros; porque estos dos profetas atormentaron á los que habitan sobre la tierra. Y después de los tres días y medio, el espíritu de vida, venido de Dios, entró en ellos, y se levantaron sobre sus pies: y cayó gran temor sobre los que lo vieron.”³

Los períodos aquí mencionados —“cuarenta y dos meses,” y “mil doscientos sesenta días”—son los mismos, y representan ambos el tiempo que la iglesia de Cristo habría de sufrir bajo la opresión de Roma. Los 1260 años del dominio temporal del papa comenzaron en el año 538 de J. C. y debían terminar en 1798.⁴ En dicha fecha, entró en Roma un ejército francés que tomó preso al papa, el cual murió en el destierro. A pesar de haber sido elegido un nuevo papa al poco tiempo, la jerarquía pontificia no ha llegado nunca á alcanzar el esplendor y poderío que antes tuviera.

La persecución contra la iglesia no continuó durante todos los 1260 años. Dios, usando de misericordia con su pueblo, aeortó el tiempo de tan horribles pruebas. Al predecir la “gran tribulación” que había de venir sobre la iglesia, el Salvador había dicho: “Si no se ácortaren aquellos días, ninguna carne podría salvarse; mas por causa de los escogidos,

³ Apocalipsis 11:2-11.

⁴ Véase el Apéndice.

aquellos días serán acortados.”⁵ Debido á la influencia de la Reforma, las persecuciones hechas á los cristianos habían terminado antes del año 1798.

Y acerca de los dos testigos, el profeta declara más adelante: “Éstos son los dos olivos, y los dos candelabros, que están delante de la presencia del Señor de toda la tierra.” “Antorcha á mis pies es tu Palabra, y luz á mi senda,”⁶ dijo el salmista. Ambos testigos representan las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. Ambos son testimonios importantes del origen y del carácter perpetuo de la ley de Dios. Ambos son también testigos del plan de la salvación. Los tipos, los sacrificios y las profecías del Antiguo Testamento se refieren á un Salvador que había de venir. Y los evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento hablan de un Salvador que vino tal como fuera predicho por los tipos y por la profecía.

“Los cuales profetizarán mil doscientos sesenta días, vestidos de sacos.” Durante la mayor parte de dicho período los testigos de Dios permanecieron en obscuridad. El poder papal procuró ocultarle al pueblo la Palabra de verdad y poner ante él testigos falsos que desmintieran su testimonio.⁷ Cuando la Biblia fué prohibida por las autoridades civiles y religiosas, cuando su testimonio fué pervertido y cuando se hizo cuanto fué posible por parte de los hombres y del diablo para desviar de ella la atención de la gente, y cuando los que osaron proclamar sus verdades fueron perseguidos, entregados, atormentados, confinados en las mazmorras, martirizados por su fe ú obligados á refugiarse en las fortalezas de los montes y en las cuevas de la tierra, fué entonces cuando los fieles testigos profetizaron vestidos de sacos. No obstante siguieron dando su testimonio durante todo el período de 1260 años. Aun en los tiempos más oscuros hubo hombres fieles que amaron la Palabra de Dios y que se manifestaron celosos por defender su honor. Á estos fieles siervos de Dios les fueron dados poder, sabiduría y autoridad para que divulgasen la verdad durante todo este período.

⁵ S. Mateo 24:22.

⁶ Apocalipsis 11:4; Salmo 119:105.

⁷ Véase el Apéndice.

“Y si alguno procura dañarlos, fuego procede de sus bocas, y devora á sus enemigos; y si alguno procurare dañarlos, es menester que de esta manera sea muerto.”^a No impunemente pueden los hombres pisotear la Palabra de Dios. El significado de tan terrible sentencia está contenido en el último capítulo del Apocalipsis: “Yo testifico á cada uno que oye las palabras de la profecía de este libro: ¡Si alguno pusiere adición á ellas, pondrá Dios sobre él las plagas que están escritas en este libro: y si alguno quitare de las palabras de esta profecía, quitará Dios su parte del libro de la vida, y de la ciudad santa, y de las cosas que están escritas en este libro!”^b

Tales son los avisos que ha dado Dios para que los hombres se abstengan de alterar en nada lo que él ha revelado ó mandado. Estas palabras se refieren á todos los que con su influencia hacen que otros consideren con menosprecio la ley de Dios. Deben hacer temblar y temer á aquellos que declaran con insolencia que poco importa que obedezcamos ó no obedezcamos á la ley de Dios. Todos los que alteran el significado preciso de las Sagradas Escrituras sobreponiéndoles sus opiniones particulares, y los que tuercen los preceptos de la Palabra divina ajustándolos á sus propias conveniencias, ó á las del mundo, se arrogan terrible responsabilidad. La Palabra escrita, la ley de Dios, será la medida de cada individuo y condenará á todo el que fuere hallado falto.

“Y cuando hayan acabado (estén acabando) de dar su testimonio.” El período en que los dos testigos habrían de testificar “vestidos de sacos” terminó en 1798. Cuando ya estaban por concluir su obra en la obscuridad, la guerra les iba á ser hecha por el poder representado por “la bestia que sube del abismo.” En muchas de las naciones de Europa los poderes que gobernaban la iglesia y el estado habían permanecido bajo el dominio y sujeción de Satanás por medio del papado. Mas aquí se deja ver una nueva manifestación del poder satánico.

Roma había seguido la política de aprisionar las Santas Escrituras so pretexto de tenerlas en reverencia, y de ese

^a Apocalipsis 11:5.

^b Apocalipsis 22:18, 19.

modo se las ocultaba al pueblo. Durante la época de su dominio los testigos profetizaron “vestidos de sacos;” pero, otro poder — la bestia que sube del abismo — iba á levantarse á declarar la guerra á la Palabra de Dios.

La “gran ciudad” en cuyas calles son asesinados los testigos y donde yacen sus cuerpos muertos, “se llama simbólicamente Egipto.” De todas las naciones mencionadas en la historia de la Biblia, fué Egipto la que con más descaro negó la existencia del Dios vivo y se opuso á sus mandamientos. Ningún monarca se opuso con tanto descaro á la autoridad del cielo, como el Faraón de Egipto. Cuando se presentó Moisés ante él para comunicarle el mensaje del Señor, el Faraón contestó con arrogancia: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir á Israel? No conozco á Jehová, ni tampoco dejaré ir á Israel.”¹⁰ Esto es ateísmo; y la nación representada por Egipto iba á oponerse de un modo parecido á la voluntad del Dios vivo, y á dar pruebas del mismo espíritu de incredulidad y desconfianza. La “gran ciudad” es también comparada “simbólicamente” con Sodoma. La corrupción de Sodoma al quebrantar la ley de Dios fué puesta de manifiesto especialmente en la vida disoluta. Y este pecado iba á ser también rasgo característico de la nación que cumpliría lo que estaba predicho en la Escritura.

En conformidad con lo que dice el profeta, iba á suceder en aquel tiempo, poco antes del año 1798, que un poder de origen y carácter satánicos se levantaría haciendo guerra á la Biblia. Y en la tierra en que de aquella manera habían de ser obligados á callar los dos testigos de Dios, saltarían á la vista el ateísmo del Faraón y la disolución de Sodoma.

Esta profecía se cumplió de un modo muy preciso y terrible en la historia de Francia. Durante la Revolución, en 1793, “el mundo oyó por primera vez á toda una asamblea de hombres nacidos y educados en la civilización, y llamados á llevar las riendas del gobierno de una de las más admirables naciones europeas, levantar unánime voz para negar la verdad más solemne para las almas, renunciando de común

¹⁰ Éxodo 5:2.

acuerdo á la fe y á la adoración que se deben tributar á la Deidad.”²¹ “Francia ha sido la única nación del mundo que detiene el record de una nación erguida en rebelión contra el Autor del universo. Muchos blasfemos, muchos infieles hay y seguirá habiéndolos en Inglaterra, Alemania, España y en otras partes; pero Francia es la única nación en la historia del mundo, que por decreto de su asamblea legislativa, declaró que no hay Dios, lo cual llenó de regocijo á todos los habitantes de la capital, y á una gran mayoría en otros pueblos, cantando y bailando hombres y mujeres al aceptar el manifiesto.”²²

Francia presentó también los característicos que más distinguieron á Sodoma. Durante la Revolución manifestóse una condición moral tan degradada y corrompida que puede compararse con la que acarrió la destrucción de las ciudades de la llanura. Y el historiador presenta juntos el ateísmo y la prostitución de Francia, tal como nos los da la profecía: “Íntimamente relacionada con estas leyes que afectan la religión, se encontraba aquella que reducía la unión matrimonial — el contrato más sagrado que puedan hacer seres humanos, y cuya permanencia y estabilidad contribuye eficazísimamente á la consolidación de la sociedad — á un mero convenio civil de carácter transitorio, que dos personas cualesquiera podían celebrar ó deshacer á su antojo. . . . Si los demonios se hubieran propuesto inventar la manera más eficaz de destruir todo lo que existe de venerable, de bueno ó de permanente en la vida doméstica, con la seguridad á la vez de que el daño que intentaban hacer se perpetuaría de generación en generación, no habrían podido echar mano de un plan más adecuado que el de la degradación del matrimonio. . . . Sofía Arnoult, notable actriz que se distinguía por la agudeza de sus dichos, definió el casamiento republicano como ‘el sacramento del adulterio.’ ”²³

“En donde también el Señor de ellos fué crucificado.”
En Francia se cumplió también este rasgo de la profecía.

²¹ Scott, Sir Walter, “Life of Napoleon Buonaparte,”
Vol. I, cap. 17 (ed. 1854).

²² *Blackwood's Magazine*, noviembre, 1870. ²³ Scott, Vol. I, cap. 17.

En ningún otro país se había desarrollado tanto el espíritu de enemistad contra Cristo. En ninguno había hallado la verdad tan acerba y cruel oposición. En la persecución con que Francia afligió á los que profesaban el evangelio, crucificó también á Cristo en la persona de sus discípulos.

Siglo tras siglo la sangre de los santos había sido derramada. Mientras los valdenses sucumbían en las montañas del Piamonte "á causa de la Palabra de Dios y del testimonio de Jesús," otros testimonios semejantes en favor de la verdad eran dados por sus hermanos, los albigenses de Francia. En los días de la Reforma los discípulos de ésta habían sucumbido en medio de horribles tormentos. Reyes y nobles, mujeres de elevada alcurnia, delicadas doncellas, la flor y nata de la nación, se habían recreado viendo las agonías de los mártires de Jesús. Los valientes hugonotes en su lucha por los derechos más sagrados al corazón humano, habían derramado su sangre en muchos y rudos combates. Los protestantes eran considerados como fuera de la ley; sus cabezas eran puestas á precio y se les cazaba como á fieras.

La "iglesia en el desierto," es decir, los pocos descendientes de los antiguos cristianos que aun quedaban en Francia en el siglo dieciocho, escondidos en las montañas del sur, estaban aún apegados á la fe de sus padres. Cuando se arriesgaban á congregarse en las faldas de los montes ó en los páramos solitarios, eran cazados por los soldados y arrastrados á las galeras donde llevaban una vida de esclavos hasta su muerte. Á los más morales, más refinados é inteligentes de Francia se les encadenaba y torturaba horriblemente entre ladrones y asesinos." Otros podían darse por felices al ser muertos á sangre fría y á balazos, mientras que indefensos oraban de rodillas. Centenares de ancianos, y de mujeres indefensas también y de inocentes niños, quedaban tirados muertos en el mismo lugar donde se habían reunido para celebrar su culto. Al atravesar la falda del monte ó del bosque para acudir al punto en donde solían reunirse, no era raro hallar "á cada cuatro pasos, cadáveres que macu-

²⁴ Véase Wylie, l. 22, cap. 6.

laban la yerba ó que pendían de los árboles.” Su país yacía asolado por la espada, el hacha y la hoguera, y “se había convertido en vasto y sombrío yermo.” “Estas atrocidades no se cometieron en la edad media, sino en el siglo brillante de Luis XIV, en que se cultivaba la ciencia y florecían las letras; cuando los teólogos de la corte y de la capital eran hombres instruídos y elocuentes y que afectaban poseer las gracias de la mansedumbre y del amor.””

Pero lo más inicuo que se registra en el lóbrego catálogo de los crímenes, el más horrible de los actos diabólicos de aquella sucesión de siglos espantosos, fué la “matanza de San Bartolomé.” Todavía se extremece horrorizado el mundo al recordar las escenas de aquella carnicería, la más vil y alevosa que se registra. El rey de Francia instado por los sacerdotes y prelados de Roma sancionó tan espantoso crimen. El tañido de una campana, resonando á media noche, dió la señal del degüello. Millares de protestantes que dormían tranquilamente en sus casas, confiando en la palabra que les había dado el rey, asegurándoles protección, fueron arrastrados á la calle sin previo aviso y asesinados á sangre fría.

Así como Cristo era el jefe invisible de su pueblo cuando salió de la esclavitud de Egipto, así lo fué Satanás de sus súbditos cuando acometieron la tarea de multiplicar el número de los mártires. La matanza continuó en París por siete días, desplegándose en los tres primeros una furia indescripible. Y no fué limitada sólo á la ciudad sino que por decreto especial del rey se hizo extensiva á todas las provincias y pueblos donde había protestantes. No se respetaba edad ni sexo. No escapaba el inocente niño ni el anciano de canas. Nobles y campesinos, viejos y jóvenes, madres y niños, succumbían juntos. La matanza siguió en Francia por espacio de dos meses. Perecieron en ella setenta mil personas de la flor y nata de la nación.

“Cuando la noticia de la matanza llegó á Roma, el regocijo del clero no tuvo límites. El cardenal de Lorena premió al mensajero con mil duros; el cañón de San Angelo

” Wylie, l. 22, cap. 7.

tronó en alegres salvas; se oyeron las campanas de todas las tierras; innumerables fogatas convirtieron la noche en día; y Gregorio XIII acompañado de los cardenales y de otros dignatarios eclesiásticos, se encaminó en larga procesión hacia la iglesia de San Luis, donde el cardenal de Lorena cantó el *Te Deum*. . . . Se acuñó una medalla para conmemorar la matanza, y aun pueden verse en el Vaticano tres frescos de Vasari, representando la agresión al almirante, al rey en el concilio maquinando la matanza, y la matanza misma. Gregorio envió á Carlos la Rosa de Oro; y á los cuatro meses de la matanza, . . . escuchó complacido el sermón de un sacerdote francés, . . . que habló de 'ese día tan lleno de dicha y alegría, cuando el santísimo padre recibió la noticia y se encaminó hacia San Luis en solemne comitiva para dar gracias á Dios.' ” ”

El mismo espíritu que impulsó la matanza de San Bartolomé fué también el que dirigió en las escenas de la Revolución. Jesu-Cristo fué declarado impostor, y el grito de unión de los incrédulos franceses era: "Aplastad al miserable," lo cual decían refiriéndose á Cristo. Las blasfemias contra el cielo y las iniquidades más abominables se daban la mano, y al mismo tiempo eran exaltados á los mejores puestos los hombres más degradados y los más entregados al vicio y á la crueldad. En todo esto no se hacía más que dar homenaje á Satanás, mientras que Cristo en sus rasgos característicos de verdad, pureza y amor desprendido era crucificado.

"La bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, y prevalecerá contra ellos y los matará." El poder ateo que gobernó á Francia durante la Revolución y el reinado del terror, le hizo á Dios y á la Biblia una guerra como nunca la presenciara el mundo. El culto de la Deidad fué abolido por la asamblea nacional. Se recogían Biblias para quemarlas en las calles haciendo cuanta burla de ellas se podía. La ley de Dios fué pisoteada; las instituciones de la Biblia abolidas; el día del descanso semanal fué abandonado y en

²² White, H., "The Massacre of St. Bartholomew,"
cap. 14, pár. 34 (ed. 1871).

su lugar consagraban un día de cada diez á la orgía y á la blasfemia. El bautismo y la comunión quedaron prohibidos. Y en los sitios más á la vista de los cementerios se fijaron avisos en que se declaraba que la muerte era un sueño eterno.

El temor de Dios, decían, dista tanto de ser el principio de la sabiduría que más bien puede considerársele como principio de la locura. Quedó prohibida toda clase de culto religioso á excepción de los que se tributaban á la libertad y á la patria. El "obispo constitucional de París fué empujado á desempeñar el papel más importante en la farsa más desvergonzada que jamás fuera llevada á cabo ante una representación nacional. . . . Lo sacaron en pública procesión para que manifestase á la convención que la religión que él había enseñado por tantos años, era en todos respectos una tramoya del clero sin fundamento alguno en la historia ni en la verdad sagrada. Negó solemnemente y en los términos más explícitos la existencia de la Deidad á cuyo culto se había consagrado él y ofreció que en lo sucesivo se dedicaría á rendir homenaje á la libertad, la igualdad, la virtud y la moral. Colocó enseguida sobre una mesa sus ornamentos episcopales y recibió un abrazo fraternal del presidente de la convención. Varios sacerdotes apóstatas imitaron el ejemplo del prelado." "

"Y los que habitan sobre la tierra se regocijan sobre ellos, y hacen fiesta; y envían dones los unos á los otros; porque estos dos profetas atormentaron á los que habitan sobre la tierra." La Francia infiel había acallado las voces de reprensión de los testigos de Dios. La Palabra de verdad yacía muerta en sus calles y los que odiaban las restricciones y los preceptos de la ley de Dios estaban llenos de inmenso regocijo. Los hombres desafiaban públicamente al Rey de los cielos, y gritaban como los pecadores de la antigüedad: "¿Es posible que sepa Dios? ¿y podrá haber conocimiento de esto para con el Altísimo?" "

Uno de los sacerdotes del nuevo orden profiriendo terribles blasfemias, dijo: "¡Dios! si es cierto que existes, toma venganza de las injurias que se hacen á tu nombre. ¡Yo te

¹⁷ Scott, Vol. I, cap. 17.

¹⁸ Salmo 73:11.

desafío! Guardas silencio; no te atreves á descargar tus truenos. Entonces ¡quién va á creer que existes!”²⁰ ¡Qué eco tan fiel de la pregunta de Faraón: “¡Quién es Jehová, para que yo oiga su voz!” “No conozco á Jehová”!

“El insensato ha dicho en su corazón: ¡No hay Dios!”²¹ Y el Señor declara respecto de los que pervierten la verdad que “se hará manifiesta á todos su necedad.”²² Después que hubo renunciado al culto del Dios vivo, “el Alto y el Excelso que habita la eternidad,” cayó Francia al poco tiempo en una idolatría degradante rindiendo culto á la diosa de la razón en la persona de una mujer libertina. ¡Y esto en la cámara representativa de la nación y por medio de las autoridades legislativas y ejecutivas! Dice el historiador: “Una de las ceremonias de aquel tiempo de locura no tiene igual el día de hoy, por lo absurdo combinado con lo impío. Las puertas de la convención se abrieron de par en par para dar entrada á los músicos de la banda que precedía á los miembros del cuerpo municipal que entraron en solemne procesión, entonando un himno á la libertad y escoltando como objeto de su futura adoración á una mujer cubierta con un velo, y á la cual llamaban la diosa de la razón. Cuando llegó ésta al lugar que le estaba reservado, le fué quitado el velo con gran ceremonial, y se le dió asiento á la derecha del presidente, reconociendo todos ellos en ella á una bailarina de la ópera. . . . Á esta mujer rindió público homenaje la convención nacional de Francia, considerándola como la representación más perfecta de la razón que ellos veneraban.

“Esta momería sacrílega y ridícula estuvo de moda; y la instalación de la diosa de la razón fué imitada en algunas poblaciones del país que deseaban demostrar que se hallaban á la altura de la Revolución.”²³

El orador que introdujo el culto de la razón, se expresó en estos términos: “Legisladores, el fanatismo ha cedido su puesto á la razón; sus turbios ojos no han podido resistir al brillo de la luz. Un pueblo inmenso se ha trasladado hoy

²⁰ Laetelle, M. Ch., “Histoire de France pendant le dixhuitième siècle,” tomo XI, p. 309 (París, 1825).

²¹ Salmo 14:1.

²² 2 Timoteo 3:9.

²³ Scott, Vol. I, cap. 17.



Copyrighted

LA DIOSA LA RAZON

"La diosa . . . tomó asiento en una magnífica carroza que condujeron . . . hasta la catedral de Notre Dame."

á sus bóvedas góticas, que por vez primera han servido de eco á la verdad. Allí han celebrado los franceses el único culto verdadero: el de la libertad, el de la razón. Allí hemos hecho votos por la prosperidad de las armas de la República; allí hemos abandonado inanimados ídolos para seguir á la razón, á esta imagen animada, obra la más sublime de la naturaleza.”²³

Al ser presentada la diosa ante la convención, la tomó el orador de la mano y dirigiéndose á toda la asamblea, dijo: “Mortales, cesad de temblar ante los truenos impotentes de un Dios que vuestros temores crearon. No reconozcáis de hoy en adelante otra divinidad que la razón. Yo os presento su imagen más noble y pura; y, si habéis de tener ídolos, ofreced sacrificios solamente á los que sean como éste. . . . ¡Caiga ante el augusto senado de la libertad, el velo de la razón! . . .

“La diosa, después de haber sido abrazada por el presidente, tomó asiento en una magnífica carroza que condujeron por entre el inmenso gentío hasta la catedral de Notre Dame, en donde la colocaron en el lugar destinado á la deidad. La elevaron sobre el altar mayor y recibió la adoración de todos los que estaban presentes.”²⁴

Poco después de esto procedieron á quemar públicamente la Biblia. En cierta ocasión “La Sociedad popular del museo” entró en el salón municipal gritando: *¡Vive la Raison!* y llevando en la punta de un palo los fragmentos de varios libros que habían sacado de las llamas, quemados en parte, entre otros, breviarios, misales, y el Antiguo y Nuevo Testamentos que “expiaron en un gran fuego,” dijo el presidente, “todas las locuras en que por causa de ellos había incurrido la raza humana.”²⁵

El romanismo había principiado la obra que el ateísmo se encargaba de concluir. Á la política de Roma se debía la condición social, política y religiosa que empujaba á Francia hacia la ruina. Escritores dicen, refiriéndose á los horrores de la Revolución, que de esos excesos debe hacerse respon-

²³ Thiers, M. A., “Historia de la Revolución francesa,” cap. 29, (ed. de Barcelona, 1892, pp. 523, 524).

²⁴ Alison, Vol. I, cap. 10.

²⁵ *Journal de Paris*, 14 de nov. de 1793 (No. 318, p. 1279).

sable al trono y á la iglesia.²² En estricta justicia debieran atribuirse á la iglesia sólo. El romanismo había enconado los espíritus de los monarcas contra la Reforma, haciéndola aparecer como enemiga de la corona, como elemento de discordia que podía ser fatal á la paz y á la buena marcha de la nación. Fué el genio de Roma el que por este medio inspiró las espantosas crueldades y la acerbísima opresión que procedía del trono.

El espíritu de libertad acompañaba á la Biblia. En donde quiera que el evangelio era recibido, despertaba las inteligencias de los hombres. Estos empezaban por arrojar las cadenas que por tanto tiempo los habían tenido sujetos á la ignorancia, al vicio y á la superstición. Empezaban á pensar y á obrar como hombres. Los monarcas al ver esto temieron por la suerte de su despotismo.

Roma no fué tardía para inflamar los temores y los celos de los reyes. Decía el papa al regente de Francia en 1525: "Esta manía (el protestantismo) no sólo confundirá y acabará con la religión, sino hasta con los principados, con la nobleza, con las leyes, con el orden y hasta con las clases sociales."²³ Y pocos años después un nuncio papal le daba este aviso al rey: "Señor, no os engañéis. Los protestantes van á trastornar tanto el orden civil como el religioso. . . . El trono peligra tanto como el altar. . . . Al introducirse una nueva religión se introduce necesariamente un nuevo gobierno."²⁴ Y los teólogos apelaban á las preocupaciones del pueblo al declarar que las doctrinas protestantes "seducen á los hombres hacia las novedades y la locura; roban así al rey el afecto leal de sus súbditos y destruyen la iglesia y el estado al mismo tiempo." De ese modo logró Roma predisponer á Francia contra la Reforma. "Y la espada de la persecución se desenvainó por primera vez en Francia para sostener el trono, resguardar á los nobles y conservar las leyes."²⁵

Poco previeron los reyes cuán fatales iban á ser los re-

²² Véase el Apéndice. ²³ Félice, G. de, "Histoire des Protestants de France," l. 1, cap. 2, p. 8, p. 28 (Paris, 1861). ²⁴ D'Aubigné, "Histoire de la Réformation au temps de Calvin," l. 2, cap. 36, p. 419.

²⁵ Wylie, l. 13, cap. 4.

sultados de tan odiosa política. Las enseñanzas de la Biblia eran las que hubieran podido implantar en las mentes y en los corazones de los hombres aquellos principios de justicia, de templanza, de verdad, de equidad y de benevolencia, que son la piedra angular del edificio de la prosperidad de un pueblo. “La justicia ensalza á la nación.” Y con ella “se afirma el trono.”²⁰ “La operación de la justicia será la paz, y el resultado de la justicia, calma y confianza para siempre.”²¹ El que obedece las leyes divinas es el que mejor respetará y acatará las leyes de su país. El que teme á Dios honrará al rey en el ejercicio de su autoridad justa y legítima. Pero por desgracia Francia prohibió la Biblia y desterró á sus discípulos. Siglo tras siglo hubo hombres de principios é integridad, de gran inteligencia y de fuerza moral, que tuvieron valor para confesar sus convicciones y fe suficiente para sufrir por la verdad — siglo tras siglo estos hombres penaron como esclavos en las galeras, y pérecieron en la hoguera ó los dejaron que se pudrieran en tenebrosas é inmundas mazmorras. Miles y miles se pusieron en salvo huyendo; y así continuaron luchando durante doscientos cincuenta años después de iniciada la Reforma.

“Casi no hubo generación de franceses durante ese largo período de tiempo que no fuera testigo de la fuga de los discípulos del evangelio que huían para escapar de la furia de sus inicuos perseguidores, llevándose consigo su inteligencia, sus artes, su industria, y su carácter ordenado y en que sobresalían de un modo especial, viniendo á ser un valioso contingente para contribuir al bien de los países en donde encontraban refugio. Y á medida que enriquecían otros países con sus preciosos dones, despojaban al suyo propio. Si hubieran permanecido en Francia todos los que la abandonaron; si por espacio de trescientos años la pericia industrial de aquéllos hubiera sido empleada en cultivar el suelo de su país, en hacer progresar las manufacturas; si durante estos trescientos años el genio creador de los mismos, junto con su poder analítico, hubiera seguido enriqueciendo la literatura

²⁰ Proverbios 14:34; 16:12.

²¹ Isaías 32:17.

y cultivando las ciencias de Francia; si hubiera sido dedicada la sabiduría de tan nobles hijos para dirigir sus asambleas, su valor para pelear sus batallas, y su equidad para formular las leyes, y la religión de la Biblia para robustecer la inteligencia y para dirigir las conciencias del pueblo, ¡qué inmensa gloria no hubiera sido la de Francia en el día de hoy! ¡Qué grande, qué próspero y qué dichoso país no sería! . . . ¡Toda una nación modelo!

“Pero un fanatismo ciego é inexorable echó de su suelo á todos los que enseñaban la virtud, á los campeones del orden y á los honrados defensores del trono; esto era decir á los que hubieran podido dar á su país ‘renombre y gloria:’ Escoged entre la hoguera ó el destierro. Al fin la ruina del estado fué completa; ya no quedaba en el país conciencia que proscribir, religión que arrastrar á la hoguera ni patriotismo que desterrar.”²² Todo lo cual dió por resultado la Revolución con sus horrores.

“Con la huída de los hugonotes quedó Francia sumida en general decadencia. Florecientes ciudades manufactureras quedaron arruinadas; los distritos más fértiles volvieron á quedar baldíos, el entorpecimiento intelectual y el decaimiento de la moralidad sucedieron al notable progreso que había sido alcanzado ya. París quedó convertido en un vasto asilo: asegúrase que al estallar la Revolución doscientas mil personas que se hallaban en la indigencia solicitaban el socorro del rey. Solos los jesuítas prosperaban en la nación decaída, y gobernaban con infame tiranía sobre las iglesias y las escuelas, las cárceles y las galeras.”

El evangelio hubiera podido dar á Francia la solución de estos problemas políticos y sociales que frustraron los propósitos de su clero, de su rey y de sus gobernantes, y que finalmente arrastraron á la nación entera á la anarquía y á la ruina. Pero bajo el dominio de Roma el pueblo había perdido las benditas lecciones que de sacrificio y de amor les diera el Salvador. Todos se habían apartado de la práctica de la abnegación en beneficio de los demás. Los ricos no tenían quien los reprendiera por la opresión con que trataban

²² Wylie, l. 13, cap. 20.

á los pobres, y á éstos nadie los aliviaba de su degradación y de su servilismo. El egoísmo de los ricos y de los poderosos se hacía más y más manifiesto y avasallador. Por varios siglos los aldeanos fueron víctimas del libertinaje y de la ambición de los nobles, que los atormentaban de una manera horrible. El rico perjudicaba al pobre y éste odiaba al rico.

En muchas provincias sucedía que los nobles eran dueños del suelo y los de las clases trabajadoras simples arrendatarios; y de este modo, el pobre estaba á merced del rico, y se veía obligado á someterse á sus exorbitantes exigencias. La carga del sostenimiento de la iglesia y del estado fué echada sobre los hombros de las clases media y baja del pueblo, las cuales eran recargadas con tributos por las autoridades civiles y por el clero. “El capricho de los nobles era considerado como ley suprema; y que el labriego y el campesino pereciesen de hambre no era para conmover á sus opresores. . . . El pueblo estaba obligado por turno á velar exclusivamente por los intereses del propietario. Los agricultores llevaban una vida de trabajo duro y continuo, y de una miseria sin alivio; y si alguna vez osaban quejarse se les trataba con insolente desprecio. En las cortes de justicia siempre se iba á favor del noble y en contra del campesino; los jueces aceptaban sin escrúpulo el cohecho; y cualquier capricho de la aristocracia era sancionado por la ley, en virtud de este sistema de corrupción universal. De los impuestos exigidos á la comunidad por los magnates seculares y por el clero, no llegaba ni la mitad al tesoro del reino, ni al arca episcopal, pues la mayor parte de lo colectado lá empleaban los recaudadores en la disipación y en francachelas. Y los que de esta manera despojaban á sus consúbditos estaban libres de impuestos y con derecho por la ley ó por la costumbre á ocupar los empleos todos del gobierno. La clase privilegiada consistía de ciento cincuenta mil personas, y para regalar á esta gente se condenaba á millones de seres á una vida de degradación irremediable.”²²

La corte estaba completamente entregada á la lujuria y al libertinaje. El pueblo y sus gobernantes se veían con

²² Véase el Apéndice.

desconfianza. Se sospechaba de todas las medidas que dictaba el gobierno, porque se le consideraba intrigante y egoísta. Por más de medio siglo antes de la Revolución, ocupó el trono Luis XV, quien aun en aquellos tiempos corrompidos sobresalió en su frivolidad, su indolencia y su lujuria. Al observar aquella depravada y eruel aristocracia y la clase humilde sumergida en la ignorancia y en la miseria, al estado en plena crisis financiera y al pueblo exasperado, no se necesitaba tener ojo de profeta para ver de antemano una inminente insurrección. Á las amonestaciones que le daban sus consejeros, solía contestar el rey: "Procurad que todo siga así mientras yo viva; después de mi muerte, suceda lo que quiera." En vano se le hizo ver la necesidad que había de una reforma. Bien comprendía él el mal estado de las cosas, pero no tenía ni valor ni poder suficiente para remediarlo. Con acierto describió él la suerte de Francia con su respuesta tan egoísta como indolente: "¡Después de mí el diluvio!"

Valiéndose Roma de la ambición de los reyes y de las clases dominantes, ejerció su influencia para sujetar al pueblo en la esclavitud, comprendiendo que de ese modo el estado se debilitaría y ella podría dominar completamente gobiernos y súbditos. Por medio de su astuta política advirtió que, para tener un perfecto dominio sobre los hombres necesitaba subyugar sus almas y que el medio más seguro para evitar que se le escapasen de su dominio era convertirlos en seres improprios para la libertad. Mil veces más terrible que el padecimiento físico que resultó de su política, fué la degradación moral que prevaleció en todas partes. Despojado el pueblo de la Biblia y sin más enseñanzas que la del fanatismo y la del egoísmo, quedó pronto sumido en la ignorancia y en la superstición y tan degradado por los vicios que resultaba incapaz de gobernarse por sí solo.

Empero los resultados fueron muy diferentes de lo que Roma había supuesto. En vez de que las masas se sujetaran ciegameute á sus dogmas, su obra dió por resultado que el pueblo se convirtiera en infiel y revolucionario; odiaba éste al romanismo y al sacerdocio á quien consideraba como á

tino de sus opresores. El único Dios que el pueblo conocía era el de Roma, y la enseñanza de ésta su única religión. Consideraba como fruto legítimo de las enseñanzas de la Biblia la crueldad y la iniquidad de Roma, y no quería ni oírlo mencionar.

Roma había dado á los hombres falsa idea del carácter de Dios, cuyas doctrinas había pervertido; y en consecuencia, el pueblo despreciaba la Biblia y á su Autor. Roma había exigido que se creyese ciegamente en sus dogmas alegando que así estaba ordenado en las Escrituras. En la época de la reacción, Voltaire y sus compañeros rechazaron en absoluto la Palabra de Dios é hicieron cundir por todas partes el veneno de la incredulidad. Roma había pisado al pueblo con su pie de hierro, y las masas degradadas y embrutecidas, al sublevarse contra tamaña tiranía, desconocieron toda sujeción. Estas mismas masas se enfurecieron al ver que por mucho tiempo habían rendido homenaje á tan descarados embustes y rechazaron la verdad juntamente con la mentira; confundieron la libertad con el libertinaje y esclavos como lo eran del vicio, se consideraron felices con una libertad imaginaria.

Al estallar la Revolución el pueblo obtuvo por concesión del rey el ser representado en la asamblea nacional por un número de delegados superior al del clero y al de los nobles juntos. Era pues el pueblo dueño de la situación; pero no estaba preparado para hacer uso de este privilegio con sabiduría y moderación. Ansioso de reparar los agravios que había sufrido, determinó reconstituir la sociedad. Un populacho encolerizado que guardaba en su memoria el recuerdo de tantos sufrimientos, resolvió levantarse contra aquel estado de miseria que había venido ya á ser insoporable, y tomar venganza de aquellos á quienes consideraba como responsables de sus padecimientos. Los oprimidos, poniendo en práctica las lecciones que habían aprendido cuando estuvieron bajo el yugo de los tiranos, se convirtieron en opresores de los mismos que antes les habían oprimido.

La desdichada Francia recogió con sangre lo que había

sembrado. Terribles fueron las consecuencias de su sumisión al poder avasallador de Roma. Allí donde Francia, impulsada por el papismo, prendiera la primera hoguera en los comienzos de la Reforma, allí también la Revolución levantó su primera guillotina. En el mismo sitio en que murieron quemados los primeros mártires del protestantismo en el siglo XVI, fueron precisamente decapitadas las primeras víctimas en el siglo XVIII. Al rechazar Francia el evangelio que le brindaba bienestar, franqueó las puertas á la incredulidad y á la ruina. Menospreciadas las ordenanzas de la ley de Dios, se echó de ver que las leyes humanas no tenían fuerza alguna para contener las pasiones, y la nación fué arrastrada á la rebeldía y á la anarquía. La guerra contra la Biblia inició una era conocida en la historia por "El reinado del terror." La paz y la dicha se ahuyentaron de todos los hogares y de todos los corazones. Nadie tenía la vida segura. El que triunfaba hoy mañana era considerado como sospechoso y lo condenaban á muerte. Violencia y lujuria dominaban sin disputa.

El rey, el clero y la nobleza, tuvieron que someterse á las atrocidades de un pueblo excitado y frenético. Su sed de venganza subió de punto cuando el rey fué ejecutado, y los mismos que decretaron su muerte le siguieron bien pronto al cadalso. Se determinó matar á todo aquel que apareciese como sospechoso ú hostil á la Revolución. Las cárceles se llenaron hallándose en cierta ocasión dentro de sus muros más de doscientos mil presos. En las ciudades del reino se registraron crímenes horribles. Se levantaba un partido revolucionario contra otro, y Francia quedó convertida en inmenso campo de batalla donde las luchas eran inspiradas y dirigidas por las violencias y las pasiones. "En París sucedíanse los tumultos uno á otro y los ciudadanos divididos en diversos partidos, no parecían llevar otra mira que el exterminio mutuo." Y para agravar más aun la miseria general, la nación entera se vió envuelta en prolongada y devastadora guerra con las mayores potencias de Europa. "El país estaba casi en bancarrota, el ejército reclamaba pagos

atrasados, los parisienses se morían de hambre, las provincias habían sido puestas á sacco por los bandidos y la civilización había desaparecido casi por completo en la anarquía y la licencia.”

Harto bien había aprendido el pueblo las lecciones de crueldad y de tormento que con tanta diligencia Roma le enseñara. Al fin había llegado el día de la venganza. Ya no eran los discípulos de Jesús los que eran arrojados á las mazmorras ó á la hoguera. Tiempo hacía ya que éstos habían perecido ó que se hallaban en el destierro; la desapiadada Roma sentía ya el poder mortífero de aquellos á quienes ella había enseñado á deleitarse en la perpetración de crímenes sangrientos. “El ejemplo de persecución que había dado el clero de Francia durante varios siglos se volvía contra él con señalado vigor. Los cadalsos se teñían con la sangre de los sacerdotes. Las galeras y las prisiones en donde antes se confinaba á los hugonotes, se hallaban ahora llenas de los perseguidores de ellos. Sujetos con cadenas al banquillo del buque y trabajando duramente con los remos, el clero católico romano experimentaba los tormentos que antes con tanta prodigalidad infligiera su iglesia sobre los mansos herejes.”*

“Llegó entonces el día en que el código más bárbaro que jamás se haya conocido fué puesto en vigor por el tribunal más bárbaro que se hubiera visto hasta entonces; día aquél en que nadie podía saludar á sus vecinos, ni á nadie se le permitía que hiciese oración . . . so pena de incurrir en el peligro de cometer un crimen digno de muerte; en que los espías acechaban en cada esquina; en que la guillotina no cesaba en su tarea día tras día; en que las cárceles estaban tan llenas de presos que más parecían galeras de esclavos; y en que las acequias corrían al Sena llevando en sus raudales la sangre de las víctimas. . . . Mientras que en París se llevaban cada día al suplicio carros repletos de sentenciados á muerte, los procónsules que eran enviados por el comité supremo á los departamentos desplegaban tal espantosa crueldad que ni aun en la misma capital se veía cosa semejante. La cuchilla de la máquina infernal no daba abasto á la tarea de matar

* Véase el Apéndice.

gente. Largas filas de cautivos sucumbían bajo las descargas graneadas de fusilería. Se hacían intencionalmente horadaciones en los pequeños barcos sobrecargados de cautivos. Lyon se había convertido en desierto. En Arrás ni aun se concedía á los presos la cruel misericordia de una muerte pronta. Por toda la ribera del Loira, río abajo desde Saumur al mar, se veían grandes bandadas de cuervos y milanos que devoraban los cadáveres desnudos que yacían unidos en abrazos horrendos y repugnantes. No se hacía cuartel ni á sexo ni á edad. El número de muchachos y doncellas menores de diez y siete años que fueron asesinados por orden de aquel execrable gobierno se cuenta por centenares. Pequeñuelos arrebatados del regazo de sus madres eran ensartados de pica en pica entre las filas jacobinas.”²⁵ En el corto espacio de diez años perecieron multitudes de seres humanos.

Todo esto era del agrado de Satanás. Con este fin había estado trabajando desde hacía muchos siglos. Su política es el engaño desde el principio hasta el fin, y su firme intento es acarrear sobre los hombres el dolor y la miseria, desfigurar y corromper la obra de Dios, estorbar sus planes divinos de benevolencia y amor, y de esta manera contristar al cielo. Confunde con sus artimañas las mentes de los hombres y hace que éstos achaquen aquella misma obra á Dios como si toda esta miseria fuera resultado de los planes del Creador. De igual modo, cuando los que han sido degradados y embrutecidos por su cruel dominio, alcanzan su libertad, él los impulsa al crimen y á los excesos y á las atrocidades. Y después de todo esto los tiranos y los opresores se valen de semejantes cuadros del libertinaje para ilustrar las consecuencias que da la libertad.

Cuando el error ha sido descubierto de un modo, Satanás lo disfraza de otro, y la gente lo saluda con el mismo entusiasmo con que lo acogió primero. Cuando el pueblo descubrió que el romanismo era un engaño, y que él Satanás, no podía conseguir más por ese medio que se violase la ley de Dios, entonces optó por hacerle creer que todas las religiones eran engañosas y la Biblia una fábula; y en tal virtud, arro-

²⁵ Véase el Apéndice.

jando lejos de sí los estatutos divinos se entregó á una vida desenfrenada.

El error fatal que ocasionó tantos males á los habitantes de Francia fué el ningún conocimiento de esta gran verdad: que la libertad bien entendida está basada en los mandamientos de la ley de Dios. “¡Oh si hubieras escuchado mis mandamientos! entonces tu paz habría sido como un río, y tu justicia como las olas del mar.” “Mas no hay paz, dice Jehová, para los inicuos.” “Aquel emperó que me oyere á mí, habitará seguro, y estará tranquilo, sin temor de mal.”²⁶

Los ateos, los incrédulos y los apóstatas se oponen abiertamente á la ley de Dios; pero los resultados de su influencia prueban que el bienestar del hombre depende de la obediencia á los estatutos divinos. Los que no quieran leer esta lección en el libro de Dios, tendrán que leerla en la historia de las naciones.

Cuando Satanás intentó desviar de la obediencia á Dios, á los hombres, por medio de la iglesia papal, nadie sospechaba quiénes fueran sus agentes y su obra estaba tan bien disfrazada que nadie comprendió que la miseria que de ella resultó fuera fruto de la transgresión. La obra del Espíritu de Dios pudo aniquilar su poder con tal fuerza, que sus planes no llegaron á desarrollarse hasta su consumación. La gente no supo remontar del efecto á la causa ni descubrir el origen de tanta desgracia. Pero en la Revolución la asamblea nacional rechazó de plano la ley de Dios, y durante el reinado del terror que se siguió, todos pudieron ver cuál era el fondo y la causa de todas las desgracias.

Cuando Francia desechó á Dios y descartó la Biblia públicamente, hubo impíos y espíritus de las tinieblas que se llenaron de júbilo por haber logrado al fin el objeto que por tanto tiempo se habían propuesto — un reino libre de las restricciones de la ley de Dios. “Y porque no era pronto castigada la obra mala, el corazón de los hijos de los hombres estaba “plenamente resuelto á hacer el mal.”²⁷ Empero la transgresión de una ley justa y recta debía traer inevitablemente como consecuencia la miseria y el desastre.

²⁶ Isaías 48:18, 22; Proverbios 1:33.

²⁷ Eclesiastés 8:11-13.

Si bien es verdad que no vino el juicio inmediatamente sobre ellos, sin embargo, estaban éstos labrando su ruina segura. Siglos de apostasía y de crimen iban acumulando la ira para el día de la retribución; y cuando llegaron al colmo de la iniquidad comprendieron los menospreciadores de Dios cuán terrible es abusar de la paciencia divina hasta agotarla. Habían prescindido del poder restrictivo del Espíritu de Dios que hubiera sido el único capaz de tener en jaque al espíritu del poder cruel de Satanás y en su lugar imperaba aquel que se deleita y se goza en los sufrimientos de la humanidad. Los que habían preferido servir á la rebelión cosechaban ya los frutos de ella que eran tantos y tan horribles que la pluma se resiste á describirlos. De las provincias asoladas y de las ciudades arruinadas, levantábase el grito terrible de desesperación — grito de angustia indescriptible. Francia se estremecía como sacudida por un terremoto. La religión, la ley, la sociedad, el orden, la familia, el estado, y la iglesia — todo había sufrido el rudo golpe descargado por la mano impía que se levantara amenazante contra la ley de Dios. Bien dijo el sabio: “Por su misma maldad caerá el hombre malo.” “Pero aunque el pecador haga mal cien veces, y con todo se le prolonguen los días, sin embargo yo ciertamente sé que les irá bien á los que temen á Dios, por lo mismo que temen delante de él. Al hombre malo empero no le irá bien.” “Por cuanto aborrecieron la ciencia, y no escogieron el temor de Jehová; . . . por tanto comerán del fruto de su mismo camino, y se hartarán de sus propios consejos.”²⁸

No habrían de permanecer por más tiempo en silencio los fieles testigos de Dios que habían sucumbido bajo el poder blasfemo “que sube del abismo.” “Después de los tres días y medio, el espíritu de vida, venido de Dios, entró en ellos, y se levantaron sobre sus pies: y cayó gran temor sobre los que lo vieron.”²⁹ En el año de 1793 se expidieron en la cámara francesa los decretos que abolían la religión cristiana y desechaban la Biblia. Y tres años y medio después este mismo cuerpo legislativo adoptó una resolución invalidando esos

²⁸ Proverbios 1:29, 31.

²⁹ Apocalipsis 11:11.

decretos y concediendo la tolerancia á las Sagradas Escrituras. El mundo contempló estupefacto los terribles resultados de haber despreciado los Oráculos Sagrados y llegó á convencerse plenamente de que la fe en Dios y en su Palabra son la base de la virtud y de la moralidad. Dice el Señor: “¿Á quién has vituperado, y blasfemado? ¿y contra quién has alzado la voz y levantado en alto tus ojos? ¿contra el Santo de Israel!” “Por tanto, he aquí que á Israel yo le haré saber esto; en esta vez les haré conocer mi mano y mi poder; y conocerán que mi nombre es Jehová.”⁴¹

El profeta hablando de los dos testigos, dice además: “Y oyeron ellos una gran voz procedente del cielo, que les decía: ¡Subid acá! Y subieron al cielo en una nube, viéndolos sus enemigos.”⁴² Estos dos testigos de Dios fueron honrados más que nunca desde que Francia les declarara la guerra. En el año 1804 se organizó la Sociedad bíblica británica y extranjera. Este hecho fué seguido de otros semejantes en otras partes de Europa donde se organizaron sociedades similares con numerosas ramas esparcidas por muchas partes del continente. En el año de 1816 fué fundada la Sociedad bíblica americana. Cuando la fundación de la Sociedad británica ya la Biblia había circulado en cincuenta idiomas. Y desde entonces ha sido traducida á más de cuatrocientos idiomas y dialectos.⁴³

Durante los cincuenta años que precedieron el de 1792, se daba muy escasa importancia á la obra de las misiones en el extranjero. No se fundaron sociedades nuevas, siendo muy pocas las iglesias que se esforzaban en extender el evangelio en los países paganos. Pero en las postrimerías del siglo XVIII se operó un cambio notable. Los hombres comenzaron á sentirse descontentos con los resultados del racionalismo y comprendieron la gran necesidad que tenían de la revelación divina y de la experiencia religiosa. Desde entonces la obra de misiones en el extranjero se extendió rápidamente.⁴⁴

⁴¹ *Isaías* 37:23.

⁴² *Jeremías* 16:21.

⁴³ *Apocalipsis* 11:12.

⁴⁴ Véase el Apéndice.

Los adelantos de la imprenta dieron notable impulso á la circulación de la Biblia. El incremento de los medios de comunicación que existen ya entre los diferentes países, la supresión de las barreras de la preocupación y del exclusivismo nacional, y la pérdida del dominio temporal del pontífice de Roma, han ido abriéndole paso á la Palabra de Dios. Hace ya muchos años que la Biblia se vende en las calles de Roma sin que haya quien lo impida, y en el día de hoy ha sido llevada á todas las partes del mundo habitado.

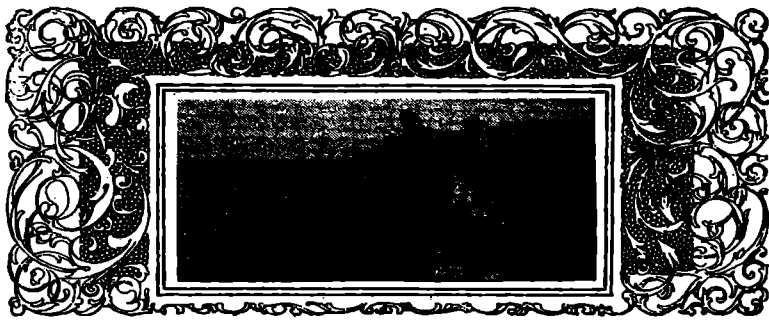
El incrédulo Voltaire dijo con arrogancia en cierta ocasión: "Estoy cansado de oír de continuo que doce hombres establecieron la religión cristiana. Yo he de probar que un solo hombre basta para destruirla." Hace ya un siglo que Voltaire murió y millones de hombres han secundado su obra de propaganda contra la Biblia, pero con tan mala suerte, que lejos de agotarse la circulación del precioso libro, allí donde había cien ejemplares en tiempo de Voltaire hay diez mil hoy día, por no decir cien mil. Según se expresa uno de los primitivos reformadores hablando de la iglesia cristiana: "La Biblia es un yunque sobre el cual se han gastado muchos martillos." Ya había dicho el Señor: "Ninguna arma forjada contra ti tendrá éxito; y á toda lengua que en juicio se levantara contra ti condenarás." "

"¡La Palabra de nuestro Dios permanece para siempre!" "Seguros son todos sus preceptos; establecidos para siempre jamás, hechos en verdad y en rectitud." " Lo que fuere edificado sobre la autoridad de los hombres será derribado; mas lo que lo fuere sobre la roca inamovible de la Palabra de Dios, permanecerá para siempre.

" Isaías 54:17.

" Isaías 40:8; Salmo 111:7, 8.





LOS PADRES PEREGRINOS—17

Los reformadores ingleses no obstante haber renunciado al romanismo, conservaron muchas de sus formas. De manera que aunque habían rechazado la autoridad y el credo de Roma, no pocas de sus costumbres y ceremonias fueron incorporadas en el ritual de la iglesia de Inglaterra. Al obrar así se pretendía que estas cosas no eran asuntos de conciencia; que por más que no estaban ordenadas en las Santas Escrituras, y por lo mismo no eran necesarias, sin embargo como tampoco estaban prohibidas no podían ser reputadas por malas. Por la observancia de esas prácticas se hacía menos notable la diferencia que separaba de Roma á las iglesias reformadas y se procuraba á la vez promover con más esperanzas de éxito la aceptación del protestantismo entre los romanistas.

Para los conservadores y los partidarios de un compromiso, estos argumentos eran decisivos. Empero había otros que no lo pensaban así. El mero hecho de que semejantes prácticas “tendían á colmar la sima existente entre Roma y la Reforma,”¹ era para ellos argumento terminante contra la conservación de las mismas. Las consideraban como símbolos de la esclavitud de que habían sido libertados y á la cual no tenían ganas de volver. Argüían que Dios en su Palabra no tiene establecidas reglas para su culto y que los hombres no tienen derecho para quitar ni añadir otras más. El verdadero principio de la gran apostasía consistió precisamente en que pretendieron suplir la autoridad de Dios con la de la

¹ Martyn, Vol. V, p. 22.

iglesia. Roma había comenzado por ordenar cosas que Dios no había prohibido, y acabó por prohibir lo que él había explícitamente ordenado.

Muchos deseaban ardientemente volver á la pureza y sencillez que caracterizaban á la iglesia primitiva. Consideraban muchas de las costumbres arraigadas en la iglesia de Inglaterra como monumentos de idolatría y no podían en conciencia unirse á dicha iglesia en su culto; pero como la iglesia estaba sostenida por el poder civil no consentía que nadie sustentara opiniones diferentes en asunto de formas. La asistencia á los cultos era requerida por la ley, y no podían celebrarse sin licencia asambleas religiosas de otra naturaleza, so pena de prisión, destierro ó muerte.

Á principios del siglo XVII el monarca que acababa de subir al trono de Inglaterra declaró que estaba resuelto á hacer que los puritanos "se conformaran, ó de lo contrario . . . que fueran expulsados del país, ó tratados todavía peor."² Acechados, perseguidos, presos, no esperaban mejores días para lo por venir y muchos se convencieron de que para los que deseaban servir á Dios según el dictado de sus conciencias, "Inglaterra había dejado de ser un lugar de residencia."³ Finalmente algunos determinaron refugiarse en Holanda. Á fin de lograrlo tuvieron que sufrir pérdidas, cárceles y mil dificultades. Frustrábanse sus planes y eran entregados en manos de sus enemigos. Pero al fin triunfó su firme perseverancia y encontraron refugio en las playas hospitalarias de la República holandesa.

En su fuga habían tenido que abandonar sus casas, sus bienes y sus medios de subsistencia. Vinieron á ser extranjeros en tierra extraña, entre gente de costumbres y de lengua diferentes de las de ellos. Se vieron obligados á ocuparse en trabajos desconocidos hasta entonces para ellos, á fin de ganarse el pan de cada día. Los hombres de mediana edad que se habían ocupado durante toda su vida en labrar la tierra, se vieron en la necesidad de aprender oficios me-

² Bancroft, Jorge, "History of the United States of America," Parte I, cap. 12, pág. 6.

³ Palfrey, J. G., "History of New England," cap. 3, pág. 43.

cánicos. Pero no obstante se acomodaron con gozo á la situación y no perdieron tiempo en la ociosidad ni en quejas inútiles. En medio de la extrema pobreza en que con frecuencia se veían, daban gracias á Dios por las bendiciones que les concedía, regocijándose de poder tener comunión espiritual sin que se les molestara. “Comprendían que eran peregrinos y no se preocupaban mucho por aquellas cosas; al contrario, levantaban su vista al cielo, su anhelada patria, y encontraban consuelo en sus corazones.”⁴

Aunque vivían en el destierro y en medio de contratiempos, crecían su amor y su fe; confiaban en las promesas del Señor, el cual no los olvidó en el tiempo de la prueba. Sus ángeles estaban á su derredor para animarlos y sostenerlos. Y cuando les pareció ver la mano de Dios señalándoles hacia más allá del mar, una tierra en donde podrían fundar un estado, y dejar en él á sus hijos el precioso legado de la libertad religiosa, allá se dirigieron sin miedo por el camino que la Providencia les indicaba.

Dios había permitido que viniesen pruebas sobre su pueblo con el fin de habilitarlo para la realización de los planes misericordiosos que él tenía preparados para ellos. La iglesia había sido humillada para ser después ensalzada. Dios iba á manifestar su poder en ella é iba á dar al mundo otra prueba de que él no abandona á los que en él confían. Él había dirigido los acontecimientos para provocar la ira de Satanás y se valió de la conspiración de los malvados para aumentar su gloria y llevar á su pueblo á un lugar seguro. La persecución y el destierro abrieron el camino de la libertad.

En cuanto se vieron obligados á separarse de la iglesia anglicana los puritanos se unieron en solemne pacto como pueblo libre del Señor para “andar juntos en todos sus caminos que les había hecho conocer, ó en los que él les notificase.”⁵ En esto se hallaba el verdadero espíritu de la Reforma; el principio esencial del protestantismo. Con ese fin partieron los peregrinos de Holanda buscando un hogar en el Nuevo Mundo. Juan Robinson, su pastor, á quien la Provi-

⁴ Bancroft, Parte I, cap. 12, pár. 15.

⁵ Brown, J., “The Pilgrim Fathers,” p. 74.

dencia impidió que les acompañase, díjoles en su discurso de despedida :

“Hermanos: Dentro de muy poco tiempo vamos á separarnos y sólo el Señor sabe si vivirá para volver á ver vuestros rostros; pero sea cual fuere lo que el Señor disponga, yo os encomiendo á él y os exhorto ante Dios y sus santos ángeles á que no me sigáis más allá de lo que yo he seguido á Cristo. Si Dios quiere revelaros algo por medio de alguno de sus instrumentos, estad prontos á recibirlo como lo estuvisteis para recibir la verdad por medio de mi ministerio; pues seguro estoy de que el Señor tiene más verdades y más luces que sacar de su Santa Palabra.”*

“Por mi parte, no puedo deplorar lo bastante la triste condición de las iglesias reformadas que han llegado á cierto grado de desarrollo y que no quieren ir por ahora más allá de lo que fueron los promotores de la Reforma que ellos abrazaron. No se puede hacer ir á los luteranos más allá de lo que Lutero vió; . . . y á los calvinistas ya los veis manteniéndose con tenacidad en el punto en que los dejó el gran siervo de Dios que no lo logró ver todo. Es ésta una desgracia por demás digna de lamentar; pues por más luces que ardieran y brillaran en aquellos días, sin embargo, no llegaron dichos cristianos á penetrar todos los planes de Dios, pero si vivieran hoy día estarían listos para recibir aun más luz como lo estuvieron para aceptar la primera que les fué dispensada.”†

“Recordad el pacto de vuestra iglesia en el que os comprometisteis á andar en todos los caminos que el Señor os ha dado ú os diere á conocer. Recordad vuestra promesa y vuestra alianza hecha con Dios y que hicisteis unos con otros de recibir cualquier verdad y luz que se os muestre en su Palabra escrita. Pero, con todo, tened cuidado, os ruego, de ver qué es lo que aceptáis como verdad. Examinadlo, consideradlo, y comparad con otros pasajes, antes de aceptarlo como verdad; porque no es posible que el mundo cristiano después he haber permanecido por tanto tiempo en la obscuridad,

* Martyn, Vol. V, p. 70.

† Neal, D., “History of the Puritans,” Vol. I, p. 269.

obtenga de pronto un conocimiento perfecto en todas las cosas.”*

El deseo de la libertad de conciencia fué lo que dió valor á los peregrinos para exponerse á los peligros de un viaje á través del mar, para soportar las privaciones y riesgos de las soledades selváticas y con la ayuda de Dios poner los cimientos de una gran nación en las playas de América. Y sin embargo, honrados y temerosos de Dios como lo eran los peregrinos, desconocieron el gran principio de la libertad religiosa, y aquella libertad por cuya consecución se impusieran tantos sacrificios, no estaban muy dispuestos á concederla á otros. “Muy pocos aun entre los más distinguidos pensadores y moralistas del siglo XVII se formaron justa idea de ese gran principio, la esencia del Nuevo Testamento, que reconoce á Dios como único juez de la fe humana.”⁹ La doctrina que sostiene que Dios ha concedido á la iglesia el derecho de intervención en la conciencia y de definir y castigar la herejía, es uno de los errores más arraigados en el papismo. Á la vez que los reformadores rechazaban el credo de Roma, no estaban ellos mismos libres por completo del espíritu de intolerancia de ella. Las densas tinieblas en que, al través de los interminables siglos de su dominio, el papado había envuelto á la cristiandad, no se habían disipado del todo. En cierta ocasión dijo uno de los principales ministros de la colonia de la Bahía de Massachusetts: “La tolerancia fué la que hizo anticristiano al mundo. La iglesia no se perjudica jamás castigando á los herejes.”¹⁰ Los colonos acordaron que solamente los miembros de la iglesia tendrían voz en el gobierno civil. Organizóse una especie de iglesia de estado, siendo el deber del pueblo contribuir para el sostén del ministerio, y teniendo los magistrados amplios poderes para suprimir la herejía. De esa manera el poder secular quedaba en manos de la iglesia, pero no se hizo esperar mucho el resultado inevitable de semejantes medidas: la persecución.

Once años después de haber sido fundada la primera colonia, llegó Rogerio Williams al Nuevo Mundo. Á semejanza

* Martyn, Vol. V, pp. 70, 71.

⁹ *Idem*, p. 297.

¹⁰ *Idem*, p. 335.

de los primeros peregrinos, vino ansiando disfrutar de la libertad religiosa que gozaban ellos, pero de ellos se diferenciaba en que él vió lo que pocos de sus contemporáneos habían visto, que esa libertad es derecho inalienable de todos, cualquiera que fuera su credo. Investigó diligentemente la verdad, pensando como Robinson, que no era posible que hubiese sido recibida ya toda la luz que de la Palabra de Dios dimana. Williams "fué la primera persona del cristianismo moderno que estableció el gobierno civil de acuerdo con la doctrina de la libertad de conciencia, y la igualdad de opiniones ante la ley."¹¹ Sostuvo que era deber de los magistrados restringir el crimen mas nunca intervenir en la conciencia. "El público ó los magistrados," decía él, "pueden fallar en lo que atañe á lo que los hombres se deben unos á otros, pero cuando tratan de señalar á los hombres las obligaciones para con Dios, obran fuera de su lugar y no puede haber seguridad alguna, pues claro está que si el magistrado tiene tal facultad, bien puede decretar hoy una opinión y mañana otra contraria, tal como lo hicieron en Inglaterra varios reyes y reinas, y en la iglesia romana los papas y los concilios, á tal extremo que la religión se ha convertido en una completa confusión."¹²

Se impuso como obligatoria la asistencia á los cultos so pena de multa ó de encarcelamiento. "Williams reprobó tal ley; la más impropia cláusula del código inglés, era aquella en la que se obligaba á todos á asistir á la iglesia parroquial. Obligar á hombres de diferente credo á unirse entre sí, decía él que era una flagrante violación de los derechos naturales del hombre; forzar á concurrir á los cultos públicos á los irreligiosos é indiferentes era tan sólo obligarlos á ser hipócritas. . . . 'Ninguno,' decía él, 'debe ser forzado á practicar ni á sostener un culto contra su consentimiento.' '¡ Como! ' replicaban sus antagonistas espantados de los principios expresados por Rogerio, '¿ no es el obrero digno de su salario?' 'Sí,' respondía él, 'cuando ese salario se lo dan los que lo quieren ocupar.'"¹³

¹¹ Bancroft, Parte I, cap. 15, pár. 16.

¹² Martyn, Vol. V, p. 340.

¹³ Bancroft, Parte I, cap. 15, pár. 2.

Rogerio Williams fué respetado y querido como ministro fiel, como hombre de raras dotes, de intachable integridad y de sincera benevolencia; sin embargo, su actitud resuelta al rehusar autoridad á los magistrados sobre la iglesia y al reclamar tan fielmente la libertad religiosa no se le podía tolerar. Se creía que la aplicación de semejante nueva doctrina, “alteraría el fundamento del estado y el gobierno de todo el país.”⁴ Lo sentenciaron á ser desterrado de las colonias y finalmente, para evitar que lo arrestasen se vió en la necesidad de huir en medio de los rigores de un crudo invierno, y se refugió en las selvas vírgenes.

“Durante catorce semanas,” dice él, “anduve vagando en medio de la inclemencia del invierno, careciendo en absoluto de alimentos y de cama.” Pero “los cuervos me alimentaron en el desierto” y el hueco de un árbol le servía frecuentemente de abrigo.⁵ De este modo prosiguió su penosa huída por entre la nieve y los bosques casi inaccesibles, hasta que encontró refugio en una tribu de indios cuya confianza y afecto se había ganado esforzándose en darles á conocer las verdades del evangelio.

Después de varios meses de vida errante llegó al fin á orillas de la Bahía de Narragansett en donde echó los cimientos del primer estado de los tiempos modernos que reconoció en el pleno sentido de la palabra los derechos de la libertad religiosa. El principio fundamental de la colonia de Rogerio Williams, era: “que cada hombre debía tener libertad para adorar á Dios según el dictado de su propia conciencia.”⁶ Su pequeño estado, Rhode Island, vino á ser un lugar de refugio para los oprimidos, y siguió creciendo y prosperando hasta que su principio fundamental — la libertad civil y religiosa — llegó á ser la piedra angular de la República Americana.

En el antiguo documento que nuestros antepasados expidieron como su carta de derechos — la Declaración de Independencia — declaraban lo siguiente: “Sostenemos como evi-

⁴ Bancroft, Parte I, cap. 15, pág. 10.

⁵ Martyn, Vol. V, pp. 349, 350.

⁶ *Idem*, p. 354.

dentes estas verdades, á saber, que todos los hombres han sido creados iguales, que han sido investidos por su Creador con ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la persecución de la felicidad.” Y la Constitución garantiza en los términos más explícitos, la inviolabilidad de la conciencia: “No se exigirá examen alguno religioso como calificación para obtener un puesto público de confianza en los Estados Unidos.” “El Congreso no dictará leyes para establecer una religión ni para estorbar el libre ejercicio de ella.”

“Los que formularon la Constitución reconocieron el principio eterno que la relación del hombre con Dios se halla por sobre toda legislación humana y que los derechos de la conciencia son sagrados. No se necesitaba argumentar para sostener esta verdad; pues lo sentimos en nuestro mismo corazón. Es este sentimiento el que á falta de confianza en leyes humanas, sostuvo á tantos mártires en tormentos y llamas. Reconocieron que su deber para con Dios era superior á los decretos de los hombres y que nadie podía ejercer autoridad sobre sus conciencias. Es un principio innato que nada puede desarraigar.”²⁷

Cuando circuló por todas partes de Europa la noticia de que había una tierra en donde todos los hombres podían disfrutar del producto de su trabajo y obedecer á la voz de la conciencia según la propia convicción, millares se apresuraron á venir al Nuevo Mundo. Las colonias se multiplicaron con rapidez. “Massachusetts, por una ley especial, ofreció la bienvenida y la ayuda, á costa del pueblo, á todos los cristianos de cualquiera nacionalidad que pudieran huir al través del Atlántico ‘para escapar de las guerras, del hambre y de la opresión de sus perseguidores.’ De esa manera los fugitivos y los agraviados eran, por la ley, considerados como huéspedes de la comunidad.”²⁸ A los veinte años de haberse efectuado el primer desembarco en Plymouth, había ya establecidos en Nueva Inglaterra tantos miles de peregrinos como años que llevaban en América.

²⁷ “Congressional Documents (E. U. A.),” Serie No. 200, Documento No. 271.

²⁸ Martyn, Vol. V, p. 417.

Con el fin de asegurar lo que buscaban, "se contentaban con ganar apenas su subsistencia, acomodándose á una vida de frugalidad y de trabajo. No pedían de aquel suelo sino la justa retribución de su propio trabajo. Ninguna visión de oro venía á engañarles en su camino. . . . Se conformaban con el progreso lento pero firme de su estado social. Soportaban pacientemente las privaciones de la vida rústica, y regaban con sus lágrimas y con el sudor de su frente el árbol de la libertad, hasta verlo echar profundas raíces en la tierra.

La Biblia fué considerada como la base de la fe, la fuente de la sabiduría y la carta magna de la libertad. Sus principios eran cuidadosamente enseñados en los hogares, en las escuelas y en las iglesias, y sus frutos se hicieron manifiestos, en lo que se ganó en inteligencia, en pureza y en templanza. Podíase vivir por años entre los puritanos "sin ver un borracho, ni oír una blasfemia ni encontrar un mendigo."²⁹ Quedaba demostrado que los principios de la Biblia son las más eficaces salvaguardias de la grandeza nacional. Las colonias débiles y aisladas vinieron á convertirse pronto en una confederación de estados poderosos, y el mundo se fijaba admirado en la paz y prosperidad de una "iglesia sin papa y de un estado sin rey."

Pero un número siempre creciente de inmigrantes empezó á arribar á las playas de América, atraído é impulsado por motivos muy distintos á los que alentaran á los primeros peregrinos. Si bien la fe primitiva y la pureza, ejercían amplia influencia y poder subyugador, sin embargo estas virtudes se iban debilitando más y más cada día en la misma proporción en que iba en aumento el número de los que llegaban, guiados por la esperanza de ventajas terrenales.

La medida adoptada por los primitivos colonos de no conceder voz ni voto ni tampoco empleo alguno en el gobiernó civil sino á los miembros de la iglesia, produjo los más desastrosos resultados. Dicha medida había sido tomada para conservar la pureza del estado, pero dió al fin por resultado la corrupción de la iglesia. Siendo indispensable la profesión de la religión para poder tomar parte en la votación ó para desem-

²⁹ Bancroft, Parte I, cap. 19, pár. 25.

peñar un puesto público, muchos se unieron á la iglesia, inspirados tan sólo por motivos de conveniencia mundana y de intrigas políticas, sin experimentar un cambio de corazón. Así es como llegaron las iglesias á componerse de gente no convertida, en considerable proporción, y hasta en el ministerio se hallaron quienes no sólo erraban en la doctrina, sino que ignoraban aún el poder regenerador del Espíritu Santo. Y de este modo quedó otra vez demostrado el mal resultado que tan á menudo comprobamos en la historia de la iglesia desde el tiempo de Constantino hasta hoy, y que da el pretender fundar la iglesia valiéndose de la ayuda del estado, y el apelar al poder secular para el sostenimiento del evangelio de Aquel que dijo: "Mi reino no es de este mundo."²⁰ El consorcio de la iglesia con el estado, por leve que sea puede en apariencia acercar más al mundo de la iglesia, mientras que en realidad es la iglesia la que más se está acercando al mundo.

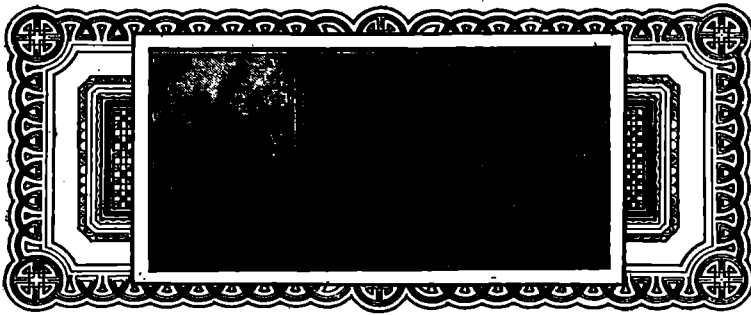
El gran principio que defendieron tan noblemente Robinson y Rogerio Williams, de que la verdad es progresiva, y de que los cristianos deberían estar prontos para aceptar toda la luz que proceda de la Santa Palabra de Dios, este principio fué perdido de vista por sus descendientes. Las iglesias protestantes de América — lo mismo que las de Europa — tan favorecidas al recibir las bendiciones de la Reforma, dejaron de avanzar en el camino que se habían trazado. Si bien es verdad que surgieron hombres fieles de vez en cuando, que proclamaron nuevas verdades y denunciaron el error tanto tiempo acariciado, la mayoría, como los judíos en el tiempo de Cristo, ó como los papistas en el de Lutero, se contentaban con creer lo que sus padres habían creído, y en vivir como ellos habían vivido. De consiguiente la religión degeneró de nuevo en formalismo; y los errores y las supersticiones que hubieran podido desaparecer de haber seguido la iglesia avanzando á la luz de la Palabra de Dios, se conservaron y siguieron practicándose. De este modo, el espíritu inspirado por la Reforma murió paulatinamente, llegándose á

²⁰ S. Juan 18:36.

sentirse la necesidad de una reforma en las iglesias protestantes tanto como se necesitara en la iglesia romana en tiempo de Lutero. Se notaba el mismo estupor espiritual y la misma mundanidad, la misma reverencia hacia las opiniones de los hombres, y la substitución de teorías humanas á las enseñanzas de la Palabra de Dios.

La vasta circulación que alcanzó la Biblia en los comienzos del siglo XIX, y la abundante luz que de esa manera se esparció por todo el mundo, no fué seguida por el adelanto correspondiente del conocimiento de la verdad revelada, ni por una religión experimental. Satanás no pudo como en las edades pasadas quitarle al pueblo la Palabra de Dios, que había sido puesta al alcance de todos; pero para poder alcanzar su objeto indujo á muchos á considerarla como de poca estima; y de este modo los hombres abandonaron el estudio de las Sagradas Escrituras y en cambio siguieron aceptando las interpretaciones torcidas y falsas, y alimentando doctrinas que no tenían fundamento alguno en la Biblia.

Viendo el fracaso de sus esfuerzos para destruir la verdad por medio de la persecución, Satanás volvió á echar mano del recurso de un convenio que condujo á la apostasía y á la formación de la iglesia de Roma. Hizo que los cristianos se aliasen no con los paganos, sino con aquellos que por su devoción á las cosas de este mundo, habían probado ser tan idólatras como los mismos adoradores de imágenes. Y los resultados de esta unión no fueron menos perniciosos entonces que años atrás; el orgullo y la extravagancia fueron fomentados bajo el disfraz de la religión, y se corrompieron las iglesias. Satanás siguió pervirtiendo las doctrinas de la Biblia, y empezaron á echar profundas raíces las tradiciones que iban á perder á millones de almas. La iglesia amparaba y defendía estas tradiciones, en lugar de defender "la fe que una vez fué entregada á los santos." Así se degradaron los principios que los reformadores sustentaron y por los cuales sufrieran tanto.



HERALDOS MATUTINOS—18

UNA de las verdades más solemnes y aun más gloriosas reveladas en la Biblia, es la de la segunda venida de Cristo para completar la gran obra de la redención. Al pueblo peregrino de Dios, que por tanto tiempo fué dejado que morara “en la región y sombra de muerte,” le es dada una valiosa esperanza inspiradora de alegría con la promesa de la venida de Aquel que es “la resurrección y la vida” para hacer “volver á su propio desterrado.” La doctrina del segundo advenimiento es la verdadera llave de las Sagradas Escrituras. Desde el día en que la primera pareja se alejara apesadumbrada del Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido que había de aniquilar el poder destructor de Satanás y volverlos á llevar al paraíso perdido. Hubo santos desde los antiguos tiempos que miraban hacia el tiempo del advenimiento glorioso del Mesías como hacia la consumación de sus esperanzas. Enoc, que no era más que el séptimo descendiente de los que moraran en el Edén y que por tres siglos anduvo con Dios en la tierra, pudo contemplar desde lejos la venida del Liberador. “He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos.”¹ El patriarca Job en la lóbreguez de su aflicción, exclamaba con confianza inquebrantable: “Pues yo sé que vive mi Redentor, y que en lo venidero ha de levantarse sobre la tierra; . . . aun desde mi carne he de ver á Dios á quien yo tengo de ver

¹ S. Judas 14, 15.

por mí mismo, y mis ojos le mirarán; y ya no como á un extraño.”²

La venida de Cristo que ha de inaugurar el reino de la justicia, ha inspirado los más sublimes y conmovedores acentos de los escritores sagrados. Los poetas y profetas de la Biblia hablaron de ella con ardientes palabras de fuego celestial. El salmista cantó el poder y la majestad del Rey de Israel: “¡Desde Sión, perfección de la hermosura, ha resplandecido Dios! Vendrá nuestro Dios, y no guardará silencio. . . . Convocará á los altos cielos, y á la tierra, para juzgar á su pueblo.”³ “¡Alégrense pues los cielos, y gócese la tierra!” “delante de Jehová; ¡porque viene, sí, porque viene á juzgar la tierra! ¡juzgará al mundo con justicia, y á los pueblos con su verdad!”⁴

El profeta Isaías dice: “¡Despertad, y cantad, vosotros que moráis en el polvo! porque como el rocío de yerbas es tu rocío, y la tierra echará fuera los muertos.” “¡Vivirán tus muertos; los cadáveres de mi pueblo se levantarán!” “¡Tragado ha á la muerte para siempre; Jehová el Señor enjugará las lágrimas de sobre todas las caras, y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra! porque Jehová así lo ha dicho. Y se dirá en aquel día: ¡He aquí, éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará! ¡éste es Jehová, le hemos esperado; estaremos alegres, y nos regocijaremos en su salvación!”⁵

Habacuc también, arrobado en santa visión, vió la venida de Cristo. “¡Viene Dios desde Temán, y el Santo desde el monte Parán: su gloria cubre los cielos, y la tierra se llena de su alabanza! También su resplandor es como la luz.” “¡Se para y mide la tierra! ¡echa una mirada, y hace estremecer á las naciones! se esparcen también como polvo las montañas sempiternas, se hunden los collados eternos; ¡suyos son los senderos á la eternidad!”⁶ “Para que cabalgues sobre tus caballos, sobre tus carros de salvación.” “¡Te ven las montañas, y se retuercen en angustia: . . . el abismo da su voz: y levanta en alto sus manos! ¡El sol y la luna se

² Job 19:25-27.

³ Salmo 50:2-4.

⁴ Salmo 96:11, 13.

⁵ Isaías 26:19; 25:8, 9.

⁶ Habacuc 3:3, 4, 6.

paran en sus moradas! á la luz de sus flechas pasan adelante, al brillo de su relumbrante lanza." "Sales para la salvación de tu pueblo, para la salvación de su ungió."'

Cuando el Señor estuvo á punto de separarse de sus discípulos, los consoló en su aficción asegurándoles que volvería: "¡No se turbe vuestro corazón! . . . En la casa de mi Padre muchas moradas hay; . . . voy á prepararos el lugar. Y si yo fuere y os preparare el lugar, vendré otra vez, y os recibiré conmigo."'' "Cuando el Hijo del hombre vendrá en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y delante de él serán juntadas todas las naciones."''

Los ángeles que estaban de pie en el Monte de los Olivos después de la ascensión de Cristo, repitieron á los discípulos de éste la promesa de su vuelta: "Este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros arriba en el cielo, así vendrá del mismo modo que le habéis visto ir al cielo."'' Y el apóstol Pablo, hablando por el espíritu de inspiración, asegura: "El Señor *mismo* descenderá del cielo con mandato soberano, con voz de arcángel y con trompeta de Dios."'' El profeta de Patmos dice: "¡He aquí que viene con las nubes, y le verán todos los ojos!"''

En torno de su venida se agrupan las glorias de "la restauración de todas las cosas, de la cual habló Dios por boca de sus santos profetas, que ha habido desde la antigüedad."'' Entonces será quebrantado el poder del mal que tanto tiempo duró; "¡el reino del mundo" vendrá "á ser el reino de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará para siempre jamás!"'' "¡Será manifestada la gloria de Jehová, y la verá toda carne justamente!" "Jehová hará crecer justicia y alabanza en presencia de todas las naciones." Él "será corona de gloria y diadema de hermosura para el resto de su pueblo."''

Entonces el reino de paz del Mesías esperado por tan largo tiempo, será establecido por toda la tierra. "Jehová ha con-

⁷ Habacuc 3:8, 10, 11, 13.

⁸ S. Mateo 25:31, 32.

¹¹ 1 Tesalonicenses 4:16.

¹² Hechos 3:21.

⁹ S. Juan 14:1-3.

¹⁰ Hechos 1:11.

¹³ Apocalipsis 1:7.

¹⁴ Apocalipsis 11:15.

¹⁵ Isaías 40:5; 61:11; 28:5.

solado á Sión, ha consolado todas sus desolaciones; y ha convertido su desierto en un Edén, y su soledad en jardín de Jehová." "La gloria del Líbano le será dada, la hermosura del Carmelo y de Sarón." "Ya no serás llamada Azuba (La Dejada); y tu tierra en adelante no será llamada Semana (La Desolada); sino que serás llamada Héfzi-ba (mi deleite en ella), y tu tierra Beúla (Casada)." "De la manera que el esposo se regocija sobre la esposa, así su Dios se regocijará sobre ti."²⁰

La venida del Señor ha sido en todo tiempo la esperanza de sus verdaderos discípulos. La promesa que hizo el Salvador al despedirse en el Monte de los Olivos, de que volvería, les aclaró el porvenir á sus discípulos, llenando sus corazones de una alegría y una esperanza que las penas no podían apagar ni las pruebas disminuir. Entre los sufrimientos y las persecuciones, "el aparecimiento en gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesu-Cristo" era "la esperanza bienaventurada." Cuando los cristianos de Tesalónica, agobiados por el dolor, estaban enterrando á sus seres amados que habían esperado vivir para ser testigos de la venida del Señor, Pablo, su maestro, les llamó la atención sobre la resurrección, que había de verificarse al advenimiento del Señor. Entonces los que habían muerto en Cristo resucitarían, y junto con los vivos serían arrebatados para recibir á Cristo en el aire. "Y así," dijo, "estaremos siempre con el Señor. Consolaos pues los unos á los otros con estas palabras."²¹

En la isla peñascosa de Patmos, el discípulo amado oyó la promesa: "¡Giertamente yo vengo presto!" Y su ardiente respuesta expresa la oración de la iglesia durante toda su peregrinación: "¡Ven, Señor Jesús!"²²

Desde la cárcel, la hoguera y el patíbulo, donde los santos y los mártires dieron testimonio de la verdad, llega hasta nosotros á través de los siglos la expresión de su fe y esperanza. Estando "seguros de la resurrección personal de Cristo, y, por consiguiente, de la suya propia, á la venida de Aquel," como dice uno de estos cristianos, "ellos despre-

²⁰ Isaías 51:3; 35:2; 62:4, 5.

²¹ 1 Tesalonicenses 4:16-18.

²² Apocalipsis 22:20.

ciaban la muerte y fueron hallados más fuertes que ella.”²¹ Estaban dispuestos á bajar á la tumba, á fin de que pudiesen “resucitar libertados.”²² Esperaban al “Señor que debía venir del cielo entre las nubes con la gloria de su Padre,” “trayendo para los justos el reino eterno.” Los valdenses acariciaban la misma fe.²³ Wycleff aguardaba la aparición del Redentor como la esperanza de la iglesia.²⁴

Lutero declaró: “Estoy verdaderamente convencido de que el día del juicio no tardará más de trescientos años. Dios no quiere ni puede sufrir por más tiempo á este mundo malvado.” “Se acerca el gran día en que el reino de las abominaciones será trastornado.”²⁵

“Este viejo mundo no está lejos de su fin,” decía Melancton. Calvino invita á los cristianos á “desear sin vacilar y con ardor el día de la venida de Cristo como el más propicio de todos los acontecimientos,” y declara que “toda la familia de los fieles no perderá de vista ese día.” “Debemos tener hambre de Cristo,” dice, “debemos buscarle, contemplarle hasta la aurora de aquel gran día en que nuestro Señor manifestará la gloria de su reino en su plenitud.”²⁶

“¿No ha llevado acaso nuestro Señor Jesús nuestra carne al cielo?” dice Knox, el reformador escocés, “¿y no ha de regresar por ventura? Sabemos que volverá, y que volverá con diligencia.” Ridley y Látimer que dieron sus vidas por la verdad, esperaban con fe la venida del Señor. Ridley escribió: “El mundo llega sin duda á su fin — así lo creo y por eso lo digo. Llamemos á voces del fondo de nuestros corazones á nuestro Salvador, Cristo, con Juan el siervo de Dios: Ven, Señor Jesús, ven.”²⁷

“El pensar en la venida del Señor,” decía Baxter, “es dulce en extremo para mí y me llena de alegría.”²⁸ “Es obra de fe y un rasgo característico de sus santos desear con ansia su advenimiento y vivir con tan bendita esperanza.” “Si la

²¹ Taylor, Daniel T., “The Reign of Christ on Earth; or, The Voice of the Church in All Ages,” p. 33.

²² *Idem*, p. 54. ²³ *Idem*, pp. 129-132. ²⁴ *Idem*, pp. 132-134.

²⁵ *Idem*, pp. 158, 134. ²⁶ *Idem*, pp. 151, 145.

²⁷ Baxter, Ricardo, “Works,” Vol. XVII, p. 555.

muerte es el último enemigo que ha de ser destruído en la resurrección, podemos representarnos con cuánto ardor los creyentes esperarán y orarán por la segunda venida de Cristo, cuando esta completa y definitiva victoria será alcanzada.”²⁰ “Ese es el día que todos los creyentes deberían desear con ansia por ser el día en que habrá de quedar consumada toda la obra de su redención, cumplidos todos los deseos y esfuerzos de sus almas.” “¡Apresura, oh Señor, ese día bendito!”²¹ Tal fué la esperanza de la iglesia apostólica, de la “iglesia del desierto,” y de la iglesia de los reformadores.

Las profecías no sólo predicen el modo en que ha de verificarse la venida de Cristo y el objeto de ella, sino que dan además las señales por medio de las cuales los hombres sabrán cuándo ese acontecimiento estará cerca. Jesús dijo: “Habrá señales en el sol, y en la luna, y en las estrellas.”²² “El sol, se oscurecerá, y la luna no dará su luz; y las estrellas estarán cayendo del cielo; y los poderes, que están en los cielos serán conmovidos. Y entonces se verá venir al Hijo del hombre en las nubes, con gran poder y gloria.”²³ El autor del Apocalipsis describe así la primera de las señales que debe preceder al segundo advenimiento: “Sucedió un gran terremoto, y el sol se puso negro como un saco de cilicio, y la luna se volvió toda roja como sangre.”²⁴

Estas señales fueron comprobadas antes de principios del siglo XIX. En cumplimiento de esta profecía, en el año de 1755 se sintió el más espantoso terremoto que haya sido jamás registrado. Aunque generalmente se le conoce bajo el nombre de terremoto de Lisboa, se extendió por la mayor parte de Europa, África y América. Se sintió en Groenlandia, en las Antillas, en la isla de Madera, en Noruega, en Suecia, en Gran Bretaña é Irlanda. Cubrió una extensión de por lo menos cuatro millones de millas cuadradas. La conmoción fué casi tan violenta en África como en Europa. Gran parte de Argel fué destruída; y á corta distancia de Marruecos, una aldea de ocho á diez mil habitantes desapareció en el

²⁰ Baxter, Ricardo, “Works,” Vol. XVII, p. 500.

²¹ S. Lucas 21:25.

²² S. Marcos 13:24-26.

²³ *Idem*, pp. 182, 183.

²⁴ Apocalipsis 6:12.

abismo. Una ola formidable barrió las costas de España y África, sumergiendo ciudades y causando inmensa desolación.

Fué en España y Portugal donde la sacudida alcanzó su mayor grado de violencia. Se dice que en Cádiz, la resaca alcanzó á sesenta pies de altura. Montañas — de las más importantes de Portugal — “fueron sacudidas hasta sus cimientos y algunas de ellas se abrieron en sus cumbres, que quedaron partidas de un modo maravilloso, en tanto que pedazos enormes se desprendieron sobre los valles adyacentes. Se dice que de esas montañas salieron llamaradas de fuego.”²¹

En Lisboa “se oyó bajo la tierra un ruido de trueno, é inmediatamente después una violenta sacudida derribó la mayor parte de la ciudad. Durante cerca de seis minutos murieron sesenta mil personas. El mar se retiró primero y dejó seca la barra, luego volvió inflado, llegando hasta cincuenta pies sobre su nivel ordinario.” “La circunstancia más extraordinaria en Lisboa misma durante la catástrofe, fué la sumersión del nuevo malecón, construído completamente de mármol y con ingente gasto. Un gran gentío se había reunido allí en busca de un sitio fuera del alcance del derrumbe general; pero de pronto el muelle se hundió con todo el gentío que lo llenaba, y ni uno de los cadáveres salió jamás á la superficie.”²²

“La sacudida” del terremoto “fué seguida instantáneamente del hundimiento de todas las iglesias y conventos, de casi todos los grandes edificios públicos y más de la cuarta parte del caserío. Unas dos horas después estallaron incendios en diferentes barrios, propagándose con tal violencia durante casi tres días que la ciudad quedó completamente destruída. El terremoto sobrevino en un día de fiesta en que iglesias y conventos estaban llenos de gente, escapando muy pocas personas.”²³ “El terror del pueblo era indescriptible. Nadie lloraba; el siniestro sobrepujaba las lágrimas. Las gentes corrían de un lado á otro delirantes de horror y espanto, golpeándose la cara y el pecho, y gritando: ‘¡Misericordia! ¡ha llegado el fin del mundo!’ Las madres se olvi-

²¹ Lyell, Sir Carlos, “Principles of Geology,” p. 495 (ed. 1858).

²² “Encyclopædia Americana,” art. Lisboa, nota (ed. 1831).

daban de sus hijos y corrían de un lado á otro con crucifijos á cuestas. Desgraciadamente, muchos corrieron á refugiarse en las iglesias; pero en vano se expuso el sacramento; de balde aquella pobre gente abrazaba los altares; imágenes, sacerdotes y gente fueron envueltos en la misma ruina." Se supone que noventa mil personas perdieron la vida en aquel aciago día.

Veinticinco años después apareció la segunda señal mencionada en la profecía — el obscurecimiento del sol y de la luna. Lo que hacía esto aun más sorprendente, era la circunstancia de que el tiempo de su cumplimiento había sido indicado de un modo preciso. En su conversación con los discípulos en el Monte de los Olivos, después de describir el largo período de prueba por el que debía pasar la iglesia, es decir, los mil doscientos sesenta años de la persecución papista, y respecto á los cuales había prometido que la tribulación sería acortada, el Salvador mencionó en las siguientes palabras ciertos acontecimientos que debían preceder su venida y fijó además el tiempo en que se realizaría el primero de éstos: "En aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se obscurecerá, y la luna no dará su luz."²² Los 1260 días, ó años, terminaron en 1798. La persecución había concluído casi por completo desde hacía casi un cuarto de siglo. Después de esta persecución, según las palabras de Cristo, el sol debía obscurecerse. Pues bien, el 19 de mayo de 1780 se cumplió esta profecía.

"Único ó casi único en su especie por lo misterioso y hasta ahora inexplicado fenómeno que en él se verificó . . . fué el día obscuro del 19 de mayo de 1780 — de inexplicable obscuridad que cubrió todo el cielo visible y el ambiente de Nueva Inglaterra."²³

Un testigo ocular que vivía en Massachusetts describe el acontecimiento del modo siguiente:

"Por la mañana salió el sol despejado, pero pronto se anubló. Las nubes fueron espesándose y del seno de la obscuridad que ostentaban brillaron relámpagos, se oyeron true-

²² S. Marcos 13:24. ²³ Devens, R. M., "Our First Century," p. 89.

nos y descargóse leve aguacero. Á eso de las nueve, las nubes se adelgazaron y revistieron un tinte cobrizo, demudándose el aspecto del suelo, peñas, árboles, que no parecía ser de nuestra tierra. Á los pocos minutos, un denso nubarrón negro se extendió por todo el firmamento dejando tan sólo un estrecho borde en el horizonte, y haciéndose tan obscuro el día como suele serlo en verano á las nueve de la noche. . . .

“Temor, zozobra y terror se apoderaron gradualmente de los ánimos. Las mujeres estaban á las puertas de sus casas, contemplando la lóbrega escena; los hombres volvían de las faenas del campo; el carpintero dejaba las herramientas, el herrero la fragua, el comerciante el mostrador. Los niños fueron despedidos de las escuelas y volaron á sus casas llenos de miedo. Los caminantes hacían alto en la primera casa que encontraban. ¿Qué va á pasar? preguntaban todos. No parecía sino que un huracán fuera á desatarse por toda la región, ó que el día del juicio estuviera inminente.

“Hubo que prender velas, y la lumbre del hogar brillaba como en noche de otoño sin luna. . . . Las aves se recogieron en sus gallineros, el ganado se juntó en sus encierros, las ranas cantaron, los pájaros entonaron sus melodías del anochecer, y los murciélagos revolotearon. Solo el hombre sabía que no había llegado la noche. . . .

“El Dr. N. Whittaker, pastor de la iglesia del Tabernáculo, en Salem, dirigió cultos en la sala de reuniones, y predicó un sermón en que sostenía que la obscuridad era sobrenatural. Hubo otras congregaciones que también se reunieron en otros puntos. Los textos de los sermones improvisados fueron todos los que parecían indicar que la obscuridad estaba en consonancia con la profecía bíblica. . . . La obscuridad fué lo más densa poco después de las once.”²² “En la mayor parte del país lo fué tanto durante el día, que el pueblo no podía decir qué hora era ni por reloj de bolsillo ni por reloj de pared. Tampoco pudo comer, ni atender á los quehaceres de casa sin vela prendida. . . .

²² “The Essex Antiquarian,” Salem, Mass., abril de 1899 (Vol. III, No. 4, pp. 53, 54).

“La extensión de la obscuridad fué también muy notable. Fué observada al este hasta Falmouth; lo fué también al oeste, hasta la parte más lejana del estado de Connecticut y en la ciudad de Albany; hacia el sur fué observada á lo largo de toda la costa, y por el norte lo fué tan lejos como se extendían las colonias americanas.”¹⁰

La profunda obscuridad del día fué seguida, una ó dos horas antes de la caída de la tarde, de un aclaramiento parcial del cielo, volviendo á aparecer el sol aún oscurecido por una neblina negra y densa. “Después de la puesta del sol, las nubes volvieron á apiñarse y oscureció muy pronto.” “La obscuridad de la noche no fué menos extraordinaria y terrorífica que la del día, pues no obstante de ser noche de casi luna llena, ningún objeto se distinguía sin la ayuda de luz artificial, la cual vista de las casas vecinas ú otros lugares distantes parecía pasar por una obscuridad como la de Egipto, casi impenetrable á sus rayos.”¹¹ Un testigo ocular de la escena dice: “No pude substraerme, en aquel momento, á la idea de que si todos los cuerpos luminosos del universo se hubiesen hallado envueltos en impenetrable obscuridad, ó hubiesen dejado de existir, las tinieblas no habrían podido ser más intensas.”¹² Aunque la luna llegó aquella noche á su plenitud, “no logró en lo más mínimo disipar las sombras sepulcrales.” Después de media noche desapareció la obscuridad, y cuando la luna volvió á verse, parecía de sangre.

El 19 de mayo de 1780 figura en la historia como “El día tenebroso.” Desde el tiempo de Moisés, no se ha registrado jamás período alguno de obscuridad tan densa y de igual extensión y duración. La descripción de este acontecimiento tal cual ha sido hecha por el historiador, no es más que un eco de las palabras del Señor, expresadas por el profeta Joel, dos mil quinientos años antes de su cumplimiento: “El sol se

¹⁰ Gordon, Dr. Wm., “History of the Rise, Progress, and Establishment of the Independence of the U. S. A.,” Vol. III, p. 57 (N. Y., 1789).

¹¹ Thomas, “Massachusetts Spy; or American Oracle of Liberty,” Vol. X, No. 472 (mayo 25 de 1780).

¹² Carta del Dr. S. Tenney, de Exeter, N. H., diciembre de 1785 (“Massachusetts Historical Society Collections,” 1792, 1. serie, tomo I, p. 97).

volverá en tinieblas y la luna en sangre, antes que venga aquel grande y espantoso día de Jehová.”³⁶

Cristo había mandado á sus discípulos que se fijasen en las señales de su advenimiento, y que se alegrasen cuando viesen las de la venida de su Rey. “En comenzando á suceder estas cosas, dijo, ¡enderezaos, y alzad vuestras cabezas; porque vuestra redención se va acercando!” Llamó la atención de sus discípulos hacia los árboles abotonados de la primavera, y dijo: “Cuando ya brotan, lo veis, y sabéis de vosotros mismos que el verano está cerca. Asimismo también vosotros, cuando viereis sucediendo estas cosas, sabed que está cerca el reino de Dios.”³⁷

Pero á medida que el espíritu de humildad y piedad hubo dejado el lugar en la iglesia al orgullo y formalismo, el amor á Cristo y la fe en su venida se enfriaron. Absorbido por la mundanidad y la persecución de los placeres, el pueblo que profesaba ser de Dios fué cegado para no ver las instrucciones del Señor referentes á las señales de su venida. La doctrina del segundo advenimiento había sido descuidada; los pasajes de las Sagradas Escrituras que á ella se refieren fueron oscurecidos por falsas interpretaciones, hasta quedar ignorados y olvidados casi por completo. Tal fué el caso especialmente en las iglesias de los Estados Unidos de Norte América. La libertad y comodidad de que gozaban todas las clases de la sociedad, el deseo ambicioso de riquezas y lujo, que requería atención exclusiva para juntar dinero, la ardiente persecución de la popularidad y del poder, que parecían estar al alcance de todos, indujo á los hombres á concentrar sus intereses y esperanzas en las cosas de esta vida, y á posponer para el lejano porvenir aquel solemne día en que el presente estado de cosas había de acabar.

Cuando el Salvador llamó la atención de sus discípulos hacia las señales de su regreso, predijo el estado de apostasía que existiría precisamente antes de su segundo advenimiento. Habría, como en los días de Noé, la actividad febril en los negocios mundanos y la sed por los placeres — comprarán;

³⁶ Joel 2:31.

³⁷ S. Lucas 21:28, 30, 31.

venderán, sembrarán, edificarán, se casarán y se darán en matrimonio — olvidándose entre tanto de Dios y de la vida futura. La amonestación de Cristo para los que vivieran en aquel tiempo es: “¡Mirad pues por vosotros mismos, no sea que vuestros corazones sean entorpecidos con la glotonería, y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y así os sobrevenga de improviso aquel día!” “¡Velad pues en todo tiempo, y orad, á fin de que logréis evitar todas estas cosas que han de venir, y estar en pie delante del Hijo del hombre!”

La condición en que debía encontrarse entonces la iglesia está descrita en las palabras del Salvador en el Apocalipsis: “¡Tienes nombre de que vives, y estás muerto!” Y á los que no quieren dejar su indolente descuido, se les dirige el solemne aviso: “Si por tanto no vigilares, yo vendré como ladrón, y tú no sabrás á qué hora vendré sobre ti.”

Era necesario despertar á los hombres al sentimiento de su peligro para inducirlos á que se preparasen á hacer frente á los solemnes acontecimientos enlazados con el fin del tiempo de la prueba. El profeta de Dios declara: “Grande es el día de Jehová y muy terrible ¡y quién será capaz de soportarlo?” ¡Quién soportará la aparición de Aquel de quien está escrito: “Tú eres de ojos demasiado puros para mirar el mal, ni puedes contemplar la iniquidad.” Para los que claman: “¡Dios mío, . . . te conocemos!” y sin embargo han quebrantado su pacto y se apresuraron tras otro Dios “encubriendo la iniquidad en sus corazones y amando las sendas del pecado, para los tales será “tinieblas ese día de Jehová, y no luz” y habrá “densas tinieblas sin que haya luz alguna en él.” “Sucederá en aquel tiempo,” dice el Señor, “que yo registraré á Jerusalén con lámparas, y castigaré á los hombres que como vino están asentados sobre sus heces; los cuales dicen en su corazón: ¡Jehová no hará bien, ni tampoco hará mal!” “Castigaré el mundo por su maldad, y los impíos por su iniquidad; y acabaré con la arrogancia de los presumidos, y humillaré la altivez de los terribles.” “No podrá

“ S. Lucas 21:34.

“ S. Lucas 21:36.

“ Apocalipsis 3:1, 3.

“ Joel 2:11; Habacuc 1:13; Oseas 8:2, 1; Salmo 16:4.

“ Amós 5:20.

“ Sofonías 1:12.

“ Isaías 13:11.

librarlos su plata ni su oro;" "y sus riquezas vendrán á ser despojo, y sus casas una desolación."⁴⁴

El profeta Jeremías mirando hacia lo por venir, hacia aquel tiempo terrible, exclamó: "¡Se conmueve mi corazón; no puede estarse quieto, por cuanto has oído, oh alma mía, el sonido de la trompeta y la alarma de guerra! ¡Destrucción sobre destrucción es anunciada!"⁴⁵

"Día de ira es aquel día; día de apretura y de angustia, día de devastación y desolación, día de tinieblas y de espesa obscuridad, día de nubes y densas tinieblas, día de trompeta y de grito de guerra."⁴⁶ "He aquí que viene el día de Jehová, . . . para convertir la tierra en desolación, y para destruir de en medio de ella sus pecadores."⁴⁷

Ante la perspectiva de aquel gran día, la Palabra de Dios exhorta á su pueblo del modo más solemne y expresivo á que despierte de su letargo espiritual, y á que busque su faz con arrepentimiento y humillación: "¡Tocad trompeta en Sión, y sonad alarma en mi santo monte! ¡tiemblen todos los moradores de la tierra! porque viene el día de Jehová, porque está ya cercano." "¡Proclamad riguroso ayuno! ¡convocad asamblea solemnísimas! ¡Reunid al pueblo! ¡proclamad una convocación obligatoria! ¡congregad á los ancianos! ¡juntad á los muchachos! . . . ¡salga el novio de su recámara, y la novia de su tálamo! Entre el pórtico y el altar, lloren los sacerdotes, ministros de Jehová." "Volveos á mí de todo vuestro corazón; con ayuno también, y con llanto, y con lamentos; rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y volveos á Jehová vuestro Dios; porque él es clemente, y compasivo, lento en iras y abundante en misericordia."⁴⁸

Una gran obra de reforma debía realizarse para preparar á un pueblo que pudiese subsistir en el día de Dios. El Señor vió que muchos de los que profesaban ser de su pueblo no edificaban para la eternidad, y en su misericordia estuvo á punto de enviar una amonestación para despertarlos de su estupor, é inducirlos á prepararse para la venida de su Señor.

Esta amonestación nos es presentada en el capítulo ca-

⁴⁴ Sofonías 1:18, 13.

⁴⁵ Jeremías 4:19, 20.

⁴⁶ Sofonías 1:15, 16.

⁴⁷ Isaías 13:9.

⁴⁸ Joel 2:1, 15-17, 12, 13.

torce del Apocalipsis. En él encontramos un triple mensaje proclamado por seres celestiales y seguido inmediatamente de la venida del Hijo del hombre "para segar la mies de la tierra." La primera de estas amonestaciones anuncia la llegada del juicio. El profeta vió un ángel "volando en medio del cielo, teniendo una buena nueva eterna que anunciar á los que habitan sobre la tierra, y á cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo; y dice á gran voz: ¡Temed á Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!"²²

Este mensaje es declarado parte de la "buena nueva eterna" ó sea el evangelio eterno. La predicación del evangelio no ha sido encargada á los ángeles, sino á los hombres. Santos ángeles han sido empleados en la dirección de esta obra, teniendo ellos la dirección de los grandes movimientos para la salvación de los hombres; pero la proclamación misma del evangelio es llevada á cabo por los siervos de Cristo en la tierra.

Fueron hombres fieles que obedecieron á las inspiraciones del Espíritu de Dios y á las enseñanzas de su Palabra, los que debían pregonar al mundo esta amonestación. Fueron aquellos que habían estado atentos á la "firme" "palabra profética," la "lámpara que luce en un lugar oscuro, hasta que amanezca el día, y el lucero nazca."²³ Habían estado buscando el conocimiento de Dios más que todos los tesoros escondidos, estimándolo más que "la ganancia de plata," y cuyo rédito "mejor es que el oro puro."²⁴ Y el Señor les reveló los grandes asuntos del reino. "La privanza de Jehová es con los que le temen, y su pacto para hacerles conocer su voluntad."²⁵

No fueron los teólogos eruditos los que llegaron á comprender esta verdad y que se dedicaron á proclamarla. Si hubiesen sido centinelas fieles que hubieran escudriñado las Santas Escrituras con diligencia y oración, habrían sabido reconocer la llegada de la noche; las profecías les habrían revelado los

²² Apocalipsis 14:6, 7.

²³ Proverbios 3:14.

²⁴ 2 Pedro 1:19.

²⁵ Salmo 25:14.

acontecimientos que estaban por realizarse. Pero tal no fué su actitud, y fueron hombres más humildes los que proclamaron el mensaje. Jesús había dicho: "Andad mientras tenéis la luz, para que no os alcancen las tinieblas."¹⁷ Los que se apartan de la luz que Dios les ha dado, ó que se descuidan en buscarla cuando está á su alcance, son dejados en las tinieblas. Pero el Salvador dice también: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."¹⁸ Cualquiera que con rectitud de corazón trate de hacer la voluntad de Dios siguiendo atentamente la luz que ya le ha sido dada, recibirá aun más luz; á esa alma le será enviada alguna estrella de esplendor divino para guiarla á la plenitud de la verdad.

Cuando el primer advenimiento de Cristo, los sacerdotes y los fariseos de la ciudad santa, á quienes fueran confiados los oráculos de Dios, habrían podido discernir las señales de los tiempos, y proclamar la venida del Mesías prometido. La profecía de Miqueas señalaba el lugar de su nacimiento;¹⁹ Daniel especificaba el tiempo de su advenimiento.²⁰ Dios había encomendado estas profecías á los caudillos de Israel; no tenían pues por qué disculparse de no haber sabido que el Mesías estaba á punto de llegar y de no habérselo dicho al pueblo. Su ignorancia era resultado de culpable descuido. Los judíos estaban levantando monumentos á los profetas de Dios que habían sido muertos, mientras que con la deferencia con que trataban á los grandes de la tierra estaban rindiendo homenaje á los siervos de Satanás. Preocupados en sus luchas ambiciosas por los honores mundanos y el poder, perdieron de vista los honores divinos que el Rey de los cielos les había ofrecido.

Los ancianos de Israel deberían haber estudiado con profundo y reverente interés, el lugar, el tiempo, las circunstancias del más grande acontecimiento de la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios para realizar la redención del hombre. Todo el pueblo debería haber estado velando y esperando para ser el primero en saludar al Redentor del

¹⁷ S. Juan 12:35.

¹⁸ Miqueas 5:2.

¹⁹ S. Juan 8:12.

²⁰ Daniel 9:25.

mundo. En vez de todo esto ved aquí, en Betlehem, á dos caminantes cansados que vienen de los collados de Nazaret, y que recorren toda la larga y angosta calle del pueblo en dirección hacia el extremo este de la ciudad, buscando en vano lugar de descanso y abrigo para la noche. Ninguna puerta se abre para recibirlos. En un miserable cobertizo para el ganado, encuentran al fin un refugio: allí fué donde nació el Salvador del mundo.

Ángeles celestiales habían visto la gloria de que el Hijo de Dios participaba con el Padre antes que el mundo existiese, y habían esperado con intenso interés su advenimiento en la tierra como acontecimiento que traía consigo el gozo más grande para todos los pueblos. Ángeles fueron también escogidos para llevar las buenas nuevas á los que estaban preparados para recibirlas, y que gozosos las darían á conocer á los habitantes de la tierra. Cristo había condescendido en revestir la naturaleza humana; iba á cargar con un peso infinito de maldición al dar su vida en holocausto por el pecado; sin embargo los ángeles deseaban que hasta en su humillación el Hijo del Altísimo apareciese ante los hombres con la dignidad y gloria que correspondía á su carácter. ¿Se juntarían los grandes de la tierra en la capital de Israel para saludar su venida? ¿Lo presentarían legiones de ángeles á la muchedumbre que lo esperara?

Un ángel desciende á la tierra para ver quiénes están preparados para dar la bienvenida á Jesús. Pero no puede discernir señal alguna de expectativa. No oye ninguna voz de alabanza ni de triunfo que anuncie que la venida del Mesías es inminente. El ángel se cierne durante un momento sobre la ciudad escogida y sobre el templo donde durante siglos y siglos se manifestara la divina presencia; pero allí también se veía la misma indiferencia. Los sacerdotes impuros, en su pompa y orgullo, ofrecen sacrificios en el templo. Los fariseos hablan al pueblo con grandes voces, ó hacen oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. En los palacios de los reyes, en las reuniones de los filósofos, en las escuelas de los rabinos, nadie piensa en el hecho maravilloso

que ha llenado todo el cielo de alegría y alabanzas, el hecho de que el Redentor de los hombres está á punto de hacer su aparición en la tierra.

No hay señal de que se espere á Cristo ni preparativos para recibir al Príncipe de la vida. Asombrado, el mensajero celestial está á punto de volverse al cielo con la vergonzosa noticia, cuando descubre un grupo de pastores que están cuidando sus rebaños durante la noche, y que al contemplar el cielo estrellado, meditan en la profecía de un Mesías que debe venir á la tierra y esperan con ansia el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí tenemos un grupo de seres humanos preparado para recibir el mensaje celestial. Y de pronto aparece el ángel del Señor proclamando las buenas nuevas de gran gozo. La gloria celestial inundó toda la llanura, una compañía innumerable de ángeles apareció, y, como si el júbilo fuese demasiado para ser traído del cielo por un solo mensajero, una multitud de voces entonaron la antifona que todas las legiones de los rescatados cantarán un día: “¡Gloria en las alturas á Dios, y sobre la tierra paz, entre los hombres la buena voluntad!”⁶⁴

¡Oh! ¡qué lección encierra esta maravillosa historia de Betlehem! ¡Qué reconvencción para nuestra incredulidad, nuestro orgullo y amor propio! ¡Cómo nos amonesta á que tengamos cuidado de que debido á nuestra criminal indiferencia, nosotros también dejemos de discernir las señales de los tiempos, y no sepamos por lo tanto el día de nuestra visitación!

No fué sólo sobre los collados de Judea, ni entre los humildes pastores, donde los ángeles encontraron á los que velaban esperando la venida del Mesías. En tierra de paganos había también quienes le esperaban; eran sabios, ricos y nobles, filósofos del oriente. Observadores de la naturaleza, los magos habían visto á Dios en sus obras. Por las Escrituras hebraicas tenían conocimiento de la estrella que debía proceder de Jacob, y con ardiente deseo esperaban la venida de Aquel que sería no sólo la “consolación de Is-

⁶⁴ S. Lucas 2:14.

rael," sino una "luz que es para ser revelada á las naciones" y "salvación hasta los fines de la tierra."²² Buscaban la luz, y luz salió del trono de Dios é iluminó su senda. Mientras los sacerdotes y rabíes de Jerusalén, guardianes y expositores titulados de la verdad, fueron envueltos en tinieblas, la estrella enviada del cielo guió á aquellos gentiles del extranjero al lugar en que el Rey acababa de nacer.

Es "para la salvación de los que le esperan" para quienes Cristo "aparecerá la segunda vez, sin pecado."²³ Como las nuevas del nacimiento del Salvador, el mensaje del segundo advenimiento no fué confiado á los caudillos religiosos del pueblo. No habían conservado éstos la unión con Dios, y habían rehusado la luz divina; por consiguiente no se encontraban en el número de aquellos de quienes habla el apóstol Pablo cuando dice: "Vosotros empero, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día á vosotros os sorprenda como ladrón: porque todos vosotros sois hijos de la luz é hijos del día; nosotros no somos de la noche, ni de las tinieblas."²⁴

Las centinelas apostadas sobre los muros de Sión deberían haber sido las primeras en recoger como al vuelo las buenas nuevas del advenimiento del Salvador, las primeras en levantar sus voces para proclamarle cerca y avisar al pueblo á que se preparase para su venida. Pero en vez de eso estaban soñando tranquilamente en paz, mientras el pueblo seguía durmiendo en sus pecados. Jesús vió su iglesia, semejante á la higuera estéril, cubierta de hojas de presunción y sin embargo falta de rica fruta. Se observaban con boato las formas de la religión, mientras que faltaba el espíritu de verdadera humildad, arrepentimiento y fe, que solo podía hacer aceptable el servicio que se ofrecía á Dios. En lugar de los frutos del Espíritu, lo que se notaba era orgullo, formalismo, vanagloria, egoísmo y opresión. Era aquella una iglesia apóstata que cerraba los ojos á las señales de los tiempos. Dios no la había abandonado ni había dejado de ser fiel para con ella; pero ella se alejó de él y se apartó de su amor.

²² S. Lucas 2:25, 32; Hechos 13:47.

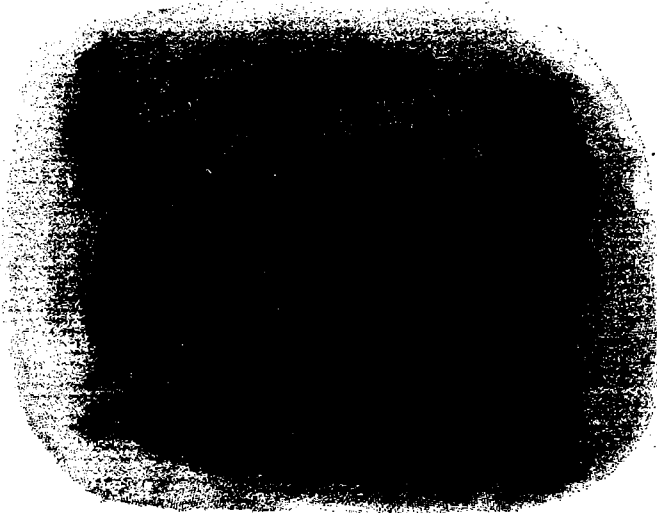
²³ Hebreos 9:28.

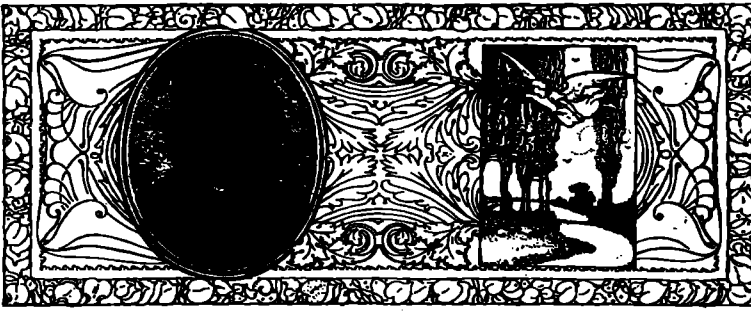
²⁴ 1 Tesalonicenses 5:4, 5.

Como se negara á satisfacer las condiciones, tampoco las promesas divinas se cumplieron para con ella.

Esto es lo que sucede infaliblemente cuando se dejan de apreciar y aprovechar la luz y privilegios que Dios concede. Como no siga la iglesia el sendero que le abre la Providencia, y no acepte cada rayo de luz, cumpliendo cada deber que le sea revelado, la religión degenerará inevitablemente en mera observancia de formas, y el espíritu de verdadera piedad desaparecerá. Esta verdad ha sido demostrada varias y repetidas veces en la historia de la iglesia. Dios requiere de su pueblo obras de fe y obediencia que correspondan á las bendiciones y privilegios que él le concede. La obediencia requiere sacrificios y lleva consigo una cruz; y por eso tantos que profesaron ser discípulos de Cristo se negaron á recibir la luz del cielo, y, como los judíos de antaño, no conocieron el tiempo de su visitación.⁶⁵ Debido á su orgullo é incredulidad, el Señor los dejó á un lado y reveló su verdad á los que, cual los pastores de Betlehem y los magos de oriente, pusieron atención en toda la luz que habían recibido.

⁶⁵ S. Lucas 19:44.





UN REFORMADOR AMERICANO—19

UN agricultor íntegro y de corazón recto, que había llegado á dudar de la divina autoridad de las Santas Escrituras, pero que deseaba sinceramente conocer la verdad, fué el hombre especialmente escogido por Dios para dar principio á la proclamación de la segunda venida de Cristo. Como otros muchos reformadores, Guillermo Miller había batallado con la pobreza en su juventud, y así había aprendido las grandes lecciones de energía y abnegación. Los miembros de la familia de que descendía se distinguieron por un espíritu independiente y amante de la libertad, por su fuerza de resistencia y ardiente patriotismo; rasgos éstos que sobresalían también en su carácter. Su padre era capitán en la guerra de la Independencia norte americana, y á los sacrificios y sufrimientos por que pasó durante las luchas de aquella época tempestuosa, es á lo que se pueden achacar las circunstancias apremiantes que rodearon la juventud de Miller.

Poseía una robusta constitución, y ya desde su niñez dió pruebas de inteligencia no común, rasgos que se fueron acentuando con la edad. Su espíritu era activo y bien desarrollado, y ardiente su sed de saber. Aunque no gozara de las ventajas de una instrucción académica, su amor al estudio y el hábito de reflexionar cuidadosamente, junto con su agudo criterio, hacían de él un hombre de sano juicio y de vasta comprensión. Su carácter moral era irreprochable, y gozaba de envidiable reputación, siendo generalmente estimado por su integridad, su frugalidad y su benevolencia. Á fuerza de

energía y aplicación pronto adquirió bienestar, si bien conservó siempre sus hábitos de estudio. Desempeñó con éxito varios cargos civiles y militares, y el camino hacia la riqueza y los honores parecía estarle ampliamente abierto.

Su madre era mujer de verdadera piedad, y durante su infancia había estado sujeto á influencias religiosas. Sin embargo en su mocedad vióse asociado con deístas, cuyo influjo era tanto mayor cuanto que la mayoría de ellos eran buenos ciudadanos y hombres de disposiciones humanitarias y benévolas. Viviendo como vivían en medio de instituciones cristianas, sus caracteres se habían acomodado hasta cierto punto al medio ambiente. Debían á la Biblia las cualidades que les granjearon el respeto y la confianza; y no obstante, tan hermosas dotes se malograron hasta ejercer influencia contra la Palabra de Dios. La compañía de esos hombres indujo á Miller á adoptar sus opiniones. Las interpretaciones corrientes de las Sagradas Escrituras presentaban dificultades que le parecían insuperables; con todo, al paso que sus nuevas creencias le hacían rechazar la Biblia, no le ofrecían nada mejor con que sustituirla, lo que le dejó al pobre lejos de estar satisfecho. Sin embargo siguió ateniéndose á estas ideas durante cerca de doce años. Pero á la edad de treinta y cuatro, el Espíritu Santo impresionó su corazón con el sentimiento de su condición de pecador. No encontró en su creencia anterior seguridad alguna de dicha para más allá de la tumba. El porvenir se le presentaba sombrío y tétrico. Refiriéndose años después á los sentimientos que le embargaban en aquel entonces, decía:

“El pensar en el aniquilamiento me ponía frío y me hacía estremecerme, y la responsabilidad personal me parecía envolver la destrucción segura de todos. El cielo antojábase de bronce sobre mi cabeza, y la tierra hierro bajo mis pies. La eternidad — ¿qué era? y la muerte ¿por qué existía? Cuanto más discurría, tanto más lejos estaba de la demostración. Cuanto más pensaba, tanto más divergentes eran las conclusiones á que llegaba. Traté de no pensar más; pero ya no era yo dueño de mis pensamientos. Me sentía verda-

deramenté desgraciado, pero sin saber por qué. Murmuraba y me quejaba, pero no sabía de quién. Sabía que algo andaba mal, pero no sabía ni dónde ni cómo encontrar lo justo. Gemía, pero sin esperanza.”

En ese estado permaneció varios meses. “De pronto,” dice, “el carácter de un Salvador se gravó hondamente en mi espíritu. Me parecía que bien podía existir un ser tan bueno y compasivo que expiara nuestras transgresiones, y nos librara así de sufrir la pena del pecado. Sentí inmediatamente cuán amable había de ser este alguien, y me imaginé que podría yo echarme en sus brazos y confiar en su misericordia. Pero surgió la pregunta: ¿cómo se puede probar la existencia de tal ser? Encontré que, fuera de la Biblia, no podía obtener prueba alguna de la existencia de semejante Salvador, y ni siquiera de una existencia futura. . . .

“Ví que la Biblia presentaba precisamente un Salvador tal cual yo lo necesitaba; pero me puse perplejo para darme cuenta de cómo un libro no inspirado pudiera desarrollar principios tan perfectamente adaptados á las necesidades de un mundo caído. Me ví obligado á admitir que las Sagradas Escrituras debían ser una revelación de Dios. Llegaron á ser mi deleite; y encontré en Jesús un amigo. El Salvador vino á ser para mí el más señalado entre diez mil; y las Escrituras, que antes eran oscuras y contradictorias, se volvieron entonces antorcha á mis pies y luz á mi senda. Mi espíritu se tranquilizó y se puso contento. Encontré que el Señor Dios era una Roca en medio del océano de la vida. La Biblia llegó á ser entonces mi principal objeto de estudio, y puedo decir en verdad, que la escudriñaba con gran deleite. Encontré que no se me había dicho nunca ni la mitad de lo que contenía. Me admiraba de que no hubiese visto antes su belleza y magnificencia, y me maravillaba de que hubiese podido jamás rechazarla. En ella encontré revelado todo lo que mi corazón podía desear, y un remedio para toda enfermedad del alma. Perdí enteramente el gusto por otra lectura, y me apliqué de corazón á adquirir sabiduría de Dios.”¹

¹ Bliss, S., “Memoirs of Wm. Miller,” pp. 65-67.

Miller hizo entonces pública profesión de fe en la religión que había despreciado antes. Pero sus compañeros incrédulos no tardaron en aducir todos aquellos argumentos de que él mismo había echado mano á menudo contra la autoridad divina de las Santas Escrituras. Él no estaba todavía preparado para contestarles; pero se dijo que si la Biblia es una revelación de Dios, debía ser consecuente consigo misma; y que habiendo sido dada para instrucción del hombre, debía estar adaptada á su inteligencia. Resolvió estudiar las Sagradas Escrituras para sí mismo, para averiguar si las contradicciones aparentes no podían armonizarse.

Esforzándose en poner á un lado toda opinión preconcebida, y prescindiendo de todo comentario, comparó pasaje con pasaje con la ayuda de las referencias marginales y de la concordancia. Prosiguió su estudio de un modo regular y metódico; empezando con el Génesis y leyendo versículo por versículo, no pasaba adelante sino cuando el que estaba estudiando quedaba aclarado, dejándole libre de toda perplejidad. Cuando encontraba algún pasaje obscuro, solía compararlo con todos los demás textos que parecían tener alguna referencia con el asunto en cuestión. Dejaba á cada palabra su lugar propio en el tema de que trataba el texto, y si la idea que de ella tenía se armonizaba con cada pasaje colateral, la dificultad desaparecía. Así, cada vez que daba con un pasaje difícil de comprender, encontraba la explicación en alguna otra parte de las Santas Escrituras. Como estudiaba orando fervorosamente para que Dios le alumbrara, lo que antes le había aparecido obscuro se le aclaraba. Experimentó la verdad de las palabras del salmista: "La entrada de tus palabras alumbrá; á los simples les dá inteligencia."²

Con profundo interés estudió los libros de Daniel y el Apocalipsis, siguiendo los mismos principios de interpretación que en los demás libros de la Biblia, y encontró con gran gozo, que los símbolos proféticos podían ser comprendidos. Vió que las profecías, en la medida en que se habían cumplido, se habían cumplido literalmente; que todas las diferentes figuras, metáforas, parábolas, similitudes, etc., ó estaban ex-

² Salmo 119:130.

plicadas en su contexto inmediato, ó los términos en que estaban expresadas eran definidos en otros pasajes; y que cuando eran así explicados debían ser entendidos literalmente. "Así me convencí," dice, "de que la Biblia es un sistema de verdades reveladas dadas con tanta claridad y sencillez, que el que anduviere en el camino trazado por ellas, por insensato que fuere, no tiene por qué extraviarse." Eslabón tras eslabón de la cadena de la verdad descubierta vino á recompensar sus esfuerzos, á medida que paso á paso seguía las grandes líneas de la profecía. Ángeles del cielo dirigían sus pensamientos y descubrían las Escrituras á su inteligencia.

Tomando por criterio el modo en que las profecías se habían cumplido en lo pasado, para considerar el modo en que se cumplirían las que quedaban aún por cumplirse, tuvo la satisfacción de ver que el concepto popular del reino espiritual de Cristo — un milenio temporal antes del fin del mundo — no estaba fundado en la Palabra de Dios. Esta doctrina que indicaba mil años de justicia y de paz antes de la venida personal del Señor, difería para quién sabe cuándo los terrores del día de Dios. Pero, por agradable que ella sea, es contraria á las enseñanzas de Cristo y de sus apóstoles, quienes declaran que el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la siega al fin del mundo; que "los hombres malos, y los impostores irán de mal en peor;" que "en los postreros días vendrán tiempos peligrosos;" y que el reino de las tinieblas subsistirá hasta el advenimiento del Señor y será consumido por el espíritu de su boca y destruído con el resplandor de su venida.*

La doctrina de la conversión del mundo y del reino espiritual de Cristo no era sustentada por la iglesia apostólica. No fué generalmente aceptada por los cristianos hasta casi á principios del siglo XVIII. Como todos los demás errores, éste también produjo malos resultados. Enseñó á los hombres á dejar para un remoto porvenir la venida del Señor y les impidió que dieran importancia á las señales de su cercana llegada. Infundía un sentimiento de confianza y

* Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," p. 70. * S. Mateo 13:30, 38-41.

* 2 Timoteo 3:13, 1.

* 2 Tesalonicenses 2:8.

seguridad mal fundado, y llevó á muchos á descuidar la preparación necesaria para ir al encuentro de su Señor.

Miller encontró que la venida verdadera y personal de Cristo está claramente enseñada en las Santas Escrituras. San Pablo dice: "El Señor mismo descenderá del cielo con mandato soberano, con voz del arcángel y con trompeta de Dios." Y el Salvador declara que "Verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo, con poder y grande gloria." "Porque como el relámpago sale del oriente, y se ve lucir hasta el occidente; así también será la venida del Hijo del hombre." Será acompañado por todas las huestes del cielo. "El Hijo del hombre vendrá en su gloria y todos los ángeles con él." "Y enviará sus ángeles con grande estruendo de trompetas, los cuales juntarán sus escogidos."

Á su venida los cuerpos de los justos resucitarán, y los justos que estuvieren aún vivos serán mudados. "No todos dormiremos," dice Pablo, "mas todos seremos mudados en un momento, en un abrir de ojos, al sonar la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados. Porque es necesario que este cuerpo corruptible se vista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se vista de inmortalidad." Y en su carta á los tesalonicenses, después de describir la venida del Señor, dice: "Los muertos en Cristo se levantarán primero; luego nosotros los vivientes, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos á las nubes, al encuentro del Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor."

El pueblo de Dios no puede recibir el reino sino cuando se realice el advenimiento personal de Cristo. El Señor había dicho: "Cuando el Hijo del hombre vendrá en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y delante de él serán juntadas todas las naciones; y á los hombres los apartará unos de otros, como el pastor aparta las ovejas de las cabras: y pondrá las ovejas á su

¹ 1 Tesalonicenses 4:16.

² S. Mateo 24:30, 27, 31.

³ S. Mateo 25:31.

⁴ 1 Corintios 15:51-53.

⁵ 1 Tesalonicenses 4:16, 17.

derecha, y las cabras á la izquierda. Entonces dirá el Rey á los que estarán á su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo!"²² Hemos visto por los pasajes que acabamos de citar que cuando venga el Hijo del hombre, los muertos serán resucitados incorruptibles, y que los vivos serán mudados. Este gran cambio los preparará para recibir el reino; pues San Pablo dice: "Carne y sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción."²³ El hombre en su estado presente es mortal, corruptible; pero el reino de Dios será incorruptible, y sempiterno. Por consiguiente el hombre en su estado presente no puede entrar en el reino de Dios. Pero cuando venga Jesús, concederá la inmortalidad á su pueblo; y luego los llamará á poseer el reino, del que hasta aquí sólo han sido presuntos herederos.

Estos y otros pasajes bíblicos probaron claramente á Miller que los acontecimientos que generalmente se esperaba que se verificasen antes de la venida de Cristo, tales como el reino universal de la paz, y el establecimiento del reino de Dios en la tierra, debían realizarse después del segundo advenimiento. Además, todas las señales de los tiempos y el estado del mundo correspondían á la descripción profética de los últimos días. Miller, por el solo estudio de las Sagradas Escrituras, tuvo que llegar á la conclusión de que el período fijado para la subsistencia de la tierra en su estado actual estaba por terminar.

"Otra especie de evidencia que afectó vitalmente mi espíritu," dice él, "fué la cronología de las Santas Escrituras. . . . Encontré que los acontecimientos predichos, que se habían cumplido en lo pasado, se habían desarrollado muchas veces dentro de los límites de un tiempo dado. Los ciento y veinte años hasta el diluvio (Génesis 6:3); los siete días que debían precederlo, con el anuncio de cuarenta días de lluvia (Génesis 7:4); los cuatrocientos años de la permanencia de la posteridad de Abraham en Egipto (Génesis 15:13); los

²² S. Mateo 25:31-34.

²³ 1 Corintios 15:50.

tres días de los sueños del copero y del panadero (Génesis 40: 12-20); los siete años de Faraón (Génesis 41: 28-54); los cuarenta años en el desierto (Números 14: 34); los tres años y medio de hambre (1 Reyes 17: 1);¹⁴ . . . los setenta años del cautiverio en Babilonia (Jeremías 25: 11); los siete tiempos de Nabucodonosor (Daniel 4: 13-16); y las siete semanas, y sesenta y dos semanas, y la una semana, haciendo setenta semanas, determinadas sobre los judíos (Daniel 9: 24-27); todos los acontecimientos limitados por estos períodos de tiempo, no fueron una vez más que asunto profético, mas se cumplieren de acuerdo con las predicciones.”¹⁵

Por consiguiente, al encontrar en su estudio de la Biblia varios períodos cronológicos, los cuales, según su modo de entenderlos, se extendían hasta la segunda venida de Cristo, no pudo menos que considerarlos como los “tiempos señalados,” que Dios había revelado á sus siervos. “Las cosas secretas,” dice Moisés, “pertenecen á Jehová nuestro Dios; mas las reveladas nos pertenecen á nosotros y á nuestros hijos para siempre,”¹⁶ y el Señor declara por el profeta Amós que “no hará nada sin que revele su secreto á sus siervos los profetas.”¹⁷ Así que los que estudian la Palabra de Dios pueden confiar que encontrarán en las Santas Escrituras indicado con claridad el acontecimiento más estupendo que debe realizarse en la historia de la humanidad.

“Estando completamente convencido,” dice Miller, “de que ‘toda Escritura divinamente inspirada es útil;’¹⁸ que en ningún tiempo fué dada por voluntad de hombre, sino que fué escrita por hombres santos inspirados del Espíritu Santo,” y esto ‘para nuestra enseñanza’ ‘para que por medio de la paciencia, y del consuelo de las Escrituras, nosotros tengamos esperanza,’¹⁹ no pude menos que considerar las partes cronológicas de la Biblia tan pertinentes á la Palabra de Dios y tan acreedoras á que las tomáramos en cuenta como cualquiera otra parte de las Sagradas Escrituras. Pensé por consiguiente

¹⁴ Véase S. Lucas 4:25.

¹⁵ Bliss, “Memoirs of Wm. Miller,” pp. 74, 75.

¹⁶ Deuteronomio 29:29. ¹⁷ Amós 3:7. ¹⁸ Véase 2 Timoteo 3:16.

¹⁹ 2 Pedro 1:21. ²⁰ Romanos 15:4.

que al tratar de comprender lo que Dios, en su misericordia, había juzgado conveniente revelarnos, yo no tenía derecho para pasar por alto los períodos proféticos.”²¹

La profecía que parecía revelar con la mayor claridad el tiempo del segundo advenimiento, era la de Daniel 8:14: “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el Santuario.” Siguiendo la regla que se había impuesto de dejar que las Sagradas Escrituras se interpretasen á sí mismas, Miller llegó á saber que un día en la profecía simbólica representa un año;²² vió que el período de los 2300 días proféticos, ó años literales, se extendían mucho más allá del fin de la era judaica, y que por consiguiente no podía referirse al santuario de aquella economía. Miller aceptó la creencia general de que durante la edad cristiana la tierra es el santuario, y comprendió por consiguiente que la purificación del santuario predicha en Daniel 8:14, representaba la purificación de la tierra con fuego en el segundo advenimiento de Cristo. Llegó pues á la conclusión de que si se podía encontrar el exacto punto de partida de los 2300 días, sería fácil fijar el tiempo del segundo advenimiento. Así quedaría revelado el tiempo de aquella gran consumación, “el tiempo en que concluiría el presente estado de cosas, con todo su orgullo y poder, su pompa y vanidad, su maldad y opresión, . . . el tiempo en que la tierra dejaría de ser maldita, en que la muerte sería destruída y se daría el galardón á los siervos de Dios, á los profetas y santos, y á todos los que temen su nombre, tiempo en que serían destruídos los que asolan la tierra.”²³

Miller siguió escudriñando las profecías con más empeño y fervor que nunca, dedicando noches y días enteros al estudio de lo que parecía entonces ser de tan inmensa importancia y absorbente interés. En el capítulo octavo de Daniel no pudo encontrar guía para el punto de partida de los 2300 días. Aunque se le mandó que hiciera comprender la visión á Daniel, el ángel Gabriel sólo le dió á éste una explicación

²¹ Bliss, “Memoirs of Wm. Miller,” p. 75.

²² Números 14:34; Ezequiel 4:6.

²³ Bliss, “Memoirs of Wm. Miller,” p. 76.

parcial. Cuando el profeta vió las terribles persecuciones que le sobrevendrían á la iglesia, desfallecieron sus fuerzas físicas. No pudo soportar más, y el ángel lo dejó por algún tiempo. Daniel “quedó sin fuerzas,” y estuvo “enfermo algunos días.” Y “estaba asombrado de la visión,” dice, “mas no hubo quién la explicase.”

Y sin embargo Dios había mandado á su mensajero: “Haz que éste entienda la visión.” Esa orden debía ser ejecutada. En obediencia á ella, el ángel, poco tiempo después, volvió hacia Daniel, diciendo: “Ahora he salido para hacerte sabio de entendimiento;” “entiende pues la palabra, y alcanza inteligencia de la visión.”²⁴ Había un punto importante en la visión del capítulo octavo, que no había sido explicado, á saber, el que se refería al tiempo: el período de los 2300 días; por consiguiente, el ángel, reasumiendo su explicación, se detiene principalmente en la cuestión del tiempo:

“Setenta semanas están determinadas en cuanto á tu pueblo, y en cuanto á tu santa ciudad. . . . Sabe pues, y entiende que desde que salga la orden para restaurar y reedificar á Jerusalén, hasta el Mesías, el Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas: la ciudad volverá á edificarse con calle y foso, bien que en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas será muerto el Mesías; y no será más suyo el pueblo. . . . Y dará validez al pacto para con muchos en la semana restante, y á la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda vegetal.”

El ángel había sido enviado á Daniel con el objeto expreso de que le explicara el punto que no había logrado comprender en la visión del capítulo octavo, el dato relativo al tiempo: “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario.” Después de mandar á Daniel que “entienda” “la palabra” y que alcance inteligencia de “la visión,” las primeras palabras del ángel son: “setenta semanas están determinadas en cuanto á tu pueblo, y en cuanto á tu santa ciudad.” La palabra traducida aquí por “determinadas,” significa literalmente “descontadas.” El ángel de-

²⁴ Daniel 9:22, 23, 25-27.

clara que setenta semanas, que representaban 490 años, debían ser descontadas por pertenecer especialmente á los judíos. ¡Pero de dónde fueron descontadas? Como los 2300 días son el único período de tiempo mencionado en el capítulo octavo, éste debe ser el período del que fueron descontadas las setenta semanas; las setenta semanas deben por consiguiente formar parte de los 2300 días, y ambos períodos deben empezar juntos. El ángel declaró que las setenta semanas datan del momento en que salió el edicto para reedificar á Jerusalén. Si se pudiese encontrar la fecha de aquel edicto, entonces quedaría fijado el punto de partida del gran período de los 2300 días.

Ese decreto se encuentra en el capítulo séptimo de Esdras.²⁵ Fué expedido en su forma más completa por Artajerjes, rey de Persia, en el año 457 ant. de J. C. Pero en Esdras 6:14 se dice que la casa del Señor en Jerusalén fué edificada “por orden de Ciro, y de Darío, y de Artajerjes, reyes de Persia.” Estos tres reyes, al expedir el decreto y al confirmarlo y completarlo lo pusieron en la condición requerida por la profecía para que marcasse el principio de los 2300 años. Tomando el año 457 ant. de J. C. en que el decreto fué completado, como fecha de la orden, se echó de ver que cada especificación de la profecía referente á las setenta semanas se había cumplido.

“Desde que salga la orden para restaurar y reedificar á Jerusalén, hasta el Mesías, el Príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas”— es decir sesenta y nueve semanas, ó sea 483 años. El decreto de Artajerjes fué puesto en vigencia en el otoño del año 457 ant. de J. C. Partiendo de esta fecha, los 483 años alcanzan al otoño del año 27 de J. C.²⁶ Entonces fué cuando esta profecía se cumplió. La palabra “Mesías” significa “el Ungido.” En el otoño del año 27 de J. C., Cristo fué bautizado por Juan y recibió la unción del Espíritu Santo. El apóstol Pedro testifica que “á Jesús de Nazaret: . . . Dios le ungió con el Espíritu Santo y con

²⁵ Esdras 7:12-26.

²⁶ Véase el Apéndice; además el diagrama frente á la página 346.

poder.”²⁷ Y el mismo Salvador declara: “El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas á los pobres.”²⁸ Después de su bautismo, Jesús volvió á Galilea, “predicando el evangelio de Dios, y diciendo: ¡Se ha cumplido *el tiempo!*”²⁹

“Y dará validez al pacto para con muchos en la semana restante.” La “semana” de que aquí se habla es la última de las setenta semanas; son los siete últimos años del período concedido especialmente á los judíos. Durante ese espacio de tiempo, que se extendió del año 27 al año 34 de J. C., Cristo, primero en persona y luego por intermedio de sus discípulos, presentó la invitación del evangelio especialmente á los judíos. Cuando los apóstoles salieron para proclamar las buenas nuevas del reino, las instrucciones del Salvador fueron: “No vayáis en camino de gentiles, ni entréis en ciudad de samaritanos; sino id más bien á las ovejas perdidas de la casa de Israel.”³⁰

“Á la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda vegetal.” En el año 31 de J. C., tres años y medio después de su bautismo, nuestro Señor fué crucificado. Con el gran sacrificio ofrecido en el Calvario, terminó aquel sistema de ofrendas que durante cuatro mil años había sido tipo del Cordero de Dios. El tipo vino á unirse con el antitipo. Con este hecho todos los sacrificios y oblaciones del sistema ceremonial tenían que dejar de ser.

Las setenta semanas, ó 490 años concedidos á los judíos, terminaron, como lo vimos, en el año 34 de J. C. En dicha fecha, por auto del sanedrín judaico, la nación selló su rechazo del evangelio con el martirio de Esteban y la persecución de los discípulos de Cristo. Entonces el mensaje de salvación, no estando más reservado exclusivamente al pueblo elegido, fué dado al mundo. Los discípulos, obligados por la persecución á huir de Jerusalén, “andaban por todas partes, predicando la Palabra.” “Felipe, descendiendo á la ciudad de Samaria, proclamó á ellos el Cristo.” Pedro, guiado por Dios, dió á conocer el evangelio al centurión de Cesarea, el

²⁷ Hechos 10:38.

²⁸ S. Lucas 4:18.

²⁹ S. Marcos 1:14, 15.

³⁰ S. Mateo 10:5, 6.

piadoso Cornelio; el ardiente Pablo, ganado á la fe de Cristo, fué comisionado para llevar las alegres nuevas "lejos . . . á los gentiles." ¹¹

Hasta aquí cada uno de los detalles de las profecías se ha cumplido de una manera sorprendente, y el principio de las setenta semanas queda establecido irrefutablemente en el año 457 ant. de J. C. y su fin en el año 34 de J. C. Partiendo de esta fecha no es difícil encontrar el término de los 2300 días. Las setenta semanas — 490 días — descontadas de los 2300 días, quedaban 1810 días. Concluídos los 490 días, quedaban aún por cumplirse los 1810 días. Contando desde el año 34 de J. C., los 1810 años alcanzan al año 1844. Por consiguiente los 2300 días de Daniel 8:14 terminaron en 1844. Al fin de este gran período profético, según el testimonio del ángel de Dios, "el santuario" debía ser "purificado." De este modo la fecha de la purificación del santuario — la cual se creía casi universalmente que se verificaría en el segundo advenimiento de Cristo — quedó definitivamente establecida.

Miller y sus colaboradores creyeron primero que los 2300 días terminarían en la primavera de 1844, mientras que la profecía señala el otoño de ese mismo año.¹² La mala inteligencia de este punto fué causa de desengaño y perplejidad para los que habían fijado para la primavera de dicho año el tiempo de la venida del Señor. Pero esto no afectó en lo más mínimo la fuerza de la argumentación, que demuestra que los 2300 días terminaron en el año 1844, y que el gran acontecimiento representado por la purificación del santuario debía verificarse entonces.

Al empezar á estudiar las Sagradas Escrituras, como lo hizo, para probar que son una revelación de Dios, Miller no tenía la menor idea de que llegaría á la conclusión á que había llegado. Á penas podía él mismo creer en los resultados de su investigación. Pero las pruebas de la Santa Escritura eran demasiado evidentes y concluyentes para rechazarlas.

¹¹ Hechos 8:4, 5; 22:21. ¹² Véase el diagrama; además el Apéndice.

Había dedicado dos años al estudio de la Biblia, cuando, en 1818, llegó á tener la solemne convicción de que unos veinticinco años después aparecería Cristo para redimir á su pueblo. "No necesito decir nada," dice Miller, "del gozo que llenó mi corazón ante tan embelesadora perspectiva, ni de los ardientes anhelos de mi alma para participar del júbilo de los redimidos. La Biblia era para mí entonces un libro nuevo. Era esto en verdad una fiesta de la razón; todo lo que para mí había sido opaco, místico ú obscuro en sus enseñanzas, había desaparecido de mi mente ante la clara luz que brotaba de sus sagradas páginas; y ¡oh! ¡cuán brillante y gloriosa aparecía la verdad! Todas las contradicciones y disonancias que había encontrado antes en la Palabra desaparecieron; y si bien quedaban muchas partes de cuya inteligencia no estaba yo mismo satisfecho del todo, era tanta la luz que de ellas manaba para alumbrar mi inteligencia oscurecida, que al estudiar las Sagradas Escrituras sentía un deleite que nunca antes me hubiera figurado que podría sacar de sus enseñanzas." ³³

"Solemnemente convencido de que las Santas Escrituras anunciaban el cumplimiento de tan importantes acontecimientos en tan corto espacio de tiempo, surgió con fuerza en mi alma la cuestión de saber cuál era mi deber para con el mundo, en vista de la evidencia que había conmovido mi propio espíritu." ³⁴ No pudo menos que sentir que era deber suyo impartir á otros la luz que él había recibido. Esperaba encontrar oposición de parte de los impíos, pero estaba seguro de que todos los cristianos se alegrarían en la esperanza de ir al encuentro del Salvador á quien profesaban amar. Su único temor era de que en su gran júbilo por la perspectiva de la gloriosa liberación que debía cumplirse tan pronto, muchos recibiesen la doctrina sin examinar detenidamente las Santas Escrituras para ver si demostraban la verdad. De aquí que vacilara en presentarla, por temor de estar errado y de hacer descarriar á otros. Así es como fué inducido á revisar las pruebas que apoyaban las conclusiones á que había

³³ Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," pp. 76, 77. ³⁴ *Idem*, p. 81.

llegado, y á considerar cuidadosamente cualquiera dificultad que se presentase á su espíritu. Encontró que las objeciones se desvanecían ante la luz de la Palabra de Dios como la neblina ante los rayos del sol. Transeurridos cinco años en esos estudios quedó enteramente convencido de que su manera de ver era correcta.

El deber de hacer conocer á otros lo que él creía estar tan claramente enseñado en las Sagradas Escrituras, se le impuso entonces con nueva fuerza. "Cuando estaba ocupado en mi trabajo, decía, sonaba continuamente en mis oídos el mandato: Anda y haz saber al mundo el peligro que corre. Se me venía continuamente á la mente este pasaje: 'Cuando yo digo al inicuo: ¡Oh hombre inicuo, ciertamente morirás! si tú no hablas para amonestar al inicuo de su camino, él, siendo inicuo, en su iniquidad morirá; mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Pero cuando tú hubieres amonestado al inicuo de su camino, para que se vuelva de él, si no se volviere de su camino, por su pecado morirá; mas tú has librado á tu alma.'"⁸⁸ Sentía que si los impíos podían ser amonestados eficazmente, multitudes de ellos se arrepentirían; y que al no ser amonestados, su sangre podía ser demandada de mi mano."⁸⁹

Empezó á presentar sus ideas en círculo privado siempre que se le ofrecía la oportunidad, pidiendo á Dios que algún ministro sintiese la fuerza de ellas y se dedicase á proclamarlas. Pero no pudo librarse de la convicción de que él tenía un deber personal que cumplir dando el aviso. De continuo se presentaban á su espíritu las siguientes palabras: "Anda y anúncialo al mundo; su sangre será demandada de tu mano." Esperó nueve años; y la carga continuaba pesando sobre su alma, hasta que en 1831 expuso por primera vez en público las razones de la fe que tenía.

Así como Eliseo fué llamado cuando seguía á sus bueyes en el campo, para recibir el manto de la consagración al ministerio profético, así también Guillermo Miller fué llamado á dejar su arado y descubrir al pueblo los misterios del reino

⁸⁸ Ezequiel 33:8, 9.

⁸⁹ Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," p. 92.

de Dios. Indeciso y tembloroso dió principio á su obra, conduciendo á sus oyentes, paso á paso, á través de los períodos proféticos hasta el segundo advenimiento de Cristo. Cada esfuerzo aumentaba sus energías y valor, al ver el marcado interés que despertaban sus palabras.

No fué sino debido á la solicitación de sus hermanos, en cuyas palabras creyó oír el llamamiento de Dios, como Miller consintió en presentar sus opiniones en público. Tenía entonces cincuenta años de edad, no estaba acostumbrado á hablar en público, y se sentía oprimido al reconocer su incapacidad para la obra que tenía delante. Pero desde el principio sus labores fueron notablemente bendecidas para la salvación de las almas. Su primera conferencia fué seguida de un despertamiento religioso, durante el cual treinta familias enteras, menos dos personas, fueron convertidas. Se le instó inmediatamente á que hablase en otros lugares, y casi en todas partes su trabajo tuvo por resultado un avivamiento de la obra del Señor. Los pecadores se convertían, los cristianos eran despertados á mayor consagración, y los deístas y los incrédulos eran inducidos á reconocer la verdad de la Biblia y de la religión cristiana. El testimonio de aquellos entre quienes trabajaba, era: "Conseguía ejercer influencia en una clase de espíritus fuera del alcance de la influencia de otros hombres."¹⁷ Su predicación es la que se necesita para despertar el espíritu público á los grandes asuntos de la religión y para contrarrestar la mundanidad y sensualidad crecientes de la época.

En casi todas las ciudades se convertían los oyentes por docenas y hasta por centenares. En muchas poblaciones las iglesias protestantes de casi todas las denominaciones le fueron abiertas de par en par; y las invitaciones para trabajar en ellas le venían generalmente de los mismos ministros de las diversas congregaciones. Su regla invariable era de no trabajar en ningún lugar adonde no hubiese sido invitado. Sin embargo pronto vió que no le era posible atender ni á la mitad de los llamamientos con que se le abrumaba.

Muchos que no aceptaban su modo de ver en cuanto á la

¹⁷ Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," p. 138.

fecha exacta del segundo advenimiento, estaban convencidos de la seguridad y proximidad de la venida de Cristo y de que necesitaban prepararse para ella. En algunas de las grandes ciudades, sus labores hicieron extraordinaria impresión. Vendedores de licores abandonaron su tráfico y convirtieron sus tiendas en salas de culto; los garitos eran abandonados; incrédulos, deístas, universalistas y hasta libertinos de los más perdidos — algunos de los cuales no habían entrado en ninguna sala de culto desde hacía años — se convertían. Las diversas denominaciones establecieron reuniones de oración en diferentes barrios y á casi cada hora del día, y los hombres de negocios se reunían á medio día para orar y cantar alabanzas. No se notaba excitación estrafalaria, sino que los espíritus estaban generalmente penetrados del sentimiento de lo solemne. La obra de Miller, como la de los primitivos reformadores, tendía más bién á convencer el entendimiento y á despertar la conciencia que á despertar meras emociones.

En 1833 Miller recibió de la iglesia bautista de la cual era miembro, una licencia autorizándole para predicar. Además buen número de los ministros de su denominación aprobaron su obra, y fué con su sanción formal con que prosiguió sus trabajos.

Hizo viajes y predicó sin descanso, si bien sus labores personales se limitaban principalmente á los estados del este y del centro de los Estados Unidos. Durante varios años él mismo cubrió todos sus gastos de su bolsillo y posteriormente no le costearon nunca por completo los gastos de viaje á los puntos adonde se le llamaba. De este modo sus labores públicas, lejos de ser un provecho pecuniario, constituían pesado gravamen para su fortuna particular que fué menguando durante este período de su vida. Era padre de numerosa familia, pero como todos los miembros de ella eran frugales y diligentes, su hacienda bastaba para el sustento de todos ellos.

En 1833, dos años después de haber principiado Miller á presentar en público las pruebas de la próxima venida de Cristo, apareció la última de las señales que habían sido anun-

ciadas por el Salvador como precursoras de su segundo advenimiento. Jesús había dicho: "Las estrellas caerán del cielo."²⁸ Y Juan, al recibir la visión de las escenas que anunciarían el día de Dios, declara en el Apocalipsis: "Las estrellas del cielo cayeron á la tierra de la manera que una higuera echa sus higos no maduros aún, cuando es sacudida de un gran viento."²⁹ Esta profecía se cumplió de modo sorprendente y pasmoso con la gran lluvia meteórica del 13 de noviembre de 1833. Fué éste el más dilatado y admirable espectáculo de estrellas errantes que se haya jamás registrado; "¡todo el firmamento sobre todos los Estados Unidos estuvo entonces, durante horas enteras, en conmoción ígnea! No ha ocurrido jamás en este país, desde el tiempo de los primeros colonos, un fenómeno celestial que despertara tan grande admiración entre unos, ni tanto terror ni alarma entre otros. Su sublimidad y terrible belleza quedan aún grabadas en el recuerdo de muchos. . . . Jamás cayó lluvia más tupida que la en que cayeron los meteoros hacia la tierra; al este, al oeste, al norte y al sur era lo mismo. En una palabra, todo el cielo parecía en conmoción. . . . El espectáculo, tal como está descrito en el diario del profesor Silliman, fué visto por toda la América del Norte. . . . Desde las dos de la madrugada hasta la plena claridad del día, en un firmamento perfectamente sereno y sin nubes, todo el cielo estaba constantemente agitado por una lluvia incesante de cuerpos que brillaban de modo deslumbrador."³⁰

"Ninguna lengua en verdad podría describir el esplendor de tan hermoso espectáculo; . . . nadie que no lo haya presenciado puede formarse exacta idea de su esplendor. Parecía que todas las estrellas del cielo se hubiesen reunido en un punto cerca del cénit, y que fuesen lanzadas de allí, con la velocidad del rayo, en todas las direcciones del horizonte; y sin embargo no se agotaban: con toda rapidez seguíanse por miles unas tras otras, como si hubiesen sido creadas para el

²⁸ S. Mateo 24:29.

²⁹ Apocalipsis 6:13.

³⁰ Devens, R. M., "American Progress; or, The Great Events of the Greatest Century," cap. 28, párs. 1-5.

caso.”⁴¹ “Es imposible contemplar una imagen más exacta de la higuera que deja caer sus higos cuando es sacudida por un gran viento.”⁴²

En el *Journal of Commerce* de Nueva York del 14 de noviembre se publicó un largo artículo referente á este maravilloso fenómeno y que contiene la siguiente declaración: “Supongo que ningún filósofo ni escolástico han referido ó registrado jamás un suceso como el de ayer por la mañana. Hace mil ochocientos años un profeta lo predijo con toda exactitud, por si algo nos costase comprender que las estrellas que cayeron, significan estrellas errantes ó fugaces, . . . que es el único sentido verdadero y literal.”

Así es como se realizó la última de esas señales de su venida, tocante á las cuales Jesús había dicho á sus discípulos: “Cuando viereis todas estas cosas, *sabed* que está cerca, á las puertas mismas.”⁴³ Después de estas señales, Juan vió que el más grande acontecimiento que debía seguir, era el cielo que desaparecía como un libro cuando es arrollado, mientras que la tierra era sacudida, que las montañas y las islas eran movidas de sus lugares, y que los impíos, aterrORIZADOS, trataban de esconderse de la presencia del Hijo del hombre.⁴⁴

Muchos de los que presenciaron la caída de las estrellas, la consideraron como un anuncio del juicio venidero —“como un signo espantoso, un presagio misericordioso, de aquel grande y terrible día.”⁴⁵ Así fué dirigida la atención del pueblo hacia el cumplimiento de la profecía, y muchos fueron inducidos á hacer caso del aviso del segundo advenimiento.

En el año de 1840 otro notable cumplimiento de la profecía despertó general interés. Dos años antes, Josías Litch, uno de los principales ministros que predicaban el segundo advenimiento, publicó una explicación del capítulo noveno del Apocalipsis, que predecía la caída del imperio otomano. Según sus cálculos esa potencia sería derribada “en el año 1840

⁴¹ Reed, F., en el *Christian Advocate and Journal*, 13 de dic. de 1833.

⁴² “The Old Countryman,” en el *Evening Advertiser* de Portland,

26 de nov. de 1833.

⁴³ S. Mateo 24:33.

⁴⁴ Apocalipsis 6:12-17.

de J. C., durante el mes de agosto"; y pocos días antes de su cumplimiento escribió: "Admitiendo que el primer período de los 150 años, se haya cumplido exactamente antes de que Deacozes subiera al trono con permiso de los turcos, y que los 391 años y quince días, comenzaran al terminar el primer período, dicho período terminará el 11 de agosto de 1840, día en que puede anticiparse que el poder otomano en Constantinopla será quebrantado. Y esto es lo que creo que va á confirmarse."⁴⁵

En el tiempo mismo que había sido especificado, Turquía aceptó, por medio de sus embajadores, la protección de las potencias aliadas de Europa, poniéndose así bajo el gobierno de las naciones cristianas. El acontecimiento cumplió exactamente la predicción.⁴⁶ Cuando esto se llegó á saber, multitudes se convencieron de que los principios de interpretación profética adoptados por Miller y sus compañeros eran correctos, con lo que recibió un impulso maravilloso el movimiento adventista. Hombres de saber y de posición social se adhirieron á Miller, tanto para predicar como para publicar sus ideas, y de 1840 á 1844 la obra se extendió rápidamente.

Guillermo Miller poseía grandes dotes intelectuales, disciplinadas por la reflexión y el estudio; y á ellas añadió la sabiduría del cielo, habiéndose puesto en relación con la Fuente de la sabiduría. Era hombre de verdadero valer, que no podía menos que imponer respeto y grangearse el aprecio donde quiera que supiera estimarse la integridad, el carácter y el valor moral. Uniendo verdadera bondad de corazón á la humildad cristiana y al dominio de sí mismo, era atento y afable para con todos, y siempre listo para escuchar las opiniones de los demás y pesar sus argumentos. Sin apasionamiento ni agitación, ponía á prueba todas las teorías y doctrinas á la luz de la Palabra de Dios; y su sano juicio y profundo conocimiento de las Santas Escrituras, le permitían refutar el error y descubrir la falsedad.

Sin embargo no prosiguió su obra sin encontrar violenta oposición. Como les sucediera á los primeros reformadores,

⁴⁵ Litch, Josiah, artículo en *Signs of the Times, and Expositor of Prophecy*, 1 de agosto de 1840.

⁴⁶ Véase el Apéndice.

las verdades que proclamaba no fueron recibidas favorablemente por los maestros religiosos del pueblo. Como éstos no podían conservar sus posiciones apoyándose en las Santas Escrituras, se vieron obligados á recurrir á los dichos y doctrinas de los hombres, á las tradiciones de los padres. Pero la Palabra de Dios era el único testimonio que aceptaban los predicadores de la verdad del segundo advenimiento. "La Biblia, y la Biblia sola," era su consigna. La falta de argumentos bíblicos de parte de sus adversarios era suplida por el ridículo y la burla. Tiempo, medios y talentos fueron empleados en difamar á aquellos cuyo único crimen consistía en esperar con júbilo el regreso de su Señor, y en esforzarse en vivir santamente, y en exhortar á los demás á que se preparasen para su aparición.

Serios fueron los esfuerzos que se hicieron para apartar la mente del pueblo del asunto del segundo advenimiento. Se hizo aparecer como pecado, como algo de que los hombres debían avergonzarse, el estudio de las profecías que se refieren á la venida de Cristo y al fin del mundo. Así los ministros del pueblo socavaron la fe en la Palabra de Dios. Sus enseñanzas volvían incrédulos á los hombres, y muchos se arrogaron la libertad de andar según sus impías pasiones. Luego los autores del mal echaban la culpa de él á los adventistas.

Mientras que un sinnúmero de personas inteligentes é interesadas se apiñaban para oír á Miller, su nombre era rara vez mencionado por la prensa religiosa y sólo para ridiculizarlo y acusarlo. Los indiferentes y los impíos, alentados por la actitud de los maestros de religión, recurrieron á epítetos difamantes, á chistes vulgares y blasfemos, en sus esfuerzos para atraer el desprecio sobre él y su obra. El siervo de Dios, encanecido en el servicio y que había dejado su cómodo hogar para viajar á costa propia de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, batallando continuamente para proclamar al mundo la solemne amonestación del juicio inminente, fué vilmente tildado de fanático, mentiroso y marrullero.

Las mofas, las mentiras y los ultrajes que echaban sobre él, despertaron la censura y la indignación hasta de la prensa

profana. La gente del mundo declaró que “tratar un tema de tan imponente majestad é importantes consecuencias” con ligereza y lenguaje vulgar, “no equivalía sólo á hacer broma de los sentimientos de sus propagadores y defensores,” sino “á reírse del día del juicio, á mofarse del mismo Dios y á hacer burla de su tribunal.”“

El instigador de todo mal no trató únicamente de contrarrestar los efectos del mensaje del advenimiento, sino de destruir al mismo mensajero. Miller aplicaba prácticamente la verdad bíblica á los corazones de sus oyentes, reprobando sus pecados y turbando el sentimiento de satisfacción de sí mismos, y sus palabras claras y contundentes despertaron la animosidad de ellos. La oposición manifestada por los miembros de las iglesias contra su mensaje, alentaba á las clases bajas á ir aún más allá; y hubo enemigos que conspiraron para quitarle la vida á su salida del local de la reunión. Pero hubo ángeles guardianes entre la multitud, y uno de ellos, bajo la forma de un hombre, tomó el brazo del siervo del Señor, y lo puso á salvo del populacho furioso. Su obra no estaba aún terminada, y Satanás y sus emisarios se vieron frustrados en sus planes.

Á pesar de tanta oposición, el interés en el movimiento adventista siguió en aumento. De decenas y centenas el número de los creyentes alcanzó á miles. Las diferentes iglesias se habían acrecentado notablemente, pero al poco tiempo el espíritu de oposición se manifestó aún contra los nuevos partidarios de Miller, y las iglesias empezaron á tomar medidas disciplinarias contra ellos. Ese modo de proceder motivó una réplica por parte de Miller, dirigida á los cristianos de todas las denominaciones, instándoles á que si sus doctrinas eran falsas, se le probase por las Escrituras que así era.

“¿Qué hemos creído,” decía él, “que no nos haya sido ordenado creer por la Palabra de Dios, la que vosotros mismos reconocéis como regla, y única regla de nuestra fe y de nuestra conducta? ¿Qué hemos hecho para que se nos arrojasen tan virulentos cargos y diatribas desde el púlpito y la prensa, y para daros motivo para excluírnos á nosotros (ad-

ventistas) de vuestras iglesias y de vuestra comunión?" "Si estamos en el error, os ruego nos enseñéis en qué consiste nuestro error. Probádnoslo por la Palabra de Dios; harto se nos ha ridiculizado, pero no será eso lo que pueda jamás convencernos de que estemos en error; la Palabra de Dios sola puede cambiar nuestro modo de ver. Hemos llegado á nuestras conclusiones después de madura reflexión y de mucha oración, y á medida que íbamos viendo la evidencia de ello en las Escrituras."⁴

Siglo tras siglo las amonestaciones que Dios ha hecho al mundo por medio de sus siervos, han sido recibidas con la misma incredulidad y falta de fe. Cuando la maldad de los de antes del diluvio le indujo á Dios á enviar el diluvio sobre la tierra, les dió primero á conocer su propósito para ofrecerles oportunidad para volverse de sus malos caminos. Durante ciento veinte años oyeron resonar en sus oídos la amonestación que los llamaba al arrepentimiento, para no dar lugar á la ira de Dios y á la destrucción de ellos. Pero el mensaje se les antojó fábula ridícula, y no lo creyeron. Alentados en su maldad, se mofaron del mensajero de Dios, se rieron de sus amenazas, y hasta le acusaron de presunción. ¡Cómo se atrevía él solo á levantarse contra todos los grandes de la tierra? Si el mensaje de Noé era verdadero ¿por qué no lo reconocía por tal el mundo entero? y ¿por qué no le daba crédito? ¡Afirmación de un hombre contra la sabiduría de millares! No quisieron dar fe á la amonestación, ni buscar abrigo en el arca.

Los burlones llamaban la atención á las cosas de la naturaleza,— á la sucesión invariable de las estaciones, al cielo azul que nunca había dejado caer lluvia, á los verdes campos refrescados por el suave rocío de la noche,— y exclamaban: "¿No habla acaso en parábolas?" Con desprecio declaraban que el predicador de la justicia era fanático rematado; y siguieron corriendo tras los placeres y andando en sus malos caminos con más empeño que nunca antes. Pero su incredulidad no impidió la realización del acontecimiento predicho. Dios soportó mucho tiempo su maldad, dándoles am-

⁴ Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," pp. 250, 252.

plia oportunidad para arrepentirse, pero en su debido tiempo sus juicios cayeron sobre los que rechazaron su misericordia.

Cristo declara que habrá una incredulidad análoga respecto á su segunda venida. Así como los hombres en tiempo de Noé “no entendieron hasta que vino el diluvio, y los llevó á todos; así,” según las palabras de nuestro Salvador, “será la venida del Hijo del hombre.”⁴⁰ Cuando los que profesan ser el pueblo de Dios se unan con el mundo, viviendo como él vive y compartiendo sus placeres prohibidos; cuando el lujo del mundo se vuelva el lujo de la iglesia; cuando las campanas repiquen á matrimonio, y todos cuenten en perspectiva con muchos años de prosperidad mundana,—entonces, de pronto, como el relámpago que cruza el cielo, así se desvanecerán sus visiones brillantes y sus falaces esperanzas.

Así como Dios envió á su siervo para dar aviso al mundo del diluvio que se acercaba, así también envió mensajeros escogidos para anunciar la venida del juicio final. Y así como los contemporáneos de Noé se burlaron con desprecio de las predicciones del predicador de la justicia, así también en los días de Miller muchos, hasta de los que profesaban ser del pueblo de Dios, se burlaron de las palabras de aviso.

¿Y por qué la doctrina y predicación de la segunda venida de Cristo fueron tan mal recibidas por las iglesias? Mientras que el advenimiento del Señor envuelve desgracia y desolación para los impíos, para los justos es motivo de dicha y esperanza. Esta gran verdad había sido consuelo de los fieles siervos de Dios á través de los siglos; ¿por qué pues vino á convertirse, como su Autor, en “piedra de tropiezo y roca de ofensa” para los que profesaban ser su pueblo? Fué nuestro Señor mismo quien prometió á sus discípulos: “Si yo fuere y os preparare el lugar, vendré otra vez, y os recibiré conmigo.”⁴¹ Fué él el compasivo Salvador, quien previendo el abandono y dolor de sus discípulos encargó á ángeles para que los consolara con la seguridad de que volvería en persona, del mismo modo en que había subido al cielo. Cuando los discípulos se quedaban mirando con ansia al cielo

⁴⁰ S. Mateo 24:39.

⁴¹ S. Juan 14:3.

hasta perder de vista á Aquel á quien amaban, fué atraída su atención por las palabras: “¡Varones galileos, ¡por qué os quedáis mirando así al cielo! este mismo Jesús que ha sido tomado de vosotros arriba en el cielo, así vendrá del mismo modo que le habéis visto ir al cielo!”²⁴ Su esperanza se reavivó con el mensaje de los ángeles. Los discípulos “volviéronse á Jerusalén con gran gozo: y estaban de continuo en el Templo, alabando y bendiciendo á Dios.”²⁵ No se alegraban de que Jesús se hubiese separado de ellos ni de que hubiesen sido dejados para luchar con las pruebas y tentaciones del mundo, sino porque los ángeles les habían asegurado que él volvería.

La proclamación de la segunda venida de Cristo debería ser ahora, lo que fué la primera hecha por los ángeles á los pastores de Betlehem, es decir, buenas nuevas de gran gozo. Los que aman verdaderamente al Salvador no pueden menos que recibir con aclamaciones de alegría el anuncio fundado en la Palabra de Dios de que Aquel en quien se concentran sus esperanzas para la vida eterna volverá, no para ser insultado, despreciado y rechazado como en su primer advenimiento, sino con poder y gloria, para redimir á su pueblo. Son aquellos que no aman al Salvador los que desean que no regrese; y no puede haber prueba más concluyente de que las iglesias se han apartado de Dios, que la irritación y la animosidad despertadas por este mensaje celestial.

Los que aceptaron la doctrina del advenimiento vieron la necesidad de arrepentirse y humillarse ante Dios. Muchos habían estado vacilando mucho tiempo entre Cristo y el mundo; entonces ellos comprendieron que era tiempo de decidirse. “Las cosas eternas asumieron para ellos extraordinaria realidad. Acercóseles el cielo y se sintieron culpables ante Dios.”²⁶ Los cristianos despertaron á una nueva vida espiritual. El mensaje les hizo sentir que el tiempo era corto, que lo que tenían que hacer por sus semejantes tenían que hacerlo pronto. La tierra retrocedía, la eternidad parecía abrirse ante ellos, y el alma con todo lo que pertenece á su

²⁴ Hechos 1:11.

²⁵ S. Lucas 24:52, 53.

²⁶ Bliss, “Memoirs of Wm. Miller,” p. 146.

dicha ó infortunio inmortal parecía eclipsar todo objeto temporal. El Espíritu de Dios descansaba sobre ellos, y daba fuerza á los llamamientos ardientes que hacían tanto á sus hermanos como también á los pecadores, que se preparasen para el día de Dios. El testimonio mudo de su conducta diaria equivalía á una censura constante para los miembros formalistas y no santificados de las iglesias. Estos no querían que se les molestara en su carrera tras los placeres, ni en su culto á Mamón ni en su ambición de honores mundanos. De ahí la enemistad y oposición despertada contra la fe adventista y los que la proclamaban.

Como los argumentos sacados de los pasajes proféticos resultaran irrefutables, los adversarios trataron de prevenir la investigación de este asunto, enseñando que las profecías estaban selladas. De este modo los protestantes seguían las huellas de los romanistas. Mientras que la iglesia papal le niega la Biblia al pueblo,⁶⁶ las iglesias protestantes pretendían que parte importante de la Palabra Sagrada — ó sea la que pone á la vista verdades de especial aplicación para nuestro tiempo — no podía ser entendida.

Los ministros y el pueblo declararon que las profecías de Daniel y del Apocalipsis eran misterios incomprensibles. Pero Cristo había llamado la atención de sus discípulos sobre las palabras del profeta Daniel relativas á los acontecimientos que debían desarrollarse en tiempo de ellos, y les había dicho: “El que lee, *entienda*.”⁶⁷ Y la aseveración de que el Apocalipsis es un misterio que no se puede comprender es rebatida por el título mismo del libro: “Revelación de Jesu-Cristo, que Dios le dió, para manifestar á sus siervos las cosas que deben suceder pronto: . . . ¡Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas que en ella están escritas! porque el tiempo está cerca.”⁶⁸

El profeta dice: “Bienaventurado el que lee”— hay quienes no quieren leer; la bendición no es para ellos. “Y los que oyen”— hay algunos, también, que se niegan á oír cualquier cosa relativa á las profecías; la bendición no es tampoco

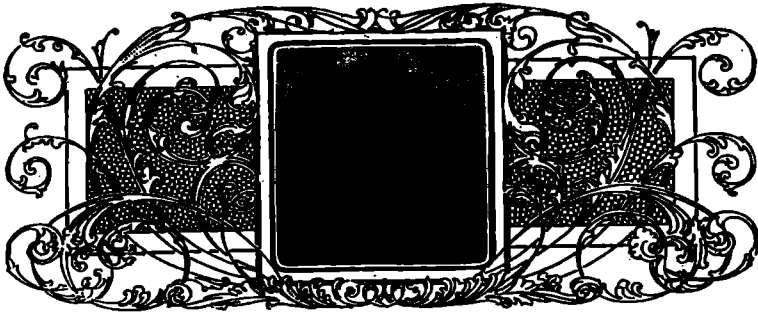
⁶⁶ Véase el Apéndice. ⁶⁷ S. Mateo 24:15. ⁶⁸ Apocalipsis 1:1-3.

para esa clase de personas. “Y guardan las cosas que en ella están escritas”—muchos se niegan á tomar en cuenta las amonestaciones é instrucciones contenidas en el Apocalipsis. Ninguno de ellos tiene derecho á la bendición prometida. Todos los que ridiculizan los argumentos de la profecía y se mofan de los símbolos dados solemnemente en ella, todos los que se niegan á reformar sus vidas y á prepararse para la venida del Hijo del hombre, no serán bendecidos.

Ante semejante testimonio de la Inspiración, ¿cómo se atreven los hombres á enseñar que el Apocalipsis es un misterio fuera del alcance de la inteligencia humana? Es un misterio revelado, un libro abierto. El estudio del Apocalipsis dirige el espíritu á las profecías de Daniel, y ambas contienen enseñanzas de suma importancia, dadas por Dios á los hombres, y que se refieren á los acontecimientos que han de desarrollarse al fin de la historia de este mundo.

Á S. Juan le fueron descubiertos cuadros de profundo y pasmoso interés de la experiencia de la iglesia. Él vió las circunstancias, los peligros, las luchas y la liberación final del pueblo de Dios. Él consigna los mensajes finales que han de hacer madurar la cosecha de la tierra, ya sea en manojos para el granero celestial, ya en gavillas para los fuegos de destrucción. Fuéronle revelados asuntos de suma importancia, especialmente para la última iglesia, con el objeto de que los que se volviesen del error á la verdad, pudiesen ser instruídos respecto á los peligros y luchas que les esperaban. Nadie necesita estar á oscuras respecto de lo que ha de acontecer en la tierra.

¿Por qué pues esta ignorancia general al tratarse de tan importante porción de las Sagradas Escrituras? ¿Por qué esta repugnancia universal para investigar sus enseñanzas? Es resultado de un esfuerzo bien calculado de parte del príncipe de las tinieblas para ocultar á los hombres lo que pone de manifiesto sus engaños. Por esta razón, Cristo, el Revelador, previendo la guerra que se haría al estudio del Apocalipsis, pronunció una bendición sobre todos aquellos que leyesen, oyesen y guardasen las palabras de la profecía.



LUZ AL TRAVÉS DE LAS TINIEBLAS—20

LA obra de Dios en la tierra presenta, siglo tras siglo, sorprendente analogía en cada gran movimiento reformativo ó religioso. Los principios de que Dios se inspira en su trato con los hombres son siempre los mismos. Los movimientos importantes de hogaño hacen juego con los de antaño, y la experiencia de la iglesia en tiempos que fueron encierra lecciones de gran valor para los nuestros.

Ninguna verdad está enseñada en la Biblia con mayor claridad que aquella de que Dios por medio de su Santo Espíritu dirige especialmente á sus siervos en la tierra en los grandes movimientos en pro del adelanto de la obra de la salvación. Los hombres son instrumentos en mano de Dios, de que él se vale para realizar sus fines de gracia y misericordia. Cada cual tiene su papel que desempeñar; á cada cual le ha sido concedida cierta medida de luz adecuada á las necesidades de su tiempo, y suficiente para permitirle cumplir la obra que Dios le ha asignado. Sin embargo, ningún hombre, por mucho que le haya honrado el cielo, ha alcanzado jamás á comprender completamente el gran plan de la redención, ni siquiera á apreciar debidamente el propósito divino en la obra para su propia época. Los hombres no entienden por completo lo que Dios quisiera cumplir por medio de la obra que les da que hacer; no entienden, en todo su alcance, el mensaje que proclaman en su nombre.

“¿Puedes tú descubrir las cosas recónditas de Dios? ¿y puedes hasta lo sumo llegar á conocer al Todopoderoso?”

“Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice Jehová. Porque como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos que vuestros pensamientos.” “Yo soy Dios, . . . y no hay ninguno como yo que declaro el fin desde el principio, y desde la antigüedad cosas aún no hechas.”¹

Ni siquiera los profetas que fueron favorecidos por la iluminación especial del Espíritu, comprendieron del todo el alcance de las revelaciones que les fueron concedidas. Su significado debía ser aclarado, de siglo en siglo, á medida que el pueblo de Dios necesitase la instrucción contenida en ellas.

Escribiendo S. Pedro sobre la salvación dada á conocer por el evangelio, dice: “Respecto de la cual salvación buscaron é inquirieron diligentemente los profetas, que profetizaron de la gracia que estaba reservada para vosotros; inquiriendo *qué cosa, ó qué manera de tiempo* indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos cuando de antemano daba testimonio de los padecimientos que durarían hasta Cristo, y de las glorias que los hubiesen de seguir. Á quienes fué revelado que no para *sí mismos*, sino para *nosotros*, ministraban estas cosas.”²

No obstante, á pesar de no haber sido dado á los profetas que comprendiesen enteramente las cosas que les fueron reveladas, trataban seriamente de conseguir toda la luz que Dios había tenido á bien manifestar. Ellos “buscaron é inquirieron,” “inquiriendo qué cosa ó qué manera de tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos.” ¡Qué lección para el pueblo de Dios en la era cristiana, para cuyo beneficio estas profecías fueron dadas á sus siervos! “Á quienes fué revelado que no para *sí mismos*, sino para *nosotros* ministraban, estas cosas.” Considerad á esos santos hombres de Dios que “buscaron é inquirieron diligentemente” tocante á las revelaciones que les fueron dadas para generaciones que aún no habían nacido. Comparad su santo celo con la indiferencia con que los favorecidos en edades posteriores trataron este don del cielo. ¡Qué censura contra la apatía, amiga de la comodi-

¹ Job 11:7; Isaías 55:8, 9; 46:9, 10.

² 1 Pedro 1:10-12.

dad y de la mundanidad, que se contenta con declarar que no se pueden entender las profecías!

Si cierto es que las inteligencias limitadas de los hombres no son capaces de penetrar en los consejos del Eterno, ni de comprender enteramente el modo en que se cumplen sus designios, se debe no obstante muchas veces á algún error ó descuido por parte de ellos el que comprendan tan obscuramente los mensajes del cielo. Á menudo la mente del pueblo — y hasta la de los siervos de Dios — son ofuscadas por las opiniones humanas, las tradiciones y las falsas enseñanzas de los hombres, de suerte que no alcanzan á comprender más que parcialmente las grandes cosas que Dios ha revelado en su Palabra. Así les pasó á los discípulos de Cristo, cuando el mismo Señor estaba con ellos en persona. Su espíritu estaba imbuído con la creencia popular de que el Mesías debía de ser un príncipe terrenal, que iba á exaltar á Israel á la altura de un imperio universal, y no pudieron comprender el significado de sus palabras al anunciarles sus padecimientos y su muerte.

El mismo Cristo los envió con el mensaje: “¡Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios: arrepentíos, y creed el evangelio!”* El mensaje se fundaba en la profecía del capítulo noveno de Daniel. El ángel declaraba que las sesenta y nueve semanas alcanzarían “hasta el Mesías el Príncipe,” y con grandes esperanzas y gozo anticipado los discípulos anhelaban el establecimiento del reino del Mesías en Jerusalén, que había de extenderse por toda la tierra.

Predicaron el mensaje que Cristo les había confiado si bien ellos mismos entendían mal su significado. Mientras que el texto de su mensaje se encontraba en Daniel 9:25, no notaron en el versículo siguiente del mismo capítulo que el Mesías sería muerto. Desde su más tierna edad sus corazones pendían de la gloria anticipada de un imperio terrenal, y eso era lo que les cegaba la inteligencia tanto con respecto á los datos de la profecía como á las palabras de Cristo.

Cumplieron su deber presentando á la nación judaica el llamamiento misericordioso, y luego, en el momento mismo en

* S. Marcos 1:15.

que esperaban ver á su Señor ascender al trono de David, le vieron aprehendido como un malhechor, azotado, escarnecido y condenado, y elevado en la cruz del Calvario. ¡Qué desesperación y qué angustia no desgarraron los corazones de esos discípulos durante los días en que su Señor dormía en la tumba!

Cristo había venido á su debido tiempo y tal como lo anunciara la profecía. La declaración de las Escrituras se había cumplido en cada detalle de su ministerio. Había predicado el mensaje de salvación, y “su palabra era con autoridad.” Los corazones de sus oyentes se habían dado cuenta de que el mensaje venía del cielo. La Palabra y el Espíritu de Dios atestiguaban el carácter divino de la misión de su Hijo.

Sus discípulos permanecieron aún adheridos á su amado Maestro con afecto indisoluble. Y sin embargo sus espíritus estaban envueltos en la incertidumbre y en la duda. En su angustia no se acordaron de las palabras de Cristo que aludían á sus padecimientos y á su muerte. Si Jesús de Nazaret hubiese sido el verdadero Mesías, ¿habríanse visto ellos sumidos así en el dolor y el desengaño? Ésta era la pregunta que les atormentaba el alma, mientras el Salvador descansaba en el sepulcro durante las horas desesperanzadas de aquel Sábado que medió entre su muerte y su resurrección.

Aunque el tétrico dolor los tuviera sumidos á estos discípulos de Jesús, no por eso fueron abandonados. El profeta dice: “¡Aunque me siente en tinieblas, Jehová será mi luz! . . . Él me sacará á la luz, y yo veré su justicia.” “Pues que las tinieblas, nada encubren de ti, sino que la noche brilla como el día: ¡tinieblas y luz lo mismo te son á ti!” Dios había dicho: “Para el recto se levanta la luz en medio de tinieblas.” “Y conduciré á los ciegos por un camino que no conocen; por senderos que no han conocido los guiaré; tornaré tinieblas en luz delante de ellos, y los caminos torcidos en vías rectas. Estas son mis promesas; las he cumplido, y no las he dejado sin efecto.”⁴

⁴ Miqueas 7:8, 9; Salmos 139:12; 112:4; Isaías 42:16.

Lo que los discípulos habían anunciado en nombre de su Señor, era exacto en todo sentido, y los acontecimientos predichos estaban realizándose cabalmente entonces. “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios,” había sido el mensaje de ellos. Transcurrido “el tiempo”— las sesenta y nueve semanas del capítulo noveno de Daniel, que debían extenderse hasta el Mesías, “el Ungido”— Cristo había recibido la unción del Espíritu después de haber sido bautizado por Juan en el Jordán, y el “reino de Dios” que habían declarado estar próximo, fué establecido por la muerte de Cristo. Este reino no fué un imperio terrenal como se les había enseñado y como ellos lo creían. No era tampoco el reino venidero é inmortal que será inaugurado cuando “el reino, y el dominio, y el señorío de los reinos, por debajo de todos los cielos, será dado al pueblo de los santos del Altísimo;” ese reino eterno en que “todos los dominios le servirán y le obedecerán á él.”⁶ La expresión “reino de Dios,” tal cual la emplea la Biblia, significa tanto el reino de la gracia como también el reino de la gloria. El reino de la gracia es presentado por S. Pablo en la Epístola á los Hebreos. Después de haber hablado de Cristo como del intercesor que puede “compadecerse de nuestras flaquezas,” el apóstol dice: “*Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para que alcancemos misericordia y hallemos gracia.*”⁶ El trono de la gracia representa el reino de la gracia; pues la existencia de un trono envuelve la existencia de un reino. En muchas de sus parábolas, Cristo emplea la expresión, “el reino de los cielos,” para designar la obra de la gracia divina en los corazones de los hombres.

Asimismo el trono de la gloria representa el reino de la gloria y es á este reino al que se refería el Salvador en las palabras: “Cuando el Hijo del hombre vendrá en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y delante de él serán juntadas todas las naciones.”⁷ Este reino está aún por venir. No quedará establecido sino en el segundo advenimiento de Cristo.

⁶ Daniel 7:27.

⁶ Hebreos 4:16.

⁷ S. Mateo 25:31, 32.

El reino de la gracia fué instituído inmediatamente después de la caída del hombre, cuando se ideó un plan para la redención de la raza culpable. Este reino existía entonces en el designio y en la promesa de Dios; y mediante la fe los hombres podían hacerse sus súbditos. Sin embargo no fué establecido en realidad hasta la muerte de Cristo. Aun después de haber iniciado su misión terrenal, el Salvador, cansado de la obstinación é ingratitude de los hombres, habría podido retroceder ante el sacrificio del Calvario. En Getsemaní la copa del dolor le tembló en la mano. Aun entonces, él hubiera podido enjugarse el sudor de sangre de su frente y dejar que la raza culpable pereciese en su iniquidad. Si así lo hubiera hecho no hubiera habido redención para la humanidad caída. Pero cuando el Salvador hubo rendido la vida y exclamado en su último aliento: "¡Consumado está!" entonces el cumplimiento del plan de la redención quedó asegurado. La promesa de salvación hecha á la pareja culpable en el Edén quedó ratificada. El reino de la gracia, que hasta entonces existiera por la promesa de Dios, quedó establecido.

Así, la muerte de Cristo — el acontecimiento mismo que los discípulos habían considerado como la ruina final de sus esperanzas — fué la que las aseguró para siempre. Si bien es verdad que esa misma muerte fuera para ellos cruel desengaño, no dejaba de ser por eso la prueba suprema de que su creencia había sido bien fundada. El acontecimiento que los había llenado de tristeza y desesperación, fué lo que abrió la puerta de la esperanza á todos los hijos de Adán, y el centro en que se movían la vida futura y la felicidad eterna de todos los fieles siervos de Dios en todas las edades.

Los designios de la misericordia infinita alcanzaban á cumplirse, hasta por medio del desengaño de los discípulos. Si bien sus corazones habían sido ganados por la gracia divina y el poder de las enseñanzas de Aquel que hablaba como "jamás habló hombre alguno," no obstante, mezclada con el oro puro de su amor á Jesús, se encontraba la liga vil del orgullo humano y de las ambiciones egoístas. Hasta en el aposento de la cena pascual, en aquella hora solemne en que su

maestro estaba ya entrando en las sombras de Getsemaní, “hubo también entre ellos una contienda, sobre quién de ellos debía estimarse como el mayor.”* No veían más que el trono, la corona y la gloria, cuando lo que tenían delante era el oprobio y la agonía del huerto, el pretorio y la cruz del Calvario. Fué el orgullo de sus corazones, la sed de gloria mundana lo que les había inducido á adherirse tan tenazmente á las falsas doctrinas de su tiempo, y á no tener en cuenta las palabras del Salvador que exponían la verdadera naturaleza de su reino y predecían su agonía y muerte. Y estos errores remataron en prueba — dura pero necesaria — que Dios permitió para escarmentarlos. Aunque los discípulos comprendieron mal el sentido del mensaje y vieron falladas sus esperanzas, sin embargo habían predicado la amonestación de que Dios les encargara, y el Señor quiso recompensar su fe y honrar su obediencia. Á ellos era á quienes iba á ser encomendada la tarea de proclamar á todas las naciones el glorioso evangelio del Señor resucitado. Y para prepararlos para esta obra, Dios permitió que pasaran por aquel para ellos tan aciago trance.

Después de su resurrección, Jesús apareció á sus discípulos en el camino de Emaús, y “comenzando desde Moisés, y desde todos los profetas, les iba interpretando en todas las Escrituras las cosas tocantes á él.”* Los corazones de los discípulos se conmovieron. Su fe se reavivó. Fueron reengendrados “para una esperanza viva,” aun antes de que Jesús se revelase á ellos. El propósito de éste era iluminar sus inteligencias y fundar su fe en la “palabra profética más firme.” Deseaba que la verdad se arraigase firmemente en su espíritu, no sólo porque era sostenida por su testimonio personal sino á causa de las pruebas evidentes suministradas por los símbolos y sombras de la ley típica, y por las profecías del Antiguo Testamento. Era necesario que los discípulos de Cristo tuviesen una fe inteligente, no sólo en beneficio propio, sino en beneficio de la propaganda que iban á hacer del conocimiento de Cristo en el mundo. Y como primer grado en la

* S. Lucas 22:24.

* S. Lucas 24:27.

comunicación de este conocimiento, Jesús dirigió á sus discípulos á “Moisés y los profetas.” Tal fué el testimonio dado por el Salvador resucitado en cuanto al valor é importancia de las escrituras del Antiguo Testamento.

¡Qué cambio el que se efectuó en los corazones de los discípulos cuando contemplaron una vez más el amado semblante de su Maestro!¹⁰ En un sentido más completo y perfecto que nunca antes, habían hallado “á Aquel, de quien escribió Moisés en la ley, y asimismo los profetas.” La incertidumbre, la angustia, la desesperación, dejaron lugar á una seguridad perfecta, á una fe serena. ¡Qué mucho entonces que después de su ascensión ellos estuviesen “de continuo en el templo alabando y bendiciendo á Dios”¹¹? El pueblo, que no tenía conocimiento sino de la muerte ignominiosa del Salvador, miraba para descubrir en sus semblantes la expresión del dolor, de la confusión y de la derrota; pero sólo vieron en ellos alegría y triunfo. ¡Qué preparación la que habían recibido para la obra que les esperaba! Habían pasado por la prueba más grande que les fuera dable experimentar, y habían visto cómo, cuando todo estaba perdido á juicio humano, la Palabra de Dios se había cumplido y había salido triunfante. En lo sucesivo ¿qué podría hacer vacilar su fe, ó enfriar el ardor de su amor? En sus penas más amargas ellos tuvieron “poderoso consuelo,” una esperanza que era “como áncora del alma, esperanza segura y firme.”¹² Habían comprobado la sabiduría y poder de Dios, y estaban persuadidos de “que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni poderes, ni cosas presentes, ni cosas por venir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna otra cosa creada” podría apartarlos “del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor.” “En todas estas cosas,” decían, “somos vencedores, y más aún, por medio de Aquel que nos amó.”¹³ “La Palabra del Señor permanece para siempre.”¹⁴ Y “¿quién es el que condena? ¡Cristo Jesús es el que murió; más aún, el que fué levantado de entre los muertos; el que está á la diestra de Dios; el que también intercede por nosotros!”¹⁵

¹⁰ S. Lucas 24:32. ¹¹ Hebreos 6:18, 19. ¹² Romanos 8:38, 39, 37.

¹³ 1. Pedro 1:25.

¹⁴ Romanos 8:34.

El Señor dice: “No será avergonzado mi pueblo jamás.”²⁴ “Una noche podrá durar el lloro, mas á la mañana vendrá la alegría.”²⁵ Cuando en el día de su resurrección estos discípulos encontraron al Salvador, y que sus corazones ardieron dentro de ellos al escuchar sus palabras; cuando miraron su cabeza, sus manos y sus pies que habían sido heridos por ellos; cuando antes de su ascensión, Jesús les llevara hasta cerca de Betania y que levantando sus manos para bendecirlos les dijera: “¡Id por todo el mundo, y predicad el evangelio á toda criatura!” y agregando, “he aquí que estoy yo con vosotros siempre hasta el fin del siglo;”²⁶ cuando en el día de Pentecostés descendió el Consolador prometido, y que el poder de lo alto les fué dado, y que las almas de los creyentes se estremecieron con el sentimiento de la presencia de su Señor que ya había ascendido al cielo,—entonces, aunque la senda que seguían, como la que siguiera su Maestro, fuera la senda del sacrificio del martirio, ¿habrían ellos acaso cambiado el ministerio del evangelio de gracia por la “corona de justicia” que habían de recibir á su venida, por la gloria de un trono mundano, que había sido la esperanza en los principios de su discipulado? Aquel “que es poderoso para hacer infinitamente más de todo cuanto podemos pedir, y aun pensar,” les había concedido con la participación en sus sufrimientos, la comunión de su gozo — el gozo de “llevar muchos hijos á la gloria,” dicha indecible, “un peso eterno de gloria,” al que, dice S. Pablo, nuestra “ligera aflicción que no dura sino por un momento,” no es “digna de ser comparada.”

Lo que experimentaron los discípulos que predicaron el “evangelio del reino” en el primer advenimiento de Cristo, corre parejas con lo que experimentaron los que proclamaron el mensaje de su segundo advenimiento. Así como los discípulos fueron predicando: “Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios,” así también Miller y sus asociados proclamaron que el período profético más largo y el último de que habla la Biblia estaba á punto de terminar, que el juicio era inminente y que el reino eterno iba á ser establecido.

²⁴ Joel 2:26. ²⁵ Salmo 30:5. ²⁶ S. Marcos 16:15; S. Mateo 28:20.

La predicación de los discípulos en cuanto al tiempo se basaba en las setenta semanas del capítulo noveno de Daniel. El mensaje proclamado por Miller y sus colaboradores anunciaba la conclusión de los 2300 días de Daniel 8:14, de los cuales las setenta semanas forman parte. La predicación en ambos casos se fundaba en el cumplimiento de diferentes partes del mismo gran período profético.

Como los primeros discípulos, Guillermo Miller y sus colaboradores no comprendieron ellos mismos enteramente el alcance del mensaje que proclamaban. Los errores que existían desde hacía largo tiempo en la iglesia les impidieron interpretar correctamente un punto importante de la profecía. Por eso si bien proclamaban el mensaje que Dios les había confiado para que lo diesen al mundo, sufrieron un desengaño debido á un falso concepto de su significado.

Al explicar Daniel 8:14: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario," Miller como ya lo hemos dicho, aceptó la creencia general de que la tierra era el santuario, y creía que la purificación del santuario representaba la purificación de la tierra por el fuego á la venida del Señor. Por consiguiente, cuando echó de ver que el fin de los 2300 días estaba predicho con precisión, sacó la conclusión de que esto revelaba el tiempo del segundo advenimiento. Su error provenía de que él había aceptado la creencia popular relativa á lo que constituye el santuario.

En el sistema típico — que era sombra del sacrificio y del sacerdocio de Cristo — la purificación del santuario era el último servicio efectuado por el sumo sacerdote en el curso anual de su ministerio. Era el acto final de la obra de expiación — una remoción ó apartamiento del pecado de Israel. Prefiguraba la obra final en el ministerio de nuestro Sumo Sacerdote en el cielo, en el acto de borrar los pecados de su pueblo, que están consignados en los libros celestiales. Este servicio envuelve una obra de investigación, una obra de juicio, y precede inmediatamente la venida de Cristo en las nubes del cielo con poder y gran gloria, pues cuando él

venga, la causa de cada uno habrá sido fallada. Jesús dice: "¡Mi galardón está conmigo, para dar la recompensa á cada uno según sus obras!"²⁴ Esta obra de juicio, que precede inmediatamente al segundo advenimiento, es la que va anunciada en el primer mensaje angelical de Apocalipsis 14:7: "¡Temed á Dios y dadle honra; porque ha llegado la hora de su juicio!"

Los que proclamaron esta amonestación dieron el debido mensaje á su debido tiempo. Pero así como los primitivos discípulos declararon: "Se ha cumplido el tiempo, y se ha acercado el reino de Dios," fundándose en la profecía de Daniel 9, sin darse cuenta de que la muerte del Mesías estaba anunciada en el mismo pasaje bíblico, así también Miller y sus colaboradores predicaron el mensaje fundado en Daniel 8:14 y Apocalipsis 14:7 sin echar de ver que el capítulo 14 del Apocalipsis encerraba aún otros mensajes que debían ser también proclamados antes del advenimiento del Señor. Así como los discípulos se equivocaron en cuanto al reino que debía establecerse al fin de las setenta semanas, así también los adventistas se equivocaron en cuanto al acontecimiento que debía tener lugar al fin de los 2300 días. En ambos casos la circunstancia de haber aceptado errores populares, ó mejor dicho la adhesión á ellos fué lo que cerró el espíritu á la verdad. Ambas escuelas cumplieron la voluntad de Dios, proclamando el mensaje que él deseaba fuese proclamado, y ambas, debido á su mala comprensión del mensaje, sufrieron desengaños.

Sin embargo Dios cumplió su propósito misericordioso permitiendo que el juicio fuese proclamado precisamente como lo fué. El gran día estaba inminente, y en la providencia de Dios el pueblo fué puesto á prueba tocante á la cuestión de un tiempo fijo á fin de que fuese revelado lo que había en sus corazones. El mensaje tenía por objeto probar y purificar la iglesia. Los hombres debían ser inducidos á ver si sus afecciones pendían de las cosas de este mundo ó de Cristo y del cielo. Ellos profesaban amar al Salvador; debían pues probar su amor. ¡Estarían listos para renunciar á sus esperan-

²⁴ Apocalipsis 22:12.

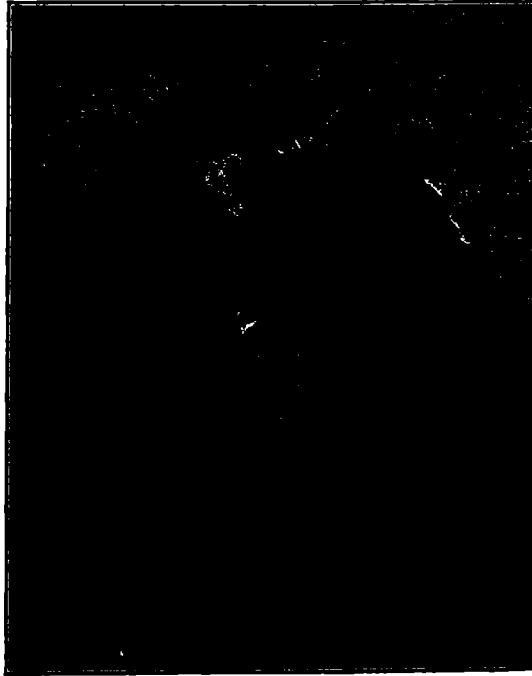
zas y ambiciones mundanas y para saludar con gozo el advenimiento de su Señor? El mensaje tenía por objeto hacerles ver su verdadero estado espiritual; fué enviado misericordiosamente para despertarlos á fin de que buscasen al Señor con arrepentimiento y humillación.

Además, el desengaño, si bien era resultado de su mala inteligencia del mensaje que anunciaban, iba á ser dirigido para bien. Los corazones de los que habían profesado recibir la amonestación iban á ser puestos á prueba. En presencia de su desengaño, ¿se apresurarían ellos á renunciar á su experiencia y á abandonar su confianza en la Palabra de Dios ó tratarían de darse cuenta, en oración y humildad, de que habían dejado de comprender el significado de la profecía? ¿Cuántos habían obrado por temor ó por impulso y arrebató? ¿Cuántos eran de corazón indeciso é incrédulos? Muchos y muchos hacían profesión de deleitarse en pensar en el advenimiento del Señor. Al ser llamados á sufrir las burlas y el oprobio del mundo, y la prueba de la dilación y del desengaño, ¿renunciarían á su fe? Porque no pudieron comprender luego los caminos de Dios para con ellos, ¿rechazarían verdades confirmadas por el testimonio más claro de su Palabra?

Esta prueba revelaría la fuerza de aquellos que con verdadera fe habían obedecido á lo que creían ser la enseñanza de la Palabra y del Espíritu de Dios. Ella les enseñaría, como sólo tal experiencia podía hacerlo, el peligro que hay en aceptar las teorías é interpretaciones de los hombres, en lugar de dejar la Biblia interpretarse á sí misma. La perplejidad y el dolor que resultaron de su error, produciría en los hijos de la fe el escarmiento necesario. Esto los induciría á estrechar aún más el estudio de la palabra profética. Aprenderían á examinar más detenidamente el fundamento de su fe, y á rechazar todo lo que no estuviera fundado en la verdad de las Sagradas Escrituras, por muy aceptado que fuese en el mundo cristiano.

Á estos creyentes les pasó lo que á los primeros discípulos: lo que en la hora de la prueba les pareciera obscuro á su in-

teligencia, les fué aclarado después. Cuando vieron el “fin propuesto por el Señor,” supieron que á pesar de la prueba que resultó de sus errores, los propósitos del amor divino para con ellos no habían dejado de seguir cumpliéndose. Merced á tan bendita experiencia llegaron á saber que el “Señor es muy piadoso y compasivo;” que todos sus caminos “son misericordia y fidelidad, para los que guardan su pacto y sus testimonios.”





UN GRAN DESPERTAMIENTO RELIGIOSO—21

En la profecía del primer mensaje angelical, en el capítulo 14 del Apocalipsis, se predice un gran despertamiento religioso bajo la influencia de la proclamación de la próxima venida de Cristo. Se ve un “ángel volando en medio del cielo, teniendo una buena nueva eterna que anunciar á los que habitan sobre la tierra, y á cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo.” “Á gran voz” él proclama el mensaje: “¡Temed á Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio; y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!”¹

La circunstancia de que se diga que es un ángel el heraldo de esta advertencia, no deja de ser significativa. La divina sabiduría ha tenido á bien representar el carácter augusto de la obra que el mensaje debía cumplir y el poder y gloria que debían acompañarlo, por la pureza, la gloria y el poder del mensajero celestial. Y el vuelo del ángel “en medio del cielo,” la “gran voz” con la que se iba á dar la amonestación, y su promulgación á todos “los que habitan” “la tierra”— “á cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo,”—son prueba de la rapidez y extensión universal del movimiento.

El mismo mensaje revela el tiempo en que este movimiento debe realizarse. Se dice que forma parte de la “buena nueva eterna” ó sea del “evangelio eterno;” y que anuncia el principio del juicio. El mensaje de salvación ha sido predicado en todos los siglos; pero este mensaje es parte del evangelio que sólo podía ser proclamado en los últimos días, pues sólo en-

¹ Apocalipsis 14:6, 7.

tonces podía ser verdad que la hora del juicio *había llegado*. Las profecías presentan una sucesión de acontecimientos que vienen á parar en el principio del juicio. Esto es particularmente cierto del libro de Daniel. Pero la parte de su profecía que se refería á los últimos días, debía Daniel cerrarla y sellarla "hasta el tiempo del fin." Un mensaje relativo al juicio, basado en el cumplimiento de estas profecías, no podía ser proclamado antes de que llegásemos á aquel tiempo. Pero al tiempo del fin, dice el profeta, "muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia será aumentada."²

El apóstol Pablo advirtió á la iglesia de no esperar la venida de Cristo en tiempo de él. "Ese día," dijo, "no puede venir, sin que" haya venido "primero la apostasía," y sin que haya sido "revelado el hombre de pecado."³ Sólo hasta después de la gran apostasía y del largo período del reino del "hombre de pecado," podemos esperar el advenimiento de nuestro Señor. El "hombre de pecado," que también es llamado el "misterio de iniquidad," el "hijo de perdicción," "el inicuo," representa al papado, el cual, como está predicho en las profecías, conservaría su supremacía durante 1260 años. Este período terminó en 1798. La venida del Señor no podía verificarse antes de dicha fecha. S. Pablo abarca con su aviso toda la dispensación cristiana hasta el año de 1798. Sólo después de esta fecha debía ser proclamado el mensaje de la segunda venida de Cristo.

Semejante mensaje no ha sido jamás predicado en los siglos pasados. S. Pablo, como lo hemos visto, no lo predicó; predijo á sus hermanos la venida de Cristo para un porvenir muy lejano. Los reformadores no lo proclamaron tampoco. Martín Lutero fijó la fecha del juicio para cerca de trescientos años después de su época. Pero desde 1798 el libro de Daniel ha sido desellado, la ciencia de las profecías ha aumentado y muchos han proclamado el solemne mensaje del juicio cercano.

Á imitación de la gran Reforma del siglo XVI, el movimiento adventista surgió simultáneamente en diferentes países de la cristiandad. Tanto en Europa como en América, hubo hombres de fe y de oración que fueron inducidos al

² Daniel 12:4.

³ 2 Tesalonicenses 2:3.

estudio de las profecías, y que siguiendo la palabra inspirada, hallaron pruebas convincentes de que el fin de todas las cosas era inminente. En diferentes países había grupos aislados de cristianos, que debido sólo al estudio de las Escrituras, llegaron á creer que el advenimiento del Señor estaba cerca.

En 1821, tres años después de haber llegado Miller á su modo de interpretación de las profecías que fijan el tiempo del juicio, el Dr. José Wolff, "el misionero universal," empezó á proclamar la próxima venida del Señor. Wolff nació en Alemania, de origen israelita, pues su padre era rabino. Desde muy temprano se convenció de la verdad de la religión cristiana. Dotado de inteligencia viva y dada á la investigación, solía prestar profunda atención á las conversaciones que se oían cada día en casa de su padre, en reuniones de piadosos correligionarios y en que se recordaban las esperanzas de su pueblo, la gloria del Mesías venidero y la restauración de Israel. Un día que el niño oyó mencionar á Jesús de Nazaret, preguntó que quién era. "Un israelita del mayor talento," le contestaron; "pero como pretendía ser el Mesías, el tribunal judío lo sentenció á muerte." "¿Por qué entonces," siguió preguntando el niño, "está Jerusalén destruída? ¿y por qué estamos cautivos?" "¡Ay, ay!" contestó su padre, "es porque los judíos mataron á los profetas." Inmediatamente se le ocurrió al niño que "tal vez Jesús de Nazaret había sido también profeta, y que los judíos lo mataron siendo inocente." Este sentimiento era tan vivo, que á pesar de haberle sido prohibido entrar en iglesias cristianas, él se acercaba á ellas á menudo para escuchar la predicación.

Contando apenas siete años de edad se jactaba un día ante un anciano cristiano de la vecindad del triunfo futuro de Israel y del advenimiento del Mesías. El anciano le dijo entonces con bondad: "Querido niño, te voy á decir quién fué el verdadero Mesías: fué Jesús de Nazaret, . . . á quien tus antepasados crucificaron, como también habían matado á los antiguos profetas. Anda á casa y lee el capítulo cincuenta y

"Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff,"
Vol. I, p. 6 (ed. 1860).

tres de Isaías y te convencerás de que Jesu-Cristo es el Hijo de Dios." Así lo hizo el niño, quedando convencido en el acto de que así era. Se fué á casa y leyó el pasaje correspondiente, maravillándose al ver cuán perfectamente se había cumplido en Jesús de Nazaret. ¿Serían verdad las palabras de aquel cristiano? El muchacho pidió á su padre que le explicara la profecía; pero éste lo recibió con tan severo silencio que nunca más se atrevió á volver sobre el asunto. Este incidente sin embargo no hizo más que avivar su deseo de saber más de la religión cristiana.

El conocimiento que buscaba le era negado premeditadamente en su hogar judío; pero cuando tuvo once años, dejó la casa de su padre y salió á recorrer el mundo para educarse por sí mismo y para escogerse su religión y su profesión. Encontró por algún tiempo abrigo en casa de unos parientes, pero no tardó en ser expulsado como apóstata, y solo y sin un centavo tuvo que abrirse camino entre extranjeros. Fué de pueblo en pueblo, estudiando con diligencia, y ganándose la vida enseñando hebreo. Debido á la influencia de un maestro católico, fué inducido á aceptar la fe romanista, y formó el propósito de hacerse misionero para su propio pueblo. Con tal objeto fué, pocos años después, á proseguir sus estudios en el Colegio de la propaganda, en Roma. Allí, su costumbre de pensar con toda libertad y de hablar con franqueza le valieron el ser tachado de herejía. Atacó abiertamente los abusos de la iglesia, é insistió en la necesidad de una reforma. Aunque al principio fué tratado por los dignatarios papales con favor especial, fué luego alejado de Roma. Bajo la vigilancia de la iglesia fué de lugar en lugar, hasta que se hizo evidente que no se le podría obligar jamás á doblegarse al yugo del romanismo. Fué declarado incorregible, y se le dejó en libertad para marcharse á cualquier parte. Dirigióse entonces á Inglaterra, y, habiendo abrazado la fe protestante, se unió á la iglesia anglicana. Después de dos años de estudio dió principio á su misión en 1821.

“Travels and Adventures of the Rev. Joseph Wolff,”
Vol. I, p. 7 (ed. 1860).

Al aceptar la gran verdad del primer advenimiento de Cristo como "varón de dolores, y que sabe de padecimientos," Wolff comprendió que las profecías presentan con igual claridad su segundo advenimiento en poder y gloria. Y mientras trataba de conducir á su pueblo á Jesús de Nazaret, como al Prometido, y á presentarle su primera venida en humillación como un sacrificio por los pecados de los hombres, le habló también de su segunda venida como rey y libertador.

"Jesús de Nazaret," decía, "el verdadero Mesías, cuyas manos y pies fueron transpasados, que fué conducido como cordero al matadero, que fué Varón de dolores y sabía de padecimientos, que vino por primera vez después que el cetro fué apartado de Judá y la vara de gobernador de entre sus pies, vendrá por segunda vez en las nubes del cielo y con trompeta de arcángel," y "estarán plantados sus pies sobre el Monte de los Olivos. Y el dominio sobre la creación, que fué dado primeramente á Adán y que le fué quitado después (Génesis 1:26; 3:17) será dado á Jesús. Él será rey sobre toda la tierra. Cesarán los gemidos y lamentos de la creación y oiránse cantos de alabanza y acciones de gracias. . . . Cuando Jesús venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles . . . los creyentes que murieron resucitarán los primeros. 1 Tesalonicenses 4:16; 1 Corintios 15:23. Esto es, lo que nosotros cristianos llamamos la primera resurrección. Entonces el reino animal cambiará de naturaleza (Isaías 11:6-9), y será sometido á Jesús. Salmo 8. Prevalecerá la paz universal." "El Señor volverá á mirar la tierra, y dirá: que todo es muy bueno."

Wolff creía inminente la venida del Señor. Según su interpretación de los períodos proféticos, la gran consumación debía verificarse en fecha no muy diferente de la señalada por Miller. Á los que se fundaban en el pasaje: "Respecto de aquel día y hora nadie sabe cuándo será," para afirmar que nadie podía saber nada respecto á la proximidad del advenimiento, Wolff les contestaba: "¡Dijo el Señor que el día y

^a Wolff, "Researches and Missionary Labors," p. 62 (ed. 1835).

^b "Journal of the Rev. Joseph Wolff," pp. 378, 379 (ed. 1839).

^c *Idem*, p. 294.

la hora no se sabrían jamás? ¿No nos ha dado señales de los tiempos, para que reconociéramos siquiera la *proximidad* de su venida, como se reconoce la cercanía del estío por la higuera cuando brotan sus hojas? ¿No conoceremos jamás ese tiempo, cuando él mismo nos exhortó no sólo á leer la profecía de Daniel sino también á comprenderla? Y es precisamente en Daniel donde se dice que las palabras serían selladas hasta el tiempo del fin (lo que era el caso en su tiempo), y que 'muchos correrán de aquí para allá' (expresión hebraica que significa observar y pensar en el tiempo), y 'la *ciencia*' respecto á ese tiempo será aumentada. Dan. 12:4. Además, nuestro Señor no dice absolutamente que la *proximidad* del tiempo no será conocida, sino que nadie sabía con *exactitud* ni el 'día' ni la 'hora.' Dice que se sabrá bastante por las señales de los tiempos, para inducirnos á que nos preparemos para su venida, así como Noé preparó el arca."*

Respecto al sistema popular de interpretar ó mejor dicho de torcer las Sagradas Escrituras, Wolff escribió: "La mayor parte de las iglesias cristianas se han apartado del claro sentido de las Escrituras, y se han vuelto al sistema fantástico de los budistas; creen que la dicha futura de la humanidad consistirá en cernerse en el aire, y suponen que cuando se lee *judíos*, debe entenderse *gentiles*; y cuando se lee *Jerusalén*, debe entenderse la *iglesia*; y que si se habla de *tierra*, es por decir *cielo*; que por la venida del *Señor* debe entenderse el progreso de las *sociedades de misiones*; y que subir á la montaña de la casa del Señor significa *una gran asamblea de los metodistas*."¹⁰

Durante los veinticuatro años que transcurrieron de 1821 á 1845, Wolff hizo muchísimos viajes: recorrió en África, Egipto y Abisinia; en Asia, la Palestina, Siria, Persia, Bokhara y la India. Visitó también los Estados Unidos de Norte América, y de paso para aquel país predicó en la isla de Santa Helena. Llegó á Nueva York en agosto de 1837, y después de haber hablado en aquella ciudad, predicó en Filadelfia y Baltimore, y finalmente se dirigió á Washington. Ahí,

* Wolff, "Researches and Missionary Labors," pp. 404, 405.

¹⁰ "Journal of the Rev. Joseph Wolff," p. 96.

dice, "debido á una proposición hecha por el ex-presidente Juan Quincy Adams, en una de las sesiones del congreso, se me concedió por unanimidad el uso del salón del congreso para una conferencia que dí un sábado, y que fué honrada con la presencia de todos los miembros del congreso, como también del obispo de Virginia, y del clero y de los vecinos de Washington. El mismo honor me fué conferido por los miembros del gobierno de Nueva Jersey y de Pensilvania, en cuya presencia dí conferencias sobre mis investigaciones en el Asia, como también sobre el reino personal de Jesu-Cristo." "

El Dr. Wolff visitó los países más bárbaros sin contar con la protección de ningún gobierno europeo, sufriendo muchas privaciones y rodeado de peligros sin número. Fué apaleado y reducido al hambre, vendido como esclavo y condenado tres veces á muerte. Fué atacado por bandidos y á veces estuvo á punto de morir de sed. Una vez fué despojado de cuanto poseía, y tuvo que andar centenares de millas á pie á través de las montañas, con la nieve azotándole la cara y con pies descalzos entumecidos por el contacto del suelo helado.

Cuando se le aconsejó que no fuera sin armas entre tribus salvajes y hostiles, declaró estar proveído de armas—"la oración, el celo por Cristo y la confianza en su ayuda." "Además, decía, llevo el amor de Dios y de mi prójimo en mi corazón, y la Biblia la tengo en la mano." "Adonde quiera que fuese llevaba siempre consigo la Biblia en hebreo é inglés. Hablando de uno de sus últimos viajes, dice: "Solía tener la Biblia abierta en mis manos. Sentía que mi fuerza estaba en el libro, y que su poder me sostendría." "

Perseveró así en sus labores hasta que el mensaje del juicio quedó proclamado en gran parte del mundo habitado. Distribuyó la Palabra de Dios entre los judíos, los turcos, los parsis y los hindúes y entre otros muchos pueblos y razas, anunciando por todas partes la llegada del reino del Mesías.

En sus viajes por Bokhara encontró profesada la doctrina de la próxima venida del Señor entre un pueblo remoto y aislado. Los árabes del Yemen, dice, "poseen un libro llamado

²¹ "Journal of the Rev. Joseph Wolff," pp. 398, 399.

²² Adams, W. H. D., "In Perils Oft," p. 192.

²³ *Idem*, p. 201.

'Seera,' que anuncia la segunda venida de Cristo y de su reino de gloria, y esperan que grandes acontecimientos han de desarrollarse en el año de 1840." "En el Yemen . . . pasé seis días con los hijos de Rahab. No beben vino, no plantan viñas, ni siembran semillas, viven en tiendas y recuerdan las palabras de Jonadab hijo de Rahab; y encontré entre ellos hijos de Israel de la tribu de Dan, . . . quienes esperan, en común con los hijos de Rahab la pronta llegada del Mesías en las nubes del cielo." "

Otro misionero encontró una creencia parecida en Tartaria. Un sacerdote tártaro preguntó al misionero, cuándo vendría Cristo por segunda vez. Cuando el misionero le contestó que no sabía nada de eso, el sacerdote pareció admirarse mucho de tanta ignorancia por parte de uno que profesaba enseñar la Biblia, y manifestó su propia creencia fundada en la profecía de que Cristo vendría por el año de 1844.

Desde 1826 el mensaje del advenimiento empezó á ser predicado en Inglaterra. Pero en este país el movimiento no tomó forma tan definida como en los Estados Unidos de Norte América; no se enseñaba tan generalmente el tiempo exacto del advenimiento, pero la gran verdad de la próxima venida de Cristo en poder y gloria fué extensamente proclamada. Y eso no sólo entre los disidentes y no conformistas. Mourant Brock, escritor inglés, dice que cerca de setecientos ministros de la iglesia anglicana predicaban este "evangelio del reino." El mensaje que fijaba el año 1844 como fecha de la venida del Señor fué también proclamado en la Gran Bretaña. Circularon profusamente publicaciones adventistas procedentes de los Estados Unidos. Se reimprimieron libros y periódicos en Inglaterra. Y en 1842, Roberto Winter, súbdito inglés, que había aceptado la fe adventista en Norte América, regresó á su país para anunciar la venida del Señor. Muchos se unieron á él en la obra, y el mensaje del juicio fué proclamado en varias partes de Inglaterra.

En la América del Sur, en medio de la barbarie y de las supercherías de los ministros de la religión, Lacunza, jesuíta

" "Journal of the Rev. Joseph Wolff," p. 377.

" *Idem*, p. 389.

chileno se abrió camino hasta las Sagradas Escrituras y allí encontró la verdad de la próxima vuelta de Cristo. Impelido á dar el aviso, pero deseando no obstante librarse de la censura de Roma, publicó sus opiniones bajo el seudónimo de "Rabbi Ben-Israel," dándose por judío convertido. Lacunza vivió en el siglo XVIII, pero no fué más que por el año de 1825 cuando su libro fué traducido al inglés en Londres. Su publicación contribuyó á aumentar el interés que estaba despertando ya en Inglaterra por la cuestión del segundo advenimiento.²⁸

En Alemania, esta doctrina había sido enseñada en el siglo XVIII por Bengel, ministro de la iglesia luterana y célebre teólogo y crítico. Al terminar su educación, Bengel se había "dedicado al estudio de la teología, hacia la cual se sentía naturalmente inclinado por el carácter grave y religioso de su espíritu, que ganó en profundidad y robustez merced á su temprana educación y á la disciplina. Como otros jóvenes de carácter reflexivo, antes y después de él, tuvo que luchar con dudas y dificultades de índole religiosa, y él mismo alude con mucho sentimiento, á los 'muchos dardos que atravesaron su pobre corazón, y que amargaron su juventud.'"²⁹ Llegado á ser miembro del consistorio de Wurtemberg, abogó por la causa de la libertad religiosa. "Si bien defendía los derechos y privilegios de la iglesia, abogaba por que se concediera toda libertad razonable á los que se sentían constreñidos por motivos de conciencia á abandonar la iglesia oficial."³⁰ Aún se dejan sentir hoy día en su país natal los buenos efectos de su política.

Mientras estaba preparando un sermón sobre Apocalipsis 21 para "el domingo de adviento" la luz de la segunda venida de Cristo se hizo en la mente de Bengel. Las profecías del Apocalipsis se descubrieron á su inteligencia como nunca antes. Como anonadado por el sentimiento de la importancia maravillosa y de la gloria incomparable de las escenas descritas por el profeta, se vió obligado á retraerse por algún tiempo de la contemplación del asunto. Pero en el púlpito se le volvió á presentar éste en toda su claridad y su poder.

²⁸ Véase el Apéndice.

²⁹ "Encyclopædia Britannica," art. Bengel.

Desde entonces se dedicó al estudio de las profecías, especialmente las del Apocalipsis, y pronto llegó á creer que ellas señalan la proximidad de la venida de Cristo. La fecha que él fijó para el segundo advenimiento no difería más que en muy pocos años de la que fué determinada después por Miller.

Los escritos de Bengel se han propagado por toda la cristiandad. Sus opiniones acerca de la profecía fueron generalmente adoptadas en su propio estado de Wurtemberg, y hasta cierto punto en otras partes de Alemania. El movimiento continuó después de su muerte, y el mensaje del advenimiento se dejó oír en Alemania al mismo tiempo que estaba llamando la atención en otros países. Desde fecha temprana algunos de los creyentes fueron á Rusia, y formaron allí colonias, y la fe de la próxima venida de Cristo está aún viva entre las iglesias alemanas de aquel país.

La luz brilló también en Francia y en Suiza. En Ginebra, donde Farel y Calvino propagaran las verdades de la Reforma, Gaussen predicó el mensaje del segundo advenimiento. Cuando era aún estudiante, Gaussen había hecho conocimiento con ese espíritu racionalista que dominaba en toda Europa hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX, y cuando entró en el ministerio, no sólo ignoraba lo que era la fe verdadera, sino que se sentía inclinado al escepticismo. En su juventud se había interesado en el estudio de la profecía. Después de haber leído la "Historia Antigua" de Rollin, su atención fué llamada hacia el segundo capítulo de Daniel, y fué sorprendido por la maravillosa exactitud con que se había cumplido la profecía, tal como resulta de la relación del historiador. Había en ésta un testimonio á favor de la inspiración de las Escrituras, que fué para él como un ancla en medio de los peligros de los años posteriores. No pudo darse por satisfecho con las enseñanzas del racionalismo, y al estudiar la Biblia en busca de luz más clara, fué conducido, después de algún tiempo, á una fe positiva.

Al continuar sus investigaciones sobre las profecías, llegó á creer que la venida del Señor era inminente. Impresionado con la solemnidad é importancia de esta gran verdad, deseó

presentarla al pueblo, pero la creencia popular de que las profecías de Daniel son misterios y no pueden ser entendidas, le fué serio obstáculo en el camino. Al fin resolvió — como Farel lo había hecho antes que él en la evangelización de Ginebra — empezar con los niños, esperando por medio de ellos alcanzar á los padres.

Al hablar de su propósito en esta tarea, decía él, tiempo después: “Deseo que se comprenda que, no es á causa de su escasa importancia, sino á causa de su gran valor, por lo que yo deseaba presentar esas enseñanzas en esta forma familiar y por qué las dirigía á los niños. Deseaba que se me oyese, y temía que no se me escuchara si me hubiese dirigido primero á los adultos.” “Resolví por consiguiente dirigirme á los más jóvenes. Reuno pues una asistencia de niños; si ésta aumenta, si se ve que los niños escuchan, que están contentos é interesados, que comprenden el tema y saben exponerlo, estoy seguro de tener pronto otro círculo de oyentes, y á su vez los adultos verán que vale la pena sentarse y estudiar. Hecho esto, queda ganada la causa.”¹⁴

El esfuerzo fué recompensado. Al dirigirse á los niños, tuvo el gusto de ver acudir á la reunión á personas mayores. Las galerías de su iglesia se llenaban de oyentes atentos. Entre ellos había hombres de posición y saber, y extranjeros y personas que estaban de paso en Ginebra, y así el mensaje era llevado á otras partes.

Animado por el éxito, Gausson publicó sus lecciones, con la esperanza de promover el estudio de los libros proféticos en las iglesias de los pueblos que hablan francés. “Publicar las lecciones dadas á los niños,” dice Gausson, “equivale á decir á los adultos, que hartas veces descuidan la lectura de dichos libros so pretexto de que son oscuros: ‘¿Cómo pueden serlo, cuando vuestros niños los entienden?’” “Tenía un gran deseo,” agrega, “de popularizar el conocimiento de las profecías entre nuestros rebaños, en cuanto fuera posible.” “En realidad no hay estudio que pãrezca responder mejor á las necesidades de la época.” “Por medio de él debemos

¹⁴ Gausson, L., “Daniel le Prophète,” Vol. II., pp. xi, xii (Paris, 1848).

prepararnos para la tribulación cercana y velar, y esperar á Jesu-Cristo.”

Aunque Gaussen era uno de los predicadores más distinguidos y de mayor aceptación entre el público de idioma francés, fué suspendido del ministerio por el delito de haber hecho uso de la Biblia al instruir á la juventud, en lugar del catecismo de la iglesia, manual insípido y racionalista, casi desprovisto de fe positiva. Posteriormente fué profesor en una escuela de teología, sin dejar de proseguir su obra de catequista todos los domingos, dirigiéndose á los niños, é instruyéndolos en las Sagradas Escrituras. Sus obras sobre las profecías despertaron también mucho interés. Desde la cátedra, desde las columnas de la prensa y por medio de su ocupación favorita como maestro de los niños, siguió aún muchos años ejerciendo extensa influencia y siendo instrumento para llamar la atención de muchos hacia el estudio de las profecías que enseñaban que la venida del Señor estaba cercana.

El mensaje del advenimiento fué proclamado también en Escandinavia, despertando interés por todo el país. Muchos fueron turbados en su falsa seguridad y confesaron y dejaron sus pecados y buscaron perdón en Cristo. Pero el clero de la iglesia oficial se opuso al movimiento, y debido á su influencia algunos de los que predicaban el mensaje fueron echados en la cárcel. En muchos puntos donde los predicadores de la próxima venida del Señor fueron así reducidos al silencio, plugo á Dios enviar el mensaje, de modo milagroso, por conducto de niños pequeños. Como eran menores de edad, la ley del estado no podía impedirselo, y se les dejó hablar sin molestarlos.

El movimiento cundió principalmente entre la clase baja, y fué en las humildes viviendas de los trabajadores donde el pueblo se juntaba para oír la amonestación. Los mismos predicadores infantiles eran en su mayor parte pobres rústicos. Algunos de ellos no tenían más de seis á ocho años de edad, y mientras sus vidas testificaban que amaban al Salvador y que procuraban obedecer los santos preceptos de Dios, no podían dar prueba de mayor inteligencia y pericia que las que se

suelen ver en los niños de esa edad. Sin embargo, cuando se encontraban ante el pueblo, era de toda evidencia que eran movidos por una influencia fuera de sus propios dones naturales. Su tono y sus ademanes cambiaban, y daban la amonestación del juicio con poder y solemnidad, empleando las palabras mismas de las Sagradas Escrituras: "¡Temed á Dios, y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!" Reprobaban los pecados del pueblo, condenando no solamente la inmoralidad y el vicio, sino también la mundanidad y la apostasía, y exhortaban á sus oyentes á huir de la ira venidera.

El pueblo oía temblando. El Espíritu convincente de Dios hablaba á sus corazones. Muchos fueron inducidos á escudriñar las Santas Escrituras con nuevo y marcado interés; los intemperantes y los viciosos se enmendaron, otros renunciaron á sus hábitos deshonestos y finalmente se llevó á cabo una obra tal, que hasta los ministros de la iglesia oficial se vieron obligados á reconocer que la mano de Dios estaba en el movimiento.

Dios quería que las nuevas de la venida del Salvador fuesen publicadas en las países escandinavos, y cuando las voces de sus siervos fueron reducidas al silencio, puso su Espíritu en los niños para que la obra pudiese hacerse. Cuando Jesús se acercó á Jerusalén, seguido de alegres muchedumbres que, con gritos de triunfo y ondeando palmas, lo aclamaron Hijo de David, los fariseos envidiosos le intimaron para que hiciese callar al pueblo; pero Jesús contestó que todo eso se realizaba en cumplimiento de la profecía, y que de callarse éste las mismas piedras clamarían. El pueblo, intimidado por las amenazas de los sacerdotes y de los escribas, dejó de lanzar aclamaciones de júbilo al entrar por las puertas de Jerusalén; pero los niños á su vez entonaron el alegre refrán, y, agitando las palmas, exclamaron: "¡Hosanna al Hijo de David!" Cuando los fariseos, con amargo descontento, dijeron á Jesús: "¿Oyes lo que éstos dicen?" el Señor contestó: "Sí: ¿nunca habéis leído esto: De la boca de los pequeñitos y de los que maman, has perfeccionado la alabanza?" Así como Dios actuó por conducto de los niños en tiempo del primer advenimiento de Cristo, así también intervino por medio de ellos para pro-

¹⁹ S. Mateo 21:8-16.

clamar el mensaje de su segundo advenimiento. Y es que tiene que cumplirse la Palabra de Dios que dice que la proclamación de la venida del Salvador debe ser llevada á todos los pueblos, lenguas y naciones.

Á Guillermo Miller y á sus colaboradores les fué encomendada la misión de predicar la amonestación en los Estados Unidos de Norte América. Este país vino á ser el centro del gran movimiento adventista. Allí fué donde la profecía del mensaje del primer ángel tuvo su más directo cumplimiento. Los escritos de Miller y de sus compañeros se propagaron hasta en países lejanos. Adonde quiera que hubiesen penetrado misioneros allá también fueron llevadas las alegres nuevas de la pronta venida de Cristo. Por todas partes fué predicado el mensaje del evangelio eterno: “¡Temed á Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!”

El testimonio de las profecías que parecía señalar la fecha de la venida de Cristo para la primavera de 1844 se arraigó profundamente en la mente del pueblo. Al pasar de un estado á otro, el mensaje despertaba vivo interés por todas partes. Muchos estaban convencidos de que los argumentos de los pasajes proféticos eran correctos, y, sacrificando el orgullo de la opinión propia, aceptaban alegremente la verdad. Algunos ministros dejaron también á un lado sus opiniones y sentimientos sectarios y con ellos sus mismos sueldos y sus iglesias, y se pusieron á proclamar la venida de Jesús. Fueron sin embargo comparativamente pocos los ministros que aceptaron este mensaje; por eso la proclamación de éste fué confiada en gran parte á humildes laicos. Los agricultores abandonaban sus campos, los artesanos sus herramientas, los comerciantes sus negocios, los profesionales sus puestos, y no obstante el número de los obreros era pequeño comparado con la obra que había que hacer. La condición de una iglesia impía y de un mundo sumergido en la maldad, oprimía el alma de las verdaderas centinelas, que sufrían voluntariamente trabajos y privaciones para llamar á los hombres al arrepentimiento para la salvación. Á pesar de la oposición de Satanás, la obra siguió

adelante, y la verdad del advenimiento fué aceptada por muchos miles.

Por todas partes se oía el testimonio escrutador que amonestaba á los pecadores, tanto mundanos como miembros de iglesia, para que huyesen de la ira venidera. Como Juan el Bautista, el precursor de Cristo, los predicadores ponían la segur á la raíz del árbol é instaban á todos á que hiciesen frutos dignos de arrepentimiento. Sus llamamientos conmovedores contrastaban notablemente con las seguridades de paz y salvación que se oían desde los púlpitos populares; y donde quiera que se proclamaba el mensaje, conmovía al pueblo. El testimonio sencillo y directo de las Sagradas Escrituras, inculcado en el corazón de los hombres por el poder del Espíritu Santo, producía una fuerza de convicción á la que sólo pocos podían resistir. Personas que profesaban cierta religiosidad fueron despertadas de su falsa seguridad. Vieron sus apostasías, su mundanidad y poca fe, su orgullo y egoísmo. Muchos buscaron al Señor con arrepentimiento y humillación. El apego que por tanto tiempo se había dejado sentir por cosas terrenales se dejó entonces sentir por las cosas del cielo. El Espíritu de Dios descansaba sobre ellos, y con corazones ablandados y subyugados se unieron para exclamar: “¡Temed á Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio!”

Los pecadores preguntaban llorando: “¿Qué debo yo hacer para ser salvo?” Aquellos cuyas vidas se habían hecho notar por su mala fe, deseaban hacer restituciones. Todos los que encontraban paz en Cristo ansiaban ver á otros participar de la misma bendición. Los corazones de los padres fueron vueltos hacia sus hijos, y los corazones de los hijos hacia sus padres. Los obstáculos levantados por el orgullo y la reserva desaparecieron. Se hacían confesiones de corazón, y los miembros de la familia trabajaban por la salvación de los más cercanos y más queridos. A menudo se oían voces de ardiente intercesión. Por todas partes había almas que con angustia luchaban con Dios. Muchos pasaban toda la noche en oración para tener la seguridad de que sus propios pecados eran

perdonados, ó para obtener la conversión de sus parientes ó vecinos.

Todas las clases de la sociedad se agolpaban en las reuniones de los adventistas. Ricos y pobres, grandes y pequeños ansiaban por varias razones oír por sí mismos la doctrina del segundo advenimiento. El Señor contenía el espíritu de oposición mientras que sus siervos daban cuenta de su fe. Á veces el instrumento era débil; pero el Espíritu de Dios daba poder á su verdad. Se sentía en esas asambleas la presencia de santos ángeles, y cada día muchas personas eran añadidas al número de los creyentes. Siempre que se exponían los argumentos en favor de la próxima venida de Cristo, había grandes multitudes que escuchaban embelesadas y en arrobamiento. No parecía sino que el cielo y la tierra se juntaban. El poder de Dios era sentido por ancianos, jóvenes y adultos. Los hombres volvían á sus casas cantando alabanzas, rompiendo sus alegres acentos el silencio de la noche. Ninguno de los que asistieron á las reuniones podrá jamás olvidar escenas de tan vivo interés.

La proclamación de una fecha determinada para la venida de Cristo suscitó gran oposición por parte de muchas personas de todas las clases, desde el pastor hasta el pecador más vicioso y atrevido. Cumpliéronse así las palabras de la profecía que decían: "En los postreros días vendrán escarnecedores, con sus escarnios andando según sus mismas concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está su prometido advenimiento? pues desde que durmieron los padres, todas las cosas continúan como han sido desde el principio de la creación."² Muchos que profesaban amar al Salvador declaraban que no se oponían á la doctrina del segundo advenimiento; sólo objetaban la fijación de la fecha. Pero el ojo escrutador de Dios leía en sus corazones. En realidad lo que había era que no querían oír decir que Cristo estaba por venir para juzgar al mundo en justicia. Habían sido siervos infieles, sus obras no hubieran podido soportar la inspección del Dios que escudriña los corazones, y temían encontrar á su Señor. Como los judíos en tiempo del primer advenimiento de Cristo, tampoco ellos es-

² 2 Pedro 3:3, 4.

taban preparados para dar la bienvenida á Jesús. No sólo se negaron á escuchar los claros argumentos de la Biblia, sino que ridiculizaban á los que esperaban al Señor. Satanás y sus ángeles se regocijaban de esto en sumo grado y arrojaban á la cara de Cristo y de sus santos ángeles la afrenta de que el pueblo que profesaba ser su pueblo le amaba tan poco que ni deseaba su aparición.

“Nadie sabe ni el día ni la hora” tal era el argumento aducido con más frecuencia por los que rechazaban la fe del advenimiento. El pasaje bíblico dice: “Respecto de aquel día y hora, nadie sabe cuándo será, ni aun los ángeles del cielo, ni tampoco el Hijo, sino solo el Padre.”²¹ Los que estaban esperando al Señor dieron una explicación clara y armoniosa de esta cita bíblica, resultando claramente demostrada la falsa interpretación que de él hacían sus adversarios. Esas palabras fueron pronunciadas por Cristo en la memorable conversación que tuvo con sus discípulos en el Monte de los Olivos, después de haber salido del templo por última vez. Los discípulos habían preguntado: “¿Qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?”²² Jesús les dió las señales, y les dijo: “Cuando viereis todas estas cosas sabed que está cerca á las puertas mismas.”²³ No debe interpretarse una declaración del Salvador en forma que venga á anular otra. Aunque nadie sepa el *día* ni la *hora* de su venida, se nos exhorta y se requiere de nosotros que sepamos cuando está cerca. Se nos enseña además que menospreciar su aviso y negarse á averiguar cuándo su advenimiento esté cercano, será tan fatal para nosotros como lo fué para los que viviendo en días de Noé no supieron cuándo vendría el diluvio. Y la parábola del mismo capítulo que pone en contraste al siervo fiel y al malo y que señala la suerte de aquel que dice en su corazón: “Mi señor se tarda en venir,” enseña cómo considerará y recompensará Cristo á los que encuentre velando y proclamando su venida, y á los que la nieguen. “¡Velad pues!” dice: “¡Bienaventurado aquel siervo, á quien su Señor cuando viniere le hallare haciendo así!”²⁴ “Si por tanto no vigilares, yo vendré como ladrón, y tú no sabrás á qué hora

²¹ S. Mateo 24:36.

²² S. Mateo 24:3, 33, 42-51.

vendrá sobre ti.”²² S. Pablo habla de una clase de personas para quienes la aparición del Señor vendrá sin que la hayan esperado. Como ladrón en la noche, así viene el día del Señor. Cuando los hombres estén diciendo: “¡Paz y seguridad! entonces mismo vendrá sobre ellos repentina destrucción, . . . y no podrán escaparse.” Pero agrega también refiriéndose á los que han tomado en cuenta la amonestación del Salvador: “Vosotros empero, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día á vosotros os sorpenda como ladrón: porque todos vosotros sois hijos de la luz é hijos del día; nosotros no somos de la noche, ni de las tinieblas.”²³

Así quedó demostrado que las Sagradas Escrituras no autorizan á los hombres á permanecer ignorantes con respecto á la proximidad de la venida de Cristo. Pero los que no buscaban más que un pretexto para rechazar la verdad, cerraron sus oídos á esta explicación, y las palabras: “Nadie sabe ni el día ni la hora” seguían siendo repetidas por los atrevidos burlones y hasta por los que profesaban ser ministros de Cristo. Como el pueblo se despertase y empezase á inquirir el camino de la salvación, los maestros en religión se interpusieron entre ellos y la verdad, tratando de tranquilizar sus temores con falsas interpretaciones de la Palabra de Dios. Atalayas infieles colaboraron en la obra del gran engañador, clamando: Paz, paz, cuando Dios no había hablado de paz. Como los fariseos en tiempo de Cristo, muchos se negaron á entrar en el reino de los cielos, é impedían á los que querían entrar. La sangre de esas almas será demandada de sus manos.

Los miembros más humildes y piadosos de las iglesias fueron generalmente los primeros en aceptar el mensaje. Los que estudiaban la Biblia por sí mismos no podían menos que echar de ver que el carácter de las opiniones corrientes respecto de la profecía era contrario á las Sagradas Escrituras, y que donde quiera que el pueblo no estuviese sujeto á la influencia del clero y escudriñara la Palabra de Dios por sí mismo, la doctrina del advenimiento no necesitaba más que ser cotejada con las Escrituras para que se reconociese su autoridad divina.

²² Apocalipsis 3:3.

²³ 1 Tesalonicenses 5:2-5.

Muchos fueron perseguidos por sus hermanos incrédulos. Para conservar sus puestos en las iglesias, algunos consintieron en guardar silencio respecto á su esperanza; pero otros sentían que la fidelidad para con Dios les prohibía tener así ocultas las verdades que él les había comunicado. No pocos fueron excluidos de la comunión de la iglesia por la única razón de haber dado expresión á su fe en la venida de Cristo. Muy valiosas eran estas palabras del profeta dirigidas á los que sufrían esa prueba de su fe: "Vuestros hermanos que os odian, y os han echado fuera á causa de mi nombre, dicen: ¡Sea golrificado Jehová! mas él aparecerá para gloria vuestra, y ellos serán avergonzados."²⁸

Los ángeles de Dios observaban con el más profundo interés el resultado de la amonestación. Cuando las iglesias en general rechazaron el mensaje, los ángeles se volvieron con tristeza. Sin embargo hubo muchos que no fueron probados con respecto á la verdad del advenimiento. Muchos se dejaron descarriar por maridos, esposas, padres ó hijos, y se les hizo creer que era pecado prestar siquiera oídos á semejantes herejías como las enseñadas por los adventistas. Los ángeles recibieron orden de velar fielmente sobre esas almas, pues otra luz había de brillar aún sobre ellas desde el trono de Dios.

Los que habían aceptado el mensaje velaban por la venida de su Salvador con indecible esperanza. El tiempo en que esperaban ir á su encuentro estaba próximo. Y á esa hora se acercaban con solemne calma. Descansaban en dulce comunión con Dios, lo que para ellos era prenda segura de la paz de que habrían de participar en la gloria venidera. Ninguno de los que abrigaban esa esperanza y esa confianza podía olvidar aquellas horas tan preciosas de expectación. Pocas semanas antes del tiempo determinado los negocios mundanos fueron dejados á un lado en su mayor parte. Los creyentes sinceros examinaron cuidadosamente todos los pensamientos y emociones de sus corazones como si estuviesen en el lecho de muerte y como si tuviesen que cerrar pronto sus ojos á las cosas de este mundo. No se trataba de hacer "vestidos de ascensión;"²⁹ pero todos sentían la necesidad de una prueba interna de que estaban preparados para recibir al

²⁸ Isaías 66:5.²⁹ Véase el Apéndice.

Salvador; sus vestiduras blancas eran la pureza del alma,— corazones limpios de pecado por la sangre expiatoria de Cristo. ¡Ojalá hubiese aún entre el pueblo que profesa ser de Dios el mismo espíritu para estudiar el corazón, y la misma fe sincera y decidida! Si hubiesen seguido humillándose así ante el Señor y dirigiendo sus súplicas al trono de misericordia, poseerían una experiencia mucho más valiosa de la que poseen ahora. No se ora lo bastante, se siente demasiado poco la condición real del pecado, y la falta de una fe viva deja á muchos destituidos de la gracia tan abundantemente provista por nuestro Redentor.

Dios se propuso probar á su pueblo. Su mano cubrió un error en el cálculo de los períodos proféticos. Los adventistas no descubrieron el error, ni fué descubierto tampoco por los más sabios de sus adversarios. Estos decían: “Vuestro cálculo de los períodos proféticos es correcto. Algún gran acontecimiento está á punto de realizarse; pero no es lo que predice Miller; es la conversión del mundo, y no el segundo advenimiento de Cristo.”²⁷

Pasó el tiempo de expectativa, y no apareció Cristo para libertar á su pueblo. Los que habían esperado á su Salvador con fe sincera, experimentaron un amargo desengaño. Sin embargo los designios de Dios se estaban cumpliendo: Dios estaba probando los corazones de los que profesaban estar esperando su aparición. Había muchos entre ellos que no habían sido movidos por un motivo más elevado que el miedo. Su profesión de fe no había mejorado sus corazones ni sus vidas. Cuando el acontecimiento esperado no se realizó, esas personas declararon que no estaban desengañadas; no habían creído nunca que Cristo vendría. Fueron de los primeros en ridiculizar el dolor de los verdaderos creyentes.

Pero Jesús y todas las huestes celestiales contemplaron con amor y simpatía á los creyentes puestos á prueba y fieles aunque chasqueados. Si se hubiese podido descorrer el velo que separa el mundo visible del invisible, se habrían visto ángeles que se acercaban á esas almas resueltas y las protegían de los dardos de Satanás.

²⁷ Véase el Apéndice.



UNA AMONESTACIÓN RECHAZADA — 22

AL predicar la doctrina del segundo advenimiento, Guillermo Miller y sus colaboradores no tuvieron otro propósito que el de estimular á los hombres para que se preparasen para el juicio. Habían procurado despertar á los creyentes religiosos que hacían profesión de cristianismo á la verdadera esperanza de la iglesia, y á la necesidad que tenían de una experiencia cristiana más profunda; trabajaron además para que los inconvertidos se fijaran en el deber de arrepentirse y de convertirse á Dios inmediatamente. “No trataron de convertir á los hombres á una secta ni á un partido religioso. De aquí que trabajasen entre todos los partidos y sectas, sin entremeterse en su organización ni disciplina.”

Miller decía: “En todas mis labores nunca abrigué el deseo ni el pensamiento de fomentar interés distinto del de las denominaciones existentes, ni de favorecer á una á expensas de otra. Pensé en ser útil á todas. Suponiendo que todos los cristianos se regocijarían en la perspectiva de la venida de Cristo, y que aquellos que no pudiesen ver las cosas como yo no dejarían por eso de amar á los que aceptasen esta doctrina, no me figuré que habría jamás necesidad de tener reuniones distintas. Mi único objeto era el deseo de convertir almas á Dios, de dar á conocer al mundo un juicio venidero, y de inducir á mis semejantes á que hiciesen la preparación de corazón que les permitirá ir en paz al encuentro de su Dios. La gran mayoría de los que fueron convertidos por medio de mi ministerio se unieron á las diversas iglesias existentes.”¹

¹ Bliss, “Memoirs of Wm. Miller,” p. 328.

Como su obra tendía á la edificación de las iglesias, se la miró durante algún tiempo con simpatía. Pero cuando los ministros y los directores de aquéllas se declararon contra la doctrina del advenimiento y quisieron sofocar el nuevo movimiento, no sólo se opusieron á ella desde el púlpito, sino que además negaron á sus miembros el derecho de asistir á predicaciones sobre ella y hasta de hablar de sus esperanzas en las reuniones de edificación mutua en la iglesia. Así se vieron reducidos los creyentes á una situación crítica y perpleja. Querían á sus iglesias y les repugnaba separarse de ellas; pero al ver que se anulaba el testimonio de la Palabra de Dios, y que se les negaba el derecho que tenían para investigar las profecías, sintieron que la lealtad hacia Dios les impedía someterse. No podían considerar como constituyendo la iglesia de Cristo á los que trataban de rechazar el testimonio de la Palabra de Dios, "columna y apoyo de la verdad." De ahí que se sintiesen justificados para separarse de la que hasta entonces fuera su comunión religiosa. En el verano de 1844 cerca de cincuenta mil personas se separaron de las iglesias.

Por aquel tiempo se advirtió un cambio notable en la mayor parte de las iglesias de los Estados Unidos de Norte América. Desde hacía muchos años venía observándose una conformidad cada vez mayor con las prácticas y costumbres mundanas, y una decadencia correspondiente en la vida espiritual; pero en aquel año hubo pruebas de una decadencia aún más marcada en casi todas las iglesias del país. Aunque nadie parecía capaz de indicar la causa de ella, el hecho mismo fué muy notado y comentado, tanto por la prensa como desde el púlpito.

En una reunión del presbiterno de Filadelfia, el señor Barnes, autor de un comentario de uso muy general, y pastor de una de las principales iglesias de dicha ciudad, "declaró que había ejercido el ministerio desde hacía veinte años, y que nunca antes de la última comunión había administrado la santa cena sin recibir muchos ó pocos nuevos miembros en la iglesia. Pero ahora, añadía, *no hay despertamientos, ni*

conversiones, ni mucho aparente crecimiento en la gracia en los que hacen profesión de religión, y nadie viene más á su despacho para conversar acerca de la salvación de sus almas. Con el aumento de negocios y las perspectivas florecientes del comercio y de las manufacturas, ha aumentado también el espíritu mundano. *Y esto sucede en todas las denominaciones.*"²

En el mes de febrero del mismo año, el profesor Finney, del colegio de Oberlin, dijo: "Hemos podido comprobar el hecho de que en general las iglesias protestantes de nuestro país, han sido ó apáticas ú hostiles con respecto á casi todas las reformas morales de la época. Existen excepciones parciales, pero no las suficientes para impedir que el hecho sea general. Tenemos además otro hecho más que confirma lo dicho y es la falta casi universal de influencias reavivadoras en las iglesias. La apatía espiritual lo penetra casi todo y es por demás profunda; así lo atestigua la prensa religiosa de todo el país. . . . De modo muy general, los miembros de las iglesias se están volviendo esclavos de la moda, se asocian con los impíos en diversiones, bailes, festejos, etc. . . . Pero no necesitamos extendernos largamente sobre tan doloroso tema. Basta con que las pruebas aumenten y nos abrumen para demostrarnos que las *iglesias en general están degenerando de un modo que da pena*. Se han alejado muchísimo de Dios, y él se ha alejado de ellas."

Y un escritor declaraba en el *Religious Telescope*, conocido periódico religioso: "Jamás habíamos presenciado hasta ahora semejante estado de decadencia al de la actualidad. En verdad que la iglesia debería despertar y buscar la causa de este estado aflictivo; pues tal debe ser para todo aquel que ama á Sión. Cuando recordamos cuán pocos son los casos de verdadera conversión, y la impenitencia sin igual y la dureza de los pecadores, exclamamos casi involuntariamente: '¿Se ha olvidado Dios de tener misericordia? ¿ó está cerrada la puerta de la gracia?'"

Tal condición no existe nunca sin que la iglesia misma tenga la culpa. Las tinieblas espirituales que caen sobre las

² *Congregational Journal*, 23 de mayo de 1844.

naciones, sobre las iglesias y sobre los individuos, no son debidas á un retraimiento arbitrario de la gracia divina por parte de Dios, sino á la negligencia ó al rechazo de la luz divina por parte de los hombres. Ejemplo sorprendente de esta verdad lo tenemos en la historia del pueblo judío en tiempo de Cristo. Debido á su apego al mundo y al olvido de Dios y de su Palabra, el entendimiento de este pueblo se había oscurecido y su corazón se había vuelto mundano y sensual. Así permaneció en la ignorancia respecto al advenimiento del Mesías, y en su orgullo é incredulidad rechazó al Redentor. Pero ni aun entonces Dios privó á la nación judía del conocimiento ó de la participación de las bendiciones de la salvación. Pero los que rechazaron la verdad perdieron todo deseo de obtener el don del cielo. Ellos habían puesto "tinieblas por luz, y luz por tinieblas," hasta que la luz que había en ellos se volvió tinieblas; y ¡cuán grandes fueron aquellas tinieblas!

Conviene á la política de Satanás que los hombres conserven las formas de religión, con tal de que carezcan de piedad vital. Después de haber rechazado el evangelio, los judíos siguieron conservando ansiosamente sus antiguos ritos, y guardaron intacto su exclusivismo nacional, mientras que ellos mismos no podían menos que confesar que la presencia de Dios ya no se manifestaba más entre ellos. La profecía de Daniel señalaba de modo tan exacto el tiempo de la venida del Mesías y predecía tan á las claras su muerte, que ellos trataban de desalentar el estudio de ella, y finalmente los rabinos pronunciaron una maldición sobre todos los que intentaran computar el tiempo. En su obcecación é impenitencia, el pueblo de Israel ha permanecido durante mil ochocientos años indiferente á las ofertas de salvación gratuita y descuidado de las bendiciones del evangelio—solemne y terrible amonestación del peligro que se corre al rechazar la luz del cielo.

Donde quiera que esta causa exista, seguirán los mismos resultados. Quien deliberadamente mutila su conciencia del deber porque ella está en pugna con sus inclinaciones, aca-

bará por perder la facultad de distinguir entre la verdad y el error. La inteligencia se entenebrece, la conciencia se insensibiliza, el corazón se endurece, y el alma se aparta de Dios. Allí donde se desdeña ó se desprecia la verdad divina, allí también la iglesia será envuelta en tinieblas; la fe y el amor se enfriarán, y entran el desvío y la disensión. Los miembros de las iglesias concentran entonces sus intereses y energías en asuntos mundanos, y los pecadores se endurecen en su impenitencia.

El mensaje del primer ángel en el capítulo 14 del Apocalipsis, que anuncia la hora del juicio de Dios y que exhorta á los hombres á que le teman y adoren, tenía por objeto separar al pueblo que profesaba ser de Dios de las influencias corruptoras del mundo, y despertarlo para que viera su verdadero estado de mundanidad y apostasía. Con este mensaje Dios había enviado á la iglesia un aviso que, de ser aceptado, habría curado los males que lo tenían apartado de él. Si los cristianos hubiesen recibido el mensaje del cielo, humillándose ante el Señor y tratando sinceramente de prepararse para comparecer ante su presencia, el Espíritu y el poder de Dios se habrían manifestado entre ellos. La iglesia habría vuelto á alcanzar aquel bendito estado de unidad, fe y amor, que existía en tiempos apostólicos, cuando “la muchedumbre de los creyentes era de un mismo corazón y de una misma alma,” y “hablaron la Palabra de Dios con denuedo,” cuando “el Señor añadía á la iglesia los salvados de día en día.”*

Si los que profesan ser de Dios recibiesen la luz tal cual brilla sobre ellos al dimanar de su Palabra, alcanzarían esa unidad por la cual oró Cristo y que el apóstol describe como, “la unidad del espíritu en el vínculo de la paz.” Hay, dice, “*un* mismo cuerpo y *un* mismo espíritu, así como fuisteis llamados en *una* misma esperanza de vuestra vocación; un mismo Señor, una misma fe, un mismo bautismo.”⁴

Tales fueron los resultados benditos experimentados por los que aceptaron el mensaje del advenimiento. Ellos prove-

* Hechos 4:32, 31; 2:47.

⁴ Efesios 4:3-5.

nían de diferentes denominaciones, y sus barreras confesionales cayeron al suelo; los credos opuestos se hicieron añicos; la esperanza antibíblica de un milenio temporal fué abandonada, las ideas erróneas sobre el segundo advenimiento fueron enmendadas, el orgullo y la conformidad con el mundo fueron extirpados; agravios fueron reparados; los corazones se unieron en la más dulce comunión, y el amor y el gozo reinaban por encima de todo; si esta doctrina hizo esto para los pocos que la recibieron, lo mismo lo habría hecho para todos, si todos la hubiesen aceptado.

Pero las iglesias en general no aceptaron la amonestación. Sus ministros que, como "centinelas para la casa de Israel," hubieran tenido que ser los primeros en discernir las señales de la venida de Jesús, habían dejado de aprender la verdad, ya sea por el testimonio de los profetas ó por las señales de los tiempos. Como eran esperanzas y ambiciones mundanas lo que llenaban su corazón, el amor á Dios y la fe en su Palabra se habían enfriado, y cuando la doctrina del advenimiento fué presentada, no hizo más que despertar sus prejuicios ó incredulidad. La circunstancia de ser predicado el mensaje casi únicamente por laicos, se presentaba como argumento desfavorable. Como antiguamente se oponían al testimonio claro de la Palabra de Dios con la pregunta: "¿Acaso alguno de los gobernantes, ó de los fariseos, ha creído en él?" Y al ver cuán difícil era refutar los argumentos sacados de los pasajes proféticos, muchos dificultaban el estudio de las profecías, enseñando que los libros proféticos estaban sellados y que no se podían entender. Multitudes que confiaban implícitamente en sus pastores, se negaron á escuchar el aviso, y otros, aunque convencidos de la verdad, no se atrevían á proclamarlo, "para que no fueran echados de la sinagoga." El mensajero que Dios había enviado para probar y purificar la iglesia, reveló con demasiada evidencia cuán grande era el número de los que habían puesto su corazón en este mundo más bien que en Cristo. Los lazos que los unían á la tierra eran más fuertes que los que les atraían hacia el cielo. Prefirieron escuchar la voz de la sabi-

duría humana y no le hicieron caso al mensaje de verdad es-
cudriñador del corazón.

Al negarse á aceptar el aviso del primer ángel, rechazaron los medios que Dios había provisto para su redención. Despreciaron al mensajero misericordioso que habría enmendado los males que los separaba de Dios, y con mayor ardor volvieron á buscar la amistad del mundo. Tal era la causa de ese terrible estado de mundanidad, de apostasía y de muerte espiritual que imperaba en las iglesias en 1844.

En el capítulo 14 del Apocalipsis, el primer ángel es seguido de otro que dice: “¡Caída, caída es la gran Babilonia, la cual ha hecho que todas las naciones beban vino de la ira de su fornicación!”⁶ La palabra Babilonia se deriva de Babel y significa confusión. Se emplea en las Santas Escrituras para designar las varias formas de religiones falsas y apóstatas. En el capítulo 17 del Apocalipsis, Babilonia está representada por una mujer,—figura que se emplea en la Biblia como símbolo de una iglesia, una mujer virtuosa representando una iglesia pura, y una mujer vil una iglesia apóstata.

En la Biblia, el carácter sagrado y permanente de la relación que existe entre Cristo y su iglesia está representado en la unión del matrimonio. El Señor se ha unido con su pueblo en alianza solemne, prometiendo él ser su Dios, y el pueblo á su vez comprometiéndose á ser suyo y sólo suyo. Dios dice: “¡Te desposaré conmigo para siempre; sí, te desposaré conmigo en justicia, y en rectitud, y en misericordia y en compasiones!”⁷ Y también: “Yo soy vuestro marido.”⁸ Y S. Pablo emplea la misma figura en el Nuevo Testamento, cuando dice: “Os he desposado con un solo esposo, para que os presente á Cristo, cual virgen casta.”⁹

La infidelidad á Cristo de que la iglesia se hizo culpable al dejar enfriarse la confianza y el amor que á él le unieran, y al permitir que el apego á las cosas mundanas llenase su alma, es comparada á la violación del voto matrimonial. El pecado que Israel cometió al apartarse del Señor, está representado bajo esta figura; y el amor maravilloso de

⁶ Apocalipsis 14:8. ⁷ Oseas 2:19. ⁸ Jeremías 3:14. ⁹ 2 Corintios 11:2.

Dios que él despreció, está descrito de modo conmovedor. “Juréte, y entré en pacto contigo, dice Jehová el Señor; y tú viniste á ser mía.” “Y fuiste sumamente hermosa y prosperaste hasta llegar á dignidad real. Y salió tu renombre entre las naciones, en atención á tu hermosura, la cual era perfecta, á causa de mis adornos que yo había puesto sobre ti. . . . Mas pusiste tu confianza en tu hermosura, y te prostituíste á causa de tu renombre.” “Así como una mujer es desleal á su marido, así vosotros habéis sido desleales para conmigo, oh casa de Israel, dice Jehová.” “¡Ah, mujer adúltera, que en vez de tu marido admites los extraños!”

En el Nuevo Testamento se hace uso de un lenguaje muy parecido para con los cristianos profesos que buscan la amistad del mundo más que el favor de Dios. El apóstol Santiago dice: “¡Almas adúlteras! ¿no sabéis acaso que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Aquel pues que quisiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios.”

La mujer Babilonia de Apocalipsis 17 está descrita como “vestida de púrpura y escarlata, y adornada de oro y piedras preciosas y perlas, teniendo en su mano un cáliz de oro, lleno de abominaciones, es decir, las inmundicias de sus fornicaciones; y sobre su cabeza tenía un nombre escrito: ¡Misterio: Babilonia la grande, madre de las ramera!” El profeta dice: “Ví á aquella mujer embriagada de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús.” Se declara además que Babilonia “es aquella gran ciudad, la cual tiene el imperio sobre los reyes de la tierra.”* El poder que por tantos siglos dominó con despotismo sobre los monarcas de la cristiandad, es Roma. La púrpura y la escarlata, el oro y las piedras preciosas y las perlas describen como á lo vivo la magnificencia y la pompa más que reales de que hacía gala la arrogante sede romana. Y de ningún otro poder se podría decir con más propiedad que estaba “embriagado de la sangre de los santos” que de aquella iglesia que ha perseguido tan cruelmente á los discípulos de Cristo. Se acusa además á Babilonia de haber entretenido relaciones ilícitas con “los

* Ezequiel 16:8, 13-15, 32; Jeremías 3:20. * Apocalipsis 17:4-6, 18.

reyes de la tierra." Fué á su alejamiento del Señor y á su alianza con los paganos á lo que la iglesia judía debió el haberse hecho ramera; y Roma se corrompió de igual manera al buscar el apoyo de los poderes mundanos, sufriendo consecuentemente la misma condenación.

Se dice que Babilonia es "*madre* de las ramera." Sus *hijas* deben simbolizar las iglesias que se atienen á sus doctrinas y tradiciones, y que siguen su ejemplo sacrificando la verdad y la aprobación de Dios, para formar alianza ilícita con el mundo. El mensaje de Apocalipsis 14, que anuncia la *caída* de Babilonia, debe aplicarse á comunidades religiosas puras en cierto tiempo y que se han corrompido. Dado que este mensaje sigue al aviso del juicio, debe ser proclamado en los últimos días, y no puede por consiguiente referirse sólo á la iglesia romana, pues dicha iglesia está decaída desde hace muchos siglos. Además, en el capítulo 18 del Apocalipsis se exhorta al pueblo de Dios á que salga de Babilonia. Según este pasaje de las Sagradas Escrituras, muchos del pueblo de Dios deben estar aún en Babilonia. ¿Y en qué comunidades religiosas se encuentran actualmente la mayor parte de los discípulos de Cristo? Sin duda alguna en las varias iglesias que profesan la fe protestante. Al principio esas iglesias se decidieron noblemente por Dios y la verdad, y la bendición divina les acompañaba. Aun el mundo incrédulo se vió obligado á reconocer los felices resultados de la aceptación de los principios del evangelio. Oiganse las palabras del profeta á Israel: "Salió tu renombre entre las naciones, en atención á tu hermosura, la cual era perfecta, á causa de mis adornos, que yo había puesto sobre tí, dice Jehová el Señor."²¹ Pero ellas cayeron víctimas del mismo deseo que causó la maldición y la ruina de Israel — el deseo de imitar las prácticas de los impíos y de buscar su amistad. "Pusiste tu confianza en tu hermosura, y te prostituíste á causa de tu renombre."²²

Muchas de las iglesias protestantes están siguiendo el ejemplo dado por Roma, uniéndose inicuaamente con "los

²¹ Ezequiel 16:14, 15.

reyes de la tierra:” las iglesias del estado con sus relaciones con los gobiernos seculares, y otras denominaciones con el afán de captarse el favor del mundo. Y la expresión “Babilonia”— confusión — puede aplicarse propiamente á esas congregaciones que, aunque declaran todas que sus doctrinas se derivan de la Biblia, están sin embargo divididas en un sinnúmero de sectas, con credos y teorías muy opuestos.

Además de la unión impía con el mundo, las iglesias que se separaron de Roma presentan otros característicos de ésta.

Una obra católica romana arguye que “si la iglesia romana fué jamás culpable de idolatría con respecto á los santos, su hija, la iglesia anglicana, es tan culpable, pues ella tiene diez iglesias dedicadas á María por una dedicada á Cristo.””

Y el Dr. Hopkins dice en un “Tratado sobre el milenio:” “No hay razón para creer que el espíritu y las prácticas anticristianas se limiten á lo que se llama actualmente la iglesia romana. Las iglesias protestantes tienen en sí mucho del Anticristo, y distan mucho de haberse reformado enteramente de . . . las corrupeiones é impiedades.””

Respecto á la separación de la iglesia presbiteriana de con la de Roma, el doctor Guthrie escribe: “Hace trescientos años que nuestra iglesia con una Biblia abierta en su bandera, y con el lema ‘escudriñad las Escrituras’ en su rollo de pergamino, salió de las puertas de Roma.” Luego hace la significativa pregunta: “¿Salió *del todo* de Babilonia?””

“La iglesia de Inglaterra,” dice Spurgeon, “parece estar completamente roída con la doctrina de que la salvación se encuentra en los sacramentos; pero los disidentes parecen estar tan desgraciadamente contaminados por la incredulidad filosófica. Aquellos de quienes esperábamos mejores cosas están apartándose unos tras otros de los fundamentos de la fe. El mismo corazón de Inglaterra creo que está completamente carcomido por una infidelidad fatal que aún se atreve á subir al púlpito y llamarse cristiana.”

” Dr. Challoner, “The Catholic Christian Instructed,” Prólogo, pp. 21, 22 (ed. 1897).

” Hopkins, Samuel, “Works,” Vol. II, p. 328 (ed. 1854).

” Guthrie, Tomás, “The Gospel in Ezequiel,” p. 237 (ed. 1857).

¿Cuál fué el origen de la gran apostasía? ¿Cómo empezó á apartarse la iglesia de la sencillez del evangelio?— Conformándose á las prácticas del paganismo para facilitar á los paganos la aceptación del cristianismo. El apóstol Pablo dijo que ya en su tiempo mismo: “El misterio de iniquidad está ya obrando.”² Mientras aún vivían los apóstoles, la iglesia permaneció relativamente pura. “Pero hacia fines del siglo segundo, la mayor parte de las iglesias tomaron una forma nueva: la sencillez primitiva desapareció, é insensiblemente, á medida que los antiguos discípulos bajaban al sepulcro, sus hijos en unión con nuevos convertidos . . . se propasaron y dieron nueva forma á la causa.”³ Para aumentar el número de los convertidos, el alto nivel de la fe cristiana fué rebajado, y el resultado fué que “una ola pagana anegó la iglesia, trayendo consigo sus costumbres, sus prácticas y sus ídolos.”⁴ La religión cristiana habiendo ganado el favor y el apoyo de los legisladores seculares, fué nominalmente aceptada por multitudes; pero mientras éstas eran cristianas en apariencia, muchos “permanecieron en realidad puros paganos que seguían adorando sus ídolos en secreto.”⁵

¿No ha pasado otro tanto en casi todas las iglesias que se llaman protestantes? Cuando murieron sus fundadores, que poseían el verdadero espíritu de reforma, sus descendientes se propasaron y “dieron nueva forma á la causa.” Mientras se atenían ciegamente al credo de sus padres y se negaban á aceptar cualquiera verdad que fuese más allá de lo que veían, los hijos de los reformadores se alejaron mucho de su ejemplo de humildad, de abnegación de sí mismos y de renunciación al mundo. Así “la simplicidad primitiva desaparece.” Una ola de mundanidad al invadir la iglesia “trae consigo sus costumbres, sus prácticas y sus ídolos.”

¿Ay, hasta qué grado esa amistad del mundo que es “enemistad contra Dios,” es actualmente fomentada entre los que hacen profesión de ser discípulos de Cristo! ¿Cuánto no se

² 2 Tesalonicenses 2:7. ³ Robinson, Roberto, “Ecclesiastical Researches,” cap. 6, párr. 17 (ed. 1792, p. 51).

⁴ Gavazzi's Lectures, p. 278 (ed. 1854).

han alejado las iglesias nacionales de toda la cristiandad del modelo bíblico de humildad, abnegación, sencillez y piedad! Juan Wesley decía, al hablar del buen uso del dinero: "No malgastéis nada de tan precioso talento, tan sólo por agradar á los ojos con superfluos y costosos atavíos ni con adornos innecesarios. No gastéis parte de él adornando prolijamente vuestras casas con muebles inútiles y costosos, con cuadros carísimos, pinturas y dorados. . . . No gastéis nada para satisfacer el orgullo de la vida, ni para obtener la admiración de los hombres. . . . 'Siempre que te regales bien á ti mismo, los hombres hablarán bien de ti.' Siempre que te vistas 'de púrpura y de lino fino blanco, y tengas banquetes espléndidos todos los días,' no faltará quien aplauda tu elegancia, tu buen gusto, tu generosidad y tu rumbosa hospitalidad. Pero no vayas á pagar tan caros sus aplausos. Conténtate más bien con el honor que viene de Dios." " Pero en muchas iglesias de nuestros días se desdeñan estas enseñanzas.

Está de moda en el mundo hacer profesión de religión. Gobernantes, políticos, abogados, doctores, comerciantes se unen á la iglesia como medio de asegurarse el respeto y la confianza de la sociedad, y de promover sus propios intereses mundanos. Tratan así de cubrir todos sus procederés injustos con el manto de la religiosidad. Las diversas comunidades religiosas robustecidas con las riquezas y con la influencia de esos mundanos bautizados puján á cual más por mayor popularidad y patrocinio. Iglesias espléndidas embellecidas con el más extravagante despilfarro, se yerguen en las avenidas más ricas y más pobladas. Los fieles visten con lujo y á la moda. Se pagan grandes sueldos á ministros elocuentes para que entretengan y atraigan al pueblo. Sus sermones no deben aludir á los pecados populares, sino que deben ser suaves y agradables como para los oídos de un auditorio á la moda. Así los pecadores del mundo son recibidos en la iglesia, y los pecados á la moda se cubren bajo un manto de piedad.

Hablando de la actitud actual de los cristianos de profesión para con el mundo, un notable periódico profano dice:

" Wesley's Works, Sermón 50, "The Use of Money."

“Insensiblemente la iglesia ha seguido el espíritu del siglo, y ha adaptado sus formas de culto á las necesidades de la actualidad.” “En verdad, todo cuanto contribuye á hacer atractiva la religión, la iglesia lo emplea ahora y se vale de ello.” Y un literato escribe en el *Independent* de Nueva York, sobre el metodismo actual: “La línea de separación entre los piadosos y los irreligiosos desaparece en una especie de penumbra, y en ambos lados se está trabajando con empeño para hacer desaparecer toda diferencia entre su modo de ser y sus placeres.” “La popularidad de la religión tiende en gran manera á aumentar el número de los que quisieran asegurarse sus beneficios sin cumplir honradamente con los deberes de ella.”

Howard Crosby dice: “Motivo de hondo pesar es el hecho de que la iglesia de Cristo esté cumpliendo tan mal los designios del Señor. Así como los antiguos judíos dejaron que el trato familiar con las naciones idólatras alejara sus corazones de Dios, . . . así también ahora la iglesia de Jesús, merced al falso consorcio con el mundo incrédulo, está abandonando los métodos divinos de su verdadera vida y doblegándose á las costumbres perniciosas, si bien á menudo plausibles, de una sociedad anticristiana, valiéndose de argumentos y llegando á conclusiones ajenas á la revelación de Dios y directamente opuestas á todo crecimiento en gracia.”

En esta marea de mundanidad y de afán por los placeres, el espíritu de desprendimiento y de sacrificio personal por el amor de Cristo ha desaparecido casi completamente. “Algunos de los hombres y mujeres que actúan hoy día en esas iglesias aprendieron, cuando niños, á hacer sacrificios á fin de poder dar ó hacer algo por Cristo.” Pero “ahora si se necesitan fondos, . . . no hay qué pedirle nada á nadie. ¡Oh no! Organícese un bazar, prepárese una representación de figuras vivas, un juguetito jocosos, una comida al estilo antiguo ó á lo moderno, cualquier cosa para divertir al pueblo.”

El gobernador Washburn, de Wisconsin, declaró en su mensaje anual, el 9 de enero de 1873: “Parece imponerse la

” “The Healthy Christian: An Appeal to the Church,”
pp. 141, 142 (ed. 1871).

necesidad de una ley que obligara á cerrar las escuelas donde se forman jugadores. Estas se encuentran por todas partes. Hasta se ven iglesias que á sabiendas ó sin saberlo hacen obra del diablo. Conciertos de obsequio, tómbolas y rifas, realizadas á veces con fines religiosos ó de caridad, pero á menudo con propósitos menos dignos, loterías, premios, etc., puras estratagemas para recaudar dinero sin dar el valor correspondiente. No hay nada tan desmoralizador y tan embriagador, especialmente para los jóvenes, como la adquisición de dinero ó de propiedad sin trabajo. Si personas respetables toman parte en esas empresas de azar y acallan su conciencia con la reflexión de que el dinero está destinado para un buen fin, nada de raro tiene que la juventud del estado caiga tan á menudo en los hábitos que con casi toda seguridad engendra la afición á los juegos de azar.”

El espíritu de conformidad con el mundo está invadiendo las iglesias por toda la cristiandad. Roberto Atkins, en un sermón predicado en Londres, pinta un cuadro sombrío del decaimiento espiritual que predomina en Inglaterra: “Los hombres verdaderamente justos están desapareciendo de la tierra, sin que á nadie se le importe. Los que profesan religión en todas las iglesias en nuestros días, aman al mundo, se conforman con el mundo, gustan de las comodidades terrenales y aspiran á los honores. Están llamados á sufrir con Cristo, pero retroceden ante el miedo de la mera censura. . . . ¡Apostasía, apostasía, apostasía, es lo que está grabado en el frontis mismo de cada iglesia; y si lo supiesen, y si lo sintiesen, habría esperanza; pero ¡ay! lo que se oye decir, es: Rico soy, y estoy lleno de bienes, y nada me falta.”*

El gran pecado de que se acusa á Babilonia es que “todas las gentes han bebido del vino de la ira de su fornicación.” Esta copa embriagadora con que brinda al mundo, representa las falsas doctrinas que ha aceptado como resultado de su unión ilícita con los magnates de la tierra. La amistad con el mundo corrompe su fe, y á su vez Babilonia ejerce influencia corruptora sobre el mundo, enseñando doctrinas que es-

* “Second Advent Library,” Tratado No. 39.

tán en pugna con las declaraciones más claras de la Sagrada Escritura.

Roma le negó la Biblia al pueblo y exigió que todos aceptasen sus enseñanzas en lugar de ésta. La obra de la Reforma consistió en devolver á los hombres la Palabra de Dios; pero ¿no es mucha verdad que en las iglesias de hoy día lo que se enseña á los hombres es á fundar su fe en el credo y en las doctrinas de su iglesia antes que en las Sagradas Escrituras? Carlos Beecher hablando de las iglesias protestantes dice: "Retroceden ante cualquier palabra severa que se diga contra sus credos con la misma sensibilidad con que los santos padres se habrían estremecido ante una palabra dura pronunciada contra la veneración creciente que estaban fomentando por los santos y los mártires. . . . Las denominaciones evangélicas protestantes se han atadó mutuamente las manos, de tal modo que nadie puede hacerse predicador entre ellas sin haber aceptado primero la autoridad de algún libro aparte de la Biblia. . . . No hay nada de imaginario en la aseveración de que el poder del credo está ahora empezando á proscribir la Biblia tan de veras como lo hizo Roma, aunque de modo más sutil."²

Cuando se levantan maestros verdaderos para explicar la Palabra de Dios, levántanse también hombres de saber, ministros que profesan comprender las Santas Escrituras, para denunciar la sana doctrina como si fuera herejía, alejando así á los que buscan la verdad. Si el mundo no estuviese fatalmente embriagado con el vino de Babilonia, multitudes se convencerían y se convertirían por medio del conocimiento de las verdades claras y penetrantes de la Palabra de Dios. Pero la fe religiosa aparece tan confusa y discordante que el pueblo no sabe qué creer ni qué aceptar como verdad. El pecado de la impenitencia del mundo permanece á la puerta de la iglesia.

El mensaje del segundo ángel de Apocalipsis 14, fué proclamado por primera vez en el verano de 1844, y se aplicaba entonces más particularmente á las iglesias de los Estados

² Sermón sobre "The Bible a Sufficient Creed," predicado en Fort Wayne, Ind., el 22 de febr., 1846.

Unidos de Norte América, donde la amonestación del juicio había sido también más ampliamente proclamada y más generalmente rechazada, y donde el decaimiento de las iglesias había sido más rápido. Pero el mensaje, del segundo ángel no alcanzó su completo cumplimiento en 1844. Las iglesias decayeron entonces moralmente por haber rechazado la luz del mensaje del advenimiento; pero este decaimiento no fué completo. Conforme seguían rechazando las verdades especiales para nuestro tiempo, iban decayendo más y más. Sin embargo aún no se puede decir que “¡caída, caída es la gran Babilonia, la cual ha hecho que *todas las naciones* beban del vino de la ira de su fornicación!” Aún no ha dado de beber á todas las naciones. El espíritu de conformidad con el mundo y de indiferencia hacia las verdades que deben servir de prueba en nuestro tiempo, existe y ha estado ganando terreno en las iglesias protestantes de todos los países de la cristiandad; y estas iglesias están incluídas en la solemne y terrible amonestación del segundo ángel. Pero la obra de apostasía no ha llegado aún á su punto culminante.

La Biblia declara que antes de la venida del Señor, Satanás obrará “con *todo* poder, y con señales, y con maravillas mentirosas, y con todo el artificio de la injusticia”; y que todos aquellos que no admitan “el amor de la verdad para” ser “salvos,” serán dejados para que reciban “la eficaz operación de error, á fin de que crean á la mentira.”²² La caída de Babilonia no será completa sino cuando la iglesia se encuentre en este estado, y que la unión de la iglesia con el mundo se haya consumado en toda la cristiandad. El cambio es progresivo, y el cumplimiento perfecto de Apocalipsis 14: 8 está aún reservado para lo por venir.

Á pesar de las tinieblas espirituales y del alejamiento de Dios que se observan en las iglesias que constituyen á Babilonia, la mayoría de los verdaderos discípulos de Cristo se encuentran aún en el seno de ellas. Muchos de ellos no han oído nunca proclamar las verdades especiales para nuestro tiempo. No pocos están descontentos con su estado actual

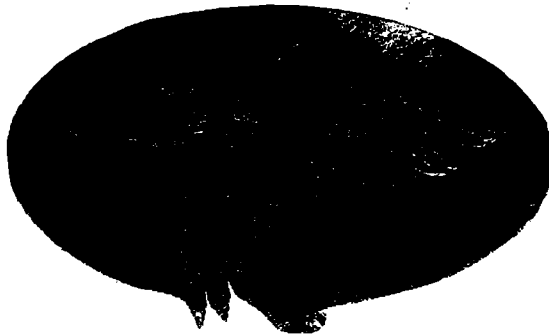
²² 2 Tesalonicenses 2:9-11.

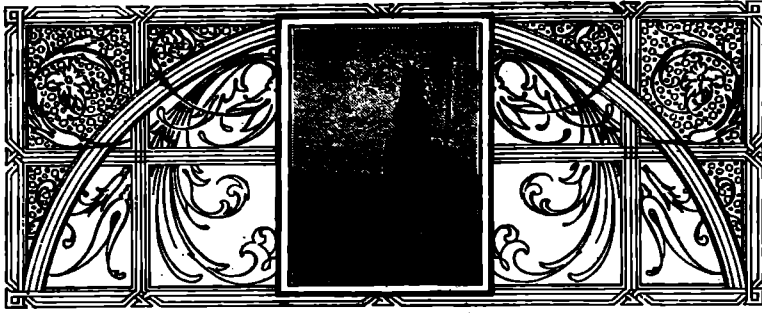
y tienen sed de más luz. En vano buscan el espíritu de Cristo en las iglesias de que son miembros. Como estas congregaciones se apartan más y más de la verdad y se van uniendo más y más con el mundo, la diferencia entre ambas categorías de cristianos se irá acentuando hasta quedar consumada la separación. Llegará el día en que los que aman á Dios sobre todas las cosas no podrán permanecer unidos con los que son “amadores de los placeres, más bien que amadores de Dios; teniendo la forma de la piedad, mas negando el poder de ella.”

El capítulo 18 del Apocalipsis indica el tiempo en que, como resultado del rechazo de la triple amonestación de Apocalipsis 14: 6-12, la iglesia alcanzará el estado de cosas predicho por el segundo ángel, y el pueblo de Dios que se encontrare aún en Babilonia, será llamado á separarse de la comunión de ésta. Este mensaje será el último que sea dado al mundo y cumplirá su obra. Cuando los que “no creen á la verdad, sino que se complacen en la injusticia,”²² sean dejados para sufrir tremendo desengaño y para que crean á la mentira, entonces la luz de la verdad brillará sobre todos aquellos cuyos corazones estén abiertos para recibirla, y todos los hijos del Señor que quedaren en Babilonia, oirán el llamamiento: “¡Salid de ella, pueblo mío!”²³

²² 2 Tesalonicenses 2:12.

²³ Apocalipsis 18:4.





PROFECÍAS CUMPLIDAS — 23

CUANDO hubo pasado el tiempo en que por primera vez se había esperado la venida del Señor — la primavera de 1844 — los que así habían esperado con fe su advenimiento se vieron envueltos durante algún tiempo en la duda y en la incertidumbre. Mientras que el mundo los consideraba como si hubieran sido completamente derrotados, y como si hubiese sido probado que habían estado acariciando un engaño, la fuente de su consuelo seguía siendo la Palabra de Dios. Muchos siguieron también escudriñando las Santas Escrituras, examinando de nuevo las pruebas de su fe, y estudiando detenidamente las profecías para sacar más luz. El testimonio de la Biblia en apoyo de su actitud parecía claro y concluyente. Había señales que no podían ser mal interpretadas y que daban como cercana la venida de Cristo. La bendición especial del Señor, manifestada tanto en la conversión de los pecadores como en el reavivamiento de la vida espiritual entre los cristianos, había probado que el mensaje había venido del cielo. Y aunque los creyentes no podían explicar el chasco que habían sufrido abrigaban la seguridad de que Dios los había dirigido en su pasada experiencia.

Las profecías que ellos habían aplicado al tiempo del segundo advenimiento contenían instrucciones que correspondían especialmente con su estado de incertidumbre é indecisión, y que los animaba á esperar pacientemente, en la firme creencia de que lo que entonces parecía obscuro á sus inteligencias sería aclarado en su debido tiempo.

Entre estas profecías se encontraba la de Habacuc 2:1-4: “Me pondré, dije, sobre mi atalaya, me colocaré sobre la fortaleza, y estaré mirando para ver qué me dirá Dios, y lo que yo he de responder tocante á mi queja. Á lo que respondió Jehová, y dijo: Escribe la visión, y escúlpela sobre tablillas, para que se pueda leer corrientemente. Porque la visión todavía tardará hasta el plazo señalado; bien que se apresura hacia el fin, y no engañará la esperanza: aunque tardare, aguardala, porque de seguro vendrá, no se tardará. ¡Pero he aquí al ensoberbecido! su alma no es recta en él: el justo empero por su fe vivirá.”

Ya por el año 1842, la orden dada en esta profecía: “Escribe la visión, y escúlpela sobre tablillas, para que se pueda leer corrientemente,” le había sugerido á Carlos Fitch la redacción de una carta profética con que ilustrar las visiones de Daniel y del Apocalipsis. La publicación de esta carta fué considerada como cumplimiento de la orden dada por Habacuc. Nadie, sin embargo, notó entonces que la misma profecía menciona una dilación evidente en el cumplimiento de la visión — un tiempo de demora. Después del contra-tiempo, este pasaje de las Escrituras resultaba muy significativo: “La visión todavía tardará hasta el plazo señalado; bien que se apresura hacia el fin, y no engañará la esperanza: aunque tardare, aguardala, porque de seguro vendrá, no se tardará. . . . El justo empero por su fe vivirá.”

Una porción de la profecía de Ezequiel fué también fuente de fuerza y de consuelo para los creyentes: “Tuve además revelación de Jehová, que decía: Hijo de hombre, ¿qué refrán es éste que tenéis en la tierra de Israel, que dice: Se van prolongando los días, y facasa toda visión? Por tanto díles: . . . Han llegado los días, y el efecto de cada visión; . . . Hablaré, y la cosa que dijere se efectuará; no se dilatará más.” “Los de la casa de Israel están diciendo: La visión que éste ve es para de aquí á muchos días; respecto de tiempos lejanos profetiza él. Por tanto díles: Así dice Jehová el Señor: No se dilatará más ninguna de mis palabras; lo que yo dijere se cumplirá.”¹ Los que esperaban se regocijaron en la creencia

¹ Ezequiel 12:21-25, 27, 28.

de que Aquel que conoce el fin desde el principio había mirado al través de los siglos, y, previendo su contrariedad les había dado palabras de valor y de esperanza. Si no hubiera sido por esos pasajes de las Santas Escrituras, que los exhortaban á esperar con paciencia y á permanecer firmemente confiados en la Palabra de Dios, su fe habría cejado en la hora de prueba.

La parábola de las diez vírgenes, de S. Mateo 25, ilustra también la experiencia de los adventistas. En el capítulo 24 de S. Mateo, en contestación á la pregunta de sus discípulos respecto á la señal de su venida y del fin del mundo, Cristo había indicado algunos de los acontecimientos más importantes de la historia del mundo y de la iglesia desde su primer advenimiento hasta su segundo; á saber, la destrucción de Jerusalén, la gran tribulación de la iglesia bajo las persecuciones paganas y papales, el obscurecimiento del sol y de la luna, y la caída de las estrellas. Después habló de su venida en su reino, y refirió la parábola que describe las dos clases de siervos que esperan aquélla. El capítulo 25 empieza con las palabras: "El reino de los cielos será *entonces* semejante á diez vírgenes." Aquí se presenta á la iglesia que vive en los últimos días, la misma enseñanza de que se habla al fin del capítulo 24. En esta parábola su experiencia va ilustrada con las particularidades de un matrimonio oriental.

"El reino de los cielos será entonces semejante á diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo. Y cinco de ellas eran insensatas, y cinco prudentes. Porque las insensatas, cuando tomaron sus lámparas, no tomaron aceite consigo: pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Tardándose pues el esposo, cabecearon todas, y se durmieron. Mas á la media noche fué hecho un clamor, diciendo: ¡He aquí que viene el esposo! ¡salid á recibirle!"

Se comprendía que la venida de Cristo, tal cual fué anunciada por el mensaje del primer ángel, estaba representada por la venida del esposo. La extensa obra de la reforma que se llevó á cabo mediante la próclamação de su próxima

venida, correspondía á la salida de las vírgenes. Tanto en esta parábola como en la de S. Mateo 24, están representadas dos clases de personas. Unas y otras habían tomado sus lámparas, la Biblia, y á su luz salieron á recibir al Esposo. Pero mientras que “las insensatas, cuando tomaron sus lámparas, no tomaron aceite consigo,” “las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas.” Estas últimas habían recibido la gracia de Dios, el poder regenerador y alumbrador del Espíritu Santo, que convertía su Palabra en una antorcha á los pies y una luz en la senda. Para conocer la verdad, habían estudiado las Escrituras en el temor de Dios, y habían buscado con ardor la pureza de corazón y de vida. Éstas contaban con una experiencia personal, una fe en Dios y en su Palabra, que no podía ser borrada por el desengaño ni por la dilación. Las otras “cuando tomaron sus lámparas, no tomaron aceite consigo.” Habían obrado por impulso. Sus temores habían sido despertados por el solemne mensaje, pero se habían apoyado en la fe de sus hermanas, satisfechas con la luz vacilante de las santas emociones, sin comprender á fondo la verdad y sin que la gracia hubiese obrado verdaderamente en sus corazones. Éstas habían ido á recibir al Señor, llenas de esperanza en la perspectiva de una recompensa inmediata; pero no estaban preparadas ni para la tardanza ni para el contratiempo. Cuando vinieron las pruebas, su fe vaciló, y sus luces ardían débilmente.

“Tardándose pues el esposo, cabecearon todas, y se durmieron.” La tardanza del esposo, representa la expiración del plazo en que se esperaba al Señor, el contratiempo y la tardanza aparente. En ese momento de incertidumbre, el interés de los superficiales y de los sinceros á medias empezó luego á vacilar y sus esfuerzos á decaer; pero aquellos cuya fe descansaba en un conocimiento personal de la Biblia, tenían una roca bajo sus pies, la cual no podía ser barrida por las olas de la contrariedad. “Cabecearon todas, y se durmieron;” una clase de cristianos en la indiferencia y el abandono de su fe, la otra esperando pacientemente hasta serle

dada mayor luz. Sin embargo, esta segunda categoría, en la noche de la prueba parecía haber perdido, hasta cierto punto, su ardor y devoción. Los de mediana sinceridad y los superficiales no podían seguir apoyándose en la fe de sus hermanos. Cada cual debía sostenerse por sí mismo ó caer.

Por aquel entonces, despuntó el fanatismo. Algunos que habían profesado creer fervientemente en el mensaje rechazaron la Palabra de Dios como guía infalible, y pretendiendo ser dirigidos por el Espíritu, se abandonaron á sus propios sentimientos, impresiones é imaginación. Hubo quienes manifestaron un ardor ciego y fanático, y que censuraron á todos los que no quisieron aprobar su conducta. Sus ideas y sus actos inspirados por el fanatismo no encontraron simpatía entre la gran mayoría de los adventistas; no obstante sirvieron para atraer el oprobio á la causa de la verdad.

Satanás estaba tratando de este modo de oponerse á la obra de Dios y destruirla. El movimiento adventista había conmovido grandemente á los pecadores que se convirtieron por millares, y hubo hombres sinceros que se dedicaron á la obra de la proclamación de la verdad, hasta en el tiempo de la tardanza. El príncipe del mal estaba perdiendo sus súbditos, y para echar oprobio sobre la causa de Dios, trató de engañar á algunos de los que profesaban la fe, y de empujarlos á extremos. Luego sus agentes estaban listos para aprovechar cualquier error, cualquier falta, cualquier acto indecoroso, y presentarlo al pueblo en la forma más exagerada, á fin de hacer odiosos á los adventistas y á la fe que profesaban. Así, cuanto mayor era el número de los que podía apiñar para que hiciesen una profesión de fe en el segundo advenimiento mientras su poder dirigía sus corazones, tanta mayor ventaja tendría en llamar la atención del mundo sobre ellos como representantes de todo el cuerpo de creyentes.

Satanás es "el Acusador de los hermanos," y es su espíritu el que inspira á los hombres á acechar los errores y defectos del pueblo de Dios, y á darles publicidad, mientras que no se hace mención alguna de las buenas acciones de este mismo pueblo. Siempre está activo cuando Dios está obrando

por la salvación de las almas. Cuando los hijos de Dios vienen á presentarse ante el Señor, Satanás viene también entre ellos. En cada despertamiento religioso está listo para introducir á aquellos cuyos corazones no están santificados y cuyos espíritus no están bien equilibrados. Cuando éstos han aceptado algunos puntos de la verdad, y han conseguido formar parte del número de los creyentes, él influye por conducto de ellos para introducir teorías que engañarán á los incautos. El hecho de que una persona se encuentre en compañía de los hijos de Dios, y hasta en el lugar de culto y en torno á la mesa del Señor, no prueba de ninguna manera que dicha persona sea verdadera cristiana. Satanás suele encontrarse en las ocasiones más solemnes, bajo la forma de aquellos de quienes puede valerse como de sus agentes.

El príncipe del mal disputa cada pulgada del suelo sobre el cual avanza el pueblo de Dios en su jornada hacia la ciudad celestial. En toda la historia de la iglesia, ninguna reforma ha sido llevada á cabo sin encontrar serios obstáculos. Así aconteció en los días de S. Pablo. En donde quiera que el apóstol fundase una iglesia, había algunos que profesaban aceptar la fe, pero que introducían herejías que, de haber sido recibidas, habrían quitado poco á poco el amor á la verdad. Lutero tuvo también que sufrir gran aprieto y angustia debido á la conducta de fanáticos que pretendían que Dios había hablado directamente por ellos, y que, por lo tanto, ponían sus propias ideas y opiniones por encima del testimonio de las Santas Escrituras. Muchos á quienes les faltaba fe y experiencia, pero á quienes les sobraba confianza en sí mismos, y á quienes les gustaba oír y contar novedades fueron engañados por las pretensiones de los nuevos maestros, y se unieron á los agentes de Satanás en la tarea de destruir lo que Lutero había edificado, movido por Dios. Y los Wesleys, y otros que por su influencia y su fe fueron causa de bendición para el mundo, tropezaron á cada paso con las artimañas de Satanás, que consistían en empujar á personas de celo exagerado, desequilibradas y no santificadas á excesos de fanatismo de toda clase.

Guillermo Miller no simpatizaba con aquellas influencias que conducían al fanatismo. Declaró como Lutero, que todo espíritu debía ser probado por la Palabra de Dios. “El diablo, decía Miller, tiene gran poder en los ánimos de algunas personas de nuestros días. ¿Y cómo sabremos de qué espíritu provienen? La Biblia contesta: ‘Por sus frutos los conoceréis.’ . . . Hay muchos espíritus en el mundo, y se nos manda que probemos los espíritus. El espíritu que no nos hace vivir sobria, justa y piadosamente en este mundo, no es el Espíritu de Cristo. Estoy más y más convencido que Satanás tiene mucho que ver en estos movimientos desordenados. . . . Muchos de los que entre nosotros pretenden estar completamente santificados, no están más que siguiendo las tradiciones de los hombres, y parecen ignorar la verdad tanto como otros que no tienen tales pretensiones.”² “El espíritu de error nos alejará de la verdad, mientras que el Espíritu de Dios nos conducirá á ella. Pero, decís vosotros, una persona puede estar en el error y pensar que posee la verdad. ¿Qué hacer en tal caso? Á lo que contestamos: el Espíritu y la Palabra están de acuerdo. Si alguien se juzga á sí mismo por la Palabra de Dios y encuentra que existe armonía perfecta en toda la Palabra, entonces debe creer que posee la verdad; pero si encuentra que el espíritu que le guía no se armoniza con todo el contenido de la Ley ó libro de Dios, que ande entonces cuidadosamente para no ser cogido en la trampa del diablo.”³ “Muchas veces he visto una mirada benigna, una mejilla humedecida y unas palabras entrecortadas que me han dado mayor prueba de piedad interna que todo el ruido de la cristiandad.”²

En los días de la Reforma, sus adversarios achacaron todos los males del fanatismo á aquellos mismos que estaban combatiéndolo con el mayor ardor. Algo semejante hicieron los adversarios del movimiento adventista. Y no contentos con desfigurar y abultar los errores de los exagerados y fanáticos, hicieron circular noticias desfavorables que no tenían

² Bliss, “Memoirs of Wm. Miller,” pp. 236, 237, 282.

³ *The Advent Herald and Signs of the Times Reporter*, Vol. VIII, No. 23 (15 de enero, 1845).

el menor viso de verdad. Esas personas eran dominadas por prejuicios y odios. La proclamación de la venida inminente de Cristo les perturbaba la paz. Temían que pudiese ser cierta, esperando sin embargo que no lo fuese, y éste era el secreto del por qué batallaban contra los adventistas y su fe.

La circunstancia de que unos pocos fanáticos se abrieran paso entre las filas de los adventistas no era mayor razón para declarar que el movimiento no era de Dios, que lo fué la presencia de fanáticos y engañadores en la iglesia en días de S. Pablo ó de Lutero, para condenar la obra de ambos. Despierte el pueblo de Dios de su somnolencia y emprenda seriamente una obra de arrepentimiento y de reformación; escudriñe las Escrituras para aprender la verdad tal cual es en Jesús; conságrese por completo á Dios, y no faltarán pruebas de que Satanás está activo y vigilante. Ya veremos como manifestará su poder por todos los engaños posibles, llamando en su ayuda á todos los ángeles caídos de su reino.

No fué la proclamación del segundo advenimiento lo que dió origen al fanatismo y á la división. Estos aparecieron en el verano de 1844, cuando los adventistas se encontraban en un estado de duda y perplejidad con respecto á su situación real. La predicación del mensaje del primer ángel y del "clamor de la media noche," tendía directamente á reprimir el fanatismo y la disensión. Los que participaron en estos solemnes movimientos estaban en armonía; sus corazones estaban llenos de amor mutuo, y de amor á Jesús á quien esperaban ver pronto. Una sola fe, una sola esperanza bendita, los elevaban por encima de cualquier influencia humana, y resultaron ser un escudo contra los ataques de Satanás.

"Tardándose pues el Esposo, cabecearon todas, y se durmieron. Mas á la media noche fué hecho un clamor, diciendo: ¡He aquí que viene el Esposo! ¡salid á recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron y aderezaron sus lámparas."* En el verano de 1844, á mediados de la época comprendida entre el tiempo en que se había supuesto primero que terminarían los 2300 días y el otoño del mismo año hasta donde descubrieron después que se extendían, el mensaje fué

* S. Mateo 25:5-7.

proclamado en los términos mismos de la Escritura: “¡He aquí que viene el Esposo!”

Lo que condujo á este movimiento fué el haberse dado cuenta de que el decreto de Artajerjes en pro de la restauración de Jerusalén, el cual formaba el punto de partida del período de los 2300 días, empezó á regir en el otoño del año 457 ant. de C., y no á principios del año, como se había creído anteriormente. Contando desde el otoño de 457, los 2300 años concluían en el otoño de 1844.⁵

Argumentos tomados de los símbolos del Antiguo Testamento indicaban también el otoño como el tiempo en que el acontecimiento representado por la “purificación del santuario” debía verificarse. Esto resultó muy claro cuando la atención se fijó en el modo en que los símbolos relativos al primer advenimiento de Cristo se habían cumplido.

La inmólación del cordero pasēual era una sombra de la muerte de Cristo. S. Pablo dice: “Nuestra Pascua, también ha sido sacrificada, es á saber, Cristo.”⁶ La gavilla de primicias del trigo que era costumbre mecer ante el Señor en tiempo de la Pascua era figura típica de la resurrección de Cristo. S. Pablo dice, hablando de la resurrección del Señor y de todo su pueblo: “Cristo la primicia; luego los que son de Cristo, al tiempo de su venida.”⁷ Como la gavilla de la ofrenda mecida que era las primicias ó los primeros granos maduros recogidos antes de la cosecha, así también Cristo es la primicia de aquella inmórtal cosecha de rescatados que en la resurrección futura serán recogidos en el granero de Dios.

Estos símbolos se cumplieron no sólo en cuanto al acontecimiento sino también en cuanto al tiempo. El día 14 del primer mes de los judíos, el mismo día y el mismo mes en que quince largos siglos antes el cordero pasēual había sido inmólado, Cristo, después de haber comido la pascua con sus discípulos, estableció la institución que debía conmemorar su propia muerte como “Cordero de Dios que quita el pecado

⁵ Véase el diagrama, frente á la página 346; además el Apéndice.

⁶ 1 Corintios 5:7.

⁷ 1 Corintios 15:23.

del mundo." En aquella misma noche fué aprehendido por manos impías, para ser crucificado é inmolado. Y como el antetipo de la gavilla mecida, nuestro Señor fué resucitado de entre los muertos al tercer día, "siendo primicia de los que han dormido,"⁸ cual ejemplo de todos los justos que han de resucitar, cuyo "vil cuerpo" será transformado y hecho "semejante á su cuerpo glorioso."⁹

De la misma manera, los tipos que se refieren al segundo advenimiento deben cumplirse en el tiempo indicado por el ritual simbólico. Bajo el régimen mosaico, la purificación del santuario, ó el gran día de la expiación, caía en el décimo día del séptimo mes judío,¹⁰ cuando el sumo sacerdote, habiendo hecho expiación por todo Israel y habiendo quitado así sus pecados del santuario, salía á bendecir al pueblo. Así se creyó que Cristo, nuestro Sumo Sacerdote, aparecería para purificar la tierra por medio de la destrucción del pecado y de los pecadores, y para bendecir á su pueblo que le esperaba concediéndole la inmortalidad. El décimo día del séptimo mes, el gran día de la expiación, el tiempo de la purificación del santuario, el cual en el año 1844 cayó en el 22 de octubre, fué considerado como el día de la venida del Señor. Esto estaba en consonancia con las pruebas ya presentadas, que los 2300 días terminarían en el otoño, y la conclusión parecía irrefutable.

En la parábola de S. Mateo 25, el tiempo de espera y el cabeceo son seguidos de la venida del Esposo. Esto estaba de acuerdo con los argumentos acabados de presentar, y sacados tanto de las profecías como de los símbolos. Llevaban en sí mismos para muchos gran poder convincente de su verdad; y el "clamor de la media noche" fué proclamado por miles de creyentes.

Como marea creciente el movimiento se extendió por el país. Fué de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo y hasta lugares remotos del campo, hasta conseguir despertar al pueblo de Dios que estaba esperando. El fanatismo desapareció ante esta proclamación como helada temprana ante

⁸ 1 Corintios 15:20.

⁹ Filipenses 3:21.

¹⁰ Levítico 16:29-34.

el sol saliente. Los creyentes vieron desvanecerse sus dudas y perplejidades; la esperanza y el valor reanimaron sus corazones. La obra quedaba libre de las exageraciones propias de todo arrebató que no es dominado por la influencia de la Palabra y del Espíritu de Dios. Este movimiento recordaba los períodos sucesivos de humillación y de conversión al Señor que entre los antiguos israelitas solían resultar de las reconvenções de los siervos de Dios. Llevaba el sello distintivo de la obra de Dios en todas las edades. Había en él poco gozo extático pero más profundo escudriñamiento de corazón, confesión de los pecados y renunciación al mundo. El anhelo de los espíritus agonizantes era prepararse para recibir al Señor. Había perseverancia en la oración y consagración á Dios sin reserva.

Miller decía al describir esta obra: "No hay gran manifestación de gozo; no parece sino que éste fuera reservado para más adelante, para cuando cielo y tierra gocen juntos de dicha indecible y gloriosa. No se oye tampoco en ella grito de alegría, pues esto también está reservado para la aclamación que ha de oírse del cielo. Los cantores callan; están esperando poderse unir á las huestes angelicales, al coro del cielo. . . . No hay conflicto de sentimientos; todos son de un corazón y de una mente."²²

Otra persona que tomó parte en el movimiento testifica lo siguiente: "Ha producido por todas partes el más profundo escudriñamiento del corazón y humillación del alma ante el Dios del alto cielo. . . . Produjo un gran desapego de las cosas de este mundo, hizo cesar las controversias y animosidades, é impulsó á confesar lo injusto y á humillarse ante Dios y á dirigirle súplicas sinceras y ardientes para obtener perdón. Causó humillación personal y postración del alma cual nunca las habíamos presenciado hasta entonces. Como el Señor lo dispusiera por boca del profeta Joel, para cuando el día del Señor estuviese cerca, produjo un desgarramiento de los corazones y no de las vestiduras y la conversión al Señor con ayuno, lágrimas y lamentos.

²² Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," pp. 270, 271.

Como Dios lo dijera por conducto de Zacarías, un espíritu de gracia y oración fué derramado sobre sus hijos; miraron á Aquel á quien habían traspasado, había gran aflicción en la comarca, . . . y los que estaban esperando al Señor afligían sus almas ante él.”¹²

Entre todos los grandes movimientos religiosos desde los días de los apóstoles, ninguno resultó más libre de imperfecciones humanas y engaños de Satanás que el del otoño de 1844. Ahora mismo, después del transcurso de muchos años, todos los que tomaron parte en aquel movimiento y que han permanecido firmes en la verdad, sienten aún la santa influencia de tan bendita obra y dan testimonio de que ella era de Dios.

Al clamar: “¡He aquí que viene el Esposo! ¡salid á recibirle!” los que esperaban “se levantaron y aderezaron sus lámparas;” estudiaron la Palabra de Dios con una intensidad é interés antes desconocidos. Ángeles fueron enviados del cielo para despertar á los que se habían desanimado, y para prepararlos á recibir el mensaje. La obra no descansaba en la sabiduría y los conocimientos humanos, sino en el poder de Dios. No fueron los de mayor talento, sino los más humildes y piadosos, los que oyeron y obedecieron primero al llamamiento. Los campesinos abandonaban sus cosechas en los campos, los artesanos dejaban sus herramientas y con lágrimas y gozo iban á pregonar el aviso. Los que anteriormente habían encabezado la causa eran los últimos en unirse en este movimiento. Las iglesias en general cerraron sus puertas á este mensaje, y muchos de los que lo aceptaron se separaron de sus congregaciones. En la providencia de Dios, esta proclamación se unió con el segundo mensaje angelical y dió poder á la obra.

El mensaje: “¡He aquí que viene el Esposo!” no era tanto un asunto de argumentación, si bien la prueba de las Escrituras era clara y terminante. Iba acompañado de un poder que movía é impulsaba al alma. No había dudas ni discusiones. Con motivo de la entrada triunfal de Cristo

¹² Bliss, en *Advent Shield and Review*, Vol. I, p. 271 (enero de 1845).

en Jerusalén, el pueblo que se había reunido de todas partes del país para celebrar la fiesta, fué en tropel al Monte de los Olivos, y al unirse con la multitud que acompañaba á Jesús, se apoderó de la inspiración del momento y contribuyó á dar mayores proporciones á la aclamación: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”²⁸ Del mismo modo, los incrédulos que se agolpaban en las reuniones adventistas — unos por curiosidad, otros tan sólo para ridiculizarlas — sentían el poder convincente que acompañaba el mensaje: “¡He aquí que viene el Esposo!”

En aquel entonces había una fe que atraía contestaciones del cielo, una fe que se fijaba en la recompensa. Como los aguaceros que caen en tierra sedienta, el espíritu de gracia descendió sobre los que lo buscaban con sinceridad. Los que esperaban verse pronto cara á cara con su Redentor sintieron una solemnidad y un gozo indecibles. El poder suavizador y sojuzgador del Espíritu Santo cambiaba los corazones, pues sus bendiciones eran dispensadas abundantemente sobre los fieles creyentes.

Los que recibieron el mensaje llegaron cuidadosa y solemnemente al tiempo en que esperaban encontrarse con su Señor. Cada mañana sentían que su primer deber consistía en realizar su aceptación para con Dios. Sus corazones estaban estrechamente unidos, y oraban mucho unos con otros y unos por otros. Á menudo se reunían en sitios apartados para ponerse en comunión con Dios, y oíanse voces de intercesión que desde los campos y arboledas ascendían al cielo. La seguridad de que el Señor les daba su aprobación era para ellos más necesaria que su alimento diario, y si alguna nube obscurecía sus espíritus, no descansaban hasta que se hubiera desvanecido. Como sentían el testimonio de la gracia que les perdonaba anhelaban contemplar á Aquel á quien amaban sus almas.

Pero un desengaño más les estaba aún reservado. El tiempo de espera pasó, y su Salvador no apareció. Con confianza inquebrantable habían esperado su venida, y ahora sentían lo que María, cuando, al ir al sepulcro del Salvador

²⁸ S. Mateo 21:9.

y encontrándolo vacío, exclamó llorando: "Se han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto."²⁴

Un sentimiento de pavor, el temor de que el mensaje fuese verdad, había durante algún tiempo servido para refrenar al mundo incrédulo. Cumplido el plazo, ese sentimiento no desapareció del todo; al principio no se atrevieron á celebrar su triunfo sobre los chasqueados; pero como no se vieran señales de la ira de Dios, se rehacieron de sus temores y se pusieron otra vez á insultar y á burlarse. Un número notable de los que habían profesado creer en la próxima venida del Señor, abandonaron su fe. Algunos que habían tenido mucha confianza, fueron heridos tan hondo en su orgullo, que hubiesen querido huir del mundo. Como Jonás, se quejaron de Dios, y escogieron la muerte antes que la vida. Los que habían fundado su fe en opiniones ajenas y no en la Palabra de Dios, estaban entonces prontos á cambiar otra vez de opinión. Los burlones atraieron á sus filas á los débiles y cobardes, y todos éstos convinieron en declarar que ya no podía haber nada más que temer ni esperar. El tiempo había pasado, el Señor no había venido, y el mundo podría subsistir del mismo modo miles de años.

Los creyentes serios y sinceros lo habían abandonado todo por Cristo, y habían gozado de su presencia como nunca antes. Habían dado, así lo creían, su último aviso al mundo, y, esperando ser recibidos pronto en la sociedad de su divino Maestro y de los ángeles celestiales, se habían separado en su mayor parte de los que no habían recibido el mensaje. Habían orado con gran fervor: "Ven Señor Jesús, y ven presto." Pero no vino. Y reasumir entonces la pesada carga de los cuidados y perplejidades de la vida, y sorportar las afrentas y escarnios del mundo, todo esto ponía á dura prueba su fe y su paciencia.

Con todo, este contratiempo no era tan grande como el que experimentarían los discípulos cuando el primer advenimiento de Cristo. Cuando Jesús entró triunfalmente en Jerusalén, sus discípulos creían que estaba á punto de subir al trono de David y de libertar á Israel de sus opresores. Llenos

²⁴ S. Juan 20:13.

de esperanza y de gozo anticipado rivalizaban unos con otros en dar honor á su Rey. Muchos tendían sus ropas como alfombra en su camino, y esparcían ante él ramas frondosas de palmera. En su gozo y entusiasmo unían sus voces á la alegre aclamación: “¡Hosanna al Hijo de David!” Cuando los fariseos, incomodados y mal humorados por esta explosión de regocijo, expresaron el deseo de que Jesús censurara á sus discípulos, él contestó: “¡Si éstos callasen, las piedras clamarían!”¹⁵ Las profecías deben cumplirse. Los discípulos estaban cumpliendo el propósito de Dios; sin embargo un duro contratiempo les estaba reservado: Pocos días pasaron antes de que fuesen testigos de la muerte atroz del Salvador y de su sepultura. Sus esperanzas no se habían realizado en lo más mínimo, y sus esperanzas murieron con Jesús. No fué más que cuando su Salvador hubo salido triunfante del sepulcro, cuando pudieron darse cuenta de que todo había sido predicho por la profecía, y de “que era necesario que el Mesías padeciese, y resucitase de entre los muertos.”¹⁶

Quinientos años antes, el Señor había declarado por boca del profeta Zacarías: “¡Regocíjate en gran manera, oh hija de Sión! ¡rompe en aclamaciones, oh hija de Jerusalén! he aquí que viene á ti tu rey justo y victorioso, humilde y cabalgando sobre un asno, es decir, sobre un pollino, hijo de asna.”¹⁷ Si los discípulos se hubiesen dado cuenta de que Cristo iba al encuentro del juicio y de la muerte, no habrían podido cumplir esta profecía.

Del mismo modo, Miller y sus compañeros cumplieron la profecía y proclamaron un mensaje que la Inspiración había predicho que iba á ser dado al mundo, pero que ellos no hubieran podido dar si hubiesen entendido enteramente las profecías que indicaban su contratiempo y que presentaban otro mensaje que debía ser predicado á todas las naciones antes de la venida del Señor. Los mensajes del primero y del segundo ángel fueron proclamados en su debido tiempo, y cumplieron la obra que Dios se había propuesto cumplir por medio de ellos.

¹⁵ S. Lucas 19:40.¹⁶ Hechos 17:3.¹⁷ Zacarías 9:9.

El mundo había prestado atención esperando que todo el sistema adventista sería abandonado en caso de que pasase el tiempo sin que Cristo viniese. Pero mientras muchos tentados en gran manera, abandonaron su fe, hubo algunos que permanecieron firmes. Los frutos del movimiento adventista, el espíritu de humildad, el examen del corazón, la renuncia-ción al mundo y la reforma de vida que habían acompañado la obra probaban que ésta era de Dios. No se atrevían á negar que el poder del Espíritu Santo hubiera acompañado la predicación del segundo advenimiento, y no se podía descubrir ningún error en el cómputo de los períodos proféticos. Los más hábiles de sus adversarios no habían logrado echar por tierra su sistema de interpretación profética. No podían consentir sin pruebas bíblicas en abandonar posiciones que habían sido alcanzadas, merced á la oración y á un estudio formal de las Escrituras, por inteligencias alumbradas por el Espíritu de Dios y por corazones que ardían del poder vivificante de éste; posiciones que habían resistido á las críticas más agudas y á la oposición más violenta por parte de maestros de religión del pueblo y de sabios mundanos, y que habían permanecido firmes ante las fuerzas combinadas del saber y de la elocuencia y las afrentas y ultrajes tanto de los hombres de reputación como de los más viles.

Verdad es que hubo fracaso en cuanto á la realización del acontecimiento esperado, pero ni aun esto pudo conmover su fe en la Palabra de Dios. Cuando Jonás proclamó en las calles de Nínive que en el plazo de cuarenta días la ciudad sería destruída, el Señor aceptó la humillación de los ninivitas y prolongó su período de prueba; no obstante el mensaje de Jonás fué enviado por Dios, y Nínive fué sometida á prueba según la voluntad divina. Los adventistas creyeron que Dios les había inspirado de igual modo para proclamar el aviso del juicio. “El aviso, decían, ha puesto á prueba los corazones de todos los que lo oyeron, y ha despertado el interés por el advenimiento del Señor, ó ha determinado un odio á su venida, más ó menos á la vista pero conocido por Dios. Ha tirado una línea divisoria, . . . de suerte que los

que quieren examinar sus propios corazones pueden saber de qué lado de ella habrían sido encontrados, caso de haber venido el Señor entonces; si habrían exclamado: '¡He aquí éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y él nos salvará!'; ó si habrían clamado á los montes y á las peñas para que cayesen sobre ellos y los escondieran de la presencia del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero. Creemos que Dios ha probado así á su pueblo, ha probado su fe, y ha visto si en la hora de aflicción retrocederían del sitio en que creyera conveniente colocarlos, y si abandonarían este mundo confiando absolutamente en la Palabra de Dios."¹⁸

Los sentimientos de los que creían que Dios los había dirigido en su pasada experiencia, están expresados en las siguientes palabras de Guillermo Miller: "Si tuviese que volver á empezar mi vida con las mismas pruebas que tuve entonces, para ser de buena fe para con Dios y los hombres, tendría que hacer lo que he hecho." "Espero haber limpiado mis vestiduras de la sangre de las almas; siento que, en cuanto me ha sido posible, me he librado de toda culpabilidad en su condenación." "Aunque he sido desengañado dos veces," escribió este hombre de Dios, "no estoy aún abatido ni desanimado. . . . Mi esperanza en la venida de Cristo es tan firme como siempre. No he hecho más que lo que después de años de solemne consideración, sentía que era mi solemne deber hacer. Si me he equivocado, ha sido del lado de la caridad, del amor á mis semejantes y movido por el sentimiento de mi deber para con Dios." "Algo sé de cierto, y es que no he predicado nada en que no creyesè; y Dios ha estado conmigo, su poder se ha manifestado en la obra, y mucho bien se ha realizado." "Muchos miles, á vistas humanas, han sido inducidos á estudiar las Escrituras debido á la predicación de la fecha del advenimiento; y por ese medio y la aspersión de la sangre de Cristo, han sido reconciliados con Dios."¹⁹ "Nunca he solicitado el favor de los orgullosos, ni temblado ante las amenazas del mundo. No

¹⁸ *The Advent Herald and Signs of the Times Reporter*,

Vol. VIII, No. 14 (nov. 13 de 1844).

¹⁹ Bliss, "Memoirs of Wm. Miller," pp. 256, 255, 277, 280, 281.

seré yo quien compre ahora su favor, ni vaya más allá del deber para despertar su odio. Nunca imploraré de ellos mi vida ni vacilaré en perderla, si Dios en su providencia así lo dispone.”²⁰

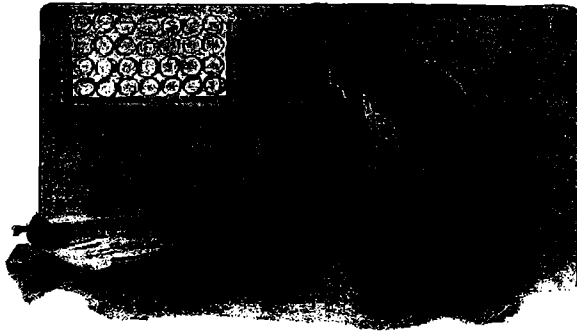
Dios no se olvidó de su pueblo; su Espíritu permaneció aún con los que no negaron temerariamente la luz que habían recibido ni denunciaron el movimiento adventista. En la Epístola á los Hebreos hay palabras de aliento y de admonición para los que vivían en la expectación y fueron puestos á prueba en esta crisis: “No desechéis pues esta vuestra confianza, que tiene una grande remuneración. Porque tenéis necesidad de la paciencia, á fin de que, habiendo hecho la voluntad de Dios, recibáis la promesa. Porque dentro de un brevísimo tiempo vendrá el que ha de venir, y no tardará. El justo empero vivirá por fe; y si alguno se retirare, no se complacerá mi alma en él. Nosotros empero no somos de aquellos que se retiran para perdición, sino de los que tienen fe para salvación del alma.”²¹

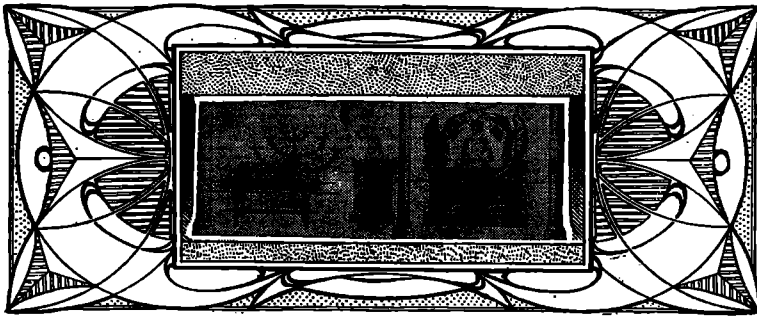
Que esta amonestación va dirigida á la iglesia en los últimos días bien se echa de ver por las palabras que indican la proximidad de la venida del Señor: “Porque dentro de un brevísimo tiempo vendrá el que ha de venir, y no tardará. Y este pasaje implica claramente que habría una tardanza aparente, y que el Señor parecería tardar en venir. La enseñanza dada aquí le viene especialmente de molde á lo que les pasaba á los adventistas en ese entonces. Los cristianos á quienes van dirigidas esas palabras estaban en peligro de zozobrar en su fe. Habían hecho la voluntad de Dios siguiendo la dirección de su Espíritu y de su Palabra; pero no podían comprender sus designios en su vida pasada, ni podían discernir el sendero que estaba ante ellos, y estaban tentados á dudar si en realidad Dios les había dirigido. Entonces era cuando estas palabras tenían su aplicación: “El justo empero vivirá por fe.” Mientras la luz brillante del “clamor de media noche” había alumbrado su sendero, y habían visto abrirse el sello de las profecías, y cumplirse pronto

²⁰ White, J., “Life of Wm. Miller,” p. 315.

²¹ Hebreos 10:35-39.

las señales que anunciaban la proximidad de la venida de Cristo, ellos habían andado en cierto sentido por vista. Pero ahora, abatidos por esperanzas defraudadas, sólo podían sostenerse por la fe en Dios y en su Palabra. El mundo burión decía: "Habéis sido engañados. Abandonad vuestra fe, y declarad que el movimiento adventista era de Satanás." Pero la Palabra de Dios declaraba: "Si alguno se retirare, no se complacerá mi alma en él." Renunciar entonces á su fe, y negar el poder del Espíritu Santo que había acompañado al mensaje, habría equivalido á retroceder camino de la perdición. Estas palabras de S. Pablo les animaban á permanecer firmes: "No desechéis pues esta vuestra confianza;" "tenéis necesidad de la paciencia;" "porque dentro de un brevísimo tiempo, vendrá el que ha de venir, y no tardará." El único camino seguro para ellos era el de apreciar la luz que ya habían recibido de Dios, atenerse firmemente á sus promesas, y seguir escudriñando las Sagradas Escrituras esperando con paciencia y velando para recibir mayor luz.





¿QUÉ ES EL SANTUARIO?—24

El pasaje bíblico que más que ninguno había sido el fundamento y el pilar central de la fe adventista era la declaración: “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario.”¹ Estas palabras habían sido familiares á todos los que creían en la próxima venida del Señor. La profecía que encerraban era repetida como santo y seña de su fe por miles de bocas. Todos sentían que sus esperanzas más gloriosas y más queridas dependían de los acontecimientos en ella predichos. Había quedado demostrado que aquellos días proféticos terminaron en el otoño del año 1844. En conformidad con el resto del mundo cristiano, los adventistas creían entonces que la tierra, ó alguna parte de ella, era el santuario. Entendían que la purificación del santuario era la purificación de la tierra por medio del fuego del último y supremo día, y que ello se verificaría en el segundo advenimiento. De ahí que concluyeran que Cristo volvería á la tierra en 1844.

Pero el tiempo señalado había pasado, y el Señor no había aparecido. Los creyentes sabían que la Palabra de Dios no podía fallar; su interpretación de la profecía debía estar pues errada; ¿pero dónde estaba el error? Muchos cortaron sin más ni más el nudo de la dificultad negando que los 2300 días terminasen en 1844. Este aserto no podía apoyarse con prueba alguna, á no ser con la de que Cristo no había venido en el momento en que se le esperaba. Alegábase que si los

¹ Daniel 8:14.

días proféticos hubiesen terminado en 1844, Cristo habría vuelto para limpiar el santuario mediante la purificación de la tierra por el fuego, y que como no había venido, los días no podían haber terminado.

Aceptar estas conclusiones equivalía á renunciar á los cómputos anteriores de los períodos proféticos. Se había llegado al resultado de que los 2300 días empezaban desde el momento de haber entrado en vigor el decreto de Artajerjes ordenando la restauración y edificación de Jerusalén, en el otoño del año 457 ant. de C. Tomando esto como punto de partida, había perfecta armonía en la aplicación de todos los acontecimientos predichos en la explicación de ese período en Daniel 9: 25-27. Sesenta y nueve semanas, ó los 483 primeros años de los 2300 años debían alcanzar hasta el Mesías, el Ungido; y el bautismo de Cristo y su unción por el Espíritu Santo, en el año 27 de nuestra era, cumplían exactamente la predicción. En medio de la septuagésima semana, el Mesías había de ser muerto. Tres años y medio después de su bautismo, Cristo fué crucificado, en la primavera del año 31. Las setenta semanas, ó 490 años, les tocaban especialmente á los judíos. Al fin del período, la nación selló su rechazamiento de Cristo con la persecución de sus discípulos, y los apóstoles se volvieron hacia los gentiles en el año 34 de nuestra era. Habiendo terminado entonces los 490 primeros años de los 2300, quedaban aún 1810 años. Contando desde el año 34, 1810 años llegan á 1844. "Entonces," dijo el ángel, "será purificado el santuario." Todas las anteriores predicciones de la profecía se habían indudablemente realizado en el tiempo señalado.

En ese cálculo, todo era claro y armonioso, menos la circunstancia de que en 1844 no se veía realizarse ningún acontecimiento que correspondiese á la purificación del santuario. Negar que los días terminaron en esa fecha equivalía á confundir todo el asunto y á abandonar creencias fundadas en el cumplimiento indudable de las profecías.

Pero Dios había dirigido á su pueblo en el gran movimiento adventista; su poder y su gloria habían acompañado la obra, y él no permitiría que ésta terminase en la obscuri-

dad y en un chasco, para que se le tachase de ser mera excitación mórbida y producto del fanatismo. No iba á dejar su Palabra envuelta en dudas é incertidumbres. Aunque muchos abandonaron sus primeros cálculos de los períodos proféticos, y negaron la exactitud del movimiento basado en ellos, otros no estaban dispuestos á dar de barato puntos de fe y de experiencia que estaban sostenidos por las Sagradas Escrituras y por el testimonio del Espíritu de Dios. Creían haber adoptado en sus estudios de las profecías sanos principios de interpretación, y que era su deber atenerse firmemente á las verdades ya adquiridas, y seguir el mismo camino de investigación bíblica. Orando con fervor volvieron á considerar su situación, y estudiaron las Santas Escrituras para descubrir su error. Como no encontraran ninguno en sus cálculos de los períodos proféticos, fueron inducidos á examinar más de cerca la cuestión del santuario.

En sus investigaciones vieron que en las Santas Escrituras no hay prueba alguna en apoyo de la creencia general de que la tierra es el santuario, pero encontraron en la Biblia una explicación completa de la cuestión del santuario, de su naturaleza, su situación y sus servicios; siendo el testimonio de los escritores sagrados tan claro y tan amplio que dejaba este asunto fuera de toda cuestión. El apóstol Pablo dice en su Epístola á los Hebreos: “En verdad el primer pacto también tenía reglamentos del culto, y su santuario, que lo era de este mundo. Porque un tabernáculo fué preparado; el primero en que estaban el candelabro, y la mesa, y los panes de la proposición; el cual se llama el lugar santo. Y después del segundo velo, el tabernáculo que se llama el lugar santísimo, que contenía el incensario de oro y el arca del pacto, cubierta todo en derredor de oro, en la cual estaba el vaso de oro que contenía el maná, y la vara de Aarón que floreció, y las tablas del pacto; y sobre ella, los querubines de gloria, que hacían sombra al propiciatorio.”²

El santuario á que se refiere aquí S. Pablo era el tabernáculo construído por Moisés, por orden de Dios, como morada terrenal del Altísimo. “Me harán un santuario, para que

² Hebreos 9:1-5.

yo habite en medio de ellos,"⁸ había sido la orden dada á Moisés cuando estaba en el monte con Dios. Los israelitas estaban peregrinando por el desierto, y el tabernáculo había sido construído de modo que pudiese ser llevado de un lugar á otro; no obstante era una construcción de gran magnificencia. Sus paredes consistían de tablones ricamente chapeados de oro y asegurados en basas de plata, mientras que el techo se componía de una serie de cortinas ó cubiertas, las de fuera de pieles, y las interiores de lino fino magníficamente recamado con figuras de querubines. Á mas del atrio exterior, donde se encontraba el altar del holocausto, el tabernáculo propiamente dicho consistía de dos departamentos llamados el lugar santo y el lugar santísimo, separados por rica y magnífica cortina, ó velo; un velo semejante cerraba la entrada que conducía al primer departamento.

En el lugar santo se encontraba hacia el sur el candelabro, con sus siete lámparas que alumbraban el santuario día y noche; hacia el norte estaba la mesa de los panes de la proposición; y ante el velo que separaba el lugar santo del santísimo estaba el altar de oro para el incienso, del cual ascendía diariamente á Dios una nube de sahumerio junto con las oraciones de Israel.

En el lugar santísimo se encontraba el arca, cofre de madera preciosa cubierta de oro, depósito de las dos tablas de piedra sobre las cuales Dios había grabado la ley de los diez mandamientos. Sobre el arca, á guisa de cubierta del sagrado cofre, estaba el propiciatorio, verdadera maravilla artística, coronada por dos querubines, uno á cada extremo y todo en oro macizo. En este departamento era donde se manifestaba la presencia divina en la nube de gloria entre los querubines.

Después de que los israelitas se hubieron establecido en Canaán el tabernáculo fué sustituído con el templo de Salomón, el cual, aunque edificio permanente y de mayores dimensiones, conservaba las mismas proporciones y el mismo amueblado. El santuario existió en esta forma menos el tiempo en que

⁸ Éxodo 25:8.

permaneció en ruinas durante la época de Daniel — hasta su destrucción por los romanos, en el año 70 de nuestra era.

Este es el único santuario que haya existido en la tierra y del cual la Biblia nos da alguna información. San Pablo dijo de él que era el santuario del primer pacto. ¿Pero no tiene el nuevo pacto también el suyo?

Volviendo al libro de los Hebreos, los que buscaban la verdad encontraron que existía un segundo santuario, ó sea el del nuevo pacto, al cual se hace alusión en las palabras ya citadas del apóstol Pablo: “En verdad el primer pacto *también* tenía reglamentos del culto, y su santuario, que lo era de este mundo.” El uso de la palabra “también” implica que S. Pablo ha hecho antes mención de este santuario. Volviendo al principio del capítulo anterior, ellos leyeron: “Lo principal, pues, entre las cosas que decimos es esto: Tenemos un tal Sumo Sacerdote que se ha sentado á la diestra del trono de la Majestad en los cielos; ministro del santuario, y del verdadero tabernáculo, que plantó el Señor, y no el hombre.”⁴

Aquí tenemos revelado el santuario del nuevo pacto. El santuario del primer pacto fué asentado por el hombre, construído por Moisés; éste segundo es asentado por el Señor, no por el hombre. En aquel santuario los sacerdotes terrenales desempeñaban el servicio; en éste es Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, quien ministra á la diestra de Dios. Uno de los santuarios estaba en la tierra, el otro está en el cielo.

Además, el tabernáculo construído por Moisés fué hecho según un modelo. El Señor le ordenó: “Conforme á todo lo que yo te muestro, á saber, el diseño de la habitación y el diseño de todos sus utensilios, así lo harás.”⁵ Y le mandó además: “Mira, que lo hagas según el diseño de ellos que te ha sido mostrado en el monte.”⁵ Y San Pablo dice, que el primer tabernáculo “era una parábola para aquel tiempo entonces presente; conforme á la cual se ofrecían dones y sacrificios;” que sus santos lugares eran “representaciones de las cosas celestiales;” que los sacerdotes que presentaban las ofrendas según la ley, ministraban lo que era “la mera representación

⁴ Hebreos 8:1, 2.

⁵ Éxodo 25:9, 40.

y sombra de las cosas celestiales," y que "no entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros."⁶

El santuario celestial, en el cual Jesús ministra, es el gran modelo, del cual el santuario edificado por Moisés no era más que trasunto. Dios puso su Espíritu sobre los que construyeron el santuario terrenal. La pericia artística desplegada en su construcción fué una manifestación de la sabiduría divina. Las paredes tenían el aspecto de oro macizo, reflejando en todas direcciones la luz de las siete lámparas del candelero de oro. La mesa de los panes de la proposición y el altar de incienso relucían como oro bruñido. La magnífica cubierta que formaba el techo, recamada con figuras de ángeles, en azul, púrpura y escarlata, aumentaba la belleza de la escena. Y más allá del segundo velo estaba la santa *shechina*, la manifestación visible de la gloria de Dios, ante la cual nadie podía entrar ni vivir menos el sumo sacerdote.

El esplendor incomparable del tabernáculo terrenal reflejaba á la vista humana la gloria de aquel templo celestial donde Cristo nuestro precursor ministra por nosotros ante el trono de Dios. La morada del Rey de reyes, donde miles y miles ministraban delante de él, y millones de millones se levantaban en su presencia;⁷ ese templo, lleno de la gloria del trono eterno, donde los serafines, sus flamantes guardias, cubren sus rostros en adoración, no podía encontrar en la más grandiosa construcción que jamás edificaran manos humanas, más que un pálido reflejo de su inmensidad y de su gloria. Con todo, el santuario terrenal y sus servicios revelaban importantes verdades relativas al santuario celestial y á la gran obra que se llevaba allí á cabo para la redención del hombre.

Los lugares santos del santuario celestial están representados por los dos departamentos del santuario terrenal. Cuando en una visión le fué dado ver al apóstol Juan el templo de Dios en el cielo, él contempló allí "siete lámparas de fuego ardiendo delante del trono."⁸ Él vió un ángel que tenía

⁶ Hebreos 9:9, 23; 8:5; 9:24. ⁷ Daniel 7:10. ⁸ Apocalipsis 4:5.

“en su mano un incensario de oro; y le fué dado mucho incienso, para que lo añadiese á las oraciones de todos los santos, encima del altar de oro, que estaba delante del trono.”⁹ Se le permitió al profeta contemplar el primer departamento del santuario en el cielo; y él vió allí las “siete lámparas de fuego” y el “altar de oro” representados por el candelabro de oro y el altar de incienso en el santuario terrenal. De nuevo, “fué abierto el templo de Dios,”¹⁰ y miró hacia adentro del velo interior, el lugar santísimo. Allí vió “el arca de su pacto,” representada por el cofre sagrado construido por Moisés para guardar la ley de Dios.

Así fué como los que estaban estudiando ese asunto encontraron pruebas irrefutables de la existencia de un santuario en el cielo. Moisés hizo el santuario terrenal según un modelo que le fué enseñado. San Pablo declara que ese modelo era el verdadero santuario que está en el cielo. Y San Juan afirma que lo vió en el cielo.

En el templo celestial, la morada de Dios, su trono está asentado en juicio y en justicia. En el lugar santísimo está su ley, la gran regla de justicia por la cual es probada toda la humanidad. El arca, que contiene las tablas de la ley, está cubierta con el propiciatorio, ante el cual Cristo ofrece su sangre á favor del pecador. Así está representada la unión de la justicia y de la misericordia en el plan de la redención humana. Sólo la sabiduría infinita podía idear semejante unión, y sólo el poder infinito realizarlo; es una unión que llena todo el cielo de admiración y adoración. Los querubines del santuario terrenal que están mirando reverentemente hacia el propiciatorio, representan el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de redención. Éste es el misterio de misericordia que los ángeles desean contemplar, á saber: que Dios puede ser justo justificando al mismo tiempo al pecador arrepentido y renovando sus relaciones con la raza caída; que Cristo pudo humillarse para sacar á innumerables multitudes del abismo de la perdición y revestirlas con las vestiduras inmaculadas de su propia justicia, para unir las con

⁹ Apocalipsis 8:3.

¹⁰ Apocalipsis 11:19.

ángeles que no cayeron jamás y para vivir para siempre en la presencia de Dios.

La obra mediadora de Cristo á favor del hombre está presentada en esta hermosa profecía de Zacarías relativa á Aquel “cuyo nombre es El Vástago.” El profeta dice: “Sí, edificará el Templo de Jehová, y llevará sobre sí la gloria; y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono; y el *consejo de la paz* estará entre los dos.”¹¹

“Sí, edificará el Templo de Jahová.” Por su sacrificio y su mediación, Cristo es el fundamento y el edificador de la iglesia de Dios. El apóstol Pablo le señala como “la piedra principal del ángulo: en la cual todo el edificio, bien trabado consigo mismo, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien dice, vosotros también sois edificados juntamente para ser morada de Dios, en virtud del Espíritu.”¹²

“Y llevará sobre sí la gloria.” Es á Cristo á quien pertenece la gloria de la redención de la raza caída. Por toda la eternidad, el canto de los redimidos será: “¡A Aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su misma sangre, . . . á él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos!”¹³

“Y se sentará y reinará sobre su trono, siendo Sacerdote sobre su trono.” No todavía “sobre el trono de su gloria;” el reino de gloria no le ha sido dado aún. Sólo cuando su obra mediadora haya terminado, “el Señor Dios le dará el trono de David su padre,” un reino del que “no habrá fin.”¹⁴ Como sacerdote, Cristo está sentado ahora con el Padre en su trono.¹⁵ En el trono en compañía del Dios eterno que existe por sí mismo, está Aquel que “ha llevado nuestros padecimientos, y con nuestros dolores . . . se cargó,” quien fué “tentado en todo punto, así como nosotros, mas sin pecado,” “para que pudiese también socorrer á los que son tentados.” “Si alguno pecare, Abogado tenemos para con el Padre, á saber, Jesu-Cristo el Justo.”¹⁶ Su intercesión es la de un cuerpo traspasado y quebrantado y de una vida inmaculada.

¹¹ Zacarías 6:13.

¹² Efesios 2:20-22.

¹³ Apocalipsis 1:5, 6.

¹⁴ S. Lucas 1:32, 33.

¹⁵ Apocalipsis 3:21.

¹⁶ Isaías 53:4; Hebreos 4:15; 2:18; 1 Juan 2:1.

Las manos heridas, el costado abierto, los pies estropeados, abogan á favor del hombre caído, cuya redención fué comprada á tan infinito precio.

“Y el consejo de la paz estará entre los dos.” El amor del Padre, no menos que el del Hijo, es la fuente de salvación para la raza perdida. Jesús había dicho á sus discípulos antes de irse: “No os digo que yo rogaré al Padre por vosotros; porque el Padre mismo os ama.”¹⁷ “Dios estaba en Cristo, reconciliando consigo mismo al mundo.”¹⁸ Y en el ministerio del santuario celestial, “consejo de la paz estará entre los dos.” “*De tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.*”¹⁹

Las Escrituras contestan con claridad á la pregunta: ¿Qué es el santuario? La palabra “santuario,” tal cual la usa la Biblia, se refiere, en primer lugar, al tabernáculo que construyó Moisés, como figura ó imagen de las cosas celestiales; y, en segundo lugar, al “verdadero tabernáculo” en el cielo, que era prefigurado por el santuario terrenal. Muerto Cristo, terminó el ritual típico. El “verdadero tabernáculo” en el cielo es el santuario del nuevo pacto. Y toda vez que la profecía de Daniel 8:14 se cumple en esta dispensación, el santuario á que se refiere debe ser el santuario del nuevo pacto. Cuando terminaron los 2300 días, en 1844, hacía muchos siglos que no había habido santuario en la tierra. Así es que la profecía: “Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas; entonces será purificado el santuario,” se refiere indudablemente al santuario que está en el cielo.

Pero queda aún la pregunta más importante por contestar: ¿Qué es la purificación del santuario? En el Antiguo Testamento se hace mención de un servicio tal con referencia al santuario terrenal. ¿Pero puede haber algo que purificar en el cielo? En el noveno capítulo de la Epístola á los Hebreos, se enseña á las claras la existencia de la purificación de ambos santuarios, el terrenal y el celestial. “Según la ley, casi todas las cosas son purificadas con sangre; y sin derramamiento de sangre no hay remisión. Fué pues

¹⁷ S. Juan 16:26, 27.

¹⁸ 2 Corintios 5:19.

¹⁹ S. Juan 3:16.

necesario que las representaciones de las cosas celestiales fuesen purificadas con estos sacrificios, pero las mismas cosas celestiales, con mejores sacrificios que éstos,"²⁰ la preciosa sangre de Cristo.

La purificación en ambos servicios, el típico y el real, debe efectuarse con sangre; en aquél con sangre de animales; en éste, con la sangre de Cristo. San Pablo dice que la razón por la cual esta purificación debe operarse con sangre, es porque sin derramamiento de sangre no hay *remisión*. La remisión, ó el acto de quitar los pecados, es la obra que debe realizarse. ¿Pero cómo el pecado podía relacionarse con el santuario del cielo ó con el de la tierra? Puede saberse esto estudiando el servicio simbólico, pues los sacerdotes que oficiaban en la tierra, ministraban "lo que es la mera representación y sombra de las cosas celestiales."²¹

El servicio del santuario terrenal consistía de dos partes; los sacerdotes ministraban diariamente en el lugar santo, mientras que una vez al año el sumo sacerdote efectuaba un servicio especial de expiación en el lugar santísimo, para purificar el santuario. Día tras día el pecador arrepentido llevaba su ofrenda á la puerta del tabernáculo, y poniendo la mano sobre la cabeza de la víctima, confesaba sus pecados, transfiriéndolos así figurativamente de él á la víctima inocente. Luego se mataba el animal. Sin derramamiento de sangre, dice el apóstol, no hay remisión de pecados. "La vida de la carne en la sangre está."²² La ley de Dios quebrantada exigía la vida del transgresor. La sangre, que representaba la vida comprometida del pecador, cuya culpa cargaba la víctima, la llevaba el sacerdote al lugar santo y la salpicaba ante el velo, detrás del cual estaba el arca que contenía la ley que el pecador había transgredido. Mediante esta ceremonia, el pecado era transferido figurativamente, por intermedio de la sangre, al santuario. En ciertos casos la sangre no era llevada al lugar santo; pero el sacerdote debía entonces comer la carne, como Moisés lo había mandado á los hijos de Aarón, diciendo: "Os ha sido dado para llevar la iniquidad de la congregación."²³

²⁰ Hebreos 9:22, 23.

²¹ Hebreos 8:5.
²² Levítico 10:17.

²³ Levítico 17:11.

Tal era la obra que se llevaba á cabo día tras día durante todo el año. Los pecados de Israel eran transferidos así al santuario, y se hacía necesario un servicio especial para echarlos lejos. Dios mandó que se hiciera una expiación por cada uno de los departamentos sagrados. “Así hará expiación por el santuario, á causa de las inmundicias de los hijos de Israel y de sus transgresiones, con motivo de todos sus pecados. Y del mismo modo hará con el tabernáculo de reunión, que reside con ellos, en medio de sus inmundicias.” Debía hacerse también una expiación por el altar: “Lo purificará y lo santificará á causa de las inmundicias de los hijos de Israel.”²⁴

Una vez al año, en el gran día de la expiación, el sacerdote entraba en el lugar santísimo para purificar el santuario. El servicio que se realizaba allí completaba la serie anual de los servicios. En el día de la expiación se llevaban dos machos cabríos á la entrada del tabernáculo de reunión y se echaba suertes sobre ellos, “la una suerte para Jehová, y la otra para Azazel (Satanás).”²⁵ El macho cabrío sobre el cual caía la suerte para el Señor debía ser inmolado como por ofrenda por el pecado del pueblo. Y el sacerdote debía llevar velo adentro la sangre de aquél y hacer aspersión con ella sobre el propiciatorio y ante el propiciatorio. También había que rociar con ella el altar de incienso, que se encontraba delante del velo.

“Y pondrá Aarón entrambas manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, á causa de todos sus pecados, cargándolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y le enviará al desierto por mano de un hombre idóneo. Y el macho cabrío llevará sobre sí las iniquidades de ellos á tierra inhabitada.”²⁶ El macho de cabrío emisario no volvía al real de Israel, y el hombre que lo había llevado afuera debía lavarse y lavar sus vestidos con agua antes de volver al campamento.

Toda la ceremonia estaba calculada para inspirar á los

²⁴ Levítico 16:16, 19.

²⁶ Levítico 16:8, 21, 22.

israelites la idea de la santidad de Dios y de su odio al pecado; y además para hacerles ver que no podían ponerse en contacto con el pecado sin contaminarse. Se requería de todos que afligiesen sus almas mientras se celebraba el servicio de propiciación. Toda ocupación debía dejarse á un lado, y toda la congregación de Israel debía pasar el día en solemne humillación ante Dios, con oración, ayuno y examen á fondo de su corazón.

El servicio típico enseña importantes verdades respecto á la expiación. Se aceptaba un sustituto por el pecador; pero el pecado no era borrado por la sangre de la víctima. Así se vino á disponer de un medio por el cual aquél era transferido al santuario. Con la ofrenda de sangre, el pecador reconocía la autoridad de la ley, confesaba su culpa, y expresaba su deseo de ser perdonado mediante la fe en un Redentor por venir; pero él no estaba aún enteramente libre de la condenación de la ley. El día de la expiación, el sumo sacerdote, después de haber tomado una víctima ofrecida por la congregación, iba al lugar santísimo con la sangre de dicha víctima y hacía aspersion con ella sobre el propiciatorio, encima mismo de la ley, para dar satisfacción á sus exigencias. Luego, en calidad de mediador, tomaba los pecados sobre sí y los llevaba fuera del santuario. Poniendo sus manos sobre la cabeza del macho cabrío, confesaba sobre él todos esos pecados, transfiriéndolos así figurativamente de él al macho cabrío. Éste los llevaba luego lejos considerándose los como si estuviesen para siempre quitados y echados lejos del pueblo.

Tal era el servicio que se efectuaba como "la mera representación y sombra de las cosas celestiales." Y lo que se hacía típicamente en el santuario terrenal, se hace en realidad en el santuario celestial. Después de su ascensión, nuestro Salvador empezó á actuar como nuestro Sumo Sacerdote. San Pablo dice: "No entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros."²⁸

El servicio del sacerdote durante el año en el primer de-

²⁸ Hebreos 9:24.

partamento del santuario, más allá ó “adentro del velo” que formaba la entrada y separaba el lugar santo del atrio exterior, representa la obra y el servicio á que dió principio Cristo al ascender al cielo. La obra del sacerdote en el servicio diario consistía en presentar ante Dios la sangre del holocausto, como también el incienso que subía con las oraciones de Israel. Así es como Cristo ofreció su sangre ante el padre en beneficio de los pecadores, y así es como presentó ante él, además, junto con el precioso perfume de su propia justicia, las oraciones de los creyentes arrepentidos. Tal era la obra desempeñada en el primer departamento del santuario en el cielo.

Hasta allá siguieron los discípulos á Cristo por la fe, cuando se elevó de la presencia de ellos. Allí se concentraron sus esperanzas, “la esperanza — dice San Pablo — la cual tenemos como ánora del alma, esperanza segura y firme, y que entra á lo que está adentro del velo; adonde como precursor nuestro, Jesús ha entrado por nosotros, constituido Sumo Sacerdote para siempre.” “Ni tampoco por medio de la sangre de machos de cabrío, y de terneros, sino por la virtud de su propia sangre, entró una vez para siempre en el lugar santo, habiendo ya hallado eterna redención.”²⁷

Este ministerio siguió efectuándose durante dieciocho siglos en el primer departamento del santuario. La sangre de Cristo, ofrecida en beneficio de los creyentes arrepentidos, aseguró su perdón y aceptación cerca del Padre, pero no obstante sus pecados permanecieron aún inscritos en los libros de registro. Como en el servicio típico había una obra de expiación al fin del año, así también, antes de que la obra de Cristo para la redención de los hombres se complete, queda por hacer una obra de expiación para quitar el pecado del santuario. Este es el servicio que empezó cuando terminaron los 2300 días. Entonces, así como lo había anunciado Daniel el profeta; nuestro Sumo Sacerdote entró en el lugar santísimo, para cumplir la última parte de su solemne obra: la purificación del santuario.

Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran

²⁷ Hebreos 6:19, 20; 9:12.

puestos por fe sobre el holocausto, y por la sangre de éste transferidos figurativamente al santuario terrenal, así también, en el nuevo pacto, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo, y transferidos, de hecho, al santuario celestial. Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba quitando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando ó borrando los pecados registrados en el cielo. Pero, antes de que esto pueda cumplirse deben examinarse los registros para determinar quiénes son los que, por medio del arrepentimiento del pecado y de la fe en Cristo, tienen derecho á los beneficios de su expiación. La purificación del santuario implica por lo tanto una obra de investigación — una obra de juicio. Esta obra debe realizarse antes de que venga Cristo para redimir á su pueblo, pues cuando venga, su galardón está con él, para dar la recompensa á cada uno según sea su obra.²⁸

Así que los que andan alumbrados por la luz de la palabra profética, vieron que en lugar de venir á la tierra al fin de los 2300 días, en 1844, Cristo entró entonces en el lugar santísimo del santuario celestial para cumplir la obra final de la expiación preparatoria á su venida.

Se vió además que, mientras que el holocausto señalaba á Cristo como al sacrificio, y que el sumo sacerdote representaba á Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba á Satanás, autor del pecado, sobre quien serán colocados finalmente los pecados de los verdaderamente arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del macho cabrío. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, él los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final. El macho cabrío era enviado lejos á un lugar desierto, para no volver jamás á la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniquilado en la destrucción final del pecado y de los pecadores.

²⁸ Apocalipsis 22:12.



EN EL LUGAR SANTÍSIMO—25

EL asunto del santuario fué la llave que aclaró el misterio del desengaño de 1844. Puso á la vista todo un sistema de verdades, que forman conjunto armonioso y que demuestran que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista, y que da á conocer el deber presente ya que ponía de manifiesto la situación y la obra de su pueblo. Como los discípulos de Jesús, después de la noche terrible de su angustia y desengaño, “se alegraron . . . viendo al Señor,” así también se regocijaron ahora los que habían esperado con fe su segunda venida. Habían esperado que vendría en gloria para recompensar á sus siervos. Como sus esperanzas fuesen chasqueadas, perdieron de vista á Jesús, y como María al lado del sepulcro, exclamaron: “Se han llevado á mi Señor, y no sé dónde le han puesto.” Entonces ellos contemplaron otra vez en el lugar santísimo á su compasivo Sumo Sacerdote que debía aparecer pronto como su rey y libertador. La luz del santuario iluminaba lo pasado, lo presente y lo por venir. Ellos sabían que Dios les había guiado por su providencia infallible. Aunque, como los primeros discípulos, ellos mismos no habían logrado comprender el mensaje de que eran portadores, sin embargo éste había sido correcto en todo sentido. Al proclamarlo ellos habían cumplido los designios de Dios, y su labor no había sido vana en el Señor. Reengendrados “para una esperanza viva,” se regocijaron “con gozo inefable y lleno de gloria.”

Tanto la profecía de Daniel 8:14: "Hasta dos mil y trescientas tardes y mañanas, entonces será purificado el santuario," como el mensaje del primer ángel: "¡Temed á Dios y dadle gloria; porque ha llegado la hora de su juicio," señalaban el ministerio de Cristo en el lugar santísimo, al juicio investigador, y no á la venida de Cristo para la redención de su pueblo y la destrucción de los impíos. El error no estaba en el cómputo de los períodos proféticos, sino en el *acontecimiento* que debía verificarse al fin de los 2300 días. Debido á este error los creyentes habían sufrido un desengaño; sin embargo todo lo que estaba predicho por la profecía, y todo aquello de que tenían alguna garantía bíblica para esperararlo, se había realizado. En el momento mismo en que estaban lamentando la defraudación de sus esperanzas, se había realizado el acontecimiento que estaba predicho por el mensaje, y el cual se tenía que cumplir antes de que el Señor pudiese aparecer para recompensar á sus siervos.

Cristo había venido, no á la tierra, como ellos lo esperaban, sino, como estaba simbolizado en el tipo, al lugar santísimo del templo de Dios en el cielo. El profeta Daniel le representa como viniendo en ese tiempo mismo al Anciano de días: "Estaba mirando en visiones de la noche, y he aquí que sobre las nubes del cielo venía Uno parecido á un hijo de hombre; y vino"—no á la tierra, sino—"al Anciano de días, y le trajeron delante de él."¹

Esta venida está predicha también por el profeta Malaquías: "Repentinamente vendrá á su templo el Señor á quien buscáis; es decir, el Ángel del pacto, en quien os deleitáis; he aquí que vendrá, dice Jehová de los ejércitos."² La venida del Señor á su templo fué repentina, de modo inesperado, para su pueblo. Éste no le esperaba *allí*. Esperaba que vendría á la tierra, "en llama de fuego, tomando venganza en los que no conocen á Dios, ni obedecen el evangelio."³

Pero el pueblo no estaba aún preparado para ir al encuentro de su Señor. Le quedaba aún una obra de preparación que cumplir. Le iba á ser dada luz que dirigiera sus

¹ Daniel 7:13.² Malaquías 3:1.³ 2 Tesalonicenses 1:8.

espíritus hacia el templo de Dios en el cielo; y al seguir allí por fe á su Sumo Sacerdote en el desempeño de su ministerio les serían revelados nuevos deberes. Otro mensaje de aviso é instrucción iba á serle dado á la iglesia.

El profeta dice: “¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿y quién podrá estar en pie cuando él apareciere? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará á los hijos de Leví, y los afinará como el oro y la plata, para que presenten á Jehová ofrenda en justicia.”⁴ Los que vivan sobre la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial, deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula, sus caracteres deben estar purificados de todo pecado por la sangre de la aspersion. Por la gracia de Dios y de sus propios y diligentes esfuerzos deben ser vencedores en la lucha con el mal. Mientras se prosigue el juicio investigador en el cielo, mientras que los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, debe llevarse á cabo una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios sobre la tierra. Esta obra está presentada con mayor claridad en los mensajes del capítulo 14 del Apocalipsis.

Cuando esta obra haya quedado consumada los discípulos de Cristo estarán listos para su venida. “Entonces la ofrenda de Judá y de Jerusalén será grata á Jehová, como en los días de la antigüedad, y como en los años de remotos tiempos.”⁵ Entonces la iglesia que nuestro Señor recibirá para sí será una “iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante.”⁶ Entonces ella aparecerá “como el alba, hermosa como la luna, esclarecida como el sol, impo-
nente como ejército con banderas tremolantes.”⁷

Además de la venida del Señor á su templo, Malaquías predice también su segundo advenimiento, su venida para la ejecución del juicio, en estas palabras: “Y yo me acercaré á vosotros para juicio; y seré veloz testigo contra los hechiceros,

⁴ Malaquías 3:2, 3. ⁵ Malaquías 3:4. ⁶ Efesios 5:27. ⁷ Cantares 6:10.

y contra los adúlteros, y contra los que juran en falso y contra los que defraudan al jornalero de su salario, y oprimen á la vida y al huérfano, y apartan al extranjero de su derecho; y no me temen á mí, dice Jehová de los ejércitos.”^s San Judas se refiere á la misma escena cuando dice: “¡He aquí que viene el Señor con las huestes innumerables de sus santos ángeles para ejecutar juicio sobre todos, y para convencer á todos los impíos de todas las obras impías que han obrado impiamente!”^o Esta venida y la venida del Señor á su templo son acontecimientos distintos y que han de realizarse por separado.

La venida de Cristo como nuestro Sumo Sacerdote al lugar santísimo para la purificación del santuario, de la que se habla en Daniel 8:14; la venida del Hijo del hombre á donde está el Anciano de días, tal como está presentada en Daniel 7:13; y la venida del Señor á su templo, predicha por Malaquías, son descripciones del mismo acontecimiento representado también por la venida del Esposo á las bodas, descrita por Cristo en la parábola de las diez vírgenes, según S. Mateo 25.

En el verano y otoño de 1844 fué hecha esta proclamación: “¡He aquí que viene el Esposo!” Las dos clases de personas representadas por las vírgenes prudentes y fatuas fueron dadas entonces á conocer,— una que esperaba con regocijo la aparición del Señor y que se había estado preparando diligentemente para ir á su encuentro; la otra que presa del temor y obrando por impulso, se había dado por satisfecha con una teoría de la verdad pero estaba destituida de la gracia de Dios. En la parábola, cuando vino el Esposo, “las que estaban preparadas entraron con él á las bodas.” La venida del Esposo, presentada aquí, se verifica antes de la boda. La boda representa el acto de ser investido Cristo de la dignidad de Rey. La ciudad santa, la nueva Jerusalén, que es la capital del reino y lo representa, se llama “la novia, la esposa del Cordero.” El ángel dijo á San Juan: “¡Ven acá; te mostraré la novia, la esposa del cordero!” “Me llevó en

^s Malaquías 3:5.

^o S. Judas 14, 15.

el Espíritu," dice el profeta, "y me mostró la santa ciudad de Jerusalén, descendiendo del cielo, desde Dios."¹⁰ Salta pues á la vista que el Esposo representa la ciudad santa, y las vírgenes que van al encuentro del Esposo representan á la iglesia. En el Apocalipsis, el pueblo de Dios lo constituyen los invitados á la cena de las bodas.¹¹ Si son los *invitados*, no pueden representar también á la *esposa*. Cristo, según el profeta Daniel, recibirá del Anciano de días en el cielo "el dominio, y la gloria, y el reino," recibirá la nueva Jerusalén, la capital de su reino, "preparada como una novia engalanada para su esposo."¹² Después de recibir el reino, vendrá en su gloria, como Rey de reyes, y Señor de señores, para redimir á su pueblo, que "se sentará á la mesa con Abraham é Isaac y Jacob," en su reino,¹³ para participar de la cena de las bodas del Cordero.

La proclamación: "¡He aquí que viene el Esposo!" en el verano de 1844, indujo á miles de personas á esperar el advenimiento inmediato del Señor. En el tiempo señalado, vino el Esposo, no á la tierra, como el pueblo lo esperaba, sino hasta donde estaba el Anciano de días en el cielo, á las bodas, es decir á recibir su reino. "Las que estaban preparadas, entraron con él á las bodas; y la puerta fué cerrada." Ellas no debían estar presentes en las bodas, toda vez que éstas se verifican en el cielo mientras que ellas están en la tierra. Los discípulos de Cristo han de esperar "á su Señor, cuando haya de *volver* de las bodas."¹⁴ Pero deben comprender su obra, y seguirle por fe mientras entra en la presencia de Dios. En este sentido es en el que se dice que ellos van con él á las bodas.

Según la parábola eran las que tenían aceite en sus vasos con sus lámparas las que entraron en las bodas. Los que, junto con el conocimiento de la verdad de las Escrituras tenían el Espíritu y la gracia de Dios, y que en la noche de su amarga prueba habían esperado con paciencia, escuchando la Biblia en busca de más luz — fueron los que re-

¹⁰ Apocalipsis 21:9, 10.¹¹ Apocalipsis 19:9.¹² Daniel 7:14; Apocalipsis 21:2.¹³ S. Mateo 8:11; S. Lucas 22:30.¹⁴ S. Lucas 12:36.

conocieron la verdad referente al santuario en el cielo y al cambio de ministerio del Salvador, y los que por fe le siguieron en su obra en el santuario celestial. Y todos los que por el testimonio de las Escrituras aceptan las mismas verdades, siguiendo por fe á Cristo mientras se presenta ante Dios para efectuar la última obra de mediación y para recibir su reino á la conclusión de ésta — todos esos están representados como si entraran en las bodas.

En la parábola del capítulo 22 de San Mateo, se emplea la misma figura de las bodas y se ve á las claras que el juicio investigador se realiza antes de las bodas. Antes de verificarse éstas entra el Rey para ver á los huéspedes,¹⁵— y cerciorarse de que todos llevaban las vestiduras de boda, el manto inmaculado del carácter, lavado y emblanquecido en la sangre del Cordero.¹⁶ Al que se le encuentra sin vestidos convenientes, se le expulsa, pero todos los que al ser examinados resultan tener las vestiduras de bodas, son aceptados por Dios y juzgados dignos de ser partícipes de su reino y de tener un asiento en su trono. Esta tarea de examinar los caracteres y de determinar los que están preparados para el reino de Dios es la del juicio investigador, la obra final que se lleva á cabo en el santuario celestial.

Cuando haya terminado este examen, cuando se haya fallado respecto de los que en todos los siglos han hecho profesión de ser discípulos de Cristo, entonces y no antes habrá terminado el período de prueba, y será cerrada la puerta de misericordia. Así que las palabras: “Las que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y la puerta fué cerrada,” nos conducen al través del ministerio final del Salvador, hasta el tiempo en que quedará terminada la gran obra de la salvación del hombre.

En el servicio del santuario terrenal que como ya lo vimos, es una figura del servicio que se efectúa en el santuario celestial, cuando el sumo sacerdote entraba el día de la expiación en el lugar santísimo, terminaba el servicio del primer departamento. Dios mandó: “No ha de haber hombre

¹⁵ S. Mateo 22:11.

¹⁶ Apocalipsis 7:14.

alguno en el tabernáculo de reunión cuando él entrare para hacer expiación dentro del santuario, hasta que salga.” “Así que cuando Cristo entró en el lugar santísimo para consumir la obra final de la expiación, dejó de actuar en el primer departamento. Pero cuando terminó el servicio que se realizaba en el primer departamento, empezó en el segundo departamento. Cuando en el servicio típico el sumo sacerdote salía del lugar santo el día de la expiación, se presentaba ante Dios, para ofrecer la sangre del holocausto por todos los israelitas que se arrepentían verdaderamente de sus pecados. Así también Cristo sólo había terminado parte de su obra de intercesor nuestro para empezar otra, y sigue aún ofreciendo su sangre ante el Padre á favor de los pecadores.

Este asunto no lo entendieron los adventistas de 1844. Después de pasado el tiempo en que se esperaba al Salvador, ellos siguieron creyendo que su venida estaba cercana; sostenían que habían llegado á una crisis importante y que había cesado la obra de Cristo como intercesor del hombre ante Dios. Les parecía que la Biblia enseñaba que el tiempo de prueba concedido al hombre terminaría poco antes de la venida actual del Señor en las nubes del cielo. Eso parecía evidente según se desprende de los pasajes bíblicos que indican un tiempo en que los hombres buscarán, golpearán y llamarán á la puerta de la misericordia, sin que ésta se abra. Y ellos se preguntaban si la fecha en que habían estado esperando la venida de Cristo, no marcaba más bien el principio de ese período que debía preceder inmediatamente á su venida. Habiendo proclamado la proximidad del juicio, comprendían que habían terminado su labor para el mundo, y no sentían más la obligación de trabajar para la salvación de los pecadores, en tanto que las mofas atrevidas y blasfemas de los impíos les parecían una evidencia más de que el Espíritu de Dios se había retirado de los que rechazaron su misericordia. Todo esto les confirmaba en la creencia de que el tiempo de prueba había terminado, ó, como ellos lo expresaban entonces, que “la puerta de misericordia estaba cerrada.”

” Levítico 16:17.

Pero una luz más viva surgió del estudio de la cuestión del santuario. Ellos vieron entonces que tenían razón al creer que el fin de los 2300 días, en 1844, había marcado una crisis importante. Pero si bien era cierto que esa puerta de esperanza y de gracia por la cual los hombres habían encontrado durante mil ochocientos años acceso á Dios estaba cerrada, otra puerta se les abría, y el perdón de los pecados era ofrecido á los hombres por la intercesión de Cristo en el lugar santísimo. Parte de su obra había terminado tan sólo para dar lugar á otra. Había aún una "puerta abierta" para entrar en el santuario celestial donde Cristo oficiaba en favor del pecador.

Entonces se dieron cuenta de la aplicación de esas palabras de Cristo en el Apocalipsis, dirigidas á la iglesia de aquel mismo tiempo: "Estas cosas dice el que es santo, el que es veraz, el que tiene la llave de David, el que abre, y ninguno cierra, y cierra, y ninguno abre: Yo conozco tus obras: he aquí he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie podrá cerrar."¹⁸

Son los que por fe siguen á Jesús en su gran obra de expiación, quienes reciben los beneficios de su mediación á favor de ellos, mientras que los que rechazan la luz que pone á la vista este ministerio, no la aprovechan. Los judíos que rechazaron la luz concedida en el tiempo del primer advenimiento de Cristo, y que se negaron á creer en él como Salvador del mundo, no podían ser perdonados por intermedio de él. Cuando Jesús en su ascensión entró por su propia sangre en el santuario celestial para derramar sobre sus discípulos las bendiciones de su mediación, los judíos fueron dejados en obscuridad completa y siguieron con sus sacrificios y ofrendas inútiles. El ministerio de tipos y sombras había terminado. La puerta por la cual los hombres habían encontrado antes acceso cerca de Dios, no estaba más abierta. Los judíos se habían negado á buscarle de la sola manera en que podía ser encontrado entonces, por el sacerdocio en el santuario del cielo. No encontraron por consiguiente comunión con Dios. La puerta estaba cerrada para ellos. No

¹⁸ Apocalipsis 3:7, 8.

conocían á Cristo como verdadero sacrificio y único mediador ante Dios; de ahí que no pudiesen recibir los beneficios de su mediación.

La condición de los judíos incrédulos ilustra el estado de los indiferentes é incrédulos entre los que hacen profesión de ser cristianos, y que desconocen voluntariamente la obra de nuestro misericordioso Sumo Sacerdote. En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, todos los hijos de Israel debían reunirse cerca del santuario y humillar sus almas del modo más solemne ante Dios, á fin de recibir el perdón de sus pecados y no ser separados de la congregación. ¡Cuánto más esencial no es en nuestra época antitípica de la expiación que comprendamos la obra de nuestro Sumo Sacerdote, y que sepamos qué deberes se nos exigen!

Los hombres no pueden rechazar impunemente los avisos que Dios les envía en su misericordia. Un mensaje fué enviado del cielo al mundo en tiempo de Noé, y la salvación de los hombres dependía de la manera en que aceptaran ese mensaje. Por haber rechazado la amonestación, el Espíritu de Dios se retiró de la raza pecadora que pereció en las aguas del diluvio. En tiempo de Abraham la misericordia dejó de alegar con los culpables vecinos de Sodoma, y todos, excepto Lot con su mujer y dos hijas, fueron consumidos por el fuego que descendió del cielo. Otro tanto sucedió en días de Cristo. El Hijo de Dios declaró á los judíos incrédulos de aquella generación: “¡He aquí, vuestra casa os es dejada desierta!”²⁹ Echando una mirada hacia los últimos días, el mismo Poder Infinito declara respecto de los que “no admitieron el amor de la verdad para que fuesen salvos:” “Y por esto, Dios les envía la eficaz operación de error, á fin de que crean á la mentira; para que sean condenados todos aquellos que no creen á la verdad, sino que se complacen en la injusticia.”³⁰ Á medida que se rechazan las enseñanzas de su Palabra, Dios retira su Espíritu y deja á los hombres en brazos del engaño que tanto les gusta.

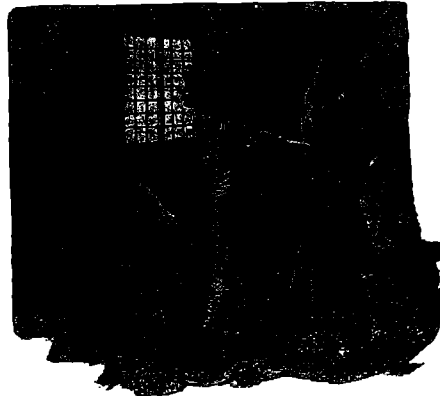
²⁹ S. Mateo 23:38.

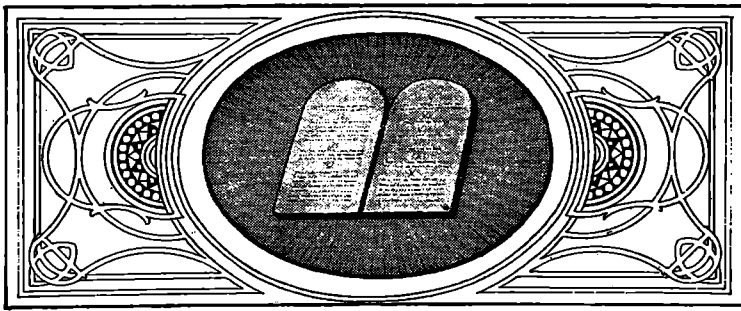
³⁰ 2 Tesalonicenses 2:10-12.

Pero Cristo intercede aún por el hombre, y la luz les será concedida á los que la buscan. Por más que esto no fué comprendido al principio por los adventistas, el asunto se hizo claro después á medida que los pasajes bíblicos que definen la verdadera posición de ellos empezaron á hacerse inteligibles.

El transcurso de ese período que terminó en 1844 fué seguido de un tiempo de gran prueba para aquellos que conservaban aún la fe adventista.

Su único alivio, en cuanto á lo que se relacionaba con su verdadera situación, era la luz que dirigía sus espíritus hacia el santuario celestial. Algunos perdieron la fe en la computación anterior de los períodos proféticos, y atribuyeron á factores humanos ó satánicos la poderosa influencia del Espíritu Santo que había seguido al movimiento adventista. Otros creyeron firmemente que el Señor les había conducido en su vida pasada; y como esperasen y velasen ú orasen para conocer la voluntad de Dios, llegaron á comprender que su gran Sumo Sacerdote había empezado á desempeñar otro ministerio y, siguiéndole con fe, fueron llevados á ver además la obra final de la iglesia. Consiguieron una inteligencia más clara de los mensajes del primero y segundo ángel, y quedaron preparados para recibir y dar al mundo la solemne amonestación del tercer ángel de Apocalipsis 14.





LA LEY DE DIOS ES INMUTABLE — 26

“Fué abierto el templo de Dios en el cielo, y fué vista en su templo el arca de su pacto.”¹ El arca del pacto de Dios está en el lugar santísimo, en el segundo departamento del santuario. En el servicio del tabernáculo terrenal, que servía “de mera representación y sombra de las cosas celestiales,” este departamento sólo se abría en el gran día de la expiación para la purificación del santuario. Por consiguiente la proclamación de que el templo de Dios fué abierto en el cielo y que fué vista el arca de su pacto, indica que el lugar santísimo del santuario celestial fué abierto en 1844, cuando Cristo entró en él para consumar la obra final de la expiación. Los que por fe siguieron á su gran Sumo Sacerdote cuando dió principio á su ministerio en el lugar santísimo, contemplaron el arca de su pacto. Habiendo estudiado el asunto del santuario, llegaron á entender el cambio que se había operado en el ministerio del Salvador, y vieron que éste estaba entonces oficiando ante el arca de Dios, abogando y ofreciendo su sangre en favor de los pecadores.

El arca que estaba en el tabernáculo terrenal contenía las dos tablas de piedra, en que estaban inscritos los preceptos de la ley de Dios. El arca era un mero receptáculo de las tablas de la ley, y era esta ley divina la que le daba su valor y su carácter sagrado á aquélla. Cuando fué abierto el templo de Dios en el cielo, entonces se vió el arca de su pacto. En el lugar santísimo, en el santuario celestial, es donde se encuentra inviolablemente encerrada la ley divina — la ley pro-

¹ Apocalipsis 11:19.

mulgada por el mismo Dios entre los truenos del Sinaí y escrita con su propio dedo en las tablas de piedra.

La ley de Dios que se encuentra en el santuario celestial es el gran original cuyos preceptos, grabados en las tablas de piedra y consignados por Moisés en el Pentateuco, eran copia infalible. Los que llegaron á comprender este punto importante, llegaron así á reconocer el carácter sagrado é invariable de la ley divina. Comprendieron mejor que nunca la fuerza de las palabras del Salvador: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde pasará de la ley."² Toda vez que la ley de Dios es una revelación de su voluntad, trasunto de su carácter, debe permanecer para siempre "como testigo fiel en el cielo." Ni un mandamiento ha sido anulado; ni un punto ni un tilde han sido cambiados. Dice el Salmista: "¡Hasta la eternidad, oh Jehová tu Palabra permanece firme en el cielo!" "Seguros son todos sus preceptos: establecidos para siempre jamás."³

En el corazón mismo del decálogo se encuentra el cuarto mandamiento, tal cual fué proclamado originalmente: "Acordarte has del día del Sábado, para santificarlo. Seis días trabajarás, harás toda tu obra; mas el séptimo día será Sábado á Jehová tu Dios: no hagas obra ninguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija; ni tu siervo, ni tu criada; ni tu bestia, ni tu extranjero, que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay; y en el día séptimo reposó: por tanto Jehová bendijo el día del Sábado, y lo santificó."⁴

El Espíritu de Dios obró en los corazones de los cristianos que estudiaban su Palabra de modo que fueron convencidos de que, sin saberlo, habían transgredido este precepto no parando mientes en el día de descanso del Creador. Empezaron á examinar las razones por las cuales se guardaba el primer día de la semana en lugar del día que Dios había santificado. No pudieron encontrar ninguna prueba en las Sagradas Escrituras que demostrara que el cuarto manda-

² S. Mateo 5:18.

³ Salmos 119:89; 111:7, 8.

⁴ Exodo 20:8-11 (Versión Valera de la S. B. A.).

miento había sido abolido ó que el Sábado hubiese sido cambiado; la bendición que desde un principio santificaba el séptimo día no había sido nunca revocada. Habían procurado honradamente conocer y hacer la voluntad de Dios; al reconocerse entonces transgresores de la ley divina, sus corazones se llenaron de pena, y manifestaron su lealtad hacia Dios guardando su santo Sábado.

Se hizo cuanto se pudo por conmover su fe. Nadie podía dejar de ver que si el santuario terrenal era una figura ó modelo del celestial, la ley depositada en el arca en la tierra era exacto trasunto de la ley encerrada en el arca del cielo; y que aceptar la verdad relativa al santuario celestial envolvía el reconocimiento de las exigencias de la ley de Dios y la obligación de guardar el Sábado del cuarto mandamiento. Aquí estaba el secreto de la oposición violenta y resuelta que se le hizo á la exposición armoniosa de las Escrituras que revelaba el oficio de Cristo en el santuario celestial. Los hombres trataron de cerrar la puerta que Dios había abierto y de abrir la que él había cerrado. Pero "el que abre, y ninguno cierra; y cierra, y ninguno abre," había declarado: "He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie podrá cerrar."⁵ Cristo había abierto la puerta, ú oficio, del lugar santísimo, la luz brillaba desde la puerta abierta del santuario celestial, y se vió que el cuarto mandamiento estaba incluido en la ley allí encerrada; lo que Dios había establecido, nadie podía derribarlo.

Los que habían aceptado la luz referente á la mediación de Cristo y á la perpetuidad de la ley de Dios, encontraron que éstas eran las verdades presentadas en el capítulo 14 del Apocalipsis. Los mensajes de este capítulo constituyen una triple amonestación,⁶ que debe servir para preparar á los habitantes de la tierra para la segunda venida del Señor. La declaración: "Ha llegado la hora de su juicio," indica la obra final de la actuación de Cristo para la salvación de los hombres. Proclama una verdad que debe seguir siendo proclamada hasta el fin de la intercesión del Salvador y su regreso á la tierra para tomar á su pueblo consigo. La obra del juicio

⁵ Apocalipsis 3:7, 8.

⁶ Véase el Apéndice.

que empezó en 1844, debe proseguirse hasta que sean falladas las causas de todos los hombres, de los vivos como de los muertos; de aquí que deba extenderse hasta el fin del período de prueba concedido á la humanidad. Y para que los hombres estén debidamente preparados para subsistir en el juicio, el mensaje les manda: “¡Temed á Dios y dadle gloria,” “y adorad al que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua!” El resultado de la aceptación de estos mensajes está indicado en las palabras: “¡En esto está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús!” Para subsistir ante el juicio tiene el hombre que guardar la ley de Dios. Esta ley será la piedra de toque en el juicio. El apóstol Pablo declara: “Cuantos han pecado bajo la ley, por la ley serán juzgados; . . . en el día, en que juzgará Dios las obras más ocultas de los hombres por medio de Jesu-Cristo.” Y dice que “los que cumplen la ley serán justificados.” La fe es esencial para guardar la ley de Dios; pues “sin fe es imposible agradarle.” Y “todo lo que no es de fe, es pecado.”⁸

El primer ángel exhorta á los hombres á que teman al Señor y le den honra y á que le adoren como Creador del cielo y de la tierra. Para poder hacerlo, deben obedecer su ley. El sabio dice: “Teme á Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano.”⁹ Sin obediencia á sus mandamientos ninguna adoración puede agradar á Dios. “Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos.” “El que aparte sus oídos para no escuchar la ley, verá que su oración misma es cosa abominable.”¹⁰

El deber de adorar á Dios estriba en la circunstancia de que él es el Creador, y que á él es á quien todos los demás seres deben su existencia. Y en donde quiera que la Biblia presente su derecho á nuestra reverencia y adoración con preferencia á los dioses de los paganos, enumera las pruebas de su poder creador. “Todos los dioses de las naciones son

⁸ Romanos 2:12-16.
⁹ Eclesiastés 12:13.

¹⁰ Hebreos 11:6; Romanos 14:23.
¹¹ 1 Juan 5:3; Proverbios 28:9.

ídolos; pero Jehová hizo los cielos.”¹¹ “¿Á quién pues me compararéis para que yo sea como él? dice el Santo ¡Levantad hacia arriba vuestros ojos, y ved! ¿Quién creó aquellos cuerpos celestes?” “Así dice Jehová, Creador de los cielos (él solo es Dios), el que formó la tierra y la hizo; . . . ¡Yo soy Jehová, y no hay otro Dios!”¹² Dice el salmista: “Sabed que Jehová solo es Dios: él nos hizo, y nosotros somos suyos.” “¡Venid, postrémonos, y encorvémonos; arrodillémonos ante Jehová nuestro Hacedor!”¹³ Y los santos que adoran á Dios en el cielo dan como razón del homenaje que le deben: “¡Digno eres tú, Señor nuestro, y Dios nuestro, de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas!”¹⁴

En el capítulo 14 del Apocalipsis se exhorta á los hombres á que adoren al Creador, y la profecía expone á la vista una clase de personas que, como resultado del triple mensaje, guardan los mandamientos de Dios. Uno de estos mandamientos señala directamente á Dios como Creador. El cuarto precepto declara: “El séptimo día será Sábado á Jehová tu Dios: . . . porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las cosas que en ellos hay; y en el día séptimo reposó: por tanto Jehová bendijo el día del Sábado, y lo santificó.”¹⁵ Respecto al Sábado, el Señor dice además, que será una “señal . . . para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios.”¹⁶ Y la razón dada para ello es: “Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, y en el séptimo día cesó, y reposó.”¹⁷

“La importancia del Sábado, como institución conmemorativa de la creación, consiste en que recuerda siempre la verdadera razón por la cual se debe adorar á Dios,”— porque él es el Creador, y nosotros somos sus criaturas. “El Sábado está, por consiguiente, á la base misma del culto divino, pues enseña esta gran verdad del modo más contundente como no lo hace ninguna otra institución. El verdadero motivo del culto divino, no tan sólo del que se tributa en el séptimo

¹¹ Salmo 96:5. ¹² Isaías 40:25, 26; 45:18. ¹³ Salmo 100:3; 95:6.

¹⁴ Apocalipsis 4:11. ¹⁵ Éxodo 20:10, 11 (Versión Valera de la S. B. A.).

¹⁶ Ezequiel 20:20 (*Idem*).

¹⁷ Éxodo 31:17 (*Idem*).

día, sino de cualquiera otro, está en la distinción existente entre el Creador y sus criaturas. Este hecho capital no perderá nunca su importancia ni debe caer nunca en el olvido.”¹⁸ Por eso, es decir, para que esta verdad no se borrara nunca de la mente de los hombres, instituyó Dios el Sábado en el Edén y mientras el ser él nuestro Creador siga siendo motivo para que le adoremos, el Sábado seguirá siendo señal inmemorial de ello. Si el Sábado hubiese sido guardado universalmente, los pensamientos é inclinaciones de los hombres se habrían dirigido hacía el Creador como objeto de reverencia y adoración, y nunca habría habido ni un idólatra, ni un ateo, ni un incrédulo. La observancia del Sábado es señal de lealtad al verdadero Dios, “que hizo el cielo y la tierra, y el mar y las fuentes de agua.” Resulta pues que el mensaje que manda á los hombres adorar á Dios y guardar sus mandamientos, ha de insistir especialmente en la observancia del cuarto mandamiento.

En contraposición con los que guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús, el tercer ángel señala otra clase de seres humanos contra cuyos errores va dirigido solemne y terrible aviso: “¡Si alguno adora á la bestia y á su imagen, y recibe su marca en su frente, ó en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios!”¹⁹ Para comprender este mensaje hay que interpretar correctamente los símbolos que emplea. ¿Qué representan la bestia, la imagen, la marca?

La ilación profética en la que se encuentran estos símbolos, empieza en el capítulo 12 del Apocalipsis, con el dragón que trató de destruir á Cristo en su nacimiento. En dicho capítulo vemos que el dragón es Satanás;²⁰ fué él el que indujo á Herodes á matar al Salvador. Pero el agente principal de Satanás al hacer la guerra á Cristo y á su pueblo durante los primeros siglos de la era cristiana, fué el imperio romano, en el cual prevalecía la religión pagana. Así que si bien el dragón representa primero á Satanás, en sentido derivado es un símbolo de la Roma pagana.

¹⁸ Andrews, J. N., “History of the Sabbath,” cap. 27.

¹⁹ Apocalipsis 14:9, 10.

²⁰ Apocalipsis 12:9.

En el capítulo 13²¹ va descrita otra bestia, “parecida á un leopardo,” al cual el dragón le dió “su poder, y su trono, y grande autoridad.” Este símbolo, como lo han creído la mayor parte de los protestantes, representa al papado, el cual heredó el poder y la autoridad que fueran anteriormente del antiguo imperio romano. Se dice de la bestia parecida á un leopardo: “Le fué dada una boca que hablaba cosas grandes, y blasfemias. . . . Y abrió su boca para decir blasfemias contra Dios, para blasfemar su nombre, y su tabernáculo, y los que habitan en el cielo. Y le fué permitido hacer guerra contra los santos, y vencerlos: y le fué dada autoridad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación.” Esta profecía, que es casi la misma que la descripción del cuerno pequeño en Daniel 7, se refiere indudablemente al papado.

“Le fué dada autoridad para hacer sus obras cuarenta y dos meses.” Y dice el profeta: “Ví una de sus cabezas como si hubiese sido herida de muerte.” Y además: “Si alguno lleva en cautiverio, al cautiverio irá; si alguno mata con espada, es preciso que él sea muerto á espada.” Los cuarenta y dos meses son lo mismo que “un tiempo, y dos tiempos, y la mitad de un tiempo,” tres años y medio, ó 1260 días de Daniel 7 — el tiempo durante el cual el poder papal debía oprimir al pueblo de Dios. Este período, como fué indicado en capítulos anteriores, empezó con la supremacía del papado en el año 538 de J. C. y terminó en 1798. Entonces, el papa fué hecho preso por el ejército francés, el poder papal recibió su golpe mortal y quedó cumplida la predicción: “Si alguno lleva en cautiverio, al cautiverio irá.”

Y aquí preséntase otro símbolo. El profeta dice: “Ví otra bestia subiendo de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes á los de un cordero.”²² Tanto la aparición de esta bestia como el modo en que crece indica que la nación que representa es otra que las representadas en los símbolos anteriores. Los grandes reinos que han gobernado al mundo le fueron presentados al profeta Daniel en forma de fieras, que surgen cuando “los cuatro vientos del cielo se desataron sobre

²¹ Versículos 1-10.

²² Apocalipsis 13:11.

el mar grande.”²² En el Apocalipsis 17, un ángel explicó que las aguas representan “pueblos, y multitudes, y naciones y lenguas.”²³ Los vientos simbolizan revoluciones, convulsiones. Los cuatro vientos del cielo que combatían en el mar grande, representan los terribles dramas de conquista y revolución por los cuales los reinos alcanzaron al poder.

Pero la bestia con cuernos semejantes á los del cordero se vió “subiendo de la tierra.” En lugar de derribar otros poderes para ponerse en su lugar, la nación así representada debe subir en territorio hasta entonces desocupado, y crecer gradual y pacíficamente. No podía, pues, subir entre las naciones populosas y belicosas del viejo mundo — ese mar turbulento de “pueblos, y multitudes y naciones, y lenguas.” Hay que buscarla en el continente occidental.

¿Cuál era en 1798 la nación del nuevo mundo cuyo poder estaba entonces desarrollándose, dando visos de ser una nación fuerte y grande, y de llamar la atención del mundo? La aplicación del símbolo no admite duda alguna. Una nación, y sólo una, responde á los datos y rasgos característicos de esta profecía; no hay duda que se trata aquí de los Estados Unidos de Norte América. Una y otra vez el pensamiento y casi las palabras exactas del autor sagrado han sido empleadas inconscientemente por los oradores é historiadores al describir el nacimiento y crecimiento de esta nación. El profeta vió la bestia “subiendo de la tierra;” y, según los traductores, la palabra dada aquí por “subiendo” significa literalmente “creciendo como una planta.” Y, como ya lo vimos, la nación debe nacer en territorio hasta entonces desocupado. Un escritor notable, al describir el desarrollo de los Estados Unidos, habla del “*misterio de su desarrollo de la nada*,”²⁴ y dice: “como *silenciosa semilla* crecimos hasta llegar á ser un imperio.” Un periódico europeo habló en 1850 de los Estados Unidos como de un imperio maravilloso, que surgía y que “*en el silencio de la tierra* iba siempre añadiendo algo á su poder y á su gloria.”²⁵ Eduardo Everett en un

²² Daniel 7:2.

²³ Apocalipsis 17:15.

²⁴ Townsend, G. A., “The New World Compared with the Old,” p. 462 (ed. 1869).

²⁵ *The Dublin Nation*.

discurso sobre los peregrinos, fundadores de esta nación, dijo: “¿Buscaron un lugar retirado cuya obscuridad lo haría inofensivo, cuyo aislamiento lo libraba de las guaridas de los déspotas,—donde la pequeña iglesia de Leyden pudiese gozar de la libertad de conciencia? ¡He aquí las *inmensas regiones* sobre las cuales, en *pacífica conquista*, . . . han plantado los estandartes de la cruz!”²¹

“Y tenía dos cuernos semejantes á los de un cordero.”

Los cuernos semejantes á los de un cordero representan juventud, inocencia y dulzura, rasgos verdaderos del carácter de los Estados Unidos cuando fué presentado al profeta “subiendo” en 1798. Entre los cristianos expatriados que huyeron los primeros á América y que buscaban un asilo contra la opresión real y la intolerancia sacerdotal, había muchos que determinaron establecer un gobierno sobre el amplio fundamento de la libertad civil y religiosa. Sus convicciones dieron forma á la declaración de la independencía que hace resaltar la gran verdad de que “todos los hombres son creados iguales,” y poseen derechos inalienables á la “vida, á la libertad y á la persecución de la felicidad.” Y la Constitución garantiza al pueblo el derecho del gobierno propio (su autonomía) cuidando que los representantes elegidos por el voto popular proclamen y hagan observar las leyes. Además fué otorgada la libertad religiosa, pudiendo cada cual adorar á Dios según los dictados de su conciencia. El republicanismo y el protestantismo vinieron á ser los principios fundamentales de la nación. Estos principios son el secreto de su poder y de su prosperidad. Los oprimidos y pisoteados de toda la cristiandad se han dirigido á este país con afán y esperanza. Millones han fondeado en sus playas, y los Estados Unidos han llegado á ocupar un puesto entre las naciones más poderosas de la tierra.

Pero la bestia que tenía cuernos como un cordero “hablaba como dragón. Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en su presencia y hace que la tierra y los que en ella habitan, adoren á la bestia primera, cuya herida mortal fué sanada . . . diciendo á los que habitan sobre la tierra, que

²¹ Discurso pronunciado en Plymouth, Mass., dic. 22 de 1824, p. 11.

hagan una imagen de la bestia que recibió el golpe de espada, y sin embargo vivió.”²⁸

Los cuernos como de cordero y la voz de dragón del símbolo arrojan extraña contradicción entre lo que profesa ser y lo que practica la nación así representada. El “hablar” de la nación son los actos de sus autoridades legislativas y judiciales. Por esos actos la nación desmentirá los principios liberales y pacíficos que ha declarado ser fundamento de su política. La predicción de que hablará “como dragón” y ejercerá “toda la autoridad de la primera bestia,” anuncia claramente el desarrollo del espíritu de intolerancia y persecución de que tantas pruebas dieran las naciones representadas por el dragón y la bestia semejante al leopardo. Y la declaración de que la bestia con dos cuernos “hace que la tierra y los que en ella habitan, adoren á la bestia primera,” indica que la autoridad de esta nación será empleada para imponer alguna observancia en homenaje al papado.

Semejante actitud sería abiertamente contraria á los principios de este gobierno, al genio de sus instituciones libres, á los claros y solemnes juramentos prestados cuando la declaración de la independencia, y contrarios finalmente á la constitución. Los fundadores de la nación cuidaron con acierto que jamás se hiciera uso del poder civil por parte de la iglesia, y evitaron así los consabidos resultados: la intolerancia y la persecución. La constitución garantiza que “el congreso no legislará con respecto al establecimiento de una religión ni prohibirá el libre ejercicio de ella, y que “ninguna manifestación religiosa será jamás requerida como condición de aptitud para ninguna función ó cargo público en los Estados Unidos.” Sólo en flagrante violación de estas garantías de la libertad de la nación, es como se puede imponer por la autoridad civil la observancia de cualquier deber religioso. Pero la inconsecuencia de tal procedimiento no es mayor que lo que está representado por el símbolo. Es la bestia con cuernos semejantes á los de un cordero — que profesa ser pura, mansa, inofensiva — y que habla como un dragón.

²⁸ Apocalipsis 13:11-14.

“Diciendo á los que habitan sobre la tierra, que *hagan* (ellos) una imagen de la bestia.” Aquí tenemos presentada á las claras una forma de gobierno en el cual el poder legislativo descansa en el pueblo; una prueba de las más convincentes de que la nación de los Estados Unidos de Norte América es la señalada por la profecía.

¿Pero qué es la “imagen de la bestia”? ¿Y cómo se la formará? La imagen es hecha por la bestia de dos cuernos y es una imagen de la primera bestia. Así que para saber á qué se asemeja la imagen y cómo será formada, debemos estudiar los rasgos característicos de la misma bestia — el papado.

Cuando la iglesia primitiva se corrompió apartándose de la sencillez del evangelio y aceptando costumbres y ritos paganos, perdió el Espíritu y el poder de Dios; y para dominar las conciencias buscó el apoyo del poder civil. El resultado fué el papado, es decir, una iglesia que dominaba el poder del estado y se servía de él para promover sus propios fines y especialmente para extirpar la “herejía.” Para que los Estados Unidos formen una imagen de la bestia, el poder religioso debe dominar al gobierno civil de suerte que la autoridad del estado sea empleada también por la iglesia para cumplir sus propios fines.

Siempre que la iglesia ha alcanzado el poder civil, lo ha empleado para castigar á los que no admitieron sus doctrinas. Las iglesias protestantes que han seguido las huellas de Roma formando alianza con los poderes mundanos, han manifestado el mismo deseo de restringir la libertad de conciencia. Ejemplo de esto lo tenemos en la larga persecución de los disidentes por la iglesia de Inglaterra. Durante los siglos XVI y XVII miles de ministros no conformistas fueron obligados á abandonar sus iglesias, y muchos pastores y mucha gente del pueblo fueron sujetos á multas, encarcelamientos, torturas y al martirio.

Fué la apostasía lo que indujo á la iglesia primitiva á buscar la ayuda del gobierno civil, y esto preparó el camino para el desarrollo del papado,— la bestia. San Pablo lo pre-

dice: Vendrá “la apostasía,” y será “revelado el hombre de pecado.”²⁹ De modo que la apostasía en la iglesia preparará el camino para la imagen de la bestia. Y la Biblia declara que antes de la venida del Señor habrá un estado de decadencia religiosa análoga á la de los primeros siglos. “En los postreros días vendrán tiempos peligrosos: Porque los hombres serán *amadores de sí mismos*, amadores del dinero, jactanciosos, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, incontinentes, fieros, aborrecedores de los que son buenos, traidores, protervos, hinchados de orgullo, *amadores de los placeres, más bien que amadores de Dios; teniendo la forma de la piedad, mas negando el poder de ella.*”³⁰ “Empero el Espíritu dice expresamente, que en tiempos venideros algunos se apartarán de la fe, prestando atención á espíritus seductores, y á enseñanzas de demonios.”³¹ Satanás operará “con todo poder, y con señales, y con maravillas mentirosas, y con todo el artificio de la injusticia.” Y todos los que “no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos,” serán dejados para que acepten “operación de error, á fin de que crean á la mentira.”³² Cuando se haya llegado á este estado de impiedad, se verán los mismos resultados que en los primeros siglos.

Muchos consideraban la gran diversidad de creencias en las iglesias protestantes como prueba terminante de que nunca se procurará asegurar una uniformidad forzada. Pero desde hace haños se viene notando entre las iglesias protestantes un poderoso y creciente sentimiento en favor de una unión basada en puntos comunes de doctrina. Para asegurar tal unión, debe necesariamente evitarse toda discusión de asuntos en los cuales no todos están de acuerdo, por importantes que sean desde el punto de vista bíblico.

Carlos Beecher, en un sermón predicado en 1846, declaró que el pastorado de “las denominaciones evangélicas protestantes no está formado sólo bajo la terrible presión del mero temor humano, sino que vive, y se mueve y respira en una atmósfera radicalmente corrompida y que apela á cada ins-

²⁹ 2 Tesalonicenses 2:3. ³⁰ 2 Timoteo 3:1-5. ³¹ 1 Timoteo 4:1.
³² 2 Tesalonicenses 2:9-11.

tante al elemento más bajo de su naturaleza para tapar la verdad y doblar la rodilla ante el poder de la apostasia. ¿No pasó así con la iglesia romana? ¿No estamos reviviendo su vida? ¿Y qué es lo que vemos por delante? ¡Otro concilio general! ¡Una convención mundial! ¡Alianza evangélica y credo universal!”⁸³ Cuando se haya logrado esto, entonces, en el esfuerzo para asegurar completa uniformidad sólo faltará un paso para apelar á la fuerza.

Quando las iglesias principales de los Estados Unidos, uniéndose en puntos comunes de doctrina, influyan sobre el estado para que imponga decretos y sostenga las instituciones de ella, entonces la América protestante habrá formado una imagen de la jerarquía romana, y la inflicción de penas civiles contra los disidentes vendrá de por sí sola.

La bestia de dos cuernos “hace (ordena) que todos los pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos, tengan una marca sobre su mano derecha, ó sobre su frente; y que nadie pueda comprar ó vender, sino aquel que tenga la marca, es decir, el nombre de la bestia ó el número de su nombre.”⁸⁴ La amonestación del tercer ángel es: “¡Si alguno adorara á la bestia y á su imagen, y recibe su marca en su frente, ó en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios!” “La bestia” mencionada en este mensaje, cuya adoración es impuesta por la bestia de dos cuernos, es la primera bestia ó sea la bestia semejante á un leopardo de Apocalipsis 13,— el papado. La “imagen de la bestia” representa la forma de protestantismo apóstata que se desarrollará cuando las iglesias protestantes busquen la ayuda del poder civil para la imposición de sus dogmas. Queda aún por definir lo que es “la marca de la bestia.”

Después de amonestar contra la adoración de la bestia y de su imagen, la profecía dice: “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús!” Dado que los que guardan los mandamientos de Dios están puestos así en contraste con los que adoran la bestia y su imagen y reciben su marca, resulta que la observancia de la ley de Dios, por una parte, y su violación, por

⁸³ Sermón, “The Bible a Sufficient Creed,” pronunciado en Fort Wayne, Ind., febr. 22 de 1846.

⁸⁴ Apocalipsis 13:16, 17.

la otra, forma la distinción entre los que adoran á Dios y los que adoran á la bestia.

El rasgo más característico de la bestia, y por consiguiente de su imagen, es la violación de los mandamientos de Dios. Daniel dice del cuerno pequeño, ó sea del papado: "Pensará mudar los tiempos y la ley."⁸⁸ Y San Pablo llama al mismo poder el "hombre de pecado," que había de ensalzarse sobre Dios. Una profecía es complemento de la otra. Sólo adulterando la ley de Dios podía el papado elevarse sobre Dios; quien quiera que guardase á sabiendas la ley así adulterada daría honor supremo al poder que introdujo el cambio. Tal acto de obediencia á las leyes papales sería señal de sumisión al papa en lugar de sumisión á Dios.

El papado ha tratado de alterar la ley de Dios. El segundo mandamiento que prohíbe el culto de las imágenes ha sido borrado de la ley, y el cuarto mandamiento ha sido adulterado de manera á autorizar la observancia del primer día en lugar del séptimo como Sábado. Pero los papistas aducen para cohonestar la supresión del segundo mandamiento, que éste es inútil toda vez que está incluído en el primero, y que ellos dan la ley tal cual Dios tenía propuesto que fuese entendida. Éste no puede ser el cambio predicho por el profeta. Se trata de un cambio intencional y deliberado: "Pensará mudar los tiempos y la ley." El cambio introducido en el cuarto mandamiento cumple exactamente la profecía. Para esto la única autoridad á que se apela es la de la iglesia. Aquí el poder papal se ensalza abiertamente sobre Dios.

Mientras los que adoran á Dios se distinguirán especialmente por su respeto al cuarto mandamiento,—desde que éste es el signo de su poder creador y el testimonio de su derecho al respeto y homenaje de los hombres,—los adoradores de la bestia se distinguirán por sus esfuerzos para desgarrar el memorial del Creador y ensalzar lo instituído por Roma. Fué por su actitud en pro del domingo por lo que el papado empezó á aducir sus arrogantes pretensiones;⁸⁹

⁸⁸ Daniel 7:25.

⁸⁹ Véase el Apéndice.

su primer recurso al poder del estado fué para imponer la observancia del domingo como "el día del Señor." Pero la Biblia señala el séptimo día, y no el primero, como el día del Señor. Cristo dijo: "El Hijo del hombre es Señor aun del Sábado." El cuarto mandamiento declara que: "El día séptimo es día de descanso (margen Sábado), consagrado á Jehová." Y por boca del profeta Isaías el Señor lo llama: "Mi día santo."³⁷

La pretensión tantas veces elevada, de que Cristo cambió el Sábado, está refutada por sus propias palabras. En su sermón del monte dijo: "No penséis que he venido para invalidar la ley, ó los profetas: no he venido para invalidar, sino para cumplir. Porque en verdad os digo, que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde pasará de la ley, hasta que el todo sea cumplido. Por tanto cualquiera que quebrantare uno de estos más mínimos mandamientos, y enseñare á los hombres así, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos: mas cualquiera que los hiciere y enseñare será llamado grande en el reino de los cielos."³⁸

Es un hecho generalmente admitido por los protestantes, que las Sagradas Escrituras no autorizan en ninguna parte el cambio del Sábado. Esto queda lisa y llanamente confirmado en publicaciones dadas á luz por la Sociedad americana, de tratados y la Unión americana de escuelas dominicales. Una de estas obras reconoce "que el Nuevo Testamento no dice absolutamente nada en cuanto se refiere á un mandamiento explícito en favor del domingo (el primer día de la semana) ó á reglas definidas relativas á su observancia."³⁹

Otro dice: "Hasta la época de la muerte de Cristo, ningún cambio se había hecho en cuanto al día;"⁴⁰ y, "por lo que se desprende del relato bíblico, los apóstoles no dieron . . . mandamiento explícito alguno ordenando el abandono del séptimo día, Sábado, como día de reposo, y su observancia en el primer día de la semana."⁴¹

³⁷ S. Marcos 2:28; Isaías 58:13.

³⁸ S. Mateo 5:17-19

³⁹ Elliott, Jorge, "The Abiding Sabbath," p. 184.

⁴⁰ Waffle, A. E., "The Lord's Day," p. 186.

⁴¹ *Idem*, pp. 187, 188.

Los católicos romanos reconocen que el cambio del Sábado como día de descanso fué hecho por su iglesia, y declaran que los protestantes al observar el domingo reconocen la autoridad de ella. En el "Catecismo católico de la religión cristiana," al contestar una pregunta relativa al día que se debe guardar en obediencia al cuarto mandamiento, se hace esta declaración: "Bajo la ley antigua, el Sábado era el día santificado; pero *la iglesia*, instruída por Jesu-Cristo y dirigida por el Espíritu de Dios, ha substituído el Sábado por el domingo; así que ahora santificamos el primero y no el séptimo día. El domingo significa y es ahora el día del Señor."

Como signo de la autoridad de la iglesia católica, los escritores papistas citan "el acto mismo del cambio del Sábado en el domingo, cambio en que los protestantes consienten . . . porque al guardar estrictamente el domingo, ellos reconocen el poder de la iglesia para ordenar fiestas y para imponerlas so pena de incurrir en pecado."⁴² ¿Qué, pues, es el cambio del Sábado como día de descanso, sino el signo ó marca de la autoridad de la iglesia romana — "la marca de la bestia"?

La iglesia romana no ha renunciado á sus pretensiones á la supremacía; y cuando el mundo y las iglesias protestantes aceptan un día de descanso de creación de ella, mientras rechazan el Sábado como día de descanso de la Biblia, acatan virtualmente esta pretensión. Ellos pueden apelar á la autoridad de la tradición y de los padres para apoyar el cambio; pero al hacerlo ignoran el principio mismo que los separa de Roma, es á saber, que "la Biblia, y la Biblia sólo es la religión de los protestantes." Los papistas pueden ver que los protestantes se están engañando á sí mismos, al cerrar voluntariamente los ojos ante los hechos del caso. Á medida que gana terreno el movimiento en pro de la observancia obligatoria del domingo, ellos se alegran en la seguridad de que ha de concluir por traer á todo el mundo protestante bajo el estandarte de Roma.

⁴² Tuberville, H., "An Abridgement of the Christian Doctrine," p. 58.

Los romanistas declaran que “la observancia del domingo por los protestantes es un homenaje que rinden, mal de su grado, á la autoridad de la iglesia (católica).”⁴⁸ La imposición de la observancia del domingo por parte de las iglesias protestantes es una imposición de la adoración del papado — de la bestia. Los que, comprendiendo las exigencias del cuarto mandamiento, prefieren observar el falso día de reposo en lugar del verdadero, rinden así homenaje á aquel poder, el único que ordenó su observancia. Pero con sólo imponer un deber religioso con ayuda del poder secular, las mismas iglesias formarían una imagen á la bestia; de aquí que la imposición de la observancia del domingo en los Estados Unidos equivaldría á imponer la adoración de la bestia y de su imagen.

Pero los cristianos de las generaciones pasadas observaron el domingo creyendo guardar así el Sábado, día de descanso bíblico; y ahora hay verdaderos cristianos en todas las iglesias, sin exceptuar la católica romana, que creen honradamente que el domingo es el día de reposo divinamente instituido. Dios acepta su sinceridad de propósito y su integridad. Pero cuando la observancia del domingo sea impuesta por la ley, y que el mundo sea ilustrado respecto á la obligación del verdadero día de descanso, entonces el que transgresare el mandamiento de Dios para obedecer un precepto que no tiene mayor autoridad que la de Roma, honrará con ello al papado por encima de Dios: rendirá homenaje á Roma y al poder que impone la institución establecida por Roma: adorará la bestia y su imagen. Cuando los hombres rechacen entonces la institución que Dios ha declarado ser el signo de su autoridad, y honren en su lugar lo que Roma ha escogido como signo de su supremacía, ellos aceptarán de hecho el signo de su sumisión á Roma — “la marca de la bestia.” Y sólo cuando la cuestión haya sido expuesta así á las claras ante los hombres, y que ellos hayan sido llamados á escoger entre los mandamientos de Dios y los mandamientos de los hombres, recibirán “la marca de la bestia” los que perseveren en la transgresión.

⁴⁸ “Plain Talk about Protestantism,” p. 213.

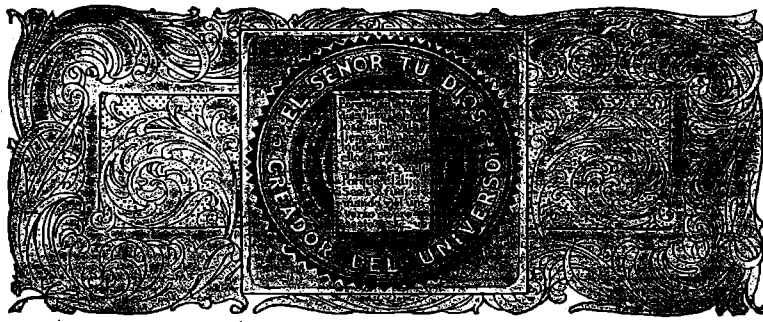
La más terrible amenaza que haya sido jamás dirigida á los mortales se encuentra contenida en el mensaje del tercer ángel. Debe ser un terrible pecado aquel que atrae la ira de Dios sin mezcla de misericordia. Los hombres no deben ser dejados en la ignorancia tocante á esta importante cuestión; la amonestación contra este pecado debe ser dada al mundo antes que los juicios de Dios caigan sobre él, para que todos sepan por qué deben consumarse, y para que tengan oportunidad para librarse de ellos. La profecía declara que el primer ángel hará su proclamación "á cada nación, y tribu, y lengua, y pueblo." El aviso del tercer ángel, que forma parte de ese triple mensaje, no será menos propagado. La profecía dice de él que será proclamado en alta voz por un ángel volando por medio del cielo; y se impondrá á la atención del mundo.

Concluída la lucha toda la cristiandad quedará dividida en dos grandes categorías: la de los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y la de los que adoran la bestia y su imagen y reciben su marca. Si bien la iglesia y el estado se unirán para obligarlos á "todos, pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos," á que tengan "la marca de la bestia," sin embargo el pueblo de Dios no la tendrá. El profeta de Patmos vió que "los que habían salido victoriosos de la prueba de la bestia, y de su imagen, y del número de su nombre, estaban sobre aquel mar de vidrio, teniendo arpas de Dios," y cantaban el cántico de Moisés y del Cordero."

⁴⁴ Apocalipsis 13:16.

⁴⁵ Apocalipsis 15:2, 3.





UNA OBRA DE REFORMA — 27

LA obra de reforma tocante al Sábado como día santificado de descanso, que debía cumplirse en los últimos días está predicha en la profecía de Isaías 56: “Así dijo Jehová: Guardad derecho, y haced justicia; porque cercana está mi salud para venir, y mi justicia para manifestarse. Bienaventurado el hombre que esto hiciere, y el hijo del hombre que tomare esto: Que guarda el Sábado de contaminarlo, y que guarda su mano de hacer todo mal.” “A los hijos de los extranjeros que se llegaran á Jehová para ministrarle, y que amaren el nombre de Jehová para ser sus siervos: todos los que guardaren el Sábado de contaminarlo, y tomaren mi concierto: Yo los llevaré al monte de mi santidad, y festejarlos he en la casa de mi oración.”¹

Estas palabras se aplican á la dispensación cristiana, como se ve por el contexto: “Dice Jehová el Señor, el que recoge los dispersos de Israel: Juntaré á él otros todavía, además de los suyos que están ya recogidos.”² Aquí está anunciada de antemano la reunión de los gentiles por medio del evangelio. Y una bendición se promete á aquellos que honren entonces el Sábado. Así que la obligación del cuarto mandamiento se extiende más acá de la crucifixión, de la resurrección y de la ascensión de Cristo, hasta el tiempo en que sus siervos prediquen á todas las naciones el mensaje de las buenas nuevas.

¹ Isaías 56:1, 2, 6, 7 (Versión Valera S. B. A.).

² Isaías 56:8.
(503)

El Señor manda por el mismo profeta: "Ata el rollo del testimonio, y sella la ley entre mis discípulos."³ El sello de la ley de Dios se encuentra en el cuarto mandamiento. Este es el único de los diez mandamientos que contiene tanto el nombre como el título del legislador. El mandamiento le declara ser el Creador del cielo y de la tierra, mostrando así el derecho que tiene para ser reverenciado y adorado sobre todos los demás. Aparte de este precepto, no hay nada en el decálogo que muestre qué autoridad fué la que promulgó la ley. Cuando el Sábado fué cambiado por el poder del papa, se le quitó el sello á la ley. Los discípulos de Jesús están llamados á restablecerlo, elevando el Sábado del cuarto mandamiento á su debido puesto como memorial del Creador y signo de su autoridad.

"¡Á la ley y al testimonio!" Mientras abundan doctrinas y teorías contradictorias, la ley de Dios es la regla infalible por la cual todas las opiniones, doctrinas y teorías deben ser probadas. El profeta dice: "Si no hablaren conforme á esta palabra, son aquellos para quienes no ha amanecido."⁴

Y otra vez, se da la orden: "¡Clama á voz en cuello, no te detengas! ¡eleva tu voz como trompeta! ¡declara á mi pueblo su transgresión, á la casa de Jacob sus pecados!" No es el mundo impío, sino aquellos á quienes el Señor designa con la expresión "mi pueblo," los que deben ser reconvenidos á causa de sus transgresiones. Dios dice además: "Y con todo, me buscan de día en día, y tienen deleite en aprender mis caminos como si fuera nación que obra justicia, y que no abandona la ley de su Dios."⁵ Aquí se nos presenta á una clase de personas que se creen justas y parecen manifestar gran interés en el servicio de Dios; pero la severa y solemne censura del Escudriñador de corazones prueba que están pisoteando los preceptos divinos.

El profeta indica como sigue la ordenanza que ha sido olvidada: "Los cimientos caídos de generación y generación levantarás; y serás llamado reparador de portillos, restaura-

³ Isaías 8:16.⁴ Isaías 8:20.⁵ Isaías 58:1, 2.

dor de calzadas para habitar. Si retrajerés del Sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y al Sábado llamas delicias, santo, glorioso de Jehová; y le venerares, no haciendo tus caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando palabra: entonces te deleitarás en Jehová.”⁶ Esta profecía se aplica también á nuestro tiempo. La brecha fué hecha en la ley de Dios cuando el Sábado fué cambiado por el poder romano. Pero ha llegado el tiempo en que esa institución divina debe ser restaurada. La brecha debe ser reparada, y levantados los cimientos de muchas generaciones.

Santificado por el descanso y la bendición del Creador, el Sábado fué guardado por Adán en su inocencia en el santo Edén; por Adán, caído pero arrepentido cuando fué arrojado de su feliz morada. Fué guardado por todos los patriarcas, desde Abel hasta el justo Noé, hasta Abraham y Jacob. Cuando el pueblo escogido estaba en la esclavitud de Egipto, muchos en medio de la idolatría imperante perdieron el conocimiento de la ley de Dios, pero cuando el Señor libró á Israel, proclamó su ley con terrible majestad á la multitud reunida para que todos conociesen su voluntad y le temiesen y obedeciesen para siempre.

Desde aquel día hasta el de hoy, el conocimiento de la ley de Dios se ha conservado en la tierra, y el Sábado del cuarto mandamiento se ha guardado. Aunque el “hombre de pecado” logró pisotear el día santo de Dios, sin embargo hasta en la época de su supremacía hubo almas fieles escondidas en lugares secretos, que le rindieron honor. Desde la Reforma, ha habido en cada generación algunas almas que han conservado su observancia. Aunque es verdad que á menudo en medio de reproches y persecuciones, no ha dejado de rendirse testimonio constante al carácter perpetuo de la ley de Dios y á la obligación sagrada del Sábado de la creación.

Estas verdades, tal cual están presentadas en Apocalipsis 14, en relación con la “buena nueva eterna,” ó sea el evangelio eterno, serán lo que distinga á la iglesia de Cristo

⁶ Isaías 58:12-14 (Versión Valera de la S. B. A.).

cuando él aparezca. Pues, como resultado del triple mensaje se anuncia que: “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús!” Y este es el último mensaje que sea dado antes de la venida del Señor. Inmediatamente después de su proclamación, el profeta vió al Hijo del hombre viniendo en gloria para recoger la cosecha de la tierra.

Los que recibieron la luz respecto al santuario y á la inmutabilidad de la ley de Dios, se llenaron de alegría y admiración al ver la belleza y armonía del conjunto de verdad que fué revelado á sus inteligencias. Desearon que la luz tan preciosa que les aparecía les fuese comunicada á todos los cristianos, y no podían menos que creer que será aceptada con alborozo. Pero las verdades que los iba á poner en desavenencia con el mundo no fueron bien venidas para muchos que profesaban ser discípulos de Cristo. La obediencia al cuarto mandamiento exigía un sacrificio ante el cual retrocedió la mayoría.

Cuando se hicieron presentes las exigencias del Sábado, muchos arguyeron desde el punto de vista mundano, diciendo: “Siempre hemos guardado el domingo, nuestros padres lo guardaron, y muchos hombres buenos y piadosos han muerto felices observándolo. Si ellos tuvieron razón, nosotros también la tenemos. La observancia de este nuevo Sábado nos haría discrepar con el mundo, y no tendríamos influencia sobre él. ¿Qué puede esperar hacer un pequeño grupo de observadores del séptimo día contra todo el mundo que guarda el domingo?” Fué con argumentos semejantes con que los judíos trataron de justificar el rechazo que hicieron de Cristo. Sus padres habían agradado á Dios presentándole la ofrenda del sacrificio, ¿por qué, pues, los hijos no alcanzarían salvación siguiendo el mismo camino? Así también, en días de Lutero, los papistas decían que cristianos verdaderos habían muerto en la fe católica, y que por consiguiente esa religión era suficiente para la salvación. Este modo de argumentar iba á resultar un verdadero obstáculo á todo progreso en la fe y en la práctica de la religión.

Muchos insistían en que la observancia del domingo había sido una doctrina establecida y una costumbre muy general de la iglesia durante muchos siglos. Contra este argumento se adujo el de que el Sábado y su observancia eran más antiguos y se habían generalizado más; que eran tan antiguos como el mismo mundo, y que llevaban en sí mismos la sanción de los ángeles y de Dios. Cuando fueron puestos los fundamentos de la tierra, cuando los astros de la mañana alababan á una, y se regocijaban todos los hijos de Dios, entonces fué puesto el fundamento del Sábado.⁷ Bien puede esta institución exigir nuestra reverencia: no fué ordenada por ninguna autoridad humana, ni descansa sobre ninguna tradición humana; fué establecida por el Anciano de días y ordenada por su Palabra eterna.

Cuando se le llamó la atención al pueblo respecto á la reforma tocante al Sábado, sus ministros torcieron la Palabra de Dios, interpretándola del modo que mejor tranquilizara los ánimos de los que buscaban la verdad. Y los que no escudriñaban las Escrituras por sí mismos se contentaron con aceptar las conclusiones que estaban en conformidad con sus deseos. Muchos trataron de echar abajo la verdad, con argumentos, sofismas, y con las tradiciones de los padres y la autoridad de la iglesia. Pero los defensores de ella fueron como arrastrados á sus Biblias para defender la validez del cuarto mandamiento. Humildes cristianos armados con sólo la Palabra de verdad, resistieron los ataques de hombres de saber, que, con sorpresa y rabia, tuvieron que convencerse de la inanidad de sus elocuentes sofismas ante los argumentos sencillos y contundentes de hombres versados en las Sagradas Escrituras más bien que en las sutilezas de las escuelas.

Á falta de testimonio bíblico á favor suyo, muchos,— olvidando que el mismo modo de argumentar había sido empleado contra Cristo y sus apóstoles,—decían con porfiado empeño: “¿Por qué nuestros prohombres no entienden esta cuestión del Sábado? Son pocos los que creen como vosotros. No cabe que vosotros tengáis razón, y que todos los hombres de saber en el mundo anden equivocados.”

⁷ Job 38:6, 7; Génesis 2:1-3.

Para refutar semejantes argumentos bastaba con citar las enseñanzas de las Santas Escrituras y la historia de las dispensaciones del Señor para con su pueblo en todas las edades. Dios obra por medio de los que oyen su voz y la obedecen, de aquellos que en caso necesario dirán verdades amargas, por medio de aquellos que no temen censurar los pecados á la moda. La razón por la cual él no escoje más á menudo á hombres de saber y de posiciones elevadas para dirigir los movimientos de reforma, es porque confían en sus credos, teorías y sistemas teológicos, y no sienten la necesidad de ser enseñados por Dios. Sólo aquellos que están en unión personal con la Fuente de la sabiduría son capaces de comprender ó de explicar las Escrituras. Los hombres poco versados en conocimientos escolásticos son llamados á veces á declarar la verdad, no porque son ignorantes, sino porque no son demasiado pagados de sí mismos para dejarse enseñar por Dios. Ellos aprenden en la escuela de Cristo, y su humildad y obediencia los hace grandes. Al concederles el conocimiento de su verdad, Dios les confiere un honor en comparación con el cual los honores terrenales y la grandeza humana son insignificantes.

La mayoría de los adventistas rechazaron las verdades relativas al santuario y á la ley de Dios, y muchos renunciaron además la fe en el movimiento adventista adoptando pareceres erróneos y contradictorios de las profecías que se aplicaban á ese movimiento. Muchos incurrieron en el error de fijar por repetidas veces una fecha precisa para la venida de Cristo. La luz que brillaba entonces respecto del asunto del santuario les habría enseñado que ningún período profético se extiende hasta el segundo advenimiento; que el tiempo exacto de este acontecimiento no está predicho. Pero, habiéndose apartado de la luz, se empeñaron en fijar fecha tras fecha para la venida del Señor, y esto tantas veces como fueron chasqueados.

Cuando la iglesia de Tesalónica adoptó falsas creencias respecto á la venida de Cristo, el apóstol Pablo aconsejó á los cristianos de dicha iglesia probaran cuidadosamente sus

esperanzas y sus deseos por la Palabra de Dios. Les citó profecías que revelaban los acontecimientos que debían realizarse antes de que Cristo viniese, y les hizo ver que no tenían razón alguna para esperarle en tiempo de ellos. “No dejéis que nadie os engañe en manera alguna,”^a son sus palabras de amonestación. Si se abandonaban á esperanzas no sancionadas por las Sagradas Escrituras, serían inducidos á una línea de conducta errónea; las contrariedades los expondrían á la mofa de los incrédulos, correrían peligro de ceder al desaliento, y estarían tentados de poner en duda las verdades esenciales para su salvación. La amonestación del apóstol á los tesalonicenses encierra una importante lección para los que viven en los últimos días. Muchos adventistas han creído que no podrían ser celosos y diligentes en la obra de la preparación, si no podían cimentar su fe en un tiempo definido para la venida del Señor. Pero como sus esperanzas no son estimuladas una y otra vez sino para ser defraudadas, su fe recibe tal golpe que es casi imposible que las grandes verdades de la profecía hagan impresión en ellos.

La proclamación de un tiempo definido para el juicio, al ser dado el primer mensaje, fué ordenada por Dios. La computación de los períodos proféticos en que se basa ese mensaje y que coloca el término de los 2300 días en el otoño de 1844 puede subsistir sin inconveniente. Los repetidos esfuerzos hechos con el objeto de encontrar nuevos datos para el principio y fin de los períodos proféticos, y los argumentos poco razonables á que había necesidad de recurrir para sostener este modo de ver, no sólo alejaron los ánimos de la verdad presente, sino que echó descrédito sobre todos los esfuerzos para explicar las profecías. Cuanto más á menudo se fije fecha para el segundo advenimiento, y cuanto más se enseñe á hacerlo, tanto más responde ello á los propósitos de Satanás. Después que el tiempo ha pasado, él despierta el ridículo y el desprecio contra sus defensores, lanzando así reproches contra el gran movimiento adventista de 1843 y 1844. Los que persisten en este error fijarán al fin una fecha de-

^a 2 Tesalonicenses 2:3.

masiado remota para la venida de Cristo. Así serán inducidos á descansar en una falsa seguridad, y muchos no se desengañosarán más que cuando sea demasiado tarde.

La historia del antiguo Israel es un ejemplo patente de la experiencia de la denominación adventista. Dios dirigió á su pueblo en el movimiento adventista, de la misma manera que sacó á los hijos de Israel fuera de Egipto. Cuando el gran desengaño, su fe fué probada como lo fué la de los hebreos cerca del Mar Rojo. Si hubiesen seguido confiados en la mano que los había guiado y que había estado con ellos durante todo su pasado, habrían visto la salvación de Dios. Si todos los que habían trabajado unidos en la obra de 1844 hubiesen recibido el mensaje del tercer ángel, y lo hubiesen proclamado en el poder del Espíritu Santo, el Señor habría actuado poderosamente por los esfuerzos de ellos. Raudales de luz habrían sido derramados sobre el mundo. Años haría que los habitantes de la tierra habrían sido avisados, la obra final se habría consumado, y Cristo habría venido para la redención de su pueblo.

No fué la voluntad de Dios que Israel peregrinase durante cuarenta años en el desierto; lo que él quería era conducirlo á la tierra de Canaán y establecerlo allí como pueblo santo y feliz. Pero “no pudieron entrar á causa de incredulidad.” Perecieron en el desierto á causa de su recaída y apostasía, y otros fueron suscitados para entrar en la tierra prometida. De la misma manera, no era la voluntad de Dios que la venida de Cristo se dilatara tanto, y que su pueblo permaneciese por tantos años en este mundo de pecado é infórtunio. Pero la incredulidad lo separó de Dios. Como se negara á hacer la obra que les había señalado, otros fueron los llamados para proclamar el mensaje. Por misericordia para con el mundo, Jesús difiere su venida para que los pecadores tengan oportunidad para oír el aviso, y encontrar en él un amparo antes de que se desate la ira de Dios.

Hogaño como antaño, la predicación de una verdad que reprueba los pecados y los errores del tiempo, ha de des-

° Hebreos 3:19.

pertar oposición. “Porque todo aquel que obra mal, odia la luz, y no viene á la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”¹⁰ Cuando los hombres ven que no pueden sostener su actitud por las Sagradas Escrituras, muchos se resuelven á sostenerlas á todo trance, y con un espíritu malévolo atacan el carácter y los motivos de los que defienden las verdades que no son populares. Es la misma política la que ha sido puesta en juego en todas las edades. Elías fué acusado de turbar á Israel, Jeremías lo fué de traidor, y S. Pablo de profanador del templo. Desde entonces hasta ahora, los que quieren ser leales á la verdad han sido denunciados como sediciosos, herejes ó cismáticos. Multitudes que tienen demasiada poca fe para aceptar la palabra segura de la profecía, aceptarán con ilimitada credulidad la acusación contra los que se atreven á reprobar los pecados de moda. Esta tendencia irá desarrollándose más y más. Y la Biblia enseña á las claras que se va acercando el tiempo en que las leyes del estado estarán en tal contradicción con la ley de Dios, que quien quiera obedecer á todos los preceptos divinos tendrá que arrostrar censuras y castigos como un malhechor.

En vista de esto, ¿cuál es el deber del mensajero de la verdad? ¿Llegará tal vez á la conclusión de que no se debe predicar la verdad, puesto que á menudo no produce otro efecto que el de empujar á los hombres á burlar ó resistir sus exigencias? No; no tiene más razón para retener el testimonio de la Palabra de Dios porque despierta oposición, que la que tuvieron los primitivos reformadores. La confesión de fe que hicieron los santos y los mártires fué como archivada en bien de las generaciones venideras. Los ejemplos vivos de santidad y de perseverante integridad han llegado hasta nosotros para inspirar valor á los llamados ahora á actuar de testigos de Dios. Recibieron gracia y verdad, no para sí solos, sino para que, por intermedio de ellos, el conocimiento de Dios iluminase la tierra. ¿Ha dado Dios luz á sus siervos en esta generación? En tal caso deberían hacerla brillar para el mundo.

¹⁰ S. Juan 3:20.

Antiguamente el Señor declaró á uno que hablaba en su nombre: “La casa de Israel empero no querrá escucharte á ti, porque no quieren escucharme á mí.” Sin embargo, dijo: “Les hablarás mis palabras, ora que oigan, ora que dejen de oír.”¹¹ Es al siervo de Dios en nuestros días á quien va dirigida esta orden: “¡Eleva tu voz como trompeta! ¡declara á mi pueblo su transgresión, á la casa de Jacob sus pecados!”

En cuanto se lo permiten sus oportunidades, cada cual que ha recibido la luz de la verdad está bajo la misma solemne y terrible responsabilidad que aquella en que estuvo el profeta de Israel, á quien fué dirigida la palabra del Señor, que decía: “Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya á la casa de Israel; por tanto, oirás de mi boca la palabra, y les amonestarás de mi parte. Cuando yo digo al inicuo: ¡Oh hombre inicuo, ciertamente morirás! si tú no hablas para amonestar al inicuo de su camino, él, siendo inicuo, en su iniquidad morirá; mas su sangre yo la demandaré de tu mano. Pero cuando tú hubieres amonestado al inicuo de su camino, para que se vuelva de él, si no se volviere de su camino, por su culpa morirá; mas tú has librado á tu alma.”¹²

El gran obstáculo que se opone á la aceptación y á la proclamación de la verdad, es la circunstancia de que ella acarrea inconvenientes y censuras. Este es el único argumento contra la verdad que sus defensores no han podido nunca refutar. Pero esto no arredra á los verdaderos siervos de Cristo. Éstos no esperan que la verdad se haga popular. Convencidos como lo están de su deber, aceptan resueltamente la cruz, confiados con el apóstol Pablo en que “nuestra ligera aflicción, que no dura sino por un momento, obra para nosotros en alto y aun más alto grado, un peso eterno de gloria;”¹³ “estimando,” con un antiguo profeta, “por mayor riqueza el vituperio de Cristo, que los tesoros de Egipto.”¹⁴

Cualquiera que sea su profesión religiosa, sólo los que son esclavos del mundo en sus corazones obran por política más bien que por principio en asuntos religiosos. Deberíamos

¹¹ Ezequiel 3:7; 2:7.

¹² Ezequiel 33:7-9.

¹³ 2 Corintios 4:17.

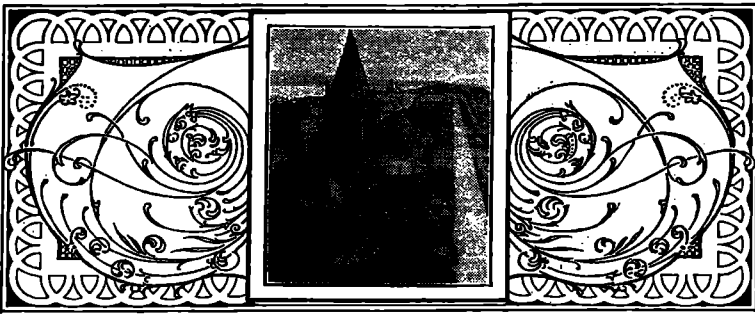
¹⁴ Hebreos 11:26.

escoger lo justo porque es justo, y dejar á Dios las consecuencias. El mundo debe sus grandes reformas á los hombres de principios, fe y arrojo. Esos son los hombres capaces de llevar adelante la obra de reforma para nuestra época.

Así dice el Señor: “¡Escuchadme, los que conocéis la justicia, pueblo, en cuyo corazón está mi ley! no temáis el vituperio de los hombres, ni os acobardéis con motivo de sus ultrajes: porque como á un vestido los consumirá la polilla, y como á lana los consumirá el gusano; mas mi justicia durará para siempre, y mi salvación de siglo en siglo.”¹⁶

¹⁶ Isaias 51:7, 8.





DESPERTAMIENTOS RELIGIOSOS MODERNOS — 28

DONDE quiera que la Palabra de Dios haya sido predicada con fidelidad, los resultados han atestiguado su divino origen. El Espíritu de Dios acompañaba el mensaje de sus siervos, y su Palabra era poderosa. Los pecadores sentían despertarse sus conciencias. La luz “que alumbra á todo hombre, que viene á este mundo,” iluminaba los lugares más recónditos de sus almas, y las obras de las tinieblas que estaban ocultas fueron puestas de manifiesto. Una profunda convicción se apoderaba de sus espíritus y corazones. Eran redargüidos de pecado, de justicia y del juicio por venir. Tenían conciencia de la justicia de Dios, y temían tener que comparecer con sus culpas é impurezas ante Aquel que escudriña los corazones. En su angustia clamaban: “¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte?” Cuando la cruz del Calvario fué manifestada con su sacrificio infinito por los pecados de los hombres, éstos vieron que sólo los méritos de Cristo bastaban para expiar sus transgresiones; esto sólo podía reconciliar al hombre con Dios. Con fe y humildad aceptaron al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Por la sangre de Jesús alcanzaron “la remisión de los pecados cometidos anteriormente.”

Estos sí que hicieron fruto digno de arrepentimiento. Creían y eran bautizados y se levantaban para andar en novedad de vida,—nuevas criaturas en Cristo Jesús; no para vivir conforme á sus antiguas concupiscencias, sino por

la fe en el Hijo de Dios, para seguir sus pisadas, para reflejar su carácter y para purificarse á sí mismos, así como él es puro. Las cosas que antes aborrecieran les gustaban entonces y lo que antes les gustara lo aborrecían luego. Los orgullosos y presumidos se volvían dulces y humildes de corazón. Los vanidosos se volvían serios y discretos. Los profanos se volvían piadosos, los borrachos sobrios y los corrompidos puros. Las vanas costumbres del mundo eran puestas á un lado. Los cristianos no buscaban “el adorno exterior de trenzar el cabello ni de traer joyas de oro, ó de vestir ropas lucidas: mas sea adornado el hombre interior del corazón, con la ropa imperecedera de un espíritu manso y sosegado, que es de gran precio delante de Dios.”¹

Los reavivamientos traían consigo un profundo recogimiento y humildad. Eran caracterizados por llamamientos solemnes y fervientes hechos á los pecadores, por aquellos que habiendo sido rescatados por la sangre de Cristo, sentían intensa compasión de ellos. Hombres y mujeres oraban y luchaban con Dios para conseguir la salvación de las almas. Los frutos de semejantes reavivamientos se echaban de ver en las almas que no vacilaban ante el desprendimiento y los sacrificios, sino que se regocijaban de ser tenidas por dignas de sufrir el desprecio y las pruebas por causa de Cristo. Se notaba una transformación en la vida de los que habían hecho profesión de seguir á Jesús. La sociedad sacó provecho de la influencia de ellos. Recogían con Cristo y sembraban para el Espíritu, á fin de cosechar la vida eterna.

Se podía decir de ellos que fueron “entristecidos para arrepentimiento.” “Porque la tristeza que es según Dios, obra el arrepentimiento para salvación de que nunca se arrepiente; mas el pesar del mundo obra la muerte. Pues, aquí, esto mismo, el que fuisteis entristecidos según Dios, ¡qué solícito cuidado obró en vosotros! mas ¡qué defensa de vosotros mismos! mas, ¡qué indignación! mas, ¡qué temor! mas, ¡qué ardiente deseo! mas, ¡qué celo! mas, ¡qué justicia vengativa! En todo os habéis mostrado puros en este asunto.”²

¹ 1 Pedro 3:3, 4.

² 2 Corintios 7:9-11.

Tal es el resultado de la acción del Espíritu de Dios. Una reforma en la vida es la única prueba segura de un verdadero arrepentimiento. Si restituye la prenda, si devuelve lo que robó, si confiesa sus pecados y ama á Dios y á sus semejantes, el pecador puede estar seguro de haber encontrado la paz con Dios. Tales eran los resultados que en otros tiempos acompañaban á los reavivamientos religiosos. Juzgados por sus frutos se sabía de ellos que eran bendecidos de Dios para la salvación de los hombres y el mejoramiento de la humanidad. Pero muchos de los reavivamientos de los tiempos modernos han presentado notable contraste con aquellas manifestaciones de la gracia divina, que en épocas anteriores acompañaban los trabajos de los siervos de Dios. Es verdad que se despierta un gran interés; que muchos se dan por convertidos y que hay un gran aumento en el número de los miembros de las iglesias; no obstante los resultados no son tales que nos autoricen para creer que haya habido un aumento correspondiente de verdadera vida espiritual. La luz que alumbra por algún tiempo se apaga pronto, dejando la obscuridad más densa que antes.

Los avivamientos populares son provocados demasiado á menudo por llamamientos á la imaginación, excitando las emociones, satisfaciendo la inclinación por lo que es nuevo. Los convertidos ganados de este modo manifiestan poco deseo de escuchar la verdad bíblica, y poco interés en el testimonio de los profetas y apóstoles. El servicio religioso, como no revista un carácter un tanto sensacional, no tiene atractivo para ellos. Un mensaje que apela á la fría razón no despierta eco alguno en ellos. No tienen en cuenta las claras amonestaciones de la Palabra de Dios que se refieren directamente á sus intereses eternos.

Para toda alma verdaderamente convertida la relación con Dios y con las cosas eternas será el gran argumento de la vida. ¿Pero dónde en las iglesias populares de nuestros días, se encuentra el espíritu de consagración á Dios? Los convertidos no renuncian á su orgullo ni al amor del mundo. No están más dispuestos á negarse á sí mismos á llevar la cruz

y á seguir al manso y humilde Jesús, que lo que estaban antes de su conversión. La religión se ha vuelto objeto de burla de los infieles y escépticos, porque tantos que hacen profesión de ella ignoran sus principios. El poder de la piedad ha desaparecido casi enteramente de muchas de las iglesias. Los paseos, las representaciones, los conciertos, los bazares, las casas elegantes, los lujosos trenes han desterrado los pensamientos de Dios. Tierras y bienes y ocupaciones mundanas llenan el espíritu, mientras que las cosas de interés eterno son apenas dignas de atención.

Á pesar del decaimiento general de la fe y de la piedad, hay en esas iglesias verdaderos discípulos de Cristo. Antes que los juicios de Dios caigan finalmente sobre la tierra, habrá entre el pueblo del Señor un avivamiento de la piedad primitiva, tal cual no se ha visto nunca desde los tiempos apostólicos. El Espíritu y el poder de Dios serán derramados sobre sus hijos. Entonces muchos se separarán de esas iglesias en las cuales el amor de este mundo ha suplantado al amor de Dios y de su Palabra. Muchos, tanto ministros como laicos, aceptarán gustosamente esas grandes verdades que Dios ha hecho proclamar en este tiempo á fin de preparar un pueblo para la segunda venida del Señor. El enemigo de las almas desea oponerse á esta obra, y antes que llegue el tiempo para que se produzca tal movimiento, tratará de impedirlo introduciendo una falsa imitación. Hará aparecer como que la bendición especial de Dios es derramada sobre las iglesias que pueda colocar bajo su poder seductor; allí se manifestará lo que se cree ser un gran interés por lo religioso. Multitudes se alegrarán de que Dios esté obrando maravillosamente á favor de ellas, mientras la obra es hecha por otro espíritu. Bajo un disfraz religioso, Satanás tratará de extender su influencia sobre el mundo cristiano.

En muchos de los despertamientos religiosos que se han realizado durante el último medio siglo se han dejado sentir, en grado más ó menos marcado, las mismas influencias, que se dejarán sentir en los más extensos movimientos en lo por venir. Hay una agitación del ánimo, mezcla de lo verdadero

con lo falso, muy apropiada para extraviar á uno. No obstante no hay necesidad de que nadie sea seducido. Á la luz de la Palabra de Dios no es difícil determinar la naturaleza de estos movimientos. Donde quiera que los hombres descuiden el testimonio de la Biblia, alejándose de esas verdades claras que sirven para probar el alma y que requieren el desprendimiento de sí mismo y del mundo, podemos estar seguros de que Dios no dispensa allí sus bendiciones. Y de atenerse á la regla que Cristo mismo ha dado: "Por sus frutos los conoceréis,"³ es evidente que estos movimientos no son obra del Espíritu de Dios.

En las verdades de su Palabra, Dios ha dado á los hombres una revelación de sí mismo, y á todos los que las aceptan les sirven de escudo contra los engaños de Satanás. Es el descuido de estas verdades el que ha abierto la puerta á los males que se están propagando ahora tanto en el mundo religioso. Se ha perdido de vista en sumo grado la naturaleza é importancia de la ley de Dios. Un concepto falso del carácter perpetuo y obligatorio de la ley divina ha hecho incurrir en errores respecto á la conversión y santificación, y ha tenido por resultado rebajar el nivel de la piedad en la iglesia. Aquí yace el secreto de la ausencia del Espíritu y poder de Dios en los despertamientos religiosos de nuestros tiempos.

Hay en las diversas denominaciones hombres eminentes por su piedad, que reconocen y deploran este hecho. El profesor Edwards A. Park, al exponer los peligros religiosos corrientes, dice acertadamente: "Una de las fuentes de peligros es el descuido de los predicadores en insistir en la ley divina. En otro tiempo el púlpito era eco de la voz de la conciencia. . . . Nuestros más ilustres predicadores daban á sus discursos una amplitud majestuosa siguiendo el ejemplo del Maestro y dando prominencia á la ley, á sus preceptos y á sus amenazas. Repetían las dos grandes máximas de que la ley es fiel trasunto de las perfecciones divinas, y de que un hombre que no tiene amor á la ley no lo tiene tampoco al evangelio, pues la ley, tanto como el evangelio, es un espejo

³ S. Mateo 7:16.

que refleja el verdadero carácter de Dios. Este peligro arrastra á otro: el de desestimar la gravedad del pecado, su extensión y su horror. El grado de culpabilidad que acarrea la desobediencia á un mandamiento es proporcionado al grado de justicia de ese mandamiento. . . .

“Á los peligros ya enumerados se une el peligro que hay en menospreciar la justicia de Dios. La tendencia del púlpito moderno consiste en separar la justicia divina de la misericordia divina, en rebajar la misericordia á un sentimiento en lugar de elevarla á la altura de un principio. El nuevo prisma teológico separa lo que Dios ha unido. ¿Es la ley divina un bien ó un mal? Es un bien. Luego la justicia es buena; pues es una disposición para dar sanción á la ley. De la costumbre de desestimar la ley y justicia divinas, el alcance y demérito de la desobediencia humana, los hombres contraen fácilmente la costumbre de desestimar la gracia que ha provisto una propiciación por el pecado.” De esta manera el evangelio pierde su valor é importancia en el concepto de los hombres, que no tardan en dejar á un lado la misma Biblia.

Muchos maestros en religión pretenden que Cristo abolió la ley por su muerte, y que los hombres desde entonces quedan libres de sus exigencias. Hay algunos que la representan como yugo enojoso, y en contraposición con la esclavitud de la ley, presentan la libertad de que se debe gozar bajo el evangelio.

Pero no es así como los profetas y los apóstoles consideraron la santa ley de Dios. David dice: “Y andaré con libertad, porque he buscado tus preceptos.”⁴ El apóstol Santiago, que escribió después de la muerte de Cristo, habla del decálogo como de la “ley real,” y de la “ley perfecta, la ley de libertad.”⁵ Y el vidente de Patmos, medio siglo después de la crucifixión, pronuncia una bendición sobre los “que lavan sus ropas, para que tengan derecho de llegar al árbol de la vida, y que puedan entrar por las puertas en la ciudad.”⁶

⁴ Salmo 119:45.

⁵ Santiago 2:8; 1:25.

⁶ Apocalipsis 22:14.

La pretensión de que Cristo abolió con su muerte la ley de su Padre no tiene fundamento. Si hubiese sido posible cambiar la ley ó abolirla, entonces Cristo no habría tenido por qué morir para salvar al hombre de la penalidad del pecado. La muerte de Cristo, lejos de abolir la ley, prueba que es inmutable. El Hijo de Dios vino para engrandecer la ley, y hacerla honorable.⁷ Él dijo: “No penséis que he venido para invalidar la ley;” “hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni un tilde pasará de la ley.”⁸ Y con respecto á sí mismo declara: “Me complaceo en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en medio de mi corazón.”⁹

La ley de Dios, por su naturaleza misma, es inmutable. Es una revelación de la voluntad y del carácter de su Autor. Dios es amor, y su ley es amor. Sus dos grandes principios son el amor á Dios y al hombre. “El amor pues es el cumplimiento de la ley.”¹⁰ El carácter de Dios es justicia y verdad; tal es la naturaleza de su ley. Dice el salmista: “Tu ley es la verdad;” “todos tus mandamientos son justos.”¹¹ Y el apóstol Pablo declara: “La ley es santa, y el mandamiento, santo y justo y bueno.”¹² Semejante ley, expresión del pensamiento y de la voluntad de Dios, debe ser tan duradera como su Autor.

Es obra de la conversión y de la santificación el reconciliar á los hombres con Dios, poniéndolos de acuerdo con los principios de su ley. Al principio el hombre fué creado á la imagen de Dios. Estaba en perfecta armonía con la naturaleza y la ley de Dios; los principios de justicia estaban grabados en su corazón. Pero el pecado lo separó de su Hacedor. Ya no reflejaba más la imagen divina. Su corazón estaba en guerra con los principios de la ley de Dios. “El ánimo carnal está enemistado contra Dios, pues no está sujeto á la ley de Dios, ni á la verdad lo puede estar.”¹³ Mas “de tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo unigénito,” á fin de que el hombre fuese reconciliado con Dios. Por los méritos de Cristo puede restablecerse la armonía

⁷ Isaías 42:21.⁸ S. Mateo 5:17, 18.⁹ Salmo 40:8.¹⁰ Romanos 13:10.¹¹ Salmo 119:142, 172.¹² Romanos 7:12.¹³ Romanos 8:7.

entre él y su Creador. Su corazón debe ser renovado por la gracia divina, debe recibir una nueva vida de lo alto. Este cambio es el nacimiento nuevo, sin el cual, dice Jesús, no se "puede ver el reino de Dios."

El primer paso hacia la reconciliación con Dios, es la convicción del pecado. "El pecado es la transgresión de la ley." "Por medio de ley es el conocimiento del pecado."¹⁴ Para reconocer su culpabilidad, el pecador debe aquilatar su carácter valiéndose de la gran regla de justicia que Dios ha dado al hombre. Es un espejo que le muestra la imagen de un carácter perfecto y justo, y que le permite discernir los defectos de su propio carácter.

La ley revela al hombre sus pecados, pero no dispone ningún remedio. Mientras promete vida al que obedece, declara que la muerte es lo que le toca al transgresor. Sólo el evangelio de Cristo puede librarle de la condenación ó de la mancha del pecado. Debe arrepentirse ante Dios cuya ley ha transgredido, y tener fe en Cristo y en su sacrificio expiatorio. Así obtiene "remisión de los pecados cometidos anteriormente," y se hace partícipe de la naturaleza divina. Es un hijo de Dios, pues ha recibido el espíritu de adopción, por el cual exclama: "¡Abba, Padre!"

¿Está entonces libre para transgredir ahora la ley de Dios? El apóstol Pablo dice: "¿Abrogamos pues la ley por medio de la fe? ¡No, por cierto! antes bien hacemos estable la ley." "Nosotros que morimos al pecado, ¿cómo podremos vivir ya en él?" Y S. Juan dice también: "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos."¹⁵ En el nacimiento nuevo el corazón viene á quedar en armonía con Dios, al estarlo con su ley. Cuando se ha efectuado este gran cambio en el pecador, entonces ha pasado de la muerte á la vida, del pecado á la santidad, de la transgresión y rebelión á la obediencia y á la lealtad. Su antigua vida de separación con Dios ha terminado; la nueva vida de reconciliación, fe y amor, ha empezado. Entonces "la justicia que exige la ley" se cum-

¹⁴ 1 Juan 3:4 (Versión Valera de la S. B. A.); Romanos 3:20.

¹⁵ Romanos 3:31; 6:2; 1 Juan 5:3.

plirá “en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu.”¹⁸ Y el lenguaje del alma será: “¡Oh cuánto amo tu ley! todo el día es ella mi meditación.”¹⁹

“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma.”²⁰ Sin la ley, los hombres no pueden formarse un justo concepto de la pureza y santidad de Dios ni de su propia culpabilidad é impureza. No tienen verdadera convicción del pecado, y no sienten necesidad de arrepentirse. Como no ven su condición perdida como violadores de la ley de Dios, no se dan cuenta tampoco de la necesidad que tienen de la sangre expiatoria de Cristo. Se acepta la esperanza de salvación sin el cambio radical del corazón ni la reforma de la vida. Así abundan las conversiones superficiales, y multitudes se unen á la iglesia sin haberse unido jamás con Cristo.

Falsas teorías sobre la santificación, debidas á que no se hizo caso de la ley divina ó á haberla rechazado, desempeñan importante papel en los movimientos religiosos de nuestros días. Esas teorías son falsas en cuanto á la doctrina y peligrosas en sus resultados prácticos, y el hecho de gozar tan general aceptación, hace doblemente necesario que todos tengan una clara comprensión de lo que las Sagradas Escrituras enseñan sobre este punto.

La doctrina de la santificación verdadera es bíblica. El apóstol Pablo, en su carta á la iglesia de Tesalónica, declara: “Ésta es la voluntad de Dios, es á saber, vuestra santificación.” Y ruega porque: “El mismo Dios de la paz os santifique del todo.”²¹ La Biblia enseña claramente lo que es la santificación, y cómo se puede alcanzarla. El Salvador oró por sus discípulos: “Santificalos con la verdad: tu Palabra es la verdad.”²² Y S. Pablo enseña que los creyentes deben ser santificados por el Espíritu Santo.²³ ¿Cuál es la obra del Espíritu Santo? Jesús dijo á sus discípulos: “Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, él os guiará al conocimiento de toda verdad.”²⁴ Y el Salmista dice: “Tu ley es la verdad.” Por la Palabra y el Espíritu de Dios quedan

¹⁸ Romanos 8:4.

¹⁹ Salmo 119:97.

²⁰ Salmo 19:7.

²¹ 1 Tesalonicenses 4:3; 5:23.

²² S. Juan 17:17, 19.

²³ Romanos 15:16.

²⁴ S. Juan 16:13.

de manifiesto ante los hombres los grandes principios de justicia encerrados en la ley divina. Y ya que la ley de Dios es "santa, justa y buena," un trasunto de la perfección divina, resulta que el carácter formado por la obediencia á esa ley será santo. Cristo es ejemplo perfecto de semejante carácter. Él dice: "He guardado los mandamientos de mi Padre." "Hago siempre las cosas que le agradan."²³ Los discípulos de Cristo han de volverse semejantes á él,—por la gracia de Dios para formar caracteres conforme á los principios de su santa ley. Esto es lo que la Biblia llama santificación.

Esta obra no se puede realizar sino por la fe en Cristo, por el poder del Espíritu de Dios que habite en el corazón. S. Pablo amonesta á los creyentes: "Llevad á cabo la obra de vuestra misma salvación con temor y temblor, porque Dios es el que obra en vosotros así el querer como el obrar lo que es de su beneplácito."²⁴ El cristiano sentirá las tentaciones del pecado, pero luchará continuamente contra él. Aquí es donde se necesita la ayuda de Cristo. La debilidad humana se une con la fuerza divina, y la fe exclama: "¡Gracias á Dios que nos da la victoria, por medio de nuestro Señor Jesu-Cristo!"²⁵

Las Santas Escrituras enseñan claramente que la obra de santificación es progresiva. Cuando el pecador encuentra en la conversión la paz con Dios por la sangre expiatoria, la vida cristiana no ha hecho más que empezar. Ahora él debe llegar "al estado de hombre perfecto;" crecer "á la medida de la estatura de la plenitud de Cristo." El apóstol S. Pablo dice: "Una sola cosa hago, y es que, olvidando las cosas que quedan atrás, y dirigiéndome hacia las que están delante, sigo corriendo presuroso hacia el blanco para premio de la vocación celestial de Dios en Cristo Jesús."²⁶ Y S. Pedro nos presenta los peldaños por los cuales se llega á la santificación de que habla la Biblia: "Poniendo en ello todo empeño, añadid á vuestra fe, el poder; y al poder, la ciencia; y á la ciencia, la templanza; y á la templanza, la paciencia; y á la paciencia, la piedad; y á la piedad, el amor

²³ S. Juan 15:10; 8:29. ²⁴ Filipenses 2:12, 13. ²⁵ 1 Corintios 15:57.

²⁶ Filipenses 3:13, 14.

fraternal; y al amor fraternal, el amor para con todos. . . .
Porque si hacéis estas cosas, no tropezaréis nunca.”²⁷

Los que hacen la experiencia de la santificación de que habla la Biblia, manifestarán un espíritu de humildad. Como Moisés, han contemplado la terrible majestad de la santidad y se dan cuenta de su propia indignidad que contrasta con la pureza y alta perfección del Dios infinito.

El profeta Daniel fué ejemplo de verdadera santificación. Su larga vida fué llena de nobles servicios para su Maestro. Era un hombre “muy amado”²⁸ en el cielo. Sin embargo en lugar de prevalerse de su pureza y santidad, este profeta tan honrado de Dios se identificó con el pueblo de Israel verdaderamente pecador, cuando intercedió cerca de Dios en favor de su pueblo: “¡No derramamos nuestros ruegos ante tu rostro á causa de nuestras justicias, sino á causa de tus grandes compasiones!” “Hemos pecado, hemos obrado impiamente.” Él declara: “Yo estaba . . . hablando, y orando, y confesando mi pecado, y el pecado de mi pueblo.” Y cuando más tarde el Hijo de Dios apareció para instruirle, Daniel declara: “Mi lozanía se me demudó en palidez de muerte, y no retuve fuerza alguna.”²⁹

Cuando Job oyó la voz del Señor de entre el torbellino, exclamó: “¡Me aborrezco á mí mismo, y me arrepiento en polvo y ceniza!”³⁰ Fué cuando Isaías contempló la gloria del Señor, y oyó á los querubines que clamaban: “Santo, santo, santo, es Jehová de los ejércitos,” cuando clamó “¡Ay de mí, pues soy perdido!”³¹ S. Pablo, después de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo y haber oído cosas que no le es dado al hombre expresar, habla de sí mismo como del “Más ínfimo de todos los santos.”³² Fué el amado Juan, que descansó en el pecho de Jesús y contempló su gloria, el que cayó como muerto á los pies del ángel.³³

No puede haber glorificación de sí mismo, ni arrogantes pretensiones de estar libre de pecado, por parte de aquellos que andan á la sombra de la cruz del Calvario. Harta cuenta

²⁷ 2 Pedro 1:5-10. ²⁸ Daniel 10:11. ²⁹ Daniel 9:18, 15, 20; 10:8.

³⁰ Job 42:6.

³¹ Isaías 6:3, 5.

³² 2 Corintios 12:2-4; Efesios 3:8. ³³ Apocalipsis 1:17.

se dan de que fueron sus pecados los que causaron la agonía y destrozaron el corazón del Hijo de Dios, y este pensamiento les inspira una profunda humildad. Los que viven más cerca de Jesús son también los que mejor ven la fragilidad y culpabilidad de la humanidad, y su sola esperanza se cifra en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado.

La santificación, tal cual la entiende ahora el mundo religioso en general, lleva en sí misma un germen de orgullo espiritual y de menosprecio de la ley de Dios que nos la presenta como del todo agena á la religión de la Biblia. Sus defensores enseñan que la santificación es una obra instantánea, por la cual, con solo la fe, alcanzan perfecta santidad. "Creed nada más," dicen, "y la bendición es vuestra." No se supone que se necesite mayor esfuerzo de parte del que recibe la bendición. Al mismo tiempo niegan la autoridad de la ley de Dios, afirmando que están dispensados de la obligación de guardar los mandamientos. ¿Pero será acaso posible que los hombres sean santos, conforme á la voluntad y al modo de ser de Dios, sin ponerse en armonía con los principios que son expresión de su naturaleza y voluntad, y que enseñan lo que le es agradable?

El deseo de llevar una religión fácil, que no exija luchas, ni desprendimiento, ni ruptura con las locuras del mundo, ha hecho popular la doctrina de la fe, y de la fe sola; ¿pero qué dice la Palabra de Dios? El apóstol Santiago dice: "¿Qué aprovecha, hermanos míos, si alguno dice que tiene fe, mas no tiene obras! ¿Acaso la tal fe puede salvarlo? . . . ¿Mas quieres saber, oh hombre vano, que la fe sin obras es ociosa? ¿Por ventura nuestro padre Abraham no fué justificado por obras, cuando ofreció á su hijo sobre el altar? Ya ves que la fe obraba juntamente con sus obras, y por las obras la fe fué hecha perfecta. . . . Veis pues que por obras es justificado el hombre, y no por fe solamente." ²⁴

El testimonio de la Palabra de Dios se opone á esta doctrina seductora de la fe sin obras. No es fe pretender el favor del cielo sin cumplir las condiciones necesarias para que la gracia sea concedida. Es presunción, pues la fe ver-

²⁴ Santiago 2:14-24.

dadera se funda en las promesas y disposiciones de las Sagradas Escrituras.

Que nadie se engañe á sí mismo creyendo que pueda volverse santo violando premeditadamente uno de los preceptos divinos. Un pecado cometido deliberadamente acalla la voz testificativa del Espíritu y separa al alma de Dios. “El pecado es la transgresión de la ley.” Y “todo aquel que peca (transgresa la ley), no le ha visto, ni le ha conocido.”⁸⁵ Aunque S. Juan habla tan á menudo del amor en sus epístolas, sin embargo no vacila en poner de manifiesto el verdadero carácter de esa clase de personas que pretenden ser santificadas sin dejar de seguir transgrediendo la ley de Dios. “El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, es mentiroso, y no hay verdad en él: mas el que guarda su Palabra, en este tal se ha perfeccionado el amor de Dios.”⁸⁶ Ésta es la piedra de toque de toda profesión de fe. No podemos reconocer como santo á ningún hombre sin haberlo comparado primero con la sola regla de santidad que Dios haya dado en el cielo y en la tierra. Si los hombres no sienten el peso de la ley moral, si empuerqueñecen y dan de barato los preceptos de Dios, si violan el menor de estos mandamientos, y así enseñan á los hombres, no serán estimados ante el cielo, y podemos estar seguros de que sus pretensiones no tienen fundamento alguno.

Y la pretensión de estar sin pecado constituye por sí sola la prueba de que el que tal pretende dista mucho de ser santo. Es porque no tiene un verdadero concepto de lo que es la pureza y santidad infinita de Dios, ni de lo que deben ser los que han de armonizarse con su carácter; es porque no tiene verdadero concepto de la pureza y perfección supremas de Jesús ni de la maldad y horror del pecado, por lo que el hombre puede creerse santo. Cuanto mayor es la distancia entre él y Cristo, y más falso su concepto del carácter y de las exigencias divinas, tanto más justo se cree en sus propios ojos.

La santificación expuesta en las Santas Escrituras abarca

⁸⁵ 1 Juan 3:6.

⁸⁶ 1 Juan 2:4, 5.

todo el ser — espíritu, cuerpo y alma. S. Pablo oraba por los tesalonicenses, á fin de que su “ser entero, espíritu y alma y cuerpo” fuese “guardado y presentado irreprochable en el advenimiento de nuestro Señor Jesu-Cristo.”⁸⁷ Y vuelve á escribir á los creyentes: “Ruégooos pues, hermanos, por las compasiones de Dios, que le presentéis vuestros cuerpos, como sacrificio vivo, santo, acepto á Dios.”⁸⁸ En tiempos del antiguo Israel, cada ofrenda que se traía á Dios era cuidadosamente examinada. Si se descubría un defecto cualquiera en el animal presentado, se le rechazaba, pues Dios había mandado que las ofrendas fuesen “sin mancha.”

Por eso se exige que los cristianos presenten sus cuerpos en “sacrificio vivo, santo, acepto á Dios.” Para conseguirlo, todas sus facultades deben conservarse en la mejor condición posible. Toda costumbre que tienda á debilitar la fuerza física ó mental incapacita al hombre para el servicio de su Creador. ¿Y se complacerá Dios con menos de lo mejor que podemos ofrecerle? Cristo dijo: “Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón.” Los que aman á Dios de todo corazón desearán darle lo mejor de sus vidas y tratarán siempre de poner todas las facultades de su ser en armonía con las leyes que aumentarán su aptitud para hacer su voluntad. No debilitarán ni mancharán la ofrenda que presentan á su Padre celestial abandonándose á sus apetitos ó pasiones.

S. Pedro dice: “Os ruego . . . que os abstengáis de las concupiscencias carnales, las cuales guerrean contra el alma.”⁸⁹ Toda concesión hecha al pecado tiende á entorpecer las facultades y á destruir el poder de percepción mental y espiritual, haciendo que la Palabra ó el Espíritu de Dios no puedan impresionar sino débilmente el corazón. S. Pablo escribe á los Corintios: “Limpiémonos de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.”⁹⁰ Y entre los frutos del Espíritu — “amor, gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre,” — clasifica la “templanza.”⁹¹

⁸⁷ 1 Tesalonicenses 5:23.

⁸⁸ Romanos 12:1.

⁸⁹ 1 Pedro 2:11.

⁹⁰ 2 Corintios 7:1.

⁹¹ Gálatas 5:22, 23.

Á pesar de estas inspiradas declaraciones, ¡cuántos cristianos de profesión que están debilitando sus facultades en la persecución de ganancias ó en el culto á la moda; cuántos que están envileciendo en ellos la imagen de Dios, con la glotonería, las bebidas espirituosas, los placeres ilícitos! Y la iglesia, en lugar de reprimir el mal, demasiado á menudo lo fomenta, apelando á los apetitos, al amor del lucro y de los placeres para llenar su tesoro, que el amor á Cristo es demasiado débil para colmar. Si Jesús entrase en las iglesias de nuestros días, y viese los festejos y el tráfico impío que se practica en nombre de la religión, ¿no arrojaría acaso á esos profanadores, como arrojó del templo á los cambiadores de moneda?

El apóstol Santiago declara que la sabiduría que desciende de arriba es “primeramente pura.” Si se hubiese encontrado con aquellos que pronuncian el precioso nombre de Jesús con labios viciados por el tabaco, con aquellos cuyo aliento y persona están contaminados por tan fétidos olores, y que infestan el aire del cielo y obligan á todos los que les rodean á aspirar el veneno,—si el apóstol hubiese entrado en contacto con un hábito tan opuesto á la pureza del evangelio, ¿no lo habría acaso estigmatizado como, “terreno, animal, diabólico”? Los esclavos del tabaco, pretendiendo gozar de las bendiciones de la santificación completa, hablan de su esperanza de ir á la gloria; pero la Palabra de Dios declara positivamente que “no entrará jamás en ella ninguna cosa inmunda.”⁴²

“¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en vosotros, el cual tenéis de Dios? Y no sois dueños de vosotros mismos; porque fuisteis comprados á gran precio; glorificad pues á Dios con vuestro cuerpo.”⁴³ Aquel cuyo cuerpo es el templo del Espíritu Santo no se dejará esclavizar por ningún hábito pernicioso. Sus facultades pertenecen á Cristo, que le ha comprado con precio de sangre. Sus bienes son del Señor. ¿Cómo podría quedar sin culpa dilapidando el capital que le ha sido confiado? Hay cristianos de profesión que gastan al año ingentes can-

⁴² Apocalipsis 21:27.

⁴³ 1 Corintios 6:19, 20.

tidades en goces inútiles y perniciosos, mientras las almas perecen por falta de palabra de vida. Se le roba á Dios en diezmos y ofrendas, mientras ellos consumen en aras de la pasión destructora más de lo que dan para socorrer á los pobres ó para el sostenimiento del evangelio. Si todos los que hacen profesión de seguir á Cristo estuviesen verdaderamente santificados, en lugar de gastar sus recursos en placeres inútiles y hasta perjudiciales, los invertirían en el tesoro del Señor, y los cristianos darían un ejemplo de temperancia, abnegación y sacrificio de sí mismos. Serían entonces la luz del mundo.

El mundo es completamente indulgente consigo mismo. “La concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la vanagloria de la vida” son las que gobiernan las masas del pueblo. Pero los discípulos de Cristo son llamados á una vida más santa. “¡Salid de en medio de ellos y separaos, dice el Señor, y no toquéis á cosa inmunda!” Á la luz de la Palabra de Dios estamos autorizados á declarar que la santificación que no produce este completo desprendimiento de los deseos pecaminosos y placeres del mundo, no puede ser verdadera.

Á aquellos que cumplen con las condiciones: “Salid de en medio de ellos y separaos, . . . y no toquéis á cosa inmunda,” se refiere la promesa de Dios: “Yo os recibiré, y seré vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor Todopoderoso.”⁴² Es privilegio y deber de todo cristiano tener grande y bendita experiencia de las cosas de Dios. “Yo soy la luz del mundo,” dice Jesús. “El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”⁴³ “La senda de los justos es como la luz de la aurora, la que se va aumentando en resplandor hasta el día perfecto.”⁴⁴ Cada paso que se da en fe y obediencia pone al alma en relación más íntima con la luz del mundo, en quien “no hay obscuridad ninguna.” Los rayos luminosos del Sol de Justicia brillan sobre los siervos de Dios, y éstos deben reflejarlos. Así como las estrellas nos hablan de una gran

⁴² 2 Corintios 6:17, 18. ⁴³ S. Juan 8:12. ⁴⁴ Proverbios 4:18.

luz en el cielo, con cuya gloria resplandecen, así también los cristianos deben mostrar que hay en el trono del universo un Dios cuyo ser es digno de alabanza é imitación. La gracia de su Espíritu, su pureza y santidad, se manifestarán en sus testigos.

S. Pablo, en su carta á los Colosenses, enumera las abundantes bendiciones concedidas á los hijos de Dios. “No cesamos,” dice, “de rogar á Dios, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad, en toda sabiduría é inteligencia espiritual; andando como es digno del Señor, á fin de que le agradéis en todo, produciendo fruto en todo género de obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios: fortalecidos con toda fortaleza, conforme á su glorioso poder, para toda paciencia y longanimidad con regocijo.”⁴⁷

Escribe además respecto á su deseo de que los hermanos de Éfeso logren comprender la grandeza de los privilegios del cristiano. Les expone en el lenguaje más claro el maravilloso conocimiento y poder que pueden poseer como hijos é hijas del Altísimo. De ellos estaba el que fueran “fortalecidos con poder, por medio de su Espíritu, en el hombre interior,” y “arraigados y cimentados en amor,” para poder “comprender, con todos los santos, cuál sea la anchura, y la longitud, y la altura y la profundidad — y conocer el amor de Cristo, que sobrepuja el conocimiento.” Pero la oración del apóstol alcanza al apogeo del privilegio cuando ora para que sean “llenos de ello, hasta la medida de toda la plenitud de Dios.”⁴⁸

Aquí están puestas de manifiesto las alturas de la perfección que podemos alcanzar por la fe en las promesas de nuestro Padre celestial, cuando cumplimos con lo que él requiere de nosotros. Por los méritos de Cristo tenemos acceso al trono del poder infinito. “El que ni aún á su propio Hijo le perdonó, sino que le entregó á causa de todos nosotros, ¿cómo también no nos ha de dar gratuitamente todas las cosas juntamente con él?”⁴⁹ El Padre dió á su Hijo su Espíritu sin medida, y nosotros podemos participar también de

⁴⁷ Colosenses 1:9-11.

⁴⁸ Efesios 3:16-19.

⁴⁹ Romanos 8:32.

su plenitud. Jesús dice: "Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo á los que se lo piden?"⁸⁰ "Si pidiereis algo en mi nombre, yo lo haré." "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo."⁸¹

Si bien la vida del cristiano ha de ser caracterizada por la humildad, no debe señalarse por la tristeza y la denigración de sí mismo. Todos tienen el privilegio de vivir de manera que Dios les apruebe y bendiga. No es la voluntad de nuestro Padre celestial que estemos siempre en condenación y tinieblas. Marchar con la cabeza baja y el corazón lleno de pensamientos en uno mismo no es prueba de verdadera humildad. Podemos acudir á Jesús y ser purificados, y permanecer ante la ley sin vergüenza ni remordimientos. "No hay pues ahora condenación alguna para los que están en Cristo Jesús," los que no andan conforme á la carne, sino conforme al Espíritu.⁸²

Por medio de Jesús, los hijos caídos de Adán son hechos "hijos de Dios." "Porque tanto el que santifica, como los que son santificados, de una misma naturaleza son; por cuya causa no se avergüenza de llamarlos hermanos."⁸³ La vida del cristiano debe ser una vida de fe, de victoria y de gozo en Dios. "Todo aquel que es engendrado de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que vence al mundo, es á saber, nuestra fe."⁸⁴ Con razón dijo Nehemías, el siervo de Dios, "El gozo de Jehová os da esfuerzo."⁸⁵ Y también S. Pablo: "¡Regocijaos en el Señor siempre! otra vez lo diré: ¡Regocijaos!" "Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. En todo dad gracias á Dios; porque ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús respecto de vosotros."⁸⁶

Tales son los frutos de la conversión y de la santificación según la Biblia; y es porque el mundo cristiano mira con tanta indiferencia los grandes principios de justicia, expuestos en la Palabra de Dios, por lo que se ven tan raramente estos frutos. Esta es la razón por la que se ve tan poco de

⁸⁰ S. Lucas 11:13.⁸¹ S. Juan 14:14; 16:24.⁸² Romanos 8:1.⁸³ Hebreos 2:11.⁸⁴ 1 Juan 5:4.⁸⁵ Nehemías 8:10.⁸⁶ Filipenses 4:4; 1 Tesalonicenses 5:16-18.

esa obra profunda y duradera del Espíritu de Dios, y que caracterizaba los reavivamientos en tiempos pasados.

Es por medio de la contemplación por la que nos cambiamos. Y como descuidamos esos sagrados preceptos en los cuales Dios ha revelado á los hombres su perfección y santidad, y que el espíritu del pueblo se deja atraer por las enseñanzas y teorías humanas, nada tiene de extraño que haya resultado un enfriamiento de la piedad viva en la iglesia. El Señor dice: “A mí me han dejado, fuente de aguas vivas, labrando á pico para síaljibes rajados, que no pueden retener las aguas.”⁸⁷

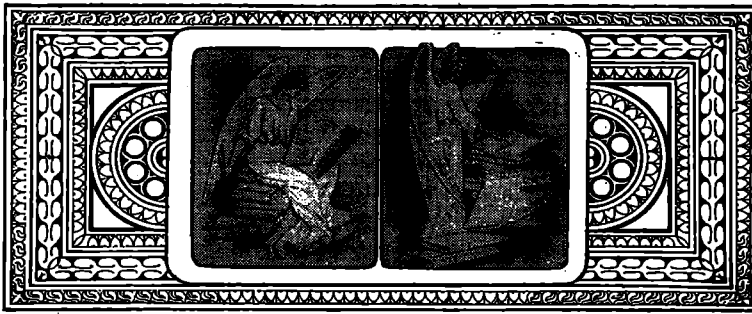
“Bienaventurado el hombre, que no anda en el consejo de los inicuos, . . . sino que en la ley de Jehová está su deleite, y en su ley medita de día y de noche. Y será como el árbol plantado junto á las corrientes de las aguas, que da su fruto en su tiempo; su hoja también no se marchita; y cuanto él hiciere prosperará.”⁸⁸ Sólo en la medida en que la ley de Dios sea repuesta en el lugar que le corresponde habrá un avivamiento de la piedad y fe primitivas entre los que profesan ser su pueblo. “Así dice Jehová: ¡Deteneos en medio de los caminos, y mirad; y preguntad cuáles sean las sendas antiguas, y dónde está el camino bueno; y andad en él; y hallaréis descanso para vuestras almas!”⁸⁹

⁸⁷ Jeremías 2:13.

⁸⁸ Salmo 1:1-3.

⁸⁹ Jeremías 6:16.





EL JUICIO INVESTIGADOR—29

“YO ESTABA mirando,” dice el profeta Daniel, “hasta que fueron puestos tronos; y el Anciano de días se sentó, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana purísima; de llamas de fuego era su trono, y las ruedas de éste un fuego abrasador. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares ministraban delante de él, y millones de millones en su presencia se levantaban; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.”¹

Así se presentó á la visión del profeta el día grande y solemne en que los caracteres y vidas de los hombres habrán de ser revistados ante el Juez de toda la tierra, y en que á todos los hombres se les dará “conforme á sus obras.” El Anciano de días es Dios, el Padre. El Salmista dice: “¡Antes que naciesen las montañas, ó tú produjeras la tierra y el mundo, y desde la eternidad hasta la eternidad, tú eres Dios!”² Él es Autor de todo ser y Autor de toda ley, Él es quien debe presidir en el juicio. Y “millares y millares . . . y millones de millones” de santos ángeles, como ministros y testigos, están presentes en este gran tribunal.

“Y he aquí qué sobre las nubes del cielo venía Uno parecido á un hijo de hombre; y vino el anciano de días, y le trajeron delante de él. Y fuéle dado el dominio, y la gloria, y el reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirviesen: su dominio es un dominio eterno, que jamás pasará, y su reino el que nunca será destruído.”³ La venida de Cristo

¹ Daniel 7:9, 10.

² Daniel 7:13, 14.

³ Salmo 90:2.

descrita aquí no es su segunda venida á la tierra. Él viene hacia el Anciano de días en el cielo para recibir el dominio y la gloria, y un reino, que le será dado á la conclusión de su obra de mediador. Es esta venida y no su segundo advenimiento á la tierra, la que la profecía predijo que había de realizarse al fin de los 2300 días, en 1844. Acompañado por ángeles celestiales, nuestro gran Sumo Sacerdote entra en el lugar santísimo, y allí le vemos ante la presencia de Dios para dar principio á los últimos actos de su ministerio en beneficio del hombre,—para realizar el juicio y para hacer expiación por todos aquellos que resulten tener derecho á ella.

En el rito típico, sólo aquellos que se habían presentado ante Dios confesando sus pecados y arrepentidos, y cuyas iniquidades, eran llevadas al santuario por medio de la sangre del holocausto, tenían participación en el servicio del día de la expiación. Así en el gran día de la expiación final y del juicio, los únicos casos que serán tomados en cuenta serán los que hayan profesado ser el pueblo de Dios. El juicio de los impíos es obra distinta y se verificará en fecha posterior. “Que comience el juicio desde la casa de Dios: y si comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que no obedecen el evangelio?”⁴

Los libros del cielo, en los cuales están consignados los nombres y los actos de los hombres, determinarán los fallos del juicio. El profeta Daniel dice: “El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos.” S. Juan, describiendo la misma escena en el Apocalipsis, agrega: “Abrióse también otro libro, que es el libro de la vida: y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras.”⁵

El libro de la vida contiene los nombres de todos los que han entrado en el servicio de Dios. Jesús dijo á sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo.”⁶ S. Pablo habla de sus fieles compañeros de trabajo, “cuyos nombres están en el libro de la vida.” Daniel, vislumbrando ya un “tiempo de angustia cual nunca ha

⁴ 1 Pedro 4:17.⁵ Apocalipsis 20:12.
⁷ Filipenses 4:3.⁶ S. Lucas 10:20.

sido," declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, "todos los que fueren hallados escritos en el libro."⁸ Y S. Juan dice en el Apocalipsis, que sólo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres "están escritos en el libro de la vida del Cordero."⁹

"Un libro de memoria" está escrito ante Dios, en el cual quedan consignadas las buenas obras de "los que temen á Jehová, y de los que piensan en su nombre."¹⁰ Sus palabras de fe, sus actos de amor, están registrados en el cielo. Á esto se refiere Nehemías cuando dice: "¡Acuérdate de mí, oh Dios mío, . . . y no borres mis obras piadosas que he hecho por la casa de mi Dios!"¹¹ En el "libro de memoria" de Dios todo acto de justicia está inmortalizado. Toda tentación resistida, todo pecado vencido, toda palabra de tierna compasión, están fielmente consignados, y apuntados también todo acto de sacrificio, todo padecimiento y todo pesar sufridos por causa de Cristo. El Salmista dice: "Tú cuentas los pasos de mi vida errante: pon mis lágrimas en tu redoma: ¿no están en tu libro?"¹²

Hay además un registro en que figuran los pecados de los hombres. "Pues que Dios traerá toda obra á juicio juntamente con toda cosa encubierta, sea buena ó sea mala."¹³ "De toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta en el día del juicio." Dice el Salvador: "Por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado."¹⁴ Los propósitos y motivos secretos aparecen en el registro infalible, pues Dios "sacará á luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones."¹⁵ "He aquí que esto está escrito delante de mí: . . . vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres juntamente, dice Jehová."¹⁶

La obra de cada uno pasa bajo la mirada de Dios, y es registrada é imputada ya como señal de fidelidad ya de infidelidad. Frente á cada nombre en los libros del cielo, aparecen, con terrible exactitud, cada mala palabra, cada

⁸ Daniel 12:1.

⁹ Apocalipsis 21:27.

¹⁰ Malaquías 3:16.

¹¹ Nehemías 13:14.

¹² Salmo 56:8.

¹³ Eclesiastés 12:14.

¹⁴ S. Mateo 12:36, 37.

¹⁵ 1 Corintios 4:5.

¹⁶ Isaías 65:6, 7.

acto egoísta, cada deber descuidado, y cada pecado secreto con todas las tretas arteras. Las admoniciones ó reconvenciones divinas despreciadas, los momentos perdidos, las oportunidades desperdiciadas, la influencia ejercida para bien ó para mal con sus resultados de lata resonancia, todo está registrado por el ángel anotador.

La ley de Dios es la regla por la cual los caracteres y las vidas de los hombres serán probados en el juicio. Salomón dice: "Teme á Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es la suma del deber humano. Pues que Dios traerá toda obra á juicio."¹⁷ El apóstol Santiago amonesta á sus hermanos diciéndoles: "Así hablad pues, así obrad, como hombres que van á ser juzgados por la ley de libertad."¹⁸

Los que en el juicio "serán tenidos por dignos," tendrán parte en la resurrección de los justos. Jesús dijo: "Los que serán tenidos por dignos de alcanzar aquel siglo venidero, y la resurrección de entre los muertos, . . . son iguales á los ángeles, y son hijos de Dios, siendo los hijos de la resurrección."¹⁹ Y además declara que "los que han hecho bien" saldrán "para resurrección de vida."²⁰ Los justos ya muertos no serán resucitados más que después del juicio en el cual habrán sido juzgados dignos de la "resurrección de vida." No estarán pues presentes en persona ante el tribunal cuando sus registros serán examinados y sus causas falladas.

Jesús aparecerá como el abogado de ellos, para alegar á su favor ante Dios. "Si alguno pecare, Abogado tenemos para con el Padre, á saber Jesu-Cristo el Justo."²¹ "Porque no entró Cristo en un lugar santo hecho de mano, que es una mera representación del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios por nosotros." "Por lo cual también puede salvar hasta lo sumo á los que se acercan á Dios por medio de él, viviendo siempre para interceder por ellos."²²

Á medida que los libros de memoria se vayan abriendo en el juicio, las vidas de todos los que hayan creído en Jesús

¹⁷ *Eclesiastés* 12:13, 14. ¹⁸ *Santiago* 2:12.

²⁰ *S. Juan* 5:29.

²¹ *1 Juan* 2:1.

¹⁹ *S. Lucas* 20:35, 36.

²² *Hebreos* 9:24; 7:25.

pasan ante Dios para ser examinadas por él. Empezando con los que vivieron los primeros en la tierra, nuestro Abogado presenta los casos de cada generación sucesiva y termina con los vivos. Cada nombre es mencionado, cada caso cuidadosamente investigado. Habrá nombres que serán aceptados, y otros rechazados. En caso de que alguien tenga en los libros de memoria pecados de que no se hayan arrepentido y que no hayan sido perdonados, su nombre será borrado del libro de la vida, y el de sus buenas obras será borrado de los registros de Dios. El Señor declaró á Moisés: "Al que haya pecado contra mí, á éste borraré de mi libro."²³ Y el profeta Ezequiel dice: "Si el justo se volviere de su justicia, y cometiére la iniquidad, . . . ninguna de sus justicias que ha hecho será traída en memoria."²⁴

Á todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y que hayan aceptado con fe la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón al lado de sus nombres en los libros del cielo; como se han vuelto partícipes de la justicia de Cristo, y se reconoce que sus caracteres resultan en armonía con la ley de Dios, sus pecados les serán borrados, y ellos mismos serán juzgados dignos de la vida eterna. El Señor declara por el profeta Isaías: "Yo, yo soy aquel que borro tus transgresiones á causa de mí mismo, y no me acordaré más de tus pecados."²⁵ Jesús dijo: "El que venciere, será así revestido de ropas blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, sino confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus santos ángeles." "Á todo aquel que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. Pero á cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos."²⁶

Todo el más profundo interés manifestado entre los hombres por los fallos de los tribunales terrenales no representa sino débilmente el interés manifestado en las cortes celes-

²³ Éxodo 32:33.²⁴ Ezequiel 18:24.²⁵ Isaías 43:25.²⁶ Apocalipsis 3:5; S. Mateo 10:32, 33.

tiales cuando los nombres inscritos en el libro de la vida desfilen ante el Juez de toda la tierra. El divino Intercesor aboga por que á todos los que han vencido por la fe en su sangre se les perdonen sus transgresiones, á fin de que sean restablecidos en su morada edénica y coronados con él coherederos del "dominio anterior."²⁷ Satanás, en sus esfuerzos para engañar y tentar á nuestra raza, había pensado en frustrar el plan que Dios tenía al crear al hombre, pero Cristo pide ahora que este plan sea llevado á cabo como si el hombre no hubiese caído jamás. Él pide para su pueblo, no sólo el perdón y la justificación, plenos y completos, sino además participación en su gloria y un asiento en su trono.

Mientras Jesús intercede por los que participan de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El gran seductor ha tratado de arrastrarlos al escepticismo, á fin de hacerles perder la confianza en Dios, y de que se separen de su amor y transgreden su ley. Ahora él señala el libro de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza con Cristo, lo que ha deshonrado á su Redentor, todos los pecados que les ha inducido á cometer, y á causa de éstos él los reclama como sus súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe, y, reclamado el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: "Los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis manos. 'Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; ¡el corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no lo despreciarás!' "²⁸ Y al acusador de su pueblo le dice: "¡Jehová te reprenda, oh Satanás! ¡sí, repréndate Jehová, el que escoge á Jerusalén! ¡no es éste un tizón arrebatado de en medio del fuego?" "²⁹ Cristo revestirá á sus fieles con su propia justicia, para presentarlos á su Padre como una "Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante."³⁰ Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estos escogidos está escrito: "Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos."³¹

²⁷ Miqueas 4:8.²⁸ Salmo 51:17.²⁹ Zacarías 3:2.³⁰ Efesios 5:27.³¹ Apocalipsis 3:4.

Así se cumplirá de un modo completo la promesa del nuevo pacto: "Perdonaré su iniquidad, y no me acordaré más de sus pecados." "En aquellos días y en ese tiempo, dice Jehová, será buscada la iniquidad de Israel, y no la habrá, y los pecados de Judá, más no podrán ser hallados."⁸² "En aquel día el Vástago de Jehová será espléndido y glorioso, y el fruto de la tierra excelente y hermoso para los escapados de Israel. Y será que los que fueren dejados en Sión, y los que quedaren en Jerusalén serán llamados santos; es decir, todo aquel que está inscrito para la vida en Jerusalén."⁸³

La obra del juicio y el acto de borrar los pecados deben realizarse antes del segundo advenimiento del Señor. Toda vez que los muertos han de ser juzgados según las cosas escritas en los libros, es imposible que los pecados de los hombres sean borrados antes del fin del juicio en que sus vidas deben ser examinadas. Pero el apóstol Pedro dice terminantemente que los pecados de los creyentes serán borrados "cuando vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor; y para que él envíe á . . . Jesús."⁸⁴ Cuando el juicio investigador haya concluído, Cristo vendrá, y su recompensa está con él para dar á cada cual según sus obras.

En el servicio ritual típico el Sumo Sacerdote, hecha la propiciación por Israel, salía y bendecía á la congregación. Así también Cristo, al fin de su obra de mediador aparecerá "sin pecado . . . para la salvación"⁸⁵ para bendecir con el don de la vida eterna á su pueblo que le espera. Así como el sacerdote al quitar los pecados del santuario, los confesaba sobre la cabeza del macho cabrío emisario, así también Cristo colocará todos estos pecados sobre Satanás, autor é instigador del pecado. El macho cabrío emisario, que cargaba con los pecados de Israel, era enviado "á tierra inhabitada:"⁸⁶ así también Satanás, cargado con la responsabilidad de todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios, será confinado durante mil años en la tierra entonces desolada y sin habitantes, y sufrirá finalmente la entera penalidad del

⁸² Jeremías 31:34; 50: 20.⁸³ Isafas 4:2, 3.⁸⁴ Hechos 3:19, 20.⁸⁵ Hebreos 9:28.⁸⁶ Levítico 16:22.

pecado en el fuego que destruirá á todos los impíos. Así el gran plan de la redención alcanzará su cumplimiento en la extirpación final del pecado y la liberación de todos los que han estado dispuestos á renunciar al mal.

Fué en el tiempo señalado para el juicio — al fin de los 2300 días, en 1844 — cuando empezó la obra de investigación y el acto de borrar los pecados. Todos los que han tomado el nombre de Cristo deben pasar por tan riguroso examen. Tanto los vivos como los muertos deben ser juzgados “de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras.”

Los pecados que no hayan inspirado arrepentimiento y que no hayan sido abandonados, no serán perdonados ni borrados de los libros de memoria, sino que permanecerán como testimonio contra el pecador en el día de Dios. Puede el pecador haber cometido sus malas acciones á la luz del día ó en la obscuridad de la noche; siempre quedaban descubiertas y de manifiesto ante Aquel á quien tenemos que dar cuenta de todo. Hubo siempre ángeles de Dios que fueron testigos de cada pecado, y que lo registraron en los libros infalibles. El pecado puede ser ocultado, negado, encubierto por un padre, una madre, una espósa, por los niños y los amigos; nadie, fuera de los mismos culpables tendrá tal vez la más mínima sospecha del mal; no dejará por eso de quedar al descubierto ante las inteligencias del cielo. La obscuridad de la noche más sombría, el misterio de todas las artes engañosas, no alcanzan á velar un solo pensamiento al conocimiento del Eterno. Dios lleva un registro exacto de todo acto injusto é ilícito. No se deja engañar por una apariencia de piedad. No se equivoca en su apreciación del carácter. Los hombres pueden ser engañados por entes de corazón corrompido, pero Dios penetra todos los disfraces y lee la vida interior.

¡Qué pensamiento tan solemne! Cada día que transcurre lleva consigo su caudal de apuntes para los libros del cielo. Una palabra pronunciada, un acto cometido, no pueden ser jamás retirados. Los ángeles han tomado nota tanto de lo bueno como de lo malo. El más poderoso conquistador en

el mundo no puede revocar el registro de un solo día siquiera. Nuestros actos, nuestras palabras, hasta nuestros más secretos motivos, todo tiene su peso en la decisión de nuestro destino para dicha ó desdicha. Podremos olvidarlos, pero no por eso dejarán de actuar de testigos en favor ó en contra nuestra.

Así como los rasgos de la fisonomía son reproducidos con minuciosa exactitud sobre la pulida placa del artista, así también está el carácter fielmente delineado en los libros del cielo. No obstante ¡cuán poca preocupación se siente respecto á ese registro que debe ser confrontado por los seres celestiales! Si se pudiese descorrer el velo que oculta el mundo invisible al mundo visible, y que los hijos de los hombres pudiesen ver á un ángel apuntar cada palabra y cada acto que volverán á encontrar en el día del juicio, ¡cuántas palabras de las que se pronuncian cada día no se dejarían de pronunciar; cuántos actos que se dejarían sin realizar!

En el día del juicio, se examinará el empleo que se haya hecho de cada talento. ¿Cómo hemos empleado el capital que el cielo nos concediera? Á su venida ¿recibirá el Señor lo que es suyo con interés? ¿Hemos perfeccionado las facultades que nos fueran confiadas á nuestras manos, á nuestros corazones y á nuestros cerebros para la gloria de Dios y provecho del mundo? ¿Cómo hemos empleado nuestro tiempo, nuestra pluma, nuestra voz, nuestro dinero, nuestra influencia? ¿Qué hemos hecho por Cristo en la persona de los pobres, de los afligidos, de los huérfanos ó de las viudas? Dios nos ha hecho depositarios de su santa Palabra; ¿qué hemos hecho con la luz y la verdad que nos han sido dadas para hacer á los hombres sabios para la salvación? No se da ningún valor á una mera profesión de fe en Cristo; sólo el amor que se muestra en las obras se tiene por amor de buena ley. Con todo es el amor sólo el que ante los ojos del cielo da valor á un acto cualquiera. Todo lo que se hace por amor, por insignificante que aparezca en opinión de los hombres, es aceptado y recompensado por Dios.

El egoísmo escondido de los hombres aparece en los libros del cielo. Allí está el registro de los deberes no cumplidos para con el prójimo, el de su olvido de las exigencias del Señor. Allí se verá cuán á menudo fueron dados á Satanás tiempo, pensamientos y energías que pertenecían á Cristo. Harto tristes son los apuntes que los ángeles llevan al cielo. Seres inteligentes que profesan ser discípulos de Cristo están absorbidos por la adquisición de bienes mundanos; ó por el goce de los placeres terrenales. El dinero, el tiempo y las energías son sacrificados á la ostentación y al egoísmo; pero pocos son los momentos dedicados á la oración, al estudio de las Sagradas Escrituras, á la humillación del alma y á la confesión de los pecados.

Satanás inventa medios sin número para distraer nuestras mentes de la obra en que precisamente deberíamos estar más ocupados. El archiseductor aborrece las grandes verdades que hacen resaltar más la importancia de un sacrificio expiatorio y de un Mediador todopoderoso. Él sabe que para él todo está en distraer las mentes de Jesús y de su obra.

Los que desean participar de los beneficios de la mediación del Salvador, no deberían consentir en que nada interviniera para impedirles cumplir con su deber de perfeccionarse en la santificación en el temor de Dios. Las horas preciosas, en lugar de pasarlas en los placeres ó de consagrarlas á la ostentación ó en busca de ganancias, deberían dedicarse á un estudio serio y con oración de la Palabra de la verdad. El asunto del santuario y del juicio investigador debería ser claramente comprendido por el pueblo de Dios. Todos necesitan conocer por sí mismos el ministerio y obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercitar la fe tan esencial en nuestros tiempos, ó desempeñar el puesto á que Dios los llama. Cada cual tiene una alma que salvar ó que perder. Todos tienen una causa pendiente ante el tribunal de Dios. Cada cual debe encontrarse con el gran Juez cara á cara. ¡Cuán importante es, pues, que cada uno contemple á menudo de antemano la solemne escena cuando se verifique el juicio y sean abiertos

los libros, cuando con Daniel, cada cual tendrá que estar en pie al fin de los días!

Todos los que han recibido la luz sobre estos asuntos deben dar testimonio de las grandes verdades que Dios les ha comunicado. El santuario en el cielo es el centro mismo de la obra de Cristo á favor de los hombres. Conciérne á toda alma que vive en la tierra. Descubre á la vista el plan de la redención, conduciéndonos hasta el fin mismo del tiempo y revelando el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado. Es de la mayor importancia que todos investiguen á fondo estos asuntos, y que estén siempre prontos á dar respuesta á todo aquel que les pidiere razón de la esperanza que hay en ellos.

La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial al plan de la salvación como lo fué su muerte en la cruz. Con su muerte dió principio á aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección. Por la fe debemos entrar velo adentro, "adonde, como Precursor nuestro, Jesús ha entrado por nosotros." ⁸⁷ Allí es donde se refleja la luz de la cruz del Calvario.

Allí es donde podemos obtener una inteligencia más clara de los misterios de la redención. La salvación del hombre se cumple á un precio infinito para el cielo; el sacrificio hecho corresponde á las más amplias exigencias de la ley de Dios quebrantada. Jesús ha abierto el camino que lleva al trono del Padre, y por su mediación pueden ser presentados ante Dios los deseos sinceros de todos las que vienen á él con fe.

"El que encubre sus transgresiones, no prosperará; mas el que las confiesa y las abandona, alcanzará misericordia." ⁸⁸ Si los que esconden y disculpan sus faltas pudiesen ver cómo Satanás se alegra de ello, cómo se ríe de Cristo y de sus santos ángeles á causa de la conducta de aquéllos, se apresurarían á confesar sus pecados y á renunciar á ellos. De los defectos de carácter Satanás se vale para dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se acarician estos defectos, lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar á los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es

⁸⁷ Hebreos 6:20.

⁸⁸ Proverbios 28:13.

imposible vencer. Pero Jesús aboga en su favor con sus manos heridas, su cuerpo quebrantado, y declara á todos los que quieren seguirle: “¡Mi gracia te es suficiente!”³⁹ “¡Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí; porque soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas! Porque mi yugo es suave, y ligera mi carga.”⁴⁰ Que nadie pues mire sus defectos como si fuesen incurables. Dios concederá fe y gracia para vencerlos.

Estamos viviendo ahora en el gran día de la expiación. Cuando en el servicio simbólico el sumo sacerdote hacía la propiciación por Israel, todos debían affigir sus almas por el arrepentimiento de sus pecados y la humillación ante el Señor, si no querían verse separados de entre el pueblo. De la misma manera, todos los que desean que sus nombres sean conservados en el libro de la vida, deberían ahora, en los pocos días que les quedan de este tiempo de prueba, affigir sus almas ante Dios con el dolor de sus pecados y con verdadero arrepentimiento. Hay que escudriñar honda y sinceramente el corazón. Hay que deponer el espíritu liviano y frívolo á que se dan tantos cristianos de profesión. Empeñada lucha espera á todos aquellos que quieren dominar las malas inclinaciones que tratan de imponerse. La obra de preparación es obra individual. No somos salvados en grupos. La pureza y la devoción de uno no suplirá la falta de estas cualidades en otro. Si bien todas las naciones deben pasar en juicio ante Dios, sin embargo él examinará el caso de cada individuo de un modo tan rígido y minucioso como si no hubiese otro ser sobre la tierra. Cada cual tiene que ser probado y encontrado sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante.

Solemnes son las escenas relacionadas con la obra final de la expiación. Incalculables son los intereses que ésta envuelve. El juicio se lleva ahora adelante en el santuario celestial. Desde hace muchos años esta obra ha seguido su curso. Pronto — nadie sabe cuándo — les tocará ser juzgados á los vivos. En la augusta presencia de Dios nuestras vidas deben ser pasadas en revista. En éste más que en cual-

³⁹ 2 Corintios 12:9.

⁴⁰ S. Mateo 11:29, 30.

quiera otro tiempo conviene que toda alma preste atención á la amonestación del Señor: “¡Velad y orad; porque no sabéis cuándo será el tiempo!”⁴¹ “Si por tanto no vigilaras, yo vendré como ladrón, y tú no sabrás á qué hora vendré sobre ti.”⁴²

Cuando quede concluída la obra del juicio investigador, quedará también decidida la suerte de todos para vida ó para muerte. El período de prueba terminará poco antes de que el Señor aparezca en las nubes del cielo. Cristo, en el Apocalipsis, al mirar hacia ese tiempo, declara: “¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo! ¡He aquí, yo vengo presto, y mi galardón está conmigo, para dar la recompensa á cada uno según sea su obra!”⁴³

Los justos y los impíos han de estar viviendo aún en la tierra en su estado mortal,— los hombres estarán plantando y edificando, comiendo y bebiendo, inconscientes todos ellos de que la decisión final é irrevocable ha sido pronunciada en el santuario celestial. Antes del diluvio, después de que Noé hubo entrado en el arca, Dios lo encerró en ella, dejando fuera á los impíos; pero por espacio de siete días, el pueblo no sabiendo que su suerte estaba decidida, siguió su vida de descuido y de placeres, y se mofó de las advertencias del juicio que le amenazaba. “Así,” dice el Salvador, “será la venida del Hijo del hombre.”⁴⁴ Sigilosamente, inadvertida, como el ladrón á la media noche, llegará la hora decisiva que fija el destino de todo hombre, el retiro final de la oferta de gracia hecha á los hombres culpables.

“¡Velad pues; . . . no sea que viniendo de repente, os halle dormidos!”⁴⁵ Peligroso es el estado de aquellos que cansados de velar, se vuelven á los atractivos del mundo. Mientras que el hombre de negocios está absorto en el afán del lucro, mientras el amigo de los placeres está procurando satisfacerlos, mientras la esclava de la moda está ataviándose,— puede que en esa hora el Juez de toda la tierra pronuncie la sentencia: “Has sido pesado en la balanza y has sido hallado falto.”⁴⁶

⁴¹ S. Marcos 13:33.

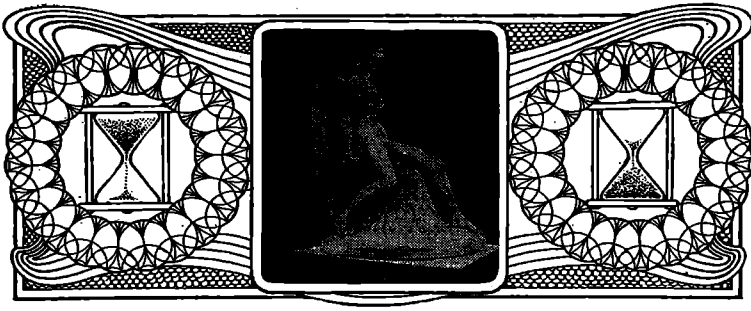
⁴² Apocalipsis 3:3.

⁴³ Apocalipsis 22:11, 12.

⁴⁴ S. Mateo 24:39.

⁴⁵ S. Marcos 13:35, 36.

⁴⁶ Daniel 5:27.



EL ORIGEN DEL MAL — 30

PARA muchos el origen del pecado y el por qué de su existencia es causa de gran perplejidad. Ven la obra del mal con sus terribles resultados de dolor y desolación, y se preguntan cómo puede existir todo eso bajo la soberanía de Aquel cuya sabiduría, poder y amor son infinitos. Y ahí tienen un misterio que no pueden explicarse. Y su incertidumbre y sus dudas los dejan ciegos ante las verdades plenamente reveladas en la Palabra de Dios y esenciales para la salvación. Hay quienes en sus investigaciones tocante á la existencia del pecado, tratan de inquirir lo que Dios nunca ha revelado; de aquí que no encuentren solución á sus dificultades; y los que así son llevados por una disposición á la duda y á la cavilación lo aducen como disculpa para rechazar las palabras de la Santa Escritura. Otros, sin embargo, no se pueden dar cuenta satisfactoria del gran problema del mal, debido á la circunstancia de que la tradición y las falsas interpretaciones han oscurecido las enseñanzas de la Biblia referentes al carácter de Dios, la naturaleza de su gobierno y los principios de su actitud hacia el pecado.

Es imposible explicar el origen del pecado y dar razón de su existencia. Sin embargo, se puede comprender suficientemente lo que atañe al origen y á la disposición final del pecado, para hacer enteramente manifiesta la justicia y benevolencia de Dios en su modo de proceder contra todo mal. Nada se enseña con mayor claridad en las Sagradas Escrituras que el hecho de que Dios no fué en nada respon-

sable de la introducción del pecado en el mundo, y de que ninguna suspensión arbitraria de la gracia de Dios, ni ningún error en el gobierno divino hayan dado lugar á la rebelión. El pecado es un intruso, y no hay razón que pueda explicar su presencia. Es algo de misterioso é inexplicable; excusarlo equivaldría á defenderlo. Si se pudiera encontrar alguna excusa en su favor ó señalar la causa de su existencia, dejaría de ser pecado. La única definición del pecado es la que da la Palabra de Dios: "El pecado es la transgresión de la ley;" es la manifestación exterior de un principio en pugna con la gran ley de amor que es el fundamento del gobierno divino.

Antes de la aparición del pecado había paz y gozo en todo el universo. Todo guardaba perfecta armonía con la voluntad del Creador. El amor á Dios estaba por encima de todo, y el amor de unos á otros era imparcial. Cristo el Verbo, el Unigénito de Dios, era uno con el Padre Eterno: uno en naturaleza, en carácter y en designios; era el único ser en todo el universo que podía entrar en todos los consejos y designios de Dios. Fué por intermedio de Cristo por quien el Padre efectuó la creación de todos los seres celestiales. "Por él fueron creadas todas las cosas, en los cielos . . . ora sean tronos ó dominios, ó principados, ó poderes;"¹ y todo el cielo rendía tanto homenaje á Cristo como al Padre.

Siendo como lo era la ley de amor el fundamento del gobierno de Dios, la dicha de todos los seres creados dependía de su perfecta armonía con los grandes principios de justicia. Dios quiere que todas sus criaturas le presten servicio de amor y un homenaje que provenga de la apreciación inteligente de su carácter. Á él no le gusta la sumisión forzada, y da á todos la libertad de servirle voluntariamente.

Pero hubo un ser que prefirió pervertir esta libertad. El pecado nació en aquel que, después de Cristo, había sido el más honrado por Dios y el más elevado en honor y en gloria entre los habitantes del cielo. Antes de su caída, Lucifer era el primero de los querubines que cubrían el propiciatorio santo y sin mácula. "Así dice Jehová el Señor: ¡Tú eres el

¹ Colosenses 1:16.

sello de perfección, lleno de sabiduría, y consumado en hermosura! En el Edén, jardín de Dios, estabas; de toda piedra preciosa era tu vestidura." "Eras el querubín ungido que cubrías con tus alas; yo te constituí para esto; en el santo monte de Dios estabas, en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que la iniquidad fué hallada en ti."²

Lucifer habría podido seguir gozando del favor de Dios, amado y honrado por toda la angélica multitud, empleando sus nobles facultades para bendición de los demás y para gloria de su Hacedor. Pero el profeta dice: "Se te ha engréido el corazón á causa de tu hermosura; has corrompido tu sabiduría con motivo de tu esplendor."² Poco á poco, Lucifer se abandonó al deseo de la propia exaltación. "Has puesto tu corazón como corazón de Dios." "Tú . . . que dijiste: . . . ¡Al cielo subiré; sobre las estrellas de Dios ensaltaré mi trono y me sentaré en el Monte de Asamblea; . . . me remontaré sobre las alturas de las nubes; seré semejante al Altísimo!"³ En lugar de hacer porque Dios fuese objeto principal de los afectos y de la obediencia de sus criaturas; Lucifer se esforzó por granjearse el servicio y el homenaje de ellas. Y, envidiando los honores que el Padre Infinito había concedido á su Hijo, este príncipe de los ángeles aspiraba á un poder que Cristo sólo tenía derecho para ejercitar.

El cielo entero se había regocijado en reflejar la gloria del Creador y entonar sus alabanzas. Y en tanto que Dios era así honrado, todo era paz y dicha. Pero una nota discordante vino á romper las armonías celestiales. El amor y la exaltación de sí mismo, contrarios al plan del Creador, despertaron presentimientos del mal en las mentes de aquellos entre quienes la gloria de Dios lo superaba todo. Los consejos celestiales alegaron con Lucifer. El Hijo de Dios le hizo presentes la grandeza, la bondad y la justicia del Creador, y la naturaleza sagrada é inmutable de su ley. Dios mismo había establecido el orden del cielo, y Lucifer al apartarse de él, iba á deshorrar á su Creador y á atraer la ruina

² Ezequiel 28:12-15, 17.

³ Ezequiel 28:6; Isafas 14:13, 14.

sobre sí mismo. Pero la amonestación dada con un espíritu de amor y misericordia infinitos, sólo despertó espíritu de resistencia. Lucifer dejó prevalecer en él sus sentimientos de rivalidad con Cristo, y se volvió aún más obstinado.

El orgullo de su propia gloria le hizo desear la supremacía. Lucifer no apreció como don de su Creador los altos honores que Dios le había conferido, y no sintió gratitud ninguna. Él se glorificaba de su belleza y elevación, y aspiraba á ser igual á Dios. Era amado y reverenciado por la hueste celestial. Ángeles se deleitaban en ejecutar sus órdenes, y estaba revestido de sabiduría y gloria sobre todos ellos. Sin embargo, el Hijo de Dios era el Soberano reconocido del cielo, y gozaba de la misma autoridad y poder con el Padre. Cristo tomaba parte en todos los consejos de Dios, mientras que á Lucifer no le era permitido entrar en los designios divinos. “¿Por qué,” se preguntaba este ángel poderoso, “había de tener Cristo la supremacía? ¿Por qué se le honra más que á Lucifer?”

Abandonando el lugar que ocupaba en la presencia inmediata del Padre, Lucifer salió á difundir el espíritu de descontento entre los ángeles. Obrando secreta y solapadamente y encubriendo durante algún tiempo sus verdaderos fines bajo una apariencia de respeto hacia Dios, se esforzó en despertar el descontento respecto á las leyes que gobernaban á los seres divinos, pretendiendo que ellas imponían un refrenamiento ó limitación inútil. Como las naturalezas de aquéllos eran santas, él insistió en que los ángeles debían obedecer los dictados de la propia voluntad de él. Trató de ganarse las simpatías de éstos haciendo presente que Dios había obrado injustamente con él, concediendo á Cristo honor supremo. Dió á entender que al aspirar á mayor poder y honor, no trataba de exaltarse á sí mismo sino de asegurar libertad para todos los habitantes del cielo, á fin de que pudiesen así alcanzar á un grado más elevado en su modo de ser.

Dios en su gran misericordia soportó por largo tiempo á Lucifer. Éste no fué expulsado inmediatamente de su elevado puesto, cuando se dejó arrastrar por primera vez por el espíritu de descontento, ni tampoco cuando empezó á pre-

sentar sus falsas pretensiones ante los ángeles leales. Fué retenido aún por mucho tiempo en el cielo. Varias y repetidas veces se le ofreció el perdón con tal de que se arrepintiese y se sometiese. Para convencerle de su error se hicieron esfuerzos de que sólo el amor y la sabiduría infinitos eran capaces. Nunca hasta entonces el espíritu de descontento había sido conocido en el cielo. El mismo Lucifer no veía en un principio hasta dónde lo llevaría este espíritu; él no comprendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Pero como se le pudo probar que su descontento no tenía motivo, Lucifer se convenció de que no tenía razón, que lo que Dios pedía era justo, y que debía reconocerlo ante todo el cielo. De haberlo hecho así, se habría salvado á sí mismo y habría salvado á muchos ángeles. En ese entonces no había él negado aún toda obediencia á Dios. Si bien es cierto que había abandonado su puesto de querubín cubridor, habría sido no obstante restablecido en su oficio si hubiese querido volver á Dios reconociendo la sabiduría del Creador, y si se hubiese contentado con ocupar el lugar que le correspondiera en el plan de Dios. Pero el orgullo le impidió someterse. Se empeñó en defender su proceder insistiendo en que no necesitaba arrepentirse, y se entregó de lleno al gran conflicto con su Hacedor.

Desde entonces empleó todo el poder de su gran inteligencia en la tarea de engañar para asegurarse la simpatía de los ángeles que habían estado bajo sus órdenes. Hasta el hecho de que Cristo le había prevenido y aconsejado fué desnaturalizado para servir á sus pérfidos designios. Satanás había hecho presente á los que estaban más íntimamente ligados á él, que había sido mal juzgado, que no se había respetado su posición y que se le quería coartar la libertad. Después de haber así desnaturalizado las palabras de Cristo, pasó á prevaricar y á mentir descaradamente, acusando al Hijo de Dios de querer humillarlo ante los habitantes del cielo. Además trató de hacer una falsa salida entre sí mismo y los ángeles aún leales. Todos aquellos á quienes no pudo sobornar y atraer completamente á su lado, los acusó de indiferencia respecto á los intereses de los seres celestiales. Acusó á los

que permanecían fieles á Dios, de aquello mismo que estaba haciendo. Y para sostener contra Dios la acusación de injusticia para con él, recurrió á una falsa interpretación de las palabras y de los actos del Creador. Su política consistía en confundir á los ángeles con argumentos sutiles tocante á los designios de Dios. Todo lo sencillo lo envolvía en misterio, y valiéndose de artera perversión, hacía nacer dudas respecto á las declaraciones más terminantes de Jehová. Su posición elevada con tan íntimo contacto con la administración divina, daba mayor fuerza á sus representaciones, y muchos ángeles fueron seducidos á unirse con él, levantándose contra la autoridad celestial.

Dios permitió en su sabiduría que Satanás prosiguiese su obra hasta que el espíritu de desafecto se convirtiese en activa rebeldía. Era necesario que sus planes se descubriesen por completo para que su naturaleza y sus tendencias quedaran á la vista de todos. Lucifer, como querubín ungido, había sido grandemente exaltado; era muy amado de los seres celestiales y ejercía poderosa influencia sobre ellos. El gobierno de Dios no incluía sólo á los habitantes del cielo sino también á los de todos los mundos que él había creado; y Satanás pensó que si él podía arrastrar á los ángeles del cielo en su rebeldía, podría también arrastrar á los habitantes de los demás mundos. Había presentado muy hábilmente la cuestión desde su punto de vista, valiéndose de sofismas y fraude para conseguir sus fines. Tenía gran poder para engañar, y al cubrirse con manto de falsedad había obtenido una ventaja. Hasta los ángeles leales no podían claramente discernir su carácter, ni ver á dónde conducía su obra.

Satanás había sido altamente honrado, y todos sus actos estaban tan revestidos de misterio, que era difícil descubrir á los ángeles la verdadera naturaleza de su obra. Antes de su completo desarrollo, el pecado no podía aparecer como mal que era en realidad. Hasta entonces no había existido en el universo de Dios, y los seres santos no tenían idea de su naturaleza y malignidad. No podían ni entrever las terribles consecuencias que resultarían de poner á un lado la ley de Dios. Satanás había ocultado sus planes al principio, bajo

una profesión aparente de lealtad para con Dios. Él pretendía que se desvelaba por aumentar el honor á Dios, afianzar su gobierno y asegurar el bien de todos los habitantes del cielo, y mientras tanto que infundía el descontento entre los ángeles que estaban bajo sus órdenes, aparentaba hacer cuanto le era posible por que desapareciera ese mismo descontento. Pretendía que los cambios que reclamaba en el orden y en las leyes del gobierno de Dios eran necesarios á la conservación de la armonía en el cielo.

En su actitud para con el pecado Dios no podía más que obrar con justicia y verdad. Satanás podía hacer uso de armas de las cuales Dios no podía valerse: la lisonja y el engaño. Satanás había tratado de falsificar la Palabra de Dios y había representado de un modo falso su plan de gobierno ante los ángeles, pretendiendo que Dios no era justo al imponer leyes y reglas á los habitantes del Cielo; que al exigir de sus criaturas sumisión y obediencia, sólo estaba buscando su propia gloria. Por eso debía ser puesto de manifiesto tanto á los habitantes del Cielo como á los de todos los mundos, que el gobierno de Dios era justo y su ley perfecta. Satanás había dado á entender que él mismo trataba de promover el bien del universo. El verdadero carácter del usurpador y el propósito que le animaba, debían todos entenderlo. Había que dejarle tiempo para que se diera á conocer por sus actos de maldad.

Satanás achacó á la ley y al gobierno de Dios la discordia que su propia conducta había introducido en el cielo. Declaró que todo el mal provenía de la administración divina. Pretendió que lo que él mismo quería era perfeccionar los estatutos de Jehová. Era pues necesario que diera á conocer la naturaleza de sus pretensiones y los resultados de los cambios que él proponía introducir en la ley divina. Su propia obra debía condenarle. Satanás había pretendido desde un principio que no estaba en rebelión. El universo entero debía ver al seductor desenmascarado.

Aun cuando quedó resuelto que Satanás no podría permanecer por más tiempo en el cielo, la Sabiduría Infinita no

lo destruyó. Desde que sólo el servicio de amor puede ser aceptable á Dios, la sumisión de sus criaturas debe proceder de una convicción de su justicia y benevolencia. Los habitantes del cielo y de los demás mundos, no estando preparados para comprender la naturaleza ó consecuencia del pecado, no podían tampoco comprender la justicia y misericordia de Dios en la destrucción de Satanás. De haber sido éste aniquilado inmediatamente, aquéllos habrían servido á Dios por miedo más bien que por amor. La influencia del seductor no habría quedado destruída del todo, ni el espíritu de rebelión habría sido extirpado por completo. Era preciso dejar que el mal llegase á su madurez para bien del universo entero á través de las edades sin fin; Satanás debe desarrollar más completamente sus principios, para que todos los seres creados puedan darse plena cuenta de los cargos que él arroja contra el gobierno divino, y para que la justicia y la misericordia de Dios, tanto como el carácter inmutable de su ley, quedaran para siempre incontrovertibles.

La rebeldía de Satanás, cual testimonio perpetuo de la naturaleza y de los resultados terribles del pecado, debía servir de lección al universo en todo el curso de las edades futuras. La obra del gobierno de Satanás, sus efectos sobre los hombres y los ángeles, harían patentes los resultados del desprecio de la autoridad divina. Demostrarían que de la existencia del gobierno de Dios y de su ley, depende el bienestar de todas las criaturas que él ha formado. De este modo la historia de tan terrible experimento de lo que es la rebeldía, debía ser para todas las santas inteligencias una salvaguardia eterna destinada á precaverlas contra todo engaño respecto á la naturaleza de la transgresión, y á guardarlas de cometer pecados y de sufrir el castigo consiguiente.

El gran usurpador siguió justificándose hasta el fin mismo de la controversia en el cielo. Cuando se dió á saber que iba á ser expulsado con todos sus secuaces de las moradas de la dicha, entonces el jefe rebelde declaró audazmente su desprecio de la ley del Creador. Reiteró su pretensión de que los ángeles no necesitaban sujeción, sino que debía de-

járseles seguir su propia voluntad, que los dirigiría siempre bien.

Denunció los estatutos divinos como restricción de su libertad y declaró que el objeto que él perseguía era asegurar la abolición de la ley para que, libres de toda restricción, las huestes del cielo pudiesen alcanzar un grado de existencia más elevado y glorioso.

De común acuerdo Satanás y su hueste echaron del todo la culpa de su rebelión á Cristo, declarando que si no hubiesen sido censurados, no se habrían jamás rebelado. Es así como, obstinados y arrogantes en su deslealtad, tratando en vano de trastornar el gobierno de Dios, pretendiendo al mismo tiempo en son de blasfemia ser ellos mismos víctimas inocentes de un poder opresivo, el gran rebelde y todos sus secuaces fueron al fin echados del cielo.

El mismo espíritu que fomentara la rebelión en el cielo, la inspiraba también en la tierra. Satanás ha seguido con los hombres la misma política que siguiera con los ángeles. Su espíritu impera ahora en los hijos de desobediencia. Como él, tratan éstos de romper el freno de la ley de Dios, y prometen á los hombres la libertad mediante la transgresión de los preceptos de aquélla. La reprobación del pecado despierta aún el espíritu de odio y resistencia. Cuando los mensajeros que Dios envía para amonestar tocan á la conciencia, Satanás induce á los hombres á que se justifiquen y á que busquen la simpatía de otros en su camino de pecado. En lugar de enmendar sus errores, Satanás despierta la indignación contra el que les reprende, como si ésta fuera la única causa de la dificultad. Desde los días del justo Abel hasta los nuestros, tal es el espíritu de que se ha hecho alarde contra los que se atreven á condenar el pecado.

Merced á la misma falsa representación del carácter de Dios en el cielo, que hace que se le considere como severo y tiránico, Satanás induce á los hombres á pecar. Y habiendo tenido buen éxito en este punto, declaró que las limitaciones injustas de Dios habían sido causa de la caída del hombre, como lo habían sido de su propia rebeldía.

Pero el Dios eterno mismo da á conocer su carácter: “¡Jehová, Jehová, Dios compasivo y elemente, lento en iras y grande en misericordia y en fidelidad; que usa de misericordia hasta la milésima generación; que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al rebelde.”*

Al echar á Satanás del cielo, Dios hizo patente su justicia y mantuvo el honor de su trono. Pero cuando el hombre pecó cediendo á las seducciones de este espíritu apóstata, Dios dió una prueba de su amor, consintiendo que su Hijo unigénito muriese por la raza caída. El carácter de Dios se pone así de manifiesto en el sacrificio expiatorio de Cristo. El poderoso argumento de la cruz demuestra á todo el universo que el gobierno de Dios no era de ninguna manera responsable del camino de pecado que Lucifer había escogido.

El carácter del gran engañador se mostró cual era en la lucha entre Cristo y Satanás, durante el ministerio terrenal del Salvador. Nada habría podido desarraigar tan completamente las simpatías de los ángeles celestiales y de todo el universo leal hacia Satanás, como su guerra cruel contra el Redentor del mundo. Su petición atrevida y blasfema de que Cristo le rindiese homenaje, su orgullosa presunción que le hizo transportarlo á la cúspide del monte y á las almenas del templo, la intención malévola que mostró al instarle á que se arrojara de aquella vertiginosa altura, la inquina incansable con la cual perseguía al Salvador por todas partes, inspirando á los corazones de los sacerdotes y del pueblo á que rechazaran su amor, y á que gritaran al fin: “¡Crucifícale! ¡crucifícale!”— todo esto despertó el asombro y la indignación del universo.

Fué Satanás el que impulsó al mundo á rechazar á Cristo. El príncipe del mal hizo cuanto pudo y empleó toda su astucia para dar buena cuenta de Jesús, pues vió que la misericordia y el amor del Salvador, su compasión y su tierna piedad estaban representando ante el mundo el carácter de Dios. Satanás puso en tela de juicio todos los títulos á que pretendía el Hijo de Dios, y empleó á los hombres como

* Éxodo 34:6, 7.

agentes suyos para llenar la vida del Salvador de sufrimientos y penas. Los sofismas y las mentiras por medio de los cuales había tratado de poner obstáculo á la obra de Jesús, el odio manifestado por los hijos de rebelión, sus acusaciones crueles contra Aquel cuya vida estaba llena de bondad sin precedente, todo ello provenía de un sentimiento de venganza profundamente arraigado. Los fuegos concentrados de la envidia y de la malicia, del odio y de la venganza, estallaron en el Calvario contra el Hijo de Dios, mientras todo el cielo contemplaba tal escena con silencioso horror.

Consumado ya el gran sacrificio, Cristo subió al cielo, rehusando la adoración de los ángeles, mientras no hubiese presentado la petición: "Quiero que aquellos también que me has dado, estén conmigo en donde yo estoy."⁶ Luego con amor y poder indecibles, el Padre respondió desde su trono: "¡Adórenle todos los ángeles de Dios!"⁶ No había ni una mancha en Jesús. Acabada su humillación, cumplido su sacrificio, le fué dado un nombre que está por encima de todo otro nombre.

Entonces fué cuando la culpabilidad de Satanás se mostró en toda su desnudez. Había dado á conocer su verdadero carácter de mentiroso y asesino. Bien se echó de ver que el mismo espíritu con el cual él gobernaba á los hijos de los hombres que estaban bajo su poder, lo habría manifestado en el cielo si hubiese podido gobernar á los habitantes de éste. Él había pretendido que la transgresión de la ley de Dios traería consigo libertad y ensalzamiento; pero lo que trajo en realidad fué servidumbre y degradación.

Los falsos cargos de Satanás contra el carácter del gobierno divino aparecieron en su verdadera luz. Él había acusado á Dios de no buscar con las exigencias de sumisión y obediencia por parte de sus criaturas, más que el exaltarse á sí mismo, y había declarado que mientras el Creador exigía que todos se negasen á sí mismos él mismo no practicaba la abnegación ni hacía ningún sacrificio. Entonces se vió que para salvar una raza caída y pecadora, el Legislador del universo había hecho el más grande sacrificio que el amor

⁵ S. Juan 17:24.

⁶ Hebreos 1:6.

podía hacer, pues “Dios era en Cristo, reconciliando consigo mismo al mundo.” Vióse además que mientras Lucifer había abierto la puerta al pecado debido á su sed de honores y supremacía, Cristo, para destruir el pecado, se había humillado y hecho obediente hasta la muerte.

Dios había manifestado el horror que tenía á los principios de rebelión. Todo el cielo vió su justicia revelada, tanto en la condenación de Satanás como en la redención del hombre. Lucifer había declarado que si la ley de Dios era inmutable y su penalidad irremisible, todo transgresor debería ser excluído para siempre de la gracia del Creador. Él había pretendido que la raza pecaminosa se encontraba fuera de la redención, y era por consiguiente presa legítima suya. Pero la muerte de Cristo fué un argumento irrefutable á favor del hombre. La penalidad de la ley caía sobre el que era igual á Dios, y el hombre quedaba libre de aceptar la justicia de Dios y de triunfar mediante una vida de arrepentimiento y humillación, como el Hijo de Dios había triunfado del poder de Satanás. Así Dios es justo, siendo sin embargo al mismo tiempo justificador de todos los que creen en Jesús.

Pero no fué tan sólo para realizar la redención del hombre para lo que Cristo vino á la tierra á sufrir y morir. Vino para engrandecer la ley y hacerla honorable. Ni fué tan sólo para que los habitantes de este mundo respetasen la ley cual debía ser respetada, sino también para demostrar á todos los mundos del universo que la ley de Dios es inmutable. Si las exigencias de ésta hubiesen podido ser tenidas en poco, entonces el Hijo de Dios no habría necesitado dar su vida para expiar la transgresión de ella. La muerte de Cristo prueba que la ley es inmutable. Y el sacrificio al cual el amor infinito impelió al Padre y al Hijo á fin de que los pecadores pudiesen ser redimidos, demuestra á todo el universo — y nada menos que este plan se necesitaba para demostrarlo — que la justicia y la misericordia son el fundamento de la ley y del gobierno de Dios.

En el cumplimiento final del juicio se verá que no existe causa para el pecado. Cuando el Juez de toda la tierra pre-

¹ 2 Corintios 5:19.

gunte á Satanás: “¿Por qué te has rebelado contra mí y me has arrebatado los súbditos de mi reino?” el autor del mal no podrá dar ninguna disculpa. Toda boca será cerrada y todas las huestes rebeldes quedarán mudas.

La cruz del Calvario, al afirmar el carácter inmutable de la ley, proclama ante el universo que la paga del pecado es muerte. El grito agonizante del Salvador: “¡Consumado está!” fué el toque de agonía para Satanás. Fué entonces cuando quedó zanjado el gran conflicto que había durado tanto tiempo y asegurada la extirpación final del mal. El Hijo de Dios atravesó los umbrales de la tumba, “para que, por medio de la muerte, destruyese á aquél que tiene el imperio de la muerte, esto es, al diablo.”⁹ El deseo que Lucifer tenía de exaltarse á sí mismo le había hecho decir: “¡Sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono, . . . seré semejante al Altísimo!” Dios declara: “Te torno en ceniza sobre la tierra, . . . y no existirás más para siempre.”¹⁰ Eso será cuando venga “¡el día que arderá como horno; y todos los soberbios y todos los obradores de iniquidad serán como hojarasca; y aquel día que viene los abrasará, dice Jehová de los ejércitos, de modo que no las deje raíz ni rama!”¹⁰

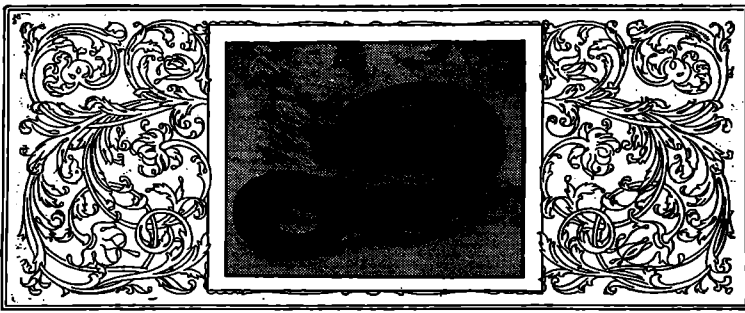
Todo el universo habrá sido testigo de la naturaleza y de los resultados del pecado. Y su destrucción completa que en un principio hubiese causado temor á los ángeles y deshonrado á Dios, demostrará entonces el amor de Dios y establecerá su gloria ante un universo de seres que se deleitarán haciendo su voluntad, y en cuyos corazones se encontrará su ley. Nunca más se manifestará el mal. La Palabra de Dios dice: “No se levantará la aficción segunda vez.”¹¹ La ley de Dios que Satanás ha vituperado como yugo de la servidumbre, será honrada como ley de la libertad. La creación, después de haber pasado por tal prueba y experiencia, nunca más se apartará de la sumisión á Aquel que se ha dado á conocer en sus obras como Dios de amor insondable y sabiduría infinita.

⁹ Hebreos 2:14.

¹⁰ Malaquías 4:1.

⁹ Isaias 14:13, 14; Ezequiel 28:18, 19.

¹¹ Nahum 1:9.



ENEMISTAD ENTRE EL HOMBRE Y SATANÁS — 31

“PONDRÉ enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y su simiente; ésta te quebrará la cabeza, y tú le quebrarás el calcañar.”¹ La divina sentencia pronunciada contra Satanás después de la caída del hombre, fué también una profecía que, abarcando las edades hasta los últimos tiempos, predecía el gran conflicto en que se empeñaría toda la raza humana que viviese en la tierra.

Dios declara: “Pondré enemistad.” Esta enemistad no es fomentada de un modo natural. Cuando el hombre quebrantó la ley divina, su naturaleza se hizo mala y llegó á estar en armonía y no en divergencia con Satanás. No puede decirse que haya enemistad natural entre el hombre pecador y el autor del pecado. Ambos se volvieron malos á consecuencia de la apostasía. El apóstata no descansa nunca sino cuando obtiene simpatías y apoyo al inducir á otros á seguir su ejemplo. De aquí que los ángeles caídos y los hombres malos se unan en desesperada asociación. Si Dios no se hubiese interpuesto especialmente, Satanás y el hombre se habrían aliado contra el cielo; y en lugar de fomentar enemistad contra Satanás, toda la familia humana se habría unido en oposición á Dios.

Satanás tentó al hombre á que pecase, como había inducido á los ángeles á rebelarse, á fin de asegurarse su cooperación en su lucha contra el cielo. No había disensión alguna entre él y los ángeles caídos en cuanto al aborrecimiento que tenían á Dios; mientras que estaban en des-

¹ Génesis 3:15.

acuerdo tocante á todos los demás puntos, en lo que sí estaban unánimes era en su oposición á la autoridad del Legislador del universo. Pero cuando Satanás hubo oído la declaración que habría enemistad entre él y la mujer, y entre su linaje y el linaje de la mujer, entonces comprendió que sus esfuerzos para corromper la naturaleza humana serían contrarrestados, que por algún medio el hombre sería hecho capaz de resistir á su poder.

Lo que enciende la enemistad de Satanás contra la raza humana, es que ella, por intermedio de Cristo, es objeto del amor y de la misericordia de Dios. Lo que él quiere entonces es oponerse al plan divino de la redención del hombre, deshonorar á Dios mutilando y profanando sus obras, causar dolor en el cielo y llenar la tierra de miseria y desolación. Y luego achaca todos estos males á la obra de la creación del hombre por Dios.

La gracia que Cristo derrama en el alma es la que crea en el hombre la enemistad contra Satanás. Sin esta gracia transformadora y este poder renovador, el hombre seguiría siendo esclavo de Satanás, siempre listo para ejecutar sus órdenes. Pero el nuevo principio introducido en el alma crea un conflicto allí donde hasta entonces había reinado la paz. El poder que Cristo comunica habilita al hombre para resistir al tirano y usurpador. Cualquiera que resista y venza las pasiones que hayan reinado en su corazón, prueba la acción en sí mismo de un principio que viene enteramente de lo alto.

El antagonismo que existe entre el espíritu de Cristo y el espíritu de Satanás se hizo particularmente patente en la recepción que el mundo hizo á Jesús. No fué tanto porque parecía desprovisto de riquezas de este mundo, de pompa y de grandeza, por lo que los judíos le rechazaron. Es que vieron que poseía un poder más que capaz de compensar la falta de aquellas ventajas exteriores. Pero la pureza y santidad de Cristo atrajeron sobre él el odio de los impíos. Su vida de abnegación y de devoción sin pecado era una continua reprobación para aquel pueblo orgulloso y sensual. Eso fué lo que le atrajo la enemistad al Hijo de Dios. Satanás y sus ángeles malvados se unieron con los hombres impíos.

Todos los poderes de la apostasía conspiraron contra el Defensor de la verdad.

La misma enemistad que se manifestó contra el Maestro, se manifiesta contra los discípulos de Cristo. Cualquiera que se dé cuenta del carácter repulsivo del pecado y que con el poder de lo alto resista á la tentación, despertará seguramente la ira de Satanás y de sus súbditos. El odio á los principios puros de verdad, las acusaciones y persecuciones contra sus defensores, existirán mientras existan el pecado y los pecadores. Los discípulos de Cristo y los siervos de Satanás no pueden congeniar. El oprobio de la cruz no ha desaparecido. “Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.”²

Los agentes de Satanás obran continuamente bajo su dirección para establecer su autoridad y para levantar su reino en oposición al gobierno de Dios. Con tal fin tratan de seducir á los discípulos de Cristo y retraerlos de la obediencia. Como su jefe, tuercen y pervierten las Escrituras para conseguir su objeto. Así como Satanás trató de acusar á Dios, así también sus agentes tratan de dañar al pueblo de Dios. El espíritu que mató á Cristo mueve á los malos á destruir á sus discípulos. Pero ya lo había predicho la primera profecía: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y su simiente.” Y así acontecerá hasta el fin de los tiempos.

Satanás reúne todas sus fuerzas y lanza todo su poder al combate. ¿Cómo es que no encuentra mayor resistencia? ¿Por qué están tan adormecidos los soldados de Cristo? ¿por qué tan indiferentes? — Es porque tienen poca comunión verdadera con Cristo; es porque están destituidos de su espíritu. No sienten por el pecado la repulsión y el odio que sentía su Maestro. No lo rechazan como lo rechazó Cristo con decisión y energía. No se dan cuenta del inmenso mal y de la malignidad del pecado, y están cegados para no darse cuenta tampoco del carácter ni del poder del príncipe de las tinieblas. Es poca la enemistad que se siente contra Satanás y sus obras, porque no se forma el mundo idea exacta de su poder y de su malicia, como tampoco se echa de ver el inmenso alcance

² 2 Timoteo 3:12.

de su lucha contra Cristo y su iglesia. Multitudes están en el error á este respecto. No saben que su enemigo es un poderoso general que dirige las inteligencias de los ángeles malos y que, merced á planes bien combinados y á una sabia estrategia, hace la guerra á Cristo para impedir la salvación de las almas. Entre los que profesan el cristianismo y hasta entre los ministros del evangelio, apenas si se oye hablar de Satanás, á no ser tal vez de un modo incidental desde lo alto del púlpito. Nadie se fija en las manifestaciones de su actividad y de su éxito continuos. No se tienen en cuenta los muchos avisos que nos ponen en guardia contra su astucia; hasta parece ignorarse su existencia.

Mientras los hombres desconocen los artificios de tan vigilante enemigo, éste les sigue á cada momento sus pisadas. Se introduce en todos los hogares, en todas las calles de nuestras ciudades, en las iglesias, en los consejos de la nación, en las cortes de justicia, confundiendo, engañando, seduciendo, arrullando por todas partes las almas y los cuerpos de hombres, mujeres y niños, destruyendo la unión de las familias, sembrando odios, rivalidades, sediciones y muertes. Y el mundo cristiano parece mirar estas cosas como si Dios mismo las hubiese dispuesto y como si debiesen existir.

Satanás está tratando continuamente de vencer al pueblo de Dios, rompiendo las barreras que lo separan del mundo. Los antiguos israelitas fueron arrastrados al pecado cuando se arriesgaron á formar asociaciones ilícitas con los paganos. Del mismo modo se descarría el Israel moderno. "El dios de este siglo ha cegado los entendimientos de los que no creen, para que no les amanezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios."⁸ Todos los que no son fervientes discípulos de Cristo, son siervos de Satanás. El corazón aún no regenerado ama el pecado y está dispuesto á amarlo y paliarlo. El corazón renovado aborrece el pecado y está resuelto á resistirle. Cuando los cristianos escogen la sociedad de los impíos é incrédulos, se exponen ellos mismos á la tentación. Satanás se oculta á la vista furtivamente y les pone su venda engañosa sobre los ojos. No pueden ver que semejante compañía es la más

⁸ 2 Corintios 4:4.

adecuada para perjudicarles, y que mientras más se van asemejando al mundo en carácter, palabras y obras, más y más se van cegando.

Por conformarse la iglesia con las costumbres del mundo, se vuelve mundana, pero esa conformidad no convierte jamás al mundo á Cristo. Á medida que uno se familiariza con el pecado, éste aparece inevitablemente menos repulsivo. El que prefiere asociarse con los siervos de Satanás dejará pronto de temer á su Maestro. Cuando somos puestos á prueba en el camino del deber, tal cual lo fué Daniel en la corte del rey, podemos estar seguros de la protección de Dios; pero si nos colocamos á merced de la tentación, caeremos tarde ó temprano.

El tentador obra á menudo con el mayor éxito por intermedio de los que menos se sospecha que están bajo su influencia. Se admira y honra á las personas de talento y de educación, como si estas cualidades pudiesen equivaler al temor de Dios ó hacerlo digno de su favor. Considerados en sí mismos, el talento y la cultura son dones de Dios; pero cuando se emplean para substituir á la piedad, cuando en lugar de atraer al alma á Dios la alejan, entonces se convierten en una maldición y un lazo. Es opinión común que todo lo que aparece amable y refinado debe ser, en cierto sentido, cristiano. No hubo nunca error más grande. Cierto que la amabilidad y el refinamiento deberían adornar el carácter de todo cristiano, pues ambos ejercerían poderosa influencia á favor de la verdadera religión; pero deben ser consagrados á Dios, de lo contrario se vuelven también una fuerza para el mal. Muchas personas cultas y de modales afables que no cederían á lo que generalmente se considera como actos inmorales, no son más que brillantes instrumentos en manos de Satanás. La índole insidiosa y engañosa de su influencia y de su ejemplo los convierte en enemigos de la causa de Dios, mucho más peligrosos de lo que lo son los ignorantes y faltos de educación.

Por medio de férvida oración y de entera confianza en Dios, Salomón alcanzó á un grado de sabiduría que despertó la admiración del mundo. Pero cuando se alejó de la Fuente

de su fuerza y que se apoyó en sí mismo, cayó presa de la tentación. Entonces las facultades maravillosas que habían sido concedidas al más sabio de los reyes, sólo le convirtieron en agente tanto más eficaz del adversario de las almas.

Mientras Satanás trata continuamente de cegar sus mentes á la realidad, los cristianos no deben olvidar nunca que no tienen que luchar "contra carne y sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los gobernantes del mundo, los de este reino de tinieblas, contra las huestes espirituales de iniquidad en las regiones celestiales."⁴ Esta inspirada advertencia resuena á través de los siglos hasta nuestros tiempos: "Sed sobrios, sed vigilantes; vuestro adversario, el diablo, como león rugidor anda en derredor, buscando á quien devorar."⁵ "Revestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo."⁶

Desde los días de Adán hasta los nuestros, el gran enemigo ha ejercitado su poder, oprimiendo y destruyendo. Se está preparando actualmente para su última campaña contra la iglesia. Todos los que se esfuerzan en seguir á Jesús tendrán que entrar en lucha con este infatigable enemigo. Cuanto más fielmente imite el cristiano al divino Modelo, tanto más seguramente se volverá un punto de mira para los ataques de Satanás. Todos los que están activamente empeñados en la obra de Dios, tratando de desenmascarar los engaños del enemigo y de presentar á Cristo ante el mundo, podrán unirse al testimonio de S. Pablo cuando habla de servir al Señor con toda humildad y con lágrimas y tentaciones.

Satanás asaltó á Cristo con sus tentaciones más violentas y sutiles; pero siempre fué rechazado. Esas batallas fueron libradas en nuestro favor; esas victorias nos dan la posibilidad de vencer. Cristo dará fuerza á todos los que se la pidan. Nadie sin su propio consentimiento puede ser vencido por Satanás. El tentador no tiene el poder de gobernar la voluntad ó de obligar al alma á pecar. Puede angustiar, pero no contaminar. Puede causar agonía pero no corrupción. El hecho de que Cristo ha vencido debería inspirar valor á sus discípulos para sostener valientemente la lucha contra el pecado y Satanás.

⁴ Efesios 6:12.

⁵ 1 Pedro 5:8.

⁶ Efesios 6:11.



INTERVENCIÓN DE LOS MALOS ESPÍRITUS—32

LA relación entre el mundo visible y el invisible, el ministerio de ángeles de Dios y la influencia ó intervención de los espíritus malos, están claramente revelados en las Sagradas Escrituras y como indisolublemente entrettejidos con la historia humana. Nótase en nuestros días una tendencia creciente á no creer en la existencia de los malos espíritus, mientras muchas personas ven en los santos ángeles, “enviados para” servir á “los que han de heredar la salvación,”¹ espíritus de muertos. Pero las Escrituras no sólo enseñan la existencia de ángeles, tanto buenos como malos, sino que contienen pruebas terminantes de que éstos no son espíritus encarnados de hombres que hayan dejado de existir.

Antes de la creación del hombre, había ya ángeles; pues cuando los cimientos de la tierra fueron echados, “á una cantaron las estrellas de la mañana, y gritaron de alegría todos los hijos de Dios.”² Después de la caída del hombre, fueron enviados ángeles para guardar el árbol de la vida, y esto antes que ningún ser humano hubiese fallecido. Los ángeles son por naturaleza superiores al hombre, pues el salmista refiriéndose á éste, dice: “Le hiciste un poco inferior á los ángeles.”³

Las Santas Escrituras nos informan del número, del poder y de la gloria de los seres celestiales, de su relación con el gobierno de Dios y también con la obra de redención. “Jehová ha establecido su trono en los cielos, y su reino do-

¹ Hebreos 1:14.

² Job 38:7.

³ Salmo 8:5 (margen).

mina sobre todos.” Y el profeta dice: “Oí la voz de muchos ángeles que estaban alrededor del trono.” Ellos sirven en la sala del trono del Rey de los reyes—“ángeles poderosos en fuerza,” “ministros suyos que hacéis su voluntad,” “escuchando la voz de su palabra.”⁴ Millones de millones y millares de millares era el número de los mensajeros celestiales, vistos por el profeta Daniel. El apóstol S. Pablo los llama: “las huestes innumerables de ángeles.”⁵ Como mensajeros de Dios, iban y volvían “como la apariencia del fulgor del relámpago,”⁶ tan deslumbradora es su gloria y tan veloz su vuelo. El ángel que apareció en la tumba del Señor, y cuyo “aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve,” hizo que los guardias temblaran de miedo y “quedaron como muertos.”⁷ Cuando Senaquerib, el insolente monarca asirio blasfemó é insultó á Dios y amenazó destruir á Israel, “aconteció que en aquella misma noche salió un ángel de Jehová é hirió en el campamento de los asirios ciento ochenta y cinco mil hombres.” El ángel “destruyó á todos los hombres fuertes y valerosos, con los príncipes y los capitanes” del ejército de Senaquerib, quien “volvió con rostro avergonzado á su propia tierra.”⁸

Ángeles son enviados á los hijos de Dios con misiones de misericordia. Á Abraham, con promesas de bendición; al justo Lot, para rescatarle de las llamas de Sodoma; á Elías, cuando estaba por morir de cansancio y hambre en el desierto; á Eliseo, con carros y caballos de fuego que circundaban la pequeña ciudad donde estaba encerrado por sus enemigos; á Daniel, cuando imploraba la sabiduría divina en la corte de un rey pagano, ó en el momento en que iba á ser presa de los leones; á S. Pedro, condenado á muerte en la cárcel de Herodes; á los presos de Filipos; á S. Pablo y á sus compañeros, en la noche tempestuosa en el mar; á Cornelio para hacerle comprender el evangelio; á S. Pedro para mandarlo con el mensaje de salvación al extranjero gentil. Así es como, en

⁴ Salmo 103:19-21; Apocalipsis 5:11. ⁵ Daniel 7:10; Hebreos 12:22.

⁶ Ezequiel 1:14.

⁷ S. Mateo 28:3, 4.

⁸ 2 Reyes 19:35; 2 Crónicas 32:21.

todas las edades, los santos ángeles han ejercido su ministerio en beneficio del pueblo de Dios.

Cada discípulo de Cristo tiene su ángel guardián respectivo. Estas centinelas celestiales protegen á los justos del poder del maligno. Así lo reconoció el mismo Satanás cuando dijo: “¿Por ventura Job teme á Dios de balde? ¿No le has cercado tú mismo en derredor, así á él como á su casa y á todo lo que tiene?”⁹ El medio de que Dios se vale para proteger á su pueblo está indicado en las palabras del salmista: “Asienta campamento el ángel de Jehová en derredor de los que le temen, y los defiende.”¹⁰ Hablando de los que creen en él, el Salvador dijo: “Mirad que no tengáis en poco á uno de estos pequeñitos; porque os digo, que sus ángeles en los cielos ven de continuo el rostro de mi Padre.”¹¹ Los ángeles encargados de atender á los hijos de Dios tienen á toda hora acceso cerca de él.

Así que, aunque expuesto al poder engañoso y á la continua malicia del príncipe de las tinieblas y en conflicto con todas las fuerzas del mal, el pueblo de Dios tiene siempre asegurada la protección de los ángeles del cielo. Y esta protección no es superflua. Si Dios ha concedido á sus hijos su gracia y su amparo, es porque hay que hacer frente á los terribles poderes del mal, poderes múltiples, audaces é incansables, cuya malignidad y poder nadie puede ignorar ó despreciar impunemente.

Los espíritus malos, creados en un principio sin pecado, eran iguales por naturaleza, poder y gloria, á los seres santos que son ahora mensajeros de Dios. Pero caídos por el pecado, han formado una liga para deshonar á Dios y acabar con los hombres. Unidos con Satanás en su rebeldía, y arrojados con él del cielo, han sido desde entonces en el curso de los siglos, sus cómplices en la guerra empeñada contra la autoridad divina. Las Sagradas Escrituras nos hablan de su unión y de su gobierno, de sus diversas órdenes, de su inteligencia y astucia, como también de sus propósitos malévolos contra la paz y la felicidad de los hombres.

⁹ Job 1:9, 10.

¹⁰ Salmo 34:7.

¹¹ S. Mateo 18:10.

La historia del Antiguo Testamento menciona á veces su existencia y su actuación; pero fué durante el tiempo que Cristo estuvo en la tierra cuando los espíritus malos dieron las más sorprendentes pruebas de su poder. Cristo había venido para empezar á realizar el plan ideado para la redención del hombre, y Satanás resolvió afirmar su derecho para gobernar al mundo. Había logrado implantar la idolatría en toda la tierra, menos en Palestina. Cristo vino á derramar la luz del cielo sobre el único país que no se había sometido al yugo del tentador. Dos poderes rivales pretendían la supremacía. Jesús extendía sus brazos de amor, invitando á todos los que querían encontrar en él el perdón y la paz. Las huestes de las tinieblas vieron que no poseían un poder ilimitado, y comprendieron que si la misión de Cristo tenía éxito, pronto terminaría su reinado. Satanás se enfureció como león encadenado y desplegó atrevidamente sus poderes tanto sobre los cuerpos como sobre las almas de los hombres.

Que los hombres han sido poseídos de demonios está claramente expresado en el Nuevo Testamento. Los individuos afligidos de tal suerte no sufrían únicamente de enfermedades cuyas causas eran naturales. Cristo tenía conocimiento perfecto de aquello con que tenía que habérselas, y reconoció la presencia y acción directas de los espíritus malos.

Ejemplo sorprendente de su número, poder y malignidad, como también del poder misericordioso de Cristo, lo encontramos en la relación de la curación de los endemoniados de Gádara. Aquellos desgraciados maniacos, que burlaban toda restricción y se retorcían, echando espumarajos por la boca, enfurecidos, llenaban el aire con sus gritos, maltratándose y poniendo en peligro á cuantos se acercaban á ellos. Sus cuerpos cubiertos de sangre y desfigurados, sus mentes extraviadas, presentaban un espectáculo de los más agradables al príncipe de las tinieblas. Uno de los demonios que dominaba á los enfermos, declaró: "Legión es mi nombre; porque somos muchos."¹² En el ejército romano una legión se

¹² S. Marcos 5:9.

componía de tres á cinco mil hombres. Las huestes de Satanás están también organizadas en compañías, y la única compañía á la cual pertenecían estos demonios, no contaba menos de una legión.

Al mandato de Jesús, los espíritus malignos abandonaron sus víctimas, dejándolas sentadas tranquilamente á los pies del Señor, sumisas, inteligentes y afables. Pero á los demonios se les permitió despeñar una manada de cerdos en el mar; y los habitantes de Gádara, estimando de más valor sus puercos que las bendiciones que Dios había concedido, rogaron al divino Médico que se alejara. Tal fué el resultado que Satanás deseaba conseguir. Echando la culpa de su pérdida sobre Jesús, despertó los temores egoístas del pueblo, y les impidió escuchar sus palabras. Satanás acusa continuamente á los cristianos de ser causa de pérdidas, desgracias y padecimientos, en lugar de dejar recaer tamaña responsabilidad sobre los que lo merecen, es decir, sobre sí mismo y sus agentes.

Pero los propósitos de Cristo no quedaron frustrados. Permitted á los espíritus malignos que destruyesen la manada de cerdos, como censura contra aquellos judíos que, por amor al lucro, criaban tan impuros animales. Si Cristo no hubiese contenido á los demonios, habrían precipitado al mar no sólo los cerdos sino también á los dueños y porqueros. La inmunidad de éstos fué tan sólo debida á la intervención misericordiosa de Jesús. Además, si este suceso fué permitido, lo fué para que los discípulos fuesen testigos del malévolo poder de Satanás sobre hombres y animales. El Salvador deseaba que sus discípulos conociesen al enemigo á quien iban á hacer frente, de suerte que no fuesen engañados y vencidos por sus artificios. Quería, además, que el pueblo de aquella región viese que él, Jesús, tenía el poder de romper las ligaduras de Satanás y libertar á sus cautivos. Y aunque Jesús se alejó, los hombres tan milagrosamente libertados quedaron para proclamar la misericordia de su Bienhechor.

Las Escrituras encierran otros ejemplos semejantes. La hija de la mujer sirofenisa estaba atormentada de un demonio

que Dios echó fuera con su palabra.¹³ “Un endemoniado que era ciego y mudo,”¹⁴ un joven que tenía un espíritu mudo, que á menudo le arrojaba “en el fuego y en las aguas, para destruirle,”¹⁵ el maníaco que atormentado por el “espíritu de un demonio inmundo,”¹⁶ perturbaba la tranquilidad del Sábado en la sinagoga de Capernaum — todos ellos fueron curados por el compasivo Salvador. En casi todos los casos Cristo se dirigía al demonio como á un ser inteligente, ordenándole salir de su víctima y no atormentarla más. Los que celebraban el culto en Capernaum, al ver su gran poder, “el asombro se apoderó de todos ellos, y hablaban unos á otros, diciendo: ¿Qué palabra es ésta? porque con autoridad y poder manda á los espíritus inmundos, y salen.”¹⁷

Se representa uno generalmente aquellos endemoniados como sometidos á grandes padecimientos; sin embargo había excepciones á esta regla. Con el fin de obtener poder sobrenatural, algunas personas se sometían voluntariamente á la influencia satánica. Estas, por supuesto, no entraban en conflicto con los demonios. Á esta categoría pertenecen los que poseían el espíritu de adivinación; como los magos Simón y Elimas y la joven adivina que siguió á Pablo y á Sílas en Filipos.

Nadie está en mayor peligro de caer bajo la influencia de los espíritus malos que los que, á pesar del testimonio directo y positivo de las Sagradas Escrituras, niegan la existencia é intervención del diablo y de sus ángeles. Mientras ignoremos sus astucias, ellos nos llevan notable ventaja; muchos prestan atención á sus sugerencias, creyendo seguir los dictados de su propia sabiduría. Esta es la razón por la cual á medida que nos acercamos al fin del tiempo, cuando Satanás debe trabajar con la mayor energía para engañar y destruir, éste propaga por todas partes la creencia de que no existe. Su política consiste en esconderse á sí mismo y obrar solapadamente.

No hay nada que el gran seductor tema tanto como el que nos demos cuenta de sus artimañas. Para mejor dis-

¹³ S. Marcos 7:26-30. ¹⁴ S. Mateo 12:22. ¹⁵ S. Marcos 9:17-27.

¹⁶ S. Lucas 4:33-36.

¹⁷ S. Lucas 4:36.

frazar su carácter y encubrir sus verdaderos propósitos, se ha hecho representar de modo á no despertar emociones más poderosas que las del ridículo y la del desprecio. Le gusta que lo pinten diforme, ó repugnante, mitad animal mitad hombre. Le gusta oírse nombrar como objeto de diversión y de burla por personas que se creen inteligentes é instruídas.

Precisamente por haberse enmascarado con habilidad consumada es por lo que tan á menudo se oye preguntar: “¿Existe en realidad ente semejante?” Prueba evidente de su éxito es la general aceptación de que gozan entre el público religioso ciertas teorías que niegan los testimonios más positivos de las Santas Escrituras. Y es porque Satanás puede dominar tan fácilmente los espíritus de las personas inconscientes de su influencia, por lo que la Palabra de Dios nos da tantos ejemplos de su obra maligna, descubriéndonos sus fuerzas ocultas, y poniéndonos así en guardia contra sus ataques.

El poder y la malignidad de Satanás y de su hueste deberían alarmarnos con razón, si no fuera por el apoyo y salvación que podemos encontrar en el poder aún superior de nuestro Redentor. Proveemos cuidadosamente nuestras casas con cerrojos y candados para proteger nuestros bienes y nuestras vidas de los malvados; pero rara vez pensamos en los ángeles malos que tratan continuamente de llegar hasta nosotros, y contra cuyos ataques no contamos en nuestras propias fuerzas con ningún medio eficaz de defensa. Si se les dejara, nos trastornarían la razón, nos desquiciarían y torturarían el cuerpo, destruirían nuestras propiedades y nuestras vidas. No se gozan más que en el mal y en la destrucción. Terrible es la condición de los que resisten á las exigencias de Dios y ceden á las tentaciones de Satanás, hasta que Dios los abandona al poder de los espíritus malignos. Pero los que siguen á Cristo están siempre seguros bajo su protección. Ángeles de gran poder son enviados del cielo para ampararlos. El maligno no puede forzar la guardia con que Dios tiene rodeado á su pueblo.



LAS ASECHANZAS DE SATANÁS—33

LA gran controversia entre Cristo y Satanás, sostenida desde hace cerca de seis mil años, está por terminar; y Satanás redobla sus esfuerzos para hacer fracasar la obra de Cristo en beneficio del hombre y para guardar las almas en sus lazos. Su objeto consiste en tener sumido al pueblo en las tinieblas y en la impenitencia hasta que termine la obra mediadora del Salvador y que no haya más sacrificio por el pecado.

Cuando no se hace ningún esfuerzo especial para resistir á su poder, cuando la indiferencia predomina en la iglesia y en el mundo, Satanás está á su gusto, pues no corre peligro de perder á los que tiene cautivos y á merced suya. Pero cuando la atención de los hombres despierta á las cosas eternas y que las almas se preguntan: “¿Qué debo yo hacer para ser salvo?” él está pronto para oponer su poder al poder de Cristo y para contrarrestar la influencia del Espíritu Santo.

Las Sagradas Escrituras declaran que en cierta ocasión, cuando los ángeles de Dios vinieron para presentarse ante el Señor, Satanás vino también con ellos,¹ no para prosternarse ante el Rey eterno, sino para mirar por sus propios y malévolos planes contra los justos. Con el mismo objeto está presente allí donde los hombres se reúnen para adorar á Dios. Aunque invisible, trabaja con gran diligencia, tratando de gobernar las mentes de los fieles. Como hábil general que es fragua sus planes de antemano. Cuando ve al ministro de

¹ Job 1:6.

Dios escudriñar las Escrituras, toma nota del tema que va á ser presentado á la congregación, y hace uso de toda su astucia y pericia para arreglar las cosas de tal modo que el mensaje de vida no llegue á los que está engañando precisamente respecto del punto de que se está tratando. Hará que la persona que más necesite la admonición se vea apurada por algún negocio que requiera su presencia, ó impedida de algún otro modo de oír las palabras que hubiesen podido tener para ella sabor de vida para vida.

Otras veces, Satanás ve á los siervos del Señor agobiados al comprobar las tinieblas espirituales que envuelven á los hombres. Oye sus ardientes oraciones, en que piden á Dios gracia y poder para sacudir la indiferencia y la indolencia de las almas. Entonces despliega sus artes con nuevo ardor. Tienta á los hombres para que cedan á la glotonería ó á cualquiera otra forma de sensualidad, y adormece de tal modo su sensibilidad que dejan de oír precisamente las cosas que más necesitan saber.

Bien sabe Satanás que todos aquellos á quienes pueda inducir á descuidar la oración y el estudio de las Sagradas Escrituras serán vencidos por sus ataques. De aquí que invente cuanto estratagema le es posible para tener las mentes distraídas. Siempre ha habido una categoría de personas que han profesado santidad, y que en lugar de procurar crecer en el conocimiento de la verdad, hacen consistir su religión en buscar alguna falta de carácter ó error en el credo de aquellos con quienes no están de acuerdo. Esos son los mejores agentes de Satanás. Los acusadores de los hermanos no son pocos; siempre son diligentes cuando Dios está obrando y cuando sus hijos le rinden verdadero homenaje. Son ellos los que dan falsa interpretación á las palabras y acciones de los que aman la verdad y la obedecen. Hacen pasar á los más serios, celosos y desinteresados siervos de Cristo por engañados ó engañadores. Su obra consiste en desnaturalizar los móviles de toda buena y noble acción, de hacer circular insinuaciones malévolas y despertar sospechas en las mentes poco experimentadas. Harán cuanto sea ima-

ginable porque aparezca lo que es puro y recto como corrupto y de mala fe.

Pero nadie necesita dejarse engañar por ellos. Fácil es ver la filiación que tienen, el ejemplo que siguen y la obra que realizan. “Por sus frutos los conoceréis.”² Su conducta se parece á la de Satanás, el odioso calumniador, “el acusador de nuestros hermanos.”³

El gran seductor dispone de muchos agentes listos para presentar cualquier error para engañar á las almas,—herejías preparadas para adaptarse á todos los gustos y capacidades de aquellos á quienes quiere arruinar. Parte de su plan consiste en introducir en la iglesia elementos irregenerados y faltos de sinceridad, elementos que fomentan la duda y la incredulidad y que son un obstáculo para todos los que desean ver adelantar la obra de Dios y adelantar con ella. Muchas personas que no tienen verdadera fe en Dios ni en su Palabra, aceptan algún principio de verdad y pasan por cristianos; y así se hallan en condición de introducir sus errores como si fueran doctrinas de las Escrituras.

La teoría según la cual nada importa lo que los hombres creen, es uno de los engaños de más éxito de Satanás. Bien sabe él que la verdad recibida con amor santifica el alma del que la recibe; de aquí que trate siempre de sustituirla con falsas teorías, con fábulas y con otro evangelio. Desde un principio los siervos de Dios han luchado contra los falsos maestros, no sólo porque eran hombres viciosos, sino porque inculcaban errores fatales al alma. Elías, Jeremías y Pablo se opusieron firme y valientemente á los que estaban apartando á los hombres de la Palabra de Dios. Este género de liberalidad que mira como cosa de poca monta una fe religiosa clara y correcta, no encontró aceptación entre aquellos santos defensores de la verdad.

Las interpretaciones vagas y de pura fantasía de las Santas Escrituras, así como también las muchas teorías contradictorias respecto á la fe religiosa que se advierten en el mundo cristiano, son obra de nuestro gran adversario, que trata así de confundir las mentes de suerte que no puedan

² S. Mateo 7:16.

³ Apocalipsis 12:10.

descubrir la verdad. Y la discordia y división que existen entre las iglesias de la cristiandad se deben en gran parte á la costumbre tan general de torcer el sentido de las Sagradas Escrituras con el fin de apoyar alguna doctrina favorita. En lugar de estudiar con esmero y con humildad de corazón la Palabra de Dios con el objeto de llegar al conocimiento de su voluntad, muchos no tratan más que de descubrir algo de curioso, bizarro y original.

Con el fin de sostener doctrinas erróneas ó prácticas anti-cristianas, hay quienes toman pasajes de la Sagrada Escritura separándolos del contexto, no citando tal vez más que la mitad de un versículo con que probar su idea, dejando la segunda mitad que quizá hubiese probado todo lo contrario. Con la astucia de la serpiente se encastillan tras declaraciones sin ilación, entretegidas de manera á favorecer sus deseos carnales. Es así como gran número de personas pervierten con propósito deliberado la Palabra de Dios. Otros, dotados de viva imaginación, toman las figuras y símbolos de las Sagradas Escrituras y los interpretan según su capricho sin parar mientes en que el testimonio de las Escrituras se interpreta á sí mismo, y luego presentan sus extravagancias como enseñanzas de la Biblia.

Siempre que uno se da al estudio de las Escrituras sin estar animado de un espíritu de oración, de humildad y de docilidad, los pasajes más claros y sencillos, como los más difíciles, serán desviados de su verdadero sentido. Los jefes del papado escogen en las Sagradas Escrituras los pasajes que mejor convienen á sus propósitos, los interpretan á su modo y los presentan luego al pueblo á quien rehusan al mismo tiempo el privilegio de estudiar la Biblia y de entender por sí mismos sus santas verdades. Toda la Biblia debería serle dada al pueblo tal cual es. Más valiera que éste no tuviese ninguna instrucción religiosa que no que recibiera las enseñanzas de las Santas Escrituras tan groseramente desnaturalizadas.

La Biblia estaba designada para ser una guía para todos aquellos que deseasen conocer la voluntad de su Creador.

Dios ha dado á los hombres la firme palabra profética; ángeles y hasta el mismo Cristo, vinieron para dar á conocer á Daniel y á Juan las cosas que deben acontecer en breve. Las cosas importantes que conciernen á nuestra salvación no han sido dejadas envueltas en el misterio. No han sido reveladas de manera que confundan y extravíen al que busca sinceramente la verdad. El Señor dijo al profeta Habacuc: "Escribe la visión, . . . para que se pueda leer corrientemente."⁴ La Palabra de Dios es clara para todos aquellos que la estudian con espíritu de oración. Toda alma verdaderamente honrada alcanzará la luz de la verdad. "Luz está sembrada para el justo."⁵ Y ninguna iglesia puede progresar en santidad, si sus miembros no buscan ardientemente la verdad como si fuera un tesoro escondido.

Ante el clamor de "liberalidad," los hombres son cegados para no ver las asechanzas de su adversario, mientras que éste sigue trabajando sin cesar y sin cansarse hasta haber cumplido sus designios. Conforme va consiguiendo suplantarlo la Biblia por las especulaciones humanas, la ley de Dios va quedando á un lado, y las iglesias caen en la esclavitud del pecado, mientras pretenden ser libres.

Para muchos, las investigaciones científicas se han vuelto maldición. Al permitir todo género de descubrimientos en las ciencias y en las artes, Dios ha derramado sobre el mundo raudales de luz; pero aun los espíritus más poderosos, si no están guiados en sus investigaciones por la Palabra de Dios, se extravían en sus esfuerzos por encontrar las relaciones existentes entre la ciencia y la revelación.

Los conocimientos humanos, tanto en lo que se refiere á las cosas materiales como á las espirituales, son limitados é imperfectos; de aquí que muchos sean incapaces de hacer armonizar sus nociones científicas con las declaraciones de las Sagradas Escrituras. Son muchos los que dan por hechos científicos, lo que no pasa de ser meras teorías y elucubraciones, y piensan que la Palabra de Dios debe ser puesta á prueba por las enseñanzas de "la ciencia falsamente llamada así."⁶ El Creador y sus obras están fuera de alcance de sus inteli-

⁴ Habacuc 2:2.

⁵ Salmo 97:11.

⁶ 1 Timoteo 6:20.

gencias; y como no pueden explicarlas por las leyes naturales, consideran la historia bíblica como si no mereciese fe. Los que dudan de la verdad de las narraciones del Antiguo y del Nuevo Testamento, dan á menudo un paso más y dudan de la existencia de Dios y atribuyen á la naturaleza el poder infinito. Habiendo perdido su ancla vienen á estrellarse contra las rocas de la incredulidad.

Es así como muchos hombres se alejan de la fe y son seducidos por el diablo. Los hombres han tratado de hacerse más sabios que su Creador; la filosofía ha tratado de sondear y de explicar misterios que no serán jamás revelados en el curso infinito de las edades. Si los hombres se limitasen á escudriñar y comprender tan sólo lo que Dios les ha revelado respecto de sí mismo y de sus propósitos, llegarían á tal concepto de la gloria, majestad y poder de Jehová, que se darían cuenta de su propia pequeñez y se contentarían con lo que ha sido revelado para conocimiento de ellos y de sus hijos.

Es una de las obras maestras de la seducción de Satanás la de mantener los espíritus de los hombres investigando y haciendo conjeturas sobre las cosas que Dios no ha dado á conocer y que no quiere que entendamos. Así es como Lucifer perdió su puesto en el cielo. Se indispuso porque todos los secretos de los designios de Dios no le fueron revelados, y no se fijó en lo que le había sido revelado respecto á su propia obra y al elevado puesto que le había sido asignado. Este mismo descontento lo fué despertando entre los ángeles que estaban bajo sus órdenes, causando así la caída de ellos. En nuestros días él trata de imbuir las mentes de los hombres con el mismo espíritu y de inducirlos además á despreciar los mandamientos directos de Dios.

Los que no quieren aceptar las verdades claras y contundentes de la Biblia están siempre en busca de fábulas agradables que tranquilicen la conciencia. Mientras menos apelan á la espiritualidad, á la abnegación y á la humildad las doctrinas presentadas, mayor es la aceptación de que gozan. Esas personas degradan sus facultades intelectuales para ser-

vir sus deseos carnales. Demasiado sabios en su propia opinión para buscar las Santas Escrituras con contrición, y pidiendo ardientemente á Dios que las guíe, no tienen escudo contra el error. Satanás está listo para satisfacer los deseos de sus corazones poniendo las seducciones en lugar de la verdad. Es así como el papado estableció su poder sobre los hombres; y al rechazar la verdad porque atrae el oprobio de la cruz, les protestantes siguen el mismo camino. Todos aquellos que descuiden la Palabra de Dios para estudiar asuntos de comodidad y conveniencia, á fin de no estar en desacuerdo con el mundo, serán dejados á su propia suerte para aceptar herejías condenables, creyéndolas constituir la verdad religiosa. Los que rechazan voluntariamente la verdad concluirán por aceptar todos los errores imaginables. El apóstol Pablo, hablando de una clase de personas que “no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos,” declara: “Por esto, Dios les envía la eficaz operación de error, á fin de que crean á la mentira; para que sean condenados todos aquellos que no creen á la verdad, sino que se complacen en la injusticia.”⁷ En vista de semejante advertencia nos importa ponernos en guardia respecto á las doctrinas que recibimos.

Entre las trampas más terribles del gran seductor figuran las enseñanzas engañosas y los fementidos milagros del espiritismo. Transformado en ángel de luz, el enemigo tiende sus redes donde menos se espera. Si los hombres no quisieran estudiar más que el Libro de Dios con oraciones sinceras á fin de comprenderlo, no serían dejados en las tinieblas para recibir falsas doctrinas. Pero como rechazan la verdad, se vuelven presa de la seducción.

Otro error peligroso es el de la doctrina que niega la divinidad de Cristo, so pretexto de que éste no existió antes de su venida á este mundo. Esta teoría goza aceptación entre muchos que profesan creer en la Biblia; y sin embargo esta misma teoría está en pugna evidente con las declaraciones más positivas de nuestro Salvador respecto á sus relaciones con el Padre, á su divino carácter y á su preexistencia.

⁷ 2 Tesalonicenses 2:10-12.

Esta teoría no puede ser sostenida sino violentando el sentido de las Sagradas Escrituras del modo más incalificable. No sólo rebaja nuestro concepto de la obra de redención, sino que también socava la fe en la Biblia como revelación de Dios. Mientras que esto la hace más peligrosa la hace también más difícil de combatir. Si los hombres rechazan el testimonio de las Sagradas Escrituras inspiradas, en lo relativo á la divinidad de Cristo, inútil es querer argumentar con ellos al respecto, pues ningún argumento, por convincente que fuese, podría hacer mella en ellos. "El hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; porque le son insensatez; ni las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente." Ninguna persona que haya aceptado este error, puede tener justo concepto del carácter ó de la misión de Cristo, ni del gran plan de Dios para la redención del hombre.

Otro error sutil y maligno y que está cundiendo con rapidez es el creer que Satanás no es un ser personal; que su nombre se emplea en las Sagradas Escrituras únicamente para representar los malos pensamientos y deseos de los hombres.

La enseñanza tan generalmente proclamada desde los púlpitos, de que el segundo advenimiento de Cristo se realiza á la muerte de cada individuo, es una estratagema que tiene por objeto distraer la atención de los hombres de la venida personal del Señor en las nubes del cielo. Hace años que Satanás ha estado diciendo: "¡He aquí, en los aposentos está!" y muchas almas se han perdido por haber aceptado tamaño engaño.

Por otra parte la sabiduría mundana enseña que la oración no es de todo punto necesaria. Los hombres de ciencia declaran que no puede haber respuesta real á las oraciones; que esto equivaldría á una violación de las leyes naturales, á todo un milagro, y que los milagros no existen. Dicen que el universe está gobernado por leyes inmutables y que Dios mismo no hace nada contrario á esas leyes. De suerte que representan á Dios ligado por sus propias leyes; como si el juego de las leyes divinas excluyese la libertad divina. Tal

* 1 Corintios 2:14.

° S. Mateo 24:23-26.

enseñanza está en oposición con el testimonio de las Sagradas Escrituras. ¿Acaso Cristo y sus apóstoles no hicieron milagros? El mismo Salvador compasivo vive en nuestros días, y está tan dispuesto á escuchar la oración de la fe como cuando marchaba en forma visible entre los hombres. Lo natural coopera con lo sobrenatural. Forma parte del plan divino el serenos concedido en respuesta á la oración de la fe, lo que no nos lo sería dado de otro modo.

Innumerables son las doctrinas erróneas y las ideas fantásticas que se desarrollan en el seno de las iglesias de la cristiandad. Es imposible calcular los resultados deplorables que acarrea el desprecio de una sola verdad de la Palabra de Dios. Pocos son los que se aventuran á hacer cosa semejante y que se contentan con rechazar lisa y llanamente una sencilla verdad. Los más siguen rechazando una tras otra las principales verdades, hasta que se convierten en verdaderos incrédulos.

Los errores de la teología hoy de moda han lanzado al escepticismo muchas almas que de otro modo habrían creído en las Escrituras. Es imposible para ellas aceptar doctrinas que hieren sus sentimientos de justicia, misericordia y benevolencia; y como tales doctrinas les son presentadas como enseñadas por la Biblia, rehusan recibirlas como Palabra de Dios.

Y ése es el objeto que Satanás trata de conseguir. Nada desea él tanto como destruir la confianza en Dios y en su Palabra. Satanás se encuentra al frente de los grandes ejércitos de los que dudan, y trabaja con inconcebible energía para seducir á las almas y atraerlas á sus filas. La duda está de moda hoy día. Una clase muy numerosa de personas miran la Palabra de Dios con la misma desconfianza con que miran á su Autor: porque ella reprueba y condena el pecado. Los que no desean obedecer á las exigencias de ella tratan de echar por tierra su autoridad. Si leen la Biblia ó atienden á sus enseñanzas proclamadas desde el púlpito es tan sólo para encontrar errores en las Santas Escrituras ó en el sermón. No son pocos los que se vuelven incrédulos para justificarse

ó para disculpar su descuido del deber. Otros adoptan principios escépticos por orgullo é indolencia. Por demás amigos de su comodidad para distinguirse ejecutando cosa alguna digna de honor y que exija esfuerzos y abnegación, aspiran á hacerse una reputación de sabiduría superior criticando la Biblia. Hay muchas cosas que el espíritu limitado del hombre que no ha sido alumbrado por la sabiduría divina, es incapaz de comprender; y así encuentran motivo para criticar. Hay muchas personas que parecen creer que es una virtud colocarse del lado de la duda, del escepticismo y de la incredulidad. Pero no dejará de advertirse que bajo una apariencia de candor y humildad, los móviles de estas personas son confianza en sí mismo y orgullo. Muchos se deleitan en buscar en las Sagradas Escrituras algo que confunda las mentes de los demás. Y aún hay quienes empiezan á criticar y á argumentar contra la verdad por el mero gusto de discutir. No se dan cuenta de que al obrar así se están enredando á sí mismos en el lazo del cazador. Efectivamente, habiendo expresado abiertamente su incredulidad, sienten que deben conservar sus posiciones. Y así es como se unen con los impíos y se cierran á sí mismos las puertas del paraíso.

Dios ha dado en su Palabra pruebas suficientes del divino origen de ésta. Las grandes verdades que se relacionan con nuestra redención están presentadas en ella con claridad. Con la ayuda del Espíritu Santo que ha sido prometido á todos los que lo pidieran con sinceridad, cada cual puede comprender estas verdades por sí mismo. Dios ha dado á los hombres un fundamento firme en que cimentar su fe.

Con todo, la irteligencia limitada de los hombres resulta inadecuada para comprender los planes del Dios infinito. Nuestras investigaciones no nos harán descubrir jamás las profundidades de Dios. No debemos intentar con mano presuntuosa levantar el velo que encubre su magestad. El apóstol exclama: “¡Cuán inescrutables son sus juicios, é investigables sus caminos!”¹⁰ No obstante podemos comprender lo bastante su modo de tratar con nosotros y los motivos que le hacen obrar como obra, para reconocer un amor y una

¹⁰ Romanos 11:33.

misericordia infinitos unidos á un poder sin límites. Nuestro Padre en el cielo dirige todas las cosas con sabiduría y justicia, y no debemos vivir descontentos ni desconfiados, sino inclinarnos en reverente sumisión. Él nos revelará sus designios en la medida en que su conocimiento sea para nuestro bien, y en cuanto á lo demás debemos confiarnos en Aquel cuya mano es omnipotente y cuyo corazón rebosa de amor.

Si bien es cierto que Dios ha dado pruebas evidentes para la fe, él no quitará jamás todas las disculpas que pueda haber para la incredulidad. Todos los que buscan motivos de duda los encontrarán. Y todos los que rehusan aceptar la Palabra de Dios y obedecerla hasta que toda objeción haya sido apartada y que no se encuentre más motivo de duda, no llegarán jamás á la luz.

La desconfianza hacia Dios es producto natural del corazón irregenerado que está en enemistad con él. Pero la fe es inspirada por el Espíritu Santo y no florecerá más que á medida que se la fomenta. Nadie puede robustecer su fe sin un esfuerzo determinado. La incredulidad también se robustece á medida que se la estimula; y si los hombres, en lugar de meditar en las evidencias que Dios les ha dado para sostener su fe, se permiten ponerlo todo en tela de juicio y entregarse á cavilaciones, verán confirmarse más y más sus dudas.

Pero los que dudan de las promesas de Dios y desconfían de las seguridades de su gracia, le deshonran; y su influencia en lugar de atraer á otros hacia Cristo, tiende á apartarlos de él; son como los árboles estériles que extienden á lo lejos sus oscuras ramas, interceptando los rayos del sol á las otras plantas y haciendo que languidezcan y mueran bajo la fría sombra. La carrera de esas personas resultará como un acto continuo de acusación contra ellos. Las semillas de duda y escepticismo que están propagando producirán infaliblemente su cosecha.

No hay más que una línea de conducta que puedan seguir los que desean sinceramente librarse de las dudas. En lugar de ponerlo todo en tela de juicio y de entregarse á cavila-

ciones al tratarse de cosas que no entienden, que den paso á la luz que ya está brillando en ellos y así recibirán aún más luz. Que cumplan todo deber que su inteligencia ha entendido y así se pondrán en condición de comprender y realizar también los deberes respecto á los cuales abrigan aún dudas.

Satanás puede presentar una impostura tan parecida á la verdad, que engañe á todos los que quieren ser engañados y que retroceden ante la abnegación y los sacrificios reclamados por la verdad; pero no puede de ningún modo retener en su poder una sola alma que desee sinceramente y á todo trance, conocer la verdad. Cristo es la verdad y “la Luz verdadera, que alumbra á todo hombre, que viene en este mundo.”¹¹ El espíritu de verdad ha sido enviado para guiar á los hombres en toda verdad. Y la siguiente declaración ha sido hecha bajo la autoridad del Hijo de Dios: “Buscad, y hallaréis.” “Si alguno quisiere hacer su voluntad (del Padre), conocerá de mi enseñanza, si es de Dios.”¹² Los discípulos de Cristo conocen poco las tramas que Satanás y sus huestes urden contra ellos. Pero el que está sentado en los cielos hará servir todas esas maquinaciones para el cumplimiento de sus altos designios. Si el Señor permite que su pueblo pase por el fuego de la tentación, no es porque se goce en sus penas y aficciones, sino porque esas pruebas son necesarias para su victoria final. Él no podría, en conformidad con su propia gloria, preservarlo de la tentación; pues el objeto de la prueba es precisamente el de prepararlo para resistir á todas las seducciones del mal.

Ni los impíos ni los demonios pueden oponerse á la obra de Dios ó interceptar su presencia á su pueblo, siempre que éste quiera con corazón sumiso y contrito confesar y abandonar sus pecados y reclamar con fe las promesas divinas. Toda tentación, toda influencia contraria, ya manifiesta ó secreta, puede ser resistida victoriosamente: “¡No por esfuerzo, ni con poder, sino por mi Espíritu! dice Jehová de los ejércitos.”¹³

¹¹ S. Juan 1: 9 (Versión Valera de la S. B. A.).

¹² S. Mateo 7:7; S. Juan 7:17.

¹³ Zacarías 4:6.

“Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos abiertos están á sus plegarias. ¿Y quién es aquel que os maltratará, si sois celosos de lo que es bueno?”¹⁴ Cuando Balaam, tentado por la promesa de ricos regalos, recurrió á encantamientos contra Israel, y quiso por medio de sacrificios ofrecidos al Señor, invocar una maldición sobre su pueblo, el Espíritu de Dios se opuso á la maldición que Balaam trataba de pronunciar, viéndose éste obligado á exclamar: “¿Cómo maldeciré á quien no ha maldecido Dios? ¿y cómo derramaré imprecaciones donde no las ha derramado Jehová?” “¡Muera yo de la muerte de los justos, y sea mi postrimería como la suya!” Después de haber ofrecido otro sacrificio, el profeta impío dijo: “He aquí que yo he recibido comisión para bendecir; sí, él ha bendecido, y no podré yo revocarlo. Él no ha reparado la iniquidad en Jacob, y no ha mirado la perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él; y en medio de él suenan vítores de rey.” “Que no hay hechizo contra Jacob, ni hay adivinación contra Israel. Á su tiempo será dicho de Jacob y de Israel: ¡Mirad lo que ha hecho Dios!”¹⁵ No obstante se levantaron altares por tercera vez, y Balaam volvió á hacer un nuevo esfuerzo para maldecir á Israel. Pero, por los labios rebeldes del profeta, el Espíritu de Dios anunció la prosperidad de su pueblo escogido y censuró la locura y maldad de sus enemigos: “¡Sean benditos los que te bendicen, y malditos los que te maldicen!”¹⁶

En aquel tiempo el pueblo de Israel era fiel á Dios; y mientras seguía obedeciendo á su ley, ningún poder de la tierra ó del infierno hubiese prevalecido contra él. Pero la maldición que no había sido permitido á Balaam pronunciar contra el pueblo de Dios, él al fin consiguió lanzarla arras-trándolo al pecado. Israel al quebrantar los mandamientos de Dios se separó de él y fué abandonado al poder del destructor.

Satanás sabe muy bien que el alma más débil pero que permanece en Jesús puede más que todas las huestes de las

¹⁴ 1 Pedro 3:12, 13. ¹⁵ Números 23:8, 10, 20, 21, 23; 24:9.

tinieblas, y que en caso de que se presente á la vista se le haría frente y se le resistiría. Por esto trata de atraer á los soldados de la cruz fuera de su baluarte, mientras que él mismo permanece con sus fuerzas en emboscada, listo para destruir á todos aquellos que se aventuren á entrar en su territorio. Sólo podemos estar seguros cuando confiamos humildemente en Dios y que obedecemos todos sus mandamientos. Nadie que no ore puede estar seguro un solo día ó una sola hora. Deberíamos sobre todo pedir al Señor que nos dé sabiduría para comprender su Palabra. En ella es donde están puestos de manifiesto los artificios del tentador y las armas que le pueden ser opuestas con éxito. Satanás es muy perito en eso de citar las Santas Escrituras é interpretar pasajes á su modo, pensando de este modo hacernos tropezar. Deberíamos estudiar la Biblia con humildad de corazón, sin perder jamás de vista nuestra dependencia de Dios. Y mientras estemos siempre en guardia contra los engaños de Satanás deberíamos orar con fe diciendo: "No nos pongas en tentación."





EL PRIMER GRAN ENGAÑO — 34

DESDE los tiempos más remotos de la historia del hombre, Satanás se esforzó por engañar á nuestra raza. Él que había promovido la rebelión en el cielo, deseaba inducir á los habitantes de la tierra á que se uniesen con él en su lucha contra el gobierno de Dios. Adán y Eva habían sido perfectamente felices mientras obedecieron á la ley de Dios, y esto constituía un testimonio permanente contra la pretensión que Satanás había hecho valer en el cielo de que la ley de Dios era abrumadora y contraria al bien de sus criaturas. Además, la envidia de Satanás se despertó al ver la hermosísima morada preparada para la inocente pareja. Resolvió hacer caer á ésta para que ya separada de Dios y arrastrada bajo su propio poder, pudiese él apoderarse de la tierra y establecer allí su reino en oposición al del Altísimo.

Si Satanás se hubiese presentado en su verdadero carácter, habría sido rechazado en el acto, pues Adán y Eva habían sido prevenidos contra este enemigo peligroso; pero Satanás trabajó en la obscuridad, encubriendo su propósito á fin de poder realizar mejor sus fines. Valiéndose de la serpiente, que era entonces una criatura de fascinadora apariencia, se dirigió á Eva, diciéndole: “¿Conque ha dicho Dios; No comeréis de ningún árbol del jardín?”¹ Si Eva hubiese rehusado entrar en discusión con el tentador, se habría salvado; pero ella se aventuró á alegar con él y entonces fué víctima de sus artificios. Así es como muchas personas son aún vencidas. Dudan y discuten respecto á la voluntad de

¹ Génesis 3:1.

Dios, y en lugar de obedecer sus mandamientos, aceptan teorías humanas que no sirven más que para encubrir los engaños de Satanás.

“Y respondió la mujer á la serpiente: Del fruto de los árboles del jardín bien podemos comer: mas del fruto del árbol que está en medio del jardín, ha dicho Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, no sea que muráis. Entonces dijo la serpiente á la mujer: De seguro que no moriréis; antes bien, sabe Dios que en el día que comiereis de él, vuestros ojos serán abiertos, y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.”² La serpiente declaró que se volverían como dioses y que tendrían más sabiduría que antes y que serían capaces de entrar en un estado superior de existencia. Eva cedió á la tentación, y por influjo suyo Adán fué inducido á pecar. Ambos aceptaron la declaración de la serpiente de que Dios no había querido decir lo que había dicho; desconfiaron de su Creador y se imaginaron que les estaba coartando la libertad y que podían ganar gran caudal de sabiduría y mayor elevación quebrantando su ley.

Pero ¿cómo comprendió Adán, después de su pecado, el sentido de las siguientes palabras: “En el día que comieres de él de seguro morirás”? ¿Comprendió que significaban lo que Satanás le había inducido á creer, que iba á ascender á un grado más alto de existencia? De haber sido esto así habría seguramente salido ganando con la transgresión, y Satanás se habría portado como bienhechor de la raza. Pero Adán reconoció que no era tal el sentido de la declaración divina. Dios sentenció al hombre, en castigo por su pecado, á volver á la tierra de donde había sido tomado: “Porque polvo eres, y al polvo tornarás.”³ Las palabras de Satanás: “Vuestros ojos serán abiertos” resultaron ser verdad pero sólo del modo siguiente: después de que Adán y Eva hubieron desobedecido á Dios, sus ojos fueron abiertos y les hicieron reconocer su locura; conocieron entonces lo que era el mal y probaron el amargo fruto de la transgresión. En medio de Edén crecía el árbol de la vida, cuyo fruto tenía el poder de perpetuar la vida. Si Adán hubiese permanecido

² Génesis 3:2-5.

³ Génesis 3:19.

cido obediente á Dios, habría seguido gozando de libre acceso á aquel árbol y habría vivido eternamente. Pero en cuanto hubo pecado, quedó excluído de la participación del árbol de la vida y sujeto á la muerte. La sentencia divina: “Porque polvo eres, y al polvo tornarás,” envuelve la extinción completa de la vida.

La inmortalidad prometida al hombre bajo la condición de obediencia, fué perdida por la transgresión. Adán no podía transmitir á su posteridad lo que ya no poseía; y tampoco habría quedado más esperanza para la raza caída, si Dios, por el sacrificio de su Hijo, no hubiese puesto la inmortalidad á su alcance. Así como “la muerte pasó por todos los hombres, por cuanto todos pecaron,” Cristo “ha sacado á luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio.”⁴ Y sólo por Cristo puede obtenerse la inmortalidad. Jesús dijo: “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; mas aquel que no cree al Hijo, no verá la vida.”⁵ Todo hombre puede adquirir un bien tan inestimable si consiente en someterse á las condiciones necesarias: Todos “los que perseverando en el bien hacer, buscan la gloria, la honra y la inmortalidad,” recibirán la vida eterna.⁶

El único que prometió á Adán la vida en la desobediencia fué el gran seductor. Y la declaración de la serpiente á Eva en Edén —“De seguro que no moriréis”— fué el primer sermón que haya sido jamás predicado sobre la inmortalidad del alma. Y sin embargo, esta misma declaración, fundada únicamente en la autoridad de Satanás, repercuté desde los pulpitos de la cristiandad, y es recibida por la mayoría de los hombres con tanta prontitud como lo fué por nuestros primeros padres. Á la divina sentencia: “El alma que pecare, ésa es la que morirá,”⁷ se le da el sentido siguiente: El alma que pecare, ésa no morirá, sino que vivirá eternamente. No puede uno menos que extrañar la rara infatuación con que los hombres creen sin más ni más las palabras de Satanás y se muestran tan incrédulos á las palabras de Dios.

⁴ Romanos 5:12; 2 Timoteo 1:10.

⁶ Romanos 2:7.

⁵ S. Juan 3:36.

⁷ Ezequiel 18:20.

Si al hombre, después de su caída, se le hubiese permitido tener libre acceso al árbol de la vida, habría vivido para siempre, y así el pecado se habría inmortalizado. Pero un querubín y una espada que arrojaba llamas guardaban "el camino del árbol de la vida,"³ y á ningún miembro de la familia de Adán le ha sido permitido salvar esta raya y participar de esa fruta de la vida. Por consiguiente no hay ni un solo pecador inmortal.

Pero después de la caída, Satanás ordenó á sus ángeles que hicieran un esfuerzo especial para inculcar la creencia de la inmortalidad natural del hombre; y después de haber inducido al pueblo á aceptar este error, debían llevarlo á la conclusión de que el pecador viviría en penas eternas. Ahora el príncipe de las tinieblas, obrando por conducto de sus agentes, representa á Dios como un tirano vengativo, que declara que arroja al infierno á todos aquellos que no le agradan, y que les hace sentir eternamente los efectos de su ira, y que mientras ellos sufren tormentos indecibles y se retuercen en las llamas eternas, su Creador los mira satisfecho.

Así es como el gran enemigo reviste con sus propios atributos al Creador y Bienhechor de la humanidad. La crueldad es satánica. Dios es amor, y todo lo que él creó era puro, santo y amable, hasta que el pecado fué introducido por ese primer gran rebelde. Satanás mismo es el enemigo que tienta al hombre y lo destruye luego si puede; y cuando se ha hecho dueño de esa víctima se alaba de la ruina que ha causado. Si le fuese permitido cogería á toda la raza humana en sus redes. Si no fuese por la intervencióndel poder divino, ni hijo ni hija de Adán escaparían.

Hoy día Satanás está tratando de seducir á los hombres, como sedujo á nuestros primeros padres, debilitando su confianza en el Creador, é induciéndoles á dudar de la sabiduría de su gobierno y de la justicia de sus leyes. Satanás y sus emisarios representan á Dios como peor que ellos, para justificar su propia perversidad y su rebeldía. El gran seductor se esfuerza en atribuir su propia crueldad á nuestro

³ Génesis 3:24.

Padre celestial, para hacerle aparecer como responsable de su desdicha al haberle expulsado del cielo por no haber querido someterse á un gobierno tan injusto. Él presenta al mundo la libertad de que gozaría bajo su dulce cetro, en contraposición con la esclavitud impuesta por los severos decretos de Jehová. Es así como logra retraer á las almas de la sumisión á Dios.

¡Cuán repugnante á todo sentimiento de amor y de misericordia y hasta á nuestro sentido de justicia es la doctrina según la cual los perversos después de muertos son atormentados con fuego y azufre en un infierno que arde eternamente, y de que por los pecados de una corta vida terrenal deban sufrir tormentos por tanto tiempo como Dios viva! Sin embargo, esta doctrina ha sido generalmente enseñada y se encuentra aún incorporada en muchos de los credos de la cristiandad. Un sabio teólogo ha dicho: “El espectáculo de los tormentos del infierno aumentará para siempre la dicha de los santos. Cuando vean á otros seres de la misma naturaleza que ellos y que nacieron en las mismas circunstancias, cuando los vean sumidos en semejante desdicha, mientras que ellos estén en tan diferente situación, sentirán en mayor grado el goce de su felicidad.” Otro ha dicho lo siguiente: “Mientras que la sentencia de reprobación se esté llevando á efecto por toda la eternidad sobre los desgraciados que sean objeto de la ira, el humo de sus tormentos subirá eternamente también á la vista de los que sean objeto de misericordia, y que, en lugar de compadecerse de aquéllos, exclamarán: ¡Amén! ¡Aleluya! ¡Alabad al Señor!”

¿En qué página de la Palabra de Dios se puedé encontrar semejante enseñanza? ¿Los rescatados no sentirán acaso en el cielo ninguna compasión y ni siquiera un leve asomo de humanidad? ¿Esos sentimientos serán por ventura substituídos por la indiferencia del estoico ó la crueldad del salvaje?—No, mil veces no. No es ésa la enseñanza del Libro de Dios. Los que presentan opiniones como las expresadas en las citas anteriores pueden ser sabios y hasta hombres honrados; pero han sido engañados por los sofismas de Sa-

tanás. Él es el que los induce á desnaturalizar las enérgicas expresiones de las Sagradas Escrituras, dando al lenguaje bíblico un tinte de amargura y malignidad que es propio de él, Satanás, pero no de nuestro Creador. “¡Vivo yo! dice Jehová el Señor, que no me complazco en la muerte del inicuo, sino antes en que vuelva el inicuo de su camino y viva. ¡Volveos, volveos de vuestros caminos malos pues: ¿por qué moriréis?”*

¿Qué ganaría Dios con que creyéramos que él se goza en contemplar los tormentos eternos, que se deleita en oír los gemidos, los gritos de dolor y las imprecaciones de las criaturas á quienes mantiene sufriendo en las llamas del infierno? ¿Pueden acaso esas tan horrendas disonancias ser música para los oídos de Aquel que es amor infinito? Se alegra que esas penas sin fin que sufren los malos demuestran el odio de Dios hacia el pecado, ese mal tan funesto á la paz y al orden del universo. ¡Oh horrible blasfemia! ¡Como si el odio que Dios tiene al pecado fuese motivo para eternizar el pecado! Pues según las enseñanzas de esos mismos teólogos, los tormentos continuos y sin esperanza de misericordia enfurecen sus miserables víctimas, que al dar salida á su rabia con juramentos y blasfemias, aumentan continuamente el peso de su culpabilidad. La gloria de Dios no gana nada con que se perpetúe el pecado al través de los siglos sin fin.

Le es imposible al espíritu humano estimar el mal que ha resultado de la herejía de los tormentos eternos. La religión de la Biblia, llena de amor y de bondad, y que abunda en compasión, resulta empañada por la superstición y revestida de terror. Cuando consideramos con cuán falsos colores Satanás ha pintado el carácter de Dios ¿podemos admirarnos de que se tema, y hasta se aborrezca á nuestro Creador misericordioso? Las ideas espantosas que respecto de Dios han sido propagadas por el mundo por medio de las enseñanzas del púlpito, han hecho miles y hasta millones de escépticos é incrédulos.

La teoría de las penas eternas es una de las falsas doctrinas que constituyen el vino de las abominaciones de Babi-

* Ezequiel 33 :11.

lonia, del cual ella da de beber á todas las naciones.¹⁰ Es verdaderamente inexplicable que los ministros de Cristo hayan aceptado esta herejía y la hayan proclamado desde el púlpito. La recibieron de Roma, como de Roma también recibieron el falso día de reposo. Es cierto que dicha herejía ha sido enseñada por hombres piadosos y eminentes, pero es que la luz sobre este asunto no les había sido dada como á nosotros. Ellos no fueron responsables más que por la luz que brillaba en su tiempo; nosotros tenemos que responder por la que brilla en nuestros días. Si nos alejamos del testimonio de la Palabra de Dios y aceptamos falsas doctrinas porque nuestros padres las enseñaron, caemos bajo la condena-ción pronunciada contra Babilonia; estamos bebiendo del vino de sus abominaciones.

Muchos á quienes subleva la doctrina de los tormentos eternos se lanzan al error opuesto. Ven que las Santas Escrituras representan á Dios como un ser lleno de amor y compasión, y no pueden creer que él quiera abandonar sus criaturas á las llamas de un infierno eterno. Pero, como creen que el alma es de por sí inmortal, no ven otra alternativa y llegan á la conclusión de que toda la humanidad será finalmente salvada. Muchos son los que consideran las amenazas de la Biblia como destinadas tan sólo á amedrentar á los hombres para que obedezcan y no como si fuesen á cumplirse literalmente. Así el pecador puede vivir en placeres egoístas, sin prestar atención alguna á lo que Dios exige de él, y esperar sin embargo que será recibido finalmente en su gracia. Semejante doctrina que así especula con la misericordia divina, pero que ignora su justicia, agrada al corazón carnal y alienta á los malos en su iniquidad.

Para muestra de cómo los que creen en la salvación universal tuercen el sentido de las Escrituras para sostener sus dogmas deletéreos para las almas, basta citar sus propias declaraciones. En los funerales de un joven irreligioso, muerto instantáneamente en una desgracia, un ministro universalista escogió por texto de su discurso las siguientes pa-

¹⁰ Apocalipsis 14:8; 17:2.

labrars que se refieren á David: "Ya se había consolado respecto de Amnón, visto que era muerto."¹⁴

"Á menudo me preguntan," dijo el orador, "cuál será la suerte de los que mueren en el pecado, que mueren tal vez en estado de embriaguez, que mueren sin haber lavado sus vestiduras de las manchas ensangrentadas del crimen, ó que mueren como este joven, sin haber hecho jamás profesión religiosa ni hecho experiencia alguna en asunto de religión. Nos contentamos con citar las Sagradas Escrituras; la contestación que nos dan al respecto ha de resolver tan tremendo problema. Amnón era pecador en extremo; era impenitente, se embriagó y fué muerto en ese estado. David era un profeta de Dios; él debía saber si Amnón se encontraría bien ó mal en el mundo por venir ¿Cuáles fueron las expresiones de su corazón?—'El alma del rey David anhelaba salir á reunirse con Absalom; pues ya se había consolado respecto de Amnón, visto que era muerto.'

"¿Y qué es lo que debemos deducir de estas palabras? ¿No es acaso el que los sufrimientos sin fin no formaban parte de su creencia religiosa?—Así lo entendemos nosotros; y aquí encontramos un argumento triunfante en apoyo de la hipótesis más agradable, más luminosa y más benévola de la pureza y de la paz finales y universales. Se había consolado de la muerte de su hijo. ¿Y por qué?—Porque él podía con su ojo de profeta echar una mirada hacia el glorioso porvenir, ver á su hijo muy alejado de todas las tentaciones, libertado y purificado de la esclavitud y corrupciones del pecado, y, después de haber sido suficientemente santificado é iluminado, verlo admitido á la asamblea de espíritus superiores y dichosos. Su solo consuelo consistía en que su hijo amado al haber sido recogido del presente estado de pecado y padecimiento, había ido adonde el soplo sublime del Espíritu Santo sería derramado sobre su alma obscurecida; adonde su espíritu se desarrollaría con la sabiduría del cielo y con los dulces transportes del amor eterno, siendo así

¹⁴ 2 Samuel 13:39.

preparado á gozar con una naturaleza santificada del descanso y de las glorias de la herencia eterna.

“Con esto queremos dar á entender que creemos que la salvación del cielo no depende en nada de lo que podemos hacer en esta vida, ni de un cambio actual del corazón, ni de una creencia actual ni de una profesión de fe religiosa.”

Así es como este ministro declarado de Cristo reitera la mentira ya dicha por la serpiente en Edén: “De seguro que no moriréis.” “En el día que comiereis de él, vuestros ojos, serán abiertos, y seréis como Dios.” Afirma que los más viles pecadores — el homicida, el ladrón y el adúltero — serán preparados después de la muerte para gozar de la eterna bienaventuranza.

¿Y de dónde saca sus conclusiones este falseador de las Sagradas Escrituras? — De una simple frase que expresa la sumisión de David á la dispensación de la Providencia. Su alma “anhelaba salir á reunirse con Absalom; pues ya se había consolado respecto de Amnón, vistó que era muerto.” Al mitigarse con el andar del tiempo la acrimonia de su aflicción, sus pensamientos se volvieron del hijo muerto al hijo vivo que se había desterrado voluntariamente por temor al justo castigo de su crimen. ¿Y esto es una evidencia de que el incestuoso y ebrio Amnón fué á su muerte llevado inmediatamente á la morada de los bienaventurados, para ser purificado y preparadò allí para la sociedad de los ángeles immaculados! ¿Fábula amena, por cierto, muy apropiada para satisfacer el corazón carnal! Es la doctrina del mismo Satanás y que produce su efecto. ¿Es entonces de extrañar que con tales enseñanzas la iniquidad abunde?

Lo que se propone este falso maestro nos muestra á lo vivo lo que otros muchos pretenden. Se desprenden de sus contextos unas cuantas palabras de las Sagradas Escrituras por más que aquéllos encierren un significado contrario muchas veces al que se les presta; y esos pasajes así aislados se tuercen y se emplean para probar doctrinas que no tienen ningún fundamento en la Palabra de Dios. El pasaje citado para probar que el ebrio Amnón está en el cielo, no pasa de

mera conjetura, contradicha terminantemente por la declaración llana y positiva de las Santas Escrituras de que los dados á la embriaguez no poseerán el reino de Dios.¹² Y así es como los que dudan, los incrédulos y los escépticos convierten la verdad en mentira. Y con semejantes sofismas se ha engañado á muchedumbres á quienes se ha arrullado en la cuna de una seguridad carnal.

Si fuese cierto que las almas de todos los hombres van derecho al cielo en la hora de la disolución, entonces bien podríamos anhelar la muerte antes que la vida. Muchas personas han sido inducidas á poner fin á su existencia. Cuando está uno anonadado por los cuidados, por las perplejidades y los desengaños, parece cosa fácil romper el delgado hilo de la vida y lanzarse hacia la bienaventuranza del mundo eterno.

Dios declara positivamente en su Palabra, que castigará á los transgresores de su ley. Los que se lisonjean con la idea de que es demasiado misericordioso para ejecutar su justicia contra los pecadores, no tienen más que mirar á la cruz del Calvario. La muerte del inmaculado Hijo de Dios testifica que "los gajes del pecado son la muerte," que toda violación de la ley de Dios debe recibir su justa retribución. Cristo que era sin pecado se hizo pecado á causa del hombre. Él cargó con la culpabilidad de la transgresión y sufrió que su Padre apartase su faz de él hasta que su corazón fué destrozado y su vida aniquilada. Hizo todos esos sacrificios á fin de redimir al pecador. De ningún otro modo habría podido el hombre libertarse de la penalidad del pecado. Y toda alma que se niegue á participar de la expiación conseguida á tal precio, debe cargar en su propia persona con la culpabilidad y con el castigo por la transgresión.

Consideremos lo que la Biblia enseña además respecto á los impíos y á los que no se han arrepentido, y á quienes los universalistas colocan en el cielo como santos y bienaventurados ángeles.

"¡Al que tuviere sed, le daré á beber de la fuente del agua de la vida de balde!" Esta promesa es sólo para aquellos que tuvieren sed. Sólo aquellos que sienten la necesidad del

¹² 1 Corintios 6:10.

agua de la vida y que la buscan á cualquier precio, la recibirán. “¡El que venciere, heredará todas las cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo!”¹⁸ Aquí también, las condiciones están especificadas. Para heredar todas las cosas, debemos resistir y vencer al pecado.

El Señor declara por el profeta Isaías: “Decid al justo, que le irá bien.” “¡Ay del malo! pues mal le irá; porque la recompensa de lo que han hecho sus manos le será dada!”¹⁹ “Pero aunque el pecador haga mal cien veces,” dice el sabio, “y con todo se le prolonguen los días, sin embargo yo ciertamente, sé que les irá bien á los que temen á Dios, por lo mismo que temen delante de él. Al hombre malo empero no le irá bien.”²⁰ Y S. Pablo declara que el pecador atesora para sí “ira en el día de la ira y revelación del justo juicio de Dios; el cual recompensará á cada uno conforme á sus obras;” “tribulación y angustia, lo cual vendrá sobre toda alma humana que obra el mal.”²¹

“Ningún fornicario, ni persona impúdica, ú hombre avaro, el cual es idólatra, tiene herencia alguna en el reino de Cristo y de Dios.”²² “Seguid la paz para con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.”²³ “¡Bienaventurados aquellos que lavan sus ropas, para que tengan derecho de llegar al árbol de la vida y que puedan entrar por las puertas en la ciudad! Excluidos están los perros, y los hechiceros, y los fornicarios, y los homicidas, y los idólatras, y cada uno que ama y obra la mentira.”²⁴

Dios ha hecho á los hombres una declaración respecto de su carácter y de su modo de proceder con el pecador. “¡Jehová, Jehová, Dios compasivo y clemente, lento en iras y grande en misericordia y fidelidad; que usa de misericordia hasta la milésima generación; que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado, pero que de ningún modo tendrá por inocente al rebelde!”²⁵ “Destruirá á todos los inicuos.” “Los transgresores ¡todos á una son destruídos; el porvenir de los malos es cortado!”²⁶ El poder y la autoridad del go-

¹⁸ Apocalipsis 21:6, 7.¹⁹ Isaías 3:10, 11.²⁰ Eclesiastés 8:12, 13.²¹ Romanos 2:5, 6, 9.²² Efesios 5:5.²³ Hebreos 12:14.²⁴ Apocalipsis 22:14, 15.²⁵ Éxodo 34:6, 7.²⁶ Salmos 145:20; 37:38.

bierno de Dios servirán para vencer la rebelión; sin embargo, todas las manifestaciones de su justicia retributiva estarán perfectamente en armonía con el carácter de Dios, de un Dios misericordioso, paciente y benévolo.

Dios no fuerza la voluntad ni el juicio de nadie. No se complace en la obediencia servil. Quiere que las criaturas salidas de sus manos le amen porque es digno de amor. Quiere que le obedezcan porque aprecia debidamente su sabiduría, su justicia y su bondad. Y todos los que tienen justo concepto de estos atributos le amarán porque serán atraídos á él por la admiración de sus atributos.

Los principios de bondad, misericordia y amor enseñados y puestos en práctica por nuestro Salvador son fiel trasunto de la voluntad y del carácter de Dios. Cristo declaró que no enseñaba nada que no lo hubiese recibido de su Padre. Los principios del gobierno divino se armonizan perfectamente con el precepto del Salvador: "Amad á vuestros enemigos." Dios ejecuta su justicia sobre los malos para el bien del universo, y hasta para el bien de aquellos sobre quienes recaen sus juicios. Él quisiera hacerlos felices, si lo pudiera, de acuerdo con las leyes de su gobierno y la justicia de su carácter. Él extiende hasta ellos las manifestaciones de su amor, les concede el conocimiento de su ley y los persigue con las ofertas de su misericordia; pero ellos desprecian su amor, invalidan su ley y rechazan su misericordia. Por más que reciben continuamente sus dones, deshonran al Dador; aborrecen á Dios porque saben que aborrece sus pecados. El Señor soporta mucho tiempo sus perversidades; pero la hora decisiva llegará al fin y entonces su suerte quedará resuelta. ¿Encadenará él entonces estos rebeldes á su lado? ¿Los obligará á hacer su voluntad?

Los que han escogido á Satanás por jefe, y que se han puesto bajo su poder, no están preparados para comparecer ante Dios. El orgullo, el engaño, la impureza, la crueldad se han arraigado en sus caracteres ¿pueden entonces entrar en el cielo para morar eternamente con aquellos á quienes despreciaron y odiaron en la tierra? La verdad

no le gustará nunca al mentiroso; la humildad no satisfará jamás á la vanidad y al orgullo; la pureza no puede ser aceptada por el disoluto; el amor desinteresado no tiene atractivo para el egoísta. ¿Qué goces podría ofrecer el cielo á los que están completamente absorbidos en los intereses egoístas de la tierra?

¿Acaso podrían aquellos que han pasado su vida en rebelión contra Dios ser transportados de pronto al cielo y contemplar el alto y santo estado de perfección que allí se vé: las almas todas rebosantes de amor; los semblantes radiantes de alegría; la música arrobadora elevándose en acordes melodiosos en honor á Dios y al Cordero, y raudales de luz brotando del rostro de Aquel que está sentado en el trono y extendiéndose sobre los redimidos? ¿Podrían acaso aquellos cuyos corazones están llenos de odio hacia Dios y á la verdad y á la santidad, mezclarse con los ejércitos celestiales y unirse á sus cantos de alabanza? ¿Podrían soportar la gloria de Dios y del Cordero?—No, no; años de prueba les fueron concedidos para que pudiesen formar caracteres para el cielo; pero nunca se acostumbraron á amar lo que es puro; nunca han aprendido el lenguaje del cielo, y ya es demasiado tarde. Una vida de rebelión contra Dios los ha inhabilitado para el cielo. La pureza, la santidad y la paz que reinan allí serían para ellos un tormento; la gloria de Dios sería para ellos un fuego consumidor. Ansiarían huir de aquel santo lugar. Desearían que viniese destrucción que los cubriese de la faz de Aquel que murió para redimirnos. La suerte de los malos es determinada por la propia elección de ellos. Su exclusión del cielo es un acto de su propia voluntad y un acto de justicia y misericordia por parte de Dios.

Del mismo modo que las aguas del diluvio, las llamas del gran día proclamarán el veredicto de Dios de que los malos son incurables. Ellos no tienen ninguna disposición para someterse á la autoridad divina. Han hecho uso de su voluntad en la rebeldía; y cuando termine la vida será demasiado tarde para desviar la corriente de sus pensamientos en sen-

tido opuesto, demasiado tarde para volverse de la transgresión hacia la obediencia, del odio hacia el amor.

Al perdonarle la vida á Caín el homicida, Dios dió al mundo un ejemplo de lo que sucedería si le fuese permitido al pecador seguir llevando una vida de iniquidad sin freno. La influencia de las enseñanzas y de la conducta de Caín arrastraron al pecado á multitudes de sus descendientes, hasta hacerse “mucha la maldad del hombre en la tierra, y que toda imaginación de los pensamientos de su corazón era solamente mala todos los días.” “Y habíase corrompido la tierra delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia.”²²

Fué por misericordia para con el mundo por lo que Dios barrió los habitantes de ella en tiempo de Noé. Fué también por misericordia por lo que destruyó á los habitantes corrompidos de Sodoma. Debido al poder engañoso de Satanás, los obreros de iniquidad se granjean simpatía y admiración y arrastran siempre así á otros á la rebelión. Así sucedió en días de Caín y de Noé, como también en tiempo de Abraham y de Lot; y así sucede en nuestros días. Por misericordia para con el universo destruirá Dios finalmente á los que rechazan su gracia.

“Los gajes del pecado son la muerte; mas el don gratuito de Dios es la vida eterna, en Jesu-Cristo nuestro Señor.”²³ Mientras la vida es la heredad de los justos, la muerte es la porción de los malos. Moisés declaró á Israel: “Mira que pongo delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal.”²⁴ La muerte de que se habla en este pasaje no es aquella á la cual fué condenado Adán, pues toda la humanidad sufre la penalidad de su transgresión. Es “la muerte segunda,” puesta en contraste con la vida eterna.

Á consecuencia del pecado de Adán, la muerte pasó á toda la raza humana. Todos descienden igualmente á la tumba. Y debido á las disposiciones del plan de salvación, todos saldrán de los sepuleros. “Ha de haber resurrección así de justos como de injustos.”²⁵ “Porque como en Adán todos ellos mueren, así también en el Cristo todos ellos serán vivi-

²² Génesis 6:5, 11.

²³ Romanos 6:23.

²⁴ Deuteronomio 30:15.

²⁵ Hechos 24:15.

ficados.”²⁶ Pero queda sentada una distinción entre las dos clases que serán resucitadas. “Todos los que están en los sepulcros oirán su voz (del Hijo del hombre), y saldrán; los que han hecho bien, para resurrección de vida, y los que han practicado lo malo para resurrección de condenación.”²⁷ Los que hayan sido “tenidos por dignos” de resucitar para la vida son llamados “dichosos y santos.” “Sobre los tales la segunda muerte no tiene poder.”²⁸ Pero los que por medio del arrepentimiento y de la fe, no hayan asegurado para sí el perdón, recibirán el castigo señalado á la transgresión: “los gajes del pecado.” Sufrirán un castigo de duración é intensidad diversas “conforme á sus obras,” pero que terminará finalmente en la segunda muerte. Como Dios no puede en conformidad con su justicia y con su misericordia, salvar al pecador en sus pecados, le priva de la existencia misma que sus transgresiones tenían ya comprometida y de la que se ha mostrado indigno. Un escritor inspirado dice: “Porque todavía un poco, y el malo no será; y examinarás con diligencia su lugar, y él no estará allí.” Y otro dice: “Vendrán á quedar cual si nunca hubiesen sido.”²⁹ Cubiertos de infamia caerán en irreparable y eterno olvido.

Así se pondrá fin al pecado y á toda desolación y ruinas que de él procedieron. El salmista dice: “Has reprendido naciones, has destruído al inicuo; has borrado el nombre de ellos para siempre jamás. En cuanto al enemigo, se han acabado para siempre sus asolamientos.”³⁰ S. Juan, al echar en el Apocalipsis una mirada hacia la eternidad, oyó una antífona universal de alabanzas que no era interrumpida por ninguna disonancia. Oyó á todas las criaturas del cielo y de la tierra rindiendo gloria á Dios.³¹ Ahí no habrá, pues, para blasfemar á Dios, almas perdidas torciéndose en tormentos sin fin, ni seres infortunados del infierno que unan sus gritos de espanto á los himnos de los elegidos.

En el error fundamental de la inmortalidad natural, descansa la doctrina del estado consciente de los muertos, doctrina que, como la de los tormentos eternos, está en pugna

²⁶ 1 Corintios 15:22.

²⁷ S. Juan 5:28, 29.

²⁸ Apocalipsis 20:6.

²⁹ Salmo 37:10; Abdías 16.

³⁰ Salmo 9:5, 6.

³¹ Apocalipsis 5:13.

con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, con los dictados de la razón y con nuestros sentimientos de humanidad. Según la creencia popular, los redimidos en el cielo están al cabo de todo lo que pasa en la tierra, y especialmente de lo que les pasa á los amigos que han dejado tras sí. ¿Pero cómo podría ser fuente de dicha para los muertos el tener conocimiento de las aficciones y congojas de los vivos, el ver los pecados cometidos por aquellos á quienes aman y verlos sufrir todas las penas, desengaños y angustias de la vida? ¿Cómo los que revolotean al rededor de sus amigos en la tierra podrían gozar de la bienaventuranza del cielo? ¡Y qué repulsiva la creencia de que apenas exhalado el último suspiro, el alma del impenitente es arrojada á las llamas del infierno! ¡En qué abismos de dolor no deben sumirse los que ven á sus amigos bajar á la tumba sin preparación para entrar en una eternidad de pecado y de dolor! Muchos han sido arrastrados á la locura por este horrible pensamiento que los atormentara. ¿Qué dicen las Sagradas Escrituras á este respecto? David declara que el hombre no es consciente en la muerte: “Sale su espíritu, y él se torna en su tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos.”⁸² Salomón da el mismo testimonio: “Los vivos saben que han de morir; pero los muertos nada saben ya.” “Su amor, así como su odio y su envidia, ya ha mucho que perecieron, ni vuelven ellos á tener parte jamás en nada de lo que sucede debajo del sol.” “No hay obra, ni empresa, ni ciencia, ni sabiduría en el sepulcro á donde vas.”⁸³

Cuando, en respuesta á sus oraciones, la vida de Ezequías fué prolongada por quince años, el rey agradecido, rindió á Dios un tributo de alabanzas por su gran misericordia. En su canto de alabanza, dice por qué se alegraba: “No te ha de alabar el sepulcro; la muerte no te celebrará; ni esperarán en tu verdad los que bajan al hoyo. El viviente, el viviente sí, él te alabará, como yo, el día de hoy.”⁸⁴ La teología de moda presenta á los justos que fallecen como si estuvieran en el cielo gozando de la bienaventuranza y loando á Dios con lenguas inmortales.

⁸² Salmo 146:4.⁸³ Eclesiastés 9:5, 6, 10.⁸⁴ Isaías 38:18, 19.

Pero Ezequías no veía tan gloriosa perspectiva en la muerte. Sus palabras concuerdan con el testimonio del salmista: “En la muerte no hay memoria de ti; en el sepulcro ¿quién te loará?” “No son los muertos los que alaban á Jehová, ni todos los que bajan al silencio.”⁸⁶

S. Pedro, en el día de Pentecostés declaró que el patriarca David “murió y fué enterrado, y su sepulcro está en medio de nosotros hasta el día de hoy.” “Porque David no subió á los cielos.”⁸⁷ El hecho de que David permanecerá en el sepulcro hasta el día de la resurrección, prueba que los justos no van al cielo cuando mueren. Es sólo mediante la resurrección, y en virtud y como consecuencia de la resurrección de Cristo por lo que David podrá finalmente sentarse á la diestra de Dios.

Y S. Pablo dice: “Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Luego también los que durmieron en Cristo, son perdidos.”⁸⁸ Si desde hace cuatro mil años los justos al morir hubiesen ido directamente al cielo, ¿cómo S. Pablo habría podido decir que si no hay resurrección, “también los que durmieron en Cristo, son perdidos”? No habría necesidad de resurrección.

El mártir Tyndale, refiriéndose al estado de los muertos, declaró: “Confieso francamente que no estoy convencido de que ellos gocen ya de la plenitud de gloria en que se encuentran Dios y los ángeles elegidos. Ni es tampoco artículo de mi fe; pues si así fuera, entonces no puedo menos que ver que sería vana la predicación de la resurrección de la carne.”⁸⁹

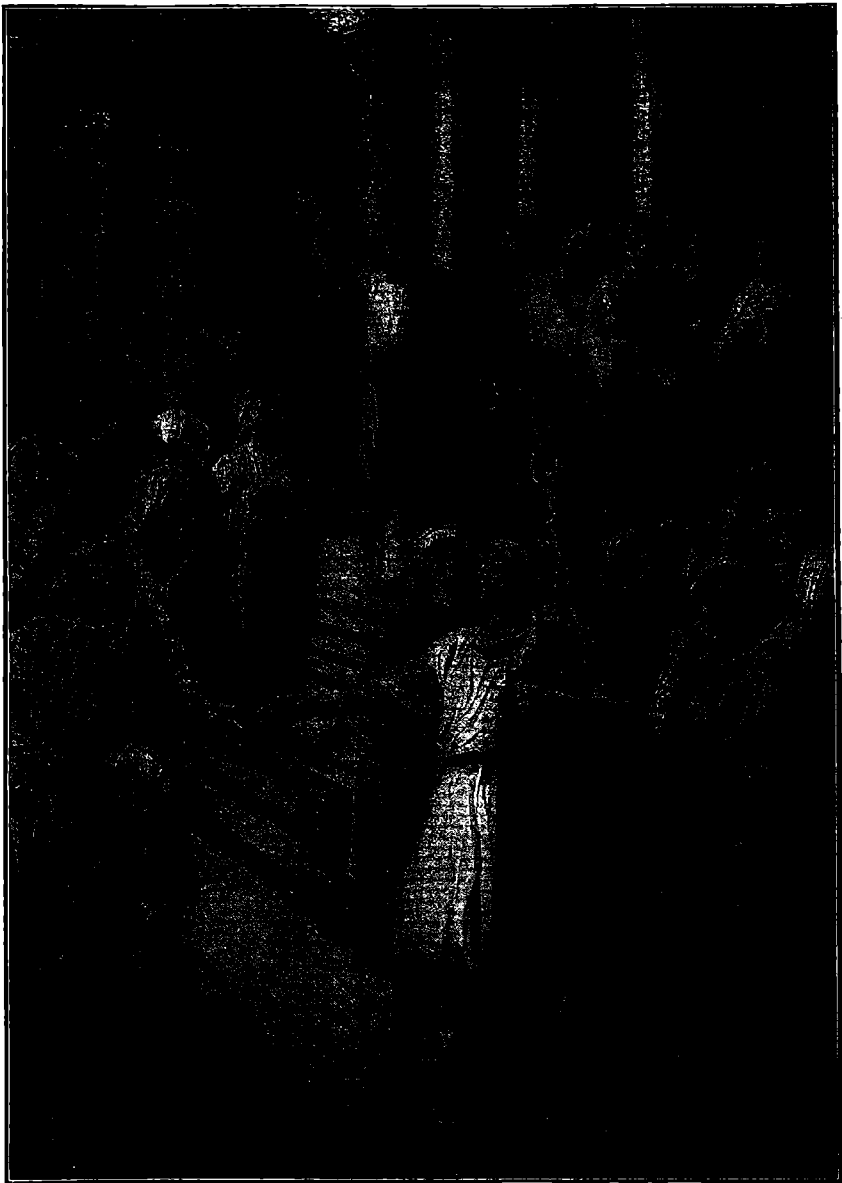
Es un hecho incontestable que la esperanza de pasar al morir á la felicidad eterna, ha llevado á un descuido general de la doctrina bíblica de la resurrección. Esta tendencia ha sido notada por el Dr. Adán Clarke, que escribía á principios de este siglo: “¡La doctrina de la resurrección parece haber

⁸⁶ Salmos 6:5; 115:17.

⁸⁷ Hechos 2:29; 34.

⁸⁸ 1 Corintios 15:16-18 (Versión Valera de la S. B. A.).

⁸⁹ Tyndale, Wm., Prólogo al “New Testament” (ed. 1534). Reimpreso en “British Reformers — Tindal, Frith, Barnes,” p. 349 (ed. 1830).



S. PEDRO PREDICANDO EN EL DIA DE PENTECOSTES

"A este Jesús le ha resucitado Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos."

43 — Span. Contro.

sido mirada por los cristianos primitivos como si tuviera una importancia mucho mayor que la que se le concede *hoy día!* ¿Cómo es eso? Los apóstoles insistían siempre en ella y por medio de ella exhortaban á los discípulos de Cristo á que fuesen diligentes, obedientes y de buen ánimo: ¡Y sus sucesores en los presentes días casi nunca la mencionan! Tal la predicación de los apóstoles, y tal la fe de los primitivos cristianos; tal nuestra predicación y tal la fe de los que nos escuchan. ¡No hay doctrina sobre la que el evangelio insista más; y no hay doctrina que la predicación de nuestros días trate con mayor descuido!”²⁹

Y así siguieron las cosas hasta dar por resultado el que la gloriosa verdad de la resurrección haya sido casi completamente obsecrada y perdida de vista por el mundo cristiano. Es así, que un escritor religioso autorizado, comentando las palabras de S. Pablo en 1 Tesalonicenses 4:13-18, dice: “Para todos los fines prácticos de consuelo, la doctrina de la inmortalidad bendita de los justos reemplaza para nosotros cualquier doctrina dudosa de la segunda venida del Señor. Para nosotros es cuando morimos cuando el Señor viene. Eso es lo que tenemos que esperar y para lo que debemos estar precavidos. Los muertos ya han entrado en la gloria. Ellos no esperan el sonido de la trompeta para comparecer en juicio y entrar en la bienaventuranza.”

Pero cuando Jesús estaba á punto de dejar á sus discípulos, él no les dijo que irían pronto á reunírsele. “Voy á prepararos el lugar,” les dijo. “Y si yo fuere y os preparare el lugar, vendré otra vez, y os recibiré conmigo.”³⁰ Y S. Pablo nos dice además que “el Señor descenderá del cielo mismo con mandato soberano, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo se levantarán primero; luego, nosotros los vivientes, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos á las nubes, al encuentro del Señor, en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.” Y agrega: “Consolaos pues los unos á los otros con

²⁹ “Commentary on the New Testament,” Vol. II, comentario general de 1 Corintios 15, párr. 3.

³⁰ S. Juan 14:2, 3.

estas palabras.”⁴¹ ¡Cuán grande es el contraste entre estas palabras de consuelo y las del ministro universalista citadas anteriormente! Este último consolaba á los amigos en duelo con la seguridad de que por pecaminoso que hubiese sido el fallecido, apenas hubiese exhalado su último suspiro, debía haber sido recibido entre los ángeles. S. Pablo hace presente á sus hermanos la próxima venida del Señor, momento aquél en que las losas de las tumbas serán rotas y en que “los muertos en Cristo” resucitarán para la vida eterna.

Antes de entrar en la mansión de los bienaventurados, todos deben ser examinados respecto á su vida; su carácter y sus actos deben ser revisados por Dios. Todos deben ser juzgados con arreglo á lo escrito en los libros y recompensados según hayan sido sus obras. Este juicio no se verifica en el momento de la muerte. Notad las palabras de S. Pablo: “Ha determinado un día en que juzgará al mundo habitado en justicia, por un Varón á quien él ha designado; de lo cual ha dado certeza á todos los hombres, levantándole de entre los muertos.”⁴² El apóstol enseña aquí lisa y llanamente que un tiempo señalado y entonces por venir, había sido fijado para el juicio del mundo.

S. Judas se refiere á aquel mismo tiempo cuando dice: “Á los ángeles que no guardaron su original estado, sino que dejaron su propia habitación, los ha guardado en prisiones eternas, bajo tinieblas, hasta el juicio del gran día.” Y luego cita las palabras de Enoc: “¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles para ejecutar juicio sobre todos!”⁴³ S. Juan declara que vió “á los muertos, pequeños y grandes, estar en pie delante del trono; y abriéronse los libros; . . . y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros.”⁴⁴

Pero si los muertos están ya gozando de la bienaventuranza del cielo ó están retorciéndose en las llamas del infierno ¿qué necesidad hay de un juicio venidero? Las enseñanzas de la Palabra de Dios no son respecto á estos importantes puntos ni obscuras ni contradictorias; una inteligencia mediana

⁴¹ 1 Tesalonicenses 4:16-18.

⁴² Hechos 17:31.

⁴³ S. Judas 6, 14, 15.

⁴⁴ Apocalipsis 20:12.

puede entenderlas. ¿Pero qué espíritu imparcial puede encontrar sabiduría ó justicia en la teoría corriente? ¿Recibirán acaso los justos después del examen de sus vidas en el día del juicio, esta alabanza: “¡Bien hecho, siervo bueno y fiel! . . . *entra* en el gozo de tu Señor!”⁴⁵ cuando ya habrán estado habitando con él tal vez durante siglos? ¿Se llamarán á los malos del lugar del tormento para hacerles oír la siguiente sentencia del juez de toda la tierra: “¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno”?⁴⁶ ¡Burla solemne! ¡Vergonzosa ofensa inferida á la sabiduría y justicia de Dios!

La teoría de la inmortalidad del alma fué una de aquellas falsas doctrinas que Roma tomara del paganismo para incorporarla en el cristianismo. Martín Lutero la clasificó entre “las fábulas monstruosas que forman parte del estercolero romano” de las decretales.⁴⁷ Comentando las palabras de Salomón, en el Eclesiastés, de que los muertos no saben nada, el reformador dice: “Otra prueba de que los muertos son . . . insensibles. . . . Salomón piensa que los muertos están dormidos y no sienten absolutamente nada. Pues los muertos descansan, sin contar ni los días ni los años; pero cuando se despierten les parecerá como si apenas hubiesen dormido un momento.”⁴⁸

En ningún pasaje de las Santas Escrituras se encuentra la declaración de que los justos reciban su recompensa y los malos su castigo en el momento de la muerte. Los patriarcas y los profetas no han dado tal seguridad. Cristo y sus apóstoles no la han mencionado siquiera. La Biblia enseña á las claras que los muertos no van inmediatamente al cielo. Se les representa como si estuvieran durmiendo hasta el día de la resurrección.⁴⁹ El día mismo en que se reviente el cordón de plata y se quiebre el tazón de oro,⁵⁰ perecen los pensamientos de los hombres. Los que bajan á la tumba permanecen en el silencio. Nada saben de lo que se hace bajo el sol.⁵¹ ¡Descanso bendito para los exhaustos justos! Largo ó corto

⁴⁵ S. Mateo 25:21, 41. ⁴⁶ Petavel, E., “Le Problème de l’Immortalité,” Vol. II, p. 77 (París, 1892).

⁴⁷ Lutero, “Exposition of Solomon’s Book Called Ecclesiastes,” p. 152 (ed. 1573, Londres). ⁴⁸ 1 Tesalonicenses 4:14; Job 14:10-12.

⁴⁹ Eclesiastés 12:6.

⁵⁰ Job 14:21.

el tiempo no les parecerá más que un momento. Duermen hasta que la trompeta de Dios los despierte para entrar en una gloriosa inmortalidad. “Porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptibles. . . . Porque es necesario que este cuerpo corruptible se revista de incorrupción, y que este cuerpo mortal se revista de inmortalidad. Y cuando este cuerpo corruptible se haya revestido de incorrupción, y este cuerpo mortal se haya revestido de inmortalidad, entonces será verificado el dicho que está escrito: ¡Tragada ha sido la muerte victoriosamente!”⁵¹ En el momento en que sean despertados de su profundo sueño, reanudarán el curso de sus pensamientos interrumpidos por la muerte. La última sensación fué la angustia de la muerte. El último pensamiento era el de que caían bajo el poder del sepulcro. Cuando se levanten de la tumba, su primer alegre pensamiento se expresará en el hermoso grito de triunfo: “¡Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¡dónde está, oh sepulcro, tu victoria?”⁵¹

⁵¹ 1 Corintios 15:52-55.





EL ESPIRITISMO — 35

LA obra ministradora de los santos ángeles tal cual está presentada en las Santas Escrituras, es una verdad de las más alentadoras y de las más preciosas para todo discípulo de Cristo. Pero la enseñanza de la Biblia acerca de este punto ha sido oscurecida y pervertida por los errores de la teología popular. La doctrina de la inmortalidad natural tomada en un principio de la filosofía pagana é incorporada á la fe cristiana en los tiempos tenebrosos de la gran apostasía, ha suplantado la verdad tan claramente enseñada por la Santa Escritura, de que “los muertos nada saben ya.” Multitudes han llegado á creer que los espíritus de los muertos son los “espíritus ministradores, enviados para hacer servicio á favor de los que han de heredar la salvación.” Y esto á pesar del testimonio de las Santas Escrituras respecto á la existencia de ángeles celestiales y á la relación que ellos tienen con la historia humana desde antes aun que hubiese muerto hombre alguno.

La doctrina de que el hombre queda consciente en la muerte y más aún la creencia de que los espíritus de los muertos vuelven para servir á los vivos, ha preparado el camino al espiritismo moderno. Si los muertos son admitidos á la presencia de Dios y de los santos ángeles y si son favorecidos con conocimientos que superan en mucho á los que poseían anteriormente, ¿por qué no habrían de volver á la tierra para iluminar é ilustrar á los vivos? Si, como lo enseñan los teólogos populares, los espíritus de los muertos

quedan como suspensos en torno de sus amigos en la tierra, ¿por qué no les sería permitido comunicarse con ellos para prevenirlos del mal ó para consolarlos en sus penas? ¿Cómo los que creen en el estado consciente de los muertos podrán rechazar lo que les viene cual luz divina comunicada por espíritus glorificados? Aquí tenemos un medio de comunicación considerado sagrado y de que Satanás se vale para cumplir sus propósitos. Los ángeles caídos que ejecutan sus órdenes se presentan como mensajeros del mundo de los espíritus. Al mismo tiempo que el príncipe del mal pasa por poner á los vivos en comunicación con los muertos, ejerce también su influencia fascinadora sobre las mentes de aquéllos.

Satanás puede hacer aparecer ante los hombres la apariencia de sus amigos fallecidos. La imitación es perfecta: los rasgos familiares, las palabras, el tono son reproducidos con una exactitud maravillosa. Muchas personas se consuelan con la seguridad de que sus seres queridos están gozando de las delicias del cielo; y sin sospechar ningún poligro, dan oídos á “espíritus seductores y á enseñanzas de demonios.”

Después que Satanás ha hecho creer á los espiritistas que los muertos vuelven en realidad á comunicarse con ellos, hace aparecer á los individuos que murieron sin preparación. Estos aseguran que son felices en el cielo y hasta que ocupan allí elevados puestos; y así se va enseñando por todas partes el error de que no se hace diferencia entre los justos y los injustos. Esos supuestos visitantes del mundo de los espíritus dan á veces avisos y advertencias que resultan exactos. Luego que se han ganado la confianza, presentan doctrinas que de hecho destruyen la fe en las Santas Escrituras. Aparentando profundo interés por el bienestar de sus amigos en la tierra, insinúan los errores más peligrosos. El hecho de que dicen algunas verdades y pueden á veces anunciar acontecimientos da á sus testimonios una apariencia de verisimilitud; y sus falsas enseñanzas son aceptadas por las multitudes con tanta diligencia y creídas tan á ciegas, como si se tratara de las verdades más sagradas de la Biblia. Se rechaza la ley de Dios se desprecia al Espíritu de gracia y se con-

sidera la sangre de la alianza como cosa profana. Los espíritus niegan la divinidad de Cristo y hasta ponen al Creador en el mismo nivel que ellos. Es así como bajo un nuevo disfraz el gran rebelde sigue haciendo guerra á Dios, guerra que empezó en el cielo y que se prosigue en la tierra desde hace unos seis mil años.

Muchos tratan de explicar las manifestaciones espiritistas atribuyéndolas por completo al fraude y á juego de manos de los mediums. Pero, si bien es cierto que muchas veces se han hecho pasar supercherías por verdaderas manifestaciones, no deja de haber habido también manifestaciones de poder sobrenatural. Los llamamientos misteriosos con que empezó el espiritismo moderno no fueron resultado de la superchería ó de la astucia humana, sino obra directa de ángeles malos, que introdujeron así uno de los engaños más afortunados para la destrucción de las almas. Muchos hombres serán engañados por la creencia de que el espiritismo es tan sólo una impostura humana; pero cuando sean puestos en presencia de manifestaciones cuya supernaturalidad no pueda negarse, serán seducidos y obligados á aceptarlas como revelación del poder divino.

Estas personas no toman en cuenta el testimonio de las Santas Escrituras respecto á los milagros de Satanás y de sus agentes. No fué más que mediante la ayuda de Satanás por la que los nigromantes de Faraón pudieron contrahacer la acción de Dios. S. Pablo declara que antes de la segunda venida de Cristo habrá manifestaciones análogas del poder satánico. La venida del Señor debe ser precedida de la "operación de Satanás, con todo poder, y con señales, y con maravillas mentirosas, y con todo el artificio de la injusticia."¹ Y el apóstol S. Juan, describiendo el poder milagroso que se ha de dar á conocer en los últimos días, declara: "Obra grandes prodigios, de tal modo que hace descender fuego del cielo á la tierra, á la vista de los hombres. Y engañó á los que habitan sobre la tierra, por medio de las señales que se le ha dado poder de hacer."² Lo que se pre-dice aquí no es una simple impostura. Los hombres serán

¹ 2 Tesalonicenses 2:9, 10.

² Apocalipsis 13:13, 14.

engañados por los milagros que los agentes de Satanás no sólo pretenderán hacer, sino que de hecho tendrán poder para realizar.

El príncipe de las tinieblas, que por tanto tiempo ha estado empleando los poderes de su superior inteligencia en la obra de engaño, adapta hábilmente sus tentaciones á los hombres de todas las clases y condiciones. Á las personas cultas y refinadas les presenta el espiritismo bajo sus aspectos más sutiles é intelectualistas, y es así como consigue atraer á muchos á sus redes. La sabiduría que comunica el espiritismo es la que describe el apóstol Santiago, la cual no es la que “desciende de arriba; sino antes, es cosa terrenal, sensual, diabólica.”³ Y esto es, precisamente, lo que encubre el gran seductor cuando el secreto es lo que más conviene á sus propósitos. Él, que vestido con el brillo de celestiales serafines, pudo aparecer ante Cristo para tentarle en el desierto, suele presentarse también á los hombres del modo más atractivo, cual si fuere ángel de luz. Apela á la razón presentando argumentos elevados; deleita los sentidos con escenas que cautivan y conquistan los afectos por medio de imágenes elocuentes de amor y caridad. Excita la imaginación en sublimes arrebatos induciendo tanto á los hombres á enorgullecerse de su propia sabiduría, que en el fondo de su corazón desprecian al Dios eterno. Ese ser poderoso que pudo transportar al Redentor del mundo á un altísimo monte y poner ante su vista todos los reinos y gloria de la tierra, presentará sus tentaciones á los hombres y pervertirá los sentidos de todos los que no estén protegidos por el poder divino.

Satanás seduce hoy día á los hombres como sedujo á Eva en el Edén, lisonjeándolos, despertando en ellos el deseo de conocimientos prohibidos y despertando en ellos la ambición de la exaltación de sí mismos. Fué alimentando esos pecados como hizo caer al hombre, y por ellos trata de acarrear su ruina. “Y seréis como Dios,” dijo él, “conocedores del bien y del mal.”⁴ El espiritismo enseña “que el hombre es una criatura susceptible de adelanto; que su destino consiste en progresar desde su nacimiento, y eso durante la eternidad,

³ Santiago 3:15.

⁴ Génesis 3:5.

hasta llegar á la esencia divina." Y además que: "Cada inteligencia se juzgará á sí misma y no será juzgada por otra." "El juicio será justo, porque será el juicio que uno haga de sí mismo. . . . El tribunal está interiormente en vosotros." Un maestro espiritista dijo cuando "la conciencia espiritual" se despertó en él: "Todos mis semejantes eran semidioses no caídos." Y otro dice: "Todo ser justo y perfecto es Cristo."

Así, en lugar de la justicia y perfección del Dios infinito que es el verdadero objeto de la adoración; en lugar de la justicia perfecta de la ley, que es el verdadero modelo de la perfección humana, Satanás ha colocado la naturaleza pecadora del hombre sujeto al error, como único objeto de adoración, única regla del juicio ó modelo del carácter. Eso no es progreso sino retroceso.

Hay una ley de la naturaleza intelectual y espiritual según la cual modificamos nuestro ser mediante la contemplación. La inteligencia se adapta gradualmente á los objetos en que se ocupan. Se asimila lo que se acostumbra á amar y á reverenciar. Jamás se elevará el hombre á mayor altura que á la de su ideal de pureza, de bondad ó de verdad. Si se considera á sí mismo como el ideal más sublime, jamás llegará á nada más exaltado. Caerá más bien en bajezas siempre mayores. Sólo la gracia de Dios puede elevar al hombre. Dejado á sí mismo, su conducta será siempre inevitablemente peor.

Á los indulgentes consigo mismos, á los amigos del placer, á los sensuales, el espiritismo se presenta bajo un disfraz menos sutil que cuando se presenta á gente más refinada é intelectualista. En sus formas groseras aquéllos encuentran lo que está en armonía con sus inclinaciones. Satanás estudia todos los indicios de la fragilidad humana, nota los pecados que cada hombre está inclinado á cometer, y cuida luego de que no falten ocasiones para que las tendencias hacia el mal sean satisfechas. Tienta á los hombres para que se excedan en cosas que son legítimas en sí mismas, á fin de que la intemperancia debilite sus fuerzas físicas y sus energías men-

tales y morales. Ha hecho morir y está haciendo morir miles de personas por la satisfacción de las pasiones, embruteciendo así la naturaleza humana. Y para completar su obra, declara por intermedio de los espíritus, que “el verdadero conocimiento coloca á los hombres por encima de toda ley;” que “cualquier cosa que sea, es buena;” que “Dios no condena;” y que “todos los pecados que se cometen se cometen sin envolver culpabilidad alguna.” Cuando la gente es inducida así á creer que el deseo es ley suprema, que la libertad es la licencia y que el hombre no es responsable más que para consigo mismo, ¿quién puede admirarse de que la corrupción y la depravación abunden por todas partes? Las multitudes aceptan con avidez las enseñanzas que les den libertad para obedecer los impulsos carnales. Se da rienda suelta á la lujuria para hacerle perder al hombre el imperio sobre sí mismo; las facultades del espíritu y del alma son sometidas á los más bestiales apetitos, y Satanás coge alegremente en sus redes á millares de personas que profesan ser discípulos de Cristo.

Pero nadie tiene por qué dejarse alucinar por las pretensiones engañosas del espiritismo. Dios ha dado á los hombres luz suficiente para que puedan descubrir la trampa. Como ya lo hemos visto, la teoría que constituye el fundamento mismo del espiritismo está en plena contradicción con las declaraciones más terminantes de las Santas Escrituras. La Biblia declara que los muertos no saben nada, que sus pensamientos han perecido; no tienen parte en nada de lo que se hace bajo el sol; no saben nada de las dichas ni de las penas de los que les eran más caros en la tierra.

Además, Dios ha prohibido expresamente toda fementida comunicación con los espíritus de los muertos. En tiempo de los hebreos había una clase de personas que pretendía, como los espiritistas de nuestros días, sostener comunicaciones con los muertos. Pero la Biblia declara que los “espíritus,” como se solía llamar á los visitantes de otros mundos, son “espíritus de demonios.”⁵ La costumbre de tratar

⁵ Compárese Números 25:1-3; Salmo 106:28; 1 Corintios 10:20; Apocalipsis 16:14.

con espíritus ó adivinos fué declarada como abominación al Señor y era solemnemente prohibida so pena de muerte.⁶ Aun el solo nombre de hechicería es objeto de desprecio en la actualidad. La pretensión de que los hombres pueden tener comunicación con malos espíritus es considerada como una fábula de la edad media. Pero el espiritismo, que cuenta con centenares de miles y hasta con millones de adherentes, que se ha abierto camino entre las sociedades científicas, que ha invadido iglesias y que ha sido acogido con favor entre los cuerpos legislativos y hasta en las cortes de los reyes — este engaño colosal no es más que la reaparición bajo un nuevo disfraz, de la hechicería condenada y prohibida en la antigüedad.

Si no existiera otra evidencia tocante á la naturaleza real del espiritismo, debería bastar á todo cristiano el hecho de que los espíritus no hacen ninguna diferencia entre lo que es justo y lo que es pecado, entre el más noble y puro de los apóstoles de Cristo y los más degradados servidores de Satanás. Al representar al hombre más vil como si estuviera altamente exaltado en el cielo, es como si Satanás declarara al mundo: “No importa cuán malos seáis; no importa que creáis ó no en Dios y en la Biblia. Vivid como gustéis, que el cielo es vuestro hogar.” Los maestros espiritistas declaran virtualmente: “Todo aquel que obra mal es bueno á los ojos de Jehová, y él se complace en los tales; ó si no, ¿dónde está el Dios de juicio?” La Palabra de Dios dice: “¡Ay de los que llaman á lo malo bueno, y á lo bueno malo; que ponen tinieblas por luz, y luz por tinieblas!”⁶

Los apóstoles, tal cual esos espíritus mentirosos los representan, contradicen lo que escribieron bajo la inspiración del Espíritu Santo durante su permanencia en la tierra. Niegan el origen divino de la Biblia, socavando así el fundamento de la esperanza cristiana, y apagan la luz que revela el camino hacia el cielo. Satanás hace creer al mundo que la Biblia no es más que una ficción, ó por lo menos un libro apropiado á la infancia de la raza, pero de la que se debe hacer ahora poco caso ó mejor ponerla á un lado por anticuada. Y para

⁶ Levítico 19:31; 20:27. ⁷ Malaquías 2:17. ⁸ Isaías 5:20.

reemplazar la Palabra de Dios ese mismo Satanás ofrece sus manifestaciones espiritistas. Éstas están enteramente bajo su dirección y mediante ellas puede hacer creer al mundo lo que quiere. Él pone en la obscuridad, que es precisamente donde le conviene, el Libro que le debe juzgar á él y á sus siervos y hace aparecer al Salvador del mundo como un simple hombre. Así como la guardia romana que vigilaba la tumba de Jesús echó á volar la especie que los sacerdotes y los ancianos insinuaron á fin de negar su resurrección, así también los que creen en las manifestaciones espiritistas tratan de hacer creer que no hay nada de milagroso en las circunstancias que rodearon la vida de Jesús. Después de haber tratado de poner así á Jesús en la sombra, llama la atención hacia sus propios milagros, declarando que éstos superan en mucho á las obras de Cristo.

Es cierto que el espiritismo está mudando actualmente sus formas; al par que corre un velo sobre algunos de sus rasgos más repulsivos, reviste un disfraz cristiano, pero sus declaraciones hechas desde la tribuna y en la prensa han sido oídas por el público desde hace muchos años, y revelan su carácter verdadero. Esas sus enseñanzas no pueden ser negadas ni encubiertas.

Hasta en su forma actual el espiritismo lejos de ser más tolerable es en realidad más peligroso que anteriormente, debido á su mayor sutileza para engañar. Mientras años atrás atacaba á Cristo y la Biblia, él declara ahora abiertamente que acepta á ambos. Pero su interpretación de la Biblia está calculada para agradar al corazón irregenerado, al paso que las verdades solemnes y vitales de ésta pierden su efecto. Los espiritistas hacen hincapié en el amor como si fuese atributo principal de Dios, pero lo rebajan hasta hacerlo un sentimentalismo enfermizo y no hacen más que poca distinción entre el bien y el mal. La justicia de Dios, su reprobación del pecado, las exigencias de su santa ley, todo eso lo pierden de vista. Se le enseña al pueblo á que mire el decálogo como si fuera letra muerta. Fábulas agradables y encantadoras cautivan los sentidos é inducen á los hombres á que rechacen la

Biblia como fundamento de su fe. Se niega á Cristo tan descaradamente como anteriormente; pero Satanás ha cegado tanto al pueblo que el engaño no puede ser denunciado.

Pocas son las personas que tienen justo concepto del poder engañoso del espiritismo y del peligro que hay en caer bajo su influencia. Muchas personas juegan con él sin otro objeto que el de satisfacer su curiosidad. No tienen fe verdadera en él y se llenarían de horror al pensar en abandonarse á la influencia de los espíritus. Pero se aventuran en terreno vedado y el poderoso destructor ejerce su ascendiente sobre ellos contra su voluntad. Dejad que se persuadan algún día á abandonar sus inteligencias á la dirección de éste, y veréis qué pronto los hace cautivos. Es imposible que con su propia fuerza rompan el encanto hechicero y seductor. Sólo el poder de Dios otorgado en contestación á la oración ardiente de la fe, puede libertar á esas almas prisioneras.

Todos aquellos que tratan con indulgencia rasgos pecaminosos de carácter, ó que fomentan un pecado conocido, atraen las tentaciones de Satanás. Ellos mismos se apartan de Dios y de la protección de sus ángeles, y cuando el maligno les tiende sus redes quedan indefensos y se convierten en fácil presa. Los que de tal suerte se abandonan al poder satánico no comprenden á donde ha de llevarles su conducta. El tentador, después de haberlos subyugado por completo, los ha de emplear como agentes para enpujar á otros á la ruina.

El profeta Isaías dice: "Y cuando os dijeren: Acudid á los espíritus y á los adivinos, que chirrían y mascullan; responded: ¿No debe un pueblo acudir más bien á su Dios? ¿por los vivos acaso se ha de acudir á los muertos? ¡Á la ley y al testimonio! si no hablaren conforme á esta palabra, son aquellos para quienes no ha amanecido."* Si los hombres hubiesen querido recibir la verdad tan claramente expresada en las Santas Escrituras, referente á la naturaleza del hombre y al estado de los muertos, reconocerían en las pretensiones y manifestaciones del espiritismo la operación de Satanás con poder y con señales y con maravillas mentirosas.

* Isaías 8:19, 20.

Pero en vez de dejar la libertad tan cara al corazón pecaminoso y de renunciar á sus queridos pecados, la mayoría de los hombres cierran sus ojos á la luz y marchan de frente sin cuidarse de las advertencias, mientras Satanás tiende sus lazos en torno de ellos y los hace presa suya. "Por cuanto no admitieron el amor de la verdad, para que fuesen salvos. Y por esto Dios les envía la eficaz operación de error, á fin de que crean á la mentira."¹⁰

Los que se oponen á las enseñanzas del espiritismo, atacan no sólo á los hombres sino también á Satanás y á sus ángeles. Han emprendido la lucha contra los principados y potestades y espíritus de maldad en los aires. Satanás no ha de ceder una pulgada de terreno mientras no sea rechazado por el poder de mensajeros celestiales. El pueblo de Dios debería hacerle frente como lo hizo nuestro Salvador, con las palabras: "Escrito está." Satanás puede hoy citar las Santas Escrituras con tanto acierto como en tiempo de Cristo, y volverá á pervertir las enseñanzas de éstas para sostener sus engaños. Los que quieran permanecer firmes en estos tiempos de peligro, deben comprender por sí mismos el testimonio de las Escrituras.

Muchos tendrán que vérselas con espíritus de demonios que personificarán á parientes ó amigos queridos y que proclamarán las herejías más peligrosas. Estos espíritus apelarán á nuestros más tiernos sentimientos de simpatía y harán milagros con el fin de sostener sus pretensiones. Debemos estar listos para resistirles con la verdad bíblica de que los muertos no saben nada y de que los que aparecen de tal modo son espíritus de demonios.

Es inminente "la hora de prueba que ha de venir sobre todo el mundo habitado, para probar á los que habitan sobre la tierra."¹¹ Todos aquellos cuya fe no esté firmemente cimentada en la Palabra de Dios serán engañados y vencidos. La operación de Satanás es "con todo el artificio de la injusticia" á fin de ganar dominio sobre los hijos de los hombres; y sus engaños seguirán aumentando. Pero no ha de lograr

¹⁰ 2 Tesalonicenses 2:10, 11.

¹¹ Apocalipsis 3:10.

sus fines sino cuando los hombres cedan voluntariamente á sus tentaciones. Los que busquen sinceramente el conocimiento de la verdad, y se esfuercen en purificar sus almas mediante la obediencia, haciendo así lo que pueden, preparándose para el conflicto, encontrarán seguro refugio en el Dios de verdad. "Por cuanto has guardado mi precepto de paciencia, yo también te guardaré,"¹² es la promesa del Salvador. Él enviaría á todos los ángeles del cielo para proteger á su pueblo antes que permitir que una sola alma que confie en él sea vencida por Satanás.

El profeta Isaías describe el terrible engaño en que caerán los malos al creerse al amparo de los juicios de Dios: "Hemos hecho pacto con la muerte, y con el infierno tenemos hecho convenio; cuando pasare el azote, cual torrente, no nos alcanzará; porque hemos puesto las mentiras por nuestro refugio, y entre los embustes nos hemos escondido."¹³ En la categoría de personas así descritas se encuentran los que en su impenitencia y obstinación se consuelan con la seguridad de que no habrá castigo para el pecador, de que toda la humanidad por grande que sea su corrupción, será elevada hasta el cielo para volverse como ángeles de Dios. Pero hay otros quienes de modo mucho más aparente están haciendo un pacto con la muerte y un convenio con el infierno: son los que renuncian las verdades que Dios ha dado como defensa para los justos en el día de congoja, y que aceptan el falso refugio ofrecido en su lugar por Satanás, ó sea las pretensiones sin ningún valor del espiritismo.

La obcecación de los hombres de esta generación es tan sorprendente que supera á cuanto al respecto podría decirse. Miles de personas rechazan la Palabra de Dios como si no mereciese fe, mientras aceptan con absoluta confianza los engaños de Satanás. Los incrédulos y los burlones denuncian el fanatismo, como lo llaman, de los que luchan por la fe de los profetas y de los apóstoles, y se divierten ridiculizando las solemnes declaraciones de las Santas Escrituras referentes á Cristo, al plan de salvación y á la retribución que

¹² Apocalipsis 3:10.

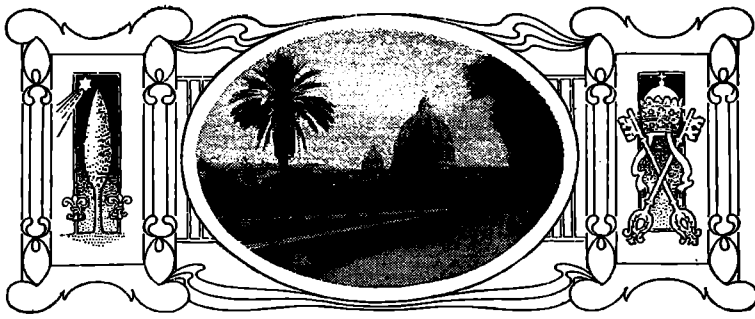
¹³ Isaías 28:15.

espera á los que rechazan la verdad. Fingen tener gran lástima por tan estrechos espíritus, débiles y supersticiosos que acatan los mandatos de Dios y satisfacen las exigencias de su ley. Hacen alarde de tanto descaro como si en realidad hubiesen hecho un pacto con la muerte y un convenio con el infierno — como si hubiesen elevado una barrera infranqueable é indestructible entre ellos y la venganza de Dios. Nada puede despertar sus temores. Se han sometido tan completamente al tentador, están tan estrechamente unidos á él y tan imbuídos de su espíritu, que no tienen ni fuerza ni deseos para romper sus ligaduras.

Satanás se ha estado preparando desde hace tiempo para intentar un supremo esfuerzo para engañar al mundo. El cimiento de su obra lo puso en la seguridad que diera á Eva en el Edén: “De seguro que no moriréis.” “En el día que comiereis de él, vuestros ojos serán abiertos, y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal.”¹⁴ Poco á poco Satanás ha preparado el camino para su obra maestra de seducción: el desarrollo del espiritismo. Hasta ahora no ha logrado realizar completamente sus designios; pero lo logrará en el poco tiempo que nos separa del fin. El profeta dice: “Y ví . . . tres espíritus inmundos, como ranas: . . . son espíritus de demonios, que obran prodigios; los cuales salen á los reyes de todo el mundo habitado, á juntarlos para la guerra del gran día del Dios todopoderoso.”¹⁵ Todos menos los que estén protegidos por el poder de Dios y la fe en su Palabra, se verán envueltos en ese engaño. Los hombres se están dejando adormecer en una seguridad fatal y no despertarán más que cuando la cólera de Dios se derrame sobre la tierra.

Dios, el Señor, dice: “También pondré el juicio por cordel, y la justicia por plomada; y la granizada barrerá el refugio de mentiras, y las aguas arrebatarán vuestro escondrijo. Asimismo vuestro pacto con la muerte será anulado, y vuestro convenio con el infierno no quedará en pie: cuando pasare el azote, cual torrente, vosotros seréis hollados de este invasor.”¹⁶

¹⁴ Génesis 3:4, 5.¹⁵ Apocalipsis 16:13, 14.¹⁶ Isaias 28:17, 18.



LOS FINES DEL PAPADO—36

Los protestantes consideran hoy día al romanismo con más favor que años atrás. En los países donde no predomina y donde los papistas siguen una política de conciliación para ganar influjo, se nota una indiferencia creciente respecto á las doctrinas que separan á las iglesias reformadas de la jeraquía papal; entre los protestantes está ganando terreno la opinión de que, al fin y al cabo, ellos no difieren tanto en puntos vitales como se suponía, y que unas pequeñas concesiones de parte de ellos los pondrá en mejor inteligencia con Roma. Tiempo hubo en que los protestantes estimaban altamente la libertad de conciencia adquirida á costa de tantos sacrificios. Enseñaban á sus hijos á que aborreciesen al papado y sostenían que tratar de congeniar con Roma equivaldría á hacer traición á la causa de Dios. Pero ¡cuán diferentes son los sentimientos expresados hoy día!

Los defensores del papado declaran que la iglesia ha sido malamente perjudicada; y el mundo protestante está inclinado á creerlo. Muchos sostienen que es injusto juzgar á la iglesia de nuestros días por las abominaciones y los absurdos que la caracterizaron cuando dominaba en los siglos de ignorancia y de tinieblas. Tratan de excusar sus horribles crueldades como si fueran resultado de la barbarie de la época, y arguyen que las influencias de la civilización moderna han modificado los sentimientos de ella.

¿Habrán olvidado estas personas las pretensiones de infalibilidad sostenidas durante ochocientos años por tan al-

tanero poder? Lejos de abandonar esta pretensión la ha afirmado en el siglo XIX de un modo más positivo que nunca antes. Como Roma asegura que la iglesia “*nunca erró; ni errará jamás*, según las Escrituras,”¹ ¿cómo podrá renunciar á los principios que amoldaron su conducta en las edades pasadas?

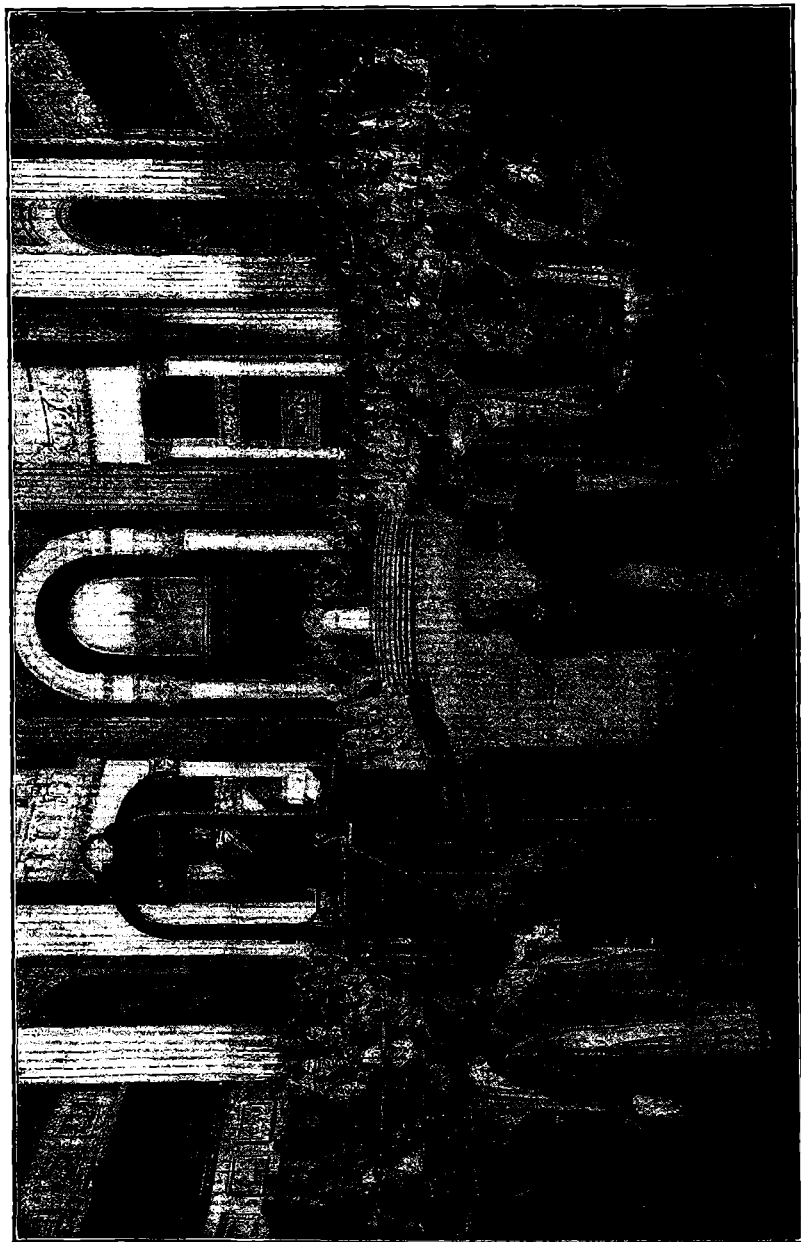
La iglesia papal no abandonará nunca su pretensión á la infalibilidad. Todo lo que ha hecho al perseguir á los que rechazaban sus dogmas lo da por santo y bueno; ¿y quién asegura que no volvería á las andadas siempre que se le presentase la oportunidad? Deróguense las medidas restrictivas impuestas en la actualidad por los gobiernos civiles y déjesele á Roma que recupere su antiguo poder y se verán resucitar en el acto su tiranía y sus persecuciones.

Un autor bien conocido dice lo siguiente de la actitud de la gerarquía papal con respecto á la libertad de conciencia, y de los peligros que amenazan especialmente á los Estados Unidos de Norte América por el éxito de su política:

“Hay muchas personas dispuestas á atribuir al fanatismo ó á la puerilidad todo temor de que el catolicismo romano pueda ser fatal á los Estados Unidos. Los tales no ven nada en el carácter y actitud del romanismo que sea hostil á nuestras libres instituciones, y no ven tampoco nada inquietante en el incremento de aquél. Comparemos, pues, en primer término, algunos de los principios fundamentales de nuestro gobierno con los de la iglesia católica.”

“La Constitución de los Estados Unidos garantiza la *libertad de conciencia*. Nada hay más precioso ni de importancia tan fundamental. El papa Pío IX, en su encíclica del 15 de agosto de 1854, dice: ‘Las doctrinas ó extravagancias absurdas y erróneas á favor de la libertad de conciencia, son unos de los errores más pestilentes: una de las pestes que más se debe temer, entre todas.’ El mismo papa, en su encíclica del 8 de diciembre de 1864, anatematiza ‘á los que sostienen la libertad de conciencia y de cultos’ como también ‘á todos aquellos que pretenden que la iglesia no puede emplear la fuerza.’

¹ Mosheim, “Ecel. Hist.,” l. 3, sig. 11, parte 2, cap. 2, pár. 9, nota 1.



PROCLAMACION DEL DOGMA DE LA INFALIBILIDAD PAPAL

El 18 de julio de 1870, se proclamó en el Vaticano
en Roma el dogma de la infalibilidad papal.

“El tono pacífico que Roma emplea en los Estados Unidos no envuelve un cambio de sentimientos. Es tolerante cuando es impotente. El obispo O’Connor dice: ‘La libertad religiosa se soporta tan sólo hasta que se pueda practicar lo opuesto sin peligro para el mundo católico.’ . . . El arzobispo de San Louis, dijo un día: ‘La herejía y la incredulidad son crímenes; y en los países cristianos como Italia y España, por ejemplo, donde todo el pueblo es católico y donde la religión católica es parte esencial de la ley del país, se las castiga como á los demás crímenes.’ . . .

“Todo cardenal, arzobispo y obispo de la iglesia católica, presta un juramento de obediencia al papa, en el cual se encuentran las siguientes palabras: ‘Yo me opondré á los herejes, cismáticos y rebeldes contra nuestro señor (el papa), ó sus sucesores y los perseguiré con todo mi poder.’ ”²

Es verdad que hay verdaderos cristianos en la iglesia católica romana. Millares de personas de dicha iglesia sirven á Dios según las mejores luces que tienen. Les es prohibido leer su Palabra, debido á lo cual no pueden discernir la verdad. Nunca han visto el contraste que existe entre un servicio viviente del corazón y una serie de meras formas y ceremonias. Dios mira á esas almas con dulzura misericordiosa, educadas como lo están en una fe engañosa é insuficiente. Él hará penetrar rayos de luz á través de las densas tinieblas que las envuelven. Él les revelará la verdad tal cual es en Jesús y muchos se unirán aún á su pueblo.

Pero el romanismo, como sistema, no guarda actualmente más conformidad con el evangelio de Cristo que la que guardara en cualquier otro período de su historia. Las iglesias protestantes se hallan sumidas en grandes tinieblas, pues de lo contrario discernirían las señales de los tiempos. La iglesia romana abarca mucho en sus planes y modos de operación. Emplea toda clase de stratagemas para extender su influencia y aumentar su poder, preparándose para una lucha violenta y resuelta á fin de recuperar el gobierno del mundo, restablecer las persecuciones y deshacer lo que el protestantismo ha hecho. El catolicismo está ganando terreno en todas

² Strong, Dr. Josiah, “Our Country,” cap. 5, párs. 1-3.

direcciones. Véase el número creciente de sus iglesias y capillas en los países protestantes. Nótese la popularidad de sus colegios y seminarios en Norte América, tan patrocinados por los protestantes. Piénsese en la extensión del ritualismo en Inglaterra y en las frecuentes apostasías que van á engrosar las filas de los católicos. Estos hechos deberían inspirar algún cuidado á todos los que aprecian los puros principios del evangelio.

Los protestantes se han entremetido con el papado y lo han patrocinado; han hecho compromisos y concesiones que sorprenden á los mismos papistas y les son incomprensibles. Los hombres cierran los ojos ante el verdadero carácter del romanismo, ante los peligros que hay que temer de su supremacía. Hay necesidad de despertar al pueblo para hacerle rechazar los avances de este enemigo peligrosísimo de la libertad civil y religiosa.

Muchos protestantes suponen que la religión católica no es atractiva y que su culto es una serie de ceremonias estúpidas y sin significado. Pero están equivocados. Si bien el romanismo se basa en el engaño, no es una impostura grosera ni desprovista de arte. El culto de la iglesia romana consiste de un ceremonial que impresiona profundamente. Lo brillante de sus ostentaciones y la solemnidad de sus ritos fascinan los sentidos del pueblo y acallan la voz de la razón y de la conciencia. Todo encanta á la vista. Sus soberbias iglesias, sus procesiones imponentes, sus altares de oro, sus relicarios de joyas, sus pinturas escogidas y su exquisita escultura, todo apela al amor de la belleza. Al oído también se le cautiva. Su música no tiene igual. Los graves acordes del órgano poderoso, unidos á la melodía de numerosas voces que resuenan y repercuten por entre las elevadas naves y pilares de sus grandes catedrales, no pueden dejar de producir en los espíritus impresiones de respeto y reverencia.

Este esplendor, esta pompa y estas ceremonias exteriores, que no sirven más que para dejar burlados los anhelos de las almas enfermas de pecado, son clara evidencia de la corrupción interior. La religión de Cristo no necesita de tales



Courtesy Bausch & Lomb Optical Co.

INTERIOR DE UNA IGLESIA

"El esplendor, pompa y ceremonias . . .
dejan burlados los anhelos de las almas
enfermas de pecado."

atractivos para hacerse recomendable. El verdadero cristianismo se muestra tan puro y tan hermoso entre la luz brillante de la cruz, que ninguna decoración exterior puede realzar su verdadero valor. Es la hermosura de la santidad, es un espíritu dulce y apacible lo que tiene valor ante Dios.

La brillantez de estilo no es necesariamente indicio de pensamientos puros y elevados. Encuéntranse á menudo conceptos del arte y refinamientos del gusto en espíritus carnales y sensuales. Satanás suele valerse á menudo de ellos para hacer olvidar á los hombres las necesidades del alma, para hacerles perder de vista la vida futura é inmortal, para alejarlos de su Salvador infinito y para hacerlos vivir nada más que para este mundo.

Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado. La pompa y el ceremonial del culto católico tienen un poder seductor, fascinador, que seduce á muchas personas, las cuales llegan á considerar á la iglesia romana como la verdadera puerta del cielo. Sólo los que pisan con pie firme en el fundamento de la verdad y cuyos corazones han sido regenerados por el Espíritu de Dios, sólo ellos están al amparo de su influencia. Millares de personas que no conocen por experiencia á Cristo, serán llevadas á aceptar las formas de una impotente piedad. Semejante religión es, precisamente, lo que las multitudes desean.

La pretensión de la iglesia al derecho de perdonar pecados, explica el que los papistas se sientan libres para pecar; y el mandamiento de la confesión sin la cual ella no otorga su perdón, tiende además á dar bríos al mal. El que se arroja ante un hombre caído y le expone en la confesión los pensamientos y deseos secretos de su corazón, rebaja su dignidad y degrada todos los nobles instintos de su alma. Al descubrir los pecados de su alma á un sacerdote — mortal desviado y pecador, y demasiado á menudo corrompido por el vino y la impureza — el hombre rebaja el nivel de su carácter y consecuentemente se corrompe. La idea que tenía de Dios resulta envilecida á semejanza de la humanidad

caída, pues el sacerdote hace el papel de representante de Dios. Esta confesión degradante de hombre á hombre es la fuente secreta de la cual ha brotado gran parte del mal que está corrompiendo al mundo y lo está preparando para la destrucción final. Sin embargo, para todo aquel que gusta satisfacer sus malas tendencias, es más agradable confesarse con un pobre mortal que abrir su alma á Dios. Es más grato á la naturaleza humana hacer penitencia que renunciar al pecado; es más fácil mortificar la carne usando cilicios, ortigas y cadenas desgarradoras que renunciar á los deseos carnales. Harto pesado es el yugo que el corazón carnal está dispuesto á cargar antes de doblegarse al yugo de Cristo.

Hay una semejanza sorprendente entre la iglesia de Roma y la iglesia judaica del tiempo del primer advenimiento de Cristo. Mientras los judíos pisoteaban secretamente todos los principios de la ley de Dios, eran exteriormente estrictamente rigurosos en la observancia de los preceptos de ella, recargándola con exacciones y tradiciones que hacía difícil y pesado el cumplir con ella. Así como los judíos profesaban reverenciar la ley, así también los romanistas pretenden reverenciar la cruz. Exaltan el símbolo de los sufrimientos de Cristo, al par que niegan con sus vidas á Aquel á quien él representa.

Los papistas colocan la cruz sobre sus iglesias, sobre sus vestiduras. Por todas partes se ve la insignia de la cruz. Por todas partes se la honra y exalta exteriormente. Pero las enseñanzas de Cristo están enterradas bajo un montón de tradiciones absurdas, de interpretaciones falsas y de rigurosas exacciones. Las palabras del Salvador respecto á los judíos hipócritas se aplican con mayor razón aún á los jefes de la iglesia católica romana: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre las espaldas de los hombres; pero ellos no quieren moverlas ni siquiera con uno de sus dedos."^a Almas concienzudas quedan presa constante del terror, temiendo la cólera de un Dios ofendido, mientras muchos de los dignatarios de la iglesia viven en el lujo y los placeres sensuales.

^a S. Mateo 23:4.

El culto de las imágenes y reliquias, la invocación de los santos y la exaltación del papa son artificios de Satanás para alejar de Dios y de su Hijo el espíritu del pueblo. Para asegurar su ruina, se esfuerza en distraer su atención de Aquel que sólo puede asegurarles la salvación. Dirigirá las almas hacia cualquier objeto que pueda substituir á Aquel que dijo: “¡Venid á mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os daré descanso!”⁴

Satanás se esfuerza siempre en presentar de un modo falso el carácter de Dios, la naturaleza del pecado y las verdaderas consecuencias expuestas en la gran controversia. Sus sofismas debilitan el sentimiento de la obligación para con la ley divina y dan á los hombres libertad para pecar. Al mismo tiempo les hace concebir falsas ideas acerca de Dios, de suerte que se le mira con temor y odio más bien que con amor. La crueldad inherente á su propio carácter la atribuye al Creador, incorporándola en sistemas religiosos y dándole expresión en diversas formas de culto. Sucede así que las inteligencias de los hombres son cegadas y Satanás se vale de ellos como de agentes para hacer la guerra á Dios. Debido á conceptos erróneos de los atributos de Dios, las naciones paganas fueron inducidas á creer que los sacrificios humanos eran necesarios para asegurarse el favor divino; perpetráronse horrendas crueldades bajo las diversas formas de la idolatría.

La iglesia católica romana, al unir las formas del paganismo con las del cristianismo, y al presentar como el paganismo el carácter de Dios bajo falsos colores, ha recurrido á prácticas no menos crueles, horrorosas y repugnantes. En tiempo de la supremacía romana, había instrumentos de tortura para obligar á los hombres á aceptar sus doctrinas. Existía la hoguera para los que no querían hacer concesiones á sus exigencias. Hubo horribles matanzas, en tal escala, que nunca será conocida hasta que sea manifestada en el día del juicio. Dignatarios de la iglesia, dirigidos por su maestro Satanás, se afanaban por idear nuevos refinamientos de tortura que hicieran padecer lo indecible sin poner tér-

⁴ S. Mateo 11:28.

mino á la vida de la víctima. En muchos casos el proceso infernal se repetía hasta los límites extremos del sufrimiento humano, de suerte que la naturaleza quedaba rendida y la víctima suspiraba por la muerte como por dulce alivio.

Tal era la suerte de los adversarios de Roma. Para sus adherentes disponía de la disciplina del azote, del tormento del hambre y de la sed, y de mortificaciones corporales de toda clase imaginable para acabar con el corazón. Para asegurarse el favor del cielo, los penitentes violaban las leyes de Dios, violando las leyes de la naturaleza. Se les enseñaba á disolver los lazos que Dios ha formado para bendecir y amenizar la estadía del hombre en la tierra. Los cementerios encierran millones de víctimas que pasaron sus vidas luchando de balde para dominar sus propensiones naturales, para refrenar como ofensivos á Dios todo pensamiento y sentimiento de simpatía hacia sus semejantes.

Si deseamos comprender la fría crueldad de Satanás, manifestada en el curso de los siglos, no entre los que jamás oyeron hablar de Dios, sino en el corazón mismo y por toda la extensión de la cristiandad, no tenemos más que echar una mirada en la historia del romanismo. Por medio de su gigantesco sistema de engaño, el príncipe del mal consigue su objeto de deshorrar á Dios y de hacer al hombre miserable. Y si consideramos lo bien que logra enmascararse y hacer su obra por medio de los jefes de la iglesia, nos daremos mejor cuenta del motivo de su antipatía por la Biblia. Siempre que sea leído este libro, la misericordia y el amor de Dios saltarán á la vista; se echará de ver que Dios no impone á los hombres ninguna de aquellas pesadas cargas. Todo lo que él pide es un corazón traspasado de dolor contrito y un espíritu humilde y obediente.

Cristo no da en su vida ningún ejemplo que autorice á los hombres y mujeres á encerrarse en monasterios so pretexto de prepararse para el cielo. Jamás enseñó que debían mutilarse los sentimientos de amor y simpatía. El corazón del Salvador rebosaba de amor. Cuanto más se acerca el hombre á la perfección moral, tanto más delicada es su sensibilidad,

tanto más vivo su sentimiento del pecado y tanto más profunda su simpatía por los afligidos. El papa pretende ser el vicario de Cristo; ¿pero puede compararse su carácter con el de nuestro Salvador? ¿Vióse jamás á Cristo condenar hombres á la cárcel ó al tormento porque se negaran á rendirle homenaje como Rey del cielo? ¿Acaso se le oyó condenar á muerte á los que no le aceptaron? Cuando fué menospreciado por los habitantes de un pueblo samaritano, el apóstol S. Juan se llenó de indignación y dijo: “Señor, ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo, que los consuma, como también lo hizo Elías?” Jesús miró á su discípulo con compasión y le reprendió por su aspereza, diciendo: “El Hijo del hombre no vino para perder las vidas de los hombres sino para salvarlas.”⁵ ¡Cuán diferente es el espíritu manifestado por Cristo del de su pretendido vicario!

La iglesia católica le pone actualmente al mundo una cara apacible, haciendo por cohonestar la larga lista de sus horribles crueldades. Se ha puesto vestiduras como las de Cristo; pero en realidad no ha cambiado. Todos los principios formulados por el papismo en edades pasadas subsisten en nuestros días. Las doctrinas inventadas en los siglos más tenebrosos siguen profesándose aún. Que nadie se engañe. El papado que los protestantes están ahora tan listos para honrar, es el mismo que gobernaba al mundo en tiempos de la Reforma, cuando se levantaron hombres de Dios con peligro de sus vidas para denunciar la iniquidad de él. El romanismo sostiene las mismas orgullosas pretensiones con que supo dominar sobre reyes y príncipes y arrogarse las prerrogativas de Dios. Su espíritu no es hoy día menos cruel ni despótico que cuando destruía la libertad humana y mataba á los santos del Altísimo.

El papado es, precisamente, lo que la profecía declaró que sería: la apostasía de los postreros días.⁶ Forma parte de su política asumir el carácter que le permita realizar mejor sus fines; pero bajo la apariencia variable del camaleón oculta el mismo veneno de la serpiente. “No hay que guardar la palabra empeñada con herejes, ni con personas sospechosas

⁵ S. Lucas 9:54, 56.

⁶ 2 Tesalonicenses 2:3, 4.

de herejía,"' declara Roma. ¿Será posible que este poder cuya historia ha sido escrita durante mil años con la sangre de los santos, sea ahora reconocido como parte de la iglesia de Cristo?

No sin razón se ha asegurado que en los países protestantes el catolicismo no difiere ya tanto del protestantismo como antes. Se ha verificado un cambio; pero no es el papado el que ha cambiado. El catolicismo se parece mucho en verdad al protestantismo de hoy día debido á lo mucho que éste ha degenerado desde los días de los reformadores.

Mientras las iglesias protestantes han estado buscando el favor del mundo, una falsa caridad las ha cegado. Se figuran que es justo pensar bien de todo mal; y el resultado inevitable será que al fin pensarán mal de todo bien. En lugar de salir en defensa de la fe que fué dada antiguamente á los santos, no parecen sino disculparse ante Roma de haberla juzgado con tan poca caridad y pedirle perdón por su gajmoñería.

Son muchos aun de entre los que miran de reojo al romanismo, que poca cuenta se dan del peligro con que les amenaza el poder é influencia de Roma. Muchos pretenden que las tinieblas intelectuales y morales que prevalecían en la edad media favorecían la propagación de sus dogmas y supersticiones junto con la opresión, y que el mayor caudal de inteligencia de que se goza en los tiempos modernos, la difusión general de conocimientos y la libertad siempre mayor en materia de religión, impiden el reavivamiento de la intolerancia y de la tiranía. La mera idea de que pudiera volver un estado de cosas semejante en nuestros tiempos de luces, no pasa de ser una humorada. Es verdad que sobre esta generación brilla mucha luz intelectual, moral y religiosa. De las páginas abiertas de la santa Palabra de Dios, ha brotado luz del cielo sobre la tierra. Pero no hay que olvidar que cuanto más grande sea la luz concedida, tanto más densas también son las tinieblas de aquellos que la pervierten ó la rechazan.

'Lenfant, "Histoire du Concile de Constance," tomo I, l. 4, p. 493.

Un estudio de la Biblia hecho con oración mostraría á los protestantes el carácter real del papado y haría que lo aborriesen y que huyesen de él; pero muchos son tan sabios en su propia opinión que no sienten ninguna necesidad de buscar humildemente á Dios para ser conducidos á la verdad. Aunque se enorgullezcan de su ilustración, ignoran sin embargo tanto las Sagradas Escrituras como el poder de Dios. Necesitan de algo para calmar sus conciencias, y buscan lo que es menos espiritual y humillante. Lo que desean es un modo de olvidar á Dios y que sirva al mismo tiempo para recordarlo. El papismo responde perfectamente á las necesidades de todas esas personas. Es adecuado á dos clases de seres humanos que abarcan casi á todo el mundo; los que quisieran salvarse por sus méritos, y los que quisieran salvarse en sus pecados. Este es el secreto del poder del papismo.

Ha quedado probado cuánto favorecieron el éxito del papado los períodos de tinieblas intelectuales. También quedará demostrado que una época de grandes luces intelectuales es igualmente favorable á su triunfo. En otro tiempo, cuando los hombres no poseían la Palabra de Dios ni conocían la verdad, sus ojos estaban vendados y miles de individuos fueron cogidos en la red que no veían tendida ante sus pies. En esta generación hay muchos cuyos ojos están ofuscados por el brillo de las especulaciones humanas, “falsamente llamada ciencia;” no alcanzan á ver la red y caen en ella tan fácilmente como si estuviesen vendados. Dios dispuso que las capacidades intelectuales del hombre fuesen consideradas como don de su Creador y que fuesen empleadas en provecho de la verdad y de la justicia; pero cuando se fomenta el orgullo y la ambición y que los hombres exaltan sus propias teorías por encima de la Palabra de Dios, entonces la inteligencia puede causar mayor perjuicio que la ignorancia. Así sucede que la falsa ciencia de nuestros días que mina la fe en la Biblia, preparará tan seguramente el camino para el triunfo del papado con su formalismo agradable, como sucedió con el obscurantismo que le abrió camino para su engrandecimiento en medio de las sombras de la edad media,

En el movimiento que se está actualmente extendiendo en los Estados Unidos de Norte América para asegurar el apoyo del estado á las instituciones y prácticas de la iglesia, los protestantes están siguiendo las huellas de los papistas. Más aún, están abriendo la puerta para que el papado reasuma en la América protestante la supremacía que perdió en el Viejo Mundo. Y lo que da más significado á este movimiento es la circunstancia de que el objeto principal que se tiene en mira es la imposición de la observancia del domingo, institución que vió la luz en Roma y que el papado proclama como signo de su autoridad. Es el espíritu del papado, es decir, el espíritu de conformidad con las costumbres mundanas, la mayor veneración por las tradiciones humanas que por los mandamientos de Dios — el que está penetrando en las iglesias protestantes é induciéndolas á hacer la misma obra de exaltación del domingo que el papado hizo antes que ellas.

Si el lector quiere saber cuáles son los medios que han de ser puestos por obra en la contienda por venir, no tiene más que leer el relato de los que Roma empleó con el mismo fin en siglos pasados. Si desea saber cómo los papistas en unión con los protestantes procederán con los que rechacen sus dogmas, que considere el espíritu que Roma manifestó contra el Sábado y sus defensores.

Edictos reales, concilios generales y ordenanzas de la iglesia sostenidos por el poder civil fueron los peldaños por medio de los cuales el día de fiesta pagano alcanzó su puesto de honor en el mundo cristiano. La primera medida pública que impuso la observancia del domingo fué la ley decretada por Constantino.* Dicho edicto requería que los habitantes de las ciudades descansaran en “el venerable día del Sol,” pero permitía á los del campo que prosiguiesen sus faenas agrícolas. Á pesar de ser en realidad ley pagana, fué impuesta por el emperador después que hubo aceptado el cristianismo nominalmente.

Como el mandato real no parecía substituir de un modo suficiente la autoridad divina, Eusebio, obispo que buscó el favor de los príncipes y amigo íntimo y adulator especial

* Año 321 de J. C.; véase el Apéndice.

de Constantino, pretendió que Cristo había transferido el día de reposo del Sábado al domingo. No se pudo aducir una sola prueba de las Santas Escrituras en favor de la nueva doctrina. Eusebio mismo reconoce involuntariamente la falsedad de ella y señala á los verdaderos autores del cambio. “*Nosotros* hemos transferido al domingo día del Señor — dice — todas las cosas que debían hacerse en el Sábado.”⁹ Pero por infundado que fuese el argumento á favor del domingo, sirvió para envalentonar á los hombres y animarlos á pisotear el Sábado del Señor. Todos los que deseaban ser honrados por el mundo aceptaron el día festivo popular.

Con el afianzamiento del papado fué enaltecándose más y más la institución del domingo. Por algún tiempo el pueblo siguió ocupándose en los trabajos agrícolas fuera de las horas de culto, y el séptimo día Sábado siguió siendo considerado como el día de reposo. Pero lenta y seguramente fué efectuándose el cambio. Se prohibió á los magistrados que fallaran en lo civil el día del domingo. Poco después se dispuso que todos sin distinción de clase social se abstuviesen del trabajo ordinario, so pena de multa para los señores y de azotes para los siervos. Más tarde se decretó que los ricos serían castigados con la pérdida de la mitad de sus bienes y que finalmente, si se obstinaban en desobedecer, se les hiciese esclavos. Los de las clases inferiores debían sufrir destierro perpetuo.

Se recurrió también á los milagros. Entre otros casos maravillosos, se refería que un campesino que iba á labrar su campo en día domingo limpió su arado con un hierro y que el hierro le penetró en la mano, “causándole dolor y vergüenza excesivos”¹⁰ por dos años enteros.

Más tarde, el papa ordenó que los sacerdotes del campo amonestasen á los que violasen el domingo y los trajeran á la iglesia á decir sus oraciones por temor de que no atrajesen alguna gran calamidad sobre sí mismos y sobre sus vecinos. Un concilio eclesiástico adujo el argumento tan frecuente-

⁹ Cox, R., “Sabbath Laws and Sabbath Duties,” p. 538 (ed. 1853).

¹⁰ West, Francisco, “Historical and Practical Discourse on the Lord’s Day,” p. 174.

mente empleado desde entonces hasta por los protestantes, de que algunas personas habiendo sido muertas por el rayo mientras trabajaban en día domingo, ése debía ser el día de reposo. “Es evidente — decían los prelados — cuán grande era el disgusto de Dios al verlos descuidar ese día.” Luego se dirigió un llamamiento para que los sacerdotes y ministros, reyes y príncipes y todos los fieles “hicieran cuanto les fuera posible para que ese día fuese repuesto en su honor y para que fuese más devotamente observado en lo por venir, para honra de la cristiandad.”¹¹

Como los decretos de los concilios resultaran insuficientes, las autoridades civiles fueron instadas á que publicasen un edicto que inspirase terror al pueblo y lo obligase á abstenerse de trabajar el domingo. En un sínodo reunido en Roma, todos los decretos anteriores fueron confirmados con mayor fuerza y solemnidad, incorporados en la ley eclesiástica é impuestos por las autoridades civiles en casi toda la cristiandad.¹²

Á pesar de esto la falta de autoridad bíblica en favor de la observancia del domingo no originaba pocas dificultades. El pueblo ponía en tela de juicio el derecho de sus maestros para echar á un lado la declaración positiva de Jehová “El séptimo día Sábado es del Señor tu Dios” y honrar tanto más el día del sol. Se necesitaban otros expedientes para suplir la falta de testimonios bíblicos. Un celoso defensor del domingo que visitó á fines del siglo XII las iglesias de Inglaterra, encontró resistencia por parte de testigos fieles de la verdad; sus esfuerzos resultaron tan inútiles que abandonó el país por algún tiempo en busca de medios que le permitiesen apoyar sus enseñanzas. Cuando regresó suplió á lo que le faltaba y entonces tuvo mayor éxito. Había traído consigo un rollo que presentaba como del mismo Dios, y que contenía el mandamiento que se necesitaba para la observancia del domingo, con terribles amenazas para aterrar á los desobedientes. Ese precioso documento, fraude tan vil como la ins-

¹¹ Morer, T., “Discourse in Six Dialogues on the Name, Notion, and Observation of the Lord’s Day,” p. 271 (ed. 1701).

¹² Véase Heylyn, “History of the Sabbath,” Parte II, cap. 5, sec. 7.

titución misma que pretendía afianzar, se dijo que había caído del cielo y había sido encontrado en Jerusalén sobre el altar de San Simeón, en el Gólgota. Pero en realidad, de donde procedía era del palacio pontifical de Roma. La jerarquía papal ha considerado siempre legales los fraudes y las adulteraciones siempre que se relacionaban con el poder y la prosperidad de la iglesia.

El rollo prohibía trabajar desde la hora novena (3 de la tarde) del Sábado hasta la salida del sol el lunes; y su autoridad fué declarada confirmada por muchos milagros. Se decía que personas que habían trabajado más allá de la hora señalada habían sufrido ataques de parálisis. Un molinero que intentó moler su trigo vió salir en vez de harina un chorro de sangre y la rueda del molino se paró á pesar de la gran caída de agua. Una mujer que había puesto la masa en el horno la encontró cruda al sacarla, no obstante haber quedado en un horno muy caliente. Otra que había amasado para cocer á la hora novena, pero que determinó ponerla á un lado hasta el lunes, la encontró convertida en panes y cocida por el poder divino. Un hombre que coció pan después de la novena hora, el Sábado, encontró al partirlo, en la mañana siguiente, que salía sangre de él. Fué con invenciones tan absurdas como supersticiosas con que los abogados del domingo trataron de hacerlo sagrado.²³

Tanto en Escocia como en Inglaterra se logró hacer respetar mejor el domingo mezclándolo en parte con el Sábado antiguo. Pero variaba el tiempo que se debía guardar como sagrado. Un edicto del rey de Escocia declaraba que "se debía considerar como santo el Sábado á partir del medio día" y que nadie desde ese momento hasta el lunes debía ocuparse en trabajos mundanos.²⁴

Pero á pesar de todos los esfuerzos hechos para establecer la santidad del domingo, los mismos papistas confesaban públicamente la autoridad divina del Sábado y el origen humano de la institución que lo había suplantado. En el siglo XVI un concilio papal declaró explícitamente: "Que todos los cris-

²³ Véase Roger de Hoveden, "Annals," Vol. II, pp. 528-530.

²⁴ Morer, "Dialogues on the Lord's Day," pp. 290, 291.

hombre de pecado subsistirá hasta el segundo advenimiento.²⁰ Proseguirá su obra de engaño hasta el fin mismo del tiempo, y el Revelador declara refiriéndose también al papado: "Todos los que habitan sobre la tierra le adorarán, es decir, aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida."²¹ Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Mundo se le tributará homenaje al papado por medio del honor que se le conferirá á la institución del domingo, la cual descansa únicamente sobre la autoridad de la iglesia romana.

Desde hace más de medio siglo, los que estudian la profecía en los Estados Unidos han presentado este testimonio ante el mundo. En los acontecimientos que están desarrollándose actualmente, especialmente en dicho país, se ve un rápido avance hacia el cumplimiento de dichas predicciones. Los ministros protestantes abrigan las mismas pretensiones de autoridad divina á favor de la observancia del domingo y adolecen de la misma falta de evidencias bíblicas que los jefes papistas cuando fabricaban milagros para suplir la falta del mandamiento de Dios. Se repetirá el aserto de que los juicios de Dios caerán sobre los hombres en castigo por no haber observado el domingo como día de reposo. Ya se oyen voces en este sentido. Y un movimiento á favor de la observancia obligatoria del domingo está ganando terreno más y más.

La sagacidad y astucia de la iglesia romana son maravillosas. Puede leer el porvenir. Se da tiempo viendo que las iglesias protestantes le están rindiendo homenaje con la aceptación del falso día de reposo y que se preparan á imponerlo con los mismos medios que empleó en tiempos pasados. Los que rechazan la luz de la verdad buscarán aún la ayuda de este poder que se titula infalible, á fin de exaltar una institución que debe su origen á Roma. No es difícil preveer cuán apresuradamente ella vendrá en ayuda de los protestantes en este movimiento. ¡Quién mejor que los jefes papistas para saber cómo entendérselas con los que desobedecen á la iglesia?

²⁰ 2 Tesalonicenses 2:8.

²¹ Apocalipsis 13:8.

La iglesia católica romana, con todas sus ramificaciones en el mundo entero, forma una vasta organización dirigida por la sede papal, destinada á servir los intereses de ésta. Instruye á sus millones de adeptos en todos los países del globo, para que se consideren obligados á obedecer al papa. Sea cual fuere la nacionalidad ó el gobierno de éstos, deben considerar la autoridad de la iglesia como por encima de todas las demás. Aunque juren fidelidad al estado siempre quedará en el fondo el voto de obediencia á Roma que los absuelve de toda promesa contraria á los intereses de ella.

La historia prueba lo astuta y persistente que es en sus esfuerzos para insinuarse en los asuntos de las naciones, y cómo al haber logrado su intromisión no hace más que favorecer sus propios fines, aun á costa de la ruina de príncipes. En el año 1204, el papa Inocencio III arrancó de Pedro II, rey de Aragón, el tan peregrino juramento siguiente: "Yo, Pedro, rey de los aragoneses, declaro y prometo ser siempre fiel y obediente á mi señor, el papa Inocencio, á sus sucesores católicos y á la iglesia romana, y conservar mi reino en su obediencia, defendiendo la religión católica y persiguiendo la perversidad herética."²² Esto está en armonía con las pretensiones referentes al poder del pontífice romano, de que "él tiene derecho de deponer emperadores" y de que "él puede desligar á los súbditos de la lealtad debida á gobernantes perversos."²³

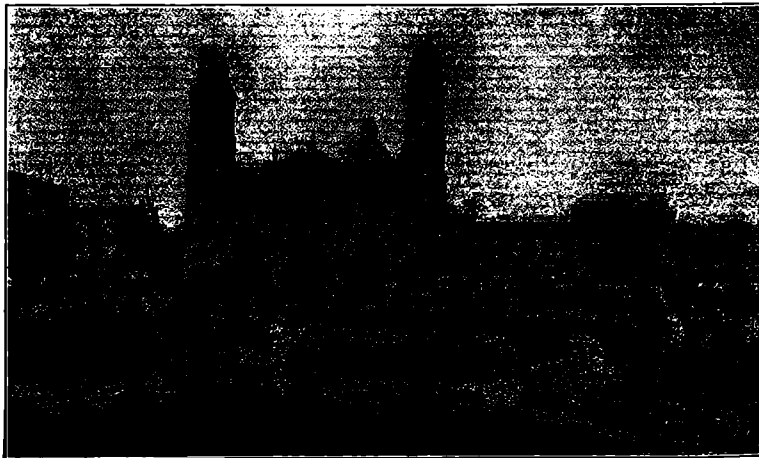
Y téngase presente que Roma se vanagloria de no variar jamás. Los principios de Gregorio VII y de Inocencio III son aún los principios de la iglesia católica romana; y si sólo tuviese el poder, los pondría en vigor con tanta fuerza hoy día como en siglos pasados. Poco saben los protestantes lo que están haciendo al proponerse aceptar la ayuda de Roma en la tarea de exaltar el domingo. Mientras ellos tratan de realizar su propósito, Roma tiene su mira puesta en el restablecimiento de su poder, y tiende á recuperar su supremacía perdida. Que llegue á establecerse en los Estados Unidos el

²² Dowling, J., "History of Romanism," l. 5, cap. 6, sec. 55.

²³ Mosheim, "Ecclesiastical History," l. 3, sig. 11, parte 2, cap. 2, sec. 9, nota 8. Véase además el Apéndice.

principio de que la iglesia puede emplear ó dirigir el poder del estado; que las leyes civiles pueden hacer obligatorias las observancias religiosas; en una palabra, que la autoridad de la iglesia con la del estado debe dominar las conciencias, y entonces el triunfo de Roma quedará asegurado en la gran República de la América del Norte.

La Palabra de Dios ha dado advertencias respecto á tan inminente peligro; descuide estos avisos y el mundo protestante sabrá cuáles son los verdaderos propósitos de Roma, pero ya será tarde para salir de la trampa. Roma está aumentando sigilosamente su poder. Sus doctrinas están ejerciendo su influencia en las cámaras legislativas, en las iglesias y en los corazones de los hombres. Aún sigue levantando sus soberbios é imponentes edificios en cuyos secretos recintos reanuda sus antiguas persecuciones. Está acumulando oculta-mente sus fuerzas y sin despertar sospechas para alcanzar sus propios fines y para dar el golpe en su debido tiempo. Todo lo que Roma desea es asegurarse alguna ventaja, y ésta ya le ha sido concedida. Pronto veremos y palparemos los propósitos del romanismo. Cualquiera que crea ú obedezca á la Palabra de Dios incurrirá en censura y persecución.





EL CONFLICTO INMINENTE—37

Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en trastornar la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra. Engañar á los hombres para inducirlos luego á transgresar la ley de Dios, tal es el objeto que él ha perseguido sin cejar. Conseguirlo echando á un lado toda la ley ó descuidando uno de sus preceptos, el resultado será finalmente el mismo. El que peca “en un solo punto” manifiesta menosprecio por toda la ley; su influencia y su ejemplo están del lado de la transgresión; y viene á ser “reo de todos” los puntos de la ley.¹ En su afán por desacreditar los preceptos divinos, Satanás ha pervertido las doctrinas de la Biblia, de suerte que se han incorporado errores en la fe de millares de personas que profesan creer en las Santas Escrituras. El último gran conflicto entre la verdad y el error no es más que la última batalla de la controversia que se está desarrollando desde hace tanto tiempo con respecto á la ley de Dios. Esta batalla la estamos empeñando; es la que se libra entre las leyes de los hombres y los preceptos de Jehová, entre la religión de la Biblia y la religión de las fábulas y de la tradición.

Los elementos que se coaligarán en esta lucha contra la verdad y la justicia, están ya trabajando activamente. La Palabra santa de Dios que nos ha sido transmitida á costa de tanto padecimiento, de tanta sangre de los mártires, no se la aprecia debidamente. La Biblia está al alcance de todos,

¹ Santiago 2:10.

pero pocos son los que la aceptan verdaderamente por guía de la vida. La impiedad predomina de modo alarmante, no sólo en el mundo sino también en la iglesia. Muchos han llegado al punto de negar doctrinas que son el fundamento mismo de la fe cristiana. Los grandes hechos de la creación tal cual los presentan los escritores inspirados, la caída del hombre, la expiación y el carácter perpetuo de la ley de Dios son en realidad rechazados entera ó parcialmente por gran número de los que profesan ser cristianos. Miles de personas que se vanaglorian de su sabiduría y de su espíritu independiente, consideran como una debilidad el tener fe implícita en la Biblia; piensan que es prueba de talento superior y científico argumentar con las Sagradas Escrituras y espiritualizar y eliminar sus más importantes verdades. Muchos ministros enseñan á sus congregaciones y muchos profesores y doctores dicen á sus estudiantes que la ley de Dios ha sido mudada ó abrogada, y que los que consideran ordenanzas de ella como si fueran aún válidas y que fueran aún impuestas á nuestro acatamiento, no merecen más que burla ó desprecio.

Al rechazar la verdad, los hombres rechazan al Autor de ella. Al pisotear la ley de Dios, se niega la autoridad del Legislador. Es tan fácil hacer un ídolo de falsas doctrinas y teorías como tallar un ídolo de madera ó piedra. Al representar falsamente los atributos de Dios, Satanás induce á los hombres á que se formen de él falso concepto. Muchos han entronizado un ídolo filosófico en lugar de Jehová, mientras que el Dios viviente, tal cual está revelado en su Palabra, en Cristo y en las obras de la creación, no es adorado más que por un número relativamente pequeño. Miles y miles deifican la naturaleza al paso que niegan al Dios de ella. Aunque bajo forma diferente, la idolatría existe en el mundo cristiano de hoy tan verdaderamente como existió entre el antiguo Israel en tiempos de Elías. El Dios de muchos así llamados sabios, ó filósofos, poetas, políticos, periodistas — el Dios de los círculos selectos y á la moda, de muchos colegios y universidades y hasta de muchos centros de teología — no es mucho mejor que Baal, el dios-sol de los fenicios.

Ninguno de los errores aceptados por el mundo cristiano ataca más atrevidamente la autoridad de Dios, ninguno está en tan abierta oposición con las enseñanzas de la razón, ninguno es de tan perniciosos resultados como la doctrina moderna que tanto cunde, de que la ley de Dios ya no es más de carácter obligatorio para los hombres. Toda nación tiene sus leyes que exigen respeto y obediencia; ningún gobierno podría subsistir sin ellas; ¿y es posible imaginarse que el Creador del cielo y de la tierra no tenga ley alguna para gobernar los seres que ha creado? Supongamos que los ministros más prominentes se pusiesen á predicar que las leyes que gobiernan á su país y amparan los derechos de los ciudadanos no los obligasen á éstos; que coartan las libertades del pueblo, y que por consiguiente no se las debe obediencia. ¿Por cuánto tiempo se tolerarían semejantes prédicas? ¿Pero es acaso mayor ofensa el desdeñar las leyes de los estados y de las naciones que el pisotear los preceptos divinos que son el fundamento de todo gobierno?

Más acertado sería que las naciones aboliesen sus estatutos y le dejaran al pueblo hacer lo que quisiese, antes de que el Legislador del universo anulase su ley y dejase al mundo sin regla ó sin norma para condenar al culpable ó justificar al obediente. ¿Cuál sería el resultado de la abolición de la ley de Dios? El experimento se ha hecho ya. Terribles fueron las escenas que se desarrollaron en Francia cuando el ateísmo se hizo preponderante. Entonces quedó comprobado al mundo que rechazar los linderos que Dios ha impuesto equivale á aceptar el gobierno de la ley de los más crueles y despóticos. Cuando se echa á un lado la regla de justicia, queda abierto el camino para que el príncipe del mal establezca su poder en la tierra.

Siempre que se rechazan los preceptos divinos, el pecado deja de parecer culpa y la justicia deja de ser deseable. Los que se niegan á someterse al gobierno de Dios son completamente incapaces de gobernarse á sí mismos. Debido á sus enseñanzas perniciosas, se implanta el espíritu de insubordinación en el corazón de la niñez y de la juventud de suyo

insubordinados, dando así por resultado un estado social donde la anarquía reina soberana. Al paso que se burlan de la credulidad de los que obedecen las exigencias de Dios, las multitudes aceptan con avidéz los engaños de Satanás. Se entregan á sus deseos desordenados y practican los pecados que han acarreado los juicios de Dios sobre los paganos.

Los que le enseñan al pueblo á considerar superficialmente los mandamientos de Dios, siembran la desobediencia para recoger desobediencia. Que se rechacen enteramente los límites impuestos por la ley divina y pronto se despreciarán las leyes humanas. Los hombres están dispuestos á pisotear la ley de Dios por considerarla como un obstáculo para su prosperidad material, porque ella prohíbe las prácticas deshonestas, la codicia, la mentira y el fraude; pero ellos no se figuran lo que resultaría de la abolición de los preceptos divinos. Si la ley no tuviera fuerza alguna ¿por qué habría de temerse el transgredirla? La propiedad no estaría más segura. Cada cual se apoderaría por la fuerza de los bienes de su vecino, y el más fuerte se haría el más rico. Ni siquiera se respetaría la vida. La institución del matrimonio dejaría de ser el baluarte sagrado para la protección de la familia. El que pudiera, si así lo desease, tomaría la mujer de su vecino. El quinto mandamiento sería puesto á un lado junto con el cuarto. Los hijos no vacilarían en atentar á la vida de sus padres, si al hacerlo pudiesen satisfacer los deseos de sus corazones corrompidos. El mundo civilizado se convertiría en una horda de ladrones y asesinos, y la paz, la tranquilidad y la dicha desaparecerían de la tierra.

La doctrina de que los hombres no están obligados á obedecer los mandamientos de Dios ha debilitado ya el sentimiento de la responsabilidad moral y ha abierto anexas las compuertas para que la iniquidad aniegue el mundo. La licencia, la disipación y la corrupción nos invaden como ola abrumadora. Satanás está trabajando en el seno de las familias. Su bandera flota hasta en los hogares de los que profesan ser cristianos. En ellos se ven la envidia, las sospechas, la hipocresía, la frialdad, la rivalidad, las disputas,

las traiciones y el desenfreno de los apetitos. Todo el sistema de doctrinas y principios religiosos que deberían formar el fundamento y cuadro de la vida social, parece una mole tambaleante á punto de desmoronarse en ruinas. Los más viles criminales echados en la cárcel por sus delitos, son á menudo objeto de atenciones y obsequios como si hubiesen llegado á un envidiable grado de distinción. Se da gran publicidad á las particularidades de su carácter y á sus crímenes. La prensa publica los detalles escandalosos del vicio, iniciando así á otros en la práctica del fraude, del robo y del asesinato, y Satanás se regocija del éxito de sus infernales designios. La infatuación del vicio, la criminalidad, el terrible incremento de la intemperancia y de la iniquidad, bajo toda forma y en todo grado, deberían llamar la atención de todos los que temen á Dios para que vieran lo que podría hacerse para contener el desborde del mal.

Los tribunales de justicia están corrompidos. Los magistrados se dejan llevar por el deseo de las ganancias y el afán de los placeres sensuales. La intemperancia ha obcecado las facultades de muchos, de suerte que Satanás los dirige casi á su gusto. Los juristas están pervertidos, sobornados y engañados. La embriaguez y las orgías, la pasión, la envidia, la mala fe bajo todas sus formas se encuentran entre los que administran las leyes. “La justicia se mantiene á lo lejos, por cuanto la verdad está caída en la calle, y la rectitud no puedè entrar.”²

La iniquidad y las tinieblas espirituales que prevalecieron bajo la supremacía papal fueron resultado inevitable de la supresión de las Sagradas Escrituras. ¿Pero dónde está la causa de la incredulidad general, del rechazo de la ley de Dios y de la corrupción consecuente bajo el pleno resplandor de la luz del evangelio en esta época de libertad religiosa? Ahora que Satanás no puede gobernar al mundo negándole las Escrituras, recurre á otros medios para alcanzar el mismo objeto. Destruir la fe en la Biblia responde tan bien á sus designios como destruir la Biblia misma. Insinuando la creencia de que la ley de Dios no es obligatoria, empuja á

² Isaías 59:14.

los hombres á transgredirla tan seguramente como si ignorasen los preceptos de ella. Y ahora, como en tiempos pasados, ha trabajado por intermedio de la iglesia, para promover sus fines. Las organizaciones religiosas de nuestros días se han negado á prestar atención á las verdades impopulares claramente enseñadas en las Santas Escrituras, y al combatirlas, han adoptado interpretaciones y asumido actitudes que han sembrado al vuelo las semillas del escepticismo. Ateniéndose al error papal de la inmortalidad natural del alma y al del estado consciente de los muertos, han rechazado la única arma posible contra los engaños del espiritismo. La doctrina de los tormentos eternos ha inducido á muchos á dudar de la Biblia. Y cuando se le presenta al pueblo la obligación de observar el cuarto mandamiento, se encuentra que ha sido ordenada la observancia del reposo en el séptimo día; y como único medio de librarse de un deber que no desean cumplir, muchos de los ministros populares declaran que la ley de Dios no es ya obligatoria. De este modo rechazan al mismo tiempo la ley y el Sábado. Á medida que adelante la reforma respecto del Sábado, este rechazo de la ley divina para evitar la obediencia al cuarto mandamiento se volverá casi universal. Las doctrinas de los caudillos religiosos han abierto la puerta á la incredulidad, al espiritismo y al desprecio de la santa ley de Dios, y sobre ellos descansa terrible responsabilidad por la iniquidad que existe en el mundo cristiano.

Sin embargo, esa misma clase de gente asegura que la corrupción que se va generalizando más y más, hay que achacarla en gran parte á la violación del así llamado "día del Señor" (domingo), y que si se hiciese obligatoria la observancia de este día, mejoraría en gran manera la moralidad social. Esta pretensión se aduce especialmente en los Estados Unidos de Norte América, donde la doctrina del verdadero día de reposo, ó sea el Sábado, ha sido predicada con más amplitud que en ninguna otra parte. En dicho país la obra de la temperancia que es una de las reformas morales más importantes, va á menudo combinada con el movimiento á favor del domingo, y los defensores de éste actúan como si estu-

viesen trabajando para promover los más altos intereses de la sociedad; de suerte que los que se niegan á unirse con ellos son denunciados como enemigos de la temperancia y de las reformas. Pero la circunstancia de que un movimiento encaminado á establecer un error esté ligado con una obra buena en sí misma, no es un argumento á favor del error. Podemos encubrir un veneno mezclándolo con un alimento sano pero no por eso cambiamos su naturaleza. Por el contrario, lo hacemos más peligroso, pues se tomará con menos recelo. Una de las trampas de Satanás consiste en mezclar con el error una porción suficiente de verdad para cohonestar aquél. Los jefes del movimiento en favor del domingo pueden propagar reformas que el pueblo necesita, principios que estén en armonía con la Biblia; pero desde el momento en que mezclen con ellas algún requisito en pugna con la ley de Dios, los siervos de Dios no pueden unirse á ellas. Nada puede autorizarnos á rechazar los mandamientos de Dios para adoptar los preceptos de los hombres.

Merced á los dos errores capitales, el de la inmortalidad del alma y el de la santidad del domingo, Satanás cogerá á los hombres en sus redes. Mientras aquél forma la base del espiritismo, éste crea un lazo de simpatía con Roma. Los protestantes de los Estados Unidos serán los primeros en tender las manos á través del doble abismo al espiritismo y al poder romano; y bajo la influencia de esta triple alianza ese país marchará en las huellas de Roma, pisoteando los derechos de la conciencia.

Como el espiritismo imita más de cerca al cristianismo nominal de nuestros días, tiene también mayor poder para engañar y seducir. Satanás mismo es convertido después de la economía actual. Se manifestará bajo la forma de un ángel de luz: por medio del espiritismo han de cumplirse milagros, los enfermos sanarán, y se realizarán muchos prodigios innegables. Y como los espíritus profesarán creer en la Biblia y manifestarán respeto por las instituciones de la iglesia, su obra será aceptada como manifestación del poder divino.

La línea de separación entre los que profesan ser cristianos y los impíos es actualmente apenas perceptible. Los miembros de las iglesias aman lo que el mundo ama y están listos á unirse con ellos; Satanás tiene resuelto unirlos en un solo cuerpo y de este modo robustecer su causa atrayéndolos á todos á las filas del espiritismo. Los papistas que se jactan de sus milagros como signo cierto de que su iglesia es la verdadera serán fácilmente engañados por este poder maravilloso, y los protestantes que han arrojado de sí el escudo de la verdad serán igualmente seducidos. Los papistas, los protestantes y los mundanos aceptarán igualmente la forma de la piedad sin el poder de ella, y verán en esta unión un gran movimiento para la conversión del mundo y el comienzo del milenio tan largamente esperado.

El espiritismo hace aparecer á Satanás como benefactor de la raza humana, que sana las enfermedades del pueblo y que profesa presentar un sistema religioso nuevo y más elevado; pero al mismo tiempo obra como destructor. Sus tentaciones arrastran á multitudes á la ruina. La intemperancia destrona la razón, los placeres sensuales, las disputas y los crímenes la siguen. Satanás se deleita en la guerra, que despierta las más viles pasiones del alma, y arroja luego á sus víctimas, sumidas en el vicio y en la sangre, á la eternidad. Su objeto consiste en hostigar á las naciones á hacerse mutuamente la guerra; pues de este modo puede distraer los espíritus de los hombres de la obra de preparación necesaria para subsistir en el día del Señor.

Satanás trabaja asimismo por medio de los elementos para cosechar muchedumbres de almas aún no preparadas. Tiene estudiados los secretos de los laboratorios de la naturaleza y emplea todo su poder para dirigir los elementos en cuanto Dios se lo permita. Cuando se le dejó que afigiera á Job, ¡qué pronto no fueron destruídos rebaños, ganado, sirvientes, casas y niños, en una serie de desgracias, obra de un momento! Es Dios quien protege á sus criaturas y las guarda del poder del destructor. Pero el mundo cristiano ha manifestado su menosprecio de la ley de Jehová, y el Señor hará exactamente

lo que declaró que haría: alejará sus bendiciones de la tierra y suprimirá su cuidado protector de sobre los que se rebelan contra su ley y que enseñan y obligan á los demás á hacer lo mismo. Satanás gobierna á todos los que Dios no guarda especialmente. Favorecerá y hará prosperar á algunos á fin de perseguir mejor sus fines, y atraerá desgracias sobre otros haciendo creer á los hombres que es Dios quien los affige.

Al par que se hace pasar ante los hijos de los hombres como un gran médico que puede curar todas sus enfermedades, Satanás producirá enfermedades y desastres al punto que ciudades populosas sean reducidas á ruinas y desolación, Ahora mismo está trabajando. Ejerce su poder en todos los lugares y bajo mil formas: en las desgracias y calamidades de mar y tierra, en las grandes conflagraciones, en los tremendos huracanes y en las terribles tempestades de granizo, en las inundaciones, en los ciclones, en las mareas extraordinarias y en los terremotos. Destruye las mieses casi maduras siguiéndose la hambruna y la angustia, propaga por el aire emanaciones mefíticas y miles de seres perecen en la pestilencia. Estas plagas irán menudeando más y más y se harán más y más desastrosas. La destrucción caerá sobre hombres y animales. “La tierra se pone de luto y se marchita,” “desfallece la gente encumbrada de la tierra. La tierra también es profanada bajo sus habitantes; porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto, y quebrantaron el pacto eterno.”^a

Y luego el gran engañador persuadirá á los hombres de que son los que sirven á Dios los que causan esos mismos males. La parte de la humanidad que haya provocado el disgusto de Dios lo cargará á la cuenta de aquellos cuya obediencia á los mandamientos divinos es una reconvencción perpetua para los transgresores. Se hará sonar que los hombres ofenden á Dios violando el descanso del domingo; que este pecado ha atraído calamidades que no concluirán hasta que la observancia del domingo no sea estrictamente obligatoria; y que los que proclaman la obligación del cuarto mandamiento, haciendo que se pierda así el respeto debido al domingo y rechazando el favor divino, turban al pueblo y ale-

^a Isaiás 24:4, 5.

jan la prosperidad temporal. Y así se repetirá la acusación hecha antiguamente al siervo de Dios y por motivos de la misma índole. “Y sucedió, luego que Acab vió á Elías, que le dijo Acab: ¿Estás tú aquí, perturbador de Israel? Á lo que respondió: No he perturbado yo á Israel, sino tú, y la casa de tu padre, por haber dejado los mandamientos de Jehová, y haber seguido á los Baales.”⁴ Cuando con falsos cargos se haya despertado la cólera del pueblo, éste se portará con los embajadores de Dios de modo muy parecido á lo que hizo el apóstata Israel con Elías.

El poder milagroso que se manifiesta en el espiritismo ejercerá su influencia en perjuicio de los que prefieren obedecer á Dios antes que á los hombres. Habrá comunicaciones de espíritus que declararán que Dios les ha enviado para convencer de su error á los que rechazan el domingo, afirmando que se debe obedecer á las leyes del país como á la ley de Dios. Se lamentarán de la gran maldad existente en el mundo y apoyarán el testimonio de los ministros de la religión de que la degradación moral se debe á la profanación del domingo. Grande será la indignación despertada contra todos los que se nieguen á aceptar sus aseveraciones.

La política de Satanás en este conflicto final con el pueblo de Dios es la misma que la que empleó al principio de la gran controversia en el cielo. Hacía como si procurase la estabilidad del gobierno divino, mientras que por lo bajo hacía cuanto podía por derribarlo y acusaba á los ángeles fieles de esa misma obra que estaba así tratando de realizar. La misma política de engaño caracteriza la historia de la iglesia romana. Ésta ha profesado actuar como vicario del cielo, mientras trataba de elevarse por encima de Dios y de mudar su ley. Bajo el reinado de Roma, los que sufrieron la muerte por causa de su fidelidad al evangelio fueron denunciados como malhechores; se les declaró estar en liga con Satanás, y se emplearon cuantos medios posibles para cubrirlos de oprobio y hacerlos pasar ante los ojos del pueblo y ante ellos mismos por los más viles criminales. Otro tanto sucederá ahora. Mientras Satanás trata de destruir á los que honran la ley

⁴ 1 Reyes 18:17, 18.

de Dios, los hará acusar como transgresores de la ley, como hombres que están deshonrando á Dios y atrayendo sus castigos sobre el mundo.

Dios no violenta nunca la conciencia; pero Satanás sí que apela á la violencia cuando no puede reducir de otro modo á los que se le oponen. Y el temor á esa misma violencia es lo que le sirve para dominar la conciencia y asegurarse el homenaje para sí mismo. Para conseguir esto, obra por medio de las autoridades religiosas y civiles, induciéndolas á que impongan leyes humanas contrarias á la ley de Dios.

Los que honran el Sábado de la Biblia serán denunciados como enemigos de la ley y del orden, como relajadores de los refrenamientos morales de la sociedad, siendo así causa de anarquía y corrupción y atrayendo sobre la tierra los altos juicios de Dios. Sus escrúpulos de conciencia serán presentados como obstinación, terquedad y rebeldía contra la autoridad. Serán acusados de deslealtad hacia el gobierno. Los ministros que niegan la obligación de observar la ley divina, predicarán desde el púlpito que hay que obedecer á las autoridades civiles por haber sido instituidas por Dios. En las asambleas legislativas y en las cortes de justicia se calumniará y condenará á los que guardan los mandamientos. Á sus palabras se les dará un tinte falso y á sus móviles las peores intenciones.

Como las iglesias protestantes rechazan los argumentos claros de la Biblia en defensa de la ley de Dios, desearán con ansia imponer silencio á aquellos cuya fe no pueden rebatir con la Biblia. Aunque se nieguen á verlo, el hecho es que están asumiendo actualmente una actitud que dará por resultado la persecución de los que se niegan en conciencia á hacer lo que el resto del mundo cristiano está haciendo y á reconocer las pretensiones del día de reposo papal.

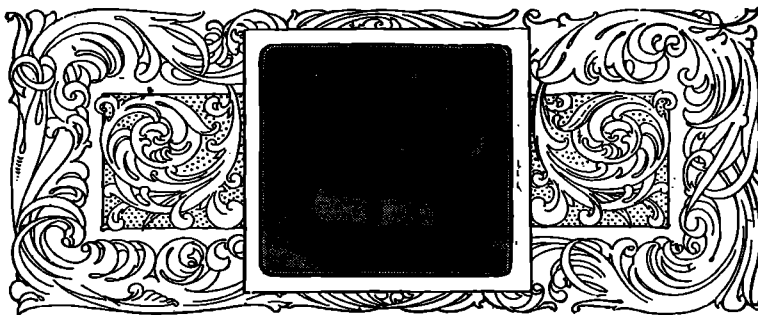
Los dignatarios de la iglesia y del estado se unirán para hacer que todos honren el domingo, y para ello apelarán al cohecho, á la persuasión ó á la fuerza. La falta de autoridad divina se suplirá con ordenanzas abrumadoras. La corrupción política está destruyendo el amor á la justicia y el

respeto á la verdad; y hasta en los Estados Unidos de la libre América, se verá á los representantes del pueblo y á los legisladores doblegarse á las exigencias del pueblo en pro de una ley de observancia obligatoria del domingo, á fin de asegurarse el favor público. La libertad de conciencia que tantos sacrificios ha costado no será ya respetada. En el conflicto que está por estallar veremos realizarse las palabras del profeta: "Airóse el dragón contra la mujer, y se fué para hacer guerra contra el residuo de su simiente, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesús." ⁵

⁵ Apocalipsis 12:17.

MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS

- 1.— Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre. No tendrás otros dioses delante de mí.
- 2.— No harás para tí escultura, ni semejanza alguna de lo que esté arriba en el cielo, ni de lo que esté abajo en la tierra, ni de lo que esté en las aguas debajo de la tierra: no te inclinarás á ellas ni les darás culto; porque yo soy Jehová tu Dios; Dios celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación de los que me odian, y que uso de misericordia hasta con la milésima generación de aquellos que me aman y guardan mis mandamientos.
- 3.— No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque Jehová no tendrá por inocente al que tomare su nombre en vano.
- 4.— Acuérdate del día del Descanso para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el día séptimo es día de descanso, consagrado á Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todo cuanto en ellos hay, y descansó en el séptimo; por tanto Jehová bendijo el día del Descanso y lo santificó.
- 5.— Honra á tu padre y á tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Jehová tu Dios te da.
- 6.— No matarás.
- 7.— No cometerás adulterio.
- 8.— No hurtarás.
- 9.— No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.
- 10.— No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que sea de tu prójimo.



LAS ESCRITURAS SON UNA SALVAGUARDIA — 38

“¡Á LA ley más bien y al testimonio! si no hablaren conforme á esta palabra, son aquellos para quienes no ha amanecido.”¹ El pueblo de Dios es dirigido hacia las Sagradas Escrituras para que le sirvan de salvaguardia contra las influencias de los falsos maestros y el poder seductor de los espíritus tenebrosos. Satanás emplea cuantos medios puede para impedir que los hombres conozcan la Biblia, cuyo claro lenguaje revela sus engaños. Á cada avivamiento de la obra de Dios, el príncipe del mal actúa con mayor energía; en la actualidad está haciendo esfuerzos desesperados preparándose para la lucha final contra Cristo y sus discípulos. El último gran engaño saldrá pronto á relucir entre nosotros. El Anticristo va á efectuar ante nuestra vista obras maravillosas. El contrahacimiento se asemejará tanto á la realidad, que será imposible distinguirlos sin el auxilio de las Santas Escrituras. Ellas son las que deben atestiguar en favor ó en contra de toda declaración, de todo milagro.

Se hará oposición y se ridiculizará á los que traten de obedecer á todos los mandamientos de Dios. Ellos no podrán subsistir sino en Dios. Para poder soportar la prueba que les espera deben comprender la voluntad de Dios tal cual está revelada en su Palabra, pues no pueden honrarle sino en la medida del conocimiento que tengan de su carácter, gobierno y propósitos divinos y en la medida en que obren conforme á las luces que les hayan sido concedidas. Sólo los que hayan fortalecido su espíritu con las verdades de la Biblia podrán

¹ Isaias 8:20.

resistir en el último gran conflicto. Toda alma ha de pasar por la prueba decisiva: ¿Obedecerá á Dios antes que á los hombres? La hora crítica está ya inminente. ¿Están asentadas nuestras plantas en la roca de la inmutable Palabra de Dios? ¿Estamos preparados para defender firmemente los mandamientos de Dios y la fe de Jesús?

Antes de la crucifixión, el Salvador había predicho á sus discípulos que iba á ser muerto y que resucitaría del sepulcro, y hubo ángeles presentes para grabar esas palabras en las mentes y en los corazones. Pero los discípulos esperaban la liberación política del yugo romano y no podían tolerar la idea de que Aquel en quien todas sus esperanzas estaban concentradas, fuese á sufrir una muerte ignominiosa. Las palabras que debieran tener presentes se borraron de sus mentes, y cuando vino el momento de prueba, los encontró sin la debida preparación. La muerte de Jesús los desalentó tanto que ni se acordaron siquiera de lo que les había sido predicho. Así también las profecías nos anuncian el porvenir con la misma claridad con que Cristo predijo su propia muerte á los discípulos. Los acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de prueba y la preparación para el tiempo de angustia han sido presentados con claridad. Pero hay miles de personas que comprenden estas importantes verdades de modo tan incompleto como si nunca hubiesen sido reveladas. Satanás procura arrebatar toda impresión que podría llevar á los hombres por el camino de la salvación, y el tiempo de angustia no los encontrará listos.

Cuando Dios manda á los hombres avisos de tal importancia que las profecías los representan como proclamados por santos ángeles que vuelan por el cielo, es porque él exige que toda persona dotada de inteligencia les preste atención. Los terribles juicios que Dios ha pronunciado contra los que adoran la bestia y su imagen² deberían inducir á todos á estudiar diligentemente las profecías para saber lo que es la marca de la bestia y cómo pueden librarse de ella. Pero las muchedumbres cierran los oídos á la verdad y gustan más de las fábulas. El apóstol Pablo, refiriéndose á los últimos

² Apocalipsis 14:9-11.

días, dijo: "Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la enseñanza sana."³ Ya hemos entrado de lleno en ese tiempo. Las multitudes se niegan á recibir las verdades bíblicas porque éstas contrarían los deseos de los corazones pecaminosos y mundanos; y Satanás les proporciona los engaños en que se complacen.

Pero Dios tendrá en la tierra un pueblo que sostendrá la Biblia y la Biblia sola, como piedra de toque de todas las doctrinas y base de todas las reformas. Ni las opiniones de los sabios, ni las deducciones de la ciencia, ni los credos ó decisiones de concilios tan numerosos y discordantes como lo son las iglesias que representan, ni la voz de las mayorías, nada de esto, ni en conjunto ni en parte, debe ser considerado como evidencia en favor ó en contra de cualquier punto de fe religiosa. Antes de aceptar cualquier doctrina ó precepto deberíamos cerciorarnos de si está autorizado por un categórico "Así dice Jehová."

Satanás trata continuamente de atraer la atención hacia los hombres en lugar de atraerla hacia Dios. Hace que el pueblo considere á los obispos, pastores y profesores de teología, como á sus guías, en vez de que estudie las Escrituras para saber por sí mismo cuáles son sus deberes. Dirigiendo luego la inteligencia de esos mismos guías, puede entonces también encaminar las multitudes á su voluntad.

Cuando Cristo vino á predicar palabras de vida, el vulgo le oía con gozo, y muchos hasta de entre los sacerdotes y gobernantes creyeron en él. Pero los principales de los sacerdotes y los jefes de la nación estaban resueltos á condenar y rechazar sus enseñanzas. Á pesar de salir frustrados todos sus esfuerzos para encontrar en él motivos de acusación, á pesar de que no podían dejar de sentir la influencia del poder y sabiduría divinos que acompañaban sus palabras, no dejaron por eso de encastillarse en sus preocupaciones y repudiaron la evidencia más clara del carácter mesiánico de Jesús, para no verse obligados á hacerse sus discípulos. Estos opositores de Jesús eran hombres á quienes el pueblo había aprendido desde la infancia á reverenciar y ante cuya autoridad estaban acos-

³ 2 Timoteo 4:3.

tumbrados á someterse implícitamente. “¿Cómo es posible,” se preguntaban, “que nuestros gobernantes y nuestros sabios escribas no crean en Jesús? ¿Sería posible que hombres tan piadosos no le aceptaran si fuese el Cristo?” Y fué la influencia de estos maestros la que indujo á la nación judía á rechazar á su Redentor.

El espíritu que animaba á aquellos sacerdotes y gobernantes anima aún á muchos que pretenden ser muy piadosos. Se niegan á examinar el testimonio que las Sagradas Escrituras contienen respecto á las verdades especiales para la época actual. Se llama la atención del pueblo sobre el número de sus secuaces, su riqueza y su popularidad, y desdeñan á los defensores de la verdad que por cierto son pocos, pobres é impopulares y cuya fe los separa del mundo.

Cristo previó que las pretensiones de autoridad desmedida de los escribas y fariseos no habían de desaparecer con la dispersión de los judíos. Con mirada profética vió que la autoridad humana se encumbraría para dominar las conciencias, dominación maldita que ha dado tan desgraciados resultados para la iglesia en todos los siglos. Y sus terribles acusaciones contra los escribas y fariseos y sus amonestaciones al pueblo á que no siguiera á esos ciegos conductores están consignadas como para servir para las generaciones futuras.

La iglesia romana reserva al clero el derecho de interpretar las Santas Escrituras, y so pretexto de que sólo los eclesiásticos son competentes para explicar la Palabra de Dios, se la rehusan al pueblo. Aun cuando la Reforma hizo las Escrituras accesibles á todos, este mismísimo principio que era sustentado por Roma es el que hoy impide á miles y miles en las iglesias protestantes estudiarlas por sí mismos. Se les enseña á aceptar sus doctrinas *tal cual las interpreta la iglesia*; y hay millares de personas que no admiten nada, por evidente que sea su revelación en las Sagradas Escrituras, si resulta en oposición con su credo ó con las enseñanzas adoptadas por sus respectivas iglesias.

Á pesar de estar la Biblia llena de amonestaciones contra los falsos maestros, muchos encomiendan al clero el cuidado

de sus almas. Hay actualmente millares de personas que profesan ser religiosas y que no pueden dar ninguna razón de puntos de su fe fuera de aquella que sus directores espirituales les enseñaron. No se fijan casi en las enseñanzas del Salvador y creen en cambio ciegamente á lo que los ministros dicen. ¿Pero son acaso infalibles estos ministros? ¿Cómo podemos confiar nuestras almas á su dirección, mientras no sepamos por la Palabra de Dios que ellos poseen la verdad? Muchos son los que faltos de valor moral para apartarse del sendero trillado del mundo, siguen los pasos de los doctos; y debido á su repugnancia en investigar por sí mismos, se están enredando más y más en las cadenas del error. Ven que la verdad para el tiempo presente está claramente expuesta en la Biblia y sienten que el poder del Espíritu Santo confirma su proclamación, y sin embargo consienten que la oposición del clero los aleje de la luz. Por muy convencidas que estén la razón y la conciencia, estos pobres ilusos no se atreven á pensar de otro modo que como los ministros, y sacrifican su juicio individual y sus intereses eternos á la incredulidad, orgullo y prejuicios de otra persona.

Muchos son los artificios de que Satanás se vale para encadenar á sus cautivos por medio de las influencias humanas. Él se asegura la voluntad de multitudes atándolas con los lazos de seda de los afectos á los enemigos de la cruz de Cristo. Sea cual fuere esta unión, paternal, filial, conyugal ó social, el efecto es el mismo: los enemigos de la verdad ejercen un poder que tiende á dominar la conciencia, y las almas sometidas á su autoridad no tienen valor ni espíritu independiente suficientes para seguir sus propias convicciones.

La verdad y la gloria de Dios son inseparables, y nos es imposible honrar á Dios con opiniones erróneas cuando tenemos la Biblia á nuestro alcance. Muchos pretenden que no importa lo que uno cree, siempre que su conducta sea buena. Pero la vida es modelada por la fe. Si á pesar de tener á nuestro alcance la luz y la verdad, descuidamos de aprovechar el privilegio de oírla y verla, la rechazamos de hecho, prefiriendo las tinieblas á la luz.

“Camino hay que al hombre le parece recto, cuyo fin son caminos de la muerte.”⁴ La ignorancia no disculpa el error ni el pecado, cuando se tienen tantas oportunidades para conocer la voluntad de Dios. Tomemos el caso de un sujeto que estando de viaje llega á un punto de donde arrancan varios caminos en direcciones indicadas en un poste. Si no se fija en éste y escoge el camino que mejor le parezca, por sincero que sea, es más que probable que errará el camino.

Dios nos ha dado su Palabra para que conozcamos sus enseñanzas y sepamos por nosotros mismos lo que él exige de nosotros. Cuando el doctor de la ley preguntó á Jesús: “¿Haciendo qué cosa, poseeré la vida eterna?” el Señor lo remitió á las Sagradas Escrituras, diciendo: “¿Qué está escrito en la ley? ¿cómo lees?” La ignorancia no excusará ni á jóvenes ni á viejos, ni los libraré tampoco del castigo que corresponde á la infracción de la ley de Dios, pues tienen á la mano una exposición fiel de dicha ley, de sus principios y de lo que ella exige del hombre. No basta tener buenas intenciones; no basta tampoco hacer lo que se cree justo ó lo que los ministros dicen serlo. La salvación de su alma está por demás interesada y se debe escudriñar por sí mismo las Santas Escrituras. Por arraigadas que sean las convicciones de un hombre, por grande que sea su confianza en los conocimientos del pastor, nada, nada de esto debe servirle de fundamento. Él tiene un plano en el cual van consignadas todas las indicaciones del camino para el cielo y no tiene por qué hacer conjeturas de ninguna especie.

El primero y más alto deber de toda criatura racional es el de escudriñar la verdad en las Sagradas Escrituras y andar luego en la luz, exhortando á otros á que sigan su ejemplo. Día tras día deberíamos estudiar diligentemente la Biblia, pesando cada pensamiento y comparando texto con texto. Con la ayuda de Dios debemos formarnos nuestras propias opiniones ya que tenemos que responder á Dios por nosotros mismos.

Las verdades que se encuentran explicadas con la mayor claridad en la Biblia han sido envueltas en dudas y obscuridad

⁴ Proverbios 16:25.

por hombres doctos, que con ínfulas de gran sabiduría, enseñan que las Escrituras tienen un sentido místico, secreto y espiritual que no se echa de ver en el lenguaje empleado en ellas. Esos hombres son falsos maestros. Fué á personas semejantes á quienes Jesús declaró: "No conocéis las Escrituras, ni el poder de Dios."⁶ El lenguaje de la Biblia se debería explicar de acuerdo con su significado manifiesto, á no ser que se trate de un símbolo ó figura. Cristo ha hecho la promesa: "Si alguno quisiere hacer su voluntad (del padre), conocerá de mi enseñanza, si es de Dios."⁶ Si los hombres no quisieran aceptar la Biblia sino por lo que ella dice, y si no hubiera falsos maestros para alucinar y confundir las inteligencias, se realizaría una obra que alegraría á los ángeles y que traería al rebaño de Cristo á miles y miles de almas actualmente sumidas en el error.

Deberíamos ejercitar en el estudio de las Santas Escrituras todas las fuerzas del entendimiento, haciendo los mayores esfuerzos para comprender, en cuanto nos fuera posible á los mortales, las profundas enseñanzas de Dios; pero no debemos olvidar que la disposición del estudiante debe ser dócil y sumisa como la de un niño. Las dificultades bíblicas no pueden ser resueltas por los mismos métodos que se emplean cuando se trata de problemas filosóficos. No deberíamos ponernos á estudiar la Biblia con esa confianza en nosotros mismos con la cual tantos abordan los dominios de la ciencia, sino en el espíritu de oración y dependencia filial hacia Dios y con un deseo sincero de conocer su voluntad. Debemos acercarnos con espíritu humilde y dócil para obtener conocimiento del gran YO SOY. De lo contrario vendrán ángeles malos á oscurecer nuestras mentes y á endurecer nuestros corazones al punto que la verdad ya no nos impresionará.

Más de una porción de las Sagradas Escrituras que los eruditos declaran ser un misterio ó que estiman de poca importancia, está llena de consuelo é instrucción para el que ha estudiado en la escuela de Cristo. Si muchos teólogos no comprenden mejor la Palabra de Dios, es por la sencilla razón de que cierran sus ojos á unas verdades que no desean

⁶ S. Marcos 12:24.

⁶ S. Juan 7:17.

poner en práctica. La inteligencia de las verdades bíblicas no depende tanto de la potencia intelectual empleada en la investigación, como de la sinceridad de propósitos y del ardiente anhelo de justicia que animan al estudiante.

Nunca se debería estudiar la Biblia sin oración. Sólo el Espíritu Santo nos puede hacer sentir la importancia de lo que es fácil comprender, ó impedir que nos apartemos del sentido de las verdades de difícil comprensión. Hay santos ángeles que tienen la misión de influir en los corazones para que comprendan la Palabra de Dios, de suerte que la belleza de ésta nos embelese, sus advertencias nos amonesten y sus promesas nos animen y vigoricen. Deberíamos hacer nuestra la petición del salmista: “¡Abre mis ojos, para que vea las maravillas de tu ley!”⁷ Muchas veces las tentaciones parecen irresistibles, y es porque se ha descuidado la oración y el estudio de la Biblia, y por ende no se pueden recordar luego las promesas de Dios ni oponerse á Satanás con las armas de las Santas Escrituras. Pero los ángeles rodean á los que tienen deseos de aprender cosas divinas, y en tiempos de gran infortunio traerán á su memoria precisamente las verdades que necesitan. Así que, “cuando viniere el adversario, cual avenida de aguas, el Espíritu de Jehová alzará bandera contra él.”⁸

Jesús prometió á sus discípulos “El Consolador, es decir, el Espíritu Santo, á quien el Padre enviará en mi nombre,” y agregó: “él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo cuanto os he dicho.”⁹ Pero primero es preciso que las enseñanzas de Cristo hayan sido atesoradas en el entendimiento, á fin de que el Espíritu de Dios nos las recuerde en el momento de peligro. “Dentro de mi corazón he atesorado tu palabra, para no pecar contra ti.”¹⁰

Todos los que estiman en lo que valen sus intereses eternos deberían cuidarse de la invasión del escepticismo. Hasta los fundamentos de la verdad serán socavados. Es imposible ponerse á cubierto de los sarcasmos y sofismas y de las enseñanzas insidiosas y pestilentes de la impiedad moderna.

⁷ Salmo 119:18.

⁸ Isafas 59:19.

⁹ S. Juan 14:26.

¹⁰ Salmo 119:11.

Satanás adapta sus tentaciones á todas las clases. Asalta á los iletrados con una burla ó una mirada de desprecio, mientras que se acerca á la gente instruída con objeciones científicas y razonamientos filosóficos propios á despertar tanto la duda como el desprecio de las Sagradas Escrituras. Hasta la juventud tan poco experimentada se atreve á insinuar dudas respecto á los principios fundamentales del cristianismo. Y esta juventud impía, por necia que sea, no deja de ejercer su influencia. Así muchos se dejan arrastrar hasta el punto de mofarse de la piedad de sus padres y desdeñar el espíritu de gracia.¹¹ Muchos cuyas vidas prometían ser un honor á Dios y una bendición para la sociedad, se han marchitado bajo el sople inmundo de la incredulidad. Todos los que se fían en los dictámenes orgullosos de la razón humana y que se imaginan poder explicar los misterios divinos y llegar al conocimiento de la verdad sin el auxilio de la sabiduría de Dios, están presos en las redes de Satanás.

Vivimos en el período más solemne de la historia de este mundo. La suerte de las innumerables multitudes que pueblan la tierra está por decidirse. Tanto nuestra dicha futura como la salvación de otras almas dependen de nuestra conducta actual. Necesitamos ser guiados por el espíritu de la verdad. Todo verdadero discípulo debería preguntar seriamente: “¿Señor, qué quieres que haga?” Necesitamos humillarnos ante el Señor, ayunar, orar y meditar mucho en su Palabra, especialmente acerca de las escenas del juicio. Debemos tratar de adquirir actualmente una experiencia profunda y viva en las cosas de Dios, sin perder un solo instante. En torno nuestro se están realizando acontecimientos de vital importancia; nos encontramos en el terreno encantado de Satanás. No durmáis, centinelas de Dios, que el enemigo está emboscado, listo para lanzarse sobre vosotros y hacer presa de vosotros en cualquier momento que flaqueéis ó os entorpezcáis.

Muchos se engañan con respecto á su verdadera condición ante Dios. Se congratulan porque no cometen actos reprobables, y olvidan hacer las obras de bondad y de nobleza que Dios exige de ellos. No basta que sean árboles en el jardín del

¹¹ Hebreos 10:29.

Señor. Deben corresponder á lo que Dios espera de ellos, llevando frutos. Dios los hace responsables de todo el bien que podían haber realizado, sostenidos por su gracia. En los libros del cielo sus nombres figuran entre los que ocupan inútilmente el suelo. Sin embargo, aun el caso de tales personas no es del todo desesperado. El Dios de paciencia y amor se empeña en atraer aún á los que han despreciado su gracia y desdeñado su misericordia. “Por lo cual se dice: ¡Despiértate tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo! Mirad pues diligentemente cómo andáis; . . . aprovechando cada oportunidad del bien hacer, porque los días son malos.”¹²

Cuando llegue el tiempo de la prueba, los que hayan seguido la Palabra de Dios como regla de conducta, serán dados á conocer. En verano no hay diferencia notable entre los árboles que conservan siempre su verdor y los que lo pierden; pero cuando vienen los vientos de invierno los primeros permanecen verdes en tanto que los otros pierden su follaje. Así puede también que no sea dado distinguir actualmente á los falsos creyentes de los verdaderos cristianos, pero pronto llega el tiempo en que la diferencia saltará á la vista. Dejad que la oposición se levante, que la beatería y la intolerancia vuelvan á empuñar el cetro, que el espíritu de persecución se encienda, y entonces los de poco ánimo é hipócritas vacilarán y abandonarán la fe; pero el verdadero cristiano permanecerá firme como una roca, su fe será más inquebrantable y su esperanza más triunfante que en los días de prosperidad.

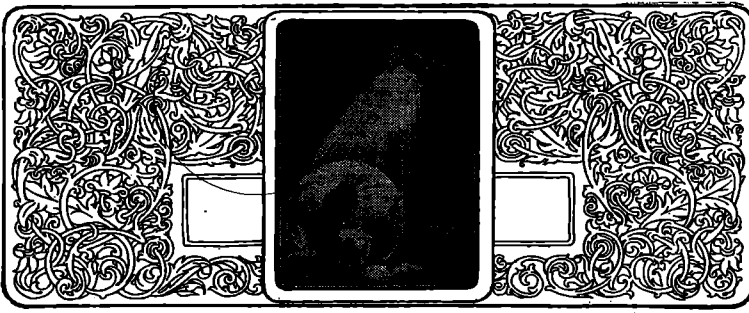
El salmista dice: “Tus testimonios han sido mi meditación.” “Por medio de tus preceptos he adquirido entendimiento; por tanto aborrezco todo sendero falso.”¹³

“Dichoso el que halla la sabiduría.” “Será como árbol plantado junto á las aguas, y que extiende sus raíces junto al río: por tanto no temerá cuando venga el calor, sino que será verde su hoja; y no tendrá cuidado en el año de sequía, ni cesará de dar su fruto.”¹⁴

¹² Efesios 5:14-16.

¹³ Salmo 119:99, 104.

¹⁴ Proverbios 3:13; Jeremías 17:8.



LA AMONESTACIÓN FINAL — 39

“Ví á otro ángel descender del cielo, teniendo gran autoridad; y la tierra fué alumbrada con su gloria. Y clamó con poderosa voz, diciendo: ¡Caída, caída es la gran Babilonia, y ha venido á ser albergue de demonios, y guarida de todo género de espíritu inmundo, y jaula de toda ave inmunda y aborrecible!” “Y oí otra voz procedente del cielo, que decía: ¡Salid de ella, pueblo mío: para que no participéis en sus pecados, y para que no recibáis de sus plagas!”¹

Estos versículos señalan un tiempo en el porvenir cuando el anuncio de la caída de Babilonia, tal cual fué hecho por el segundo ángel² en el capítulo 14 del Apocalipsis, se repetirá con la mención adicional de las corrupciones que han estado introduciéndose en las diversas corporaciones religiosas que constituyen á Babilonia, desde que ese mensaje fué proclamado por primera vez, durante el verano de 1844. Aquí va descrita la terrible condición en que se encuentra el mundo religioso. Á cada rechazo de la verdad, corresponde una mayor obcecación y un grado más de obstinación del pueblo hasta que éste acabe por aferrarse en la impiedad más arrogante. No dando crédito á las amonestaciones de Dios, seguirá pisoteando uno de los preceptos del decálogo hasta que sea inducido á perseguir á los que lo consideran como parte de la ley sagrada. Se desprecia á Cristo con el desdén que se manifiesta hacia su Palabra y hacia su pueblo.

¹ Apocalipsis 18:1, 2, 4.

² Apocalipsis 14:8.

Conforme vayan siendo aceptadas las enseñanzas del espiritismo en las iglesias, irán desapareciendo las vallas impuestas al corazón carnal, y la religión se convertirá en un manto para cubrir las más bajas iniquidades. La creencia en las manifestaciones espiritistas abre el campo á los espíritus seductores y á las doctrinas de demonios, y de este modo se dejarán sentir en las iglesias las influencias de los ángeles malos.

Se dice de Babilonia, con referencia al tiempo en que está presentada en esta profecía: "Sus pecados han alcanzado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades."³ Ha llenado la medida de sus culpas y la ruina está por caer sobre ella. Pero Dios tiene aún un pueblo en Babilonia; y antes de que los juicios del cielo la visiten, estos fieles deben ser llamados para que salgan de la ciudad y que no tengan parte en sus pecados ni en sus plagas. De aquí que este movimiento esté simbolizado por el ángel que baja del cielo, alumbrando la tierra y denunciando con potente voz los pecados de Babilonia. Al mismo tiempo que este mensaje se oye el llamamiento: "¡Salid de ella, pueblo mío!" Estas declaraciones unidas al mensaje del tercer ángel, constituyen la amonestación final que debe ser dada á los habitantes de la tierra.

Terrible será la crisis á que llegará el mundo. Unidos los poderes de la tierra para hacer la guerra á los mandamientos de Dios, decretarán que todos los hombres "pequeños y grandes, así ricos como pobres, así libres como esclavos"⁴ deben conformarse á las costumbres de la iglesia, observando el falso día de reposo. Todos los que se nieguen á someterse serán castigados por la autoridad civil, y finalmente se decretará que son dignos de muerte. Por otra parte, la ley de Dios que impone el día de reposo del Creador exigé la obediencia y amenaza con la cólera de Dios á los que transgreden sus preceptos.

Dilucidado así el asunto, cualquiera que pisotee la ley de Dios para obedecer una ordenanza humana, recibe la marca de la bestia; acepta el signo de sumisión al poder á quien prefiere obedecer en lugar de obedecer á Dios. La amonestación

³ Apocalipsis 18:5.

⁴ Apocalipsis 13:16.

del cielo dice así: “¡Si alguno adora á la bestia y su imagen, y recibe su marca en su frente, ó en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que está preparado sin mezcla alguna en el cáliz de su ira!”⁵

Pero nadie sufrirá la ira de Dios antes que la verdad haya sido presentada á su espíritu y á su conciencia, y que la haya rechazado. Hay muchas personas que no han tenido jamás oportunidad de oír las verdades especiales para nuestros tiempos. La obligación de observar el cuarto mandamiento no les ha sido jamás presentada bajo su verdadera luz. Aquel que lee en todos los corazones y prueba todos los móviles no dejará que nadie que desee conocer la verdad sea engañado en cuanto al resultado final de la controversia. El decreto no le será impuesto ciegamente al pueblo. Cada cual tendrá la luz necesaria para tomar una resolución conciente.

El Sábado será la gran piedra de toque de la lealtad; pues es el punto especialmente controvertido. Cuando esta piedra de toque les sea aplicada finalmente á los hombres, entonces se trazará la línea de demarcación entre los que sirven á Dios y los que no le sirven. Mientras la observancia del falso día de reposo (domingo) en obediencia á la ley del estado y en oposición al cuarto mandamiento, será una declaración de obediencia á un poder que está en oposición á Dios, la observancia del verdadero día de reposo (Sábado) en obediencia á la ley de Dios, será señal evidente de la lealtad al Creador. Mientras que una clase de personas, al aceptar el signo de la sumisión á los poderes del mundo, reciben la marca de la bestia, la otra, por haber escogido el signo de obediencia á la autoridad divina, recibirá el sello de Dios.

Hasta ahora se ha solido considerar á los predicadores de las verdades del mensaje del tercer ángel como meros alarmistas. Sus predicciones de que la intolerancia religiosa adquiriría dominio en los Estados Unidos de Norte América, de que la iglesia y el estado se unirían en ese país para perseguir á los que guardasen los mandamientos de Dios, han sido declaradas absurdas y sin fundamento. Se ha declarado con toda frescura que ese país no podría jamás dejar de ser lo que ha sido,

⁵ Apocalipsis 14:9, 10.

el defensor de la libertad religiosa. Pero, á medida que se va agitando más ampliamente la cuestión de la observancia obligatoria del domingo, se ve acercarse la realización del acontecimiento hasta ahora tenido por inverosímil, y el tercer mensaje producirá un efecto cual no habría podido producirlo antes.

En cada generación Dios ha enviado á sus siervos para censurar el pecado tanto en el mundo como en la iglesia. Pero los hombres desean que se les diga cosas agradables, y no gustan de la verdad clara y pura. Muchos reformadores al principiar su obra resolvieron proceder con gran prudencia al atacar los pecados de la iglesia y de la nación. Esperaban que al dar el ejemplo de un vida cristiana y pura, llevarían de nuevo al pueblo á las doctrinas de la Biblia. Pero el espíritu de Dios vino sobre ellos como había venido sobre Elías, impeliéndolo á censurar los pecados de un rey malvado y de un pueblo apóstata; no pudieron dejar de proclamar las declaraciones terminantes de la Biblia que habían titubeado en presentar. Se vieron forzados á declarar diligentemente la verdad y señalar los peligros que amenazaban á las almas. Pronunciaban las palabras que el Señor les ponía en la boca, sin temer las consecuencias, y el pueblo se veía constreñido á oír la amonestación.

Así también será proclamado el mensaje del tercer ángel. Cuando llegue el tiempo de hacerlo con gran poder, el Señor obrará por conducto de humildes instrumentos, dirigiendo el espíritu de los que se consagran á su servicio. Los obreros serán calificados más bien por la unción de su Espíritu que por la educación en institutos de enseñanza. Habrá hombres de fe y de oración que se sentirán impelidos á declarar con santo entusiasmo las palabras que Dios les inspire. Los pecados de Babilonia serán denunciados. Los resultados funestos y espantosos de la imposición de las observancias de la iglesia por la autoridad civil, las invasiones del espiritismo, los progresos secretos pero rápidos del poder papal — todo será desenmascarado. Estas solemnes amonestaciones conmoverán al pueblo. Miles y miles de personas que nunca habrán

oído palabras semejantes, les escucharán. Admirados y confundidos oirán el testimonio de que Babilonia es la iglesia, caída á causa de sus errores y de sus pecados, porque ha rechazado la verdad que le fué enviada del cielo. Cuando el pueblo acuda á sus antiguos conductores espirituales á preguntarles con ansia: ¿Son esas cosas así? los ministros aducirán fábulas, profetizarán cosas agradables para calmar los temores y tranquilizar las conciencias despertadas. Pero como muchas personas no se contentan con las meras razones de los hombres y exigen un positivo "Así dice Jehová," los ministros populares, como los fariseos de ataño, llenos de cólera al ver que se pone en duda su autoridad, denunciarán el mensaje como si viniese de Satanás y azuzarán á las multitudes dadas al pecado á que injurien y persigan á los que lo proclaman.

Satanás se pondrá alerta al ver que la controversia se extiende á nuevos campos y que la atención del pueblo es dirigida á la ley pisoteada de Dios. El poder que acompaña á la proclamación del mensaje sólo desesperará á los que se le oponen. El clero hará esfuerzos casi sobrehumanos para sofocar la luz por temor de que alumbré á sus rebaños. Por todos los medios á su alcance los ministros tratarán de evitar toda discusión sobre esas cuestiones vitales. La iglesia apelará al brazo poderoso de la autoridad civil y en esta obra los papistas y los protestantes irán unidos. Al paso que el movimiento á favor de la imposición del domingo se vuelva más ardiente y decidido, se invocará la ley contra los que observan los mandamientos. Se les amenazará con multas y encarcelamientos á algunos, se les ofrecerán puestos de influencia y otras gangas para inducirlos á que renuncien á su fe. Pero su respuesta constante será la misma que la de Lutero en semejante trance: "Pruébesenos nuestro error por la Palabra de Dios." Los que serán emplazados ante los tribunales defenderán enérgicamente la verdad, y algunos de los que les oigan serán inducidos á guardar todos los mandamientos de Dios. Así la luz llegará ante millares de personas, que de otro modo no sabrían nada de estas verdades.

Á los que obedezcan con toda conciencia á la Palabra de Dios se les tratará como rebeldes. Cegados por Satanás, padres y madres habrá que serán duros y severos para con sus hijos creyentes; los patrones ó patronas oprimirán á los criados que observen los mandamientos. Los lazos del cariño se aflojarán; se desheredará y se expulsará de la casa á los hijos. Se cumplirán á la letra las palabras de S. Pablo: "Todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución."⁶ Cuando los defensores de la verdad se nieguen á honrar el domingo, unos serán echados en la cárcel, otros serán desterrados y otros aún tratados como esclavos. Ante la razón humana todo esto parece ahora imposible que se realice pero á medida que el espíritu refrenante de Dios sea retirado de los hombres y que éstos sean dominados por Satanás, que aborrece los principios divinos, entonces se verán cosas muy extrañas. Muy cruel puede ser el corazón humano cuando no está animado del temor y del amor de Dios.

Conforme vaya acercándose la tempestad, muchos que profesaron creer en el mensaje del tercer ángel, pero que no fueron santificados por la obediencia á la verdad, abandonarán su fe, é irán á engrosar las filas de la oposición. Uniéndose con el mundo y participando de su espíritu, llegarán á ver las cosas casi bajo el mismo aspecto; así que cuando llegue la hora de prueba estarán preparados para ponerse al lado más fácil y al sol que más caliente. Hombres de talento y de elocuencia, que se gozaron un día en la verdad, emplearán sus facultades para seducir y descarriar almas. Se convertirán en los enemigos más encarnizados de sus hermanos de antaño. Cuando los observadores del Sábado sean llevados ante los tribunales para responder de su fe, estos apóstatas serán los agentes más activos de Satanás para calumniarlos y acusarlos y para azuzar á los magistrados contra ellos por medio de falsos informes é insinuaciones.

En aquel tiempo de persecución la fe de los siervos de Dios será puesta á dura prueba. Proclamaron fielmente la amonestación mirando tan sólo á Dios y á su Palabra. El espíritu de Dios habiendo tocado sus corazones les constriñó á hablar.

⁶ 2 Timoteo 3:12.

Estimulados por santo celo y por impulso divino cumplieron su deber, declararon al pueblo las palabras que de Dios recibieran sin detenerse en calcular las consecuencias. No consultaron sus intereses temporales ni miraron por su reputación ó sus vidas. Sin embargo, cuando la tempestad de la oposición y del vituperio estalle sobre ellos, algunos abrumados y consternados, estarán por exclamar: "Si hubiésemos previsto las consecuencias de nuestras palabras, habríamos mirado por nuestra tranquilidad." Se verán envueltos en dificultades. Satanás los asaltará con terribles tentaciones. La obra que habrán emprendido parecerá exceder en mucho sus capacidades. Estarán por fracasar. El entusiasmo que les animara se desvanecerá; sin embargo no podrán retroceder. Y entonces sintiendo su completa incapacidad se dirigirán al Todopoderoso en demanda de auxilio. Recordarán que las palabras que hablaron no venían de ellos sino de Aquel que les mandara proclamar la amonestación. Dios había puesto la verdad en sus corazones y no pudieron dejar de proclamarla.

En todas las edades los hombres de Dios pasaron por las mismas pruebas. Wicleff, Hus, Lutero, Tyndale, Baxter, Wesley, pidieron que todas las doctrinas fuesen examinadas á la luz de las Escrituras, y declararon que renunciarían á todo lo que éstas condenasen. La persecución se ensañó entonces en ellos con furor; pero sin que fuera parte para hacerles cesar en la empresa. Cada período de la historia de la iglesia ha sido marcado por el desarrollo de alguna verdad especial adaptada á las necesidades del pueblo de Dios en aquel tiempo. Cada nueva verdad se ha abierto paso entre el odio y la oposición; los que fueron favorecidos con su luz fueron tentados y probados. El Señor envía al pueblo una verdad especial para la situación en que se encuentra. ¿Quién se atreverá á publicarla? Él manda á sus siervos á que dirijan al mundo el último llamamiento de la misericordia divina. No pueden callarse sin peligro de sus almas. Los embajadores de Cristo no tienen por qué preocuparse de las consecuencias. Deben cumplir con su deber y dejar á Dios los resultados.

Conforme va revistiendo la oposición un carácter más violento, los siervos de Dios se ponen de nuevo perplejos; pues les parece que son ellos mismos los que han precipitado la crisis; pero su conciencia y la Palabra de Dios les dan la seguridad de estar en lo justo; y aunque sigan las pruebas se sienten robustecidos para sufrirlas. La lucha se encona más y más, pero la fe y el valor de ellos aumentan con el peligro. Este es el testimonio que dan: "No nos atrevemos á alterar oficiosamente la Palabra de Dios dividiendo su santa ley, llamando parte de ella esencial y parte de ella no esencial, para obtener el favor del mundo. El Señor á quien servimos puede librarnos. Cristo se ha enseñoreado de los poderes del mundo; ¿por qué pues atemorizarnos de un mundo ya conquistado?"

La persecución, bajo sus diferentes formas, es el desarrollo de un principio que ha de subsistir mientras Satanás exista y que el cristianismo conserve su poder vital. Nadie puede servir á Dios sin despertar contra sí la oposición de los ejércitos de las tinieblas. Le asaltarán malos ángeles alarmados al ver que la influencia divina les arranca la presa. Hombres malvados reconvenidos por el ejemplo de los cristianos, se unirán con aquéllos para procurar separarlos de Dios por medio de tentaciones sutiles. Cuando este plan fracasa se emplea la fuerza para violentar la conciencia.

Pero mientras Jesús siga intercediendo por el hombre en el santuario celestial, los gobernantes y el pueblo seguirán siendo tenidos á raya por la influencia del Espíritu Santo, el cual seguirá también dominando hasta cierto punto las leyes del país. Si no fuera por estas leyes el estado del mundo sería mucho peor de lo que es. Mientras que muchos de nuestros legisladores son agentes activos de Satanás, Dios tiene también los suyos entre los caudillos de la nación. El enemigo impele á sus servidores á que propongan medidas encaminadas á poner grandes obstáculos á la obra de Dios; pero los estadistas que temen á Dios están bajo la influencia de santos ángeles para oponerse á tales proyectos con argumentos irrefutables. Es así como unos cuantos hombres contienen una

poderosa corriente del mal. La oposición de los enemigos de la verdad será coartada para que el mensaje del tercer ángel pueda tener libre curso. Cuando la amonestación final sea dada, cautivará la atención de aquellos caudillos por medio de los cuales el Señor está obrando en la actualidad, y algunos de ellos la aceptarán y estarán con el pueblo de Dios durante el tiempo de angustia.

El ángel que se une en la proclamación del tercer mensaje, alumbrará toda la tierra con su gloria. Anuncia una obra de extensión universal y de poder extraordinario. El movimiento adventista de 1840 á 1844 fué una manifestación gloriosa del poder divino; el mensaje del primer ángel fué llevado por todas las estaciones misioneras de la tierra, y en algunos países fué marcado por el mayor interés religioso que haya sido visto en país cualquiera desde el tiempo de la Reforma del siglo XVI; pero ha de ser aún superado en mucho por el poderoso movimiento que ha de desarrollarse bajo la proclamación de la última amonestación del tercer ángel.

Esta obra será semejante á la que se realizó en el día de Pentecostés. Como la "lluvia temprana" fué dada en tiempo de la efusión del Espíritu Santo al principio del ministerio evangélico, para hacer crecer la preciosa semilla, así la "lluvia tardía" será dada al final de dicho ministerio para hacer madurar la cosecha. "¡Conozcámosle pues! ¡sigamos adelante para conocer á Jehová! Su salida está aparejada como el alba; y él vendrá á nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía que riega la tierra." "¡Alegraos pues, oh hijos de Sión, y regocijaos en Jehová vuestro Dios! porque él os da la lluvia temprana en justa medida, y hace descender sobre vosotros los aguaceros, la lluvia temprana y tardía." "Y sucederá que, en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne." "Y será que todo aquél que invocare el nombre del Señor, será salvo."

La gran obra de evangelización no terminará con menor manifestación del poder divino que la que marcó el principio de ella. Las profecías que se cumplieron en tiempo de la efusión de la lluvia temprana, al principio del ministerio evan-

¹ Oseas 6:3.

² Joel 2:23.

³ Hechos 2:17, 21.

gético, deben volverse á cumplir en tiempo de la lluvia tardía, al fin de dicho ministerio. Esos son los “tiempos de refrigerio” en que pensaba el apóstol Pedro cuando decía: “¡Arrepentíos pues, y volveos á Dios; para que sean borrados vuestros pecados! para que así vengan tiempos de refrigerio de la presencia del Señor; y para que él envíe á . . . Jesús.”¹⁰

Vendrán siervos de Dios con semblantes iluminados y brillantes de santa consagración, y se apresurarán de lugar en lugar proclamando el mensaje celestial. Miles de voces predicarán el mensaje por toda la tierra. Se realizarán milagros, los enfermos sanarán y signos y prodigios seguirán á los creyentes. Satanás también efectuará sus falsos milagros, al punto de hacer caer fuego del cielo á la vista de los hombres.¹¹ Es así como los habitantes de la tierra tendrán que decidirse en pro ó en contra de la verdad.

El mensaje no será llevado adelante tanto con argumentos como por medio de la convicción profunda inspirada por el Espíritu de Dios. Los argumentos ya fueron presentados. Sembrada está la semilla, y brotará y dará frutos. Las publicaciones distribuídas por los misioneros han ejercido su influencia; sin embargo, muchos cuyos espíritus fueron impresionados, han sido impedidos de entender la verdad por completo ó de obedecerla. Entonces los rayos de luz penetrarán por todas partes, la verdad aparecerá en toda su claridad, y los hijos de Dios, de corazón recto, romperán las ligaduras que los tenían sujetos. Los lazos de la familia y las relaciones de la iglesia serán impotentes entonces para detenerlos. La verdad les será más preciosa que cualquiera otra cosa. Á pesar de los poderes coaligados contra la verdad un sinnúmero de personas se alistarán en las filas del Señor.

¹⁰ Hechos 3:19, 20.

¹¹ Apocalipsis 13:13.



“EL TIEMPO DE ANGUSTIA”—40

“EN aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y habrá tiempo de angustia cual nunca ha sido desde que ha habido nación hasta aquel tiempo. Mas en aquel tiempo será librado tu pueblo, es decir, todos los que fueren hallados escritos en el libro.”¹

Cuando termine el mensaje del tercer ángel la misericordia divina no intercederá más por los habitantes culpables de la tierra. El pueblo de Dios habrá cumplido su obra; habrá recibido “la lluvia tardía,” “el refrigerio de la presencia del Señor,” y estará preparado para la hora de prueba que le espera. Los ángeles se apuran, van y vienen de acá para allá en el cielo. Un ángel que regresa de la tierra anuncia que su obra está terminada; el mundo ha sido sometido á la prueba final, y todos los que han resultado fieles á los preceptos divinos han recibido “el sello del Dios vivo.” Entonces Jesús dejará de interceder en el santuario celestial. Levantará sus manos y con gran voz dirá: “¡Hecho está!” y todas las huestes de los ángeles depositan sus coronas mientras él anuncia en tono solemne: “¡El que es injusto, sea injusto aún; y el que es sucio, sea sucio aún; y el que es justo, sea justo aún; y el que es santo, sea aún santo!”² Cada caso ha sido fallado para vida ó para muerte. Cristo ha hecho propiciación por su pueblo y borrado sus pecados. El número de sus súbditos está completo; “el reino, y el

¹ Daniel 12:1.

² Apocalipsis 22:11.

dominio, el señorío de los reinos por debajo de todos los cielos'' va á ser dado á los herederos de salud, y Jesús va á reinar como Rey de reyes y Señor de señores.

Cuando él abandone el santuario, las tinieblas envolverán á los habitantes de la tierra. Durante ese tiempo terrible, los justos deben vivir sin intercesor, á la vista del santo Dios. Nada refrena ya más á los malos y Satanás domina por completo á los impenitentes empedernidos. La paciencia de Dios ha concluído. El mundo ha rechazado su misericordia, despreciado su amor y pisoteado su ley. Los malos han concluído su tiempo de prueba; el Espíritu de Dios, al que se opusieron obstinadamente, acabó por apartarse de ellos. Desamparados ya de la gracia divina, están á merced de Satanás, el cual sumirá entonces á los habitantes de la tierra en una gran tribulación final. Como los ángeles de Dios dejan ya de contener los vientos violentos de las pasiones humanas, todos los elementos de contención se desencadenarán. El mundo entero será envuelto en ruinas más espantosas que las que estallaron antiguamente sobre Jerusalén.

Un solo ángel dió muerte á todos los primogénitos de los egipcios y llenó al país de duelo. Cuando David ofendió á Dios al enumerar al pueblo, un ángel causó la terrible mortandad con la cual fué castigado su pecado. El mismo poder destructor ejercido por santos ángeles por mandato de Dios, lo ejercerán los ángeles malvados cuando él lo permita. Hay fuerzas actualmente listas que no esperan más que el permiso divino para sembrar la desolación por todas partes.

Los que honran la ley de Dios han sido acusados de atraer los castigos de Dios sobre la tierra, y se les mirará como si fueran causa de las terribles convulsiones de la naturaleza y de las luchas sangrientas entre los hombres que llenarán la tierra de aficción. El poder que acompañe la última amonestación enfurecerá á los malvados; su rabia se ensañará contra todos los que hayan recibido el mensaje, y Satanás despertará el espíritu de odio y persecución en un grado de intensidad aún mayor.

Cuando la presencia de Dios se hubo retirado de la nación judía, tanto los sacerdotes como el pueblo lo ignoraban. Aunque bajo el dominio de Satanás y arrastrados por las pasiones más horribles y malignas, se creían aún el pueblo escogido de Dios. Los servicios del templo seguían su curso; se ofrecían sacrificios en los altares profanados, y cada día se invocaba la bendición divina sobre un pueblo culpable de la sangre del Hijo amado de Dios y que trataba de matar á sus ministros y apóstoles. Así también, cuando la decisión irrevocable del santuario haya sido pronunciada y que el destino del mundo haya sido determinado para siempre, los habitantes de la tierra no lo sabrán. Las formas de la religión seguirán en vigor entre las muchedumbres de en medio de las cuales el Espíritu de Dios se habrá finalmente retirado; y el celo satánico con el cual el príncipe del mal ha de inspirarlas para que cumplan sus crueles designios, ha de asemejarse al celo por Dios.

Una vez que el Sábado se haya vuelto el punto especial de controversia en toda la cristiandad y que las autoridades religiosas y civiles se hayan unido para imponer la observancia del domingo, la negativa persistente, por parte de una pequeña minoría, de ceder á la exigencia popular, la convertirá en objeto de execración universal. Se exigirá con insistencia que no se tolere á los pocos que se opongan á una institución de la iglesia y á una ley del estado; pues vale más que esos pocos sufran que no que toda la nación sea lanzada en la confusión y la anarquía. Este mismo argumento fué presentado contra Cristo hace mil ochocientos años por los “príncipes del pueblo.” “Nos conviene,” dijo el astuto Caifás, “que un solo hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.”^a Este argumento parecerá concluyente y finalmente se expedirá un decreto contra todos los que santifiquen el Sábado del cuarto mandamiento, denunciándolos como merecedores de las penas más severas, y autorizando al pueblo para que los maten después de algún tiempo. El romanismo en el Viejo Mundo y el protestantismo apóstata

^a S. Juan 11:50.

en la América del Norte, actuarán de la misma manera contra los que honren todos los preceptos divinos.

El pueblo de Dios se verá entonces sumido en las escenas de aflicción y angustia descritas por el profeta y llamadas el tiempo de la apretura de Jacob: "Así dice Jehová: Hemos oído el ruido de un terror pánico; hay alarma, y no paz alguna. . . . ¡Por qué se han vuelto pálidos todos los rostros? ¡Ay! ¡porque grande es aquel día de modo que ninguno lo iguale! y es el tiempo de la apretura de Jacob; mas él será librado de ella."⁴

La noche de la apretura de Jacob, cuando luchó en oración para ser librado de manos de Esaú,⁵ representa la prueba por la que pasará el pueblo de Dios en el tiempo de la angustia. Debido al engaño practicado para asegurarse la bendición que su padre intentaba dar á Esaú, Jacob había huído para salvar su vida, atemorizado por las amenazas de muerte que profería su hermano. Después de haber permanecido muchos años en el destierro, se puso en camino por mandato de Dios para regresar á su país, con sus mujeres, sus hijos, sus rebaños y sus ganados. Al acercarse á los términos del país se llenó de terror al tener noticia de que Esaú se acercaba al frente de una compañía de guerreros, sin duda para vengarse de él. Los que acompañaban á Jacob, sin armas é indefensos, parecían que iban á caer irremisiblemente víctimas de la violencia y bajo la espada del hermano. Á esta angustia y á este temor que lo tenían abatido se agregaba el peso abrumador de los reproches que se hacía á sí mismo; pues era su propio pecado el que lo había puesto á él y á los suyos en semejante trance. Su única esperanza se cifraba en la misericordia de Dios; su único amparo debía ser la oración. Sin embargo, hizo cuanto estuvo de su parte para dar reparación á su hermano por el agravio que le había inferido y para evitar el peligro que le amenazaba. Así deberían hacer los discípulos de Cristo al acercarse el tiempo de angustia: procurar presentarse ante el mundo en una actitud conveniente, á fin de desarmar los prejuicios y evitar los peligros que amenazan la libertad de conciencia.

⁴ Jeremías 30:5-7.

⁵ Génesis 32:24-30.

Después de haber despedido á su familia para que no presenciara su apuro, Jacob permaneció solo para alegar con Dios. Confiesa su pecado y reconoce agradecido la bondad de Dios para con él, á la vez que humillándose profundamente invoca en su favor la alianza hecha con sus padres y las promesas que le fueran hechas á él mismo en su visión en Bethel y en tierra extraña. Llegó la hora crítica de su vida; todo está en peligro. En las tinieblas y en la soledad sigue orando y humillándose ante Dios. De pronto una mano se le pone sobre la espalda. Se le figura que un enemigo va á matarle, y con toda la energía de la desesperación lucha con él. Como el día empieza á rayar, el desconocido hace uso de su poder sobrenatural; al tocarle el hombre fuerte, parece quedar paralizado y cae impotente, tembloroso y suplicante al cuello de su misterioso antagonista. Jacob sabe entonces que es con el ángel de la alianza con quien ha luchado. Aunque derrotado y presa de los más agudos dolores no cesa en su propósito. Desde hace mucho tiempo ha sufrido perplejidades, remordimientos y angustia á causa de su pecado; ahora debe obtener la seguridad de que ha sido perdonado. El sér celestial parece estar por marcharse; pero Jacob se le adhiere pidiéndole su bendición. El ángel le insta: “¡Suéltame, que ya raya el alba!” pero el patriarca exclama: “No te soltaré hasta que me hayas bendecido.” ¡Qué confianza, qué firmeza y qué perseverancia las de Jacob! Si estas palabras le hubiesen sido dictadas por el orgullo y la presunción, Jacob hubiera caído muerto; pero lo que se las inspiraba era más bien la seguridad del que confiesa su flaqueza é indignidad, pero que sin embargo confía en la misericordia de un Dios que guarda la alianza.

“Y luchó con el Ángel, y prevaleció.”⁶ Mediante la humillación, el arrepentimiento y la sumisión, aquel mortal pecador y sujeto al error, prevaleció sobre la majestad del cielo. Él se había atenido tembloroso á las promesas de Dios, y el Amor infinito no podía rechazar la súplica del pecador. Como señal de su triunfo y como estímulo para que otros imitasen su ejemplo, le fué cambiado el nombre; en lugar del

⁶ Oseas 12:4.

que recordaba su pecado, recibió otro que conmemoraba su victoria. Y el haber prevalecido Jacob sobre Dios era una garantía de que sería el más fuerte en la lucha con los hombres. No temía más arrostrar la ira de su hermano; pues el Señor era su defensa.

Satanás había acusado á Jacob ante los ángeles de Dios y pretendía tener derecho para destruirlo á causa de su pecado; había inducido á Esaú á que marchase contra él, y durante la larga noche de lucha del patriarca, Satanás se esforzó en hacer patente á éste su culpabilidad á fin de desanimarlo y apartarlo de Dios. Jacob fué casi empujado á la desesperación; pero sabía que sin la ayuda de Dios perecería. Se había arrepentido sinceramente de su gran pecado, y apelaba á la misericordia de Dios. No se dejó desviar de su propósito, sino que se adhirió firmemente al ángel é hizo su petición con ardientes clamores de agonía, hasta que prevaleció.

Así como Satanás hizo que Esaú marchase contra Jacob, así también instigará á los malos para que destruyan al pueblo de Dios en el tiempo de angustia. Y así como acusó á Jacob, acusará también al pueblo de Dios. Cuenta á las multitudes del mundo entre sus súbditos, y sólo la pequeña compañía de los que guardan los mandamientos de Dios resiste á su pretensión á la supremacía. Si pudiese hacerlos desaparecer de la tierra, su triunfo sería completo. Ve que los ángeles protegen á los que guardan los mandamientos é infiere que sus pecados les han sido perdonados; pero no sabe que la suerte de cada uno de ellos ha sido resuelta en el santuario celestial. Tiene conocimiento exacto de los pecados que les ha hecho cometer y los presenta ante Dios del todo exagerados, pretendiendo que esa gente es tan merecedora como él mismo de ser excluída del favor de Dios. Declara que en justicia el Señor no puede perdonar los pecados de ellos y destruirle al mismo tiempo á él y á sus ángeles. Los reclama como presa suya y pide que le sean entregados para destruirlos.

Mientras Satanás acusa al pueblo de Dios haciendo hincapié en sus pecados, el Señor le permite tentarlos hasta el

extremo. La confianza de ellos en Dios, su fe y su firmeza serán rigurosamente probadas. El recuerdo de su pasado hará decaer sus esperanzas; pues es poco el bien que pueden ver en toda su vida. Tienen entera conciencia de su debilidad é indignidad. Satanás trata de aterrorizarlos con la idea de que su caso es desesperado, de que las manchas de su impureza no serán jamás lavadas. Espera así aniquilar su fe, hacerles ceder á sus tentaciones y alejarlos de Dios.

Es verdad que el pueblo de Dios será rodeado de enemigos que traten de destruirlo, pero sin embargo la angustia que sufren no procede del temor de ser perseguidos á causa de la verdad; lo que temen es no haberse arrepentido de cada pecado y que debido á alguna falta por ellos cometida no puedan ver realizada en ellos la promesa del Salvador: “Yo también te guardaré de la hora de prueba que ha de venir sobre todo el mundo.”⁷ Si pudiesen tener la seguridad del perdón, no retrocederían ante las torturas ni la muerte; pero si fuesen reconocidos indignos de perdón y que debiesen perder su vida á causa de sus propios defectos de carácter, entonces el santo nombre de Dios sería vituperado.

De todos lados oyen hablar de conspiraciones y traiciones y observan la actividad amenazante de la rebelión. Eso hace nacer en ellos un deseo intensísimo de ver acabarse la apostasía y de que la maldad de los perversos llegue á su fin. Pero mientras piden á Dios que detenga el progreso de la rebelión, se reprochan á sí mismos con gran sentimiento el no tener mayor poder para resistir y contrarrestar la potente invasión del mal. Se dan cuenta de que si hubiesen empleado siempre toda su habilidad al servicio de Cristo, avanzando de virtud en virtud, las fuerzas de Satanás no tendrían tanto poder sobre ellos.

Afigen sus almas ante Dios, recordándole cada uno de sus actos de arrepentimiento de sus numerosos pecados y reclamando la promesa del Salvador: “Á menos que echen mano esos enemigos de mi fortaleza, y hagan paz conmigo. ¡Sí que hagan paz conmigo!”⁸ Su fe no decae si sus oraciones no son oídas en el acto. Aunque sufren la ansiedad, el terror

⁷ Apocalipsis 3:10.

⁸ Isaías 27:5.

y la angustia más desesperantes, no dejan de orar. Se agarran al poder de Dios como Jacob se agarró al ángel; y de sus almas se exhala el grito: "No te soltaré hasta que me hayas bendecido."

Si Jacob no se hubiese primeramente arrepentido del pecado que cometió adueñándose fraudulentamente del derecho de primogenitura, Dios no habría escuchado su oración ni le hubiese salvado la vida misericordiosamente. Así en el tiempo de angustia, si el pueblo de Dios guardase pecados aún inconfesos cuando estén atormentados por el temor y la angustia, serían aniquilados; la desesperación acabaría con su fe y no podrían tener confianza para rogar á Dios que los librase. Pero por muy profundo que sea el sentimiento que tienen de su indignidad, no tienen culpas escondidas que revelar. Sus pecados han sido examinados y borrados en el juicio; y no pueden recordarlos.

Satanás induce á muchos á creer que Dios no se fija en la infidelidad de ellos respecto á los asuntos menudos de la vida; pero, en su actitud con Jacob, el Señor demuestra que él no sancionará ni tolerará el mal en manera alguna. Todos los que tratan de excusar ú ocultar sus pecados, dejándolos sin confesar y sin haber sido perdonados en los registros del cielo, serán vencidos por Satanás. Cuanto más ponderada sea su profesión y cuanto más honroso el puesto que desempeñan, tanto más graves aparecen sus faltas á la vista de Dios, y tanto más seguro es el triunfo de su gran adversario. Los que tardan en prepararse para el día del Señor, no podrán hacerlo en el tiempo de la angustia ni en ningún momento subsiguiente. El caso de los tales es desesperado.

Los cristianos profesos que llegarán sin preparación á este último y terrible trance, confesarán sus pecados con palabras de angustia consumidora, mientras los malvados se reirán de su apuro. Esas confesiones son del mismo carácter que las de Esaú ó de Judas. Los que las hacen lamentan los *resultados* de la transgresión, pero no su culpa misma. No sienten verdadera contrición ni horror al mal. Reconocen sus pecados por temor al castigo; pero, lo mismo que Faraón,

volverían á maldecir al cielo, si los juicios de Dios no tuviesen curso.

La historia de Jacob nos da además la seguridad de que Dios no rechazará á los que han sido engañados y tentados y arrastrados al pecado, pero que hayan vuelto á él con verdadero arrepentimiento. Mientras Satanás trata de acabar con esta clase de personas, Dios enviará sus ángeles para consolarlos y protegerlos en tiempo de peligro. Los asaltos de Satanás son feroces y resueltos, sus engaños terribles, pero el ojo de Dios descansa sobre su pueblo y su oído escucha su súplica. Su aficción es grande, las llamas del horno parece como que ya fueran á consumirlos; pero el Refinador los sacará como oro purificado por el fuego. El amor de Dios para con sus hijos durante el período de su prueba más dura es tan grande y tan tierno como en los días de su más floreciente prosperidad; pero es necesario que pasen por el horno de la prueba; es preciso que su mundanidad sea consumida para que la imagen de Cristo se refleje perfectamente.

Los tiempos de apuro y angustia que nos esperan requieren una fe capaz de soportar el cansancio, el atraso y el hambre, una fe que no desmaye á pesar de las pruebas más duras. El período de prueba les es dispensado á todos para que se preparen para aquel momento. Jacob prevaleció porque fué perseverante y resuelto. Su victoria es prueba evidente del poder de la oración importuna. Todos los que se atengan á las promesas de Dios como él lo hizo, y que sean tan sinceros como él lo fué, tendrán tan buen éxito como él. Los que no están dispuestos á negarse á sí mismos, á luchar desesperadamente ante Dios y á orar mucho y con empeño para obtener su bendición, no lo conseguirán. ¡Cuán pocos cristianos saben lo que es luchar con Dios! ¡Cuán pocos son los que jamás suspiraron por Dios con ardor hasta tener como tirantes todas las facultades del alma! Cuando olas de indecible desesperación envuelven al suplicante, ¡cuán raro es verle atenerse con fe inquebrantable á las promesas de Dios!

Los que no ponen en ejercicio más que poca fe, están en mayor peligro de caer bajo el dominio de los engaños satánicos

y del decreto que violentará las conciencias. Y aun caso que soporten la prueba, serán sumergidos en el tiempo de angustia en mayor aflicción porque no se habrán acostumbrado á confiar en Dios. Las lecciones de fe que hayan descuidado, tendrán que aprenderlas bajo una terrible depresión de desaliento.

Deberíamos entrar ahora en relación con Dios, poniendo á prueba sus promesas. Los ángeles toman nota de cada oración ferviente y sincera. Deberíamos más bien sacrificar nuestros propios gustos antes que descuidar la comunión con Dios. La mayor pobreza, la más absoluta abnegación de sí mismo con la aprobación divina, valen más que las riquezas, los honores, las comodidades y amistades sin ella. Debemos darnos tiempo para orar. Si nos dejamos absorber por los intereses mundanos, el Señor puede darnos ese tiempo que necesitamos, quitándonos nuestros ídolos, ya sean éstos oro, casas ó tierras feraces.

La juventud no se dejaría seducir por el pecado si se negase á entrar en otro camino que en el que pudiera pedir las bendiciones de Dios. Si los portadores del último solemne mensaje para el mundo, rogasen por la bendición de Dios, no con frialdad, indolencia y dejadez, sino con fervor y fe como lo hizo Jacob, encontrarían muchos lugares de que poder decir: "He visto á Dios cara á cara, y fué librada mi vida." Serían considerados como príncipes en el cielo, con poder para prevalecer sobre Dios y los hombres.

El "tiempo de angustia cual nunca ha sido desde que ha habido nación" está á punto de empezar; y para entonces necesitaremos de una experiencia que hoy por hoy no poseemos y que muchos no pueden lograr debido á su indolencia. Sucede muchas veces que los peligros que se esperan no resultan tan grandes como uno se los había imaginado; pero éste no es el caso respecto de la crisis que nos espera. La imaginación más fecunda no alcanza á darse cuenta de la magnitud de tan dolorosa experiencia. En aquel tiempo de prueba, cada alma deberá sostenerse por sí sola ante Dios. "Si Noé, Daniel y Job estuvieren" en el país, "¡vivo yo! dice Jehová

* Génesis 32:30.

el Señor, que ni á hijo ni á hija podrán ellos librar por su justicia; tan sólo á sus propias almas librarán.”¹⁰

Ahora, mientras que nuestro gran Sumo Sacerdote está haciendo propiciación por nosotros, deberíamos tratar de perfeccionarnos en Cristo. Nuestro Salvador no pudo ser inducido á ceder á la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: “Viene el príncipe del mundo, y él nada tiene en mí.”¹¹ Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia.

En esta vida es donde debemos separarnos del pecado por la fe en la sangre expiatoria de Cristo. Nuestro amado Salvador nos invita á que nos unamos á él, á que unamos nuestra flaqueza con su fortaleza, nuestra ignorancia con su sabiduría, nuestra indignidad con sus méritos. La providencia de Dios es la escuela en la cual debemos aprender la dulzura y humildad de Jesús. El Señor nos está presentando siempre, no el camino que escogeríamos y que nos parecería más fácil y agradable, sino el verdadero, el que encierra el objeto de la vida. De nosotros está, pues, que cooperemos con los factores que Dios emplea, en la tarea de conformar nuestros caracteres con el modelo divino. Nadie puede descuidar ó aplazar esta obra sin grave peligro para su alma.

El apóstol S. Juan, estando en visión, oyó una gran voz en el cielo que exclamaba: “¡Ay de la tierra y del mar; porque el diablo ha descendido á vosotros, teniendo grande ira, sabiendo que tiene ya muy poco tiempo!”¹² Espantosas son las escenas que provocaron esta exclamación de la voz celestial. La rabia de Satanás crece á medida que se va acercando el fin, y su obra de engaño y destrucción llegará á su colmo durante el tiempo de angustia.

¹⁰ Ezequiel 14:20.

¹¹ S. Juan 14:30.

¹² Apocalipsis 12:12.

Pronto aparecerán en el cielo signos pavorosos de carácter sobrenatural, en prueba del poder milagroso de los demonios. Los espíritus de los demonios irán en busca de los reyes de la tierra y por todo el mundo para aprisionar á los hombres con engaños é inducirlos á que se unan á Satanás en su última lucha contra el gobierno de Dios. Mediante estos agentes, tanto los príncipes como los súbditos serán engañados. Surgirán entes que se darán por el mismo Cristo y que reclamarán los títulos y el culto que pertenecen al Redentor del mundo. Efectuarán curaciones maravillosas y milagrosas y asegurarán haber recibido revelaciones del cielo que contradigan el testimonio de las Sagradas Escrituras.

El acto capital que coronará el gran drama del engaño será que el mismo Satanás se dará por el Cristo. La iglesia ha hecho profesión desde hace mucho tiempo de esperar el advenimiento del Salvador como la consumación de sus esperanzas. Pues bien, el gran engañador simulará que Cristo habrá venido. En varias partes de la tierra, Satanás se manifestará á los hombres como ser majestuoso, de un brillo deslumbrador, parecido á la descripción que del Hijo de Dios nos da San Juan en el Apocalipsis.¹⁸ La gloria que le rodea superará cuanto hayan visto los ojos de los mortales. El grito de triunfo repercutirá por los aires: "¡Cristo ha venido! ¡Cristo ha venido!" El pueblo se postrará en adoración ante él, mientras levanta sus manos y pronuncia una bendición sobre ellos como Cristo cuando bendecía á sus discípulos en la tierra. Su voz es suave y acompasada aunque llena de melodía. En tono amable y compasivo enuncia algunas de las verdades celestiales y llenas de gracia que pronunciaba el Salvador; cura las dolencias del pueblo, y luego, en su fementido carácter de Cristo, asegura haber mudado el día de reposo del Sábado al domingo y manda á todos que santifiquen el día que él ha bendecido. Declara que todos los que persisten en santificar el séptimo día blasfeman su nombre negándose á oír á sus ángeles que les ha enviado con la luz de la verdad. Es el engaño más poderoso y casi irresistible. Así como los samaritanos habían sido engañados por Simón

¹⁸ Apocalipsis 1:13-15.

el Mago, así también las multitudes, desde los más pequeños hasta los mayores, creen en ese sortilegio, diciendo: Este es “aquel poder de Dios que se llama grande.”¹⁴

Pero el pueblo de Dios no se extraviará. Las enseñanzas del falso Cristo no están de acuerdo con las Sagradas Escrituras. Sus bendiciones van dirigidas á los que adoran la bestia y su imagen — precisamente aquellos sobre quienes dice la Biblia que la cólera de Dios será derramada sin mezcla.

Además, no se le permitirá á Satanás contrahacer la manera en que vendrá Jesús. El Salvador ha prevenido á su pueblo contra este engaño y ha predicho claramente cómo será su segundo advenimiento. “Se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y darán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si posible fuera, á los escogidos mismos. . . . Si pues os dijeren: ¡He aquí, en el desierto está! no salgáis: ó: ¡He aquí en los aposentos! no lo creáis. Porque como el relámpago sale del oriente, y se ve lucir hasta el occidente, así también será la venida del Hijo del hombre.”¹⁵ No se puede remedar semejante aparición. Todos la conocerán y el mundo entero la presenciara.

Sólo los que hayan estudiado diligentemente las Escrituras y hayan recibido el amor de la verdad en sus corazones, serán protegidos de los poderosos engaños que tendrán cautivo al mundo. Merced al testimonio bíblico descubrirán al engañador bajo su disfraz. El tiempo de prueba llegará para todos. Por medio de la criba de la tentación se reconocerá á los verdaderos cristianos. ¿Se siente el pueblo de Dios actualmente bastante firme en la Palabra divina para no ceder al testimonio de sus sentidos? ¿Se atendrán ellos en semejante crisis á la Biblia y á la Biblia sola? Satanás, si es posible, les impedirá que logren la preparación necesaria para estar firmes en aquel día. Dispondrá las cosas de modo que el camino les esté obstruído; los aturdirá con bienes terrenales, les hará llevar una carga pesada y abrumadora para que sus corazones se sientan recargados con los cuidados de esta vida y que el día de la prueba los sorprenda como ladrón.

¹⁴ Hechos 8:10.

¹⁵ S. Mateo 24:24-27, 31; 25:31; Apocalipsis 1:7; 1 Tesalonicenses 4:16, 17.

Cuando el decreto promulgado por los diversos príncipes y dignatarios de la cristiandad contra los que observan los mandamientos, suspenda la protección y las garantías del gobierno y los abandone á los que tratan de aniquilarlos, el pueblo de Dios huirá de las ciudades y de los pueblos y se unirá en grupos para vivir en los lugares más desiertos y solitarios. Muchos encontrarán refugio en puntos de difícil acceso en las montañas. Como los cristianos de los valles del Piamonte, convertirán los lugares elevados de la tierra en santuarios suyos y darán gracias á Dios por las "fortificaciones de las peñas."¹⁶ Pero muchos seres humanos de todas las naciones y de todas clases, grandes y pequeños, ricos y pobres, negros y blancos, serán arrojados en la más injusta y cruel servidumbre. Los amados de Dios pasarán días enojosos, encadenados, encerrados en cárceles, sentenciados á muerte, algunos abandonados adrede para morir de hambre y sed en odiosos calabozos. Ningún oído humano escuchará sus lamentos; ninguna mano humana se aprontará á socorrerlos.

¿Olvidará el Señor á su pueblo en esta hora de prueba? ¿Olvidó acaso al fiel Noé cuando sus juicios cayeron sobre el mundo antediluviano? ¿Olvidó acaso á Lot cuando cayó fuego del cielo para consumir las ciudades de la llanura? ¿Se olvidó de José cuando estaba rodeado de idólatras en Egipto? ¿ó de Elías cuando el juramento de Jesabel le amenazaba con la suerte de los profetas de Baal? ¿Se olvidó de Jeremías en el obscuro y húmedo pozo en donde había sido echado? ¿Se olvidó acaso de los tres jóvenes en el horno ardiente ó de Daniel en el foso de los leones?

"Sión empero ha dicho: ¡Me ha abandonado Jehová, y el Señor se ha olvidado de mí! ¿Se olvidará acaso la mujer de su niño mamante, de modo que no tenga compasión del hijo de sus entrañas? ¡Aun las tales le pueden olvidar; mas no me olvidaré ya de ti! He aquí que sobre las palmas de mis manos te traigo esculpida."¹⁷ El Señor de los ejércitos ha dicho: "Aquel que os toca á vosotros le toca á él en la niña de su ojo."¹⁸

Aunque los enemigos los arrojen á la cárcel, sin embargo

¹⁶ Isaías 33:16.

¹⁷ Isaías 49:14-16.

¹⁸ Zacarías 2:8.

las paredes de los calabozos no pueden interceptar la comunicación entre sus almas y Cristo. Aquel que conoce todas sus debilidades, que ve todas sus pruebas, está por encima de todos los poderes de la tierra, y acudirán ángeles á sus celdas solitarias, trayéndoles luz y paz del cielo. La prisión se volverá palacio, pues allí viven los que tienen mucha fe, y los lóbregos muros serán alumbrados con luz celestial como cuando Pablo y Silas oraron y cantaron alabanzas á Dios á media noche en el calabozo de Filipos.

Los juicios de Dios caerán sobre los que tratan de oprimir y aniquilar á su pueblo. Su paciencia para con los malos les da alas en sus transgresiones, pero su castigo no será menos seguro ni terrible por mucho que haya tardado en venir. “Jehová se levantará como en el monte Perasim, y se indignará como en el valle de Gabaón; para hacer su obra, su obra extraña, y para ejecutar su acto, su acto extraño.”¹⁹ Para nuestro Dios misericordioso la tarea de castigar le es extraña. “¡Vivo yo! dice Jehová el Señor, que no me complazco en la muerte del inicuo.”²⁰ El Señor es “compasivo y clemente, lento en iras y grande en misericordia y en fidelidad, . . . que perdona la iniquidad, la transgresión y el pecado.” Sin embargo “visita la iniquidad de los padres sobre los hijos, y sobre los hijos de los hijos hasta la tercera y hasta la cuarta generación.” “¡Jehová es lento en iras y grande en poder, y de ningún modo tendrá por inocente al rebelde!”²¹ Él vindicará con terribles manifestaciones la dignidad de su ley pisoteada.

Puede juzgarse de lo severo que ha de ser la retribución que les espera á los culpables, por la repugnancia que tiene el Señor de hacer justicia. La nación á la que soporta desde hace tanto tiempo y á la que no destruirá hasta que no haya llenado la medida de sus iniquidades, según el cálculo de Dios, beberá finalmente de la copa de su cólera, sin mezcla de misericordia.

Cuando Cristo deje de interceder en el santuario, se derramará sin mezcla la cólera de Dios de la que son amenazados

¹⁹ Isaías 28:21. ²⁰ Ezequiel 33:11. ²¹ Éxodo 34:6, 7; Nahum 1:3.

los que adoran á la bestia y á su imagen y reciben su marca.²² Las plagas que cayeron sobre Egipto cuando Dios estaba por libertar á Israel fueron de índole análoga á los juicios más terribles y extensos que caerán sobre el mundo inmediatamente antes del libertamiento final del pueblo de Dios. En el Apocalipsis se lee lo siguiente con referencia á esas mismas plagas tan temibles: El tazón derramado sobre la tierra por uno de los ángeles “convirtiéndose en úlcera maligna y gravosa en los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban su imagen.” El tazón derramado por otro ángel en el mar “se convirtió en sangre como de un muerto; y toda alma viviente de las que había en el mar, murió.” “Y el tercero derramó su tazón en los ríos y las fuentes de agua, y ellos también se convirtieron en sangre.” Por terribles que sean estos castigos, la justicia de Dios está plenamente vindicada. El ángel de Dios declara: “¡Justo eres, oh santo Dios, . . . por cuanto has juzgado así; porque han derramado los hombres la sangre de santos y de profetas, y tú á ellos les has dado á beber sangre; porque lo merecen!”²³ Al condenar á muerte al pueblo de Dios, los que lo hicieron son tan culpables de su sangre como si la hubiesen derramado con sus propias manos. Del mismo modo Cristo declaró que los judíos de su tiempo eran culpables de toda la sangre de los santos varones que había sido derramada desde los días de Abel, pues estaban animados del mismo espíritu y estaban tratando de hacer lo mismo que los asesinos de los profetas.

En la plaga que sigue, se le da poder al sol para “quemar á los hombres con fuego. Y ardieron los hombres con grande calor.”²⁴ Los profetas describen como sigue el estado de la tierra en tan terrible tiempo: “¡El campo está asolado, la tierra está enlutada; . . . porque se ha perdido la siega del campo!” “¡Todos los árboles del campo están marchitos ya! ¡Aullad, porque el gozo se ha acabado entre los hijos de los hombres!” “Los granos se pudren debajo de sus terrones; asolados están los graneros.” “¡Cómo gimen las bestias! ¡lloran las vacadas, porque no tienen pastos! . . . Se han secado los arroyos de las aguas; y el fuego ha de-

²² Apocalipsis 14:9, 10.²³ Apocalipsis 16:2-6.²⁴ Apocalipsis 16:8, 9.

vorado los pastos del desierto.” “Las canciones del palacio se convertirán en aullidos en aquel día, dice Jehová el Señor: serán muchos los cadáveres; en todo lugar los echarán fuera con silencio.”²⁵

Estas plagas no serán universales, pues los habitantes de la tierra serían enteramente destruídos. Sin embargo serán los azotes más terribles que hayan sufrido jamás los hombres. Todos los juicios que han caído sobre los hombres antes del fin del tiempo de prueba, han sido mitigados con misericordia. La sangre propiciatoria de Cristo ha impedido que el pecador recibiese la medida completa de su culpabilidad; pero en el juicio final la ira de Dios será derramada sin mezcla de misericordia.

En aquel día, multitudes enteras invocarán la protección de la misericordia divina que por tanto tiempo despreciaran.

“He aquí que vienen días, dice Jehová el Señor, en que enviaré hambre sobre la tierra; no hambre de pan, ni escasez de agua, sino de oír las palabras de Jehová. Y andarán vagando de mar á mar, y desde el norte hasta el oriente correrán de acá para allá en busca de alguna palabra de Jehová más no la hallarán.”²⁶

El pueblo de Dios no quedará libre de padecimientos; pero aunque perseguido y acongojado y aunque sufra privaciones y falta de alimento, no será abandonado para perecer, Dios que cuidó de Elías no abandonará á ninguno de sus abnegados hijos. El que cuenta los cabellos de sus cabezas, cuidará de ellos y los atenderá en tiempos de hambruna. Mientras los malvados estén muriéndose de hambre y pesteñencia, los ángeles protegerán á los justos y suplirán á sus necesidades. Escrito está del que ande “en justicias” que “pan le será dado” y que “su agua será segura.” “Cuando los pobres y los menesterosos buscan agua y no la hay, y la lengua se les seca de sed, yo, Jehová, les escucharé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré.”²⁷

“Mas aunque la higuera no floreciere, y no hubiere fruto en la vid; aunque faltare el producto del olivo, y los campos nada dieren de comer; aunque las ovejas fueren destruídas

²⁵ Joel 1:10-12, 17-20; Amós 8:3.

²⁶ Amós 8:11, 12.

²⁷ Isafías 33:16; 41:17.

del aprisco, y no hubiere vacas en los pesebres; sin embargo" los que le teman se regocijarán "en Jehová" y se alegrarán en el Dios de su salvación.²⁸

"Jehová es tu guardador; Jehová es una sombra para ti á tu mano derecha. El sol no te herirá de día, ni la luna de noche. Jehová te guardará de todo mal; él guardará tu alma."²⁹ "Porque él te hará escapar del lazo del cazador, y de la asoladora pestilencia. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas te refugiarás: escudo y adarga es su verdad. No tendrás temor de espanto nocturno, ni de saeta que vuele de día, ni de la pestilencia que anda en tinieblas, ni de la mortandad que hace estragos al medio día. Caerán á tu lado mil, y diez mil á tu diestra; pero á ti no llegará. Tan sólo con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los inicuos. Por cuanto has dicho: ¡Tú, oh Jehová, eres mi refugio! al Altísimo has puesto por tu habitación; no te sucederá mal alguno, ni plaga tocará en tu morada."³⁰ Sin embargo, á vistas humanas parecerá que el pueblo de Dios tuviese que sellar pronto su testimonio con su sangre, como lo hicieron los mártires que les precedieron. Ellos mismos empiezan á temer que el Señor los haya abandonado en las manos homicidas de sus enemigos. Es un tiempo de terrible agonía. De día y de noche claman á Dios para que los libre. Los malos triunfan y se oye este grito de burla: "¿Dónde está ahora vuestra fe? ¿Por qué no os libra Dios de nuestras manos si sois verdaderamente su pueblo?" Pero esos fieles cristianos que esperan se acuerdan de Jesús muriendo en la cruz del Calvario y á los sumo sacerdotes y príncipes gritando en tono de mofa: "¡Á otros salvó, á sí mismo no se puede salvar! ¡Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él!"³¹ Como Jacob, todos luchan con Dios. Sus semblantes expresan la agonía de sus almas. Están pálidos, pero sin embargo no dejan de orar con fervor.

Si los hombres tuviesen la visión del cielo verían compañías de ángeles poderosos en fuerza estacionados en torno de los que han guardado la palabra de la paciencia de Cristo.

²⁸ Habacuc 3:17, 18.

²⁹ Salmo 121:5-7.

³⁰ Salmo 91:2-10.

³¹ S. Mateo 27:42.

Ángeles han presenciado la angustia de ellos y han escuchado sus oraciones con ternura y simpatía. Están esperando la orden de su jefe para arrancarlos al peligro. Pero tienen aún que esperar un poco más. El pueblo de Dios tiene que beber de la copa y ser bautizado con el bautismo. La misma dilación tan penosa para ellos, es la mejor respuesta á sus oraciones. Mientras procuran esperar con confianza que el Señor obre, son inducidos al ejercicio de la fe, de la esperanza y de la paciencia, cosa que poco hicieron durante su experiencia religiosa. Sin embargo, el tiempo de angustia será acortado por amor de los elegidos. “¿Y acaso Dios no defenderá la causa de sus escogidos, que claman á él día y noche? . . . Os digo que defenderá su causa presto.”²² El fin vendrá más pronto de lo que los hombres esperan. El trigo será recogido y atado en gavillas para el granero de Dios; la cizaña será amarrada en haces para los fuegos de destrucción.

Las centinelas celestiales, fieles en sus puestos, siguen vigilando. Por más que un decreto general haya fijado el tiempo en que los observadores de los mandamientos puedan ser muertos, sus enemigos, en algunos casos, se anticiparán al decreto y tratarán de quitarles la vida antes del tiempo fijado. Pero nadie puede atravesar el cordón de los poderosos guardianes estacionados en torno de toda alma fiel. Algunos son atacados en su huída de las ciudades y pueblos; pero las espadas levantadas contra ellos se quiebran y caen como si fueran de paja. Otros son defendidos por ángeles bajo la forma de guerreros.

En todos los tiempos Dios se ha valido de santos ángeles para socorrer y librar á su pueblo. Los seres celestiales han tomado parte activa en los asuntos de los hombres. Han aparecido con vestidos que relucían como el rayo; han venido como hombres en traje de caminantes. Ángeles han aparecido bajo forma humana á los siervos de Dios. Han descansado bajo los robles al medio día como si hubiesen estado cansados. Han aceptado la hospitalidad en hogares humanos. Han servido de guías á viajeros extraviados. Con sus propias manos han alumbrado los fuegos del altar. Han abierto las

²² S. Lucas 18:7, 8.

puertas de las cárceles y libertado á los siervos del Señor. Vestidos de la armadura celestial, vinieron para quitar la piedra del sepulcro del Salvador.

Ángeles suelen encontrarse á menudo en forma humana en las asambleas de los justos, y visitan también las de los malos, como lo hicieron en Sodoma para tomar nota de sus actos y para determinar si excedieron los límites de la paciencia de Dios. El Señor se complace en la misericordia; así que por causa de los pocos que le sirven verdaderamente, mitiga las calamidades y prolonga el estado de tranquilidad de las multitudes. Los que pecan contra Dios no se dan cuenta de que deben sus propias vidas á los pocos fieles á quienes les gusta ridiculizar y oprimir.

Aunque los gobernantes de este mundo no lo sepan, sin embargo, ángeles han aparecido á menudo como oradores en sus asambleas. Ojos humanos los han mirado; oídos humanos han escuchado sus llamamientos; labios humanos se han opuesto á sus indicaciones y han puesto en ridículo sus consejos; y hasta manos humanas los han maltratado. En las salas de consejo y en las cortes de justicia, estos mensajeros celestiales han revelado sus grandes conocimientos de la historia de la humanidad y han mostrado ser más capaces de defender la causa de los oprimidos que los abogados más hábiles y más elocuentes. Han frustrado propósitos y atajado males que habrían atrasado en gran manera la obra de Dios y habrían causado grandes padecimientos á su pueblo. En la hora de peligro y angustia “asienta campamento el ángel de Jehová en derredor de los que le temen, y los defiende.”⁸³

El pueblo de Dios espera con ansia las señales de la venida de su Rey. Así como se le pregunta al guarda: “¿Qué hay de la noche?” se oye la respuesta terminante: “¡La mañana viene, y también la noche!”⁸⁴ La luz dora las nubes que están sobre las cumbres de los montes. Pronto se revelará su gloria. El sol de justicia está por salir. La mañana y la noche se entrelazan: la mañana del día eterno para los justos y la noche perpetua para los inicuos.

⁸³ Salmo 34:7.

⁸⁴ Isaías 21:11, 12.

Como el pueblo militante de Dios dirige con empeño sus oraciones á Dios, el velo que los separa del mundo invisible parece casi estar descorrido. Los cielos se encienden con la aurora del día eterno, y cual melodía de cánticos angélicos llegan á sus oídos las palabras: “Manteneos firmes en vuestra fidelidad. La ayuda está por venir.” Cristo, el vencedor todopoderoso, ofrece á sus cansados soldados una corona de gloria inmortal; y su voz se deja oír por las puertas entornadas: “He aquí que estoy con vosotros. No temáis nada. Conozco todas vuestras penas; he cargado con vuestros dolores. No estáis lidiando contra enemigos desconocidos. He librado la batalla á favor vuestro, y en mi nombre sois más que vencedores.”

Nuestro amado Salvador nos enviará ayuda en el momento mismo en que la necesitemos. El camino del cielo quedó consagrado por las huellas de sus pies. Cada espina que hiere nuestros pies hirió también los suyos. Él cargó antes que nosotros la cruz que cada uno de nosotros tenga que cargar. El Señor permite los conflictos á fin de preparar al alma para la paz. El tiempo de angustia es una prueba terrible para el pueblo de Dios; pero es el momento en que todo verdadero creyente debe mirar hacia arriba á fin de que por la fe pueda ver el arco de la promesa que la envuelve.

“¡Los rescatados de Jehová se volverán, y vendrán á Sión con canciones, y regocijo eterno estará sobre sus cabezas; alegría, y regocijo alcanzarán, y huirán el dolor y el gemido! Yo, yo soy el que os consuela; ¿quién eres tú, para que temas del hombre que ha de morir, y del hijo de Adán que debe reputarse como yerba. Y te olvides de Jehová, tu Hacedor, . . . y te aterres continuamente, todos los días, á causa de la furia del opresor, cuando se apresta para destruir? ¿En dónde pues está ahora la furia del opresor? El preso, agobiado bajo las cadenas, será presto soltado, y no morirá en la mazmorra, y no faltará su pan. Porque yo soy Jehová tu Dios, el que aterra el mar, de modo que se ponen en consternación sus ondas; Jehová de los ejércitos es su nombre. Y

yo he puesto mis palabras en tu boca, siervo mío, y en la sombra de mi mano te he escondido.”²⁵

“Por tanto, oye esto, ¡oh afligida! embriagada también, mas no con vino: Así dice Jehová, el Señor tuyo, y tu Dios que defiende la causa de su pueblo: He aquí que he quitado de tu mano la copa de vértigo, la honda y anchurosa copa de mi ardiente ira; tú no la volverás más á beber; sino que yo la pondré en manos de los que te afligen; los cuales han dicho á tu alma: ¡Póstrate, para que nosotros pasemos por encima! y en efecto tu has puesto tu cuerpo como el suelo, y como la calle, para los que pasaban por encima.”²⁶

El ojo de Dios, al mirar al través de las edades, se fija en la crisis á que tendrá que hacer frente su pueblo, cuando los poderes de la tierra se unan contra él. Como los desterrados cautivos, temerán morir de hambre ó por la violencia. Pero el Dios santo que dividió las aguas del Mar Rojo delante de los israelitas manifestará su gran poder libertándolos de su cautiverio. “Ellos me serán un tesoro especial, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día que yo preparo; y me compadeceré de ellos, como un hombre se compadace de su mismo hijo que le sirve.”²⁷ Si la sangre de los fieles siervos de Cristo fuese entonces derramada, no sería ya, como la sangre de los mártires, semilla destinada á dar una cosecha para Dios. Su fidelidad no sería ya un testimonio para convencer á otros de la verdad, pues los corazones endurecidos han rechazado los llamamientos de la misericordia hasta no dejarse más oír éstos. Si los justos cayesen entonces presa de sus enemigos, sería un triunfo para el príncipe de las tinieblas. El salmista dice: “Me esconderá en su pabellón en el día de calamidad; me encubrirá en lo recóndito de su tabernáculo.”²⁸ Cristo ha dicho: “¡Ven, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tus puertas sobre ti; escóndete por un corto momento, hasta que pase la indignación! Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar á los habitantes de la tierra por su iniquidad.”²⁹ Gloriosa será la liberación de los que lo han esperado pacientemente y cuyos nombres están escritos en el libro de la vida.

²⁵ Isaías 51:11-16. ²⁶ Isaías 51:21-23. ²⁷ Malaquías 3:17.

²⁸ Salmo 27:5.

²⁹ Isaías 26:20, 21.



LIBERACIÓN DEL PUEBLO DE DIOS—41

CUANDO los que honran la ley de Dios hayan sido privados de la protección de las leyes humanas, empezará en varios países un movimiento simultáneo para destruirlos. Conforme vaya acercándose el tiempo señalado en el decreto, el pueblo conspirará para extirpar la secta aborrecida. Se convendrá en dar una noche el golpe decisivo, que reducirá completamente al silencio la voz de la oposición y de la censura.

El pueblo de Dios — algunos en las celdas de las cárceles, otros escondidos en ignorados escondrijos de bosques y montañas — invocan aún la protección divina, mientras que por todas partes compañías de hombres armados, instigados por legiones de ángeles malos, se disponen á emprender la obra de muerte. Entonces, en la hora de supremo apuro, es cuando el Dios de Israel intervendrá para librar á sus escogidos. El Señor dice: “Vosotros empero tendréis una canción como en la noche en que se observa fiesta solemne, y gozo de corazón tendréis, como quien marcha . . . para ir al Monte de Jehová, á la Roca de Israel. Pues Jehová hará oír su gloriosa voz, y hará ver el descenso de su brazo, con indignación de ira, y con llamas de fuego devorador; con turbión y tempestad, y granizada.”¹

Multitudes de hombres perversos, profiriendo gritos de triunfo, burlas é imprecaciones, están á punto de arrojarse sobre su presa, cuando de pronto densas tinieblas, más som-

¹ Isaías 30:29, 30.

brías que la obscuridad de la noche caen sobre la tierra. Luego un arco iris, reflejando la gloria del trono de Dios, se extiende de un lado á otro del cielo, y parece envolver á todos los grupos en oración. Las multitudes encolerizadas se sienten contenidas en el acto. Sus gritos de burla expiran en sus labios. Olvidan el objeto de su rabia sanguinaria. Con terribles presentimientos contemplan el símbolo de la alianza divina, y ansían ponerse al amparo de su deslumbradora claridad.

El pueblo de Dios oye una voz clara y melodiosa que dice: "Enderazaos," y, al levantar la vista al cielo, contempla el arco de la promesa. Las nubes negras y amenazadoras que cubrían el firmamento se han desvanecido, y como Esteban, tienen la mirada clavada en el cielo, y ven la gloria de Dios y al Hijo del hombre sentado en su trono. En su divina forma distinguen las marcas de su humillación, y oyen brotar de sus labios la oración dirigida á su Padre y á los santos ángeles: "Yo quiero que aquellos también que me has dado, estén conmigo en donde yo estoy."² Luego se oye una voz armoniosa y triunfante, que dice: "¡Helos aquí! ¡Helos aquí! santos, inocentes é inmaculados. Ellos han guardado la palabra de mi paciencia y marcharán entre los ángeles;" y de los labios pálidos y trémulos de los que han guardado firmemente la fe, se escapa una aclamación de victoria.

Es á media noche cuando Dios manifiesta su poder para librar á su pueblo. Sale el sol en todo su esplendor. Sucédense señales y prodigios con rapidez. Los malos contemplan la escena con terror y asombro, mientras los justos se deleitan en comprobar las señales de su liberación. La naturaleza entera parece trastornada. Los ríos dejan de correr. Nubes negras y pesadas se levantan y chocan unas con otras. En medio de los cielos conmovidos hay un espacio claro de gloria indescriptible, de donde baja la voz de Dios semejante al ruido de muchas aguas, diciendo: "¡Hecho está!"³

Esa misma voz sacude los cielos y la tierra. Síguese un gran terremoto, "cual nunca hubo desde que había hombres

² S. Juan 17:24.

³ Apocalipsis 16:17.

sobre la tierra, un terremoto tan grande y tan fuerte.”⁴ El firmamento parece como que se abriese y se cerrase. La gloria del trono de Dios parece cruzar la atmósfera. Los montes son conmovidos como una caña al soplo del viento, y las rocas quebrantadas se esparcen por todos lados. Se oye un estruendo como de cercana tempestad. El mar es azotado con furor. Se oye el silbido del huracán, como voz de demonios en misión de destrucción. Toda la tierra se alborota é hincha como las olas del mar. Su superficie se raja. Parece que ceden hasta sus fundamentos. Cadenas de montañas se hundén. Desaparecen islas habitadas. Los puertos marítimos que se han vuelto como Sodoma por su corrupción, son tragados por las enfurecidas olas. “La gran Babilonia vino en memoria delante de Dios, para que se le diese el cáliz del vino de su ira.”⁴ Pedrisco grande, cada piedra, “como del peso de un talento,”⁴ hacen su obra de destrucción. Las más soberbias ciudades de la tierra son arrasadas. Los palacios suntuosos en que los magnates han malgastado sus riquezas en provecho de su gloria personal, caen en ruinas ante su vista. Las paredes de las prisiones se abren de arriba á bajo, y los hijos de Dios que han sido aprisionados por su fe, son libertados.

Los sepulcros se abren, y “una multitud de dormidos en el polvo de la tierra despertarán; los unos para vida eterna, y los otros para deshonra y aborrecimiento eterno.”⁵ Todos los que han muerto en la fe del mensaje del tercer ángel, salen glorificados de la tumba, para oír la alianza de paz de Dios con los que han guardado su ley. “Los que le traspasaron,”⁶ los que se mofaron y se rieron de la agonía de Cristo y los enemigos más acérrimos de su verdad y de su pueblo, son resucitados para mirarle en su gloria y para ver el honor con que serán recompensados los fieles y obedientes.

Densas nubes cubren aún el firmamento; sin embargo el sol se abre paso de vez en cuando, como si fuese el ojo vengador de Jehová. Fieros relámpagos rasgan el cielo con fragor, envolviendo á la tierra en claridad de llamaradas. Por

⁴ Apocalipsis 16:18, 19, 21. ⁵ Daniel 12:2. ⁶ Apocalipsis 1:7.

encima del terrorífico estruendo de los truenos, se oyen voces misteriosas y terribles que anuncian la ruina de los malvados. Todos no entienden las palabras pronunciadas; pero sí los falsos maestros que no se equivocan acerca de su significado. Los que poco antes vivían tan descuidados, tan arrogantes y provocativos, y que tanto triunfaban al ensañarse en el pueblo de Dios observador de sus mandamientos, se sienten presa de consternación y tiemblan de terror. Sus clamores dominan el ruido de los elementos. Los demonios confiesan la divinidad de Cristo y tiemblan ante su poder, mientras que los hombres claman por misericordia y se re-vuelcan en terror abyecto.

Los antiguos profetas al considerar el día de Dios en santa visión, exclamaban: “¡Aullad, porque cercano está el día de Jehová! vendrá como golpe poderoso, de parte del Todopoderoso.” “¡Entra en la peña y escóndete en el polvo, á causa del pavor de Jehová y de la gloria de su majestad! Los ojos altivos del hombre serán abatidos, y la soberbia de los hombres será humillada, y Jehová sólo será ensalzado en aquel día. Porque Jehová de los ejércitos tiene señalado un día contra todo lo elevado y lo soberbio, y contra todo lo ensalzado, para que sea abatido.” “En aquel día el género humano arrojará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que se han hecho para adorarlos — los arrojarán á los topos y á los murciélagos; para meterse en las aberturas de las rocas, y en las hendeduras de los peñascos á causa del pavor de Jehová y de la gloria de su majestad, cuando se levantara para aterrar la tierra.” °

Por un desgarrón de las nubes una estrella arroja rayos de luz cuyo brillo aumenta más y más en contraste con la obscuridad. Trae esperanza y júbilo para los fieles, pero severidad é ira para los transgresores de la ley de Dios. Los que todo lo sacrificaron por Cristo están entonces seguros, como escondidos en los pliegues del pabellón de Dios. Han sido probados, y ante el mundo y los despreciadores de la verdad han probado su fidelidad á Aquel que murió por ellos. Un

° Isaías 13:6.

° Isaías 2:10-12.

° Isaías 2:20, 21.

cambio maravilloso se ha operado en aquellos que han conservado su integridad ante la misma muerte. Han sido librados como por ensalmo de la sombría y terrible tiranía de los hombres vueltos demonios. Sus semblantes, tan pálidos poco antes y tan llenos de ansiedad y tan macilentos, brillan ahora de admiración, de fe y de amor. Sus voces se elevan en canto triunfal: "Dios es nuestro refugio y fortaleza; socorro muy experimentado en las angustias. Por tanto no temeremos aunque la tierra sea conmovida, y aunque las montañas se trasladen al centro de los mares; aunque bramen y se turben sus aguas, aunque tiemblen las montañas á causa de su bravura."¹⁰

Mientras estas santas palabras de confianza se elevan hacia Dios, las nubes se retiran, y el cielo estrellado brilla de esplendor indescriptible formando contraste con el firmamento negro y severo en ambos lados. La magnificencia de la ciudad celestial rebosa por las puertas entreabiertas. Entonces aparece en el cielo una mano con dos tablas de piedra puestas una sobre otra. El profeta dice: "Los cielos proclamarán la justicia de él; porque Dios mismo es el juez."¹¹ Esta ley santa, justicia de Dios, que entre truenos y llamas fué proclamada desde el Sinaí como guía de la vida, se revela entonces á los hombres como regla del juicio. La mano abre las tablas en las cuales se ven los preceptos del decálogo inscritos como con letras de fuego. Las palabras son tan distintas que todos pueden leerlas. La memoria se despierta, las tinieblas de la superstición y de la herejía desaparecen de todos los espíritus, y las diez palabras de Dios, breves, inteligibles y llenas de autoridad, se presentan á la vista de todos los habitantes de la tierra.

Es imposible describir el horror y la desesperación de aquellos que han pisoteado los santos preceptos de Dios. El Señor les había dado su ley con la cual hubieran podido comparar su carácter y ver sus defectos mientras que había aún oportunidad para arrepentirse y reformarse; pero con el afán de asegurarse el favor del mundo, pusieron á un lado

¹⁰ Salmo 46:1-3.

¹¹ Salmo 50:6.

los preceptos de la ley y enseñaron á otros á transgresarlos. Se empeñaron en obligar al pueblo de Dios á que profanase su Sábado. Ahora están condenados por aquella misma ley que despreciaran. Ya echan de ver que no tienen disculpa. Ellos habían elegido á quién habían de servir y adorar. “Entonces vosotros os volveréis, y echaréis de ver la diferencia que hay entre el justo y el injusto; entre aquel que sirve á Dios y aquel que no le sirve.”¹²

Los enemigos de la ley de Dios, desde los ministros hasta el más insignificante entre ellos, adquieren un nuevo concepto de lo que es la verdad y el deber. Reconocen de masiado tarde que el día de reposo del cuarto mandamiento es el sello del Dios vivo. Ven demasiado tarde la verdadera naturaleza de su día de reposo falso y el fundamento arenoso sobre el cual construyeron. Se dan cuenta de que han estado luchando contra Dios. Los maestros de la religión han conducido las almas á la perdición, aparentando guiarlas hacia las puertas del paraíso. No se sabrá antes del día del juicio final cuán grande habrá sido la responsabilidad de los que desempeñan un oficio sagrado, y cuán terribles los resultados de su infidelidad. Sólo en la eternidad puede apreciarse debidamente la pérdida de una sola alma. Terrible será la suerte de aquél á quien Dios diga: Apártate, mal servidor.

Desde el cielo se oye la voz de Dios que proclama el día y la hora de la venida de Jesús, y que promulga á su pueblo el pacto eterno. Sus palabras resuenan por la tierra como el estruendo de los más estrepitosos truenos. El Israel de Dios escucha con los ojos elevados al cielo. Su aspecto se ilumina de la gloria divina y brilla cual brillara en el rostro de Moisés al bajar el legislador de la cumbre del Sinaí. Los malos no los pueden mirar. Y cuando la bendición es pronunciada sobre los que han honrado á Dios observando santamente su Sábado, se oye un inmenso grito de victoria.

Pronto aparece en el este una pequeña nube negra, del tamaño aproximado de la palma de la mano. Es la nube que envuelve al Salvador y que á la distancia parece oculta

¹² Malaquías 3:18.

en la obscuridad. El pueblo de Dios sabe que es el signo del Hijo del hombre. En silencio solemne la contemplan mientras va acercándose á la tierra, volviéndose más luminosa y más gloriosa hasta convertirse en una gran nube blanca, cuya base es como fuego consumidor, y sobre ella el arco iris del pacto. Jesús marcha al frente como un gran conquistador. Ya no es más el “varón de dolores,” que ha de beber el amargo cáliz de la ignominia y de la maldición; victorioso en el cielo y en la tierra, viene á juzgar á vivos y muertos. “Fiel y veraz,” “en justicia juzga y hace guerra.” “Y los ejércitos que están en el cielo le seguían.”¹³ Con cantos celestiales los santos ángeles, en inmensa é innumerable muchedumbre, le acompañan en el tránsito. El firmamento parece lleno de formas radiantes,—“millones de millones, y millares de millares.” Ninguna pluma humana puede describir la escena, ni mente mortal alguna es capaz de concebir su esplendor. “Su gloria cubre los cielos, y la tierra se llena de su alabanza. También su resplandor es como la luz.”¹⁴ Á medida que va acercándose la nube viviente, todos los ojos ven al Príncipe de la vida. Ninguna corona de espinas hiera ya sus sagradas sienes, ceñidas ahora por gloriosa diadema. Su rostro brilla más que la luz deslumbradora del sol de medio día. “Y en su vestidura y sobre su muslo tiene este nombre escrito: Rey de los reyes, y Señor de los señores.”¹⁵ Ante su presencia, “se han vuelto pálidos todos los rostros;” el terror de la desesperación eterna se apodera de los que han rechazado la misericordia de Dios. “¡Se deslíe el corazón, y se baten las rodillas,” “y palidece el rostro de todos!”¹⁶ Los justos gritan temblando: “¡Quién podrá estar en pie?” Termina el canto de los ángeles, y sigue un momento de silencio aterrador. Entonces se oye la voz de Jesús, que dice: “¡Mi gracia te es suficiente!” Los rostros de los justos se iluminan y el corazón de todos se llena de gozo. Y los ángeles entonan una melodía más elevada, y vuelven á cantar al acercarse aún más á la tierra.

¹³ Apocalipsis 19:11, 14.

¹⁴ Habacuc 3:3, 4.

¹⁵ Apocalipsis 19:16. ¹⁶ Jeremías 30:6; Nahum 2:10.

El Rey de reyes desciende en la nube, envuelto en llamas de fuego. El cielo se recoge como un libro que se enrolla, la tierra tiembla ante su presencia, y todo monte y toda isla se mueven de sus lugares. “Vendrá nuestro Dios, y no guardará silencio: fuego devorador andará delante de él, y en derredor suyo habrá terrible tempestad. Convocará á los altos cielos, y á la tierra, para juzgar él á su pueblo.”¹⁷

“Y los reyes de la tierra, y los príncipes, y los tribunales, y los ricos, y los poderosos, y todo esclavo y todo libre, escondiéronse en las cuevas, y entre las peñas de las montañas; y dijeron á las montañas y á las peñas: ¡Caed sobre nosotros, y encubridnos de la vista de Aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero! porque ha venido ya el día grande de su ira, y ¡quién podrá estar en pie?”¹⁸

Cesaron los gestos de burla. Los labios mentirosos quedan reducidos al silencio. El choque de las armas y el tumulto de la batalla con “los vestidos révolcados en sangre,”¹⁹ han concluído. No se oye más que las voces en oración y el sonido del llanto y las lamentaciones. De las bocas burlonas de poco antes, estalla el grito: “Ha venido ya el día grande de su ira: y ¡quién podrá estar en pie?” Los malos piden ser enterrados bajo las rocas de las montañas, antes que ver la cara de Aquel á quien han despreciado y rechazado.

Ellos conocen esa voz que penetra hasta el oído de los muertos. ¡Cuántas veces sus tiernas y quejumbrosas modulaciones no les ha llamado al arrepentimiento! ¡Cuántas veces no ha sido oída en las conmovedoras exhortaciones de un amigo, de un hermano, de un Redentor! Para los que rechazaron su gracia ninguna otra podía ir entonces tan llena de condenación, y tan cargada de acusaciones, como esta voz que tan á menudo ha exortado con estas palabras: “¡Volveos, volveos de vuestros caminos malos! pues ¡por qué moriréis?”²⁰ ¡Oh, si sólo fuera para ellos la voz de un extraño! Jesús dice: “Yo he llamado, y vosotros habeis rehusado, he extendido mi mano, y no hubo quien hiciese caso,

¹⁷ Salmo 50:3, 4.

¹⁹ Isaías 9:5.

¹⁸ Apocalipsis 6:15-17.

²⁰ Ezequiel 33:11.

sino que desechasteis todo mi consejo, y no quisisteis mi reprehensión.”²¹ Esa voz despierta recordos que ellos quisieran borrar — avisos despreciados, invitaciones rechazadas, privilegios desdenados.

Entre la muchedumbre los hay que se mofaron de Cristo en su humillación. Con fuerza penetrante les acuden á la mente las palabras del Varón de dolores, cuando, conjurado por el sumo sacerdote, declaró solemnemente: “De aquí adelante habéis de ver al Hijo del hombre sentado á la diestra del poder divino, y viniendo sobre las nubes del cielo.”²² Ahora le ven en su gloria, y deben verlo aún sentado á la diestra del poder divino.

Los que pusieron en ridículo sus pretensiones de ser el Hijo de Dios enmudecen ahora. Allí está el altivo Herodes que se burló de su dignidad real y mandó á los soldados escarneadores que le coronaran. Allí están los hombres mismos que con manos impías pusieron sobre su cuerpo el manto de grana, sobre sus sagradas sienes la corona de espinas y en su dócil mano un cetro burlesco, y se inclinaron ante él con burlas de blasfemia. Los hombres que golpearon y escupieron al Príncipe de la vida, tratan de evitar ahora su mirada penetrante y de huir de la gloria subyugadora de su presencia. Los que atravesaron con clavos sus manos y sus pies, los soldados que le abrieron el costado, consideran esas señales con terror y remordimiento.

Los sacerdotes y los escribas recuerdan los acontecimientos del Calvario con claridad aterradora. Llenos de horror recuerdan como, moviendo sus cabezas con arrebató satánico, exclamaron: “¡Á otros salvó, á sí mismo no se puede salvar! ¡Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creéremos en él! ¡Confió en Dios: líbrele ahora, si le quiere!”²³

Recuerdan á lo vivo la parábola de los labradores que se negaron á entregar á su señor los frutos de la viña, que maltrataron á sus siervos y mataron á su hijo. También recuerdan la sentencia que ellos mismos pronunciaron: El señor de la viña destruirá malamente á los malvados. Los

²¹ Proverbios 1:24, 25. ²² S. Mateo 26:64. ²³ S. Mateo 27:42, 43.

sacerdotes y escribas ven en el pecado y en el castigo de aquellos malos labradores su propia conducta y su propia y merecida suerte. Y entonces se levanta un grito de agonía mortal. Más fuerte que los gritos de “¡Sea crucificado! ¡Sea crucificado!” que resonó por las calles de Jerusalén, estalla el clamor terrible y desesperado: “¡Es el Hijo de Dios! ¡Es el verdadero Mesías!” Tratan de huir de la presencia del Rey de reyes. En vano tratan de esconderse en las hondas cuevas de la tierra desgarrada por la conmoción de los elementos.

En la vida de todos los que rechazan la verdad, hay momentos en que la conciencia se despierta, en que la memoria nos presenta el recuerdo aterrador de una vida de hipocresía, y el alma se siente atormentada de vanos remordimientos. Mas ¿qué es eso comparado con el remordimiento que se experimentará aquel día “cuando viniere cual huracán vuestro espanto, y vuestra calamidad, como torbellino.”²⁴ Los que habrían querido matar á Cristo y á su pueblo fiel son ahora testigos de la gloria que descansa sobre ellos. En medio de su terror oyen las voces de los santos que exclaman en unánime júbilo: “¡He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y él nos salvará!”²⁵

Entre las oscilaciones de la tierra, las llamaradas de los relámpagos y el bramido de los truenos, el Hijo de Dios llama á la vida á los santos dormidos. Dirige una mirada á las tumbas de los justos, y levantando luego sus manos al cielo, exclama: “¡Despertaos, despertaos, despertaos, los que dormís en el polvo, y levantaos!” Por toda la superficie de la tierra, los muertos oirán esa voz; y los que la oigan vivirán. Y toda la tierra repercutirá bajo las pisadas de la multitud extraordinaria de todas las naciones, tribus, lenguas y pueblos. De la prisión de la muerte sale revestida de gloria inmortal gritando: “¡Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¡dónde está, oh sepulcro, tu victoria!”²⁶ Y los justos aún vivos y los santos resucitados unen sus voces en prolongada y alegre aclamación de victoria.

²⁴ Proverbios 1:27.

²⁵ Isaías 25:9.

²⁶ 1 Corintios 15:55.

Todos salen de sus tumbas de igual estatura que cuando en ellas fueran depositados. Adán, que se encuentra entre la multitud resucitada, es de soberbia altura y formas majestuosas, de porte poco inferior al del Hijo de Dios. Presenta un contraste notable con los hombres de las generaciones posteriores; á este respecto se nota la gran degeneración de la raza humana. Pero todos se levantan con la lozanía y el vigor de eterna juventud. Al principio, el hombre fué creado á la semejanza de Dios, no sólo en carácter, sino también en lo que se refiere á la forma y á la fisonomía. El pecado borró é hizo desaparecer casi por completo la imagen divina; pero Cristo vino á restaurar lo que se había malogrado. Él restaurará nuestros cuerpos viles conforme á la imagen de su cuerpo glorioso. La forma mortal y corruptible, desprovista de gracia, manchada en otro tiempo por el pecado, se vuelve perfecta, hermosa é inmortal. Todas las imperfecciones y deformidades quedan en la tumba. Reintegrados en su derecho al árbol de la vida, en el desde tanto tiempo perdido Edén, los redimidos crecerán hasta la perfecta medida de la raza humana en su gloria primitiva. Las últimas señales de la maldición del pecado serán quitadas, y los fieles discípulos de Cristo aparecerán en "la hermosura de Jehová nuestro Dios;" reflejando en espíritu, cuerpo y alma la imagen perfecta de su Señor. ¡Oh maravillosa redención, tan descrita y tan esperada, contemplada con anticipación febril, pero jamás enteramente comprendida!

Los justos que vivan aún son mudados "en un momento, en un abrir de ojos." Á la voz de Dios fueron glorificados; ahora son hechos inmortales, y juntamente con los santos resucitados son arrebatados para recibir á Cristo su Señor en los aires. Ángeles "juntarán sus escogidos de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro." Santos ángeles llevan niñitos á los brazos de sus madres. Amigos, á quienes la muerte tenía separados desde tanto tiempo, se reúnen para no separarse más, y con cantos de alegría suben juntos á la ciudad de Dios.

De cada lado del carro nebuloso hay alas, y debajo de ellas, ruedas vivientes; y cuando el carro sube hacia arriba las ruedas gritan: “¡Santo!” y las alas, al moverse, gritan: “¡Santo!” y el cortejo de los ángeles exclama: “¡Santo, santo, santo, es el Señor Dios, el Todopoderoso!” Y los redimidos exclaman: “¡Aleluya!” mientras el carro se adelanta hacia la nueva Jerusalén.

Antes de entrar en la ciudad de Dios, el Salvador confiere á sus discípulos los emblemas de la victoria, y los cubre con las insignias de su dignidad real. Las huestes resplandecientes son dispuestas en forma de un cuadrado hueco en torno de su Rey, cuya estatura sobrepasa en mucho en majestad á la de los santos y de los ángeles, y cuyo rostro irradia sobre ellos lleno de amor benigno. De un cabo á otro de la innumerable hueste de los redimidos, toda mirada está fija en él, todo ojo contempla la gloria de Aquel cuyo aspecto era tan desfigurado “más que cualquier hombre, y su forma más que los hijos de Adán.”

Sobre la cabeza de los vencedores, Jesús coloca con su propia diestra la corona de gloria. Cada cual recibe una corona que lleva su propio “nombre nuevo,”²⁷ y la inscripción: “Santidad á Jehová.” Á todos se les pone en la mano la palma de la victoria y el arpa brillante. Luego que los ángeles que mandan dan la nota, todas las manos tocan con maestría las cuerdas de las arpas, produciendo dulce música en ricos y melodiosos acordes. Dicha indecible estremece todos los corazones, y cada voz se eleva en alabanzas de agradecimiento: “¡Á Aquel que nos ama, y nos ha lavado de nuestros pecados en su misma sangre, y nos ha constituido reyes y sacerdotes para el Dios y Padre suyo, á él sea la gloria y el dominio por los siglos!”²⁸

Delante de la multitud de los redimidos se encuentra la ciudad santa. Jesús abre ampliamente las puertas de perlas, y las naciones que han guardado la verdad entran en ella. Allí contemplan el paraíso de Dios, el hogar de Adán en su inocencia. Luego se oyó aquella voz, más armoniosa que cualquier música que haya jamás acariciado el oído de los hom-

²⁷ Apocalipsis 2:17.

²⁸ Apocalipsis 1:5, 6.

bres, y que dice: "Vuestro conflicto ha terminado." "¡Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo!"

Entonces se cumple la oración del Salvador por sus discípulos: "Yo quiero que aquellos también que me has dado, estén conmigo en donde yo estoy." "Irrepreensibles delante de la presencia de su gloria con gozo extremado."²⁹ Cristo presenta al Padre á los que ha rescatado con su sangre, diciendo: "¡Héme aquí á mí, y á los hijos que me diste!" "Á los que me has dado los he guardado." ¡Oh maravillas del amor redentor! ¡qué dicha aquélla cuando el Padre eterno, al ver á los redimidos considerará su imagen, la discordia del pecado desterrada, sus manchas quitadas, y á lo humano una vez más en armonía con lo divino!

Con amor inexpresable, Jesús da la bienvenida á sus fieles que entran "en el gozo de su Señor." El Salvador se regocija al ver en el reino de gloria las almas que han sido salvadas mediante su agonía y humillación. Y los redimidos participarán de este gozo, al contemplar entre los bienaventurados á aquellos que han sido ganados para Cristo por sus oraciones, sus trabajos y sacrificios de amor. Al reunirse en torno del gran trono blanco, indecible alegría llenará sus corazones cuando noten á aquellos á quienes han ganado para Cristo, y al ver que uno ha ganado á otros, y éstos á otros más, todos traídos al puerto de descanso para depositar allí sus coronas á los pies de Jesús y alabarle durante los siglos sin fin de la eternidad.

Al tiempo de dar la bienvenida á los redimidos en la ciudad de Dios, un grito triunfante de admiración llena los aires. Los dos Adanes están á punto de encontrarse. El Hijo de Dios está en pie con los brazos extendidos para recibir al padre de nuestra raza — al ser que él creó, que pecó contra su Hacedor, y por cuyo pecado el Salvador lleva las señales de la crucifixión. Cuando Adán distingue las cruentas señales de los clavos, no se echa en los brazos de su Señor sino que se prosterna humildemente á sus pies, exclamando: "¡Digno, digno es el Cordero que ha sido inmolado!" El

²⁹ S. Judas 24.

Salvador lo levanta con ternura, y le invita á mirar una vez más la morada edénica de la cual ha estado desterrado por tanto tiempo.

Después de la expulsión del Edén, la vida de Adán en la tierra estuvo llena de pesar. Cada hoja marchita, cada víctima del sacrificio, cada ajamiento en el hermoso aspecto de la naturaleza, cada mancha en la pureza del hombre le volvía á recordar su pecado. Terrible fué la agonía del remordimiento cuando notó que aumentaba la iniquidad, y que en contestación á sus advertencias, se le tachaba de ser él mismo causa del pecado. Con paciencia y humildad soportó, por cerca de mil años, el castigo de su transgresión. Se arrepintió sinceramente de su pecado y confió en los méritos del Salvador prometido, y murió en la esperanza de la resurrección. El Hijo de Dios reparó la culpa y caída del hombre, y ahora, merced á la obra de propiciación, Adán es restablecido en su primitiva soberanía.

Transportado de dicha, contempla los árboles que hicieron una vez su delicia—los mismos árboles cuyos frutos había cogido en los días de su inocencia y dicha. Ve las vides que sus propias manos cultivaron, las mismas flores que se gozaba en cuidar en otros tiempos. Su espíritu realiza toda la escena; comprende que éste es en verdad el Edén restaurado y mucho más hermoso ahora de lo que era cuando fué expulsado. El Salvador le lleva al árbol de la vida, coge su fruto glorioso y se lo ofrece para comer. Adán mira en torno suyo y nota á una multitud de los redimidos de su familia que se encuentra en el paraíso de Dios. Entonces arroja su brillante corona á los pies de Jesús, y, cayendo sobre su pecho, abraza al Redentor. Toca enseguida el arpa de oro, y las bóvedas del cielo repercuten el canto triunfal: “¡Digno, digno, digno es el Cordero, que fué inmolado y vive otra vez!” La familia de Adán repite los acordes y arroja sus coronas á los pies del Salvador, inclinándose ante él en adoración.

Esta reunión es presenciada por los ángeles que lloraron por la caída de Adán y que se regocijaron cuando Jesús, des-

pués de su resurrección, ascendió al cielo después de haber abierto el sepulcro para todos aquellos que creyesen en su nombre. Ahora contemplan el cumplimiento de la obra de la redención y unen sus voces al cántico de adoración.

Sobre el mar de cristal, ante el trono — ese mar vidrioso como si estuviese revuelto con fuego por lo mucho que resplandece con la gloria de Dios — hállase reunida la compañía de “los que habían salido victoriosos de la prueba de la bestia, y de su imagen, y del número de su nombre.”⁸⁰ Con el Cordero en el monte de Sión, “teniendo arpas de Dios,” están en pie, los ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron redimidos de entre los hombres; se oye una voz, como el estruendo de muchas aguas, y como el estruendo de un gran trueno, la voz “como arpistas que tañían sus arpas.”⁸¹ Cantan “un cántico nuevo” delante del trono, un cántico que nadie podía aprender sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil. Es el cántico de Moisés y del Cordero, un canto de liberación. Ninguno sino los ciento cuarenta y cuatro mil pueden aprender aquel cántico, pues es el cántico de su experiencia — una experiencia tal cual ninguna compañía la conociera hasta entonces. “Éstos son los que siguen al Cordero por doquiera que vaya.” Éstos, habiendo sido trasladados de la tierra, de entre los vivos, son contados por “primicias para Dios y para el Cordero.”⁸¹ “Éstos son los que salen de la grande tribulación;”⁸² han pasado por el tiempo de angustia cual nunca ha sido desde que ha habido nación; han sentido la angustia del tiempo de la aficción de Jacob; han estado sin intercesor á través del último despliegue de los juicios de Dios. Pero han sido librados, pues “lavaron sus ropas, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero.” “En su boca no fué hallada mentira; están sin mancilla” ante Dios. “Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo: y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos.”⁸³ Han visto la tierra assolada con hambre y pestilencia, al sol que tenía el poder de quemar á los hombres con su intenso

⁸⁰ Apocalipsis 15:2. ⁸¹ Apocalipsis 14:1-5; 15:3. ⁸² Apocalipsis 7:14, 15.

calor, y ellos mismos han soportado sufrimientos, hambre y sed. Pero “ya no tendrán más hambre, ni tendrán ya más sed; ni los herirá el sol, ni calor alguno: porque el Cordero, que está en medio, delante del trono, los pastoreará, y los guiará á fuentes de agua de la vida; y limpiará Dios toda lágrima de sus ojos.”³³

En todo tiempo, los elegidos del Señor han sido educados y disciplinados en la escuela de la prueba. Anduvieron en los angostos senderos de la tierra; fueron purificados en el horno de la aflicción. Por causa de Jesús sufrieron la oposición, el odio y la calumnia. Le siguieron al través de luchas dolorosas; soportaron el sacrificio de sí mismos y experimentaron amargos desengaños. Por su propia dolorosa experiencia conocieron los males del pecado, su poder, la responsabilidad que envuelve, su maldición; y le miran con horror. Al darse cuenta de la magnitud del sacrificio hecho para curarlo, se sienten humillados ante sí mismos, y sus corazones se llenan de una gratitud y alabanza que no pueden apreciar los que nunca han caído. Aman mucho porque se les ha perdonado mucho. Habiendo participado de los sufrimientos de Cristo, están en condición de participar de su gloria.

Los herederos de Dios han venido de guardillas, chozas, cárceles, cadalsos, montañas, desiertos, cuevas de la tierra, de las cavernas del mar. En la tierra fueron “destituidos, afligidos, maltratados.” Millones bajaron á la tumba cargados de infamia, porque se negaron terminantemente á ceder á las pretensiones engañosas de Satanás. Los tribunales humanos los sentenciaron como á los más viles criminales. Pero ahora “Dios mismo es el Juez.”³⁴ Ahora los fallos de la tierra son intervertidos. “Quitará el oprobio de su pueblo.”³⁵ “Se les llamará Pueblo Santo, los Redimidos de Jehová.” Él ha dispuesto darles “hermosura en lugar de ceniza, el aceite de gozo en vez de lamentos, y el manto de alabanza en lugar de espíritu de pesadumbre.”³⁶ Ya no seguirán siendo débiles, afligidos, dispersos y oprimidos. De aquí en adelante estarán

³³ Apocalipsis 7:16, 17.

³⁵ Isaías 25:8.

³⁴ Salmo 50:6.

³⁶ Isaías 62:12; 61:3.

siempre con el Señor. Están ante el trono, más ricamente vestidos que jamás lo fueron los personajes más honrados de la tierra. Están coronados con diademas más gloriosas que las que jamás ciñeron los monarcas de la tierra. Pasaron para siempre los días de sufrimiento y llanto. El Rey de gloria ha secado las lágrimas de todos los semblantes; toda causa de pesar ha sido alejada. Entre el agitar de ramas de palmera dejan oír un canto de alabanza, claro, dulce y armonioso; cada voz se une á la melodía, hasta que creciendo por entre las bóvedas del cielo repercute el clamor: “¡La salvación á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero!” Y todos los habitantes del cielo responden en coro: “¡Amén! ¡Bendición, y gloria, y sabiduría y acciones de gracias, y honra, y poder y fortaleza á nuestro Dios para siempre jamás!”⁸⁷

En esta vida, no podemos más que empezar á comprender el tema maravilloso de la redención. Con nuestra inteligencia limitada podemos considerar muy seriamente la ignominia y la gloria, la vida y la muerte, la justicia y la misericordia que se tocan en la cruz; sin embargo ni con la mayor tensión de nuestras facultades mentales llegamos á comprender todo su significado. La largura y anchura, la profundidad y altura del amor redentor apenas si se comprenden confusamente. El plan de la redención no será comprendido enteramente, ni siquiera cuando los rescatados vean como ellos serán vistos y conozcan como ellos serán conocidos; pero á través de las edades sin fin, nuevas verdades se desdoblarán continuamente ante la mente admirada y deleitada. Aunque las aflicciones, las penas y las tentaciones terrenales hayan concluído, y aunque la causa de ellas haya sido suprimida, el pueblo de Dios tendrá siempre un conocimiento claro é inteligente de lo que ha costado su salvación.

La cruz de Cristo será la ciencia y el canto de los redimidos durante toda la eternidad. En el Cristo glorificado, considerarán al Cristo crucificado. Nunca caerá en el olvido que Aquél cuyo poder creó innumerables mundos y los sos-

⁸⁷ Apocalipsis 7:10, 12.

tiene al través de la inmensidad del espacio, el Amado de Dios, la Majestad del cielo, Aquel á quien los querubines y los serafines resplandecientes se deleitan en adorar — se humilló para levantar al hombre caído; que él cargó con la culpa y el oprobio del pecado, y sintió el ocultamiento del rostro de su Padre, hasta que la maldición de un mundo perdido quebrantó su corazón y le arrancó la vida en la cruz del Calvario. El hecho de que el Hacedor de todos los mundos, el Árbitro de todos los destinos, dejase su gloria y se humillase por amor al hombre, despertará eternamente la admiración y adoración del universo. Cuando las naciones de los salvos miren á su Redentor y contemplen en el brillo de su rostro la gloria eterna del Padre; cuando contemplen su trono que es desde la eternidad hasta la eternidad, y sepan que su reino no tendrá fin, entonces prorrumpirán en un cántico de júbilo: “¡Digno, digno es el Cordero que fué inmolado, y nos ha redimido para Dios con su propia preciosísima sangre!”

El misterio de la cruz explica todos los demás misterios. Á la luz que irradia del Calvario, los atributos de Dios que nos llenaban de temor respetuoso nos aparecen hermosos y atractivos. Se ve que la misericordia, la compasión y el amor paternal se unen á la santidad, la justicia y el poder. Al contemplar la majestad de su trono, tan grande y elevado, vemos su carácter en sus manifestaciones misericordiosas y comprendemos, como nunca antes lo comprendimos el significado de tan atractivo apelativo: “Padre nuestro.”

Se echará de ver que Aquel cuya sabiduría es infinita no hubiera podido idear ningún otro plan de salvación otro que el del sacrificio de su Hijo. La compensación de este sacrificio es la dicha de poblar la tierra con seres rescatados, santos, felices é inmortales. El resultado de la lucha del Salvador contra los poderes de las tinieblas es la dicha de los redimidos, la cual contribuye á la gloria de Dios por toda la eternidad. Y tal es el valor del alma, que el Padre está satisfecho con el precio pagado; y Cristo mismo, al considerar los resultados de su gran sacrificio, no lo está menos.



LA DESOLACIÓN DE LA TIERRA—42

“¡Sus pecados han alcanzado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades!” “¡En el cáliz que ella ha mezclado, mezclad para ella el doble! ¡Cuánto se ha glorificado, y vivido en delicias, tanto dadle de tormento y de llanto! porque ella dice en su corazón: ¡Estoy sentada reina, y no soy viuda, ni nunca veré el duelo! Por tanto, en un mismo día vendrán sus plagas, muerte, y llanto, y hambre; y será abrasada con fuego; porque fuerte es el Señor Dios, que la juzga. . . . Llorarán y se plañirán sobre ella los reyes de la tierra, que cometieron fornicación y vivieron en delicias con ella, . . . diciendo: ¡Ay, ay de aquella gran ciudad de Babilonia, de aquella ciudad poderosa; porque en una sola hora ha venido tu juicio!”¹

“Los comerciantes de la tierra,” que “se han enriquecido á causa de la abundancia de su lujo,” “estarán allá á lo lejos por temor de su tormento, llorando y lamentándose, diciendo: ¡Ay, ay de aquella gran ciudad, que iba vestida de lino fino blanco y de púrpura, y de escarlata, y adornada de oro, y de piedra preciosa, y de perla; porque en una sola hora ha sido reducida á desolación tanta riqueza!”²

Tales son los juicios que caen sobre Babilonia el día de la ira de Dios. La gran ciudad ha llenado la medida de su iniquidad; ha llegado su hora; está madura para la destrucción.

¹ Apocalipsis 18:5-10.

² Apocalipsis 18:3, 15-17.

Cuando la voz de Dios ponga fin al cautiverio de su pueblo, verificaráse un terrible despertamiento de los que lo hayan perdido todo en la gran lucha de la vida. Mientras duraba el tiempo de prueba, eran cegados por los engaños de Satanás y disculpaban su vida de pecado. Los ricos se enorgullecían de su superioridad con respecto á los que eran menos favorecidos que ellos; pero habían logrado sus riquezas violando la ley de Dios. Habían dejado de dar de comer á los hambrientos, de vestir á los desnudos, de obrar con justicia, y de amar la misericordia. Habían tratado de enaltecerse y de ser reverenciados por sus semejantes. Ahora están despojados de todo lo que les hacía grandes, y quedan desprovistos de todo y sin defensa. Ven con terror la destrucción de los ídolos que prefirieron á su Creador. Han vendido sus almas por las riquezas y los placeres terrenales, y no han tratado de hacerse ricos en Dios. El resultado es que sus vidas son un fracaso; sus placeres se cambian ahora en amargura y sus tesoros en corrupción. La ganancia de una vida entera les es arrebatada en un momento. Los ricos lamentan la destrucción de sus soberbias casas, la dispersión de su oro y de su plata. Pero sus lamentos son sofocados por el temor de que ellos mismos han de perecer con sus ídolos.

Los impíos están llenos de pesar, no por su indiferencia pecaminosa para con Dios y sus semejantes, sino porque Dios haya vencido. Lamentan el resultado tal cual es; pero no se arrepienten de su maldad. No dejarían de probar ningún medio para vencer, si lo pudiesen.

El mundo ve á aquellos mismos de quienes él se ha burlado y reído y á quienes ha deseado exterminar, pasar sanos y salvos por entre pestilencias, tempestades y terremotos. El que es un fuego consumidor para con los transgresores de su ley, es para con su pueblo un seguro pabellón.

El ministro que ha sacrificado la verdad para ganar el favor de los hombres, se da ahora cuenta del carácter é influencia de sus enseñanzas. No hay duda de que un ojo omnisciente le seguía cuando estaba en el púlpito, cuando andaba por las calles, cuando se mezclaba con los hombres en

las diferentes escenas de la vida. Cada emoción del alma, cada línea escrita, cada palabra pronunciada, cada acción encaminada á hacer descansar á los hombres en una falsa seguridad, ha servido de semilla; y ahora, en las almas miserables y perdidas que le rodean, él contempla la cosecha.

El Señor dice: “Curan la llaga de mi pueblo livianamente, diciendo: ¡Paz! ¡paz! cuando no hay paz.” “Habéis entristecido el corazón del justo con vuestras mentiras, á quien yo no he entristecido, y habéis robustecido las manos del inicuo, para que no se vuelva de su mal camino, á fin de que tenga vida.”³

“¡Ay de los pastores que pierden y que dispersan las ovejas de mi dehesa! . . . He aquí que yo os castigaré por la maldad de vuestros hechos.” “¡Aullad, oh pastores, y clamad; y revolcaos en ceniza, oh mayores del rebaño! porque cumplidos son los días determinados para vuestro degüello; y os dispersaré . . . y los pastores no tendrán adonde huir, ni los mayores del rebaño adonde escapar.”⁴

Los ministros y el pueblo ven que no han sostenido la debida relación con Dios. Ven que se han rebelado contra el Autor de toda ley justa y recta. El haber rechazado los preceptos divinos dió origen á miles de gérmenes del mal, de discordia, de odio, de iniquidad, hasta que la tierra se convirtió en un amplio campo de luchas, en un abismo de corrupción. Este es el cuadro que se presenta ahora ante la vista de los que rechazaron la verdad y prefirieron el error. Ningún lenguaje puede expresar la vehemencia con que los desobedientes y desleales desean lo que han perdido para siempre,—la vida eterna. Los hombres á quienes el mundo ha idolatrado á causa de sus talentos y elocuencia, ven ahora las cosas en su luz verdadera. Se dan cuenta de lo que han perdido por la transgresión, y caen á los pies de aquellos á quienes han despreciado y ridiculizado á causa de su fidelidad, confesando que Dios los ha amado.

Los hombres ven que han sido engañados. Se acusan unos á otros de haberse arrastrado mutuamente á la destrucción; pero todos se unen para llenar á los ministros con sus más

³ Jeremías 8:11; Ezequiel 13:22. ⁴ Jeremías 23:1, 2; 25:34, 35.

amargas condenaciones. Los pastores infieles han profetizado cosas lisonjeras; han inducido á sus oyentes á menospreciar la ley de Dios y á perseguir á los que querían santificarla. Ahora, en su desesperación, estos maestros confiesan ante el mundo su obra de engaño. Las multitudes se llenan de furor. “¡Estamos perdidos! exclaman, y vosotros sois causa de nuestra perdición;” y se vuelven contra los falsos pastores. Precisamente aquellos que en otros tiempos les admiraban más, pronunciarán contra ellos las más terribles maldiciones. Las manos mismas que les coronaron con laureles se levantarán para aniquilarlos. Las espadas que debían servir para destruir al pueblo de Dios se emplean ahora para matar á sus enemigos. Por todas partes hay luchas y derramamiento de sangre.

“Alcanzará el estrépito hasta los fines de la tierra: porque Jehová tiene una contienda con las naciones; entra en juicio con toda carne: y en cuanto á los inicuos, los entregará á la espada.”⁵ El gran conflicto ha seguido su curso desde hace seis mil años; el Hijo de Dios y sus mensajeros celestiales han estado en lucha contra el poder del maligno, para impedir que fueran iluminados y salvados los hijos de los hombres. Ahora todos han tomado su resolución; los impíos se han unido enteramente á Satanás en su guerra contra Dios. Ha llegado el tiempo de vindicar Dios la autoridad de su ley pisoteada. Ahora el conflicto no se desarrolla tan sólo contra Satanás, sino también contra los hombres. “Jehová tiene una contienda con las naciones;” “y en cuanto á los inicuos los entregará á la espada.”

La marca de la redención ha sido puesta sobre los “que gimen y se angustian á causa de todas las abominaciones que se hacen.” Ahora sale el ángel de la muerte representado en la visión de Ezequiel por los hombres armados con instrumentos de destrucción, y á quienes se les manda: “¡Al anciano, al joven, y á la doncella, y á los niños, y á las mujeres, matadlos, hasta exterminarlos! mas no os lleguéis á ninguno en quien esté la marca; ¡y comenzad desde mi san-

⁵ Jeremías 25:31.

tuario!”⁶ Dice el profeta: “Comenzaron pues por los ancianos que estaban delante de la Casa.”⁷ La obra de destrucción empieza entre los que han profesado ser los guardianes espirituales del pueblo. Los falsos centinelas caen los primeros. De nadie se tendrá piedad y ninguno escapará. Hombrés, mujeres, doncellas, y niños perecerán juntos.

“Jehová sale de su lugar para castigar á los habitantes de la tierra por su iniquidad; la tierra también descubrirá sus homicidios, y no encubrirá más sus muertos.”⁸ “Y ésta será la plaga con que herirá Jehová á todos los pueblos que hayan peleado contra Jerusalén: Se les consumirán las carnes estando sobre sus pies, y los ojos se les consumirán en sus cuencas y se les consumirá la lengua en su boca. Y sucederá en aquel día que habrá entre ellos una grande consternación procedente de Jehová, y agarrará cada cual la mano de su prójimo; y la mano de éste se levantará contra la mano de su compañero.”⁹ En la loca lucha de sus propias desenfrenadas pasiones y debido al terrible desborde de la ira de Dios sin mezcla de piedad, caen los impíos habitantes de la tierra: sacerdotes, gobernantes y el pueblo en general, ricos y pobres, grandes y pequeños. “Y los muertos por Jehová en aquel día estarán tendidos de cabo á cabo de la tierra: no serán llorados, ni recogidos, ni enterrados.”¹⁰

Á la venida de Cristo los impíos serán borrados de la superficie de la tierra — matados con el espíritu de su boca y destruídos con el resplandor de su gloria. Cristo lleva á su pueblo á la ciudad de Dios, y la tierra es despejada de sus habitantes. “He aquí que Jehová vaciará la tierra, y la dejará desierta, y cual vaso, la volverá boca abajo, y dispersará sus habitantes.” “La tierra será enteramente vaciada y completamente saqueada; porque Jehová ha hablado esta palabra.” “Porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto, y quebrantaron el pacto eterno. Por tanto la maldición ha devorado la tierra, y los que habitan en ella son culpables: por tanto son abrasados los habitantes de la tierra.”²⁰

⁶ Ezequiel 9:1-6.⁷ Isafas 26:21.⁸ Zacarías 14:12, 13.⁹ Jeremías 25:33.¹⁰ Isafas 24:1, 3, 5, 6.

Toda la tierra tiene el aspecto desolado de un desierto. Las ruinas de las ciudades y aldeas destruidas por el terremoto, los árboles desarraigados, las rocas escabrosas arrojadas por el mar ó arrancadas de la misma tierra, están esparcidas por la superficie de ésta, al paso que grandes cuevas marcan el sitio donde las montañas han sido rasgadas desde sus cimientos.

Ahora se realiza el acontecimiento simbolizado de antemano en el último solemne servicio del día de la expiación. Cuando el servicio en el lugar santísimo había terminado, y los pecados de Israel habían sido quitados del santuario por virtud de la sangre del sacrificio por el pecado, entonces el macho cabrío emisario era ofrecido vivo ante el Señor; y en presencia de la congregación el sumo sacerdote confesaba sobre él "todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus transgresiones, á causa de todos sus pecados, cargándolos así sobre la cabeza del macho cabrío."²¹ De la misma manera, cuando el servicio de propiciación haya terminado en el santuario celestial, entonces, en presencia de Dios y de los santos ángeles y de la legión de los redimidos, los pecados del pueblo de Dios serán puestos sobre Satanás; se le declarará culpable de todo el mal que les ha hecho cometer. Y así como el macho cabrío emisario era despachado á un lugar desierto, así también Satanás será desterrado en la tierra desolada, sin habitantes y convertida en un desierto horroroso.

El autor del Apocalipsis predice el destierro de Satanás y el estado caótico y de desolación á que será reducida la tierra; y declara que este estado de cosas subsistirá por mil años. Después de descritas las escenas de la segunda venida del Señor y la destrucción de los impíos, la profecía prosigue: "Y ví á un ángel bajar del cielo, teniendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. Y agarró al dragón, aquella serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años, y le arrojó en el abismo, al cual cerró, sellándolo sobre él, para que no engañase más á las naciones, hasta que fuesen acabados los mil años; después de lo cual es menester que sea soltado por un poco de tiempo."²²

²¹ Levítico 16:21.

²² Apocalipsis 20:1-3.

Según se desprende de otros pasajes bíblicos es de toda evidencia que la expresión “abismo” se refiere á la tierra en estado de confusión y tinieblas. Respecto á la condición de la tierra “en el principio,” la narración bíblica dice que “estaba sin forma y vacía; y yacían tinieblas sobre la haz del abismo.”¹³ Las profecías enseñan que será reducida en parte por lo menos á ese estado. Contemplando á través de los siglos el gran día de Dios, el profeta Jeremías dice: “Miro hacia la tierra, y he aquí que está desolada y vacía; también hacia los cielos miro, mas no hay luz en ellos. Miro las montañas, y he aquí que están temblando, y todas las colinas se conmueven. Miro y he aquí que no parece hombre alguno, y todas las aves del cielo se han fugado. Miro, y he aquí el campo fructífero convertido en un desierto, y todas sus ciudades derribadas.”¹⁴

Aquí es donde Satanás con sus malos ángeles hará su morada durante mil años. Limitado á la tierra, no podrá ir á otros mundos para tentar é incomodar á los que nunca han caído. En este sentido es como está atado; no queda nadie en quien pueda ejercer su poder. Le es del todo imposible seguir en su obra de engaño y ruina que por tantos siglos ha sido su único deleite.

El profeta Isaías mirando hacia lo por venir ve en lontananza el tiempo en que Satanás será derrocado, y exclama: “¡Cómo caíste de los cielos, oh Lucifer, hijo de la aurora! ¡has sido derribado por tierra, tú que abatiste las naciones! . . . Tú eres aquel que dijiste en tu corazón: ¡Al cielo subiré; sobre las estrellas de Dios ensalzaré mi trono!” “¡Seré semejante al Altísimo! ¡Pero ciertamente al infierno serás abatido, á los lados del hoyo! Los que te vieren clavarán en ti la vista, y de ti se cerciorarán, diciendo: ¡Es éste el varón que hizo temblar la tierra, que sacudió los reinos; que convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y á sus prisioneros nunca los soltaba, para que volviesen á casa?”¹⁵

Durante seis mil años, la obra de rebelión de Satanás “hizo temblar la tierra.” Él “convirtió el mundo en un desierto, y destruyó sus ciudades; y a sus prisioneros nunca los

¹³ Génesis 1:2.

¹⁴ Jeremías 4:23-26.

¹⁵ Isaías 14:12-17.

soltaba, para que volviesen á casa." Durante seis mil años, su prisión (la tumba) ha recibido al pueblo de Dios, y lo habría tenido cautivo para siempre, si Cristo no hubiese roto sus cadenas y libertado á los que tenía presos.

Hasta los malos se encuentran ahora fuera del poder de Satanás; y queda solo con sus perversos ángeles para darse cuenta de los efectos de la maldición originada por el pecado. "Los reyes de las naciones, sí, todos ellos yacen con gloria cada cual en su propia casa (el sepulcro); ¡mas tú, arrojado estás fuera de tu sepulcro, como un retoño despreciado! . . . No serás unido con ellos en sepultura; porque has destruído tu tierra, has hecho perecer á tu pueblo."³⁶

Durante mil años, Satanás andará errante de un lado para otro en la tierra desolada, considerando los resultados de su rebelión contra la ley de Dios. Por todo este tiempo padece intensamente. Desde su caída, su vida de actividad continua ha sofocado en él la reflexión; pero ahora ha sido despojado de su poder y abandonado para que contemple el papel que ha desempeñado desde que se rebeló por primera vez contra el gobierno del cielo, y para que tembloroso y aterrizado, espere el terrible porvenir en que habrá de expiar todo el mal que ha hecho y ser castigado por los pecados que ha hecho cometer.

Para el pueblo de Dios, el cautiverio en que se verá Satanás será motivo de contento y alegría. El profeta dice: "Y acontecerá en el día que te haga descansar Jehová de tus penas y de tu aflicción, y de la dura servidumbre con que te han hecho servir, que entonarás este cántico triunfal respecto del rey de Babilonia (que aquí significa Satanás), y dirás: ¡Cómo ha cesado de sus vejaciones el opresor! . . . Jehová ha hecho pedazos la vara de los inicuos, el cetro de los que tenían el dominio; el cual hería los pueblos en saña, con golpe incesante, y hollaba las naciones en ira, con persecución desenfrenada."³⁷

Durante los mil años que transcurrirán entre la primera y segunda resurrección, se verificará el juicio de los impíos.

³⁶ Isaías 14:18-20.

³⁷ Isaías 14:3-6.

El apóstol Pablo señala este juicio como un acontecimiento que sigue al segundo advenimiento. “No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual sacará á luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones.”¹⁸ Daniel declara que cuando vino el Anciano de días, “el juicio fué dado á favor de los santos del Altísimo.”¹⁹ En ese entonces reinarán los justos como reyes y sacerdotes de Dios. San Juan dice en el Apocalipsis: “Ví tronos; y se sentaron sobre ellos; y les fué dada facultad de juicio.” “Serán sacerdotes de Dios y del Cristo, y reinarán con éste mil años.”²⁰ Será en ese entonces, como está predicho por S. Pablo, cuando “los santos han de juzgar al mundo.”²⁰ Junto con Cristo juzgan á los impíos, comparando sus actos con el libro de la ley, la Biblia, y fallando cada caso en conformidad con los hechos realizados cuando estaban en su cuerpo. Entonces la parte que los malos tienen que sufrir es medida según sus obras, y queda marcada frente á sus nombres en el libro de la muerte.

Además Satanás y los ángeles perversos son juzgados por Cristo y su pueblo. S. Pablo dice: “¿No sabéis que juzgaremos á ángeles?”²⁰ Y S. Judas declara que “á los ángeles que no guardaron su original estado, sino que dejaron su propia habitación, los ha guardado en prisiones eternas bajo tinieblas, hasta el juicio del gran día.”²¹

Al fin de los mil años vendrá la segunda resurrección. Entonces los impíos serán resucitados, y comparecerán ante Dios para la ejecución del “juicio decretado.” Así el escritor del Apocalipsis, después de haber descrito la resurrección de los justos, dice: “Los demás de los muertos, no tornaron á vivir, hasta que fuesen acabados los mil años.”²² É Isaiás declara, con respecto á los impíos: “Serán juntados como se juntan los presos en el calabozo, y estarán encerrados en la cárcel; y después de muchos días serán sacados al suplicio.”²²

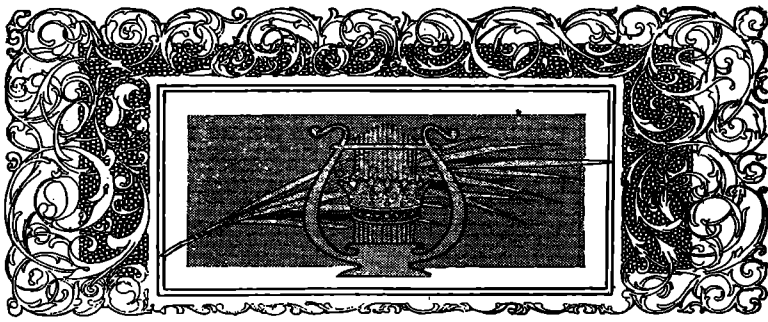
¹⁸ 1 Corintios 4:5.

¹⁹ Daniel 7:22.

²⁰ Apocalipsis 20:4, 6; 1 Corintios 6:2, 3.

²¹ S. Judas 6.

²² Apocalipsis 20:5; Isaiás 24:22.



EL FIN DEL CONFLICTO — 43

Al fin de los mil años, Cristo regresa á la tierra. Lo acompaña la hueste de los redimidos, y le sigue una comitiva de ángeles. Al descender en majestad aterradora, manda á los muertos impíos que se levanten para recibir su condenación. Aparecen como un gran ejército sin número como la arena del mar. ¡Qué contraste entre ellos y los que fueron resucitados en la primera resurrección! Los justos estaban revestidos de juventud y belleza inmortales. Los impíos llevan las huellas de la enfermedad y de la muerte.

Todas las miradas de esa inmensa multitud se vuelven para contemplar la gloria del Hijo de Dios. Simultáneamente las huestes de los impíos exclaman: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!” No es el amor á Jesús lo que les inspira esta exclamación. Es el poder de la verdad el que hace brotar involuntariamente esas palabras de sus labios. Los impíos salen de sus tumbas tales cuales á ellas bajaron, con la misma enemistad hacia Cristo y en el mismo espíritu de rebelión. Ya no les queda ningún tiempo de prueba para remediar los vicios de su pasada vida, pues de nada les serviría. Toda una vida de pecado no ha ablandado sus corazones. De serles concedido un segundo tiempo de prueba, lo emplearían como el primero, eludiendo las exigencias de Dios y azuzando la rebelión contra él.

Cristo baja sobre el Monte de los Olivos, de donde ascendió después de su resurrección, y donde los ángeles repitieron la promesa de su regreso. El profeta dice: “Vendrá

Jehová mi Dios, y todos los santos ángeles con él.” “Y estarán plantados sus pies en aquél día sobre el Monte de los Olivos, que está frente á Jerusalén, hacia el oriente; y será partido el Monte de los Olivos, de por medio, . . . formando así un valle grandísimo.” “Y Jehová será Rey sobre toda la tierra: en aquel día será Jehová uno solo, y su Nombre uno solo.”¹ La nueva Jerusalén, descendiendo del cielo en su deslumbrante esplendor, descansa en el lugar purificado y preparado para recibirla, y Cristo junto con su pueblo y los ángeles, entran en la santa ciudad.

Entonces Satanás se prepara para la última tremenda lucha por la supremacía. Mientras que estaba despojado de su poder é imposibilitado en su obra de engaño, el príncipe del mal se sentía triste y desgraciado; pero cuando resucitan los impíos y ve las grandes multitudes del lado suyo, sus esperanzas se reavivan y resuelve no rendirse en el gran conflicto. Bajo su bandera alistará todos los ejércitos de los perdidos y tratará por medio de ellos de ejecutar sus planes. Los impíos son sus cautivos. Al rechazar á Cristo han aceptado la autoridad del jefe de los rebeldes. Están listos para aceptar sus sugerencias y ejecutar sus órdenes. No obstante, fiel á su antigua astucia, no se da por Satanás. Pretende ser el príncipe que tiene derecho á la posesión de la tierra y cuya herencia le ha sido arrebatada injustamente. Se presenta ante sus súbditos engañados como un redentor, asegurándoles que su poder les ha sacado de sus tumbas y que está á punto de librarlos de la más cruel tiranía. Habiendo desaparecido Cristo, Satanás obra milagros para sostener sus pretensiones. Fortalece á los débiles y á todos les infunde su propio espíritu y su energía. Propone dirigirlos contra el real de los santos y tomar posesión de la ciudad de Dios. En un arrebato belicoso señala los innumerables millones que han sido resucitados de entre los muertos, y declara que como jefe de ellos es muy capaz de destruir la ciudad y recuperar su trono y su reino.

Entre aquella inmensa muchedumbre se cuentan numerosos representantes de la raza longeva que existía antes del

¹ Zacarías 14:5, 4, 9.

diluvio; hombres de estatura elevada y de capacidad intelectual gigantesca, que habiendo cedido al dominio de los ángeles caídos, consagraron toda su habilidad y todos sus conocimientos á la exaltación de sí mismos; hombres cuyas obras maravillosas de arte hicieron que el mundo idolatrase su genio, pero cuya crueldad y malos ardidés mancillaron la tierra y borraron la imagen de Dios, de suerte que el Creador los hizo desaparecer de la superficie de la tierra. Allí hay reyes y generales que conquistaron á las naciones, hombres valientes que nunca perdieron una batalla, guerreros soberbios y ambiciosos cuya venida hacía temblar reinos. La muerte no los cambió. Al salir de la tumba, reasumen el curso de sus pensamientos en el punto mismo en que lo dejaran. Se levantan animados por el mismo deseo de conquista que les dominaba cuando cayeron.

Satanás consulta con sus ángeles, y luego con esos reyes, conquistadores y hombres poderosos. Consideran la fuerza y el número de los suyos, y declaran que el ejército que está dentro de la ciudad es pequeño, comparado con el de ellos, y que se le puede vencer. Preparan sus planes para apoderarse de las riquezas y gloria de la nueva Jerusalén.

En el acto todos se disponen para la batalla. Hábiles artífices fabrican armas de guerra. Renombrados caudillos organizan en compañías y divisiones las muchedumbres de guerreros.

Al fin se da la orden de marcha, y las huestes innumerables se ponen en movimiento — un ejército tal cual no fué jamás reunido por conquistadores terrenales ni podría ser igualado con las fuerzas combinadas de todas las edades desde que empezaron las guerras en la tierra. Satanás, el más poderoso guerrero, marcha al frente, y sus ángeles unen sus fuerzas para esta batalla final. Hay reyes y guerreros en su comitiva, y las multitudes siguen en grandes compañías, cada cual bajo su correspondiente jefe. Con precisión militar las columnas cerradas avanzan sobre la superficie desgarrada y escabrosa de la tierra hacia la ciudad de Dios. Por orden de Jesús se cierran las puertas de la nueva Jerusalén,

y los ejércitos de Satanás circundan la ciudad y se preparan para el asalto.

Entonces Cristo reaparece á la vista de sus enemigos. Muy por encima de la ciudad, sobre un fundamento de oro bruñido, hay un trono alto y encumbrado. En el trono está sentado el Hijo de Dios, y en torno suyo están los súbditos de su reino. Ningún lenguaje, ninguna pluma pueden expresar ni describir el poder y la majestad de Cristo. La gloria del Padre Eterno envuelve á su Hijo. El esplendor de su presencia llena la ciudad de Dios, rebosando más allá de las puertas é inundando toda la tierra con su brillo.

Inmediatos al trono se encuentran los que fueron alguna vez celosos en la causa de Satanás, pero que, cual tizones arrancados del fuego, han seguido á su Salvador con profunda é intensa devoción. Luego vienen los que perfeccionaron su carácter cristiano en medio de la mentira y de la infidelidad, los que honraron la ley de Dios cuando el mundo cristiano la declaró abolida, y los millones de todas las edades que fueron martirizados por su fe. Y más allá está la "grande muchedumbre, que nadie podía contar, de entre todas las naciones, y las tribus, y los pueblos, y las lenguas . . . de pie ante el trono y delante del Cordero, revestidos de ropas blancas, y teniendo palmas en sus manos."² Su lucha ha terminado, han ganado la victoria. Han disputado el premio de la carrera y lo han ganado. La rama de palmera que llevan en la mano es símbolo de su triunfo, la vestidura blanca, emblema de la justicia perfecta de Cristo que es ahora de ellos.

Los redimidos entonan un canto de alabanza que se extiende y repercute por las bóvedas del cielo: "¡Atribúyase la salvación á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero!" Ángeles y serafines unen sus voces en adoración. Al ver los redimidos el poder y malignidad de Satanás, han comprendido, como nunca antes, que ningún poder fuera del de Cristo habría podido hacerlos vencedores. Entre toda esa muchedumbre no hay ni uno que se atribuya á sí mismo la salvación, como si hubiese prevalecido con su propio poder y su bondad. Nada se dice de lo que han hecho ni

² Apocalipsis 7:9.

sufrido; pero el tema de cada canto, la nota dominante de cada antífona es: Salvación á nuestro Dios y al Cordero.

En presencia de los habitantes de la tierra y del cielo reunidos, se efectúa la coronación final del Hijo de Dios. Y entonces, revestido de la suprema majestad y poder, el Rey de reyes falla el juicio contra los rebeldes de su gobierno, y ejecuta justicia contra los que han transgredido su ley y oprimido á su pueblo. El profeta de Dios dice: "Ví un gran trono blanco, y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyó la tierra y el cielo; y no fué hallado lugar para ellos. Y ví á los muertos, pequeños y grandes, estar en pie delante del trono; y abriéronse los libros; abrióse también otro libro, que es el libro de la vida: y los muertos fueron juzgados de acuerdo con las cosas escritas en los libros, según sus obras."^a

Apenas se abren los registros, y la mirada de Jesús se dirige hacia los impíos, éstos se vuelven conscientes de todos los pecados que han cometido. Reconocen exactamente el lugar donde sus pies se apartaron del sendero de la pureza y de la santidad, y lo lejos que el orgullo y la rebelión les han llevado en el camino de la transgresión de la ley de Dios. Las tentaciones seductoras que ellos fomentaron cediendo al pecado, las bendiciones que pervirtieron, su desprecio de los mensajeros de Dios, los avisos rechazados, la oposición de corazones obstinados y sin arrepentimiento — todo eso sale á relucir como si estuviese escrito con letras de fuego.

Por encima del trono se destaca la cruz; y como en vista panorámica aparecen las escenas de la tentación, la caída de Adán y las fases sucesivas del gran plan de redención. El humilde nacimiento del Salvador; su juventud pasada en la sencillez y en la obediencia; su bautismo en el Jordán; el ayuno y la tentación en el desierto; su ministerio público desplegando ante los hombres las bendiciones más preciosas del cielo; los días repletos de obras de amor y misericordia, y las noches pasadas en oración y vigilia en la soledad de los montes; las conspiraciones de la envidia, del odio y de la malicia con que se recompensaron sus beneficios; la terrible y mis-

^a Apocalipsis 20:11, 12.

teriosa agonía en Getsemaní, bajo el peso anonadador de los pecados de todo el mundo; la traición que lo entregó en manos de la turba asesina; los terribles acontecimientos de esa noche de horror — el preso resignado y olvidado de sus discípulos más amados, atropellado brutalmente por las calles de Jerusalén; el hijo de Dios presentado con visos de triunfo ante Anás, obligado á comparecer en el palacio del sumo sacerdote, en el pretorio de Pilatos, ante el cobarde y cruel Herodes; ridiculizado, insultado, atormentado y condenado á muerte — todo eso está representado á lo vivo.

Entonces ante las multitudes agitadas se reproducen las escenas finales: el paciente Sufridor pisando el sendero del Calvario; el Príncipe del cielo colgado de la cruz; los sacerdotes altaneros y el populacho escarnecedor ridiculizando la agonía de su muerte; la obscuridad sobrenatural; el temblor de la tierra, las rocas destrozadas y los sepulcros abiertos señalando el momento en que expiró el Redentor del mundo.

La escena terrible aparece en toda su exactitud. Satanás, sus ángeles y sus súbditos no pueden volver los ojos del cuadro que representa su propia obra. Cada actor recuerda el papel que desempeñó. Herodes, el que mató á los niños inocentes de Betlehem para hacer morir al Rey de Israel; la innoble Herodías, sobre cuya conciencia pesa la sangre de Juan el Bautista; el débil Pilatos, esclavo de las circunstancias; los soldados escarnecedores; los sacerdotes y gobernantes, y la muchedumbre enloquecida que gritaba: “¡Recaiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!” — todos contemplan la enormidad de su culpa. En vano tratan de esconderse ante la divina majestad de su presencia más resplandeciente que el resplandor del sol, mientras que los redimidos echan sus coronas á los pies del Salvador, exclamando: “¡Él murió por mí!”

Entre la multitud de los rescatados están los apóstoles de Cristo, el heroico Pablo, el ardiente Pedro, el amado y amoroso Juan y sus hermanos de corazón leal, y con ellos la inmensa hueste de los mártires; mientras que fuera de los muros, con todo lo que es vil y abominable, se encuentran los que les per-

siguieron, encarcelaron y mataron. Allí está Nerón, ese monstruo de crueldad y de vicios, considerando la alegría y el triunfo de aquellos á quienes torturó, y cuya dolorosa angustia le proporcionara dicha satánica. Su madre está allí para ser testigo de los resultados de su propia obra; para ver cómo los malos rasgos de carácter transmitidos á su hijo y las pasiones fomentadas y desarrolladas por la influencia y el ejemplo de ella, produjeron crímenes que horrorizaron al mundo.

Allí hay sacerdotes y prelados papistas, que pretendieron ser los embajadores de Cristo y que no obstante emplearon instrumentos de suplicio, calabozos y hogueras para dominar las conciencias de su pueblo. Allí están los orgullosos pontífices que se ensalzaron por encima de Dios y que pretendieron alterar la ley del Altísimo. Aquellos fementidos padres de la iglesia tienen que rendir á Dios una cuenta de la que bien quisieran librarse. Demasiado tarde ven que el Omnisciente es celoso de su ley y que no dejará á nadie por inocente. Comprenden entonces que Cristo identifica sus intereses con los de su pueblo perseguido, y sienten la fuerza de sus propias palabras: "En cuanto lo hicisteis á uno de los más pequeños de éstos mis hermanos, á mí lo hicisteis."⁴

Todos los impíos del mundo están de pie ante el tribunal de Dios, acusados de alta traición contra el gobierno del cielo. No hay quien sostenga la causa de ellos; no tienen disculpa; y se pronuncia contra ellos la sentencia de la muerte eterna.

Es entonces evidente para todos que el salario del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que han perdido con su vida de rebeldía. El maravilloso don de eterna gloria fué despreciado cuando se lo ofrecieron; pero ¡cuán deseable no les parece ahora! "Todo eso," exclama el alma perdida, "yo habría podido poseerlo; pero preferí rechazarlo. ¡Oh sorprendente infatuación! He cambiado la paz, la dicha y el honor por la miseria, la infamia y la desesperación." Todos ven que su exclusión del cielo es justa. Por sus vidas,

⁴ S. Mateo 25:40.

han declarado: "No queremos que este Jesús reine sobre nosotros."

Como fuera de sí, los impíos han contemplado la coronación del Hijo de Dios. Ven en las manos de él las tablas de la ley divina, los estatutos que han despreciado y transgresado. Son testigos de la explosión de admiración, arrobamiento y adoración de los redimidos; y cuando la ola de la melodía inunda á las multitudes fuera de la ciudad, todos exclaman á una voz: "¡Grandes y maravillosas son tus obras, oh Señor Dios, el Todopoderoso; justo y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!"⁵ Y cayendo prosternados, adoran al Príncipe de la vida.

Satanás parece paralizado al contemplar la gloria y majestad de Cristo. Él que en otro tiempo fuera uno de los querubines que cubrían con las alas, recuerda de dónde ha caído. Él, todo un serafín resplandeciente al principio, "hijo de la aurora," ¡cuán cambiado, cuán degradado! Está excluido para siempre del consejo en que antes se le honraba. Ve ahora á otro que está junto al Padre velando su gloria. Ha visto la corona colocada sobre la cabeza de Cristo por un ángel de elevada estatura y majestuoso continente, y sabe que la posición exaltada que ocupa este ángel habría podido ser la suya.

La memoria le recuerda la mansión de su inocencia y pureza, la paz y el contentamiento de que gozaba hasta que se entregó á murmurar contra Dios y á envidiar á Cristo. Sus acusaciones, su rebelión, sus engaños para captarse la simpatía y la ayuda de los ángeles, su porfía en no hacer esfuerzo alguno para reponerse cuando Dios le hubiera perdonado — todo eso se le presenta á lo vivo. Echa una mirada retrospectiva sobre la obra que ha realizado entre los hombres y sobre sus resultados: la enemistad del hombre para con sus semejantes, la terrible destrucción de la vida, el crecimiento y la caída de los reinos, el trastorno de tronos, la larga serie de tumultos, conflictos y revoluciones. Recuerda los esfuerzos constantes que hizo para oponerse á la obra de

⁵ Apocalipsis 15: 3.

Cristo y para hundir á los hombres en degradación siempre mayor. Ve que sus conspiraciones infernales no han podido acabar con los que pusieron su confianza en Jesús. Al considerar Satanás su reino y los frutos de sus esfuerzos, sólo ve fracaso y ruina. Ha inducido á las multitudes á creer que la ciudad de Dios sería fácil presa; pero ahora ve que eso es falso. Una y otra vez, en el curso de la gran controversia, ha sido derrotado y obligado á rendirse. Conoce por demás el poder y la majestad del Eterno.

El propósito del gran rebelde ha consistido siempre en justificarse, y en hacer aparecer al gobierno de Dios como responsable de la rebelión. Con tal fin ha puesto en juego todo el poder de su gigantesca inteligencia. Ha trabajado deliberada y sistemáticamente, y con éxito maravilloso, induciendo á inmensas multitudes á que aceptaran su versión del gran conflicto que ha estado desarrollándose durante tanto tiempo. Durante miles de años este jefe de conspiraciones hizo pasar la mentira por verdad. Pero llegó el tiempo en que la rebelión debe ser finalmente sofocada y puestos en evidencia la historia y el carácter de Satanás. El archien-gañador ha sido completamente desenmascarado en su último grande esfuerzo para destronar á Cristo, destruir á su pueblo y apoderarse de la ciudad de Dios. Los que se han unido á él, se dan cuenta del fracaso completo de su causa. Los discípulos de Cristo y los ángeles leales contemplan en toda su extensión las maquinaciones de Satanás contra el gobierno de Dios. Ahora se vuelve objeto de execración universal.

Satanás ve que su rebelión voluntaria le ha inutilizado para el cielo. Ha ejercitado su poder guerreando contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del cielo serían para él suprema tortura. Sus acusaciones contra la misericordia y justicia de Dios están ya acalladas. Los vituperios que ha tratado de lanzar contra Jehová recaen enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia.

“¿Quién no temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? porque tú solo eres santo: porque todas las naciones ven-

drán y adorarán delante de ti; porque tus actos de justicia han sido manifestados.”⁶ Toda cuestión de verdad y error en la controversia que tanto ha durado, ha sido ahora aclarada. Los resultados de la rebelión y del apartamiento de los estatutos divinos han sido puestos á la vista de todas las inteligencias creadas. El desarrollo del poder de Satanás en contraste con el gobierno de Dios, ha sido presentado á todo el universo. Satanás ha sido condenado por sus propias obras. La sabiduría de Dios, su justicia y su bondad quedan por completo reivindicadas. Queda también comprobado que todos sus actos en el gran conflicto han sido ejecutados de acuerdo con el bien eterno de su pueblo y el bien de todos los mundos que ha creado. “Todas tus obras te confesarán, oh Jehová, y tus piadosos siervos te bendecirán.”⁷ La historia del pecado atestiguará durante toda la eternidad que con la existencia de la ley de Dios va unida la dicha de todos los seres creados por él. En vista de todos los hechos del gran conflicto, todo el universo, tanto los justos como los rebeldes, declaran al unísono: “¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!”

El universo entero ha contemplado el gran sacrificio hecho por el Padre y el Hijo en beneficio del hombre. Ha llegado la hora en que Cristo ocupa el puesto á que tiene derecho, y es glorificado sobre los principados y potestades, y sobre todo nombre que se nombra. Para el gozo que le fuera propuesto — el de llevar muchos hijos á la gloria — sufrió la cruz, menospreciando la deshonra. Y por inconcebiblemente grandes que fuesen el dolor y la vergüenza, más grandes aún son la dicha y la gloria. Echa una mirada hacia los redimidos, transformados á su propia imagen, y cuyos corazones llevan el sello perfecto de lo divino y cuyas caras reflejan la semejanza de su Rey. Contempla en ellos el resultado de las angustias de su alma, y está satisfecho. Luego, con voz que llega hasta las multitudes reunidas de los justos y de los impíos, exclama: “¡Contemplad el rescate de mi sangre! Por éstos sufrí, por éstos morí, para que pudiesen permane-

⁶ Apocalipsis 15:4.

⁷ Salmo 145:10.

cer en mi presencia á través de las edades eternas.” Y de entre los revestidos con túnicas blancas en torno del trono, asciende el canto de alabanza: “¡Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la bendición!”⁸

Á pesar de que Satanás se ha visto obligado á reconocer la justicia de Dios, y á inclinarse ante la supremacía de Cristo, su carácter sigue siendo el mismo. El espíritu de rebelión, cual poderoso torrente, vuelve á reventar. Lleno de frenesí, determina no cejar en el gran conflicto. Ha llegado la hora de tentar un último y desesperado esfuerzo contra el Rey del cielo. Se lanza en medio de sus súbditos, y trata de inspirarlos con su propio furor y de moverlos á dar inmediata batalla. Pero entre todos los innumerables millones á quienes indujo engañosamente á la rebelión, no hay ahora ninguno que reconozca su supremacía. Su poder ha concluído. Los impíos están llenos del mismo odio contra Dios que el que inspira á Satanás; pero ven que su caso es desesperado, que no pueden prevalecer contra Jehová. Su rabia se enardece contra Satanás y contra los que han sido sus agentes para engañar, y con furia demoniaca se vuelven contra ellos.

Dice el Señor: “Por cuanto has puesto tu corazón como corazón de Dios, por tanto, he aquí que voy á traer contra ti extraños, los terribles de las naciones; y ellos desenvainarán sus espadas contra tu hermosa sabiduría, y profanarán tu esplendor. Al hoyo te harán descender.” “Te destruyo, ¡oh querubín que cubres con tus alas! y te echo de en medio de las piedras de fuego. . . . Te echo á tierra; te pongo delante de reyes, para que te miren. . . . Te torno en ceniza sobre la tierra, ante los ojos de todos los que te ven. . . . Serás ruinas, y no existirás más para siempre.”⁹

“Toda la armadura del guerrero en el tumulto de batalla, y los vestidos revolcados en sangre, serán para quemarse, y para pábulo del fuego.” “Jehová tiene indignación contra

⁸ Apocalipsis 5:12.

⁹ Ezequiel 28:6-8, 16-19.

todas las naciones, é ira ardiente contra toda la hueste de ellas; las ha destinado á destrucción, las ha entregado á matanza.” “Sobre los malos lloverá lazos, fuego y azufre, y horrible tempestad: tal será la porción de su copa.”¹⁰ Dios hace descender fuego del cielo. La tierra está quebrantada. Se sacan las armas escondidas en sus profundidades. Llamas devoradoras se escapan por todas partes de grietas amenazantes. Hasta las rocas están ardiendo. Ha llegado el día que arderá como horno. Los elementos se disuelven con calor abrasador, la tierra también y las obras que hay en ella están abrasadas.¹¹ La superficie de la tierra parece una masa fundida — un inmenso lago de fuego hirviente. Es la hora del juicio y perdición de los hombres impíos,— “el día de venganzas para Jehová, el año de recompensas en el pleito de Sión.”¹²

Los impíos reciben su recompensa en la tierra.¹³ “Serán como hojarasca; y aquel día que viene los abrasará, dice Jehová de los ejércitos.”¹⁴ Algunos son destruidos como en un momento, mientras otros sufren muchos días. Todos son castigados “conforme á sus hechos.” Habiendo sido cargados sobre Satanás los pecados de los justos, tiene éste que sufrir no sólo por su propia rebelión, sino también por todos los pecados que ha hecho cometer al pueblo de Dios. Su castigo debe ser mucho mayor que el de aquellos á quienes ha engañado. Después de haber perecido todos los que cayeron por sus seducciones, el diablo tiene que seguir viviendo y sufriendo. Al fin los impíos son destruidos en las llamas purificadoras, sin dejar de los pecados ni raíz ni renuevos — Satanás la raíz, sus secuaces los renuevos. La penalidad completa de la ley ha sido aplicada; las exigencias de la justicia han sido satisfechas; y el cielo y la tierra al contemplarlo, proclaman la justicia de Jehová.

La obra de destrucción de Satanás ha terminado para siempre. Durante seis mil años ha obrado á su gusto, llevando la tierra de dolor y causando penas por todo el uni-

¹⁰ Isaías 9:5; 34:2; Salmo 11:6. ¹¹ Malaquías 4:1; 2 Pedro 3:10.

¹² Isaías 34:8; Proverbios 11:31. ¹³ Malaquías 4:1.

verso. Toda la creación ha gemido y sufrido en angustia. Ahora las criaturas de Dios han sido libradas para siempre de su presencia y de sus tentaciones. “¡Ya descansa y está en quietud toda la tierra; prorrumpen los hombres (justos) en cánticos!”¹⁴ Y un grito de adoración y triunfo sube de entre todo el universo leal. Se oye “como si fuese el estruendo de una gran multitud,” “como si fuese el estruendo de muchas aguas, y como si fuese el estruendo de poderosos truenos,” diciendo: “¡Aleluya; porque reina el Señor Dios, el Todopoderoso!”

Mientras la tierra estaba envuelta en el fuego de la destrucción, los justos vivían seguros en la ciudad santa. La segunda muerte no tiene poder sobre los que tuvieron parte en la primera resurrección. Mientras Dios es para los impíos un fuego devorador, es para su pueblo un sol y un escudo.¹⁵

“Ví un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra han pasado.”¹⁶ El fuego que consume á los impíos purifica la tierra. Desaparece todo rastro de la maldición. Ningún infierno que arda eternamente recordará á los redimidos las terribles consecuencias del pecado.

Sólo queda un recuerdo: nuestro Redentor llevará siempre las señales de su crucifixión. En su cabeza herida, en su costado, en sus manos y en sus pies se ven las únicas huellas de la obra cruel efectuada por el pecado. El profeta, al contemplar á Cristo en su gloria, dice: “Su resplandor es como la luz, y salen de su mano rayos de luz; y allí mismo está el escondedero de su poder.”¹⁷ Sus manos, su costado heridos de donde manó la corriente purpurina que reconcilió al hombre con Dios — allí está la gloria del Salvador, “allí mismo está el escondedero de su poder.” “Poderoso para salvar” por el sacrificio de la redención, era por consiguiente fuerte para ejecutar la justicia para con aquellos que despreciaron la misericordia de Dios. Y las marcas de su humillación son su mayor honor; al través de las edades eternas,

¹⁴ Isaías 14:7.¹⁵ Apocalipsis 20:6; Salmo 84:11.¹⁶ Apocalipsis 21:1.¹⁷ Habacuc 3:4.

las llagas del Calvario proclamarán su alabanza y declararán su poder.

“¡Oh, Torre del rebaño, colina de la hija de Sión, á ti te llegará; sí, á ti vendrá el dominio anterior!”¹⁸ Llegó el momento por el cual suspiraban los santos desde que la espada de fuego expulsó á la primer pareja del paraíso — el tiempo de “la redención de la posesión adquirida.”¹⁹ La tierra dada al principio al hombre para que fuera su reino, entregada alevosamente por él á manos de Satanás, y conservada durante tanto tiempo por el poderoso enemigo, ha sido recuperada mediante el gran plan de la redención. Todo lo que se había perdido por el pecado, ha sido restaurado. “Así dice Jehová, . . . el que formó la tierra y la hizo, el cual la estableció; no en vano la creó, sino que para ser habitada la formó.”²⁰ El propósito primitivo que tenía Dios al crear la tierra se cumple al convertirse ésta en la morada eterna de los redimidos. “Los justos heredarán la tierra, y habitarán para siempre en ella.”²⁰

El temor de hacer aparecer la futura herencia de los santos demasiado material ha inducido á muchos á espiritualizar precisamente aquellas verdades que nos hacen considerar la tierra como nuestra morada. Cristo aseguró á sus discípulos que iba á preparar mansiones para ellos en casa de su Padre. Los que aceptan las enseñanzas de la Palabra de Dios no ignorarán por completo lo que se refiere á la patria celestial. Y sin embargo “Cosas que ojo no vió, ni oído oyó, y que jamás entraron en pensamiento humano — las cosas grandes que ha preparado Dios para los que le aman!”²¹ El lenguaje humano no alcanza á describir la recompensa de los justos. No la conocerán más que los que la contemplan. Ninguna inteligencia limitada puede comprender la gloria del paraíso de Dios.

En la Biblia se llama la herencia de los bienaventurados una patria.²² Allí conduce el divino Pastor á su rebaño á los manantiales de aguas vivas. El árbol de la vida da su fruto

¹⁸ Miqueas 4:8; Efesios 1:14.

¹⁹ Isaías 45:18. ²⁰ Salmo 37:29

²¹ 1 Corintios 2:9.

²² Hebreos 11:14-16.

cada mes, y las hojas del árbol son para el servicio de las naciones. Allí hay corrientes que manan eternamente, claras como el cristal, y al lado de las cuales árboles se mecen echando sombra sobre los senderos preparados para los redimidos del Señor. Allí las vastas llanuras alternan con bellísimas colinas y las montañas de Dios elevan sus majestuosos picos. En aquellas pacíficas llanuras, al borde de aquellas corrientes vivas es donde el pueblo de Dios que por tanto tiempo anduvo peregrino y errante, encontrará un hogar.

“Mi pueblo habitará en mansión de paz, en moradas seguras, en descansaderos tranquilos.” “No se oirá más la violencia en tu tierra, la desolación ni la destrucción dentro de tus términos; sino que llamarás tus muros Salvación, y tus puertas Alabanza.” “Edificarán casas también, y habitarán en ellas; plantarán viñas, y comerán su fruto. No edificarán más para que otro habite, ni plantarán para que otro coma: . . . mis escogidos agotarán el usufructo de la obra de sus manos.”²⁸

Ahí “se alegrarán el desierto y el sequedal, y el yermo se regocijará y florecerá como la rosa.” “En vez del espino subirá el abeto, y en lugar de la zarza subirá el arrayán.” “Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo seesteará junto con el cabrito; . . . y un niño los conducirá.” “No dañarán, ni destruirán en todo mi santo monte,”²⁹ dice el Señor.

El dolor no puede existir en el ambiente del cielo. Allí no habrá más lágrimas, ni cortejos fúnebres, ni manifestaciones de duelo. “Y la muerte no será más; ni habrá más gemido ni clamor, ni dolor; ¡porque las cosas de antes han pasado ya!”³⁰ “No dirá más el habitante; Estoy enfermo; al pueblo que mora en ella le habrá sido perdonada su iniquidad.”³¹

Allí está la nueva Jerusalén, la metrópoli de la nueva tierra glorificada, “corona de hermosura en la mano de Jehová, y una diadema real en la mano de nuestro Dios.”³²

²⁸ Isaias 32:18; 60:18; 65:21, 22.

²⁹ Isaias 35:1; 55:13; 11:6, 9; 33:24; 62:3. ³⁰ Apocalipsis 21:4.

“Su luz era semejante á una piedra preciosísima, como piedra de jaspé, transparente como el cristal.” “Las naciones andarán á la luz de ella; y los reyes de la tierra traen á ella su gloria.”²⁶ El Señor dijo: “Me regocijaré en Jerusalén, y gozaréme en mi pueblo.”²⁷ “¡He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos, y ellos serán pueblos suyos, y el mismo Dios con ellos estará, como Dios suyo!”²⁸

En la ciudad de Dios “no habrá ya más noche.” Nadie necesitará ni deseará descanso. No se cansarán haciendo la voluntad de Dios ni ofreciendo alabanzas á su nombre. Sentiremos siempre la frescura de la mañana, que nunca se agostará. “No necesitan luz de lámpara, ni luz del sol; porque el Señor Dios los alumbrará.”²⁹ La luz del sol será sobrepujada por un brillo que sin deslumbrar la vista excederá sin medida la claridad de nuestro medio día. La gloria de Dios y del Cordero inunda la ciudad santa con una luz que nunca se desvanece. Los redimidos andan en la luz gloriosa de un día eterno que no necesita de sol.

“No ví templo en ella; porque el Señor Dios, el Todopoderoso, y el Cordero son el templo de ella.”³⁰ El pueblo de Dios tiene el privilegio de comunicar directamente con el Padre y el Hijo. “Ahora vemos obscuramente, como por medio de un espejo.”³¹ Nosotros vemos la imagen de Dios reflejada como en un espejo en las obras de la naturaleza y en su modo de obrar para con los hombres; pero entonces le veremos cara á cara sin velo que nos lo oculte. Estaremos en su presencia y contemplaremos la gloria de su aspecto.

Allí los redimidos conocerán así como también son conocidos. Los sentimientos de amor y simpatía que el mismo Dios ha puesto en el alma, se desahogarán del modo más completo y más dulce. El trato puro con seres santos, la vida social y armoniosa con los benditos ángeles y con los fieles de todas las edades, los cuales lavaron sus vestiduras y las emblanquecieron en la sangre del Cordero, los lazos

²⁶ Apocalipsis 21:11, 24. ²⁷ Isaías 65:19. ²⁸ Apocalipsis 21:3.

²⁹ Apocalipsis 22:5; 21:22. ³⁰ 1 Corintios 13:12.

sagrados que unen á “toda la familia en los cielos, y en la tierra,”²¹— todo eso constituye la dicha de los redimidos.

Allí espíritus inmortales contemplarán con eterno deleite las maravillas del poder creador, los misterios del amor redentor. Allí no hay enemigo cruel y engañoso para tentar á que se olvide á Dios. Toda facultad será desarrollada, toda capacidad aumentada. La adquisición de conocimientos no cansará la inteligencia ni agotará las energías. Las más grandes empresas se llevarán á cabo, las aspiraciones más sublimes serán satisfechas, se realizarán las más encumbradas ambiciones; y sin embargo surgirán nuevas alturas que ascender, nuevas verdades que comprender, nuevos objetos que agucen las facultades del espíritu, del alma y del cuerpo.

Todos los tesoros del universo estarán abiertos para el estudio de los redimidos de Dios. Libres de las cadenas de la mortalidad, se lanzan en incansable vuelo hacia los lejanos mundos — mundos á los cuales el espectáculo de las miserias humanas causaba estremecimientos de dolor, y que entonaban cantos de alegría al tener noticia de una alma redimida. Con indescriptible dicha los hijos de la tierra entran en el gozo y en la sabiduría de los seres que no han caído. Participan de los tesoros de conocimientos é inteligencia adquiridos durante siglos y siglos en la contemplación de las obras de Dios. Con visión clara consideran la magnificencia de la creación — soles y estrellas y sistemas planetarios dispuestos en el orden que les ha sido asignado y rodeando el trono de la Divinidad. El nombre del Creador se encuentra escrito en todas las cosas, desde las más pequeñas hasta las más grandes, y en todas ellas se ostenta la riqueza de su poder.

Y á medida que los años de la eternidad transcurran, traerán consigo revelaciones más ricas y aún más gloriosas respecto de Dios y de Cristo. Así como el conocimiento es progresivo, así también el amor, la reverencia y la dicha irán en aumento. Cuanto más sepan los hombres acerca de Dios, tanto más admirarán su carácter. Á medida que Jesús les descubra la riqueza de la redención y los resultados ine-

²¹ Efesios 3:15.

fables del gran conflicto con Satanás, los corazones de los redimidos se estremecerán con más ferviente gratitud, y con más arrebatadora alegría tocarán sus arpas de oro; y miríadas de miríadas y millares de millares de voces se unirán para engrosar el potente coro de alabanza.

“Y á toda cosa creada que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y sobre el mar, y á todas las cosas que hay en ellos, las oí decir: ¡Bendición, y honra y gloria y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!”²²

El gran conflicto ha terminado. Ya no hay más pecado ni pecadores. Todo el universo está purificado. La misma pulsación de armonía y de gozo late en toda la creación. De Aquel que todo lo creó manan vida y luz y contentamiento por toda la extensión del espacio infinito. Desde el átomo más imperceptible hasta el mundo más vasto, todas las cosas animadas é inanimadas, declaran en su belleza sin mácula y en júbilo perfecto, que Dios es amor.

²² Apocalipsis 5:13.



Apéndice

Notas Generales

Página 57. TÍTULOS.—En un pasage que forma parte del derecho canónico, el papa Inocencio III declara que el pontífice romano es “el vicario en la tierra, no de un mero hombre, sino del mismo Dios”; y en una glosa del trozo se explica que esto es así debido á que el papa es el vicario de Cristo, el cual es “verdadero Dios y verdadero hombre.” (Véase Decretal. D. Gregor. Pap. IX. lib. 1, de translat. Episc. tit. 7, c. 3. Corp. Jur. Canon, ed. Paris, 1612; tom. II. Decretal. col. 205.)

En cuanto al título “Señor Dios el Papa,” véase una glosa de las Extravagantes del papa Juan XXII, título 14, cap. 4, “Declaramus.” En una edición de las Extravagantes, impresa en Amberes en 1584, se encuentran en la columna 153 las palabras “*Dominum Deum nostrum Papam*” (“Nuestro Señor Dios el Papa”). En una edición de París, del año 1612, se hallan en la columna 140. En varias ediciones publicadas desde 1612, hase omitido la palabra “*Deum*” (“Dios”).

Página 59. CULTO DE LAS IMAGENES.—“El culto de las imágenes . . . fué una de esas corrupciones del cristianismo que se introdujeron en la iglesia furtivamente y casi sin que se notaran. Esta corrupción no se desarrolló de un golpe, cual aconteció con otras herejias, pues en tal caso habría sido censurada y condenada enérgicamente, sino que habiendo empezado en forma disfrazada y plausible favoreció la introducción de nuevas prácticas una tras otra de tan paulatino modo, que la iglesia se vió totalmente envuelta en idolatría no sólo sin enérgica oposición, sino sin siquiera protesta resuelta alguna; y cuando al fin se hizo un esfuerzo para extirpar el mal, resultó éste por demás arraigado para ello. . . . La causa de dicho mal hay que buscarla en la propensión idolátrica del corazón humano á adorar á la criatura más bien que al Creador. . . .

“Las imágenes y los cuadros fueron introducidos al principio en la iglesia no para que fueran adorados, sino para que sirvieran como de libros que facilitaran la tarea de enseñar á los que no sabían leer ó para despertar en otros la adoración. Dificil es decir hasta que punto este medio correspondió al fin propuesto; pero aun concediendo que así fuera durante algún tiempo, muy pronto dejó de serlo, resultando que los cuadros é imágenes puestos en las iglesias, en lugar de ilustrar obscurécian la mente de los ignorantes y degradaban la devoción de los

creyentes en lugar de exaltarla. De suerte que, por más que se hubiera pensado en emplear unos y otros para dirigir los espíritus de los hombres hacia Dios, no sirvieron en fin de cuentas sino para alejarlos de él é inducirlos á la adoración de las cosas creadas.”—*J. Mendham, “The Seventh General Council, the Second of Nicea,” Introducción, pp. iii-vi.*

Para una relación de los procedimientos y decretos del Segundo concilio de Nicea, 787 de J. C., convocado para instituir el culto de las imágenes, véase Baronius: “*Annales Ecclesiastici*,” Vol. IX, pp. 391-407 (ed. de Amberes, 1612); *J. Mendham, “The Seventh General Council, the Second of Nicea”*; C. J., v. Héfélé, “*Histoire des Conciles*,” lib. 18, cap. 1, sec. 332, 333; cap. 2, sec. 345-352.

Página 60. EDICTO DE CONSTANTINO.—La ley dada por Constantino el 7 de marzo del año 321 de J. C., relativa al día de descanso, reza como sigue:

“Que todos los jueces, y todos los habitantes de la ciudad, y todos los mercaderes y artesanos descansen el venerable día del sol. Empero que los labradores atiendan con plena libertad al cultivo de los campos; ya que acontece á menudo que ningún otro día es tan adecuado para la siembra del grano ó para plantar la viña; de aquí que no se deba dejar pasar el tiempo favorable concedido por el cielo.”—“*Codex Justinianus*,” lib. 3, tit. 12, pár. 2 (3).

“Descansen todos los jueces, la plebe de las ciudades, y los oficios de todas las artes el venerable día del sol. Pero trabajen libre y lícitamente en las faenas agrícolas los establecidos en los campos, pues acontece con frecuencia, que en ningún otro día se echa el grano á los surcos y se plantan vides en los hoyos más convenientemente, á fin de que con ocasión del momento no se pierda el beneficio concedido por la celestial providencia.”—*Código de Justiniano, lib. 3, tit. 12, pár. 2 (3)* (en la edición, en latín y castellano, por Gracia del Corral, intitulada *Cuerpo del derecho civil romano*: tomo 4, p. 333, Barcelona, 1892).

El original en latín se halla además en J. L. v. Mosheim: “*Institutionem Historiæ Ecclesiasticæ antiquioris et recensioris*,” sig. 4, parte 2, cap. 4, sec. 5, y en otras muchas obras.

El *Diccionario Enciclopédico Hisp.-Amer.*, art. Domingo, dice: “El emperador Constantino, en el año 321, fué el primero que ordenó una rigurosa observación del domingo, prohibiendo toda clase de negocios jurídicos, ocupaciones y trabajos; únicamente se permitía á los labradores que trabajaran los domingos en faenas agrícolas, si el tiempo era favorable. Una ley posterior del año 425 prohibió la celebración de toda clase de representaciones teatrales, y finalmente en el siglo VIII se aplicaron en todo su rigor al domingo cristiano las prohibiciones del Sábado judaico.”

Página 61. FECHAS PROFÉTICAS.— Véase la notá para la página 377.

Página 63. ESCRITOS ADULTERADOS.— Entre los documentos cuya falsificación es generalmente reconocida en la actualidad, la Donación de Constantino y las Decretales Pseudo-Isidorianas son de la mayor importancia.

Al referir los hechos relativos á la pregunta: “¿Cuándo y por quién fué fraguada la Donación de Constantino?” M. Gosselin, director del seminario de St. Sulpice (París), dice:

“Por bien que se haya probado la falsedad de ese documento, difícil es determinar, con precisión, la época de dicha falsificación. M. de Marca, Muratori, y otros sabios críticos, opinan que fué compuesto en el siglo octavo, antes del reinado de Carlomagno. Muratori cree además probable que haya podido inducir á aquel monarca y á Pipino á ser tan generosos para con la santa sede.”— *Gosselin* “*Pouvoir de pape au moyen âge*” (París, 1845), p. 717.

Respecto á la fecha de las Decretales Pseudo-Isidorianas, véase Mosheim, “*Historiae Ecclesiasticae*,” Léipsig, 1755 (“*Histoire Ecclésiastique*,” Maestricht, 1776), lib. 3, sig. 9, parte 2, cap. 2, sec. 8. El sabio historiador católico, el abate Fleury en su “*Histoire Ecclésiastique*” (dis. 4, sec. 1), dice de dichas decretales, que “salieron á luz cerca de á fines del siglo octavo.” Fleury, que escribió cerca de á fines del siglo diez y siete, dice además que esas “falsas decretales pasaron por verdaderas durante ochocientos años; y apenas fueron abandonadas el siglo pasado. Verdad es que actualmente no hay nadie, un tanto al corriente de estas materias, que no reconozca la falsedad de dichas decretales.”— *Fleury*, “*Histoire Ecclésiastique*,” tom. 9, p. 446 (París, 1742). Véase además Gibbon, “*Histoire de la Décadence et de la Chute de l’Empire Romain*,” cap. 49, párr. 16 (París, 1828, tom. IX, pp. 319-323).

Página 65. DICTADOS DE HILDEBRANDO (GREGORIA VII).— Véase Baronio (cardenal C.), “*Annales Ecclesiastici*,” An. 1076 (edición de Luca, 1745, tomo 17, pp. 430, 431). Una copia de los “Dictados” originales se encuentra también en Gieseler, “*Lehrbuch der Kirchengeschichte*,” período 3, div. 3, cap. 1, sec. 47, nota c (3a. ed., Bonn, 1832, Vol. II B, pp. 6-8).

Página 66. PURGATORIO.—“La doctrina católica, tal cual la expuso el concilio de Trento, es que los que salen de vida en gracia y caridad, pero no obstante deudores de las penas que la divina justicia se reservó, las padecen en la otra vida. Esto es lo que se nos propone creer acerca de las almas detenidas en el purgatorio.”— *Art. Purgatorio, en el Diccionario Enciclopédico Hisp.-Amer.*

“El Concilio (tridentino) enseña: 1.º Que después de la remisión de la culpa y de la pena eterna, queda un reato de pena temporal. 2.º Que si no se ha satisfecho en esta vida debe satisfacerse en el purgatorio.

3.º Que las oraciones y buenas obras de los vivos son útiles á los difuntos para aliviar y abreviar sus penas. 4.º Que el sacrificio de la misa es propiciatorio y aprovecha á los vivos lo mismo que á los difuntos en el purgatorio.”— *Art. Purgatorio, en el Diccionario de ciencias eclesiásticas por Perujo y Angulo* (Barcelona, 1883-1819).

Página 67. INDULGENCIAS.— Para una historia detallada de la doctrina de las indulgencias, véase art. Indulgencias, en el “Diccionario de ciencias eclesiásticas,” por los Dres. Perujo y Angulo (Barcelona, 1883-1890); C. Ullmann, “Reformatoren vor der Reformation,” Vol. I, lib. 2, sec. 2, pp. 259-307 (Hamburgo, ed. de 1841); M. Creighton, “History of the Papacy,” Vol. V, pp. 56-64, 71; L. von Ranke, “Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation,” lib. 2, cap. 1, párs. 131, 132, 139-142, 153-155 (3.º ed., Berlín, 1852, Vol. I, pp. 233-243); H. C. Lea, “A History of Auricular Confession and Indulgences”; G. P. Fisher, “Historia de la Reformation,” cap. 4, pár. 7 (traducida por H. W. Brown, catedrático del seminario teológico presbiteriano de Tlalpam, México. Filadelfia, E. U. A., 1891); Juan Calvino, “Institución religiosa,” lib. 3, cap. 5, pp. 447-451 (Obras de los reformadores antiguos españoles, No. 14, Madrid, 1858).

En cuanto á los resultados de la doctrina de las indulgencias durante el período de la Reforma, véase el estudio en inglés del Dr. H. C. Lea, intitulado, “Las indulgencias en España” y publicado en los “Papers of the American Society of Church History,” Vol. I, pp. 129-171. Refiriéndose al valor de la luz arrojada por este estudio histórico el Dr. Lea dice en su párrafo inicial: “Sin ser molestada por la controversia que se ensañara entre Lutero y el Dr. Eck y Silvestre Prierias, España seguía tranquila recorriendo el viejo y trillado sendero, y nos suministra los incontestables documentos oficiales que nos permiten examinar el asunto á la pura luz de la historia.”

Página 67. LA MISA.— Respecto á la doctrina de la misa, véase la obra del cardenal Wiseman, “The Real Presence of the Body and Blood of Our Lord Jesus Christ in the Blessed Eucharist” (“La real presencia del cuerpo y de la sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo en la santa eucaristía”); además el Diccionario Enciclop. Hisp.-Amer., art. Eucaristía (último párrafo: “Definiciones del concilio de Trento relativas á la doctrina de la eucaristía”); “Cánones y decretos del concilio de Trento,” sesión 13, caps. 1-8 (en la edición, “Los sacrosantos ecuménicos concilios de Trento y Vaticano, en latín y castellano, por A. M. Díez, Madrid, 1903, pp. 126-137). J. Calvino, “Institución religiosa,” lib. 4, caps. 17, 18, pp. 925-985 (Obras de los reformadores antiguos españoles, No. 14, Madrid, 1958); K. R. Hagenbach, “Lehrbuch der Dogmengeschichte,” Vol. I, pp. 180-188, 331-336, y Vol. II, pp. 161-179 (2a. ed., Léipzig, 1827).

Página 73. VERSIONES VALDENSES DE LA BIBLIA.— Respecto á las tempranas versiones valdenses de partes de la Biblia hechas en el idioma vulgar, véase E. Pétavel, “La Bible en France,” cap. 2, párs. 3, 4, 8-10, 13, 21 (ed. de París, 1864); Townley, “Illustrations of Biblical Literature,” Vol. I, cap. 10, párs. 1-13; G. H. Putnam, “The Censorship of the Church of Rome,” Vol. II, cap. 2.

Página 85. EDICTO CONTRA LOS VALDENSES.— El texto completo del expedido, en 1487, por Inocencio VIII contra los valdenses (cuyo original se halla en la biblioteca de la universidad de Cambridge) puede leerse en latín y francés en la obra de J. Léger, “Histoire des églises vaudoises,” lib. 2, cap. 2, pp. 8-10 (Leide, 1669).

Página 93. INDULGENCIAS.— Véase la nota para la página 67.

Página 95. WICLEFF.— El texto original de las bulas papales expedidas contra Wicleff, con la traducción inglesa, hállase en la obra de J. Foxe, “Acts and Monuments,” Vol. III, pp. 4-13 (ed. de Pratt-Townsend, Londres, 1870). Véase además J. Lewis, “Life of Wiclif,” pp. 49-51, 305-314 (ed. de 1820); Lechler, “Johann v. Wiclif und die Vorgeschichte der Reformation,” cap. 5, ces. 2 (Léipzig, 1873); A. Neander, “Allgemeine Geschichte der christlichen Religion und Kirche,” Vol. VI, sec. 2, parte 1, pár. 8 (pp. 276, 277, ed. de Hamburgo, 1852).

Página 95. INFALIBILIDAD.— Respecto á la doctrina de la infalibilidad, véase el art. Infalibilidad, en el “Diccionario de ciencias eclesiásticas” por Perujo y Angulo; Geo. Salmon, “The Infallibility of the Church”; cardenal Gibbons, “The Faith of Our Fathers,” cap. 7 (ed. 49 de 1897), C. Elliott, “Delineation of Roman Catholicism,” lib. 1, cap. 4.

Página 114. INDULGENCIAS.— Véase la nota para la página 67.

Página 114. CONCILIO DE CONSTANZA.— Respecto á la convocación del concilio de Constanza por el papa Juan XXIII, á instancias del emperador Segismundo, véase Mosheim, “Histoire ecclésiastique,” lib. 3, siglo 15, parte 2, cap. 2, sec. 3, p. 414 (ed. de Maestricht, 1776); Neander, “Allgemeine Geschichte der christlichen Religion und Kirche,” Vol. VI, sec. 1; A. Bower, “History of the Popes,” Vol. VII, pp. 141-143 (ed. de Londres, 1766).

Página 141. INDULGENCIAS.— Véase la nota para la página 67.

Página 251. JESUITISMO.— Para una declaración referente á los orígenes, principios y fines de la “Sociedad de Jesús,” cual lo declaran sus mismos miembros, véase la obra intitulada “Historia de la compañía de Jesús,” por Cretinean—Goli, vertida del francés y publicada en Barcelona, en 1853, con aprobació del ordinario. En ella dice

que “el que se ofrece espontáneamente á entrar en el noviciado debe al momento renunciar su voluntad propia, su familia y todo cuanto el hombre aprecia sobre la tierra,” á que las constituciones de la compañía hacen “de la obediencia más absoluta una palanca cuya acción incesante y universal ha debido preocupar á todos los políticos.” (*Tomo I, cap. 2, pp. 25, 28.*)

El mismo Ignacio de Loyola dice: “Que cada cual se convenza de que cuantos viven bajo el voto de obediencia deben dejarse llevar y dirigir por la divina Providencia y sus instrumentos, los superiores, tal cual si fueran cadáveres que se dejan llevar á cualquier parte y tratar de cualquier modo, ó como el bastón que un anciano tiene en la mano y maneja como le da la gana.”

“Esta sumisión absoluta es ennoblecida por lo que la motiva, y prosigue el fundador, debería ser pronta, alegre y constante; . . . el religioso obediente cumple gozoso con lo que le han encargado sus superiores para el bien común, seguro de que así corresponde verdaderamente á la voluntad divina.”—*Regulae Societatis Jesu, Summarium, párs. 33-36 (ed. de Roma, 1607, pp. 12, 13).*

Véase además L. E. Dupin, “Histoire de l’Eglise en abrégé,” siglo 16, cap. 33 (ed. de París, 1732, Vol. IV, pp. 218-222); Mosheim, “Histoire ecclésiastique,” sig. 16, sec. 3, parte 1, cap. 1, pár. 10 (inclusive notas 5, 6); “Encyclopaedia Britannica” (novena ed.), art. Jesuítas; C. Paroissien, “The Principles of the Jesuits, Developed in a Collection of Extracts from Their Own Authors” (Londres, 1860—otra edición apareció en 1839); Ch. Liskenne, “Résumé de l’histoire des Jésuites” (París, 1825); Michelet-Quinet, “Des Jésuites” (París, 1843); S’Alembert, “Des Jésuites, ouvr précédé d’ un précis des doctrines et de l’histoire de cette société” (París, 1821).

Página 252. LA INQUISICION.— Véase Juan Antonio Llorente, “Historia crítica de la inquisición de España”; Reinaldo González de Montes (Reginaldo Montano), “Artes de la inquisición española,” ed. castellana, Madrid, 1851 (ed. latinas, Heidelberg, 1567 y Madrid, 1857); Dres. Perujo y Angulo, “Diccionario de ciencias eclesiásticas,” art. Inquisición; Limborch, “Historia Inquisitionis,” Vol. I, lib. 1, cap. 25, 17-31 (ed. de Amsterdam, 1692, Vol. I, pp. 86-131); H. C. Lea, “History of the Inquisition in the Middle Ages”; L. v. Ranke, “Die römischen Päpste,” lib. 2, cap. 6 (5a. ed., Léipzig, 1867, Vol. I, pp. 208-217).

Página 311. CAUSAS DE LA REVOLUCION FRANCESA.— Respecto al gran alcance de las consecuencias de haber rechazado el pueblo francés la Biblia y la religión de la Biblia, véase H. von Sybel, “Histoire de l’Europe pendant la Révolution française,” lib. 5, cap. 1, párs. 8-12 (París, 1870, Vol. II, pp. 5-8); H. T. Buckle, “Histoire de la Civilisation en Angleterre,” caps. 8, 12 (París, 1865).

Página 311. FECHAS PROFÉTICAS.— Véase la nota para la página 377.

Página 312. ESFUERZOS PARA SUPRIMIR Y DESTRUIR LA BIBLIA.— En cuanto á los esfuerzos de larga duración hechos en Francia para acabar con la Biblia — especialmente con las versiones en lengua vulgar, dice Gausson: “Ya el decreto de Tolosa (de Francia), de 1229 . . . instituí el tribunal espantoso de la inquisición contra todos los lectores de la Biblia en lengua vulgar. Era un decreto de fuego, de sangre y de asolamiento. En sus capítulos III, IV, V y VI disponia que se destruyeran por completo hasta las casas y los más humildes escondrijos y aun los retiros subterráneos de los que fueran convictos de poseer las Escrituras, y que ellos mismo fueran perseguidos hasta en sus montes y en los antros de la tierra, y que se castigara con severidad aun á sus encubridores.” Como resultado la Biblia “fué pues prohibida en todas partes; desapareció en cierto modo de sobre la tierra, bajo al sepulcro.” Estos decretos fueron “seguidos durante 500 años de suplicios sin cuento en que la sangre de los santos corrió como agua.”— *L. Gausson, “Le Canon des Saintes Ecritures,” parte 2, lib. 2, cap. 7, pp. 153, 154; sec. 5, prop. 561; y cap. 13, sec. 2, prop. 641, pár. 2, p. 243 (ed. de Lausanne, 1860).*

Respecto á los esfuerzos especiales hechos para destruir la Biblia durante el Reino del Terror á fines de 1793 el Dr. Lorimer dice: “Dondequiera que se encontrase una Biblia puede decirse que había persecución á muerte; tanto fué así que varios comentadores respetables interpretan la muerte de los dos testigos en el capítulo once del Apocalipsis, como refiriéndose á la supresión general, más aun, á la destrucción del Antiguo y Nuevo Testamentos en Francia durante aquella época.”— *J. G. Lorimer, “An Historical Sketch of the Protestant Church in France,” cap. 8, párs. 4, 5.*

Véase además G. P. Fisher, “La Reformación,” cap. 15, pár. 16; E. Pétavel, “La Bible en France,” cap. 2, párs. 3, 8-10, 13, 21 (ed. de París, 1864); G. H. Putnam, “The Censorship of the Church of Rome,” Vol. I, cap. 4 (ed. de 1906, pp. 97, 99, 101, 102); Vol. II, cap. 2 (pp. 15-19); J. A. Wylie, “History of Protestantism,” lib. 22, cap. 6, pár. 3; S. Smiles, “The Huguenots: Their Settlements, Churches, and Industries,” etc., cap. 1, párs. 32, 34; cap. 2, pár. 6; cap. 3, pár. 14; cap. 18, pár. 5 (con la nota); S. Smiles, “The Huguenots in France after the Revocation,” cap. 2, pár. 8; cap. 10, pár. 30; cap. 12, párs. 2-4.

Página 321. EL REINO DEL TERROR.— Respecto á la responsabilidad de jefes extraviados, tanto en la iglesia como en el estado, pero particularmente en la iglesia, por las escenas de la revolución francesa, véase W. M. Sloane, “The French Revolution and Religious Reform,” prefacio, y cap. 2, párs. 1, 2, 10-14 (ed. de 1901, pp. vii-ix, 19, 20, 26-31, 40); P. Schaff, en “Papers of the American Society of Church

History," Vol. I, pp. 38, 44; A. Galton, "Church and State in France, 1300-1907," cap. 3, sec. 2 (ed. de Londres, 1907); Sir J. Stephen, "Lectures on the History of France," conferencia 16, pár. 60; S. Smiles, "The Huguenots after the Revocation," cap. 18, párs. 4, 6, 9, 10, 12-16, 27.

Página 325. EL PUEBLO Y LAS CLASES PRIVILEGIADAS.— En cuanto á las condiciones sociales que preveleían en Francia antes del período de la revolución, véase Taine, "Ancien Régime"; A. Young, "Voyages in France" (París, 1794); y H. von Holst, "Lowell Lectures on the French Revolution," conferencia 1.

Página 329. RETRIBUCIÓN.— Para más detalles respecto al carácter retributivo de la revolución francesa, véase E. de Pressensé, "L'Eglise et la Révolution française," lib. 3, cap. 1 (París, 1864); Thos. H. Gill, "The Papal Drama," lib. 10.

Página 330. LAS ATROCIDADES DEL REINO DEL TERROR.— Véase M. A. Thiers, "Historia de la Revolución francesa," tom. I, cap. 29 (ed. de Barcelona, 1892, pp. 499-524); F. A. Mignet, "Histoire de la Révolution française," ch. 9, pár. 1 (2a. ed., París, 1827); A. Alison, "History of Europe," 1789-1815, Vol. I, cap. 14 (ed. de Nueva York, 1872, Vol. I, pp. 293-312).

Página 333. LA CIRCULACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS.— En 1804, según el Sr. Guillermo Canton, de la Sociedad Bíblica Británica y Extrajera, "todas las Biblias que existían en el mundo, impresas ó en manuscrito, contando todas las traducciones en todos los países, se calculaban en no mucho más de cuatro millones. . . . Los diversos idiomas en que estaban escritos esos cuatro millones de Biblias alcanzaban á unos cincuenta."—"What Is the Bible Society?" p. 23 (ed. rev. de 1904).

Cien años después, al terminar su primer centenario, la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera pudo informar que ella sola había distribuído, entre Biblias, Testamentos y porciones de las Escrituras, la cantidad de 186,680,101 de ejemplares—total que, en 1910, subió á más de 220,000,000 de ejemplares, en cerca de cuatrocientos distintos idiomas.

A estos totales hay que añadir los millones de ejemplares de las Sagradas Escrituras y porciones de ellas, en muchos idiomas, distribuídas por otras sociedades bíblicas y diversas agencias comerciales. La Sociedad Bíblica Americana,—la mayor de las hijas de dicha sociedad, bíblica británica,—anunció haber distribuído en los noventa y cuatro primeros años de su obra un total de 87,296,182 ejemplares. (Véase *Bible Society Record*, junio de 1910.) Según cálculos moderados, casas comerciales publican cerca de seis millones de ejemplares de la Biblia, que añadidos al conjunto de lo producido por las sociedades bíblicas,

da al año una circulación total de más de quince millones de ejemplares.

Las Escrituras, en parte ó en su totalidad, hanse publicado en más de quinientos idiomas; y la obra de traducciones en nuevos idiomas y dialectos se prosigue aún con celo incansable.

Página 333. MISIONES EXTRANJERAS.—El Dr. G. P. Fisher, en un capítulo sobre las misiones cristianas en su obra “History of the Christian Church,” bosqueja los comienzos del movimiento misionero, el cual, en “los últimos años del siglo diez y ocho, inició era brillante de actividad misionera, era que, en la historia de las misiones, no es superada más que por la primera de la edad cristiana.” En 1792, “se fundó la Sociedad bautista, siendo Carey uno de sus primeros misioneros. Carey se embarcó para la India, donde, con la ayuda de otros miembros de la misma sociedad, fundó la misión de Serampore.” En 1795, fundóse la Sociedad de misiones de Londres; en 1799, quedó formalmente constituida “la organización que en 1812 se convirtió en Sociedad de misiones de la iglesia.” Poco después quedó fundada la Sociedad de misiones wesleyana.

“Mientras la actividad misionera crecía en la Gran Bretaña, los cristianos de Norte América se animaban del mismo celo.” En 1812, fundaron la Junta americana de comisionados para las misiones extranjeras; y en 1814, la Unión misionera bautista americana. Adoniram Judson, uno de los primeros misioneros salidos de los Estados Unidos, se embarcó para Calcuta en 1812, y llegó á Birmania en julio de 1813. En 1837, quedó constituida la Junta presbiteriana. (Véase Fisher, “History of the Christian Church,” período 9, cap. 7, párs. 3-25.)

El Dr. A. T. Pierson, en un artículo publicado en la *Missionary Review of the World* número correspondiente á enero de 1910, declara: “Hace medio siglo, China y Manchuria, Japón y Corea, Turquía y Arabia, y hasta el dilatado continente africano, dormían — naciones ermitañas, encerradas en la calma de largo aislamiento y exclusión. El Asia central estaba comparativamente ineplorada, lo mismo que el Africa central. En muchos países ni se le disputaba á Satanás su larga permanencia ni su imperio. Los países papales eran tan intolerantes como los paganos; Italia y España encarcelaban á quien se atrevía á vender una Biblia, ó á predicar el evangelio. Francia era de hecho incrédula, y Alemania estaba imbuída de racionalismo; y en gran parte del campo misionero, las puertas estaban cerradas y condenadas por un exclusivismo y un sistema de castas más ó menos rígido. Ahora los cambios, por todas partes, son tan notables y radicales que, cualquiera que saliese de pronto de aquel período de á mediados del siglo pasado, . . . no reconocería al mundo. El que guarda las llaves de las puertas de dos hojas las ha estado abriendo haciendo accesibles todos los países á los mensajeros de la cruz. Hasta en la Ciudad Eterna, donde, hace medio siglo, un visitante tuvo que dejar su Biblia fuera

de los muros, hay ahora más de veinte capillas protestantes, y las Sagradas Escrituras tienen libre circulación.''

Página 375. FECHAS PROFÉTICAS.— Véase la nota para la página 377.

Página 377. FECHAS PROFÉTICAS.— Los hechos históricos y cronológicos relativos á los periodos proféticos de Daniel 8 y 9, incluidas muchas pruebas evidentes que indican de modo indubitable que fué el año 457 ant. de J. C. la fecha exacta desde la que deben empezar á contarse estos períodos proféticos, han sido expuestos con claridad por muchos investigadores de la prefacia. Véase Stanley Leathes, "Old Testament Prophecy," conferencias 10, 11 (Conferencias de Warburton para 1876-1880); W. Goode, "Fulfilled Prophecy," sermon 10, inclusive Nota A (Conferencias de Warburton para 1854-1858); A. Thom, "Chronology of Prophecy," pp. 26-106 (Londres, 1848); Sir Isaac Newton, "Observations upon the Prophecies of Daniel, and the Apocalypse of St. John," cap. 10 (ed. de Londres, 1733, pp. 128-143); Uriah Smith, "Thoughts on Daniel and the Revelation," parte 1, caps. 8, 9; L. R. Conradi, "Los videntes y lo porvenir," parte 1, caps. 8, 9 (pp. 129-179). En cuanto á la fecha de la crucifixión, véase W. Hales, "Analysis of Chronology," Vol. I, pp. 94-101; Vol. III, pp. 164-258 (segunda ed. de Londres, 1830).

Página 384. CAIDA DEL IMPERIO OTOMANO.— Para más detalles relativos á la predicha caída del imperio turco en el curso del mes de agosto de 1840, véase J. Litch, "The Probability of the Second of Christ about A. D. 1843" (obra publicada en junio de 1838); J. Litch, "An Address to the Clergy (publicada en el verano de 1840; en 1841 se publicó una segunda edición con datos históricos en apoyo de la exactitud de los cálculos anteriores del período profético que se extiende hasta la caída del imperio otomano); el *Advent Shield and Review*, Vol. I (1844), No. 1, art. 2, pp. 56, 57, 59-61; J. N. Loughborough, "The Great Advent Movement," pp. 129-132 (ed. de 1905); J. Litch, artículo en el *Signs of the Times, and Expositor of Prophecy*, agosto 1°. de 1840. Véase además el artículo en el *Signs of the Times, and Expositor of Prophecy*, febrero 1°. de 1841.

Página 390. NEGANDOLE LA BIBLIA AL PUEBLO.— En cuanto á la actitud de la iglesia católica romana en el asunto de la circulación de las Sagradas Escrituras, en idiomas vulgares, entre el pueblo, véase "Diccionario de ciencias eclesiásticas" y "Catholic Encyclopedia," art. Biblia; además G. P. Fisher, "La Reformación," cap. 15, párs. 13, 14, pp. 456-457; L. F. Bungener, "Histoire du Concile de Trente," lib. 2, cap. 9-12 (ed. de París, 1847, Vol. I, pp. 151-169); cardenal Gibbons, "The Faith of Our Fathers," cap. 8 (49a. ed., 1897, pp. 98-117); G. H. Putnam, "Books and Their Makers during the Middle Ages," Vol. I, parte 2, cap. 2, párs. 49, 54-56.

Página 424. VESTIDOS DE ASCENSIÓN.—La especie de que los adventistas hicieron vestidos para subir “al encuentro del Señor en el aire,” fué inventada por los que deseaban vituperar la causa. Fué propagada de modo tan ingenioso que muchos se la creyeron; pero una investigación probó su falsedad. Durante muchos años se ha ofrecido una buena gratificación al que probara la efectividad del aserto, pero nadie lo ha probado aún. Nadie que amara la venida del Señor hubiera sido tan poco conocedor de las Escrituras para suponer que para semejante ocasión fuesen necesarias vestiduras que pudieran ellos hacer. La única vestidura que han de necesitar los santos para ir al encuentro del Señor es la justicia de Cristo. Véase Apocalipsis 19:8.

Página 424. LA CRONOLOGÍA DE LA PROFECÍA.—El Dr. Jor. Bush, profesor de hebreo y de literatura oriental en la universidad de Nueva York, en carta que dirigiera al Sr. Miller, y que se publicó en el *Advent Herald, and Signs of the Times Reporter*, de Boston, Nos. del 6 y 13 de marzo de 1844, hizo algunas importantes declaraciones respecto á sus cálculos de los tiempos proféticos. Dice el Dr. Bush:

“Me parece que no hay por qué censurarle á usted ni á sus amigos, por haber, dedicado mucho tiempo y atención al estudio de la *cronología* de la profecía, y por haberse afanado tanto en determinar las fechas del principio y fin de los grandes períodos de ésta. Si períodos fueron efectivamente dados por el Espíritu Santo en los libros proféticos, lo fueron sin duda con el fin de que *fuesen* estudiados y probablemente también de que concluyeran por ser del todo entendidos; y á nadie se le debe tachar de insensata presunción porque con toda reverencia trate de hacerlo. . . . Al tomar un *día* como término profético de un *año*, creo, que os mantenéis en el terreno de la más sana exégesis, apoyados además por los grandes nombres de Mede, Sir Isaac Newton, Kirby, Scott, Keith, y una legión más que hace mucho tiempo han llegado á conclusiones idénticas á la vuestra en esta materia. Todos ellos concuerdan en que los períodos principales mencionados por Daniel y Juan terminan efectivamente *hacia nuestra época contemporánea*, y rara lógica sería la que os condenase por sostener los mismos puntos de vista que tanto resaltan en los escritos de aquellos eminentes teólogos.” “Vuestros resultados en este campo de investigación no me parecen tan errados que afecten uno solo de los grandes intereses de la verdad y del deber.” “Os habeis equivocado del todo en lo relativo á *la naturaleza de los acontecimientos* que deben desarrollarse al fin de estos períodos. Esta es la causa primordial de la irritación causada por vuestra exposición.”

Página 450. FECHAS PROFÉTICAS.—Véase nota para la página 377.

Página 487. UN TRIPLE MENSAJE.—Apocalipsis 14:6, 7, predice la proclamación del mensaje del primer ángel. Luego dice el profeta: “Y

otro ángel, el segundo, le siguió, diciendo: ¡Caída, caída es la gran Babilonia, . . ! Y otro ángel, el tercero, les siguió." La palabra traducida aquí por "siguió," significa, en construcciones como la da este texto, "acompañar." Liddell and Scott interpretan la palabra como sigue: "*Seguir á uno, ir tras él ó acompañarle.*" Robinson dice: "*Seguir, ir con alguien, acompañarle.*" Es la misma palabra que se usa en S. Marcos 5:24: "Y Jesús fué con él; y le seguía una gran multitud, y le apretaba." Se emplea también al hablar de los ciento cuarenta y cuatro mil redimidos, de los que se dice: "Estos son los que siguen al Cordero por doquiera que vaya." Apocalipsis 14:4. De estos dos pasajes se desprende de modo evidente que la idea que se quiere expresar es la de ir juntos, acompañar. Así también en 1 Corintios 10:4, donde se habla de los hijos de Israel que "bebieron de aquella roca espiritual que les iba siguiendo," las palabras "iba siguiendo" son traducidas de la misma palabra griega, y en el margen de algunas Biblias se traduce por "les acompañaba." De lo cual se desprende que la idea en Apocalipsis 14:8, 9, no es simplemente que el segundo y tercer ángel siguieron al primero en cuanto al tiempo, sino que le acompañaban. Los tres mensajes son sólo un triple mensaje. Son tres sólo en el orden de su proclamación pero luego que hubieron sido proclamados, siguen juntos, y son inseparables.

Página 498. SUPREMACÍA DE LOS OBISPOS DE ROMA.— Algunas de las circunstancias capitales relacionadas con la apropiación de la supremacía por los obispos de Roma, halláanse descritas en Mosheim, "Histoire Ecclésiastique," siglo 2, parte 2, cap. 4, sec. 9-11. Véase además G. P. Fisher, "History of the Christian Church," período 2, cap. 2, párs. 11-17 (ed. de 1890, pp. 56-58); Gieseler, "Lehrbuch der Kirchengeschichte," período 1, div. 3, cap. 4, sec. 66, pár. 3, inclusiva nota h (3a. ed. de Bonn, 1831, Vol. I, pp. 290-294); J. N. Andrews, "History of the Sabbath," pp. 276-279 (3a. ed. rev.).

Página 630. EDICTO DE CONSTANTINO.— Véase nota para la página 60.

Página 635. LA IGLESIA ABISINA.— Respecto á la observancia del Sábado bíblico en Abisinia, véase A. P. Stanley, "Lectures on the History of the Eastern Church," conferencia 1, pár. 15 (ed. de Nueva York, 1862, pp. 96, 97); M. Geddes "Church History of Ethiopia," pp. 87, 88, 311, 312; Gibbon, "Histoire de la Décadence et de la Chute de l'Empire Romain," cap. 47, párs. 37-39; Samuel Gobat, "Journal of Three Years' Residence in Abyssinia," pp. 55-58, 83, 93, 97, 98 (ed. de Nueva York, 1850); A. H. Lewis, "A Critical History of the Sabbath and the Sunday in the Christian Church," pp. 208-215 (2da. ed. revis.).

Página 637. DICTADOS DE HILDEBRANDO.— Véase nota página 65.

Anotaciones sobre la Biblia halladas en el texto

GÉNESIS	DEUTERONOMIO	SALMOS
1:2 717	4:6 247	1:1-3 532
2:1-3 507	28:56, 57 38	6:5 602
2:2, 3 59	29:29 372	8:5 565
3:1 586	30:15 599	9:5, 6 600
3:2-5, 19 587	2 SAMUEL	11:3 489
3:4, 5 618	13:39 593	11:6 731
3:5 610	1 REYES	14:1 320
3:15 559	18:17 114	16:4 357
3:24 589	18:17, 18 648	19:7 522
6:5, 11 599	2 REYES	25:14 359
15:1 95	6:17 223	27:5 692
22:9, 12, 16-18 ... 23	19:35 566	30:5 400
32:24-30 674	1 CRÓNICAS	34:7 567, 690
32:30 680	21 23	37:10 600
ÉXODO	28:12, 19 28	37:29 733
5:2 314	2 CRÓNICAS	37:38 596
20:8-11 486	32:21 566	40:8 520
20:10, 11 489	36:15, 16 24	46:1-3 697
25:8 464	ESDRAS	48:2 21
25:9, 40 465	3:12 28	50:2-4 347
31:17 489	7:12-26 375	50:3, 4 700
32:33 537	NEHEMÍAS	50:6 697, 708
34:6 24	4:10, 14 64	51:17 638
34:6, 7 .. 555, 596, 685	8:10 531	53:5, 6 129
LEVÍTICO	13:14 535	56:8 535
10:17 470	JOB	73:11 319
16:8, 21, 22 471	1:6 572	76:2 28
16:16, 19 471	1:9, 10 567	78:68, 69 28
16:17 481	9:2 299	80:8 24
16:21 716	11:7 393	84:11 732
16:22 539	14:10-12, 21 605	90:2 533
16:29-34 451	19:25-27 347	91:2-10 688
17:11 470	38:6, 7 507	95:6 489
19:31 613	38:7 565	96:5 489
20:27 613	42:6 524	96:11, 13 347
NÚMEROS		97:11 576
14:34 373		103:19-21 566
23:8, 10, 20, 21, 23 584		106:28 612
24:9 584		109:5 25
25:1-3 612		111:7, 8 334, 486
		112:4 395
		115:17 602
		119:11, 18 658
		119:45 519

33:7-9	512				
33:8, 9	379				
33:11 ...	691, 685, 700				
DANIEL					
5:27	545				
7:2	492				
7:9, 10	533				
7:10	466, 566				
7:13	476				
7:13, 14	533				
7:14	479				
7:22	719				
7:25	59, 62, 498				
7:27	396				
8:14	461				
9:15, 18, 20	524				
9:22, 23, 25-27	374				
9:25	360				
10:8, 11	524				
12:1	535, 671				
12:2	695				
12:4	406				
OSEAS					
2:19	431				
4:1, 2 6	68				
6:3	669				
8:1, 2	357				
12:4	675				
13:9	42				
14:2	42				
JOEL					
1:10-12, 17-20 ..	687				
2:1, 12, 13, 15-17	358				
2:11	357				
2:23	669				
2:26	400				
2:31	356				
AMÓS					
3:7	372				
5:20	357				
8:3, 11, 12	687				
ABDÍAS					
16	600				
MIQUEAS					
3:9-11	32				
3:12	33				
4:8	538, 733				
5:2	360				
7:8, 9	395				
NAHUM					
1:3	685			11:5	24
1:9	568			11:28	25, 83, 625
2:10	699			11:29, 30	544
HABACUCO					
1:13	357			12:22	570
2:2	576			12:36, 37	536
3:3, 4	699			13:30, 38-41	369
3:3, 4, 6	347			18:10	567
3:4	732			20:27	65
3:8, 10, 11, 13 ..	348			21:5	110
3:17, 18	688			21:8-16	417
SOFONÍAS					
1:2	357			21:9	454
1:13, 18	358			22:12	139
1:15, 16	358			22:11	480
AGGEO					
2:3, 7, 9	28			23:4	625
ZACARÍAS					
2:8	684			23:37	26
3:2	538			23:38	29, 483
4:6	249, 583			24:2, 3	30
6:13	468			24:3, 33, 42-51 ..	421
9:9	456			24:9, 21, 22	45
14:4, 5, 9	721			24:15	390
14:12, 13	715			24:15, 16	31
MALAQÚAS					
2:17	613			24:22	312
3:1	476			24:23-26	579
3:2-4	477			24:24-27, 31	683
3:5	478			24:27, 30, 31	370
3:16	535			24:29	44, 382
3:17	692			24:30, 31	43
3:18	698			24:33	44, 383
4:1	558, 731			24:35	32
S. MATEO					
4:19	184			24:36	421
5:17, 18	520			24:39	388, 545
5:17-19	499			25:5-7	449
5:18	486			25:21, 41	605
7:2	35			25:31	370, 683
7:7	583			25:31, 32	348, 396
7:16	518, 574			25:31-34	371
8:11	479			25:40	86, 726
10:5, 6	376			26:64	701
10:18-20	123			27:25	38
10:23	210			27:42	688
10:32, 33	537			27:42, 43	701
10:34	53, 139			28:3, 4	566
S. MARCOS					
				28:20	400
				1:14, 15	376
				1:15	394
				2:28	499
				5:9	568
				7:26-30	570
				9:17-27	570
				12:24	657
				13:1	30
				13:24	353
				13:24, 26	44
				13:24-26	351
				13:33	545

FILIPENSES		HEBREOS		3:3, 4 420
1:12	235	1:6	556	3:9 54
2:12, 13	523	1:14	565	3:10 731
3:13, 14	523	2:11	531	
3:21	451	2:14	558	1 JUAN
4:3	534	2:18	468	1:7 82
4:4	531	3:19	510	2:1 468, 536
COLOSENSES		4:15	468	2:4, 5 526
1:9-11	530	4:16	396	3:4 521
1:16	547	6:18, 19	399	3:6 526
1 TESALONICENSES		6:19, 20	473	5:3 488, 521
4:3	522	6:20	543	5:4 531
4:14	605	7:25	536	
4:15, 16	348	8:1, 2	465	S. JUDAS
4:16, 17	370, 683	8:5	466, 470	3 58, 73
4:16-18	349, 604	9:1-5	463	6 719
5:2-5	44, 422	9:9, 23	466	6, 14, 15 604
5:4, 5	363	9:12	473	14, 15 346, 478
5:16-18	531	9:22, 23	470	24 705
5:23	522, 527	9:24	466, 472, 536	
2 TESALONICENSES		9:28	363, 539	APOCALIPSIS
1:8	476	10:29	659	1:1-3 390
2:3	406, 496, 509	10:32	46	1:5, 6 468, 704
2:3, 4	627	10:35-39	459	1:7 348, 683, 695
2:3, 4, 7	56	11:6	83, 488	1:9 87
2:4	61	11:14-16	733	1:13-15 682
2:7	61, 435	11:26	512	1:17 524
2:8	44, 369, 636	11:35	47	2:10 47
2:9, 10	609	11:36-38	46	2:17 704
2:9-11	440, 496	12:14	596	3:1, 3 357
2:10, 11	616	12:22	566	3:3 422, 545
2:10-12	483, 578	SANTIAGO		3:4 538
2:12	441	1:25	519	3:5 537
1 TIMOTEO		2:8	519	3:7, 8 482, 487
2:3-6	306	2:10	639	3:10 616, 617, 677
3:1, 13	369	2:12	536	3:21 468
4:1	496	2:14-24	525	4:5 466
6:20	576	3:15	610	4:11 489
2 TIMOTEO		1 PEDRO		5:11 566
1:10	588	1:10-12	393	5:12 730
3:1-5	496	1:25	399	5:13 600, 737
3:9	320	2:6	225	6:12 351
3:12	54, 561, 666	2:11	527	6:12-17 44, 383
3:16	372	3:3, 4	515	6:13 382
4:3	653	3:12, 13	584	6:15-17 700
TITO		4:17	534	7:9 723
2:11	306	5:8	564	7:10, 12 709
		2 PEDRO		7:14 480
		1:5-10	524	7:14, 15 707
		1:19	359	7:16, 17 708
		1:21	372	8:3 467
				11:2-11 311
				11:4 312
				11:5 313

11:11	332	14:6, 9	359	19:11, 14, 16	699
11:12	333	14:8	431, 592, 661	20:1-3	716
11:15	348	14:9, 10	490, 663, 686	20:4-6	719
11:19	467, 485	14:9-11	652	20:6	600, 732
12:6	62	15:2	707	20:11, 12	724
12:10	574	15:2, 3	502	20:12	534, 604
12:12	681	15:3	707, 727	21:1	732
12:17	650	15:4	729	21:2	479
13:2	61	16:2-6, 8, 9	686	21:3	735
13:3	635	16:13, 14	618	21:4	734
13:5-7	62	16:14	612	21:6, 7	596
13:8	636	16:17	694	21:9, 10	479
13:11	491	16:18, 19, 21	695	21:11, 24	735
13:11-14	494	17:2	592	21:22	735
13:11-16	635	17:4-6, 18	432	21:27	528, 535
13:13	670	17:15	492	22:5	735
13:13, 14	609	18:1, 2, 4	661	22:11	545, 671
13:16	502, 662	18:3, 15-17	711	22:12	474
13:16, 17	497	18:4	441	22:14	519
14:1-5	707	18:5	662	22:14, 15	596
14:1-10	491	18:5-10	711	22:18, 19	313
14:6, 7	405	19:9	479	22:20	349

Índice General Alfabético

- Abél, Aborrecido por Caín, 52.
el Sábado guardado por, 505.
- Abisinia, los viajes de Wolff en, 410.
iglesias cristianas en, 634.
- Abismo, representa la tierra desolada, 717.
la bestia que sale del, representa el poder ateaista ejercido en Francia, 314, 332.
- Abogado, véase Cristo.
- Abraham, promesa mesiánica hecha á, 23.
intercede por Sodoma, 483.
el Sábado el guardado por, 505.
misión de los ángeles ante, 566.
- Acusador, Satanás es el, 446, 538.
- Acusadores de los hermanos, agentes de Satanás, 573, 574.
- Adams, Juan Quincey, 411.
- Adán, promesa de redención á, 397.
el Sábado es guardado por, 505.
tentación y caída de, 586-589, 724.
la estatura de, 703.
el arrepentimiento de, 706.
redimido, 703.
encuentro de los dos Adanes, 705.
dicha de, en la Nueva Jerusalén, 706.
- Adoración, á la bestia véase Bestia á manera le leopardo.
á la razón, 207, 320, 321.
á Dios, prohibida en Francia, 319.
libertad de, véase Libertad Religiosa.
- Advenimiento de Cristo, tipos del, 450, 451.
véanse también, Primer advenimiento; Segundo Advenimiento.
- Adventistas, origen de los, 379, 380, 384.
oposición á los, por las iglesias, 386, 387.
desengaño de los, en 1844, 377, 400, 401, 424, 442-445, 454-460.
acusados de infidelidad, 385.
equivocación de los, 402.
persecución de los, 423.
línea de conducta de los, en los días de Miller, 425.
unión entre los, 430.
se retiran de las iglesias, 425, 426, 441.
prueba y fe de los, 442, 443, 454-460.
la parábola de las diez vírgenes aplicada á los, 444, 445, 449-454.
escudriñan las Escrituras cuando había pasado el tiempo, 442.
fanatismo entre los, 486, 487.
clamor á media noche de los, 451-455, 475.
el asunto del santuario estudiado por los, 463-467, 482, 506.
- Adventistas — *continuo*.
la ley de Dios, estudiado por los, 486, 487.
actitud de los, con respecto á la luz, 508-513.
véanse también Mensaje del primer ángel; Profecía; Profecías; Adventistas del Día Séptimo; Señales.
- Adventistas del Día Septimo, 461-474.
proclamación de la amonestación final por los, 661-670.
véanse también Ley; Pueblo de Dios; Sábado; Santuario; Mensaje del tercer ángel.
- Afectos, los naturales, destruidos por el sistema monástico, 91, 92.
uno de los medios empleados por Satanás para hacer caer á los hombres en sus lazos, 655.
- África, los cristianos en, 71, 72, 634, 635.
los viajes de Wolff en, 410.
- Agripa, 178.
- Aguas (las) ó el mar, como un símbolo, 492.
- Albigenses, refugiados en Bohemia, 107, 316.
véase también Valdenses.
- Aleandro, delegado del papa, 146, 159-163, 175, 176, 182.
- Alemania, primeros misioneros en, 70.
progreso de la Reforma en, 132-183, 198-225.
predicación de la doctrina del advenimiento en, 413.
- Alleine, obra de, en Inglaterra, 297.
- América, descubrimiento de, por Colón, 254.
- Amnón, un ministro universalista habla de la suerte de, 592-594.
- Amonestación, último mensaje de, 359, 441, 484, 487, 662-670.
proclamada en todo el mundo, 44, 663.
acerca del juicio final, 402.
repudiación de la, 425-441.
contra el culto á la bestia, 497.
más terrible dada á los hombres, 502.
será considerada por los gobernantes del mundo, 669.
véase también Mensaje del tercer ángel.
- Amonestaciones, importancia de las, 652.
- Ananías y Saffra, 50.

- Angel, buscando los que esperaban el primer advenimiento de Cristo, 361, 362.
- Angel de la guarda, enviado á proteger á cada uno de los discípulos de Cristo, 566, 567.
- Ángeles, buenos, dan noticia del nacimiento de Cristo, 53, 361. registro de las persecuciones hecho por los, 67, 69. observan el efecto del aviso con respecto al segundo advenimiento, 423. protegen á los creyentes adventistas después del desengaño, 424. obra de los, durante el clamor de media noche, 453. no son los espíritus de los que han muerto, 565. obra de los, como anotadores, 536, 540-542. número, poder, y obra de los, 565-569, 688-691. amparo ejercido por los, 566, 567, 688-691. hacen recordar la verdad cuando es necesario, 658. acompañarán á Cristo en el segundo advenimiento, 699. oradores en las asambleas nacionales, 670.
- Ángeles, malos, intervención de los, 449, 565-571. poder de los, 672. cuando han de ser juzgados, 719. véanse también Espíritus; Espiritismo.
- Aniquilamiento, 366.
- Anticristo, reconocido por Wicleff, 96; por Lutero, 152, 155. el espíritu del, en las iglesias protestantes, 494. véase también Papado.
- Antediluvianos, amonestaciones desoídas por los, 387, 388.
- Antinomianismo, errores del, 305.
- Apocalipsis, libro del, estudiado por Miller, 368. es un libro que puede ser comprendido, 390, 391. relación del, en el libro de Dániel, 391.
- Apostasía, del antiguo Israel, 25, 26. de la iglesia primitiva, 56-58. la gran, 48-52, 332, 335, 345, 435, 440, 495, 627, 677. de las iglesias protestantes, 433-441, 495-497. preparó el camino para el papado, 495. en los últimos días, 496. véase también Babilonia.
- Árabes, creencia de los, en la segunda venida de Cristo, 412. los viajes de Wolff entre los, 411, 412.
- Árbol de la vida, 587.
- Arca del pacto de Dios, vista en el santuario celestial, 485. tablas de piedra en la, 485.
- Arco Iris, aparecerá en tiempo de angustia, 694.
- Ardides de Satanás, véanse Satanás; Asechanzas de Satanás.
- Arias, García de, 270.
- Armenia, los cristianos en, 72.
- Arrepentimiento, 522.
- Arnault, Sofía, 315.
- Artajerjes, decreto de, para restaurar y reedificar á Jerusalén, 375, 462.
- Ascensión de Cristo, 490.
- Asechanzas de Satanás, 572-585. en los negocios del mundo, 573. sensualidad, 573. apelando á los apetitos, 528. negligencia en la oración, 6 en el estudio de la Biblia, 573, 579. acusando á los hermanos en Cristo, 573. miembros de la iglesia no convertidos, 574. teorías falsas, 574, 578. desvirtuando y pervirtiendo las Escrituras, 575. libertad de creencias religiosas, 576. indagaciones científicas, 576. especulaciones imprudentes, 577. el espiritismo, 578. negar la preexistencia de Cristo, 578. falsas enseñanzas acerca del segundo advenimiento, 579.
- Asia, los viajes de Wolff en, 410-412.
- Asociaciones, influjo de las, 562, 563.
- Ateísmo, definición del, 314. en Francia, 314, 315, 319-321, 331, 641.
- Atkins, Roberto, sobre la decadencia espiritual en Inglaterra, 438.
- Augsburgo, juicio de Lutero en, 148-150. dieta de, 221, 222. confesión de los príncipes protestantes en, 221, 226.
- Baal, 640.
- Babilonia, símbolo de la religión apóstata, 78, 431-434, 440. la caída de, 433-441. mucho pueblo de Dios en, 433, 440. el gran pecado de, 438. doctrinas falsas de, 438-441, 591, 592. mensaje al pueblo de Dios en, 661, 662. pecados de, revelados por la proclamación del mensaje del tercer ángel, 663, 664. juicios que recaerán sobre, 711. véanse también Apostasía; Iglesia; Papado; Iglesia Católica Romana.
- Baden, conferencia de, 195-197. resulta de ahí un gran impulso á la causa protestante, 197.
- Balaam, 584.

Barnes, reformador Inglés, 292.
 Basilea, Suiza, 186, 191.
 Batalla, la última gran, 721, 722, 730, 781.
 Bautismo, prohibido en Francia, 319.
 el, de Cristo, 375.
 Baxter, obra de, 297.
 creencia de, en el segundo advenimiento, 350, 351.
 Beecher, Carlos, acerca de los credos, 439.
 acerca del estado del clero protestante en los Estados Unidos, 496, 497.
 Belén, historia de, 361-363.
 Bélgica, los escritos de Lutero circulados en la, 152.
 Bengel, proclama el segundo advenimiento en Alemania, 413, 414.
 Berna, Zuinglio en un convento de, 185, 186.
 Berquin, Luis de, obra de, martirio de, 230-234.
 Bestia á manera de leopardo, del Apocalipsis, interpretación de la, 491, 495.
 características de la, 498.
véase también Bestias.
 Bestias de las profecías, interpretación de las:
 el dragón, 490.
 el leopardo, 491, 495-497.
 la bestia de dos cuernos, 491-494, 497.
 la bestia del abismo, 313, 332.
véanse también Profecía; Profecías.
 Beza, 231.
 Biblia, la, sistema de verdades reveladas, 369.
 carta magna de libertad, 343, 385.
 conservación de, al través de los siglos de obscurantismo, 77, 88.
 nuestra guía, 72, 217-219, 575.
 inmutabilidad de, 74.
 poder de, para protegernos en la hora de peligro, 411.
 plano de la verdad, 656.
 se interpreta á sí misma, 103, 186, 371, 656, 657.
 armonía de, 378.
 la historia contenida en, es fidedigna, 577.
 como se debe estudiar, 145, 186, 187, 368, 369, 575, 656, 657.
 resultados del estudio de, 81, 88, 104, 209, 210, 219, 227, 229, 230, 237, 322, 323, 585, 617, 629, 651-660.
 aprendizaje de memoria de, 75, 207.
 estudio de, por Miller, 367-379; por los adventistas, 457-460.
 el pueblo puede entenderla, 68, 99, 208, 209, 290, 291, 368, 391.
 ignorancia de, entre el pueblo, 68, 109, 209, 391; entre el clero católico romano, 209.

Biblia — *continuo.*

esfuerzos de Satanás contra, 219, 580, 651, 653.
 tenuta en poco, 639, 640.
 supresión de, por el papado, 58, 77, 207, 390, 439; por los protestantes, 390, 426.
 resultados de la supresión, 63, 68, 643, 644.
 resultados de rechazarla, 518, 580-582, 643, 644, 656.
 influencia de la, en España, 256, 257.
 guerra á, en Francia, 310-334.
 los dos testigos de Dios, interpretación de, 311-314, 332, 333; honor tributado á, 333, 334.
 teorías falsas respecto á la, 576-578, 591-593.
 negada por los espíritus malos, 613, 614.
 reemplazada por manifestaciones espiritistas, 614.
 ridiculizada, 617.
 autoridad de, abogada por Wicleff, 90; reconocida por los valdenses, 76; por Hus, 112, 133; por Lutero, 138, 145, 179; por Zuinglio, 186, 190; por Ecolampadio, 197; por los príncipes alemanes, 218; por Calvino, 236; por los holandeses, 281; por Tyndale, 289; por todos los principales reformadores, 217, 218, 293; por Miller, 367; por los protestantes, 500.
 como norma de fe y de conducta, rechazada, 51; aceptada por los valdenses, 73, 293; por Wicleff, 293; por Hus, 299; por Lutero, 132, 293; por Zuinglio, 186, 293; por los príncipes alemanes, 219; por los Padres peregrinos, 343; por todos los protestantes 219; por Miller, 448; por el pueblo de Dios en los postreros días, 653.
 traducciones de, por los valdenses (en francés), 73; por Wicleff (en inglés), 89, 90, 96-99, 289; por Lutero (en alemán), 207; por Lefevre (en francés), 230; por Juan Perez (en España), 272; en holandés, 281; en danés, 285; en sueco, 287; por Tyndale (en inglés), 289-292.
 circulación de, 80, 98, 109, 207, 208, 247, 249, 255, 272, 291, 333, 334, 345, 361.
 copiada á mano, 77, 98.
véanse también Profecía; Dos Testigos.
 Bohemia, el evangelio establecido en, 107.
 asilo de los valdenses y albigenses, 107.
 bula del papa prohibiendo el culto público en la lengua bohemia, 107.
 la Biblia en, 109.
 caricatura de Cristo y el papa, por dos artistas en, 110.
 progreso del evangelio en, después la muerte de Hus, 126.

- Bohemia — *continuo*.
 cruzadas contra, y su milagrosa derrota, 116, 117.
 persecución de los husitas en, 130, 299.
véanse también Hus; Jerónimo.
- Bokhara, los viajes de Wolff en, 410, 411.
- Britanos, el cristianismo primitivo entre los, 70.
 Roma trata de subyugar á los, 71.
véanse también Inglaterra; Gran Bretaña.
- Brock, Mourant, 412.
- Bulas, papales, para exterminar á los valdenses, 85, 86.
 contra Wicleff, 95.
 contra Lutero, 154; quemada por Lutero, 155; publicadas, 160.
 para establecer la Inquisición, 252.
- Bunyan, Juan, 297.
- Cafn, odio de, para con Abél, 52.
 la vida de, porque se le perdono, 599.
- Calvario, los gajes del pecado dados á conocer en el, 397, 558, 595.
 el carácter de Satanás puesto de manifiesto en el, 555-557.
- Calvino, educado para el sacerdocio católico, 236.
 conversión de, al protestantismo, 235-237.
 trabajos de, en Ginebra, 249, 253.
 no estuvo libre de errores, 253.
 creencia de, en la segunda venida de Cristo, 350.
- Cantinas, cerradas como resultado de las predicaciones de Miller, 381.
- Carácter, del día del juicio final, 480, 533.
 de Dios, tergiversado por Satanás, 569; por el papado, 569.
- Caridad, las monjes pretendían que Jesús se había sostenido por, 93.
 falsa, 628.
- Carlos V, 158, 249, 254-256, 282.
 se niega á recibir la luz, 177, 178.
 en la dieta de Spira, 211, 212.
 en la dieta de Augsburgo, 221, 222.
 abdicación de, 226.
 imperio de, erigido sobre la tumba de la libertad, 256.
 libros elegidos por, en su vida privada, 269.
- Carlos IX, 317.
- Caricatura, de Cristo y del papa, 110.
- Carranza, Bartolomé de, 255.
- Carta Profética, 443.
- Casas, usadas por los protestantes son demolidas y la tierra sembrada con sal, 276.
- Castigo, de los ricos, 711, 712.
 de los pastores de mala fe, 712-715.
 de Satanás, 716-718.
 de los pecadores, 724, 731.
- Castilla, sublevaciones en los pueblos de, contra la opresión, 256.
- Catacumbas, refugio de los cristianos perseguidos, 46.
- Catolicismo, *véanse* Iglesia Católica Romana; Papado, Papa; Jesuitas.
- Católicos, condiciones entre los, profundo anhelo por la Reforma, 255.
- Cazalla, Dr. Agustín, 265.
 encarcelamiento y ejecución de, 275.
- Ceguedad de los judíos, respecto del primer advenimiento, 428.
 del pueblo de esta generación, 617, 618.
- Cena del Señor, suplantada por la misa, 67.
- Cestio, retirada de, de Jerusalén, 36, 37.
- Cielo, pureza y santidad del, 598.
 los rebeldes no podrían ser felices en el, 598.
 santuario en el, *véase* Santuario.
- Ciencia, indagación por la, algunas veces es artimaña de Satanás, 576, 577.
 falsa, preparando camino para el papado, 629.
 no es verdadera base de creencias religiosas, 653.
- Ciento cuarenta y cuatro mil, cántico de los, 707, 708.
- Ciro, decreto de, para restaurar y reedificar á Jerusalén, 375.
- Clamor de la Media Noche, 449-460, 478, 479.
 poder impulsor del, 453.
- Clero, *véase* Ministros.
- Coacción, Satanás recurre á lá, 649.
- Colegio de la propaganda, Roma, 408.
- Colón, descubrimientos de, 254.
- Colportores, en la época de Wicleff, 96.
 en la época de la Reforma, 191, 208, 247.
véanse también Biblia, circulación de la; Literatura; Escritos.
- Columban, 70, 293.
- Conciencia, Roma no tiene derecho para forzar la, 215.
 libertad de, 649.
véanse también Libertad; Libertad Religiosa.
- Conciencia del deber, consecuencias de acallar la, 428, 429.
- Concilios, eclesiásticos, 60.
 decretos falsificados de los, 63.
 de Constanza, 106, 114-126.
 de Niza, 59.
 de Zurich, 194, 195.
- Confesionario, malas consecuencias del, 83, 92, 108, 623.
- Confianza en Dios, necesidad de la, 587.
- Conflicto, inminente, causas del, 639-650.
 entre la verdad y la mentira, 157.
 entre Cristo y Satanás, el principio del, 547-554, 639; el fin del, 572, 639-650, 720-737.

- Consciente, estado, de los muertos, teoría de, 66, 600, 601.
véase también Espiritismo.
- Consolador, obra del, 658.
- Constantino, la conversión nominal de, 57.
primera ley sobre el Domingo, expedida por, 630.
- Constanza, martirio de Hus y Jerónimo en, 120, 128.
véase también Concilio de Constanza.
- Convenio, los primeros cristianos incitados á entrar en, con los paganos, 48, 49.
entre el cristianismo y el paganismo, 56, 57, 345.
de los Bohemios con Roma, 129.
Lutero incitado á entrar en, con Roma, 189.
retractación del, de Spira, 213.
entre protestantes y católicos, 213, 623.
- Constitución de los Estados Unidos, 342, 493, 494.
- Conversión, frutos de la verdadera, 516, 531, 532.
obra de, 518, 520.
- Cordero Pascual, Cristo representado por el, 450.
- Coronación de Cristo, 724.
- Corrupción política, 644, 649, 650.
- Cortés, 254.
- Cranmer, 292.
- Creación, el Sábado es una institución conmemorativa de la, 489, 490, 498, 504.
- Credos, el apoyo de la fe en los, 439.
- Creyentes, fin del retraimiento de los, en Valladolid, 263, 264.
- Criminales, falsa compasión hacia los, 643.
- Cristianismo (el), atacado por el paganismo, 45.
unión de, con el paganismo, 49.
véase también Religión.
- Cristianos, huida de los, de Jerusalén, 36.
persecución de los, durante los primeros siglos, 45-55.
progreso del evangelio á consecuencia de la persecución de los, 48.
decadencia espiritual de los, 356-358.
rechazan el anuncio de la segunda venida de Cristo, 388.
verdaderos, en todas las iglesias, 440, 501, 517, 621.
serán divididos en dos clases, 502.
satisfechos con la religión de sus abuelos, 506.
rechazan la verdad respecto del Sábado, 506.
se abandonan á los placeres, 527-529.
bendiciones concedidas á los verdaderos, 530.
- Cristianos — *continuo*.
alturas á que pueden llegar, como hijos de Dios, 530, 531.
el carácter y la obra de Satanás no son comprendidos por los, 561, 562.
han de velar y orar, 564.
bajo el amparo de ángeles tutelares, 566, 567, 571.
tienen necesidad de experimentar la verdadera religión, 659, 660.
véanse también Pueblo de Dios; Persecución; Redimidos; Religión; Libros de registro.
- Cristo, nacimiento de, 53, 360, 361.
lamentación de, ante Jerusalén, 22-27.
cuidado de, por Israel, 23-25.
obra de, en este mundo, 24, 25, 468, 469, 537.
rechazado por los Israelitas, 24, 25.
contempla la caída de Israel, 26.
la paz en la tierra debida á su poder represivo, 42.
sacrificio de, 395, 397.
entrada de, en el lugar santísimo del santuario celestial, 476-479.
ministerio de, 479-484; los cristianos en general ignoran el, 483; no fue comprendido por los adventistas en 1844, 481, 484.
abogado nuestro, 536-538.
obra de, en el juicio investigador, 536, 537.
lucha de, con Satanás, 555, 556.
la muerte de, reveló el verdadero carácter de Satanás, 556.
victoria de, contra la tentación, 564.
la divinidad de, 578.
ternura de, 625, 627.
rechazado, por los judíos, 653, 654.
ve la exaltación de la autoridad humana, 654.
remate de la obra de, en el santuario celestial, 477, 479-481, 671, 672.
segunda venida de, 346-364, 698-703.
aparición de, en la segunda venida, 699.
como le considerarán los redimidos, 710.
satisfecho con los frutos del sacrificio, 710, 729.
vuelve á la tierra al fin de mil años, 720.
coronación de, 724.
véanse también Primer advenimiento; Mesías; Segundo advenimiento.
- Cronología de las Escrituras, 371-377, 449-451, 461, 462, 476, 490-492.
véanse también Profecía; Profecías.
- Crosby, Howard, sobre el estado de las iglesias en 1871, 437.
- Cruz, enseña de la, ostentada por Roma, 625.
será la ciencia y el canto de los redimidos, 709.

- Cruzadas, contra los valdenses, 85.
contra los husitas, 127-129.
- Cuarto mandamiento, importancia del, 486, 487.
cambio del, por el papado, 59, 498-501.
contiene el sello de Dios, 698.
véase también Sábado; Ley de Dios; Sello.
- Cuerno pequeño de Daniel capítulo siete, 498.
- Culto de las imágenes, 59, 74, 498.
- Culto Religioso, 73.
prohibido en Francia, 319.
- Cultura, uso que Satanás hace de la, 563.
- Daniel, el primer advenimiento predicho por, 360.
ejemplo de verdadera santificación, 524.
protegido por los ángeles en la corte pagana y en la cueva de los leones, 566.
abrumado por la visión de la persecución, 374.
el libro de, estudiado por Miller, 368; desollado en 1798, 406; su relación con el Apocalipsis, 391.
- Darío, decreto de, para restaurar y reedificar á Jerusalén, 375.
- Deber de conservar nuestras fuerzas físicas en las mejores condiciones, 527, 528.
- Decálogo, *véase* Ley de Dios.
- Declaración de la Independencia en los Estados Unidos, 341, 342, 493, 494.
- Decretales, falsificadas para apoyar las pretensiones del Papado, 63.
- Decreto, para restaurar y reedificar á Jerusalén, 375-377, 450.
contra los secuaces de Wicleff, 99.
contra la Reforma, 212.
contra los Luteranos, 213, 214.
contra los que guardan el Sábado, 673, 684, 689.
véase también Edicto.
- Deistas, asociación de Miller con los, 366, 368.
efecto de su predicación sobre los, 381.
- Demonios, posesión de los, en los días de Cristo, 568-570.
véase también Espíritus malos.
- Denigración de sí mismo, 531.
- Denominaciones, efecto en las, de la predicación de Miller, 381.
Miller al principio no pretendía separarse de las, 425.
los Adventistas se ven obligados á separarse de, 426, 429.
Cristianos verdaderos en todas las, 501.
- Dependencia en Dios, necesidad que tenemos de la, 585.
en el hombre, peligro de, 439, 655.
- Desavenencia, la gran, *véase* Papas.
- Desengaño, de los discípulos, 395, 397.
de los Adventistas, 402-404, 424, 442, 444, 454-460, 475, 484.
de los discípulos y los Adventistas, comparados, 400, 455.
la voluntad de Dios cumplida en el, 403, 404, 442, 457.
- Desobediencia, resultado de la, 587, 588.
castigo de la, 588, 589.
- Despertamientos religiosos, modernos, 513-532.
resultados obtenidos en los, sinceros, 514, 515.
populares, 516, 517.
secreto de la falta de poder en los, 518.
- Destrucción, de Jerusalén, 21-44; comparada á la destrucción del mundo, 44, 711-719.
en tiempo de angustia, 695.
- Día del Señor, 44, 54, 358, 533.
véase también Fin del mundo.
- Día en vez de año, en la exposición profética, 373.
- Dieta, de Augsburgo, 221, 222; "el día más grande de la Reforma," 222.
de Spira, primera, 211; segunda, 212; decreto de la, contra la Reforma, 212, 213; protesta de los príncipes contra el decreto de la, 215-219.
de Worms, 158-181; Lutero ante la, 164-180.
véase también Conflicto.
- Dinamarca, Reforma en, 285.
- Dinero, Wesley referente al derecho sobre el uso del, 436.
como es derrochado por algunos que hacen profesión de ser discípulos de Cristo, 528, 529.
usado en ostentación y por egoísmo, 542.
- Dios, paciente para con Israel, 33.
clemencia de, 404, 549.
como Creador, 489, 490, 504.
sabiduría de, en su proceder respecto de la rebelión de Satanás, 551, 552.
carácter de, 555, 597.
cuidado de, para con su pueblo, 583, 585, 617, 679, 684, 685, 691, 692.
amor de, contrastado con la crueldad de Satanás, 626.
- Diosa de la Razón, 320, 321.
- Discípulos, hombres humildes, 184.
en el sitio de Jerusalén, 376.
incapacidad de los, para entender la predicción de Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén, 30.
desengaño de los, 395, 397, 404.
valor de los, después de la resurrección, 399.
comisión dada á los, 400.
- Diezmos, 529.
- Diez Virgenes, parábola de las, 444, 445, 451-454.

- Doctrina, la Biblia es la base de toda la verdadera, 138.
de predestinación, 305, 306.
tergiversada por Satanás, 345.
falsa, en las iglesias, 439.
fábulas amenas como, 577.
véanse también Indulgencia; Infalibilidad; Misa; Purgatorio.
- Doctrinas, falsas, de Roma, en las iglesias protestantes, 438, 439, 440.
- Domingo, declarado público día de fiesta, 60.
le fué dado el lugar del Sábado por Roma, 60, 61, 499.
origen de la observancia del, 61, 499-501.
las Escrituras no autorizan este cambio, 486, 487.
observancia del, una acto de homenaje á Roma, 494, 500, 501, 636.
no es el día del Señor, 499.
observancia forzosa del, en los Estados Unidos, 630.
primera ley encaminada á obligar la observancia del, 630.
milagros así llamados en justificación del, 631, 632.
la observancia del, en el futuro será forzada por la ley, 501, 630, 636, 650.
movimiento del, en Los Estados Unidos, 644.
acusaciones contra los que no observan el, 645, 647, 648.
manifestaciones espiritistas en favor del, 648.
será declarado sagrado por Satanás cuando aparezca diciendo ser el Cristo, 682.
véanse también Marca; Sábado.
- Dones, intelectuales, empleo de los, 563.
- Dos mil trescientos años, exposición de los, 373-377, 401, 402, 449, 461, 462, 469, 482, 509.
fin de los, señales referentes á la apertura del juicio de investigación, 475, 476, 540.
véanse también Miller; Profecía; Santuario.
- Dos Testigos, profecía acerca de los, 311-332.
véanse también Biblia; Escrituras.
- Dragón, el del capítulo doce del Apocalipsis, 490, 491, 716.
la voz del, oída en las primeras persecuciones, 86.
la bestia de dos cuernos habla como el, 493, 495.
- Duda, causa de la, 576, 578.
se está poniendo de moda, 580, 581.
como podemos librarnos de la, 581-583.
los jóvenes asaltados por la, 659.
véanse también Incredulidad.
- Eck, el Doctor, adalid de Roma, 196.
en la discusión de Baden, 197.
sobre la refutación de la confesión de Augsburgo, 223.
- Ecolampadio, carácter y obra de, 196, 197.
muerte de, 227.
- Edad Media, 55, 68, 74, 102, 613, 628.
- Edén, pérdida del, por Adán y Eva, 397, 586-588, 704.
restauración del, 346, 538, 706.
- Edicto, de Spira, 212.
de Worms, contra los luteranos, 181, 211, 215-217, 225.
- Eduardo III, Wicleff capellán de, 91, 94.
- Egipto, la más atrevida de las naciones en su oposición á Dios, 314.
espiritual, 314.
obra de José Wolff en, 410.
plagas de, 672, 686.
- Egridio, Dr., conversión de, 267.
éxito de, como predicador, 267, 268.
convertidos de, 268.
- Einsiedeln, Zuinglio en, 188, 190.
- Elector de Sajonia, *véanse* Federico; Juan.
- Elías, visitado por los ángeles, 566, 687.
acusaciones contra, 511, 574, 648.
idolatría en la época de, 640.
como reprobador, 664.
- Eliseo, protegido por los ángeles, 225, 566.
Miller comparado á, 379.
- Engaños, de Satanás, 206, 440, 572-585, 612.
el primero de los grandes, 586-606.
por qué tuvo tanto éxito, 561.
- Engreimiento, Lutero desviado del peligro de, 183.
peligro de, 524, 525, 548-553, 558.
- Enemistad, entre los hombres y Satanás, 559-564.
de los judíos contra Cristo, 560.
- Enoc, 346.
- Enrique IV, humillación de, 65.
- Entredicto, del papa, contra Praga, 111.
- Erasmo, versión greco-latina del Nuevo Testamento por, 289.
epístola de, á Berquin, 232.
- Erfurt, predicación de Lutero en, 165.
- Errores, aceptados por los que rechazan la verdad, 578.
enumeración de algunos grandes, 578-581.
véanse también Verdad; Asechanzas.
- Esau, Jacob se libra de, 674-676.
- Escalera de Pilatos, 137.
- Escandinavia, progreso de la Reforma en, 284-288.
proclamación del mensaje del advenimiento en, 416.
predicadores infantiles en, 416, 417.
- Escarnecedores, en tiempo de Noé, 387.
en tiempo de Miller, 388, 389, 455, 460.
en los últimos días, 617, 693, 701.
- Escocia, un refugio para los cristianos perseguidos, 70.
persecuciones en, 294, 295.
obra de Knox en, 294, 295.

- Escritos, de los cristianos, supresión de los en la Edad Media, 69, 70.
de Wicliff, 98, 99, 106, 293.
de Lutero, circulación de los, 146, 152, 153, 191, 208, 249; condensación de los, en Worms, 168-170; él rehusa retractarlos, 171-173; leídos ávidamente, 199, 208; traducidos al francés, 247; en las Países Bajos, 281; leídos por Tausen, 284; en Inglaterra, 293.
de Bunyan, 297.
de Flavel, 297.
de Baxter, 297.
de Miller, 384, 419.
de Lacunza, 414.
de Bengel, 414.
de Gausson, 416.
acerca del segundo advenimiento, 412.
véanse también Libros; Literatura.
- Escrituras, descubren los errores, 59.
estudio de las, 89, 90, 656, 657.
Wicliff pide la restauración de las, al pueblo, 90.
infallibilidad de las, 98, 293.
sistema popular de Wolff para la interpretación de las, 410.
estudio de las, peligro en la negligencia de las, 573, 575.
interpretaciones caprichosas de las, 574, 575.
una salvaguardia, 616, 651-660.
véanse también Biblia; Palabra de Dios.
- España, los escritos de los reformadores en, 152, 257, 258.
la Reforma en, 254-279.
establecimiento de la Inquisición en, 256.
obra de los valdenses en, 261.
propagación del protestantismo en, 263-268.
descubrimiento de los centros de la Reforma en, 272.
terremoto sentido en, 352.
- Espanoles, pueblo amante de la libertad, 255.
rehusan reconocer la supremacía de los obispos de Roma, 255.
supremacía papal reconocida por los, 255, 256.
- Especulación, humana, 138, 576.
- Espiritismo, 607-618.
una de las obras con más éxito de Satanás, 578, 609, 618.
convertidos en él, donde se encuentran, 618.
errores enseñados por él, 611-614.
conduce al exceso de la ostentación y el egoísmo, 611, 661, 662.
apareciendo con máscara de cristianismo, 614.
poder engañoso del, 615, 616.
las Escrituras una salvaguardia contra él, 616.
milagros serán forjados por medio del, 645-647.
- Espiritismo — *continuo*.
véanse también Angeles; Espíritus, malos; Satanás; Manifestaciones de los espíritus.
- Espíritu, cuando esta bajo el dominio de Satanás, 611.
- Espíritu de Dios, cuando será retirado de la tierra, 673.
véanse también Espíritu Santo; Pentecostés.
- Espíritu misionero, el espíritu de Cristo, 79.
- Espíritus, son juzgados por la Biblia, 448.
intervención de los, malos, 565-571.
comunión con los, prohibida, 613.
apoyan la observancia del Domingo, 648.
- Espíritus, malos, intervención de los, 565-571.
obra de los, 567.
esfuerzos de los, contra Cristo, 568, 569.
peligro de aquellos que niegan la existencia de los, 570.
arrojados por Cristo, 568-570.
obra y poder de los, en tiempo de angustia, 672.
véanse también Angeles, malos; Satanás; Espiritismo.
- Espíritu Santo, poder del, en las grandes dietas de España, 263.
obra del, 392, 516.
ayuda del, promesa a los que lo solicitan con sinceridad, 581.
véanse también Pentecostés; Espíritu de Dios.
- Estado, deber del, 215.
véanse también Iglesia y el Estado; Estados Unidos.
- Estados Unidos, asilo de los perseguidos, 297, 341, 342, 493, 494.
Whitefield y los Wesleys, misioneros en los, 297, 298.
libertad religiosa en los, 341-343.
el mensaje adventista proclamado en los, 381, 418.
incremento de la población de los, 342.
gobierno de los, 343.
día obscuro visto en los, 352-355.
caída de las estrellas vista en los, 381-383.
viaje de Wolff a los, 410, 411.
representados en las profecías por una bestia de dos cuernos, 491, 492.
elevación de los, 492-497.
rasgos característicos de los, 493.
la constitución de los, 494.
ha de expedir leyes opresivas, 494, 686.
movimiento respecto del Domingo en los, 644, 645.
véanse también Marca de la bestia;

Estados Unidos — *continuo*.
 Miller; Protestantes; Puritanos;
 Libertad Religiosa; Bestia de dos
 cuernos.

Esteban, 136.

Estrellas, caída de las, 382, 383.
véase también Señales.

Etiopía, los cristianos en, durante la
 Edad Media, 634.

Eucaristía, *véase* Misa.

Eusebio, acerca del Sábado, 630, 631.

Eva, la tentación de, 586-589.
 la mentira que Satanás de dijo á,
 618.

Evangelio, se opone á las máximas mun-
 danas, 53.
 la muerte de Hus redundo en el
 progreso del, 121.
 instalado, en Zurich, 193-195.
 acogido en Francia, 230.
 predicación del, encomendada á los
 hombres, 359, 369.
 primera difusión del, por los dis-
 cípulos, 376, 377.
 el hombre librado de condenación
 por el, 521.

Evangelistas, en España, Alemania, y
 Francia, 255.

Everett, Eduardo, 493.

Excomuni6n, de Hus, 111.
 de Lutero, 146, 154, 156, 160.

Expiaci6n, en la santuario terrenal, 471,
 472.
 verdades importantes que nos en-
 seña la, 472.
 en el santuario celestial, 450-453,
 472-474, 480-482.
 gran día de la, 544, 545, 681.

Ezequías, 546.

Falsificaciones en materias religiosas, 199,
 206, 517, 583.

Fanatismo, en la época de Lutero, 200,
 206, 447, 448.
 en la época de Pablo, 147.
 en la época de Wesley, 147.
 en las Países Bajos, 282.
 después del desengaño de 1844, 446-
 449.
 desaparece ante la proclamación del
 Clamor de la Media Noche, 451,
 452.
 obstáculo que todos los reformistas
 tuvieron que luchar, 447.

Fara6n, 295, 314, 320.

Farel, Guillermo, 228, 229.
 obra de, en Francia, 234.
 en Suiza, 246-248.
 en Ginebra, 248, 249.

Fariseos, ignorancia de los, acerca del
 Mesías, 361.

Fe, despertada por la predicaciones de
 Lutero, 146.
 esencial para el mantenimiento, de
 la ley, 48.

Fe — *continuo*.
 contraste de la, con los poderes es-
 tablecidos, 258.
 carencia de, en nuestros días, 424.
 características de la, 523-526.
 solo fe, sin obras, es una doctrina
 popular, 525.
 amplia evidencia para la, 582.
 necesidad de fomentar la, 679.
véanse también Justificación; Obras.

Fe, adventista, base bíblica de la, 461.

Federico, elector de Sajonia, amistad de,
 con Lutero, 151, 158, 178.
 en la dieta de Worms, 175.
 proyecta la huida de Lutero al cas-
 tillo de Wartburg, 181.
 carta de Lutero á, al abandonar
 Wartburg, 202.
 muerte de, 218.

Fernando, el rey, 216, 217, 220.

Fernando é Isabel, establecimiento de la
 Inquisición en España por, 256.

Filosofía, pagana en la iglesia, 66.
 humana, 138, 577.

Fin del mundo, 44, 720-737.
véase también Día del Señor.

Finney, C. G., profesor, acerca del apatía
 espiritual en las iglesias, 427.
 "Fin propuesto por el Señor," significado
 del, 404.

Fitch, Carlos, carta profética de, 443.

Flavel, obra de, en Inglaterra, 297.

Formalismo, en las iglesias cristianas,
 428.

Frailles mendigos, influencia de los, 91-94.
 encuentran la oposición de Wicleff,
 91-93, 97.
 venta de indulgencias por los, 140-
 142.
 en la época de Lutero, 209.

Francia, circulación en, de los escritos
 de Lutero, 152.
 Reforma en, 226-253.
 repudiación del evangelio en, 246.
 comparada á Sodoma, 315.
 ateísmo y libertinaje en, 315-319,
 641.
 matanza de San Bartolomé en, 317.
 persecución de los creyentes en, 107,
 316.
 condiciones en, durante la revoluc-
 ión, 324-333.
 proclamación del mensaje del adve-
 nimiento en, 414.

Francisco I, actitud de, hacia el evange-
 lio, 229, 238-240.
 admiración de, por Berquin, 231,
 232.
 condena la Reforma, 243-246.

Frith, 292.

Froment, obra de, en Ginebra, 249.

Gausson, obra de, en Ginebra, 414-416.
 enseñando á los niños, 416.

Gentiles, Pablo, apóstol de los, 377.

Getsemaní, 398.

- Gimenez, cardenal, ministró de Carlos V, 256.
 Ginebra, se establece la Reforma en, 248-250.
 asilo de los protestantes, 253.
 Gobernantes, corrupción entre los, 644.
 Gobernantes civiles, véase Iglesia y el Estado.
 Gobierno de Dios, se funda en el amor, 547.
 esfuerzos de Satanás contra el, 599.
 las leyes son necesarias en el, 604.
 véase también Libertad Religiosa.
 Gobierno, respeto de los cristianos para con el, 269.
 Gran Bretaña, progreso de la Reforma en la, 88-106.
 véanse también Inglaterra; Iglesia de Inglaterra.
 Gregorio VII, papa, perfección de la Iglesia Católica Romana proclamada por, 637.
 Gregorio XI, muerte de, 95.
 Gregorio XIII, actitud de, respecto de la matanza de San Bartolomé, 318.
 Gryneo, rescatado por Melancton, 220.
 Guardadores del Sábado, en todas edades, 59, 69-74, 505.
 en 1844, 486, 487.
 obra de los, 506, 661-664, 667, 669, 670.
 entre los valdenses, 634.
 persecución de los, por los enemigos, 649, 665-668, 684, 685; por los que antes eran hermanos en Cristo, gustia, 674-692.
 denunciados como causa de desastres, 647, 649, 672, 673.
 decreto que ha de publicarse contra los, 673, 674, 684, 690, 693.
 trance de los, en el tiempo de angustia, 674-692.
 los montes proveeran refugio para los, 684.
 especial resurrección de los, 695.
 triumfo de los, 696-698.
 véanse también Cristianos; Pueblo de Dios; Redimidos; Sábado.
 Guardianes espirituales, falsos, los primeros en sufrir en el día final, 715.
 Guerra, placer de Satanás en la, 646.
 Guerra de los treinta años, parte que Suecia tomo en la, 288.
 Guillotina, en Francia, 328.
 Guthrie, Dr. Tomás, sobre la separación de la iglesia presbiteriana de la de Roma, 434.
 Haller, 196, 197.
 Hamilton, 294.
 Hechicería, el espiritismo una forma de, 613.
 Herejía, 50, 51, 66.
 el concilio de Constanza tenía por objeto el desarraigar la, 115.
 Herejía — *continuo*.
 en la Iglesia Católica Romana, 66, 67.
 en los Estados Unidos, 339, 495.
 la sana doctrina caracterizada como, 449.
 en la época de Pablo, 447.
 cargos de, contra los protestantes, 58; contra los valdenses, 69, 85-87; contra Wicleff, 99, 100; contra Hus, 111, 118, 119; contra Jerónimo, 125, 126; contra Lutero, 145, 146; contra Berquin, 381.
 véase también Errores.
 Herejes, proceder de la Iglesia Católica Romana respecto de los, 85-87.
 véanse también Persecución; Libertad Religiosa.
 Herezuelo, Antonio, 266.
 persecución y martirio de, 276-278.
 Hermanos Unidos, 130.
 Hernandez, Julián, éxito de, como colportor, 262.
 distribución de la Biblia por, en España, 272.
 arresto y martirio de, 273.
 Herodes, 643.
 Hijas de Roma, 433-435.
 véanse también Iglesias; Protestantes.
 Hipócritas, en la iglesia, 447.
 Hombre, naturaleza del, al ser creado, 520.
 Satanás proyecta la ruina del, 586.
 contemplando al, en lugar de Dios, 653.
 "Hombre de pecado, fomentado por el compromiso entre el paganismo y el cristianismo, 57, 311.
 véase también Papado.
 Hombres sabios, véase Magos.
 Hopkins, el Dr. Samuel, acerca de la corrupción en las iglesias protestantes, 434.
 Hugonotes, persecución de los, 242, 243, 316, 318.
 efecto producido en Francia por la huida de los, 324.
 Humildad, 531.
 Hus, Juan, 107-131.
 primeros años y educación de, 108, 109.
 conversión de, 110.
 escritos de Wicleff leídos por, 106, 109.
 condenación de, por el papa, 111.
 ayudado por Jerónimo en la obra de la Reforma, 113.
 carácter de, 113.
 usado como instrumento de Dios, 113.
 citado por el concilio de Constanza, 115.

Hus — *continuo*.

carta de, á sus amigos de Praga, 115, 116.
 encarcelamiento de, 117.
 valor de, 118, 120.
 negativa de, á retractarse, 114.
 martirio de, 120.

Idolatría, en la iglesia, 48, 49.

prevalcimiento de la, 49, 568, 640.
 en Francia, 321.
 en la Iglesia Católica Romana, 625.
véase también Culto de las Imágenes.

Iglesia, organización de la primera, en Valladolid, 264, 265.

Iglesia, la verdadera, 72, 73.

peligros de la, en la Edad Media, 63-68.
 simbolizada en las profecías por una mujer virtuosa, 431.
 el empleo del poder civil por la, siempre tiránico, 494, 495.
 Satanás preparando la última campaña contra la, 564.
véanse también Pueblo de Dios; Redimidos; Israel; Cristianos; Reforma.

Iglesias, apatía espiritual en las, 356, 357, 426-428.

apostasía de las, 434, 435.
 recusación del anuncio del advenimiento por las, 423, 430, 431.
 los adventistas se ven obligados á retirarse de las, 425, 426, 441.
 mundanidad en las, 426, 431, 432-438.
 caída de las, 441.
 cristianos verdaderos en las, 440, 501, 517, 621.
 solicitan el auxilio del poder civil, 497.
 tráfico impío en las, 527.
 causa de la falta de poder en las, 517.

véanse también Babilonia; Protestantes; Iglesia Católica Romana.

Iglesia Católica Romana, crecimiento de la, 57-68, 637.

pretensiones de la, 306, 620, 623, 636, 637, 654.
 usos en la, 56.
 actitud de la, con respecto á la Biblia, 58, 90, 99, 107, 208, 252, 313, 390, 439.
 errores introducidos por la, 66, 67, 91-93, 592.
 datos sobre la persecución de la, 69, 70, 619, 626, 627.
 condición de la, en el época de Wicleff, 95, 96; Hus, 114; Lutero, 162.
 separación de Lutero de la, 132-156.
 patrocinado por Alejandro, 160-162.
 esfuerzos de, contra Lutero, 150-154, 168-181.
 descripción de la, como Babilonia, 432, 433; como la bestia á manera de leopardo, 491, 635.
 resultado del levantamiento contra la, en Francia, 329-331.

Iglesia Católica Romana — *continuo*.

signo de la autoridad de la, 498-501.
 verdaderos cristianos en la, 501, 621.
 protestantes siguiendo los pasos de la, 433, 434, 495, 578, 630.
 logrando el favor de los protestantes, 619, 628-630, 637, 638.
 popularidad de la, 622, 627.
 escuelas de la, patrocinados por los protestantes, 622.
 culto de la, atractivo, 622, 623.
 comparado con la iglesia judía, 624.
 idolatría en la, 624.
 medios usados para reducir á la obediencia, 625.
 se reserva el derecho de interpretar las Escrituras, 654.

Iglesia cristiana, peligro de la, con motivo de solicitar el apoyo de los gobernantes civiles, 435, 436.

Iglesia Judía, alianza de la, con los gentiles, 433.

jefes de la, fracaso de, en comprender las profecías sobre el primer advenimiento, 359, 360, 428.

Iglesia de Inglaterra, 335, 434, 495.

véase también Inglaterra.

Iglesias protestantes, nacimiento de las, 433.

hijas de Roma, 433.
 caída de las, 433, 440.
 muchos cristianos verdaderos en las, 434, 440.
 buscan la protección del poder secular, 434.
 unión de las, basada en la avenencia en diferentes puntos doctrinales, 496, 497.
 en busca del apoyo del mundo, 628.

Iglesia de los Tesalonicenses, 508, 509.

Iglesia y el Estado, 201.

en Europa, 313.
 en los Estados Unidos, 340, 343, 344, 494-497.
 en todo el mundo, 502, 664, 665.

Ignorancia, de la Biblia, 109, 208, 391.

no es disculpa para el pecado, 656.

Imágen de la Bestia, 490, 494-497, 501.

véanse también Marca de la Bestia; Estados Unidos; Protestantes.

Imperio Otomano, caída del, predicho por Litch, 383, 384.

Impíos, como son refrenados por Dios, 42.

por qué les es permitido prosperar, 54.

fin de los, 500.

terror y remordimientos de los, en el día del segundo advenimiento, 43, 694-702.

resurrección de los, 719.

sentencia pronunciada contra los, 724.

destrucción de los, 731.

véanse también Juicio; Mal.

Imprenta, invención de la, 255.

- Imprimir, arte de, 69, 98, 334.
impresión de la Biblia de Tyndale, 291.
véase también Libros.
- Incredulidad, atacada por Lutero, 138.
predominio de la, 326, 334, 514, 580, 640, 648.
en Francia, 315, 319-322, 326, 331, 332.
Guillermo Miller convertido de la, 367.
causa de la, 577.
peligro de la, 517, 659.
resultados del fomento de la, 582.
véase también Ateísmo; Deístas.
- India, los viajes de Wolff en, 410.
- Indulgencias, invención lucrativa, 66, 624.
venta de, en Alemania, por Tetzl, 140, 141; en Suiza, por Samson, 192.
las célebres tesis de Lutero contra las, 141, 142.
- Infalibilidad, de las Escrituras, 98, 186, 187.
del papa, doctrina de la, 57, 64, 280, 620.
véase también Gregorio VII.
- Infierno, teorías falsas acerca del, 590-592.
- Inglaterra, el cristianismo primitivo en, 70.
tentativa de la Iglesia Romana en ganarse á, 71.
el Sábado guardado en, 72.
el influjo de Wicleff en los asuntos políticos de, 81, 94.
progreso de la Reforma en, 289-309.
persecución de los creyentes en, 105, 296, 297.
el protestantismo establecido en, 296.
partida de los Puritanos de, 336.
predicción adventista en, 412.
véase también Iglesia de Inglaterra.
- Inmortalidad del alma, natural, enseñada por la Iglesia Romana, 66, 605; el primer engaño de Satanás, 586-606; origen y falsedad de la, 600, 601, 605, 645; no se enseña en las Escrituras, 605; verdadera, cuando se ha de otorgar, 371; se obtiene por medio de la obediencia, 588.
- Inocencio III, 637.
- Inquisición, institución de la, 67.
en Francia, 252.
establecimiento de la, en España, 256.
instrumentos de martirio usados por la, como medios de "conversión," 625.
- Intemperancia, resultados de la, 643, 646.
- Intercesión de Cristo, 536-538.
- Intolerancia, de los Peregrinos, 339.
- Iona, centro de actividad misionera, 70.
el Sábado guardado en, 70.
- Irlanda, el cristianismo en, 70.
- Isaías, un ejemplo de verdadera santificación, 524.
- Israel, pueblo de, clemencia de Dios para con el, 23, 24, 32.
comparado á una vida lozana, 24.
apostasía del, 26.
el gran pecado del, repudiador de Cristo, 26, 27.
en la servidumbre, pérdida del conocimiento de la ley de Dios, 505.
los creyentes en el advenimiento de Cristo en 1844, comparados al, 510-513.
causa de la peregrinación de cuarenta años del, 510.
inducidos al pecado á causa de su asociación con los gentiles, 562, 584.
véase también Judíos.
- Italia, misioneros enviados á, 70.
persecución en, 107.
los escritos de Lutero en, 153.
- Jacob, el Sábado guardado por, 505.
trance de, en el torrente Jabbok (apretura de Jacob), 674-680.
- Jeremías, angustia de, por Jerusalén, 26.
acusado como traidor, 511.
se opuso al mal con denuedo, 574.
- Jerónimo, 109-131.
carácter de, 113.
encarcelamiento de, en Constanza, 121, 122.
los sufrimientos de, 121.
retractación de, 122; final renuncia á la, 123-125.
defensa de Hus por, 124.
martirio de, 126.
- Jerusalén, destrucción de, 21-44.
la lamentación de Cristo sobre, 22-27.
privilegios otorgados á, 23.
símbolo de un mundo rebelde, 26.
posición estratégica de, 31.
profecías contra, 33.
jactancia de, de ser justa por sí misma, 32.
estado de la sociedad en, después de haber repudiado á Cristo, 34.
sitiada por Cestio, 36, 37; por Tito, 37.
sufrimientos del pueblo en, durante el sitio, 37-40.
ni un solo cristiano pereció en, 36.
destrucción de, simboliza la destrucción del mundo, 43, 44.
véase también Nueva Jerusalén.
- Jesuitas, organización, objeto, y obra de los, 251, 252.
en Francia, 324.
- Jesús, *véanse* Cristo; Mesías.
- Job, aflicción de, 646.
un ejemplo de verdadera santificación, 525.
- Jonás, 457.
- Jorge, duque de Sajonia, acusación del papado por, 162, 163.

- José, 684.
- Juan, duque y elector de Sajonia, 218.
firma la confesión en Augsburgo, 221, 222.
carta de Lutero á, 224.
- Juan XXIII, papa sitado por el concilio de Constanza, 114.
carácter de, 114, 115.
Hus encarcelado por orden de, 117.
encarcelado en la misma prisión, 117.
- Juan el Bautista, Wicleff comparado á, 103.
- Judas, no se aprovecha de las enseñanzas de Cristo, 50.
- Judíos, infortunio sobre los, 35, 36.
sufrimientos de los, durante el sitio de Jerusalén, 37-40, 41.
leyes tocantes al Sábado, 60.
pecaminosa ignorancia de los, tocante al primer advenimiento, 360.
destino de los, sellado por la repudiación del evangelio, 376, 377.
setenta semanas asignadas á los, en profecía, 377, 394.
proclamación del segundo advenimiento á los, por José Wolff, 409-412.
espiritual ignorancia de los, 427, 428.
mundanidad de los, en tiempo de Cristo, 428.
formalismo de los, 428.
repudiación de las verdades proféticas por los, 428.
negativa de los, á recibir la luz de la verdad, 432.
repudiados por Dios, 433.
satisfechos con la religión de sus padres, 506.
espíritu de los, revelado en la repudiación de Cristo, 560.
ceremonias de los, 625.
privados de la presencia de Dios, 673.
pecado de los, 686.
véanse también Israel; Jerusalén.
- Juegos de azar, el gobernador Washburn, acerca de los, 438.
- Jugadores, influencia del mensaje de Miller en los, 381.
- Juicio, la amonestación acerca del, 403.
mensaje acerca del, extensión del, 411.
preparación para el, 488.
la ley de Dios la norma que se adoptará en el, 536.
el tiempo del, 604.
vestigador: 401, 402, 474-487, 488, 533-545; principio del, anunciado por medio del mensaje del primer ángel, 405, 406, 540; la visión que tuvo Daniel del, 533; solo las causas de los que hayan profesado el Cristianismo se tomarán en cuenta en el, 534; los justos difuntos no serán resucitados hasta después del, 538; obra de Cristo en el, 536-539; obra de Sa-
- Juicio — *continuo*.
tanás en el, 538; obra del, terminada antes del segundo advenimiento, 539; escrutinio escrupuloso del, 480, 481, 540-543; ha de ser claramente entendido por el pueblo de Dios, 542, 543; por greso del, 544, 545.
ejecutivo, 477, 478, 557, 558; en cenas del, 724-731; de los pecadores, tendrá lugar en el cielo durante los mil años, 234, 718, 719
véase también Mensaje del primer ángel.
- Juicios de Dios, 599, 685, 686, 687.
- Justicia, tribunales de, falta de probada en los, 643.
- Justicia de Dios, manifestada en el castigo de los malos, 596-599.
reconocida por los réprobos, 72; por Satanás, 728.
- Justificación por la fe, revelada á Luter 138.
aceptada por Hus, 153.
enseñada en España por medio de literatura procedente de otros países, 257, 258.
aprendida por Wesley, 298, 301.
- Justificándose á sí mismos, Satanás, 55 los pecadores de hoy día, 554.
- Juventud, valdensiana, educación de la, 75, 76, 78-80.
influencia de la vida monástica, 892.
incredulidad de la, 659.
príncipes del cielo, 680.
- Knox, Juan, obra de, en Escocia, 21296.
desavenencia de, con la reina Mar 295.
creencia de, en la segunda venida de Cristo, 350.
- Lacunza, obra de, en Sud América, 411.
- Latimer, la supremacía de la Biblia sostenida por, 292, 293.
martirio de, 293.
- Lecciones, en los designios de Dios por con los hombres, 392, 393.
- Lefevre, el primero que acogió la forma en Francia, 227.
enseñanzas de, 228.
trafucción del Nuevo Testamento por, 230.
- Leyes gravosas, serán emitidas, en los Estados Unidos, 494.
- Ley, moral, la fundación del gobierno de Dios, 74.
inmutabilidad de la, 74, 485, 506, 520, 557.
no abrogada por Cristo, 305, 522.
santidad de la, 485.
perpetuidad de la, 486, 505.
regla infalible de la vida, 504.
conocimiento de la, conservado la tierra, 505.

- Ley, moral** — *continuo*.
 carácter de la, 520.
 sostenida por Wesley, 307-309.
 en el arca en el santuario celestial, 485, 486.
 revela el pecado, 521, 522.
 bendiciones á los que obedecen la, 532.
 norma de carácter en el juicio final, 536.
 como es considerada por los jefes de las religiones, 518; por los profetas y los apóstoles, 519.
 repudiada por el mundo cristiano, 27.
 cambios introducidos en la, por la Iglesia Católica Romana, 59, 73, 498.
 resultado de la creencia de que estaba abolida, 305-307.
 pisoteada por Koma, 73, 505; por Francia, 319, 331.
 resultado de hacer caso omiso de la, 641-645.
 objeto de Satanás en inducirnos á infringir la, 639.
 creencia difundida de la abrogación de la, 641, 642.
 luz acerca de, será concedida á todos, 663.
 los malos la verán en manos de Cristo en su segundo advenimiento, 697, 726, 727.
véanse también Cuarto mandamiento; Sábado; Santuario, Templo en el cielo.
- Ley, ceremonial**, abrogación de la, á la muerte de Cristo, 376.
- Libertación del pueblo de Dios**, 693-710.
 terror de los malos al ver la, 694, 697, 698, 700-702.
- Liberales** creencias religiosas. algunas veces peligrosas, 575-577.
- Libertad, de pensamiento**, derecho sobre la, amenazado en España, 256.
 del evangelio enseñada en España por medio de la literatura procedente de otros países, 257, 258.
 verdadera, 260.
- Libertad de Conciencia**, combatida por Roma, 70.
 de voluntad, otorgada por Dios, 547, 597, 649.
véase también Conciencia.
- Libertad Religiosa**, llamada herejía, 45.
 en Alemania, 211-219.
 en los Países Bajos, 283, 284.
 los Puritanos creían en la, 345.
 apoyada por Roger Williams, 339-341.
 en los Estados Unidos, 493, 494.
 meramente tolerada por Roma, 621.
 como Dios lleva á cabo su obra, 649.
véanse también Conciencia, Heréticos; Persecución; Puritanos; Estados Unidos; Toleración.
- Libros**, sobre el segundo advenimiento, en los países hispanos, 413; en Alemania, 413, 414; en los Estados Unidos, 418.

- Libros** — *continuo*.
 de registro en el cielo, los pecados borrados de los, 474, 671; para determinar las sentencias en el juicio final, 534-537; los malos han de ser juzgados según los, 724.
 libro de la Vida: contiene los nombres de todos los que se han consagrado al servicio de Dios, 534, 538; los nombres de los impenitentes hasta el fin, son borrados del, 537.
 libro de Memoria: contiene el registro de las acciones buenas, 535; las acciones buenas de los malos serán borradas del, 537.
 libro de la Muerte: contiene un registro de las acciones malas, 535; los pecados de los justos serán borrados del, 537; el juicio pronunciado á los malos, registrado en el, 719.
véanse también Literatura; Escritos.
- Litch, Josías**, predicción referente á la caída del Imperio Otomano, 383, 384.
- Literatura, reformista**, su circulación por los valdenses, 78-80.
 en la época de Wicleff, 93, 94, 96-98, 104.
 en Bohemia, 106, 107, 109, 110, 131.
 en la época de Lutero, 152, 153, 173, 182, 207, 208.
 en Suiza, 191.
 en Francia, 230, 247.
 en España, 260.
 en Ginebra, 253.
 en Escocia, 294.
véanse también Libros; Escritos.
- Lolardos**, persecución de los, 104, 105.
 torres lolardas, 105.
- Lot**, huida de, 483, 566.
- Loterías**, 438.
- Luciano**, 191.
- Lucifer**, el origen del mal, deseo de, en penetrar los fines secretos de Dios, 547-554, 577.
- Lugar Santísimo**, 475-484.
 entrada de Cristo al, 476-479.
 obra de Cristo en el, 480-482.
véase también Santuario.
- Luis XV**, egoísmo de, 326.
- Luis XVI**, ejecución de, 246.
- Luna**, el oscurecimiento de la, 352-355.
véase también Señales.
- Lutero, Martín**, 132-183, 198-225.
 primeros años de, origen y educación de, 132-134.
 estudio de las Escrituras por, 134, 135.
 trabajos de, en la Universalidad de Wittenberg, 136-139, 141, 153.
 visita de, á Roma, 137, 138.
 acepta la doctrina de justicia conforme á fe, 138.

Lutero — *continuo*.

las tesis de, contra las indulgencias, 142.
 esfuerzos de la Iglesia de Roma contra, 144-150, 153-157.
 es juzgado en Augsburgo, 149-150.
 negativa de, á retractarse, 149.
 fuga de, de Augsburgo, 149, 150.
 influye en gran manera con sus escritos, 152, 153, 208.
 crisis en el trabajo de, 154-156.
 desnudo de, 154, 155, 165, 166.
 separación definitiva de, de la Iglesia Romana, 156.
 viaje de, á Worms, 164-167.
 ante la dieta, 168-174.
 oración de, 170.
 se niega á recurrir á la fuerza secular de la Iglesia de Roma contra, 181.
 retraimiento de, en el castillo de Wartburgo, 181.
 salvado del peligro de ensalzamiento, 183.
 esfuerzos de, contra el fanatismo en Wittenberg, 201-206.
 traducción del Nuevo Testamento por, 207.
 se niega á recurrir á la fuerza secular para ser protegido, 223, 224.
 creencia de, en la segunda venida de Cristo, 350.
 acerca del tiempo del juicio, 406.
 acerca del estado de los muertos, 605.

Lutterworth, véase Wicleff.

Luz de la verdad, resultados de rechazar la, 177, 178, 428, 429, 483, 508, 510-513, 640, 655.
 la importancia de recibir la, 393, 460.
 ha de ser fielmente diseminada, 511, 512.

Lluvia meteórica, véase Estrellas.

Lluvia tardía, poder que asistirá á los creyentes en el tiempo de la, 669-671.

Macho cabrio, en el servicio del santuario, 471, 472.
 Satanás representado por el, 476, 539, 716.

Magallanes, 254.

Magos, dignidad, conocimientos y riqueza de los, 362, 363.
 las Escrituras en hebreo comprendidas por los, 362, 363.
 la luz de la verdad recibida por los, 364.

Mal, origen del, 546-558.
 Dios no es responsable por el, 546.
 Satanás es el creador del, 547-558.
 extirpación final del, 558, 600, 731, 737.
 véanse también Satanás; Pecado.

Manifestaciones de los espíritus, 608, 616.
 los llamamientos misteriosos, 609.
 hechas para sustituir la Biblia, 613, 614.
 véanse también Espíritus malos; Espiritismo.

Manuscritos fraguados, usados por el papado, 63.

Marca de la bestia, signo de alianza con Roma, 498-502, 636.
 como la, es recibida, 663.
 véanse también Protestantes; Estados Unidos.

Marcas de la crucifixión, Cristo siempre llevará las, 732.

Margarita, hermana de Francisco I, una Protestante, 229.
 protectora de los protestantes, 237-240.

Maria, reina de Escocia, y Juan Knox, 295.

Mártires, primeros cristianos, 46, 53, 54.
 en el siglo sexto, 61, 62.
 por la Inquisición en el siglo trece, 678.
 no temían la muerte, 82.
 en Inglaterra, 105, 106, 292, 293, 296, 297.
 en Bohemia, 106, 120, 126, 299.
 en Suiza, 194.
 en Alemania, 226.
 en Francia, 238, 234, 236, 241-246, 316, 327, 328.
 en Meaux, 230.
 en los Países Bajos, 281, 283.
 en Escocia, 294.
 en España, resultados de la muerte de los, 278, 279.

Matanza de San Bartolomé, 317, 318.

Matrimonio, como un símbolo, 431, 432.
 cena del Cordero, 479, 480.

Meaux, la Reforma en, 230, 284.

Media noche, el pueblo de Dios libertado á la, 694.
 del mundo (figurativo), 68.

Mediador, Cristo como, 88, 189, 146, 542.
 cuando el hombre no tendrá, 477.

Melanchton, el amigo de Lutero, 147, 164, 275.
 perplejo, por el fanatismo, 200.
 liberta á Gryneo, 220.
 la confesión de Augsburgo redactada por, 221.
 acerca del segundo advenimiento, 350.

Mendigos, véase Frailes.

Menón Simonis, obra de, 281, 282.

Mensaje del advenimiento, la proclamación de, oportuno, 400-404.
 proclamación general del, 405-424.
 resultado de recibir el, 429, 430.
 no aceptado, por las iglesias en general, 430.
 véanse también Movimiento Adventista; Profecías; Señales.

Mensaje del Apocalipsis capítulo diez y ocho, 49, 50.

Mensaje del primer ángel, 859.
 anuncio del, 400, 405-424, 429, 431, 450.
 objeto del, 429.
 representado por la venida del novio, 444, 445, 449, 450, 451-454.

Mensaje del primer ángel — *continuo*.

señala á Cristo ejerciendo su ministerio en el lugar santísimo, y el juicio investigador, 476, 486-488.
véanse también Movimiento Adventista; Adventistas.

Mensaje del segundo ángel, 431-441.

Mensaje del tercer ángel, 432, 487, 489-502.

el último dado al mundo, 441.

terrible amenaza del, 502.

extensión del, 502.

proclamado con la asistencia del poder divino, 664.

fin del, señales que indicarán el principio de "el tiempo de angustia," 671.

véanse también Pueblo de Dios; Profecía; Profecías; Señales.

Mesías, profecías sobre el, 374-376, 394, 395, 462.

primer advenimiento del, explicado á José Wolff, 407-409.

los judíos ignorando la venida del, 428.

véanse también Cristo; Primer Advenimiento.

Metodistas, origen de los, 301.

carácter de los, en los días de Wesley, 304.

persecución de los, 304.

véase también Wesley.

Miconius, 196.

Milagros, de Cristo: arrojando los demonios en Gadara, 568, 569; hombre endemoniado, ciego, y mudo, 570; jóven que tenía un espíritu mudo, 570; el endemoniado en Capernaum, 570; de curación, que han de tener lugar en tiempo de angustia, 670, 682.

así-llamados, para justificar la observancia del domingo, 632, 633.

por mediación del espiritismo, 645.

forjados, 651.

de Satanás, 670, 682.

Mil años, *véase* Milenario.

Mil doscientos sesenta años, principio de los, 61, 311, 439.

Milenario, temporal no se enseña en la Biblia, 369; efectos de la creencia en el, 369, 370.

estado de la tierra durante el, 711-718.

obra de los redimidos durante los, 719.

véase también Mil años.

Miller, Guillermo, primeros años y carácter de, 365-367.

conversión de, de la incredulidad, 367.

estudio de la Biblia por, 367-379.

llamado para predicar, 379.

obra de, 380, 381, 418-425.

compañeros de, en sus labores, 384.

oposición á, por profesores de religión, 384-387.

Miller — *continuo*.

protegido por los ángeles, 386.

conclusión errónea de, referente al fin de los 2300 días, 401, 402.

predicación del mensaje del segundo advenimiento confiado á, 418.

actitud de, hacia el fanatismo, 488.

véanse también Movimiento Adventista; Mensaje del Primer Ángel.

Ministerio, de los sacerdotes terrenales, 465, 471-474.

de Cristo, 466, 467-470, 472-474,

584, 536-539, 543-545.

de los ángeles, 534, 536, 540, 541, 566.

Ministros, educación de los, por los valdenses, 79, 80.

influencia de los, del pueblo, en debilitar la fe en la Biblia, 385.

errores enseñados por los, 592.

no son infalibles, 655.

confiando en los, referente á creencias religiosas, 655.

producto de las falsas enseñanzas de los, 712-714.

véase también Predicado.

Misa (ó Eucarastía), 67, 202.

Misericordia de Dios, hacia los primeros discípulos, 397.

las puertas de la, abiertas, 182, 487.

demostrado en la destrucción por el diluvio, 599.

Misiones, extranjeras, propagación de las, 333.

Misioneros, de los valdenses, 79-84.

en Inglaterra, 96, 104.

Whitefield y los Wesleys en los Estados Unidos, 299.

véanse también Colportores; Escritos; Wolff.

Misterio, de iniquidad, obra de, en los primeros tiempos de la iglesia, 56, 435.

de la Providencia divina, 53, 54.

Misterios, revelados, 371, 657.

no revelados, 576, 577.

Moda, culto á la, 528.

Moisés, autor del Pentateuco, 486.

Monasterios, 91-93.

la fe reformada aceptada en los, 266, 270.

luz de la verdad propalada por los, 270.

Monjas, en España, aceptación de las doctrinas reformistas por las, 266.

Monjes, 91-93.

Moravos, las iglesias de los, 181.

en tempestad en el mar, 299.

Wesley permanece entre los, 300.

Morin, 241.

Moros, victoria final de España sobre los, 254.

Movimiento Adventista, principio del, 379.

impulso dado al, con el cumplimiento de la predicción de Josías Litch,

383, 384.

oposición al, 385-387, 455.

- Movimiento Adventista — *continuo*.
 defensa del, por Miller, 386.
 aumento y progreso del, 377, 406, 416-420, 446-449, 452.
 casos ocurridos durante el, 400-404.
 extensión de la proclamación del, 406, 407.
 naturaleza del, 451-455.
 resultados del, 389, 390, 457.
 prueba del, 457, 458.
 no les pesa á los que tomarán parte en el, 458.
 el poder de Dios se manifiesta en el, 449-460, 669.
 Dios el Guía en el, 462, 468, 475, 476, 484, 509.
véanse también Mensaje del primer ángel; Mensaje del segundo ángel; Mensaje del tercer ángel; Miller; Profecía; Profecías; Señales.
- Movimiento de la Reforma Nacional, 644, 645.
- Muerte, teoría de que los que pasan por el tránsito de la, permanecen conscientes, 66, 600, 601, 607, 608.
 aseveran los franceses que es un sueño eterno, 319.
 es el castigo de la transgresión, 588, 595, 596, 599.
 contraste entre la primera y la segunda, 599, 600.
 un sueño, 602-606, 612.
véase también Resurrección.
- Muertos, estado de los, 599-608.
- Mujer, como un símbolo, 62, 431, 432.
- Mundanía, en las iglesias de nombre, 426-441, 562.
- Mundo, estado del, bajo el poder papal, 68.
 condiciones religiosas del, 440, 441, 643, 662, 663.
 siguiendo los pasos de los judíos, 43, 44.
 fin del, 711-737.
- Mundo cristiano, el gran pecado del, consiste en desechar la ley de Dios, 27.
- Munzer Tomás, 204.
- Naturaleza, culto á la, 576, 640.
- Nehemías, 64.
- Nerón, carácter de, 87.
 entre las huestas de Satanás, en el fin del mundo, 726.
 la madre de, 726.
- Nínive, mensaje á Jonás, 457.
- Niños, de Ginebra, Gausssen dió principio á su ministerio entre los, 415, 416.
 Cristo anunciado por los, á su entrada triunfal en Jerusalén, 417.
- Nobleza, en Francia, 324, 325.
- Noé, mensaje de, 387, 388, 421, 483, 545.
 el Sábado guardado por, 505.
- Nube, señal de la venida de Cristo, 698, 699.
- Nueva Inglaterra, un refugio para los oprimidos, 341, 342.
 mensaje del advenimiento en, 381.
- Nueva Jerusalén, como la novia, 478, 479.
 los justos bien acogidos en la, 705.
 esfuerzos de Satanás para conquistar, 721-723.
 metropoli del nuevo mundo, 734.
- Nuevo Mundo, descripción del, 734-737.
- Nuevo nacimiento, resultados del, 521, 522.
- Nuevo Testamento, traducciones del, *véase* Biblia, traducciones de la.
- Obediencia, beneficios adquiridos por la, 529, 530.
- Obispos de Roma, poder arrogado por, 57, 63, 306, 639.
véanse también Papa; Papado; Iglesia Católica Romana.
- Obras, justificación mediante, 63.
 salvación mediante, 298.
véanse también Fe; Wesley.
- Océano Pacífico, cuando fué visto por primera vez por europeos, 254.
- Ofrendas, *véase* Santuario.
- Olivetán, hermano de Calvino, 285.
- Opresión, *véanse* Edad Media; Papado; Persecución.
- Oración, necesidad de la, en el estudio de la Biblia, 145, 658.
 creencia de Lutero en la, 170, 275.
 poder de la, 275.
 carencia de, 424, 542.
 necesidad de la, 579, 585, 660.
 en tiempo de angustia, 679, 680.
- Ostentación y egotismo, 527-529, 542.
- Pablo, conversión de, 377.
 misión de, entre los gentiles, 377.
 amonestación de, á los tesalonicenses, 508, 509.
 acusación contra, 511.
 un ejemplo de verdadera santificación, 524.
 protegido por los ángeles, 566.
 animoso enemigo del mal, 574.
 en la Nueva Jerusalén, 724.
- Paciencia divina, límites de la, 42.
véase también Dios.
- Pactos, antiguo y nuevo, santuarios de los, 465.
- Padres, adhesión de las costumbres y tradiciones de los, 177, 506.
- Padres de la iglesia, tradiciones de los, usadas para justificar la celebración del domingo en lugar del Sábado, 500, 507.
- Padres, peregrinos, *véase* Puritanos.
- Paganismo, union del, con el cristianismo, 49, 57, 59.
 paganos su persecución contra los cristianos, 45-55.
 errores del, en la iglesia cristiana, 66.

- Países Bajos, los escritos de Lutero circulan en los, 152.
el progreso de la Reforma en los, 280-284.
los Puritanos en los, 336, 337.
- Palabra de Dios, arma de Cristo contra Satanás, 58.
medio de comunicación entre Dios y los hombres, 78.
resultados que siguieron a la predicación de la, 514.
nuestra única salvación en tiempo de tribulación, 683.
actitud de la iglesia católica respecto a la, 90.
véanse también Biblia; Escrituras.
- Palestina, los viajes de Wolff en, 410.
- Papa, pretensiones arrogantes del, 57, 58, 63.
autoridad pretendida por el, 57, 65, 306, 636, 637.
reconocido como vicegerente de Dios, 59, 60, 112, 153.
fe en Cristo transferida por fe en el, 63.
acusaciones contra el, 280.
reducido a la captividad, 491.
véanse también Papado; Iglesia Católica Romana.
- Papado, establecimiento del, 57, 61.
supremacía del, 57, 58, 67, 68, 91, 138, 396, 505, 630, 637.
estado del mundo bajo el, 68.
arrogancia del, 57, 68.
actitud del, hacia los valdenses, 85-87.
esfuerzos del, para acallar a Wicleff, 95, 96.
gran desavenencia en el, 96, 114.
como se representa en profecía el, 490, 491, 497, 498, 635.
características especiales del, 498.
como los protestantes rinden homenaje al, 494, 499, 500.
atentado del, en reformar la ley de Dios, 60, 498.
carácter y fines del, 618-638.
infallibilidad pretendida por el, 58, 65, 620.
en los Estados Unidos, 620, 630.
futuro éxito del, 622, 628.
una religión atractiva, 622.
poder para perdonar pecados pretendido por el, 93, 623.
comparado con la Iglesia Judía, 624.
crueldad de, 625-627.
falsa ciencia usada por el, para preparar su camino, 629.
para recuperar poder, 635-638.
véanse también Papa; Papas; Iglesia Católica Romana; Traducciones.
- Papas, gran desavenencia de los, 65, 96, 114.
- Parábola, de la diez vírgenes, 444-446, 449, 451-454, 478-480.
de la cena de boda, 480.
- París, la Reforma en, 227-246.
condiciones en, durante la Revolución, 224, 328, 329.
- Park, Eduardo A., acerca la ley de Dios, 518, 519.
- Pastores, confiando en los, respecto a creencias religiosas, 430, 713, 714.
véase también Ministros.
- Pecado, definición del, 526.
origen del, 546-556.
amor al, 562.
el fin del, 558, 600.
remisión del, en el servicio del santuario, 469, 470.
véanse también Malo; Satanás.
- Pecados, secretos revelados en el juicio, 540.
borrados de los libros en el cielo, 474, 538-540.
- Pedro, protegido por los ángeles, 566.
- Penalidad, civil, infligida por guardar la ley de Dios, 511.
- Penitencia, 63.
- Pentecostés, experiencias de los últimos días semejantes a las de, 669.
véase también Espíritu Santo.
- Perdón de pecados, pretendido por Roma, 93, 623.
obtenido solamente por mediación de Cristo, 139.
- Perez, Juan, traducción del Nuevo Testamento por, 272.
- Persecución, los secuaces de Cristo sujetos a la, 45, 156, 157, 561, 668.
en los primeros siglos, 45-55.
un medio para conservar la iglesia pura, 51, 55.
Dios permite la, por sabios motivos, 53, 54, 667, 668.
el porque ahora no nos damos cuenta de ellos, 55.
durante los 1260 años, 62, 311, 491.
la verdad propagada por la, 106, 210, 235, 283, 294, 297.
de los valdenses, 73, 87, 107.
de Wicleff, 99, 100, 667.
de los Lolardos, 105.
de Hus, 111-120, 667.
de Lutero, 151-156, 158-181, 667.
en Alemania, 210.
de los protestantes franceses, 238-242, 316-318.
en España, 273, 274.
de los creyentes en los Países Bajos, 282, 283.
de Wesley y sus secuaces, 303, 304, 667.
de los Puritanos, 336.
de los creyentes en el advenimiento, 423.
de los que guardan el Sábado, 665-667.
véase también Heréticos.
- Persia, los viajes de Wolff en, 410.
- Petri, Olaf y Laurencio, 285, 286.
- Piamonte, *véase* Valdenses.
- Piedad, ayivamiento, de la, antes del fin del mundo, 517.
- Pilatos, 178.

- Píos IX, el papa, 620.
 Pizarro, 254.
 Placeres, buscando, 437.
 Plagas, de Egipto, 685, 686.
 de los últimos días, 686, 687.
 Plan de salvación, revelado en la Biblia, 90.
 bajo la guía de Dios, 392.
 culminación del, 540.
 será el estudio de los redimidos, 709.
 debe ser estudiado los redimidos, 79.
 Política, en asuntos religiosos, 512. =
 Ponce de la Fuente, Dr. Constantino,
 erudición de, 257.
 conversión de, 268.
 predicaciones de, 268, 269.
 escritos de, 269.
 aprensión encarcelamiento, y muerte
 de, 274, 275.
 Praga, la Reforma en, 109, 110, 114.
 interdicción de la, 111, 114.
 Predestinación, doctrina de la, 305, 306.
 Predicaciones, de Lutero, 166.
 de Zuinglio, 188-191.
 de Farel y Froment, 248, 249.
 de José Wolff, 409-412.
 de los niños en Escandinavia, 416,
 417.
 de la verdad por los adventistas,
 451-460.
 de doctrinas impopulares, 305, 306.
véase también Ministros.
 Predicadores infantiles, en Suiza, 416,
 417.
 Premios, oferta de, una especie de juego,
 438.
 Prensa, uso hecho de la prensa, por los
 reformadores españoles, 263.
 Presunción, 157, 564.
 Primer advenimiento de Cristo, como los
 judíos fracasaron en comprender
 las profecías sobre el, 368, 428.
 los judíos maldicen á todos aquellos
 que calcularen el tiempo del, 428.
 Prisión de Satanás, 717, 718.
 Probación, termino de, 481.
 no futura, 720.
 Procopio, 127, 129.
 Profecía, importancia del estudio de la,
 390, 391, 393, 394.
 consolación hallada en la, 442-445.
 estudio de la, por Guillermo Miller,
 368-378; por los profetas, 393;
 por Gausson, 416; por los adventistas,
 442, 475.
 cumplida por Miller y sus secuaces,
 456.
 de los 1260 años, 311, 491.
 de los 2300 años, 373-377, 401, 402,
 450, 461, 462, 470, 482, 509,
 540.
 de los "dos testigos," 311-333.
 se pueden entender, 390, 391, 576.
 del primer advenimiento, no com-
 prendida por los discípulos, 395,
 396.
 Profecía — *continuo.*
véanse también Bestias; *Cronolo-*
gía; *Profecías*; *Señales.*
 Profecías, de la destrucción de Jerusa-
 lén, 26, 27, 31-33, 36.
 del segundo advenimiento, 346, 349,
 357, 358, 368-378.
 fracaso de los judíos en comprender
 las, 360-364, 395.
 acerca del primer advenimiento, cum-
 plimiento de las, 393-397, 456,
 476-491.
 de Daniel y el Apocalipsis, no son
 misterios, 390, 391, 415, 430, 652.
 cumplidas, 442-460.
 sobre la reforma sabática, 503-505.
véanse también Cronología; *Papado*;
Profecía; "Tiempo de Angustia;"
 Estados Unidos.
 Profesión de fe, por Wicleff, 101, 102.
 por Lutero, 172, 173.
 por los príncipes alemanes, en Augs-
 burgo, 216-225.
 Profetas falsos, 199, 200.
 Prosperidad nacional, fundación de la,
 323, 324, 331, 332.
 Protesta, de los primeros cristianos, 105.
 de los príncipes, 211-219; texto de
 la, 217, 218; efecto de la, 218.
 Protestantes, nacimiento de los, 219.
 persecución de los, en Francia, 241,
 246.
 amenazados por poderoso adversa-
 rio, 250.
 en España, carácter y posición so-
 cial, 266; progreso de la verdad
 por mediación de los, 272; recelo
 de la Inquisición contra los, 272.
 acrecientan su favor hacia Roma,
 619, 622.
 homenaje rendido á Roma por los,
 guardando el Domingo, 499, 500.
 siguen los pasos de Roma, 433, 434,
 495, 578, 630.
 Protestantismo, principios esenciales del,
 211, 217, 218, 337, 493.
 situación peligrosa del, 226, 251,
 252.
 poder del, 252.
 propagación del, en España, 263-
 268.
 apostasía del, 394, 395, 435-441,
 497, 628.
 tenderá las manos al espiritismo y
 al poder Romano, 645.
 Prueba, al mundo, dándole el mensaje
 del advenimiento, 403; de los ad-
 ventistas, en el desengaño de
 1844, 424.
 objeto de la, 397.
 de lealtad á Dios, el Sábado como
 gran, 663.
 Pueblo de Dios, supresión de la historia
 del, durante la Edad Media, obs-
 curantísimo, 70.
 en contraste con los adoradores de
 bestias é imágenes, 497, 498.
 distinguido por guardar el cuarto
 mandamiento, 498.

Pueblo de Dios — *continuo*.
 durante el gran día de expiación, 544, 545, 659, 660.
 protegido por los ángeles, 567, 571, 688-690.
 cuidados de Dios para con el, 588-585, 617, 679, 684, 685, 698-692.
 denunciado como causante de desastres, 648-650, 672, 673.
 es probado, hasta el extremo, 677.
 persecución del, 677.
 la fe del, 677, 679, 680.
 angustia del, sobre sus pecados en el pasado, 677-679.
 buscando la perfección en Cristo, 680, 681.
 libertación del, 693-710.
 arco iris extendido sobre los grupos del, 694.
 translación del, 703, 704.
véanse también Cristianos; Persecución; Redimidos; "Tiempo de Angustia."

Puerta, abierta y cerrada, 481, 482, 487.
 Purgatorio, doctrina del, 66.
 una invención del paganismo, 66.
 Purificación del Santuario, *véase* Santuario.
 Puritanos, 336-345.
 persecución de los, en Inglaterra, 336.
 huida de los, de Inglaterra, 336.
 partida de los, de Holanda, 337-339.
 intolerancia de los, 339.
 carácter de los primeros, 343.
 veneración de la Biblia por los, 343.

Razón, el culto á la, 207.
 en Francia, 320, 321.

Rebelión, de Lucifer, 546-555, 558.
 espíritu de, 554, 556.

Recabitas, Wolff visita á los, 412.

Redimidos, entrada de los, en la Nueva Jerusalén, 704, 705.
 entrada de los, 707-709, 723.
 triunfo de los, 709.
 mansión de los, 732-737.
 comunicación directa de los, con Dios, 735.
 educación de los, 736, 737.

Reforma, cimientos de la, echados por Wicleff, 102-104.
 propagación de la, 161, 194, 211.
 esfuerzos de Satanás para falsear la, 199-206.
 amigos de la, protegidos por los ángeles, 220-223.
 amenazada por grandes peligros, 221, 224.
 llama la atención de grandes hombres, 223.
 progreso de la, en Gran Bretaña, 88-106, 289-297; en Alemania, 132-183, 198-225; en Suiza, 184-197, 248-250; en España, 254-279; en Francia, 229-240; en los Países Bajos, y en Escandinavia, 280-288.
 Francia prevenida por el papa contra la, 322.

Reforma — *continuo*.
 extensión de la, 310.
 obra de la, para retornar la Biblia al pueblo, 439.
 obstáculos encontrados por la, 447.
véanse también Calvino; Hus; Lutero; Protestantismo; Protestantes; Tyndale; Wicleff; Zuinglio.

Reforma del Sábado, 503-508, 644.

Reformadores, Wicleff uno de los más grandes, 103.
 carácter de los, 104, 184, 287.
 obra de los, 864.
 creencia de los, en el segundo advenimiento de Cristo, 349, 350.
véanse también Calvino; Hus; Jerónimo; Knox; Latimer; Lutero; Melancton; Wicleff; Zuinglio; etc.

Reina, Casiodora de, 270.

Reino, cuando lo heredarán los justos, 370, 371.
 Cristo recibe el, 479, 533, 534.
 de Dios, cuando se establecerá, 371.
 de la gloria, 396, 397.
 de la gracia, 396-398.

Reinsidencia, de Israel, 23.
 entre los cristianos, señal de la venida de Cristo, 356, 357, 863.

Religion, profesión de la, se ha convertido popular, 436.
 formalidad en la, 63.
 libertinaje de los infieles, 517.
 esfuerzos de Satanás en falsear la, 517.
 inmaculada y definida, 45.

Remisión de los pecados, en los servicios del santuario, 469, 470.

Republicanismo, un principio fundamental de los Estados Unidos, 493.

Resurrección, de los muertos, 370.
 de Cristo, representada por la gavilla mecida, 450, 451.
 la primera, 600.
 diferencia entre la primera y segunda, 599, 600.
 doctrina de la, causas de ser tratada con indeferencia, 602, 603.
 especial de los que guardan el Sábado, 695; de los que crucificaron á Cristo, 695.
 de los justos, 702.
 de los pecadores, 719, 720.

Revolución francesa, escenas de la, 318-322, 327-333.

Ricardo II, 99.

Rico, castigo del, 712.

Ridley, 292, 350.

Robando á Dios, 529.

Robinson, Pastor Juan, sermón de, á los Puritanos, 338.

Rojas, Dr. Domingo, pastor de la primera iglesia en España, martirio del, 265.

Roma, el asiento del poder papal, 61.
 visita de Lutero á, 137.
 visita de los obispos á, 280.

- Román, San Francisco**, obra de, encarcelamiento, y martirio de, 267.
- Roma Pagana**, en profecía, 490.
- Rusia**, proclamación del mensaje del advenimiento en, 414.
- Sábado**, conmemorativo de la creación, 61, 507.
 autoridad del, 507.
 observado á través de los siglos, 59, 69-74, 505.
 desechado por el domingo, 60.
 odiado de Roma, 73.
 abolido en Francia, 319.
 no fué cambiado por Cristo, 499.
 la Biblia no autoriza este cambio, 499.
 promesas á las que observan el, 503-505.
 argumentos contra el, 506, 507, 644.
 autoridad divina del, reconocido por católicos, 499, 633.
 estudio del, por creyentes en el advenimiento, 486, 487.
 importancia del, 489, 490.
 una señal del poder creador de Dios, 61, 488, 490.
 cambio del, 499, 504.
 desastres atribuidos á la observancia del, 647.
 prueba de lealtad á Dios, 664.
véanse también Cuarto mandamiento; Ley de Dios; Guardadores del Sábado; Domingo.
- Sacerdotes**, ante el tribunal de Dios, 726.
véanse también Frailes; Monjes.
- Sacerdotes y gobernantes**, Cristo repudiado por los, 654.
 los ministros de hoy comparados con los, 654.
- Sacrificándose**, por Cristo, 437.
- Sacrificio de la misa**, 67, 202, 203.
- Sajones**, en Gran Bretaña, 70, 71.
- Sajonia**, los bohemios huyen á, 299.
- Salmos**, traducción de los, por Juan Perez, 272.
- Sulomón**, 563.
- Salvo-conducto**, de Hus, 116, 117, 177, de Lutero, 163, 164, 167, 176, 177.
- Samson**, vendedor de indulgencias en Suiza, 192.
- Sangre**, la, de los cristianos es simiente, 48, 283, 294, 692.
- San Ididro del Campo**, monasterio de, moradores del, reciben la Biblia, 257, 270-272.
- Santidad**, no se puede adquirir sin la obediencia, 526.
 como se perfecciona, 542.
véanse también Justificación; Santificación.
- Santificación**, verdadera, obra de, 518, 520, 522, 523, 527; como se logra, 522, 523; carácter de la, 523, 524; como se manifiesta en las Escrituras, 527; frutos de la, 531; ejemplos de la, 528, 524.
- Santificación** — *continuo*.
 falsa, en los días de Lutero, 206; en los últimos días, 522, 525, 526, 529.
- Santuario**, en tipo y prototipo, 461-484, no es la tierra, 463.
 estudio del, por adventistas, 463-467.
 fué la llave que aclaró el misterio del desengaño en 1844, 475, 484.
 debe ser claramente entendido, 543-545.
 terrenal, descripción del, 464-467; una reproducción del celestial, 466; servicios en el, un tipo, 469-472, 480, 481, 485, 487; purificación del, 377, 401, 462, 469, 470, 478; servicios en el, continuados después de la crucifixión, 673.
 celestial, servicios en el, 466, 467, 472, 474, 480-484, 485, 487; creyentes en el advenimiento guiados hacia el, 476, 477; servicios en el primer departamento del, 473, 474; obra de Cristo en el, 473, 474, 485-487, 534, 536-545.
véanse también Movimiento Adventista; Ley; Tabernáculo; Templo.
- Satanás**, esfuerzos de, para inducir á los cristianos á entrar en avencia con el mundo, 56, 57, 345.
 artes de, 206, 572, 573.
 satisfacción de, en los errores del reino del terror, 330.
 política de, 328.
 el acusador, 446, 538.
 categoría y hermosura de, antes de la caída, 547-549.
 desafeción y rebelión de, 548-544.
 paciencia de Dios con, 550.
 rebelión de, una lección para el universo, 553.
 carácter de Dios, mal interpretado por, 327, 552, 554, 557.
 carácter de, 556.
 engreimiento de, 558, 610.
 enemistad de, hacia el hombre, 559, 564.
 peligro de los que niegan la existencia de, 570, 579.
 importancia en tener un verdadero concepto de, 570, 571.
 poder y malicia de, 571.
 está presente durante el culto de Dios, 572.
 poder de, en hacer aparecer amigos ausentes, 608, 616.
 habilidad de, en repetir textos de las Escrituras, 616.
 obra de, valiéndose de los elementos, 646, 647.
 compulsión es uno de los recursos de que se vale, 649.
 aparecerá y se dará como el Cristo, 682.
 ataduras de, 716-718.
 Dios le hará responsable de los pecados de su pueblo, 716, 731.
 el juicio de, 719.
 último esfuerzo de, para conseguir la supremacía, 721, 722, 730, 731.

- Satanás — *continuo*.
 reconoce la justicia de su sentencia, 727, 728.
véanse también Espíritus, malos; Lucifer; Asechanzas de Satanás.
- Secretos de Dios, los hombres no deben investigar los, 577.
- Segismundo, 114-119, 127-180, 177.
- Seglars, las doctrinas adventistas proclamadas principalmente por los, 430.
- Segundo advenimiento de Cristo, predicho, 45, 506.
 la esperanza de los creyentes en todos los siglos, 346-350.
 señales del, 351-364, 381-383.
 amonestación de, porque no fué confiada á jefes religiosos, 362, 363.
 manera en que Cristo aparecerá en el, 370.
 ilustrado en las Escrituras, 370, 371.
 tiempo del, 373; desconocido por los hombres, 509; error referente al, 377, 418, 484.
 amonestación de, repudiada, 387, 388, 416.
 proclamación del advenimiento, 402, 403.
 predicado por José Wolff, 409, 410; por Guillermo Miller, 378-381, 401-403, 418-424.
 creencia en, cimentada en Bokhara, Yemen, y Tartaria, 411, 412.
 doctrinado en Inglaterra, Sud América, Alemania, Francia, Suiza, y Escandinavia, 412-417.
 preparación para el, en 1844, 452-454.
 teoría falsa del, 579.
 la manera en que Cristo aparecerá no puede ser falsificada por Satanás, 683.
 ascenas del, 694-702.
véanse también Movimiento Adventista; Cristo; Profecías.
- Segundo mandamiento, borrado de la ley de Dios por el Papado, 59.
- Semana, duración de la, cambiada por Francia, 319.
- Senaquerib, 566.
- Señales, del segundo advenimiento, 351-364, 442, 509.
 terremoto de Lisboa, 351-353.
 oscurecimiento del sol y la luna, 354-356.
 estado de las iglesias, 357, 358.
 caída de las estrellas, 381-383.
véase también Profecías.
- Setenta Semanas, profecía de las, 373, 376, 394-396, 462.
- Sevilla, centro de la Reforma en el sur de España, 266, 267.
 directores espirituales en, 270.
 centro de distribución de la Biblia, 272.
- Símbolos de la profecía, interpretación de los, 490-497.
- Simón el Mago, 140, 141.
- Siria, los viajes de Wolff en, 410.
- Sociedad, estado de la, en los últimos días, 640-643.
 corrupción en, atribuida á la profanación del Domingo, 644, 645.
- Sociedad Americana de Tratados, acerca del cambio del Sábado, 499.
- Sociedad Bíblica Americana, 333.
- Sociedad Bíblica Británica y Extranjera, 333.
- Sodoma, amonestación repudiada por, 483, 566.
 espiritual, 314.
- Sol, oscurecimiento del, 353-355.
véase también Señales.
- Spira, dieta de, 211-225.
 protesta de la, 211-219.
- Sostenedores de la fe, 63.
- Spalatin, 179.
- Spurgeon, acerca de la salvación por los sacramentos en la Iglesia de Inglaterra, 434.
- Staupitz, 136.
- Sud América, proclamación del mensaje del advenimiento en, 412, 413.
- Suecia, el evangelio bien acogido en, 286.
 obra de los hijos de Petri en, 285, 286.
 asiste á Alemania en la guerra de los treinta años, 288.
 el mensaje del segundo advenimiento en, 417, 418.
- Sufragio, en los Estados Unidos, 343.
- Suiza, misioneros en, 70.
 escritos de Lutero en, 153.
 mensaje del advenimiento proclamado en, 414.
- Supremacía de Roma, *véase* Papado.
- Tabaco, 528.
- Tabernáculo, de Moises, 463-467.
 reemplazado por el templo de Salomón, 464.
 destrucción del, por los romanos, 21-44.
 el santuario del primer pacto, 466.
 servicios en, una imagen de los celestiales, 485.
véase también Santuario.
- Talento, manera de usarlo, 541.
 uso del, por Satanás, 563.
- Tardanza del Tiempo, 449-460.
 una prueba á la paciencia 443, 444.
 un cumplimiento de la profecía, 459, 460.
- Tausen, "el reformador de Dinamarca," carácter y obra de, 284, 285.
- Temperancia, y el movimiento en favor del domingo, 644, 645.
- Templo Celestial, morada de Dios, 466, 467.
 santuario del nuevo pacto, 465.
 apertura del, 485.
véase también Ley, moral.

- Templo de Salomón, belleza del, 21, 22, 28.
 historia del, 291 (nota), 465.
 destrucción del, predicha por Oristo, 26.
 segundo, más glorioso por la presencia de Cristo, 29.
 demolimiento de, predicho, 29, 30.
 destruido por Tito, 37-41.
 escenas en la destrucción, 36-41.
véase también Santuario.
- Tentación, de Cristo, 58, 59, 564.
 de los jóvenes valdenses, 78.
 como resistir la, 564, 658.
 porque es permitida, 583, 584.
 de Adán y Eva en el Paraíso, 586, 587.
- Teología, popular, combatida por Lutero, 138.
- Teorías falsas, una asechanza de Satanás, 574-580.
- Terremoto, el gran, en Lisboa, 351-353.
 al fin del mundo, 694, 695.
véase también Señales.
- Terror, de los pecadores al advenimiento de Cristo, 694-702.
 reinado del, en Francia, 318, 328.
- Tesis de Lutero contra las indulgencias, 142, 143.
 discusión suscitada por, 143.
- Tetzl, venta de indulgencias por, 140-142, 192.
- Tiempo, procurando fijar el, 509.
 "Tiempo de Angustia," 671-692.
 el principio del, 671.
 no muy lejano, 680.
 escenas del, 681, 682.
 experiencias del pueblo de Dios durante el, 673-692.
- Tierra, como morada de Adán y Eva, 586-588.
 como entró el pecado en la, 586.
 desolación final de la, 711-719.
 estado de la, durante los mil años, 716-718.
 purificación de la, por medio del fuego, 731, 732.
- Tipos, *véase* Santuario.
- Tito, en el sitio de Jerusalén, 26, 37-41.
- Toleración, no admitida por la iglesia romana, 620.
- Tormento eterno, teoría del, 66.
 contrario á la naturaleza de Dios, 589-592.
 doctrina recibida de la Iglesia Romana, 591.
- Torquemada, Tomás de, inquisidor general, 256.
- Trabajadores, en la viña del Señor, serán abilitados por el Espíritu Santo en la lluvia tardía, 664.
- Traducciones, de la Biblia, *véase* Biblia.
- Tradiciones, reconocidas como autoridad por Roma, 197.
- Traficantes de licores, influencia de las predicaciones de Miller en los, 381.
- Translación de los justos, en el segundo advenimiento, 704.
- Transubstanciación, 281.
- Tratados, circulación de los, en España, 260.
- Tribunales, del cielo, los ángeles se interesan en los juicios de los, 53-538.
 de justicia, corrupción de los, 643.
 los ángeles del cielo asisten á lo de la tierra, 690.
 triple mensaje, 502, 506.
- Turquía, *véase* Imperio Otomano.
- Tyndale, obra de, 289-291.
 martirio de, 292.
 sobre el sueño de los muertos, 602.
- Unidad, entre los adventistas, 429.
- Unión, del cristianismo y el paganismo, 51.
 de la iglesia y el estado, 343, 344, 494, 497, 502, 665.
 de la iglesia y el mundo, 441.
 de todas las iglesias protestantes, 496, 497.
 del protestantismo, espiritismo, y e catolicismo, 645.
- Unión Americana de Escuelas Dominicales, acerca del cambio del Sábado, 499.
- Universalismo, sofistería del, 592-594.
 un ministro universalista acerca de estado de los muertos, 592, 593.
- Universidad, de Erfurt, Lutero como estudiante en, 133, 134.
 de París, Lefevre en, 227, 232.
 de Praga, Hus en, 108-111.
- Valdenses, 69-87.
 entre los primeros en obtener la traducción de la Biblia, 73.
 educación de la juventud entre los, 74-77.
 autoridad de la Biblia reconocida por los, 66, 80.
 asiduidad de los, en copiar la Biblia, 77.
 juventud entre los, enviada á instituciones de enseñanza, 78.
 creencia de los, en el segundo advenimiento, 80, 350.
 sacrificios y trabajos de los misioneros, 79-85.
 resultados de la obra de los, 80-85.
 persecución de los, 85-87, 107.
 obra de los, en España, 261.
 guardadores del Sábado entre los, 634.
véanse también Albigenes; Heréticos.
- Valero, Rodrigo de, conversión de, 267.
- Valdés, Alfonso de, 257.
- Valdés, Juan de, 257.
 escritos de, 263.
- Valladolid, fin del retraimiento entre los creyentes en, 263, 264.
 propagación de las doctrinas reformistas en, 266.

- Vandois, *véase* Valdenses.
- Venida de Cristo, segunda, *véase* Segundo Advenimiento de Cristo.
- Verdad, propagación de la, en tiempo de la persecución, 48, 106, 112, 210, 284, 294, 692.
 oposición á la, 511, 512.
 el hombre impulsado á buscar la, en la Biblia, 88, 90.
 Roma lucha contra la, 100.
 carácter progresivo de la, 338, 344.
 porque no ha sido revelada á grandes hombres, 364.
 actitud adecuada respecto á la, 429, 430.
 necesidad de ir en busca de la, 577, 656.
 adulteraciones de la, 578, 583.
véanse también Sábado; Santuario; Mensaje del tercer ángel.
- Verdades, revelación de nuevas, 667.
- Verdad presente, en los días de Lutero, 156.
 en nuestros días, 157.
- Vestiduras de boda, 480.
- "Viador," obra escrita por Bunyan, 297.
- Vida en el claustro, corrupción de la, 255.
- Vientos, proféticos, símbolo de guerra, 492.
- Vino de Babilonia, su significado, 438.
 aplicación del, 439, 440, 591.
- Virgen Maria, 49, 66, 188, 233.
- Violencia, no usada por Dios, 547, 597-599, 649.
- Voltaire, infidelidad de, 327.
 alarde de, contra el cristianismo, 334.
- Voluntad, libertad de la, *véase* Libertad.
- Voz, del cielo, oída por el pueblo de Dios, 694.
 de Dios, proclama la hora de la venida de Cristo, 698.
- Wartburg, Lutero refugiado en, 181-183, 198-207.
- Washburn, gobernador, sobre juegos de azar en las iglesias, 438.
- Wesley, Carlos, misionero en los Estados Unidos, 299.
 confía en la salvación mediante buenas obras, 298.
- Weslley, Juan, misionero en los Estados Unidos, 299.
 acepta la doctrina de justicia conforme á fe, 300.
 obra de, 301-303.
 dá con las astucias de Satanás, 488.
 ley de Dios sostenida por, 301-309.
 resultados de la obra de, 309.
 guardado por un ángel, 303.
 sobre el uso legítimo del dinero, 436.
véase también Metodistas.

l Alfabético

- Whitefield**, misionero en los Estados Unidos, 298, 301, 302.
- Wicleff**, Juan, 88-106.
heraldo de la Reforma, 89.
erudición de, 89.
estudio de las Escrituras por, 89, 90.
audacia de, en denegar las pretensiones del papado, 90.
lucha de, contra los frailes, 91-94.
embajador á los Países Bajos, 94.
influencia de, en la corte y en la nación, 94.
protegido por Dios, 95, 102.
profesor en Oxford, "Doctor Evangélico," 96.
enfermedad de, 97.
traducción de la Biblia en ingl. por, 98.
doctrinas enseñadas por, 98, 99.
persecución de, por el papado, 99.
- Wicleffitas**, véase Lolardos.
- Williams**, Roger, apóstol de la libertad religiosa, 339.
obra y destierro de, 340, 341.
- Winter**, Roberto, mensaje del advenimiento proclamado por, en Inglaterra, 412.
- Wishart**, 294.
- Witenbach**, profesor en Basilea, 186.
- Witenberg**, estudiantes de, llevan la Reforma á Escandinavia, 284.
véanse también Lutero; Universidad de Wittenberg.
- Wolff**, Dr. José, origen y primeros años de, 407.
mensaje del segundo advenimiento proclamado por, 409, 410.
obra y viajes de, 410-412.
- Worms**, véanse Dieta; Lutero.
- Yemen**, los viajes de Wolff en, 412.
- Ziska**, defiende á Bohemia contra el ejército de Segismundo, 127.
muerte de, 127.
- Zuinglio**, Ulrico, 184-197.
circunstancias que le rodearon en sus primeros años, 184, 185.
designios de los frailes para con, 185.
acepta la Biblia como guía de conducta, 186, 187.
obra de, en Einsiedeln, 188, 189.
obra de, en Zurich, 189-196.
esfuerzos de la iglesia Romana contra, 194-197.
muerte de, 227.
- Zurich**, obra de Zuinglio en, 189-195.
concilio de, rehusa tomar acción contra Zuinglio, 194.
controversia en, entre Eck y Ecolampadio, 195, 196.